



KARL MARX

ILUSIÓN Y
GRANDEZA

GARETH
STEDMAN JONES

«No hay mejor guía para abordar a Marx.»
The Economist

taurus

Gareth Stedman Jones

Karl Marx
Ilusión y grandeza

Traducción de Jaime Collyer



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

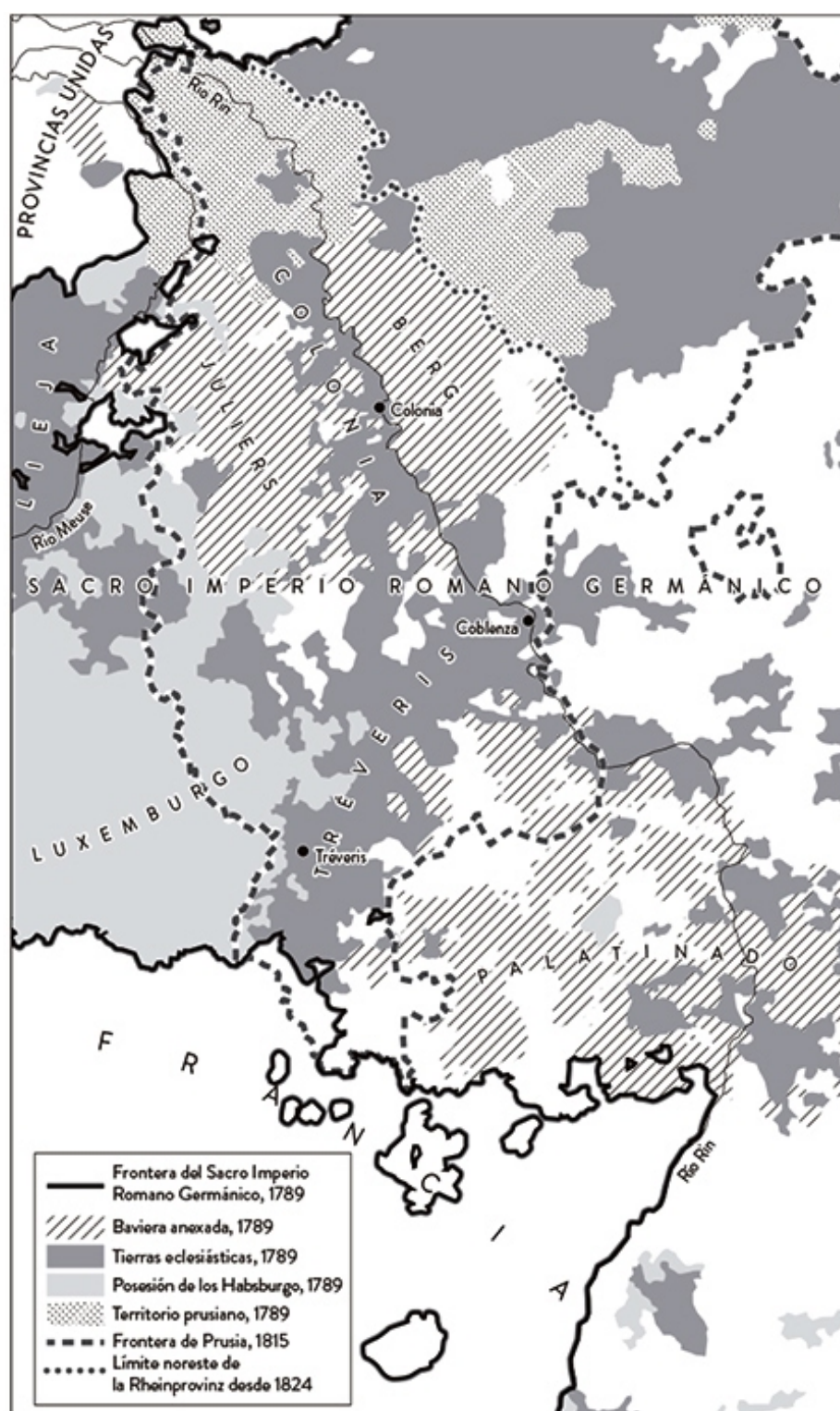


@megustaleer



@megustaleer

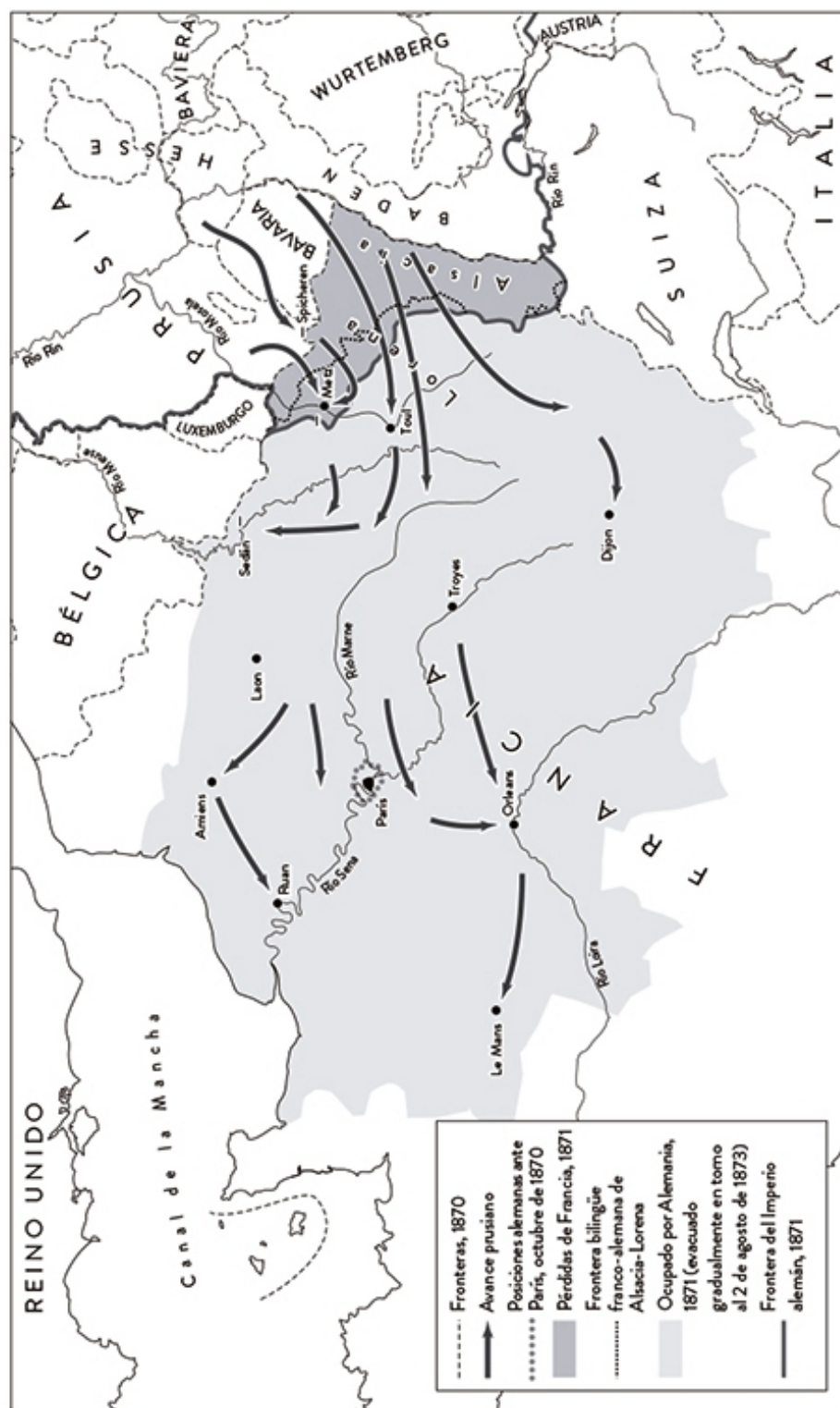
| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



Renania antes de 1789. Corredor de los Monjes.



Ocupación francesa de Renania durante la Revolución y la era napoleónica.



París y las batallas de la guerra franco-prusiana.



El Londres de Marx, 1848-1883.

AGRADECIMIENTOS

La vida y obra de Karl Marx han sido fuente de inspiración para muchos y connotados autores, empezando por Franz Mehring, el prominente socialdemócrata alemán, y su biografía pionera de Marx publicada en 1918, dando inicio así a una tradición proseguida incansablemente desde entonces. Mi estudio se apoya en las múltiples conclusiones a que tales obras han dado pie, pero se diferencia de ellas en al menos un aspecto relevante.

Por más interesante que fuese la vida de Marx, su importancia tan perdurable es fruto del impacto suscitado por las múltiples ideas que desarrolló en un sinfín de textos notables, cuya valía y significación han motivado, desde su misma concepción, arduos debates en la esfera política. Quizá para preservar la distancia con las pasiones políticas ocasionalmente violentas y aún bullentes que esos textos provocan, sus biógrafos académicos han tendido, por lo general, a brindar recuentos meramente descriptivos de sus escritos teóricos, prefiriendo centrarse en cambio en su vida.

Como contrapartida, he optado por prestar aquí tanta atención al pensamiento de Marx como a su vida, considerando sus textos como las intervenciones del autor en determinados contextos políticos y filosóficos que el historiador ha de reconstruir luego puntillosamente. A pesar de su evidente originalidad, Marx no era un explorador solitario que avanzaba por un territorio ignoto rumbo a una teoría social novedosa y no formulada hasta entonces. Por el contrario, ya fuese como filósofo, como teórico político o crítico de la economía política, sus escritos aspiraban a ser intervenciones en campos ya existentes del discurso conocido. Es más: tales intervenciones iban dirigidas a sus contemporáneos, y no a sus herederos de

los siglos xx o xxi. Mi propósito en este libro en particular se parece al del restaurador, que va removiendo los retoques y alteraciones hechos a una pintura en apariencia conocida, para devolverla a su condición original. Es la razón por la que he prestado tanta atención a las propuestas y reacciones de sus contemporáneos como a las planteadas por el propio Marx, pero esto solo es posible si se sitúan a la vez, a Marx y sus contemporáneos, en un escenario más vasto que el suyo propio. De ahí la necesidad, al menos en parte, de repensar la historia del siglo xix, esa de la que Marx y sus contemporáneos forman parte.

El apoyo generoso que me ha prestado durante varios años la Fundación Edmond de Rothschild, dirigida por Ariane de Rothschild y Firoz Ladak, ha hecho posible la investigación previa a este libro y los múltiples coloquios asociados a él. Hago extensiva mi deuda a las formas en que, durante años, han abordado la historia de las ideas mis colegas de la Universidad de Cambridge, la Universidad Queen Mary de Londres y el Instituto de Investigaciones Históricas, y en particular, al fallecido Chris Bayly, a Duncan Bell, Eugenio Biagini, Richard Bourke, Christopher Clark, Tim Harper, Colin Jones, Shruti Kapila, Duncan Kelly, William O'Reilly, Jonathan Parry, Michael Sonenscher, Sylvana Tomaselli, Robert Tombs, Adam Tooze y Georgios Varouxakis. Las obras de Marx precisan cierto anclaje en planteamientos específicos de la Economía política y el Derecho natural, áreas en las que aprendí muchísimo de quienes integran el proyecto desarrollado por el Centro de Investigación del King's College sobre «Economía política y sociedad», entre ellos John Dunn, Bianca Fontana y Michael Ignatieff, y especialmente de la obra pionera del fallecido Istvan Hont. De enorme provecho me resultó, en una fase posterior, la investigación desarrollada en el Centro de Historia y Economía de Cambridge, estudio liderado por Emma Rothschild y por mí, que contó con la colaboración de Inga Huld Markan y Amy Price. En este sentido, las intuiciones de Emma acerca de la historia previa de la Economía política han contribuido de manera significativa a modelar el enfoque adoptado en este libro.

Esta obra ha sido posible, además, por la existencia del proyecto editorial aún vigente, el Marx-Engels-Gesamtausgabe (Obras Completas de

Marx y Engels), una iniciativa formidable tanto en su concepción original, durante la década de 1920, como en la reformulación académica integral tras ser reincorporada a la Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften en 1991. Quisiera agradecer especialmente a uno de sus actuales editores, Jürgen Herres, por sus intuiciones y la continua asesoría prestada a mi labor. Además, a la Karl-Marx-Haus en Tréveris, hoy parte del Friedrich-Ebert-Stiftung de Bonn y Berlín, y al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, por el acceso a su muy relevante material de archivo.

Innumerables amigos y colegas han desempeñado un papel fundamental en mis propias reflexiones en torno a los temas de este libro. En el área de la filosofía alemana, Douglas Moggach ha sido una fuente de apoyo constante, al igual que Keith Tribe en el de la Economía política. Joachim Whaley me brindó su asesoría inspiradora y su guía en todo lo relacionado con la lengua y literatura germánicas del siglo XIX. En el curso de los años he tenido a la vez el placer de supervisar la investigación doctoral de cierto número de notables académicos en tales campos, todos ellos son hoy distinguidos historiadores. Agradezco, en este sentido, el beneficio enorme que supuso mi interacción con Carolina Armenteros, Callum Barrell, Duncan Campbell, Edward Castleton, Gregory Claeys, Simon Cook, David Craig, Isabel Divanna, David Feldman, Margot Finn, Tom Hopkins, Tristram Hunt, Thomas Jones, Christina Lattek, Jon Lawrence, Julia Nicholls, David Palfrey, Susan Pennybacker, Daniel Pick, Anna Plassart, Diana Siclovan, Nick Stargardt, Miles Taylor, William Whitham y Bee Wilson. Estoy en deuda, asimismo, con Sally Alexander por sus muy valiosas críticas y su compromiso permanente con este libro. Otros varios amigos y colegas aportaron también comentarios y sugerencias, a saber: Sylvie Aprile, Jonathan Beecher, Fabrice Bensimon, Jonathan Clark, Widukind de Ridder, Ludovic Frobert, Peter Ghosh, Samuel Hayat, Joanna Innes, David Leopold, Karma Nabulsi, Mark Philp, Iorwerth Prothero, Loïc Rignol, Amartya Sen, William Steinmetz, David Todd, Mark Traugott, Marcel van der Linden y Richard Whatmore.

Me complace agradecer a la vez a Mary-Rose Cheadle, editora del Centro de Historia y Economía, y ante todo una gran amiga, quien, con sus

aptitudes lingüísticas y editoriales además de su buen ojo para dar con las imágenes apropiadas, supervisó de manera experta la edición del libro, desde la fase de borrador de cada capítulo hasta el manuscrito definitivo. Maggie Hanbury ha contribuido con su apoyo paciente durante años y se ha asegurado de lograr las mejores condiciones para la publicación del libro. Todo el equipo de Penguin se comportó a su vez de manera formidable y, particularmente, Chloe Campbell y Mark Handsley, quienes me brindaron en todo momento sus brillantes sugerencias editoriales. Simon Wender, también de Penguin, aportó el aliento y el apoyo requeridos desde el momento mismo en que el proyecto vio la luz.

Espero que múltiples lectores, ajenos a los círculos propiamente académicos, disfruten de este libro. Pensando en una audiencia de esa índole, siempre tuve en mente a Abigail Thaw y Nigel Whitmey, dos lectores y observadores del universo de probada brillantez y sagacidad, a los que solo espero que el libro complazca. Finalmente, y ante todo, mi más sentida gratitud a Daniel, Joseph y Miri —los tres hoy embarcados en sus propias reflexiones y textos de historia— por su fe en el proyecto, por su amor y su apoyo sin vacilaciones a mi labor.

Cambridge, 11 de junio de 2016

PRÓLOGO

LA FORJA DE UN SÍMBOLO

1883-1920

Karl Marx se hizo conocido mundialmente en primer lugar por ser el revolucionario que, en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores, defendió la Comuna de París en 1871. A causa de esa notoriedad, su obra como teórico del socialismo o el comunismo comenzó a recibir una atención creciente. La publicación de *El capital* en 1867, primero en alemán y luego traducida al ruso, al francés, al italiano y al inglés, lo convirtió en el teórico socialista más prominente de su época y dio origen a grupos de acólitos suyos en toda Europa y Norteamérica. El principal difusor de sus enseñanzas fue Friedrich Engels, su amigo íntimo y colaborador cercano, quien sostenía que, gracias a Marx, el socialismo había dejado de ser una mera «utopía» para convertirse en una «ciencia». *El capital* anunciaba el colapso inminente del modelo de producción vigente y su sustitución por la sociedad futura del socialismo o el comunismo.

La Revolución rusa de 1917 y una multiplicidad de otros intentos revolucionarios que tuvieron lugar en Europa central durante las secuelas de la Primera Guerra Mundial se atribuyeron todos a las enseñanzas de Marx y fueron seguidos a su vez, en el periodo de entreguerras, por un fortalecimiento de los partidos comunistas al estilo soviético. Tras la Segunda Guerra Mundial, estos se descubrieron en una posición favorable para hacerse con el control del Estado en buena parte de Europa oriental. En Asia, movimientos autóctonos de liberación nacional organizaron su propia resistencia al imperialismo y el colonialismo, y llevaron a cabo, en nombre del «marxismo», revoluciones comunistas en China y Vietnam. En la década de 1960, los movimientos inspirados en el comunismo o el

socialismo revolucionario ya se habían difundido a la vez por toda América Latina y culminaron con éxito en Cuba. En Sudáfrica, el comunismo inspiró la primera forma de resistencia prolongada al *apartheid* y otros movimientos para acabar con el dominio colonial en el resto de África.

En las secuelas de 1917 y de la difusión global del comunismo al estilo soviético, se celebraba a Marx como el épico fundador del comunismo y el autor que sentó las bases de una mitología cada vez más colosal. Se lo veneraba como fundador de la ciencia de la historia —el «materialismo histórico»— y como el arquitecto, junto a su amigo Engels, de la filosofía científica a él asociada: el «materialismo dialéctico». En los países comunistas se erigieron en su honor grandes monumentos en las plazas públicas, mientras las ediciones populares de su obra superaban en tiraje a las de la Biblia. Esta es la historia conocida del comunismo en el siglo xx y de la evolución de la Guerra Fría. No es sorprendente que él quedara identificado, a su vez, con el surgimiento de estados «totalitarios» en los que la promulgación de una modalidad oficialmente prescrita de «marxismo» se vio acompañada de purgas, juicios escenificados y la vigilancia dura de los medios de comunicación.

Más sorprendente resulta que la mitología que rodea a Marx no fuera una invención del régimen soviético, pues ya había comenzado a forjarse en la época de su muerte, en 1883, y a desarrollarse en los treinta años siguientes. La invención de lo que llegó a ser rotulado como «marxismo» fue, al principio y en buena medida, una creación de Engels en sus libros y panfletos, partiendo del *Anti-Dühring*, publicado en 1878. Fue además una elaboración de los líderes del Partido Socialdemócrata de Alemania, particularmente de August Bebel, Karl Kautsky, Eduard Bernstein y Franz Mehring. Esta entidad era, en los años previos a 1914, el mayor partido socialista del mundo y ejerció una influencia preponderante en el devenir de este movimiento en todo el planeta. En parte por convicción, pero ante todo para reforzar la autoridad del partido, sus líderes juzgaron oportuno velar por la reputación de Marx y promoverlo como el fundador revolucionario de una ciencia de la historia. En Rusia el «marxismo» fue promovido intensamente en las décadas de 1880 y 1890 por Gueorgui Plejánov y luego por Lenin, como una filosofía y también como un movimiento político. En

otros lugares y países, desde el Imperio austrohúngaro hasta España e Italia, el «marxismo» ofrecía una poderosa alternativa al nacionalismo, al republicanismo o al anarquismo. Incluso en países como Gran Bretaña y Francia, donde había versiones nacionales del radicalismo o el socialismo de alta intensidad bien arraigadas, *El capital* de Marx se granjeó la adhesión de pequeñas agrupaciones y prominentes intelectuales.

Los líderes socialdemócratas de Alemania eran todos muy conscientes de la fragilidad inherente a la imagen que ellos mismos ofrecían de Marx y su teoría. Fueron los albaceas designados de los escritos de Marx y Engels y debatían entre ellos sobre la forma de lidiar con la brecha, en ocasiones embarazosa, entre esa imagen y la realidad. Creían que admitir los yerros de Marx, ya fuesen de índole política o personal, podía socavar el apoyo a su partido por parte de los militantes de base, muchos de los cuales tenían la convicción de que un libro escrito por un gran filósofo alemán había probado de manera definitiva que la caída del capitalismo era inminente. Resultaba a la vez fundamental no proporcionar al régimen imperial de la Alemania del káiser Guillermo una oportunidad gratuita para arremeter contra el prestigio del Partido Socialdemócrata mediante el descrédito de la obra de su pensador fundacional. Buena parte de la imagen oficial, referida al carácter íntimo, los juicios políticos y los logros teóricos de Marx, se inspiró en esta necesidad de resguardar su legado.

El coste de este enfoque fue una inflación creciente de la reputación del propio Marx, de modo que hubo proclamas cada vez más amplias respecto a la magnitud y significación de sus logros, a la par que se obviaban, e incluso ocultaban, ciertas áreas en las que sus escritos o actividades habían fallado a la hora de cumplir con esos requisitos del mito. Marx fue promocionado como un filósofo que había alcanzado, en las ciencias humanas, logros que podían equipararse a los de Darwin en las ciencias naturales. Este paralelo inventado reforzó el alegato de que el Partido Socialdemócrata encarnaba la *ciencia* del socialismo. De manera similar, apoyándose en el entonces inédito Libro Tercero de *El capital*, se sostuvo que la teoría de Marx proponía con absoluta certeza la caída inminente del capitalismo. Y, entre los decenios de 1890 y 1930, la pregunta respecto a cuándo colapsaría con exactitud se convirtió en el eje de un prolongado

debate. Conocida como *Zusammenbruchstheorie* (teoría del colapso), la idea era que el capitalismo llegaría a su fin no tanto por la revuelta de los trabajadores, sino porque, en ausencia de nuevos mercados que explotar, estaba abocado a una crisis terminal.

Como resultado de las expectativas creadas por el Libro Tercero, su publicación en 1894 generó una significativa decepción y se topó con la crítica fundamental del economista austriaco Eugen von Böhm-Bawerk, quien señalaba el fracaso de la obra a la hora de generar una teoría satisfactoria del nexo entre valor y precios.^[1] En lo inmediato, provocó la embestida de Eduard Bernstein contra la *Zusammenbruchstheorie*. Esa teoría se basaba en la polarización, supuestamente cada vez más aguda, entre las clases sociales y la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, pero el material empírico disponible no apoyaba esta premisa. El ataque de Bernstein a la teoría se percibió como singularmente dañino, dado que era uno de los albaceas literarios de los documentos legados por Marx y Engels. Este último concluyó el prólogo al Libro Tercero el 4 de octubre de 1894 y murió el 5 de agosto de 1895. Kautsky, el editor de *Die Neue Zeit* (*Tiempo nuevo*), la principal publicación teórica del partido, dio la bienvenida al debate y publicó los ocho artículos críticos de Bernstein, pero August Bebel, líder del partido, se alarmó ante lo que estaba ocurriendo y manifestó su esperanza de que Bernstein renunciara a su militancia. Las críticas del propio Bernstein se debatieron luego en los sucesivos congresos del partido, en 1898 y 1899, pero terminaron siendo condenadas como muestras de «revisionismo». A partir de entonces el enfoque de Bernstein quedó clasificado como una herejía que era preciso distinguir del «marxismo ortodoxo».^[2]

Desde un principio, lo que llegó a denominarse «marxismo» se edificó sobre una visión inequívocamente selectiva de lo que debía considerarse la teoría de base, no solo frente a potenciales herejes sino incluso en relación con el propio Marx. El Marx celebrado desde la década de 1890 en adelante era el teórico de la universalidad del capitalismo y su desplome inevitable a nivel global.

Mientras tanto, los líderes socialdemócratas decidieron qué estaba permitido decir acerca de su personalidad. En 1905 Franz Mehring, su

primer biógrafo, escribió a Karl Kautsky indicándole que sería imposible publicar la correspondencia entre Marx y Engels sin antes censurarla. Mehring afirmaba que, si la correspondencia aparecía en su versión original, todos los empeños desarrollados en los veinte últimos años para resguardar el prestigio literario de Marx habrían sido en vano. La correspondencia estaba plagada de referencias ofensivas contra prominentes socialdemócratas y también contenía comentarios despectivos y racistas en contra de múltiples figuras públicas, como el primer líder socialdemócrata, Ferdinand Lassalle. Por tanto, en 1913 Bebel procedió al fin a realizar, junto a Bernstein, una edición censurada de las cartas en cuatro volúmenes, según Mehring había planteado. Tal y como Bebel escribió a Kautsky, «dicho sea de paso, te confieso solo a ti —pero guarda, por favor, absoluto silencio al respecto— que algunas de las cartas no fueron publicadas, ante todo porque resultaban demasiado fuertes para nosotros. Los dos viejos tenían, en su época, una forma de escribirse con la que no consigo, en modo alguno, sentirme a gusto».[3] Entre 1929 y 1931, David Riazánov publicó al fin una edición sin censurar de la correspondencia.

Lo que este episodio sugiere es que, a finales del siglo XIX, había importantes diferencias entre el propio Marx —quién era, cómo se comportaba, en qué creía y qué pensaba— y las formas en que el discurso político llegó a representarlo. Así, la figura que había emergido era la de un severo y barbado patriarca y guardián de la ley, un pensador de una consistencia implacable, con una visión imponente del futuro en ciernes. Este era el Marx que habría de percibir —bastante equivocadamente— el siglo XX. Una imagen que Isaiah Berlin enunció con brillantez en dos frases de un artículo suyo fechado en 1939: la fe de Marx en su propia visión sinóptica era «esa clase de enfoque ilimitado y absoluto que pone fin a todos los interrogantes y disuelve todas las dificultades»; «su sistema intelectual era cerrado, en el sentido de que todo lo que se sometiera a él debía seguir un patrón preestablecido, pero era un sistema fundado en la observación y la experiencia».[4]

El objetivo de este libro es situar a Marx de vuelta en el ámbito del siglo XIX antes de que estas elaboraciones póstumas sobre su personalidad y sus logros fueran confeccionadas. Karl, como lo llamaremos de aquí en

adelante, nació en un mundo que aún se recobraba de la Revolución francesa, el Gobierno napoleónico de Renania, la emancipación a medias y prontamente revertida de los judíos, y la atmósfera sofocante del absolutismo prusiano. Era también un mundo en el que había ciertas vías de escape, aunque discurrieran en su mayor parte en el terreno de la imaginación. Coexistían la belleza de la *polis* griega, la inspiración de los poetas y las obras de Weimar, el poderío de la filosofía alemana y las maravillas del amor romántico. Pero Karl no fue solo el producto del universo cultural en el que emergió. Desde un principio, él mismo se mostró resuelto a dejar su propia huella en ese mundo.

1

PADRES E HIJOS

LA AMBIGÜEDAD DE CONVERTIRSE EN PRUSIANO

Karl Marx nació en Renania el 5 de mayo de 1818, tres años después de la batalla de Waterloo. Por todas partes a su alrededor había indicios de los empeños de reconstruir y restaurar una Europa que había sorteado treinta años de destrucción, así como de las transformaciones que trajeron consigo la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, y en ningún otro lugar había más de esos indicios que en Renania. Situada entre Francia y la Confederación Germánica, la población renana era en su abrumadora mayoría católica, aproximadamente un millón y medio de entre los dos millones de almas que la habitaban profesaban esa fe. Antes de 1789 la región había sido gobernada desde tres obispados principescos —Colonia, Mainz y Tréveris— que habían gozado de la prerrogativa de elegir, junto a otros cuatro principados electores, al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, pero durante la Revolución y las guerras napoleónicas no solo había ocurrido que los ejércitos en pugna cruzaran y volvieran a cruzar por ese «Corredor de los monjes», como lo denominaban sus habitantes, sino que los estados al mando de esos ejércitos habían redefinido el área en su totalidad: primero en 1794, para integrarla en la Francia revolucionaria, y después de 1815, como parte del reino protestante de Prusia. El Sacro Imperio Romano Germánico, que existía desde el año 800, había sido abolido por Napoleón en 1806, y los aliados victoriosos reunidos en Viena en 1815 no habían hecho el menor amago de restaurarlo.

Es preciso llamar la atención sobre la magnitud de estas guerras. Se estima que murieron alrededor de cinco millones de europeos, el mismo número de bajas registradas luego en la Primera Guerra Mundial. La escala

bélica no tenía parangón con las anteriores. En el siglo XVIII los ejércitos disponían solo de unas decenas de miles de efectivos; en abierto contraste, el ejército con el que Napoleón invadió Rusia en 1812 contaba con seiscientos cincuenta mil hombres. El efecto de la guerra en la sociedad también experimentó transformaciones. Las guerras del siglo XVIII habían sido libradas en buena medida entre mercenarios, pero en la estela de la Revolución francesa irrumpieron los «ejércitos nacionales», primero en Francia y luego en Prusia. Surgió la idea del «servicio a la nación» y con ella se estableció la práctica del reclutamiento militar. Renania fue relativamente afortunada en cuanto a evitar los estragos directos de la guerra, aunque en todos los lugares hubo grandes batallas. Pero, siendo parte del Imperio napoleónico, no pudo evadir el reclutamiento. Entre 1800 y 1814 Renania aportó ochenta mil hombres, uno de cada veinte varones de su población total, a los dos millones de soldados movilizadas por Francia. La mitad de ellos jamás volvió a casa.[\[5\]](#)

Karl Marx nació en Tréveris, el centro del valle vinícola del Mosela, al suroeste de Renania. Como núcleo de una región exclusivamente agrícola—exceptuando algunas manufacturas en hierro en el Eifel—, la fortuna de Tréveris estaba estrechamente ligada a la vid y la madera. Los viñedos y las tierras forestales se extendían por las laderas del río, y más allá se erguían los bosques de la despojada región de Hunsrück al sur, con el Eifel por el norte. Fundada con el nombre de Augusta Treverorum en el año 16, Tréveris se autoproclamaba como la ciudad más antigua de Alemania y se convirtió en la provincia romana de la Galia Bélgica. Habiendo sido alguna vez el centro dominante de la Galia, puede que la ciudad romana llegara a albergar a unas ochenta mil personas. Tras el declive de su relevancia administrativa durante la Alta Edad Media, en el siglo XII los arzobispos de Tréveris se convirtieron en príncipes-electores del Imperio, y la ciudad volvió a disfrutar de un nuevo periodo de prosperidad durante la Baja Edad Media, pero en torno a 1802, según las cifras oficiales, los habitantes de Trèves (como la rebautizaron sus ocupantes franceses) eran 8.846 y disminuyeron aún más, a 7.887, con la retirada en 1814 de los soldados y oficiales galos. Después su población volvió a aumentar y, en torno a 1819, era de 11.342 personas.[\[6\]](#)

El padre de Karl, Heinrich, había nacido en 1777 en el disputado pueblo fronterizo de Saarlouis, siendo el tercer vástago de Meier Halevi Marx, rabino de la comunidad judía local. En 1788 Meier Halevi se desplazó para ser rabino de Tréveris, donde permaneció hasta su muerte en 1804. El hermano mayor de Heinrich, Samuel, sucedió a su progenitor y continuó en su oficio hasta su muerte en 1827, mientras que Heinrich se convirtió en abogado, profesión en la que alcanzó renombre, hasta que en 1832 le fue conferido el estatus de *Justizrat* (el equivalente a consejero de la Corona). Ampliamente reconocido como un distinguido jurista en Renania, Heinrich murió el 10 de mayo de 1838. La madre de Karl, Henriette, nació en 1788 en una familia judía de Nimega, Holanda, donde se describía a su padre como comerciante, cambista de dinero y recolector de los fondos de la lotería. En 1814 ella se casó con Heinrich, que le había sido presentado con toda probabilidad por sus familiares de Amsterdam. Luego dio a luz a nueve hijos y murió el 30 de noviembre de 1863.^[7] En algún momento entre 1816 y 1819, Heinrich se bautizó en la Iglesia evangélica de Prusia. Sus hijos también lo hicieron en torno a 1824, seguidos de Henriette en 1825.

LA REVOLUCIÓN, EL IMPERIO Y LOS JUDÍOS EN RENANIA

El drama histórico que enmarca estos escuetos datos biográficos fue la Revolución francesa, que redundó en la ocupación por los franceses de Renania, en las reformas realizadas por el Imperio napoleónico y, en 1815, en la anexión de Renania por Prusia, acontecimientos que cambiaron profundamente la suerte de la familia Marx. Heinrich no se habría convertido jamás en abogado de no ser por las consecuencias de la Revolución. Jamás habría obtenido su calificación legal de no ser por las iniciativas educativas de Napoleón, y no habría podido seguir con su profesión si no se hubiera adaptado a las políticas cada vez más restrictivas de Prusia hacia los judíos a partir de 1815.

Estos hechos históricos contribuyeron muchísimo a moldear la concepción del mundo del joven Karl, su relación con sus padres y su

actitud por lo general negativa hacia el pasado judío de su familia. La vasta sombra que estos acontecimientos proyectaban se explica por las enormes esperanzas que los años iniciales de la Revolución despertaron, entre 1789 y 1791, es decir, la promesa de un Gobierno representativo, la libertad de culto y expresión, y la igualdad ante la ley, todo ello manifestado en la Declaración de los Derechos del Hombre. Dicho sueño fue un punto de inflexión decisivo para la generación de Heinrich Marx, pero conviene recordar los acontecimientos finales, de 1792 a 1794, que engendraron la dramática sustitución de la desacreditada monarquía francesa y el establecimiento de una república, una modalidad política que hasta entonces se creía impracticable en los vastos, antiguos y populosos estados europeos. La república recién constituida se había defendido con éxito contra el resto de Europa con la ayuda de un ejército de ciudadanos, una Constitución democrática y hasta un culto laico para apuntalar su visión de un mundo nuevo. Pero había engendrado a su vez el Terror, la virtual bancarrota de la nación y la ruina que supuso el jacobinismo radical. Para los radicales de la generación de Karl, 1792 importaba más que 1789. La república jacobina servía tanto de inspiración como de punto de partida para cualquier empeño de explicar por qué se había hundido finalmente la Revolución, y tal tensión entre las concepciones liberales y republicanas en el seno de esta habrían de dominar el discurso de las agrupaciones de oposición renanas durante las revoluciones de 1848.

Los cambios traídos por la Revolución fueron trascendentales. El régimen de Francia anterior a 1789 estaba conformado por un sistema de estamentos jerárquicamente concebidos, inspirados en la diferenciación presunta entre quienes oraban, quienes combatían y quienes trabajaban. La Revolución dio pie a una nación nueva. En su nueva Constitución, aquellos que trabajaban —el Tercer Estado— se convirtieron en la nación misma. Los privilegios y la existencia separada de los otros dos estados, la aristocracia y el clero, se abolieron. Aún más, la noche del 4 de agosto de 1789 fueron revocados en todos los pueblos y ciudades del país los privilegios y poderes feudales. Se abolió la servidumbre y el campesinado quedó facultado para adquirir la tierra que cultivaba hasta entonces, ya fuese de una vez o mediante el pago de modestas tasas de amortización.

Finalmente, con la transformación de los Estados Generales en una Asamblea Nacional, la nación recién refundada descansaba ahora sobre una fuente nueva y absolutamente laica de legitimidad política: la soberanía popular.

Con todo, sería un error suponer que los acontecimientos de la Revolución habían sido el fruto de una agenda revolucionaria en apariencia bien definida. Solo vista en retrospectiva puede considerársela de ese modo, porque todo el proceso fue bastante más ambiguo y tortuoso.

Al comienzo de la Revolución, «la abrumadora mayoría de los diputados estaba convencida de que todas las reformas debían alcanzarse con el patrocinio de la monarquía, en estrecha colaboración con un rey por el que seguían demostrando una fuerte devoción filial». Los diputados insistían en la «visión del retorno a un pasado idealizado, un proceso de reformas en el que los precedentes históricos seguían teniendo considerable importancia». «Aun así, de algún modo, en el breve espacio de seis semanas y tras reuniones de una extraordinaria efervescencia» durante el verano de 1789, esos delegados llegaron «a una postura que solo cabía calificar de revolucionaria», a un «nuevo concepto de la soberanía nacional, fundamentalmente democrático en sus implicaciones».[8]

En un principio, pareció existir la probabilidad de que la Asamblea adoptara la monarquía histórica, moderada por un equilibrio de poderes, que era lo que habían propuesto su Comité Constitucional y su respectivo presidente, Jean-Joseph Mounier. En lugar de ello, se adoptó una Constitución radicalmente nueva, inspirada en la soberanía nacional y en una asamblea legislativa unitaria, una propuesta más afín al espíritu de Rousseau. La Corona, ahora definida de hecho como una autoridad ejecutiva subordinada, solo recibió el poder temporal de veto suspensivo y este veto debía ser adicionalmente sancionado mediante un recurso ante el pueblo, entendido como tribunal último de apelación. Este sistema, como advirtió Brissot, el líder girondino, solo podía funcionar con un «rey revolucionario».[9]

Muchos de los representantes no tenían claro si la Asamblea Nacional estaba intentando reformar un sistema preexistente o establecer uno nuevo. El resultado, nada sorprendente, fue incoherente: una combinación inestable y

virtualmente insostenible del principio de la soberanía inalienable de la voluntad general, inspirado en Rousseau, y de otro principio contrario a Rousseau, el de una asamblea representativa.

En parte, la razón de esa confusión apreciable de propósitos fue la debilidad de un Ejecutivo sumido en la bancarrota financiera, sin fuerzas para impedir la adopción de un léxico hecho de abstracciones universales, siguiendo el ejemplo de los estadounidenses en 1776. Varios miembros de la Asamblea señalaron el riesgo de adoptar ese lenguaje. El argumento de Champion de Cicé, obispo de Burdeos, fue sintomático a este respecto: «No debemos preocuparnos de los derechos naturales y adosarlos a la cuna de unos pueblos aún inmaduros, sino de los derechos civiles, del Derecho positivo de un gran pueblo que ha permanecido unido en los quince últimos siglos. [...] Dejemos de lado al hombre natural para preocuparnos de la porción del hombre civilizado». Otro moderado, Pierre-Victor Malouet, indicaba los peligros evidentes de adoptar semejante enfoque. A diferencia de Estados Unidos, una sociedad, decía él, ya «preparada para la democracia» y «enteramente compuesta de propietarios», en Francia «el hecho de anunciarlo en términos absolutos a hombres sufrientes, privados del conocimiento y de recursos, que son, en sus derechos, iguales al más poderoso y afortunado» podría «destruir los vínculos necesarios» entre ellos e incitar a la «ruptura universal».[10]

A medida que la Revolución se desarrollaba, ese lenguaje relativo a los derechos universales adquirió un filo cada vez más coercitivo. En parte, puede atribuirse a la radicalización revolucionaria frente a la hostilidad creciente de la Iglesia católica, a la resistencia y al intento de fuga del monarca, sumados a la guerra civil en la Vendée y a la determinación cada vez más resuelta de las potencias europeas de luchar contra lo que Burke denominó «la doctrina armada» de la Revolución. En este estado de excepción irrumpió, para sustituir la *religion royale* del *Ancien Régime*, una nueva forma de lo sagrado que ahora radicaba en la nación. Fueron desmanteladas las antiguas estructuras eclesiásticas y removidos los fundamentos sagrados de la monarquía, y hasta el propio cristianismo. Se intensificó la presión para que la autoridad política y religiosa se fundiera en una sola bajo los auspicios republicanos. Fue un proceso que culminó

pronto, en el verano de 1794, cuando Robespierre fundó el Culto al Ser Supremo, una religión laica y republicana inspirada en las ideas esbozadas originalmente en *El Contrato social* de Rousseau.

Las diferencias entre lo que sería llamado «liberalismo» y «republicanismo» surgieron en el transcurso de estos conflictos crecientes, pero la escisión entre las buenas intenciones del inicio y los resultados políticos existió desde un principio. Ya en 1789, al recurrir la Asamblea Nacional a un lenguaje de derechos naturales y soberanía popular, generó resultados nada fieles a las aspiraciones originales que ella misma se había fijado. Lo que prevaleció, incluso en tales debates, fue un lenguaje que apelaba al voluntarismo político antes que a razones sociales, a la soberanía absoluta antes que a un Gobierno limitado por los derechos del hombre; un lenguaje que también podía justificar el Terror.[\[11\]](#)

Dicha tensión entre la concepción liberal y republicana de la Revolución fue particularmente apreciable en el caso de la emancipación de los judíos. Según la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, los hombres nacían, y seguían siendo, libres e iguales en derechos. Por añadidura, ninguna persona debía ser perseguida en función de sus opiniones, incluso las religiosas, siempre que la expresión de estas no perturbara «el orden público establecido por la ley». Sobre esta base, la Asamblea Constituyente garantizó a los judíos, el 27 de septiembre de 1791, la ciudadanía francesa y todos sus derechos concomitantes.

Antes de 1789 los pensadores mejor dispuestos a favor de los judíos habían sido todos protestantes, algunos exiliados en Holanda, como los que rodeaban a Pierre Bayle y Jacques Basnage, y otros afincados en Inglaterra, librepensadores como John Toland, quien reclamaba la libertad de culto para todas las confesiones. Montesquieu había ejercido también presiones a favor de la tolerancia en nombre de la razón, pero a la vez como una medida justificada por la *raison d'état*, diseñada para garantizar que las actividades mercantiles de los judíos quedaran enteramente al servicio del Estado. La actitud de los católicos voceada por Bossuet y Fleury era, por razones teológicas, negativa al respecto: si bien admitían que los judíos actuaban como testigos de la Gloria de Dios y formaban parte de la historia tradicional de la Iglesia, por lo cual debían ser protegidos, también creían

que eran testigos de la ira de Dios; por ende, debía conservárselos en una condición humillante o convertirlos. Los sectores más negativos respecto a los judíos no eran, con todo, los fieles cristianos, sino una corriente de opinión dentro de los *Philosophes*, especialmente Voltaire, para quien los judíos reunían en sí mismos «la más sórdida avaricia» con «la más detestable superstición». Tales puntos de vista eran compartidos en mayor o menor grado por otros filósofos relevantes de la época, como Diderot, Jaucourt y D'Holbach.[\[12\]](#)

En 1789 los *Cahiers de Doléances* —las frases que resumían las aflicciones de cada localidad de Francia enviadas a París— revelaron fuentes más mundanas del sentimiento antijudío, especialmente en Alsacia y las provincias orientales fronterizas con Renania. Aquí los argumentos religiosos eran menos frecuentes que las quejas económicas por la vinculación frecuente de los judíos a la usura. Tales resentimientos contaban con una base real en las presiones de índole demográfica y económica que sufrían los trabajadores agrícolas, afligidos por la subdivisión de tierras en alquiler, la escasez de moneda y la dificultad de obtener créditos en forma regular, todo lo cual estalló en julio de 1789 en torno a la época de la *Grande Peur*. Los campesinos se alzaron no solo contra los *seigneurs*, sino también contra los judíos, obligando a varios centenares de ellos a huir de Renania a Basilea o Mulhouse. Es la razón, en parte, de que la Asamblea Nacional concediera la igualdad de derechos a los protestantes y los actores intervinientes el 24 de diciembre de 1789, y a la comunidad judeo-sefardí de Burdeos («los portugueses») en enero de 1790, pero que esa medida no fuera ampliada a los judíos de las provincias orientales hasta septiembre de 1791 y, ya entonces, quizá debido al cambio del clima político creado por el intento de fuga del rey a Varennes, en el mes de junio.

Entre 1792 y 1793 los ejércitos franceses ocuparon la Renania meridional y establecieron una república jacobina en Mainz, entre el electorado religiosamente cercano de Tréveris; en 1794 ocuparon toda la orilla izquierda del Rin (hipotéticamente, el verdadero límite de la Galia romana y un objetivo preexistente de la expansión francesa que asumió el revolucionario Danton) y se quedaron hasta la caída de Napoleón en 1815.

Renania había pasado a formar parte de la República francesa y, por consiguiente, del Primer Imperio. Y así, la doctrina de los derechos universales entró en vigor también allí.

La situación de los veintidós mil judíos en la Renania abrumadoramente católica variaba de manera significativa entre un territorio y otro. En Colonia, por ejemplo, los judíos habían permanecido excluidos de la ciudad desde su expulsión en 1424; en Bonn gozaban de tolerancia, mientras que los protestantes no; en Aachen incluso los protestantes eran obligados a celebrar misa fuera de las puertas de la ciudad; en Mainz, por otra parte, se reconocían iguales derechos a judíos y cristianos: los judíos podían asistir a las escuelas cristianas y, desde 1786, tanto protestantes como judíos estaban autorizados a obtener una licenciatura en la universidad local. En Tréveris los judíos habían quedado sujetos a una historia singularmente accidentada. Sometidos a variados ataques en la época de la primera cruzada en 1096 y de nuevo en la era de la Peste Negra, habían conseguido prosperar entre ambas instancias. Luego fueron expulsados de la ciudad durante buena parte del siglo xv y de nuevo a finales del siglo xvi; la última arremetida significativa contra sus propiedades fue en 1675. En el siglo xviii los antagonismos parecieron disminuir. Se trataba a los judíos con más tolerancia y recibieron mayor consideración al ser uno de los componentes escogidos por un movimiento de Ilustración católica que presionaba a favor de las minorías religiosas. En parte, los reformadores católicos, especialmente el «febronianismo» en Tréveris, actuaban movidos por principios, pero a la vez porque temían quedarse atrás en ciertas áreas frente a los protestantes alemanes, aquellas en las que una mezcla de Ilustración y una economía ligada a la *raison d'état* había traído consigo un aumento sostenido de la prosperidad general.[\[13\]](#)

Aun así, el trato dado a los judíos en estos principados, episcopados y ciudades-estado no era el de cosúbditos equivalentes, sino el otorgado a miembros de una «nación» separada y exterior a los estados en cuestión. Quedaban, por ello, restringidos a ciertos barrios, les estaba prohibido acceder a innumerables oficios y eran objeto de un impuesto discriminatorio, justificado como un dinero de resguardo, aplicado a la

totalidad de la comunidad judía local y repartido después entre sus integrantes.

Pese a la ambivalencia de las actitudes vigentes hacia ellos, ya en vísperas de la Revolución se había establecido un puente entre el universalismo y la emancipación de los judíos. La postura a la que se había llegado equivalía, con todo, a bastante menos que el reconocimiento pleno e incondicional de iguales derechos. En Francia, ya fuese formulada por católicos reformistas como el abate Grégoire, por los miembros del Partido Patriota o por simpatizantes de la Ilustración, la forma que el argumento adoptaba siguió siendo explícita o implícitamente condicional, sugiriendo que concederles la igualdad de derechos contribuiría al final a «la regeneración» de los judíos, implicando con ello su acelerada asimilación a la comunidad «nacional» y su desaparición efectiva al cabo de pocas generaciones.

Los términos del debate se habían planteado por primera vez en Alemania, donde la partición de Polonia, con sus setecientos cincuenta mil judíos situados entre Rusia, Austria y Prusia, había suscitado interrogantes no previstas respecto a la forma en que debía tratarse a estos nuevos súbditos.^[14] En Austria esto precipitó el Decreto de Emancipación promulgado por José II en 1781. En Prusia, donde la pequeña comunidad judía se había duplicado y el creciente antisemitismo de Alsacia estaba provocando grandes ansiedades, esta situación nueva generó en ese mismo año el primer alegato en favor de la emancipación por parte de un no judío, Christian Dohm, profesor de Historia y amigo del gran exponente del judaísmo ilustrado que era Moses Mendelssohn. Dohm era un representante del culto natural y rechazaba todos los credos «positivos». Gran parte de su argumentación, en *Sobre las mejoras cívicas de los judíos*, descansaba en la capacidad de estos de llegar a ser miembros más felices y provechosos para la sociedad una vez se pusiera fin a la opresión «tan indigna de nuestra época» que los ha corrompido. La remoción de la discriminación legal, suponía Dohm, habría de conducir a la asimilación de los judíos en la sociedad gentil y la gradual desaparición de una identidad específicamente judía. En lugar de sus «opiniones religiosas asociadas al clan», los inspiraría ahora el patriotismo y el amor al Estado, lo cual ocurriría como parte de una

transformación mayor de la sociedad en conjunto, de una jerarquía de estamentos a una estructura social basada en el mérito.^[15]

Este libro fue rápidamente traducido y publicado en Francia, donde causó un impacto inmediato. En 1787 inspiró un concurso de ensayo en Metz con la pregunta: «¿Hay formas de hacer a los judíos de Francia más felices y provechosos?». La respuesta más célebre provino del abate Grégoire. Al igual que Dohm, Grégoire argumentaba a favor de eliminar las trabas a los judíos, tanto civiles como políticas, no tanto para incrementar su utilidad, sino para lograr su «regeneración». Grégoire fue el primer cura católico en escribir con simpatía acerca de las demandas de los judíos, pero a la vez hizo una extravagante exploración, en una ecléctica variedad de fuentes, con miras a explicar su «corrupción». No era solo que Dios los hubiese castigado dispersándolos por todo el orbe; además coincidía con el clérigo suizo Johann Kaspar Lavater, el ampliamente valorado inventor de la «ciencia» de la «fisonomía», en su creencia de que era posible detectar la degeneración moral de los judíos en sus rasgos faciales.^[16]

Tras irrumpir la Revolución, Grégoire se convirtió en uno de los adalides de la Iglesia constitucional, establecida por la Asamblea Nacional para rectificar los abusos de la Iglesia católica durante el *Ancien Régime*. Con el advenimiento de esta nueva Iglesia y la nueva sociedad, creía él, los askenazis se disolverían en el seno de la nación. Es más, el argumento para la «regeneración» de los judíos se expresaba ahora en términos universalistas, pues todos los grupos dentro del *Ancien Régime* habían sido corrompidos en mayor o menor grado antes de 1789. Grégoire no dudaba de que la nueva nación emergente tendría un carácter unificado y de que, por ende, todos deberían transformar sus hábitos y valores. Específicamente, el matrimonio mixto permitiría alcanzar una nueva homogeneidad. Además de a los judíos, Grégoire prestaba especial atención a la transformación de la población rural, de los negros libres y de su *bête noire* particular, los hablantes de dialectos.

¿Cuánto cambió la suerte de la familia Marx en los diez años que siguieron al Decreto de Emancipación de 1791?^[17] La evidencia disponible es solo indirecta y nos sugiere una escasa mejoría real en la situación de los judíos de Renania. Era posible una mayor libertad de

escoger residencia y hasta hubo una apertura en las opciones disponibles para los artesanos, pero había a la vez una hostilidad jacobina creciente hacia todas las formas de idolatría preexistentes, lo cual culminó en el cierre de todas las iglesias y sinagogas entre septiembre de 1793 y febrero de 1795, o su conversión en Templos de la Razón. El restablecimiento de las congregaciones, en las secuelas dramáticas de estos acontecimientos, resultó a menudo difícil, pues muchos estaban ahora felices con su nuevo estatus de ciudadanos iguales y se negaban a mantener su anterior contribución al sustento comunal. El alojamiento de las tropas francesas de ocupación y la confiscación de provisiones para el ejército galo fueron otro problema mayor. En la vecina Alsacia, los años duros del régimen galo de Termidor (1795-1799) trajeron consigo una irrupción adicional de ira contra la usura, y pese a que también estaban involucrados prestamistas cristianos, el blanco principal de la animosidad campesina fueron los judíos.[\[18\]](#)

Bajo el dominio napoleónico hubo vuelcos incluso más dramáticos en la suerte de los judíos renanos. En la década de 1790 los jacobinos habían adoptado una actitud explotadora hacia la población local. Habían clausurado las cuatro universidades del Rin —Bonn, Colonia, Tréveris y Mainz— y habían transferido los tesoros de arte locales a París. Napoleón, por su parte, estaba decidido a cortejar a las élites regionales en busca de su cooperación y abolió el calendario revolucionario, apoyando las costumbres y festividades locales (y en grado no menor, el día de San Napoleón). A la vez que se mostraba impaciente ante las humanidades y los cursos impartidos tradicionalmente dentro de las universidades, era un entusiasta promotor de las asignaturas técnicas y artesanales. Aparte de las ciencias aplicadas, le interesaba singularmente la promoción de la jurisprudencia como un medio de apoyar su código legal recién elaborado y definitivo, el Código Napoleónico. Era este un proyecto digno del fundador de un Segundo Imperio romano o de un nuevo Justiniano. En una gira de Estado por Renania en 1804, se quedó brevemente en Tréveris, donde ordenó que la magnífica Porta Nigra romana fuera despejada del embrollo de edificaciones medievales que la rodeaban y ordenó la fundación de una nueva Escuela de Derecho en Coblenza.[\[19\]](#)

En 1801, ante todo para pacificar la región de la Vendée, al oeste de Francia, el núcleo de la resistencia monárquica y clerical a la república laica, Napoleón firmó un Concordato con el Papa. Habiéndose quitado de en medio las objeciones católicas a su dominio, prosiguió con otras medidas diseñadas para ampliar la homogeneidad administrativa a otras confesiones, principalmente a protestantes y judíos. Su justificación fue que «el pueblo debe tener una religión y esa religión ha de estar bajo el control del Gobierno. [...] Mi política —afirmó— es gobernar a los hombres como la mayoría de ellos quiera ser gobernada. Esa es la forma, creo yo, en que uno reconoce la soberanía popular. Si gobernara yo sobre un pueblo de judíos, reconstruiría el templo de Salomón».[20]

Napoleón parece haber experimentado un rechazo instintivo ante los judíos, alimentado en parte por su crianza católica, en parte por sus lecturas de Voltaire. «Los judíos son un pueblo vil —escribió en su *Memorial de Santa Helena*—, cobarde y, con todo, cruel.»[21] Pero estaba, al mismo tiempo, decidido a rebajar la tensión endémica que afectaba a las nuevas provincias orientales del Imperio, particularmente por la vía de acelerar el proceso de «regeneración» judía. Por tanto, y pese a su repulsa, hizo mucho por regularizar el estatus legal de los ciudadanos judíos y por ampliar sus oportunidades ocupacionales.

El 9 de febrero de 1807, junto a otros setenta y un rabinos prominentes y judíos laicos, Samuel Marx, el rabino de Tréveris —hermano de Heinrich y tío de Karl—, fue convocado por Napoleón al Gran Sanedrín en París.[22] En una reunión previa de judíos notables les habían planteado una serie de preguntas hostiles, diseñadas para acelerar su asimilación por la vía de iluminar las áreas en las que se consideraba que la ley judía era incompatible con las leyes de la nación. Se les interrogó acerca de sus actitudes hacia el patriotismo, el matrimonio mixto, la autoridad estatal y la usura. Como fruto del Sanedrín, dos nuevos decretos reorganizaron la fe judía en conformidad con directrices aprobadas por el Estado. Los miembros del rabinato se convirtieron en empleados públicos, análogos a los pastores protestantes y a los curas católicos, y la administración del credo judío le fue confiada a una Consistoria General semejante a la que regía a las comunidades protestantes. Bastante más inflamatorio fue el

tercer decreto, el llamado *décret infâme* (decreto infame), medida que prolongaba la práctica de una recaudación impositiva discriminatoria, aunque estuviera supuestamente diseñada para abolir los obstáculos a la «regeneración» judía, sobre todo la práctica de la «usura». No solo conminaba a la especialización en otros oficios, sino que modificaba los acuerdos crediticios existentes, obligaba a los negociantes judíos a acudir a la Prefectura para que les fuera renovada anualmente la licencia de comerciar, prohibía a los judíos —a diferencia de otros grupos— que evitaran el reclutamiento militar pagando por alguien que los sustituyera y los forzaba a registrarse, y de ser necesario modificar su apellido, para cumplir con las nuevas exigencias del registro civil.

Los judíos renanos se mostraron deseosos de probar su patriotismo haciendo los mejores esfuerzos por adaptarse a estos decretos, en particular a los que apuntaban contra la usura. El 16 de agosto de 1808, durante una celebración del natalicio de Napoleón en una sinagoga de Tréveris, Samuel Marx, el tío de Karl, urgió a la juventud judía a dedicarse al comercio artesanal, la agricultura o las ciencias; su propio hijo fue formado como jardinero. El Consistorio recién creado se mostró deseoso, a su vez, de actuar en forma decidida contra la usura. Un documento de 1810 afirma que Samuel no había «desperdiciado oportunidad alguna de advertir contra el fanatismo tan contrario al espíritu de nuestra religión», y había señalado que el Consistorio informaría de inmediato a las autoridades de cualquier «israelita» que, por la práctica de la usura, fuese encontrado «culpable de engaño a un no israelita».[23] Debió ser por esa misma época cuando el padre de Karl inició su carrera de abogado. En concordancia con las nuevas exigencias de la Administración pública, Heinrich —cuyo nombre original era Herschel— se cambió el nombre a Henri y aparece inscrito entre quienes se matricularon en Coblenza en un curso de tres años para obtener la licenciatura en Derecho. En 1814 —el año en que se casó— ejerció de testigo en el nacimiento de su sobrina y firmó como «H. Marx avoué».[24]

Pero el tiempo se le iba de las manos a Napoleón y su nuevo imperio. En la desastrosa campaña de Rusia en 1812, perdió de hecho a quinientos setenta mil hombres. El ejército ruso prosiguió su avance hacia el oeste, reforzado por la desertión del contingente prusiano dentro de la *Grande*

Armée. Los austriacos se sumaron de nuevo a la coalición aliada y, en octubre de 1813, en la batalla de Leipzig, el ejército de doscientos mil hombres de Napoleón fue derrotado por una coalición de trescientos sesenta y cinco mil soldados austriacos, prusianos, rusos y suecos. Cuando los restos del ejército napoleónico entraron en Mainz en noviembre, perdieron una cifra adicional de dieciocho mil hombres a causa del tifus. A finales de enero de 1814 toda la orilla izquierda del Rin estaba en manos aliadas.

1815. RENANIA SE CONVIERTE EN PRUSIANA

Lo ocurrido con Renania era tema de discusión entre las fuerzas aliadas victoriosas. Prusia aspiraba a un trozo de Sajonia, como su parte en los despojos tras la victoria, pero después del colapso de la Holanda austriaca en la década de 1790, los británicos estaban decididos a que Prusia, en su calidad de potencia en el flanco oriental de Europa, sustituyera a Austria como «centinela» en el flanco occidental, en contra de una nueva y posible aventura militar francesa. Prusia se resistió a esta solución tanto como le fue posible, pues significaba que debía asumir la enorme responsabilidad de defender las extensas fronteras occidentales de toda Alemania. Los pueblos de Renania se mostraron también poco entusiastas. La gran mayoría de ellos eran católicos y habrían preferido con seguridad un gobernante de los Habsburgo. Llamaban a los prusianos «lituanos», mientras la gente de buena crianza se lamentaba de que «nos estemos casando con una familia pobretona».[25]

El desafío más inmediato para los prusianos no era el catolicismo, sino la amenaza que planteaba la ley renana. Si Renania iba a ser incorporada a Prusia, la ley prusiana debía de sustituir al sistema legal local. Solo que el código legal prusiano, el *Allgemeines Landrecht*, aunque de intenciones ilustradas, se había originado mucho antes de 1789 y no tenía en cuenta, en la práctica, los giros fundamentales que en lo legal y lo político habían ocurrido en Renania como fruto de la Revolución y veinte años de dominio francés. Igual que en Francia, el señorío feudal había sido sustituido por la soberanía de la propiedad privada, los derechos comunes habían sido

privatizados, las mutualidades disueltas, la Administración reformada para ser más eficiente y las tierras eclesiásticas rematadas.

La totalidad de esta transformación social y política estaba incluida en un nuevo sistema legal y era apoyada con firmeza por la población local. Estas nuevas instituciones jurídicas se basaban en el Código Napoleónico, que suponía la igualdad ante la ley. Incluso un extraño giro de los acontecimientos había impulsado el sistema en una dirección aún más liberal. Bajo Napoleón, los jurados solo habían sido autorizados en casos ordinarios. Los delitos de interés especial para el Estado habían quedado reservados a tribunales especiales integrados por jueces y oficiales militares actuando por su cuenta. Sin embargo, durante la invasión aliada de 1814 los jueces que cumplían funciones en estos impopulares tribunales especiales habían huido y las cortes sin jurados habían sido todas clausuradas. En consecuencia, el sistema judicial de Renania se erguía entonces como un modelo de prácticas liberales y los principios que estas suelen contemplar—juicios con jurados, audiciones públicas, separación de la Magistratura y el Ejecutivo y prohibición de los castigos corporales— sobrevivieron hasta 1848, cuando se convirtieron en un modelo para los reformadores de toda Alemania.

En 1815 estaba aún poco clara la dirección que asumiría la política prusiana para su nueva provincia renana, pues la Revolución y la guerra habían forzado a Prusia a hacer cambios. En 1806, en las batallas de Jena y Auerstedt los prusianos habían resultado profundamente humillados por Napoleón, marcando el fin del orden político de la vieja Prusia y de la que era designada como «la clase agraria dominante y en uniforme».[[26](#)] En respuesta a dicho fiasco, los radicales en el seno de la Administración prusiana habían aplicado una serie de reformas primordiales. En el ejército fueron introducidos el reclutamiento y el ascenso basados en los méritos; además, se diseñó un sistema ministerial, se abolió la servidumbre vitalicia, se eliminaron las trabas a las mutualidades y se estableció el autogobierno municipal. Esas medidas se acompañaron de la enseñanza primaria universal y la fundación de una nueva universidad en Berlín.

Hubo también un giro sustancial en las actitudes hacia la emancipación judía y, promovido por el canciller reformista Karl von Hardenberg, el

Edicto Concerniente a la Condición Cívica de los Judíos barrió, en 1812, con las jurisdicciones especiales de antaño y transformó a los judíos en «ciudadanos» del Estado prusiano. El edicto no iba tan lejos como la legislación gala de 1791, pues existía aún la expectativa de que, a un estatus modificado, siguiera una modificación en el comportamiento de los judíos. Además, se dejó sin resolver la cuestión de si estos serían elegibles para cargos gubernamentales. Con todo, como un primer paso, fue muy bienvenido por las propias organizaciones judías.

Un cambio como ese fue significativo en la eliminación de los presupuestos políticos que habían regido a la Prusia feudal y absolutista desde tiempos inmemoriales, cambio necesario al reanudarse la guerra contra Napoleón en 1813. Esta había implicado la movilización de Prusia en los meses previos a la batalla de Leipzig y, para muchos en aquella época, había significado el verdadero nacimiento de «Alemania».[27] Tras la humillación del 27 de octubre de 1806, cuando Napoleón y su ejército victorioso fueron ovacionados al cruzar a galope las calles de Berlín, se había producido una transformación extraordinaria en el escenario vigente. Ya habían surgido las primeras chispas de una resistencia *nacional* contra Francia, inicialmente confinada a círculos reducidos de estudiantes e intelectuales que defendían una «nación» en el sentido de una comunidad lingüística y cultural que abarcaba los principados y estados germanos existentes y los trascendía. Enseguida dicho sentimiento se fundió con una reacción creciente contra el comportamiento abusivo y explotador de la *Grande Armée*, hasta que la indiferencia popular se convirtió en odio a la potencia ocupante. Grupos de lectura, asociaciones estudiantiles y sociedades secretas hacían circular propaganda entre las clases instruidas y encontraron una recepción más vasta especialmente entre la juventud rural, incluidos los estudiantes, artesanos y jornaleros.

En 1813 la muy conservadora y absolutista monarquía prusiana se había visto forzada a seguir el ejemplo del Estado revolucionario francés y organizar su propio ejército basado en un reclutamiento masivo. Se convocó a toda la población masculina, incluidos los judíos, que cumplía con los requisitos, sin importar su estado de residencia, mientras una enorme variedad de grupos de voluntarios, incluidas las mujeres, proveían de apoyo

a aquel esfuerzo de la sociedad burguesa. Momentáneamente la causa de Prusia y la causa de una «Alemania» en incubación se habían fundido. En adelante, la evocación infinitamente idealizada de esa instancia de unidad patriótica vivida en 1813, cuando el rey y su pueblo se habían fusionado, presuntamente, en un solo cuerpo, alimentó una reserva de sentimientos de lealtad a lo autóctono en las décadas previas a 1848.

La victoria definitiva sobre Napoleón en Waterloo, el 18 de junio de 1815, obra ante todo de las tropas británicas y prusianas, apareció como la culminación de las esperanzas forjadas por la «era de la reforma» en Prusia y la movilización patriótica de 1813. La cual se había visto precedida por la promulgación, menos de un mes antes, del Edicto Real del 22 de mayo, que prometía convocar una Asamblea representativa. Había también razones para mostrarse optimista respecto al futuro de Renania. Los gobiernos provinciales habían sido confiados a miembros prominentes del sector reformista, en particular a Johann Sack, Justus von Gruner y Christoph von Sethe, que se oponían a la vieja aristocracia y propiciaban el sistema judicial liberal de Renania. Por un tiempo pareció que una Prusia renovada y más progresista podría entenderse con su provincia posrevolucionaria.

Tales esperanzas se vieron enseguida defraudadas. La promesa de una Asamblea representativa fue dejada de lado. La creación por parte de Metternich de la Confederación Germánica, un antiguo conglomerado de treinta y ocho entidades principescas primordiales, dio al traste con una nueva modalidad de unidad alemana. La decepción y confusión de los activistas románticos y nacionalistas, ahora unidos en una nueva forma de movimiento estudiantil, el *Burschenschaft*, se expresaron en una nueva forma de mitin político, el Festival de Wartburg de 1817, que conmemoró el tricentenario de la Reforma de Lutero. Allí, entre una panoplia de otros objetos execrables, los participantes quemaron las obras del dramaturgo August von Kotzebue, que había escarnecido los ideales románticos y nacionalistas. Dos años después, ataviado con un «disfraz de alemán antiguo» diseñado por el gimnasta romántico Friedrich Jahn, un estudiante nacionalista y radical de Jena, Karl Sand, asesinó a Kotzebue en su propia casa. Esto bastó para asustar a Federico Guillermo III, rey de Prusia, a quien Metternich había ya persuadido de la amenaza que suponían los

«demagogos» difusores del jacobinismo y el nacionalismo. En 1819 la Confederación Germánica, impulsada por Metternich, aprobó los Decretos de Carlsbad, que suprimieron las sociedades estudiantiles y dieron un fuerte golpe a la libertad de expresión y asociación.

En Berlín la baraja había comenzado ya a repartir a favor de los conservadores en la corte de Federico Guillermo, y el matrimonio de su hermana con el futuro zar Nicolás I de Rusia lo condujo en una dirección incluso más reaccionaria. En contraste con las políticas de los reformadores prusianos, había un nuevo énfasis en el lugar central que ocupaba la religión. En conformidad con un memorándum de 1816, la religión era el único vínculo suficientemente poderoso para transformar a un pueblo en un «todo unánime», capaz de una acción unificada y resuelta «en tiempos de amenaza externa». Esto implicó, a la vez, un giro en la política hacia los judíos y se dieron pasos para facilitar su conversión, pero, por la misma razón, mientras el judío siguiera siendo judío, debía ser estrictamente excluido de cualquier cargo del Estado.

Como abogado y judío, Heinrich Marx se vio atrapado en el fuego cruzado entre ambas facciones. El 13 de junio de 1815 le escribió al nuevo gobernador prusiano Johann Sack solicitando que la nueva Administración rescindiera el decreto napoleónico antisemita del 17 de marzo de 1808. En su carta aludía a sus congéneres religiosos, los *Glaubensgenossen*, arguyendo que, aun cuando algunos de ellos eran culpables de prácticas usureras, el remedio no radicaba en la legislación desigual vigente, sino en una ley nítida contra la usura. Y proseguía refutando el alegato de que esa forma de discriminación estaba diseñada como remedio para la degeneración judía. Daba «eternas gracias al Todopoderoso por el hecho de que aún éramos, y somos todos, seres humanos», afirmando que toda «persona que, tras un periodo tan largo de opresión, no hubiera degenerado por completo ha de llevar en su seno el sello indiscutible de la más noble humanidad; las semillas inextirpables de la virtud residen en el corazón; la chispa de la divinidad inspira el espíritu». Apelaba a su vez al «gentil espíritu del cristianismo», oscurecido a menudo por «el espíritu del fanatismo», a «la moral pura del Evangelio empañada por la ignorancia de los sacerdotes» y «a la voluntad del rey como sabio hacedor de la ley».[28]

A Heinrich le preocupaba singularmente su propia opción de practicar la abogacía. El 23 de abril de 1816, informando de las cifras de judíos empleados en la Administración de Justicia, el presidente del Tribunal del distrito, Christoph von Sethe, escribió a Berlín arguyendo que, aun cuando el Edicto de 1812 prohibía a los judíos ejercer la abogacía, a tres de ellos entonces inmersos en su práctica —Heinrich incluido— debía otorgárseles el derecho excepcional para proseguir con su ejercicio. Los tres habían escogido su profesión de buena fe y contaban con la garantía del monarca de que ningún funcionario podía ser expulsado de su cargo por el cambio de Gobierno. Pero Kircheisen, el conservador ministro de Justicia en funciones en Berlín, pensaba que no debía haber excepciones, al igual que el ministro del Interior prusiano, Von Schukmann.[\[29\]](#)

Con los reformadores a la defensiva o arrinconados —Sack fue tiempo después transferido a Pomerania—, poco podía hacer la Administración local para contrarrestar el asunto. Hacia fines de 1816 Heinrich sometió a la Immediat-Justiz-Kommission un informe sobre la institución de los tribunales de comercio en Renania. Cuando la Kommission lo invitó a publicar su informe, estuvo de acuerdo pero solo a condición de que pudiese conservar su apellido y lugar de residencia, temiendo las posibles consecuencias si se sabía que vivía en Tréveris. Como explicaba él mismo:

Por desgracia, mis nexos son de tal índole que, como padre de familia, debo ser cauteloso. Como es bien sabido, la confesión a la que la naturaleza me ha encadenado no disfruta de singular estimación y esta provincia no es, por cierto, de las más tolerantes. Y si he de soportar infinidad de cosas, algunas de ellas amargas, y me arriesgo a perder casi entera mi pequeña fortuna hasta que sobrevenga alguna vez la época en que se acepte que un judío pueda tener algún talento y ser además honrado, no puede culpárseme de haberme vuelto, en cierto sentido, un poco tímido.[\[30\]](#)

Y, así, Heinrich se hizo bautizar como miembro de la Iglesia evangélica protestante en algún momento entre 1816 y 1819. No existen registros de su bautismo, pero no hay motivo para dudar de la razón que lo propició. Fue porque, como bien establecieron hacía ya tiempo un amigo de Karl, Wilhelm Liebknecht, y su propia hija Eleanor, el régimen prusiano no le dejó otra opción para continuar con su labor de abogado.[\[31\]](#)

Si bien no caben dudas de la necesidad profesional de su bautismo, no queda claro que ese giro fuese del todo opuesto a sus convicciones. Sus

referencias «al gentil espíritu del cristianismo» y «la moral pura del Evangelio» sugieren un intenso respeto por ese credo, aun siendo miembro de la comunidad judía. La consideración hacia sus progenitores pudo haber retrasado su conversión. Puede que aludiera a ello cuando, años después, en una carta reprobatoria dirigida a su hijo Karl, de diecinueve años, hacía hincapié en la necesidad de respetar a los padres, le mencionaba su propia experiencia y «lo mucho que he peleado y sufrido por no afligirlos [a mis padres] durante el mayor tiempo posible».[32] El cuñado de Karl, Edgar von Westphalen, evocando recuerdos cuarenta años después, clasificaba a Heinrich como un protestante al estilo de Lessing, o afín al modelo que proponía Kant de la fe y la razón unidas en una moral superior.[33] Eso concuerda, ciertamente, con el tono de otra carta que Heinrich escribió a su hijo Karl en 1835: «La fe pura en Dios es un gran sostén de la moral. Tú sabes que soy cualquier cosa menos un fanático, pero esa fe es [una exigencia] real para el hombre tarde o temprano, y hay momentos en la vida en que incluso el ateo se ve [involuntariamente] compelido a venerar al Todopoderoso [...] pues, por lo que creían Newton, Locke y Leibniz, todos pueden [...] subordinarse alguna vez».[34]

Parece que, en la década de 1820, Heinrich hizo bastantes progresos. Tras su nombramiento en 1818 en la Corte de Apelaciones de Tréveris, en 1821 escribió otro informe sobre la usura y se convirtió en defensor público. Era muy apreciado por sus colegas. En 1819 adquirió de un colega jurista la impresionante vivienda próxima a la Porta Nigra, y casi todos los padrinos de sus hijos fueron abogados de Tréveris. Edgar von Westphalen sostiene que era uno de los principales abogados y hombres más nobles de Renania. Y no perdió el contacto con la comunidad judía local. La familia Marx seguía teniendo la copropiedad de un viñedo en Merstesdorf con el doctor Lion Bernkastel, un miembro prominente del Consistorio al que Heinrich siguió recurriendo como médico hasta la década de 1830.[35] Y la familia cultivaba aún la amistad de la viuda del rabino Samuel Marx.[36]

Para la propia Tréveris y la región circundante, la década de 1820 no fue demasiado próspera. Bajo el dominio galo, el vino de Mosela disfrutó de un acceso más expedito al mercado francés, pero luego sufrió una crisis grave y prolongada durante unos pocos años, cuando se produjo la incorporación

de la región a Prusia. Desorientados por la posición en apariencia monopolista otorgada a la industria local por el arancel prusiano de 1818, los viticultores aumentaron significativamente los acres dedicados a los viñedos y, al mismo tiempo, diluyeron la calidad, tentados por la promesa de un mercado prusiano masivo. A mitad de la década de 1820 la sobreproducción estaba llevando a una caída de los precios y esto se volvió catastrófico por los tratados comerciales con Baviera y Wurtemberg, que provocaron que los vinos del sur de Alemania, el Pfalz y el Rheingau, desplazaran a los de Mosela. La crisis de los viticultores se extendió a las décadas de 1830 y 1840, hasta el punto de que sus miserias solo podían compararse con las del caso contemporáneo al suyo de los hilanderos de Silesia.[\[37\]](#)

El otro pilar de la región eran los bosques, y durante la primera mitad del siglo XIX hubo una demanda creciente de madera, especialmente por parte de las fundiciones de hierro del Eifel y de los toneleros del comercio vinícola. Los campesinos pobres de las tierras altas se beneficiaban de esta demanda vendiendo la madera que recogían en el suelo del bosque, pero la consolidación de los derechos de propiedad privada durante el periodo napoleónico y su confirmación por los Estados Provinciales en las décadas de 1820 y siguientes amenazaban el sustento del campesinado al dificultar su derecho a recoger maderas sobrantes y caídas. La resistencia aldeana adoptó la forma del «robo de madera», realizado fundamentalmente por mujeres y niños. La cifra creciente de condenados por robo de madera a manos de jurados integrados por propietarios fue uno de los temas destacados en un artículo publicado en 1842 por Karl Marx en la *Rheinische Zeitung* (*Gaceta Renana*), pero el asunto no era tanto una batalla, como él creía, entre la propiedad privada y la agricultura de subsistencia, sino la lucha de los pobres por participar en el mercado de la madera.[\[38\]](#)

Si había desconfianza hacia el régimen prusiano en la década de 1820, fue enteramente silenciada. No existía tampoco una nostalgia de la Renania previa a los años del dominio francés. Berlín tuvo escasamente en cuenta los intereses económicos de la provincia renana; sus políticas de libre comercio estaban principalmente diseñadas para beneficio de los

exportadores de maíz al este del Elba, en el corazón del territorio prusiano. Pero, al igual que Napoleón, los prusianos hicieron algún esfuerzo para que se los asociara con la cultura local. Devolvieron los tesoros saqueados, restauraron en 1818 la Universidad de Bonn (pero no la de Tréveris) y patrocinaron el culto romántico creciente a lo medieval, apoyando el proyecto de completar la catedral de Colonia. Con todo, su interés primordial era —y desde luego, más en Tréveris— militar y estratégico. Tréveris, un pueblo-guarnición a pocos kilómetros de la frontera francesa, estaba en la primera línea de defensa contra un potencial resurgimiento de Francia.[\[39\]](#)

En esa década de 1820 la promesa del monarca prusiano de convocar una Asamblea representativa, originalmente auspiciada por Hardenberg y otros reformadores del Gabinete, se transformó, por obra de los conservadores, en la participación periódica en una Asamblea Provincial organizada según las directrices de la sociedad estamentaria tradicional y sin contar con facultades presupuestarias.[\[40\]](#) Dado que, bajo la ley renana, el privilegio de nobleza seguía siendo ilegal, el intento de nombrar un estamento noble en la primera reunión de la Asamblea renana, en 1826, fue recibido en general como grotesco; los notables renanos seguían siendo claramente burgueses en su aspecto y estilo de vida. Sin embargo, pese a lo inapropiado de su protocolo, los líderes locales se las arreglaron para convertir estas asambleas en un vehículo de expresión del descontento con la burocracia prusiana local.[\[41\]](#)

1830 Y AÑOS POSTERIORES

En respuesta a los hechos acaecidos durante la década de 1830, las demandas del liberalismo renano adquirieron un perfil mucho más nítido. La revolución de julio de 1830 en París derrocó al régimen borbónico de Carlos X, hermano del ejecutado Luis XVI, y acabó con cualquier ambición de restaurar las estructuras del *Ancien Régime*. Un mes después, Bélgica presenció el inicio de una revuelta nacional exitosa contra los holandeses, y desde noviembre hasta el verano de 1831, los polacos hicieron un intento de

desembarazarse del dominio ruso. El entusiasmo cundió entre los liberales y radicales germanos. Según el poeta Heinrich Heine, que estaba de vacaciones en la lejana Heligolandia, cuando llegaron las noticias de la caída de Carlos X, «el pescador que ayer me llevó a la isleta de arena en la que nos dimos un baño sonrió y dijo: “Los pobres han tenido su día”».[42] En la Prusia brandeburguesa no hubo mayor revuelo, pero en Renania el hecho de que Francia y Bélgica, dos de sus vecinos más relevantes, se hubieran convertido en monarquías parlamentarias fue recibido con entusiasmo. Políticamente hablando, la presencia intimidante de las guarniciones prusianas inhibía cualquier desafío abierto a la Constitución vigente, sin considerar los disturbios ocurrido en Aquisgrán y Colonia,[43] pero en Hambach, situado en la Renania bávara, en mayo de 1832 una asamblea de ciudadanos, artesanos y estudiantes, reforzada por miles de campesinos locales en son de protesta, llamó a la conformación de un Estado-nación alemán fundado en la soberanía popular. Previsiblemente, la Confederación Germánica reaccionó con otro conjunto de leyes que endurecían la censura y prohibían toda forma de libre asociación y reunión.

La reacción de los ciudadanos de Tréveris fue menos visible, pero no tan débil como para escapar a la atención oficial. Las autoridades prusianas ya habían reparado, frunciendo el ceño, en las actividades del Club Casino, el club social fundamental del *Bürgertum* de la ciudad, el que en varias ocasiones había omitido, al parecer, el brindis a la salud del monarca. Y se habían mostrado incluso más inquietas cuando las tensiones entre los miembros de ese club y la guarnición local condujeron al abandono masivo del club por la oficialidad. Pero la ansiedad subió de tono cuando, el 13 de enero de 1834, el club celebró un banquete con ciento sesenta invitados para dar la bienvenida a los cuatro diputados de Tréveris a su regreso del Landtag (Asamblea Provincial).

Heinrich Marx hizo el discurso de bienvenida. «Un único sentimiento nos une a todos en esta ceremonia —empezó diciendo—, un único sentimiento inspira a los ciudadanos honorables de esta ciudad: el sentimiento de gratitud a sus representantes, quienes le brindan la certeza de haber batallado de hecho y de palabra, con coraje y sacrificio, por la verdad y la justicia.» Enseguida propuso un «sentido agradecimiento y los mejores

deseos para nuestro benevolente monarca» por instituir ante todo «la representación del pueblo». «Por su propia voluntad soberana» el rey había organizado la convocatoria a los estamentos «para que la verdad llegue hasta los escalones de su trono». Y continuó: «¿Dónde más habría de llevarnos la verdad sino allí?». «Donde la justicia se halla entronizada —concluyó—, la verdad ha de hacer también su aparición.»^[44] Como afirmación de lealtad, el discurso era ciertamente malicioso. Heinrich Marx agradeció a los representantes de la ciudad ante el monarca; habló de la primera instauración de «la representación popular» más que de la convocatoria de los estamentos, y relacionó la Asamblea Provincial con el logro de justicia y verdad.

Las autoridades consideraron las actas de la reunión una afrenta. El ministro de Justicia criticó que hubiese en la ciudad de Tréveris una sociedad que celebraba habitualmente almuerzos, integrada por suscriptores privados, «pretendiendo de un modo tan ignorante como desautorizado instruirle a él y criticar los procedimientos de una Asamblea que responde ante su majestad el rey». Y se mostró singularmente alarmado al recalcar:

La gran mayoría de diputados al Landtag no se comportan como diputados que vinieran ante el Landtag desde sus estamentos respectivos, sino como representantes del pueblo; y, al igual que en Inglaterra, la audiencia habrá de alentarlos para que sigan en esta senda si dan y reciben discursos en las tabernas y son aplaudidos por los espectadores como tribunos del pueblo por sus logros en el Landtag, combatiendo los peligros y planes que amenacen al propio Landtag y que ellos sabrán eludir.^[45]

Pero aún faltaba lo peor para un régimen inquieto a causa de la reacción de sus súbditos renanos por las secuelas de 1830. Menos de una quincena después, el 25 de enero de 1834, hubo otra cena de celebración para el aniversario de la fundación del Club Casino. Cuando la mayoría de los invitados se hubo retirado, algunos participantes en el evento se reunieron en torno a una de las mesas, donde hicieron discursos y entonaron canciones diversas. Mientras que las que no tenían contenido político fueron musitadas en voz baja, *La Marsellesa* fue abordada con mayor entusiasmo y seguida de *La Parisienne* y otros temas revolucionarios. Uno de los presentes tomó una servilleta de seda tricolor y se subió a un taburete para agitarla, luego se bajó y, tambaleándose, hizo que otros la besaran, la

acogieran o hasta se arrodillaran ante ella. Uno de los abogados exclamó entonces: «Si no hubiéramos tenido la Revolución de Julio en Francia, ahora estaríamos comiendo pasto, como el ganado». De nuevo entre los presentes se hallaba Heinrich Marx, aunque se marchó antes de que fuera entonado el canto de cierre de *La Marsellesa*.[\[46\]](#)

Los informes del incidente recibidos del ejército en Tréveris provocaron la alarma de la Administración prusiana. El alcalde, por su parte, se empeñó en suavizar lo ocurrido arguyendo que todo el episodio era una simple consecuencia de que sus protagonistas habían bebido demasiado vino y que no debían tomárselo muy en serio. La opinión pública reprobó el acto, pero le gustó aún menos que el ejército lo transmitiera. Aun así, el régimen siguió adelante con un cargo de alta traición formulado en contra de uno de los partícipes, el abogado Brixius, aunque el acusado fue absuelto en Tréveris y luego de nuevo en la apelación vista en Colonia, un testimonio elocuente del valor e importancia del sistema judicial no absolutista de Renania.

Otro indicio de la ansiedad de quienes regían Prusia fue el nombramiento de Vitus Loers, un individuo marcadamente conservador, como subdirector del *Gymnasium* de Tréveris —en el cual estudió Karl entre 1830 y 1835—, como adjunto del director, Johann Hugo Wyttenbach, y que se confiara al propio Loers la vigilancia policial del instituto. Wyttenbach ejercía como profesor de Historia y director del centro educativo, era un hombre culto y progresista que había acogido, alguna vez, la Toma de la Bastilla como el amanecer de la libertad, y cuyas creencias religiosas se inspiraban en Kant. Heinrich Marx le recordó a su hijo Karl, cuando concluyó su época en el *Gymnasium*, que le enviara unos versos de aprecio a Wyttenbach: «Le he dicho cuánto lo admiras». Pero a la vez le indicó que había sido invitado a un refrigerio por Loers, quien «se ha tomado a mal que no le hicieras una visita de despedida». Heinrich había contado alguna mentira piadosa para excusar la falta de consideración de su hijo.[\[47\]](#)

Pese al incidente de 1834, Heinrich no sustentaba los puntos de vista de esos revolucionarios y, como escribió una vez a su hijo, él era «todo menos un fanático». En 1837, en un afán de aportar a la juvenil ambición de su

hijo por cultivar la «composición dramática», le sugirió que hiciera una prueba al respecto y además le propuso un tema. Este debía surgir de la historia prusiana y relacionarse con «un momento de cierta intensidad en que el futuro de la nación estuviera en la balanza». Él mismo sugirió un asunto que adjudicara algún papel «al genio de la monarquía», quizá considerando «el espíritu de la nobilísima reina Luisa». Después se refirió a Waterloo: «El riesgo allí era enorme, no solo para Prusia, por su figura real, sino para toda Alemania», y «Prusia fue la que desempeñó un papel decisivo en todo el asunto». Parecía un tópico apropiado para «una oda con una vena heroica u otro género similar». Existen dudas de si esta sugerencia a su hijo iba en serio; la reina Luisa había muerto en 1810. Aunque en su condena de Napoleón, unas páginas después, no había ambigüedades: «En rigor, bajo su dominio, nadie hubiera osado reflexionar en voz alta sobre lo que se escribe a diario y sin interferencias en toda Alemania, especialmente en Prusia». Cualquiera que hubiese estudiado esa historia «puede sentir gran regocijo, sin problemas de conciencia, por su caída y la victoria prusiana».[48]

El caso de un judío que se había unido, en un territorio católico, a la Iglesia cristiano-evangélica —el credo oficial de la monarquía prusiana— no era, por cierto, muy habitual. Con todo, Heinrich Marx compartía muchos de los valores y actitudes de los liberales renanos. Incluso en asuntos religiosos, al menos hasta que irrumpió, a finales de la década de 1830, el conflicto de los matrimonios mixtos en el seno de la élite renana, ya fuera esta católica, protestante o judía, había muchas más coincidencias de las que podrían hacernos creer las discrepancias confesionales. En el caso de Heinrich, como ha quedado claro, era un individuo moldeado por el legado de la Ilustración. Según su nieta Eleanor, «era un auténtico “francés” del siglo XVIII. Se sabía de memoria los textos de Voltaire y Rousseau».[49] Pero también los católicos renanos habían recibido el impacto de similares movimientos ilustrados. A finales del siglo XVIII la Universidad de Tréveris se había visto muy influida por la teología ilustrada de Febronius y las enseñanzas de Immanuel Kant, mientras en la Universidad de Bonn los estudiantes acudían en manadas a las conferencias teológicas de Georg Hermes.[50]

Los puntos de consenso eran políticos e incluían la determinación de no arrasar los beneficios de veinte años de dominio galo, especialmente el Código Civil, el sistema judicial y la abolición de la aristocracia feudal. Estos cambios habían estado asociados al rechazo del fanatismo de los jacobinos y del autoritarismo burócrata de Napoleón. Había también un disgusto general y grandes suspicacias contra el militarismo prusiano, un resentimiento ante la política económica prusiana, de la que se pensaba que favorecía a las provincias del este, y el anhelo de un Gobierno parlamentario moderado que el monarca había prometido en 1815. Para la generación de Heinrich, los años decisivos habían sido el lapso entre 1789 y 1791 —la promesa de una Asamblea representativa, la igualdad ante la ley, la abolición de los estamentos y el respeto a los derechos del hombre—, y para los judíos, especialmente el año 1791, con el logro de su emancipación sin condiciones. Eran las demandas que inspiraban a los nuevos líderes renanos que entraron en escena en la década de 1830 —Hansemann, Mevissen y Camphausen— y que habrían de liderar en 1848 los ministerios liberales en Berlín y Frankfurt.

Para una generación más joven y radical, nacida y criada enteramente bajo el dominio prusiano y en la Europa de Metternich, los argumentos razonados a favor de una monarquía constitucional y un Gobierno representativo no bastaban. En la década de 1830, cuando Karl tenía doce años, después de tres lustros de severa represión, surgió de nuevo en el diálogo el tema de la revolución, cuando a esa otra generación le correspondió asistir otra vez a la caída de un rey Borbón en París. En Francia y Bélgica se instauraron sendos regímenes parlamentarios y en Gran Bretaña se reformó el sufragio. En toda Europa había presiones radicales que propiciaban reformas más profundas y comenzaron a surgir fisuras entre los sectores liberales y radicales, los monárquicos constitucionalistas y los republicanos, bonapartistas, nacionalistas y demócratas. En Francia y Gran Bretaña, esas diferencias se hacían públicas y explícitas casi de inmediato, pero en Alemania, donde persistía la represión, los desacuerdos dentro del Bewegungspartei (Partido del Movimiento) seguían siendo bajo cuerda e implícitos. Diez años después, sin embargo, a la luz del rechazo de la monarquía prusiana a hacer ninguna

concesión a la causa de las reformas, esas divisiones se hicieron explícitas y tan polarizadas como en cualquier otro lugar. Fue entonces cuando un Karl Marx de solo veinticuatro años emergió como uno de los exponentes más nítidos de una forma nueva y particularmente alemana de radicalismo, muy distinta de las cautelosas esperanzas que había enarbolado su padre. Corresponde explicar ahora cómo las circunstancias familiares, la situación crítica de la religión y la filosofía alemanas, y, ante todo, las grandes ambiciones intelectuales de Karl se combinaron para modelar esa postura singular.

HENRIETTE PRESSBURG Y SUS HIJOS

Hasta aquí, nada hemos dicho de Henriette, la madre de Karl, cuyo apellido de soltera era Pressburg, y de quien se suele hacer un tratamiento superficial y en buena medida condescendiente en los textos alusivos a su figura. En su estudio clásico de 1918, Franz Mehring le dedica apenas un párrafo, mencionando tan solo que «estaba enteramente absorbida por sus labores domésticas» y que solo hablaba un alemán básico.[\[51\]](#)

La razón de que su propia sintaxis y ortografía en alemán siguieran siendo tan deficitarias es un auténtico misterio. No puede simplemente deberse a que fuera criada en Holanda, o a su preferencia personal por el holandés, puesto que su hermana Sophie no solo hablaba y escribía un alemán muy aceptable, sino que dominaba varias lenguas. Ni hay tampoco evidencia alguna, como especulan algunos autores, de que el idioma en el hogar de Henriette fuese el yidis. Más probable es que se tratara de algún dialecto del holandés hablado en la localidad de Nimega. Tampoco hay motivo para creer que fuera intelectualmente limitada. Su hija Sophie la describe como «pequeña, delicada y muy inteligente», y los escasos indicios que sobre ella existen sugieren que era muy capaz de formular juicios críticos e ingeniosos.[\[52\]](#) En la época de su bautismo, se dice que replicó a los conocidos que le tomaban el pelo con su nueva fe en los siguientes términos: «Creo en Dios no por el bien de Dios, sino por el mío». [\[53\]](#) Aunque a lo largo de su vida apenas le dedicó elogios, el propio Karl reconocía tristemente, en 1868, que ahí estaba él, con «medio siglo de vida auestas y todavía un indigente. Cuánta razón tenía mi madre en eso de “Si

al menos Karell hubiera conseguido algún capital en vez de esto y lo otro”». [54]

Si Henriette encajaba bien o mal en la sociedad de Tréveris es algo abierto a discusión. Provenía de Nimega y en algún momento consideró la posibilidad de volver a casa de su hermana, que vivía en Zaltbommel, cerca de Amsterdam. Holanda seguía siendo importante para ella y, por diferentes motivos, en la vida de su hijo. Tras el viaje de Karl a Holanda en la Navidad de 1836, Henriette le escribió con sincero orgullo: «¿Te gusta mi ciudad de origen? Es un lugar muy bello y espero te haya inspirado dándote material para tu poesía». [55] Mucho después, en 1851, al felicitar a su sobrina Henriette van Anrooij (cuyo apellido de soltera era Philips) por el nacimiento de su tercer hijo, añadía: «Cuando una se casa por voluntad propia no debe quejarse. Pero tú has tenido mucha más suerte que yo, tienes a tu querida madre junto a ti en todo momento. Yo me hallaba completamente sola en una tierra lejana». [56] Igual que muchos otros a mediados del siglo XIX, Henriette ligaba sus miedos a los del judío errante. En 1853 escribió a su hermana Sophie acerca del matrimonio inminente de su hija Louise y su intención de trasladarse a Sudáfrica: «Pareciera que el destino fatal de la gente de I[srael] se cumple una vez más en mi caso y que mis hijos acabarán diseminados por toda la tierra». [57]

En cuanto a lo de vivir absorbida por las cuestiones domésticas, cabe mencionar un par de consideraciones respecto a los motivos subyacentes tras sus preocupaciones. En su correspondencia temprana, escrita poco después de que Karl hubiera abandonado el hogar paterno rumbo a la Universidad de Bonn, al tiempo que Heinrich aconsejaba o regañaba a su hijo por su comportamiento, sus valores y su carrera, Henriette se centraba en su bienestar físico. Seis meses después de que hubiese iniciado sus cursos en Bonn, el 29 de noviembre de 1836, le escribió: «No debes considerar una debilidad de nuestro sexo si siento curiosidad por saber cómo has organizado tu pequeño hogar». Tras preguntarle cómo manejaba sus ahorros y cómo se preparaba el café, proseguía: «Nunca consideres la limpieza y el orden como algo secundario, pues la salud y el goce dependen de ambos. Sé estricto en exigir que tus habitaciones sean fregadas con frecuencia y fíjate un intervalo de tiempo específico para ello». [58] Cuando

se enteró, con inquietud, de que Karl había estado enfermo a comienzos de 1836, Heinrich le planteó que «no hay nada más lamentable que un estudiante enfermo», a la par que Henriette le ofrecía consejos prácticos:

Estoy segura, mi querido Karl, de que si te comportas con sensatez llegarás a la madurez. Solo que, para eso, deberás evitar todo lo que pueda empeorar las cosas, no acalorarte en exceso ni beber demasiado vino o café, y no comer nada picante, demasiada pimienta u otras especias. No debes fumar ninguna clase de tabaco ni quedarte levantado hasta muy tarde, y tienes que levantarte temprano. Ten cuidado además de no coger un resfriado y, querido Karl, no vuelvas a bailar hasta que no te hayas recuperado bien. Te parecerá ridículo, querido Karl, que actúe yo como médico en todo esto, pero tú no sabes lo mucho que los padres se preocupan al ver que sus hijos no están bien, y cuántas horas de ansiedad nos ha causado ya todo esto.[\[59\]](#)

En septiembre de 1837, cuando Karl comenzaba su segundo año en la Universidad de Berlín, su madre le escribió para decirle que estaba tejiéndole unas «chaquetas de lana para el otoño que te protegerán de un resfriado». Incluso a principios de 1838, estando su esposo gravemente enfermo, se mostraba aún ansiosa de saber «qué ha sido de ti y si estás recuperado».[\[60\]](#)

Pero sería un error considerar las ansiedades de Henriette como típicas de un ama de casa sin horizontes al estilo hogareño alemán, sin nada más relevante en que ocupar su mente. Si las confrontamos con el historial médico de la familia, resulta más fácil entender sus inquietudes. De los nueve hijos que Heinrich y Henriette engendraron, cinco de ellos fallecieron a los veinticinco años o antes de cumplirlos. El enemigo a batir en el hogar de los Marx fue la tuberculosis, y una debilidad pulmonar hereditaria del padre hizo al propio Heinrich y a la mayoría de sus hijos —sobre todo a los varones— particularmente sensibles a ella. De aquellos que sobrevivieron hasta la edad adulta, solo Karl y tres de sus hermanas —Sophie (1816-1886), Louise (1821-1893) y Emilie (1822-1888)— alcanzaron la esperanza de vida habitual. El hermano mayor de Karl, Mauritz, murió a los cuatro años en 1819; Hermann a los veintitrés en 1842;[\[61\]](#) Henriette a los veinticinco en 1845; Caroline a los veintitrés en 1847, y Eduard apenas cumplió los once años antes de fallecer en 1837. En dos de esos casos, las cartas que se conservan brindan indicios de lo que todo eso significó en términos emocionales.

El 9 de noviembre de 1836 Heinrich informaba de que Eduard estaba asistiendo al *Gymnasium* y «se esfuerza en demostrar un gran entusiasmo», pero el 12 de agosto de 1837, al reprocharle a Karl su indolencia por no escribirles, le indicaba que sus cartas —cuando conseguía dejar de lado su «sensiblería enfermiza y esos pensamientos fantasiosos y lúgubres»— eran «una necesidad real» y «lo hubieran sido en particular este verano para tu madre, que está muy sensible, y desde luego para mí. [...] Eduard ha estado enfermo durante los últimos seis meses y ha adelgazado mucho, su recuperación es muy dudosa y, lo que es muy extraño y fatigoso en un niño, sufre de una honda melancolía, un miedo real a morir. Y ya sabes cómo es tu madre: no se moverá de su lado y se atormenta día y noche, y yo vivo asustado de que se vea sobrepasada por el esfuerzo».[62] Eduard murió, de hecho, el 14 de diciembre de 1837.

Igualmente insidioso fue el caso de Henriette, la quinta hija del matrimonio; Jenny Westphalen, futura esposa de Karl, le escribió a este a París el 11 de agosto de 1844 diciéndole que había grandes preparativos en el hogar de los Marx para la boda de Jettchen con Theodor Simons, pero que, «a pesar de los festejos, el estado de Jettchen es cada día peor, al aumentarle la tos y la ronquera. Ya casi no puede ir a ningún lado. Deambula como un fantasma por la casa, pero *necesita* casarse. Es algo espantoso e irresponsable. [...] No sé si va a resultar bien. Si al menos planearan vivir en una gran ciudad, pero en una aldea miserable...». Jenny se declaraba perpleja ante la postura de la madre de Karl, quien pensaba que Jettchen padecía tuberculosis, pero aun así le permitió casarse. No está claro, en todo caso, que tuviera otra opción, visto que Jettchen declaró con vehemencia que era lo que anhelaba.[63]

Según una de las hijas del presbítero Rocholl, la tuberculosis siguió un curso tan acelerado que todo el mundo llegó a prever su muerte:

Mi padre intentó posponer la boda, porque esta ya no era posible y el novio así lo reconocía, pero la novia tenía tanta esperanza de recuperarse una vez que se hubiera casado que el asunto se hizo al fin. La novia se levantó y vistió un vestido blanco; yo ya no la reconocí, para que se haga una idea de su aspecto lastimoso. Después de la ceremonia, el novio tuvo que llevarla de vuelta a su cama, de la que solo se levantó para ser llevada en el carruaje a morir en su nuevo hogar.[64]

La boda se celebró el 20 de agosto de 1844 y Jettchen murió el 3 de enero de 1845.

Aunque escapó a los estragos de la tisis, Karl fue propenso a las infecciones pulmonares. Varios autores han especulado con un ensayo escolar suyo escrito en 1835 —«Reflexiones de un joven al elegir profesión»—, sugiriendo que este presagiaba su ulterior «concepción materialista de la historia»,^[65] pero omiten el factor bastante más obvio de la ansiedad que experimentaba ante su propio estado de salud cuando escribe: «Aunque no sea posible luchar durante mucho tiempo y rara vez con satisfacción contra una naturaleza física adversa a la profesión abrazada, la idea de sacrificar al deber nuestro bienestar se hace sentir siempre vigorosamente, en cierta medida».^[66] Su padre se alarmó por una descripción del estado de salud que lo aquejaba en Bonn a principios de 1836, y le aconsejó el ejercicio moderado, como dar caminatas o montar a caballo.^[67] Karl no tuvo mayores dificultades para ser excluido del servicio militar. En torno a junio de 1836 su padre lo urgió a obtener los certificados necesarios, añadiendo que podía conseguir uno del médico de cabecera de la familia, herr Berncastel. «Puedes hacerlo sin problemas de conciencia. Tu pecho es muy débil, al menos por ahora.»^[68] Al comentarle el fin de su primer semestre en la Universidad de Berlín durante el invierno de 1836-1837, Karl le replicaba indicándole que, tras pasar «varias noches en vela» y «dejar de lado el orden natural, el arte y el propio universo [...] un médico me aconsejó que me fuera al campo por un tiempo». Después de atravesar Berlín hasta Stralau, declaraba que «no tenía la menor duda de que allí maduraría para convertirse, de un alfeñique anémico, en un hombre de gran vigor».^[69] Pese a esta transformación, su madre le envió igual el certificado para que solicitara la exención del servicio militar en febrero de 1838, añadiendo, en concordancia con Heinrich, que «tenía todo el derecho a él».^[70] El médico militar que lo examinó en Berlín lo declaró no apto para el reclutamiento, «por una debilidad crónica del pecho y escupir sangre con regularidad».^[71]

Queda claro en la correspondencia con sus padres que la salud de Karl era una preocupación e inquietud constante. Y nos deja, a la vez, la impresión de que su sobrevivencia fue considerada un don de la

Providencia.[72] La única alusión que subsiste a la infancia de Karl hace hincapié, ya entonces, en su voluntarismo. «He oído a mis tías decir —escribió Eleanor, la hermana de Marx— que, de niño, era un pequeño tirano, horrible con sus hermanas, a quienes “conducía” hasta el Markusberg de Tréveris al galope de sus caballos y, peor que eso, les insistía en que comieran las “tartas” que hacía con una masa asquerosa y sus manos todavía sucias.»[73] Cuando creció, fue tratado como alguien especial. Heinrich reconocía sus peculiares «dones intelectuales»[74] y ambos progenitores parecían considerarlo excepcionalmente favorecido por el destino. Tal y como Heinrich deja constancia por escrito el 9 de noviembre de 1836, «tu madre dice que eres un escogido de la fortuna», o como el propio padre hacía notar en una carta del 12 de agosto de 1837, «como te dices a ti mismo, la buena fortuna te ha hecho su hijo predilecto».[75] Todo ello parece haber alimentado en el joven Karl un alto grado de ensimismamiento, una creencia en su destino singular y una sensación mayor que la habitual de estar predestinado a algo especial.

EL GYMNASIUM DE TRÉVERIS Y LA UNIVERSIDAD DE BONN

De 1830 a 1835, entre los doce y los diecisiete años, el joven Karl asistió al *Gymnasium* de Tréveris. De sus compañeros, solo siete eran miembros de la Iglesia evangélica protestante y los otros veinticinco católicos (no había estudiantes judíos). Ocho (casi todos los protestantes) provenían de familias de profesionales, nueve eran hijos de artesanos, seis de familias campesinas y cinco más, hijos de comerciantes. En 1835, cuando afrontaron el denominado *Abitur*, o examen final, las edades de quienes se inscribieron para superarlo fluctuaban entre los dieciséis y los veintisiete años. De los veintidós que se presentaron, casi la mitad eran aspirantes a cursar Teología.[76] Evocando en 1878 su época escolar, Karl escribía sobre «la parsimonia» y «avanzada edad» de «los palurdos rurales que abundaban en nuestro instituto de segunda enseñanza de Tréveris», «quienes se preparaban para entrar al seminario», «la mayoría de ellos a costa de un estipendio».[77] La teología predominaba como opción porque los hijos de

obreros y campesinos tenían escasas posibilidades de prolongar su formación, salvo que fuese por la caridad y las becas de la Iglesia. El espectro de edad (diecisiete pupilos tenían veinte años o más) se explica, a su vez, por la cifra de los que seguían con sus estudios para eludir el servicio militar.

El *ethos* del *Gymnasium* de Tréveris, forjado durante años por su director, Johann Hugo Wyttenbach, era el del *Aufklärung* de finales del siglo XVIII, la Ilustración alemana. Consistía en la firme creencia en un Dios benévolo y una moral racional liberada del dogma. En su juventud Wyttenbach había sido un resuelto jacobino y, durante el periodo del dominio francés, había sostenido que el futuro de la república dependía de la enseñanza y de la juventud; en consecuencia, en 1799 había elaborado *Un manual para la instrucción de los deberes y derechos del hombre y el ciudadano*. Wyttenbach fue designado director del instituto en 1804, y se las había ingeniado para mantenerse en la dirección hasta 1815, cuando los prusianos llegaron a transformar la entidad en un *Gymnasium* estatal. Continuó en su puesto hasta su jubilación en 1846.

Pese al cambio de régimen ocurrido en 1815, los valores predicados por Wyttenbach no variaron demasiado. El director creía que la prerrogativa del hombre sobre las bestias consistía en la razón y el libre albedrío. La libertad del individuo, según uno de los textos de historia que Wyttenbach recomendaba, consistía en la satisfacción de las necesidades corporales y espirituales; las primeras por la aplicación de habilidades mecánicas y nuevos ingenios, la segundas a través de la búsqueda de la verdad, la belleza, la perfección moral y la unión con Dios; o lo que era descrito como *Bildung* («cultura»). En dos *Deutsche Lesebücher* («libros de primeras lecturas») compendiados por él, uno para la enseñanza básica y otro para la secundaria, incluía poemas y textos escogidos de Herder, Goethe, Schiller, Klopstock, Wieland, Kleist, Schlegel y Albrecht von Haller. En 1834 él mismo describía el *Gymnasium* como un establecimiento educacional en el que los jóvenes debían ser instruidos en la sagrada creencia en el progreso y el ennoblecimiento moral. «La sabiduría divina ha fijado dos astros que han brillado eternamente y destacado sobre todo lo demás. [...] la más elevada razón, que abre el santo sepulcro de la verdad, y el deseo de contar con un

corazón puro, que solo existe en el bueno y el noble.» Inspirándose en la doctrina «pura» de Dios y la inmortalidad del alma, que él asociaba con Kant, Wyttenbach reiteraba de manera constante la idea de que el ser humano debe trabajar primero y ante todo por los demás, una vía que abría la senda a la inmortalidad.[\[78\]](#)

Aun cuando conservó su puesto, las autoridades prusianas eran profundamente suspicaces respecto al *ethos* dominante en el instituto y estaban inquietas ante la posible infiltración de ideas subversivas. Tras el asesinato de Kotzebue en 1819 por un estudiante del *Burschenschaft* de Halle, hubo una oleada de redadas y arrestos masivos conocidos como la *Demagogenverfolgen* («persecución de los demagogos»). Además, a petición del canciller austriaco Metternich, la Confederación Germánica promulgó los Decretos de Carlsbad, que impusieron una censura aún más dura y una mayor vigilancia de la ciudadanía. En Tréveris, el *Gymnasium* vetó las postulaciones a la Universidad de Halle y dejó de lado la enseñanza del francés; solo en 1822 se permitió que el francés volviera como asignatura optativa y no fue reincorporada al currículo hasta 1828. De manera similar, se suspendió la enseñanza de la gimnasia por su conexión con las *Turnvereine* (asociaciones gimnásticas) nacionalistas. Varios profesores fueron a su vez acusados de viajar a Bonn para participar en «actividades demagógicas». A principios de la década de 1830, uno de los profesores de Karl, J. G. Schneemann, fue acusado de estar involucrado en el despliegue de la enseña tricolor en el Club Casino, y otro de ellos, apellidado Schwendler, levantó claras sospechas por ser el secretario del club. Steininger, el profesor de Matemáticas y Geología, fue también denunciado por haber declarado en 1818 que no había pruebas de la inmortalidad del alma y que la destrucción de Sodoma y Gomorra había sido con toda probabilidad el resultado de una erupción volcánica.

La evidencia de opiniones subversivas también entre los estudiantes era fuente de alarma constante. A finales de la década de 1820 había un entusiasmo generalizado ante la lucha de los griegos por su independencia y hacia Botzaris, su héroe defensor de la libertad. A principios de la década siguiente se dijo que habían circulado en los alrededores del instituto informes con los discursos radicales vertidos en el Festival de Hambach,

[79] y al parecer existía allí una delegación de Alemania Joven.[80] En un afán de ejercer mayor control sobre la dirección del *Gymnasium*, las autoridades propiciaron que en 1835 el profesor de Estudios clásicos, Vitus Loers, se convirtiera en codirector del centro junto a Wyttenbach.[81]

En sintonía con la cultura neoclásica y humanista del *Gymnasium* alemán, además de la enseñanza religiosa tradicional, se hacía considerable hincapié en la enseñanza del griego, el latín, la historia antigua, la lengua y literatura alemanas, asignaturas en las que el joven Karl tenía unas calificaciones más que razonables, según indica su Certificado de Madurez, emitido al término de sus estudios, tras aprobar el *Abitur* en 1835, habiendo demostrado en tales materias «una diligencia muy satisfactoria». Su conocimiento de «la fe y la moral cristianas» era «suficientemente claro y bien fundamentado». Su rendimiento en Matemáticas era «satisfactorio». Por otra parte, su conocimiento de la física era «moderado» y exhibía «solo una diligencia leve en francés». Ante todo, su rendimiento estaba a la par que el de otros pupilos protestantes hijos de profesionales: era bueno, pero no sobresaliente. De los treinta y dos graduados de ese año, terminó en el octavo lugar.[82]

En su bien meditado ensayo sobre «La elección de una profesión», al concluir sus años escolares Karl desplegaba una noción cuasirreligiosa de la vocación. La deidad dejaba que el hombre «sea el encargado de elegir el puesto que dentro de la sociedad considere más adecuado para su persona». La vocación de alguien podía ser «grande», «siempre y cuando su convicción más profunda, la voz más recóndita del corazón, la considere así, ya que Dios no deja nunca al hombre sin consejo y, aunque hable en voz baja, su voz es siempre segura». Solo que, en ocasiones, era posible que esa voz quedase «ahogada» por la ilusión, el autoengaño o «la furia de la ambición». Es más: aunque se apartara de la ambición, el entusiasmo por una determinada profesión podía surgir por los ornamentos que la imaginación adhiere a ella o las ilusiones acerca del propio talento. También hacía una referencia superficial al consejo que podían dar los padres, «que han recorrido ya la trayectoria de la vida y saben lo que es el rigor del destino». Pero, si tras examinar con cabeza fría la propia elección, el entusiasmo por una profesión seguía en pie, entonces «podemos abrazarla

sin miedo. [...] La dignidad es lo que más eleva al hombre, lo que confiere mayor nobleza a sus actos». Por tanto, siempre que una «pobre condición biológica» o la falta de talento no impidan a una persona «cumplir su vocación», «la gran preocupación que debe guiarnos al elegir una profesión debe ser la de servir al bien de la humanidad y a nuestra propia perfección [...] pues la naturaleza humana hace que el hombre solo pueda alcanzar su propia perfección cuando trabaja por la perfección, por el bien de sus semejantes».[83]

Sería un error otorgar demasiada importancia a los sentimientos que el joven Karl expresaba en este breve ensayo. Puede que la preocupación de sus progenitores por su estado de salud y el «rigor del destino» sugieran mayores indicios íntimos de su condición mental al escribirlo. Pero, aparte de una insistencia más enfática por su parte en lo de trabajar para el bien de la humanidad como objetivo primordial, muchas de las propuestas eran una reiteración de las enseñanzas de Wyttenbach y se hallan expresadas de manera muy similar en los ensayos de otros pupilos del instituto. El propio director consideró que su ensayo era «bastante bueno» y demostraba gran riqueza en su capacidad reflexiva y una «habilidad narrativa sistemática y de calidad», aunque le parecía a la vez un «error» característico de Karl «el empeño constante de dar con expresiones manidas o pintorescas», lo que redundaba en que «muchos párrafos» carecieran de «la necesaria claridad y rotundidad».[84]

El 27 de septiembre de 1835 los estudiantes que aprobaron el *Abitur* abandonaron el instituto. Karl se matriculó entonces en la Universidad de Bonn, donde estudió Jurisprudencia. En clara respuesta a la abolición de las universidades renanas por los franceses, Bonn había sido refundada en 1818 por la monarquía prusiana con el propósito claro de probar a los renanos que la autoridad exhibía un mayor respeto, en lo cultural, por la enseñanza superior, en contraposición a las estrechas preocupaciones vocacionales de los franceses. Aspiraban, a la vez, a alentar el protestantismo en la provincia y a brindar la formación requerida a quienes deseaban ingresar a la Administración pública.[85] Pero la vigilancia política de la nueva universidad aumentó significativamente con el pánico asociado a la «persecución de los demagogos» que sobrevino tras el asesinato de

Kotzebue en 1819. Bonn era percibido como un centro prominente de las sociedades secretas estudiantiles, alentadas, según se creía, por católicos ilustres y polemistas de inclinación nacionalista como Joseph Görres y Ernst Moritz Arndt.^[86] A partir de ahí, la vigilancia continuó y, en su Certificado de Graduación en la Universidad de Bonn obtenido en agosto de 1836, en un ítem estandarizado dentro del documento las autoridades universitarias informaban de que Marx no era «sospechoso de participar en ninguna asociación prohibida entre los estudiantes».

Bonn resultaba muy aburrido para los miembros más levantiscos dentro del profesorado. Según Bruno Bauer, en carta dirigida a Karl en 1840, Bonn equivalía a una «insignificancia mediocre», y él mismo advertía con exasperación que sus colegas rehuían cualquiera referencia a los conflictos en boga, esos que galvanizaban sustancialmente al resto de Prusia.^[87] Pero a los estudiantes Bonn les ofrecía muchas posibilidades de asociación y convivencia. El comportamiento de Karl allí no fue el de un subversivo político, sino el de un adolescente que saboreaba su primera liberación del escrutinio paterno, y sus excesos fueron, mayoritariamente, los habituales dentro de cualquier comunidad de estudiantes. El certificado aludido menciona un castigo por «alboroto y ebriedad por las noches». Y también parece haberse permitido aquellos vicios singularmente asociados a las normas aristocráticas o pseudoaristocráticas de sociabilidad que proliferaban en muchas universidades germánicas. El certificado de agosto de 1836 registra la acusación de «portar armas prohibidas en Colonia». Una carta de su padre hace referencia a un duelo («¿Estará el duelo relacionado, entonces, con la filosofía?»), supuestamente celebrado en Bonn.

Las ansiedades de sus progenitores tenían, por supuesto, poco espacio en la nueva vida de Karl. El 8 de noviembre de 1835, tres semanas después de haberse ido de casa, Heinrich le reprochó por carta su «negligencia sin límites» al no escribirles. «Ya conoces a tu madre y lo ansiosa que es.» El padre ratificaba «la opinión, que sostengo, pese a tus muchas y buenas cualidades, de que el egoísmo predomina en tu corazón». Debía, pues, responderle a vuelta de correo. Heinrich estaba preocupado, a su vez, por la actitud de su hijo frente al dinero. En enero de 1836 se quejó de que sus cuentas fuesen «inconexas y nada concluyentes». «Uno espera algo de

orden en un académico y especialmente en un abogado practicante.» En marzo coincidía en que era posible «obviar» el hecho de que «hayas sobrepasado en algún sentido los límites», aun cuando estaba persuadido él mismo de que su hijo podía «arreglárselas con menos». Fuera lo que fuese aquello que ocurría adicionalmente en Bonn, pareciera que Marx siguió siendo un alumno estudioso y concienzudo. Durante el primer trimestre, tras el requerimiento de su padre para que escribiera, contestó «en una carta apenas legible» que estaba matriculado en nueve asignaturas. Su padre consideró esto «más bien un montón» y quizá «más de lo que tu mente y tu cuerpo puedan tolerar», pero a la vez se regocijaba de que a su hijo le resultara «fácil y agradable» el comienzo de sus estudios y que «empieces a amar tu profesión».[88]

Esta impresión es corroborada por el informe final emitido por la Universidad de Bonn, antes de que Karl se trasladara a Berlín para cursar el año académico de 1836-1837. En el trimestre invernal de 1835 había estudiado seis asignaturas, tres de leyes (Enciclopedia de la jurisprudencia, Instituciones e Historia del Derecho romano), y tres de arte y literatura (Mitología griega y romana, Homero y Arte moderno), y en cada una de ellas lo calificaron como «diligente» o «muy diligente» y «dedicado». En el cuatrimestre estival de 1836 completó cuatro asignaturas, tres de leyes (Historia del Derecho alemán, Derecho internacional europeo y Derecho natural) y una de literatura (Elegías de Propertio), y fue de nuevo calificado como «diligente» y «dedicado».[89]

Un indicio más negativo del estado espiritual del joven Karl queda sugerido por su actitud hacia una opción evidente que un abogado ambicioso hubiese considerado en la década de 1830: la «Cameralística» o *Staatswissenschaften* («Ciencias camerales»). Esta asignatura incluía los temas de política pública y administrativa y se inspiraba en las tradiciones paternalistas de la Administración en los estados pequeños. Originalmente concebida según el modelo de gestión hogareña o de una finca descrito por Aristóteles y elaborado por Lutero y Melanchthon, era considerada de singular relevancia en los estados protestantes, donde el Gobierno había expropiado las tierras a la Iglesia. Las Ciencias camerales se habían desarrollado singularmente en la Prusia del siglo XVIII, donde fueron

rediseñadas por Christian Wolff y otros autores, según los preceptos del Derecho natural. Pero las grandes deudas acumuladas por Prusia durante las guerras napoleónicas obligaron al Estado a liquidar buena parte de sus tierras y, por tanto, a apoyarse cada vez más en la recaudación impositiva como fuente principal de ingresos. Por esta razón, la economía política —el término alemán era *Nationalökonomie*— llegó a ser incluida dentro de los temas cubiertos por la *Staatswissenschaften*. Durante la «era de la reforma» en Prusia, el prestigio de la burocracia local creció de manera considerable y, en el periodo de 1815 a 1830, el número de estudiantes de Leyes se incrementó en un 89 por ciento.^[90] Era la razón por la que Heinrich argüía que sería «conveniente» para su hijo seguir «una introducción general a las Ciencias camérales», «porque siempre es útil tener una idea general de aquello a lo que uno deberá enfrentarse algún día».^[91] Karl no descartó la idea, pero no le provocaba mayor entusiasmo. Después de 1830, ya diluidas las esperanzas surgidas con la «era de las reformas», el prestigio de la burocracia estatal había decaído mucho y las posibilidades de lograr un puesto en la Administración pública se habían vuelto muy escasas.^[92] Más adelante, y ya en Berlín, le escribió a su padre que había recibido el consejo de cursar Ciencias camérales tras su tercer examen de Leyes y que, en todo caso, «realmente prefiero la Jurisprudencia a la Administración».^[93]

La verdadera razón permaneció con seguridad en el trasfondo. Tal vez, como esperaba su padre, el Derecho lo proveyera de un sustento, pero Karl estaba destinado a cosas mayores. Él era un poeta.

UN POETA ENAMORADO

Según su hija Eleanor, fue Ludwig von Westphalen —el padre de Edgar y Jenny, sus amigos de infancia— quien primero inculcó en el joven Karl cierta reverencia por la gran literatura. En años posteriores, escribió Eleanor, Karl «nunca se cansaba de hablarnos del viejo barón Von Westphalen y sus sorprendentes conocimientos de Shakespeare y Homero. El barón podía recitar algunos cantos de Homero de memoria, de principio a fin, y se sabía también de memoria la mayoría de los dramas

shakespeareanos, tanto en alemán como en inglés». Se decía que fue Jenny Wishart, la madre escocesa del barón, la que dio pie a ese entusiasmo. Fue a su vez el barón, como indicó luego Eleanor a Wilhelm Liebknecht, «quien inspiró a Karl su amor inicial por la escuela romántica».[94]

Ya en su época escolar, Karl había comenzado a escribir poesía. Poco después de marcharse a Bonn, Heinrich le escribió para comentarle de la angustia de Wyttenbach ante el nombramiento de Loers como codirector del *Gymnasium*, suplicándole a Karl que escribiera unos versos para él.[95] A principios de 1836 su padre quedó complacido de saber que Karl se había integrado en un círculo de poetas en Bonn. Con cierta ingenuidad, señalaba que «tu pequeño círculo me agrada, como bien supondrás, bastante más que las reuniones en la cervecería». Se mostraba a su vez aliviado de saber que Karl le ofrecería su primera obra a él «antes que a nadie» para que la criticara. Su reacción a un anterior poema que su hijo le había enviado había sido más bien negativa: «Con toda franqueza, he de confesar, querido Karl, que no lo entiendo, ni su auténtico significado ni la tendencia en que se enmarca».[96] Con la mayor delicadeza de que fue capaz, intentó apartar a Karl de su vocación poética: «Me dolería verte convertido en un poetaastro como tantos; quizá debiera bastarte únicamente con deslumbrar a tu círculo familiar inmediato».[97]

Así las cosas, durante 1836 Karl se enamoró de Jenny, la hija del barón, lo cual contribuyó en mayor medida a desechar sus ambiciones poéticas. Como él mismo explicaba a su padre el 10 de noviembre de 1837, tras llegar a Berlín el otoño anterior «se había abierto para mí un mundo nuevo, el mundo del amor, que era, en sus comienzos, un mundo embriagado de nostalgias y un amor sin esperanza». «Dado mi estado de espíritu —proseguía—, en aquellos días, la poesía lírica tenía que ser, por fuerza, el primer recurso a que acudiera o, por lo menos, el más agradable y más inmediato, pero, como correspondía a mi situación y a toda mi evolución anterior, un recurso puramente idealista. Mi cielo y mi arte eran un más allá tan inasequible como mi propio amor».[98] Decía haber quemado toda su poesía durante el verano, tras recuperarse de su enfermedad, pero fue solo con reticencias y hacia finales de 1837 cuando comenzó a abandonar la convicción de tener algún destino como poeta. Entretanto, dedicó a Jenny

tres colecciones de poemas, dos de ellas tituladas *Libro del amor*, y una tercera, el *Libro de cantos*. También escribió *Un libro de versos* dedicado a su padre. Esta colección incluyó, además, varios capítulos de *Escorpión y Félix*, una «novela humorística», y varias escenas de *Oulanem*, una tragedia en verso.^[99]

Los estudios literarios han rastreado con cierto detalle las fuentes de las que manaban los empeños poéticos del joven Marx.^[100] En sus piezas más tempranas, es apreciable una deuda de muchas de sus composiciones con la poesía abstracta del Schiller de juventud y las baladas de Goethe, mientras que la obra posterior le debe mucho a los satíricos bosquejos de viaje de Heine. El tema principal, el triunfo y las arduas desventuras del amor, queda sugerido en una serie de imágenes y referencias románticas convencionales, como el joven que permanece fiel a sus ideales y resiste así a los cantos de sirenas, o el caballero que tras volver a casa y descubrir que su amada le ha sido infiel y planea desposarse con otro se suicida en sus nupcias, o los dos arpistas que sollozan entonando sus temas en las afueras de un castillo para ese «que lo habita conmovido», con los astros indiferentes a los destinos humanos, la bella dama eventualmente conducida al delirio y la muerte, la jovencita demacrada cuyo amor desesperanzado por un caballero la lleva a ahogarse de forma deliberada.

Son todos poemas extrañamente ajenos a lo contingente, al devenir político o cultural del momento.^[101] Un crítico hasta los ha rotulado de «curiosos anacronismos» que se remontaban a los escritos tempranos de Goethe y Schiller.^[102] Brillan por su ausencia en todos ellos otras referencias que el romanticismo de tinte conservador posterior a 1810 —el llamado *Hochromantik* o romanticismo elevado— atesoraba en sus versos algo más piadosos (es decir, las imágenes de capillas y frailes, el arte cristiano, la Alemania medieval o antigua), a la vez que escasean referencias a la Alemania Joven o las luchas contemporáneas de griegos y polacos. El énfasis está puesto en un gesto heroico para «avanzar audazmente en el ámbito del conocimiento y aprehender el canto y el arte» en el dominio de lo cultural:

*Rastrear no puedo en calma
todo lo que sobrecoge a mi alma,*

*y huyendo siempre del reposo,
sin cesar, tempestuoso, me precipito.*[\[103\]](#)

Particularmente distintiva de sus versos resulta una especie de loa rapsódica a la acción: la voluntad y actividad humanas, fundidas con el amor, habrán de triunfar sobre el mundo material. Ocurre, por ejemplo, en el «Soneto final a Jenny»:

*Con ropajes brillantes y osados,
y el corazón henchido de su luz,
liberado por mí mismo de todo nexo
a paso firme los espacios atravieso,
contigo el dolor hago añicos y
¡al árbol de la vida mis sueños convergen!*[\[104\]](#)

O en «Orgullo de lo humano»:

*¡Oh, Jenny! ¿Debo acaso aceptar
que nuestras almas por amor se fundan,
que las dos brillan y palpitan a la par
y una misma corriente las inunda?*

*En tal caso, el guante hago restañar
en pleno rostro del mundo y con desdén.
La enana gigante solloza y abatida cae,
pero eso en nada altera mi felicidad.*

*Como si fuera un Dios me atrevo
a vagar por ese ámbito desolador
en que cada palabra es hazaña y fuego
y mi pecho equivale al del Hacedor.*[\[105\]](#)

Los poemas tardíos invocan una batalla contra el mundo circundante, pero es la lucha del poeta o artista contra los enemigos del arte o la burguesía. La inspiración provenía en este caso, principalmente, de los bosquejos satíricos incluidos en los *Cuadros de viaje* de Heine. Buen ejemplo al respecto es el poema «Armide». Escuchando la ópera *Armide* de Gluck, el poeta se deja llevar por «el hechizo de la música», pero su vuelo se ve interrumpido por el parloteo absurdo y el despliegue molesto de una damisela un poco necia, sentada muy cerca de donde él se halla.[\[106\]](#) Hay una postura similar en

cierto empeño de Karl por replicar los reproches formulados al bajo nivel de la crítica alemana y reunidos por Goethe y Schiller en *Xenien*, un texto publicado en 1797. Karl se vale, en dichos epigramas, del sarcasmo para defender al verdadero artista contra el juicio de la multitud. Así, Schiller «jugaba mucho con el Trueno y el Relámpago, pero carecía por completo del tacto habitual», mientras que a Goethe era posible reprocharle que «tuviera muy bellos pensamientos, si bien a veces extraños, pero que omitiera mencionar aquello de que eran “obra de Dios”». Entre esos versos satíricos, había también alguna crítica a Hegel:

*Enseño palabras entreveradas en un revoltijo diabólico,
así, cualquiera puede pensar justo lo que elija pensar.*[\[107\]](#)

La recopilación que Karl envió a su padre incluía dos largas creaciones: *Escorpión y Félix y Oulanem*. *Escorpión y Félix* era un laborioso intento de imitar el *Tristán Shandy*, modalidad que se difundió poco antes de esa época en los escritos de Jean Paul, junto a una obra sobre la noción del *Doppelgänger* de E. T. A. Hoffmann. Cualquiera que fuese el tipo de humor que su autor buscaba lograr en dicha muestra de «novela humorística», quedaba opacado por un embrollado despliegue de erudición. El propio Karl admitía en la carta a su padre el «humorismo forzado» del texto. Quizá el rasgo más llamativo fuese el intento algo chapucero de escribir en una vena literaria de temas políticos, imitando un enfoque asociado a Sterne y Heine. Aparte de la comparación más bien gruesa entre la primogenitura y «el cuarto de planchado» de la aristocracia, estaba la queja, de nuevo inspirada muy probablemente en Heine, de que «en nuestra época [...] no es posible ya escribir nada épico». A lo más grandioso le sucede lo más ínfimo. «Cada gigante [...] presupone un enano, cada genio un palurdo aferrado a la tradición.» Así, «César el héroe deja tras de sí al histriónico Octaviano, el emperador Napoleón a Luis Felipe el rey burgués», y así sucesivamente.[\[108\]](#) Sin el ingenio suficiente que permitiera enlazarlas, el hilo conductor caprichoso de esas asociaciones resultaba descuidado y carente de sentido.

El otro fragmento escrito en verso, «Escenas de Oulanem, una tragedia», aludía a un súbdito alemán enigmático y desconocido de nombre

Oulanem, y a su compañero Lucindo, quienes llegaban a un pueblo de Italia y eran recibidos por un tal Pertini. A pesar de que no lo conocían, este sí lo sabía todo de ellos, desde sus orígenes. Pertini, a imitación de un Mefistófeles moderno, tenía planes siniestros para ellos, a raíz de lo cual Lucindo se plantaba desafiante ante su «pecho vil de serpiente», solo que Pertino lograba distraerlo de su afán presentándole lo que él mismo calificaba como «una muestra succulenta de mujer». Esa mujer es Beatriz, y Lucindo descubre que ambos son alemanes, y pronto se enamoran. El tema es que Beatriz ha sido ya prometida por su padre a Wierin («ningún simio había que pudiera lucir tan pulcro como él»).[109] Lucindo y Wierin se disponen entonces a batirse a duelo por ella, mientras el misterioso Oulanem, un Fausto revenido y añoso, se sienta a su escritorio maldiciendo la forma que el mundo ha adoptado y temiendo que dé comienzo alguna condena predeterminada:

*Este universo pigmeo por sí solo colapsa.
Pronto la Eternidad abrazaré y al fin podré aullar
al oído de la humanidad mi maldición ciclópea.
¡La eternidad! Eso que es apenas un eterno dolor,
¡la muerte inconcebible, siempre inabarcable!,
un artificio maligno burlándose de nosotros,
que solo somos mecanismos de relojería, máquinas de cuerda,
necios subordinados al calendario y el Tiempo.*[110]

Lo que aquí se sugiere es que entre Lucindo, Beatriz y Oulanem hay nexos más profundos que los que a primera vista se advierten. No es solo que Lucindo y Beatriz sean ambos alemanes; son a la vez dos hermanos que permanecían, desde hacía tiempo, perdidos el uno del otro. Aunque solo sobrevive hoy un fragmento del texto, se ha argumentado de manera convincente que su trama se ciñe a las convenciones de lo que en la época solía denominarse un «destino trágico», modalidad surgida dentro de la novela gótica de acción popularizada por Zacharias Werner y Adolf Müllner en las décadas de 1810 y 1820.[111] Los temas habituales del género incluían el regreso de un desconocido, al que se conocía en secreto, obedeciendo a un sino maldito, y la amenaza del incesto entre los hermanos.

En términos de su biografía, el principal interés de este drama de Karl consiste en el indicio que él nos brinda de su distanciamiento del romanticismo alemán. Lucindo acaba de conocer a Beatriz cuando se despacha el siguiente parlamento:

*Ah, si mi corazón hablara, si solo pudiera
verter lo que habéis agitado en su fondo,
las palabras serían todas un fuego melodioso,
y cada exhalación una absoluta eternidad,
un cielo y un imperio infinitamente vastos,
en que cada vida resplandecería con sus pensamientos
llenos de suaves anhelos, plenos de armonía,
y con el mundo dulcemente encerrado en su pecho,
fluyendo radiante de puro amor,
¡pues cada palabra llevaría tu nombre!*

Punto en que Pertini interviene para explicar que:

*No lo toméis a mal, joven dama,
si te digo que este sujeto es alemán
y que suele desvariar con las melodías y el alma.*[\[112\]](#)

El 10 de noviembre de 1837 Karl escribió a su padre confesándole que su sueño de convertirse en poeta había concluido. Ese mismo día había recibido un comunicado «en extremo impersonal» de Adalberto Chamisso, editor del *Deutscher Musenalmanach*, rechazando los poemas que le había enviado. «Casi me lo he comido de rabia.»[\[113\]](#) Un año antes su hermana Sophie le había relatado que «Jenny derrama lágrimas de deslumbramiento y congoja cuando recibe tus poemas».[\[114\]](#) En el verano de 1837, cuando volvió a dedicarse a «la danza de las musas y la música de los sátiros», descubrió que sus empeños se estaban volviendo «un arte puramente formal, sin ningún objeto que los inspire y ningún hilo ideativo apasionante». En cualquier caso, señalaba que «estos últimos poemas son los únicos en los que, de pronto, como por un toque de varita mágica —pero el toque, ¡ay!, fue al principio aplastante—, el reino de la verdadera poesía parecía brillar a lo lejos como un palacio de hadas, y todas mis creaciones [anteriores] se vieron reducidas a la nada». En ese punto cayó enfermo y, cuando se hubo recobrado, decidió quemar «todos sus poemas y

esbozos de relatos literarios».[115] Aproximadamente a finales de agosto consideró la posibilidad de convertirse en crítico teatral, pero su padre le recordó que, por más brillante que fuera su cometido, sería recibido siempre «con más hostilidad que benevolencia. [...] Hasta donde yo sé, la senda del buen y muy versado Lessing no fue un jardín de rosas y vivió y murió siendo un pobre bibliotecario».[116] Una vez más, el padre intentaba reconducir a su hijo hacia una actividad provechosa, esta vez a una carrera académica, ya fuese en leyes, filosofía o ciencias camerales.

El ansia de Karl de aferrarse a un destino literario persistía y se hizo evidente en una carta enviada en noviembre a su progenitor y en el estilo remilgado que escogió para resumirle el hecho de que acababa de convertirse en seguidor de Hegel: «Había leído fragmentos de la filosofía de Hegel, cuya melodía grotesca y barroca no me agradaba», y que había escrito un diálogo de unos veinticuatro pliegos titulado «Cleantes», «que venía a ser un desarrollo dialéctico de la divinidad tal y como esta se manifiesta en cuanto concepto y religión, naturaleza e historia. Concluía yo mismo donde comenzaba el sistema hegeliano [...] [Y] todavía hoy no consigo imaginarme cómo es que esta obra, mi criatura predilecta, engendrada a la luz de la luna, pudo arrojarme como una pérfida sirena en brazos del enemigo. Pasé unos cuantos días incapaz de conciliar, por rabia, mis pensamientos, corriendo como un loco por los parques que bañan las sucias aguas del Spree, estas aguas “que lavan las almas y oscurecen el té”».[117]

Poco a poco, su infatuación de poeta fue declinando, y para 1839, había desaparecido de manera definitiva. Fue cuando, en lugar de sus propios empeños literarios, reunió para Jenny una colección de poemas populares de todo el mundo.[118]

LOS WESTPHALEN

Al concluir el semestre de verano de 1836, Karl se aseguró de tener la autorización para trasladar sus estudios de la Universidad de Bonn a la de Berlín y, más o menos a finales de agosto, se comprometió con Jenny von

Westphalen. En rigor, no tuvo mayores problemas para obtener el consentimiento de sus padres, pero los de Jenny no fueron informados hasta marzo de 1837. Ella tenía veintidós años, cuatro años más que Karl, quien la había conocido, posiblemente, a través de Edgar, el hermano mayor de Jenny, que estaba en la misma clase de Karl en el *Gymnasium*. Jenny era a la vez compañera de colegio de Sophie, la hermana mayor de Karl. Se ha sugerido que Karl, Jenny y Edgar jugaban juntos de niños, que Edgar era un asiduo visitante del hogar de los Marx y que se había sentido atraído por Emilie, la hermana de Karl. Está claro, en todo caso, que Heinrich Marx y Ludwig von Westphalen, el padre de Jenny, debían conocerse de antes por motivos profesionales. Siendo un abogado prominente de la localidad, Heinrich debía representar a quienes estaban en prisión y el tema de las cárceles era parte de las responsabilidades oficiales de su consuegro, como *Geheim-Regierungsrat* (consejero privado) de la Administración, la cual enumeraba en un listado de 1824 esas labores a su cargo, junto al servicio de policía, el de bomberos, los hospitales, las obras de caridad y las estadísticas oficiales.[\[119\]](#) Ambos eran a su vez miembros del Club Casino.

Johann Ludwig von Westphalen había nacido en 1770, siendo el cuarto hijo de Christian Philipp Heinrich von Westphalen. Su padre había sido, de hecho, jefe de Estado bajo el príncipe Fernando de Brunswick-Lüneburg, el famoso comandante de las fuerzas anglo-germanas reunidas contra los franceses en Hannover y otros frentes, durante la Guerra de los Siete Años (1757-1763), y había recibido un título de nobleza por sus servicios. La madre de Ludwig, Jenny Wishart, hija de un predicador de Edimburgo, estaba emparentada con los Argyll. Además de haber disfrutado de una buena formación universitaria en Gotinga y otros lugares, Ludwig hablaba inglés y podía leer en latín, griego, italiano, francés y castellano.

Concluida su etapa universitaria, ingresó en la Administración pública en Brunswick, pero como tantos otros miembros de su generación vio interrumpida su carrera por la Revolución y la guerra. En 1807, cuando el nuevo Estado napoleónico de Westfalia absorbió la región de Brunswick, Ludwig se integró en la Administración pública local,[\[120\]](#) posiblemente atraído por el programa de reformas del nuevo Estado.[\[121\]](#) De 1809 a 1813 fue subprefecto de Salzwedel, lugar donde nació Jenny.

Cuando las tropas francesas reocuparon Salzwedel en 1813, Ludwig fue encarcelado por haber hablado abiertamente contra Napoleón. Poco después, ese mismo año y tras la retirada francesa, se convirtió en presidente del distrito prusiano de Salzwedel, pero tuvo que dejar el cargo cuando la aristocracia terrateniente de la localidad exigió su derecho a escoger al presidente.

En 1816 se sintió probablemente decepcionado al ser transferido como primer consejero a Tréveris, situada en el extremo occidental del reino de Prusia, y permaneció en dicho cargo sin recibir ningún otro ascenso aparte de una promoción honorífica, pero automática, a *Geheim-Regierungsrat* (consejero privado del Gobierno) ya jubilado.^[122] Al igual que muchos funcionarios prusianos de tendencias liberales y que cultivaban esperanzas de implantar reformas progresistas en la inmediata posguerra, pronto se descubrió a sí mismo bloqueado en sus aspiraciones. Esta falta de perspectivas pudo resultar especialmente decepcionante para él, ya que, a pesar de sus nexos aristocráticos, la suya no era una familia acaudalada. Un catastro de los funcionarios prusianos en la década de 1820 identifica a Ludwig como «sin propiedades», y es sabido que tuvo dificultades reiteradas para solventar sus deudas y pagar sus impuestos. En 1832 otros niveles funcionariales de Tréveris y Berlín debatieron la posibilidad de jubilarlo con una pensión. En su defensa, se dijo que era un trabajador infatigable, pero sus críticos señalaban su verbosidad, su excesiva prolijidad y su mano en exceso temblorosa, todo lo cual dificultaba su labor. Ludwig se sintió profundamente herido cuando se enteró de lo dicho acerca de él. Al final, se resolvió mantenerlo en el servicio, pero después de que sufriera otra grave infección respiratoria, fue jubilado en 1834.

Parece evidente que la atmósfera política y social de Tréveris estaba extremadamente tensa en torno a 1830 y 1831. La pobreza aumentó mucho entonces entre las capas medias e inferiores, y una de cada cuatro personas dependía de alguna forma de ayuda a los sectores desposeídos. La rabia colectiva apuntaba a los altos niveles de tributación y la desigualdad en su incidencia, en particular de los impuestos a la «comida» y la «matanza». Los funcionarios prusianos temían la posibilidad de una revuelta popular. En una carta de Ludwig a su sobrino Friedrich Perthes, fechada en 1831,

quedaba claro que era muy crítico con la política vigente que él debía representar. Las grandes desigualdades impositivas hacían que sintiera alguna afinidad con las quejas de la población, y aunque era hostil a la idea de una república, se mostraba crítico con las disposiciones constitucionales vigentes: tenía que haber un avance hacia la «auténtica libertad», inspirada en «el orden y la razón».[123]

Se casó en dos ocasiones. Su matrimonio de 1798, con la aristocrática Elizabeth von Veltheim, le dio cuatro hijos, Ferdinand (1799), Louise, conocida como Lisette (1800), Carl (1803) y Franziska (1807). Elizabeth murió en 1807. El segundo matrimonio de Ludwig en 1812, con Caroline Heubel, hija de un funcionario prusiano, dio como fruto otros tres hijos: Jenny, la futura esposa de Karl (1814), Laura (nacida en 1817 y fallecida en 1821) y Edgar (1819). El contraste entre los vástagos de ambos enlaces era impactante y es posible interpretar las discrepancias entre las convicciones y rumbos adoptados por los distintos miembros de esta familia como una manifestación clara de las polaridades existentes en la Prusia decimonónica, representadas en miniatura en el seno de una única familia.

El hijo mayor, Fernando, con formación de abogado, acogió con entusiasmo el advenimiento en 1830 de Luis Felipe en Francia, pero después se volvió cada vez más conservador. Entre 1826 y 1830, y de nuevo en 1838 y 1843, fue destinado a Tréveris como funcionario del Gobierno con cargos cada vez más relevantes (*Ober-Regierungsrath und Dirigent der Abteilung des Inneren der Regierung*). En las secuelas de la Revolución de 1848, a través de los buenos oficios del conservador Leopold von Gerlach, fue presentado al rey Federico Guillermo IV, nombrado ministro del Interior prusiano, cargo en el que continuó entre 1850 y 1858. Como el monarca, el cristianismo de Ferdinand era de signo conservador y evangélico, y su principal ambición como ministro fue restablecer una monarquía de origen divino y la sociedad basada en estamentos (*ständische Gesellschaft*).

Según todos los testimonios, muy similares entre sí, sus hermanas Lisette y Franziska se convirtieron en protagonistas del activismo a favor de la revitalización del conservadurismo religioso, el llamado *Erweckungsbewegung*, movimiento iniciado como reacción a la derrota militar de Prusia en la batalla de Jena. Según un relato familiar sobre

Lisette, la hermanastra mayor de Jenny, pese a contar con un marido muy razonable, doce hijos y una vida confortable en el estado de Krosigk, se «torturaba a sí misma y atormentaba a otros con su preocupación por el pecado y, en sus consideraciones al respecto, se olvidó de reír y de vivir con alegría y gratitud. [...] Sus actos, inspirados no tanto en los impulsos naturales de un corazón en la plenitud de la vida sino en el deber, regían su comportamiento hacia quienes estaban cerca de ella». Razón por la cual, unido al amor de su esposo e hijos, había siempre un signo de inquietud: «Uno se siente indigno en presencia de un santo [*die Heilige*], y a menudo requerido de una palabra de consuelo, algo que diluya la atmósfera enrarecida por el incienso que emana de su interior».[124]

Su hermanastra Jenny era igual de firme en sus convicciones, pero diametralmente opuesta en sus puntos de vista. Rastreando en la correspondencia familiar, la nieta de Lisette escribió de ella que, siendo aún muy joven, había resultado bastante difícil de controlar, exhibiendo un gran sentido de la justicia que podía conducirla a vehementes estallidos de pasión; había en ella, a la vez, cierta ansia de conocimientos que ya en la infancia la llevaba a devorar cuanto libro caía en sus manos. En la década de 1830 ocupó un cargo como representante de la Alemania Joven, dentro de la facción de los radicales. El asunto llegó a un punto tal que los encuentros entre «la orgullosa dama» y su hermano Fernando tuvieron que ser sistemáticamente evitados. Fiel a sus apasionadas convicciones como mujer, como parte de la juventud y como sustentadora de una política revolucionaria, fustigaba las visiones retrógradas del mundo *bürgerlich*. De manera comprensible, su hermanastra Lisette, que compartía absolutamente los puntos de vista de su hermano, nunca logró sentirse atraída, en términos humanos, por la disposición al autosacrificio, la pasión tan pura y el corazón ardiente de Jenny, «quien, en bien del amor y la justicia universal, se dolía por aquellos a los que el destino hacía trampas, es decir, el proletariado».[125]

Jenny era, según varios testimonios disponibles, excepcionalmente bella. En una visita a Tréveris en 1863, Karl recordaba «que cada día y en todos lados me preguntaban por la que había sido “la más bella chica de Tréveris” y “la reina del baile”. Y es en extremo agradable para un hombre

que su esposa sea vista así, como una suerte de “princesa encantada” en la imaginación de todo un pueblo».[126] El propio Fernando hacía notar, en 1831, que Jenny vivía regularmente «asediada por los *Curmachern*» (los turistas que acudían al balneario), pero que ella se mostraba impasible y desplegaba ante ellos cierta «sangre fría», que en este caso parecía muy efectiva.[127] Ese mismo año, cumplidos los diecisiete, parece haberse comprometido brevemente con un oficial destinado a la guarnición local, pero sin ninguna clase de involucramiento emocional perdurable.

Como ya hemos dicho, el menor de los hermanos Westphalen, Edgar, fue compañero de curso de Karl en el *Gymnasium*. Edgar era un chico brillante al que Jenny tenía especial afecto y, según todas las referencias, un individuo encantador y muy llevadero. Edgar y Karl volvieron a compartir estudios en Berlín en 1837, cuando cursaban ambos, o eso parecía, la carrera de Jurisprudencia, igual que el amigo de Edgar, Werner von Veltheim, sobrino de la primera esposa de Ludwig von Westphalen. Edgar y Werner soñaban con irse a Estados Unidos y vivir en una comunidad inspirada en los ideales comunistas, pero Werner siguió luego atado a sus deberes hereditarios en la finca familiar, y Edgar se convirtió en abogado, ocupando una serie de cargos en los alrededores de Tréveris. La inquietud persistió en él y en 1847, tras pasar un periodo en Bélgica junto a Karl y Jenny y siendo miembro del Comité de Corresponsales Comunistas creado por Karl en Bruselas, llevó a cabo su plan de irse a Estados Unidos. Werner lo ayudó a establecerse allí, en Texas, aun cuando hacía notar que «la idea del comunismo que Edgar plantea es muy bella, pero depende para su realización de individuos enteramente ideales». Al mismo tiempo, su hermanastra Lisette dejaba asentado que «es un muchacho de buen corazón, solo que parece no contar con mucha energía ni resolución, algo que acabará quizá por surgir en su interior cuando deba valerse exclusivamente por sí mismo».[128]

Pero no era lo que iba a ocurrir, al final. Solo medio año después de partir, Edgar volvió enfermo de fiebre amarilla y sumido en la desesperanza. En su diario, Lisette anotó que «la experiencia lo ha curado de sus ideas comunistas, pero es aún propenso a embrollarse en sus ensoñaciones socialistas».[129]

En 1851 partió de nuevo a Texas, en esta ocasión con ayuda financiera no solo de su amigo Werner, sino también de su hermano Fernando. Finalmente regresó a Berlín en 1865, desilusionado y sin recursos. En torno a esa época, Jenny escribió a su amiga Ernestine, la esposa de Wilhelm Liebknecht, indicándole que «[Edgar] fue mi ídolo en la infancia y juventud, mi único y más querido compañero. Me aferré a él con toda mi alma. [...] En tiempos recientes, estaba tan dedicada a la familia de Karl, en la que todos me resultaban tan extraños y distantes, que mi yo interior se adhirió incluso más al único miembro de mi familia que me quedaba».[130] Aproximadamente en la misma época, Karl escribía con menos indulgencia a Engels al respecto, indicándole que Edgar vivía para «vegetar», y «ponderar las necesidades de su estómago de la mañana a la noche», aunque siendo de naturaleza tan afable los niños lo querían y «su egocentrismo es como el de un gato afable o un perro amistoso». Edgar quería volver a Texas, pero ya no había forma de eludir «la confrontación» con Fernando. Karl sospechaba que, tras el «ideal momentáneo» de Edgar de «establecerse con una TIENDA, una TIENDA de vinos, a ver si me explico», había la secreta esperanza de que esa fuera «la forma más segura de conseguir vino y cigarrillos para él mismo».[131]

Ya de vuelta en Berlín, Edgar publicó un poemario y encontró empleo merced a las autoridades judiciales. Sus ideales políticos seguían siendo los de un radical del Frankfurt de 1848 (una Alemania unida y sin Prusia, ni Austria, ni ninguna aristocracia). Se describía a sí mismo como un «Auscultator ausser Diensten»,[132] pero parece haber sido siempre un absoluto inútil a la hora de gestionar el dinero y murió, según parece, en 1890 sin ninguna clase de recursos en su haber y en un hospital de la caridad, el Diakonissenhaus Bethanien, al cual veinticinco años antes su hermano Fernando había donado una cama.

Los conflictos en el hogar de los Westphalen no eran fruto puro y simple de las discrepancias políticas. Al parecer, a Fernando, y particularmente a su esposa Louise von Florencourt, les resultaba difícil aceptar a Caroline, la segunda esposa de Ludwig von Westphalen. La razón no es del todo clara, pero queda confirmada por el hecho de que en 1830 habían intentado excluir a Caroline y a Jenny de un viaje familiar con

Ludwig. Algunos autores sugieren que la raíz del conflicto era el esnobismo social: el desdén de los aristocráticos Florencourt y Veltheim (la familia de la primera esposa de Ludwig) hacia la cualidad meramente *bürgerlich* de Caroline Heubel, la hija de «un funcionario prusiano menor», en la despectiva frase de Karl. Aun así, es igualmente probable que la antipatía estuviese enraizada en cierta incapacidad, bastante más simple, de aceptar el segundo matrimonio del padre, y que la discusión por el viaje surgiera de la molestia que suponía incluir a Caroline y a Jenny en una visita al hogar familiar de la primera esposa de Ludwig.

Bastante más serio fue el agravio deliberado de Ferdinand varios años después, cuando en 1859 publicó un libro acerca de su abuelo Christian Philipp Heinrich von Westphalen, el jefe de Estado ante el príncipe Fernando de Brunswick-Lüneburg, y sus cuatro hijos. La parte dedicada a Ludwig omitía toda mención al segundo matrimonio de este con Caroline y a los hijos nacidos de ese matrimonio. Jenny quedó particularmente indignada porque no había mencionado a su madre, cuyo matrimonio con Ludwig había durado treinta años, siendo ella quien había criado a sus hijastros como a sus propios hijos.^[133] No cabe extrañarse, pues, de que las actitudes sustentadas en el hogar de los Marx —más allá de la política— hacia la rama más antigua de la familia Westphalen fuesen tan cáusticas. Según decía Eleanor Marx en 1896, «no sé mucho verdaderamente de los Florencourt, excepto que algunos de ellos eran muy ricos, excéntricos y fanáticos. [...] Mi tío Fernando v. Westphalen era, como sabéis, un auténtico fanático religioso, y lo mismo vale, *creo*, para los Florencourt. [...] Mi tío Fernando era el peor de los fanáticos: un protestante».^[134]

Si buscamos una significación mayor de la fisura detectable entre los Westphalen, veremos que no era tanto un drama de clase o parentescos —a fin de cuentas, Carl, el hermano menor de Fernando, seguía siendo en términos relativos un liberal, y Werner von Veltheim compartía el comunismo de juventud de Edgar Westphalen—. Se trataba, más bien, de un choque entre dos generaciones que entendían de manera distinta lo político. La generación de Ludwig von Westphalen y Heinrich Marx había confiado en las posibilidades de la razón y el progreso inspirado en un credo liberado del dogma supersticioso —en «la liberación del hombre de

su inmadurez autoinducida», al decir de Kant—, en una Asamblea representativa y una autoridad monárquica de corte ilustrado, ya fuese la de Napoleón o la del rey de Prusia.

Para la generación que vino luego, esto era percibido como un cruel engaño. El Estado tan bien ordenado y racional de Federico el Grande había sucumbido ante el ejército de Napoleón en Jena. Fernando y sus dos hermanas habían crecido a la sombra de una revolución entreverada con el Terror, y de la derrota sufrida por la vieja aristocracia militar prusiana ante las fuerzas del republicanismo y el ateísmo. Hubo muchos diagnósticos para explicar la derrota prusiana, pero la visión más difundida entre las clases terratenientes era que fue un castigo divino ante la irrupción del racionalismo superficial que trajo consigo la Ilustración. En esta reacción contra la razón laica, el *Erweckungsbewegung* era en algún sentido comparable al movimiento evangélico en Gran Bretaña, pero en el mundo de habla germana su impronta se vio reforzada por el redescubrimiento de la Edad Media germánica, con su trasfondo de arte cristiano y cultura popular. Esa fue la experiencia formadora de esos hijos en particular.

Por el contrario, el mundo de Jenny, Edgar, Werner y, por cierto, del joven Karl —de aquellos que crecieron después de 1830— fue un universo que trascendía de Metternich y la penitencia sombría de la Restauración. Era un mundo de nuevo proteico, a raíz de una oleada novedosa de revoluciones y esperanzas exacerbadas por la aparición de nuevos movimientos culturales y políticos: el de los sansimonianos, los jóvenes que integraban la Alemania Joven, los Jóvenes Hegelianos y la Europa Joven de Mazzini.

Era incluso posible anticipar algunos de los conflictos efectivamente provocados por los esponsales cuando Karl partió a Berlín en el otoño de 1836. El 28 de diciembre Heinrich le escribió que había hablado con Jenny y que «ella seguía sin saber cómo se tomarían sus padres el enlace», advirtiéndole que «el juicio de la parentela y el mundo» no sería «una minucia». Su impresión había sido que Ludwig ya lo sabía, pero que no quería ser informado aún del asunto.

Pero si las relaciones entre los dos bandos dentro de la familia Westphalen estaban ya polarizadas, de ahí en adelante las cosas solo

conseguirían empeorar con la arremetida que sobrevino incluso contra el liberalismo moderado de la generación de Heinrich y Ludwig. En Berlín, Karl había entrado en contacto con un nuevo grupo de amigos que empezaban a considerar que la noción humana de Dios —y, en particular, del Dios cristiano— así como la mistificación de las relaciones sociales que esta traía consigo habían conducido a la humanidad a su catastrófica situación actual. Y que, una vez se entendieran las razones de esa situación catastrófica, la humanidad se embarcaría en una época nueva y sin precedentes de absoluta felicidad.

BERLÍN Y EL CREPÚSCULO INMINENTE DE LOS DIOSES

EL NUEVO MUNDO DE BERLÍN Y MUERTE DEL PADRE

Karl llegó a Berlín, una metrópolis en vertiginoso proceso de crecimiento, en octubre de 1836. Entre 1816 y 1846 la población local había aumentado de 197.000 a 397.000 residentes. De la cifra estimada de 10.000 nuevos trabajadores que convergían cada año en la urbe, dos tercios eran, de hecho, gente sin hogar, obligada a encontrar cada noche un sitio donde dormir (*Schlafstelle*). La mayor parte de la creciente avanzada laboral de sastres y zapateros que proliferaban en la ciudad seguía estando por debajo del umbral fiscal y, según el periodista socialista Ernst Dronke,^[135] una de cada diecisiete mujeres residentes en la urbe —muchas de ellas inmigrantes del sector rural y aspirantes al servicio doméstico— recurría a la prostitución para sobrevivir. Un texto de Friedrich Sass escrito en 1846 planteaba que ninguna otra ciudad, excepto San Petersburgo, hacía menos por ayudar a sus pobres, pero incluso aquellos cuyo estándar de vida era más elevado vivían en condiciones poco deseables. En sus «calles planas y anchas, viviendas prosaicas» se yerguen «como la tropa en mitad del regimiento».^[136] Un visitante inglés, Henry Vizetelly, se quejaba de «las nubes de arena que, con tiempo seco y a la más leve brisa, se alzan en el aire y envuelven cuanto encuentran a su paso».^[137] Esta fue, quizá, la razón de la afamada descripción que Heine hizo de Berlín como «la caja de arena del norte».

Berlín era la capital de Prusia, un Estado sin Parlamento ni un sistema judicial independiente. La Constitución que el rey había prometido en 1815 nunca se materializó. No había libertad de prensa y a los rotativos

berlineses se les aplicaba la más estricta censura. Como fruto de ello, había solo dos periódicos en Berlín y ninguno era, según Edgar Bauer, capaz de captar «los signos verdaderamente significativos de los tiempos. Apenas si consiguen digerir las noticias despachadas desde provincias».[138] Las capas medias de la población no ofrecían resistencia alguna al régimen, ni tampoco el nuevo empresariado, que desarrollaba sus proyectos en la industria química y textil y en talleres que proliferaban en la periferia de Berlín. Los sectores críticos acusaban a «la burguesía» de ser leal y políticamente inerte, y de distinguirse solo y principalmente por «su visión crítica y amarga de la vida y su devoción enfermiza».[139]

Pese a estos inconvenientes, para muchos Berlín era una ciudad fascinante. Su vitalidad cultural era fruto de su universidad, sus teatros y cafés, sus pubs y cervecerías. Wilhelm Humboldt fundó la universidad en 1810, uno de los logros más impresionantes de la «era de las reformas» que siguió a la traumática derrota de Prusia por Napoleón en la batalla de Jena, en octubre de 1806.[140] Fue planificada en conformidad con los ideales liberal-humanistas y su primer director fue Johann Gottlieb Fichte, el filósofo idealista de tendencia radical. Era notoriamente inclusiva en su admisión y considerada por muchos como la mejor universidad del mundo, [141] situada en una urbe que acogía una tradición floreciente de artes escénicas, con gran desarrollo de la cultura musical, infinidad de dramaturgos vigentes y más de setenta salas de teatro. Según Eduard Meyen, crítico literario y parte del grupo de los Jóvenes Hegelianos, Berlín era «el núcleo de la cultura alemana y la actividad alemana como no ocurría con ningún otro sitio de Alemania».[142] Si bien no en la misma escala que París o Londres, la ciudad ofrecía muchas de las atracciones de una gran urbe decimonónica, y no solo los placeres y variedades de la vida urbana, sino también una vía para escapar a los burdos prejuicios de la vida pueblerina.

Karl llegó de Bonn a Berlín en calidad de estudiante, abocado en principio a proseguir sus estudios de Leyes. Nuestro conocimiento de su primer año en Berlín se deriva de una carta de diez páginas que envió a su padre alrededor del 10 de noviembre de 1837, siendo la única misiva suya que se conserva de dicho periodo.[143] Es un documento extraño: a la vez

que manifiesta su pasión por Jenny, sus ideas cambiantes sobre filosofía del Derecho y los altibajos por los que pasaban sus ambiciones poéticas, se lo puede leer, en buena medida, como un alarde esteticista en el ámbito de las *belles-lettres*, antes que como una misiva personal dirigida a un padre achacoso. Se inicia, de hecho, en un tono decididamente grandilocuente: «Hay en la vida momentos que son como hitos indicativos de una época ya transcurrida». Enseguida continúa en la primera persona del plural: «En esos momentos de transición, nos sentimos impulsados a contemplar, con el ojo de águila del pensamiento, el pasado y el presente, para adquirir clara conciencia de nuestra situación real. Hasta la mirada universal parece gustar de estas ojeadas retrospectivas». Luego vuelve a la tercera persona: «Pero, en esos momentos, el individuo se deja llevar [a la vez] por un sentimiento lírico, pues toda metamorfosis tiene algo del canto del cisne y es, al mismo tiempo, como la obertura de un gran poema que se inicia». Y una vez más recurre, a continuación, a la primera persona del plural: «Querríamos levantar un monumento a lo que ya hemos vivido y recuperar la sensación del tiempo perdido». Es solo en este punto que el destinatario de sus líneas asoma en el horizonte, pero incluso aquí esa persona es engalanada con las guirnaldas de la retórica: «¿Y dónde encontrar un lugar más sagrado para ello que en el corazón de nuestros padres, que son el más benévolo de los jueces, el copartícipe más íntimo, el sol del amor cuyo fuego calienta el centro más recóndito de nuestras aspiraciones?». Solo después de concluir esta pomposa entrada en materia, se abandonaba el joven Karl a un relato de su primer año en Berlín, a una declaración de su amor por Jenny y luego a un análisis que, en su mayor parte, hablaba de sus puntos de vista cambiantes sobre el Derecho y la poesía.

Había llegado a Berlín en un estado de absoluto embeleso: «Ha nacido un mundo nuevo para mí, el del amor», que era hasta ese momento «un mundo embriagado de nostalgias y un amor sin esperanza [...] [Aunque el arte] no igualaba ni de lejos en belleza a mi Jenny». Todo ello significaba que «la poesía lírica tenía que ser, necesariamente, el primer recurso a que acudiera». Como antes dijimos, le había enviado tres volúmenes de poesía a Jenny, quien estaba aún en Tréveris, una poesía que él mismo describía como «puramente idealista. [...] no hay nada natural en ella, todo está

edificado a partir del claro de luna, en completa oposición entre lo que es y eso que debiera ser». Se había desprendido de «todos mis nexos existentes hasta aquí, rara vez hago visitas y, cuando lo hago, es a regañadientes», y se empeñaba en «sumergirme» en la «ciencia y el arte», motivo por el cual dio inicio a un hábito perdurable de hacer extractos de los libros.^[144]

La carta, por lo demás extraordinaria, prosigue con siete páginas de digresiones en torno al Derecho y la poesía y es solo en los últimos párrafos que Karl se vuelve más personal, aunque su tono es de todas formas afectado y desigual. Expresiones genuinas de interés aparecen aglutinadas en frases que suenan apresuradas y de buena crianza: «El estado de Eduard, los padecimientos de mi querida mamá y tu enfermedad, aunque confío en que no se trate de nada grave, todo esto me hace querer correr hacia vosotros, lo vuelve casi una necesidad». Pide que el final de su carta no le sea enseñado «a mi madre angelical. Es posible que mi repentina llegada le infundiera ánimos a esta mujer grande y maravillosa». Por último, hay expresiones de «profunda devoción e inmenso amor» y el ruego de que se tengan en cuenta «las emociones muchas veces cambiantes de mi ánimo» y se le perdonen «los yerros frecuentes de mi corazón», sobrepasado muchas veces por el «espíritu batallador». Este cierre abrupto era quizá comprensible, pues escribía cerca de las cuatro de la madrugada, cuando «la vela se ha consumido y los ojos me arden».

Escribió esa carta apenas un mes antes de que muriera Eduard, su hermano de once años, y menos de seis meses antes de la muerte de su padre. Puesto que ninguna otra carta ha sobrevivido, es imposible decir cuán representativa de su correspondencia era esta, pero el ensimismamiento solipsista que trasluce, el narcisismo esteticista y la aparente falta de interés por la situación de su familia —aun frente a los nubarrones que habían comenzado a reunirse sobre ella en el año precedente— parecen haber sido un rasgo característico del intercambio epistolar con su hogar.

Cuando menos esas eran, en lo sustancial, las quejas frecuentes de su padre y a veces de otros miembros de la familia durante su estancia en Berlín. Todos coincidían en que sus cartas eran decididamente extrañas. El 28 de diciembre de 1836 su padre se quejó de que no recibían una carta

suya desde principios de noviembre. El 12 de agosto de 1837, escribiendo desde Bad Ems, adonde Henriette lo había enviado en un vano intento de curar su tos tan persistente, el padre le indicaba que una carta suya durante el estío era «una necesidad real». Y escribía a la vez que el pequeño Eduard, a la sazón de once años, había estado enfermo durante los seis últimos meses y adelgazado muchísimo, que su recuperación era «muy dudosa» y que Henriette «se atormenta día y noche con ello». El 16 de septiembre Heinrich lo urgía de nuevo a «escribir ahora mismo unas pocas líneas a Eduard, pero actúa como si él estuviera otra vez recuperado», y su madre le requería unas líneas para su hermano Hermann. En torno al 17 de noviembre Heinrich señalaba que no habían recibido información alguna de su dirección en Stralau, ni una carta suya durante dos meses, y luego «una carta sin forma ni fondo, un fragmento disperso que no decía nada en absoluto». En la carta del padre que vino a continuación, el 9 de diciembre, aunque temeroso de sonar excesivamente duro, daba al fin curso a su exasperación ante la actitud de Karl:

Nunca tuvimos contigo el placer de una correspondencia racional. [...] Nunca recibimos respuesta a nuestras cartas; nunca tus cartas guardaban alguna relación con las previas de tu parte o las nuestras. [...] En varias oportunidades, no recibimos ninguna durante meses y la última de ellas llegó cuando supiste que Eduard estaba enfermo, tu madre sufriendo y yo mismo nada bien; incluso más, el cólera asolaba Berlín; y como si solo esto no requiriera por sí mismo de una disculpa, tu próxima carta no incluía una sola palabra sobre ello, sino apenas algunas líneas mal redactadas y un fragmento de tu diario titulado *La visita*, el que, muy sinceramente, preferiría tirar a la basura, un trabajo malévolo y desquiciado, que solo es testimonio de la forma en que malgastas tu talento y pasas tus noches engendrando monstruos.^[145]

A Heinrich Marx le preocupaba igualmente la situación de Jenny en ausencia de Karl, pues aunque la familia Marx supo de su compromiso en el otoño de 1836, los Westphalen no fueron informados de ello hasta marzo del año siguiente. El 28 de diciembre de 1836 Heinrich le escribió a su hijo que Jenny estaba haciendo «un sacrificio invaluable por ti», que ella misma no sabía aún cómo se tomarían sus padres el vínculo, y que «el juicio de la parentela y el mundo» (y, sin duda, de Fernando en particular) no era «cosa menor». Era, pues, muy relevante saber cuán pronto obtendría él mismo algún nombramiento académico. Su hermana Sophie, que hacía las veces de intermediaria, añadía que si la diferencia de edad preocupaba a Jenny

(quien era cuatro años mayor), eso solo se debía a sus padres, que ella había derramado «lágrimas de deslumbramiento y congoja cuando recibe tus poemas», y que, una vez que ella los hubiera «preparado», Karl debía escribirles. El 3 de febrero de 1837 Heinrich escribió de nuevo a su hijo para indicarle que Jenny estimaba «que sus padres no lo saben o, como yo mismo lo creo, no quieren saberlo». Lo urgía a enviar alguna carta, «no dictada por el poeta caprichoso» sino de carácter informativo, que «diera una clara idea de tu relación y elucide y analice las perspectivas futuras».

[146]

El 2 de marzo Heinrich y Jenny aún debatían la forma de comunicar a los Westphalen la noticia del compromiso, lo que debió ocurrir pocos días después. Pero todo el proceso había provocado en Heinrich una gran ansiedad por el temperamento de Karl, que él estaba siempre intentando modificar. El 28 de diciembre de 1836, tras corroborarle su «alta opinión por tu corazón bondadoso», pese a algunas «aberraciones» ocasionales, insistía en que «por mucho que yo estime tus dones intelectuales, en ausencia de un buen corazón no me interesarían en absoluto». En marzo volvía sobre el tema:

En ocasiones, mi corazón se regocija al pensar en ti y tu futuro. Otras no consigo librarme de ciertas ideas, ciertos presentimientos y temores, cuando parece como si un relámpago me enceguciera de manera repentina con el siguiente pensamiento: ¿Estará tu corazón a la altura del cerebro y tus talentos? [...] Y puesto que ese corazón está dominado, evidentemente, por un demonio que no le es dado a todos los hombres, ¿será el mismo de índole celestial o faustiana? [...] ¿Serás capaz alguna vez de hacer felices a quienes son parte de tu círculo íntimo?

Tales pensamientos lo atribulaban en relación con Jenny y la vulnerabilidad de su situación: «Advierto en Jenny algo impactante. Ella, que es tan absolutamente devota de ti, con su actitud tan pura y tan ingenua, evidencia en ocasiones, de manera involuntaria y siempre contra su voluntad, una especie de temor, un temor lleno de presentimientos que no se me escapa».

[147]

Un factor repetidamente irritante era la impostura estética de Karl como un poeta en ciernes. En una carta en la que manifestaba su ansiedad por la enfermedad de Eduard y la «prolongada indisposición» de Jenny, además de su «honda inquietud» por su ambigua posición frente a los Westphalen, su

padre le reprochaba también que diera muestras de «una pizca mayor de egoísmo del que es preciso para la autoconservación». Y proseguía acusándolo de abandonarse al pesar «ante la más leve tormenta». La «primera de todas las virtudes humanas», le decía, «es la propia fuerza y la voluntad de sacrificarse, de dejar de lado el ego si el deber y el amor así nos lo dictan, y no es, por cierto, uno de esos sacrificios épicos, románticos como los de los héroes, ni un acto derivado de una fantasía momentánea o un sentimiento heroico pasajero; hasta el mayor de los egos es capaz de algo así, porque es precisamente *el ego* el que en ese caso ocupa un lugar honorable. Se trata de esos sacrificios diarios y recurrentes, que se dan a cada minuto, que surgen de la pureza de nuestro corazón y en cualquiera de nosotros [...] esos que brindan a la vida su encanto de carácter único y la hacen bella a pesar de sus contratiempos». De la evidencia apreciable en las cartas conservadas, durante 1837 ese egocentrismo de Karl parece haberse vuelto cada vez más intenso, en particular cuando quedó resuelto el asunto del compromiso. A finales de ese año Heinrich se quejaba de nuevo por ello: «A partir de tus cartas, uno apenas si consigue vislumbrar que tengas hermanos o hermanas; en cuanto a la buena de Sophie, quien ha sufrido tanto por ti y por Jenny y es tan pródiga en su devoción por ti, ni siquiera te acuerdas de ella, a menos que la necesites».[148]

A Heinrich le repelía singularmente la atracción que Karl sentía por la parafernalia fáustica y demoníaca a la que el romanticismo había vinculado la búsqueda del conocimiento. «El desorden, las excursiones rancias en cualquier área del conocimiento, el empollón mustio bajo una sórdida lamparilla de aceite, el gesto de correr a campo través con el cabello alborotado y enfundado en una toga de académico [...] las cartas de amor de una chica como Jenny y los exhortos bienintencionados de un padre, escritos quizá entre lágrimas, son todos igualmente arrojados por el desagüe.»[149]

Al achacoso Heinrich, preocupado en aquella época por la posibilidad de su jubilación, le inquietaba además la situación financiera, y gentilmente intentó disuadir a Karl de su ambiciosa idea de crear una revista de crítica teatral. ¿Habría de brindarle ganancias significativas? Esta inquietud por la falta de realismo de su hijo y sus irreflexivas extravagancias fue en aumento

durante el año. Los estudiantes más ricos, alegaba Heinrich, gastaban menos de quinientos táleros, mientras que Karl disponía de setecientos táleros, «contrarios a todo acuerdo previo» entre ambos. Finalmente, en la última carta que el padre tuvo fuerzas para escribirle, le reprochaba a su hijo su «aristocrático silencio» en el tema del dinero, echándole en cara que hubiera gastado más durante el cuarto mes de ese año en la carrera de Leyes que lo que Heinrich había ganado en todo el invierno.[\[150\]](#)

Durante el invierno de 1837-1838, la salud de Heinrich empeoró progresivamente. El 12 de agosto de 1837 ya se quejaba de haber pasado los últimos meses «afligido por una dolorosa tos». El balneario de Bad Ems, adonde Henriette lo había enviado durante el verano, no había supuesto un verdadero alivio —«esta tos fatal me sigue torturando»— y a finales de agosto se quejaba de estar sumido en «el más lastimoso tedio». De vuelta en casa, su estado continuó deteriorándose y el 10 de febrero de 1838 escribió con gran esfuerzo a su hijo que en los últimos dos meses había estado recluido en su habitación y, más recientemente, en su lecho. La madre añadía que «tu buen padre está muy débil» y que se sentía muy desilusionada al saber que Karl no vendría a casa para Semana Santa, pero que Jenny «participa íntimamente en todo» y «a veces hasta consigue animarnos con su actitud de niña cariñosa que aún logra hallarle el lado bueno a todo». Su hermana Sophie le escribió que su padre estaba «muy inquieto» por estar tan «retrasado en sus asuntos laborales. [...] Yo le canto todos los días y le leo». Urgía a Karl a «escribir de inmediato, eso será una agradable distracción para todos nosotros». El 15 y 16 de febrero de 1838 Heinrich solo pudo redactar una frase de saludo dirigida a Karl. Murió el 10 de mayo de ese año.[\[151\]](#)

El compromiso de Karl con Jenny y el sincero respeto por su padre seguían siendo de hecho intensos, pero dado que la vida en casa se había vuelto cada vez más descorazonadora, le pareció mejor sumergirse cada vez más en su vida en Berlín. Allí las conversaciones fluían y las noticias discurrían de manera vertiginosa. Aun en ausencia de una prensa libre, los teatros proveían de un factor vital para el despliegue de nuevas ideas, que eran a su vez discutidas en revistas dedicadas precisamente al teatro, en publicaciones intelectuales de circulación restringida como el *Athenäum* (la

revista del Club de Doctores) o en las de otros frentes, como los hegelianos y radicales *Hallische Jahrbücher* (*Anuarios de Halle*). Los cafés, pubs y cervecerías servían como agencias informales de noticias. En sitios como el café Stehely había, disponibles en enormes mesas, los diarios y revistas del extranjero y otras regiones de Alemania, mientras que los corresponsales comentaban las novedades políticas y las murmuraciones incluidas en esas publicaciones foráneas y de provincias para diseminarlas por toda Europa central y más allá.

LA CONTROVERSIA SOBRE EL SIGNIFICADO DEL DERECHO

Durante los años de la *Vormärz* —de 1815 a 1848— las cervecerías, pubs y cafés berlineses adquirieron fama como centros de un debate libre y abierto. La libre discusión que florecía en esos establecimientos representaba para Karl, con toda probabilidad, la faceta más estimulante de la vida en Berlín, especialmente tras los estrechos horizontes católicos que había conocido en Tréveris y Bonn. Según decía Ernst Dronke en un texto de 1846, la «gracia» de Berlín era la política; era una ciudad en la que «una preocupación generalizada por la política» casi lograba maquillar «la falta de una vida política real».[152] Cada una de las agrupaciones gremiales y políticas —las de altos funcionarios, de militares y empresarios, del teatro, de la Academia y las letras— tenía su lugar predilecto de reunión. Para los radicales, intelectuales y gentes de teatro, el *Konditorei* más frecuentado era el café Stehely, justo frente a la sala de teatro del Gendarmenmarkt, a la que alguna vez habían asistido Mozart y E. T. A. Hoffmann, el influyente autor romántico. En la década posterior a 1836 el debate se centraba cada vez más en temas de filosofía, teología y política.[153] En ese lugar Karl conoció a los miembros del Club de Doctores y comenzó a escribir su tesis; allí también ocurrieron, supuestamente, pocos años después, entre 1842 y 1843, las reuniones del notorio grupo de librepensadores conocido como Hombres Libres.

En la carta a su padre, Karl ofrecía un recuento detallado de sus progresos en el área del Derecho. La así llamada Escuela Histórica del

Derecho, personificada en su mayor representante, Karl von Savigny, dominaba por entonces la facultad de Leyes. En el bienio de 1836 a 1837 Karl asistió a las conferencias de Savigny sobre las *Pandectas*, el compendio de Derecho romano reunido por mandato del emperador Justiniano entre los años 530 y 533. La única oposición significativa al enfoque de Savigny provenía del hegeliano Eduard Gans. Karl asistió también a las conferencias de Gans en torno al Derecho prusiano (*Preußisches Landrecht*) en el verano de 1838.[\[154\]](#)

Durante sus primeros meses en Berlín, su principal inquietud era aún asumir su deserción de la poesía. Al concluir el primer semestre, había pasado «muchas noches en vela» y le «había cerrado la puerta en las narices a mis amigos. [...] Pese a lo cual, no resurgí, al final, demasiado enriquecido de todo ello». Entonces enfermó y un médico le aconsejó que buscara una cura en el campo, así que viajó a Stralau.[\[155\]](#) En dicha localidad llegó a estudiar «de cabo a rabo a Hegel». Antaño, «la melodía grotesca y barroca» de Hegel no había conseguido atraerlo,[\[156\]](#) visto que en la concepción hegeliana de la modernidad solo había un lugar secundario y subordinado para el arte y la poesía. ¿Por qué había que aludir a la verdad mediante símbolos y relatos, o mediante la representación pictórica, cuando la filosofía había abierto la senda al «conocimiento absoluto» y podía así articular la verdad en un lenguaje llano y sin ornamentos? Karl describía el cambio experimentado: «Había caído el telón, mi santuario se había desmoronado y era necesario entronizar en los altares a nuevos dioses». Tras un intento adicional de resistirse emocionalmente al proceso en el que arte y ciencia terminarían fundiéndose, «mi criatura predilecta, engendrada a la luz de la luna, pudo arrojarme como una pérfida sirena en brazos del enemigo». Su primera reacción fue de honda «vejación». En un párrafo que más bien desmentía el abandono de sus pretensiones literarias, decía que había corrido «como un loco por los parques que bañan las sucias aguas del Spree», esas aguas que al decir de Heine «lavan las almas y oscurecen el té», y que, tras acompañar a su casero a una partida de caza, «al volver a Berlín, loco de contento, recorría las calles de la ciudad y quería abrazar a cada haragán en las esquinas».

En la carta a su padre describía su empeño de establecer un fundamento filosófico satisfactorio del Derecho, a la luz del desafío intelectual formidable que representaba Savigny. Sus simpatías políticas y éticas originales —que eran las de su progenitor y las de Wyttenbach en el *Gymnasium*— provenían de una postura «nutrida [con el idealismo] de Kant y Fichte».[157] Pero el defecto de este enfoque era que la discusión de las normas filosóficas o «principios básicos» estaba divorciada de todo el «Derecho real». Aún más, lo que él designaba como «dogmatismo matemático» —enfoques mecánicos característicos del siglo XVIII— había impedido que «la cuestión se despliegue ella misma como algo rico y vivo». Concretamente, un enfoque como ese no podía absorber la historia del «Derecho positivo», o del Derecho como un «hecho» histórico, y era esta insistencia en el Derecho como un «hecho» lo que constituía el punto de partida de Savigny.

Los escritos de Savigny formaban parte de la primera oleada del nacionalismo romántico, desarrollada entre el 1800 y 1810 como reacción a las conquistas y el dominio napoleónico de Prusia. En su *Historia del Derecho romano en la Edad Media*, Savigny refutaba la creencia en que el Derecho romano había «perecido» con la caída de Roma y que solo «fue revivido accidentalmente, tras seiscientos años de olvido». Su investigación documentaba una continuidad en el desarrollo de leyes, costumbres e instituciones en el curso de la Edad Media, basándose en la creativa confluencia de los asuntos romanos y germanos. Era un periodo, según Savigny, «abundante en ejemplos de esta energía revivida y esta empresa sin descanso».[158]

La obra germinal de Savigny, *El derecho de posesión*, de 1804, argüía que el Derecho romano trataba la «posesión» «no como una simple consecuencia de lo que era correcto, sino como el fundamento mismo de lo correcto».[159] Con esto como punto de partida, construía una concepción del Derecho radicalmente opuesta a los enfoques racionalista e idealista prevalecientes. El Derecho, y particularmente la noción de propiedad privada, se derivaban no de la razón, sino de la forma en que ella se encarnaba en las costumbres y lenguas de cada pueblo singular en el curso de la historia. «Las leyes dependen todas más de los anhelos y las opiniones

siempre cambiantes de aquellos que las acatan que del simple mandato de un legislador.»[160] La ley no fue «hecha», sino «encontrada». Siguiendo a Herder, la ley se alineaba con la lengua y la cultura; siguiendo a Edmund Burke, el énfasis recaía en la tradición y el cambio gradual.[161] «En los primeros tiempos, la ley ostentaba un carácter fijo, tan peculiar de cada pueblo como lo eran su idioma, sus hábitos y su Constitución.»[162] Los derechos no eran naturales, sino históricos. Dicho enfoque abrió «una visión enteramente distinta de la evidencia histórica», pues «la ley es parte de una nación, está entretejida con su propia existencia y es suprimida con su eventual destrucción».[163]

En un intento de clarificar sus ideas, Karl escribió un texto de trescientas páginas sobre filosofía del Derecho. En la segunda parte de este manuscrito, en respuesta a Savigny, examinaba «el desarrollo de las ideas en torno al Derecho romano positivo», el área particularmente investigada por Savigny en *Sobre la posesión*. Karl concluía, sin embargo, que no había diferencias entre «el Derecho positivo en su desarrollo conceptual» y «la formación del concepto de Derecho». Y escribió a su padre para contarle que había encontrado en Savigny un error que él mismo había cometido antes: imaginar que la sustancia y la forma del Derecho se desarrollaban separadamente. Parecía que ni los kantianos ni Savigny habían aportado un vínculo satisfactorio entre la norma filosófica y el hecho histórico. El problema se agudizó cuando Karl se embarcó en la sección del «Derecho material privado», donde había que hacerse cargo de interrogantes fundamentales concernientes a las personas y la propiedad; fue entonces cuando abandonó, de hecho, ese proyecto, pues estaba claro que no era posible incluir forzosamente los conceptos romanos —los hechos de la posesión, el uso y la eliminación— en un sistema racionalista.

A Karl le sirvió, en este punto, recurrir a Hegel. En lugar de la separación entre norma y hecho, era preciso estudiar la evolución del Derecho como «la expresión concreta de un mundo de ideas vivas». Tal y como le señaló a su padre, había derivado del «idealismo de Kant y Fichte» «a buscar la idea en la realidad misma. Si antes los dioses moraban sobre la tierra, ahora se habían convertido en el centro de ella».

No había alcanzado esa conclusión sin ayuda. Para entonces, había leído no solo a Hegel, sino llegado a conocer a «la mayoría de sus discípulos», y tras estar con «algunos amigos con quienes me reuní en Stralau», se había topado con el Club de Doctores. Esta libre asociación de admiradores de Hegel se reunía y debatía en sus tabernas predilectas e incluía a profesores universitarios, maestros de secundaria y periodistas. Karl mencionaba específicamente a Bruno Bauer, «que desempeña un papel importante entre todos ellos», y al doctor Adolf Rutenberg, en ese momento «mi amigo más cercano en Berlín». Parece a la vez muy probable que, en los primeros años en Berlín, Eduard Gans, uno de los más prominentes miembros del club, lo ayudara a redefinir sus ideas acerca del Derecho. Hay constancia de que Karl asistió a sus conferencias en 1837 y 1838.[\[164\]](#)

Gans era profesor en la facultad de Leyes de Berlín y amigo del difunto Hegel. Su carrera temprana se había visto abortada por el resurgimiento del antisemitismo en las secuelas de «la guerra de liberación». Insultado por los estudiantes en Berlín y Gotinga, se trasladó a Heidelberg, donde adquirió gran reputación como estudiante de Derecho al amparo del jurista racionalista y progresista Anton Thibaut. A principios de la década de 1820 era miembro destacado de la Unión para la Cultura y la Ciencia Judías, un empeño de fundir el acervo cultural judío y los valores ilustrados. Al mismo tiempo, en conformidad con el decreto de emancipación de los judíos de 1812, postuló a una cátedra en la Universidad de Berlín en 1822. El rey en persona intervino entonces para declarar que los judíos no eran ya elegibles para los nombramientos académicos. Por ende, en 1825, igual que hizo su amigo Heine, se convirtió al cristianismo y fue nombrado para la cátedra berlinesa al año siguiente. En esta misma época se volvió un hegeliano convencido y el aliado y amigo más cercano de Hegel en la facultad de Berlín. Por tanto, no es de sorprender que en la década de 1830 fuera escogido para preparar una edición póstuma de *Filosofía del Derecho* (la de 1833) y de *Filosofía de la Historia* (la de 1837) del propio Hegel.

Gans era mucho más radical que Hegel en los años inmediatamente posteriores a 1819, activo miembro del Partido del Movimiento y decidido partidario de los Amigos de Polonia tras la represión del levantamiento polaco de 1830.[\[165\]](#) Conocía París y, de primera mano, la actividad de los

sansimonianos.[166] Fue a su vez el primer autor alemán que estudió seriamente la «cuestión social».[167] De singular importancia en este contexto fue su crítica a Savigny y a la Escuela Histórica del Derecho. En ausencia de partidos políticos o libertad de prensa, la intervención abierta en la política local era casi imposible. Esto motivó que, en las décadas de 1820 y 1830, una de las contiendas más relevantes acerca del futuro de Prusia fuera la controversia acerca de la naturaleza del Derecho romano.[168]

Aunque Savigny evitaba el compromiso político abierto, las implicaciones políticas de su postura habían quedado claras al concluir las guerras napoleónicas. En 1814 el jurista liberal Anton Thibaut propuso que Alemania debía adoptar un código legal uniforme, comparable al Código Napoleónico. En respuesta a ello, Savigny lanzó ese mismo año una fiera polémica: *De la vocación de nuestra era por la legislación y la jurisprudencia*. Napoleón, argüía, se había valido de su código como un grillete para «encadenar» a las naciones «a las que había conseguido someter a su dominio». A Alemania, el Código Napoleónico la había «carcomido progresivamente, como un cáncer». Aun cuando en ciertas regiones había sido descartado como «símbolo de degradación política», estaba aún vigente en al menos seis estados de la Confederación. Su difusión continua habría conducido a «la aniquilación de nuestra nacionalidad». Los códigos, argumentaba Savigny, databan de mediados del siglo XVIII, cuando la totalidad de Europa «era movilizaba por una ira ciega en pos de las mejoras»; ahora «ha revivido en todas partes un espíritu de carácter histórico, no dejando ya espacio a la autosuficiencia hueca de aquellas épocas».[169]

Había varias e inquietantes implicaciones en la posición de Savigny, que habría de convertirse en ministro de Justicia prusiano durante la década de 1840. La primera, su defensa de una vuelta al Derecho romano, como él discurría antes de la época revolucionaria, perpetuaba una situación en la que las leyes de propiedad y herencia quedaban sujetas a la incertidumbre jurídica y las infinitas variantes locales. En segundo lugar, su argumento de que el Derecho romano de posesión surgía del «hecho» más que del «Derecho» fortalecía el reclamo de los señores feudales tendente a

conservar sus tierras por el derecho de «prescripción adquisitiva» o de mero «dominio sobre algo».[170] Finalmente, todo esto representaba una amenaza particular para Renania, donde regía una versión modificada del Código Napoleónico fundada en el supuesto de la igualdad ante la ley y donde los juicios con jurados estaban aún vigentes.

Gans criticaba a la Escuela Histórica por su confusión entre el hecho natural y el legal. El acto de la posesión no tenía estatus legal. Algo «correcto» no podía basarse en algo «incorrecto». Lo que los juristas denominaban agravio presuponía la existencia de un derecho legal que hacía que la violación ilegítima quedase expuesta a una solución legal.[171] En términos más amplios, Gans acusaba a la Escuela Histórica de no reconocer la creatividad y el progreso del «espíritu universal» o el avance experimentado en la «historia universal». En lugar del progreso racional, Savigny y sus seguidores veían la historia como un proceso a descubrir por medios puramente empíricos, como una sucesión de eventos que habían arraigado en la forma de ciertas tradiciones, las cuales daban cuenta de la vida y el espíritu de un pueblo. De esta forma, argumentaba Gans, el presente quedaba subordinado al pasado. Finalmente, la visión que Gans poseía de la significación del Derecho romano era muy distinta a la de Savigny. En primer término, hacía hincapié en que buena parte de su valor se derivaba de que había sido promulgado como un *código* por Justiniano. En segundo lugar, en contraste con aquellos que se regocijaban con la inmersión del Derecho romano en la costumbre nativa germana durante la Edad Media, Gans alababa la relativa autonomía del Derecho romano. Su prolongada historia sugería que las normas legales podían seguir siendo en algún grado independientes del poder político, y esto a su vez indicaba que tras ese poder subyacía el Derecho natural en alguna modalidad.[172]

A diferencia de los kantianos o de la Escuela Histórica, Gans argüía la existencia de un proceso dialéctico de «mediación» entre la norma filosófica y el hecho histórico subyacente tras la evolución histórica y racional del concepto de Derecho. Como buscó demostrar en su estudio más importante, *La historia del derecho de herencia en su evolución universal* (1826), hubo un desarrollo racional del concepto de herencia a través de las sucesivas épocas históricas que vivió el progreso del «espíritu». Karl asistió

a las conferencias de Gans de 1836-1837 sobre Derecho penal y las relativas al Derecho civil prusiano en el verano de 1838, y en la carta a su padre se hacía eco nítidamente de la postura de Gans en su afirmación de que «el carácter racional del objeto en sí ha de desarrollarse como algo imbuido en sí mismo de contradicciones y encontrar su unidad intrínseca».

[173]

Pese a su gran interés por la filosofía, Karl se mostraba aún indeciso respecto a si seguiría o no la carrera de Derecho y escribió a su padre comentándole su preferencia por la Jurisprudencia en lugar de la Ciencia administrativa, sobre la posibilidad de cambiarse a «Administración del Derecho» tras su tercer examen de Derecho y entonces convertirse en «asesor», para eventualmente conseguir un cargo extraordinario en la docencia. No queda claro en qué medida reflejaba una verdadera indecisión de su parte o más bien el sencillo deseo de complacer a su padre. Retrocediendo a septiembre de 1837, Heinrich le había dicho que «ya sea que hagas tu carrera en una u otra área del aprendizaje, para mí es en esencia todo lo mismo». Su hijo debía elegir lo que fuese que estuviese «más de acuerdo con [sus] talentos innatos», ya fuese en el área del Derecho o la Filosofía, pero no olvidar nunca que requería de un patrocinio.

[174]

Al parecer su interés en la Jurisprudencia persistió. No solo continuó yendo a las conferencias de Gans durante el verano de 1838, sino que sus contribuciones posteriores, durante tres años, a la *Rheinische Zeitung* sugerían un compromiso permanente por su parte con inquietudes propias de la jurisprudencia racional.

LA EXCITACIÓN DE LA FILOSOFÍA. EL IDEALISMO DE KANT A HEGEL

En torno a 1839 ya estaba claro el compromiso pleno de Karl con la Filosofía y su disposición a emprender su doctorado. La muerte de su padre había eliminado toda inhibición que subsistiera en su interior a la hora de variar el rumbo, y la muerte de Gans al año siguiente debió reforzar su decisión. Aún más relevante fue su percepción de las divisiones culturales y políticas que estaban surgiendo en la Prusia del *Vormärz*. En el café Stehely,

sus contemporáneos hacían notar el cambio apreciable desde un interés por la literatura y el arte a otro por la filosofía, la teología y la política, lo cual coincidía con el giro en las preocupaciones del propio Karl. El llamamiento de Hegel —como escribía él mismo a su padre en 1837— había apremiado a «buscar la Idea en la realidad en sí», pero el problema era que pensamiento y ser no estaban yendo a la par de la forma que presumía la postura de Hegel. Si algo estaba claro, y particularmente desde la época de la muerte del propio Hegel en 1831, era que pensamiento y ser se habían escindido cada vez más.

En los años posteriores a 1815 Hegel era el pensador que con más fuerza había articulado el nexo del mundo germánico con la evolución que experimentaba el «espíritu universal». Era este un discurso que cobraba sentido siempre y cuando resultara creíble que Prusia habría de proseguir con el programa de emancipación emprendido en la «era de la reforma», iniciado en las secuelas de la derrota napoleónica en 1806. Puede considerarse el nombramiento en 1818 del propio Hegel para que desempeñara la cátedra de Filosofía en Berlín como parte de ese programa de reformas. Quien le cursó la invitación fue Karl von Altenstein, ministro de Educación, Salud y Asuntos Religiosos, un protegido de Hardenberg y un convencido racionalista.

En sus conferencias sobre *Filosofía de la historia*, impartidas en la década de 1820, Hegel argumentaba que era posible trazar dos caminos en la historia moderna de la libertad. El primero era un derivado de la Reforma en Alemania, en la que Lutero liberó a la religión de la autoridad externa y posibilitó así el florecimiento de las virtudes alemanas de espiritualidad interior —*Innerlichkeit*— y pensamiento reflexivo. Esta vía de evolución culminó en la filosofía de Kant y en que el hombre se viera liberado de todas las creencias recibidas. La segunda vía, la de la política, había conducido a la Revolución francesa, que a pesar de sus evidentes imperfecciones había generado una situación en la que la libertad interior y espiritual del hombre podía expresarse en la política externa y en una modalidad institucional. Esta combinación de libertad espiritual y política, creía Hegel, estaba ahora en curso en Alemania. En Prusia un programa de

reforma racional estaba logrando pacíficamente lo que la Revolución francesa había intentado por la fuerza.

El enfoque de Hegel quedó expuesto al fuego cruzado de los sectores conservadores casi desde el momento mismo en que fue nombrado para la cátedra. El asesinato de Kotzebue había reavivado en el rey y su círculo el miedo a la revolución.^[175] Los Decretos de Carlsbad de 1819 habían conducido al despido de académicos «demagogos» en las universidades y recortaron severamente las libertades de publicación, prensa y reunión. Al parecer, esto había disuadido a Hegel de mostrar una abierta adhesión a la causa de la reforma política. En su recién escrito prefacio a *Filosofía del Derecho*, publicado en 1821, había descartado toda intención de legislar para el futuro y defendido en apariencia la racionalidad del escenario vigente.^[176] Las revoluciones de 1830, que habían desatado la violencia y las demandas de independencia en Italia y Polonia, habían llevado a la separación de Bélgica y Holanda y engendrado Constituciones liberales en Francia y Bélgica, así como en Gran Bretaña, intensificando la ansiedad de las autoridades políticas. Alarmada por una concentración democrática masiva en Hambach y el Palatinado en 1832, la Confederación Germánica impuso aún mayores medidas de censura y represión política.

La postura cada vez más defensiva del régimen prusiano era asimismo una respuesta a la reacción cultural y política más amplia contra el «racionalismo» y la Ilustración, que habían cobrado fuerza en las décadas posteriores a 1815. En el Estado de Prusia-Brandeburgo hubo una vuelta a una forma evangélica y fundamentalista del cristianismo, particularmente en sectores de la aristocracia y entre los profesionales. Los acólitos del nuevo evangelismo creían que las ideas de la Ilustración habían sido las responsables de la difusión del racionalismo y el ateísmo, y que estos, a su vez, habían conducido a los horrores de la Revolución francesa. Este mundo posterior a 1815, dominado por el anhelo de dar la espalda a la revolución y la heterodoxia religiosa, era absolutamente distinto al de la Revolución francesa y la crisis de las creencias ortodoxas debido a la demolición emprendida por Kant contra la teología y la metafísica tradicionales. Este era el mundo en el que el enfoque filosófico del joven Hegel se configuró inicialmente, pero él ya era percibido en conflicto absoluto con las

prioridades de un fundamentalismo cristiano renovado y del medievalismo romántico.

El radicalismo, republicanismo y socialismo de las décadas de 1830 y 1840 —las aspiraciones del Partido del Movimiento— fueron intentos de renovar las distintas formas del racionalismo que se suponía habían guiado de diverso modo las ambiciones de Federico el Grande, definido los ideales de los jacobinos, modelado la filosofía de Kant y Fichte e inspirado las innovaciones fundamentales de la «era de las reformas». El pensamiento de Karl se forjó en esta tradición y, en algunos aspectos relevantes, su enfoque seguía siendo un subproducto de sus expectativas.

La herencia racionalista era singularmente importante para modelar la identidad de lo que, en esas décadas de 1830 y 1840, se llegó a conocer como «socialismo» y que en Alemania, como en otros lugares, emergió de una contienda referida al estatus y al carácter de la religión, solo que en Alemania ese racionalismo, y el socialismo forjado a partir de él, asumieron una forma distinta de la detectable en la tradición anglo-francesa.

En los Países Bajos y el mundo alemán, el descreimiento había adoptado desde finales del siglo XVII una modalidad «panteísta», partiendo por Spinoza: Dios y la naturaleza eran una y la misma cosa y este todo indivisible estaba regido por la necesidad racional. En Alemania el impacto de Spinoza fue muy perdurable, llevando a Heine a declarar en la década de 1830 que el espinozismo era el culto secreto de Alemania. En Gran Bretaña y Francia había habido conflictos paralelos relacionados con la religión, pero habían asumido diferentes formas. En contraste con Spinoza, el punto de partida allí había sido predominantemente deísta (un Dios «relojero», separado de su creación) en vez de panteísta, y empirista en vez de racionalista. El punto de partida en ambas tradiciones había sido, con todo, en contraste con el énfasis cristiano en el pecado original, el supuesto de que el hombre era un ser natural, cuyas ideas se constituían a partir de la percepción sensorial y cuya actividad era impulsada por el deseo y la búsqueda de la felicidad.

Pero en Alemania, en el último tercio del siglo XVIII, surgió una tercera forma fundamental de filosofía que bebía sobre todo de la concepción rousseauiana de la libertad como un derecho autodeclarado, pero que fue

formalizada en lo que se llegó a conocer como el idealismo en la filosofía «crítica» de Kant. Aunque igualmente escéptico ante la religión revelada, el idealismo hacía hincapié en la libertad humana, el papel activo de la mente en modelar el conocimiento y la acción, y la habilidad de la razón para resistirse y sobreponerse a los impulsos naturales.

El idealismo abrió la compuerta a una forma diferenciada de perfeccionismo o utopismo, consistente en dejar de lado las limitaciones inherentes al ser humano como ser natural y sustituirlas por el progreso en el ámbito de la razón, en la que el hombre obedecía solo a los mandatos que hubiera formulado por sí mismo. Es posible rastrear la formación de esta concepción distintivamente idealista de la emancipación humana, y su creciente separación de las creencias religiosas convencionales, en los escritos tardíos de Kant, en los que la concepción cristiana de la otra vida queda sustituida por una imagen cuasisecular de la emancipación en esta tierra.

En la *Crítica de la razón pura*, publicada en 1781, Kant había afirmado que su propósito al eliminar todos los reclamos de un conocimiento de la existencia de Dios era hacerle espacio a la fe.^[177] Cumplió esta promesa en 1788, en su *Crítica de la razón política*, en la que Dios y la inmortalidad eran restablecidos como prerequisites o «postulados». Pero el estatus de Dios parecía entonces incluso más vacilante que antes. En la metafísica tradicional era Dios el que aportaba los fundamentos de la moral. En la nueva teoría era la moral la que (discutiblemente) requería de la existencia de Dios. El argumento a favor de la necesidad de Dios formaba parte de un requerimiento más amplio, como Kant lo entendía, de reconciliar la ley moral con el hecho de que los seres humanos eran criaturas naturales y encarnadas, que buscaban la felicidad.^[178] En su *Crítica de la razón práctica* argumentaba que la conexión entre virtud y felicidad debía hallarse en la noción del «bien más elevado», que era esa condición en la que la felicidad se distribuía en proporción a la virtud y en la que, por ende, cada cual recibiría la dosis de felicidad que merecía. Según Kant, era imposible alcanzar un ideal como ese en este mundo, pero en la medida en que lo creyéramos alcanzable era necesario postular un Dios que pudiera distribuir en justa proporción la felicidad a los virtuosos y plantear la inmortalidad del

alma como una forma de lograr el tiempo requerido para alcanzar ese propósito.

Kant trató en diversas ocasiones de hacer estos «postulados» más convincentes. En su *Crítica del juicio* de 1790, no escribió ya del «bien más elevado», sino del «propósito final». Dando la vuelta al argumento, alegaba que, si Dios no existiera, la ley moral se contradeciría a sí misma al exigir algo que por su naturaleza no se podía cumplir. La construcción básica del argumento seguía siendo la misma. Sin embargo, en *La religión dentro de los límites de la mera razón*, de 1793, crecía la distancia con la creencia convencional. El supranaturalismo cristiano encapsulado en la doctrina de la inmortalidad del alma era sustituido por la visión de una «comunidad ética», que sería el fruto de «la victoria del buen principio mediante la fundación de un reino de Dios en la tierra».[179] Aquí desarrollaba otra vez un argumento sobre la necesaria relación entre la ley moral y Dios como el dador de la moral. Pero la necesidad de dicho legislador no quedaba plenamente establecida. La ley moral era divina porque era vinculante, no vinculante porque fuera divina. Es más, Kant concedía que la idea de un «propósito final» era introducida en la forma de algo que los seres humanos podían «amar» y era una concesión a «una limitación ineludible de la humanidad».[180] A mediados de la década de 1790 estaba claro, por ende, que Kant había fracasado a la hora de restablecer a Dios como un postulado de la «razón práctica».[181] La única forma de preservar el argumento moral a favor de Dios era identificar el universo moral con el propio Dios. [182]

Fue en la primera mitad de la década de 1790 cuando la visión de Hegel, junto a las de sus dos brillantes compañeros de estudio, Hölderlin y Schelling, quedó modificada por su experiencia como estudiante de Teología en Tubinga.[183] Al joven Hegel le repelía la rigidez del luteranismo oficial, conmocionado como se sentía por los acontecimientos en Francia e inspirado por el desafío de Kant en la filosofía. Su respuesta en sus escritos inéditos fue un intento de reformular el cristianismo a la luz de los prerequisites poskantianos de autonomía y autolegislación. Sus ideas bebían a su vez de *La educación de la raza humana* de Lessing y de la concepción de Rousseau de un credo cívico, junto a la visión de la armonía

ética espontánea alguna vez disfrutada en la antigua Grecia, según las ideas de Goethe, Schiller y Herder en la época en que trabajaron juntos en la pequeña corte de Weimar, entre 1770 y 1805.^[184] En 1793 el propio Kant había bosquejado la forma de una religión puramente moral en *La religión dentro de los límites de la mera razón*, pero Hegel y sus amigos pensaban que Kant ponía demasiado énfasis en la virtud como cumplimiento del deber. En 1796 bosquejaron su propia concepción de una *Volksreligion* («religión del pueblo»). Inspirados en *La educación estética de un hombre*, de Schiller, hacían hincapié en que las nociones éticas kantianas debían estar emparejadas con la apelación a lo bello: «Monoteísmo de la razón y el corazón, politeísmo de la imaginación y el arte, esto es lo que necesitamos». Lo que se necesitaba era «una mitología nueva», «una mitología de la razón».^[185]

En los debates sostenidos durante la década de 1790 no preocupaba la historicidad de la narrativa cristiana, sino la capacidad del cristianismo para conformar las bases de la vida ética. Desde la perspectiva de Hegel, la superioridad del cristianismo sobre otras religiones era incuestionable porque solo este se basaba en la convicción de que todos los individuos eran libres. En sus escritos posteriores, él mismo pudo argumentar con toda justicia que su concepción del *Sittlichkeit* —las normas éticas y leyes que conforman una cultura moderna y un Estado racional— estaba basada en el protestantismo cristiano. La ausencia de dicha cultura era, desde su punto de vista, la principal razón de que la Revolución francesa hubiera desencadenado el terror y la guerra. La religión en su condición inmutable había sido incapaz de defenderse contra los ataques ateos de la Ilustración. Hegel pensaba que su filosofía había ampliado y enriquecido el cristianismo.

Las dudas de los conservadores respecto a la compatibilidad de racionalismo y cristianismo no se habían disipado. Los libros y conferencias de Hegel situaban el cristianismo como la forma última y más elevada en el desarrollo de sucesivas modalidades de conciencia religiosa. Mientras que la religión en épocas tempranas se había iniciado con dioses misteriosos rodeados de cultos mágicos y de la naturaleza, desde la época de la Reforma la cristiandad había alcanzado, por fin, la claridad. El cristianismo

había superado la brecha entre el hombre y Dios, pues en el mito cristiano de la Encarnación el humano había dejado de estar alienado de lo divino. Hegel ponía en el corazón de su propia idea de la cristiandad al Espíritu Santo, el tercer componente de la Trinidad. Este era el Espíritu Divino que habitaba en cada individuo y celebrado en el acto de la comunión.

Sin embargo, el cristianismo decía ser no solo inmanente, sino a la vez trascendente, y no había nada en los escritos de Hegel para apoyar la idea de un Dios separado de su creación o de la vida después de la muerte. Aún más, estaba claro, desde que Hegel introdujera la «Idea Absoluta», y a la luz del desarrollo de la autoconciencia, que la religión, como el arte antes que ella, era en último término incapaz de proveer una idea adecuada de lo divino.^[186] Los ritos y símbolos del cristianismo descansaban en una forma inefable de simbolismo; esta visión del Absoluto era en última instancia ingenua y su forma de comunicar la verdad, no libre. La religión cristiana se contentaba con sustentar sus reclamos en la autoridad de las Escrituras más que en la libre determinación de la autoconciencia.

En torno a la década de 1820 dicha postura quedó progresivamente aislada, confinada a poco más que los seguidores inmediatos de Hegel. Los escritores y filósofos de esa generación brillante que se habían adherido alguna vez a concepciones de lo divino similares a la de Hegel durante sus años en Jena, discurridos entre 1800 y 1806, habían muerto todos o evolucionado. Novalis murió joven, Schleiermacher renunció a su antiguo panteísmo, los hermanos Schlegel se hicieron católicos y Schelling se había replegado al misticismo. En la década de 1820 hubo reiterados ataques a Hegel por los seguidores de Schleiermacher, quienes enfatizaban la asociación entre religión y sentimiento, en tanto los pietistas y evangélicos, guiados por Ernst Hengstenberg, el editor de la recién fundada *Evangelische Kirchenzeitung*, consideraban presuntuosas y heréticas las traducciones racionalistas que Hegel hacía del dogma religioso. Pese a sus protestas, Hegel era aún acusado de panteísmo espinozista, mientras otros lo atacaban por su «panlogismo», la subordinación de la libertad y la realidad a las exigencias lógicas.^[187] Enfrentado a estas arremetidas, Hegel se puso cada vez más a la defensiva y comenzó a favorecer a sus

acólitos más conservadores, quienes estaban empeñados en demostrar la compatibilidad de la religión revelada y la filosofía especulativa.

LAS DISPUTAS EN LA DÉCADA DE 1830. STRAUSS Y LA IRRUPCIÓN DE LOS JÓVENES HEGELIANOS

El reto intelectual más desafiante a la postura de Hegel ocurrió en la década de 1830, tras su muerte, y vino del que había sido alguna vez su amigo en Tubinga, el entonces célebre filósofo Friedrich Schelling. Aunque no había publicado nada después de sus años en Jena y su postura era conocida debido a su antiguo renombre, en 1827 repudió el «panlogismo» que él mismo cultivó en su juventud, y en 1834 lanzó una ofensiva filosófica apenas encubierta contra la postura de Hegel. Como otros que habían dado la espalda a su propio radicalismo filosófico de juventud, Schelling anhelaba recobrar un Dios personal, liberado de los confines de la lógica o la razón. En fecha tan temprana como 1804 había abdicado de una visión de la humanidad como la superación de toda alteridad dentro de una totalidad y como encarnación de la identidad entre espíritu y naturaleza. Reutilizó el lenguaje cristiano de la Caída, complementado pocos años después por una concepción de Dios como pura voluntad, más allá de la razón. Ahora Dios era postulado como el creador del mundo, pero eternamente separado de él. Lo que Él revelaba de Sí al mundo se alcanzaba no por la razón, sino a través de la revelación.[\[188\]](#)

La generación filosófica de la década de 1830 no quedó demasiado impactada por la excéntrica reformulación que Schelling hacía de la apologética cristiana, pero no pudo ignorar la fuerza de su crítica a Hegel. Esta se convirtió en una reafirmación de la autonomía y realidad previa del ser y en una refutación a la demostración intentada por Hegel del paso de la lógica a la realidad al inicio de su *Ciencia de la lógica* (1816).[\[189\]](#) En oposición a los filósofos que negaban la autonomía de la realidad —«filosofía negativa»—, Schelling postulaba una «explicación positiva de la realidad», una «filosofía positiva». La «exigencia lógica» que la «filosofía negativa» consideraba para ordenar el mundo era, desde la

perspectiva de Schelling, el fruto de la voluntad divina, que no estaba constreñida por ley alguna. Lo que la filosofía especulativa no podía admitir era la falta de fundamento de la realidad. Por su parte, la filosofía positiva suponía la subordinación de la razón autónoma a algo externo a ella, al «hecho positivo», que solo era accesible a través de la «revelación».

La «filosofía positiva» de Schelling fue ampliada a una filosofía política por Friedrich Julius Stahl, un inflexible antirracionalista y amigo de Savigny. En 1833 Stahl publicó su propia *Filosofía del Derecho* y en 1840 fue propuesto para ocupar la cátedra de Derecho en Berlín, como sucesor de Eduard Gans. Según Stahl, la filosofía de Hegel era víctima de la peligrosa ilusión de que la razón podía conocer a Dios. Acusaba a Hegel de destruir la personalidad de lo divino —y por extensión, de lo humano— al privar a Dios de libre albedrío. El Dios de Hegel (el «Espíritu») estaba encapsulado en un principio universal de necesario desarrollo que incorporaba tanto la naturaleza como el espíritu y era, por tanto, incapaz de actuar como un Ser Supremo que se revelaba libremente a sí mismo.

La objeción de Stahl a la concepción hegeliana del monarca era similar: el monarca estaba imbricado en la sustancia del Estado y asociado a la Constitución. Igual que la voluntad divina, era el fundamento del ser y la razón pero no estaba limitada por ellos; la voluntad de la monarquía no debía estar, de manera similar, sujeta a ningún límite. Pues, tal y como el ser omnicomprendido de Dios otorga unidad a la totalidad de la creación, la soberanía personal del monarca debe encarnar por sí sola la autoridad del Estado y no estar, de ninguna manera, limitada por constreñimientos constitucionales. En términos prácticos, Stahl urgía a la restauración «del Estado cristiano» con su principio de *cuis regio, eius religio*, establecido en la Paz de Augsburgo en 1555.

A mediados de la década de 1830 el conflicto entre el nuevo conservadurismo y el Partido del Movimiento se volvió cada vez más candente en términos filosóficos y comenzó a adquirir a su vez una forma política más explícita.

En la Confederación Germánica los monarcas habían repudiado con éxito los pequeños logros de carácter liberal que se habían alcanzado en Hesse-Kassel, Sajonia y Hannover como resultado de las revoluciones de

1830. Los textos de la Alemania Joven, una tendencia literaria inclusiva de Heine y Ludwig Börne, fueron prohibidos en toda la Confederación. El escrutinio político asociado a los nombramientos académicos se hizo más estricto. En la Universidad de Erlangen, en Baviera, se bloqueó cualquier posibilidad de que Ludwig Feuerbach obtuviera una cátedra después de que escribiera una crítica hostil a Stahl.[\[190\]](#) Otros hegelianos prominentes, incluidos David Strauss, Arnold Ruge y Bruno Bauer, habrían de sufrir un destino similar.

El hecho decisivo en esta disputa fue la publicación en 1835 de *Vida de Jesús, examen crítico*,[\[191\]](#) de David Strauss, un teólogo afincado en Tubinga. Por fin se publicaba un libro que enunciaba claramente lo que suponía el alegato hegeliano de que los propósitos de la religión y la filosofía podían diferir en la forma pero eran idénticos en el contenido. Según Strauss, la verdad racional encarnada en el cristianismo, la unidad de lo humano y lo divino, solo podía quedar clara una vez que los Evangelios se liberaban de su contexto arcaico y sobrenatural. En el Nuevo Testamento la «Idea» había sido encapsulada en una narración de la vida y actividad de un único individuo. Ese relato había sido «el subproducto» de un proceso de mitificación inconsciente modelado por la imagen del Mesías contenida en el Antiguo Testamento. Si se aspiraba a rescatar al cristianismo para la ciencia moderna, había que sustituir la figura de Cristo por la idea de «humanidad» en todo su discurrir histórico. Pues solo el espíritu infinito de la especie humana podía traer consigo la unidad de lo finito e infinito, como ya quedaba delineado en el retrato de Hegel del «Espíritu Absoluto».[\[192\]](#)

A finales de la década de 1830 las disputas sobre el rumbo que debía tomar la política religiosa del Estado prusiano se volvieron cada vez más enconadas. Altenstein —todavía ministro de Educación y Asuntos Religiosos— permitió la publicación y libre difusión de la *Vida de Jesús* de Strauss pese al clamor airado de los conservadores, pero se vio forzado a adoptar una postura cada vez más defensiva, visto que esas fuerzas conservadoras habían adquirido influencia creciente en los tribunales, particularmente en el círculo del príncipe heredero, que incluía a Stahl, Hengstenberg y quienes apoyaban el enfoque romántico y antirracionalista de la Iglesia y el Estado. En las secuelas que dejó tras de sí la publicación

del libro de Strauss, una fracción sustancial de hegelianos conservadores se sintió tentada a apoyar la agresiva promoción que Stahl hacía de un resurgimiento del Estado alemán cristiano y monárquico. Altenstein fue, por tanto, incapaz de promover a los radicales para que ocuparan cátedras universitarias, y urgió a Göschel, el sucesor de Hegel en Berlín, para que reiterase la compatibilidad entre el hegelianismo y la ortodoxia cristiana como una forma de aquietar las pasiones suscitadas por Strauss.

Por más desfavorables que fuesen estos augurios, el Partido del Movimiento aún se aferraba a la esperanza de que los acontecimientos hicieran variar el rumbo al régimen. El viejo monarca Federico Guillermo III había cobrado fama por su arbitrario empeño de amalgamar en 1817 a las Iglesias luterana y calvinista, una medida más próxima en su espíritu al absolutismo burocrático de Napoleón que al renacer evangélico posterior a 1815. Pero ahora el régimen se enfrentaba a un desafío no previsto desde la derecha. El tema guardaba relación con el nexo entre el Estado prusiano y sus súbditos católicos. En 1835 el nuevo arzobispo de Colonia, Droste-Vischering, era un militante partidario de la tendencia «ultramontana» dentro de la Iglesia. Esto implicaba un énfasis en la autoridad del Papa en los asuntos temporales del gobierno civil y que la lealtad primordial de los sacerdotes de un país se debía a Roma antes que a sus líderes seculares. Introdujo, de hecho, una prohibición papal impuesta de forma estricta sobre los matrimonios mixtos. La Iglesia exigía un compromiso escrito al cónyuge protestante de cualquier súbdito católico indicando que sus hijos serían criados como católicos. Esto significaba no solo un rechazo de un antiguo compromiso en Renania acerca del tema, sino una quiebra con la ley prusiana y un reto directo a la autoridad del rey como «obispo supremo» de la Unión Eclesiástica Prusiana. Como consecuencia de todo ello, en 1837 el arzobispo fue encarcelado.[\[193\]](#)

No es sorprendente que esta confrontación entre el Estado prusiano y la Renania abrumadoramente católica provocara un interés sin precedentes, y el tema fue debatido en unos trescientos panfletos puestos en circulación. [\[194\]](#) Era a la vez un conflicto en el que los hegelianos podían ofrecer al Estado su apoyo incondicional.[\[195\]](#) El redactor de *Athanasius*, el principal boletín ultramontano, era Joseph Görres, un renano bien conocido y antiguo

radical. Ahora alegaba que el protestantismo había conducido a la Revolución francesa. El contraargumento protestante surgió en boca del exhegeliano Heinrich Leo, pero los hegelianos radicales consideraron que el caso había sido presentado con excesiva blandura. Su portavoz más destacado era Arnold Ruge, un conferenciante de Halle que había sido alguna vez activista en el *Burschenschaft*.^[196] Junto a Theodor Echtermeyer, había fundado los *Hallische Jahrbücher* a principios de 1838. La revista inició su andadura como un folletín literario que se hacía eco del más leve matiz circulante de opinión liberal y hegeliana, pero se identificó cada vez más con «la independencia de la indagación científica» (es decir, que apoyaba a Strauss) y con la supremacía del Estado sobre la Iglesia. Ruge atacaba a Görres y Leo en su panfleto titulado *Prusia y la reacción* por su hostilidad al racionalismo, que Ruge postulaba como la esencia de Prusia; también acusaba a Leo de ser una especie de «semicatólico». El ataque de Ruge provocó una rabiosa respuesta de Leo, que tildó al propio Ruge, a Feuerbach, Strauss y sus aliados de *die Hegelingen* («pequeños hegelianos»). Este fue el origen del nombre *Junghegelianer* («Jóvenes Hegelianos»). Leo los retrataba como un grupo de ateos que relegaban la resurrección y ascensión de Cristo al dominio de la mitología y ejercían presiones para la consecución de un Estado laico.^[197]

En respuesta a ello, Ruge reiteraba la afinidad entre protestantismo y racionalismo, y en los *Hallische Jahrbücher* adornaba el asunto con evidencias reunidas en la recién publicada edición póstuma que Eduard Gans hizo de las *Conferencias de filosofía de la historia* de Hegel. Siendo la tierra de la Reforma y la Ilustración, Prusia se erguía a favor de la tolerancia religiosa y la libertad de pensamiento. Strauss pertenecía a esta tradición prusiana de tendencia protestante y proclive a la racionalidad, que parecía estar ahora en riesgo de caer bajo la égida del catolicismo. En un adicional ataque a Leo y Hergstenberg, titulado *Pietismo y los jesuitas*, Ruge argüía que el núcleo interno del pietismo protestante del siglo XVII había desaparecido, dejando tan solo su cáscara irracional, el catolicismo como un credo de lo superficial.^[198]

A finales de 1839 Ruge y Echtermeyer ampliaron esta arremetida controversial en un manifiesto incluido en una serie de artículos titulada

Protestantismo y romanticismo. Tanto el protestantismo como el romanticismo, argumentaban, eran subproductos de la Reforma, pero en tanto el protestantismo constituía su «núcleo» racional, el romanticismo representaba la «cáscara» irracional. El romanticismo era «el impulso subjetivo del yo libre», inspirado en las emociones y la naturaleza más que en la universalidad de la razón. Encarnaba, por ende, «el principio no libre». Esta forma de representar el «romanticismo» se centraba en sus «manifestaciones irracionales», que incluían el gusto por el misticismo, la cercanía al catolicismo, la afinidad con la Edad Media y una preferencia por la poesía popular. Se acompañaba de una aversión a Francia, a la Ilustración y a Federico el Grande.

EPICURO. SOBRE LOS ÁTOMOS Y LA LIBERTAD

Otros de sus partidarios se sumaron a la campaña, pero ninguno de ellos con mayor entusiasmo que Karl Köppen, un académico de Berlín representativo del novedoso interés decimonónico por la mitología nórdica, miembro del Club de Doctores y, según numerosos testimonios, el amigo más cercano de Karl en aquella época.^[199] Köppen había colaborado con los *Hallische Jahrbücher* desde mayo de 1838. Su enfoque de la religión y mitología nórdicas se asemejaba mucho al de Strauss: el mito aportaba el devenir interior de cómo evolucionaba la conciencia de un pueblo antes de que surgiera el registro histórico. A medida que discurrían la controversia sobre Strauss y la campaña de los Jóvenes Hegelianos contra el ultramontanismo, los escritos de Köppen se volvieron gradualmente más radicales. Exaltaba al emperador medieval Federico I Barbarroja por su heroica oposición a los esclavos y a los sacerdotes, y hacía hincapié en la evolución tanto del pensamiento de Hegel como de la misma Prusia hacia un régimen constitucional. En 1840 escribió un ensayo de alabanza a Federico el Grande en el centenario de su ascenso al trono. El ensayo se convirtió luego en libro, *Federico el Grande y sus opositores*, y se utilizó como medio de presión contra el nuevo rey prusiano, Federico Guillermo IV, para que siguiera el ejemplo de su notable antecesor e hiciera de la

Ilustración y la batalla contra el fanatismo religioso los principios que orientaran su reinado.

En el curso de su ensayo, Köppen llamaba la atención sobre el hecho de que el filósofo griego Epicuro era el pensador favorito de Federico y que, en términos generales, «todos los sectores ilustrados [los *Aufklärer*] del último siglo estaban vinculados en muchos sentidos a los epicúreos, igual que los epicúreos parecían ser, inversamente, los *Aufklärer* preeminentes de la Antigüedad».[200] Epicuro era el filósofo más detestado por los románticos, como una suerte de precursor del materialismo francés del siglo XVIII y de una concepción mecanicista del universo. Su filosofía era, según Friedrich Schlegel, «el más vil de todos los sistemas antiguos [...] que reducía todo a los átomos corpóreos originales»; Schlegel se lamentaba de que el epicureísmo hubiera crecido hasta convertirse en la filosofía dominante en la segunda mitad del siglo XVIII.[201]

Todo esto ayuda a explicar la elección que Karl hizo de Epicuro como tema de su tesis doctoral. Köppen dedicó su *Federico el Grande* a Karl, mientras Karl hacía elogios a Köppen en el prólogo a su tesis por su tratamiento de las filosofías epicúrea, estoica y escéptica, y por la «sugestión profunda» a «sus relaciones con la vida de Grecia».[202] Al igual que Köppen, Karl estaba interesado en rescatar la afinidad entre el Estado prusiano y los ideales de la Ilustración: eso que pronto designaría en sus artículos periodísticos como «el Estado racional». Pero la tesis sugería además otras inquietudes. En una época en que el enfoque hegeliano había sido obligado a adoptar una postura defensiva, su tesis hacía una defensa general del idealismo como filosofía, dirigida primero contra «el intelecto teologizante» y, en segundo término, contra el «dogmático» determinismo de la naturaleza postulado por Demócrito. Karl buscaba refutar la acusación antirracionalista ampliamente difundida de que Epicuro abogaba por el materialismo y el determinismo. Por este motivo lo presentaba como un precursor de la filosofía de la autoconciencia.[203]

Su tesis se centraba en las implicaciones de la teoría del «átomo» de Epicuro y formaba parte de un proyecto más vasto de análisis y estudio de «los filósofos de la autoconciencia», los epicúreos, los estoicos y los escépticos.[204] Al examinar la trayectoria de esas escuelas filosóficas, que

habían surgido en la estela de Platón y Aristóteles, Karl ofrecía una vía para examinar tangencialmente los desarrollos contradictorios de la filosofía alemana tras la muerte de Hegel y la fisura existente dentro del sistema. En 1837 Karl le había escrito a su padre dándole a entender que la síntesis entre el pensamiento y el ser anunciada por la filosofía de Hegel estaba a punto de completarse. Y consideraba, al igual que otros acólitos de Hegel, que esa reconciliación era una meta a futuro, un objetivo a alcanzar en el paso de la teoría a la práctica.

Entretanto, hubo de examinar los desarrollos discrepantes dentro del pensamiento poshegeliano, resultándole evidente no solo que en la Prusia de la Restauración la brecha entre realidad e idea se había ensanchado, sino que la filosofía se había separado a la vez del mundo real. Mientras las diferencias subjetivas entre los partidarios de Hegel habían crecido, el Estado, aliado con el «romanticismo», se había vuelto cada vez más reaccionario. La generalidad objetiva de la filosofía se había trocado «en las formas subjetivas de la conciencia singular en las que vive». O, como él mismo lo resumía, «la mariposa nocturna, al ponerse el sol general, revolotea en torno a la luz de la lámpara de la vida privada».[205] Una vez escindidos el pensamiento y el ser, y obligada la filosofía a asumir esta forma subjetiva, la autoconciencia filosófica había adoptado también la apariencia de «una doble tendencia extrema y contrapuesta». Por una parte, estaba «el partido *liberal*», que retenía «el concepto»; por el otro, estaba la «filosofía positiva», el «*no concepto*, que retiene el momento de la realidad como determinación fundamental». Esta era la descripción que Karl hacía del conflicto entre la tendencia de los Jóvenes Hegelianos y la de los partidarios de Schelling y Stahl. Esta última consideraba que «el defecto es inmanente a la filosofía misma, mientras que la primera lo considera como defecto del mundo que es necesario superar filosóficamente».[206]

La propuesta académica incluida en la tesis de Karl decía haber solucionado «un problema hasta ahora no resuelto de la historia de la filosofía griega». Los estudiosos del asunto, desde Cicerón y Plutarco hasta los Padres de la Iglesia, habían desestimado la obra de Epicuro por considerarla un mero plagio de la filosofía presocrática de Demócrito. Según este último, los átomos estaban rigurosamente determinados en su

movimiento; el «vórtice» resultante de su repelencia mutua y su colisión era «la base material de la necesidad». Epicuro, por su parte, insistía en que este movimiento podía ser indeterminado y quedar sujeto a «desviaciones» o «declinaciones». Introdujo así una forma de resistirse a la «ciega necesidad» y la física estrictamente materialista de Demócrito. Según Karl, este último capta «en la repulsión [...] solamente el lado material, la disgregación, el cambio, pero no el lado ideal, en el cual se niega toda relación con un otro y se establece el movimiento como autodeterminación». El átomo contenía algo en su seno que lo capacitaba para dar la batalla y resistirse a la determinación por otro ser; y esto era, a juicio de Karl, el inicio de una teoría de la autoconciencia. Puesto que «ahora, cuando la materia se ha reconciliado con la forma e independizado, la autoconciencia singular rompe su crisálida y se proclama como el verdadero principio».[207]

Uno de los rasgos más peculiares de la tesis de Karl fue su intento de representar el progreso del átomo epicúreo como un preanuncio de la forma en que Hegel describía el surgimiento de la autoconciencia. Según Karl, «el carácter absoluto y la libertad de la autoconciencia», aunque solo fuera en su faceta individual, era «el principio de la filosofía epicúrea». La «atomística», con todas sus contradicciones, era «la ciencia natural de la autoconciencia». «Los átomos vistos de manera abstracta en sus relaciones» no eran «nada excepto entidades imaginadas en términos genéricos. [...] Solo al confrontarse a lo concreto desarrollan de hecho su identidad. [...] La contradicción entre existencia y esencia, entre materia y forma, es inherente al átomo individual dotado de cualidades.» Así, la declinación o «repelencia» de muchos átomos era la puesta en práctica de la ley del átomo. «Se abstrae de la entidad que se le enfrenta y se sustrae a ella», lo cual «solo puede lograrse si la entidad con la que se relaciona no es otra que él mismo». La repelencia era la primera forma de autoconciencia. Toda relación con algo más quedaba negada cuando el movimiento se consolidaba como «autodeterminación». El síntoma indicativo de esto eran «los cuerpos celestes», en los que el átomo es materia en la forma de individualidad. Los cuerpos celestes eran, por ende, «átomos convertidos en reales». En ellos la materia adquiría individualidad. «En este proceso, la

materia deja de ser una individualidad abstracta y se vuelve individualidad concreta.»[208] De esta forma, la «repelencia» manifestada por los átomos en su vida física ofrecía un paradigma para la existencia de la libertad humana y la autoconciencia.

El rechazo de la necesidad llevó a Epicuro a negar una premisa central dentro de las creencias griegas, la que consideraba «los cuerpos celestes como eternos e inmortales». Lo hizo al señalar la actividad de los meteoros, cuya existencia era no permanente y su actividad desordenada. La naturaleza presuntamente eterna de los cuerpos celestes estaba sujeta, como todo lo demás, a la transitoriedad de lo terreno. La naturaleza no era un todo independiente. El principio más elevado era «la cualidad absoluta y la libertad de la autoconciencia». El prólogo establecía, en palabras atribuidas a Prometeo, que la filosofía se oponía a «todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconozcan como suprema divinidad a la autoconciencia humana». Por esta razón, Epicuro era «uno de los grandes pensadores de la Ilustración griega».[209]

Las limitaciones de Epicuro eran a su vez innegables. Los antiguos filósofos de la «autoconciencia» habían naufragado por su incapacidad de ir más allá de una noción subjetiva de la verdad que identificaban con «el sabio». A este respecto, Marx seguía de cerca las *Lecciones de historia de la filosofía* de Hegel: «pensamiento y pensador» estaban «conectados en su inmediatez»; el «principio» rector de Epicuro era «el impulso de la autoconciencia a su autosatisfacción».[210] Según Epicuro, «todo lo que importa es la tranquilidad del sujeto que explica algo». La mayor preocupación de la «individualidad abstracta», que Epicuro designaba como el principio del átomo, era la preservación de la *ataraxia* («serenidad»). Esto venía a significar que «el objetivo de la acción ha de rastrearse en el gesto de abstraerse, de evitar el dolor y la confusión». El pensamiento seguía estando escindido de la existencia, y así se negaba de paso la valía de la ciencia. O, como el propio Karl lo resumía, el propósito había sido lograr «la libertad de la existencia, no la libertad en la existencia».[211]

El riesgo de la concepción epicúrea de la autoconciencia como «generalidad abstracta» era que dejaba abiertas «de par en par las puertas a la mística supersticiosa y carente de libertad». Era lo que había hecho

vulnerable a Epicuro ante el «intelecto teologizante» de Plutarco en la Antigüedad y alentado a Gassendi a reconciliar a Epicuro con el catolicismo durante el siglo XVII. Era incluso peor, sin embargo, la amenaza representada por la «filosofía positiva», puesto que, una vez que el pensamiento era escindido del ser, aunque preservando el supuesto del Absoluto, la filosofía quedaba en libertad de restaurar la trascendencia y la teología volvía por sus fueros. Esta crítica apuntaba en particular a esos hegelianos conservadores inclinados a contemporizar con la reafirmación del «Estado germano cristiano» por el que abogaba Stahl y al que Schelling daba sustentación filosófica.[\[212\]](#)

La tesis doctoral de Karl y las notas asociadas a ella fluctuaban entre la confianza y la incertidumbre. La «teoría» había dado paso a la «praxis», «[p]ero la *praxis* de la filosofía es de por sí *teórica*. Es la *crítica* la que tiene que medir lo que hay de existencia singular en la esencia, [en] la realidad específica de la idea». Era, según creía Karl, «una ley psicológica el que el espíritu teórico, cuando se hace libre, se convierte en energía práctica. [...] Se rompe[n] la autarquía y la cerrazón interiores. Lo que antes era luz interior se convierte ahora en llama devoradora, proyectada hacia afuera. Por donde se llega a la consecuencia de que la filosofización del mundo es, al mismo tiempo, una mundanización de la filosofía». En este sentido, confiaba en que solo «la tendencia liberal [...] logra progresos [...] por ser la tendencia del concepto, mientras que la filosofía positiva solo es capaz de llegar a postulados y orientaciones cuya forma contradice a su significación». Pero, como concedía él mismo, «esta *realización inmediata* de la filosofía entraña, en su médula más esencial, una serie de contradicciones». Karl concluye su tesis con una floritura retórica en lugar de una sentencia firme, y en ella depositaba su confianza en la dialéctica, «el vehículo de lo vivo, del despliegue en los jardines del espíritu, el desbordarse en la espumante copa de las simientes puntuales, de las que brota la flor del fuego primero del espíritu».[\[213\]](#)

4

RECONSTRUYENDO LA *POLIS* LA RAZÓN FRENTE AL ESTADO CRISTIANO

*Cubre tu cielo, Zeus,
con un velo de nubes,
y juega, cual muchacho
que descabeza los cardos,
con encinas y montañas;
pero mi tierra
deja en paz
y mi cabaña,
que tú no has hecho,
y mi hogar,
por cuyo fuego
me envidias.*

*¡No sé de nada más miserable bajo el sol
que vosotros, dioses!
Pobremente sustentáis con sacrificios
y los ruegos exhalados
vuestra majestad,
y moriríais
si pordioseros y niños
no cultivaran la esperanza.*

*Cuando era yo un niño,
no sabía por qué volvía
al sol la mirada extraviada.
¡Como si en lo alto alguien hubiera
que oyese mi lamento,
o un corazón que, como el mío,
se apiadase del oprimido!*

J. W. GOETHE, «Prometeo» (1772-1774)

LA RUPTURA FAMILIAR

En el lustro que siguió a la muerte de su padre, el trato de Karl con su familia, y particularmente con su madre, se volvió cada vez más distante. De hecho, cuando volvía a Tréveris él mismo se sentía más a gusto en casa de su futuro suegro, Ludwig von Westphalen, que en el hogar familiar. En cualquier caso, pasaba la mayor parte del tiempo lejos de Tréveris, en Berlín, Bonn o Colonia.

La muerte de Heinrich, el 10 de mayo de 1838, exacerbó las tiranteces entre las familias Marx y Westphalen. Jenny había sido muy cercana a Heinrich, pero sentía escasa afinidad con Henriette, y seis semanas después de la muerte del suegro daba aún muestras de estar muy afligida al escribir que «todo el futuro me parece tan negro, ninguna imagen afable me sonríe de vuelta». Le recordaba a Karl una tarde que había pasado con Heinrich en la viña familiar de Kurenz un año antes. «Hablamos dos, tres largas horas de las cosas relevantes de la vida, de nuestras más nobles y sagradas inquietudes, de la religión y el amor. [...] Me habló con un amor, una calidez, una pasión de la que solo un hombre de un temperamento tan rico como el suyo era capaz. En mi corazón sentía un amor recíproco hacia él, este amor que aún siento y que habrá de perdurar para siempre. [...] Él habló muchísimo de la condición tan preocupante del pequeño Eduard» [el hermano menor de Karl, que había muerto el 14 de diciembre de 1837] y de «su propia debilidad corporal. [...] Ese día andaba muy mal de su tos.» Más tarde «recogí para él un puñado de fresas. [...] Se puso muy contento, hasta diría que movilizó su ingenio, se volvió incluso una pizca coqueto», fantaseando con el equívoco simulado de que Jenny era la esposa de un alto funcionario del sector judicial, a la que había que referirse como *frau President*. Jenny incluía en su carta un mechón de los cabellos de su suegro. [\[214\]](#)

Hay pocos indicios de cómo Henriette vivió la muerte de su esposo. Solo ha sobrevivido una carta suya a Karl, escrita más de dos años después de la pérdida, y está muy mal conservada. Aun así, lo que queda de ella sugiere la magnitud de su dolor aún entonces y una honda desolación. Decía

de entrada: «Podrás imaginar las muchas y amargas lágrimas que he vertido tras tu absoluto distanciamiento de todo lo que alguna vez te pareció de valor y amabas, bastando recordar las circunstancias previas de nuestro hogar, en las que había un cariño extraordinario y un amor maternal incontenible». Se sentía despreciada y desechada por los Westphalen: «Seis meses después de que tu amado padre nos fuera arrebatado, no habíamos tenido ninguna muestra de amistad o consuelo de parte de la familia Westphalen. Era como si jamás nos hubieran visto. [...] Jenny vino una sola vez en un lapso de cuatro o cinco semanas y, en lugar de brindarnos consuelo, no hizo más que gimotear y quejarse». Había habido, evidentemente, alguna refriega familiar, quizá a causa del legado de Heinrich, aunque no está claro en qué consistió esa supuesta reyerta; pareciera que los Westphalen responsabilizaban a Henriette de haber administrado todo mal. «Todo el orgullo y la vanidad de los Westphalen se sintieron agraviados [...] y ahora debo asumir la responsabilidad de no haber presentado de manera apropiada los temas.» Cuando fue el turno de ella, de las chicas y Hermann (el hermano de Karl) de brindar sus condolencias a raíz de un duelo en la familia Westphalen, Hermann no fue bienvenido y «Jenny se comportó de manera muy distante». Henriette se sintió amenazada por lo que ella creía era un deseo de los Westphalen de separar a la joven pareja. «Ellos solo ven en mí a una madre débil y dudan de mis sentimientos.» Con un gran esfuerzo había conseguido mantener la calma para no romperle el corazón a su hijo Karl o espetarle a Jenny alguna mala palabra. ¡Y si al menos Karl hubiese hecho algo más para apoyarla! «Nunca harás el sacrificio ético por tu familia que todos nosotros hicimos por ti.» Lo urgía a tener en cuenta, una vez más, «eso que tú mismo consideres que le debes a tus hermanos y hermanas, aun cuando todo eso que nosotros hemos soportado y sufrido hasta aquí, eso, no podrás devolverlo». En cuanto a los Westphalen, urgía a Karl a no olvidar que, sin importar que «uno vea en la joven amada las más bellas y elevadas virtudes», toda familia «posee un temperamento en esencia que sigue siendo el mismo a pesar de que varíen las circunstancias». En el caso de los Westphalen, este se traducía en estándares siempre extremos: «No hay un

juste milieu para ellos: o bien lo ponen a uno por las nubes, o debe uno conformarse con las profundidades del abismo». [215]

Aun así, las relaciones familiares sobrevivieron claramente a las tensiones de este prolongado compromiso entre sus vástagos. Una carta de Sophie, la hermana de Karl, escrita en marzo de 1841 y que sobrevivió por azar, da cuenta de las expectativas familiares suscitadas por una visita de Karl programada para julio, antes de ir a reunirse en Bonn con Bruno Bauer, y de las provisiones «que sean necesarias para tu partida u otros gastos». Pero la relativa distancia que Karl mantenía con la familia siguió vigente y se hace más clara en la acotación que cierra la carta de Sophie: «Si tuviera yo un hermano verdaderamente afectuoso, me habría gustado mucho hablarle de mis propias circunstancias, pero tal y como es él, está bien así». [216]

Sin lugar a dudas, las opciones profesionales de Karl le resultaban incomprensibles a su familia. No solo había rechazado la oportunidad de seguir la carrera judicial o tener un cargo en la Administración pública; como estudiante de doctorado en Filosofía, había escogido trabajar con uno de los Jóvenes Hegelianos más notorios de su departamento, que era igualmente hostil a Bauer y al propio Karl. Bauer, su nuevo amigo y mentor, entendía su problema familiar y en marzo de 1841 le escribió: «Si al menos pudiera estar yo en Tréveris para explicar las cosas a tu familia... Creo que la mentalidad pueblerina contribuye, en no escasa medida, a estas complicaciones». Pero ese verano Karl estaba demasiado ocupado terminando su propio *Sinóptico* para hacer ningún viaje a Tréveris. Bauer entendía, por su parte, la importancia de que concluyera el doctorado sin provocar innecesarias confrontaciones: «Debes recordar que, si haces más arduo tu camino al estrado solo por el *éclat* de la popularidad, contribuirás a aumentar las penurias financieras de tu prometida. Ya tendrás suficientes dificultades después, en cualquier caso». Y urgía a Karl a irse de Berlín al mes siguiente: «Enciérrate, da seguridades a tu prometida y haz las paces con tu familia». [217]

Parece que Karl evitó el hogar paterno tanto como le fue posible. En Tréveris estaba aislado del mundillo literario y lejos de la camaradería de sus compañeros berlineses. En enero de 1841 tuvo oportunidad de conocer

a Eduard Meyen y el círculo literario en torno al *Athenäum*, al cual contribuyó con un poema. Cuando al fin dejó la ciudad, sus amigos ya echaban en falta su compañía. Köppen escribió en junio de 1841 que se sentía melancólico tras apenas una semana de estar separado de Karl y que había adquirido el hábito de pasear ahora con Meyen como su nuevo *Schönheitsfreund* («bello amigo»). Al menos, decía, se sentía feliz de pensar por sí mismo de nuevo y no tener que considerarse ya más un «cabeza de alcorcón». [218] Bauer se lamentaba a su vez del hecho de que nunca más volvería a reírse como lo había hecho caminando con Karl por las calles de Berlín. [219]

La quiebra final en las relaciones familiares ocurrió en el verano de 1842. Desde principios de aquel año Karl se había alojado donde los Westphalen, con Ludwig von Westphalen —a quien le dedicó su tesis— agonizando de fondo. Su muerte, el 3 de marzo, coincidió con el despido de Bauer y el fin de cualquier posibilidad de un cargo académico para Karl, resurgiendo las interrogantes respecto a su futuro profesional, pero en esta ocasión el asunto se complicó con otra muerte en la familia Westphalen, la de Christiane Heubel, que había vivido largos años con ellos. [220] Parece claro que Karl presionó a su madre para que le diera su parte de la herencia y que ella se negó. El único relato de todo está en una carta de Karl a Arnold Ruge enviada el 9 de julio. Ruge lo había estado presionando para que le enviara algunos artículos que le había prometido desde la primavera. Karl le contestó que «desde abril a hoy solo he podido trabajar, como máximo, cuatro semanas y no sin interrupciones. Tuve que pasar seis semanas en Tréveris por otro fallecimiento. El resto del tiempo quedó dividido y envenenado por las más desagradables disputas familiares. Mi familia pone obstáculos en mi camino que, a pesar de la prosperidad reinante en el núcleo familiar, me tienen inmerso de momento en muy serias estrecheces». [221] A principios de 1843 repetía el asunto a Ruge: «Como antes te escribiera, he caído en desgracia con mi familia, y mientras mi madre siga viva, no tengo derecho a lo que es mío». [222] La madre de Karl traspasó la gestión de sus asuntos financieros primero a sus yernos, Robert Schmalhausen, un abogado de Maastricht casado con Sophie, y Jacob

Conradi, un ingeniero hidráulico casado con Emilie, y más tarde a su cuñado, Lion Philips, en Zaltbommel.[\[223\]](#)

Al parecer Karl y su madre eran igualmente tenaces y renuentes a ceder en sus posiciones. Los pocos comentarios posteriores sobre ella los hizo a regañadientes. A regañadientes admitía que su progenitora era un espíritu independiente. Tras un viaje a Tréveris en 1861, en el que Henriette había abonado algunos de los antiguos pagarés firmados por Karl, acotó a Lassalle: «Por cierto que la anciana consigue a la vez intrigarme con su espíritu en extremo sutil y su ecuanimidad tan innegociable».[\[224\]](#) En una vena más perversa, simplemente anhelaba que ya estuviera muerta.[\[225\]](#)

Ninguna de las cartas de Karl a Jenny ha sobrevivido, pero a partir de lo que ella le escribía podemos intuir la textura de su relación. No caben dudas de que el suyo era, por aquellos años, un amor sostenido y apasionado. En 1839 ella escribió:

Ay, querido mío, recuerdo cuándo me miraste la primera vez así y enseguida desviaste la mirada, y luego me miraste de nuevo, y yo hice otro tanto, hasta que al final nos miramos el uno al otro largo rato y muy hondamente y ya no pudimos apartar la mirada. [...] A menudo me ocurren cosas que tú me has dicho o sobre las que me has preguntado, y me veo perdida en sensaciones maravillosas. Y, Karl, cuando me besaste y atrajiste hacia ti y me retuviste con firmeza entre tus brazos, yo no podía siquiera respirar de miedo y por los temblores. [...] Si solo adivinaras, querido mío, el sentimiento tan peculiar que me invade, verdaderamente me cuesta describírtelo.[\[226\]](#)

A veces manifestaba estos mismos sentimientos en términos autodegradantes. En 1841 declaraba: «Mi muy querido Karl, por favor, dime, ¿seré aún enteramente tuya? [...] Ay, Karl, estoy tan mal y no veo nada bueno en mí excepto mi amor por ti, aunque ese amor resulte por encima de todo grande y fuerte y eterno».[\[227\]](#)

En esas cartas Karl asoma aún como un aspirante a poeta, dramaturgo o filósofo; él mismo jugaba hasta la médula al amante romántico, sumido en furibundos ataques de celos ante rivales imaginarios o cualquier otra cosa que no fuese la devoción exclusiva de su amada. En 1838 Jenny tuvo que aclarar que su amor por Edgar era el de una hermana y una amiga y que no afectaba en absoluto a su amor por Karl.[\[228\]](#) En 1839 Jenny se atormentaba con el temor a que «por mi culpa, te veas envuelto en alguna reyerta y después en un duelo». Pero, quizá para desalentarlo a este

respecto, fantaseaba enseguida con un escenario parecido a aquel en el que Jane Eyre conquistaba al señor Rochester, lo cual no la hacía del todo infeliz: «Me imaginé vívidamente que habías perdido la mano derecha y, Karl, me sentía en estado de éxtasis, de total arrobamiento a causa de ello. Verás, amor mío, pensaba que, en ese caso, me volvería verdaderamente indispensable para ti; tú me mantendrías siempre contigo y me amarías. Pensaba también que entonces yo podría escribir por ti todas tus queridas y maravillosas ideas y ser de verdadera utilidad para ti».[229]

Pero toda esa pasión venía siempre acompañada de un matiz de realismo y ansiedad que el padre de Karl ya había advertido. Jenny no se sentía del todo segura del «amor tan bello, conmovedor, apasionado, con las cosas indescriptiblemente bellas que dices de él, con las creaciones tan inspiradoras de tu imaginación». Le preocupaba la idea de que ese amor no perdurara. «Es por eso por lo que no me muestro absolutamente agradecida, tan absolutamente encandilada por tu amor como se merece. Es por eso —proseguía— por lo que siempre te estoy recordando los temas circundantes de la vida y la realidad en vez de abandonarme por entero, como tú sabes hacerlo tan bien, al universo del amor, y dejarme absorber por él en una fusión incluso mayor, más honda y espiritual contigo, y olvidarme de todo lo demás, encontrando consuelo y felicidad solo en ello.»[230]

Tal y como las cartas revelan, Jenny tenía sus propias preocupaciones. No solo estaba dedicada a atender a su padre enfermo, sino que debía a la vez ocuparse de las frivolidades financieras de su hermano Edgar y resguardar a su madre, Caroline, de los líos en los que este se metía. En 1841 escribió que había «guardado deliberado silencio respecto al caos que eran las finanzas de Edgar», pero ya no podía hacerlo más, considerando que sus propios gastos habían aumentado tanto. Además, «mi madre ha comenzado de nuevo a reprocharme cosas, y de nuevo insiste en advertirme acerca de todo». Caroline había insistido en que Edgar la recogiera en Colonia «sencillamente para cumplir con lo que se considera decoroso dentro y fuera de casa, mientras yo no puedo, por mi parte, ir a visitarte a Bonn».[231]

Jenny se sentía cada vez más aburrida e inquieta en el hogar paterno, lejos de la excitación de Berlín o Colonia. En 1839 escribía: «Si al menos

me enterara de algún libro que pudiese entender propiamente y que pudiera distraerme un poco». Le pedía a Karl que le recomendara alguno, un libro «un poquito erudito, de modo que no lo entienda todo pero aun así logre entender algo, como a través de la niebla, algo de eso que no a todo el mundo le gusta leer; que no sea un cuento de hadas, ni poesía, no la soporto. Creo que me haría mucho bien ejercitar mi mente un poco».[232] En 1841 estaba estudiando griego y anhelaba conocer al «sinopticista» (Bruno Bauer).[233] Los largos años de compromiso en medio de tantas enfermedades, tensiones familiares, ansiedades financieras e incertidumbres respecto al futuro estaban pasándole factura. El matrimonio no podía celebrarse demasiado pronto. Un día de esos, escribía, su padre —que no cesaba de dar órdenes— iba a ser movido de la cama a una silla. «Si no estuviera aquí sumida en circunstancias tan miserables, me apresuraría a empacar mi bolso. Todo está dispuesto. Los trajes y collares y sombreros desplegados en un orden bellísimo, tan solo quien los usa no está en las condiciones apropiadas.»[234]

BRUNO BAUER Y LA EMBESTIDA CONTRA EL CRISTIANISMO

Entre 1839 y 1841, mientras Karl preparaba su tesis, Bruno Bauer fue su amigo más cercano y mentor. Bauer estaba cobrando fama por su crítica tan radical del texto bíblico y su interpretación laica sin concesiones de la filosofía de Hegel (véase más adelante, pp. 119 y siguientes). Por la época en que Karl se hizo amigo de Bauer, este era un *Privatdozent*, un profesor externo, en la facultad de Teología de la Universidad de Berlín. Karl había asistido a sus conferencias sobre el Libro de Isaías en 1836 y lo había conocido a través de su amigo Adolf Rutenberg, cuñado de Bauer. En el semestre de verano de 1839 las conferencias de Bauer fueron las únicas a las que Karl asistió. Mientras estaba en Berlín, lo veía a menudo en el Club de Doctores, donde Bauer era un faro y una guía, y con frecuencia además en el hogar familiar de los Bauer en Charlottenburg.

La primera señal en público de que Bauer comenzaba a distanciarse de una postura que pudiera llevarlo a ocupar algún cargo estable ocurrió en

1839, cuando criticó «la apologética teológica miope» de su antiguo aliado, el líder del fundamentalismo cristiano evangélico, Hengstenberg. El propósito de Bauer era diferenciar el espíritu del cristianismo de la modalidad dogmática que él había asumido en el *ethos* del Estado prusiano de la Restauración. Hengstenberg había adquirido una influencia creciente en la corte y es muy probable que Altenstein y Schulze, como últimos representantes activos y racionalistas en el Gobierno de Prusia durante la «era de las reformas», alentaran a Bauer a hacer su embestida. Sin embargo, dicho movimiento ofensivo equivalía a reconocer su creciente debilidad, pues, a pesar de su desplazamiento a Bonn, Bauer seguía siendo un *Privatdozent* sin sueldo fijo y vivía apremiado en términos financieros, además de no tener, como bien admitía Schulze, perspectiva alguna de ser ascendido. En el semestre de invierno de 1839 Altenstein, el ministro de Educación, transfirió a Bauer a la Universidad de Bonn para protegerlo de la controversia que había comenzado a suscitar en torno a él.

En 1841, tras completar y entregar su tesis en abril, Karl pasó dos meses de vuelta en Tréveris y, a principios de julio, siguió a Bauer a Bonn con la esperanza de que este pudiera ayudarlo a conseguir un cargo académico. Luego pasó la mayor parte de los tres primeros meses de 1842 en Tréveris—donde el padre de Jenny, Ludwig von Westphalen, había entrado en la fase terminal de su enfermedad— y aprovechó para ampliar su tesis, que había entregado inicialmente en Jena, con el fin de imprimirla y conseguir su *habilitación* (calificación posdoctoral) en Bonn. En marzo de 1842 Bauer perdió su cargo en Bonn y volvió poco después a Berlín. Karl se quedó en Bonn durante un breve periodo, pero luego se trasladó a Colonia, donde se involucró en la *Rheinische Zeitung*, un periódico recién creado.

A espaldas de estos hechos en apariencia tan simples se desarrollaba una secuencia trágica de acontecimientos: la muerte de Altenstein y el antiguo monarca, Federico Guillermo III, seguida de la confrontación creciente entre la «crítica» cada vez más radical de Bauer y los nuevos y cada vez más indignados líderes del «Estado cristiano» de Prusia. Un proceso en el que Karl parece haber sido un participante entusiasta, corroyendo a su vez sus posibilidades de obtener un cargo académico.

Las primeras cartas de Bauer a Karl, tras su llegada a Bonn en 1839, pueden leerse como la correspondencia de un director de tesis suficientemente atento a sus empeños y la de un amigo. En diciembre se refería a las «investigaciones lógicas» de su discípulo y la inquietud de Köppen de que esto pudiera conducir a la sofistería. Proseguía aconsejándolo respecto al insatisfactorio tratamiento que Hegel hacía de la transición del ser a la esencia en *La ciencia de la lógica*, a la vez que lo urgía a terminar la tesis primero. Por intermedio de Karl, Bauer enviaba sus saludos a Köppen y Rutenberg en Berlín y se lamentaba de que no hubiese en Bonn nada comparable a «nuestro club», con ese fluir constante de diálogos inteligentes. Sus colegas de Bonn se reunían a las nueve en el Casino o «el Club de Profesores en el Trier Hof, pero solo para intercambiar chistes y rumores; y a las once de la noche todo el mundo se va a casa». Abatido, Bauer hacía notar que «todo es puro reaccionarismo». En la primavera de 1840 urgía a Karl a dejar de lado sus vacilaciones y sacudirse de una vez «la mera farsa que es este examen», deseando haber podido estar allí con él para analizarlo.[\[235\]](#)

A medida que se acercaba la hora de defender la tesis, Bauer lo instó en varias de sus cartas a no provocar inútilmente al examinador. No debía, por ejemplo, incluir un lema provocativo de Esquilo al inicio, ni nada que no fuese el debate filosófico. «Dentro de ese formato, puedes ciertamente decir todo lo que sugieran esos lemas, ¡solo que no ahora! Una vez estés en el estrado y hayas desarrollado una postura filosófica propia, puedes por cierto decir lo que quieras.»[\[236\]](#) Con la ayuda de Edgar, el hermano de Bauer, Karl hizo el 6 de abril su defensa de tesis en la facultad de Filosofía de Jena, y el 15 de abril le fue enviado su diploma de doctorado.[\[237\]](#) Había solicitado al decano de la facultad de Filosofía que actuara lo más pronto posible en su caso, pero la notoria rapidez con la que la tesis fue examinada se debió a la ayuda de un académico amigo de Jena, el profesor Oskar Wolff, quien le había brindado instrucciones precisas acerca de la documentación que debía acompañarla.

La cercanía de Karl al enfoque de Bauer durante este periodo queda testimoniada por el prólogo a su tesis, en el que Karl declara su rechazo visceral a «todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconozcan como

suprema divinidad a la autoconciencia humana».[238] La «autoconciencia» era el término central en la interpretación que Bauer hacía de Hegel. No aludía a una conciencia inmediata o particular, sino a lo que Bauer designaba como la «singularidad» o el proceso mediante el cual lo particular se elevaba hacia lo universal. De esta forma, el yo se convertía en el portador de la razón o la unidad dialéctica de lo universal y lo particular. El individuo, dueño ahora de una singularidad, había adquirido esos atributos que Hegel confería al «Espíritu Absoluto». Lo que Bauer denominaba el progreso de la infinita autoconciencia implicaba ahora el progreso de una realidad histórica externa, que los sujetos reconocían como su logro personal.

La noción de Bauer de la «autoconciencia» era parte de su ambicioso empeño de remover cualquier residuo de lo trascendente en la filosofía de Hegel, la vía de escape a través de la cual los hegelianos conservadores podían persuadirse a sí mismos de que Hegel le reservaba aún un lugar a un Dios trascendente. Los hegelianos ortodoxos mantenían que religión y filosofía eran idénticas; lo que una representaba en relatos y pinturas, la otra lo articulaba en conceptos. El Espíritu Absoluto dentro de la filosofía era, por tanto, equivalente al Dios cristiano. Pero en Bauer, Dios se hallaba exclusivamente afincado en la conciencia humana; Dios no era nada más que la autoconciencia conociéndose activamente a sí misma. Al atacar cualquier noción del Espíritu como una facultad independiente de los espíritus racionales, Bauer había designado a la «autoconciencia humana como la más alta divinidad».

Bruno Bauer, el hijo de un pintor de porcelanas en la corte, se había matriculado en la Universidad de Berlín en 1828. Allí se convirtió en el discípulo estrella de Hegel y escribió un ensayo excepcional ampliando los argumentos del propio Hegel sobre la estética. Como fruto de esta asociación, se había convertido en adversario del teólogo Schleiermacher y sus partidarios.[239] En 1834 se convirtió en *Privatdozent* en la facultad de Teología de Berlín y, en 1836, en editor de las *Lecciones de filosofía de la religión* de Hegel junto a uno de los más respetados seguidores del filósofo, Philip Marheineke, un adalid de la idea de que era posible hallar un *acomodo* entre filosofía y religión. En esta fase temprana la obra de Bauer

destaca por el celo con el que argumentaba que cada detalle del texto bíblico podía quedar reducido a una verdad histórica en un sentido especulativo, según la concepción de Hegel de la historia. La meta de la exégesis bíblica, argüía, era demostrar «la unidad de la Idea en la fragmentación de sus distintos momentos, como es descrita en el Antiguo Testamento, y luego su unidad no mediatizada en el Nuevo Testamento». Según lo resumía el mismo Bauer en 1849, «como los dioses inmortales, los discípulos vivían con patriarcal placidez en el reino de la Idea que su maestro había dejado tras de sí como legado».[240] Pero la publicación de la *Vida de Jesús* de Strauss en 1835, junto con una crítica histórica equivalente del Antiguo Testamento por parte de Wilhelm Vatke, había sacudido con fuerzas esta aproximación especulativa a la verdad religiosa. Hegel y Marheineke no consideraban que las interrogantes habituales de la crítica histórica fueran relevantes para la pregunta acerca de la relación entre religión y filosofía, pero ahora, tras la publicación del libro de Strauss, esa última interrogante adquirió candente actualidad.

Los principales hegelianos recurrieron a Bauer para que aportara una respuesta convincente a Strauss. Esta partió con un intento infructuoso de demostrar que los Evangelios no eran una colección de mitos mesiánicos, sino más bien articulaciones multifacéticas de la «Idea Absoluta». A partir de ello Bauer elaboró un recuento alternativo del estatus histórico de la religión en general, y del cristianismo en particular, relacionado con el desarrollo de la autoconciencia. En 1838, en *La religión del Antiguo Testamento*, presentó el relato del Antiguo Testamento sobre la voluntad divina como una subordinación en términos legales a la voluntad de otro. Este relato sería sustituido luego por la imagen evangélica de una inmanencia universal y de la identidad de lo humano y lo divino que ofrecía el Nuevo Testamento. Luego, en torno a 1840, la crítica originalmente dirigida contra el Antiguo Testamento fue ampliada al cristianismo como un todo. Entre 1841 y 1843 la ofensiva de Bauer se hizo aún más incisiva. Por cierto, la polémica embestida contra la credibilidad del cristianismo contenida en *La trompeta del Juicio Final contra Hegel el ateo y el anticristo* y *El cristianismo al desnudo* fue brutal de un modo que no había ocurrido en las obras de Strauss y Feuerbach. Bauer venía a dismantelar en

su totalidad el edificio de las creencias religiosas. Como él mismo estableció en 1841, «la autoconciencia realizada es ese juego en el que el Ego se duplica en un espejo y en el que, tras sostener durante miles de años que su imagen era Dios, descubre que la imagen en el espejo era él mismo. [...] La religión supone que esa imagen del espejo es Dios, la filosofía acaba con la ilusión y le muestra al hombre que detrás del espejo no hay nadie».[241]

Bauer había objetado desde un principio la concepción de Strauss de los Evangelios como un subproducto de la comunidad judía y su tradición de mitos y profecías mesiánicas. Argumentaba que la «comunidad» de Strauss era solo otro nombre para la concepción panteísta de «sustancia» o «ser», derivada de Spinoza. Dicho enfoque invocaba un «universal» al que se presumía verdadero de inmediato, sin mostrar cómo operaba, cómo era entronizado o interiorizado por la autoconciencia individual. Únicamente los individuos, argüía Bauer, podían otorgar forma y estilo a dicha tradición. La «tradición» de Strauss diluía a tales individuos en un todo amorfo. En el nivel histórico, Bauer discrepaba a su vez de Strauss. El cristianismo no se fundaba en la esencia material de la mitología y la tradición, de las expectativas apocalípticas judías o del Dios del Antiguo Testamento de Spinoza. El cristianismo era una reacción a las nuevas condiciones universales del Imperio romano que siguieron a la desaparición de la *polis*. Marcaba «la muerte de la naturaleza» y el inicio de la autoconciencia.

La ausencia de cualquier posibilidad realista de conseguir un nombramiento académico ayuda a explicar el radicalismo creciente de la crítica de Bauer a la religiosidad después de 1839.[242] Esto queda en evidencia con la aparición de su *Crítica del Evangelio de san Juan* en mayo de 1840, seguida de los tres tomos de la *Crítica de los Evangelios Sinópticos*, publicados en 1841 y 1842. La *Crítica del Evangelio de san Juan* resaltaba la oposición entre la autoconciencia libre y el principio religioso. Argumentaba que el cristianismo había sido necesario en una fase del desarrollo del espíritu humano, pero esa fase había llegado a su término. El Evangelio de san Juan era asumido como demostración de la «positividad» del dogma cristiano; era una elaboración literaria que recreaba incidentes dramáticos como pretextos para emitir

pronunciamientos dogmáticos, y confundía la defensa de lo particular con la manifestación necesaria de lo universal. Era un Evangelio en el que los pronunciamientos de Cristo se mezclaban confusamente con expresiones atribuibles a la conciencia de miembros ulteriores de la comunidad religiosa.

En la *Crítica del Evangelio de san Juan* quedaba implícito incluso que, mientras lo de Juan era una invención literaria, bien podía ser que los tres Evangelios «Sinópticos» contuvieran las palabras originales de Cristo. Pero en la *Crítica de los Evangelios Sinópticos* el intento de socavar las pretensiones del cristianismo dogmático iba un punto más lejos. En los dos primeros tomos, el alegato de que los Evangelios Sinópticos citaban directamente las alocuciones de Cristo era habitualmente descartado, con Bauer intentando demostrar que los incidentes descritos eran el fruto de la conciencia religiosa más que de informes empíricos. Y enfatizaba la medida en que los hechos informados contradecían tanto a la naturaleza como a la historia. El Evangelio de Juan, se decía, representaba una fase posterior de reflexión por parte de esta conciencia religiosa que convertía los dichos encontrados en los Sinópticos en una modalidad dogmática. Finalmente, en el tercer tomo *sinóptico*, publicado a principios de 1842, Bauer argumentaba no solo que el Evangelio de san Juan era una elaboración literaria, sino que también lo eran los Evangelios Sinópticos. Por último, despachaba la ambigüedad aún detectable en Strauss, esa en la que las expectativas míticas del pueblo judío se yuxtaponían a la figura espectral de un tal Jesús. En el tomo tercero, la existencia supuestamente histórica de Cristo era presentada como parte de una historia de ficción de la autoconciencia judía, y hasta la concepción del Mesías era definida como una invención literaria.[\[243\]](#)

Las intervenciones académicas de Bauer iniciaron abiertamente las hostilidades en un conflicto que había estado latente y venía cobrando impulso desde la edición de la *Vida de Jesús* por Strauss y la batalla entre el Estado y los católicos de Colonia. Bajo el antiguo monarca, cuando Altenstein era todavía responsable de las universidades, las tensiones quedaron hasta cierto punto en sordina. En 1841, a los ojos de los hegelianos de izquierdas cuando menos, y quizá de los del círculo en torno

al nuevo rey, la lucha declarada entre la «autoconciencia libre» y el «Estado cristiano» comenzó a adquirir proporciones épicas. El «Estado cristiano» no era ningún subproducto de la imaginación de la izquierda hegeliana. El nuevo monarca, Federico Guillermo IV, era un romántico conservador, un producto del renacer religioso de las décadas de 1810 y 1820, firmemente convencido de su derecho divino como rey y decidido creyente en la necesidad de rejuvenecer una modalidad positiva del cristianismo. A diferencia de su progenitor, su visión del cristianismo era ecuménica, en línea con el medievalismo sentimental cultivado por los románticos tardíos. Permitió a los luteranos disidentes romper con la Iglesia de Unión Evangélica de su padre y estuvo encantado de arreglar la disputa con los católicos renanos. Hasta se casó con una católica y fue un entusiasta promotor de la renovación gótica de la catedral de Colonia.[\[244\]](#)

Algunas de las primeras medidas de Federico Guillermo llevaron a algunos radicales a suponer, ingenuamente, que comenzaba una nueva era. El hermano de Bruno, Edgar, escribía el 13 de junio de 1840 que «la mayoría del pueblo atesora las mayores expectativas ante el régimen, y el rey se mantendrá sobre los partidos».[\[245\]](#) El nuevo monarca daba muestras de su aprobación a los cuerpos representativos y de su escepticismo ante la burocracia; liberó a algunos prisioneros políticos encarcelados desde hacía mucho tiempo, apoyó ciertas facetas del nacionalismo cultural y, en algún momento durante 1842, relajó la censura. Pero ninguna de tales acciones era sincera. Muy pronto dio marcha atrás respecto a cualquier compromiso de representación política; prohibió la publicación de los *Hallische Jahrbücher*, de Arnold Ruge, en Prusia, y presionó al Gobierno de Sajonia para que la prohibiera a su vez cuando apareció con el nuevo título de *Deutsche Jahrbücher* (*Anuarios Alemanes*). También impuso la clausura del *Athenäum*, el escueto boletín cultural del Club de Doctores de Berlín. La autorización inicial del monarca a la aparición de la *Rheinische Zeitung* en 1842 fue fruto de una impresión errónea por su parte respecto al carácter puntual de la publicación. La visión que subyacía tras estas iniciativas no era la del liberalismo decimonónico, edificado sobre una prensa libre y unos partidos políticos en competencia, sino la de un rey que atendía a la voz de sus súbditos y actuaba en beneficio de ellos. Federico Guillermo creía en

una jerarquía de órganos corporativos y de estamentos sociales, y hasta barajó la idea de reconstituir la comunidad judía como un Estado separado, hasta que la desechó por las advertencias de algunos de sus espantados funcionarios. No es de sorprender que el racionalismo y el pensamiento libre —por no hablar de las herejías de Hegel— no tuvieran lugar en su reinado.

En Berlín, entretanto, igual que Stahl había sucedido a Eduard Gans como profesor de Derecho, el nuevo rey invitó a Friedrich Schelling a ocupar la cátedra de Filosofía que había ocupado Hegel. En noviembre de 1841 Schelling impartió su primera conferencia ante un auditorio abarrotado en el que estaban el anarquista ruso Mijaíl Bakunin, el joven Engels y el filósofo danés Søren Kierkegaard. La tarea de Schelling era «eliminar la semilla de maldad del hegelianismo» y propagar su propia «Filosofía de la revelación». El nuevo ministro de Educación, Salud y Asuntos Religiosos era Johann Eichhorn, uno de los arquitectos del *Zollverein* (la unión aduanera prusiana) y que había sido aliado del reformador liberal prusiano Freiherr vom Stein, pero pronto quedó claro que él mismo veía el hegelianismo radical como una amenaza y estuvo encantado de implementar la política cultural conservadora del monarca. [246] En agosto de 1841 Eichhorn envió el primer tomo de los *Evangelios Sinópticos* a seis facultades de Teología para consultarles si la *licentia docendi* de Bauer —su «licencia para enseñar»— debía ser revocada por su gesto de negar la inspiración divina de los Evangelios, pero antes de que decidieran nada, el régimen recibió informes de un banquete y una «serenata» en Berlín, organizados sin autorización previa en la taberna de vinos Wallburgschen por el Club de Doctores, el 28 de septiembre de 1841, en honor a Carl Welcker, el editor liberal al sur de Alemania del *Staats-Lexikon*, profesor en Friburgo y activista político en Baden. En dicho banquete Bauer hizo un discurso exaltando su propia lectura radical de la concepción del Estado de Hegel. No solo fue mucho más allá de la oposición constitucionalista y reformista de los liberales del sur de Alemania, sino que sugirió la oposición revolucionaria al régimen. El mismo Welcker quedó «muy impactado», pero el rey estaba furibundo y exigió que se negara a los participantes en este evento, especialmente a

Bauer y Rutenberg, el acceso a Berlín y que fueran excluidos de todos los cargos oficiales.[\[247\]](#)

LOS «ANUARIOS DEL ATEÍSMO» Y EL ARTE CRISTIANO

Las cartas de Bauer a Karl sugieren que los hegelianos radicales estaban igualmente abocados a lo que imaginaban, confiadamente, como una confrontación que habría de cambiar el mundo. El 11 de diciembre de 1839 el propio Bauer escribía que, «a partir de mi experiencia en Berlín, en la universidad aquí y especialmente en la facultad de Teología, Prusia se propone encabezar otra batalla de Jena». En la primavera de 1840 aconsejaba a Karl que se asegurara de «estar alerta a la coyuntura». Se avecinaban tiempos «más terribles» y «más hermosos» que los vigentes. Podía ser que los temas políticos fuesen más significativos en cualquier otro sitio, pero esos «asuntos concernientes a la totalidad de la vida no son en ningún otro sitio más ricos, ni están más ricamente entreverados, que en Prusia». En todas partes veía «la irrupción de las más brutales contradicciones y la total futilidad del sistema policial al estilo chino, que busca encubrir las y solo consigue fortalecerlas». Finalmente, afirmaba, «hay una filosofía que se emancipa justamente en este contexto de represión al estilo chino y que habrá de liderar la lucha, mientras el Estado, en su autoengaño, deja escapar el control de sus manos». Pocas semanas después, en Bonn, tras dictar una charla en público en la que se deleitó cumpliendo las expectativas académicas locales de que «un hegeliano debe viajar siempre con una lanza en la mano», la experiencia de «esta pequeña fracción del mundo» lo había persuadido de algo que no había sido capaz de admitir ante sí mismo en Berlín: «Todo debe desplomarse. [...] La catástrofe será terrible. [...] Me siento inclinado a pensar que será mayor y más horrenda que la crisis que acompañó a la irrupción del cristianismo en el mundo». En la primavera de 1841, cuando Karl se preparaba a entregar su tesis, Bauer manifestaba sentirse gustoso «de quitarme de encima los Evangelios para poder iniciar otras cosas». Pensaba que «el momento decisivo habrá de manifestarse en una ruptura visible», está «cada vez más

cerca» y «quién puede saber cómo se comportará el régimen en ese momento».[248]

Por ese motivo instó con urgencia a Karl a no abandonar la causa de la filosofía. Los *Hallische Jahrbücher* se habían vuelto tediosos. Estaba claro que «el terrorismo de la teoría verdadera deberá despejar el campo», lo cual significaba que debía surgir una nueva revista. «En el verano debemos tener reunido el material», de manera que la revista pudiera salir para la celebración de San Miguel.[249] «Sería absurdo que te dedicaras a una carrera práctica. La teoría es ahora la forma más poderosa de actividad práctica y no podemos siquiera imaginar, ahora mismo, cuánto más práctica se volverá cada vez.»[250] La conversación respecto al nuevo plan de ambos se extendió entre marzo y diciembre de 1841. La nueva revista se llamaría «Anuarios del Ateísmo».[251]

A diferencia de su hermano Edgar, Bauer nunca había manifestado la menor confianza en las intenciones del nuevo rey e, incluso antes de que sobreviniera el nuevo reinado, había expresado su desconfianza en el Gobierno prusiano, teniendo en cuenta su ambivalencia en la cuestión de los católicos renanos. Como revelaban las cartas a Karl, incluso antes del verano de 1841 Bauer anticipaba que sus críticas desatarían un conflicto épico entre la religión y la autoconciencia, y que las líneas del frente dentro de esa batalla debían quedar esbozadas tan claras como fuera posible. Así, unos meses antes del asunto Welcker y de la reacción del régimen a los *Evangelios Sinópticos*, Bauer había comenzado a deletrear el radicalismo de su postura política y religiosa en una forma tan clara como la censura lo permitía. En esa línea, puso su propia lectura de Hegel, visto como un pensador radical, en boca de un supuesto y furibundo predicador pietista que denunciaba a Hegel como ateo y jacobino; de ahí el título equívoco y burlón de *La trompeta del Juicio Final contra Hegel el ateo y el anticristo*. Karl compartía plenamente la postura delineada en este panfleto y planeaba aportar «un tratado sobre el arte cristiano» en el volumen siguiente de *La trompeta*.

La pretendida revista nunca vio la luz, posiblemente por la dificultad de encontrar patrocinadores y de sortear las nuevas normas de censura, instauradas el 24 de diciembre de 1841. Aun así, *La trompeta* fue publicada

en octubre de ese año con la clara intención de resultar provocativa. En opinión del seudopastor, las ideas de los «viejos» hegelianos, de los «filósofos positivos» o de los seguidores de Schleiermacher, todos los cuales se esforzaban de uno u otro modo por conciliar la religión y la filosofía, debían ser denunciadas. El mensaje cristiano estaba a salvo únicamente en las manos de fundamentalistas evangélicos como Hengstenberg, tronaba el autor de *La trompeta*: «Fuera, pues, con esta oleada reconciliatoria, esta inmundicia sentimentaloides, este légamo y este laicismo embustero».[252]

Ni siquiera los opositores a Hegel se habían dado cuenta «del profundo ateísmo que había en la base de este sistema». Hegel parece presentar al «Espíritu Mundano» como «un poder real que orienta la historia hacia determinados fines», solo que el «Espíritu Mundano» no era más que una fórmula verbal para describir el punto en el que la autoconciencia accedía al mundo, aunque no fuera aún consciente de su propia naturaleza: es decir, el periodo entre la incubación del cristianismo y la Ilustración. Pero ahora «acaba de surgir una nueva era en la historia del mundo. [...] Dios está muerto para la filosofía y solo el Yo como autoconciencia vive, crea, actúa y lo es todo».[253] En la visión que Bauer proponía de la historia, se conservaba la identidad hegeliana entre ser y pensamiento, pero ya no en su calidad de fruto alcanzado, tal y como había sido descrita en 1821 por Hegel en *Filosofía del Derecho*. Esta identidad era ahora presentada como un movimiento ascendente sin fin, cuyo impulso residía en la actividad de sujetos racionales enfrentados a instituciones irracionales o instituciones «positivas».

En la lectura de Bauer, el desarrollo histórico se dividía en tres momentos. El primero era el tiempo de los antiguos: «el momento de la materialidad», en el que el pensamiento no se diferenciaba del ser y seguía subordinado a él. Aquí los individuos estaban subordinados a la comunidad; su relación con ella era la de la materia ante el azar. Los individuos no eran aún percibidos como dueños de una subjetividad libre. El segundo momento, el de la conciencia religiosa —y en lugar preeminente, el cristianismo—, era aquel en el que se reconocía la «universalidad» del sujeto y se la diferenciaba de la «materia». Esta subjetividad no estaba

radicada en la humanidad, sino en un ámbito ajeno y fuera de este mundo. En el universo ajeno de la conciencia religiosa, la humanidad percibía sus propias hazañas como las de otro. El hombre postulaba un Dios trascendente y se prosternaba ante él. Este era «el momento de la Conciencia Infeliz». En el tercer momento histórico, aquel de la Ilustración y la Revolución francesa, la autoconciencia libre era capaz de aprehender su propia universalidad, de apartar la otredad previa del «Espíritu Mundano» y de percibir su mundo como su propia creación. Lo particular y universal estaban localizados dentro de cada ciudadano; no quedaba nada trascendente. «El momento del Espíritu Absoluto» denotaba una situación en la cual lo que antes había sido percibido como un ser trascendente era visto ahora como un ente consistente en los sujetos racionales que lo componían.[\[254\]](#)

La historia reciente era un periodo en que el desarrollo de la autoconciencia libre y surgida durante la Ilustración y la Revolución francesa se había visto interrumpido y abortado por los regímenes de la Restauración nacidos después de 1815. La tarea política consistía, pues, en contribuir a un renacer de la época revolucionaria. *La trompeta* hacía frecuentes referencias a los jacobinos. Los ensalzaba por su crítica implacable de todas las relaciones existentes y su rechazo del compromiso. Hegel se convertía en apologista de Robespierre: «Su teoría es pura praxis [...] es la revolución en sí misma». Llegaba a decir, además, que los discípulos de Hegel —los Jóvenes Hegelianos— no eran alemanes de verdad, ni se los escucharía entonar canciones patrióticas durante la crisis renana de 1840. «Ellos desprecian todo lo alemán», son «revolucionarios franceses».[\[255\]](#)

El subterfugio de Bauer funcionó durante apenas dos meses. En diciembre la verdadera autoría de *La trompeta* quedó al descubierto. La nueva ley de censura apuntaba directamente a proyectos como los «Anuarios del Ateísmo» y rápidamente puso fin a la circulación de *La trompeta*. Estas medidas suscitaron la primera aventura de Karl en el periodismo político, con el texto «Observaciones sobre la reciente Instrucción prusiana acerca de la censura», un análisis de las intenciones subyacentes tras la legislación implementada.

Karl contrastaba las nuevas medidas con la legislación de 1819. A diferencia de la antigua ley, que buscaba «salir al paso de lo que vaya en contra de los principios generales de la religión», el nuevo decreto mencionaba específicamente al cristianismo. En 1819, según Karl, «imperaba todavía el racionalismo, que entendía por religión, en general, la llamada “religión de la razón”». En la antigua ley de censura, uno de los objetivos era «salir al paso de los que tratan de trasladar fanáticamente a la política los artículos de fe religiosa y de la *confusión de conceptos* que esto provoca». Pero ahora «la confusión del principio político con el principio religioso-cristiano ha pasado a ser una *confesión oficial*».[256] Karl le había enviado originalmente el texto a Arnold Ruge para que lo publicara en su *Deutsche Jahrbücher*, en Dresde, pero Ruge le señaló que el régimen prusiano censuraría casi con seguridad el artículo y terminó publicándolo en *Anekdotas*, que tenía su base de operaciones en Suiza.[257]

En cuanto al destino de la segunda edición de *La trompeta*, en enero de 1842 Bauer escribió a Karl informándole de que su propio aporte a ella había concluido. A la luz de la prohibición impuesta, le cambió el título a *Las enseñanzas de Hegel sobre la religión y el arte desde la perspectiva de un creyente*. Karl siguió trabajando en su parte del texto durante todo el invierno de 1841-1842 y llenó una de sus libretas de notas con lecturas relevantes a este respecto, pero el 5 de marzo escribió a Ruge indicándole que la revitalización de la censura en Sajonia (y Prusia) haría «prácticamente imposible imprimir mi “Tratado sobre el *arte cristiano*”, que debía aparecer como la segunda parte de *La trompeta*». Esperaba poder publicar una versión en *Anekdotas*, que sería impresa en Zurich y, por tanto, lejos del alcance de los censores alemanes.[258] El 27 de abril escribió a Ruge que su ensayo tenía ya casi la extensión de un libro, pero que a causa de «toda clase de embrollos externos me ha sido casi imposible trabajar».[259]

El manuscrito sobre el arte cristiano no ha sobrevivido, pero es posible inferir su planteamiento general a partir de las devociones estéticas anteriores de Karl, del argumento incluido en *La trompeta* y de las obras consultadas que hace constar en su cuaderno de notas.[260] Al parecer su identificación con el clasicismo de Weimar seguía indemne, algo que ya era

evidente cuando estaba en el *Gymnasium* de Tréveris, donde su director, Wyttenbach, solía propagarlo. Hasta el reaccionario herr Loers debe haber quedado redimido a los ojos de Karl por su conocimiento de Ovidio y el entusiasmo que este le suscitaba. Durante algunos años, en una época posterior y en Berlín, Karl dedicó su tiempo libre a traducir *Tristezas* del poeta latino.^[261] Durante su estancia en Bonn, entre 1835 y 1836, su permanente interés en la cultura y literatura clásicas queda demostrado por su asistencia regular a las conferencias de Welcker sobre mitología griega y latina, a las de Eduard d'Alton sobre historia del arte y a las de Augustus Schlegel sobre Homero y Propercio. Mucho después, en 1857, aún se maravillaba con «el arte griego y la epopeya. [...] ¿Por qué la infancia histórica de la humanidad, en el momento más bello de su desarrollo, no debería ejercer un encanto eterno, como una fase que no volverá jamás?». ^[262]

La Grecia clásica había sido ya fuente de inspiración para los jacobinos, igual que lo había sido para los constructores de la puerta de Brandeburgo bajo Federico el Grande. En *La trompeta*, Bauer decía que Hegel era «un gran amigo de la religión griega y de los griegos en general». Ello se debía a que la religión griega «no era en absoluto una religión». La religión griega era un credo de «belleza, de arte, de libertad, de humanidad», en contraste con la religión revelada, que era «la celebración del egoísmo servil». La religión griega era «la religión de la humanidad».^[263] Esto era más cercano a la asociación que el poeta y filósofo Friedrich Schiller establecía entre libertad estética y política, y no a Hegel, quien había compartido buena parte de la exaltación neoclásica de Grecia y el arte griego siguiendo a Winckelmann,^[264] pero pensaba que los logros griegos estaban limitados por quedar constreñidos al mundo sensible. Para Hegel, era la emergencia del «Espíritu», encarnado en el desarrollo del cristianismo, lo que había liberado a la civilización de sus ataduras con la naturaleza.^[265]

El alegato de que la religión griega no era una religión propiamente dicha cobraba importancia, pues permitía argumentar que la *religión* era un fenómeno importado, «oriental».^[266] El fundamento de la vida griega era la unidad con la naturaleza. En conformidad con C. F. von Rumohr, una de las fuentes citadas por Karl en su cuaderno de notas, los dioses griegos eran

«pulsaciones de la naturaleza».[267] En oposición a ellos, los dioses de otros pueblos paganos eran horribles y feroces, diseñados para causar temor. Tampoco había ninguna belleza en el Dios del Antiguo Testamento; era un Dios del «más flagrante pragmatismo, rapacidad y crudeza». Un Dios que, igual que los restantes dioses orientales, exhibía una actitud predatoria ante la naturaleza y cierta propensión a combatirla para demostrar su poder: Karl estaba singularmente impresionado por el tratado de De Brosses, publicado en 1760, que identificaba la religión con el fetichismo. En los credos del África occidental y el antiguo Egipto, según De Brosses, se atribuía poderes sobrenaturales a objetos hechos por el hombre. Su fealdad era intencional; De Brosses cita al respecto una representación grotesca del Hércules de Beocia.[268]

La posibilidad de la censura fue, con seguridad, la razón principal de que Karl resolviera no publicar al fin su tratado, que hubiese argumentado a favor de la continuidad fundamental entre el cristianismo y los rasgos aversivos de los cultos paganos. El arte cristiano del periodo posclásico reproducía la estética de la barbarie asiática. Las citas de los historiadores del arte y arqueólogos como Grund y Böttiger, inspirados originalmente en Gibbon, se centraban en la continuidad entre los rasgos grotescos de las deidades fetiches y las formas corporales distorsionadas detectables en el arte cristiano.[269] Según Grund, las estatuas góticas de los santos eran «de apariencia reducida, magras y angulosas en su forma, extrañas y poco naturales en su pose, por debajo de cualquier mérito artístico real, al igual que su creador, el hombre, estaba por debajo de sus propias posibilidades». Mientras en el arte clásico la forma y lo artístico eran esenciales, la arquitectura cristiana buscaba la exageración y la grandiosidad y, pese a todo, «se perdía en su pomposidad barbárica y los incontables detalles». El hombre resultaba pasivo, mientras que las cosas materiales eran dotadas de cualidades humanas.[270]

Del análisis de Karl se podría inferir, en primer lugar, que la liberación cristiana del «Espíritu» de sus lazos con la naturaleza no había supuesto ningún avance sustancial en la historia de la humanidad, visto que esta se había basado no en la ciencia sino en la magia y lo milagroso. En segundo lugar, la intención del «Tratado» era intervenir en la controversia sobre el

arte, objetivo buscado por los radicales desde la politización del papel del artista por los sansimonianos, verificada en Francia. Según postulaban los sansimonianos respecto a su misión en la tierra a comienzos de la década de 1830, los artistas debían convertirse en profetas a la vanguardia del «nuevo credo de Saint-Simon», en evangelistas de una nueva era de sensualidad y «rehabilitación de la carne». En su exilio en París, Heinrich Heine, admirador durante algún tiempo de los sansimonianos, había celebrado esta era inminente en su *Sobre la historia de la religión y la filosofía alemanas*, publicada en 1834. Allí desafiaba la identificación que Hegel hacía de la modernidad con lo espiritual, por la vía de glorificar la sensualidad del famoso cuadro de Eugène Delacroix, *La Libertad guiando al pueblo*, al describirla como «una Venus de las aceras».[271] En su etapa de poeta en ciernes, Karl se había sentido inspirado por la observación de Heine de que «los castos monjes han puesto un delantal a la Venus de la Antigüedad».[272] Este punto era de inmediata importancia política pues Federico Guillermo IV era un entusiasta patrocinador de lo que se llegó a conocer como la Escuela del Nazareno, una rama del arte moderno que buscaba revivir el arte religioso de la Alemania medieval.

El 20 de marzo de 1842 Karl escribió a Ruge que el artículo «Sobre el arte cristiano», ahora rebautizado como «Sobre la religión y el arte, con especial referencia al arte cristiano», tendría que ser «absolutamente reformulado», pues quería dejar de lado el tono bíblico de *La trompeta* y añadir un epílogo sobre los románticos.[273] Esa fue prácticamente la última mención del proyecto. La campaña conjunta iniciada por Bauer y Karl en la primavera de 1841, cuyas intenciones incluían una revista de inspiración atea y sucesivas ediciones de *La trompeta*, llegó a su fin con el despido de Bauer de la Universidad de Bonn en marzo de 1842. El propio Bauer anunció entonces su intención de volver a Berlín e «iniciar algún procedimiento contra el régimen prusiano». El futuro cuñado de Karl y «un aristócrata *comme il faut*», Ferdinand von Westphalen, advirtió a Karl que esa iniciativa haría «enfadar singularmente» a la gente de Berlín.[274] Antes de separarse, Bauer y Karl «alquilaron una pareja de asnos» para montarlos por la ciudad. «La sociedad de Bonn estaba perpleja. Nosotros dábamos gritos de alegría, los asnos rebuznaban.»[275]

Con el despido definitivo de Bruno Bauer, Karl perdió a la vez toda esperanza de obtener un cargo académico, pero, al igual que un número creciente de hombres jóvenes cultos y desempleados en la Alemania del *Vormärz*, tenía una alternativa: podía recurrir al periodismo. Pese a la censura, este era un oficio en el que las oportunidades de empleo iban en aumento y a él mismo acababa de abrírsele una oportunidad singular en Renania, ante la perspectiva de escribir para un nuevo periódico liberal, la *Rheinische Zeitung*, que comenzaría a circular a principios de 1842.

El régimen prusiano deseaba, en rigor, que hubiera un diario moderado y proprusiano en Renania, inquieto por la lealtad de su población católica. En los Países Bajos, que eran el vecino inmediato, una revuelta católica contra el Estado protestante ocurrida en 1830 había provocado que Bélgica se separara de Holanda. El aumento de la facción ultramontana, que consideraba la autoridad papal por encima de la de los monarcas seculares, y el encarcelamiento del arzobispo de Colonia por las autoridades prusianas a raíz de su desconocimiento de la ley relativa a los matrimonios mixtos, habían conducido a una guerra de panfletos en la que era claramente perceptible un sentimiento antiprusiano soterrado. En conformidad con un relato posterior, «los católicos de la provincia del Rin, habiendo despertado de su letargo, se movilizaron con inesperado ardor para apoyar a su líder pastoral».[276] El episodio católico y ultramontano fue profundamente tratado en *Athanasius*, la obra del antiguo y prominente radical renano Joseph Görres, quien comparó ominosamente el caso con el de O'Connell, el gran agitador de la emancipación católica de Irlanda.[277] La situación se agravó por el hecho de que la opinión pública en Renania estaba en buena medida influida por el diario católico *Kölnische Zeitung* (*Gaceta de Colonia*), el principal rotativo dentro de la provincia renana, con más de ochenta mil suscriptores. Los funcionarios gubernamentales estaban preocupados porque, durante «los problemas suscitados en Colonia» —el conflicto entre el régimen y el arzobispado católico—, la posición de la

Kölnische Zeitung había sido poco fiable.^[278] En 1841 habían hecho, pues, el intento de crear un periódico rival protestante y prusiano, la *Rheinische Allgemeine Zeitung* (*Gaceta General Renana*).

El fracaso de este proyecto de corta vida permitió a un grupo de industriales, abogados y escritores destacados de Colonia retomar, durante la segunda mitad de 1841, la idea de crear un diario. El grupo se había reunido antes ese mismo año a analizar la necesidad de un desarrollo industrial y una reforma económica de su entorno. Como fruto de su postura protestante y prusiana, el grupo se granjeó la aprobación oficial y la convocatoria a participar como accionistas en la nueva empresa fue un gran éxito.

Entre los miembros prominentes de ese grupo estaban Ludolf Camphausen (1803-1890), un pionero del desarrollo ferroviario y que fue por un breve periodo primer ministro de Prusia en 1848, y Gustav Mervissen (1815-1899), el fundador del Darmstädter Bank, pionero a su vez de las instituciones crediticias alemanas y miembro prominente de la Asamblea Nacional de Frankfurt de 1848. El interés de ambos era a la vez económico y político, porque estaba claro que la eventual expansión económica dependía de una reforma del Estado basada en instituciones representativas y en la igualdad ante la ley. Aún más, aunque los accionistas fundamentales eran industriales de Colonia, el papel protagonista lo asumieron, a la hora de definir la línea editorial del periódico en el consejo directivo, los miembros que eran activistas dentro de la *intelligentsia* cultivada y propietaria de Colonia. Particularmente relevantes dentro de ese grupo eran Georg Jung y Dagobert Oppenheim, los dos relacionados con importantes entidades bancarias de la ciudad, pero a la vez afines al radicalismo intelectual y político de los Jóvenes Hegelianos. En último término, estaba Moses Hess, nacido en Bonn en el seno de una humilde familia judía de comerciantes, un escritor pionero dentro del socialismo y participante clave en la formulación de la línea editorial.

Karl se topó por primera vez con este grupo cuando iba camino a Bonn desde Tréveris, allá por julio de 1841, justo cuando se planteaban la idea de crear un diario en Renania. Karl les causó una honda impresión a todos, particularmente a Jung, Oppenheim y Hess. Jung lo caracterizó como «un

revolucionario bastante exaltado» en posesión de «una de las mentes más agudas» con que se había topado nunca, en tanto Hess aludió a él como su «ídolo» y lo situaba entre los pensadores fundamentales de la Ilustración. En consecuencia, lo invitaron a participar en el periódico cuando fuera lanzado en enero de 1842.

Visto su gran interés de entonces en la expansión del *Zollverein*, la unión aduanera germana dominada por los prusianos, y en su posible impacto en la protección de las industrias en desarrollo de la provincia, la primera opción del grupo al escoger editor fue Friedrich List, el célebre partidario de un desarrollo económico de base estatal y proteccionista.[\[279\]](#) Solo que List estaba demasiado enfermo para asumir el cargo y, en su lugar, recomendó a uno de sus seguidores, el doctor Gustav Höfken, cuya principal inquietud no era la protección de las industrias locales sino la unidad alemana y la ampliación del *Zollverein*. Esta elección no satisfizo a los principales miembros del consejo directivo y el 18 de enero, tras un breve periodo en el cargo, Höfken renunció. A instancias de Moses Hess, se escogió a un nuevo editor de entre los Jóvenes Hegelianos de Berlín, que resultó ser Adolf Rutenberg, amigo de Karl.

Un periódico de provincias editado por el cuñado de Bruno Bauer y organizador del banquete para Welcker, asesorado por un grupo de Jóvenes Hegelianos y socialistas, no era ciertamente lo que el régimen había previsto. El rey estaba furioso y presionó para que se cerrara el periódico, pero sus ministros estaban divididos —incluidos Bodelschwingh, el *Oberpräsident* de la provincia, y el ministro de Cultura Eichhorn— y pensaban que la prohibición perentoria del rotativo tan cerca de su nacimiento sería percibida como arbitraria y generaría insatisfacción entre el empresariado. Según Eichhorn, las nocivas enseñanzas de los *Deutsche Jahrbücher* de Ruge habían tenido escaso impacto en Renania; dudaba, por tanto, de que «las extravagancias» de los Jóvenes Hegelianos tuvieran algún efecto. Le inquietaba más la amenaza de los católicos. En los quince meses de existencia del diario, persistió la discusión, entre los funcionarios oficiales, respecto a si sería mejor prohibirlo o bastaría con aplicarle una forma más estricta de censura.[\[280\]](#)

La primera contribución de Karl al periódico apareció el 5 de mayo de 1842, tras confirmarse el despido de Bauer. No debe sorprendernos la continuidad apreciable entre sus preocupaciones durante su periodo con Bruno Bauer y los temas que pensaba abordar en el diario. En carta a Arnold Ruge del 27 de abril de 1842, le prometía enviar cuatro artículos a los *Deutsche Jahrbücher* sobre «Arte religioso», «Los románticos», el «Manifiesto filosófico de la Escuela Histórica del Derecho» y «Filosofía positiva».[281] En rigor, solo apareció al final el ensayo sobre la Escuela Histórica del Derecho. Aun así, su compromiso permanente con estos otros temas —que él creía interrelacionados— se hace evidente en sus textos para la *Rheinische Zeitung*.

Igual que otros Jóvenes Hegelianos —Ruge, Bauer, Köppen y Feuerbach—, durante 1842 Karl evolucionó hacia un compromiso más explícito con una postura republicana. Aludiendo a su artículo en preparación sobre la filosofía política de Hegel, el 5 de marzo le escribió a Ruge indicándole que «el punto central es la lucha contra la *monarquía constitucional* como un híbrido que se contradice y se anula a sí mismo de principio a fin». Pero hacía notar, a la vez, que el concepto de *res publica* era bastante intraducible al alemán. Por ende, en sus contribuciones a la *Rheinische Zeitung* contrastaba el «Estado cristiano» con el «verdadero Estado», el «Estado racional» o, en ocasiones, «el Estado» a secas.[282]

Un ataque al «Estado cristiano» implicaba una crítica a sus bases teóricas, que incluían la filosofía «positiva» de Schelling, la teoría política de Stahl, la descalificación de la razón que hacía la «Escuela Histórica» y la defensa de la censura religiosa en la *Kölnische Zeitung*, el principal rival local de la *Rheinische Zeitung*. Para explicar cómo esas ideas se manifestaban en la práctica política, Karl escribió extensos artículos sobre los procedimientos de la Asamblea Estamentaria de la Provincia del Rin, diseccionando lo que percibía como sus razonamientos al servicio de sí misma y su defensa de intereses privados. Cubrió así los debates de la Asamblea sobre la libertad de prensa, sobre la publicación de sus procedimientos y sobre nuevas y más duras leyes relativas al robo de madera sobrante.[283]

Describir estos textos como una modalidad periodística es en cierto modo equívoco. Casi todos los artículos eran extensos, algunos demasiado largos: los dos textos relativos a los procedimientos de los estamentos tenían entre cuarenta y cincuenta páginas. No eran formas de periodismo investigativo, empeñado en destapar la existencia de hechos encubiertos, y se preocupaban casi exclusivamente del principio de libertad de prensa, «por sí misma una forma [encarnada] de la idea», en contraposición a la censura, que era «una concepción ligada al mundo de la apariencia».[284] Engels señalaría luego que la toma de conciencia por parte de Karl de la relevancia que cobraban los hechos económicos se derivó de una indagación por las condiciones de los campesinos viticultores del Mosela, pero el artículo de la *Rheinische Zeitung* no se centraba en las condiciones del campesinado, sino en la forma en que la censura había socavado la pretensión de los funcionarios gubernamentales de intuir cuál era la situación de sus gobernados. En suma, es posible entender mejor los artículos de Karl como ejercicios sucesivos de filosofía aplicada. El conflicto entre lo inmanente y trascendente, que desde mediados de la década de 1830 había enfrentado a los Jóvenes Hegelianos con el Estado prusiano en la esfera de lo religioso y la metafísica, era ahora desplegado en el ámbito de la política y la historia. O, como lo planteaba el propio Karl, la filosofía había entrado ya en «contacto y en intercambio con el mundo real de su tiempo». Esto venía a significar que «la filosofía se ha hecho mundana y el mundo se ha hecho filosófico».[285]

La Prusia anterior a 1848 era una amalgama compleja de rasgos feudales, absolutistas, liberales e individualistas. Pese a la continuidad representada por su casa gobernante y las grandes extensiones señoriales de las provincias orientales, la Prusia regida por Federico Guillermo IV guardaba escasa relación con sus ancestros europeos orientales y esencialmente racionalistas del siglo XVIII. Era un régimen transformado radicalmente por la derrota militar, reestructurado en la «era de la reforma» y cuyos dominios se habían expandido sustancialmente hacia el oeste no protestante como fruto de los acuerdos posrevolucionarios de 1815. Combinaba rasgos feudales y absolutistas —ausencia de igualdad ante la ley y un sistema estamentario y jerarquizado— con una vigorosa expansión

económica fundada en la erosión de las relaciones patrimoniales en el campo, el crecimiento del libre mercado en lo relativo a las tierras y la migración hacia las ciudades, y, en estas, la apertura parcial de nuevas ocupaciones, la remoción de los privilegios gremiales y la liberalización del mercado laboral.^[286] A pesar de su énfasis habitual en la restauración del cristianismo tradicional, el régimen prusiano de Federico Guillermo IV no hizo, en la década de 1840, ningún intento de revertir el cambio económico introducido durante la «era de la reforma». La ampliación del *Zollverein* y el libre mercado siguió siendo un factor central dentro de sus pretensiones; las aflicciones de los viticultores del Mosela eran uno de los subproductos de esta estrategia gubernamental.^[287]

El *ethos* antirracionalista del régimen distaba a su vez mucho de la tradición. La sociedad secular, según la argumentación de apologistas feudales como Von Haller, era parecida al estado de naturaleza.^[288] De modo que la autoridad y la jerarquía podían acomodar entre sí formas de actividad agresivamente competitivas e individualistas. En contraposición a los puntos de vista de los racionalistas y hegelianos, no había aquí ningún puente entre lógica y realidad, pues el ser y la realidad precedían al pensamiento. La creación del universo no era un acto regido por la razón; era solo producto de la voluntad de Dios. Stahl aplicaba este razonamiento al monarca, que no estaba más limitado por la Constitución que lo estaba Dios por su creación. Por la misma razón, los derechos de los propietarios privados eran asimilados a los derechos presociales de los individuos y considerados absolutos, como los del monarca sobre el Estado. El Estado resultante era un agregado de autoridades trascendentes, mientras los de abajo, el pueblo, eran simple «chusma».^[289]

En dicho régimen, los alegatos de sus partidarios a favor de un Estado o nación entendidos como una comunidad política eran mantenidos bajo mínimos. El hombre era un ser aislado y asocial, y la libertad, una propiedad individual más que un atributo universal. Los habitantes de ese Estado estaban cohesionados por su compromiso con la fe cristiana, pero no había ninguna dimensión colectiva conducente a la redención; la redención personal era un asunto individual. Enfrentado a la amenaza de la revolución, que había resurgido una vez más en 1830, y a su oleada atea, el

«Estado cristiano» requería de nuevas formas de moldear y controlar la opinión pública. Por este motivo, como Karl argumentaba, se había redefinido de tal modo la censura que el racionalismo, alguna vez abrazado por el Estado durante la «era de la reforma», era ahora penalizado como una amenaza a la religión.[290]

En los artículos de la *Rheinische Zeitung*, Karl insistía en la periodización histórica que él y Bauer habían utilizado en *La trompeta*. En la era dorada de Grecia, «el arte y la retórica desplazaron a la religión». De manera similar, tanto en Grecia como en Roma, la verdadera religión de esos individuos de la Antigüedad había sido «el culto de “su nacionalidad”, de su “Estado”». [291] Inversamente, en los siglos que siguieron a la caída de los antiguos, el pueblo había sido dominado por el cristianismo, el feudalismo y el romanticismo. Fue una época en que el hombre quedó subordinado a un «derecho animal». Dicho principio era central en el Estado caballeresco, que era una encarnación del «principio moderno-feudal, en una palabra, del principio romántico». En su concepción feudal de la libertad como un privilegio especial de ciertos grupos y personas, se creía que esos privilegios de los estamentos feudales «dejarían de ser derechos de la provincia». [292] Esto era a la vez cierto respecto a la Asamblea Estamentaria como un todo, la cual identificaba la ley con la representación de intereses particulares. [293]

Karl seguía identificando el cristianismo no solo con el feudalismo sino también con el fetichismo. A la luz del despido de Bauer y del conflicto surgido entre Ruge y Von Rochow, ministro del Interior prusiano, le escribió a Ruge que, aun cuando era apreciable que «la degradación del pueblo al nivel de las bestias se ha convertido para el régimen en un artículo de fe y en un principio», esto no contradice su «religiosidad». «Puesto que la deificación de las bestias es posiblemente la modalidad más consistente de la religión, y quizá muy pronto sea necesario hablar de una zoología religiosa en vez de una antropología religiosa.» [294]

Luego desarrolló el mismo razonamiento en su texto relativo a los «Debates sobre la ley que castiga los robos de leña». Tras atacar los llamados «derechos consuetudinarios de las clases privilegiadas» por ir «en contra del derecho racional», proseguía su argumentación indicando:

Su nacimiento data del periodo en que la historia de la humanidad formaba parte de la *historia natural* y en que, como lo acredita la leyenda egipcia, todos los dioses se revestían de una envoltura zoomorfa. La humanidad aparece entonces dividida en determinadas especies zoológicas, unidas no por la igualdad, sino por la desigualdad, una desigualdad fijada por las leyes. Y una realidad universal basada en la desigualdad reclama derechos desiguales, pues mientras que el derecho humano es la existencia de la libertad, este derecho animal es la existencia del avasallamiento. El *feudalismo*, entendido en el más amplio sentido de la palabra, es el *reino del espíritu animal*, el mundo de la humanidad escindida.[\[295\]](#)

Igualmente culpables de fetichismo resultaban «esos autores fantasiosos» responsables de entronizar «la abstracción inmoral, irracional, carente de alma, de un objeto material determinado y una conciencia subordinada servilmente a ese objeto». Este *vil materialismo* surgía de la idea de que el legislador «debe pensar solo en la leña y los bosques, evitando resolver *políticamente* este problema concreto, es decir, sin relacionarlo con la razón y la ética de Estado en un sentido amplio».[\[296\]](#)

Este marco conceptual le permitió a Karl ajustar cuentas con la Escuela Histórica del Derecho, con ocasión del quincuagésimo aniversario del doctorado de su fundador, Gustav Hugo.[\[297\]](#) Igual que los Jóvenes Hegelianos, Hugo también proclamaba que su pensamiento se inspiraba en Kant, pero el Kant que él celebraba no era el idealista, sino el pensador escéptico en relación con los límites de la razón. «Es un escéptico con respecto a la *esencia necesaria* de las cosas.» Todo cuanto importaba era «lo positivo», lo empírico, y Hugo se había complacido en demostrar que no había una exigencia racional inherente en instituciones positivas como la propiedad, la constitución del Estado o el matrimonio. Por la misma vía, era posible terminar justificando la esclavitud. El esclavo podía recibir una mejor educación y su estatus podía resultar preferible al del prisionero de guerra o el convicto. Si no era posible fundamentar los alegatos en pro de la razón, entonces «la única característica distintiva *del hombre es su naturaleza animal*. [...] Solo lo *animal* aparece ante su razón como lo *inobjetable*».[\[298\]](#) Karl comparaba lo que él mismo designaba como la «frivolidad» de Hugo con aquella de los cortesanos y libertinos del *Ancien Régime*. Este énfasis conservador y empirista en «lo positivo» en el seno de

la historia y del Derecho había sido luego continuado en la obra de Haller, Stahl y Leo.[\[299\]](#)

REINVENTANDO LA REPÚBLICA

La crítica de Karl en la *Rheinische Zeitung* se basaba en poner frente a frente al «Estado cristiano» y al «racional». En contraposición al «Estado cristiano», que «en vez de ser una agrupación libre de hombres morales, es una agrupación de creyentes», la filosofía exigía que «el Estado sea el Estado acorde a la naturaleza humana», y esto implica libertad, pues «la libertad es a tal punto la esencia del hombre que hasta sus adversarios la realizan cuando luchan contra su realidad». «La verdadera educación “pública” del Estado consiste más bien en la existencia racional y pública del Estado mismo; este educa a sus miembros al hacer de ellos miembros del Estado, al convertir los fines individuales en fines generales, los toscos impulsos en inclinaciones morales, la independencia natural en libertad espiritual, al hacer que el individuo goce en la vida del todo y el todo en las intenciones del individuo.»[\[300\]](#) La libertad existía en el Estado como *ley*, pues las leyes eran «las normas positivas, luminosas y generales en las que la libertad cobra una existencia impersonal, teórica e independiente de la voluntad humana». Un «código» es «la biblia de la libertad de un pueblo» y esta era defendida por «la libertad de prensa».[\[301\]](#)

Aun cuando la *Rheinische Zeitung* se publicitaba como un diario liberal, el «Estado racional» invocado por Karl era bien distinto al del liberalismo constitucional. Era, en verdad, una puesta al día de la *polis* griega, que él y Bruno Bauer habían ensalzado en *La trompeta*. El ateísmo y el republicanismo iban de la mano. Un republicanismo que se valía de la noción hegeliana del movimiento hacia adelante y la racionalidad colectiva del Espíritu para reafirmar la visión política encarnada en la concepción de Rousseau de la voluntad general. La nueva filosofía partía, según Karl, de «la idea del todo». Consideraba el Estado como «el gran organismo en el que debe realizarse la libertad jurídica, moral y política en la que el

individuo ciudadano del Estado obedece en las leyes de este solamente a su propia razón».[302]

Todos estos artículos hacían escasa o ninguna alusión a la representación parlamentaria, la división de poderes o los derechos del individuo. Claramente, la representación era inaceptable a nivel local en el caso de los estamentos provinciales, cuyo objetivo era representar «sus *intereses provinciales particulares* desde el punto de vista de sus *intereses particulares como estamento*».[303] Pero había una objeción aún mayor a la representación. «En general, ser representado es algo pasivo; solo aquello que es material, carente de espíritu, incapaz de valerse por sí mismo o que está amenazado, requiere ser representado; pero ningún elemento del Estado debiera ser equivalente a un material, carente de espíritu, incapaz de valerse por sí mismo o sentirse amenazado.» Solo cabe concebir la representación como «la *autorrepresentación* del pueblo».[304] Dicha idea no reconocía los intereses particulares. Solo podía implicar la representación del todo por el todo. «En un verdadero Estado, no hay propiedad de la tierra, no hay industria ni cosas materiales que, como elementos brutos de esa índole, podrían intentar un regateo con el Estado; en él, solo hay *fuerzas espirituales* y solo resurgiendo como formas estatales, asistiendo a su renacimiento político, estas fuerzas de la naturaleza tienen derecho a voz en el Estado. [...] El Estado —proseguía— permea toda la naturaleza con sus nervaduras espirituales», y lo que debía ser aparente en cada momento no era «la materia sino la forma [...] no el *objeto no libre*, sino el *ser humano libre*».[305]

El joven hegelianismo había evolucionado desde la batalla de las ideas librada tras la publicación de *Vida de Jesús* por David Strauss, en 1835. Para 1842 el republicanismo de Karl era la variante de una postura compartida por los hermanos Bauer, Ruge y Feuerbach. Como dan testimonio los artículos de la *Rheinische Zeitung*, era una postura política alejada de los argumentos del propio Hegel. El área principal de discrepancia se refería a la distinción, realizada por Hegel en *Filosofía del Derecho*, entre «Estado» y «sociedad civil»,⁽¹⁾ puesto que el efecto inmediato de esta distinción era excluir la posibilidad de la participación democrática y directa de la ciudadanía en el gobierno del Estado moderno.

Hegel pensaba que uno de los rasgos más peligrosos de la Revolución francesa había sido el gobierno sin trabas de una asamblea única como la Convención entre 1792 y 1793, que se había basado en la presunción de que todos (los varones) eran capaces de desempeñar los deberes tanto del hombre como del ciudadano. La perturbadora asociación entre soberanía popular y terror demostró ser un fuerte disuasivo para la experimentación democrática posterior, en la estela que siguió al periodo revolucionario. Esto era ya evidente en la concepción hegeliana de la política.

Hegel había hecho primero el intento de volver a la distinción clásica de Aristóteles entre la política y el hogar. En la *Política* de Aristóteles, el Estado había sido dividido principalmente en dos elementos, la *polis*, el espacio público para la deliberación política de los ciudadanos, y el *oikos*, el espacio de la familia o el hogar, el hábitat de la mujer y los esclavos, el sitio donde tenía lugar la reproducción material de la vida.[\[306\]](#) Sin embargo, como Hegel había comprobado muy pronto, no era posible ya sostener esta distinción clásica, al menos como Aristóteles la formulaba. La reproducción material de la vida no estaba ya confinada al hogar. No era solo que la esclavitud hubiera desaparecido en la Europa medieval, sino que, aparte de la agricultura, buena parte de la actividad del mundo moderno dependía del comercio. Por este motivo Hegel había revisado la concepción aristotélica introduciendo un tercer componente, el de la *sociedad civil*, como un nuevo espacio recién abierto entre la familia y la constitución formal del Estado.[\[307\]](#)

En una reacción contra los supuestos democráticos de 1792, Hegel había a su vez intentado formular una versión moderna del supuesto de Aristóteles de que el ejercicio de la virtud política dependía de la liberación de las necesidades materiales y otras necesidades.[\[308\]](#)

En la *Filosofía del Derecho* hacía un intento de preservar la conexión entre virtud política y autonomía material por la vía de encarnarla en una clase «universal» de *Beamten*: los funcionarios con plaza fija y económicamente independientes. Esto debía ahora contrastarse con la esfera de la «sociedad civil» o lo que él denominaba «el estado de necesidad». Según Hegel, la «sociedad civil» era una creación del «mundo moderno»; era lo que Adam Smith y otros autores habían descrito como la «sociedad

mercantil». «En la sociedad civil, cada individuo es su propio fin y todo lo demás no significa nada para él.» Si el Estado era aquí «necesario», se debía únicamente a que el individuo «no puede lograr la plenitud de sus fines sin referencia a otros; estos otros son, por tanto, medios para el fin de un individuo en particular».

La sociedad civil había nacido al culminar la Antigüedad en la destrucción de la *polis* griega y la República romana. De ahí en adelante, con el advenimiento del Imperio romano, la difusión del cristianismo, el desarrollo del Derecho romano y la elaboración de un «sistema de necesidades» (los términos que Hegel empleaba para aludir a la estructura de la sociedad mercantil), cada uno de estos factores había alimentado de diverso modo la expansión de lo que Hegel designaba como la «particularidad subjetiva». Esto engendró la relación no mediatizada del individuo con Dios, la libertad de juicio individual, la subjetividad, la búsqueda egocéntrica de las metas personales, el individualismo. Un principio al que la antigua *polis* no podía asignar ninguna posición legítima en su seno.

Según Hegel, la habilidad del Estado moderno consistía en incorporar la libertad subjetiva dentro de una comunidad política que constituía a la vez su mayor fortaleza. Pero este logro se alcanzó a un cierto precio. En contraposición a la relación directa e inmediata entre el ciudadano y la antigua *polis*, en el Estado moderno los miembros de la sociedad burguesa solo estaban relacionados con la política mediante un complicado sistema de «mediaciones» (corporaciones, estamentos, etcétera). Hasta los críticos afines como Eduard Gans, el partidario más estrecho de Hegel en la Universidad de Berlín, caracterizaban el Estado descrito por el propio Hegel en su *Filosofía del Derecho* —concebido tras las revoluciones de 1830 y sus secuelas— como una forma de tutelaje. A ojos de los Jóvenes Hegelianos, el defecto en la teoría del Estado que Hegel proponía radicaba en que restringía la actividad del individuo a su función dentro de la sociedad civil: celebrar contratos, ser parte de una profesión o negocio, disfrutar libremente de la vida religiosa y privada. Lo que faltaba era su habilidad para desempeñar un papel cabal y participante como ciudadano.

El fin de la *polis* y la decadencia del Imperio romano habían ido acompañados a su vez de la expansión del cristianismo, y, desde la perspectiva de sus críticos republicanos, desde Maquiavelo en adelante, la religión cristiana estaba profundamente implicada en la génesis de la sociedad civil, si es que no era enteramente responsable de ella. El cristianismo separaba las nociones de persona y ciudadano. El joven Ludwig Feuerbach, siendo estudiante bajo la égida de Hegel, argumentaba en 1828 que la noción cristiana de la inmortalidad del alma se originó en reemplazo de la antigua noción de ciudadanía. Pero, ya en el siglo XVIII, Gibbon y Voltaire habían esclarecido la contribución del cristianismo al declive de la antigua vida política y a la caída de Roma. Rousseau llevó más lejos el argumento responsabilizando del declive del patriotismo a una mezcla del cristianismo y el comercio, y arremetiendo contra el cristianismo en particular por su preocupación con la otra vida.[\[309\]](#)

La identificación del Estado prusiano con los puntales del cristianismo y la sociedad civil era compartida por Bruno Bauer, Arnold Ruge y el propio Karl. En el caso de Karl, la sociedad civil era la noción cristiana del yo, la idea feudal de la libertad como un privilegio y el imperio del «derecho animal», lo que abarcaba la lucha competitiva asociada a la ley de la selva. Pero era Feuerbach quien hacía la más aguda atribución de responsabilidades, argumentando no solo que el cristianismo promovía el individualismo, sino que evitaba activamente la emergencia de un *ethos* comunitario, pues venía a reemplazar la unidad primordial de la especie en términos de «Yo y Vosotros» por la unión particular de cada individuo con un ser externo y personal: con Cristo.

En la década de 1830 la prolongada ofensiva republicana contra el efecto del cristianismo sobre el espíritu cívico se vio reforzada por una novedosa forma de crítica panteísta llegada desde Francia y contenida en el «nuevo cristianismo» predicado por los sansimonianos. Se criticaba al cristianismo ortodoxo por su indiferencia u hostilidad hacia la «materia», el cuerpo y el trabajo productivo. Por tanto, siguiendo a los sansimonianos, el republicanismo apadrinado por los Jóvenes Hegelianos sería no solo político sino también social. La producción era lo que vinculaba al individuo con la sociedad. Todas las formas de actividad, ya fuera material

o espiritual, tenían lugar en el mismo contexto comunitario. En dicha república, la sociedad civil se vería fortalecida por el espíritu público. Según Ruge, las búsquedas material y espiritual terminarían convergiendo y la actividad colectiva sustituiría al anhelo de ganancia privada. La «camaradería en la oración», como lo resumía Feuerbach, sustituiría a la «camaradería del trabajo». O, como argumentaba Karl, la actividad del espíritu se revelaba de igual modo en la construcción de redes ferroviarias que en las deliberaciones políticas del pueblo.

En suma, la plataforma republicana compartida por los Jóvenes Hegelianos en 1842 exhibía ya una dimensión social distintiva, nacida de la necesidad de superar la división entre Estado y sociedad civil delineada por Hegel. En el caso de Karl, por ende, el objetivo no era descubrir una forma distinta de vincular la sociedad civil con el Estado racional, sino de perfilar un Estado en el que esa distinción hubiera desaparecido.

EL FIN DE LA *RHEINISCHE ZEITUNG*

La batalla entre los ministros y funcionarios reales continuó durante 1842. En marzo Von Rochow, el ministro del Interior, había querido clausurar el periódico, pero Bodelschwingh creía que bastaría con una forma de censura más severa para contenerlo, mientras que Eichhorn seguía creyendo que la mayor amenaza era la facción ultramontana. Von Rochow pensaba que el diario era peligroso porque difundía las ideas de los liberales franceses, y el rey compartía su punto de vista. Cuando Von Rochow fue apartado de su cargo, el nuevo ministro del Interior, Arnim Boitzenberg, no recibió hasta julio nuevas quejas de gravedad respecto al periódico. En noviembre el rey se indignó una vez más por la publicación en la *Rheinische Zeitung* del borrador filtrado de una nueva ley de divorcio y exigió que se identificara la fuente. Arnim Boitzenberg no quería dar pie a un mártir ni la impresión de que ese borrador extremo era bastante fiel a la legislación prevista. Se llegó pues a un compromiso. El diario tendría que desembarazarse de su llamativo editor, Rutenberg, y adoptar una postura editorial compatible con la ley vigente.

Karl redactó un borrador de respuesta a nombre de Renard, el propietario. Era un documento hábil y astutamente redactado que recurría de manera certera a la legislación vigente y citaba los pronunciamientos reales y ministeriales.^[310] Argumentaba que la *Rheinische Zeitung* apoyaba el liderazgo prusiano de Alemania, propiciaba la ampliación del *Zollverein*, abogaba por un liberalismo de inspiración germana más que francesa y promovía la «ciencia» de la Alemania del norte por sobre la «frivolidad» francesa y de la Alemania del sur. El periódico se mantendría, en el futuro, al margen de los temas religiosos, moderaría su tono y aceptaría la renuncia de Rutenberg.

La postura del diario siguió siendo, pese a todo, bastante precaria y al final del año empeoró incluso otro poco. Las diversas publicaciones afines a los Jóvenes Hegelianos fueron todas prohibidas, incluyendo los *Deutsche Jahrbücher* de Ruge, la revista de Buhl en Berlín y la *Leipziger Allgemeine Zeitung* (*Diario de Leipzig*) en Sajonia. Finalmente, el 23 de febrero el régimen anunció que el diario renano debería dejar de publicarse a partir del primero de abril de 1843.

La prohibición resultó impopular entre los funcionarios provinciales, ya que aumentaría la tensión entre el Estado prusiano y la población local. Wilhelm von Saint-Paul, un funcionario berlinés, fue enviado para que realizara la censura durante los meses que quedaban. Hasta entonces, el periódico no había causado demasiado impacto entre los sectores más humildes de la clase media provincial —artesanos, pequeños comerciantes, tenderos y campesinos—. En octubre y noviembre había habido un incremento significativo del tiraje, de 885 a 1.880 ejemplares, y una vez que se conoció la prohibición que pendía sobre el diario, este se benefició de una oleada de simpatía, como la víctima de un poder arbitrario, y a finales de enero de 1843 las suscripciones habían aumentado a tres mil cuatrocientas. Al mismo tiempo, Jung y Oppenheim organizaron una campaña muy efectiva de peticiones, en las principales ciudades de toda Renania, exigiendo el levantamiento de la prohibición.

El éxito creciente del periódico se debía, a su vez, a una estrategia más coherente del nuevo editor. Karl se sumó al comité editorial el 15 de octubre y muy pronto se lo conoció como la fuerza impulsora detrás de sus

políticas. Era él quien había incorporado al diario a Rutenberg, su amigo berlinés, como editor. En julio él mismo había admitido ante Ruge que Rutenberg era «un peso en mi conciencia», que era «absolutamente inepto» y que, tarde o temprano, habría que «mostrarle la puerta de salida».[311]

Como fruto de la debilidad y falta de criterio de Rutenberg, los amigos de Berlín —Meyen, Köppen, Buhl y otros— consideraban el diario como un «dócil órgano» a su servicio y no perdían oportunidad de insertar en él polémicas anticristianas en los términos más inadecuados. Tal y como Karl le confesara a Ruge el 30 de noviembre, «me he permitido a mí mismo dejar de lado tantos artículos como el censor», dado que «Meyen y compañía nos enviaron una pila de mamarrachadas para revolucionar el mundo, aunque absolutamente vacías de contenido, escritas en un estilo chapucero y sazonadas con una pizca de ateísmo y otro poco de comunismo».[312] Afortunadamente, el régimen no se había percatado de que Rutenberg «no era un peligro para nadie excepto para la *Rheinische Zeitung* y él mismo», y había exigido su despido.

Como editor del diario, asomaron las mejores cualidades y aptitudes de Karl. Su idea básica era que «la *Rheinische Zeitung* no debe guiarse por sus suscriptores, sino ella guiarlos a ellos».[313] En segundo término, siendo renano, tenía una idea más clara del distrito en el que operaba el periódico. Se daba cuenta de que, en una provincia abrumadoramente católica, los arrebatos excesivos dentro de la polémica anticristiana serían contraproducentes, y que buena parte de los sentimientos hegemónicos en Renania, ya fueran católicos o protestantes, no eran sectarios. Por otra parte, era muy probable que la defensa de las libertades de la provincia en contra de la interferencia del régimen prusiano suscitara un apoyo generalizado. En su artículo sobre «El robo de leña», concluía que «El sentido del Derecho y de la ley es *el más importante provincialismo* de la población renana».[314] Por tanto, era aconsejable plantear cualquier postura política desde el punto de vista local y concreto. Al escribirle a Oppenheim sobre el ataque de Edgar Bauer al «liberalismo tibio», o ese que buscaba el *juste milieu* —una postura con la que Karl concordaba en principio—, esgrimía que «los argumentos teóricos muy generales sobre el sistema político del Estado son más adecuados para órganos propiamente científicos que para

un periódico», y que «los diarios solo comienzan a ser la arena propicia a tales preguntas cuando estas ya se han transformado en preguntas acerca del Estado real, en cuestiones prácticas». El uso de argumentos abstractos y generales en contra del Estado redundaría, con toda probabilidad, no solo en la intensificación de la censura, sino en «incrementar el resentimiento de mucha, y ciertamente la mayoría, de la gente librepensadora y práctica que había asumido la laboriosa tarea de alcanzar la libertad paso a paso en el marco constitucional».[315]

En julio de 1842 Karl se mostró por primera vez irritado con las colaboraciones provenientes de Berlín y escribió a Ruge exigiéndole detalles de los llamados Hombres Libres, una facción nueva de sus amigos berlineses. Declararse a favor de la emancipación era un gesto de honestidad, argumentaba él, pero andar voceándolo a los cuatro vientos como una forma de propaganda solo contribuiría a irritar a los «reaccionarios» y a generar mayor censura. El doctor Hermes, «el portavoz del reaccionarismo» y autor principal de la muy católica *Kölnische Zeitung*, «les endilgaría con toda probabilidad los Hombres Libres». Se sentía aliviado de saber que Bauer estaba en Berlín y «no permitiría que se hicieran estupideces».[316]

Solo que Bruno Bauer no parecía ejercer ninguna influencia que contuviera esas actitudes y, a finales de noviembre, las cosas llegaron a un punto extremo. En una visita a Berlín, Georg Herwegh, el poeta radical alemán y antaño exiliado del país, había sido objeto de la burla de los Hombres Libres a raíz de sus poses radicales. Lo atacaban, en particular, por haberse reunido con el rey y embarcado en un matrimonio oportunista. Encolerizado por esta recepción, Herwegh escribió a la *Rheinische Zeitung* quejándose de que «el romanticismo tan revolucionario» de los Hombres Libres y «este remedo de segunda mano de los clubes franceses» están afectando a «nuestra causa y nuestro partido».[317] Karl compartía la actitud de Herwegh y acusó a Eduard Meyen, uno de los líderes del grupo berlinés, de enarbolar opiniones que resultaban «estridentes» y «al estilo de los *sans culottes*».[318] Ruge también visitó Berlín para pedirle a Bruno Bauer que rompiera con los Hombres Libres y no adoptara ninguna postura inapropiada para un «académico con sentido de la objetividad».[319] Pero

Bauer alegó que no podía abandonar a Meyen, Buhl, Köppen y Stirner. A los pocos días le escribió a Karl para quejarse de la imagen falsa y las inexactitudes de hecho contenidas en las quejas de Herwegh, y arremetía contra Karl por aceptar sin más la versión de Herwegh. Aunque cerraba su carta en un tono más conciliador: «Preferiría escribirte de cosas más gratas y cercanas a los dos».[320]

Para Bauer, 1842 había sido un año decepcionante. En el anterior su prestigio entre los Jóvenes Hegelianos radicales había alcanzado su cénit. Los dos tomos de los *Sinópticos* habían llevado la crítica bíblica mucho más allá de Strauss. Además, su crítica directa al empeño de Strauss de atenuar las implicaciones de *La vida de Jesús* había sido fuertemente apoyada por Arnold Ruge en los *Deutsche Jahrbücher*, aunque esto hubiera conducido a que Strauss abandonara la publicación y a la defección de los suscriptores moderados.[321] En su prólogo de julio de 1841 en los *Deutsche Jahrbücher*, Ruge había apoyado a su vez el alegato de Bauer de que el movimiento autoconsciente era idéntico al de la historia en sí. Era la razón por la que Bauer se concebía, en ocasiones, como un nuevo Sócrates, nacido para arrasar el universo del cristianismo. Ruge había avalado, a su vez, como una transición de la teoría a la práctica, la confianza que Bauer depositaba en el poder de la «crítica» para disolver todos los fenómenos meramente «positivos».

Bauer mantuvo esta confianza hasta su despido. En marzo de 1842 había declarado que una nueva época daba comienzo, mientras Karl agregó en consonancia que «la filosofía habla de manera inteligible a la sabiduría estatal de estos canallas siempre tan resguardados».[322] Pero, una vez transcurrido el verano y cuando Karl se involucró sobre todo en los *Deutsche Jahrbücher*, surgió una distancia entre él y sus antiguos compañeros berlineses, aquellos que se habían aglutinado en torno a Bauer después de que este regresara a la ciudad y se valían de todos los medios periodísticos a su alcance para publicitar los argumentos de su líder, especialmente de la *Rheinische Zeitung*, editada por Rutenberg, cuñado de Bauer.

Esto no era ninguna crisis a nivel cósmico como la que anticipaba Bauer, o la que los Jóvenes Hegelianos de Berlín describían cómicamente

en un poema épico en tono de farsa escrito por Friedrich Engels y Edgar Bauer, hermano de Bruno.[\[323\]](#) Incluso ocurría que, mientras la población general de Prusia-Brandeburgo permanecía inmutable ante las críticas religiosas de los Jóvenes Hegelianos, la de la Renania católica se mostraba indignada.

En buena medida, las diferencias entre Karl y Bruno Bauer en ese año de 1842 eran tácticas y circunstanciales. ¿Cómo iba a hablarle la filosofía a la nación que latía más allá de los enclaves del radicalismo académico o la bohemia berlinesa? Cuando el desafío ateo de Bauer se mostró cada vez más infructuoso, la postura de Karl, Ruge y otros Jóvenes Hegelianos respecto al lugar central que la cuestión religiosa debía ocupar dio un giro primordial. En respuesta a las quejas de Eduard Meyen desde Berlín, a finales de noviembre de 1842 Karl escribió a Ruge planteando el asunto: «Solicité que la religión fuese criticada en el marco de la crítica a las condiciones políticas en lugar de criticar las condiciones políticas en el marco de la religión, visto que esto concordaba mejor con lo que es un periódico y con el nivel educacional del público lector». Pero esto indicaba un giro incluso más fundamental en su postura, «pues la religión carece de contenido; le debe su existencia no al cielo, sino a la tierra; y con la abolición de la realidad distorsionada, de la que ella es la *teoría*, habrá de colapsar por sí misma».[\[324\]](#)

En sus últimos meses de vida, la *Rheinische Zeitung* —aparentemente, sin ya nada que perder— se volvió más audaz. En respuesta al enfado suscitado por el cierre inminente del periódico, Arnim jugaba con la idea de permitir que algunos de los textos anticristianos fueran publicados sin censura, como una forma de ahuyentar a los lectores renanos. El funcionario prusiano Wilhelm von Saint-Paul, quien informó a Berlín de que Karl era el factor doctrinario y el inspirador teórico del diario, especulaba a su vez con que el periódico pudiera seguir en una línea más moderada si este lo dejaba, pero el régimen berlinés se mostró inflexible, en grado no menor por las presiones que ejercía Nicolás I, zar de Rusia y cuñado de Federico Guillermo IV, que había quedado indignado con un polémico artículo en el que se denunciaba la alianza entre ambas naciones.[\[325\]](#)

El 2 de marzo de 1843 Saint-Paul informó de que en las presentes circunstancias Karl había resuelto poner fin a su vínculo con la *Rheinische Zeitung* y abandonar Prusia, y el 16 de marzo este renunció definitivamente al diario. El régimen casi llegó a pensar entonces que había sobreestimado la amenaza del periódico, dado lo poco que su idealismo abstracto incidía en las exigencias prácticas de la vida. Es más, dadas las opiniones «ultrademocráticas» de Karl, Saint-Paul se preguntó si, tras su partida, no ocurriría que un periódico de talante moderado ocuparía su lugar; otros colaboradores del diario eran radicales por instinto, pero no tan adeptos para vincularlo con la doctrina «Ruge-Marx-Bauer». No obstante, nada de esto ocurrió. En cuanto a la amenaza católica —el motivo original para haber alentado la creación del diario—, Saint-Paul pudo establecer buenas relaciones con el doctor Hermes, el autor principal de la *Kölnische Zeitung*, dando pie a un tratamiento futuro más benévolo por parte del Gobierno de Berlín.[\[326\]](#)

Karl le escribió a Ruge informándole de la prohibición impuesta a la *Rheinische Zeitung* y de su renuncia a finales de enero de 1843: «Mala cosa es tener que desempeñar labores serviles aunque sea en beneficio de la libertad; tener que batirse a alfilerazos y no en los clubes del pensamiento. Me he cansado de la hipocresía, la estupidez, la intolerable arbitrariedad, y de nuestras genuflexiones y regateos, nuestros amagues y supuestas sutilezas con el lenguaje. Por consiguiente, el régimen me ha devuelto mi libertad». Y añadía: «No hay nada más que yo pueda hacer en Alemania».[\[327\]](#)

5

LA ALIANZA DE LOS QUE PIENSAN Y LOS QUE SUFREN

PARÍS, 1844

PRÓLOGO

Uno de los efectos más perdurables de las revoluciones de 1848 fue el de establecer líneas divisorias claras entre liberales, republicanos y socialistas. En Prusia esta divergencia se había planteado ya cuatro años antes, entre 1843 y 1844. Hasta entonces, había sido imposible pensar en un *Bewegungspartei*: un Partido del Movimiento que abarcara desde los accionistas liberales y reformistas de la *Rheinische Zeitung* hasta el socialismo de Moses Hess o el nacionalismo republicano de Arnold Ruge. Las esperanzas estaban puestas entonces en un giro de conciencia entre la población, sustentado en ciertas versiones radicalizadas del idealismo kantiano y hegeliano, a cuya cabeza marcharía una prensa libre. Las aspiraciones eran planteadas no en términos de felicidad o bienestar, sino de autodeterminación y libertad. El objetivo era implementar un Estado en el que «el ciudadano individual, al obedecer las leyes del Estado, obedezca solo las leyes naturales de su propia razón, las de la razón humana».

Visto que aún había esperanzas de cambio, la atención estaba puesta en los matices de cada postura política, en lo que se vislumbraba de la lucha bajo cuerda entre las facciones contendientes, y en el posible resurgimiento de una agenda reformista en el seno del régimen y la Administración. El recuerdo de la «era de la reforma», o de la movilización nacional de 1813-1814, y la vigencia hasta comienzos de la década de 1840 de veteranos influyentes de aquella época atenuaban las líneas divisorias entre las fuerzas progresistas. Solo que, ante la actitud intransigente del nuevo Gobierno, la

eliminación paulatina de una prensa de oposición y la ausencia de toda resistencia efectiva a esa censura, las posturas no tardaron en enquistarse. Los reformadores moderados quedaron reducidos al silencio, los radicales forzados al exilio.

Era una situación propicia a que la amplia alianza del *Bewegungspartei* se hundiera y la unidad dentro del movimiento de los Jóvenes Hegelianos se quebrara. A mediados de 1844 Karl se había distanciado de Bruno Bauer y también de Arnold Ruge. Se había convertido en un «comunista», que ahora abogaba por la «revolución social».[328] La fragilidad de la alianza entre liberales y radicales era evidente desde la década de 1830 y se centraba en las diferencias acerca de la actitud a adoptar ante la monarquía parlamentaria de Luis Felipe en Francia. Dicho régimen, que había alcanzado el poder tras la Revolución de Julio de 1830, era la clase de gobierno que los liberales propiciaban, pero ese mismo Gobierno se embarcó muy pronto, ya en 1831, en un programa represivo tanto de los republicanos parisinos como de los trabajadores de Lyon y otros núcleos provinciales. Su liberalismo del *juste milieu* era atacado desde la derecha por los partidarios legitimistas de los defenestrados Borbones, y desde la izquierda por una amplia gama de radicales, republicanos y socialistas.

Menos comprensible resultaba la escisión entre republicanos y «comunistas» dentro del grupo de Jóvenes Hegelianos. ¿Por qué rompió Karl con aquellos que enarbolaban una postura republicana comprometida con lo social? Tres factores dan cuenta de lo que, de otra forma, se hubiera visto como un bandazo arbitrario de Karl hacia el «comunismo» en el invierno de 1843-1844.

El primero era evidente en sí mismo: el fracaso de las políticas de la autoconciencia para suscitar algún cambio en la política del Estado. La débil reacción de cualquier facción de la sociedad prusiana ante la supresión de la *Rheinische Zeitung* o de los *Deutsche Jahrbücher* de Ruge llevó, a su vez, al desencanto con la estrategia de la «crítica». El segundo factor, y crucial, fue el surgimiento de una vía filosófica alternativa a Hegel y más allá de él, bosquejada por Feuerbach. Las políticas ilustradas y de desarrollo de la autoconciencia eran ideales para la crítica jurídica y religiosa, pero, a diferencia de la postura desarrollada por Feuerbach, no tenían un punto de

vista distintivo en los temas que habrían de dominar la esfera política en la década de 1840 y que constituían el tercer factor: la situación del «proletariado» y la «cuestión social». Los tres factores estaban íntimamente relacionados. Visto desde la perspectiva de los «críticos», era difícil conceder especial significación al proletariado, una clase social cuyos rasgos distintivos eran la miseria material y la falta de educación. Pero, desde la perspectiva de una revolución «humana» o «social», esa que Karl deducía de las premisas establecidas por Feuerbach, era posible otorgar a dicha clase un papel protagonista.

KREUZNACH

El 16 de marzo de 1843 finalmente Karl se retiró de la *Rheinische Zeitung*. Había ya resuelto dejar Alemania y, desde enero, había emprendido la búsqueda de otro trabajo, primero con Herwegh en Suiza, y luego con Ruge en Sajonia, Bélgica o Francia.[\[329\]](#) Había decidido además casarse. Pues, como escribió a Ruge el 25 de enero, no se iría del país sin su novia. Una vez que los arreglos de boda estuvieron al fin hechos, le escribió de nuevo a Ruge el 13 de marzo, diciéndole que viajaría a Kreuznach, se casaría y «pasaría un mes o así por allí, en casa de la madre de mi esposa, de manera que antes de iniciar otro trabajo debiera tener unos cuantos artículos listos».

El matrimonio puso fin a largos y accidentados años de compromiso, que se hicieron particularmente tensos tras la muerte de Heinrich, e incluso más cuando murió el padre de Jenny, Ludwig. Como Karl le explicaba a Ruge:

He estado comprometido durante más de siete años y, por mi bien, mi novia ha librado las más violentas batallas, que casi minaron su salud, en parte contra sus beatos y aristocráticos parientes, para quienes «el Señor de los cielos» y «el señor de Berlín» son objetos similares de culto religioso, y en parte contra mi propia familia, en la que algunos sacerdotes y otros adversarios míos han encontrado refugio. Así, durante años mi novia y yo nos hemos visto involucrados en más conflictos prescindibles y agotadores que muchas parejas que nos triplican en edad y que hablan continuamente de su «experiencia de vida» (la frase preferida de nuestro Juste-Milieu).

Pese a todo esto, le aseguraba a Ruge que, «sin hacer la menor concesión al romanticismo, estoy locamente enamorado y, por cierto, de manera muy seria».[330]

El matrimonio se celebró el 19 de junio en Kreuznach, en el Palatinado, a ciento treinta kilómetros de Tréveris, el centro de una zona vitivinícola famosa por sus cepas de Riesling y Silvaner. Tras la muerte de Ludwig, una tía que también vivía con ellos había fallecido. Jenny se trasladó entonces, de manera transitoria, a Kreuznach con Caroline, su madre, posiblemente por necesidades económicas; Karl ya la había visitado allí antes. Según Betty Lucas, amiga de Jenny, la afamada escritora y crítica social romántica Bettina von Arnim visitó Kreuznach en octubre de 1842 e insistió en que Karl la acompañara a una caminata hasta el Rheingrafenstein, un famoso castillo en un bello emplazamiento turístico, situado a una hora o más de su hogar. Parece que Karl se fue con Bettina tras echar «una melancólica ojeada a su novia».[331]

La boda se celebró, pues, en la iglesia de Saint Paul, en Kreuznach, a cargo de un predicador cuyo nombramiento databa de la época de los jacobinos; entre los testigos había un antiguo compañero de escuela de Karl y el dueño de una posada local. Henriette no asistió a la boda, pero envió su consentimiento escrito. Tras la ceremonia, según el relato de Jenny, «fuimos de Kreuznach a Rhein-Pfalz vía Ebernburg y volvimos por Baden-Baden. Luego nos quedamos en Kreuznach hasta finales de septiembre. Mi querida madre volvió a Tréveris con mi hermano Edgar».[332] Karl y Jenny se marcharon a París a finales de octubre.

Karl había tenido antes la esperanza de coeditar el *Deutscher Bote* (*Correo Alemán*) en Zurich y el 19 de febrero Herwegh le escribió para sugerir una posible colaboración, pero este plan concluyó cuando las autoridades cerraron el *Bote* y expulsaron a Herwegh. Arnold Ruge había concordado a su vez con el plan del *Bote*, pero su objetivo fundamental era asegurar el «renacimiento por lo demás esencial» de los *Deutsche Jahrbücher*. Así que ofreció a Karl la coeditoría y un ingreso fijo de 550-600 táleros, más otros 250 táleros por sus colaboraciones. La nueva revista situaría la «filosofía radical como fundamento de la libertad de prensa» y «articularía la cuestión de la crisis política o de la conciencia general

cuando empieza a formarse». El fin inmediato sería «prepararnos nosotros mismos para después arremeter contra los reaccionarios armados y derribarlos de un solo golpe».[333]

Las políticas de Karl habían coincidido plenamente con las de Ruge desde finales de la década de 1830. En 1842 y 1843 sus reacciones ante acontecimientos inmediatos, y en especial frente a las «frívolas» diatribas del grupo de Hombres Libres, habían sido muy parecidas. Como un autor establecido y en posesión de un medio independiente, *Papa* Ruge —como le llamaba Jenny— era claramente el socio mayor en esa colaboración. La prohibición de los *Deutsche Jahrbücher* en enero de 1843, como resultado de la presión prusiana, junto a la clausura de la *Rheinische Zeitung*, implicó el silenciamiento de facto de los Jóvenes Hegelianos que permanecían en Alemania. El objetivo de la crítica, tal como era ejercida por los Jóvenes Hegelianos, era esclarecer la brecha apreciable entre las demandas de la razón y el comportamiento del Gobierno, pero el fracaso en lograr un progreso significativo en la Prusia de Federico Guillermo IV los había impulsado a su vez a una crítica abierta de la filosofía política de Hegel.

Durante su verano en Kreuznach, Karl intentó completar la crítica a la *Filosofía del Derecho* de Hegel que había prometido a los *Deutsche Jahrbücher* en fecha tan lejana como la primavera de 1842. Concebida inicialmente como una crítica de la monarquía constitucional, por la época en que volvió sobre el tema su crítica de la filosofía hegeliana había sufrido una transformación fundamental, debido a la aplicación cada vez más abarcadora del enfoque filosófico de Ludwig Feuerbach. Este brindaba una lectura distinta de Hegel y la expuso con detalle en su ensayo titulado «Tesis provisionales para la reforma de la filosofía», publicada en el *Anekdotia* de Ruge en la primavera de 1843, y desarrollada en sus *Principios de la filosofía del futuro*, que se editaron más adelante ese mismo año.[334]

Feuerbach había cobrado notoriedad en 1840 como autor de *La esencia del cristianismo*, que sería traducido al inglés por George Eliot en 1854. [335] Su argumentación proponía que la religión era una forma enajenada de la emocionalidad humana. A diferencia de los animales, los humanos podían convertir sus emociones en objetos de reflexión. Tales emociones eran reencarnadas en un ser externo liberado de las restricciones de la

existencia individual humana y, por esa vía, el hombre había sido llevado a proyectar su propia esencia como especie en un ser ficticio, Dios. Como resultado, la relación entre sujeto y objeto (o predicado) se invertía. De ahí en adelante, no parecía ya que fuese el hombre el creador de Dios, sino que Dios había creado al hombre.

Sin embargo, Feuerbach partía del «hombre-en-la-naturaleza». El «hombre» (el ser humano) no era simplemente un ser pensante. Encarnaba la razón y la libertad, pero era antes que nada un «ser sensual». El hombre-en-la-naturaleza era a la vez activo y pasivo. Como la génesis del pensamiento estaba en el «ser real», igual ocurría que «el sufrimiento antecedió al pensamiento». Como ser natural, el «hombre» vivía necesitando medios de vida que existían fuera de él, sobre todo el nexo elemental entre las especies, el amor. «El primer objeto del Hombre», escribió Feuerbach, «es el Hombre». Como criatura en estado de necesidad, el hombre dependía de otros. En este sentido, era un «ser comunitario». La esencia y punto de partida del hombre no era el «Yo», sino «la unidad del Yo y el Tú». El hombre llegaba a la conciencia de su humanidad, de su «ser gregario», con la ayuda de otros hombres.

La elaboración de Feuerbach de un «ser gregario» a partir de los atributos del hombre condujo a una visión muy distinta del significado de la sociedad civil tal y como aparecía en Hegel. En la *Filosofía del Derecho*, Hegel había asignado un papel fundacional a la necesidad y la interdependencia humana. Lo que él designaba como «el sistema de necesidades» caracterizaba las formas de intercambio e interdependencia descubiertas por los economistas políticos y que subyacían tras la sociedad mercantil moderna. Pero Hegel no consideraba la sociedad civil como la auténtica esfera de la libertad humana, ni veía en ella la capacidad de convertirse en esa libertad. La sociedad civil era, en rigor, la esfera de la necesidad, el «estado exterior» regido por las necesidades y deseos individuales egoístas del hombre natural. El verdadero ser del hombre como espíritu solo podía realizarse en «el Estado». Para Feuerbach, por el contrario, la única existencia posible del hombre era la de un ser natural, regido por la necesidad. Sobre esta base, era sin embargo posible concebir la interdependencia de la sociedad civil como el fundamento de la

naturaleza comunitaria del hombre y avizorar el gradual florecimiento de una sociedad que estaría en armonía con el «ser gregario».

El desarrollo del cristianismo había bloqueado el surgimiento de dicha sociedad. El cristianismo había transformado el carácter comunitario de la especie humana en la unión particular de cada individuo con un ser externo. La religión era, por ende, responsable del individualismo de la sociedad moderna. Entre el individuo y la universalidad de la especie se interpuso un mediador externo. En lugar de la unidad primordial como especie del «Yo y el Tú», el papel del «Tú» había sido usurpado por Cristo. El protestantismo, en particular, con su énfasis en la conciencia individual y la cualidad sacerdotal de todos los creyentes, había desmantelado la comunidad espiritual de la religiosidad medieval e inspirado un repliegue egocéntrico desde la vida comunitaria, así como un mundo material despojado de santidad.

En las «Tesis provisionales para la reforma de la filosofía», Feuerbach ampliaba su crítica a la filosofía de Hegel. La encarnación que Hegel proponía del «Espíritu Absoluto» en la historia presuponía una perspectiva extrahumana sin ningún fundamento natural y era una extensión de la teología cristiana. Así como el cristianismo había alienado originalmente al hombre de sus emociones, Hegel había alienado al hombre de su pensamiento, y el denominador común a ambos era la «abstracción». «Abstraer significa poner la *esencia* de la naturaleza *fuera de la naturaleza*, la *esencia* del Hombre *fuera del Hombre*, la *esencia* del pensamiento *fuera del acto de pensar*. La filosofía hegeliana ha alienado al Hombre *de sí mismo*, en la medida en que todo su sistema se basa en estos actos de abstracción.»[\[336\]](#)

Tales abstracciones, como Feuerbach enfatizaba, no poseían existencia independiente. Todo podía resolverse en términos naturales y empíricos, y ser descrito en el lenguaje de la naturaleza y la historia. La abstracción solo era una expresión de la propia naturaleza racional y las capacidades del hombre. La impresión de que esas abstracciones tenían existencia objetiva más allá de la humanidad era el fruto de la alienación del hombre en relación con su naturaleza, y en particular con su naturaleza social. Esto era singularmente efectivo en el caso de las filosofías idealistas como las de

Fichte o Hegel, que partían del «Yo» o del «Sí mismo» aislados: «Se requiere a dos seres humanos para la generación del hombre, tanto el intelectual como el corpóreo». El defecto del idealismo era su anhelo de derivar ideas a partir del «Yo» sin un «Tú» sensible y determinado. El caso extremo era el de la *Ciencia de la lógica* de Hegel, donde términos como concepto, juicio o silogismo «no son ya conceptos nuestros», sino presentados como términos absolutos y «objetivos», que existen en sí mismos y por sí mismos. De esta forma, la filosofía Absoluta exteriorizaba y alienaba «al hombre de su propia esencia y actividad».[337]

De forma bastante independiente de Feuerbach, Ruge había desarrollado su propia crítica de la concepción hegeliana del Estado. Ya en 1840 había argumentado que la *Filosofía de la historia* de Hegel, publicada póstumamente y que presentaba a los diversos estados existentes como subproductos del desarrollo racional e histórico, era superior a la *Filosofía del Derecho*, donde explicaba el Estado en categorías utilizadas en su *Ciencia de la lógica*. En los *Deutsche Jahrbücher* de agosto de 1842, Ruge se apoyaba en las intuiciones de Feuerbach para elaborar su crítica política. [338] La *Filosofía del Derecho* de Hegel, decía en su argumentación, había sido el vástago de una época en que «no había absolutamente ningún debate o vida públicos». Hegel había atesorado la ilusión de que se podía ser «teóricamente libre sin ser políticamente libre». Se había mantenido alejado «de la fea “obligatoriedad” de la praxis».[339]

Después de Strauss, decía Ruge, esto era imposible, porque «los tiempos» eran «políticos». El problema de empezar por la *Ciencia de la lógica* era que no abordaba interrogantes sobre la existencia humana. Solo cuando la historia se integraba en el ámbito científico, aparecía la existencia como algo relevante. Para los Jóvenes Hegelianos, «el proceso histórico es la relación de la teoría con las distintas formas de existencia histórica del Espíritu, y esta relación es crítica». Como contrapartida, la *Filosofía del Derecho* planteó «formas de existencia o determinaciones históricas a partir de las determinaciones lógicas». Esta ausencia de cualquier diferenciación explícita entre lo histórico y lo metafísico redundó en un «acto absurdo de prestidigitación» en el que la monarquía hereditaria y el sistema bicameral se volvieron necesidades lógicas. Ruge abandonaba la identificación previa

que había hecho entre Prusia y el desarrollo racional del protestantismo. Al igual que Feuerbach, presentaba la Reforma como el punto de escisión entre la religión y la comunidad, y como el inicio de la imagen de Hegel del «estado exterior» o la «sociedad civil», en los que los individuos se ocupaban únicamente de sus asuntos privados.[340]

ROUSSEAU REVISITADO. LA AUTÉNTICA DEMOCRACIA FRENTE AL MODERNO ESTADO REPRESENTATIVO

La crítica que Ruge proponía de Hegel se mantenía dentro de los límites de una visión republicana estándar; la crítica de Karl era mucho más drástica. Tras lamentarse inicialmente ante Ruge de que Feuerbach dedicara excesiva atención a la naturaleza y demasiado poca a la política, su propia ampliación del procedimiento crítico de Feuerbach fue aún más ambiciosa. [341] En 1842 el objetivo de Karl había sido «el Estado cristiano»; ahora era «el Estado moderno» o «el Estado político». Igual que Ruge, aplicaba las nociones de Feuerbach sobre la abstracción e inversión, pero lo que más le entusiasmaba del enfoque de Feuerbach era la visión de la religión solo como instancia de un proceso más vasto y universal de abstracción.[342] Todas las abstracciones podían resolverse en facetas de la naturaleza humana. Mediante la traducción inversa de las abstracciones a los fenómenos naturales e históricos de los que se habían derivado, era posible —o eso decía Feuerbach— llegar a «la verdad no encubierta, pura e inmaculada».[343]

Desde la perspectiva de Karl, era a la vez posible aplicar esta intuición tanto a la política como a la religión. Se le recriminaba a Hegel haber olvidado que «la esencia de la “personalidad singular”» era «su *cualidad social* y que los asuntos, etcétera, del Estado no son otra cosa que modos de existir y actuar de las cualidades sociales del hombre».[344] «Así como la religión no crea al hombre, sino que es el hombre el que crea la religión, así también la Constitución no crea al pueblo, sino que es el pueblo el que crea la Constitución.» Si esto no estaba claro, era porque el «Estado» político no era la totalidad, sino «una dualidad», y en ella cada individuo debe

desdoblarse entre ser «el ciudadano del Estado y el ciudadano en cuanto simple miembro de la sociedad burguesa».[345]

Como había hecho Ruge, Karl se valía de las nociones de Feuerbach para refutar el intento de Hegel de presentar su teoría del Estado como una aplicación de su *Ciencia de la lógica*. Hegel había hecho del Estado la creación de «la Idea»; había convertido «en producto, en predicado de la idea, lo que es su sujeto». Su procedimiento consistía en transformar el hecho empírico en especulación, y la especulación en hecho empírico. De esta forma, «el verdadero camino se vuelve aquí del revés». La transición desde la familia y la sociedad burguesa al Estado no surgía de la naturaleza de la familia o la sociedad burguesa; era vista, en la *Ciencia de la lógica*, como la transición puramente categórica desde la esfera de la esencia a la del concepto.[346] Todos los términos que Karl empleó después para explicar su diferencia con Hegel en sus «Comentarios a *El capital*», ese intento de derivar un concepto del Estado de una serie de abstracciones, fueron reiteraciones de los términos que aquí emplea.[347]

¿Eran la teoría del Estado de Hegel o el Estado posrevolucionario en sí mismo culpables de abstracción? Según Karl, Hegel tenía razón al tratar al Estado como una abstracción y al dar por sentada la separación entre Estado civil y político. «No debemos censurar a Hegel porque describa el ser del Estado moderno tal y como es, sino por presentar lo que es como *esencia del Estado*.» Lo que era peculiar del Estado moderno era que la Constitución se había desarrollado «en una realidad particular junto a la real vida del pueblo» y, como fruto de la escisión entre Estado y sociedad burguesa, se daba una situación en la que «el Estado no reside en la sociedad burguesa, sino fuera de esta». En dicho proceso, argumentaba Karl, «la constitución política era hasta ahora la esfera religiosa, la religión de la vida del pueblo, el cielo de su generalidad frente a la existencia terrenal».[348]

Dicha «abstracción del Estado como tal» caracterizaba los tiempos modernos, igual que lo hacía su causa: «la abstracción de la vida privada». La imagen que Karl tenía del feudalismo medieval siguió siendo la que había desarrollado cuando estudiaba el arte cristiano en 1841. Un periodo de la sociedad humana en que el hombre fue convertido en un animal

«idéntico a su función», pero a la vez uno en que «cada esfera privada tiene un carácter político». «En la Edad Media se identifican la vida del pueblo y la vida del Estado.» El «hombre» era el principio real del Estado, aun cuando fuera un «hombre no libre». Era, por tanto, «la democracia de la carencia de libertad». El Estado político de los tiempos modernos surgió únicamente cuando las «esferas de la vida privada» —el comercio y la propiedad terrateniente— cobraron existencia independiente. Esta transformación de los estamentos políticos en estamentos cívicos se produjo bajo la monarquía absoluta y el proceso fue completado por la Revolución francesa. En adelante, las diferencias entre los estamentos se volvieron sencillamente «diferencias sociales» dentro de la vida cívica.[\[349\]](#)

Solo en el «Estado racional», eso que Karl denominaba ahora la «democracia», existía «una verdadera unidad de lo general y lo particular». «La democracia era el enigma resuelto de todas las constituciones.» Solo en este caso volvía la constitución a «su fundamento real, el ser humano real, el pueblo real». «En la democracia, el principio formal es al mismo tiempo el principio material.»[\[350\]](#) La Grecia clásica era una vez más el punto imaginario de comparación. A diferencia del Estado moderno, que era un compromiso entre el Estado político y el no político, el Estado antiguo era «universal», la unidad de lo formal y lo material. Allí la república era «la incumbencia privada real, el contenido real [...], el verdadero y único contenido [para los ciudadanos] de su vida y de su voluntad». En los estados de la Antigüedad, ya fuesen Grecia o Roma, el Estado político conformaba el contenido del Estado con exclusión de todas las demás esferas.[\[351\]](#)

La «democracia» a la que Karl aludía no era la democracia *política* posterior a 1789, basada en el principio de representación. En el Estado «político» moderno, la democracia solo podía ser «formal», ya que dicho Estado suponía la coexistencia de lo «no político» y lo «político», del «hombre» y el «ciudadano». Esto era efectivo en una monarquía, en una república o incluso en un Estado basado en el sufragio universal masculino. El Estado moderno era un compromiso entre la sociedad burguesa y el Estado, o entre el Estado «no político» y el «político». Juzgados con ese criterio, «todo el contenido del Derecho y del Estado es, con pocas

variantes, el mismo en Norteamérica que en Prusia. Por tanto, allí la *república* es simplemente una *forma* de Estado, como aquí la monarquía. El contenido del Estado se halla fuera de estas constituciones». [\[352\]](#)

La realidad dominante en la modernidad era la «sociedad burguesa», con sus principios rectores del individualismo, la «guerra de todos contra todos» y el dominio de los intereses privados. Hegel sostenía que el Estado moderno era «la idea ética hecha realidad», pero «la identidad que Hegel construye entre la sociedad burguesa y el Estado es la identidad de dos ejércitos enemigos». Es más, a partir de su enunciado parecía que la idea ética era sencillamente «la religión de la propiedad privada». La constitución quedaba «garantizada» por el mayorazgo, por cuanto las distintas subdivisiones del comercio y la industria eran «la propiedad privada de las corporaciones». De manera similar, la burocracia, que era según Hegel el bien universal, solo constituía un objetivo privado particular contra otros individuos. La propiedad privada no solo era «el puntal de la constitución», sino «la constitución misma». [\[353\]](#)

En una verdadera democracia no habría sitio para la representación tal y como esta había evolucionado dentro del «Estado político». La representación era únicamente un factor «dentro de la *abstracción del Estado político*» cuando la «universalidad» se convertía en «pluralidad externa». Lo que estaba faltando era la «universalidad» como una «cualidad esencial, espiritual, real del individuo», de modo que «todos» participaran como esos «todos» y no como «individuos». [\[354\]](#)

En una verdadera democracia, la sociedad burguesa se torna una sociedad política, «la significación del poder *legislativo* en cuanto poder *representativo*» desaparecería por completo. El poder legislativo en una democracia real existiría solo en el sentido «en que es representativa *toda* función»; «a la manera como el zapatero, por ejemplo, mientras cumple una función social, es mi representante, y al igual que toda actividad social determinada solo representa, como actividad genérica, al género, es decir, a una determinación de mi propia esencia, y al igual que todo hombre representa a otro». Aún más, en esta situación la toma de decisiones no era el fruto de un conflicto entre voluntades: «más bien había que *descubrir* y *formular* la ley real». En otras palabras, en una «democracia» la toma de

decisiones se aproximaría a la visión de Rousseau del ejercicio de la «voluntad general» en *El contrato social*.[\[355\]](#)

Después de redactar ciento treinta páginas, Karl abandonó este «ensayo», pero la dirección en la que marchaba su argumento era bastante clara. El cambio ocurriría cuando la sociedad burguesa se postulara ella misma como el Estado político, pues este complemento de la abstracción sería al mismo tiempo la «superación de la abstracción». Los movimientos en pro de la reforma en Francia e Inglaterra brindaban indicios de esta posibilidad: «La *reforma electoral* es, pues, dentro del *Estado político abstracto*, la exigencia de su *disolución*, así como de la *disolución de la sociedad burguesa*». [\[356\]](#)

Uno de los objetivos centrales de Karl en su manuscrito era clarificar el rechazo a la noción de «crítica», la misma que había compartido con Bruno Bauer. Su discrepancia con Bauer había seguido una evolución gradual. En fecha tan temprana como 1839 se había familiarizado con la labor de Feuerbach, y su crispación con el enfoque estrecho de miras de la crítica religiosa era evidente ya en noviembre de 1842, cuando escribió que la religión «no tenía contenido». Pero en marzo de 1843 su elogio de la «Autodefensa» de Bauer siguió siendo entusiasta, y a finales de junio compartía en apariencia las esperanzas de Ruge de que Bauer pudiera sumarse a la revista que tenían en mente. [\[357\]](#)

Pero a medida que discurrió el año, su distancia con los supuestos de la «crítica» se hizo cada vez más evidente. Bauer no aceptaba que el proceso de abstracción, que Feuerbach había aplicado a su propia crítica de la religión, pudiera ampliarse al Estado moderno. Ni aceptaba, por ende, que la crítica relativa a la «emancipación política» pudiera hacerse en nombre de la «emancipación humana». Este fue el fundamento de la arremetida de Karl contra Bauer en la parte inicial de «La cuestión judía», ensayo que el propio Karl habría de publicar en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (*Anuarios Franco-Alemanes*) a principios de 1844.

El error de Bauer, escribía allí, era criticar solo «al Estado cristiano», no al Estado como tal y, por tanto, considerar «la abolición política de la religión como abolición de la religión en general». Bauer no indagaba en el nexo entre «emancipación política» y «emancipación humana», ni tenía en

cuenta las limitaciones «del Estado político» y su relación con la sociedad burguesa. Según Karl, allí donde «el Estado político había alcanzado su verdadero desarrollo», el hombre llevaba una doble vida: «la vida de la *comunidad política*, en la que se considera como *ser colectivo*, y la vida de la *sociedad burguesa*, en la que obra como *particular*». Era lo que había ocurrido durante la Revolución francesa, que «acabó necesariamente con todos los estamentos, corporaciones, gremios y privilegios» asociados al feudalismo, y con ello había «abolido el carácter político de la sociedad burguesa».

La emancipación política encarnada en los Derechos del Hombre no contradecía, como Bauer pensaba, el «privilegio religioso». Tanto la Constitución francesa de 1791 como la de Pensilvania, promulgada en 1776, trataban «el privilegio religioso» como un Derecho universal del hombre. La religiosidad de Estados Unidos, donde había habido una total separación de la Iglesia y el Estado, era una prueba de que la existencia de la religión no entraba en contradicción con el «perfeccionamiento político». La emancipación política significaba que la religión quedaba relegada a la esfera privada, a la esfera de la sociedad burguesa. En este sentido, «el Estado cristiano perfecto» era «el Estado ateo, el Estado democrático, que relega la religión entre los demás elementos de la sociedad burguesa».

Pero si la existencia de la religión era compatible con el «perfeccionamiento político», esto solo podía significar que había una inadecuación inherente a la noción de emancipación *política*, visto que la existencia de la religión era «la existencia de un defecto», y, dado que «para nosotros, la religión no constituye ya el *fundamento*, sino simplemente el *fenómeno* de la limitación secular», había que buscar la fuente del defecto en el Estado mismo. La emancipación política era, por supuesto, «un gran paso adelante»,[\[358\]](#) pero Bauer no entendía lo que Feuerbach había demostrado: que el hecho de que el Estado se emancipara de la religión no implicaba que los hombres de carne y hueso también lo hicieran.

El cristianismo seguía en dique seco, pero ya no a causa de las mistificaciones de la narrativa bíblica puestas en evidencia por Bauer, sino porque se había convertido en otra de las tantas expresiones «del divorcio entre el pueblo y su comunidad». La religión se había transformado en «el

espíritu de la sociedad burguesa, en el espíritu de la esfera del egoísmo, del *bellum omnium contra omnes*». La religión era «cabalmente eso, el reconocimiento del hombre dando un rodeo. Su reconocimiento a través de un *mediador*». Igual que el Estado era «el mediador entre el hombre y la libertad del hombre [...], Cristo es el mediador sobre el que el hombre descarga toda su divinidad». La religión se dirige al individuo aislado de la comunidad. Es la razón por la que «la democracia política es cristiana, porque en ella el hombre, y no solo un hombre sino todo hombre, vale como ser *soberano*, como ser supremo, pero [es] el hombre en su manifestación no culta y no social, el hombre en su existencia fortuita, el hombre tal y como anda y se yergue, el hombre corrompido por toda la organización de nuestra sociedad; [...] en una palabra, el hombre que aún no ha llegado a ser una criatura genérica *real*».[359]

Igual que Moses Hess, Karl denunciaba la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789 como una proclama de la primacía de la sociedad burguesa sobre el Estado político moderno. El derecho del hombre a su libertad no estaba basado, en dicha Declaración, en la asociación del hombre con el hombre, sino en la separación de uno y otro. «Es el *derecho* a esta separación», y «la explicación práctica del derecho humano a su libertad es el derecho humano a la propiedad privada». Era el derecho a gozar y disponer de la propiedad «sin preocuparse de los demás»; en otras palabras, «el derecho del interés personal», y «ninguno de los llamados derechos del hombre va más allá del hombre egoísta, del hombre considerado como miembro de la sociedad burguesa». No había noción alguna de un ser gregario o de la vida genérica. «El único nexo que los mantiene en cohesión es la necesidad natural, la necesidad y el interés privado.» En suma, el ciudadano era «el servidor del *homme* egoísta». Aun en medio de la euforia de la Revolución, la vida política decía ser «un simple medio cuyo fin es la vida de la sociedad burguesa». No se trataba del hombre como ciudadano, sino del «hombre en cuanto burgués», que era visto como «el hombre auténtico y verdadero».[360]

El ideal de emancipación política era, así formulado, deficiente. Implicaba la reducción del hombre al individuo egoísta e independiente, o bien al ciudadano, la «persona jurídica». «Solo cuando el individuo real

recobra dentro de sí al ciudadano abstracto y se convierte, como hombre individual, en *ser genérico*, en su trabajo individual y en sus relaciones individuales [...], y cuando, por tanto, no desgaja ya de sí mismo la fuerza social bajo la forma de [una] fuerza *política*, podemos decir que se lleva a cabo la emancipación humana.»[361]

El manuscrito de Karl y su publicación en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, hecha con miras a diferenciar su nueva postura de la de Bruno Bauer, fueron relevantes porque buena parte de lo que allí argumentaba habría de seguir siendo el sello de su pensamiento futuro, aun cuando, incluso a los ojos de Karl, los argumentos propuestos no fuesen concluyentes ni del todo convincentes. Y esta valoración está sugerida por el hecho de que luego se empeñó en corroborar su desacuerdo con Bauer en al menos otras dos ocasiones.

Cualquiera que fuese la validez del intento de Karl de teorizar no solo en torno al Estado de Hegel sino al Estado moderno como tal, el resultado fue una elaboración rígida y algo deficitaria en la que las diferencias entre, por ejemplo, el Estado prusiano y el Estado estadounidense se volvían secundarias y accesorias. En segundo lugar, la supuesta alternativa a la separación entre sociedad burguesa y Estado político, entre el hombre y el ciudadano, descansaba en una visión absolutamente inexplorada del «carácter *social*» de la naturaleza humana y el carácter «*universal*» del individuo, apoyada solo en una referencia pasajera a la *polis* griega. Por este motivo, criticaba a Hegel por olvidar que la esencia de una personalidad singular era «su cualidad social»: una crítica que ignoraba de hecho sus motivos para distinguir entre el Estado antiguo y el moderno. Esta incapacidad —o rechazo— a la hora de concebir la individualidad salvo como una instancia alienada del ser social encontró una expresión perdurable en el propio rechazo de Karl a la noción de los derechos individuales, incluso antes de haber comenzado a desestimarlos como un fenómeno «burgués». Por último, la distancia de sus concepciones con la realidad de las políticas radicales en la Gran Bretaña y Francia decimonónicas quedó subrayada por su descarte de la idea de representación y por sus expectativas de que los movimientos radicales

terminaran presionando a favor de superar la escisión entre sociedad burguesa y Estado político.

LA CUESTIÓN SOCIAL Y EL PROLETARIADO

El segundo elemento útil a la hora de documentar el giro de Karl en su postura fue la irrupción dramática, alrededor de 1849, del «proletariado» y la «cuestión social» como ejes del debate político. En torno a 1842 habían nacido los movimientos sindicales en Gran Bretaña y Francia.

En Francia el «comunismo» se había convertido en objeto de atención pública en 1840. El término había sido puesto en circulación por el republicano radical Étienne Cabet, como sucedáneo hipotéticamente inofensivo de la noción prohibida de una república igualitaria, pero la voz «comunismo» no pudo sacudirse tan fácilmente su asociación con actividades violentas e insurreccionales ligadas a la tradición igualitaria, que fue parte de la razón por la que, como anunciaba el *Manifiesto comunista*, Europa iba a quedar enseguida obsesionada con su «fantasma».

Los republicanos ultrarradicales se habían distinguido por su énfasis en la igualdad y por su identificación con la fase jacobina y extrema de la Revolución francesa. Había entre ellos seguidores de Robespierre, Hébert y especialmente de «Graco» Babeuf, quien en 1796, en nombre de la igualdad, había intentado organizar un levantamiento contra el Directorio (el Gobierno francés que siguió a la caída de Robespierre); de ahí la identificación frecuente de «comunismo» con «babuvismo». El recuerdo de este acontecimiento había sido revivido por el veterano conspirador revolucionario y sobreviviente del complot Philippe Buonarroti, cuyo relato *La conspiración de Babeuf por la igualdad* había aparecido en Bruselas en 1828. El objetivo de los Iguales había sido derrocar al Gobierno corrupto de Termidor y sustituirlo por un comité de emergencia de hombres «sabios» (una nueva versión del Comité de Salvación Pública de Robespierre). Su propósito sería expropiar al rico, ocupar las tierras y establecer una comunidad de bienes; entonces devolvería el poder al pueblo, de ahí en adelante conformado como una república igualitaria y democrática.

Con las secuelas de la Revolución de Julio de 1830, la doctrina de Babeuf había reaparecido en el seno de las sociedades republicanas de signo radical, como la Société des Droits de l'Homme («Sociedad de los Derechos del Hombre»). Tales sociedades, compuestas principalmente por estudiantes y artesanos con base en París, consideraban la monarquía parlamentaria, el sufragio censitario basado en la propiedad y la economía del *laissez-faire* de Luis Felipe, el nuevo «rey-ciudadano», como una «traición». Sus reiterados empeños insurreccionales habían provocado una reacción cada vez más represiva por parte del Estado, y en 1835 se prohibió no solo la existencia de las sociedades republicanas sino la defensa, desde ese momento, de la idea de república.[362] Enfrentada a esta campaña, una parte de la oposición republicana se sumergió en la clandestinidad. Se formaron sociedades secretas, como la Société des Saisons («Sociedad de las Estaciones»), que hizo un chapucero intento de levantamiento en 1839, bajo el liderazgo de Armand Barbès y Auguste Blanqui.

Estos eran los antecedentes de la proclama de Cabet exigiendo que fueran establecidas pacíficamente comunidades comunistas, proclama difundida en 1840 en su *Viaje a Icaria*, una laboriosa imitación de la *Utopía* de Tomás Moro. El plan de Cabet era replicar «las aldeas cooperativas» que Robert Owen había propuesto para Gran Bretaña.[363] Ese mismo año, sin embargo, los opositores al gradualismo de Cabet, los *violentos* Pillot y Dézamy, rebasaron al propio Cabet y a la oposición dinástica con su campaña de banquetes a favor de la reforma sufragista, escenificando «el primer banquete comunista» en el suburbio proletario de Belleville, un evento al que asistieron mil doscientas personas. Muchos dijeron que ese banquete desencadenó, poco después, una serie de huelgas en París. Además, hacia finales de ese año, la notoriedad del «comunismo» se vio subrayada cuando un trabajador llamado Darmès, un «comunista» y miembro de una sociedad secreta, intentó asesinar al rey.

El novedoso interés de Francia en el «comunismo», desarrollado en 1840, sugería un giro real en las preocupaciones sociales y políticas de la sociedad. Era el fruto de una superposición creciente entre la antigua obsesión republicana y radical con la igualdad y la preocupación más reciente, predominantemente socialista, por la «asociación» como una

solución coyuntural a la cuestión «laboral». Antes de que concluyera la década de 1830 no había habido mucho terreno en común entre estas dos posturas. El comunismo era político, un resurgir de la tradición republicana revolucionaria, una ampliación de la causa de la igualdad desde el arrasamiento de los privilegios hasta un ataque generalizado contra la propiedad privada. Como contraposición, el socialismo en Francia —una panoplia de doctrinas inspiradas por Saint-Simon y Fourier que inicialmente fue de interés para los estudiantes de nuevas instituciones como la École Polytechnique— se oponía a la revolución, era indiferente a las formas políticas y hostil a la igualdad, y estaba más interesado en la Iglesia que en el Estado. El objetivo del socialismo no era la igualdad, sino el advenimiento de la armonía, que una nueva ciencia social haría posible. Entretanto, propugnaba la «asociación» o la «cooperación» como respuestas al «antagonismo» generado por la competencia y el «egoísmo».

Dos libros publicados en 1840 dieron forma al nuevo paisaje político: *La organización del trabajo*, de Louis Blanc, y *¿Qué es la propiedad?*, de Pierre-Joseph Proudhon. El libro de Blanc intentaba fundir socialismo y republicanismo. Se centraba en una solución a la «cuestión laboral»: la interrogante surgida ante un sistema competitivo presuntamente exterminador y acompañado de bajos salarios, la disolución de la familia y la decadencia moral. Los apuros del sector laboral eran el fruto del Gobierno «burgués», la hegemonía británica y el egoísmo omnipresente. La solución era el establecimiento de asociaciones de trabajadores bajo la égida de un Estado republicano. En contraste con ello, el socialismo de Proudhon partía de una modalidad no estatal de «asociación». Aun así, en el principal objetivo de su ofensiva parecía más cercano a los comunistas. Pues a pesar de su vehemente oposición al ascetismo y autoritarismo de los «babuvistas», tanto él como ellos argüían que «si quieres disfrutar de la igualdad política, tienes que abolir la propiedad». En estas distintas versiones, el socialismo, el comunismo y los descontentos sindicales se entremezclaban cada vez más en la discusión pública.

En Gran Bretaña la preocupación por la cuestión social había dado a su vez un giro radical. Igual que en Francia, donde el republicanismo militante y por consiguiente el comunismo habían partido como una reacción airada

ante la «traición» orleanista de la Revolución de Julio, el cartismo se inició en Inglaterra, con su exigencia del sufragio universal masculino, como una reacción radical ante el acuerdo constitucional limitado, incluido en la Ley de Reforma de 1832. En ambos países el número de votantes era extremadamente bajo y en ambos se culpaba a las «clases medias» o a la «burguesía» de haber abandonado al pueblo en lugar de apoyarlo.

En el verano de 1842 había habido una huelga a gran escala, en parte inspirada políticamente, de los trabajadores en los distritos textiles de Lancashire y Yorkshire: los «disturbios de las clavijas». Algunos pensaban que esas huelgas habían sido fomentadas de manera deliberada por los empleadores; otros acusaban a los cartistas de querer convertir esas huelgas en «una revolución por medios legales». Pero cualesquiera que fuesen las intenciones detrás de ese movimiento, hubo un acuerdo general en que representaba, hasta entonces, el aspecto más amenazante del cartismo. Parecía corroborar lo que Thomas Carlyle había escrito sobre «el estado de la cuestión inglesa», donde consideraba que, cualquiera que fuese la «encarnación desvitalizada e incoherente del cartismo», su «esencia vital» era «el amargo descontento social cada vez más feroz y airado, por tanto la situación tan mala o la actitud tan mala de las clases trabajadoras de Inglaterra».[364]

Justo en ese momento —noviembre de 1842— el joven Friedrich Engels llegó a Inglaterra para trabajar en la empresa textil de su padre, Ermen and Engels, tras cumplir un año de servicio militar en Berlín, donde había conocido a los hermanos Bauer y flirteado con el grupo de Hombres Libres. Sus primeras impresiones parecieron confirmar todo lo que había escuchado sobre una inminente revolución social. En diciembre de 1842 había presentado un rápido informe a la *Rheinische Zeitung* donde afirmaba «que los desposeídos han obtenido algo de provecho con estos eventos: la conciencia de que una revolución por medios pacíficos es imposible» y que solo «una abolición por la fuerza de las desnaturalizadas condiciones vigentes» podría «mejorar la posición material del proletariado».[365]

También en Alemania había habido, en la década de 1830, un interés creciente en la cuestión social; Heine, Börne y los escritores agrupados en la Alemania Joven estaban fascinados con las ideas sociales y religiosas de

los sansimonianos, pero consideraban insostenibles sus nociones políticas. En 1842 un resurgimiento del interés alemán por Francia estaba específicamente relacionado con preguntas sobre el socialismo y el comunismo, pero solía faltar, por lo general, un conocimiento de su conexión previa con la tradición de la Francia republicana. En lugar de ello, se reposicionaba el comunismo como «un arrebató en pro de la igualdad» y como parte de la «cuestión social». Se lo identificaba con una fuerza primordial y ajena a la política: el «proletariado», «el grito de angustia de una clase infeliz y fanatizada». O, como Heine planteaba desde París, los comunistas exhibían un lenguaje simple y universal, comprensible para todos, un lenguaje construido sobre el «hambre», la «envidia» y la «muerte».

El debate de estos asuntos se vio enormemente facilitado por la publicación de un estudio con cierto detalle realizado por un estudiante alemán de nombre Lorenz von Stein, que desarrollaba su investigación en París. El texto de Von Stein, *Socialismo y comunismo en la Francia contemporánea* (1842), reforzó la asociación entre hambre, envidia y violencia, y fue ampliamente leído, sobre todo por su cualidad en extremo informativa. No solo resumía las obras de Saint-Simon y Fourier, sino que presentaba a los lectores alemanes a toda una generación nueva de pensadores socialistas, incluidos Proudhon, Pierre Leroux y Louis Blanc. Una vez más, el debate se centraba en el proletariado. Stein trataba el comunismo como el subproducto específico de la situación posrevolucionaria en Francia y suponía que, en el caso de Alemania, no había una amenaza inmediata al respecto.

Esta sensación de seguridad tuvo corta vida. La ansiedad galopante por el aumento, desde finales de los años treinta, de la extrema pobreza o «pauperismo» tanto en las ciudades como en el campo, adquirió un matiz político en 1843, con el arresto y encarcelamiento en Zurich de Wilhelm Weitling, un sastre ambulante de Magdeburgo y autor de propensiones comunistas. La documentación encontrada en su poder sugería que el comunismo se estaba difundiendo entre el proletariado alemán a través de una red de sociedades secretas. En su informe oficial, el juez local J. C. Bluntschli reforzaba la asociación establecida previamente por Stein entre

comunismo y rabia y los anhelos destructivos del proletariado. Weitling y otros que habían huido tras el fracasado levantamiento parisino de 1839 habían llevado el «comunismo» a Suiza. Weitling había hecho un llamamiento a alcanzar una mancomunidad de bienes y, aunque en su obra publicada, *Garantías de armonía y libertad*, apelaba a la razón, en su correspondencia privada revelaba que el logro del comunismo requeriría a su vez de acciones «salvajes» y «horrendas» por parte de los pobres acosados por la miseria en las grandes ciudades.[\[366\]](#) El informe de Bluntschli contribuyó ampliamente a difundir un temor irracional a la amenaza comunista que prevalecía en Alemania en 1848.

Por esta razón, aunque Stein clasificaba juntos el comunismo y el socialismo como reacciones al surgimiento del proletariado tras la Revolución francesa, también hacía una importante distinción entre ambos. El socialismo se volvía, en sus términos, la respuesta científica a la cuestión laboral, la solución a la escisión entre sociedad y Estado. El «comunismo» era su contraparte instintiva y arrasadora, encarnada en un proletariado impulsado por su ignorancia y su falta de patrimonio, en una búsqueda imposible de una redistribución inmediata y para todos.

Stein era un estudiante pobre de Leyes que había dependido de una beca gubernamental para completar sus estudios en París y complementado a la vez sus ingresos en la ocupación de espiar a los alemanes del exilio (aunque esto no se supo en la época). La tradición intelectual de la que surgía su libro era la del llamado *Staatswissenschaft* reformista, la modalidad de ciencias políticas que estudiaban en las universidades germanas los aspirantes a funcionario. Era un derivado de las políticas socioeconómicas paternalistas de la Prusia del siglo XVIII, respaldadas por un cuerpo de saberes económicos y administrativos conocido como «cameralismo». Esta tradición gubernamental quedó diseñada por la filosofía de Christian Wolff, el filósofo alemán más importante entre Leibniz y Kant. Wolff bosquejó en sus muchas publicaciones lo que era, en los hechos, un Estado del bienestar. El Estado se consideraba responsable de la defensa, el bienestar y la felicidad de sus súbditos. La concepción que Stein tenía del Estado fue a su vez moldeada por Hegel. El propio Hegel, en su discusión sobre las políticas sociales y económicas del día a día en la *Filosofía del Derecho*,

compartía buena parte del enfoque administrativo. El libro de Stein no era, por tanto, una simple descripción del problema social y las condiciones del proletariado francés, sino una defensa apasionada de una forma pensada de intervención estatal como respuesta al problema social, en caso de que este llegara a Prusia.[\[367\]](#)

Dentro de esta tradición del *Staatswissenschaft* como respuesta a la emergencia del proletariado, no era preciso tratar el socialismo como una filosofía política subversiva o la ideología de una clase en particular. Se lo podía considerar una política apoyada por el Estado que aportaba protección al trabajador y seguridad política al Estado como un todo. La introducción posterior, por Bismarck, de las pensiones de jubilación y la seguridad social le debía mucho a esta tradición. Otros integrantes de la clase funcionarial estaban llegando a conclusiones similares y esto ayuda a explicar el interés mostrado por reformadores administrativos como Karl Rodbertus o Robert von Möhl en la propuesta de Louis Blanc, hecha en 1839, para la creación de una «organización del trabajo» gestionada a nivel estatal.

El «socialismo de Estado», como llegó a conocerse, disfrutó de un atractivo perdurable para muchos en la Europa central durante lo que quedaba del siglo. En las décadas de 1860 y 1870 su legado sirvió para explicar el conflicto entre la Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein (Asociación General de Trabajadores Alemanes) de Lassalle, cercana al Estado, y el partido antiprusiano de Liebknecht y Bebel con base en Eisenach, un conflicto producido durante la formación del Partido Socialdemócrata Alemán. Ese atractivo se detectaba tanto en las propuestas de reforma social de «los socialistas de cátedra», en la década de 1870, como en las medidas en pro del bienestar social adoptadas por Bismarck en la década siguiente, que cubrían la enfermedad, la vejez y el desempleo.

En lo inmediato, explicaba la reacción hostil de los Jóvenes Hegelianos a la obra de Stein cuando esta apareció. Esto quedó claramente articulado en 1843 por Moses Hess.[\[368\]](#) Hess cuestionaba la realidad de la diferenciación que Stein hacía entre socialismo y comunismo. Arremetía, ante todo, contra las irritantes implicaciones del libro de Stein referidas a

que el Estado podía resolver el «problema social» o incluso practicar el «socialismo» sin haberse transformado antes él mismo.[369]

Entre los hegelianos radicales, el interés por Francia se centraba no solo en el crecimiento del proletariado y el problema de la extrema pobreza, sino a la vez en los defectos de la monarquía del *juste milieu* de Luis Felipe. Este modelo único de liberalismo estaba ahora asociado a la represión tanto del republicanismo como de la efervescencia social. En Colonia, en agosto de 1842, estas preocupaciones se hicieron evidentes con la formación de un círculo de estudios por quienes gestionaban la *Rheinische Zeitung*, círculo liderado por Moses Hess para investigar la cuestión social. Hess había viajado a Francia y en 1837 había engendrado una obra en la línea del milenarismo radical titulada *La historia sagrada de la humanidad por un discípulo de Spinoza*. Se lo consideró a menudo el primer defensor filosófico del comunismo en Alemania. Ese libro previo causó poco impacto, pero el siguiente, publicado en 1841 con el título de *La triarquía europea*, intentaba reformular su enfoque en términos hegelianos.

Hess argüía en contra de Hegel que el hombre no estaba todavía en posición de convertirse «en uno consigo mismo», y que dicha reconciliación no ocurriría si quedaba confinada tan solo al pensamiento. Dicha reconciliación solo podía realizarse dentro de una sociedad socialista y bajo la égida de un credo humanista; y esto requería de la acción. Los movimientos que buscaban la armonía espiritual y social ya estaban en la escena desde hacía un tiempo. En *La triarquía europea*, el avance hacia la etapa de armonía final aparecía encarnado por tres de los movimientos de emancipación existentes en tres naciones europeas. Alemania, la tierra de la Reforma, habría de alcanzar la libertad espiritual; Francia, la tierra de la Revolución, habría de lograr la libertad política; Inglaterra, ahora en el umbral de la revolución social fruto de la contradicción diariamente exacerbada entre extrema pobreza y «aristocracia monetaria», aportaría la igualdad social.[370] Entre aquellos a quienes la visión de Hess logró persuadir estaba Friedrich Engels, quien en el otoño de 1842 pasó por Colonia rumbo a Inglaterra. Hess sostenía que, tras una reunión con él en las oficinas de la *Rheinische Zeitung*, Engels cambió su postura del jacobinismo a una forma de socialismo. Fue la visión de Hess, entonces, la

que inspiró las expectativas de Engels de una próxima revolución social en Inglaterra.

Karl participaba regularmente en el círculo de estudio de Hess en la *Rheinische Zeitung*; el «Estado racional» que invocaba en sus artículos ya contenía un fuerte componente social, pero en esa etapa su actitud hacia los escritos explícitamente comunistas y socialistas fue cautelosa. En octubre de 1842, en respuesta a la acusación de tener afinidades comunistas hecha por la *Augsburg Allgemeine Zeitung* (*Gaceta general de Augsburgo*), señaló en nombre de la *Rheinische Zeitung* que no creía que ni siquiera podía «reconocer o reputar [como] posible la *realidad teórica* a [y de] las ideas comunistas bajo su forma actual». Afirmaba, en todo caso, que no era posible descartar textos como los de Leroux y Considérant y, sobre todo, «el agudo libro de Proudhon», sin «un largo y profundo estudio».[371]

En este artículo en particular Karl parecía únicamente dispuesto a considerar el «comunismo» como una forma de crítica antes que un movimiento social. «No es en el *intento práctico*, sino en el *desarrollo teórico* de las ideas comunistas donde está el verdadero *peligro*, pues a los intentos prácticos, aunque sean *intentos en masa*, cuando se reputen peligrosos, se puede contestar con los *cañones*, pero las *ideas* que se adueñan de nuestra mente [...], son cadenas a las que no es posible sustraerse sin desgarrar nuestro corazón».[372] Fue solo cuando pudo concebir al hombre como un ser sensible a la vez que racional, cuando el impacto en él de la filosofía de Feuerbach se hizo por primera vez notorio, un giro ocurrido en la primavera de 1843, en un momento en que había abandonado toda esperanza de progreso en Prusia y se disponía a abandonar el país.

Una prueba de este giro queda clara en el título de la revista adoptada por Marx y Ruge: los *Deutsch-Französische Jahrbücher*. En sus «Tesis provisionales para la reforma de la filosofía», Feuerbach había afirmado que «el auténtico filósofo, idéntico a la vida y al Hombre, ha de ser de una cepa franco-alemana. [...] Debemos hacer de Francia la madre y de Alemania el padre. El *corazón* —el principio femenino, el *sentido* de lo finito y el asiento del materialismo— es una *disposición* francesa; la *cabeza* —el principio masculino y el asiento del idealismo— es alemana».[373]

Los hegelianos radicales quedaron hondamente impresionados por este pronunciamiento de carácter oracular. La concepción de Feuerbach del hombre como entidad sensual y racional hizo posible una forma distinta de concebir la relación entre pensamiento y ser, o entre espíritu y naturaleza. En términos concretos, sugería una síntesis entre Alemania y Francia, o entre la filosofía y el proletariado. Como Karl le escribió al propio Feuerbach en el otoño de 1843, «usted fue uno de los primeros autores que manifestó la necesidad de una alianza científica franco-alemana».[374]

Un ensayo de Hess publicado en 1843 en el *Deutscher Bote* de Herwegh daba cuenta de una postura similar. Hess reiteraba la propuesta de que la emancipación solo podía ser fruto de un énfasis equivalente en el pensamiento y la acción. Para entonces, mientras los alemanes eran apenas conscientes del «movimiento social moderno», los franceses habían permanecido en punto muerto en el «tema religioso». El sansimonismo «era una simple imitación de la jerarquía», mientras que en Alemania los Jóvenes Hegelianos habían seguido «enredados en el asunto de la conciencia teológica». Pero ahora había surgido un nuevo radicalismo. «En ambas naciones, la facción radical se ha desprendido y puesto en contra de los poderes oficiales surgidos del movimiento espiritual y social. El protestantismo y la Monarquía de Julio estaban siendo atacados. Pierre Leroux y el francés Arnold Ruge han iniciado la polémica contra el Gobierno del *juste-milieu*, igual que su equivalente alemán polemiza contra el protestantismo, en la medida en que ambos representan solo una victoria a medias.»[375] Se requería ahora una síntesis creativa entre el «materialismo» francés, o «sensualismo», y el «idealismo» alemán, en el marco filosófico aportado por Feuerbach, y a mediados de la década de 1840 el «humanismo» —como comenzó a conocerse esta idea— inspiró a una generación completa de intelectuales alemanes previamente radicalizados por los escritos de los Jóvenes Hegelianos o de la Alemania Joven. Pero la cuestión que aún quedaba por resolver era si el «humanismo» adoptaría una forma republicana o socialista.

En marzo de 1843, en respuesta al llamamiento de Feuerbach a favor de una alianza franco-germana, Karl sugirió a Ruge que la publicación de la revista debía trasladarse de Zurich a Estrasburgo y que debían sumarse a ella colaboradores alemanes y franceses. Ruge reaccionó con entusiasmo a la idea, pero siguió barajando la idea de publicarla en Sajonia, su antiguo lugar de edición. Karl replicó que una reedición de los *Deutsche Jahrbücher* solo daría pie a un «débil eco» del original. Por el contrario, la publicación de los *Deutsch-Französische Jahrbücher* constituiría «una empresa que sí podría suscitar entusiasmo».[376] Ruge aceptó el «principio galo-germánico», pero entre marzo y agosto, debido quizá a los celos de Jenny, Karl desechó la idea de Estrasburgo.[377] Ruge exploró entonces la opción de Bruselas, pero comprobó que allí había pocos intelectuales y nada equiparable a los ochenta y cinco mil alemanes que supuestamente vivían en París.[378] Se resolvió entonces que el lugar de publicación sería París.

Alguna idea de lo que Karl y Ruge esperaban inicialmente de la nueva revista se evidencia en la correspondencia entre ambos durante la primavera y verano de 1843, intercambio luego reimpreso en la revista. Karl hacía una comparación optimista del rey prusiano con los Estuardo y los Borbones y asimilaba a Alemania a «la nave de los locos», destinada a una «revolución que se prepara».[379] La respuesta de Ruge era muy pesimista, el fruto de su experiencia como republicano alemán, prisionero político y editor perseguido. No había pueblo más fragmentado que el alemán y —haciéndose eco del *Hiperión* de Hölderlin— decía que «ves artesanos, pero no ves hombres; pensadores, pero no hombres; señores y siervos, jóvenes y personas maduras, pero no hombres. Es como un campo de batalla, en el que encontramos, amputados y revueltos, manos, brazos y toda clase de miembros, con la sangre derramada cuajándose entre la arena. [...] Su carta es una ilusión. ¿Que llegaremos a vivir una revolución política? ¿Nosotros, los contemporáneos de estos alemanes? Amigo mío, convierte usted sus deseos en creencias».[380]

Ruge argumentaba que Alemania estaba atravesando por una reiteración de los represivos Decretos de Carlsbad, promulgados en 1819. La charla acerca de los Estuardo y los Borbones no era más que eso, palabrería. Los alemanes jamás habían hecho ninguna revolución. Peleaban como gladiadores por los fines de otros. «¿Es alguien acaso tan necio como para ignorar lo que son nuestros filisteos y hasta dónde llega su inagotable paciencia carneril?» Ahora, hasta habían perdido su última posesión atesorada, la libertad de pensamiento. Los alemanes no solo toleraban el despotismo sino que lo hacían «con patriotismo». Como fruto de ello, los príncipes habían restablecido la propiedad personal de la tierra y del mismo pueblo, y abolido una vez más los derechos del hombre, por ser una imposición francesa. Los alemanes eran «un pueblo vil».[381]

Enfrentado al escepticismo de Ruge, Karl se fortaleció en su argumentación. Era cierto, planteaba en respuesta, que el viejo mundo pertenecía a los filisteos, pero había un orden nuevo emergente, ese de los seres «espirituales, hombres libres, republicanos».[382] El «sentimiento humano de sí mismos» tenía que ser revivido primero en «el pecho de estos hombres». «Solamente este sentimiento, que ha desaparecido del mundo con los griegos y que el cristianismo hace perderse en el vapor azul del cielo, puede volver a convertir la sociedad en una comunidad de hombres o proyectarlos hacia fines más altos, en un Estado democrático.»

El intento de reforma del monarca prusiano había fallado. Su ambición de recrear una época pasada, desbordante de «curas, caballeros y siervos», había chocado con los objetivos de los «idealistas», quienes «aspiraban solamente a las consecuencias derivadas de la Revolución francesa». Tanto el zar como sus ministros habían advertido al monarca que terminaría engendrando un pueblo de «hombres discurseadores» e ingobernable y lo apremiaban a volver «al viejo Estado anquilosado de los servidores, en el que el esclavo sirve silenciosamente». Era una «situación desesperada» que, sin embargo, llenaba a Karl de esperanzas. Esa coyuntura había conducido a un entendimiento previamente frustrado entre «los enemigos del filisteísmo, es decir, todos los hombres que piensan y padecen. [...] Y el sistema del lucro y del comercio, de la propiedad y la explotación de los hombres se

encarga de conducir, más aprisa todavía que el aumento de la población, a una ruptura dentro de la actual sociedad».[383]

Al llegar septiembre, Ruge había dejado, en apariencia, de condolerse por el pasado y Karl bosquejó la estrategia a seguir. No debían «anticipar dogmáticamente» un mundo nuevo, sino más bien «encontrar el mundo nuevo por medio de la crítica del viejo». Así, del «conflicto del Estado político consigo mismo» sería posible «desarrollar dondequiera la verdad social».

Siguiendo con el punto que había desarrollado en su crítica de Hegel, Karl argumentaba que poner en evidencia las contradicciones en el seno «del Estado político» llevaría a una «reforma de la conciencia». «Al demostrar las ventajas del sistema representativo sobre el estamental», la crítica lograba convocar en la práctica a «un gran partido». «Pero al elevar el sistema representativo de su forma política a la forma general y hacer valer la verdadera significación sobre [la] que descansa, obliga al mismo tiempo a este partido a ir más allá de sí mismo, pues su victoria es a la vez su pérdida. [...] Nos limitaremos a mostrarle [al mundo] por qué lucha en verdad, y la conciencia es algo que tendrá necesariamente que asimilarse, aunque no quiera.» La estrategia estaba concebida en los términos bosquejados por Feuerbach: «Todo nuestro objetivo solo puede ser [...] dar a las interrogantes religiosas y filosóficas la forma apropiada a un hombre que se ha vuelto consciente de sí mismo». Una vez hecho esto, quedaría claro que «el mundo posee, ya desde mucho tiempo atrás, el sueño de algo de lo que solo necesita llegar a poseer la conciencia para poseerlo realmente».[384]

A finales de octubre de ese mismo año, 1843, Karl y Jenny viajaron por primera vez a París. Esta era, después de Londres, la segunda ciudad más grande de Europa, con una población por encima del millón de habitantes, especializada en la fabricación de artículos de moda de alta calidad y la provisión de servicios especializados. La clase trabajadora era con mucho la mayor de Francia, pero el trabajo industrial era prácticamente desconocido. Sus integrantes estaban en gran medida asociados al comercio minorista o se empleaban en pequeños talleres. En 1848 el 50 por ciento trabajaba por su cuenta o contaba con la ayuda de un único empleado, y solo en diez

tiendas se empleaba a más de diez trabajadores. En la primera mitad del siglo la población de la urbe se duplicó. La perspectiva de mejores salarios atraía a los inmigrantes y estos no provenían solo de las provincias francesas sino también de los países vecinos. A mediados de la década de 1840 había de cuarenta mil a sesenta mil residentes germanos en París, predominantemente artesanos: impresores, zapateros y sastres, pero también maestros, escritores y artistas. La inmigración de artesanos había comenzado en los años posteriores a 1815 como resultado del aumento de población, la menor exigencia de las mutualidades y la consecuente superpoblación de comercios alemanes. Por otra parte, los extranjeros educados y profesionales eran en buena medida refugiados políticos, particularmente aquellos provenientes de Polonia, en lo que se llamó «la gran emigración» que siguió al alzamiento de 1830-1831. Su presencia en París había sido el resultado de sucesivas oleadas de represión política en sus tierras de origen.[\[385\]](#)

Karl ansiaba dejar Prusia, feliz de hallarse destinado a «la nueva capital del nuevo mundo» y escapar de una atmósfera «que le hace a uno [un] siervo».[\[386\]](#) Ruge se mostraba más efusivo, sorprendido por las dimensiones de París, particularmente por la panorámica desde los altos de Montmartre y el mar de viviendas que se extendía a sus pies, hasta donde no alcanzaba la vista. Como escribió él mismo:

Viena y Roma son grandes, su emplazamiento es bello, quizá más bello que el de París, pero uno nunca olvida por desgracia, cuando lo considera más atentamente, que están habitadas por asnos y solo colonizadas fragmentariamente por hombres, mientras que aquí, y solo aquí, está el foco del espíritu europeo, aquí late ante nosotros el corazón de la historia universal. [...] Desde la época de Atenas y Roma, la historia humana se volvió, ante todo, una historia de absurdos; la renovación planteada por un movimiento a favor de un mundo más humano es aún muy reciente. Parte de la Revolución, pues la Revolución ha sido el primer recordatorio de que los héroes, los republicanos y los hombres libres existieron alguna vez sobre la faz de la tierra.[\[387\]](#)

En su búsqueda de autores franceses, ni Ruge ni Karl tuvieron previamente en cuenta la realidad local. Ruge, asistido por Hess, había comenzado el acercamiento de manera grandiosa, aproximándose a nombres tan notables como Lamartine, Sand, Ledru-Rollin, Lamennais y el activista antiesclavista Victor Schölcher, además de los socialistas Étienne Cabet,

Théodore Dezamy, Victor Considérant y Flora Tristán. Había razones para ser optimista; los franceses estaban deseosos de aprender del romanticismo y el nacionalismo alemanes y particularmente de Schelling, de la Alemania Joven y los Jóvenes Hegelianos. Louis Blanc avaló el proyecto en la *Revue indépendante* de Pierre Leroux.

Aun así, ningún autor galo estaba dispuesto a contribuir a la revista en ciernes. Ruge había creído que el humanismo filosófico de Feuerbach serviría para unir a alemanes y franceses. La presunción de que «la gente» leería una revista bilingüe era ya suficientemente extravagante, pero creer que se sumaría con entusiasmo a su crítica inspirada en la visión de Feuerbach era no considerar la evolución intelectual de Francia en los últimos treinta años. Como cabía esperar, los autores franceses eran, casi sin excepción, renuentes a que se los vinculara con «el ateísmo germano».

Desde la década de 1820 la hostilidad hacia el cristianismo asociada a los *Philosophes* y a la Revolución había dejado de ser, con mucho, lo que definía a la izquierda francesa. Las ideas respecto al significado de la religión habían variado. Las batallas libradas por la Revolución destacaban la importancia de lo que los contemporáneos de ella denominaban el *pouvoir spirituel*, la hegemonía cultural alguna vez ejercida por la Iglesia católica. Los críticos contrarrevolucionarios y teocráticos, y de manera notable Bonald, argüían que la Revolución había fracasado en buena medida por la incapacidad de los jacobinos de establecer una nueva fuente de «poder espiritual», susceptible de granjearse el corazón y la mente del pueblo.

El socialismo que había emergido en Francia en los últimos años de la década de 1820 se nutría así de la visión ilustrada del progreso científico y social, pero también de la crítica teocrática al jacobinismo y la Revolución. La proclama de Saint-Simon sobre el «nuevo cristianismo» y la consiguiente fundación de la Iglesia sansimoniana fueron empeños de enjaezar este «poder espiritual» y aplicarlo a favor de objetivos industriales y científicos de carácter pacífico. Esto explica por qué, en la plétora de escritos socialdemócratas que siguió a la Revolución de 1830, se intentaba definir el cristianismo, o hasta se lo apropiaban, en lugar de atacarlo o abolirlo.

Pierre Leroux, el antiguo editor de *Le Globe* y uno de los más afamados autores socialistas durante la Monarquía de Julio, declaró en 1833 haber inventado el «socialismo» en su sentido moderno,^[388] pero en primera instancia dio a su nueva concepción el rótulo de «democracia religiosa». La «democracia religiosa» se situaba entre dos extremos: por un lado, el del Père Enfantin, el «padre» de la Iglesia sansimoniana, «este nuevo papado tan abrumador y absorbente», y, por el otro, el «individualismo de la economía política británica», que «en nombre de la libertad» sería capaz de «volver el comportamiento de cada hombre hacia los demás en algo parecido al de los lobos rapaces, y reducir la sociedad a meros átomos». ^[389] La expresión «democracia religiosa» constituía una descripción apropiada del lenguaje adoptado por el movimiento social en Francia en los años previos a 1848. Después de 1830 se hizo habitual describir a la vez la Revolución francesa como un capítulo decisivo en la historia religiosa de la humanidad, con Jesús como su profeta.^[390] Dicha forma de asimilación era habitual entre las agrupaciones socialistas y republicanas entre 1830 y 1848. Alphonse Laponneraye, partidario de Robespierre, describía a Jesús, Rousseau y Robespierre como «tres nombres incluidos en una unidad inseparable». Cabet declaraba que el comunismo era el cristianismo llevado a la práctica. Philippe Buchez, el socialista cristiano, exsansimoniano y dueño de *L'Atelier*, la principal revista de los artesanos, declaraba que el socialismo era la concreción de la promesa cristiana de igualdad. Victor Considérant, sucesor de Fourier como líder de los falansterianos, alegaba de manera similar que el fourierismo era el cristianismo del siglo XIX. Según él, las ciencias sociales harían realidad la promesa cristiana de la fraternidad. De manera muy desconcertante para los alemanes, Louis Blanc declaró que la izquierda era la auténtica defensora del cristianismo contra el desprecio de Luis Felipe y los orleanistas, la nueva clase dominante de talante «volteriano». ^[391] No debe pues sorprendernos que la sustitución del cristianismo por un credo humanista tuviese escaso atractivo para los franceses.

El fracaso en anticipar lo difícil que podía ser convertir a los franceses al humanismo sugiere que Marx y Ruge no estaban familiarizados ni con la política de masas ni con el universo más allá de Alemania. Moses Hess

había ya señalado, por cierto, el problema.^[392] Ruge creía que el temor al «ateísmo» alemán y las adhesiones sectarias de los franceses a determinadas facciones eran problemas que podían resolverse.^[393] Por el contrario, Marx, cuyo punto de partida era que la religión, como «prueba de un defecto existente», era incompatible con la «emancipación humana», no hizo esfuerzo alguno por considerar los supuestos franceses.^[394] Según Ruge, «a causa de su cinismo y tosca arrogancia», Marx era «anatema para los franceses». «Su opinión» era que «la cultura entera de la Francia actual debe desaparecer».^[395] Pretendía creer que la «impiedad», antaño asociada a las clases propietarias, se localizaba ahora entre el proletariado, un supuesto en buena medida carente de fundamentos. Su idea era otro indicio de la distancia entre las versiones francesa y alemana del socialismo y el republicanismo en las décadas de 1840 y 1850. Más perspicaz era la observación hecha por Friedrich Engels, que no había conocido aún a Karl y escribía desde Manchester. En octubre de 1843 señalaba que era muy extraño que los socialistas ingleses, «normalmente contrarios al cristianismo», tuvieran que soportar «todos los prejuicios religiosos habituales en un pueblo verdaderamente cristiano», mientras que «los comunistas franceses, siendo parte de una nación celebrada por su impiedad, sean a su manera tan cristianos».^[396]

La incapacidad de asegurar la cooperación de los autores franceses fue solo la primera desdicha que aconteció a la malhadada apuesta conjunta. A nivel personal, las cosas fueron mal desde un comienzo. Ruge, o eso se dice, había propuesto originalmente que crearan un falansterio fourierista —la versión fourierista de una comunidad socialista— en las cercanías de la oficina de los *Jahrbücher*, en la rue Vaneau. Las tres familias —los Ruge, los Marx y los Herwegh— vivirían en habitaciones separadas, pero las mujeres deberían hacer turnos para hacerse cargo de la cocina, las labores de costura y la organización de un hogar comunitario. Según Marcel Herwegh, su madre Emma «rechazó la idea de inmediato. ¿Cómo podría una buena mujercita de Sajonia, como frau Ruge, llevarse bien con la muy inteligente y ambiciosa madame Marx, que sabía mucho más que ella? ¿Y cómo podría la recién casada frau Herwegh, que era la más joven de todos, sentirse de alguna manera atraída por esta vida comunitaria? Con seguridad,

Herwegh y su esposa declinaron la invitación. Ruge y Marx y sus respectivas esposas se instalaron juntos en la rue Vaneau. Una quincena después se separaron».[397]

La edición del único número de la revista, publicado como una edición doble a finales de febrero de 1844, quedó en buena medida en manos de Karl, pues Ruge estuvo casi siempre fuera de la ciudad y luego enfermo. No hubo colaboraciones de los autores que vivían en Alemania. Feuerbach señaló que no veía razón para escribir nada más acerca de Schelling. No tenía nada nuevo que decir sobre él, salvo hacer una comparación a medias seria entre Schelling y Cagliostro.[398] La revista incluyó de todas formas algunas colaboraciones excepcionales: un himno cómico de alabanza al rey Ludwig de Baviera, a cargo de Heine, junto a algunos poemas de Herwegh, los ensayos del mismo Karl y, por parte de Engels, un ensayo sobre Thomas Carlyle junto a una crítica de la economía política que abría nuevos caminos y sirvió de inspiración inicial a Karl para su propia investigación en esa área.

«LA EMANCIPACIÓN DE LOS ALEMANES COMO HOMBRES»

Karl incluyó dos aportes de su autoría en la revista. En un ensayo sobre «la cuestión judía», añadió a lo que ya había escrito originalmente en Kreuznach un nuevo apartado mucho más cercano a un punto de vista socialista. En su desacuerdo original con Bauer, él mismo había argumentado que la emancipación del Estado ante la religión no era lo mismo que la emancipación de los seres humanos ante la religión. En la segunda parte, escrita probablemente después de llegar a París, equiparaba el judaísmo al individualismo posesivo de la sociedad burguesa.

Karl se hacía cargo del tratamiento hegeliano que Bauer hacía del judaísmo y del cristianismo como fases sucesivas en el desarrollo del Espíritu. Como alternativa al «enfoque teológico» de Bauer, intentaba precisar en términos no teológicos la distinción entre cristianismo y judaísmo, e identificar el elemento *social* que habría que superar si se aspiraba a abolir el judaísmo. Su enfoque se nutría significativamente de un

ensayo del socialista Moses Hess, «De la esencia del dinero», pensado para una edición próxima de la revista.

Hess argüía que el cristianismo proporcionaba «la teoría y la lógica» a «ese mundo del revés en que hoy habita la humanidad». Igual que la actividad de las especies no era atribuida a los individuos que las componían sino a Dios como una esencia-de-las-especies, concebido para existir fuera de esos individuos, en la vida práctica el dinero era el equivalente a este Dios invertido, un Dios cristiano materializado que despojaba al hombre de sus nexos sociales. En este «mundo cristiano y moderno del tendero», el dinero representaba la forma de situar la vida genérica fuera del individuo. El dinero se había vuelto la riqueza alienada del hombre, el trueque separado de la actividad vital del hombre.[\[399\]](#)

Karl transformó la distinción de Hess entre la teoría cristiana de un mundo que andaba del revés y la del dinero como equivalente en la vida cotidiana de ese Dios invertido en una teoría sobre el «judaísmo». El dinero era «el dios secular» del judío, y la «usura», su «culto secular», pues el fundamento secular del judaísmo era, según Karl, la «necesidad práctica» y el «interés egoísta». Tanto Hess como él intentaban aplicar al problema el concepto de abstracción de Feuerbach. Según Karl, el hombre atrapado en la tenaza de la religión puede objetivar su naturaleza esencial y volverla algo ajeno. Subordina su actividad a un ente ajeno y otorga la significación de la entidad enajenante —el dinero— a ellas.[\[400\]](#)

En ese momento el judaísmo constituía «un elemento *anti-social* [...] de carácter general». El judaísmo como usura había evolucionado en la historia hasta su predominio actual, en el que el dinero se había convertido en un poder mundial y la idolatría de la riqueza se había hecho universal. La falta de derechos políticos de los judíos era compensada por su poder financiero, [\[401\]](#) pues la política se había convertido en «el siervo del poder financiero». El dinero era la «esencia alienada del trabajo del hombre», y este lo idolatraba.

El egoísmo era el núcleo de la religión judía, pero a la vez el «principio de la sociedad burguesa». A medida que el poder financiero crecía, había aumentado cada vez más la afinidad entre los valores del judaísmo y los de la sociedad burguesa. El desprecio por la teoría, por el arte y por el hombre

como un fin en sí mismo, junto a una visión degradada de la naturaleza, estaban todos contenidos «de un modo abstracto» en la religión judía, pero conformaban a la vez «lo que de un modo consciente y real profesa como virtud el hombre de dinero», para quien «los nexos mismos de especie, las relaciones entre hombre y mujer, etcétera, se convierten en objeto comercial». De manera similar, «la quimérica nacionalidad del judío» equivalía a «la nacionalidad del mercader, del hombre del dinero en general».[402]

Como un culto asociado a necesidades prácticas, el judaísmo no podía evolucionar demasiado, solo podía alcanzar su consumación en la práctica. Pese a que había alcanzado su punto álgido en la sociedad burguesa, el perfeccionamiento de esta solo podía ocurrir en el mundo cristiano. El judaísmo carecía de la teoría para engendrar «un mundo nuevo». Aun así, el cristianismo se había desarrollado a partir del propio judaísmo y había engendrado la teoría de la que carecía el judaísmo, pues solo el cristianismo era capaz de convertir «en relaciones puramente *externas* para el hombre *todas* las relaciones nacionales, naturales, morales y teóricas». «Es [solo] bajo la égida del cristianismo [...] cuando la sociedad burguesa puede llegar a divorciarse totalmente de la vida del Estado, desgarrar todos los vínculos genéricos del hombre, suplantarlo por el egoísmo, por la necesidad egoísta, disolver el mundo de los hombres en un mundo de individuos que se enfrentan los unos a los otros como átomos hostiles.»[403]

El cristianismo había brotado del judaísmo, pero ahora comenzaba a fundirse en él nuevamente. El cristianismo había *aparecido* solo para superar al judaísmo mediante su creación de un paraíso celestial, pero ahora que ese mismo cristianismo había completado la enajenación del hombre respecto de sí mismo y de la naturaleza, y todo se había vuelto un objeto vendible, enajenable, el judaísmo podía al fin alcanzar el «imperio general». Ahora «el egoísmo cristiano de la bienaventuranza» se estaba fundiendo de nuevo con «el egoísmo corpóreo del judío». La tenacidad del judío era un derivado del «fundamento humano» de su religión: la necesidad práctica, el egoísmo. La emancipación política no podía, por tanto, emancipar al judío.

Solo la emancipación humana en un sentido amplio —emancipación de la usura y del dinero— harían imposible al judío.[\[404\]](#)

El otro aporte de Karl a la revista, una introducción a su propia «Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», cruzaba a la vez el límite entre el republicanismo y el socialismo al presentar a un grupo en particular —el proletariado— como la encarnación privilegiada de lo universal, en lugar de hacer descansar su análisis en una convocatoria a todos los ciudadanos potenciales. Este breve ensayo reiteraba algunos de los temas fundamentales de la nunca concluida «Crítica», como la inadecuación de la «emancipación política» y el fracaso de la postura «crítica». La confianza de Karl en los usos que aún podía darse a la crítica de la abstracción permanecía intacta. «La crítica de la religión —anunciaba— ha llegado en lo esencial a su fin.» Pero «la crítica de la religión» era «la premisa de toda crítica» y desembocaba «en el postulado de que *el hombre es la suprema esencia para el hombre* y, por consiguiente, en el *imperativo categórico de echar por tierra todas aquellas relaciones* en las que el hombre es un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable. [...] Sobreponerse a la religión como la dicha ilusoria del pueblo es exigir para este una dicha real». La tarea de la filosofía, una vez desenmascarada la modalidad sagrada de autoalienación, era desenmascarar también la autoalienación en todas sus modalidades no sagradas. Cada esfera de la sociedad alemana debía quedar expuesta, y «estas relaciones anquilosadas [verse obligadas] a danzar, cantándoles su propia melodía». Al igual que Hess, Karl hacía hincapié en la necesidad de la acción y de recurrir a la fuerza. «El arma de la crítica no puede suplir a la crítica de las armas.»[\[405\]](#)

El régimen alemán vigente era «un anacronismo. [...] La fase final de una forma [cualquiera en] la historia del mundo es la *comedia*». El destino de otros *anciens régimes* había sido trágico, pero «el antiguo régimen moderno no es ya más que el *comediante* de un orden universal cuyos *héroes reales* han muerto». Los líderes de la industria alemana, «nuestros caballeros del algodón y nuestros héroes del hierro», eran igualmente anacrónicos. Exigían la implementación de «aranceles proteccionistas» justo cuando las naciones más avanzadas, como Gran Bretaña y Francia, estaban comenzando a dejarlos de lado. En términos más amplios, «hasta el

[...] *amor propio [y la] moral de la clase [media] alemana* descansa[n] sobre la conciencia de que es el representante general de la filistea mediocridad de todas las demás clases». [\[406\]](#)

Y ello debido a que en Alemania no había ninguna clase capaz de actuar como el Tercer Estado francés de 1879. Cada clase luchaba contra las demás que estaban por debajo y encima de ella. Esto implicaba a la vez que, en Alemania, lo que era un «sueño utópico» no era la ocurrencia de una «revolución *radical*» o una «emancipación *humana general*», sino la «revolución *parcial*, la revolución *meramente* política». En Alemania la «emancipación universal» era «la *conditio sine qua non* de toda emancipación parcial». Lo que ahora se requería era una transformación «humana», llevada a cabo por una clase que estuviera fuera de la sociedad y sometida a ella, una clase que no pudiera «apelar a un título *histórico*, sino simplemente al título [de lo] *humano*», «una clase atada por *cadena*s *radicales*», una «esfera» que «no puede emanciparse a sí misma sin emancipar [a] todas las demás esferas de la sociedad». Una clase que estaba ya surgiendo en Alemania, el proletariado: esa clase derivada del «desarrollo *industrial*» y de la «aguda disolución» de la sociedad. Que era «la pérdida total del hombre» y «la disolución total del orden mundial» existente hasta entonces. Pues para que la revolución radical aconteciera en Alemania, «no basta con que el pensamiento se vea acuciado hacia su propia realización; es necesario que la realidad misma lo impulse en ese sentido». Este requisito se estaba cumpliendo, pues «cuando el proletariado reclama la *negación de la propiedad privada*, no hace más que elevar a *principio de la sociedad* lo que la propia sociedad ha elevado a principio suyo, lo que ya aparece personificado en él». [\[407\]](#)

El proletariado representaba el «elemento *pasivo*, una base *material*» en el proceso de cambio revolucionario. Desde la perspectiva de Feuerbach, representaba «el *corazón*: el principio femenino, el *sentido* de lo finito y el asiento del materialismo». La chispa debía provenir de otro lado, de la filosofía, de «la *cabeza*: el principio masculino y asiento del idealismo». El pasado revolucionario de Alemania era de naturaleza teórica: la Reforma. Igual que la Alemania actual estaba atrapada en las zarpas de un *ancien régime* obsoleto, la Alemania «oficial» en vísperas de la Reforma había

sido «el siervo más sumiso de Roma». Pero «como entonces en el cerebro del *fraile*, la revolución comienza ahora en el cerebro del filósofo». Si el público objetivo inicial de la revista había sido «la gente que piensa» y «la gente que sufre», a comienzos de 1844 el papel del que sufre le había sido asignado al proletariado. Según la conclusión del propio Karl, «así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*. [...] La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La cabeza de esta emancipación es la filosofía; su corazón, el proletariado. [...] Y cuando el rayo del pensamiento prenda en lo profundo de este candoroso suelo popular, la emancipación de los *alemanes* como *hombres* será una realidad».[408]

Como era de esperar, el Gobierno prusiano quedó en extremo alarmado con la publicación de *Jahrbücher* y consideró el gesto una forma de traición, emitiéndose órdenes de que Karl, Ruge, Heine y Bernays (un joven abogado del Palatinado y antiguo editor de la *Abendzeitung Mannheimer*, *Gaceta Vespertina de Mannheimer*, recientemente expulsado de Baviera) fueran arrestados nada más poner pie en suelo prusiano. De las mil copias impresas, cien fueron detectadas por la policía en un vapor del Rin cuando eran transportadas por Bernays, y otras doscientas treinta fueron confiscadas en la frontera entre Francia y el Palatinado.

El editor en Zurich, Julius Froebel, quedó a su vez consternado por el radicalismo del primer número, mucho más contundente de lo que él esperaba, así como por la ausencia de colaboradores franceses y el asedio de las autoridades. Anunció que los fondos para la revista se habían agotado y que no podía seguir adelante sin más dinero. Ruge se negó a poner ninguna cantidad adicional de su propio dinero en la revista e intentó persuadir a Moses Hess de que devolviera el que él le había adelantado por artículos no publicados; a Karl se le pagó con copias no vendidas de los *Jahrbücher*. De este modo, tras un gran primer número de unas trescientas cincuenta páginas, la publicación franco-germana llegó a su fin.

Karl se habría enfrentado a una urgencia financiera evidente de no ser porque le fue concedida una cifra de mil táleros, reunidos para sostener su actividad literaria tan persistente por los antiguos socios de la *Rheinische Zeitung* y a instancias de Georg Jung, aunque las relaciones con Ruge se

volvieron tensas. Respecto a la ruptura con Ruge, solo ha sobrevivido el recuento del propio Ruge relacionado con las opciones morales del poeta Georg Herwegh. Corrían rumores de que Herwegh, casado en fecha reciente con la hija de un rico banquero berlinés, podía estar viviendo un amorío con la condesa D'Agoult, la antigua amante de Franz Liszt y futura cronista en París de los sucesos de 1848 con el seudónimo de Daniel Stern. Más adelante Ruge haría la siguiente evocación:

Me enfurecía el estilo de vida de Herwegh, además de su pereza. En varias ocasiones me referí a él, en tono de broma, como un sinvergüenza y declaré que un hombre debía saber lo que estaba haciendo antes de casarse. Marx no decía nada y asumió su partida de un modo absolutamente cordial, pero a la mañana siguiente me escribió que Herwegh era un genio y que tenía un enorme futuro por delante. El hecho de que lo tildara yo de sinvergüenza lo había colmado de indignación y mis ideas del matrimonio le parecían reaccionarias e inhumanas. Desde entonces, no hemos vuelto a vernos.[\[409\]](#)

Karl había cultivado el sueño de convertirse en poeta y allí en París quedó fascinado ante la oportunidad que se le brindaba de conocer a Heinrich Heine, cuyo mordaz ingenio y destreza estilística intentó vanamente emular. Estando solo y enfermo, Heine hizo amistad con el grupo de los *Jahrbücher* y, según los recuerdos que Eleanor Marx guardaba de sus progenitores, hubo alguna época en París en que el poeta los visitaba casi a diario e intentaba escribir nuevos versos sobre Karl y Jenny. Parece haberse sentido particularmente encantado con Jenny y, a diferencia de ella o del propio Karl, poseía un espíritu práctico. Dice ese recuento de Eleanor: «La pequeña Jenny Marx, un bebé de pocos meses, sufrió un día fuertes convulsiones que, a todas luces, ponían en riesgo su vida. Marx, su esposa y la fiel sirvienta y amiga de ambos, Helene Demuth, permanecían los tres parados alrededor de la cuna, sumidos en un absoluto dilema. Entonces llegó Heine, le echó una ojeada y dijo: “Hay que darle a la niña un baño”. Y con sus propias manos preparó el baño, puso a la niña dentro y salvó, o eso decía Marx, la vida a Jenny».[\[410\]](#)

Como los sansimonianos, Karl creía que los artistas tenían una visión privilegiada del futuro y constituían por ello la vanguardia de la humanidad: no debían, por tanto, ser medidos con la vara que se aplica a los hombres comunes y corrientes, y ni siquiera a los extraordinarios.[\[411\]](#) Está claro

también que, cualquiera que hubiese sido el giro en sus puntos de vista filosóficos, la fijación de Karl con el genio poético —que él asociaba al caos de la creación— seguía definiendo su estilo de vida. Ruge describía sus hábitos de trabajo:

Es una personalidad singular: perfecto como académico y autor, pero absolutamente un desastre como periodista. Lee un montón; trabaja con inusual intensidad y su talento crítico degenera en ocasiones en una dialéctica gratuita. Así y todo, no termina nunca nada, lo deja todo a medias y se sumerge de nuevo en un mar interminable de libros. [...] Es irritable y de temperamento irascible, particularmente cuando, estando enfermo, ha seguido con su labor y no se ha ido a la cama en tres o hasta cuatro noches seguidas.[\[412\]](#)

Como queda claro del relato que Ruge hace de su estancia en París, la visión que Karl tenía de la poesía o sus hábitos de trabajo no fueron la verdadera causa de la ruptura entre ambos. Ruge consideraba que el número publicado de la revista había incluido algunos ensayos notables, aun cuando varios de los textos introductorios de Karl eran forzados y algunos ensayos aparecieron «sin pulir». Pero la razón principal del fracaso del proyecto había sido la gravitación de la revista, desde un comienzo, hacia una modalidad más enfática de comunismo. Esto había hecho que Froebel, el editor, abandonara el asunto, había asustado a su vez a los libreros y había alejado por último a «importantes talentos». Ruge estaba aún buscando otro editor cuando su coeditor, que era el propio Karl, «una personalidad disruptiva y proclive a la demagogia, cuyas habilidades prácticas yo había sobreestimado una enormidad, me explicó que ya no podía trabajar conmigo puesto que yo solo tenía interés en la política, mientras que él era un comunista». Esto fue una sorpresa para Ruge pues, de septiembre de 1843 a marzo de 1844, Karl había guardado silencio, según el propio Ruge, respecto a su evolución hacia un «socialismo frontal», que en sus cartas (publicadas en los *Jahrbücher*) se había cuidado «de refutar en forma muy razonable».[\[413\]](#)

De ahí en adelante, Ruge prosiguió con su ataque al comunismo de Karl. Argumentó ante Feuerbach que ni los objetivos de los fourieristas ni la supresión de la propiedad que los comunistas propiciaban estaban articulados con alguna claridad. «Estas dos tendencias culminan en un Estado policial y en la esclavitud. Para liberar al proletariado de la carga de

su miseria física e intelectual, sueñan con una organización que terminaría generalizando esa misma miseria, que haría que todos los seres humanos soportaran su carga.»[414]

En cuanto a Karl, tras haber estado alguna vez convencido de que se había topado con un nuevo Lutero, no manifestó ningún pesar por que su colaboración con Ruge hubiese concluido.

El 11 de agosto de 1844 le escribió a Feuerbach indicándole «la alta estimación y —si me permite la palabra— el amor que siento por usted». Y aludiendo en concreto a la *Filosofía del futuro* del propio Feuerbach, decía: «En estas obras ha dado usted —no sé si deliberadamente— una fundamentación filosófica al socialismo, y los comunistas han interpretado así estos trabajos desde el primer momento». Elogiaba a Feuerbach en particular por su comprensión de que «la unidad del hombre con el hombre» estaba «basada en las diferencias reales entre ellos» y porque «bajar el concepto del género humano del cielo de la abstracción para situarlo en la tierra real..., ¿qué es todo eso sino el concepto de *sociedad*?». [415]

«¡VIEJA ALEMANIA, TU SUDARIO HELADO TEJEN YA EN LA SOMBRA
NUESTROS DEDOS!» VORWÄRTS! Y LOS EVENTOS DE SILESIA

En diciembre de 1843 se dio aviso a las autoridades francesas y alemanas de la aparición en París de dos nuevas publicaciones alemanas, una de ellas «de tendencia comunista». Metternich, el canciller austriaco, y Bülow, el ministro de Exteriores prusiano, esperaban que la Dieta de Frankfurt tomara medidas cautelares reiterando la prohibición de que circularan dentro y fuera de la Confederación Germánica revistas en lengua alemana no filtradas por la censura: una medida que no era posible imponer, pero sí un buen pretexto para seguirle la pista a aquellos trabajadores que cruzaran las fronteras. Paralelamente, las publicaciones alemanas no censuradas e importadas a la Confederación estaban sujetas a confiscación —como Bernays iba a comprobar en breve—. Aun así, el embajador prusiano en París, el conde Von Arnim, consideraba estas medidas inefectivas y

presionó al primer ministro galo, François Guizot, para que interviniera. Guizot se negó a ello, renuente a provocar el escándalo que sobrevendría en la prensa con la expulsión de refugiados políticos a petición de los prusianos.

Sin embargo, a finales de marzo de 1844 el embajador estuvo encantando de informar a Berlín que los *Deutsch-Französische Jahrbücher* habían quebrado. El problema parecía resuelto, pero, solo por si acaso, vista la convicción de las autoridades de que eran los agitadores externos los que traían problemas al apacible y leal reino de Prusia, el 16 de abril de 1844 se emitieron órdenes de arresto contra Karl, Ruge, Heine y Bernays en caso de que pusieran un pie en Prusia.

La segunda revista, *Vorwärts! (¡Adelante!)*, surgió en enero de 1844 a iniciativa del director teatral y traductor Heinrich Börnstein, con ayuda del compositor Giacomo Meyerbeer.[\[416\]](#) Inicialmente esta publicación aspiraba a ser políticamente inofensiva, haciendo hincapié en la ayuda caritativa a los afligidos artesanos. La presencia de Adalbert von Bornstedt, financiado según se decía por Prusia, daba garantías adicionales de ello, aunque el más vago compromiso de cualquier publicación con la «unidad» y la «libertad» la hacían objeto de las suspicacias prusianas.[\[417\]](#)

Börnstein fue incapaz de darle un tiraje aceptable a la publicación y al cabo de pocos meses tuvo que repensar su línea. Si quería contar con autores de altura, tendría que reclutarlos entre los emigrados en París; si quería forjarse un público lector, tendría que apelar a los artesanos. El colapso de los *Jahrbücher* le dio la oportunidad perfecta de hacerlo, pero los emigrados políticos se mostraron renuentes a participar en *Vorwärts!*, por estar asociada al nombre de Bornstedt, a quien Heine había acusado de ser un espía ya en 1838. Era posible, en todo caso, incentivar la demanda de la revista entre los artesanos vinculados a asociaciones educativas radicales y a las sociedades secretas relacionadas con ellas; todos necesitaban de una revista en la que debatir las posturas políticas en juego. Era especialmente el caso de la mayor asociación radical germana, la Bund der Gerechten («Liga de los Justos»), que databa de 1836.

Las divisiones en el seno de estas agrupaciones eran tanto políticas como generacionales. La generación más antigua de emigrados, llegada

entre 1830 y 1834, se definía fundamentalmente por su variada afinidad con el nacionalismo, desde los vinculados al *Burschenschaftler* romántico, los republicanos jacobinos cosmopolitas y los nacionalistas mazzinianos hasta los liberales de Hambach. Por edad y formación política, Ruge era más próximo a este primer grupo. La segunda oleada de emigrados, los de finales de la década de 1830, se definía sobre todo en función de las muchas variantes del socialismo y el comunismo, que iban desde los «icarianos cabetistas», pasando por los seguidores de Weitling o Lamennais y los que abogaban por las varias modalidades del comunismo cristiano con asiento en Suiza, hasta, más recientemente, los que como Karl Schapper se inspiraban en el cartismo londinense. Finalmente estaban los «humanistas» y «neohegelianos» agrupados en torno a los *Jahrbücher*.

En respuesta a este espectro del radicalismo, Börnstein rompió con Bornstedt y atrajo a los antiguos colaboradores de los *Jahrbücher* y a miembros prominentes de la Liga. Börnstein mismo decía haber sido convertido al «humanismo» y, como alardeaba con cierta justificación, «pronto se logró reunir allí, en torno a *Vorwärts!*, a un grupo de autores de los que ninguna otra publicación podía jactarse. [...] Escribían para ella Arnold Ruge, Karl Marx, Heinrich Heine, Georg Herwegh, Bakunin, Georg Weerth, G. Weber, Friedrich Engels, el doctor Ewerbeck y H. Bürgers». Börnstein evocaba «con agrado» las reuniones editoriales celebradas semanalmente:

Solían reunirse entre doce y catorce hombres. [...] Algunos se sentaban en la cama o en los baúles, otros permanecían de pie o caminaban de aquí para allá. Todos fumaban terriblemente y discutían con gran pasión y excitación. Era imposible abrir las ventanas, porque eso hubiera provocado que una muchedumbre se reuniera de inmediato en la calle para descubrir la razón de los violentos rugidos provenientes de esa habitación, así que muy pronto la estancia estaba sumida en una nube tan densa de humo de tabaco que era imposible para cualquier recién llegado reconocer a alguno de los presentes. Al final, ni siquiera los que allí estábamos podíamos reconocernos mutuamente.

[\[418\]](#)

Como en los *Jahrbücher*, la batalla principal era entre republicanos y socialistas. Börnstein escribió acerca de violentas disputas nocturnas entre las dos tendencias. Los socialistas eran mayoría, y Ruge el blanco fundamental de sus diatribas. En el mes de marzo anterior Börnstein había

considerado inicialmente los *Jahrbücher* como la publicación de Ruge, que era famoso y «el amo»; Karl era solo su astuto asistente en las sombras. Ruge estaba a la vez bien financiado y, en virtud de ello, Börnstein le había propuesto que juntos refundaran la revista. Ruge no aceptó, en buena medida por su rechazo a la facción «comunista» cada vez más poderosa que merodeaba la publicación. Pero esto llevó, a su vez, a ataques cada vez más frecuentes a su política. El 22 de junio Börnstein publicó una provocativa carta abierta a Ruge acusándolo de «negativismo» y desafiándolo a que fuese más específico en sus puntos de vista. ¿Por qué, por ejemplo, se detenía en los «derechos del hombre», por qué no iba más lejos, como hacía Karl? Las intervenciones complementarias de Bernays y Ewerbeck aumentaron la presión que se ejercía sobre la postura republicana, pero en esos momentos (6 de julio) Ruge era renuente a publicitar su conflicto con Karl y se ciñó a consideraciones generales.[\[419\]](#)

En rigor, podría haber dado una respuesta perfectamente convincente a las críticas. Al igual que Karl, él también se había sentido inspirado por la crítica de Feuerbach a la abstracción, pero no veía razón para restringir sus consecuencias a una forma peculiar de la fuerza laboral o a un grupo social como el proletariado. El humanismo republicano implicaba una lucha contra todas las formas de abstracción (la presunción de que los conceptos tenían una existencia objetiva más allá de la humanidad, véase pp. 158). Aprobaba la actividad de las agrupaciones socialistas y comunistas en Inglaterra y Francia, pero creía que la idea de una revolución social era una mera ilusión. Todo podía y debía ir al compás de una revolución democrática nacional, siguiendo los planteamientos de 1789. El problema de Alemania, como le había insistido a Karl en las cartas de los *Jahrbücher* publicadas en 1843, era la apatía. Su postura era: «No hay un pueblo alemán y solo una revolución puede engendrar uno».

En los meses que siguieron al colapso de los *Jahrbücher*, ocurrido en marzo, Karl dejó de lado el periodismo para dedicarse a su propia labor. El 1 de mayo nació su primogénita, bautizada Jenny como su madre, y a comienzos de junio su esposa y el bebé volvieron a Tréveris a pasar un tiempo con la abuela. La pequeña Jenny se resintió bastante en su salud a causa del viaje. Sufría de «estreñimiento y evidente sobrealimentación» y el

médico insistía en que debía tener una nodriza, pues con «alimentación artificial no se recuperará fácilmente». La nodriza —a la que Ludwig, el padre de Jenny, había conocido siendo niña— hablaba francés y así pudo acompañar a la madre y a la hija de vuelta a París en septiembre. El 21 de junio Jenny le escribió a Karl desde Tréveris indicándole que «todo el mundo espera aquí que te decidas, al fin, por algún empleo fijo». En Tréveris se sintió feliz de ponerse al día con su progenitora, pero quedó a su vez inquieta por la prodigalidad tan evidente de su hermano Edgar. Su madre se empeñaba en hacer economías y ahorrar, pero Edgar acudía luego, por ejemplo, a la ópera de Colonia, «valiéndose de todos los grandes síntomas de nuestro tiempo y los males habituales de la sociedad para justificar su propia inutilidad».[420] Con cierto azoramiento, explicaba lo de «mi difícil travesía..., ya sabes adónde». Al final, todo resultó bien y, cuando la puerta se abrió ante ella, en el umbral apareció Jettchen a recibirla, «abrazándome y besándome», y la condujo al salón, donde Henriette y la otra hermana de Karl, Sophie, «me abrazaron las dos de inmediato» y «tu madre me trató de “tú”». Sophie tenía aspecto de haberlo «pasado terriblemente mal a causa de su dolencia» y Jettchen estaba ya en la que habría de ser la fase terminal de su tuberculosis. «Solo tu madre luce bien y resplandeciente.» A la mañana siguiente, Henriette vino a conocer a la niña. «¿Puedes imaginarte un cambio semejante?» Jenny creía que se debía al éxito de ambos, «o en nuestro caso, más bien, a la *apariencia* de éxito que ambos brindamos».[421]

El primer objetivo del propio Karl durante esta etapa fue elaborar más a fondo el argumento que venía considerando desde su encuentro crucial con Hegel en Kreuznach: escribir una historia de la Convención (1792-1795), surgida durante la Revolución francesa.[422] Esto le permitiría una elaboración histórica de su argumento sobre las limitaciones del «Estado político». Para los detalles empíricos se valió de los cuarenta volúmenes de Buchez y Roux, buscando hacer un resumen de los debates parlamentarios durante el periodo revolucionario.[423] En rigor, no hacía ninguna distinción significativa entre 1789 y 1793. Su interés desde un principio era la incapacidad del «Estado político» para trascender las condiciones que posibilitaban su existencia. Había ya hecho de esto el punto central de su

argumentación en «La cuestión judía» al analizar la diferencia entre los derechos del hombre y los del ciudadano, y su argumentación se vería reforzada al considerar los empeños del Comité de Salvación Pública por invalidar el precio de mercado del pan, empeños luego revertidos a las prácticas del *laissez-faire* durante Termidor. Con todo, su propio objetivo debía ser, en términos más amplios, referir el nacimiento de la condición ciudadana democrática moderna y sus ilusiones.

Él mismo había quedado poderosamente impresionado por el ensayo de Friedrich Engels publicado en los *Jahrbücher*, «Bosquejo para una crítica de la economía política», el cual revelaba otra forma en que el proceso de abstracción dominaba y distorsionaba los nexos entre el «Yo y el Tú». Así, entre marzo y agosto tomó abundantes notas en torno a Smith, Ricardo, Say, Sismondi, Pecqueur, Buret, James Mill, Wilhelm Schultz y MacCulloch. Aparte de este material, preparó un borrador preliminar de lo que habría de convertirse en su preocupación central durante el próximo cuarto de siglo: la «Crítica de la economía política».[424]

De paso por París cuando iba rumbo a Wuppertal, con miras a escribir su libro sobre Inglaterra, Engels interrumpió diez días su viaje, entre el 28 de agosto y el 6 de septiembre de 1844, para encontrarse con Karl. Fue el inicio de una sociedad que habría de perdurar toda la vida y cuyo fruto inmediato fue el acuerdo de que Engels participara en un polémico ataque que Karl preparaba contra Bruno Bauer y su nueva revista, la *Allgemeine Literatur-Zeitung (Revista de Literatura)*. [425]

Entretanto, una serie de estimulantes acontecimientos llevaron a Karl de vuelta a la controversia política. Enfrentado a continuas presiones de los socialistas y comunistas, Ruge y sus partidarios se estaban retirando gradualmente de *Vorwärts!* y su líder insistió en intentar una alianza más afín con Louis Blanc y Ledru-Rollin en *La Réforme*. Antes de eso la discusión adquirió una dimensión inesperadamente germánica cuando, del 4 al 6 de junio de 1844, los tejedores silesianos de Peterswaldau arremetieron contra una empresa local que se decía era responsable de los bajos salarios y las condiciones de trabajo degradantes en la región. En su acción, arrasaron la vivienda y los talleres de los empleadores y por la mañana se reunieron de nuevo en la aldea vecina de Langenbielau, donde las tropas del

ejército se asustaron, dispararon y mataron a once tejedores antes de ser expulsadas del lugar por una turba enfurecida que procedió a saquear la casa de otro de los dueños.[\[426\]](#)

Lo acontecido en Silesia parecía sugerir que la Confederación Germánica había dado a luz, finalmente, a un proletariado. Hubo disturbios en los que estuvieron involucrados los trabajadores de Bohemia y otros puntos de Alemania. En respuesta, Federico Guillermo IV, rey de Prusia, propició un debate sobre la extrema pobreza y alentó la formación de sociedades caritativas y de inspiración cristiana «en beneficio de las clases trabajadoras». Cuando los informes no censurados de lo ocurrido en Silesia llegaron a París, un entusiasmo rayano en la euforia hizo presa de un colectivo editorial cuyas expectativas habían sido moldeadas por Ludwig Feuerbach y su idea del advenimiento de un «ser genérico»; de un Karl a la espera de la «revolución humana» en Alemania; de un Moses Hess interesado en la esencia del dinero, y de un Friedrich Engels y su crítica de la economía política. Tras el fallido intento de convencer a Ruge de que invirtiera en la revista, Carl Bernays fue nombrado editor a partir de julio. Bernays alabó el comportamiento ejemplar de los tejedores y, en particular, el hecho de que en vez de abocarse al pillaje hubieran destruido los libros de contabilidad de la firma. «Eran los heraldos sublimes de una revuelta universal, la que probaba a la vez que mientras la economía política perpetuara su antigua rutina, no sería posible una sociedad auténticamente humana.» En el número siguiente, *Vorwärts!* publicó el que habría de convertirse en uno de los poemas más recordados de Heine, «Los tejedores de Silesia», con su triple maldición contra Dios, el rey y la nación, y un clímax arrebatador: «¡Vieja Alemania, tu sudario helado tejen ya en la sombra nuestros dedos!». [\[427\]](#)

Ruge reaccionó a los acontecimientos de Silesia a finales de julio. No estaba demasiado impresionado por las acciones de los tejedores. Su principal preocupación era la debilidad evidenciada en la reacción gubernamental ante los hechos y hacía notar que, en un país apolítico como Alemania, no era posible tratar como un problema general la miseria sectorial de los distritos manufactureros. Se había tratado más bien, igual que ocurría en caso de un aluvión o una hambruna, como un desastre

natural, cuyo alivio quedaba en manos de la caridad cristiana. En cuanto a los disturbios en sí, Ruge sostenía que era una huelga provocada por el hambre, característica de los alemanes, que nunca «ven más allá de su patria chica y su casa». Su intervención era anónima, pero venía firmada por «un prusiano».[428] La razón por la que lo firmó así no es clara; Ruge no solo era sajón más que prusiano, sino que el único prusiano de verdad en el seno del grupo era, de hecho, Karl. Eso fue quizá lo que provocó su intervención.

Karl había sido presa, a su vez, de la euforia que invadió al colectivo de *Vorwärts!* en julio, al igual que a Jenny. En las secuelas de un intento fallido de asesinar al rey, obra de Heinrich Tschsch, el desafecto *Bürgermeister* de Storkow (una provincia de la zona de Brandeburgo), Jenny le escribió a Karl desde Tréveris comentándole sobre el ruido de las armas, el tañido de las campanas y «la piadosa muchedumbre acudiendo en rebaño a los templos» para dar gracias por la salvación de su rey. El estado de ánimo en Tréveris la convenció de que «en Alemania es imposible una revolución política, aunque todas las semillas de una revolución social hayan sido ya plantadas».[429] Rememoraba los poemas de Heine que predecían —algo en lo que Jenny creía firmemente— que el viejo mundo estaba en verdad llegando a su fin y que la emancipación del hombre, encarnada en la irrupción del proletariado, estaba a la vista. La carta de Moses Hess a principios de julio era igualmente alentadora: «Los *Jahrbücher* han sido un gran éxito. En todos lados afloran nuevos socialistas: particularmente, la facción de la filosofía ha sido ganada por entero para su causa [el socialismo]. [...] Los disturbios en Silesia están ahora aportando su parte a todo ello. [...] En breve, toda la Alemania cultivada será socialista, y de hecho socialista radical, quiero decir comunista».[430]

En esas mismas dos semanas Karl escribió efusivamente a Feuerbach para contarle sus primeros contactos con algunos proletarios. Según informes de los espías que rondaban, el doctor Hermann Ewerbeck, un miembro a la cabeza de la Liga y traductor de Cabet, había llevado a Karl en varias ocasiones a las reuniones públicas de los artesanos alemanes en el *Barrière du Trone*, en la rue de Vincennes. Karl hacía hincapié ante Feuerbach en «los méritos teóricos de los artesanos alemanes que trabajan

en Suiza, en Londres y en París», pero lamentaba que «el artesano alemán es todavía excesivamente artesano». No tenía iguales reticencias respecto al «proletariado francés»: «Tendría usted que asistir a una de las reuniones de los obreros franceses para poder apreciar la virginal lozanía, la nobleza de que dan pruebas estos hombres agotados por el trabajo».[431]

Todo ello explica los términos excepcionales que Karl empleaba a la hora de exaltar las virtudes del proletariado alemán en su réplica a las desdeñosas consideraciones de Ruge sobre los disturbios silesianos en agosto de 1844. Empezaba por reiterar el argumento alusivo a la impotencia del «Estado político», una idea que había elaborado el año anterior. La argumentación del «supuesto prusiano» firmante de la nota, señalando que el rey debía legislar a favor de la enseñanza de los niños desamparados, pasaba por alto el hecho de que esa legislación habría equivalido a «acabar con el proletariado». La Convención revolucionaria francesa, Napoleón y el Gobierno inglés habían fracasado todos en su empeño de abolir la mendicidad, puesto que «esta *esclavitud de la sociedad civil* constituye el fundamento natural en que se basa el Estado *moderno*». El «principio de la política» era «la voluntad», lo que había conducido al mismo Robespierre a imaginar que la pobreza, el principal «obstáculo para la *democracia pura*», se podía solucionar mediante la práctica de la «frugalidad *espartana* para todos». Pero ni la Convención, que «era el exponente máximo de la energía política, el poder político y la inteligencia política», pudo lograr su propósito, visto que la gestión administrativa y las obras de caridad eran los únicos medios a disposición del Gobierno, y el Estado «no puede superar la *contradicción* entre la disposición y buena voluntad de la Administración, por una parte, y por otra sus medios y su capacidad, sin destruirse a sí mismo».

Karl iba bastante más lejos que Bernays a la hora de exaltar las acciones de los tejedores silesianos: «Ni una sola de las revueltas obreras de Francia e Inglaterra tuvo nunca un carácter tan teórico y tan consciente como la de los tejedores silesianos». El levantamiento de Silesia comenzaba precisamente allí «donde habían *terminado* las revueltas obreras de Francia e Inglaterra». Se alababa a los hilanderos por arremeter contra los libros de contabilidad en lugar de la maquinaria, y contra los banqueros en vez de los

dueños de las empresas. El levantamiento silesiano tenía no solo un sello de «superioridad» frente a los ingleses y galos; Karl celebraba además, en el libro que Weitling publicó en 1842 con el título de *Garantías de la armonía y la libertad*, el «brillante inicio literario de los obreros alemanes». En rigor, el alemán era «el teórico del proletariado europeo», así como el inglés era el «economista» y el francés el «político». La impotencia política de Alemania era «la impotencia de la burguesía alemana»; los alemanes revelaban «una vocación clásica por la revolución social. [...] Solamente en el socialismo puede un pueblo filosófico encontrar su práctica adecuada y, por tanto, solamente en el *proletariado* puede encontrar el elemento activo de su liberación». Así, «por *parcial* que sea una insurrección *industrial*, encerrará siempre un alma *universal*, y por universal que sea una insurrección *política* albergará siempre, bajo la más *colosal* de las formas, un espíritu *estrecho*». Pues la «comunidad de trabajadores» era la «esencia humana, [...] la verdadera comunidad de los hombres».[432]

Desde el mes de agosto y hasta finales de 1844 Karl desempeñó un papel muy activo en *Vorwärts!*, ofreciendo charlas a los artesanos y perfilando la línea editorial de la publicación. La revista estaba ahora íntimamente alineada con las actividades de la Liga. Por esa época escribió a Fierbich comentándole que «los artesanos alemanes en París, es decir los comunistas entre ellos, varios centenares», han estado asistiendo dos veces por semana a lecciones en torno a *La esencia del cristianismo*, y así «durante todo el verano». Karl y otros autores vinculados a la publicación, y de manera notoria Georg Weber, dictaban charlas de economía política inspiradas en el planteamiento de Engels, y Hess acerca del dinero y los manuscritos de Karl. La revista informaba puntualmente de los disturbios industriales en la periferia de Alemania y también publicaba artículos antes destinados a los *Jahrbücher*, destacando uno de Engels sobre la Constitución inglesa y otro de Bernays sobre Weitling.

Tras el atentado contra el monarca, las autoridades prusianas se sintieron cada vez más inquietas. De hecho, se pusieron furiosas con el editorial de Bernays sugiriendo que, frente a ese atentado, el absolutismo germano perdía al fin su «naturaleza divina e infalible». Bernays fue obligado a comparecer y lo sentenciaron a dos meses de cárcel

principalmente por incitar al regicidio, además de no pagar la fianza. En diciembre de 1844 Guizot es convencido de emitir órdenes de expulsión contra Ruge, Heine, Bernays y Karl. Ruge insistía en su ciudadanía sajona y no estaba, por ende, sujeto a la jurisdicción prusiana. Heine no podía ser expulsado porque había nacido en Düsseldorf en una época en que Renania era parte de Francia. De Bernays se olvidaron en cuanto salió de la cárcel. Solo Karl, ya fuera por incompetencia o arrogancia, se sorprendió el 3 de febrero de 1845, en compañía de su amigo Heinrich Bürgers, a bordo de un carruaje rumbo a Bruselas.

EPÍLOGO. UNA APOSTILLA A LA POSTURA DE KARL ANTE EL JUDAÍSMO

Resulta comprensible que varios autores hayan aludido con incomodidad a «La cuestión judía», principalmente por su trato despectivo y acrítico de la imagería antisemita. Resulta a la vez extraño porque, a pesar de su referencia al «judío real», el «judío» de este ensayo es una pura abstracción, poco más que una metáfora sugestiva de los valores y prácticas de la sociedad burguesa. En la visión de Karl, con el declive de la *polis* y la pérdida de la noción o el recuerdo de haber sido alguna vez parte de una comunidad política, quienes habitaban el mundo que siguió a la Antigüedad clásica elaboraron una especie de nuevo culto, inspirado de manera creciente en prácticas de carácter egoísta y en la mera necesidad. El «judaísmo», según Karl, era la religión que legitimó tales prácticas y supuestos. De acuerdo con su propuesta, el judaísmo desdeñaba la naturaleza, no tenía interés alguno en el arte o en el amor excepto por su eventual valor financiero, y su consideración de la ley era solo, y en primera instancia, para burlarla. Pero una religión que simplemente racionalizaba la práctica cotidiana adolecía de la capacidad para abarcar una realidad más amplia que ella misma o incluso para transformarla. De ahí la emergencia del cristianismo, que vino a completar la separación del hombre de todos los vínculos de especie. En esta línea, el ensayo era no solo una denuncia del judaísmo, sino de todo el desarrollo judeo-cristiano que siguió a la caída de la antigua república. Pero, aun enjuiciada en sus propios términos, la

analogía entre el judaísmo y las prácticas de la sociedad burguesa era forzada y fue desestimada más adelante. Cuando Karl se estableció en París y se hubo familiarizado con el discurso del socialismo republicano francés, abandonó la terminología que hablaba del «judío» y derivó a la noción más abarcadora del «burgués».

Pero nada de esto explica la indiferencia calculada y la falta de empatía que su despliegue de este lenguaje sugiere, ni la razón de que decidiera emplearlo. Cabe hacer notar que, en la ampliación original de la idea de alienación para incluir el sistema monetario, Moses Hess ya había escrito del «mundo cristiano y moderno del tendero» o el «mundo judeo-cristiano y moderno del tendero». El uso despreocupado que Karl hacía de frases antisemitas contrasta fuertemente con otros autores judíos y radicales que, durante la época de *Vorwärts!*, llevaron a cabo intentos de incorporar la historia de los judíos a la del progreso humano. Heine, en su texto *Sobre la historia de la religión y la filosofía alemanas*, publicado en 1834, consideraba a los judíos, por su reverencia a la ley, el primer pueblo auténticamente moderno. Gans, que había fundado entre 1821 y 1823 la Asociación de Cultura y Ciencia Judías con miras a conciliar judaísmo e Ilustración, casi convenció a Hegel de que considerara el judaísmo como el primer culto verdadero de la libertad. El propio Hess, en su *Historia sagrada de la humanidad* de 1837, intentaba construir una filosofía alternativa y judeocéntrica de la historia que iba de Abraham, pasando por Jesucristo, a Spinoza, en lugar de las historias convencionales en las que apenas se concedía a los judíos una nota a pie de página.

En los textos de Karl no aparecía nada de esto. No compartía, sin embargo, la visión de algunos socialistas franceses, singularmente los fourieristas o Proudhon, en el sentido de que el aumento del endeudamiento y la extrema pobreza (pauperismo) habían empeorado con la emancipación de los judíos en la época de la Revolución francesa. Luego apoyó una petición judía para que fuera eliminada la inhabilitación de los judíos a la Asamblea Provincial de Renania, aun cuando declaró que lo hacía solo para aumentar la presión sobre la Administración prusiana. Y después escribió a Ruge lo siguiente: «Pese a lo mucho que me desagrada la fe judía, la visión de Bauer me parece demasiado abstracta. La cuestión es hacer tantas fisuras

como sea posible en el Estado cristiano e infiltrar en su seno tanta racionalidad como podamos».[433]

Ya fuese porque Heinrich, su padre, había desertado del judaísmo antes de que él naciera o porque había sido criado como cristiano, Karl se sentía bastante alejado de los judíos y su problemática. Pero, cualquiera que fuese el motivo, su tratamiento de la cuestión no era tan solo poco empático sino una continuación directa, y una ampliación, del discurso republicano sobre la «regeneración», ese que había caracterizado a la Revolución francesa. Pese a los mejores empeños de su padre y de su tío, Karl había adoptado sin vacilar la equivalencia laica de Napoleón entre judaísmo y usura. No solo atacaba el presunto monoteísmo del judío en los ofensivos términos de «un politeísmo de necesidades múltiples», derivados de Voltaire, sino que arremetía contra el Talmud al considerarlo «la actitud del mundo del egoísmo ante las leyes que lo dominan».[434] La única diferencia real entre el enfoque de Karl y el de los republicanos de la época de la Revolución era que su propia versión de la «regeneración» incorporaba la noción omnicomprendensiva de lo *humano*, en oposición a la mera emancipación *política*. La *emancipación humana*, «una organización de la sociedad que acabase con las premisas de la usura y, por tanto, con la posibilidad de esta, haría imposible al judío. Su conciencia religiosa se evaporaría como una [emanación] turbia flotando en la atmósfera real de la sociedad».

Karl combinaba, de manera incongruente, el recurso irreflexivo a maliciosas burlas antisemitas con la sensibilidad ante su propia condición judía, un asunto que habría de reaparecer en años posteriores. Un ejemplo apreciable de su malicia se manifestaba en relación con Lassalle. En su visita a Berlín en 1861 no pudo evitar un comentario sobre la forma de hablar de la pareja de Lassalle, la condesa Von Hatzfelt, que exhibía «una entonación judía posiblemente contagiada o inoculada por él». De igual manera, en una cena ofrecida por Lassalle y sentado junto a Fräulein Ludmilla Assing, la sobrina de Varnhagen von Ense y editor de la correspondencia de Varnhagen con Humboldt, no pudo refrenarse al comentar que ella lo había «abrumado con su benevolencia, es la criatura más fea que he visto en mi vida, con una fisonomía desagradablemente judía, una nariz afilada y prominente, con una eterna sonrisa, asintiendo

todo el tiempo». [\[435\]](#) Por otra parte, reaccionó crispado ante la sugerencia formulada en 1881 por Charles Longuet, su yerno, de que en Tréveris había habido cierta hostilidad frente al enlace de Karl con Jenny von Westphalen, inspirada en «prejuicios raciales». Karl le dijo a su hija que esto era «una simple invención» y que «no había habido prejuicio alguno que sortear. [...] Longuet me haría un gran favor si nunca más volviera a mencionar mi nombre en *sus* escritos». [\[436\]](#)

6

EL EXILIO EN BRUSELAS

1845-1848

LA FAMILIA SE REINSTALA

El 3 de febrero de 1845 Karl se adelantó a su familia y viajó en coche a Bruselas. La ciudad era la capital del nuevo reino de Bélgica, constituido tras una exitosa revuelta contra el dominio holandés librada entre 1830 y 1831. La capital era el centro administrativo del nuevo reino y el lugar de residencia de la nueva corte, y además conocida por su industria de encajes y muebles. Hasta junio de 1846 gobernó el país una sucesión de coaliciones católico-liberales. En el periodo anterior a 1848 fue uno de los regímenes más tolerantes y de talante más liberal y dio asilo a los demócratas polacos, a los comunistas franceses y a los republicanos alemanes, pero como un Estado nuevo, pequeño e inseguro, temeroso del posible asedio de sus poderosos vecinos, no podía ignorar por completo las presiones diplomáticas. En el caso de Karl, las autoridades belgas se resistieron a las demandas prusianas de que fuera expulsado, pero insistieron en que firmara un compromiso de no publicar ningún artículo que incidiera en la política belga. Exasperado a causa de la insistente presión prusiana, en diciembre de 1845 Karl renunció a su nacionalidad. Así pues, de ahí en adelante se convirtió en apátrida.

Al llegar a Bruselas, su primera preocupación no fue cómo instalar a su familia, un tema que inquietaba a Jenny, según el cuaderno de notas del propio Karl,[\[437\]](#) sino la perspectiva más excitante de sumar a un poeta a la causa de la revolución. Según Heinrich Bürgers, quien viajó con él y era otro miembro del colectivo de *Vorwärts!*, Karl había declarado que su

primera tarea en Bruselas sería visitar al celebrado y joven poeta alemán Ferdinand Freiligrath, que había renunciado en fecha reciente a su pensión de funcionario judicial y se había unido al Partido del Movimiento. Decía Karl: «Debo reparar el mal que la *Rheinische Zeitung* le hizo antes de que se uniera “a las luchas del partido”». [\[438\]](#)

Tras la abrupta expulsión de Karl de París, Jenny se vio obligada a vender los muebles y la ropa de cama de los Marx para poder hacer frente a los gastos del viaje a Bruselas. «Obtuve una suma ridícula por todo ello», comentaba en sus recuerdos posteriores. El día después de partir Karl, ella le escribió para contarle que Herwegh estaba jugando con la pequeña Jenny, mientras Bakunin se había desembarazado de ella con mucha «retórica y dramáticos aspavientos». Los Herwegh la alojaron un par de días, tras los cuales, «enferma y en medio de un frío implacable, seguí los pasos de Karl a Bruselas». Karl fue incapaz de encontrar un alojamiento apropiado y durante un mes la familia hubo de alojarse en la modesta residencia Bois Sauvage. Después se afincó en las dependencias que Freiligrath dejó vacantes al partir a Suiza y finalmente se trasladó a una pequeña vivienda con azotea en la rue de l'Alliance, en el barrio flamenco de la ciudad, donde al cabo de muy poco tiempo se les unieron Moses Hess y su esposa, Friedrich Engels, Heinrich Bürgers y Roland Daniels, un médico radical de Colonia. Jenny describía todo ello en una de sus cartas, enviada en agosto de 1845, como «una pequeña colonia alemana» que «vivía apaciblemente» con uno o dos radicales belgas, el más notorio de ellos Philippe Gigot, y «varios polacos» que solían encontrarse en «uno de los atractivos cafés a los que íbamos al atardecer. [...] Vaya una colonia más notoria de menesterosos la que se va a armar en Bruselas». [\[439\]](#)

En ese mismo año el hecho más importante dentro de la pequeña familia Marx fue el nacimiento, el 26 de septiembre, de la segunda hija, Laura. En abril la madre de Jenny, Caroline, les había enviado a Lenchen, su «criada de confianza», que habría de permanecer con ellos el resto de su vida. Jenny planificó la forma de reorganizar la casa para recibir a la nueva integrante. Su hermano Edgar, ahora en Bruselas y una vez más buscando trabajo, podía alojarse por un precio módico en el Bois Sauvage. Una vez que Laura nació, Karl debió trasladarse a la planta superior. «Quedarás aislado por

completo del ruido de las niñas en la planta baja, nadie te molestará, y yo podré unirme a ti cuando todo esté en silencio.»

Cuando Karl y Engels hicieron un viaje de investigación a Manchester en julio y agosto, Jenny, Lenchen y la pequeña Jenny —ahora de catorce meses— volvieron a Tréveris para hacer compañía a Caroline: «Uy, si vieras lo contenta que se pone mi madre». Vacilante en cuanto al momento de regresar a su hogar en Bruselas, Jenny reflexionaba que, aun cuando «la gente es aquí muy mezquina, infinitamente mezquina» y «la vida en un sentido general parece una edición de bolsillo», sentía el deber de reconocer, «incluso ante vosotros, los antialemanes por definición», que «en conjunto me siento bastante más cómoda aquí, en la pequeña Alemania». En tono de burla proseguía señalando que, para una mujer «cuyo destino sea tener hijos, coser, cocinar y zurcir, me quito el sombrero ante la desdichada Alemania». Allí tenía uno «la tranquilidad de saber, en el fondo de su corazón, que está cumpliendo con su deber». Solo que ahora mismo, concedía, «viejos lemas» como los relativos al «deber, el honor y otros parecidos ya no significan nada» y, según confesaba, «en realidad, todos experimentamos en nuestro interior una propensión a un franco egocentrismo de corte stirneriano. [...] Así pues, ya no sentimos afinidad alguna con los humildes deberes de la vida. Nosotros también queremos disfrutar de la vida, hacer cosas y vivir la experiencia de GOCE DE LA HUMANIDAD en nuestra vida».[440]

Pese al deshielo en las relaciones de Karl con sus parientes, un logro alcanzado por la propia Jenny en su viaje desde París en 1844, el vínculo entre Karl y su familia continuó siendo tenso. Un año después de la visita de Jenny, en 1845, la hermana de Karl, Sophie, le escribió a él para agradecerle por su gentileza con la hermana más joven de ambos, Caroline, que también fue víctima de la tuberculosis. Evidentemente, Karl la había invitado a realizar un viaje tras la visita que él hizo a sus parientes holandeses —su tía Sophie y su esposo Lion Philips— en Zaltbommel. Caroline se había mostrado muy entusiasmada con la idea del viaje con Karl, pero «la pobrecita se sentía tan débil que el médico le aconsejó de modo taxativo que no lo hiciera». Sophie escribía para sugerir a Karl que, en bien de la «paz mental» de Caroline, debía explicarle directamente a ella

que algo le había impedido llevar a cabo el plan original y que deberían posponerlo para otra ocasión.[\[441\]](#)

Sophie aprovechaba, enseguida, para regañarlo por su indiferencia con el resto de la familia: «Tengo tanta curiosidad por conocer algún día a tus queridas hijas, la muy sensible Jenny y la radiante y bella Laurita. [...] Da un beso a las dos criaturitas de parte de su tía, que es una completa desconocida para ellas». Y añadía: «Pues, por más amorosamente que hayas tratado a una de tus hermanas, todo lo demás parece resultarte ajeno y me queda la impresión, querido Karl, de que te has empeñado en mantener a raya en forma racional la calidez de las relaciones familiares (y de otras aún más cercanas)». Sophie le hacía notar que, en su carta a Caroline, Jenny sí había felicitado a la madre de ambos, Henriette, en su cumpleaños, pero «tú, su único hijo, por quien ella hizo más de lo que era su deber, [...] la pobre madre sufriente [...] que debe asistir a la agonía de su hijo más querido, el ángel más maravilloso que quepa imaginar, pese a los muchos desvelos y los problemas existentes, tú no solo te has olvidado de saludarla sino que la has ignorado por completo. [...] Solo desearía que no fueras así de arisco en tus afectos y no ignoraras por completo a nuestra buena madre y a tus otros tres hermanos». [\[442\]](#)

LA «CRÍTICA» DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Cuando Karl llegó a París en noviembre de 1843 e hizo el intento de conseguir posibles colaboradores para los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, uno de esos pocos autores contactados fue el escritor socialista Louis Blanc. Blanc le prometió un artículo y permitió que utilizara su apartado postal para recibir las cartas provenientes de Alemania. A través de Blanc, Karl se enteró muy pronto de cuál era el análisis que los radicales y socialistas franceses proponían del libre comercio, la producción industrial y la economía moderna. Temas derivados, en buena medida, de los argumentos sugeridos inicialmente por J. C. L. Simonde de Sismondi en sus *Nuevos principios de economía política*, publicado en 1819. Sismondi ya se había granjeado cierto prestigio en 1803 como seguidor de Adam

Smith, pero en sus *Nuevos principios* argumentaba que el advenimiento de la maquinaria destruía la visión tan benigna que Smith tenía de la relación entre competencia, división del trabajo y expansión del mercado. Sismondi escribía en la época que siguió a las guerras napoleónicas, cuando los mercados europeos e incluso el mercado global estaban saturados de las mercancías inglesas, y en 1819 blandió su protesta «contra la organización moderna de la sociedad» y especialmente contra la postura de los economistas ingleses de la «escuela ricardiana», sus principales defensores. [443] Argumentaba que, una vez que la expansión de la actividad mercantil cruzaba las fronteras nacionales, la «sobreproducción» se convertía en un rasgo endémico del sistema económico. La sobreproducción era consecuencia de la mecanización: «Europa ha llegado al punto de contar en todas sus regiones con una industria y unas manufacturas superiores a sus necesidades internas». La competencia en el mercado mundial se veía intensificada porque en cada país la producción sobrepasaba ahora el consumo real.

La competencia estaba ligada al surgimiento de lo que Sismondi fue uno de los primeros en denominar «el proletariado». Según él, no era posible explicar el crecimiento demográfico apreciable en toda Europa occidental a principios del siglo XIX solo en virtud de la relación malthusiana entre población y recursos para la subsistencia (su famosa propuesta de que la población aumentaba «geométricamente», en tanto el incremento en los medios de subsistencia era solo «aritmético»). El crecimiento demográfico estaba limitado no solo por los recursos para la subsistencia, también por la demanda de mano de obra. Argüía que el aumento demográfico era, en rigor, fruto de la menor edad promedio a la que la gente contraía ahora matrimonio, una consecuencia del desplazamiento del campesinado y los artesanos por una clase social de jornaleros en expansión. En Inglaterra, donde esta nueva clase había reemplazado casi por completo a los campesinos y artesanos, la dependencia de la caridad ajena y la mendicidad estaba alcanzando proporciones epidémicas. Carentes de la perspectiva de heredar un trozo de tierra o convertirse en maestros artesanos, los miembros de esta nueva clase desposeída no veían motivo para aplazar el matrimonio. Eran exactamente lo que los romanos habían denominado «proletarios»:

«Esos que no tenían propiedades eran proclives, más que otros segmentos sociales, a tener hijos: *ad prolem generandum*».[444] Una categoría social que era un peligro para sí misma y las restantes, una «población miserable y sufriente» que siempre sería «díscola y una amenaza para el orden público».

Blanc elaboraba y dramatizaba adicionalmente esa imagen, percibiendo una crisis equivalente en la sociedad francesa. En conformidad con su *Organización del trabajo*, publicada en 1841, la revolución «burguesa» de 1789 había introducido una «sociedad mercantil» basada en el individualismo egoísta. La competencia subsecuente dentro del libre mercado era un sistema de «exterminio», ni más ni menos, conducente tanto al empobrecimiento de los trabajadores como a la ruina de vastos segmentos de la burguesía. La población aumentaba, el artesano era desplazado por el trabajador fijo, las grandes fábricas se tragaban a las más pequeñas y la explotación se hacía más intensiva en todos lados. En Inglaterra se pensaba que economistas como Malthus y Ricardo habían avalado un proceso en el que esta brecha entre ricos y pobres había sido llevada a extremos.

La imagen que Blanc ofrecía de Francia se veía reforzada por los informes que Friedrich Engels brindaba de Inglaterra y, gracias al ensayo de Moses Hess «Sobre la esencia del dinero», era posible describir ahora la situación en los términos de Feuerbach: la relación del trabajador con el producto de su trabajo era el nexo con un «objeto enajenado».[445] Karl se había inspirado ya en algunas nociones de Hess en su propio ensayo titulado «La cuestión judía». En los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* amplió otro poco el giro que Hess hacía desde el ámbito de la conciencia al de la actividad real. Hess había definido la vida como «el intercambio de la actividad derivada de la vida productiva» que implicaba «la labor cooperativa y unida de distintos individuos». Por el contrario, en «el mundo invertido» del dinero y la propiedad privada, esta «actividad gregaria» quedaba desplazada por la satisfacción «egoísta» de las necesidades particulares; los atributos gregarios del ser humano eran simplemente medios para lograr la autopreservación individual. Karl elaboró este cambio de perspectiva al adoptar la «actividad vital consciente» como punto de partida. Puesto que, como argumentaba, «la

enajenación religiosa como tal solo opera en el terreno *de la conciencia*, del interior del hombre, pero la enajenación económica es la enajenación de la *vida real*». [\[446\]](#)

Las alusiones a los desarrollos sociales ocurridos en Inglaterra y Francia no fueron lo único que causó más impresión en Karl hacia finales de 1843. Lo que atraía singularmente su imaginación era el vínculo que Engels establecía, en su «Esbozo de una crítica de la economía política», [\[447\]](#) entre tales desarrollos y las propuestas de la economía política. Ese otoño Karl recibió una primera copia incompleta de este manuscrito (había sido cercenado por la policía), pero luego publicó el texto completo en los *Jahrbücher*. Engels interpretaba el surgimiento de la economía política como efecto de la expansión del comercio, que se había desarrollado paralelamente a la religión y la teología. Por este motivo, Adam Smith era considerado como el «Lutero económico», siendo quien había proclamado las virtudes del libre comercio, solo que este había venido a sustituir «el candor católico» por la «hipocresía protestante», a reemplazar la rivalidad admitida por la amistad simulada. Igual que era preciso defenestrar el catolicismo, «es necesario defenestrar el sistema mercantil con sus monopolios y obstáculos al comercio, de modo que los efectos reales de la propiedad privada salgan a la luz» y «la lucha de nuestra época se convierta en la lucha universal de la humanidad». Smith había proclamado que un sistema de libertades habría de inaugurar lazos globales de amistad, pero la realidad del libre comercio implicaba la expansión de la explotación a todo el orbe, el ataque de una competencia cada vez más feroz entre las naciones y la expansión del sistema industrial conducente a la disolución de la familia. [\[448\]](#)

Lo más novedoso y llamativo en el «esbozo» de Engels era su intento de desarrollar una crítica sistemática de las categorías de la economía política. Pasaba revista allí al debate acerca del «valor» entre los economistas políticos y lo veía como una «confusión». Mientras que los economistas ingleses vinculaban el valor al coste de producción (la cuota de trabajo incorporada a una mercancía), los franceses, especialmente Jean-Baptiste Say, lo derivaban de su «utilidad», el provecho de una mercancía a los ojos del consumidor. Engels asumía que había resuelto la cuestión al definir el

valor como la relación entre el coste de producción y la utilidad, y el precio como un efecto de la relación recíproca entre coste de producción y competencia. Enseguida derivaba a una crítica de la ley demográfica de Malthus y el alegato de Say («la ley de Say») sobre que nunca podía haber sobreproducción si se consideraba la ocurrencia periódica de crisis mercantiles. También argumentaba que estas fluctuaciones continuas dentro del sistema socavaban todo fundamento ético del intercambio.[\[449\]](#)

Aunque los objetivos de Engels eran más sistemáticos que los de Blanc, el tono de su crítica era similar. La competencia era la responsable de «la más profunda degradación de la humanidad». Igual que Blanc resumía el debate entre los socialistas galos, Engels elaboraba la crítica económica de los socialistas manchesterianos partidarios de Owen,[\[450\]](#) inspirándose particularmente en la obra de John Watts, el conferenciante socialista ambulante, cuyos *Facts and Fictions of Political Economists*, de 1842, sirvió de base a la mayoría de sus propios argumentos.

El rasgo más impactante del ensayo de Engels —y en esto discrepaba de los owenistas— era que fusionaba su análisis de la economía política con la crítica de la propiedad privada de Proudhon. La economía política suponía, según Engels, la propiedad privada aunque jamás cuestionaba su existencia. Como «una ciencia del enriquecimiento derivado de la envidia mutua y la codicia de los comerciantes», la economía política era en gran medida «la elaboración de leyes en torno a la propiedad privada». Sin embargo, y aunque ella misma lo desconocía, Engels sugería que la economía política era «un eslabón en la cadena del progreso general de la humanidad», pues al «diluir todos los intereses particulares», preparaba el camino a «la gran transformación» a la que se encaminaba el siglo, «la reconciliación de la humanidad con la naturaleza y consigo misma».[\[451\]](#)

Sin lugar a dudas, fue esta ecuación entre economía política y la noción que Proudhon postulaba de la propiedad privada la que inspiró a Karl a embarcarse en su propia «crítica de la economía política» durante los primeros meses de 1844: la economía política era la *teoría* de la sociedad burguesa o, como más adelante lo planteó él mismo, su «anatomía». Era la expresión teórica de este mundo enajenado. Tal y como Karl desarrolló la argumentación en los *Manuscritos* y *La Sagrada Familia*, la economía

política consideraba equivocadamente que el mundo real del hombre era aquel en el que ese «hombre» había perdido sus cualidades humanas esenciales. Combinaba «la vida productiva» del hombre con la «propensión al transporte, el trueque y el intercambio» de Adam Smith, y era, por ende, incapaz de diferenciar entre el hombre como ser genérico y el universo enajenado en el que actualmente debía operar. Esta fue la razón de que Karl sostuviera poco después, en *La Sagrada Familia*, que el texto *¿Qué es la propiedad?* tenía para la «economía política moderna» la misma significación que para la «política moderna» había supuesto el famoso texto publicado en 1789 por el Abate Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*[452]

El interés inicial de Karl por la economía política quedó plasmado en nueve cuadernos de notas escritas durante la primera mitad de 1844.[453] Giraban en torno al *Tratado de economía política* y al *Curso completo de economía política práctica* de Jean-Baptiste Say, dos textos canónicos en Francia, y en torno a *La riqueza de las naciones* de Smith, los *Principios de economía política y tributación* de Ricardo y la historia de la economía política de McCulloch, junto a trabajos de los economistas y filósofos Skarbek, Destutt de Tracy y Boiguillebert. Prestó, eso sí, escasa atención a los detalles del razonamiento económico incluido en dichos textos. Citaba a Say para confirmar la idea de que la «propiedad privada» era «un hecho cuya explicación no le concierne a la economía política, pero conforma sus cimientos», corroborando así el argumento de Engels de que la economía política era «en lo esencial [...] una ciencia del enriquecimiento».[454] Había extensas notas sobre Smith pero ningún comentario general, salvo la acotación de que el análisis de Smith de la relación entre intercambio y división del trabajo era un análisis circular. En cuanto a Ricardo, leyó la traducción francesa de la primera edición junto al apéndice de McCulloch sobre la vida y escritos de Ricardo. No estaba al tanto, por ende, de las revisiones hechas por el propio Ricardo en el tema del trabajo o el coste de producción dentro de la teoría del valor que había adoptado inicialmente, y ello a pesar de que la edición de las obras de Ricardo que Karl había leído contenía relevantes acotaciones críticas a cargo de Say. Karl parece no haberse detenido en las críticas enarboladas contra Ricardo en las décadas de 1810 y 1820 ni en las revisiones de este en respuesta a ellas; en

particular, la idea de que la inclusión del capital dentro del valor de la mercancía introducía una inestabilidad en la relación entre valor y precio. [455] Aunque habría de hacer una relectura más atenta de Ricardo entre 1850 y 1851, en la década de 1840 dependía aún, por entero, de la reiteración dogmática que McCulloch hacía del argumento de Ricardo en la primera edición de *Los principios*, en 1817. La crítica de Karl se centraba no en las ambigüedades de la teoría del valor de Ricardo, sino en «la inversión» que detectaba en la imagen de la sociedad propuesta por los economistas: «La economía política, para dar a sus leyes mayor consistencia y precisión, ha de describir la realidad como algo accidental y la abstracción como algo real».[456]

De modo similar, no había un examen de los *Elementos de economía política* de James Mill en sus propios términos, solo un ataque contra el dinero ya que era «un mediador enajenante» de los intercambios humanos, y una denuncia adicional de la abstracción: «La economía política *plasma* la forma *enajenada* del intercambio social como la forma *esencial* y *originaria*, como la forma que corresponde al destino humano».[457] La relación social implicada en el intercambio era «mera apariencia»; «nuestra complementariedad recíproca» era a la vez «mera *apariencia* [...] que sirve de base al despojo mutuo». Por oposición, en un mundo «humano», «solo podéis cambiar amor por amor. [...] Cada una de las actitudes del hombre hacia el hombre y hacia la naturaleza tiene que ser una *determinada manifestación* de su vida *individual real*, una manifestación que corresponda al objeto de su voluntad».[458]

Las notas que Karl utilizó como base para su «crítica» de la economía política incluida en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* estaban contenidas en tres cuadernos. El primero lo dividió en tres columnas: salarios, capital y renta. En cada columna había transcripciones o frases que parafraseaban las observaciones de Smith, Schulz, Ricardo y otros.[459] Luego seguía un párrafo sobre el trabajo y la alienación a toda página. El segundo cuaderno, de solo siete páginas, trataba del trabajo y el capital como antítesis, y cuestionaba las concepciones romántico-feudales del patrón. El tercero incluía sendos análisis de la propiedad privada, el trabajo, el comunismo y la dialéctica hegeliana.

No es posible reconstruir enteramente, a partir de los cuadernos de notas, el desarrollo intelectual de Karl durante este periodo. No mencionadas, pero analizadas en los *Manuscritos*, había obras relevantes como *¿Qué es la propiedad?* de Proudhon. Una obra notable no solo por sus ataques a la propiedad privada, sino a la vez por su crítica a la relación salarial y a la remuneración de los trabajadores. Proudhon aún mantenía que el trabajador conservaba el derecho a su producto, incluso después de que se le pagara el salario, pues el salario representaba solo una reducida proporción del valor añadido del que se apropiaba el capitalista. Karl sostenía, a su vez, que el capitalista era el único beneficiario de la productividad añadida que la cooperación entre los trabajadores hacía posible. Rozaba así la cuestión central que subyacía tras la crítica radical de la economía política. ¿Cómo era que el intercambio aparentemente libre e igualitario entre capitalista y asalariado redundara en una ganancia tan desproporcionada para el primero y generaba así las bases para la acumulación de capital? El intercambio entre capitalista y trabajador no era equitativo ni voluntario. A través de las relaciones salariales, los productores de valor sufrían el robo de los frutos de su labor.

En un contexto francés estos argumentos no eran singularmente originales. Proudhon se inspiraba en supuestos que se habían ya propagado en los debates galos y no estaban de ningún modo confinados a los socialistas. En el bienio de 1836 y 1837 Pellegrino Rossi, el sucesor de Say en el Collège de France, había criticado el tratamiento que se hacía del factor trabajo en los escritos de Ricardo y McCulloch como si el obrero no fuese un factor productivo distinto a los demás. El enfoque de Rossi fue a su vez desarrollado y elaborado adicionalmente por Eugène Buret en su respuesta a la pregunta formulada en un concurso de ensayos de la Académie des Sciences Morales et Politiques, «para determinar el carácter de la pobreza y sus indicios en varias naciones» e «investigar las causas que la provocan». En 1840 Buret obtuvo el premio aludido y empleó el dinero de su dotación para visitar Inglaterra. Escribió de sus hallazgos en *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, donde argumentaba que el trabajo no era una mercancía, una cantidad fija de la que el trabajador podía disponer libremente.[\[460\]](#) El trabajador no estaba en

la posición de un vendedor libre ante el empleador; el trabajo no podía acumularse ni ahorrarse: «El trabajo es la vida, y si la vida no se intercambia cada día por comida, muy pronto perecerá. Para que la vida del hombre sea una mercancía habría que restaurar la esclavitud». El capital, como contrapartida, estaba «en una posición por completo distinta; si no es utilizado, solo deja de generar utilidad, pero no es destruido».[461]

La obra de Buret fue importante no solo por su descripción de las condiciones laborales en Inglaterra y Francia, sino también porque hacía hincapié en que la mercancía que el trabajador vendía no era su trabajo y que el intercambio diario de «vida» por alimentos, implícita en el contrato salarial, no era libre ni equivalente. En esencia, este enfoque no era muy distinto del que adoptó Karl en su distinción entre «trabajo» y «fuerza laboral», formulada en torno a 1857 y 1858, pero esto no era lo que en 1844 preocupaba a Karl. Durante el verano de aquel año leyó e hizo anotaciones al primer volumen del estudio de Buret, pero no manifestó ningún interés particular en el análisis crítico del contrato salarial desarrollado por Rossi, Buret, Proudhon y otros autores durante la década de 1830 y a comienzos de la de 1840.[462] En torno a 1844 su lectura de Ricardo, Buret, Proudhon y otros estaba inspirada casi exclusivamente en su búsqueda de evidencias de un creciente empobrecimiento de la sociedad. Su argumento buscaba apoyarse en lo que denominaba un «análisis absolutamente empírico» de la situación, pero lo que esto significaba quedó claro al final de sus notas sobre los salarios, el capital y la renta en los primeros cuadernos de notas: «Partiendo de la propia economía política y con sus mismas palabras, hemos manifestado cómo el trabajador desciende hasta el nivel de una mercancía, y además la más miserable de todas; cómo la miseria del trabajador se halla en razón inversa al poder y la magnitud de lo que produce».[463] En ese contexto hasta la obra de Proudhon resultaba insatisfactoria. Era lo mejor que podía hacerse desde «el punto de vista de la economía política», pero el propósito era situarse, precisamente, «sobre el nivel de la economía política».[464]

Esta era la intención de Karl en su análisis del «trabajo enajenado». Cuanto más se desarrollaban la propiedad privada y la división del trabajo, más caía el trabajo del productor «en la categoría de *trabajo* para ganarse la

vida, hasta que solo tenía esa significación».[465] En contraste con el cinismo de los economistas políticos, que no prestaban atención a la enajenación del trabajador, Karl partía de «un hecho económico *real*: el trabajador se empobrece más cuanto más riqueza produce, cuanto más poderosa y extensa se hace su producción». Este «hecho» implicaba, según Karl, que «el trabajador se comporta hacia el *producto de su trabajo* como hacia un objeto *ajeno*»; la crítica económica del francés era ahora matizada con una inversión inspirada en Feuerbach.

La enajenación se relacionaba no solo con el fruto de la propia labor, sino también con la actividad en sí. La actividad del trabajador era «algo *ajeno*, como una *potencia independiente* del productor», una forma de «enajenación». En otras palabras, como en la obra de Hess, «su *esencia* [se convertía] simplemente en un medio para su *existencia*». La *vida genérica* se volvía solamente un *medio de vida*. El trabajo no era ya la satisfacción de una necesidad, sino «simplemente un *medio* para satisfacer necesidades exteriores a él»: necesidades animales para preservar la existencia física individual. Así, el hombre «solo se siente como un ser que obra libremente en sus funciones animales». Lo que era animal se volvía humano y lo que era humano se volvía animal.

Finalmente, el trabajo enajenado implicaba no solo la enajenación del hombre respecto a su naturaleza genérica, sino también respecto a sí mismo: «el producto del trabajo no pertenece al trabajador y se enfrenta a él como una potencia ajena, solo puede ocurrir porque *pertenece a otro hombre que no es el mismo trabajador*». Cada forma de enajenación del hombre de sí mismo se producía en su relación con otros hombres. Su trabajo pertenecía a otro y él no era, por ende, libre. Era el trabajo «de un hombre ajeno al trabajo y situado fuera de él», o la relación de ese trabajo con «un capitalista».[466]

Karl postulaba, en lo que tal vez fuera concebido inicialmente como un prólogo, que el propósito del texto era destacar una vez más los yerros del «teólogo crítico» Bruno Bauer,[467] pero bien puede ser que en el curso de 1844 el objetivo de la obra variara. Cuando retomó su proyecto en Bruselas, el propósito explícito en el contrato firmado el 1 de febrero de 1845 con Karl Leske, el editor de Darmstadt, era escribir una obra en dos tomos

titulada *Una crítica de la política y la economía política*.[\[468\]](#) A la larga, este contrato en particular quedaría rescindido, pero la idea de una crítica similar habría de pervivir como una inquietud central en su espíritu durante el próximo cuarto de siglo. El subtítulo de *El capital (Das Kapital)*, publicado en 1867, era de hecho «Una crítica de la economía política».

El propósito original era forjar una «crítica alemana positiva de la economía política» que sería «positiva, humanista y naturalista» y estaría inspirada en «los escritos de Feuerbach».[\[469\]](#) Todo ello implicaba establecer un vínculo estrecho entre la imagen que Karl tenía de la economía y la de Feuerbach sobre la religión. Karl sostenía que cuanto más riqueza generara el trabajador, más aumentaría su pobreza. «Lo mismo ocurre en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, menos retiene para sí mismo. El obrero pone su vida en el objeto; pero ahora su vida ya no le pertenece a él, sino al objeto.»[\[470\]](#) Esta conexión entre economía y religión era una continuación del argumento que había ya adelantado en «La cuestión judía», en el que la doctrina religiosa cristiana era comparada con la práctica económica judaica. El planteamiento de la humillación espiritual combinada con la noción del capital como trabajo acumulado parece haber sido el origen del posterior argumento que conectaba la industrialización con el empobrecimiento material creciente, eso que *El capital* plantea y que sería, en adelante, vigorosamente debatido entre los historiadores económicos entre las décadas de 1920 y 1970.

Karl planteaba que la economía política asumía erróneamente que el universo del hombre era aquel en el que ese hombre había visto enajenados sus atributos humanos esenciales. En la sociedad burguesa, donde cada individuo representaba «un conjunto de necesidades» y existía para el otro «por cuanto ambos actúan mutuamente como medios», estos atributos humanos solo aparecían bajo un disfraz enajenante. El patrón de comportamiento observado y convertido en leyes diversas por los economistas políticos era una serie de patrones generados por la enajenación. Karl no hacía objeciones a la exactitud de las observaciones, ni formulaba una crítica económica específica. Los defectos de la economía política no eran algo ocasional, sino esencial. Desde un principio, la economía política trataba la relación de una persona con otra como un

vínculo entre propietarios. Procedía como si la propiedad privada fuese un atributo natural del hombre o una simple consecuencia de «la propensión al transporte, el trueque y el intercambio» descrita por Adam Smith. Como fruto de ello, era incapaz de diferenciar entre «la vida productiva» del hombre y «toda esta enajenación» provocada por el «sistema monetario». La tarea del crítico debía ser desvelar la realidad esencial del hombre como ser genérico enterrado bajo este mundo invertido y traducir el discurso enajenado de la economía política a un lenguaje auténticamente *humano*.

[471]

Al igual que planteaba Fourier en su crítica de la «civilización», se decía que las pasiones verdaderamente humanas hallaban su expresión dentro de esta, pero de una manera distorsionada y antisocial. Así, el significado de la propiedad privada en sí, antes de la enajenación, equivalía a «la *existencia de objetos esenciales* para el hombre». El intercambio —o el trueque— quedaba definido como «el acto social, el acto genérico, [...] la integración de los hombres dentro de la *propiedad privada*» y, por consiguiente, «el acto genérico *enajenado*» se definía como «lo opuesto a la relación *social*». La división del trabajo se convertía en «la expresión económica del *carácter social del trabajo*, dentro de la enajenación». El dinero era «la *capacidad* enajenada de la *humanidad*». En un mundo «humano», hubiera sido imposible ese embrollo y confusión general de todas las cualidades naturales y humanas expresándose a través del dinero y el valor de cambio.[472]

Tal y como Feuerbach argüía que era la enajenación la que había generado la religión y no a la inversa, Karl insistía en que era la enajenación la que había engendrado la propiedad privada.[473] No había evidencia alguna para sustentar esta propuesta, pero sin ella Karl hubiera sido incapaz de llegar a su apocalíptica conclusión: que la propiedad privada era el subproducto del trabajo alienado, un «secreto» solo revelado cuando la propiedad privada había completado su dominio sobre el hombre. Solo cuando la propiedad privada se volvía «una potencia histórica universal» y la mayoría de la humanidad quedaba restringida al trabajo «abstracto» y reducida «como ser *cuantitativo*», la antítesis entre propiedad y carencia de

propiedad se transformaba en antítesis entre capital y trabajo, en la antítesis entre la burguesía y el proletariado.[474]

De esta forma, la propiedad privada llegaría a su autodestrucción en virtud de su propia dinámica económica. Como escribía Karl en *La Sagrada Familia*, «el proletariado no hace más que ejecutar la sentencia que la propiedad privada decreta contra sí misma al engendrar el proletariado».[475] Pues a medida que la propiedad privada avanzaba hacia el «dominio del mundo», la condición del proletariado se hacía cada vez más «inhumana». Esta polarización implicaba que en un extremo existía la sofisticación cada vez mayor de las apetencias imaginarias (los excesos dietéticos y sexuales de los sectores adinerados en las ciudades) y en el otro la noria y las patatas putrefactas (una referencia al castigo de las hospederías y la magra dieta de los irlandeses pobres).

Pero esta travesía del hombre por el valle de la enajenación no era enteramente negativa. En primer lugar, la propiedad privada forzaba al hombre a volverse más productivo, hasta el punto de que, con la ayuda de la maquinaria a vapor y el automatismo, se hallaba ahora en el umbral de la abundancia.[476]

En segundo término, la deshumanización —que Engels habría de representar muy vívidamente en su relato de 1844 en torno a la vida en los barrios pobres de Manchester— estaba generando una revuelta proletaria. Una crisis revolucionaria era, pues, inminente.[477] Esto habría de posibilitar, a su vez, que entrara en escena el socialismo, pues «el proletariado, al triunfar, no se erige, ni mucho menos, en dueño y señor absoluto de la sociedad, pues si triunfa es a costa de destruirse a sí mismo y a su enemigo».[478]

ENTRE OWEN Y FEUERBACH. EL COMUNISMO DE FRIEDRICH ENGELS

Los temas planteados por Feuerbach, fundamentales en la lectura que Karl proponía de la economía política, se vieron reforzados tras su encuentro con Friedrich Engels y el desarrollo de su estrecha camaradería política.[479] Había habido un breve encuentro previo entre los dos, no particularmente

cordial, en las oficinas de la *Rheinische Zeitung* en Colonia, en noviembre de 1842, pero de ahí en adelante el respeto mutuo fue en aumento, al descubrir ambos que en buena medida requerían de esa colaboración mutua. Una amistad que habría de germinar en los diez días que pasaron juntos en París entre el 28 de agosto y el 6 de septiembre de 1844.

Friedrich Engels nació en 1820 en la entonces ciudad de Barmen, Renania del Norte-Westfalia, el hijo primogénito de un empresario textil de la localidad. Mientras que Karl era un espíritu clasicista y con formación universitaria, abogado y filósofo a la vez, Engels estaba dotado de habilidades que se consideraban apropiadas a la actividad comercial. Criado en un hogar estrictamente calvinista, asistió al *Gymnasium* en el pueblo vecino de Elberfeld antes de ser enviado a Bremen a estudiar para adquirir las pertinentes aptitudes comerciales y contables. Desde la época escolar, desarrolló por su cuenta ciertas ambiciones literarias de corte radical. A diferencia de Karl, sus primeras actitudes políticas habían quedado muy condicionadas por el movimiento literario de inspiración nacionalista que germinara en la década de 1830. Sus héroes tempranos estaban tomados de la mitología teutona; en Bremen, por ejemplo, ensalzaba la leyenda de Sigfrido como símbolo de las cualidades valerosas de la masculinidad en el «alemán joven» en su lucha contra la Alemania mezquina y servil de los príncipes.^[480] Por lo mismo, se sintió atraído hacia la Alemania Joven, en particular hacia los escritos de Ludwig Börne, un judío radical y exiliado en París cuyas denuncias republicanas de los príncipes y aristócratas se entreveraban con una polémica en contra de las tendencias francófonas del nacionalismo alemán.

Engels gravitó hacia los Jóvenes Hegelianos tras la lectura en Bremen de *Vida de Jesús* de David Strauss, hacia finales de 1839. Entonces escogió Berlín, un punto cercano a Bruno Bauer y su círculo, como lugar para cumplir con su año de servicio militar. El servicio militar era una actividad que su patriótico progenitor apoyaba de todo corazón y así —al menos por un tiempo— el joven Engels escapó del cerco que suponía la empresa familiar. Fue su primera oportunidad de fugarse a la vez de su pueblo natal y disfrutar de la vida en una gran ciudad, liberado de la vigilancia de sus mayores. Pero el ejercicio militar en tiempos de paz traía consigo sus

propias variantes del tedio, a raíz de lo cual optó por pasar sus horas libres socializando en los cafés y tabernas que frecuentaban los Jóvenes Hegelianos. Este movimiento brindaba no solo diversión bohemia, sino que también le dio la posibilidad de involucrarse con lo que él mismo denominaba «las ideas del siglo». Además, asistió puntualmente al famoso curso berlinés de charlas dictado por Friedrich Schelling, el antiguo compañero y ahora adversario conservador de Hegel. A las pocas semanas de su llegada, escribiendo con el seudónimo de Frederick Oswald, publicó varios panfletos en los que denunciaba la «filosofía de la revelación» de Schelling.

Cuando conoció a Karl, Engels era un individuo impulsivo, intrépido y ecléctico. No tenía contacto alguno con la universidad y ninguna formación filosófica y, por eso, los desacuerdos crecientes entre los Jóvenes Hegelianos parecían no causarle mayor impresión. Hasta no haber unido sus fuerzas con Karl en París durante el verano de 1844, no había indicios en sus escritos periodísticos de que percibiera la brecha creciente entre los acólitos de Bauer y los seguidores de Feuerbach. Veía en ellos un mismo y común ataque contra el cristianismo que habría de llevar a la sustitución de la teología por la antropología. En política, Engels fue a su vez apenas influido por Hegel. A diferencia de la mayoría de los restantes miembros del círculo de Jóvenes Hegelianos, fue un republicano y demócrata revolucionario antes de convertirse en hegeliano. En Berlín aún creía que podría combinar la filosofía de la historia de Hegel con los puntos de vista republicanos de Börne en política. En 1842, en un poema satírico sobre el despido de Bruno Bauer de la universidad, redactado en coautoría con Edgar, el hermano menor de Bruno, se presentaba a sí mismo como el jacobino Oswald le Montagnard: «Es un radical templado en la dureza / un día sí y otro no acciona la guillotina / una melodía única y solitaria que es como una cavatina». El entusiasmo por el jacobinismo, junto al rechazo vehemente del *juste milieu* que caracterizaba al constitucionalismo liberal de Luis Felipe en Francia, era una forma de dar curso a su anónimo deleite en epatar a las audiencias respetables. Otra consistió en unirse a los excesos anticristianos de los Hombres Libres.[\[481\]](#)

El conocimiento que Engels poseía de la naturaleza de los Jóvenes Hegelianos se limitaba, en buena medida, al debate sobre el cristianismo. Su voz distintiva se desarrolló no en el seno de sus círculos en Berlín, sino en Inglaterra, adonde fue enviado para representar a la firma Ermen & Engels en Manchester entre noviembre de 1842 y agosto de 1844. Allí asistió con regularidad a los debates de los owenistas y se familiarizó más con los supuestos filosóficos de Owen, en el Salón de la Ciencia de Manchester, que con la tradición filosófica del idealismo alemán.

Durante el verano de 1842, en el auge de la agitación cartista, Hess —el editor extranjero de la *Rheinische Zeitung*— predecía el asalto final de una «catástrofe en ciernes». En una reunión con Hess en Colonia, al ir rumbo a Inglaterra en noviembre de 1842, Engels se convirtió al «comunismo», visto que la profecía de Hess parecía estar haciéndose realidad y, a los pocos días de arribar a Inglaterra, estaba escribiendo en los mismos términos catastrofistas que Hess.[\[482\]](#) En un artículo escrito en 1843 definía ese giro personal como una consecuencia de los debates entre los Jóvenes Hegelianos. Afirmaba que en 1842 los Jóvenes Hegelianos eran «ateos y republicanos», pero que en el otoño de ese año «algunos dentro de la facción polemizaban por la insuficiencia del cambio político buscado y manifestaban la nueva opinión de que una revolución *social* inspirada en la propiedad comunal era el único Estado en el que la humanidad podría vivir conforme a sus principios abstractos». Describía a Hess como «el primer comunista dentro de la facción».[\[483\]](#)

Durante su estancia en Inglaterra prosiguió con su doble vida. Era un hombre de negocios en sus horas de oficina, pero escribía con frecuencia para la prensa radical inglesa y alemana, y comenzó a reunir materiales para su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que apareció en 1845. Más allá de su vida como empresario, desarrolló una relación con una trabajadora industrial irlandesa, Mary Burns, y llegó a conocer a los principales líderes owenistas y cartistas que pululaban alrededor de Manchester. Buena parte del interés superviviente de su libro radica en esos encuentros y en las observaciones de primera mano que de ellos resultaron.

Engels seguía a Hess en su creencia de que, en cada una de las tres principales naciones europeas, los acontecimientos apuntaban a «una

revolución total del ordenamiento social basado en la propiedad comunitaria» como una «necesidad ineludible y urgente». Los ingleses habían llegado a esta conclusión «en la práctica», los franceses «en lo político» y los alemanes «en lo filosófico, al razonar en torno a los principios básicos» involucrados. Engels estaba singularmente impresionado por la visión pragmática de los owenistas. En el otoño de 1843 escribía que «en todo lo relativo a la práctica, considerando los *hechos* apreciables en las condiciones actuales de la sociedad, vemos que los socialistas ingleses nos llevan mucha ventaja».[484] Por la misma época escribió el «Boceto para una crítica de la economía política», buena parte de él inspirado de nuevo en fuentes owenistas. Allí declaraba que la propiedad privada era la responsable de las contradicciones visibles en la economía política y que, tras la victoria inminente del libre comercio, habría de impulsar a Inglaterra a su crisis social definitiva.[485]

En posteriores ensayos, publicados en los *Jahrbücher* y en *Vorwärts!*, Engels siguió ampliando la idea de esta crisis y sus causas históricas. Su punto de partida era semejante al del afamado ensayo publicado en 1843 por Thomas Carlyle, *Pasado y presente*: el individualismo estaba disolviendo todos los nexos sociales. Tras la disolución del feudalismo, ya no era preciso «mantener [a la humanidad] unida por la fuerza, por medios *políticos*, sino por el *interés personal*, esto es, por medios *sociales*». «La abolición del servilismo feudal ha hecho “del pago en efectivo la única relación entre los seres humanos”».[486] Los mercantilistas habían reconocido el antagonismo subyacente tras la práctica de comprar barato y vender caro, pero Adam Smith había alabado el comercio como «un lazo de unión y amistad».

Esta «forma hipócrita de mal emplear la moral con fines inmorales» era «el gran orgullo del sistema de libre comercio». Todos los pequeños monopolios eran abolidos «de modo que el *único* gran monopolio básico, la propiedad, pueda funcionar más libremente y sin restricciones». Por la vía de «diluir las nacionalidades», el sistema económico liberal había intensificado «hasta el límite la enemistad entre los individuos, la guerra ignominiosa de la competencia»; «el comercio absorbía a la industria en su seno y se volvía así omnipotente». A través de la industrialización y el

sistema de fábricas se alcanzaba la última fase: «la disolución de la familia». «¿Qué otra cosa puede resultar de una fragmentación de intereses como la que constituye la base del sistema de libre comercio?» El dinero, «la abstracción vacía y enajenada de la propiedad», se había convertido en el amo del mundo. El hombre había dejado de ser el esclavo de los demás hombres para convertirse en esclavo de las *cosas*. «La desintegración de la humanidad en una masa de átomos aislados que se repelen mutuamente implica, en sí misma, la destrucción de todos los intereses corporativos, nacionales y por cierto de cualquier interés particular, y es el paso último necesario hacia la asociación libre y espontánea de los seres humanos.»[487]

El marco general del análisis de Engels era una crisis final del cristianismo: «El orden del mundo cristiano no puede ir más lejos que esto». Su visión de las raíces de esta crisis se inspiraba tanto en Bauer como en Feuerbach, sin discriminar mucho entre ambos. Siguiendo a Moses Hess, argumentaba que la crisis estaba aconteciendo en Inglaterra porque «solo Inglaterra cuenta con una historia social. [...] Solo allí ocurre que los principios han sido convertidos en intereses antes de que pudieran influir en la historia». «La igualdad democrática» era, según escribía en marzo de 1844, una «quimera». Pero la democracia hacia la cual se encaminaba Inglaterra «no era la de la Revolución francesa, cuya antítesis eran la monarquía y el feudalismo, sino la democracia cuya antítesis es la clase media y la propiedad, [...] la lucha de la democracia contra la aristocracia es en Inglaterra la lucha de pobres contra ricos. La democracia hacia la cual se encamina Inglaterra es la democracia *social*».[488]

El origen de la crisis actual debía rastrearse hacia atrás, hasta «la visión cristiano-germánica del mundo», cuyo principio básico era la «subjetividad abstracta». Tras la desintegración del feudalismo, esa idea había culminado en «el Estado cristiano». En términos más amplios, había elevado el «comportamiento interesado», que era «subjetivo y egoísta», a «un principio general» y la consecuencia era «la fragmentación universal, la concentración de cada individuo en sí mismo», la hegemonía del interés individual y el dominio de la propiedad.[489]

El efecto más relevante que el siglo XVIII tuvo para Inglaterra fue que «la Revolución Industrial» dio pie al proletariado. La convulsión social de la Revolución Industrial y la expansión del comercio fueron portentos de «la reunión, el ensamblaje de la humanidad tras la fragmentación y el aislamiento a los que la había conducido el cristianismo; fue el penúltimo paso conducente al autoentendimiento y la autoliberación de la humanidad». Engels había confiado desde siempre en el «progreso irresistible» de la especie humana en el curso de la historia, en «su victoria siempre cierta sobre lo irracional del individuo». «El hombre solo tiene que entenderse a sí mismo», escribía en 1844, y «organizar el mundo de una forma verdaderamente humana, en conformidad con las exigencias de su propia naturaleza, y entonces habrá resuelto el enigma de nuestro tiempo».

[490]

Después de su charla con Karl en París, modificó de algún modo su visión de Inglaterra. En *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que escribió en los meses siguientes, el foco no estaba puesto pura y simplemente en la propiedad privada, en el individualismo y la disolución social. A esos temas se sumó entonces un énfasis en el papel redentor del proletariado, un tema que posiblemente había tomado de una lectura de Karl y el bosquejo que este hacía de ese papel en «Una introducción a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», publicada en los *Jahrbücher*, y algo que había deducido a su vez de las discusiones con Karl en agosto de 1844. La historia que el libro contaba era un derivado de las categorías de Feuerbach. Partiendo por un recuento bucólico de la inocencia de los trabajadores textiles ingleses en la era preindustrial, refería la forma en que la industrialización había arrastrado a esos trabajadores a la corriente dominante en la historia del mundo y los había reducido progresivamente a la condición bestial y horrenda que detallaba en su descripción de Manchester. Pero la pauperización y deshumanización conformaban el preludio esencial para la recuperación de la humanidad a través de la revuelta proletaria, partiendo por acciones brutales de violencia individual y culminando con el cartismo, el movimiento laboral organizado y la revolución social.

Es decir, aún entonces se alineaba con los owenistas, pero su propia visión se estaba haciendo llamativamente más crítica hacia la pasividad política de estos. En el verano de 1844 aún creía, como los acólitos de Owen, que «los males sociales no pueden curarse con una Carta de la Ciudadanía». En torno a 1845, en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, criticaba a los owenistas por su desaprobación del «odio de clases» y por no discernir «el factor de progreso que encerraba esta disolución del viejo orden social». Ahora consideraba ingenua su ambición «de convertir la nación de inmediato en un Estado comunista, de la noche a la mañana, y no por su evolución política ineludible». Argüía que debían «condescender a retornar por un momento al punto de vista cartista»; esto podía brindarles la capacidad de conquistar «al elemento brutal» en el seno de lo que, de otro modo, sería «la más sangrienta guerra jamás habida de los pobres contra los ricos».[491]

Engels fue el primero en identificar el potencial revolucionario de la industria moderna, en resaltar el papel de quienes trabajaban en las fábricas y en poner dramáticamente en evidencia, ante los socialistas alemanes, la naturaleza de la moderna lucha de clases industrial. Su estudio de Inglaterra vinculaba las etapas de formación de la conciencia de clase proletaria a las fases del desarrollo industrial. Su foco en la industria a vapor más que en los talleres lo llevó, a su vez, a enfatizar la relación entre los trabajadores y los medios de producción, más que a poner el foco en la competencia entre individuos enajenados, y este relato causó una honda impresión en Karl. Casi veinte años después él mismo escribió a Engels: «En lo que hace a las tesis principales de tu libro [...] se han visto corroboradas hasta el último detalle por los desarrollos habidos después de 1844».[492]

El fruto del encuentro de diez días entre Engels y Karl en París fue un acuerdo de ambos para generar una ofensiva conjunta contra Bruno Bauer. Aunque el panfleto resultante, *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes* apareció en febrero de 1845 y firmada por ambos, solo una docena o poco más de sus más de doscientas páginas —un breve apartado que trataba de la situación en Inglaterra— fueron escritas por Engels. *La Sagrada Familia* adoptaba la forma de una decidida embestida contra la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, una revista que

circuló entre finales de 1843 y octubre de 1844 dirigida por los hermanos Bauer y su pequeña facción de acólitos en Berlín.

La Sagrada Familia partía con la propuesta grandilocuente de que «en Alemania el humanismo realista no tiene enemigo más peligroso que el espiritualismo o idealismo especulativo».[493] Su extensión y detallismo eran excesivos. Georg Jung, uno de los más devotos admiradores de Karl en Colonia, lo felicitó por el tratamiento que el panfleto hacía de Proudhon y el conocido novelista Eugène Sue, pero encontró «fatigosa en principio la vasta enumeración de trivialidades. [...] Solo tengo un requerimiento que plantear: no te distraigas nuevamente en otras obras». Lo urgía, pues, a seguir con su labor en economía política y en el área de la política.[494] Estando en Barmen en marzo de 1845, Engels escribió a Karl para señalarle el que consideraba el principal defecto del libro: «El supremo desprecio» que mostraba hacia la *Allgemeine Literaturzeitung* contrastaba de manera llamativa con la extensión dedicada al asunto. Además, la crítica de la especulación y la esencia abstracta en general sería incomprensible para un público más amplio.[495]

La obra no añadía nada sustancial a la crítica previa de Karl contra la postura de Bauer. Más interesante era su incorporación de algunos debates que habían aparecido en la *Allgemeine Literaturzeitung*, incluido el tema de la Revolución francesa, la economía política de Proudhon, *Los misterios de París* de Eugène Sue y una discusión sobre el materialismo anglo-francés de los siglos XVII y XVIII. El escenario político era aún el bosquejado originalmente por Hess y reiterado por Karl en su crítica de Ruge en *El rey de Prusia y la reforma social*. Cada una de las tres principales naciones europeas hallaría su propia senda a la emancipación. Así, en el caso de Francia y contra el intento de Edgar Bauer de presentar a Proudhon como un moralista, Karl declaraba que su obra era un «manifiesto científico del proletariado francés».[496]

Ya de vuelta en Barmen y mientras escribía *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels trabajaba en una línea similar. Predecía con convicción que Inglaterra estaba destinada a experimentar una revolución social de carácter apocalíptico, pero aún esperaba que en Alemania el cambio fuese por la vía pacífica que habían inaugurado los filósofos. En

marzo de 1845 estuvo (erróneamente) encantado de informar a los lectores del *New Moral World*, una publicación owenista, «del hecho muy relevante» de que «el doctor Feuerbach se ha autodefinido como un comunista» y que «el comunismo era de hecho la *práctica* de lo que antes había proclamado teóricamente».[497] En varios discursos que dio por la misma época a «las gentes respetables» de Barmen y Elberfeld junto a Moses Hess, el propio Engels argüía que en Alemania la transición al comunismo debía ser pacífica. Las audiencias de clase media eran conminadas a abrazar el comunismo por razones de prudencia. Su posición, les advertía Engels, estaba siendo socavada por la polarización entre ricos y pobres, por el impacto de la competencia y por el caos resultante de las crisis periódicas del comercio. Como alternativa a la revolución, argumentaba a favor de la planificación y gradual introducción de una comunidad de bienes. Entretanto, podían introducirse medidas paliativas: libertad de enseñanza, reorganización de las medidas de alivio a los más pobres y un impuesto progresivo a los ingresos.[498]

RESPUESTA A STIRNER

En octubre de 1844 Max Stirner publicó su crítica al humanismo de Feuerbach, *El único y su propiedad*. Engels y Hess leyeron un ejemplar previo que les envió el editor, Otto Wigand. La objeción básica de Stirner a esta modalidad de humanismo era su *ethos* cuasirreligioso. La crítica que Feuerbach hacía de la religión se había centrado en que escindía ciertos atributos humanos («predicados») del individuo humano («sujeto») —de ahí «la inversión de sujeto y predicado»— y los reunía luego como atributos de un dios ficticio. Pero como él mismo señalaba, el propio Feuerbach no devolvía estos atributos enajenados a individuos propiamente humanos, sino más bien a otra creación igualmente ficticia, la del «hombre» o «ser gregario». El «hombre» seguía siendo presentado a los individuos como fruto de su «vocación» o como un propósito ético. El «hombre» era, en efecto, solo otra versión del Dios protestante, y la crítica adquiriría más peso por el hecho de que el propio Feuerbach admitía haber tomado el

término «especie» de Strauss, quien lo había empleado como un sucedáneo dinámico del lugar de Cristo en la ortodoxia cristiana. En lugar del humanismo de Feuerbach, Stirner abogaba por la primacía del ego:

Para el cristiano, la historia del mundo es la instancia más elevada imaginable, porque es la historia de Cristo o el «hombre»; para el egoísta, solo *su* historia tiene valor, porque solo desea desarrollarse *él mismo*, no desarrollar la idea de humanidad ni el plan divino, ni los propósitos de la Providencia, ni la libertad u otras cosas parecidas. No se percibe a sí mismo como una herramienta o vehículo de Dios, ni reconoce vocación alguna en él, no alardea de existir para propiciar un mayor desarrollo de la humanidad, ni piensa que deba él aportar su cuota en ello, sino que vive ajeno a todo eso, sin importarle lo bien o mal que pueda irle a la humanidad a partir de ahí.[\[499\]](#)

Engels y Hess no concordaron en su recepción del libro. La primera reacción de Engels fue favorable. En carta escrita a Karl desde Barmen en noviembre de 1844, comparaba a Stirner con Bentham: «No debemos pura y simplemente hacerlo a un lado, sino más bien aprovecharlo como la expresión perfecta de la locura actual y, *a la par que invertirla*, seguir edificando algo sobre ella». Puesto que es tan unilateral, argüía, esto redundará de inmediato en el «comunismo». «En su egoísmo, el corazón humano» es «generoso y altruista»; «somos comunistas más allá de nuestro egoísmo». «Es por nuestro egoísmo que anhelamos convertirnos en *seres humanos*, no en meros individuos.»[\[500\]](#)

Hess discrepaba nítidamente de esto, impactado ante la posibilidad de que los lectores, desconocedores de los recientes desarrollos propuestos por los Jóvenes Hegelianos, supusieran que los «filósofos alemanes más recientes» —Stirner en particular— «han publicado sus textos a instancia de sectores reaccionarios». Hess se centraba especialmente en la afirmación de Stirner de que «igual que el individuo es la totalidad de la naturaleza, él es a la vez la totalidad de la especie». El intento de Stirner de borrar la diferencia entre el individuo particular y la especie humana hacía caso omiso del hecho de que este hombre seguía estando «escindido», y que esta escisión solo podía resolverse a través del «socialismo». En vez de pensar «que solo seremos algo a través de una unidad social con nuestros vecinos», la implicación de la postura de Stirner, como la de Bauer, era que nuestra miseria podía ser desechada, que la fragmentación de nuestro aislamiento

social podía ser dejado de lado y que «podíamos ser divinizados y humanizados solo mediante el conocimiento teórico». Los socialistas proponían que «debíamos convertirnos en *verdaderos seres genéricos*» y crear así una sociedad en la que «todos puedan cultivar, ejercer y perfeccionar sus cualidades humanas». Stirner «no quería saber nada de *este hombre real*». Su respuesta fue: «Yo, el egoísta, no considero en mi corazón el bienestar de la “sociedad humana”, no sacrifico nada por ella, solo me valgo de ella; pero para ser capaz de valerme por completo de ella la transformo en mi propiedad y mi criatura; esto es, la aniquilo y configuro, en su lugar, la *unidad de los egoístas*».[501]

Karl se sintió ciertamente aludido por el ataque de Stirner contra la religiosidad implícita en el lenguaje de Feuerbach relativo al «hombre» y, por tanto, obligado a responder.[502] En diciembre de 1844 escribió desde París a Börnstein, el editor, explicándole que su «reseña de Stirner» para *Vorwärts!* no estaría lista para el próximo número, pero prometiéndosela para la semana siguiente.[503] Su reacción al libro de Stirner estaba evidentemente más próxima a la de Hess. Visto lo cual, Engels le escribió de nuevo desde Barmen, el 20 de enero de 1845, revocando la primera impresión que el libro le había causado, afirmando que estaba ahora totalmente de acuerdo con Karl, y con Hess, quien «después de varias volteretas mentales llegó a la misma conclusión que tú».[504]

Como en su polémica contra los Bauer, librada en *La Sagrada Familia*, la «reseña» que Karl hizo de Stirner era de una extensión inusitada y carecía de todo sentido de las proporciones. El manuscrito inédito tenía más de trescientas páginas. Jenny, Engels, Jung y otros amigos lo urgían a que prosiguiera con su *Crítica de la política y la economía política*. A pesar de ello, la polémica contra Stirner parece haber ocupado la mente de Karl durante toda la primera mitad de 1845. En el verano de aquel año esa polémica hasta propició planes conjuntos de Engels y Joseph Weydemeyer para escribir un volumen polémico parecido a los *Deutsch-Französische Jahrbücher* que hiciera la crítica de la «filosofía alemana».[505] Igual que había hecho Hess, en su propia «reseña» Karl evadía el punto principal que planteaba Stirner: el carácter moralista, normativo y cuasirreligioso, aún entonces, de la retórica socialista, pero concedía tácita razón a la crítica de

Stirner. Karl sustituía el tono normativo por el recurso a la noción de lucha de clases, una idea que había sido un lugar común en los textos políticos franceses desde la Revolución.^[506] Además, redefinía el «comunismo», que ya no era «un *ideal* al que la realidad» debía «adaptarse ella misma». Era ahora «el movimiento *real* que viene a abolir la situación actual».^[507]

La crítica de Karl a Stirner, titulada «San Max», era una elefantiásica elaboración del argumento de Hess. El énfasis de Stirner en la identidad del individuo y la especie implicaba, según Karl, que Stirner estaba resueltamente abocado a cierta forma encubierta de autodivinización. Casi aceptable como un *jeu d'esprit*, la irónica polémica emprendida por Karl se volvía absurda al ser llevada demasiado lejos, lo que se agravaba al estar canalizada mediante un sentido del humor plúmbeo cuyo eje eran los santos y los consejos eclesiásticos. De hecho, Stirner señaló, en respuesta a sus críticos, que no creía en la realidad metafísica de lo divino, y la crítica de Karl en el sentido de que el «ego» stirneriano era moldeado por el ambiente social y cultural del que formaba parte no le hizo mayor daño. Todo cuanto importaba desde el punto de vista de Stirner era que el ego individual viviera de acuerdo a su propia voluntad.^[508]

¿UNA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA?

Cuarenta años después, en la década que siguió a la muerte de Karl, Engels evocaba en su ensayo de 1885 «Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas» su primer y dilatado encuentro con Karl en París a finales de agosto de 1844: «Cuando visité a Marx en París, en el verano de 1844, se manifestó entre nosotros nuestro completo acuerdo en todos los terrenos teóricos, y de ahí data nuestra colaboración. Cuando volvimos a reunirnos en Bruselas, en la primavera de 1845, Marx [...] había ya desarrollado su teoría materialista de la historia en sus principales rasgos».^[509]

Esto era un recuento verdaderamente equívoco de los hechos. Karl y Engels convergían en ciertos puntos de interés entonces en boga, como su adhesión a Feuerbach, por ejemplo, la adopción de una agenda socialista antes que republicana y, sobre todo, su creencia en la importancia central de

la economía política. La tendencia de Engels a ceder ante la autoridad intelectual de Karl contribuyó a atenuar, a la vez, algunas áreas de discrepancia coyuntural entre ambos. Pero su trayectoria había sido distinta y las discrepancias entre ellos persistían. El desacuerdo entre Hess, Engels y Karl en su reacción ante Stirner nos brinda una clave importante respecto a sus diferencias más hondas. Hess y Karl habían hecho hincapié, durante el año anterior, en una idea de la vida como «el intercambio de la actividad resultante de una vida productiva» o «la actividad resultante de una vida consciente». Engels no hacía ningún énfasis parecido y su punto de vista había seguido estando mucho más próximo a los owenistas; en consecuencia, pensaba que por un cambio de circunstancias el amor egoísta stirneriano podía asumir una modalidad «comunista».

Su segunda propuesta, esa de la creación de una «teoría materialista de la historia», hallaba apoyo documental en la relectura que hizo, en circunstancias muy distintas, del párrafo introductorio a *La Sagrada Familia*. Allí leyó que «en Alemania, el humanismo realista no tiene enemigo más peligroso que el espiritualismo o idealismo especulativo que, en lugar del hombre individual real, pone la “conciencia” o el “espíritu”». [510] Por entonces, Engels comprendía el idealismo aún de manera muy superficial [511] y puede que no viera ninguna razón para diferenciar entre el anhelo obsesivo y levemente parricida de Karl de distanciarse de Bruno Bauer —su antiguo *Doktorvater*— y la tradición idealista como un todo. La elaboración que Engels hacía del asunto en su ensayo titulado «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía alemana clásica» (1886) da cuenta de este equívoco. Allí explicaba los conflictos del periodo como una batalla entre «dos grandes campos»: «Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza, y por tanto admitían en última instancia una creación del mundo bajo una u otra forma [...] se alineaban en el campo del idealismo. Los otros, los que reputaban la naturaleza como lo primario, figuran en las diversas escuelas del materialismo». [512] Esta batalla imaginaria entre «idealismo» y «materialismo» era fruto de la fusión que el mismo Engels hacía entre los debates habidos a mediados de la década de 1840 y su versión personal de un materialismo posdarwinista muy posterior y cuya premisa era la primacía de la naturaleza. Todo ello muy alejado de lo

esencial de los debates surgidos entre los Jóvenes Hegelianos en la década mencionada.

Estos errores y malentendidos, incluidos en el resumen que Engels hacía del advenimiento de «la concepción materialista de la historia», se vieron luego amplificados en la obra de Gueorgui Plejánov (1856-1918), el llamado «padre del marxismo ruso».[513] Plejánov presentaba el intento de Karl de corregir, en *La Sagrada Familia*, el recuento que Bauer hacía de la filosofía ilustrada como una forma de avalar el materialismo anglo-francés de los siglos XVII y XVIII.[514]

Los últimos pasos conducentes a la invención de esta nueva tradición conceptual se dieron en el siglo XX. La teoría de Karl fue entonces designada como el «materialismo histórico». El proceso quedó redondeado en las décadas de 1920 y 1930 con la que fue presentada como la segunda obra conjunta de Karl y Engels, *La ideología alemana*, que comenzó con la publicación por David Riazánov de un único capítulo, «Yo, Feuerbach», en Rusia en 1924.[515] A ello siguió una edición alemana de ese capítulo único en 1926 y luego —reunidos junto a otros ensayos sobre Stirner y Bauer, y un supuesto segundo volumen que trataba de «los profetas del verdadero socialismo»— esos manuscritos fueron publicados como un libro por derecho propio en 1932. Lo que pretendía ser el primer capítulo, titulado «Feuerbach», se hizo rápidamente conocido y fue reeditado en innumerables ocasiones como un supuesto resumen del «marxismo» o el «materialismo histórico», pero recientemente se ha demostrado que fue «artificialmente» compendiado por Riazánov y sus asociados en la década de 1920. El objetivo de esa publicación en los primeros años de vida de la Unión Soviética era completar la difusión del «marxismo» como un sistema, vinculando lo que Karl había definido en 1859 como un proceso de «autoclarificación» a lo que Engels afirmaba sobre el concepto de Karl acerca del desarrollo de «la concepción materialista de la historia» en 1885.[516]

Según Engels, Karl desarrolló su nueva «concepción materialista de la historia» entre la conclusión de *La Sagrada Familia* en el otoño de 1844 y su reunión con el propio Engels en Bruselas en la primavera de 1845. En rigor, durante esos meses Karl no publicó nada. El único fragmento de

documentación relevante que Engels halló al revisar sus papeles de ese periodo fue una entrada de dos páginas en uno de sus cuadernos de notas, titulado «Ad Feuerbach».[517]

Este documento aludía en varios momentos al materialismo, pero su principal objetivo era criticar la pasividad del enfoque materialista; la pasividad era «el defecto central de todo el materialismo previo (incluido el de Feuerbach)».[518] Pero no cabría interpretar dicha crítica como una suerte de contribución a lo que Engels quería decir con «la teoría materialista de la historia». La supuesta batalla entre «idealismo» y «materialismo», invocada por el propio Engels, era una preocupación de finales del siglo XIX. Durante sus años en París y Bruselas, la ambición de Karl —como la de todos los filósofos alemanes del periodo anterior a 1848— no era desarrollar una «concepción materialista», sino más bien un sistema filosófico que conciliara materialismo e idealismo e incorporara la naturaleza y la mente sin otorgar primacía a una u otra.

Se criticaba a Feuerbach, tanto en las «tesis» como en otros escritos de Karl de aquella época, por la pasividad inherente a su asociación del hombre con la sensualidad, antes que con la «actividad sensual *práctica* del ser humano». Según Karl, Feuerbach no veía que el mundo sensual que él invocaba fuese «el subproducto de la industria y las condiciones prevalecientes en la sociedad» y que «el sistema social» se modificaba «en conformidad con necesidades cambiantes».[519] Como veremos, esta crítica era un derivado no tanto del «materialismo» sino principalmente del legado del idealismo.[520] Es importante no olvidar que Karl era renuente a hacer demasiadas concesiones al «idealismo» porque su portavoz más evidente era Bruno Bauer. El argumento de que el idealismo «no conoce la actividad sensual como tal» era inexacto.[521] Hasta donde la propuesta era en algún sentido válida, solo se aplicaba en lo esencial a Feuerbach, cuya concepción de la actividad humana era muy reducida.

El único frente en el que Karl se identificaba con una postura materialista era al suscribir la propuesta de Feuerbach de que las abstracciones no tenían existencia alguna más allá de su contenido empírico. Este era el fundamento para la convicción de Karl de que había un paralelo entre la alienación religiosa, en el ámbito espiritual, y la

alienación social en el ámbito de la producción material. Pero esto no era el producto de una «concepción materialista» en proceso de emerger en 1845. La ofensiva contra la abstracción se había convertido en un rasgo destacado de su pensamiento ya en 1843. Además, habría de seguir siendo un tema importante y recurrente en toda su obra posterior. Como habría de testimoniarlo su bien conocido párrafo acerca del «fetichismo de las mercancías» en *El capital*, siguió siendo un elemento central en su «crítica de la economía política».[522]

A mediados de la década de 1840 esa crítica de la abstracción no solo guiaba su crítica a los economistas, sino su aproximación a toda forma de pensamiento. A finales de 1846, en su carta a Pavel Annenkov por ejemplo, explicaba su crítica de Proudhon, quien no veía «que las categorías económicas no son más que abstracciones de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son solo para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas». Señalaba que Proudhon fallaba en entender que «los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su productividad material [*productivité matérielle*], crean también las *ideas* y las *categorías*, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales».[523]

La idea estaba igualmente presente en sus textos casi veinte años después. En los manuscritos económicos de 1863 escribía: «El dominio del capitalista sobre el trabajador es, por tanto, el dominio del objeto sobre el ser humano, del trabajo muerto sobre la vida, del producto sobre el productor. [...] Esta relación es exactamente *la misma* en la esfera de producción material, en el proceso de la vida social real, [...] que la representada por la *religión* en la esfera ideológica: la inversión del sujeto para convertirse en objeto y *viceversa*».[524] En última instancia, cabe hacer notar el prolongado entusiasmo de Karl por este procedimiento en un área hasta cierto punto distinta de sus investigaciones y su excitación ante el origen empírico y concreto de la abstracción en la *Ciencia de la lógica* de Hegel: «Pero ¿qué diría el viejo Hegel, en caso de que se hubiera enterado,

del hecho de que, a partir de ahora, lo *general* [*das Allgemeine*] en alemán y nórdico significa solo la tierra comunal, y lo *particular*, lo *especial* [*das Sondere, Besondere*] significa solo la propiedad privada dividida a partir de la tierra comunal? He aquí las categorías lógicas surgiendo después de todo, claramente, de “nuestros intercambios”». [\[525\]](#)

EL LEGADO DEL IDEALISMO. UNA NUEVA VISIÓN DEL TRABAJO

En esos años que pasó en Bruselas, Karl proclamó por primera vez su independencia intelectual, no solo de Bauer y Ruge, sino también de Feuerbach. Es, por tanto, un buen momento para intentar discernir qué era lo más novedoso y distintivo en su postura política y filosófica, en el momento preciso en que sus rasgos fundamentales comenzaban a adquirir forma permanente.

Lo más impactante, durante esos años, fue el cambio en su visión del socialismo y del proletariado, a la luz de una nueva concepción de la significación histórica del trabajo. Lo que inspiraba esta nueva concepción no era su presunto materialismo, sino una apropiación particular de los supuestos básicos del idealismo alemán. Esto queda claro cuando se compara el enfoque de Karl con el de otros radicales y socialistas de la época, cuya perspectiva estaba condicionada por una versión naturalista del materialismo. Su punto de partida, habitual en Inglaterra desde la época de Locke y hasta Bentham, dominante entre los *philosophes* e *idéologues* de Francia y los seguidores de Spinoza en Alemania, era una concepción del hombre como un ser natural. Esto implicaba que los actos humanos estaban motivados por la búsqueda de la felicidad y la evitación del dolor. Como criatura de la naturaleza, el hombre estaba definido ante todo por sus necesidades e impulsos. Durante todo el siglo XVIII y hasta comienzos del XIX, esta postura ofreció una alternativa muy bien ensamblada con el énfasis que la ortodoxia cristiana hacía en el pecado original.

No debe sorprender, pues, que fuera también el supuesto fundacional de las múltiples variantes del socialismo que emergieron en los decenios de 1830 y 1840, ni que fuera adoptada de manera explícita por las mayores

agrupaciones socialistas de la época, como los owenistas en Inglaterra y los seguidores de Cabet en Francia. En dicho enfoque, el hombre era el producto de su medio ambiente, un consumidor regido por sus apetencias y necesidades. Al mejorar ese ambiente mediante una mejor enseñanza y una actitud más ilustrada hacia la recompensa y el castigo, sería posible transformar la naturaleza humana y proyectar bastante más lejos los alcances de la felicidad humana. Este había sido, a su vez, el punto de partida de Karl en 1843, cuando él y Ruge planeaban los *Deutsch-Französische Jahrbücher* como una revista dirigida a «los que piensan y los que sufren».

La innovación de Karl, en el curso de 1844, consistió en aplicar las intuiciones del idealismo a la concepción del trabajo, recuperando su énfasis en la actividad y posición del hombre como productor. Más impactante fue el nexo que hizo en estos textos entre dos áreas del discurso hasta entonces no vinculadas entre sí: por una parte, el análisis de la cuestión social y la situación opresiva del proletariado; por otra, la significación transformadora del mundo atribuida al trabajo en la *Fenomenología del espíritu* de Hegel. Al hacer esta conexión, Karl identificaba el socialismo con la actividad humana autodirigida, tal y como había sido invocada en la tradición idealista que siguió a la revolución llevada a cabo por Kant.[\[526\]](#)

Kant y Fichte ya habían desafiado la pasividad implícita en la visión del hombre como un ser natural. Pero en la *Fenomenología*, Hegel se apoyaba en esta herencia idealista y la traducía en una visión de la historia. Según Karl, Hegel había entendido «como un proceso la actividad autogenerativa del hombre» y, al hacerlo, había aprehendido la esencia del trabajo y perfilado las creaciones del hombre como «resultado de las *labores propias* del hombre». [\[527\]](#) El hombre no era, según Karl, pura y simplemente un «ser natural», sino «un ser *humano* natural», cuyo punto de partida no estaba en la naturaleza sino en la historia. A diferencia de los animales, el hombre hacía de su actividad «el objeto de su voluntad» y podía configurar objetos atendiendo a las leyes de lo bello. De este modo era posible entender la historia como la humanización de la naturaleza a través de la «actividad vital consciente» del hombre y, al mismo tiempo, la

humanización del hombre en sí mediante «la formación de los cinco sentidos». La historia era el proceso del hombre transformándose en un *Gattungswesen* (un «ser gregario») y era a la vez la base de esa habilidad del hombre para lidiar consigo mismo como «un ser universal y por ende libre», no determinado por sus necesidades particulares.[\[528\]](#)

La tradición idealista fue crucial para enfocarse en la aptitud del sujeto de resistirse a sus apetencias y necesidades naturales o a superarlas, subordinando tales impulsos al escrutinio racional. Ya en 1786 Kant había reinterpretado la historia bíblica de la Caída como una parábola del gesto humano de fugarse de su condición natural. Pese a su anhelo de escapar a «la miseria de su condición, [...] la razón acababa interponiéndose entre él y ese lugar imaginario de su dicha, impulsándolo de manera irresistible a desarrollar las facultades implantadas dentro de él. [...] Ello lo hará asumir pacientemente el esfuerzo que aún detesta y buscar la grandilocuencia que desprecia. [...] La expulsión de ese paraíso [...] no era nada para el hombre salvo la transición de una condición animal aculturada al estado de humanidad, de un estar atado a lo instintivo al control racional del mundo: en una palabra, desde la tutela de la naturaleza al estado de libertad».[\[529\]](#)

Era a esta capacidad de resistirse a las apetencias naturales o subordinarse al escrutinio racional a lo que aludía el término «espontaneidad» en la tradición idealista. «Espontaneidad» quería decir «autodeterminación interna» y estaba presente en la filosofía alemana desde la época de Leibniz, convirtiéndose en pieza maestra de la concepción que Kant ofrecía de la razón práctica. Su implicación política decisiva era que los individuos podían modelar sus actos no por la búsqueda del bienestar y la felicidad, sino al fijarse una moral y distinguir lo que era correcto.[\[530\]](#) Uno de los logros cruciales de Hegel en la *Fenomenología* fue mostrar la forma en que la noción de lo correcto puede ampliarse más allá de la conciencia del individuo y quedar englobada en instituciones y relaciones interpersonales, conformando los cimientos de lo que él denominaba la «vida ética».[\[531\]](#) La invocación que Karl hace, en los *Manuscritos de 1844*, del hombre que se hace a sí mismo por la vía del trabajo contenía su propia versión de la espontaneidad y la libertad como atributos humanos. El trabajo era una forma de actividad en la que estaba implícito un proceso

continuo de interacción con la naturaleza, no uno impulsado sencillamente por la necesidad, pues, como enfatizaban los *Manuscritos de 1844*, se podía asociar también con la libertad: el hombre podía modelar las cosas según la ley de lo bello. El trabajo como una actividad autodirigida de los individuos era deliberado y teleológico (impulsado por la búsqueda de un fin). La resistencia a vencer en cualquier proceso laboral era o bien natural —la operación de mecanismos casuales del mundo físico— o bien histórica —el conflicto que podía surgir ante las relaciones sociales existentes—. En este sentido, era posible entender la historia humana como el proceso continuo y acumulativo de interacción entre la teleología y la causalidad.

A la luz de este enfoque, la representación del hombre como un ente pasivo, como un consumidor dependiente de la naturaleza para proveer sus necesidades, se volvió la crítica principal de Karl al socialismo contemporáneo. Era la razón por la que sus «Tesis sobre Feuerbach», escritas a comienzos de 1845, eran tanto una crítica del socialismo como del propio Feuerbach. Esto era particularmente cierto en el caso de la tercera tesis, que argumentaba: «La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado».[532] También explica una parte de la objeción de Karl a Proudhon. Desde la perspectiva de Karl, la cuestión del trabajo no atañía pura y simplemente al consumo o a los salarios. La ambición de los trabajadores organizados no era pura y simplemente lograr la «mayor felicidad» adquiriendo más bienes materiales, sino modificar las relaciones de producción.

Según el resumen que él mismo hacía en 1844, el «socialismo» entendido como una forma de trascender la enajenación «había seguido la misma evolución que la enajenación en sí». Su primera y brutal consecuencia había sido la ampliación de la categoría de trabajador a todos los hombres. De forma incluso más brutal, había sustituido la «comunidad de mujeres» y la prostitución en un sentido amplio por el matrimonio (una «forma de propiedad privada exclusiva»). Este tipo de comunismo era «la

expresión lógica de la propiedad privada». Era «la culminación de la envidia» y «la negación abstracta del universo entero de la cultura y la civilización», «la regresión a la simplicidad no natural del hombre *pobre* y tosco, que tiene escasas necesidades y no solo ha fallado en ir más allá de la propiedad privada, sino que ni siquiera ha accedido a ella». El comunismo desarrollado iría más allá de «la vileza de la propiedad privada que anhela convertirse ella misma en el sistema comunitario positivo». El comunismo debe aún alcanzar la «vuelta del hombre a sí mismo». El verdadero comunismo era «la trascendencia positiva desde la propiedad privada como enajenación de lo humano y, por ende, el completo retorno del hombre a sí mismo como un ser social (es decir, humano): un regreso alcanzado de manera consciente y que abrazaría toda la riqueza del desarrollo previo. [...] Este comunismo entendido como un naturalismo plenamente desarrollado equivale al humanismo y, como humanismo plenamente desarrollado, equivale al naturalismo». Era «el enigma de la historia al fin resuelto».[533]

La noción de la libertad como actividad autodirigida y de que la capacidad de producir era la característica «decididamente esencial» del hombre condujo a Karl a la conclusión, en 1844, de que el «trabajo enajenado» constituía la base de todas las formas restantes de enajenación y que, por ende, «el servilismo humano en su totalidad» estaba «implícito en la relación del trabajador con el proceso de producción». El «trabajo enajenado» era la inversión de la «actividad vital consciente». Karl nunca publicó sus reflexiones de 1844 sobre el «trabajo enajenado», pero su supuesto básico quedó en pie. En términos kantianos, el trabajo asalariado era una modalidad de heteronomía, una inversión de la libertad concebida como la actividad autodirigida del productor.

Cabe contrastar esto mismo con «la concepción materialista de la historia», como Plejánov la entendió luego. En su propia concepción, se daba un papel derivado y de importancia secundaria no solo a la política sino a las relaciones de producción. En lugar de caer en un «dualismo» entre «economía» y «psicología», argumentaba Plejánov, había que considerar las dos como el subproducto «del estado de las fuerzas productivas», un escenario que él mismo, siguiendo a Darwin, equiparaba a

«la lucha por la existencia». «La lucha por la existencia crea su propia economía y, sobre la misma base, se yergue su psicología. La economía es en sí un derivado, igual que la psicología.»^[534] Karl Kautsky (1854-1938), el editor de *Die Neue Zeit* y un teórico marxista fundamental dentro de la Segunda Internacional, iba un poco más lejos. Sus ambiciones intelectuales estuvieron siempre regidas por el intento de descubrir leyes naturales científicas y universales del comportamiento, a las que estuviesen subordinados los humanos, los animales y los vegetales por igual. En particular, le preocupaba demostrar la universalidad de los «instintos sociales en el mundo de las plantas, los animales y los humanos». Pensaba que el elemento subyacente tras todo ello que los filósofos habían definido como ética eran, precisamente, tales instintos y pulsiones orgánicos. Según *La ética y la concepción materialista de la historia*, publicada en 1906, «lo que a Kant se le aparecía como la creación de un mundo del espíritu y más elevado es un subproducto del mundo animal, [...] el derecho moral es un impulso animal y nada más, [...] el derecho moral es de la misma índole que lo es el instinto a la reproducción».^[535]

Esta modalidad de determinismo basado en la naturaleza tenía poco en común con las creencias y formas de comportamiento que Karl, siguiendo a Feuerbach, había definido como «abstracción» o «alienación». La abstracción era un producto de la cultura más que de la naturaleza y surgía en una situación en la que la *autodeterminación* adquiría alguna forma perversa. El hombre se convierte en víctima de abstracciones que él mismo ha creado y comienza a elaborar contenidos sobre esas percepciones equívocas. Así, el movimiento teleológico hacia adelante, junto a la energía que conlleva, se preservaba pero se manifestaba a sí mismo, por una parte, en el «Estado político» vigente, y por otra, en un mercado impulsado por los intereses privados. Debido a que esta dinámica era fruto de la autodeterminación, más que de la condición natural, el hombre retenía la capacidad de liberarse a sí mismo de la estructura institucional alienante que había surgido con el patriarcado, la propiedad privada y la religión.

Durante su estancia en Bruselas entre 1845 y 1846, Karl elaboró esas nuevas ideas sobre el lugar del trabajo o la «producción» en la autorrealización del individuo. Esto significó transformar sus ideas acerca de la sociedad civil desde una suma de elementos fragmentarios que intercambiaban cosas entre sí, cada uno movido por su propio interés, a una relación entre productores. Dicha concepción ofrecía una base nueva para la existencia de las clases sociales. A la hora de sustentar su propia definición del trabajo en 1844, Karl se valió de la definición de Hegel sobre la «teleología externa» en su *Ciencia de la lógica*.^[536] Esto lo capacitó para diferenciar tres momentos en el proceso laboral: «el del propósito subjetivo», «el de los medios» y «el del propósito realizado». Al contrastarlo con el ideal de *autonomía* (actividad intencional libremente decidida por el yo o actividad libre del yo), quedó en posición de destacar las formas de *heteronomía* implícitas en la propiedad de los medios de producción o la determinación del propósito por un tercero.

Al año siguiente, en 1845, Karl desarrolló un segundo modelo en el que la función del trabajo era desplegada dentro de un proceso histórico y social más amplio.^[537] En esta síntesis, el proceso y objetivo del trabajo eran presentados como factores independientes de la voluntad de los trabajadores. Esto hacía posible una visión dinámica del desarrollo histórico, sustentada en una teleología dividida en varios estadios o fases de la historia. En lugar del vago surgimiento de una sociedad burguesa posterior a la época clásica en el intervalo entre la sociedad feudal y la Revolución francesa, el modelo articulaba una secuencia histórica más precisa de las diversas formas de propiedad. Esta secuencia descansaba en las investigaciones de la Escuela Histórica del Derecho germana, diferenciando una fase «tribal», una fase «arcaica y comunitaria» y una «feudal».^[538] «La forma de intercambio resultante de las fuerzas productivas existentes en todas las fases históricas previas, y que determina a su vez a estas últimas, es la *sociedad civil*.»^[539] Un enfoque semejante inauguró formas de presentar, a partir de ahí, una historia sistemática y acumulativa del trabajo e introdujo la noción de los diversos modos de producción, que constituían diferentes formas de relacionarse entre sí los

trabajadores, los medios de producción y el producto resultante. «La historia —argüía Karl— no es más que la sucesión de distintas generaciones, cada una de las cuales emplea los materiales, los fondos de capital, las fuerzas productivas legadas por todas las generaciones precedentes. Así, por una parte, continúa la actividad tradicional en circunstancias por completo distintas; por otra, modifica las antiguas circunstancias mediante una actividad completamente modificada.»[\[540\]](#)

En el curso de 1845 y 1846 Karl se las arregló para expresar de manera aún más sucinta su cuadro-resumen del nexo discernible entre relaciones sociales y desarrollo productivo. A finales de 1846, en carta dirigida al rico viajero e intelectual ruso Pavel Annenkov, resumía el nuevo enfoque:

A un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil, corresponde un determinado régimen político, que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. [...]

Huelga añadir que los hombres no son libres de escoger sus *fuerzas productivas* —base de toda su historia—, pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en las que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no han creado y que es producto de las generaciones anteriores. [...]

[P]ara no perder los frutos de la civilización, los hombres se ven constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas productivas adquiridas, a cambiar todas sus formas sociales tradicionales.[\[541\]](#)

Uno de los cambios verificados en el pensamiento de Karl al reconsiderar el concepto de sociedad civil fue el lugar que ahora asignaba a la burguesía. La modernidad de Hegel se caracterizaba por la tensión entre lo particular y universal, entre la sociedad civil y el Estado como factores constituyentes y necesarios del espíritu objetivo. En los ensayos de Karl sobre la consecución del Estado racional, publicados en la *Rheinische Zeitung* en 1842, el papel que desempeñaba el interés económico individual y la propiedad privada era solo negativo. En los *Manuscritos de 1844* la dinámica de la sociedad burguesa era igualmente ignorada, excepto para considerarla una patología conducente al empobrecimiento que en última

instancia había transformado la distinción entre propietarios y no propietarios en un antagonismo entre burguesía y proletariado.[\[542\]](#) Pero en 1847, en *Miseria de la filosofía*, había una visión más positiva, en conjunto, del desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases como sustentos de los movimientos futuros de la historia: «Desde el principio mismo de la civilización, la producción comienza a basarse en el antagonismo de los rangos, de los estamentos, de las clases y, por último, en el antagonismo entre el trabajo acumulado y el trabajo directo. Sin antagonismo no hay progreso. Tal es la ley a la que se ha subordinado hasta nuestros días la civilización. Las fuerzas productivas se han desarrollado hasta el presente gracias a este régimen de antagonismo entre las clases».[\[543\]](#)

Para cuando Karl escribió el *Manifiesto comunista*, su pensamiento había ya completado el círculo. De ser la defensora primordial de la propiedad privada, la «burguesía» se había transformado en una heroína épica de la marcha futura de la humanidad: «Ha sido ella la primera que ha demostrado lo que puede llevar a cabo la actividad humana. Ella ha realizado maravillas completamente distintas de las pirámides egipcias, de los acueductos romanos y de las catedrales góticas [...]. En lugar de las viejas necesidades, satisfechas con productos del campo, aparecen otras nuevas que requieren ser satisfechas con productos de los países y climas más lejanos».[\[544\]](#) La burguesía estaba entrando en la última fase de su dominio. No solo se habían producido ya las primeras instancias de revuelta proletaria, sino los primeros indicios de que la forma burguesa de propiedad estaba «obstaculizando» el avance de la producción.[\[545\]](#) Entretanto, costaba imaginar una instancia más poderosa que esa de que «la autocreación del hombre» era «el fruto de la *labor propia* del hombre».[\[546\]](#)

Karl había desarrollado una visión poskantiana del papel del trabajo en la historia y la capacidad de este para propiciar la autoemancipación: una visión basada en la razón, la espontaneidad y la libertad; pero su adopción de esta visión fue solo parcial. En lo que se refiere al derecho del individuo a su propia libertad y autodeterminación, guardaba silencio, y su postura seguía siendo la que adoptara tras la lectura de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789. Los derechos del hombre eran la expresión

apenas disimulada del predominio de la propiedad privada y el individuo burgués en su relación con el Estado moderno. De manera similar, aun cuando atribuía cierta capacidad de autoemancipación al proletariado, entendido como una entidad colectiva, no hacía extensiva la capacidad de ser libres y autodeterminarse a la multiplicidad de individuos que lo componían.

En este sentido, la imagen que Karl proponía del proletariado era una mezcla mal digerida entre la necesidad material y la causa de la libertad. En *La Sagrada Familia* escribió que «el hombre se ha perdido a sí mismo [en el seno del proletariado], pero, al mismo tiempo, no solo ha adquirido conciencia teórica de esa pérdida, sino que se ha visto constreñido [...] a rebelarse contra esa inhumanidad».[547] No explica cómo fue adquirida esta «conciencia teórica». A falta de propiedad privada y en ausencia de un credo religioso —que él mismo imaginaba era el caso en París—, el proletariado representaba la encarnación inminente del ser gregario, «el retorno del hombre a sí mismo». Pero, como individuos, no se atribuía a esos proletarios ni espontaneidad ni autodeterminación. Su conciencia compartida surgía de una condición compartida. Guiados por la necesidad, los presentaba como «momentos» irreflexivos dentro de un todo. La necesidad los llevaría a la revuelta con independencia de cualquier convicción racional que pudieran haber adquirido. Pues, como el propio Karl escribió en *La Sagrada Familia*, «[n]o se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser».[548] La vocación era algo atribuido a las distintas clases sociales de igual modo que Feuerbach había definido al ser gregario o al «hombre» como la vocación de los seres humanos individuales. Este giro inexplicado del *como debe ser* al *como es* era otra dimensión de la incapacidad de Karl a la hora de proveer una respuesta convincente al reproche de Stirner de que los argumentos de Feuerbach y sus seguidores eran moralistas y descansaban aún en una serie de supuestos derivados de la religión.

Como todos los filósofos dentro de la tradición poskantiana, Karl había reconocido que el hombre era tanto un ser natural, sujeto a necesidades y

apetencias naturales, como un sujeto racional, capaz de subordinar tales anhelos al escrutinio racional y de ejercer su voluntad conforme a reglas autoimpuestas. Pero no por ello dotaba a sus proletarios de una individualidad. Estos quedaban subsumidos bajo el supuesto de los intereses comunes y los fines predeterminados. Cualquier manifestación aberrante en el comportamiento individual de un proletario en particular era atribuida a la patología que traía consigo la enajenación.[\[549\]](#)

No debiera sorprendernos que uno de los temas de mayor controversia entre republicanos y socialistas, en el seno de los Jóvenes Hegelianos y en la década de 1840, fuese este intento de Karl de equiparar la vía universal a la emancipación humana con los anhelos y necesidades de una clase en particular. La alienación, sostenía Ruge, no era una condición que afligiera solo al proletariado. La visión de Karl quedaba expuesta al mismo tipo de crítica que Bruno Bauer había dirigido contra Strauss y Feuerbach: apelar a una noción panteísta de lo inmanente era un derivado de la metafísica de Spinoza, en lugar de apoyarse en la autoconciencia para explicar que el cristianismo fuera desplazado por el humanismo o el ser gregario.[\[550\]](#) Desde la perspectiva de Bauer, esto implicaba invocar un ser gregario de efectividad inmediata y universal, sin mostrar cómo se llegaba a él, cómo operaba o cómo era interiorizado por el individuo. La noción de Karl de «conciencia de clase» proletaria era susceptible del mismo tipo de objeción, pero en su caso la fuente de la que emanaba dicha postura no parecía tener ninguna afinidad particular con Spinoza. Lo que hacía difícil para Karl aceptar la concepción kantiana del individuo parecía ser, en su caso, fruto de su desagrado ante cualquier forma de individualismo, que él mismo asociaba con la destrucción de las antiguas formas de hacer política y su reemplazo por la escisión entre «hombre» y «ciudadano» introducida por la sociedad burguesa. En la política de Aristóteles no había distinción alguna entre el individuo y el ciudadano. La decadencia de la *polis* y el advenimiento del cristianismo habían provocado la emergencia del individuo como un ser distinto del ciudadano en la sociedad burguesa. La «cuestión social» y el advenimiento del proletariado contenían, en sí mismos, la promesa de poner término a esa escisión.

Los republicanos, aunque sensibles a la situación apremiante de la fuerza laboral, se mostraban escépticos. El trabajo, objetaba Bruno Bauer, estaba «inmerso en lo material».[551] La conciencia de los trabajadores era rudimentaria y referida a lo inmediato; batallaría por sus intereses particulares, pero debido a su falta de educación y el medio ambiente estrecho en que vivían sus poseedores, quedaría en una posición muy disminuida para abrazar la idea de su autodeterminación. ¿Cómo podía el proletariado encarnar la trayectoria de toda la humanidad? ¿En qué sentido habría de posibilitar el carácter tan repetitivo del trabajo proletario la visión de esa emancipación que se atribuía a dicha clase social?

LA PROXIMIDAD DE LA REVOLUCIÓN

EL PROBLEMA DE ALEMANIA

¿UNA REVOLUCIÓN ALEMANA?

El socialismo alemán nació en el exilio. Su acceso a apoyos materiales o institucionales fue mínimo. El grupo en torno a Karl sobrevivió hasta las revoluciones de 1848 gracias a una visión nueva, un sentido de lo posible que lo mantenía cohesionado. Nunca en el pasado los radicales alemanes, en particular los forzados al exilio, habían sido capaces de perseverar en sus convicciones, enfrentados a lo que parecía la obstinada realidad religiosa, militar y monárquica de su país. Pero en la crisis en ciernes, esto se volvió posible: Alemania estaba en posición de seguir a Inglaterra y Francia en la senda de la emancipación social.

Inglaterra había experimentado sendas revoluciones en 1640 y 1688; Francia en 1789 y de nuevo en 1830. En Alemania no habían ocurrido eventos tan drásticos desde la Reforma y la Guerra de los Campesinos en el siglo XVI. Ahora Karl y otros radicales alemanes de la década de 1840 se preguntaban si algunos cambios de esta naturaleza podrían terminar sepultando a los diversos estados que conformaban la Confederación Germánica. Ciertamente, los radicales alemanes estuvieron esperando que así ocurriera durante todo el periodo que habría de denominarse el *Vormärz* (1815-1848).[\[552\]](#) Con las contribuciones que Alemania había hecho a las nuevas formas de concebir el mundo moderno, seguro que se verían acompañadas de una transformación de sus instituciones políticas. La gran oportunidad surgida con las revoluciones de 1830 había pasado por alto a Alemania. Por más grandiosa y sublime que fuese la contribución del

pensamiento germano a la modernidad, cualquier esperanza de una transformación política verdadera fallaba y se tambaleaba al enfrentarse a la realidad de un pueblo leal y temeroso de Dios, flemático y provinciano, que no parecía deseoso de escenificar ningún drama revolucionario.

Había habido, por supuesto, una movilización popular —si no una revuelta— en 1813, pero por desgracia había sido liderada por el propio rey de Prusia contra los franceses. Por esta razón los sueños de emancipación universal se veían reiteradamente distorsionados por la necesidad de lidiar con la realidad tan persistente de un pueblo estrecho de miras. Los radicales se limitaban a asumir, en grado cada vez mayor, que la suya era sencillamente una nación de «filisteos».[553]

En la época de Kant, durante la Revolución francesa de 1789, no había habido ninguna necesidad acuciante de considerar el asunto. El apoyo de Karl al empeño francés de forjar una Constitución inspirada en la razón era ampliamente compartido por los alemanes cultivados, pero solo unos pocos asumían que para que ello sucediera en Alemania se requería un alzamiento comparable.[554] Además, la Revolución degeneró en terror y guerra, el poeta Schiller voceó la reacción predominante. Durante un momento, escribió en 1795, pareció haber «una posibilidad física de imponer la ley al trono, de honrar finalmente al hombre como un fin en sí mismo y de hacer de la auténtica libertad la base de la asociación política». Pero fue una «esperanza vana»; el resultado fue o bien «una vuelta al Estado de barbarie» o bien «la letargia más absoluta».[555]

El distanciamiento del curso que seguían los acontecimientos en Francia se vio reforzado por la experiencia alemana de la ocupación gala de Renania después de 1792, a la que se opusieron —aunque no se resistieran activamente— todos salvo una minoría de jacobinos entusiastas durante la breve República de Mainz. Las reacciones posteriores al dominio napoleónico fueron más ambiguas. Aunque visto en retrospectiva la abolición del feudalismo y la ley de reforma fueron muy bien valoradas, el estilo autoritario del régimen bonapartista dio al traste con el posible apoyo a tales medidas.[556] Algunos, como el padre de Karl y su tío, trabajaron para el régimen; otros, como el hermano de Hegel, se hicieron oficiales en la *Grande Armée*, o como el padre de Jenny, sirvieron brevemente como

funcionarios en el Estado napoleónico de Westfalia. Pero muchos de los miembros más jóvenes dentro de la *intelligentsia* local abandonaron los sueños políticos de la década de 1790. En tales circunstancias pocos disientían del retrato que Madame de Staël hacía, en 1807, de Alemania como una tierra de poetas y pensadores. Citaba al respecto a «uno de sus autores más distinguidos», Jean Paul Richter: «L’empire de la mer c’était aux Anglais, celui de la terre aux Français, et celui de l’air aux Allemands» [«El imperio del mar era de los ingleses, el de la tierra de los franceses y el del aire de los alemanes»].[\[557\]](#)

Después de 1815 quien articuló poderosamente la creencia progresista en un nexo entre lo «alemán» y lo «universal» fue Hegel. Un discurso que parecía tener sentido en la medida en que Prusia accediera a continuar con el programa emancipatorio iniciado en la «era de la reforma». Pero en la década de 1820 el enfoque de Hegel había comenzado ya a verse sometido a presiones. Las reformas que alguna vez fueron percibidas como inminentes —tal y como la promesa de una convocatoria a una Asamblea representativa— no se habían cumplido. En lugar de ello, el régimen había creado una serie de Dietas provinciales, convocadas en conformidad con los estamentos tradicionales y a las cuales se negaba toda facultad para la exacción de impuestos. Igualmente, los Decretos de Carlsbad de 1819 habían cercenado de manera severa la libertad de prensa, la de expresión y reunión. En última instancia, las revoluciones de la década de 1830, que engendraron Constituciones liberales en Francia y Bélgica y pusieron término a la «Constitución protestante» en Gran Bretaña, solo contribuyeron a intensificar la actitud defensiva de las autoridades prusianas y de otros estados germánicos. Alarmada por una reunión masiva celebrada en 1832 en Hambach y el Palatinado, la Confederación Germánica, presionada por el canciller austriaco Metternich, impuso una censura y represión política cada vez más intensas.[\[558\]](#)

La dificultad a la hora de querer reinstaurar un futuro políticamente progresista en Alemania a la luz de estos acontecimientos se torna evidente en el caso de Heinrich Heine. Junto a otros escritores radicales, Heine fue obligado al exilio parisino en las secuelas de las revoluciones de la década de 1830. En su *Sobre la historia de la religión y la filosofía alemanas*,

publicada en 1834, insistía en el intento de desarrollar el «notorio paralelismo» que Hegel había hecho entre la filosofía alemana y la Revolución francesa. Por esta vía, Kant quedaba alineado junto a Robespierre, Fichte junto a Napoleón, Schelling con la Francia de la Restauración y Hegel con la Revolución de 1830. Solo que, a esas alturas, Heine estaba ya en París y bajo el hechizo de los sansimonianos, e identificaba los aportes de Alemania a la emancipación del hombre no como espiritualidad —o *Innerlichkeit*—, sino como «sensualidad» o, en términos filosóficos, panteísmo. Su relato identificaba a Lutero con el «sensualismo» de la vida cotidiana y su legado ponía un pie en el panteísmo de Spinoza, que resurgía a su vez en la filosofía del joven Schelling. Aquí, sin embargo, el relato sufría una ruptura. El panteísmo había completado, según el argumento de Heine, su revolución en la filosofía y estaba ahora listo para derramarse en la política y la vida cotidiana. Por este motivo Alemania estaba en las vísperas de su propio 1789, pero uno en que serían liberadas «fuerzas demoníacas» y se escenificaría «una obra» que «hará que la Revolución francesa parezca un cuento de niños». Con todo, era preciso enfrentarse a la incómoda verdad de que Alemania había dejado pasar las revoluciones de 1830 y que tanto el panteísmo de Schelling como el de Goethe generaban sendas formas de conservadurismo. El texto se sumergía, de ahí en adelante, en el desánimo, con la admisión de Heine de «un efecto deprimentemente paralizante en mi sentir» dado por esta «apostasía panteísta».[559]

Como se ha visto, un *impasse* comparable se cernía con su amenaza sobre el último intento relevante de bosquejar, en términos hegelianos, un derrotero progresista radical para Alemania en el periodo del *Vormärz*: el delineado por Karl en la *Rheinische Zeitung* y por Arnold Ruge en los *Deutsche Jahrbücher*, en 1842. El proyecto de los Jóvenes Hegelianos de propiciar reformas elevando entre el pueblo la conciencia de sus reales anhelos había fracasado. En 1843 el régimen prusiano clausuró la *Rheinische Zeitung* y el resto de la prensa opositora sin mayor resistencia por parte de la población.

¿Cómo podía seguir habiendo fe en las capacidades democráticas o republicanas de un pueblo tan tímido y estrecho de miras? La situación en

1843 solo reiteraba lo dicho acerca de la timidez del pueblo alemán en la década previa. Ya en la época de las revoluciones de la década de 1830, Ludwig Börne —entonces en el exilio parisino— se había burlado del entusiasmo de Hegel por la Reforma y el *Innerlichkeit* germano. Y es que tal vez fuera, precisamente, esa espiritualidad protestante la que había engendrado «un pueblo que, a pesar de su fuerza y su libertad espiritual, no sabe cómo liberarse él mismo de un censor que destruye esa fuerza y esa libertad».[560] Y añadía que la pasividad del Hamlet de Shakespeare podía atribuirse ni más ni menos que al tiempo que pasó estudiando la filosofía alemana en la Universidad de Wittenberg. Más adelante en esa misma década, otros autores comenzaron a formular análogos ataques al «principio protestante» por su asociación con el individualismo y la propensión específicamente alemana a la privacidad, la seguridad individual y la relación estrecha de miras con el mundo restante. Una condición que los sectores radicales calificaban con desdén de *Spiessbürgerlichkeit* (sentimentalismo pequeñoburgués).

Con todo, la esperanza resurgió claramente en 1844, el año en que nació el socialismo alemán. Tras la supresión de la prensa en 1843, el constitucionalismo —la confianza en la posibilidad de reformar el Estado— decayó de manera significativa. El ensayo de Karl «La cuestión judía» y su prólogo a la «Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel» publicado en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* fueron dos propuestas influyentes, sugestivas del escepticismo dominante en torno a las reformas políticas. Otras tuvieron igual relevancia y, de manera destacada, las «Tesis preliminares sobre la reforma de la filosofía», de Feuerbach, y el ensayo de Moses Hess sobre «Filosofía de la acción». El ensayo de Feuerbach cambió el foco de interés desde el «progreso del espíritu» a la condición de lo «humano». El de Hess fue singularmente impactante ya que criticaba no solo el constitucionalismo radical de Bruno Bauer sino a la vez el reformismo conservador de Lorenz von Stein, quien argumentaba que el socialismo podía resolver el problema social dentro del Estado vigente. Al socialismo, argüía Hess por su parte, no le inquietaban solo las necesidades materiales del proletariado, sino la transformación de la sociedad como un todo. Es más, en su ensayo «sobre la esencia del dinero», el mismo Hess iba

un punto más lejos que la concepción de Feuerbach de la abstracción o alienación como un problema que afligía a los individuos, derivando a una noción de esa alienación como un problema social, poderosamente influyente tanto en las relaciones económicas como en las creencias religiosas.

Los sectores radicales no esperaban, en principio, que el socialismo irrumpiera en Alemania en un futuro inmediato. Entre los conservadores cundía la alarma como fruto de un informe del juez de Zurich, Johann Bluntschli en el que detallaba las actividades «comunistas» de Wilhelm Weitling y los artesanos germanófonos radicalizados que vivían en Suiza. Con todo, Stein argumentaba que el advenimiento del comunismo estaba aún lejos de Alemania, mientras que el ensayo de Karl publicado en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* saludaba con entusiasmo el papel del proletariado e implicaba con ello que el cambio vendría desde el exterior. Su última frase decía: «El gallo galo cantara al amanecer».

A ello se debió que el alzamiento de los tejedores de Silesia en junio de 1844 fuese recibido con igual entusiasmo. El advenimiento de la revuelta proletaria en una región pobre y remota de Prusia demostraba que Alemania había pasado a ser parte de la corriente fundamental de Europa. A diferencia del socialismo literario, el «alzamiento» de los tejedores —sobre todo debido al enorme despliegue informativo que suscitó— fue un acontecimiento suficientemente impactante para acceder a la conciencia popular y hasta a la mitología nacional, inspirando poemas, canciones e imágenes.[\[561\]](#)

Los acontecimientos de Silesia sirvieron a la vez para presionar a la Corona y que esta adoptara diversas medidas. En el otoño de 1844 el régimen fundó la Asociación para el Bienestar de las Clases Trabajadoras, una organización que permitía la formación de asociaciones locales de trabajadores (*Arbeitervereine*). Aunque el propio régimen concebía tales asociaciones como instituciones de caridad, las definiciones siguieron siendo vagas, posibilitando que los sectores liberales y radicales y los reformadores sociales intentaran moldearlas a su arbitrio. Algunas se ceñían, por ejemplo, a las prácticas de los clubes de artesanos inmigrantes en Suiza y proveían a sus miembros de instalaciones comunitarias para

cenar, haciendo concesiones a su identificación superficial con el «comunismo».[562] Pero cualquiera fuese el carácter preciso de algunas asociaciones en particular, la preocupación por el socialismo y la cuestión social adquirió una presencia visible e institucional.

La reacción a los acontecimientos de Silesia generó a la vez la publicación de un amplio espectro de revistas radicales y socialistas que trataban de las condiciones sociales existentes y la posición del proletariado. A finales de 1844 y principios de 1845 apareció una panoplia de tales publicaciones —entre ellas el *Deutsches Bürgerbuch* (*Cuaderno del Ciudadano Alemán*), los *Rheinische Jahrbücher* (*Anuarios Renanos*), el *Westphälische Dampfboot* (*Vapor de Westfalia*) y *Gesellschaftsspiegel* (*Grupo del Espejo*)—, la más importante de las cuales, y que venía a prolongar la tradición del radicalismo específicamente renano, fue la *Trier'sche Zeitung* (*Gaceta de Tréveris*), publicación que preludió esta eclosión de literatura socialista. Tras el cierre de la *Rheinische Zeitung* en 1843, la de Tréveris se convirtió en la revista opositora más destacada de Alemania, empleando a colaboradores socialistas y dedicando un espacio cada vez mayor al debate de temas sociales. En particular, había incorporado a Karl Grün, un talentoso autor y periodista que muy pronto sería percibido como el principal rival de Karl en la formulación de una modalidad de socialismo apropiada a la Alemania del *Vormärz*.

Al igual que Karl, Grün había estudiado en Bonn y Berlín. Hacia finales de la década de 1830 había escapado a Francia para evitar el servicio militar. Su radicalismo derivaba de su admiración por los escritos de la Alemania Joven más que de los Jóvenes Hegelianos. Tras volver a Alemania, trabajó para un diario de Baden y enseguida se trasladó a Renania, donde Moses Hess lo convirtió al socialismo. En marzo de 1844 él mismo atribuyó su socialismo a una lectura de la «Filosofía de la acción» de Hess y a dos ensayos de Karl: «La cuestión judía» y el prólogo a su «Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel».[563]

Como Hess y Engels en 1845, Grün desempeñó un papel activo en la campaña para orientar a las asociaciones de trabajadores en la dirección del socialismo. En oposición al paternalismo del régimen, Grün creía que estas asociaciones podían servir de puntos de partida para la transformación de la

sociedad y, como otros autores inspirados por Feuerbach y Hess, propiciaba un enfoque antiestatal y anticonstitucionalista. Solo si la política acababa «disolviéndose en el socialismo» podía tener el ser humano la esperanza de vivir en armonía y conformidad con su «ser gregario». Para llegar a ese punto, la propiedad privada tendría que ser abolida, el trabajo reorganizado comunitariamente, la enseñanza y la cultura transformadas. A finales de 1844 Grün se mostraba animado por el hecho de que «la cuestión del socialismo está comenzando a infiltrar también la situación actual de Alemania». Los diarios «voceaban de pronto términos tan cargados como la abolición del proletariado, la organización de la fuerza laboral o el establecimiento de verdaderas relaciones sociales [*Vergesellschaftung*]». [\[564\]](#)

Grün planeaba crear una revista de periodicidad mensual que diera a conocer más ampliamente el socialismo entre los trabajadores, pero las autoridades censoras lo impidieron, y en el otoño de 1844 el propio Grün se vio forzado a exiliarse una vez más en París. Allí publicó *El movimiento social en Francia y Bélgica*, otra crítica al enfoque constitucionalista que Stein proponía del socialismo. Mientras que el sino de Francia era la revolución en lo político, Grün compartía la creencia de Engels de que en Alemania en 1845 la fuerza modeladora de la filosofía podía por sí sola transformar el país sin que fuera necesaria una revolución. Igual que los owenistas en Gran Bretaña, Grün mezclaba su propia idea del socialismo con el interés en la enseñanza y una preocupación por la emancipación femenina.

En 1845 el desacuerdo entre los principales socialistas alemanes era escasamente visible. La definición de socialismo y de la vía al socialismo seguía siendo relativamente vaga. El socialismo como doctrina era tanto una noción cultural como económica, una preocupación por la humanidad antes que el proyecto de una clase en particular. En primera instancia, se esperaba que atrajera a la clase media, algo en lo que Engels y Hess seguían empeñados en sus discursos en Barmen y Elberfeld; de ahí en adelante, era lo que se pensaba, las clases trabajadoras podrían seguirlo.

Pero muy pronto se hicieron visibles algunos desacuerdos. El grupo alrededor de Karl se centraba cada vez más en su crítica de la economía

política y esto conducía a focalizar inevitablemente la atención en la cuestión laboral. Por este motivo, en 1845 Moses Hess, que había atraído originalmente a Grün hacia el socialismo, comenzó a criticarlo por su falta de interés en la economía política o en el proletariado, e hizo un empeño por interesarlo en la labor de Karl, pero Grün era a esas alturas poco receptivo a ella. Lo que sí lo atrajo cuando llegó a París fueron sus encuentros con Proudhon, iniciados a finales de 1844.

Para Karl, la relación de Grün con Proudhon planteó una seria amenaza al amplio proyecto que había concebido desde que llegó a París a finales de 1843: la creación de una alianza franco-germana en el frente político y filosófico. Proudhon era decisivo para el plan, siendo el proletario francés que había arremetido contra la propiedad privada. En *La Sagrada Familia*, Karl había considerado imperativo rescatar a Proudhon de la interpretación que de él hacían los hermanos Bauer, una lectura en virtud de la cual se lo presentaba como un místico y un «moralista» confiado en la justicia. Como contrapartida, Karl lo había alabado como «un hombre de la masa», «un plebeyo y un proletario».[565] Había que felicitar a Proudhon por hacer «la primera investigación resuelta, implacable y a un tiempo científica del que era el fundamento de la economía política, la *propiedad privada*», aunque también le dedicaba algunas críticas. Su defensa de la igualdad salarial era poco más que una propuesta de una mejor compensación para los esclavos. Pero a diferencia de otros autores, Proudhon se había tomado en serio «la dimensión humana de las relaciones económicas» oponiéndola de manera significativa a «su inhumana realidad». Había hecho «todo lo que la crítica de la economía política podía hacer desde la perspectiva de la economía política». Había generado «el manifiesto científico del proletariado francés».[566] El hecho de que Karl Grün comenzara a mediar en el conocimiento de la filosofía alemana mediante Proudhon era un desarrollo intolerable para Karl.

UN «DICTADOR DEMOCRÁTICO»

En febrero de 1846 Karl, Engels y un amigo belga, Philippe Gigot, crearon un Comité de Corresponsales Comunistas en Bruselas. Su objetivo era organizar contactos con los socialistas y comunistas germanos «en torno a cuestiones científicas», «supervisar» la escritura popular de textos y la propaganda socialista en Alemania, y mantener a los socialistas alemanes, franceses e ingleses en contacto entre sí. Igualmente relevante fue, desde un principio, lo confesaran o no, el propósito de eliminar las visiones rivales del socialismo.

En el caso de Grün, la hostilidad de Karl estuvo clara desde principios de 1846. El 18 de enero escribió al diario de Grün, la *Trier'sche Zeitung*, abriendo con la frase: «*Jamás* he escrito *una* sola línea para esta publicación, cuyas propensiones burguesas y filantrópicas, y en ningún caso comunistas, me son por completo ajenas».[567] Una vez establecido el Comité de Corresponsales, Karl escribió también a Proudhon en nombre del propio comité para invitarlo a que se uniera. «En lo que se refiere a Francia, todos creemos que no hay mejor corresponsal que usted.» Pero no pudo evitar agregar: «Debo, eso sí, denunciar ante usted al señor Grün de París. El hombre no es más que un timador literario, una suerte de charlatán deseoso de traficar con las ideas modernas». No solo estaba, aquel sujeto, escribiendo «tonterías», sino que era directamente «peligroso»: «Cuídese de este parásito».[568]

Había a la vez una necesidad de tratar con Wilhelm Weitling, el artesano radical comunista, quien pasó por Bruselas el 30 de marzo de 1846 y tuvo conocimiento del Comité de Corresponsales. Weitling era el representante más conocido del tipo de comunismo que se había desarrollado en el seno de las sociedades secretas de artesanos alemanes emigrados a París, Londres, Suiza y otros lugares desde las revoluciones de 1830. Había sido la figura más destacada en los primeros años de la Liga de los Justos, fundada en París en 1836. La fundación de la Liga había coincidido con el impacto de *Palabras de un creyente* del cura católico disidente Félicité de Lammenais. En los años siguientes el radicalismo cristiano había alcanzado su auge. Según Lammenais, 1789 había anunciado el fin de la pobreza, el advenimiento de la libertad y la igualdad y la llegada inminente del paraíso en la tierra prometido por Jesús. La visión de Lamennais era de renovación

moral, pero en los escritos de sus seguidores alemanes se vio transformada en un agresivo argumento a favor de la fuerza bruta, entendiéndose el «comunismo» como una vuelta eventual a una comunidad cristiana de bienes. La recién fundada Liga había debatido estos temas en 1837 y le había encargado a Weitling que hiciera un informe acerca de su viabilidad. Su informe de 1839, *La humanidad como es y como debiera ser*, fue adoptado como el programa oficial de la Liga; allí vislumbraba un orden social cuya premisa era la igualdad, el deber universal de trabajar y una economía centralizada. Weitling se convirtió así en el líder incuestionable de la Liga hasta que fue desafiado en 1843 por disidentes de Suiza, inspirados en el nacionalismo radical de Mazzini.

De ahí en adelante, parece que la carrera de Weitling se fue a pique. En respuesta a las críticas, primero intentó brindar un fundamento cristiano a sus enfoques, argumentando que el «comunismo» y la «comunidad» emanaban de la misma raíz etimológica. Cuando dicho argumento fue refutado, intentó aportar una teoría secular químicamente pura del comunismo, publicada como *Garantías de armonía y libertad* en 1842. Karl alabó esta obra de manera entusiasta en 1844, aludiendo a «este debut literario *vehemente* y muy brillante de los trabajadores alemanes»,^[569] pero la Liga quedó algo menos impresionada y, en respuesta a ello, Weitling se revirtió una vez más a su argumento cristiano en *El Evangelio del pecador pobre*, de 1843. Su encarcelamiento en Suiza interrumpió la publicación del texto: después de su liberación en septiembre de 1844, la Liga de Londres le dio un recibimiento de héroe, pero el libro en sí nunca suscitó mucho impacto.

Weitling mantuvo algunos seguidores en Suiza, pero en Londres y París los intereses de muchos integrantes de la Liga habían seguido adelante en relación con él. En París, bajo el liderazgo del doctor Hermann Ewerbeck, la Liga se inclinó por Cabet y luego, entre 1844 y 1845, por los escritos de Grün. En Londres, guiados por Karl Schapper, Heinrich Bauer y Joseph Moll, tuvieron lugar varios debates en los que fueron rechazados los asentamientos comunistas de Cabet. También se discutió la teoría revisada de Weitling en varias ocasiones, pero fue finalmente rechazada en enero de 1846. En Londres había germinado un apoyo creciente al enfoque pacífico

y racionalista de los owenistas. Las nociones políticas de Weitling suscitaron críticas por ser «en exceso militaristas». De igual modo, en lo referente a la religión, no solo hubo un rechazo del comunismo de inspiración cristiana sino un apoyo creciente a un ateísmo owenista o el humanismo comunista de Moses Hess, en el cual Dios era «la especie humana o la humanidad unida en el amor».[570]

Así, a principios de 1846 los puntos de vista de Weitling habían sido en su mayor parte rechazados, tanto en Londres como en París. Estaba claro, a la vez, que la indulgencia de los *Gelehrten* (grupos de Bruselas vistos por muchos de los artesanos como una facción cultivada y presuntuosa) frente al estilo proletario de Weitling se estaba agotando. El 24 de marzo de 1846 Jenny escribía a Karl, respecto al propio Weitling, que « viniendo de la clase artesanal, es por fuerza incapaz de algo más elevado que simplemente exaltar las competencias de ingesta alcohólica en la poesía popular, como es incapaz de algo más elevado que las apuestas malogradas, obviamente temerarias y condenadas al fracaso ».[571]

Hubo auténtico *pathos* en el encuentro de Weitling y el Comité de Corresponsales de Bruselas en marzo de 1846. Weitling no era la imagen del «trabajador amargado y oprimido por la carga de su trabajo». Era, en rigor, «un muchacho pulcro y bien parecido, envuelto en un abrigo de algún modo absurdo, con una barba absurdamente recortada. Tenía más bien el aspecto de un vendedor ambulante».[572] Aunque lo habían invitado a unirse al Comité de Corresponsales, la acogida de Karl y los demás fue a regañadientes y poco amistosa. El encuentro fue descrito memorablemente por Pavel Annenkov, el viajero ruso a quien Karl había invitado a asistir.

Karl le preguntó a Weitling: «¿En qué principios básicos funda usted su actividad revolucionaria y sus actividades sociales?».

[Weitling] comenzó a explicar que su propósito no era crear nuevas teorías económicas sino hacer uso de las mejores entre las disponibles, como bien lo había demostrado la experiencia en Francia, para abrir los ojos de los trabajadores al horror de su situación y de todas las injusticias que los gobiernos y las distintas sociedades existentes habían convertido en su divisa con ellos, y enseñarles a no confiar ya en absoluto en las promesas de estos últimos y apoyarse en ellos mismos, organizándose en comunas democráticas y comunistas. [...] Estaba ahora ante una audiencia muy distinta a la que habitualmente se reuniría alrededor de su banco de trabajo o leería sus boletines y panfletos sobre las prácticas económicas contemporáneas. En consecuencia, había perdido tanto la facilidad de palabra como la aptitud reflexiva.

Karl «lo interrumpió enfadado» indicándole que «el cultivo de esperanzas fantasiosas» solo conduciría a la ruina final y no a la salvación «de los oprimidos». Estas podían servir para el país de Annenkov, Rusia, donde «las asociaciones de profetas insensatos y acólitos igualmente insensatos son lo único que logra reunirse», pero no «en una nación civilizada como Alemania». Pese a estas críticas, Weitling prosiguió mencionando «la reunión de centenares de cartas y expresiones de gratitud que había recibido desde cada rincón de la madre patria» y señaló:

Su obra modesta y de carácter preparatorio era quizá más importante para la causa general que la crítica y los análisis a puerta cerrada de muchas doctrinas alejadas del mundo sufriente y las miserias del pueblo. Al oír esto último, Karl, en el colmo del furor, dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que la lámpara que había sobre ella reverberó y titiló, y levantándose de su asiento dijo: «La ignorancia jamás ha servido de ayuda a nadie». [...] La reunión había concluido. Mientras Marx se paseaba arriba y abajo por la estancia sumido en la ira y la crispación, yo me despedí rápidamente de él y sus colegas.[\[573\]](#)

En las secuelas de esta confrontación, Karl insistió en que debía hacerse una «criba» en el partido.[\[574\]](#) El significado preciso de esto quedó claro a las pocas semanas, el 11 de mayo de 1846, cuando el Comité de Corresponsales emitió una «circular» dirigida contra uno de los aliados de Weitling, Hermann Kriege. Kriege, que estaba por entonces en Nueva York y trabajaba como editor de *Der Volks-Tribun* (*La Tribuna Popular*), era acusado de predicar el «emotivismo fantasioso» bajo el rótulo del comunismo y era, por tanto, «comprometedor en el más alto grado para el Partido Comunista, tanto de Europa como de Estados Unidos».[\[575\]](#)

Sin embargo, cuesta imaginar que no hubiera algo más detrás de esta misiva grotesca y presumida. En 1845 Kriege había sido uno de los compañeros de viaje de Engels y Hess, cuando ambos predicaban el comunismo en Barmen y Elberfeld. A continuación había defendido la apelación de Weitling a la religión: «No quiere desprenderse del término “Dios”, como expresión de un contenido emotivo y un afán de emplear a Cristo como profeta del comunismo. En otros aspectos, es un revolucionario cien por cien». Kriege ponía a la vez en duda la amplitud real del radicalismo entre los trabajadores ingleses y franceses: «El único

país en el que yo veo, ahora mismo, un movimiento importante es en Estados Unidos». Sus términos sonaban parecidos a los de un amante despedido:

Puedo decirle que fueron las palabras de cierre en su ensayo sobre *La filosofía del Derecho* lo que me cautivó de usted. No el arte de la retórica ni la aguda dialéctica, ni el vigor que fluye a través de esos párrafos. Lo que me conectó con usted penetró en mi ser y, durante largo tiempo, hizo que llevara dentro de mí a su vástago. [...] Hubiera ido con usted adonde usted dijera. Vine a Bruselas y, al conocerlo, vi que era como yo ya sabía, pero no pensé que no estuviera usted al tanto de mí y de mi amor por usted, de ahí mis insensateces, que más tarde se volvieron tediosas, en algunas de mis cartas.[\[576\]](#)

En torno a la primavera de 1846 Weitling y sus seguidores pudieron ser puestos al margen sin demasiado riesgo. En junio de 1845 Ewerbeck había informado de las dificultades de Weitling para sostener su argumentación en Londres, mientras que en 1846 el líder cartista Julian Harney escribió a Engels para comentarle que, aun cuando Weitling podía contar con amigos en la London Society, estos no eran ciertamente una mayoría. «S. [Schapper] es el que lidera todo, y muy apropiadamente.»[\[577\]](#) Esto era relevante, porque si Karl y su grupo de Bruselas obtenían alguna vez el liderazgo dentro de la Liga, sería gracias al apoyo que desde Londres les garantizaban Karl Schapper y los miembros londinenses.

La amenaza de Karl Grün era, en conjunto, más seria que la de Weitling. Proudhon replicó a la carta de Karl y del Comité de Corresponsales con un firme, aunque muy educado, rechazo a unírseles. A la vez, manifestaba un desacuerdo muy razonado con su proyecto: se oponía a que el grupo se transformara en «los apóstoles de un nuevo credo, aunque fuese un credo inspirado en la lógica o un credo racional. [...] No creéis una nueva teología, como hizo vuestro compatriota Lutero». Para reconducir la economía política en la dirección de la «comunidad», parecía aconsejable que se hiciera arder la propiedad en una llama apacible en lugar de dotarla de novedosa fuerza al proclamar una especie de «Noche de San Bartolomé contra los propietarios». Esta parecía ser, para Proudhon, «la disposición de ánimo de la clase trabajadora en Francia». Igual que antes había fallado en entender las actitudes de los franceses ante la religión, cuando se acercó por primera vez a los socialistas locales con Arnold Ruge, Karl falló ahora en

entender el desagrado de todos ellos ante la posibilidad de otra revolución y la instalación de un nuevo Estado al estilo jacobino. La acción revolucionaria no era la forma de lograr las reformas sociales. En cuanto al ataque de Karl a Grün, a quien acusaba de «vender ideas socialistas», Proudhon contestó que Grün estaba en todo el derecho de hacerlo, visto que estaba viviendo en el exilio con su esposa y tenía dos hijos que sostener. «¿Con qué más espera usted que obtenga alguna ganancia, como no sea con las ideas modernas? [...] Le debo mi propio conocimiento de sus escritos —concluía— y los de Engels y Feuerbach, a Grün y Ewerbeck.»[\[578\]](#)

Otros también se apresuraron a dejar constancia de su desacuerdo con el tono intolerante e impositivo de las cartas emitidas por el Comité de Corresponsales. El Comité de Londres preguntó: «¿No estáis siendo demasiado duros con Kriege? [...] Kriege es todavía joven, puede aprender». De modo similar, el amigo de Karl en Westfalia, Joseph Weydemeyer, informaba de que había «una molestia muy extendida por el hecho de que os hayáis embarcado de nuevo en estas polémicas».[\[579\]](#) Hermann Ewerbeck, uno de los líderes de la Liga de París y colaborador durante algún tiempo de Grün, que había aclamado a Karl como un «Aristóteles del siglo XIX», no podía entender por qué se empeñaba en atacar a Grün. Este había hecho una buena labor entre los ebanistas de París y había llevado decenas de veces a los trabajadores de excursión al Louvre.[\[580\]](#) A la vez que operaba como corresponsal extranjero de la *Trier'sche Zeitung*, daba charlas semanales sobre arte a los artesanos parisinos.

Lo más amenazante para Karl era el hecho de que Proudhon estuviese ahora embarcado en escribir su propia crítica de la economía política con la colaboración activa de Grün. Proudhon había quedado fascinado por lo que Grün le había dicho acerca de Feuerbach y se proponía integrarlo en su crítica económica; Grün, por su parte, celebraba a Proudhon como «el Fierbach francés». A Grün se le había confiado la traducción del *Sistema de contradicciones económicas o La filosofía de la miseria* de Proudhon, y anunciaba su inminente publicación en Alemania a principios de enero de 1846.[\[581\]](#) Según Ewerbeck, «Grün alardea de que él y el doctor Mendelssohn habrán de trasplantar la doctrina de Proudhon a Alemania».[\[582\]](#) El libro de Proudhon apareció en Francia en octubre de 1846,

mientras la traducción de Grün al alemán, junto a una extensa introducción, estaba programada para mayo de 1847.

La crítica de la economía política de Proudhon se basaba en su alegato de que esta reforzaba la desigualdad. Atacaba la incorporación de la maquinaria al taller. «La maquinaria o el taller, habiendo degradado al trabajador al situar por encima de él a un patrón, completa el proceso de abaratarlo, asegurándose de que se hunda desde su posición en las filas del artesanado a las condiciones del trabajador manual.» Tras reflexionar en torno a la generalidad de este fenómeno, veía a su vez, como hacía Karl, una analogía entre religión y economía: «Con la maquinaria y el taller, el Derecho divino, es decir, el principio de autoridad, entra en la economía política». «El capital, el patronazgo, el privilegio, el monopolio, el consorcio, el crédito, la propiedad» eran «en el lenguaje económico» lo que en otro lugar se designaba como «poder, autoridad, soberanía, ley escrita, revelación, religión, y finalmente Dios, la causa y principio de toda nuestra pobreza y todos nuestros crímenes, que cuanto más intentamos definirlos, más se nos escapan».[583]

El tratado de Proudhon arremetía contra la economía política como una forma moderna de competencia que redundaba en una forma nueva de pobreza. Los medios empleados por la fuerza laboral para crear riqueza implicaban un antagonismo consustancial que engendraba pobreza. La economía política era «la reafirmación y organización de la pobreza»; era «la falsa organización del trabajo», que engendraba el «pauperismo».[584] Grün afirmaba, por su cuenta, que el ensayo de Proudhon había logrado finalmente la unificación del socialismo francés y la filosofía alemana, lo que marcaba un paso adelante en la noción de Lessing de *La educación de la raza humana*. [585] El socialismo no era pura y simplemente una solución a las preocupaciones materiales del proletariado, sino un actor decisivo en la emancipación de toda la humanidad.

La alianza de Grün con Proudhon amenazaba sustancialmente a la idea de Karl de una unidad franco-alemana. El Comité de Bruselas no fue más exitoso que lo habían sido los *Deutsch-Französische Jahrbücher* a la hora de atraer la participación no alemana y de los no exiliados. No solo Proudhon, también el cartista londinense Julian Harney era reticente a

involucrarse en la entidad. Incluso entre la diáspora alemana la recepción del Comité fue ambigua. El único éxito definitivo, fruto de una sugerencia de Harney, fue el contacto establecido con el destacado miembro londinense de la Liga de los Justos Karl Schapper. Hubo aquí una coincidencia de pareceres en el mutuo rechazo al programa de Weitling. Sobre esta base se creó una filial en Londres del Comité de Corresponsales. En París, por otro lado, los trabajadores alemanes representaban un obstáculo fundamental a la expansión del Comité de Corresponsales en la capital francesa, una situación que empeoró con el desarrollo de la alianza de Grün con Proudhon.

El texto de Proudhon y su traducción al alemán constituían un reto más personal para Karl. Su reputación en el seno de toda la comunidad germana exiliada se había forjado sobre la promesa de su crítica en ciernes de la economía política pero, a medida que el tiempo pasaba, hasta su editor, C. J. Leske, se puso cada vez más ansioso respecto al carácter del libro prometido y la probabilidad de que fuera terminado alguna vez. La evidencia proveniente de los cuadernos de notas de Karl sugiere que había agregado verdaderamente poco a lo ya escrito en 1844. Había acumulado material del caso inglés en un viaje de investigación a Manchester durante el verano de 1845, pero no había hasta ahí el menor rastro de «la versión revisada del primer tomo» que el propio Karl prometía tener lista para finales de noviembre de 1846.[\[586\]](#) En septiembre de 1846 retomó el proyecto. Para Leske, la gota que colmó el vaso fue la aparición de «un sólido competidor»: el libro de Proudhon. El 2 de febrero de 1847 Leske exigió, por tanto, que se rescindiera el contrato y le devolvieran el anticipo. [\[587\]](#) Esta amenaza a la posición de Karl ayuda a entender la razón por la que, en contraste con la tardanza previa en su crítica económica, tan pronto como recibió el libro de Proudhon, se sentó a escribir su propio texto refutándolo. Comenzó a trabajar en *La miseria de la filosofía* en diciembre de 1846 y la concluyó en junio de 1847.

La ansiedad respecto a Grün y Proudhon como propiciadores de una vía alternativa al socialismo en Francia y Alemania dominó la política del grupo de Bruselas durante buena parte de 1846 y 1847. Karl escribió un polémico ensayo atacando *El movimiento social en Francia y Bélgica* de

Grün, que fue publicado en el *Westphälische Dampfboot*.^[588] En agosto de 1846 Engels fue enviado a París para reunirse con los miembros de la Liga de los Justos parisina y denunciar las concepciones de Grün como «antiproletarias, reaccionarias y artesanales». Las noticias de su empeño por granjearse la simpatía de los miembros de la Liga contra Grün eran el tema dominante en sus cartas dirigidas a Karl en diciembre. Su campaña se vio apoyada por una disputa entre Grün y Ewerbeck en abril, pero no hubo ninguna victoria nítida. La impresión prevaleciente era la de una permanente confusión. Todo lo cual sugiere que la principal razón de que los miembros del grupo de Bruselas se unieran a la Liga de los Justos era quedar mejor posicionados en la batalla contra las ideas de Grün y Proudhon provenientes de París.

La historia conocida de la transformación de la Liga, su aceptación de la doctrina marxista y su rebautizo como Liga Comunista se basa, en lo sustancial, en la reconstitución de los hechos que Engels hiciera en fecha posterior. En caso de que esta reconstitución sea exacta, fue posible, en rigor, por el hecho de que a la filial londinense de la Liga, dirigida por Karl Schapper, Heinrich Bauer y Joseph Moll, le preocupaba la posibilidad de una vuelta a los dogmas de Weitling y estaba, por tanto, dispuesta a establecer una alianza con el grupo de Bruselas. También porque Schapper, por sus propios motivos, comenzó a dudar de la creencia que había compartido hasta entonces con los owenistas de que una transformación pacífica era ciertamente posible. En torno a 1846 Schapper veía la revolución como algo inevitable. Después de aludir a este punto en una respuesta a una carta de Marx, Schapper y el Comité de Londres prosiguieron «nuestra labor de ilustrar al pueblo y hacer propaganda a favor de una comunidad de bienes; vosotros queréis lo mismo, así pues, unamos nuestros esfuerzos y trabajemos con fuerza combinada por un futuro mejor».^[589] Esta convergencia de intereses se vio reforzada con la creación de una plataforma compartida de apoyo a la revuelta en Polonia y recibió una forma institucional más duradera con la formación de los Demócratas Fraternalistas.

Schapper y la Liga de Londres fueron también responsables de la introducción de un nuevo tema que, de otro modo, hubiera estado ausente

en los escritos de Karl y Engels. Las discusiones de 1845 y 1846 fueron notorias por la preocupación que evidenciaban por la noción de que el comunismo debía, ante todo, posibilitar el libre desarrollo personal de los individuos. El comunismo de Weitling, como el de Cabet, habría de entontecer a la humanidad; igualdad debía significar igualdad de oportunidades, no igual consumo o disfrute. El comunismo y la autorrealización individual debían ir de la mano. Fue posiblemente como fruto de la preocupación de Schapper por este asunto que el *Manifiesto* hablara de «una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos».[590]

Pero aun cuando parecía haberse alcanzado una convergencia satisfactoria de las respectivas posturas entre Londres y Bruselas, entre las filiales parisinas no ocurría igual. Ewerbeck, el portavoz de la Liga en París, se había inclinado hacia Cabet y luego hacia Grün. Enseguida se acercó al grupo de Bruselas, pero era un aliado poco fiable. Engels había sido enviado a París en un intento de desafiar el gran prestigio de Proudhon y la popularidad de Grün, pero lo consideraban arrogante y tosco, y los acólitos de Weitling alegaban que era miembro de una facción académica deplorable, que no se molestaba en considerar los puntos de vista de los trabajadores comunes y corrientes.[591] El gesto de unirse a la Liga y promover un novedoso programa de reformas fortalecía la postura de Karl y el grupo de Bruselas, pero el alcance de la división y la fuerza permanente de los acólitos de Grün fueron fuertemente sugeridos en la «circular» del Primer Congreso de la Liga Comunista con fecha 9 de junio de 1847: «En la Liga de París no había indicios del más leve avance, ni la más leve preocupación con el desarrollo de los principios o el movimiento del proletariado, tal y como sí estaba evolucionando en otras localidades donde operaba la Liga».[592]

A juzgar por las cartas de Engels a Karl, daba la impresión de que los opositores al grupo de Bruselas estaban siendo expulsados del campo de batalla y que, una vez que «los Straubingers» fuesen derrotados, el grupo en torno a Karl se habría impuesto. Otras fuentes sugieren que quizá fueran todos triunfos vacíos o ilusorios, y que algunas de las victorias que Engels proclamaba se fundaban en manipulaciones o engaños. En la Conferencia

de junio de 1847 el propio Engels había conseguido ser nominado como único delegado gracias a «una treta presidencial» de Stephan Born, que fue alguna vez su amigo y quien, en lugar de promover un debate de las varias nominaciones, pidió a quienes se oponían a Engels que alzaran la mano. Cuando la mayoría no lo hizo, Born proclamó la elección de Engels. Este felicitó a Born por su «bella» maniobra, pero el propio Born se sintió luego avergonzado de su gesto.^[593] Al poco tiempo, Engels se jactaba de cómo había conseguido obviar lo que hasta entonces había sido una mayoría a favor del borrador preparado por Moses Hess para lo que, en última instancia, se convertiría en el *Manifiesto comunista*. En una carta del 25 y 26 de octubre de 1847 le confiaba a Karl: «Dicho sea estrictamente entre nosotros, le he jugado una treta infernal a Mosi. Lo que él había sometido era en realidad una confesión de buena fe llena de encantadoras rectificaciones. El viernes pasado, en el distrito, me hice cargo de ella punto por punto y no había llegado a la mitad de su contenido cuando los muchachos se declararon *satisfaits*. Sin absolutamente nadie que se opusiera, hice que me confiaran la tarea de escribir el borrador de un nuevo texto que será debatido el próximo viernes por el distrito y enviado a Londres a espaldas de las comunidades».^[594] Más adelante, en ese mismo año, 1847, Engels se las ingenió para lograr que el borrador del «Credo» o «Manifiesto» de la Liga, como ahora se lo denominaba, fuera a parar a manos suyas y las de Karl.^[595]

El documento resultante,^[596] que se convirtió en el *Manifiesto comunista*, escrito por Karl en enero de 1848, no estaba pensado para la posteridad y ni siquiera para el mundo. En primera instancia, iba dirigido solo a los miembros de la Liga y su objetivo era cohesionar a las diversas filiales —particularmente a las de París— en torno a un único programa consensuado. Pero a pesar de las maniobras de Engels, a comienzos de 1848 subsistía el reto que suponían los partidarios de Grün y Proudhon. Fue por esta razón que, aun cuando no había mención alguna de ello en los borradores previos de Hess y Engels, el texto apareció con un anexo de cuatro páginas referido a lo que Karl rotulaba como «el socialismo “alemán” o “verdadero”» recién aparecido y lo describía en el *Manifiesto* como «esta sucia y enervante literatura».^[597]

Con el advenimiento de la revolución en Alemania en marzo de 1848, este debate perdió inmediata relevancia. Con los temas constitucionales una vez más sobre la mesa, la postura antipolítica representada por Grün perdió toda su base de racionalidad. El propio Grün volvió a Tréveris en febrero de 1848 para convertirse en miembro de la Demokratische Verein zu Trier (Asociación Democrática de Tréveris). Después de imprimirse en Londres, en febrero de 1848, una versión apresurada del *Manifiesto*, este fue archivado. En su lugar, Karl y «el Comité» del «Partido Comunista de Alemania» —Schapper, Bauer, Moll, Engels y Wolff— lanzaron el 24 de marzo las «Demandas del Partido Comunista para Alemania». Ahora el tema era si la revolución debía llevarse a cabo a través de un Estado republicano parecido a la República francesa de 1792. La primera demanda del «Partido Comunista» era que «toda Alemania fuese proclamada una república única e indivisible».[598] El programa continuaba con la inclusión de un Banco Central, la nacionalización del transporte, un impuesto progresivo y el establecimiento de talleres nacionales (parecidos a los que proponía Louis Blanc en París). Grün, por su parte, criticaba desde la *Trier'sche Zeitung* el énfasis en la centralización y nacionalización; sus frutos, afirmaba, serían no la emancipación de la fuerza laboral, sino el reemplazo de los monopolios individuales por un «monopolio colectivo» del Estado y el debilitamiento de la autodeterminación individual.[599]

Los beneficios de unirse a la Liga fueron limitados y, con la llegada largamente esperada de la revolución en Alemania, seguir operando dentro de un partido aún desunido se había vuelto cuestionable. Fue la razón por la que, más adelante ese mismo año, Karl disolvió formalmente la Liga Comunista.

EN EL SENO DEL «PARTIDO»

Hay pocas referencias a la vida hogareña de la familia Marx en Bruselas entre 1845 y 1848, pero las pocas que se pueden encontrar sugieren que el matrimonio de Karl y Jenny era un enlace muy feliz en aquellos años. En

carta a su prometida, Joseph Weydemeyer aportaba un destello de cómo era la vida dentro de ese hogar en 1846:

Marx, Weitling, el cuñado de Marx [Edgar von Westphalen] y yo nos quedamos toda la noche jugando [a las cartas]. Weitling fue el primero en cansarse. Marx y yo dormimos unas horas en un sofá y haraganeamos todo el día siguiente en compañía de su esposa y su cuñado, de la forma más poco provechosa que quepa imaginar. A primera hora de la mañana fuimos a una taberna, luego en tren a Villeworte, una pequeña localidad cercana donde almorzamos, para después regresar contentísimos en el último tren.[\[600\]](#)

Por su parte, Stefan Born describía una visita en el otoño de 1847 al hogar de los Marx, que vivían en «una casita extremadamente modesta, se diría incluso que pobremente amueblada, en un suburbio de Bruselas». Born quedó particularmente impresionado por Jenny,[\[601\]](#) comentando que «durante toda su vida, ella estuvo hondamente interesada en todo lo que preocupaba y mantenía ocupado a su esposo» y que «Marx adoraba a su esposa y ella compartía sus pasiones».[\[602\]](#) En aquellos años, al parecer ella estaba tan involucrada cuanto era posible para una mujer en la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en Bruselas. La víspera del Año Nuevo de 1847, la Asociación organizó una Celebración Democrática y Fraternal en el Swan de la Grand Place. Las damas y jovencitas socializaron con viejos obreros y aprendices en un evento en el que había unos ciento treinta invitados. Según información aparecida en la *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* (*Gaceta Alemana de Bruselas*), tras los discursos tocó una orquesta de aficionados y también se recitaron poemas. «La señora Marx no fue la última que lució ante los allí reunidos su talento dramático, brindando así un ejemplo notable y en extremo conmovedor de una dama distinguida dedicada a la enseñanza del proletariado.»

En diciembre de 1846 Jenny parió un varón que fue bautizado como Edgar en honor a su hermano, pero apodado habitualmente Mush. Según Wilhelm Liebknecht, Mush «era un chico muy talentoso pero tan enfermizo desde la cuna que daba auténtica pena. Tenía un par de ojos muy bellos y una cabeza prometedora, que parecía demasiado pesada para su débil contextura». Liebknecht creía que el chico podría haber sobrevivido «de haber disfrutado de apacibles y constantes cuidados y haber vivido en el campo o a orillas del mar», pero «en la emigración, yendo siempre de un

lugar a otro y luego sometido a las asperezas de la vida en Londres», ni «el más tierno afecto paterno y los cuidados maternos» podrían haberlo salvado. En 1853 Edgar desarrolló «una enfermedad incurable» y murió en 1855.[\[603\]](#)

En cuanto a sus coterráneos alemanes, Jenny decía más adelante que en la época que pasaron en Bélgica, entre 1845 y 1848, «la pequeña colonia alemana vivía agradablemente reunida», aun cuando había evidentes fricciones generadas por la vida del exilio, primero en París y luego en Bruselas, y se agudizaron al prolongarse la estancia en Bruselas. No solo era esa colonia de alemanes, en los términos empleados por la propia Jenny, «una colonia de menesterosos», carentes de las vías normales de apoyo local y familiar, sino que además se empeñaban en tener todos ellos una identidad política distintiva.[\[604\]](#) Lo que se había iniciado como un colectivo informal reunido alrededor de *Vorwärts!* en París, y que en algunos casos se remontaba a la preparación de los *Deutsch-Französische Jahrbücher* a comienzos de 1844, adquirió entonces la pretensión de convertirse en un «partido». El objetivo de ese «partido», una agrupación de una docena de personas como mucho, sería tener un ascendiente sobre otras agrupaciones socialistas y corrientes del pensamiento tanto en Alemania como en Francia. Era una instancia adicional de la alianza franco-germana tan apreciada por los radicales alemanes en los años previos a 1848. Por esta razón se invirtió tanto tiempo, en apariencia, en la crítica de la filosofía alemana de la época, un proyecto en el que no solo Karl y Engels, sino también Hess y Joseph Weydemeyer, estuvieron activamente comprometidos durante un tiempo. Era, a la vez, una motivación fundamental para la crítica de la economía política en la que Karl estaba empeñado. Las ambiciones del grupo de Bruselas quedaron claramente expuestas en una reunión con Louis Blanc en el otoño de 1847. «Usted, le dije yo —contaba Engels a Karl en una de sus cartas—, era el jefe: *Vous pouvez regarder M. Marx comme le chef de notre parti (c'est-a-dire de la fraction la plus avancée de la démocratie allemande, que je représentais vis-a-vis de lui) et son récent livre contre M. Proudhon comme notre programme.*»[\[605\]](#)

Como en otras agrupaciones socialistas del periodo, los acólitos tendían a gravitar alrededor de un líder admirado o incluso reverenciado: el «padre social», que era Robert Owen, o el fundador de *Icaria*, Étienne Cabet. El estilo de mando de todos ellos era autocrático y se apoyaba en el enunciado de la doctrina. En el caso de Owen, estaba inspirado en la visión de «un nuevo mundo»; en el caso de Cabet, en el detalle de los nuevos ordenamientos sociales que proponía en su reescritura de la *Utopía* de Tomás Moro. En el caso de Karl, su estatus como líder indiscutido se concebía y articulaba en un lenguaje que habían vuelto familiar los Jóvenes Hegelianos; se basaba en la promesa de su «crítica de la economía política». Esto quedaba fuertemente reforzado por su presencia física, que fue vívidamente descrita por el viajero ruso Pavel Annenkov:

Marx era un hombre del tipo que desbordaba energía, una voluntad férrea y convicciones incombustibles: un tipo de hombre en extremo llamativo incluso en su apariencia física. Con el cabello desgreñado y negro y las manos velludas, enfundado en un abrigo que se abotonaba en diagonal sobre el pecho, tenía la apariencia de un hombre con el derecho y la autoridad naturales para imponer respeto, cualquiera que fuese su atuendo o lo que hiciera. Sus movimientos eran desgarrados pero vigorosos y plenos de confianza en sí mismo, y sus gestos se ajustaban a los usos convencionales en la interacción social, pero eran altivos y un tanto reservados, y su voz estridente, con una resonancia metálica, se adecuaba de maravilla a sus pronunciamientos radicales acerca de las cosas y las personas. Marx había adoptado el hábito de no hablar de ninguna otra forma que no fuese la que empleaba en esos pronunciamientos categóricos, en los que dominaba, debo añadir, una nota estridente en todo lo que decía. Esa nota daba cuenta de su firme convencimiento de que era su misión sobre la tierra controlar las mentes, legislar sobre ellas y convocarlas a bordo de su tren personal. Ante mí se erguía la imagen encarnada del dictador democrático, justo igual al que uno se representa a veces en la imaginación, cuando fantasea con ello.[\[606\]](#)

Más allá de las buenas intenciones, la pretensión de formar un «partido» se veía seriamente limitada por las rivalidades y animosidades personales que dividían al grupo. Pese a que el liderazgo de Karl nunca fue cuestionado, surgieron conflictos entre los más cercanos a él, en este caso entre Engels y Hess. Engels había sido el protegido de Hess y los dos continuaron siendo amigos durante al menos un tiempo después de llegar a Bruselas en torno a abril de 1845. Junto a Hess y Hermann Kriege, Engels había participado en una campaña para difundir el comunismo entre la clase media de Barmen y Elberfeld en la primavera de 1845. Al escribir desde Barmen el 17 de

marzo, le describía a Karl «las caras largas» de sus progenitores al enterarse de que había dedicado la tarde anterior a Hess en Elberfeld, donde «ambos disertamos acerca del comunismo hasta las dos de la madrugada».[607]

Una vez en Bruselas, Engels y Hess habían promovido el estatus de Karl como líder de un «partido» eventual, pero en la primavera de 1846 las relaciones personales se deterioraron entre ellos hasta el punto de que Jenny Marx habló de una «fisura radical». Sus causas no fueron del todo claras. Uno de los temas era, con seguridad, el abierto disgusto de Jenny con la compañera de Engels, Mary Burns, y otro la fricción provocada por la breve cohabitación de los Hess y los Engels. Una situación testimoniada con burlón desprecio por Heinrich Bürgers y Roland Daniels, los amigos de Karl en Colonia. Asumiendo que la intención del grupo de Bruselas era generar otro tomo de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, Daniels escribió: «No llego a entender cómo haréis para dar inicio al asunto con las dos personas mencionadas». Él y Bürgers se habían «tronchado de la risa» al leer la descripción que Karl hacía de esa desafortunada coyuntura en la que él y Jenny se veían obligados a actuar como subarrendatarios de Engels y Hess con sus respectivas parejas. Según Roland Daniels:

El «larguirucho» Engels, el *ami des prolétaires* cuya compañía parece buscar el cojo Hess porque es un imitador o simplemente por principio, [...] luego la proletaria indomable [Mary Burns, la compañera de Engels originaria de Manchester] y la aburrida «frau» H.[608] —nos hemos reído con todo esto una semana entera—. El *ami des prolétaires par excellence* llega al extremo —he conocido a varios como él— de culpar al lino de buena calidad, a la buena ropa y otras cosas parecidas, de «la enfermedad que aqueja a nuestra sociedad actual». «Si no te conviertes en tales proletarios, entonces no entrarás en el cielo.»

Respecto a Hess, Daniels hacía notar que «no escribes mucho acerca de H.; pero de manera muy apropiada lo calificas como “una esponja”». Acerca de las aspiraciones de Hess, escribía: «Debes haberle transmitido tu plan de un “análisis” de la filosofía del comunismo en otro intento de relanzar los llamados *Deutsch-Französische Jahrbücher*». E inmediatamente agregaba: «Nosotros deberemos realizar, muy pronto, un “análisis” con miras a separar la paja del trigo». Su carta era no solo «algo patriarcal», sino que daba la impresión de que «tú también querías hacer de Bruselas el centro regente del comunismo, y de Hess el sumo sacerdote de todo ello».[609]

En carta dirigida a Karl fechada a finales de febrero de 1846, Bürgers hacía notar a su vez «la absoluta imposibilidad de una existencia comunitaria y humana entre elementos tan heterogéneos arrojados de pronto a estar juntos». Lo veía como «una segunda edición, ampliada y mejorada», de la breve experiencia parisina de Karl cuando hubo de cohabitar con los Ruge y los Herwegh. Lo que le disgustaba era «la forma cobarde en que esta gente hace responsable a tu esposa del hecho de que no se le festeje su comportamiento tan maleducado. [...] Para no romper contigo, al que necesitan de su lado pero quien jamás los confrontará con la amarga verdad, se valen de métodos especulativos bien conocidos para transformarte en un marido débil de carácter, quien de momento, por mantener la paz del hogar, cede ante los dictados de la arrogancia aristocrática y es convencido de incurrir en una injusta condena de sus amigos plebeyos».[610]

Respecto a Engels, decía Bürgers, «si tu esposa no existiera, terminaría convenciéndose de que tú mismo no vacilarías en legitimar los terrenos donde han de pastar las relaciones sexualmente libres, y posiblemente el objeto de su amor». «De paso —continuaba— puedes ver cómo una situación nueva en la vida desestabiliza por completo a esos temperamentos fácilmente excitables pero superficiales como el de E., y más allá de todo límite.» El juicio que Bürgers formulaba de Hess era igualmente implacable, aunque por diferentes motivos. A causa de su «espinozismo y sus hábitos mentales proclives a lo espiritual», era «decididamente indiferente a las miserias de nuestra sociedad evidentes en *pequeñas cosas*, en sus manifestaciones diarias y permanentes, indiferente hasta el punto de no creer que valga la pena reaccionar frontalmente contra esas contingencias habituales». Y añadía: «Solo ve lo que sus preocupaciones intelectuales le permiten ver; es ciego al aspecto amenazante que sus fantasías imaginarias puedan adoptar en la realidad, [...] que alguien concuerde con Hess en una condena general de la sociedad es más que suficiente para él, ya sea que el colega actúe por cortés hipocresía o por convicción, o incluso porque llega verdaderamente a esa conclusión.»[611]

Algunas de esas observaciones fueron ratificadas en una carta escrita alrededor de la misma época por Jenny, quien estaba cuidando de su madre enferma en Tréveris. El 24 de marzo de 1846 le escribía a Karl al respecto:

«¡Pareciera que el crimen y la violencia se han desatado entre vosotros! Me alegra que esta fisura radical no ocurriera hasta después de mi partida. Buena parte de ella le hubiera sido atribuida a las maquinaciones de esa ambiciosa mujer, Lady Macbeth [*i. e.* la propia Jenny], y no sin algo de razón». En la misiva admitía que durante mucho tiempo se había abstenido «de ejercer *la petite critique*» (crítica mezquina), pero no descartaba ahora la idea de que Mary fuese un raro espécimen de mujer, una mujer «como debiera ser» (una alusión sarcástica a *La humanidad como es y como debiera ser* de Weitling). Como contrapartida, «abundan las mujeres afectuosas, encantadoras y capaces, y una puede encontrárselas en cualquier punto de la tierra». Respecto a Hess, concordaba con los amigos de Colonia. Para el «rabino Rabuni», como lo denominaba, «todos los gatos son iguales. [...] Ve asomar tintes rosáceos en lugares tan remotos como Polonia; se olvida de que el color de esas rosas rojas como la sangre no es genuino». Los hombres como Hess no eran, de hecho, «nada más que ideólogos, sin sangre en las venas, con algo que solo se le parece, algo que parece una abstracción de la sangre».[612]

A consecuencia de lo ocurrido, Hess escribió a Karl el 29 de mayo de 1846 disculpándose por el tono de su misiva previa, pero, decía, «tienes todo el derecho de estar irritado, *pero Engels no*, mi carta no iba dirigida en ningún caso a él». Y concluía: «Quisiera desde luego seguir en contacto personal contigo; pero no quisiera tener nada más que ver con tu partido.»[613] Tras esto, las cosas empeoraron aún más. Quizá porque era «en exceso conciliador», como admitía él mismo, Hess hizo enseguida un intento de hacer las paces con Engels y superar su disputa con él y, en torno a julio, estaba requiriéndole su ayuda para cruzar a Sybille, que carecía de pasaporte, desde Bruselas a Francia. Engels accedió, pero muy pronto estaba quejándose ante Karl de que a Sybille no le importaba en absoluto Hess y en realidad andaba en busca de marido.[614]

Desde que se unió a Karl en Bruselas, la actitud de Engels hacia Hess se había vuelto cada vez más hostil. Quizás estuviera celoso del influjo intelectual de Hess sobre Karl, o tal vez deseaba tomarse la revancha por «todas las sucias tretas» que, según él, «le habían jugado a Mary» por la época de la «fisura». Cualquiera que fuese la razón, entre 1846 y 1847,

Engels no perdía oportunidad de empequeñecer, degradar y en última instancia humillar a Hess. En julio aludió a sus «estupideces» y en septiembre se burlaba del intento de Hess de «recomponer las relaciones»; en París parece que tuvo relaciones con Sybille. En octubre aludía a Hess, que había vuelto a Colonia por falta de fondos, como miembro de una «escuela de la confusión». Cuando Hess llegó al fin a París a comienzos de 1847, Engels se jactaba ante Karl de que «al venir a verme el digno hombrecito [...] mi trato para con él fue tan frío y desdeñoso que no creo que tenga deseos de volver».[615]

Por fin, a comienzos de 1848 Hess descubrió que Engels había tenido una aventura con Sybille. Entonces acusó a Engels de violación y habló de retarlo a duelo. La actitud de Engels fue, una vez más, inmisericorde. El 14 de enero escribió a Karl: «Me divertí muchísimo con el asunto de Mosi, aunque me molestó que saliera a la luz. [...] Moses sacando brillo a sus pistolas, desfilando ante toda Bruselas con su cornamenta [...] tiene que haber sido exquisito». El informe con la acusación de Hess «me hizo troncharme de la risa». En julio de 1847 contaba que Sybille, «este asno femenino de Balaam», le había hecho una «declaración de amor» y «su furia para conmigo no es más que amor no correspondido, pura y simplemente eso».[616]

En cuanto a él mismo, su correspondencia con Karl sugiere nítidamente la imagen híbrida e incongruente de un puntilloso servidor de su amigo Karl, siendo como era un operador político a su servicio, y un oscuro buscador de aventuras sexuales con mujeres de la calle o las fábricas. En 1845 se había sentido feliz de abandonar Barmen, entre otras cosas por haber puesto término allí a una aventura amorosa. Aunque velaba por Mary Burns, cuando ella llegó a Bruselas en la primavera de 1846, él seguía a la caza de encuentros amorosos en París, incluso ese mismo año y en fecha posterior. Tal y como le escribió a Karl a finales de 1846, creía que los informantes de la prefectura que habían estado siguiéndolo debían haberse visto obligados a adquirir «innumerables boletos en los salones de baile Montesquieu, Valentino, Prado, etcétera», y se sentía en deuda con el prefecto «por algunos encuentros deliciosos con *grisettes* y una buena cuota de placer obtenido por esa vía», dado que pensaba aprovechar día y noche

lo que París tuviera para ofrecerle. Según decía, esos días que pasaba allí podían ser los últimos.[617] Sin embargo, en marzo de 1847 y estando aún en la capital francesa, escribió a Karl que «es absolutamente esencial que salgas de una vez de la *ennuyante* Bruselas y te vengas a París, y yo, por mi parte, tengo muchas ganas de irme de juerga contigo». En lo referente a él mismo, «de no existir las francesas, la vida no valdría la pena. *Mais tant qu'il y a grisettes*, qué bien y qué bueno».[618]

LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA EN BRUSELAS

Lo que mantenía cohesionado al grupo tan mal avenido de Bruselas era la fe que todos ponían en la promesa de Karl de publicar una crítica de la economía política. Ya en agosto de 1845 Jenny «esperaba ansiosamente» su publicación, y Ewerbeck le preguntó a Karl en tono apremiante: «¿Cuándo aparecerá tu gran libro?».[619] Más allá de un grupito de intelectuales radicales, Karl era un completo desconocido, pero dentro de ese grupo la fe en su inminente «grandeza» era unánime. En Colonia, Georg Jung, un claro partidario suyo desde la época en que Karl colaboraba para la *Rheinische Zeitung*, esperaba el «libro sobre economía política y sobre política con la mayor avidez. [...] Debes convertirte para la totalidad de Alemania en lo que ya eres para tus amigos. Con tu prosa brillante y la gran claridad de tu argumentación, debes confirmarlo ahora, y lo harás, para convertirte en una estrella de primera línea».[620] Los ruegos para que siguiera adelante con el libro y no se dejara distraer por otros proyectos persistieron durante 1846. Joseph Weydemeyer señalaba la urgencia de concluir pronto el libro, puesto que los resúmenes publicados en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* y *La Sagrada Familia* eran demasiado breves y no había «nada que recomendar a quienes andaban en busca de una lectura bien argumentada y sensata sobre el comunismo».[621] Moses Hess escribió que él mismo se hallaba inmerso exclusivamente en lecturas económicas y que esperaba «con gran excitación el libro».[622]

No debe sorprendernos la admiración del grupo de Bruselas y de sus amigos de Colonia. Karl fue el primer radical germano en desplegar un

verdadero conocimiento de la economía política y desarrollar una crítica radical de ella. Entre 1845 y 1849 sus escritos, conferencias y discursos presentaban esta crítica de forma cada vez más clara. En ese lapso abandonó el enfoque inspirado en Feuerbach que tanto lo había impresionado en 1844 —la traducción de lo «económico» en lo «humano»— y comenzó a desarrollar una lectura radical de la economía política en sus propios términos.^[623] Aunque en 1844 había criticado a Proudhon por su incapacidad de trascender de una crítica de la economía política, en 1846, enfrentado al desafío que supuso el *Sistema de contradicciones económicas* de Proudhon, adoptó un nuevo enfoque. En lugar de refugiarse en los supuestos silencios y contradicciones de la economía política entendida como una ideología, su objetivo era ahora demostrar su conocimiento superior de ella, incluyendo los hallazgos de la disciplina.

En 1845 no había añadido, en rigor, nada nuevo a sus manuscritos del año precedente, pero su viaje a Manchester con Engels ese verano debió fortalecer su conocimiento de los textos de economía ingleses y situarlo en una posición más favorable para proponer un enfoque alternativo al de Proudhon. Esto lo capacitó para distinguir entre la evolución histórica del desarrollo económico y su representación en las obras de economía política. Como ahora acotaba respecto a lo que alguna vez había criticado como el «cinismo» de Ricardo, «el cinismo está en la realidad de las cosas y no en las palabras que expresan esa realidad».^[624]

Apoyándose en su lectura de Ricardo, atacaba ahora el ideal de Proudhon de definir el valor en función del tiempo de trabajo. Señalaba que «la determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir, la fórmula que el señor Proudhon nos brinda como la fórmula regeneradora del porvenir, no es, por tanto, sino la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual, como lo ha demostrado Ricardo clara y netamente mucho antes que el señor Proudhon».^[625] Fue también capaz de demostrar que la idea de un intercambio equitativo, entendido como la aplicación igualitaria de la fórmula de Proudhon, había sido ya explorada en las décadas de 1820 y 1830 por los «socialistas» ingleses, entre ellos Thomas Hodgskin, William Thompson y John Francis Bray.^[626]

Finalmente, un mejor conocimiento de los desarrollos producidos en la economía fabril de Gran Bretaña lo llevó a prestar mayor atención al «sistema automatizado» de la producción con maquinarias, descrito en *Filosofía de las manufacturas* de Andrew Ure.^[627] Más que concebir la maquinaria como una simple negación de la división del trabajo, tal y como la veía Proudhon, «el sistema automatizado» anunciaba una nueva etapa fabril en el desarrollo que siguiera la división del trabajo. En ella, y es lo que habría de argumentar luego en *El capital*, la división del trabajo no ocurría entre personas sino entre máquinas, mientras los operadores quedaban reducidos a la condición de simples veladores de esas máquinas.

En discursos y conferencias posteriores a *La miseria de la filosofía*, de manera destacada en una serie de charlas dictadas ante la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en Bruselas sobre «Trabajo asalariado y capital» en el otoño de 1847, y en un discurso sobre «La cuestión del libre comercio» emitido ante la Association Démocratique de Bruselas en enero de 1848, Karl puso en la palestra un resumen crítico del crecimiento de «las fuerzas productivas del capital»: el desarrollo de una economía industrial y su relación con el comercio mundial.

Para los críticos radicales de la economía política, la pregunta fundamental era por qué un intercambio entre el asalariado y el capitalista, que parecía tan ostensiblemente libre y equitativo, beneficiaba de manera tan desproporcionada al capitalista a expensas del asalariado. Como otros críticos del periodo, la respuesta de Karl a esta pregunta hacía hincapié en que el trabajo no era una mercancía como otras. Citaba al respecto a John Wade: «La mercancía vendible difiere en este caso de otras, particularmente por su *naturaleza evanescente*, por la imposibilidad de *acumularla* y por el hecho de que la *oferta* no puede incrementarse o reducirse con la misma facilidad que en el caso de otros productos».^[628] El salario no era «la participación del trabajador en la mercancía que él producía». Los salarios eran «una parte de las mercancías ya existentes con las que el capitalista adquiere para sí una cuota definida de trabajo productivo». El precio del trabajo quedaba determinado por la competencia y fluctuaba en torno al coste de producción de ese trabajo. Ese precio no tenía relación alguna con la contribución hecha por el trabajo al valor del producto; estaba

únicamente determinado por el coste de producción del trabajo (eso que, en los términos de Ricardo, es preciso para que el trabajador subsista y reproduzca su clase).

El capital «está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo tipo que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, *trabajo acumulado*». El capital no era un simple agregado de los bienes tangibles. Era también «una relación social de producción», «una *relación burguesa de producción*». Los medios de vida, los instrumentos de trabajo y las materias primas eran «producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales». Es «este carácter social determinado el que convierte *en capital* los productos destinados a la nueva producción»; y la más importante de estas condiciones era la existencia de una clase que no poseía sino su capacidad de trabajo. «El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.»[629]

Esto servía, a su vez, para explicar el proceso de acumulación de capital. «El obrero obtiene a cambio de su fuerza de trabajo medios de vida, pero, a cambio de estos medios de vida de su propiedad, el capitalista adquiere trabajo, la actividad productiva del obrero, la fuerza creadora con la cual el obrero no solo repone lo que consume, sino que *da al trabajo acumulado un mayor valor del que antes poseía*.» El trabajador en la industria del algodón no se limitaba a producir textiles, sino capital: «La fuerza de trabajo del obrero asalariado solo puede cambiarse por capital acrecentándolo, fortaleciendo la potencia de que es esclava. *El aumento del capital es, por tanto, aumento del proletariado, es decir, de la clase obrera*».[630]

El valor de cambio del capital —la ganancia— aumentaba en la misma proporción que disminuía el valor de cambio del trabajo, el jornal diario, y viceversa. Había un conflicto de intereses entre el trabajo y el capital porque, si el capital se expandía, los salarios podían también subir, en

efecto, pero nunca en la misma proporción, dado que la ganancia y los salarios estaban siempre en una relación inversamente proporcional. «[L]a condición imprescindible para que la situación del obrero sea tolerable es que *crezca con la mayor rapidez posible el capital productivo*.»[\[631\]](#) Pero el crecimiento del capital productivo implicaba «el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo, [esto es,] de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera»; y esto se evidenciaba de muchas y muy específicas maneras. Cuando se expandía para incluir el mercado mundial en su totalidad, los resultados eran «una división del trabajo, una aplicación de maquinaria nueva y un perfeccionamiento de la antigua en una carrera atropellada e ininterrumpida. [...] Una mayor *división del trabajo* permite a *un* obrero realizar el trabajo de cinco, diez o veinte, [...] la labor *se simplifica*. La pericia especial del obrero no sirve ya de nada. Se le convierte en una fuerza productiva simple y monótona, que no necesita poner en juego ningún recurso físico ni espiritual. Su trabajo es ya un trabajo asequible a cualquiera. Esto hace que afluyan de todas partes competidores; y, además, recordemos que cuanto más sencillo y más fácil de aprender es un trabajo, cuanto menor coste de producción supone el asimilarlo, más disminuye el salario». [\[632\]](#) En suma, «en el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas la parte del capital productivo que es transformado en maquinaria y materias primas, esto es, el capital como tal, aumenta de manera desproporcionada en relación con la parte destinada a salarios; en otras palabras, los trabajadores han de dividirse entre ellos una parte incluso más reducida del capital productivo en relación con su masa total». [\[633\]](#)

Muchos de los temas que planteaban el desarrollo a nivel mundial de la sociedad mercantil y de la economía industrial quedaron específicamente manifestados en el debate acerca del libre comercio. ¿Qué postura debían adoptar ante ello los socialistas y comunistas? Para Karl no había dudas de que la situación del trabajador empeoraría con el advenimiento del libre comercio y en 1847 reiteraba el punto tan a menudo rehuido por los partidarios del libre comercio en Inglaterra cuando eran escarnecidos por los cartistas. Tal y como manifestó por escrito en *The Northern Star* en septiembre de 1847, «aceptamos todo lo que se ha dicho sobre las ventajas

del libre comercio. Las fuerzas productivas aumentarán, el arancel fijado en cada nación por una aduana proteccionista desaparecerá, todas las mercancías se venderán a un precio más barato», pero también, y según lo establece Ricardo, «el trabajo, siendo igualmente una mercancía, se venderá también a un precio más barato». Era preciso admitir que «bajo la libertad de comercio, las leyes de la economía política serán aplicadas en toda su severidad a las clases trabajadoras». Lo que no era motivo para aceptar el proteccionismo, porque, «en virtud del libre comercio, todas las leyes económicas, con sus más sorprendentes contradicciones, habrán de operar a una escala mayor, en un territorio más extenso, el territorio de la tierra en su totalidad; y a causa de la fusión de todas estas contradicciones en un único escenario en el que quedarán enfrentadas cara a cara, sobrevendrá una lucha conducente a la emancipación de los proletarios». O como él mismo lo resumió pocos meses después, en enero de 1848, «el sistema de libre comercio acelera la revolución social. Es solo en este sentido revolucionario, caballeros, que estoy a favor del libre comercio».[634]

La interpretación que Karl hacía de la lógica subyacente tras la economía política durante esos años no equivalía aún a una teoría nueva. Ofrecía un resumen excepcionalmente claro, si bien selectivo, de los textos críticos de Simonde de Sismondi, Louis Blanc, Pellegrino Rossi, Eugène Buret y Pierre-Joseph Proudhon; en Inglaterra incorporó el trabajo de Bray, Thomas Hodgskin, MacCulloch y James Mill. Sus lecturas eran parciales y, en el caso de los economistas políticos fundamentales, resultaban a menudo equívocas o distorsionadas. Su presentación, en 1844, de Adam Smith como un apologista del empobrecimiento seguía siendo incorrecta, mientras que con Ricardo no tomaba en cuenta las aclaraciones decisivas que este había hecho a su teoría de la determinación del valor por el tiempo de trabajo, tras la primera edición, en 1817, de *Principios de economía política y tributación*. A pesar de todo, su bosquejo de las presiones que se ejercían sobre el proletariado surgido de una economía industrial y la relación de ello con el crecimiento del comercio mundial captaban algunos aspectos reales de la trayectoria seguida por el desarrollo económico en las décadas de 1830 y 1840.

Mucho menos exitoso fue el resumen que hizo en el *Manifiesto comunista* acerca de la forma en que tales desarrollos estaban relacionados con la política y la lucha de clases. Por más estilizados que fuesen en su desempeño, el conjunto de personajes puestos en escena en sus escritos hasta 1845 —«el Estado cristiano», «el filósofo», «el Estado racional», «el censor», «la sociedad burguesa», «el campesinado», «los alemanes», «los filisteos» y hasta «el proletariado»— tenía aún cierta relación con realidades preeminentemente locales, pero una vez que se trasladó a Francia y Bélgica, en textos que iban desde el que apareció con el título de *La ideología alemana* hasta el *Manifiesto comunista*, reemplazó todo ello por un nuevo reparto de personajes y procesos: en lugar destacado aparecieron ahora «el Estado moderno», «la lucha de clases», «la burguesía» y «el proletariado». Pero, aunque supuestamente universales, tales figuras eran más abstractas y tenían menos fuerza explicativa que aquellas a las que sustituyeron, especialmente en relación con Alemania.

En el *Manifiesto comunista* Karl combinaba un brillante y breve resumen del desarrollo del capitalismo moderno con un bosquejo del conflicto contemporáneo de clases como su resultado inevitable. La palabra «burguesía» estaba tomada de los debates políticos sostenidos en Francia durante los años de la Monarquía de Julio y, más específicamente, del léxico de los periodistas de la oposición, especialmente de Louis Blanc. Este caracterizaba «la historia social de la burguesía» como «el interés bancario que hacía presa de la industria y el comercio; el crédito individual del que el más fuerte sacaba provecho y que lesionaba al más débil; en una palabra, el reino de la competencia y su tendencia a menguar las fortunas pequeñas y socavar aquellas de nivel medio, y todo ello con el fin de llegar a un auténtico feudalismo financiero: una oligarquía de banqueros». «De 1815 a 1830 —proseguía Blanc—, la burguesía se ocupó tan solo de redondear su dominio. Volver el sistema electoral a su favor, hacerse con el poder parlamentario y convertirlo en el poder supremo tras haberlo conquistado para ella sola, esa fue durante quince años la obra realizada por el liberalismo.»[\[635\]](#)

Pero esta «burguesía» no era ya el hombre de negocios sobrealimentado que bosquejara Daumier, el coleccionista de cupones que vivía de sus rentas

o el casero que hacía oídos sordos a los ruegos de sus pobres inquilinos, a los que arrojaba sin conmiseración a las heladas calles de París. Ni simplemente el epítome de la codicia y la mediocridad egoístas que más tarde evocó Tocqueville.[636] Las «clases medias», la «burguesía», la *Mittelklasse* no eran ya traducciones locales de «la clase propietaria», como lo habían sido para Engels en 1845.[637] Eran ahora la personificación por sí mismas del capital.

En el *Manifiesto*, fuerzas impersonales —la división del trabajo y la mano invisible—, que se decía operaban en la expansión de las relaciones comerciales y contribuían al progreso de la sociedad mercantil, eran presentadas como estadios en la formación de una clase social y su fisonomía colectiva; por el mismo expediente, los corpulentos representantes de los órdenes europeos intermedios eran dotados de la energía satánica del capital en sí. De modo similar, el *proletario*, merced ante todo al retrato que Friedrich Engels ofrecía en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, mezclaba en sí mismo el celo sectario que no hacía concesiones con el revolucionario parisino seguidor de Babeuf y el activismo democrático de masas de que hacía gala el cartista en Lancashire. [638]

Las clases aludidas no estaban ya luchando en ningún escenario tan específico como el «Estado cristiano-prusiano», el «Parlamento reformado» o la «Monarquía de Julio». La arena que ahora se describía era la del «Estado moderno». Pero dicha noción, salvo cuando era contrastada con el feudalismo o el *Ancien Régime*, demostró ser una categoría vacía y en fecha tan tardía como 1875, en su *Crítica al programa de Gotha*, Karl estaba aún empeñado en llenarla de contenido. Criticaba a los socialdemócratas alemanes por hablar vagamente del «Estado actual»; dada su diversidad empírica, el «Estado actual» era «una ficción». Pero él mismo enarbolaba aún el supuesto de que, a pesar de «su abigarrada diversidad de formas», los estados modernos sí tenían algunas cosas en común: «todos ellos se yerguen sobre la sociedad burguesa moderna». «Por ende, también comparten ciertas características esenciales.» ¿Y cuáles eran esas «características esenciales»? Karl no las especificaba y, como un crítico ha hecho notar, todo el párrafo podía calificarse como «una tautología que de todos modos

sonaba muy impresionante».[639] Karl parecía, en cualquier caso, muy consciente de su déficit en esta área. En una carta suya de 1862 dirigida al doctor Kugelmann, su admirador, declaraba haber llegado a los principios básicos a partir de los cuales incluso otros podían reconstruir su sistema, «con la excepción, quizá, de la relación entre las distintas formas del Estado y estructuras económicas de la sociedad».[640]

Incluso entonces se planteaban dudas acerca del escenario social y político que el *Manifiesto* vislumbraba. Harney, el amigo cartista de Engels y editor de *The Northern Star*, le escribió en 1846 para decirle que «sobre sus especulaciones respecto al veloz advenimiento de una revolución en Inglaterra, tengo mis dudas. [...] Su predicción de que tendremos la Carta en el curso del presente año y la abolición de la propiedad privada dentro de los próximos tres no se cumplirá, ciertamente. De hecho, en cuanto a lo último, aunque pueda ocurrir y yo espero que así sea, creo que ni usted ni yo viviremos para presenciarlo».[641] Por su parte, en 1845 Hermann Kriege le escribía desde Londres en los siguientes términos: «Mi querido Marx, ¿dónde están todos esos trabajadores ingleses sobre los que Engels se muestra tan entusiasta? He tenido oportunidad de conocer a los principales socialistas de por aquí; le digo que son los reaccionarios más miopes que alguien haya conocido nunca».[642]

Tras los tumultuosos conflictos ocurridos entre 1831 y 1834 existía a la vez cierta desazón respecto a la situación en Francia. En 1846 Carl Bernays escribía:

Mis esperanzas respecto a Francia disminuyen cada día un poco más. Es increíble lo rápido que el *juste milieu* se ha granjeado cierta credibilidad entre las clases más bajas. El respeto por la propiedad entre ellas es aún excesivo, demasiado, mucho mayor que en Alemania e incluso que en Renania. Habrá visto usted con sus ojos, en todos los levantamientos de trabajadores ocurridos hasta aquí, que se suele buscar solo de manera indirecta un mejoramiento en sus condiciones de vida, a través de aumentos salariales y nunca por medios directos. Este afán es no solo absolutamente contrario a los principios comunistas, sino al instinto comunista. El trabajador aparece, de este modo, no como un adversario, sino más bien como alguien que disfruta llegando a acuerdos.

Bernays consideraba más la probabilidad de una *jacquerie* campesina que de un alzamiento obrero.[643] En cuanto a Alemania, existían más o menos

las mismas dudas respecto a si la *Bürgertum* se comportaría como tal burguesía. Según Heinrich Bürgers, en carta escrita desde Colonia:

He vuelto ahora al seno de la pequeña burguesía alemana. He tenido oportunidad de familiarizarme con su nivel de conciencia y sus prácticas entre los diversos círculos de la sociedad alemana. He llegado a la conclusión de que ambos están a una distancia colosal de *nuestro* estado de conciencia, que maneja entre sus supuestos el conocimiento de las prácticas que tienen lugar en todo el mundo civilizado y, sobre esa base, formula una crítica a las condiciones existentes. No se advierte en frente alguno ni un esbozo de que entiendan esas preguntas que nosotros hemos convertido en temas de debate público. La burguesía alemana no ha aprendido, hasta aquí, a ser una burguesía en el sentido que la concebimos; está aún profusamente infectada de ese filantropismo que ni siquiera vislumbra el conflicto contra una clase subordinada y por debajo de ella. Entre toda esa gente que, por ejemplo, fabrica manufacturas y comercia en Colonia no debe haber ni siquiera diez personas a las que uno pueda calificar de burguesía inteligente y resuelta. [\[644\]](#)

EL ADVENIMIENTO DE LA REVOLUCIÓN

En el curso de 1847 las cosas dieron un giro algo más esperanzador. La agitación cartista, que había desaparecido de la escena después de 1842, asomó de nuevo la cabeza cuando se pusieron las esperanzas en otra petición presentada al Parlamento en 1848. En Prusia las dificultades financieras forzaron a la convocatoria de los estamentos en un Landtag Unificado. Sus miembros, procedentes de las distintas provincias prusianas y elegidos dentro de las fronteras tradicionales, se habían negado a aprobar una nueva forma de impuesto a menos que el Gobierno se comprometiera a una reforma constitucional, después de la cual el Landtag quedaría anulado. En Francia hubo igualmente un resurgimiento de la agitación política a mediados de los años cuarenta. La oposición se enfocó en los alcances tan limitados del derecho a voto y adoptó la táctica de convocar una campaña de banquetes: una táctica diseñada para sortear la prohibición de celebrar mítines políticos. La campaña quedó inicialmente restringida a las clases propietarias, pero atrajo gradualmente el apoyo de los republicanos, los demócratas y los representantes de las clases trabajadoras que vagaban por las calles. En enero de 1848 Engels declaró que el año anterior había sido ciertamente «el más tormentoso que hemos vivido en largo tiempo». Enumeraba no solo «una Constitución y una Dieta Unificada en Prusia»,

sino «un despertar inesperadamente vertiginoso de la vida política y una tendencia general a armarse contra Austria en Italia», además de «una guerra civil en Suiza», donde los radicales de los cantones protestantes habían expulsado a los jesuitas y derrotado a los católicos. También podía mencionar gestos inesperadamente liberales y proclives a la reforma por parte del papa Pío IX, una rebelión contra el dominio Borbón en Nápoles y la victoria de los liberales en las elecciones belgas.[\[645\]](#)

En Bruselas Karl se había vuelto también más activo en el acontecer diario de la política. El Comité de Corresponsales de Bruselas se convirtió en la filial en Bruselas de la Liga Comunista. Luego siguió el ejemplo de Londres y formó en Bruselas la *Deutscher Arbeiterbildungsverein* (Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes), una organización legal diseñada para atraer a los artesanos alemanes residentes. Se celebraron reuniones dos veces por semana. Los miércoles hubo conferencias, una de ellas la de Karl sobre «Trabajo asalariado y capital», y los domingos se realizaba una puesta al día semanal con las noticias circulantes a cargo del amigo de Karl, Wilhelm Wolff, seguida de recitales poéticos, cantos y danzas.

Karl se presentaba en público como representante de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes y, como tal, comenzó a escribir para la *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* en abril de 1847. La gaceta era una revista editada por Adalbert von Bornstedt, quien había sido muy activo en la gestión en París de *Vorwärts!*, en 1844.[\[646\]](#) Tanto Heine como Freiligrath aún pensaban que Bornstedt era un espía y, como confirmaron luego los archivos prusianos, a finales de la década de 1830 había suministrado de hecho datos como informante, pero en torno a 1846 la audacia política creciente de su acción y la molestia evidenciada ante él por las autoridades prusianas sugerían no solo que había dejado de actuar como espía, sino que era un converso genuino a la causa radical. La *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* era un medio importante en la medida en que lo leían los artesanos alemanes en Bruselas. Karl estuvo así encantado de impulsar a su círculo para que contribuyera a él.

Durante el mismo periodo se involucró activamente en la *Association Démocratique*, una organización originalmente propuesta por Karl Schapper

durante una reunión para homenajear a Weitling en Londres, en septiembre de 1844. Su objetivo era unir a los demócratas de todos los países. En septiembre de 1845, tras un mitin que aglutinó a unos mil demócratas de diferentes nacionalidades para celebrar el aniversario de la Revolución francesa, el líder cartista Julian Harney impulsó la idea de la entidad, que adquirió forma institucional en 1846 con la constitución de los Demócratas Fraternales, y en 1847 se nombró un secretario para representar a cada nacionalidad presente en ella. Harney representaba a los ingleses y Schapper a los alemanes; su lema era el mismo que el de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes: «Todos los hombres son hermanos».

El 27 de septiembre de 1847 Bornstedt fundó en Bélgica la Association Démocratique como una filial local de los Demócratas Fraternales, con la esperanza de aprovechar la ausencia transitoria de Karl del país para asumir el control de la organización, pero Engels se encargó de contrarrestar la maniobra al asegurarse el cargo de vicepresidente. En noviembre de 1847 Karl volvió y fue elegido como el representante alemán, el representante belga fue Lucien-Léopold Jottrand, un prominente abogado liberal y editor del *Débat Social*.

La Association belga creció rápidamente, en especial en los distritos textiles deprimidos de Flandes; en Gantes, en un mitin al que Karl asistió, se constituyó una filial de tres mil miembros, sobre todo obreros. Los líderes democráticos belgas, en especial Jottrand, se inspiraban en el ejemplo del cartismo y aspiraban a fundar una organización comparable, capaz de suscitar una presión democrática creciente desde fuera. Karl dedicaba buena parte de su tiempo a la Association pero, siendo un desconocido para los belgas, seguía a la vez cumpliendo responsabilidades en la clandestina Liga Comunista. El 27 de noviembre se embarcó en un viaje de diez días a Londres, evidentemente para representar a la Association en una reunión de los Demócratas Fraternales, pero también para participar en la conferencia en que se acordarían los estatutos de la Liga Comunista. Estaba por entonces sin blanca y solo pudo volver a Bruselas merced a un préstamo de su amigo ruso Pavel Annenkov. Previamente había dejado Bélgica para visitar a su familia y presionar sobre la reclamación de su parte en la herencia familiar. En enero estaba

igualmente dedicado al liderazgo político de la Association y a la escritura de un borrador final de lo que habría de convertirse en el *Manifiesto comunista*. El texto quedó redondeado en enero de 1848, bajo la presión de la Liga, que lo amenazó con retirarle el encargo si no cumplía con el plazo.

Hemos ya analizado los argumentos internos enarbolados por los radicales germanos y conducentes a la necesidad de generar lo que luego fue el *Manifiesto*, especialmente su objetivo de marginar a Karl Grün y sus seguidores, pero no hemos considerado las etapas reales en la preparación del texto.^[647] El título original era «Credo comunista» o «Acto de fe comunista» y había sido discutido desde junio de 1847. Friedrich Engels fue un intermediario vital entre Londres y Bruselas en el proceso de implementar el nuevo «credo». Como emisario del Comité de Bruselas, en el primer congreso de la recién bautizada Liga Comunista, celebrado en Londres en junio de 1847, sometió a consideración el original del «Borrador de un Acto de fe comunista». En septiembre, casi con certeza, contribuyó a la primera y única edición del boletín de la Liga, *Die Kommunistische Zeitschrift (La Revista Comunista)*, y es probable que él mismo sugiriera el nuevo lema de la entidad, «¡Trabajadores del mundo, uníos!», en lugar del de «Todos los hombres son hermanos».

En una reunión de la filial parisina de la Liga celebrada el 22 de octubre de 1847, Engels propuso un segundo borrador del «credo», titulado «Principios del comunismo», y se las arregló para que fuera aceptado y preferido a la alternativa que presentó Moses Hess.^[648] Karl y Engels asistieron al segundo congreso de la Liga en Londres entre el 28 de noviembre y el 8 de diciembre de 1847. En dicho congreso parece que el borrador de Engels fue aceptado como base para una versión definitiva. Una semana antes Engels le escribió a Karl brindándole un breve resumen de los «Principios». Sugería que, puesto que «es necesario incluir cierta cantidad de historia», debían «abandonar el estilo catequístico y llamar al asunto el *Manifiesto comunista*». En lo que se refiere al congreso en sí, le aseguraba a Karl que «ESTA VEZ LO TENDREMOS TODO A NUESTRO FAVOR».^[649]

Tras ese congreso Karl y Engels pasaron unos días en Londres y luego otros diez días en Bruselas, antes de que Engels volviera a París. Este no

regresó a Bruselas hasta el 29 de enero, y el manuscrito del *Manifiesto* fue aparentemente despachado el 1 de febrero. Tan solo sobrevivieron las notas preparatorias de un plan para la segunda parte, cuya fecha probable de elaboración fue diciembre de 1847. Parece, por tanto, que Karl escribió la versión final en enero de 1848.

La estructura del *Manifiesto* se ciñe muy de cerca a los «Principios» de Engels. Sus primeras dos partes, de carácter histórico, se corresponden con las preguntas 1 a 23 de los «Principios». La tercera parte, acerca de los textos relativos al comunismo, elabora la pregunta 24 de los «Principios»; la cuarta parte, referida a los comunistas y partidos de oposición, tiene relación con la pregunta 25. Si bien no en su forma, en lo sustancial el *Manifiesto* no era una obra original. Aparte de apoyarse en los «Principios del comunismo» de Engels, en su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y en algunos de los artículos más breves de su amigo, Karl se basó muchísimo en sus propios escritos previos, en particular en los manuscritos parisinos de 1844, que mantenía inéditos, y en *La miseria de la filosofía*. Buena parte de la breve historia incluida en el *Manifiesto* —sus argumentos respecto a la transición de la sociedad «feudal» a la «burguesa», sobre el crecimiento del libre comercio y el mercado mundial, sobre la revolución industrial y el fin de las «idílicas relaciones patriarcales», y sobre la formación del proletariado— había sido ya referida en 1844 en los escritos de Engels sobre Inglaterra. El caso histórico a favor del «comunismo» destacaba un resumen apenas disimulado de lo que era el desarrollo socioeconómico específicamente inglés. También recurría a manuscritos reunidos colectivamente para *La ideología alemana* y a algunos artículos de Moses Hess. De todos esos textos, Karl parafraseaba las propuestas relevantes o sencillamente suprimía algunas frases y sentencias.

El *Manifiesto* es hasta hoy celebrado, y con acierto, como el texto más memorable de Karl. Sus frases han resonado en la literatura y el imaginario políticos hasta mucho después de haberse extinguido las circunstancias que los originaron. Desde el punto de vista intelectual, el poder tan convincente de su argumentación —o, cuando menos, de su muy famosa primera parte— resultó de fusionar dos de las conclusiones más originales del propio

Karl en la década de 1840. En primer lugar, su desarrollo del legado del idealismo alemán: el hombre no era solo una criatura o subproducto de la naturaleza, sino naturaleza transformada, la transformación de *su* propia naturaleza y la del mundo natural, y ello por su actividad productiva. En segundo lugar, su elaboración de la crítica económica desarrollada por autores ingleses y franceses en torno al surgimiento del capitalismo industrial y su nexos con el mercado mundial.

Elaborado sobre estas intuiciones, Karl fue el primero en evocar las fuerzas en apariencia ilimitadas de la economía moderna y su auténtico alcance global. Fue el primero en trazar un mapa de la asombrosa transformación ocurrida en menos de un siglo con la emergencia del mercado mundial y la liberación de las fuerzas productivas incomparables de la industria moderna. También delineó el carácter embrionario y en interminable fase de formación, incesantemente turbulento e inacabado, del capitalismo moderno. Hacía hincapié en su tendencia inherente a inventar nuevas necesidades y los medios para satisfacerlas, a subvertir todas las prácticas y creencias culturales heredadas, a desconocer todos los límites, ya fuera los de carácter sagrado o laico, a desestabilizar toda jerarquía consagrada, ya fueran las existentes entre gobernantes y gobernados, hombres y mujeres, o hasta padres e hijos, para convertirlo todo en objeto de venta.

Pero cualquiera fuese su importancia perdurable a la hora de definir la modernidad durante el último siglo y medio, a juzgar por las circunstancias de 1847 a 1849, la postura política adoptada por Karl y su círculo era contradictoria consigo misma en un grado rayano en la imposibilidad. Desde su polémica con Weitling, Karl y su grupo estaban abocados a la condena de un insurreccionalismo «primitivo», esa actitud que no tenía en cuenta las circunstancias cambiantes del entorno. Pero en igual medida, como respuesta a Grün y sus partidarios, les era imposible aceptar la renuncia a participar en política, una actitud asociada a múltiples formas del socialismo. Otra opción era representar sencillamente las aflicciones particulares de los trabajadores a nivel local. Esta sería la opción de otro miembro de la Liga Comunista, el médico Andreas Gottschalk, quien luego se convirtió en líder de los obreros de Colonia. Karl y sus amigos

rechazaban esta postura sobre la base de que separaría a los trabajadores de la burguesía en su asalto contra el régimen feudal prusiano. Por otra parte, dada la crítica formulada por Karl a la economía política, ya no era posible fundirse simplemente con el flanco republicano y democrático dentro de un movimiento amplio de corte liberal-constitucionalista, como propugnaban Ruge o Heinzen, puesto que el mismo Karl se había dedicado desde 1843 a poner en evidencia lo que él consideraba la visión ilusoria que impulsaba la práctica política de los demócratas republicanos. La postura resultante de estas múltiples críticas era contradictoria y políticamente insostenible. Implicaba apoyar a los liberales y, al mismo tiempo, señalar que el éxito liberal-burgués dejaría al proletariado en una situación incluso peor que antes. El comunismo de los *Gelehrten* (sectores instruidos) implicaba un apoyo a la revolución burguesa, pero solo como preludio a una revolución proletaria en la que la burguesía sería dejada de lado. Esto suponía desempeñar un papel contradictorio y doble, apoyando y al mismo tiempo subvirtiendo las alianzas políticas.

Como miembro destacado y portavoz de la Association Démocratique, en vísperas del Año Nuevo de 1847, Karl exaltó públicamente el papel liberal de Bélgica en su oposición al absolutismo y manifestó «obligadamente» su aprecio por «los beneficios de una Constitución liberal, de un país donde hay libertad de debatir, de expresión y reunión, y donde puede florecer una semilla humanitaria para el bien de toda Europa».[650] Con todo, el 6 de febrero de 1848 denunció rabiosamente la postura de Lucien Jottrand, el presidente de la Asociación, por citar a Estados Unidos, Suiza e Inglaterra como ejemplos en el que «el sistema de gobierno consistía en una transición tolerable hacia un sistema perfeccionado».[651] Los demócratas belgas, argüía Jottrand, no eran utopistas sino que anhelaban valerse del derecho constitucional a reunión para lograr el derecho a voto del pueblo, una reducción tributaria y una distribución más equitativa de la carga impositiva.

Karl tomó entonces la opción de interpretar el rechazo de Jottrand al utopismo como un ataque al comunismo germano y replicó beligerante, en primer lugar, que el comunismo germano no era utopista sino que estaba inspirado en la experiencia histórica; en segundo lugar, que aun cuando

Alemania estaba «retrasada en su desarrollo político», era un país de más de cuarenta millones de habitantes que, cuando estuviera preparado para la revolución, «no buscará el modelo para sus movimientos en el radicalismo de los pequeños países libres».[652] Su consejo respecto al libre comercio era igualmente mordaz: «Debemos admitir que, bajo este mismo “libre comercio”, las leyes económicas recaerán con toda su severidad sobre los trabajadores». La libertad apoyada por los libremercadistas no era «la libertad de un individuo en relación con otro, sino la libertad del capital de aplastar al trabajador». Si él apoyaba el libre comercio, era porque «el sistema de libre comercio acelera la revolución social».[653]

Los asuntos políticos, sostenía, se estaban ya transformando en asuntos sociales. Polonia debía ser felicitada, en la época de los alzamientos en Cracovia de 1846, por combinar las demandas nacionales con la abolición del feudalismo. La solución a las preguntas nacionales de Polonia solo llegaría a través de la resolución en su seno de la cuestión social. Porque «no es solo la antigua Polonia lo que está perdido. La vieja Alemania, la vieja Francia, la vieja Inglaterra, toda la antigua sociedad está perdida». Y ello no era una pérdida «para quienes no tenían nada que perder en la antigua sociedad, que es el caso de la gran mayoría dentro de cada país en la hora presente». La respuesta sería «el establecimiento de una sociedad nueva, que no esté ya basada en el antagonismo de clases». Por ende, el tema crucial para Polonia era «la victoria de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa. [...] Polonia debe ser liberada no en Polonia, sino en Inglaterra».[654] Esta reducción de lo político a lo social estaba ocurriendo, según él, en todas partes. En Inglaterra había ocurrido algo similar, allí donde «en todas las materias, desde la Carta de Reforma a la abolición de las Leyes del Grano», los partidos políticos lucharon por nada más que «modificaciones en los derechos de propiedad», mientras que en Bélgica la lucha del liberalismo contra el catolicismo era «una lucha del capital industrial contra la propiedad terrateniente».[655]

Engels expresó el asunto de manera más contundente. No podía «evitar una sonrisa irónica» cuando veía «la seriedad terrible, el entusiasmo patético con el que los burgueses se empeñan en lograr sus propósitos». «Son tan miopes como para soñar con que, tras su victoria, el mundo habrá

de asumir su configuración definitiva. Pero nada puede ser más claro, en todas partes, que el hecho de que ellos están preparando la senda para *nosotros*, los demócratas y comunistas; y que solo podrán disfrutar, como mucho y de manera atormentada, de unos pocos años más, solo para ser de inmediato abolidos.» La maquinaria y la industria moderna habían precipitado el gran desenlace en ciernes. «En Inglaterra, como fruto de la industria moderna, de la introducción de la maquinaria, todas las clases oprimidas se están fundiendo en una sola gran clase con intereses comunes, la clase del proletariado, [...] como fruto de lo cual, en el flanco opuesto, todas las clases de opresores se han unido a su vez en una sola clase, la burguesía. Sí, la lucha se ha simplificado y ahora será posible definirla en un solo gran golpe.»[\[656\]](#)

Esta postura de Karl y su círculo de Bruselas generaba confusión entre sus aliados demócratas, y suspicacia y alarma entre sus adversarios gubernamentales. Como muy pronto iba a descubrir él mismo, no era una forma sostenible de hacer política. En París, el 23 de febrero de 1848 los soldados dispararon contra una manifestación pacífica. A la mañana siguiente la ciudad amaneció llena de barricadas y la demanda ya no era una reforma electoral sino una república. Ese mismo atardecer los insurrectos asaltaron el Palais Royal. El rey huyó y su trono fue quemado en una hoguera, proclamándose la república y constituyéndose un Gobierno provisional.

LA PARTIDA DE BRUSELAS

El 26 de febrero el tren proveniente de París llevó a Bruselas noticias de la revolución. A bordo iba un consejero real, el conde de Hompesch, enviado a advertir a Leopoldo, rey de los belgas, de la gravedad de la situación en París. El representante de Hompesch fue Lucien Jottrand, quien como presidente de la Association Démocratique convocó de inmediato al Comité Ejecutivo, del que Karl era miembro, y acordaron que al día siguiente debían celebrar un mitin abierto en el Viejo Patio, en la rue de Soeurs Noires.

Según un recuento de los hechos escrito por Jenny una década después, Karl ayudó a armar a los trabajadores en preparación de una insurrección republicana. Este punto fue luego reiterado en 1934 en la cronología oficial comunista, *Karl Marx. Chronik seines Leben* (*Karl Marx. Crónica de su vida*), y ha sido repetido en muchos resúmenes biográficos desde entonces. No está claro por qué hizo Jenny esta afirmación, si fue fruto de la confusión o un deseo inconsciente de ofrecer un relato algo más heroico de su partida de Bélgica. Los archivos belgas cuentan una historia distinta, que muestra claramente que Karl fue absolutamente ajeno a cualquier preparativo insurreccional.[\[657\]](#)

En el mitin en el Viejo Patio, celebrado el 27 de febrero, una asamblea multitudinaria y entusiasta acordó, ante la propuesta de Jottrand, que la Association Démocratique se reuniría cada atardecer para ejercer presión democrática al régimen. Se votaron dos resoluciones: una se congratulaba por el nuevo Gobierno provisional de Francia; la otra manifestaba su solidaridad con los Demócratas Fraternales. Otra resolución que exigía al Gobierno que llamara a los artesanos y obreros para complementar con ellos las filas de la Guardia Cívica, predominantemente burguesas, fue firmada solo por los miembros belgas del Comité. Karl fue muy puntilloso a la hora de enfatizar que su participación era solo en apoyo de los objetivos cosmopolitas de la Association, honrando así su compromiso de no implicarse en la política belga.

El Gobierno temía que hubiese problemas y el 26 de febrero había incrementado las patrullas policiales y movilizado al ejército. Estaba, pues, bien preparado cuando al concluir el mitin algunos miembros jóvenes, llevados por el entusiasmo comenzaron a merodear por las calles voceando eslóganes como «Vive la République!» e intentaron entrar en la Grand Place. Hubo varios arrestos, incluido el de los compañeros de Karl, Wilhelm Wolff, Philippe Gigot y Victor Tedesco, junto a otros miembros de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes. No era este el conato insurreccional que los relatos posteriores han querido sugerir. Era solo un desorden callejero menor y, cerca de las diez y media de la noche, la calma había sido restaurada. La respuesta represiva del Gobierno continuó. Solicitó al alcalde que prohibiera los mítines públicos y puso especial

atención en la vigilancia a los extranjeros, que iban a ser controlados o bien expulsados del país. Hubo nuevos arrestos, incluyendo el de un zapatero apellidado Dassy, que había gritado «Vive la République!» y del que se dijo que llevaba una daga propiedad de Bornstedt, y el de otro zapatero apellidado Merkens, acusado de argumentar a favor del uso de la guillotina.

La alarma del régimen no fue fruto de las acciones desarrolladas por la Association Démocratique de Bruselas, sino por los republicanos y refugiados belgas en París. Uno de esos republicanos, Blervacq, estaba reclutando miembros de una presunta «Legión Belga» y enrolando no solo a belgas, sino a franceses y alemanes desempleados. Es más, el proceso fue extraoficialmente alentado por el comisionado de la policía de París, Caussidière, feliz de pagar el viaje de los voluntarios a la frontera, y fue coadyuvado por los *préfets* que habían entregado arsenales en Lille y Valenciennes.

En tales circunstancias, las sospechas de Charles de Bavay en la Corte de Apelaciones de Bruselas se centraron en Karl. Como miembro destacado de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes y activo participante en la Association Démocratique, ya era un personaje notorio. A su regreso de Londres, donde había ido en representación de la Association, el *Journal de Bruxelles* se burló el 13 de diciembre de 1847 de su cosmopolitismo activista comparándolo con el de un llamativo personaje jacobino de los Países Bajos, Anacharsis Cloots. Al enterarse de la presencia de Karl en el mitin de la Association celebrado el 27 de febrero, y de los desórdenes que siguieron en las calles a cargo de trabajadores alemanes y belgas, De Bavay se convenció de que Karl estaba a la cabeza de una conspiración para desencadenar la insurrección.

Lo que atrajo la atención de De Bavay fueron las recientes transacciones financieras de Karl: mediante los buenos oficios de su cuñado, Wilhelm Schmalhausen, Karl había recibido finalmente seis mil francos, una fracción de la herencia de su madre. De Bavay pensaba que lo de la herencia era solo una estratagema para encubrir su financiación del movimiento republicano en París. Basándose en esto, el barón Hody, jefe de Seguridad Nacional, pidió al Ministerio de Justicia que decretara la expulsión de Karl en razón de que había violado los términos de su permiso de residencia. El Consejo

de Ministros aprobó la medida el 1 de marzo y el rey confirmó la orden al día siguiente. El 3 de marzo se le informó a Karl que debía abandonar Bélgica en un plazo de veinticuatro horas.

A instancias de De Bavay, ese día hubo en el Palais de Justice una investigación del comportamiento del alemán recién proscrito. En ella se reveló que, a los pocos días de recibir su herencia, Karl y su familia se habían mudado de la residencia en la rue d'Orléans a las instalaciones más cómodas del hotel Bois Sauvage. Entonces se reunió evidencias entre los dueños de restaurantes, tenderos y cocheros para elaborar un dossier. De todo ello resultó que Karl había sido visitado por cierto número de extranjeros, y un talabartero llegó a sugerir que algunos habían intentado adquirir pistolas y correas para las espadas. Un cochero de una posada local llamada El Vigilante informó que Karl y otros dos miembros de la Association Démocratique fueron a un banco a cambiar dos mil cien francos en billetes, reforzando así la convicción de las autoridades de que Karl estaba o bien preparando una insurrección armada en Bruselas o bien ayudando a la movilización de los revolucionarios belgas en París.

Mientras el proceso judicial seguía su curso, Karl contactó con tres abogados de la Corte de Apelaciones, Jottrand entre ellos, quien intentó negociar con los jueces una prórroga de la expulsión. Pero el mismo 3 de marzo Karl recibió de su amigo Flocon, editor de *La Réforme* y ahora ministro del nuevo Gobierno provisional francés, una carta en la que se rescindía su previa expulsión de Francia y se lo invitaba a volver a París.

Según el informe de la Primera División de Policía, emitido al atardecer del 3 de marzo tras una reunión del tribunal en Bruselas, varios individuos, principalmente extranjeros, intercambiaron a voces proclamas de «exaltado republicanismo» y luego se encaminaron hacia el Bois Sauvage alrededor de las once de la noche. Allí se celebró un mitin que se extendió hasta después de la medianoche, en el cual hubo miembros de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes y del Comité de la Liga Comunista. Una vez dispersados los asistentes a los mítines, el inspector de policía Daxbeck entró en el Bois Sauvage y solicitó a Karl que le entregara los documentos en los que estaba trabajando. Karl intentó resistirse, a consecuencia de lo cual él —y luego Jenny— fue arrestado.

Esta versión oficial de los hechos fue cuestionada a los pocos días y se presentó un requerimiento de que se investigara el procedimiento policial. Tuvo lugar un segundo interrogatorio en el Hôtel de Ville el 11 de marzo, en presencia del alcalde y siete concejales, del cual resultó que el informe original contenía «graves errores». El allanamiento realizado por Daxbeck en el Bois Sauvage no estaba autorizado y, en cualquier caso, no se encontró nada inconveniente. Los documentos confiscados por Daxbeck revelaron que «la sociedad» de la que Karl era vicepresidente había sido disuelta y trasladada a París. Las autoridades supusieron al principio que esta «sociedad» se refería a la Association Démocratique, demostrando con ello que no estaban al tanto del papel que Karl desempeñaba al mismo tiempo en la Liga Comunista.

Tras su arresto, Karl fue llevado al Amigo, un centro de detención vecino al Hôtel de Ville. Jenny fue a consultar con Jottrand la situación de Karl. Entretanto, Daxbeck volvió al Hôtel de Ville y ordenó que Jenny fuera arrestada a su regreso por carecer de papeles. A raíz de ello, fue a su vez conducida al Amigo, donde Gigot, un amigo belga que intentó interceder por ella, fue también encarcelado. Lo más embarazoso a la vista del nuevo interrogatorio fue que Jenny, «la hermana del gobernador de Pomerania» (Ferdinand von Westphalen), había sido obligada a compartir brevemente su celda con tres prostitutas. Los liberales de Bruselas estaban indignados por el trato a la familia Marx y el barón Hody exigió la renuncia de Daxbeck, alegando que Bélgica era un país libre y que la policía no tenía derecho a confiscar los documentos de Karl, ni siquiera al comprobarse que aludían a la Liga Comunista. A pesar de todo, De Bavay persistió en su sospecha de una conexión entre la herencia de Karl y la financiación de la insurrección, y rastreó la pista de la letra de cambio partiendo por la entidad bancaria Fould y Oppenheim de París y llegando hasta el depósito original en Tréveris. Todas esas indagaciones confirmaron que los fondos habían sido legítimamente transferidos de las manos de frau Marx, en Tréveris, a su hijo. Finalmente, De Bavay se convenció de que el sospechoso no había financiado ningún alzamiento.

Karl llegó a París el 4 de marzo tras no haber reunido, en rigor, armas para ningún trabajador belga. Desde allí escribió al editor de *La Réforme*

para protestar por el trato dado a su esposa: «Mi esposa, acusada de vagancia, fue llevada a la prisión del Hôtel de Ville y encerrada en un cuarto oscuro con prostitutas». Su «único delito consiste en el hecho de que, aun perteneciendo a la aristocracia prusiana, comparte las opiniones democráticas de su esposo».[[658](#)]

LAS REVOLUCIONES A MEDIADOS DEL SIGLO

PARÍS DE NUEVO

Una quincena después de la Revolución del 22 al 24 de febrero Karl llegó con su familia a París, exactamente el 4 de marzo de 1848. La evidencia de la insurrección de febrero estaba aún a su alrededor.[\[659\]](#) Según la novelista alemana Fanny Lewald, «los adoquines están desperdigados por las esquinas y nadie los ha vuelto a poner en su sitio. Los carritos del pan desbaratados y los autobuses volcados muestran dónde estuvieron las principales barricadas. Buena parte de la reja de hierro en torno a una iglesia fue arrancada (excepto unos pocos pilotes que dan testimonio de que allí había una reja). En el Palais Royal —o el Palais National, como se lo denomina ahora, según el cartel vigente— todos los cristales de las ventanas y sus marcos habían sido arrasados. [...] En los bulevares, los árboles yacían en el suelo, y las tuberías y columnas de las fuentes estaban rotas. En las Tullerías cortinas blancas rasgadas flameaban por las ventanas sin cristales; sobre todas las puertas, en los muros del palacio, se leía la siguiente inscripción, escrita con tiza o carbón: “Hôpital des Invalides Civiles (Hospital Ciudadano)”». [\[660\]](#)

Durante esta estancia en París —que resultó muy breve— Karl se encontró de nuevo con quienes había conocido en 1844, en particular con gente vinculada a *La Réforme*, el diario republicano de izquierdas, ahora representado en el Gobierno provisional. Estuvo en contacto con Ledru-Rollin, recién nombrado ministro del Interior de ese Gobierno provisional, pero era más cercano a Ferdinand Flocon, el editor de *La Réforme* que pronto se convertiría en ministro de Agricultura. Flocon era amigo suyo y el

primero que lo había invitado a Bruselas. Aparentemente, también le había ofrecido dinero para que reabriera la *Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana), pero Karl rechazó la oferta.[\[661\]](#)

A principios de marzo los Demócratas Fraternales enviaron a su vez una delegación a París. La delegación, que iba a felicitar al nuevo Gobierno provisional, incluía a los artistas Harney y Jones y a los representantes de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en Londres, Schapper y Moll. La oportuna presencia en París de esos miembros destacados de la Liga Comunista de Londres y Bruselas hizo posible el restablecimiento de una oficina central. Karl fue designado de nuevo presidente y Schapper secretario.

En las secuelas inmediatas de los días de febrero el ambiente en París seguía siendo de euforia. Un espíritu evocado por el entusiasta revolucionario Dussardier en la novela de Flaubert *La educación sentimental*:

¡Todo anda estupendamente, el pueblo está en la cima, los trabajadores, las clases medias caen rendidos en los brazos del otro! ¡Ah, si vieras lo que yo he visto, qué gente espléndida, qué maravilla! [...] ¡Han proclamado la república, ahora todo el mundo estará feliz! ¡Unos periodistas que charlaban cerca de aquí hace un minuto comentaban que ahora vamos a liberar a Polonia e Italia! ¿Te das cuenta? ¡Ya no habrá más reyes! Todo el mundo será libre, ¡absolutamente libre!

[\[662\]](#)

En esta atmósfera embriagadora en la que se pensaba que la revolución barrería en toda Europa, no era difícil activar el entusiasmo de los exiliados para que formaran expediciones encargadas de llevar la república a sus tierras de origen. El Gobierno provisional estaba deseoso de que los exiliados políticos y trabajadores extranjeros regresaran a su país natal y contribuía a su traslado hasta la frontera, mientras en Bélgica se acusaba falsamente a Karl de promover el envío de obreros revolucionarios belgas de París a Bruselas. Cuando llegó a Francia, se enteró de que había un plan similar germinando entre los alemanes de París. En una gran reunión de artesanos y exiliados, Karl descubrió que «los demócratas germanos de París han formado una legión para marchar y proclamar la República alemana», y que los demócratas germanos y polacos «marcharán juntos» en esta iniciativa. El grupo consideraba la posibilidad de sumarse al alzamiento

en Posen y hasta seguir rumbo a Rusia. Se solicitaban donativos en forma de armas, municiones, dinero y vestimentas. Los primeros voluntarios habían ya comenzado a entrenarse en el Champ de Mars. El plan era proceder vía Odenwald, el lugar donde había comenzado la Guerra de los Campesinos en el siglo XVII, y lanzar una insurrección desde allí.

Los socialistas y comunistas se opusieron tenazmente a este plan diseñado por Herwegh y Bornstedt, y realizaron mítines públicos para condenar cualquier intento de establecer una república mediante intervenciones armadas desde el exterior. En uno de esos mítines Karl pronunció un largo discurso en el que condenó a la Legión no tanto por su romanticismo o ingenuidad, como por malinterpretar la naturaleza de la actual revolución. Según Sebastian Seiler, un colega suyo e integrante de la Liga Comunista, Karl argumentaba que «había que considerar la Revolución de Febrero tan solo como el inicio superficial del gran movimiento social europeo. En breve estallaría en París la batalla abierta entre el proletariado y la burguesía». «De su resultado —declaraba— dependería la victoria o derrota de la Europa revolucionaria.» Insistía, por tanto, en que los trabajadores alemanes permanecieran en París y se prepararan por adelantado para tomar parte en la lucha armada que se venía. [663] Como presidente de la Liga recién reconstituida, Karl estaba en posición de romper con cualquier organización que apoyara a la Legión de Herwegh y hasta de expulsar a Bornstedt de la Liga. Él y sus aliados se retiraron de las organizaciones democráticas y establecieron su propia Unión de Trabajadores Alemanes, que ya en torno a abril había atraído a unos cuatrocientos miembros.

Pero los planes variaron cuando el 19 y el 20 de marzo llegaron a París noticias de sendas revoluciones en Viena y Berlín. A la luz de estos acontecimientos, el reconstituido liderazgo de la Liga Comunista decidió alentar a sus miembros a que volvieran por su cuenta a sus ciudades natales y allí trabajaran a favor de la formación de una red de filiales de alcance nacional con centro en Mainz. Debían prepararse para una revolución parecida a la de 1789. Como el mismo Karl explicaba en una respuesta a Weitling en un discurso que pronunció más adelante ese mismo año ante la Sociedad Democrática de Colonia, «nosotros los alemanes acabamos de

llegar al punto que los franceses habían alcanzado en 1789».[664] Todos los miembros de la Liga debían llevar consigo ejemplares del *Manifiesto comunista* y de las diecisiete «Demandas del Partido Comunista para Alemania», un documento pensado para que complaciera por igual a campesinos y trabajadores artesanales. A diferencia de los programas de reforma liberal en toda Europa, estas «demandas» no mencionaban los derechos individuales o la libertad de expresión, de reunión y prensa, ni incluían referencia alguna a tribunales con jurados.

El Gobierno revolucionario francés había brindado ayuda a la Legión Alemana para que se marchara lejos de París el primero de abril. Se ofreció una ayuda similar a los miembros de la Liga Comunista, quienes abandonaron París el mismo día. Karl y su familia, junto a Engels y Ernst Dronke, dejaron París a principios de abril, y primero fueron hasta Mainz. El 10 de abril Jenny y los niños viajaron a Tréveris, donde permanecieron tres meses con su madre, hasta que Karl obtuviera su permiso de residencia. El propio Karl se trasladó entonces a Colonia.

EL CURSO DE LAS REVOLUCIONES

Las revoluciones de 1848 representaron un colapso espectacular de la autoridad política en toda Europa occidental y central: en París durante febrero, y en Viena y Berlín en marzo. Los gobiernos se vieron sorprendidos al comprobar que unos caían y otros debían aprobar reformas. Por este motivo, la mayor parte de los beneficios obtenidos por las fuerzas opositoras —reformadores constitucionales, liberales, republicanos y socialistas— se obtuvo en las primeras y pocas semanas —o incluso a los pocos días— que siguieron al triunfo de las multitudes. De ahí en adelante, en un proceso prolongado y en ocasiones precario, las fuerzas conservadoras retomaron la iniciativa y retomaron el poder. Las fuerzas del orden restablecieron las políticas fracturadas, pero con planteamientos nuevos y desconocidos hasta entonces.

Karl estuvo plenamente comprometido con las revoluciones de mediados del siglo, como participante en ellas y también como observador

crítico. Antes de que fuera emitida una orden de deportación el 16 de mayo de 1849, pasó trece meses en Colonia como editor del diario radical que más vendía en toda Renania, la *Neue Rheinische Zeitung*, y se convirtió en miembro destacado de la Sociedad Democrática de Colonia. Más adelante se vio incluso envuelto en la dirección de la Asociación de Trabajadores. De Colonia siguió a Frankfurt, el 19 de mayo, y llegó a París alrededor del 3 de junio. Dos meses después fue informado de que debía abandonar París, lo que hizo el 24 de agosto rumbo a Londres. En Inglaterra, en la estela de las revoluciones ocurridas entre enero de 1850 y marzo de 1852, escribió dos textos fundamentales: *La lucha de clases en Francia* y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Ambos fueron intentos de interpretar la secuencia revolucionaria de los hechos a la luz de su nueva concepción histórica de la «lucha de clases». «El desarrollo histórico de esta lucha de clases —escribió en marzo de 1852 a Joseph Weydemeyer mientras escribía *El Dieciocho Brumario*— va unida a determinadas fases históricas en el desarrollo de la producción.»^[665] Esta convicción regía su actividad política como participante en los hechos y habría de regir sus juicios posteriores como filósofo e historiador. Cuán exactamente se correspondía con la secuencia observable de los acontecimientos es algo que solo podemos determinar al hacer un recuento de lo que verdaderamente ocurrió.

La posibilidad de que se diera una crisis en Europa se había hecho evidente en 1847. En Inglaterra había dado comienzo la agitación cartista y en Francia una campaña de ampliación del sufragio. En Suiza una guerra civil terminó con la victoria de los cantones liberales sobre los católicos, mientras que en Palermo el rey de Nápoles era obligado a garantizar una Constitución. En Prusia el rey Federico Guillermo IV se vio a su vez forzado a convocar un Landtag Unificado para que autorizara un préstamo al Estado y le permitiera a este desarrollar varias vías ferroviarias de importancia estratégica. Para entonces se había llamado la atención sobre la tendencia habitual del régimen a recurrir a distinciones incongruentes entre los estados y se hacía comparaciones con la convocatoria de los Estados Generales de 1789. Guiado por los liberales renanos, el Landtag intentó que su autorización dependiera de reuniones habituales y que condicionara a la propia autoridad al promulgar medidas impositivas, pero este empeño de

avanzar hacia un Gobierno representativo fue rechazado y el Landtag aplazado.

La incómoda percepción de que el lenguaje oficial de la política o las jerarquías sociales no era ya el apropiado al nuevo patrón de creencias o de comportamiento de la sociedad era compartida por las clases dominantes tanto como las subordinadas. Esto era particularmente efectivo en las ciudades, donde los cafés, las tabernas y los diarios proveían de puestas al día regulares en torno a la vida política. El 27 de enero de 1848 Tocqueville preguntó a la Cámara de Diputados de Francia: «¿No tenéis acaso el instinto o intuición, imposible de justificar en un análisis pero con todo muy real, que os indique que el suelo vuelve a moverse en toda Europa? ¿No sentís, cómo decirlo, un viento revolucionario en el aire?». [\[666\]](#) Aun así, nadie esperaba que la revolución sobreviniera exactamente cuando lo hizo.

Llegó tres semanas después, y en París duró tres días: del 22 al 24 de febrero de 1848. Fue el resultado no previsto de la campaña por el sufragio que venía cobrando impulso desde el año anterior. El gabinete de Guizot obtuvo una victoria sustancial en 1846, pero basada en un sufragio de alcances tan estrechos que revelaba muy poco del sentimiento político dominante en la nación como un todo. Los legitimistas en no menor grado que los republicanos, y hasta la oposición «dinástica» moderada dentro de la Asamblea, se sentían frustrados con la Monarquía de Julio (el compromiso constitucional que había seguido a la Revolución de Julio de 1830). Así, en 1847 se inició una campaña por el sufragio en la Asamblea Nacional, con la propuesta de Duvergier de Hauranne de crear doscientos mil nuevos electores. [\[667\]](#) Dado que las manifestaciones políticas habían quedado prohibidas desde mediados de la década de 1830, el apoyo debía expresarse en una serie de banquetes a favor de la reforma celebrados en toda Francia. La cena era un pasatiempo en buena medida restringido a las clases medias, y los obreros se limitaban en su mayoría a mirarlas. A un banquete en Ruan asistieron mil ochocientos invitados y Flaubert recordaba su propio disgusto ante el asunto:

¡Menuda gastronomía! ¡Menudos vinos! ¡Cuánta conversación! [...] Después de nueve horas transcurridas ante el pavo frío y el lechón en compañía de mi cerrajero, que me palmoteaba continuamente la espalda en las mejores partes, volví a mi hogar congelado hasta los huesos. [\[668\]](#)

La campaña de banquetes generó una creciente efervescencia. La «oposición dinástica» moderada —así llamada por su aceptación de la Monarquía de Julio— solo estaba dispuesta a aprobar un modesto programa de reformas y evidenció su temor ante el plan, promovido por los sectores radicales a comienzos de 1848, de realizar un banquete democrático en el duodécimo *arrondissement* de París, una plaza fuerte democrática en los alrededores del Panthéon. Así surgió un plan alternativo de organizar un banquete cerca de los Champs Élysées el 22 de febrero. El primer ministro Guizot lo declaró ilegal y el 21 de febrero los líderes de la oposición parlamentaria depusieron la iniciativa, pero el poeta Lamartine, famoso por su recién publicada *Historia de los girondinos* y su alejamiento de los diputados conservadores y de orientación católica dentro de la Asamblea, anunció su intención de asistir al banquete él solo si era preciso. Los trabajadores y estudiantes se negaron a su vez a capitular y el 22 de febrero por la mañana un número considerable de gente procedente de los suburbios y del sector oriental y del Barrio Latino se dirigió a la Place de la Concorde.

Nadie esperaba que las marchas y manifestaciones de ese día se convirtieran en una revolución. Con la Guardia Nacional y la Municipal a su servicio, el Gobierno disponía del triple de fuerzas armadas que las que había dirigido en 1840. Sin embargo, en un plazo de cuarenta y ocho horas Luis Felipe y sus ministros fueron derrotados y la Monarquía de Julio había concluido. El error fundamental fue depender de la Guardia Nacional: de los comerciantes, dueños de tiendas, profesores, periodistas y funcionarios locales, la llamada «pequeña burguesía en uniforme». Entre 1831 y 1834 el régimen de Julio había descansado en ella como su fuerza armada, pero ahora las lealtades del cuerpo se habían tornado inciertas. El editor de *Le Siècle* y miembro destacado de la Guardia Nacional, Louis Parée, informó de que existía una hostilidad considerable hacia Guizot y que su legión vocearía el grito de: «¡Abajo el sistema! ¡Viva la reforma!».

La mayoría de los observadores esperaba que la refriega entre la muchedumbre y el régimen terminara en algún compromiso entre el rey y los liberales. Sin embargo, lo ocurrido más tarde ese día hizo imposible cualquier forma de acuerdo: el despliegue de una larga y festiva columna de

manifestantes adultos y niños que fue de Saint-Antoine a la Porte Saint-Denis, donde se fundió con un escuadrón de *cuirassiers*, se vio como un encuentro celebratorio y solidario de la burguesía y los sectores proletarios. La columna cruzó en escasos metros frente a la fachada de las oficinas de *Le National*, la revista de la oposición republicana, donde el editor, Armand Marrast, dirigió una arenga llamando a la disolución de la Asamblea, a la reforma parlamentaria y al procesamiento de los ministros corruptos. Los manifestantes siguieron entonces por la rue de la Paix hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Boulevard des Capucines, donde se toparon inesperadamente con una fuerza de doscientos hombres del decimocuarto Regimiento de Línea que les cerraron el paso. Confundidos por la densa humareda de las antorchas que portaban los manifestantes, los soldados se sintieron amenazados y abrieron fuego, primero por accidente y luego al parecer de forma deliberada. Una vez se hubo diluido la humareda, quedó en evidencia que cincuenta manifestantes yacían muertos y otros muchos heridos sobre los adoquines.

La noticia de la «masacre del Boulevard des Capucines» se difundió rápidamente la noche del 23 de febrero y provocó que fueran levantadas mil quinientas barricadas en toda la ciudad. El rey designó al mariscal Bugeaud para que restaurara el orden, una elección de muy mal gusto y una provocación, visto que Bugeaud ya era odiado por la brutal represión que había dirigido contra los motines parisinos de abril de 1834. Luego el propio Bugeaud vio que los insurgentes estaban demasiado atrincherados como para que los pudiera desalojar fácilmente. Tras abandonar la solución militar y derivar a la opción política, Luis Felipe despidió a Guizot y designó a Thiers, quien insistía en que el líder de la oposición, Odilon Barrot, fuera incluido en el gabinete y las tropas fuesen alejadas de la capital, pero era ya demasiado tarde para que esta medida aplacara a la multitud. El rey se vio obligado a abdicar a favor de su nieto de nueve años y marcharse a Inglaterra.

La voz de las calles había derivado ya a una república. El Palacio de las Tullerías fue tomado por asalto y el trono real quemado en una fogata, y la Asamblea se vio invadida de manifestantes. No debe sorprendernos que, en una Cámara sumida en el caos, la regencia propuesta por la duquesa de

Orléans no fructificara y que la nominación de los miembros que integrarían un Gobierno provisional fuera suspendida y trasladada al Hôtel de Ville. Allí se dio una radicalización incluso mayor y la presión de una multitud enorme reunida en las afueras del edificio —que evocaba indignada la forma en que la Revolución de 1830 había concluido de manera prematura por la instalación de la Monarquía de Julio— buscaba asegurarse de que fueran descartados los empeños de dejar en suspenso la futura modalidad de gobierno. En ese punto se proclamó una república. Al mismo tiempo se desechó la Cámara de los Pares, se proclamó la libertad de reunión y de prensa, se abolió la esclavitud en las colonias y se declaró abolida la pena de encarcelamiento y muerte por delitos políticos. Se propuso además, como solución a los problemas laborales, designar una comisión encargada de celebrar audiencias en el Palais de Luxembourg. Ante todo, en dos medidas de democratización no previstas y arrasadoras, se decretó el sufragio universal masculino y la pertenencia a la Guardia Nacional quedó abierta a cualquiera.

A ojos de sus partidarios más radicales, la república recién instaurada no era pura y simplemente la «República Democrática», sino la «República Democrática y Social». La presión de la calle se aseguró de que el Gobierno incluyera a siete miembros de la revista liberal republicana *Le National* y a cinco más de *La Réforme*, la publicación más radical y socialdemócrata. El Gobierno sumó ahora a Louis Blanc y al «trabajador Albert».[669] En última instancia, el 25 de febrero, en respuesta a una manifestación posterior ante el Hôtel de Ville, el Gobierno provisional se comprometió a «garantizar el empleo a todos los trabajadores» y reconocer que «los trabajadores deben asociarse entre ellos para gozar de los frutos de su labor». En aparente reconocimiento del «derecho al trabajo» y como un medio de apartar de las calles a los trabajadores desempleados, el nuevo Gobierno sancionó el 26 de febrero la creación de los llamados Ateliers Nationaux (Talleres Nacionales).

Los acontecimientos de París provocaron gran entusiasmo en Alemania. Los berlineses salieron a las calles en busca de noticias. Sumándose a las victorias liberales en Suiza y Nápoles y al despido de los ministros conservadores en Sajonia, Baviera, Baden, Wurtemberg, Hannover y Hesse,

la marea reformista parecía imparable. Hubo manifestaciones en las ciudades renanas, y en Colonia, mientras el 3 de marzo los diputados debatían una petición de los liberales exigiendo libertades civiles y una reforma constitucional, los sectores más radicales irrumpieron en el ayuntamiento para exigir el sufragio universal masculino (la ampliación del derecho a voto a todos los varones adultos) y la abolición del ejército permanente. En Berlín, el 9 de marzo las multitudes irrumpieron de modo similar en la Cámara del Consejo y convirtieron la Asamblea Municipal en una manifestación de protesta. En las «tiendas de campaña» levantadas en el Tiergarten había asambleas diarias de hasta veinte mil participantes en las que se debatían las reformas constitucionales requeridas, y los trabajadores artesanales y jornaleros hacían sentir su descontento económico exigiendo una nueva ley de protección a la fuerza laboral.[\[670\]](#)

El 13 de marzo la tensión aumentó cuando llevaron tropas a la ciudad y varios manifestantes resultaron muertos en el distrito del palacio. Las autoridades estaban divididas respecto a cómo reaccionar: si cabía hacer concesiones, como proponía el general Pfuel, gobernador de Berlín, o arremeter contra los insurgentes, como exigía el príncipe Wilhelm, hermano del monarca.

Noticias provenientes de Viena resolvieron la cuestión. El 13 de marzo se realizó una gran manifestación de ciudadanos, estudiantes y artesanos en las afueras del Landhaus de Viena (el lugar de reunión de los estamentos de la baja Austria), que exigía una reforma y la renuncia de Metternich, el veterano canciller imperial. La manifestación fue creciendo durante el día y, como había ocurrido en París, los soldados asustados replicaron con una fuerza excesiva, pero la multitud no se retiró y en cambio se reagrupó en varios puntos de la ciudad, particularmente en los barrios obreros deprimidos que rodeaban el centro. Los motines prosiguieron durante la noche, los empleados y funcionarios del Gobierno sufrieron ataques y se iniciaron fuegos en varios puntos. En respuesta a las demandas de la Guardia Civil, Metternich renunció y se marchó a Inglaterra. El 15 de marzo, tras dos días de agitación revolucionaria, el emperador abolió la censura, reconoció a la Guardia Civil y prometió convocar a una Asamblea Constituyente.

Después de estos hechos, el 17 de marzo por la mañana se anunció a la vez, ahora en Berlín, que la censura quedaba abolida, que se convocaría de nuevo al Landtag Unificado y que Prusia se convertiría en un Estado constitucional. La ciudad celebró los anuncios y se ordenó que fuera encendida la iluminación, pero en realidad fue demasiado tarde para que se descartara el plan de realizar una manifestación política en la plaza del Palacio. La manifestación sería un festejo de las concesiones hechas por la Corona. La multitud se reunió puntualmente en el lugar, pero se irritó ante la presencia militar. Hubo gritos de que los soldados debían retirarse y cundió el pánico. Se ordenó a los soldados despejar la plaza, pero al avanzar las tropas a caballo, dos fusiles se dispararon de forma accidental. El furor cundió en los dos grupos que ocupaban la plaza, y esta y los sectores aledaños se transformaron en un campo de batalla. Como en París, la muchedumbre vio el asesinato de los manifestantes como una táctica deliberada y, en respuesta, levantó barricadas en toda la ciudad.[\[671\]](#)

Al concluir el día siguiente había trescientos manifestantes y cien soldados muertos, pero nadie controlaba la ciudad. El comandante militar, Prittwitz, propuso junto al príncipe heredero Wilhelm que la ciudad fuera evacuada, rodeada y bombardeada, solo que, para mayor consternación de los partidarios de línea dura dentro del ejército, el rey Federico Guillermo se resistió a la propuesta y al mediodía del 19 de marzo las tropas se retiraron de la ciudad, dejando al monarca en manos de la revolución. Esa tarde, él y su esposa se vieron obligados a presenciar una procesión de los cadáveres de los manifestantes cuando fueron llevados a la plaza del Palacio y se le pidió, como signo de respeto, que se quitara el sombrero: una humillación inaudita para un monarca prusiano. El 19 de marzo Federico Guillermo emitió «Un discurso para mi pueblo y la nación alemana». En él sugería que Prusia lideraría un movimiento de unificación nacional. Al mismo tiempo, los liberales prusianos acordaron con los de otras partes la planificación de un Parlamento alemán de alcance nacional. El rey se dedicó, entretanto, a pasear por la ciudad, parándose con frecuencia a explicar sus actos y declarándose orgulloso de estar protegido por sus conciudadanos.

El 21 de marzo, desde Colonia, donde Karl había editado antes la *Rheinische Zeitung*, su amigo y médico Roland Daniels le escribió para decirle que la gente dependía aún de los rumores para conocer qué había ocurrido en Berlín: «Todo aquí pasa por un estado de excitación y tensión. Toda la población se inclina a hacer algo, pero la incertidumbre la refrena. [...] La población local se halla en tal estado que si el Consejo Ciudadano proclamara una república, todos estarían de acuerdo».[672] A los pocos días otro amigo de Karl, Georg Weerth, escribía: «He estado unos días en Colonia. Todo el mundo anda armado. No hay confianza en las promesas de Berlín. La gente solo quedará satisfecha con el sufragio universal, la libertad de prensa irrestricta y el derecho a la libre reunión. A los ojos del pueblo, el viejo Landtag [el Unificado] está muerto. [...] La gente solo quedará contenta con un nuevo Landtag elegido mediante sufragio universal. Lo mismo ocurre con la Asamblea Nacional de Frankfurt».[673] La excitación se palpaba en el aire cuando el 29 de marzo March Ludwig Camphausen, originario de Colonia y destacado miembro liberal del Landtag Unificado en 1847, fue nombrado primer ministro, y cuando el 1 de abril el Landtag Unificado promulgó una ley que regulaba las elecciones a una Asamblea Nacional prusiana con carácter constituyente. Las elecciones serían indirectas, pero serían fruto del sufragio universal masculino.

COLONIA

El 10 de abril Karl llegó a Colonia. Había pasado con Engels dos días en Mainz, reuniéndose con Karl Wallau y Adolph Cluss, dos miembros de la Liga Comunista enviados en marzo a establecer una asociación de trabajadores de acuerdo con planteamientos similares a los fijados en Londres y Bruselas. Tenían la esperanza de convertir Mainz en el centro de una red de asociaciones análogas en toda Alemania, dirigidas por Wallau, que era nativo de Mainz y presidente de la Asociación de Trabajadores Alemanes de Bruselas. Él y Cluss desbordaban energía y, cuando Karl y Engels llegaron, habían ya creado una Asociación Educativa de

Trabajadores y publicado un folleto dirigido «¡A los trabajadores de toda Alemania! Hermanos y trabajadores», que conminaba a la formación de asociaciones de trabajadores en cada ciudad y cada aldea que hubiera de elegir candidatos al Parlamento alemán en ciernes. Otros miembros de la Liga habían desarrollado similares esfuerzos en otros sitios: Stephan Born en Berlín, Wilhelm Wolff en Silesia, Karl Schapper en las ciudades a lo largo del río Main y Ernst Dronke en Coblenza.

Pero los informes remitidos de vuelta al Comité Central eran desalentadores. Allí donde se habían constituido de hecho asociaciones, estas se hallaban interesadas ante todo en temas locales. El llamamiento desde Mainz había sido virtualmente ignorado. La primera de las diecisiete «Demandas del Partido Comunista para Alemania» afirmaba que «la totalidad de Alemania debía ser declarada una república única e indivisible», pero aun allí donde esta proclama neojacobina no chocaba con la hostilidad activa de la población, tampoco encontró eco. Antes de la Revolución de Febrero se había visto que el intento de establecer cierta uniformidad entre las filiales de la Liga en Londres, Bruselas y París era una fantasía, pero los trabajadores artesanales de dichas ciudades eran cuando menos conscientes del amplio espectro de posturas políticas debatidas entre las comunidades exiliadas. No era el caso de la propia Alemania. Exceptuando unos cuantos núcleos en Renania, donde la ocupación francesa de 1792 había dejado una impresión perdurable, no había una tradición republicana ni una memoria histórica de la república. No solo ocurría que las preocupaciones locales ocupaban el primer plano, sino que —al menos entre los oficios urbanos— las esperanzas estaban aún centradas en revivir los reglamentos de los gremios. Hacia finales de abril estaba claro que el empeño de la Liga de crear una red nacional de asociaciones de trabajadores estaba yéndose a pique. No era que escasearan los sentimientos de agravio entre los artesanos y trabajadores independientes, ni había pruebas claras de que les faltara voluntad de asociarse, pero los ideales y aspiraciones que los movilizaban tenían escasa relación con la concepción neojacobina de la democracia que la Liga sustentaba.

Karl había resuelto fijar su base de operaciones en Colonia, una ciudad de unos noventa mil habitantes, con una porción considerable de la población empleada en industrias en decadencia a la orilla de los puertos fluviales y del río, y una tasa de desempleo de un 25 por ciento; en 1848 un tercio de la población se hallaba acogida a las medidas paliativas de la pobreza. Quien había asumido allí la iniciativa de crear una asociación era Andreas Gottschalk, un miembro de la Liga Comunista que era además médico en la localidad y un individuo extraordinariamente popular entre los trabajadores urbanos por su labor con los pobres. El 6 de abril él mismo puso un aviso en la *Kölnische Zeitung* anunciando que, con algunos amigos, se proponía organizar un Club Socialista Democrático. El mitin inaugural, celebrado el 13 de abril, fue un éxito rotundo y a él asistieron varios centenares de personas, aun cuando la identidad que sus convocantes deseaban reafirmar no era la de demócratas o socialistas, sino sencillamente de trabajadores. Esto quedó claramente estipulado el 23 de abril en la primera edición del boletín de la Asociación, el *Zeitung des Arbeiter-Vereines zu Köln. Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit* (*Diario de la Asociación de Trabajadores de Colonia. Libertad, Fraternidad, Trabajo*). Un breve informe del mitin inaugural decía que el nombre de Club Socialista Democrático no había prosperado; el de Sociedad del Pueblo fue también rechazado; pero el de Asociación de Trabajadores fue, en cambio, universalmente aceptado.[\[674\]](#)

En línea con la política de la Liga de que los activistas retornaran a sus ciudades de origen, Gottschalk suponía que Karl iba rumbo a Tréveris, y Engels a Barmen. Era amigo cercano de Moses Hess y le había escrito urgiéndolo a no comprometerse con la «Legión» de Herwegh y venirse a Colonia.[\[675\]](#) Juntos esperaban revivir la *Rheinische Zeitung*, según lo que creía Gottschalk, y planeaba sacarla a la calle nuevamente vendiendo acciones. La intención del diario que el propio Gottschalk y Hess vislumbraban pasaba por combinar una perspectiva democrática con una atención particular a «la cuestión social» y se centraría, antes que en temas teóricos, en cuestiones prácticas. El 7 de abril, junto a Fritz Anneke, un exoficial de ejército radicalizado, Hess puso un aviso en la *Kölnische Zeitung* llamando a prestar apoyo al plan, pero Heinrich Bürgers estaba a la

vez promocionando la idea y le escribió a su amigo Karl invitándolo una vez más a convertirse en su editor. No se sabe qué pasó exactamente cuando Karl y Engels llegaron a Colonia, pero está claro que a los dos días Karl fue designado editor en ciernes, en tanto que Gottschalk y Hess quedaron de lado.

La Asociación de Trabajadores creada por Gottschalk distaba bastante de la estructura vislumbrada por la Liga. Mientras que la Liga trataba a los trabajadores como un grupo indiferenciado, los miembros de la Asociación de Trabajadores se dividían en secciones, correspondientes a los diversos gremios y oficios. La organización por oficios iba aparejada al estímulo para que los trabajadores manifestaran sus aflicciones: se denunciaba los bajos salarios y conflictos industriales y se desenmascaraba a los malos empleadores. En oposición al compromiso de la Liga con «una república única e indivisible», Gottschalk estaba a favor de un principio federalista y consideraba que una monarquía constitucional era un objetivo más realista. El 26 de marzo le escribió a Hess: «El término “república” es muy impopular y el proletariado no es, al menos aquí, suficientemente fuerte para actuar de forma autónoma. Por el momento debiéramos contentarnos con lo que se ha logrado hasta ahora —una monarquía sobre una base cartista—, que es incluso más de lo que la propia Inglaterra puede exhibir, después de todo».[676] El propio nombre de «república», añadía, asustaba a la burguesía, que lo ponía a la par de «saqueo, asesinato y una invasión rusa».[677] Coincidente con esta postura, y contrariando a la mayoría de la opinión democrática, en la Asociación de Trabajadores se impuso el criterio de no oponerse al regreso del reaccionario Guillermo, el príncipe heredero, desde Inglaterra. Todas estas posturas estaban en consonancia con el estatus secundario que se había acordado para las cuestiones políticas en la mayoría de las modalidades de socialismo existentes en la década de 1840. Gottschalk desaprobaba claramente el principio del voto indirecto, motivo por el cual aconsejó a sus partidarios que no votaran en las elecciones a la Asamblea Nacional prusiana o al Parlamento de Frankfurt. Pero a medida que el conflicto iba en aumento durante el verano de 1848, el mismo Gottschalk se vio, igual que otros cercanos a la postura del llamado

«verdadero socialista», arrojado de vuelta a la arena política, y en junio declaró su apoyo a una república.

Las prioridades de la Asociación de Trabajadores chocaban con la concepción de la revolución que la Liga enarbolaba en Alemania. El grupo que rodeaba a Karl estaba persuadido de que en 1848 Alemania seguiría los pasos de la Francia de 1789. Habría una fase inicial «burguesa» o «liberal», en la que las fuerzas propietarias y populares se concentrarían en desembarazarse de las relaciones «feudales». A esto seguiría una «segunda» revolución más radical, guiada por «el proletariado alemán, la pequeña burguesía y los pequeños campesinos». Como en el bienio 1792-1793, sería la guerra la que traería consigo esta fase radical de la revolución. Esta era la razón por la que, ya fuera respecto al estatus de los polacos en el ducado de Posen o a las reclamaciones de la minoría alemana en Schleswig, Karl y sus aliados estaban siempre del lado más beligerante cuando estallaba el carnaval de la guerra.

Esto explica a su vez por qué, tras su llegada a Colonia, Karl y Engels se unieron a la Sociedad Democrática, constituida a principios de abril por un comité en el que había dos viejos amigos y aliados políticos de Karl: Heinrich Bürgers y Karl D'Ester. Desde ese momento hasta la primavera de 1849 la Sociedad Democrática fue para Karl su hogar político de elección. La *Neue Rheinische Zeitung*, cuyo lema era «El órgano de la democracia», formaba parte de la misma visión general. El diario no hacía diferencias entre comunismo o lucha de clases. Lo que el rótulo «Partido Democrático» significaba en la Alemania de 1848 era, según explicó Engels después, un compromiso con el sufragio directo masculino, un cuerpo legislativo único y el reconocimiento del 18 de marzo (en Berlín) como la fundación del orden nuevo.^[678] Pero para Karl y sus partidarios, «democracia» era más un recurso que un principio definitivo. Las exigencias del «partido proletario» debían permanecer supuestamente ocultas, pero con las condiciones propicias escaparían de manera espectacular de su confinamiento, tal y como quedó claro en la reacción de Karl y Engels a la insurrección de los trabajadores parisinos en junio de 1848.

Era imposible rivalizar con el devoto grupo de seguidores que Gottschalk había logrado reunir en torno suyo durante sus años como

médico en Colonia, desde 1843. En la década de 1840, en todas las ciudades y pueblos de Europa occidental, aparte del servicio doméstico, el contacto entre las clases propietarias o educadas y las clases trabajadoras o los pobres era en extremo limitado. Por esta razón, esos médicos que se dedicaban a los pobres y eran de los pocos que poseían un conocimiento de primera mano de su vida gozaban de enorme prestigio y popularidad. Pero Gottschalk era, a la par, un poderoso orador y un líder inteligente. Dirigía la Asociación de Trabajadores con mano firme y, como resumió uno de sus acólitos, «él hablaba y reinaba el silencio en el gran espacio del Gürzenich [el salón de mítines públicos más espacioso de la época], [...] él mandaba y ellos obedecían». El éxito de su Asociación fue espectacular. La afiliación creció de cinco mil miembros en mayo a siete mil en junio. Como contrapartida, la de la Sociedad Democrática equivalía a la modesta cifra de setecientos socios.[\[679\]](#)

No hace falta señalar que la división entre los dos sectores fue contraproducente. La campaña de Gottschalk por la abstención en las elecciones redujo la fuerza de los representantes radicales en Berlín y Frankfurt, mientras que el fruto de la aplicación rígida por Karl de su noción de la revolución democrática significó que la *Neue Rheinische Zeitung* ignorara prácticamente las penurias e iniciativas de los trabajadores de Colonia durante todo 1848.

El alejamiento de Gottschalk de la estrategia original de la Liga y la ineptitud de Karl para desafiar públicamente la postura de Gottschalk fueron, probablemente, las principales razones que llevaron a la decisión de dispersar la Liga Comunista. En una reunión de la filial de la Liga en Colonia celebrada el 11 de mayo, Karl desafió de hecho a Gottschalk por su distanciamiento de las posturas acordadas en el seno de la Liga. En respuesta, Gottschalk reiteró que había presentado ya su renuncia, «puesto que la transformación en curso en las actuales condiciones requería a la vez de una reformulación de las Reglas de la Liga, y bajo las reglas existentes su libertad personal estaba en riesgo».[\[680\]](#) La imposibilidad de mantener el liderazgo de la Liga, incluso cuando su Autoridad Central tenía su sede en Colonia, llevó a disolverla a principios de junio. Su justificación explícita fue que, visto que ahora había libertad de prensa, la estructura y

actividades de una sociedad secreta ya no eran necesarias. Pero pese a haber sido abolida, en algunos lugares —especialmente en Londres— la Liga siguió existiendo en las sombras y resurgió con consecuencias desastrosas en las etapas finales de la revolución.

LA NEUE RHEINISCHE ZEITUNG

La primera edición de la *Neue Rheinische Zeitung* apareció el 1 de junio. Reunir fondos para financiar la publicación había resultado más difícil de lo esperado. Las suscripciones no eran suficientes y hubo que ofrecer paquetes de acciones, pero la campaña de recolección de esos fondos no tuvo éxito. Pese a que hubo una reunión pública de socios, a finales de mayo solo se habían vendido trece mil táleros en acciones, de un total esperado de treinta mil, y solo un 10 por ciento de esas acciones había sido efectivamente pagado. Engels acudió a Wuppertal para reunir fondos adicionales, pero como cabía esperar en esta región protestante y leal al régimen se topó con una reacción suspicaz u hostil. Él mismo advertía que, si solo un ejemplar de las diecisiete demandas comunistas circulaba públicamente, todo estaría perdido. Se reía a la vez de la sugerencia de Karl de que se aproximara a su padre, quien «preferiría rociarnos con un millar de perdigones» antes que «obsequiarnos siquiera mil táleros».[681] Parecía pues que sería imposible salir a la calle antes de julio, pero Karl estaba persuadido del retorno inminente y peligroso de los reaccionarios e insistió en que el diario apareciera a principios de junio.[682] Así que, pese a una enérgica campaña para hacerlo circular y el aporte de parte de la herencia de Karl, las finanzas del nuevo diario siguieron siendo precarias.[683]

Además de Heinrich Bürgers, el equipo editorial estaba integrado en su totalidad por miembros de la Liga que habían vuelto junto a Karl a Alemania: Ernst Dronke, Friedrich Engels, Georg Weerth, Ferdinand Wolff y Wilhelm Wolff. Como en Bruselas, Karl siguió ejerciendo su papel de editor con un estilo dictatorial. Engels se preocupaba de buena parte de la cobertura otorgada a los temas internacionales, mientras Georg Weerth editaba el folletín o suplemento literario, más liviano en su contenido.

Aunque tenía su base en Colonia, el diario dedicaba poco espacio a los temas locales y aspiraba a operar como un diario de alcance nacional, apoyándose en corresponsales y colaboradores remotos y atrayendo suscriptores de toda la Confederación Germánica. Como indicó Karl al representar al diario en un juicio, en febrero de 1849, «prefiero seguir los grandes acontecimientos mundiales, analizar el curso de la historia, a ocuparme de los mandamases locales, la policía o los jueces encargados de procesar a alguien».[684] Además de su artículo principal sobre Alemania, la primera edición incluía informes de Viena, Bélgica, Italia, la República francesa y Gran Bretaña. En las pocas ediciones siguientes hubo además textos referidos a España, Suecia y Estados Unidos, y los suplementos habituales publicaron textos sustanciales para la cobertura de los hechos. El rotativo nunca consiguió competir con las diecisiete mil suscripciones del principal diario renano, la *Kölnische Zeitung*, pero con sus cinco mil suscriptores se convirtió en el diario radical más importante de Alemania y en una fuente bien informada de los acontecimientos políticos en el extranjero. No es raro, pues, que fuera uno de los diarios recomendados por el Primer Congreso Democrático Alemán celebrado en Frankfurt.

El diario no destacaba en primer plano las aflicciones de los trabajadores y estaba escrito en un estilo que no estaba al alcance de todo el mundo, salvo el de una burguesía propietaria e instruida. En la primera edición, al explicar por qué el rotativo aparecía un mes antes de lo anunciado, se hacía una referencia críptica y sin explicaciones a las «Leyes de prensa de septiembre», promulgadas en 1835 en Francia.[685] En su tercera edición, el artículo central de Karl, un informe a dos columnas arremetiendo contra el gabinete de Camphausen, incluía referencias no solo al *Tristram Shandy*, sino a *Ricardo III* de Shakespeare y al *Fausto* de Goethe. El objetivo del artículo, que difícilmente podía suscitar alguna controversia entre los sectores radicales, era atacar el empeño del primer ministro Camphausen de generar una continuidad legal entre el antiguo Landtag Unificado y su propio gabinete, sin mencionar en ningún momento la revolución que había ocurrido entre ambos hechos. El informe concluía: «Así, una oca se convierte en huevo, y un huevo en una oca. Merced al cacareo del Capitolio y sus racanerías, la nación se da cuenta enseguida de

que los huevos de oro de Leda, que ella misma había puesto durante la revolución, le han sido sustraídos. Y ni siquiera el diputado Milde se parece demasiado al brillante y conspicuo Cástor, hijo de Leda».[686] Este agresivo despliegue fue una razón adicional del malestar suscitado en la Asociación de Trabajadores hacia el periódico de Karl. Según el *Zeitung des Arbeiter-Vereines zu Köln*, de Gottschalk, la gaceta se estaba aprovechando de las condiciones económicas de recesión para reunir una fuerza laboral «sumisa» y a bajo coste. El diario de Gottschalk atacaba además el lema de la publicación —«El órgano de la democracia»— tanto por encubrir de forma deshonesta sus propósitos como porque era «un gesto formal de supresión del proletariado, una traición al pueblo».

En abril y mayo los radicales aún tenían la sensación de que el curso de los acontecimientos los favorecía. La Asamblea prusiana, reunida el 22 de mayo, era predominantemente liberal o liberal de izquierdas. Aspiraba a reducir el poder del monarca, subordinar el ejército a la Constitución y eliminar muchos de los derechos señoriales en el campo. Se crearon sociedades democráticas y asociaciones de trabajadores en muchas regiones, especialmente en Sajonia, Berlín y en varias partes de Renania. Los radicales tuvieron singular éxito en Viena, donde el 11 de mayo estudiantes y trabajadores en armas habían obligado al régimen a establecer una forma de sufragio más democrática. En las siguientes semanas el emperador se trasladó a Innsbruck, mientras el movimiento revolucionario proseguía su fase ascendente en la ciudad.

En Colonia había un ambiente cada vez más cargado, tanto del miedo a un contragolpe reaccionario —la razón alegada para justificar que la *Neue Rheinische Zeitung* apareciera un mes antes— como de un clima tenso de expectativas revolucionarias, que solo se intensificó durante el Primer Congreso Democrático Alemán de todos los partidos democráticos germanos, celebrado en Frankfurt del 14 al 17 de junio. Además de asistir los aliados de Karl, Schapper, Moll, Dronke, Cluss, Weydemeyer y Freiligrath, en ese congreso estuvo Gottschalk, quien a su llegada fue llevado en hombros y ovacionado por las calles. El ambiente en Colonia se vio a la vez realzado por lo ocurrido en Berlín, donde una multitud enfurecida por el rechazo de una moción sometida por Julius Berend ante la

Asamblea prusiana —moción que proponía el reconocimiento al servicio prestado por quienes habían peleado el 18 de marzo— exigió que le suministraran armas e irrumpió en los arsenales de Berlín para conseguirlas. En Colonia se rumoreaba que los delegados que volvieran de Frankfurt también exigirían armas de la guarnición local, lo que no ocurrió, pero el 17 de junio hubo un tumulto en el Altenmark, con fuertes rechiflas y pedradas a la policía, mientras la Guardia Civil que acudió al lugar demostraba su debilidad y escasa efectividad. Circulaban panfletos advirtiendo a los «hermanos» que estuvieran alerta, pues la hora de la redención estaba cerca. Noticias del intento de alzamiento liderado por Friedrich Hecker en Baden aumentaron otro poco el ambiente de tensión. El encabezado de su manifiesto decía: «Pronunciad en voz alta las grandiosas palabras: ¡República alemana! ¡Estado del Pueblo Alemán!». La guarnición local sospechaba a su vez de la inminencia de una insurrección planificada.

Gottschalk volvió de Frankfurt decidido a fusionar en una sola «Sociedad Republicana» a las tres organizaciones democráticas de Colonia: la Asociación de Trabajadores, la Sociedad Democrática y la Sociedad de Trabajadores y Empleados. Sin embargo, dada la abrumadora superioridad numérica de la Asociación de Trabajadores, esta idea era rechazada por las dos sociedades más pequeñas. En vez de ello, el 24 de junio se nombró un comité de seis miembros —dos de cada sociedad—, a la vez como un cuerpo coordinador local y como Comité Democrático de Distrito en la provincia de Renania. Karl habría de participar con Karl Schneider II, el presidente de la Sociedad Democrática, en este comité conjunto, quedando así en posición muy favorable para dirigir el movimiento democrático renano.

Durante la segunda mitad de junio el buen momento del ascenso popular había casi concluido. Federico Guillermo IV no había abdicado. No había huido como Luis Felipe, pero tampoco había dejado la ciudad en manos de sus tropas para ser bombardeada y sometida, como le había aconsejado el príncipe heredero, su hermano Guillermo. Al quedarse en Berlín sin escolta armada, había salvado vidas y a su vez incrementado su popularidad. Esto significaba que estaba en una posición mucho más sólida

para defender las prerrogativas monárquicas que se habían visto tan amenazadas en marzo.

De hecho, la respuesta del monarca a las propuestas constitucionales, tanto del ministro Camphausen como de la Asamblea, fue de un absoluto rechazo a apoyar cualquier recorte a su soberanía. Estaba decidido a que la Constitución propuesta siguiera especificando que el rey continuaría siendo el monarca «por la gracia de Dios» y que aquella no debía considerarse una ley impuesta al soberano por la voluntad popular, sino el fruto de «un acuerdo» entre Federico Guillermo y el pueblo. En términos prácticos, el rey retendría el control exclusivo sobre el ejército y la política exterior.

Los primeros indicios de una fisura se hicieron evidentes a finales de junio. El 25 de ese mes, en un gran mitin de la Asociación de Trabajadores celebrado en el Gürzenich, dos mil activistas que portaban cintas rojas en el ojal solicitaron a voces oír noticias de su presidente sobre los avances de la revolución. Hubo llamamientos a la insurrección y a proclamar una república. Presionado por sus partidarios, Gottschalk reaccionó con cautela: era necesario esperar y ver qué sucedía en Berlín y Frankfurt. Pese a ello, el gesto bastó para justificar su procesamiento y el 3 de julio el propio Gottschalk, Anneke y uno de los militantes protagonistas de la Asociación, Esser, fueron detenidos. Su procesamiento fue escenificado con deliberada morosidad por las autoridades judiciales en el curso del otoño, logrando de ese modo que su encarcelamiento se prolongara más de lo habitual. Finalmente, el 20 de diciembre fueron llevados los tres a juicio, y absueltos.

Desde su creación el 1 de junio, la *Neue Rheinische Zeitung* se dedicó a generar presiones en la escena política para que esta evolucionara lo más rápidamente posible más allá de la etapa liberal-constitucional de la revolución. Esto se hizo, en primer lugar, por la vía de escarnecer los procedimientos de la Asamblea prusiana y el Parlamento de Frankfurt, y en segundo lugar, resaltando casi a diario la presunta amenaza de la contrarrevolución. La primera edición del diario atacaba a la Asamblea de Frankfurt por no haber proclamado la soberanía del pueblo alemán. Según Engels, la Cámara debía haber bosquejado una Constitución «y eliminado en el régimen actualmente vigente en Alemania todo lo que contraviniera el principio de soberanía del pueblo».[687] «Una Asamblea Constituyente a

nivel nacional debía ser, por encima de todo, una asamblea *activa*, revolucionariamente activa. La Asamblea de Frankfurt está involucrada en meros ejercicios escolares de parlamentarismo y deja al Gobierno la iniciativa. [...] Es la primera vez en la historia del mundo que la Asamblea Constituyente de una gran nación celebra sus sesiones en una pequeña ciudad. [...] La Asamblea aburre al pueblo alemán en lugar de inspirarlo.»[688]

Si la demanda última era la de «una *república alemana unida e indivisible*», la elaboración de una Constitución en Berlín no venía al caso. Pero ignorar pura y simplemente el conflicto constitucional de Prusia hubiera sido una forma de autoderrota. En lugar de ello, la *Neue Rheinische Zeitung* cubría, aunque de manera enteramente negativa, las actividades de Camphausen y de la Asamblea Constituyente prusiana. Esta era denunciada como «la Asamblea de los acuerdos», por su presunta disposición a actuar en conformidad con la propuesta real de que la Constitución fuera un «acuerdo» (*Vereinbarung*) entre el rey y su pueblo. Se la atacaba sobre todo por su negativa a conmemorar a los luchadores del 18 de marzo. Y esta se contrastaba con el asalto a los arsenales por el pueblo berlinés. La negativa que la Asamblea hacía de esa primera revolución, se decía, quedaría pronto subsumida en el inicio de la segunda, preanunciada en el ataque a los arsenales.[689] En cuanto a la preocupación del diario por la contrarrevolución y la conspiración, su encabezado en respuesta a la caída del gabinete de Camphausen el 21 de junio fue un buen ejemplo. El rotativo había estado prediciendo la posibilidad de «o bien una nueva revolución, o un Gobierno definitivamente reaccionario» y señalando que «el intento de una nueva revolución había fracasado». Y añadía en negritas: «Un Gobierno rusófilo pavimentará el camino al zar».[690] En el mismo periodo —del 19 al 26 de junio—, en un empeño de aglutinar las pasiones radicales, la *Neue Rheinische Zeitung* se complació en ofrecer una serie sobre el juicio a Louis Capet, el antiguo Luis XVI, a manos de la Convención Revolucionaria en enero de 1793.

En esta fase la atención del diario de Karl se centró en los acontecimientos que tenían lugar en París, donde un anuncio del cierre inminente de los Talleres Nacionales había conducido a una insurrección de más de cuarenta mil trabajadores afectados por la medida. Tras enterarse el 22 de junio de su inminente despido, los trabajadores se reunieron masivamente al día siguiente en la plaza de la Bastilla y luego se replegaron a sus respectivos barrios a organizar barricadas. Para lidiar con la emergencia, el 25 de junio la «Comisión Ejecutiva» (el Gobierno) se ciñó a un precedente republicano heredado de la antigua Roma y otorgó poderes dictatoriales temporales al general Eugène Cavaignac, ministro de Guerra republicano, que había desempeñado un papel destacado en la conquista de Argelia. El 25 de junio Cavaignac lanzó una contraofensiva y el 26 la última barricada fue desmontada. En Inglaterra el secretario del Consejo Privado, Charles Greville, anotó en su diario:

Aunque la miseria y el hambre fueron la causa principal de esta gran batalla, es de destacar que no hubiera ninguna forma de saqueo o hurto; por el contrario, esos gestos quedaron estrictamente prohibidos y, en apariencia, nunca fueron siquiera ensayados. Hasta donde yo sé, es el único ejemplo al respecto, en los muchos registros históricos de una batalla campal librada en una gran capital entre, por un lado, el ejército regular y el poder civil armado, y por el otro, el populacho de la ciudad organizado y convertido en un ejército en armas, sin que nadie sepa cómo se organizó este último o quién lo dirigía.[\[691\]](#)

Desde que Karl abandonara París a comienzos de abril, el clima político en Francia había cambiado de manera llamativa. Durante marzo y principios de abril los partidarios de la revolución habían vivido una fase ascendente, pero a medida que los militantes accedían en tropel a París, la izquierda adoptó modalidades más provocativas, sobre todo en los numerosos clubes radicales. El 17 de marzo una manifestación de cien mil personas encabezada por el antiguo líder de una sociedad secreta, Auguste Blanqui, se había asegurado de que las elecciones a la Asamblea Constituyente se pospusieran del 9 al 23 de abril, junto a la promesa (incumplida) de que las tropas serían gradualmente retiradas de la ciudad.

En abril las líneas de separación se hicieron más evidentes. En otra gran manifestación celebrada el 16 de abril, un plan que se cree era del propio

Blanqui para forzar un cambio en el equilibrio entre moderados y radicales dentro del Gobierno provisional, fue frustrado por otros líderes radicales, entre ellos, Barbès, Blanc y especialmente Ledru-Rollin, el radical ministro del Interior, quien convocó a la Guardia Nacional y a la Guardia Móvil para defender el Hôtel de Ville contra la posibilidad de un golpe de los sectores radicales. Como se esperaba, la elección a la Asamblea Constituyente del 23 de abril benefició a los moderados en lugar de a la izquierda. El voto masculino generó una Asamblea en su mayor parte afín a los ideales de febrero: de los novecientos representantes, había entre trescientos cincuenta y quinientos republicanos nominales. Los acontecimientos de febrero habían tomado a la Francia rural por sorpresa; la movilización del apoyo radical en el campo se había apenas iniciado y, de manera poco sorprendente, se verificó un resurgimiento desproporcionado de los aristócratas, los notables y el clero. Los republicanos radicales obtuvieron menos del 10 por ciento de los escaños. Los monárquicos, ya fueran orleanistas o legitimistas, ganaron muchos más. El Gobierno provisional fue sustituido por una «Comisión Ejecutiva» más conservadora de cinco integrantes, de la que fueron descartados el socialista Blanc y el trabajador Albert.

Incluso más decisivo para perfilar la secuencia de hechos que condujeron a la insurrección de junio fue el giro en las actitudes hacia la izquierda como fruto de la manifestación del 15 de mayo. El propósito ostensible de esa manifestación había sido presionar a favor de una intervención francesa en apoyo a los demócratas polacos. Treinta mil personas se habían reunido en un principio en el Champ de Mars, pero cuando el objetivo último de sus líderes se volvió claro, muchos abandonaron el lugar y se quedaron en dos mil manifestantes cuando la columna llegó ante la Asamblea Constituyente. Una vez allí, y en connivencia con el comandante de la Guardia Nacional, forzaron la entrada en el edificio y, en mitad del tumulto, declararon la disolución de la Cámara y la formación de un nuevo Gobierno provisional. Para entonces, las unidades locales de la Guardia Nacional y la Guardia Móvil habían llegado ya al lugar y los líderes radicales fueron arrestados cuando intentaron abrirse paso hasta el Hôtel de Ville para instalar el nuevo Gobierno.

Desde cualquier punto de vista, se consideró que había habido gestos absurdos y siempre planeó la sospecha de que los radicales habían sido instrumentalizados por agentes provocadores.[692] El resultado fue que gran parte de los seguidores potenciales de la izquierda se alejó de ella y que su liderazgo terminó «decapitado», según el término empleado por Maurice Agulhon.[693] La política de compromiso seguida por la Comisión Ejecutiva había quedado así desacreditada. El liderazgo de la Asamblea Constituyente pasó ahora a manos de una coalición cada vez más intransigente de conservadores, quienes abolieron la Comisión del Luxemburgo y comenzaron a planear la dispersión de los Talleres Nacionales.

Tanto moderados como radicales habían dado la bienvenida a los Talleres Nacionales como una forma de mantener fuera de las calles a los trabajadores desempleados. Bajo la dirección de Émile Thomas, fueron a su vez aislados de la influencia de los radicales y la actividad de sus clubes. Pero esas actitudes cambiaron cuando Thomas fue apartado del cargo, cuando el derecho de reunión se vio restringido y después de que los clubes democráticos fueran clausurados. A esas alturas, a principios de junio, estaba cada vez más claro que los talleres serían cerrados en breve. Sus delegados se reunieron entonces con los integrantes de la dispersa Comisión del Luxemburgo y protestaron contra el abandono de las proclamas democrático-sociales de la República de Febrero. Finalmente, tras un debate realizado el 20 de junio, un directivo de la Asamblea ordenó la inmediata disolución de los talleres. Los miembros más jóvenes de ellos fueron redirigidos a enrolarse en el ejército y los de más edad serían enviados a proyectos laborales en el sector rural y en provincias distantes. Las manifestaciones contrarias al decreto fueron inútiles y, al atardecer del 22 de junio, una multitud de cien mil individuos de pie ante el Hôtel de Ville decidió resistirse a la medida por las armas. La insurrección dio comienzo al día siguiente.[694]

Los republicanos galos condenaron casi de forma unánime esta rebelión. Para Flocon, el amigo de Karl, el tema era pura y simplemente el de una negativa a obedecer a una autoridad republicana elegida democráticamente. Algo parecido a un conato de golpe de Estado.

Cavaignac, el general que neutralizó a los rebeldes, era un republicano comprometido y lo mismo ocurría con el Gabinete que él mismo eligió para que lo acompañara en sus funciones hasta las elecciones presidenciales de diciembre de 1848. Aunque muchos periódicos sentían simpatía por las peticiones de los trabajadores, la prensa democrática y republicana de toda Europa se mostró igual de cáustica con la revuelta.

Tan solo la *Neue Rheinische Zeitung* —pese a su divisa de ser «El órgano de la democracia»— estuvo dispuesta a festejar la insurrección como una victoria de los trabajadores. En su ensayo «La revolución de junio», del 28 de ese mes, Karl sostenía que «los obreros de París han sido *aplastados* por la superioridad numérica, pero no han *sucumbido*». Este «triunfo momentáneo de la fuerza bruta se ha pagado con la destrucción de todos los engaños e ilusiones de la Revolución de Febrero». La *fraternité* proclamada en febrero había revelado ahora «su verdadera, auténtica y prosaica faz, que es la *guerra civil* bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital». La Revolución de Febrero había sido «la revolución *hermosa*, la revolución de la simpatía general». La Revolución de Junio, en cambio, fue «la revolución *fea*», porque «las frases han sido desplazadas aquí por la realidad, porque la república, al echar por tierra la Corona, que la amparaba y la encubría, reveló la cabeza del monstruo». Esta era la primera «revolución» producida desde 1789 que había tomado por asalto la «dominación de la clase [burguesa]» y el «orden *burgués*».

[695]

Desde su época en Bruselas, los escritos políticos de Karl evidenciaban cierta incoherencia como fruto de su empeño de montar simultáneamente en dos caballos: el de la revolución democrática y el de la revolución socialista-proletaria, la revolución actual y la próxima, a falta de una sola. El tratamiento que hizo de la «insurrección de junio» fue un ejemplo espectacular de esta actitud contradictoria. El artículo dejaba expuesta la postura democrática a todas las objeciones que podían hacerle Karl Grün y otros líderes socialistas. Si una república democrática basada en el sufragio masculino universal no hacía más que aplastar a los trabajadores, si la democracia no brindaba solución a la cuestión social, ¿para qué luchar por la consecución de una república? Pese a sus fanfarronadas —«solo los

espíritus débiles y pusilánimes podrían hacerse esta pregunta»—, su intento de responder a esta objeción no fue satisfactorio. Argumentaba: «La mejor forma de gobierno es aquella en que las contradicciones sociales se abren paso en lucha abierta y se encaminan así hacia su solución».[696] Pero lo que planteaban demócratas y republicanos no era que la política democrática proveería de una arena en la que la lucha de clases se libraría hasta las últimas consecuencias, sino más bien que, en una democracia, los conflictos de intereses eran susceptibles de arreglarse por vías pacíficas y racionales.

No es sorprendente que otros diarios renanos atacaran a la *Neue Rheinische Zeitung* e ironizaran sobre su apoyo a la «democracia». Karl parece haber comprendido entonces que debía rectificar su postura si deseaba conservar su papel de líder en la Sociedad Democrática. Y tuvo oportunidad de ello cuando, pese a su oposición, se invitó a Weitling a hablar ante la Sociedad Democrática el 22 de julio. Dos semanas después, el 4 de agosto, Karl ofreció un discurso en respuesta. Su réplica a la defensa que Weitling hacía de una virtual dictadura fue que ese tipo de régimen sería impracticable e inviable en Alemania, «pues una sola clase no puede hacerse con el poder». Por el contrario, «el poder gobernante, igual que ocurre con el Gobierno provisional en París, debe consistir en los elementos más heterogéneos». En un tono muy distinto al que había empleado en el artículo sobre los sucesos de junio, argüía que «no considerar la postura de los distintos estratos de la población hacia los demás, no hacer concesiones recíprocas y sustentar nociones equivocadas sobre las relaciones de clase han llevado al sangriento resultado de París».[697]

Aparte de su homenaje a los insurgentes de junio en París, la *Neue Rheinische Zeitung* criticaba la intensificación de la represión en Colonia a principios de julio. El rotativo sostenía que Gottschalk y Anneke habían sido arrestados para provocar un alzamiento que el ejército podría entonces aplastar. La señora Anneke reclamaba que en el caso del «brutal arresto» de su esposo había habido maltrato a una criada y que no era posible formular ninguna queja oficial pues los gendarmes no iban acompañados del funcionario apropiado a esos casos. Estos alegatos fueron vehementemente

refutados por Zweifel y Hecker, los funcionarios judiciales responsables del episodio.

A la luz del giro reaccionario por parte del Estado prusiano y del número creciente de instancias —tanto personales como políticas— que enfrentaban a Karl con las autoridades prusianas, no debe sorprendernos que el 3 de agosto de 1848 le informaran de que su solicitud para recuperar la ciudadanía prusiana había sido denegada.[\[698\]](#)

LA REVOLUCIÓN EN RETIRADA

La revolución llegó a su fin en Alemania al cabo de los tres meses que siguieron a la crisis de Schleswig-Holstein en septiembre de 1848. La Asamblea prusiana perdió la batalla por instaurar una monarquía constitucional. El Parlamento de Frankfurt fue humillado y marginado, a la par que se verificaba un giro a la derecha en Francia y en el Imperio de los Habsburgo.

A principios de julio se dismantelaron los Talleres en Francia. La Asamblea consideraba que la «insurrección de Junio» había sido no solo fruto del socialismo, sino consecuencia del movimiento de febrero. La revolución había generado demasiadas libertades, por lo cual apoyó medidas que reglamentaban la labor de los clubes y ponían freno al entusiasmo de la prensa. La restricción impuesta a las horas de trabajo decretada en febrero se flexibilizó y se omitieron los términos «derecho al trabajo» en el borrador de la nueva Constitución, bosquejado por la Asamblea entre septiembre y noviembre. En las elecciones a la nueva Presidencia Ejecutiva, institución creada por la Constitución, Cavaignac tenía esperanzas de hacerse con la victoria por la vía de aliarse con los orleanistas, encabezados por Thiers (en el llamado «Grupo de la rue de Poitiers»), pero al final fue superado por Luis Napoleón, sobrino del antiguo emperador, quien se alineó sin ambigüedades con un «Partido del Orden», apelando no solo a los orleanistas y a Thiers, sino a la Iglesia, a un Gobierno fuerte y a la memoria del Primer Imperio.[\[699\]](#) Cavaignac fue a su vez desafiado desde la izquierda por Ledru-Rollin, quien se sustentaba

en el republicanismo socialdemócrata asociado a *La Réforme*. En noviembre de 1848 él y sus partidarios, buscando asociarse con el republicanismo de 1792 o el recuerdo de *La Montagne*,^[700] lanzaron un manifiesto electoral, *La Solidarité républicaine*.

Los resultados de la elección presidencial del 10 de diciembre fueron una desagradable sorpresa para la clase política. Cavaignac obtuvo un millón cuatrocientos mil sufragios, mientras que Luis Napoleón Bonaparte, a quien Ledru-Rollin y Lamartine habían intentado expulsar de la Asamblea el verano anterior, alcanzó más de cinco millones de votos. La izquierda moderada, con Ledru-Rollin, obtuvo cuatrocientos mil sufragios, en tanto que solo treinta y siete mil votantes apoyaron a Raspail, el intransigente veterano de la sociedad secreta. La república parecía estar ahora en peligro, puesto que el nuevo gabinete reunido por Bonaparte y los orleanistas de la rue de Poitiers no incluía republicanos y su líder estaba empeñado en restaurar el trono imperial. El Gabinete quedó encabezado por el político orleanista Odilon Barrot y se definía a sí mismo como el «Partido del Orden». Intentó una enérgica campaña de represión contra lo que interpretaba como el crecimiento de una «amenaza roja», ya fuesen los *Demo-Soc* de Ledru-Rollin, que habían efectivamente aumentado en algunas áreas rurales, o los restos de blanquistas en París.

Las noticias provenientes de Francia eran deprimentes, pero no estaba claro que la revolución hubiera llegado finalmente a su fin. Puede que París quedara perpleja ante el sometimiento brutal de la «insurrección de junio», pero en todos los demás rincones de Francia crecía el apoyo a los *Demo-Soc*. Por el contrario, en Austria y Europa central las esperanzas iniciales de democratización surgidas en Viena y de independencia en Italia y Hungría dieron paso a una sombría secuencia de involuciones en la que el moribundo Imperio de los Habsburgo experimentó su primera victoria miliar y luego una renovación política.

Durante el verano los ejércitos de los Habsburgo fueron los primeros en alterar el equilibrio de fuerzas a favor de la contrarrevolución. En junio un ejército al mando del príncipe Windischgrätz derrotó a los rebeldes checos en Praga. Al mes siguiente un ejército de croatas comandado por el general Jellačić comenzó a echar atrás a los húngaros y el 25 de julio el ejército

austriaco en Italia, al mando de Radetzky, derrotó de manera decisiva a los piamonteses en la batalla de Custoza.

Los sectores radicales se encontraron de pronto, y cada vez más, a la defensiva. Como había ocurrido en París, el compromiso de las autoridades radicales vienesas de apoyar un programa de obras públicas atrajo a un gran número de desempleados a Viena, pero los costes del asunto se volvieron políticamente insostenibles y el 23 de agosto se obligó al Consejo a bajar los salarios, llevando todo ello a choques entre los trabajadores y la clase media, evocadores de los habidos en junio en París.

En cuanto al Imperio, hubo a la vez hondas divisiones entre radicales y nacionalistas. El aplastamiento de la rebelión en Praga fue resultado, en parte, de la escisión entre germanos y checos en Bohemia. Mientras que los demócratas de Viena se identificaban con Alemania y enviaban representantes al Parlamento de Frankfurt, los líderes nacionales checos apoyaban un programa austro-eslavo fuera de las fronteras de Alemania y en junio convocaron a un Congreso Paneslavo, apoyado incluso por Bakunin desde la izquierda. Este congreso fue interrumpido por un movimiento insurreccional contrario a los Habsburgo por parte de quienes apoyaban a la Cámara de Frankfurt, y el asunto empeoró con el tiroteo sufrido por la esposa de Windischgratz. Amenazada de destrucción por las tropas de Windischgratz, la insurrección se hundió, pero de ahí en adelante el movimiento nacional checo y los demócratas de Viena quedaron enemistados entre sí. Otras nacionalidades subordinadas al Imperio — croatas, serbios, rumanos y eslovacos— se alinearon cada vez más con los Habsburgo contra la revolución ocurrida en Viena y Hungría.

El acto final de la revolución vienesa fue provocado por las noticias que el 5 de octubre anunciaron que serían enviadas tropas a unirse al ejército croata de Jellačić y a combatir contra los húngaros. La partida de esas tropas llevó, el 6 de octubre, a la proliferación de barricadas en las calles y a un alzamiento en toda Viena. La Corte huyó una vez más de la ciudad y los diputados conservadores se retiraron de la escena. A cargo de la ciudad quedó un revolucionario Comité de Salvación Pública (bautizado en honor a la sociedad jacobina que presidió el Terror en 1793), pero perdió rápidamente el apoyo ciudadano a causa de sus excesos. Los

revolucionarios estaban a su vez indecisos respecto a qué harían al hallarse cara a cara ante las tropas de los Habsburgo que avanzaban hacia ellos. La esperanza estaba puesta en los húngaros, pero su ayuda no estuvo disponible hasta que fue demasiado tarde. El pánico fue, pues, en aumento cuando el ejército de Jellačić entró en la ciudad por el flanco suroriental y el de Windischgratz por el norte. Finalmente, el 23 de octubre, Windischgratz rodeó la ciudad con un contingente de sesenta mil hombres y hacia finales de ese mes la había tomado. Se formó un Gobierno imperial más resolutivo bajo la égida del príncipe Félix zu Schwarzenberg. El irresoluto emperador fue entonces obligado a abdicar y se promulgó una nueva Constitución.

Al mismo tiempo de la derrota de la república social-democrática en Francia y del arrasamiento de la revolución en Viena, a partir de septiembre el Parlamento alemán de Frankfurt sufrió una serie de derrotas comparables. El 21 de marzo de 1848 los liberales estaban encantados con que el monarca prusiano invocara el recuerdo de la lucha contra Napoleón en 1813 y anunciara su apoyo a la formación de un Parlamento de toda Alemania. El 18 de mayo, tras reunirse una instancia previa a ese Parlamento, la Asamblea Nacional alemana inició sus procedimientos en Frankfurt, pero la duda respecto a sus poderes y su estatus frente a los estados germánicos existentes se cernió sobre ella desde el principio. Mientras los nacionalistas de orientación liberal estaban empeñados en una monarquía federalista presidida por Prusia o Austria, y mientras una reducida minoría de ultraradicales como Karl soñaban con una república unitaria, la Alemania imaginada por Federico Guillermo era algo parecido a la resurrección del Sacro Imperio Romano Germánico de la era medieval. Incorporando a Berlín y Viena, su idea no implicaba ceder alguna porción significativa de poder a la Asamblea de Frankfurt.

Dichas ambigüedades se hicieron brutalmente patentes cuando la Asamblea de Frankfurt tuvo que enfrentarse al problema de Schleswig-Holstein y de la autoridad sobre esos territorios. El 21 de marzo el Gobierno danés se anexó Schleswig, una provincia fronteriza donde residía una minoría significativa de población germanófona. Indignado por la anexión, que el 23 de abril había encontrado una resistencia de naturaleza revolucionaria entre los alemanes residentes al sur de Schleswig, el ejército

prusiano —con el aval de la Confederación Germánica— ocupó la región y expulsó a los daneses. Los nacionalistas liberales de Frankfurt estaban encantados, pero el zar de Rusia se alarmó al ver que Prusia actuaba en colusión aparente con los sectores nacionalistas y revolucionarios y a su vez amenazó con enviar tropas. Esto provocó la reacción de Gran Bretaña, temerosa de que Rusia aprovechara el asunto de Schleswig-Holstein para convertir a Dinamarca en un protectorado ruso y asegurar así el control de su acceso al Báltico. Enfrentados a intensas presiones diplomáticas, los prusianos retiraron sus tropas ciñéndose al nuevo Tratado de Malmö, firmado el 26 de agosto de 1848, dejando la porción septentrional de Schleswig en manos danesas.

Al firmar aquel tratado, los prusianos no tuvieron mayor consideración con los puntos de vista del Parlamento de Frankfurt, provocando la ira de los diputados, que el 5 de septiembre votaron a favor de bloquear el acuerdo, solo que, sin un ejército u otro medio constitucional para imponer sus resoluciones en el seno de la Confederación Germánica, el Parlamento quedó reducido a la impotencia y —reculando de manera humillante— el 16 de septiembre votó aceptando los términos del armisticio de Malmö. Así se perdió buena parte del prestigio acuñado por ese Parlamento de Frankfurt; la resolución provocó una importante consternación y otro levantamiento en Baden. En Frankfurt una reunión multitudinaria insistió en que los diputados radicales abandonaran el Parlamento, fueron asesinados dos diputados conservadores y una turba intentó irrumpir en la Asamblea.

La crisis en Frankfurt sobre el Tratado de Malmö coincidió con una crisis paralela del Gabinete en Prusia, por el tema del control sobre el ejército. Un incidente en Schweidnitz, localidad de Silesia, que se originó por la intervención del ejército en una disputa entre la Guardia Civil y su comandante local, provocó el 3 de agosto un intercambio de disparos entre el ejército y el mencionado cuerpo de guardia en el que catorce civiles resultaron muertos. Esto suscitó una reacción de indignación generalizada en toda Prusia y condujo a una moción de Julius Stein, el representante demócrata de Breslau, ante la Asamblea Nacional y aprobada por esta el 3 de agosto, instruyendo al ejército para que cooperara con las autoridades

civiles. El gesto era inaceptable para el monarca porque amenazaba la noción de «acuerdo» que debía regir, supuestamente, el trato del rey con la Asamblea. El ministro a la cabeza del Gabinete, Hansemann, intentó posponer la entrada en vigor de la moción, pero la Asamblea, respaldada por la multitud reunida en el exterior del edificio, impuso la iniciativa. El 10 de septiembre Hansemann se vio obligado a renunciar; los liberales, por su parte, se mostraban inquietos ante la presencia de la multitud.

En Colonia la tensión entre civiles y soldados adquirió una forma distinta. Al día siguiente de la renuncia de Hansemann varios soldados del vigesimoséptimo Regimiento insultaron en una plaza de la ciudad a una jovencita, quien apeló a la protección de los que miraban en las cercanías. La hostilidad de los residentes locales hacia la soldadesca provocó un motín de soldados borrachos con sus sables en ristre y fuera del control de los oficiales. La Guardia Civil restauró el orden, pero el furor siguió subiendo de intensidad en la ciudad. Una reunión del Consejo, reforzada por una multitud de manifestantes radicales, insistió en que el regimiento fuera trasladado del lugar y que fuese la Guardia Civil la encargada de patrullar la ciudad.

La hostilidad entre los renanos y los soldados destinados en el área al este del Elba —los *soldeska*, percibidos como extranjeros y reaccionarios— no era nueva. Sin embargo, la mayoría asumió que no había una agenda política detrás de esta refriega absurda de borrachos. Pero mientras que la tensión en Berlín y Frankfurt estaba en su cénit y la posibilidad de una radicalización de la revolución parecía inminente, la izquierda olfateó una conspiración en ciernes y, consecuente con ello, reaccionó de manera excesiva. Las compañías más radicalizadas dentro de la Guardia Civil, y con ellas la Sociedad Democrática y la Asociación de Trabajadores, propusieron la formación de un Comité de Salvación Pública y al día siguiente organizaron la elección pública de sus integrantes. Destacaban entre los elegidos algunos miembros de la *Neue Rheinische Zeitung*, como Karl, pero la plaza estaba llena solo hasta la mitad y otros destacamentos de la Guardia Civil y otras sociedades objetaron la medida, aparte de siete miembros fundamentales de la Sociedad Democrática, que renunciaron. En

los días siguientes el Comité dio marcha atrás, con protestas respecto a la legalidad de sus intenciones.

La crisis ministerial en Berlín se resolvió transitoriamente con la formación, el 20 de septiembre, de un nuevo gabinete encabezado por el general Pfuel, pero la ira por el Tratado de Malmo y la determinación de apoyar el inicial rechazo de la Asamblea de Frankfurt a ese tratado impulsaron a la Asociación de Trabajadores a organizar una protesta a gran escala en Worringen, a orillas del Rin, en un punto a dieciséis kilómetros al norte de Colonia. El mitin convocó entre cinco mil y diez mil personas, muchas de ellas campesinos reclutados en las aldeas vecinas por la Asociación de Trabajadores. El mitin dio pie a una declaración unánime a favor de «la *república roja*, social-democrática» y de apoyo al recién formado Comité de Salvación Pública. Engels fue elegido su secretario y comprometió el apoyo del mitin a la postura de la Asamblea de Frankfurt en la cuestión de Schleswig-Holstein —no se habían enterado aún de que Frankfurt había dado marcha atrás en su decisión—. Como «ciudadanos imperiales reunidos», los allí presentes se comprometían a desoír la postura prusiana y comprometer «su fortuna y su sangre» en la batalla contra Dinamarca. El discurso que Engels pronunció allí fue la razón que se dio para emitir una orden de arresto en su contra ese mismo mes. Karl no estuvo en el mitin y el 12 de septiembre fue confirmado el rechazo a su petición de que le fuera restituida la ciudadanía, en virtud de lo cual la prolongación de su residencia en Colonia quedó enteramente a discreción de las autoridades.

Una vez se supo que el Parlamento de Frankfurt había ratificado el Tratado de Malmo, en Colonia estallaron disturbios. El 20 de septiembre la Sociedad Democrática, la Asociación de Trabajadores y el Comité de Salvación Pública organizaron en conjunto un mitin de protesta, a la vez que se esperaban otras acciones en el Segundo Congreso Democrático Nacional, programado para el 25 de septiembre. En un intento de prevenir otras asonadas radicales, el 23 de septiembre se dictaron órdenes de arresto contra Engels, Schapper, Moll, Wilhelm Wolff, Bürgers y otros. El mitin del Congreso Democrático se canceló, pero el ambiente en Colonia siguió extremadamente tenso hasta finales de septiembre. Hubo saqueos,

desórdenes y cristales rotos en muchas avenidas, y flotaba en el ambiente la idea de que se avecinaba una fase inminente y nueva de la revolución. La policía y el ejército ocuparon posiciones estratégicas en la ciudad. Los radicales, Karl entre ellos, hablaron en varios mítines de la Sociedad Democrática y la Asociación de Trabajadores aconsejando a los trabajadores que no se dejaran provocar ni emprendieran acciones prematuras, pero que siguieran actuando disciplinadamente y esperaran noticias de los acontecimientos en Berlín.

Pese a las advertencias, se celebró un mitin de trabajadores en el Altenmarkt al atardecer del 23 de septiembre. Al saber de la llegada inminente de los soldados, la multitud se dispersó con rapidez, pero levantó barricadas en varios puntos y al caer la noche había más de treinta en diversos sectores de la ciudad. Cuando a la mañana siguiente el ejército arremetió contra ellas, ya no encontró allí a nadie. Durante la noche los defensores apostados en cada una se cansaron de esperar y abandonaron sus posiciones. Tras este anticlímax, hubo algunas burlas dirigidas contra la *Neue Rheinische Zeitung*, a las que Karl fue incapaz de responder, pues el 16 de septiembre se declaró en Colonia la ley marcial y el diario no pudo salir de nuevo hasta el 12 de octubre.[\[701\]](#)

Pfuehl sorteó de momento la crisis de septiembre haciendo un intento de colaborar con la Asamblea y ordenando al ejército que se ciñera a las exigencias de esta, actitud que indignó al rey y molestó al ejército. La situación se volvió cada vez más tensa cuando se inició el debate sobre la Constitución. La Asamblea se negó a acceder a la insistencia del monarca en que la autoridad real se fundara en «la gracia de Dios» y siguió aboliendo los títulos de nobleza. En Berlín la presión multitudinaria de la izquierda fue en aumento y se vio reforzada hacia finales de mes, después de que una minoría radical tomara el control de un mitin del Congreso Democrático Nacional de Alemania. Lo que quedaba del Congreso proclamó una «república roja» y organizó una manifestación masiva para forzar a un compromiso de la Asamblea e ir en ayuda de la sitiada Viena: la moción Waldeck. En el flanco rival, el rey se vio fortalecido por el regreso del ejército desde Dinamarca, al mando del general Wrangel, quien había

estado a cargo desde el 13 de septiembre de todas las unidades militares de Berlín. La confrontación era inevitable.

Karl pensaba que el desarrollo de los acontecimientos en Francia determinaría el curso de los que se desarrollaban en Alemania, pero lo ocurrido en Viena parecía haber causado mayor impresión en Federico Guillermo y su entorno que lo acaecido en Francia. Al igual que el triunfo de la multitud en Viena había precipitado en marzo las concesiones de Federico Guillermo en Berlín, en noviembre la victoria de la contrarrevolución de los Habsburgo alentó al rey de Prusia a recuperar el control militar pleno en Berlín. El 2 de noviembre el rey desechó al moderado Pfuell como ministro del Interior y designó a su tío, el conde Friedrich Wilhelm von Brandenburg, de reconocido espíritu conservador, como jefe del Gabinete. La Asamblea rechazó el nombramiento de Brandenburg sin siquiera prestar atención a su declaración. El 9 de noviembre el propio Brandenburg anunció a la Asamblea que sería clausurada durante tres semanas para ser remozada y que reiniciaría sus actividades en la ciudad de Brandeburgo. Al mismo tiempo, el general Wrangel entró nuevamente en Berlín con un contingente de trece mil hombres, sin que hubiera resistencia significativa de parte de la Guardia Civil. Wrangel se dirigió al Gendarmenmarkt y notificó a la Asamblea que debía dispersarse de inmediato. En respuesta, la Asamblea se trasladó a una galería de tiro adyacente y llamó a la resistencia pasiva. El 14 de noviembre se declaró la ley marcial en Berlín y se disolvió la Guardia Civil, los clubes políticos se clausuraron y quedó prohibida la circulación de los diarios radicales. La reacción de Karl en la *Neue Rheinische Zeitung* consistió en llamar a no pagar impuestos. El 15 de noviembre el sector restante más radicalizado dentro de la Asamblea —impulsado por Karl D'Ester, amigo de Karl— decretó por una mayoría unánime de 226 votos a 0 que el Gabinete de Brandenburg no contaba con autoridad para recaudar impuestos mientras a la Asamblea le fuera denegado el derecho a reunirse libremente en Berlín.

Pareció ser el momento que los radicales habían estado esperando. El rey se vio forzado, al menos de momento, a descartar la idea de «la Asamblea de los Acuerdos» y retomar la postura de una monarquía absoluta

provocando una airada resistencia por parte de la Asamblea. El 11 de noviembre una masiva reunión en Colonia, a la que asistieron trabajadores, comerciantes y funcionarios, aprobó una resolución estableciendo que la Corona no tenía derecho a suspender la Asamblea, declaración firmada por otros siete mil residentes de la ciudad. Luego se persuadió al Consejo de la Ciudad para que la avalara y otro tanto hizo la Sociedad Liberal-Constitucionalista de Ciudadanos de Colonia, aparte de enviarse una delegación a Berlín para transmitir la opinión de la ciudad al Gobierno. Karl y Schneider II emitieron una proclama en nombre del Comité Democrático del Distrito llamando a todas las sociedades democráticas renanas a apoyar la negativa a pagar impuestos. A la par, la *Neue Rheinische Zeitung* publicaba toda noticia, o hasta los rumores, que sirviera para magnificar los alcances de la resistencia al Gobierno. Se decía que los soldados confraternizaban abiertamente con la población, que la ley marcial estaba siendo burlada en Berlín y que había una revuelta en curso en las provincias de Silesia y Turingia. El decreto de la Asamblea debía entrar en vigor el 17 de noviembre, fecha en que la *Neue Rheinische Zeitung* apareció con el encabezado principal de: «¡¡¡NO MÁS IMPUESTOS!!!». Una proclama adicional de Karl y Schneider II llamaba a la resistencia contra la recaudación impositiva, a la formación de una milicia y a exigir a todos los funcionarios que declararan su lealtad a las resoluciones de la Asamblea.

En un principio, la respuesta a la campaña de no pagar impuestos fue prometedora y hubo presiones sobre los Consejos ciudadanos para que se sumaran a la iniciativa prohibiendo pagarlos. En Bonn, Düsseldorf, Coblenza y otros lugares, se destruyeron las cabinas de peaje y eso permitió que el ganado y la harina entraran en las ciudades sin pagar el tributo. Se hizo un esfuerzo por movilizar a la Guardia Civil y al Landwehr en defensa de la campaña, pero el ejército impidió el intento de reunir esas fuerzas en una plaza de Colonia y el comandante local de la misma, Van Beust, huyó. Entre el 23 y el 24 de noviembre la resistencia comenzó a decaer. A diferencia de lo que ocurría en Gran Bretaña o Estados Unidos, el nexo entre impuestos y representatividad carecía de una tradición histórica fuerte. En Colonia el Consejo de la Ciudad estuvo dispuesto a protestar contra el golpe de Brandenburg, pero no a sumarse a la negativa a pagar los

impuestos. Además, la Guardia Civil no estaba en posición de impedir allí la recaudación impositiva. Siendo una ciudad-guarnición de ciertas proporciones, Colonia estaba llena de soldados, y además la Guardia había sido desarmada en septiembre.

¿De qué modo respondió la *Neue Rheinische Zeitung* en esta fase crucial de la Revolución de 1848? Como queda dicho, Karl y sus adláteres no solo detestaban el zarismo sino que tenían su capacidad de intervenir y aplastar los movimientos progresistas en toda Europa central y del este y hasta en Dinamarca. Aun así, para Karl y Engels el odio a Rusia constituía un medio en pos de un fin. Ya fuera el tema de la ayuda a los polacos rebeldes en Posen o el apoyo militar a los alemanes de Schleswig y residentes en Dinamarca, el objetivo era siempre provocar la guerra contra Rusia: «Solo la *guerra contra Rusia* es una gran guerra en la que Alemania puede redimirse de los pecados del pasado, [...] puede liberarse dentro de su casa liberándose al exterior».[702]

Dicho razonamiento partía de una analogía con la primera Revolución francesa: Alemania era en 1848 una nueva versión de la Francia de 1789. [703] Pero lo que fascinaba de manera especial a Karl y a sus colegas de la *Neue Rheinische Zeitung* no era ese año de 1789 sino el bienio posterior de 1792 a 1793, cuando la guerra en Europa provocó la radicalización de la Revolución. La guerra revolucionaria había supuesto la proclamación de la República, el surgimiento de la Convención, la ejecución del monarca, la formación del Comité de Salvación Pública y la práctica del Terror. En el punto culminante de la crisis de Malmo, el 13 de septiembre de 1848, Karl escribía: «Si el Gobierno sigue como hasta aquí, no tardaremos mucho en tener una Convención, a la que se impondrá el cometido de aplastar por todos los medios la guerra civil de nuestras veinte Vendéas».[704]

Echar mano a dicha analogía resultaba peligrosamente desorientador. Presuponía que era posible anticipar los acontecimientos sobre la única base de su «desarrollo social», sin importar las fuerzas políticas y las instituciones en juego. No tenía en cuenta el hecho de que en 1789 el Estado francés estaba en bancarrota e indisolublemente ligado a una Iglesia corrupta, que no podía descansar en el ejército para controlar a las fuerzas populares, y que en torno a 1792 el monarca había caído en el descrédito

total y perdido toda influencia por su intento de huir del país. Nada de eso valía para el rey prusiano, cuyo control del ejército y la burocracia permaneció intacto durante toda la crisis de 1848.

Se decía que, en 1815, Talleyrand había dicho de los Borbones que no habían aprendido nada ni olvidado nada, pero a juzgar por las evidencias de ese 1848 era la izquierda, más que los líderes de la reacción, la que seguía atrapada en una fantasía anacrónica sobre la revolución, en vez de ponerse al día con las nuevas realidades. Como Engels le había escrito a Karl el 8 o el 9 de marzo anterior: «¡Si al menos Federico Guillermo IV cavara su propia fosa! Entonces todo estaría ganado y en pocos meses tendríamos la Revolución alemana en proceso. ¡Si al menos se ciñera de una vez a su estilo feudal! [...] Pero no —añadía él mismo—, solo el diablo sabe lo que hará al final este sujeto caprichoso y desquiciado».[705] Engels tenía la sabia precaución de añadir una nota de cautela, pues las reacciones del rey y su círculo distaban mucho de la necedad, y fue así no solo en marzo sino durante el resto del año. El 12 de septiembre, en el cénit de la crisis que siguió al Tratado de Malmö y a la renuncia de Hansemann, Karl escribió: «Marchamos hacia el combate decisivo». Una lucha que orbitaba alrededor de la elección del Gobierno por el rey. Decía Karl: «Solo hay dos caminos para resolver la crisis: un Gobierno de Waldeck, a base de reconocer la soberanía de la Asamblea Nacional alemana y la soberanía del pueblo, o un Gobierno de Radowitz-Vincke, a base de disolver la Asamblea de Berlín, destruir las conquistas revolucionarias, implantar un constitucionalismo ficticio y volver, incluso, a reunir a la Dieta Unificada».[706] Ahí estaba, por fin, el conflicto que los radicales habían estado esperando, el conflicto entre la Asamblea de Berlín «que por primera vez se atreve a presentarse como *Constituyente*, y la Corona». Karl confiaba en que el rey, en particular después de que la Asamblea cediera ante el Gobierno en lo del Tratado de Malmö, seguiría adelante con la implantación de un Gobierno reaccionario. El 22 de septiembre escribió: «¡Por fin! El Gabinete del príncipe de Prusia está ya listo y la contrarrevolución se dispone a aventurar la última jugada decisiva. [...] Los quijotes de la Transpomerania, los viejos guerreros, los terratenientes cargados de deudas, tendrán por fin la oportunidad de lavar sus espadas cubiertas de óxido en la

sangre de los agitadores».[707] En cualquier caso, el rey postergó la decisión de designar al nuevo Gabinete hasta que se hubiera atenuado en algún grado la pasión nacionalista, y entonces escogió al conciliador general Pfuel para que encabezara el Gobierno.

El intento de la *Neue Rheinische Zeitung* de tratar el tema de las luchas políticas como «una manifestación pura y simple de las colisiones sociales» generaba una lectura de los hechos resueltamente burda. Consideraba todos los gabinetes habidos entre el de Camphausen, a finales de marzo, y el del golpe de Estado realista en noviembre como instrumentos conscientes o inconscientes de la reacción. Igual que, tras la renuncia de Hansemann, Karl había predicho la llegada de un Gobierno «feudal» e involucionista, lo mismo exactamente predijo tras la caída de Camphausen el 22 de junio: «Camphausen tiene el honor de haber asignado su líder natural al partido feudal-absolutista, designando con ello a su sucesor».[708]

Su tratamiento de la Asamblea prusiana sufría de un trato igualmente despectivo de las diferencias políticas. El 14 de septiembre argumentaba que «nosotros le reprochamos a Camphausen, desde el primer momento, no haber actuado dictatorialmente, no haber destruido y eliminado de inmediato los residuos de las viejas instituciones».[709] Era un hecho cierto que, puesto que el Gabinete liberal de Camphausen temía a las fuerzas populares que lo habían puesto en el cargo a finales de marzo, ese Gabinete no presionaba por reformas constitucionales esenciales en el momento en que las fuerzas monárquicas estaban en su punto más débil. Pero era ingenuo por parte de la *Neue Rheinische Zeitung* imaginar que un ministro liberal no tuviera en cuenta el peligro del radicalismo y el furor de las calles.

Y es que los liberales estaban, a su vez, tan obsesionados como la izquierda con el recuerdo de la Revolución francesa. Para ellos la amenaza representada por las fuerzas populares en las calles era incluso más de temer que las reticencias de la Corona. Si se las dejaba sumirse en el desenfreno, podían conducir a una violencia incontrolada y al dominio impuesto por las masas indoctas. Que el grueso de la clase media berlinesa compartía esta creencia quedó evidenciado en una procesión de homenaje a los «caídos de marzo». El asunto «atrajo a unas cien mil personas, pero eran

casi todas ellas labriegos, trabajadores y jornaleros o, para decirlo más incisivamente, gente del mismo estrato social que los luchadores muertos en las barricadas. La burguesía de clase media, del tipo que predominaba en la Asamblea Nacional, resultó llamativa por su carácter excepcional en el acto».[710] Nunca había sido el objetivo de Camphausen, Hansemann y la cúpula liberal del Landtag Unificado fundar una república, sino edificar una monarquía constitucional. Su objetivo era llegar a un compromiso aceptable entre el monarca y el Parlamento, sustentado por la opinión pública: esto es, la opinión de los propietarios y los sectores instruidos. Lo último que querían era quedar a merced de las pasiones anárquicas de las multitudes.

El tono despectivo que Karl y Engels adoptaban cada vez que aludían a «la Asamblea de los Acuerdos» brinda otro ejemplo de la falta de discriminación política de la *Neue Rheinische Zeitung*, que se equivocaba de lleno al no aceptar que la naturaleza interclasista de una revolución «democrática» planteaba en ese momento la necesidad de forjar alianzas más que recurrir al escarnio y la condena cada vez que se mencionaba la Asamblea. Dicho enfoque oscurecía la intensidad de la batalla que aún se libraba entre la Corona y la Asamblea. Puede que esa lucha fuese, en lo inmediato, por el control del ejército, pero lo que estaba en juego en última instancia era la soberanía: si el rey debía su cargo al pueblo o actuaba «por la gracia de Dios».

Al llegar este conflicto a una fase aguda a finales de octubre, que culminó el 2 de noviembre con la renuncia del gabinete de Pfuel, la *Neue Rheinische Zeitung* planteó nuevamente la necesidad de un frente unido. El 14 de noviembre Karl declaró que «la provincia renana está obligada a acudir con hombres y con armas en auxilio de la Asamblea Nacional de Berlín».[711] El artículo reconocía entre sus méritos el rechazo de la Asamblea a dar marcha atrás, su condena de Brandenburg por traición y la continuación de sus procedimientos en una galería de tiro después que Wrangel la hubiera expulsado del anfiteatro donde se reunía. Un gesto que Karl comparaba con el uso que el Tercer Estado francés hizo de una cancha donde se practicaba el juego de pelota tras su expulsión en junio de 1789. [712] Apenas dos días antes el rotativo había sido de nuevo incapaz de refrenar su práctica de actuar como francotirador contra la «burguesía»:

«[Esta], de buena gana, se habría desposado con el partido feudal para sojuzgar en unión con él al pueblo».[713]

Así pues, ¿qué debía hacerse ahora? Según el diario, antes de proclamar que «rechazamos el pago de los impuestos», Karl planteaba que cabía reprocharle a la Asamblea Nacional que no se hubiera resistido ante Wrangel y sus tropas: «¿Por qué no pronuncia la proscripción? ¿Por qué no declara a los Wrangel fuera de la ley? ¿Por qué no se levanta un diputado entre las bayonetas de Wrangel y lo declara proscrito, y arenga a la soldadesca? La Asamblea Nacional debiera hojear el *Moniteur* [de] los años 1789 a 1795». Era de nuevo una alusión a la faceta histriónica de la revolución más que a su realidad. En el caso del propio Karl en Renania, siempre que se planteó la cuestión de la resistencia de hecho a la autoridad, él mismo hacía llamamientos a que «os toméis las cosas con calma» y a no reaccionar ante cualquier provocación en la que la soldadesca pueda incurrir.[714]

En cuanto a Brandenburg y Wrangel, en un arrebató bastante ocurrente, Karl los reducía a «nada más que bigotes», ridiculizándolos como «los dos hombres más tontos del reino».[715] Pero una vez más subestimaba las habilidades de quienes lideraban la reacción. Tenía razón al suponer que el rey estaba decidido a combatir cualquier noción de la soberanía popular, pero estaba en un error al imaginar que esto ocurriría cuando se escenificara la gran confrontación final con la que el propio Karl soñaba. De hecho, el rey y sus consejeros pudieron generar una solución que dividió a la oposición y movilizó, por el contrario, el apoyo a la Corona.

El 9 de noviembre se informó mediante un real decreto a la Asamblea Nacional prusiana de que sería trasladada de Berlín a Brandeburgo, donde volvería a reunirse tres semanas después, pero muchos de los diputados que rechazaron el decreto se quedaron en Berlín. Esto provocó que hubiera muy pocos diputados presentes en Brandeburgo el 27 de noviembre y que no hubiera cuórum. El 5 de diciembre Brandenburg se declaró incompetente para declarar disuelta la Asamblea. Con todo, astutamente, no hizo ningún intento de regresar a las prácticas prusianas no parlamentarias de los años previos a 1848. En lugar de ello, proclamó una nueva Constitución y programó nuevas elecciones para una Asamblea de dos Cámaras a finales

de enero. La nueva Constitución era similar a la que iba a sustituir, ya que incorporaba algunas demandas liberales importantes, pero se basaba aún en la soberanía del monarca, con el control del ejército, la burocracia y la política exterior en sus manos. Fue una iniciativa sagaz que logró dividir a la oposición y aislar a la izquierda radical. Se granjeó la aprobación de todas las regiones de Prusia y en grado no menor de Renania. La *Neue Rheinische Zeitung* quedó prácticamente sola en su condena sin paliativos del texto, porque, a pesar de sus recelos, a muchos liberales les pareció un compromiso aceptable, mientras que los católicos quedaron encantados por su empeño de incluir a la Iglesia.

A Karl le parecía imposible aceptar que este pudiera ser el fruto de la Revolución de 1848 en Prusia. En el curso de los últimos meses, entre marzo y diciembre, había venido augurando un golpe reaccionario liderado por los *junkers*, el cual generaría a su vez una revolución social radicalizada. En noviembre, tras caer Viena, en un ataque contra lo que él mismo designaba como la «burguesía» con la fachada de la Guardia Nacional, declaraba que «en todas partes» la «burguesía» ha llegado a un pacto secreto con las fuerzas de la reacción, y esta idea lo llevó de vuelta, una vez más, al repertorio disponible de la Revolución francesa. Tras referirse a los acontecimientos de junio en París y a los de octubre en Viena, decía que «el canibalismo de la contrarrevolución convencerá a los pueblos de que solo existe un medio para *abreviar*, simplificar y concentrar los estertores homicidas agónicos de la vieja sociedad y los sangrientos dolores puerperales de la sociedad nueva, *un medio solamente: el terrorismo revolucionario*».[716] En diciembre, en las secuelas del golpe dado por Brandenburg, reiteraba el asunto en un artículo algo más extenso, «La burguesía y la contrarrevolución». Allí postulaba que el año de 1848 había demostrado «que en Alemania es imposible una *revolución puramente burguesa* y la instauración del *poder de la burguesía* bajo la forma de la *monarquía constitucional*; [...] en este país solo cabe una de estas dos cosas: o la contrarrevolución feudal-absolutista o la *revolución republicano-social*».[717]

Una vez más, la imagen que Karl se hacía de la situación era estática y anacrónica. Era cierto que no se había instaurado una modalidad pura de

«dominio burgués», pero en el cambio había surgido una creación híbrida, una forma de Estado representativo, solo que en ella el Parlamento carecía aún del control sobre algunas facultades decisivas del Ejecutivo y, de manera palpable, sobre el ejército y la política exterior. La evolución producida en Francia bajo Luis Napoleón apuntaba en la misma dirección. La crisis de autoridad política había dado a luz una novedosa predilección por los gobiernos fuertes, pero ya no en su modalidad tradicional. Las alternativas que Karl vislumbraba perdían de vista, en conjunto, la emergencia de estas nuevas modalidades políticas, que venían acompañadas, aunque fuera demagógicamente, de alguna forma de representación y ampliación del sufragio.

En la Prusia histórica la Constitución de Brandenburg puso efectivo término a la Revolución. Lo más cerca que Prusia estuvo de la insurrección fue durante la segunda mitad de noviembre, no solo en las ciudades sino también en el campo, en particular en el distrito vinícola del valle del Mosela. En ese momento los demócratas gozaban de un vastísimo apoyo y seguían siendo el grupo más fuerte en el nuevo Parlamento elegido el 22 de enero de 1849. El eslogan de «¡¡¡NO MÁS IMPUESTOS!!!» siguió estando en el encabezado de la *Neue Rheinische Zeitung* hasta el 17 de diciembre, pero dejó de tener peso en la última semana de noviembre. En Renania persistieron durante la primavera algunas formas de oposición y conatos de rebelión entre los campesinos y trabajadores autónomos, pero nada de eso bastó para desestabilizar al Gobierno, porque sin el liderazgo de Berlín, Viena o Frankfurt las rebeliones siguieron siendo localizadas y la oposición continuó fragmentada.

1849. LOS MESES FINALES

La fase última de la Revolución ocurrió en la primavera y a comienzos del verano de 1849. El 27 de marzo, después de trabajar en la conclusión del borrador de una Constitución del Imperio, una estrecha mayoría del Parlamento de Frankfurt votó por aprobar una Constitución monárquica y ofrecerle el trono imperial a Federico Guillermo, convirtiéndolo en

gobernante de toda Alemania. Aceptar una oferta del Parlamento hubiera implicado, para el monarca, avalar la soberanía popular; solo una propuesta de los príncipes que regían la Confederación Germánica le parecía aceptable. Tras algunas dilaciones, el rey renunció a la Corona y se negó a ratificar la Constitución de Frankfurt. Además, el 26 de abril disolvió la nueva Asamblea prusiana, que había aceptado la Constitución, y ofreció ayuda militar a otros estados que se unieron al rechazo oficial.

En Renania la reacción estuvo dividida. Los católicos se mostraron felices de apoyar una resolución que preservaba la Confederación Germánica como subsistía hasta entonces y otorgaba a Austria un lugar prominente dentro de ella. A la inversa, en los distritos protestantes, tradicionalmente leales a la Corona prusiana, la reacción del monarca fue recibida con incredulidad. Elberfeld, localidad cercana al hogar de infancia de Engels, y Krefeld, un centro del comercio metalúrgico independiente, se convirtieron en los núcleos de la resistencia. Los demócratas y milicianos se reunieron en mítines a lo largo del Rin y se estima que entre diez mil y quince mil habitantes de la región participaron en alguna forma de resistencia,^[718] pero el armamento escaseaba entre los grupos y a mediados de mayo la insurrección se había quedado sin combustible. En el sur y el oeste del país prosiguió una campaña militar para garantizar la ratificación de la Constitución de Frankfurt, pero sin ninguna posibilidad real contra las fuerzas prusianas, hasta que el intento concluyó hacia finales de julio.

La izquierda radical dio la bienvenida a la crisis, aunque no era esta la crisis que anhelaba. ¿Cómo podían los republicanos verse involucrados en una campaña para inducir a Federico Guillermo a que aceptara la corona imperial? Al menos los sectores liberales dentro de las asociaciones liberal-constitucionalistas de ciudadanos se habían sentido suficientemente motivados para cuestionar las acciones del Gobierno monárquico. El Consejo de la Ciudad de Colonia protestó porque el rey había actuado contra la voluntad popular, mientras que Elberfeld designó un Comité de Salvación Pública y envió un mensaje de apoyo a Frankfurt. Karl y otros radicales habían albergado la expectativa de que se llegara a alguna forma de compromiso entre Frankfurt y Berlín. Desde el episodio de Malmö, ni

derechas ni izquierdas sentían mucho respeto por Frankfurt. La impotencia flagrante de la Asamblea había quedado subrayada el 9 de noviembre, con el fusilamiento, por orden del príncipe Windischgrätz, de Robert Blum, un emisario enviado por Frankfurt para negociar el final del sitio de Viena. Blum era un radical nativo de Colonia y la *Neue Rheinische Zeitung* circuló con su primera página atravesada de estrías negras para conmemorar su muerte. De ahí en adelante el rotativo había perdido todo interés en Frankfurt y relegado los procedimientos de su Cámara a la última página.

El rechazo del rey y la disolución de la Asamblea habían tomado al propio Karl y a otros radicales por sorpresa. Esto ayuda a explicar por qué, cuando la Asamblea prusiana avalaba la Constitución del Imperio y exigía el levantamiento de la ley marcial en Berlín, Karl estaba fuera de la ciudad reuniendo fondos. La *Neue Rheinische Zeitung* se vio envuelta de manera tardía en la resistencia renana. Engels ofreció sus servicios a la revuelta en Elberfeld y peleó en la «Campaña alemana por la Constitución del Imperio», mientras sobre Karl, que se había mantenido al margen del conflicto, recayó una orden de deportación, avisándosele que debía abandonar Prusia el 16 de mayo. Tres días después se marchó, tras publicar la última edición de la *Neue Rheinische Zeitung*. Esta edición final, fechada el 19 de mayo, se imprimió en caracteres rojos. Su último mensaje urgía a la «emancipación de la clase trabajadora», pero guardaba distancias con la campaña a favor de la Constitución del Imperio y hacía una advertencia a los trabajadores para que no se dejaran involucrar en ningún intento de *putsch*.

Entre la crisis de Malmo, en septiembre de 1848, y enero de 1849, Karl gestionó la *Neue Rheinische Zeitung* prácticamente solo; del equipo original solo quedaba Georg Weerth para ayudarlo. Tras lo de Worringen y los mítines de protesta en Colonia, habían sido emitidas órdenes de arresto contra Schapper, Moll, Wilhelm Wolff, Bürgers, Engels, Dronke y otros. Moll se marchó a Londres, donde se embarcó en un plan clandestino para la resurrección de la Liga Comunista. Schapper fue liberado el 15 de noviembre y regresó a Colonia, donde proveyó a Karl de un decisivo apoyo en su permanente conflicto con Gottschalk.

Engels volvió primero al hogar familiar en Barmen, donde quemó algunos documentos que lo incriminaban, y luego partió a Bruselas. Tras ser expulsado de Bélgica, viajó a pie desde París a Berna. En el camino se tomó un recreo de la política y disfrutó de la cosecha de los viñedos en Borgoña, brindando un sucinto bosquejo de las distintas clases de encanto femenino que era posible encontrar en dicho itinerario, confesando que él prefería «a las mujeres borgoñesas estilizadas, bien aseadas y muy peinaditas de Saint-Bris y Vermenton» antes que a «los búfalos molosianos jóvenes, sucios de tierra y despeinados, que proliferaban entre el Sena y el Loira». No vio por ningún lado el incipiente sentimiento republicano que en ciertas áreas habría de conectar al campesinado con el programa socialdemocrático de La Montaña en los años siguientes. Para él, «el campesino es en Francia, como en Alemania, un bárbaro en medio de la civilización».

[719]

Engels no regresó a Colonia hasta enero, cuando hubo pasado el riesgo de que fuera encarcelado. Su papel en el círculo de Karl siguió siendo controvertido, tal y como había ocurrido cuatro años antes. Ewerbeck, D'Ester y, de manera poco sorprendente, Hess querían aún desalojarlo de su posición privilegiada, pero estaba claro que Karl no tenía la menor intención de abandonar a un amigo tan prolífico y confiable. Como Ewerbeck le recordó a Hess, Karl «está absolutamente loco por Engels, a quien considera un tipo excelente en términos intelectuales, moralmente hablando y en lo que respecta a su carácter».

[720]

La *Neue Rheinische Zeitung* se vio enfrentada, entretanto, a considerables problemas, aparte del abandono obligado de tantos miembros de su equipo editorial. Como fruto de la imposición de la ley marcial en Colonia el 26 de septiembre, el problema de la financiación se agudizó una vez más. La ley marcial fue levantada el 3 de octubre, pero el rotativo no volvió a aparecer hasta el 12 de ese mes. La incertidumbre respecto a cuánto duraría la ley marcial coincidió con el periodo dedicado a las renovaciones trimestrales de los suscriptores y esto llevó a una drástica caída en el número de ellos. De todas formas, se esperaba que la incorporación del poeta Freiligrath al equipo editorial aumentara la circulación.

También se logró reunir algún dinero en forma de «certificados de deuda», pero la respuesta del público a esta promoción fue ambigua. Según Lassalle, en una carta enviada desde Düsseldorf, «hombres con puntos de vista decididamente radicales acusaron al rotativo de actuar pérfidamente y se sentirían a gusto de tener otro órgano democrático en su lugar».[721] En ocasiones anteriores las giras de recolección de fondos emprendidas por Karl habían tenido algún éxito y en el verano de 1848 había ido hasta Viena y Berlín y recibido poco después dos mil táleros de Vladislav Koscielsky, en agradecimiento por el apoyo que el rotativo había dado a la causa polaca. Pero en sus últimos meses la recaudación de fondos se volvió cada vez más difícil. Entre el 14 de abril y el 9 de mayo Karl intentó reunir financiación en las ciudades de Westfalia y más tarde en Bremen y Hamburgo, pero regresó de ese viaje con apenas trescientos táleros, lo justo para pagar las deudas más apremiantes. Luego el diario fue obligado a cerrar.

Durante este periodo el radicalismo se vio una vez más debilitado en Colonia por la bronca tan indecorosa que persistía entre los acólitos de Gottschalk y el grupo de Karl. Gottschalk fue absuelto el 23 de diciembre de 1848 y, de haberlo permitido las autoridades, habría sido acompañado desde los tribunales y por las calles en triunfal procesión de antorchas.[722] El 16 de octubre de 1848 Karl fue transitoriamente nombrado presidente de la Asociación de Trabajadores en ausencia de Gottschalk, pero cuando este y Anneke fueron liberados, Karl no dejó el cargo. Sin posibilidad alguna de desplazar a Karl y sus partidarios de su posición dominante dentro de la Asociación, Gottschalk abandonó Colonia, primero para cuidar de su hermana enferma en Bonn y luego rumbo a Bruselas y París. Sus partidarios quedaron a cargo del rotativo de la Asociación, *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit*, y estaban decididos a revertir la situación para retomar el control.

El conflicto se centró inicialmente en un tema político específico. Después de disolver la anterior Asamblea prusiana, el Gabinete de Brandenburg había promulgado en Berlín una nueva Constitución y llamado a elecciones para el 22 de enero de 1849, con miras a la formación de una nueva Asamblea. Los demócratas debían definir si aceptaban una Constitución otorgada por el rey al pueblo como un acto de su gracia. Todos los ciudadanos varones, excepto los sujetos a programas de ayuda a los

pobres, estaban autorizados a votar, pero las elecciones eran indirectas, en dos fases: los electores votarían para elegir delegados, quienes votarían a su vez a los representantes del pueblo. Karl y sus seguidores hicieron campaña por los candidatos democráticos, Franz Raveaux y Schneider II, pero Anneke propuso que la Asociación de Trabajadores llevara candidatos escogidos de entre los trabajadores independientes; los demócratas serían apoyados tácticamente solo allí donde los candidatos de los trabajadores no tuvieran posibilidades. Karl argumentó contra esta opción diciendo que era demasiado tarde para postular candidatos separados. En la *Neue Rheinische Zeitung* del 21 de enero planteó que «los trabajadores y la pequeña burguesía» harían «mejor en tolerar otro poco la moderna sociedad burguesa, que engendra con su industria los medios materiales para fundar una nueva sociedad que os liberará a todos, antes que regresar a una forma obsoleta de sociedad que, con el pretexto de salvar vuestros respectivos nichos de clase, arroje a la nación entera de vuelta a la barbarie medieval». [723] En las elecciones, los demócratas de Colonia, que rechazaban los términos de la nueva Constitución, tuvieron resultados extremadamente favorables, pero esto no marcó ninguna crisis constitucional, ya que Renania fue superada por otras regiones de Prusia donde la opinión era bastante más conservadora.

Los partidarios de Gottschalk denunciaron toda la estrategia. Wilhelm Prinz, ahora editor de *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit*, arremetió contra los candidatos democráticos y, pese a los intentos de llamarlo al orden, siguió atacando directamente a Karl. El 25 de febrero de 1849 la batalla culminó con una denuncia anónima del propio Gottschalk en torno al vínculo que Karl establecía entre la postura democrática y la necesidad de una revolución burguesa. La denuncia criticaba a aquellos intelectuales para quienes «el hambre de los pobres solo tiene un interés doctrinario y científico» y ridiculizaba la estrategia política de la *Neue Rheinische Zeitung*, según la cual el estallido de la revolución en Alemania dependía del estallido de la revolución en Francia, y el estallido en Francia se volvía dependiente de su estallido en Inglaterra.

A esas alturas, el conflicto había escalado hasta la fase en la que dos versiones distintas del rotativo, con lemas casi idénticos, el uno *Freiheit*,

Brüderlichkeit, Arbeit (Libertad, Fraternidad, Trabajo) y el otro *Freiheit, Arbeit* (Libertad, Trabajo), rivalizaban entre sí para dar cuenta de la postura hipotética de la Asociación de Trabajadores. Bajo el liderazgo de Karl Schapper, esta fue organizada de tal manera que los partidarios de Gottschalk quedaran al margen. En vez de la Asociación inclusiva de siete mil o más integrantes del verano anterior, organizaron una mucho más reducida y más herméticamente concebida. Suspendieron la organización interna por oficios, los miembros pagaban una tarifa y adoptaron un enfoque mucho más pedagógico. A sus integrantes les imponían que estudiaran el texto «Trabajo asalariado y capital», de Karl, y los orientaban a leer los temas analizados en los editoriales de la *Neue Rheinische Zeitung*. A pesar de todo esto, el apoyo a Gottschalk no disminuyó. Un mes después de su ataque a Karl, Gottschalk le escribió a Hess manifestándole su satisfacción porque el ataque a Karl y Raveaux hubiera causado «fuerte impresión» en quienes lo leyeron, e indicándole que se había convocado un banquete en el Gürzenich, porque se esperaba con expectación su presencia.

[724]

En los primeros meses de 1849 la *Neue Rheinische Zeitung* se vio fortalecida por el regreso de buena parte de la antigua plantilla editorial, debido a la negativa de los jurados que actuaban en los tribunales de Renania a sumarse a la condena de los radicales propiciada por las autoridades berlinesas. Los dos juicios en los que Karl se vio envuelto se beneficiaron de esta actitud. En el primero de ellos, el procesado se valió magistralmente del código penal napoleónico para acusar a los fiscales de acogerse a los supuestos extrajudiciales de un Estado absolutista.[725] En el segundo, expuso al jurado su teoría de la revolución burguesa en Prusia, abundando en el contraste entre el Landtag Unificado, aún de carácter feudal, y la Asamblea Nacional burguesa. Sobre esa base, argumentó que las leyes que presuntamente había transgredido ya no existían.[726]

Lo más impresionante, en esos meses iniciales de 1849, era el extraordinario optimismo del que Karl y su grupo aún hacían gala, pese a la victoria de Bonaparte, la caída de Viena y el triunfo de Federico Guillermo sobre la Asamblea Nacional prusiana. En un artículo publicado el día de Año Nuevo de 1849 en la *Neue Rheinische Zeitung*, Karl declaraba:

«Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa y guerra mundial: he ahí el programa con que se abre el año 1849». Esta fue la profecía especulativa de la que Gottschalk se burlaba: «La liberación de Europa» dependía del «levantamiento victorioso de la clase obrera francesa», solo que este «se estrella necesariamente» contra la burguesía inglesa. El derribo de esa burguesía solo podría alcanzarse mediante una «guerra mundial»: «Cuando los cartistas se hallen a la cabeza del Gobierno inglés habrá llegado el momento de que la revolución social pase del reino de la utopía al reino de la realidad».[727] En una imagen repetidamente empleada por ambos amigos desde 1844, Engels estaba igualmente convencido de la transformación revolucionaria de toda Europa, una vez que «el gallo galo cacareara». Esto vendría a asegurar en la Europa central y del este la victoria de las tres naciones que representaban la causa de la revolución: los alemanes, polacos y magiares. A la inversa, los adscritos a la causa de la contrarrevolución —los checos, moravos, eslovacos, croatas, rutenios, rumanos, ilirios y serbios— estaban «destinados a perecer más temprano que tarde en el torbellino de la revolución mundial». Engels esperaba que «la próxima guerra mundial conducirá a la desaparición de la faz de la tierra no solo de las clases y dinastías reaccionarias, sino de todos los pueblos reaccionarios».[728]

En el curso de las revoluciones registradas a mediados del siglo, Karl siguió formalmente adherido al objetivo de la revolución democrática, pero, en ese marco, la esperanza de un avance en toda Europa hacia una segunda oleada de la revolución lo llevó a él y a sus adláteres a hacer en 1849 un creciente hincapié en el papel del proletariado, a la vez que a adoptar una actitud cada vez más desdeñosa del papel que desempeñarían los demócratas. Después de concluir que la «monarquía constitucional» era algo «imposible» en Alemania, el tratamiento que él mismo hacía de los inicios democráticos de la revolución se volvieron crecientemente despectivos.[729] No había habido nunca «nada más filantrópico, más humano, más débil que las revoluciones de febrero y marzo».[730] La *Neue Rheinische Zeitung* se distanció, igualmente, del diputado democrático de Breslau, Julius Stein, que había intentado subordinar el ejército al control parlamentario. El rotativo declaraba que nunca había «flirteado con ningún

partido parlamentario» y que en la lucha contra el régimen vigente «nos aliamos incluso con nuestros enemigos».[731] En una línea parecida, el medio denunciaba a la Asociación de Marzo, fundada en Frankfurt en noviembre de 1848 y multiplicada en más de novecientas filiales, comprometida con la instauración de una monarquía constitucional y con la defensa por todos los medios legales de lo logrado en la Revolución de Marzo. Adherido tenazmente al libreto revolucionario galo, Karl comparaba la Asociación con los *feuillants*, los reformadores liberal-constitucionalistas que se habían opuesto al derrocamiento de Luis XVI y que «hubieron de ser quitados de en medio antes del estallido de la verdadera revolución»; esos que eran «el *instrumento inconsciente de la contrarrevolución*».[732]

Finalmente, el 14 de abril de 1849 Karl, Schapper, Anneke y Wilhelm Wolff anunciaron su renuncia al Comité Democrático del Distrito de Colonia, proponiendo en lugar de él una unión más íntima de las asociaciones de trabajadores y llamando a la realización, el 6 de mayo, de un Congreso de Asociaciones de Trabajadores. Simultáneamente enviaron a las asociaciones de trabajadores a su alcance ejemplares de «Trabajo asalariado y capital» y los estatutos revisados de la Asociación de Trabajadores de Colonia.

Ha habido varios intentos posteriores de justificar este abandono de la Sociedad Democrática, que van desde lo apropiado que resultaba fundar un partido proletario en esta etapa, pasando por la decepción de Karl ante las actividades y aspiraciones de la *Kleinbürger* (clase media baja), hasta su deseo de unirse a la recién creada Arbeiterverbrüderung (Hermandad de los Trabajadores), iniciada por Stefan Born y por entonces activa en Berlín. [733] Pero ninguna de esas interpretaciones resulta especialmente convincente en una coyuntura de protestas a gran escala tanto de los liberal-constitucionalistas y demócratas como de los socialistas, ante el rechazo del monarca al trono imperial y la Constitución del Imperio, junto a una nueva disolución de la Asamblea Nacional prusiana y la imposición de la ley marcial en Berlín. Era un momento escasamente propicio para planear la formación de un partido proletario autónomo. Respecto al anhelo de unirse a la Hermandad de Trabajadores de Born, no había razón alguna para que ese paso excluyera seguir con su pertenencia a la Asociación Democrática.

Probablemente era un movimiento planeado para aplacar a los partidarios de Gottschalk dentro de la Asociación de Trabajadores de Colonia.[\[734\]](#)

En un sentido más amplio, era una continuación de la postura que Karl ya había adoptado en Bruselas: el intento paralelo de apoyar la revolución democrática o rotulada como «burguesa» y, al mismo tiempo, avanzar a paso rápido hacia el desarrollo de una «revolución social-republicana» que llegara bastante más lejos. Este zigzaguo entre ambos escenarios prosiguió durante todo el periodo revolucionario. En agosto de 1848 Karl había insistido contra Weitling en que la revolución democrática debía incluir una coalición de «los elementos más heterogéneos», igual que el Gobierno provisional francés de febrero.[\[735\]](#) Pero en abril de 1849 su justificación para abandonar las «Asociaciones Democráticas de la Provincia del Rin» era «la convicción de que, dada la heterogeneidad de los elementos que proliferan en el seno de las asociaciones en cuestión, hay poco que esperar de ellas que pueda resultar ventajoso para los intereses de la clase obrera o la gran masa del pueblo».[\[736\]](#) En febrero había apoyado a los candidatos democráticos; ahora consideraba urgente «unir firmemente a los elementos homogéneos». De igual modo, para el aniversario de la Revolución de Marzo en Berlín, la *Neue Rheinische Zeitung* desestimó el acontecimiento aludiendo a él como «ese débil eco de la revolución de Viena» y declaró que el aniversario a celebrar por el rotativo sería el del 25 de junio (el levantamiento de París).[\[737\]](#) Y en junio viajó a París como representante del «Comité Central Democrático» del Palatinado.[\[738\]](#)

Vista desde la perspectiva de otros demócratas —los muchos reclutados por las Asociaciones de Marzo, por ejemplo, o los liberales y radicales que pugnaban por una monarquía constitucional—, la situación precisa de Karl y sus amigos, ya fuese en la Sociedad Democrática o en la Asociación de Trabajadores, era algo solo de interés académico, ya que Karl quería decir con democracia, en el contexto de la revolución «burguesa», una reescenificación de lo ocurrido en 1793 en el contexto de la república indivisible, la Convención y el Comité de Salvación Pública. Incluso en agosto de 1848, cuando argumentaba a favor de la necesidad de generar una coalición de «elementos heterogéneos», su actitud hacia sus presuntos

aliados había sido igual poco generosa, incluso arisca. Carl Schurz, que acudió al Congreso Democrático desde Bonn, recordaba unos años después:

A todo el que lo contradecía lo trataba con abyecto desdén; a cada argumento que no le agradaba replicaba ya fuese con un desprecio mordaz hacia la ignorancia incomprensible del que lo había formulado, o con calumnias oprobiosas acerca de los verdaderos motivos de quien lo formulaba. Recuerdo claramente el desdén cortante con el que pronunciaba la palabra «burgués»; y con lo de «burgués» —es decir, un ejemplo detestable de la más profunda degeneración psicológica y moral — denunciaba a quienquiera que osara oponerse a sus opiniones.^[739]

Flaubert escribió lo siguiente acerca de la Revolución de Febrero de 1848 en Francia: «A pesar de la legislación más humana jamás vista, el fantasma de 1793 asomaba la cabeza en el fondo y cada sílaba de la palabra “república” vibraba como el golpe seco de la hoja de la guillotina».^[740]

Por horrenda que siguiera siendo la evocación del Terror, a esas alturas ya había alcanzado su justificación y, como fruto de ello, un apoyo significativo. El Terror de 1793 no había comenzado como un gesto voluntario. Se había implementado, y justificado, como una respuesta renuente en tiempos de guerra —*La patrie en danger*—, ya que Francia había sido invadida y la Vendée se había rebelado. Había sido, en rigor, una forma de apelar a la antigua sabiduría política: *Necessitas non habet legem* («La necesidad no sabe de leyes»). Quienes implementaron el Terror no podían imaginar que la política de emergencia podía ser reinventada a voluntad, hubiese o no una emergencia nacional. Por esta razón, no era simplemente la «burguesía» la que encontraba aterradoras, o ciertamente cansinas, las constantes alusiones a las consignas de 1793.

Aunque la *Neue Rheinische Zeitung* tuvo éxito en convertirse en la voz de un estilo mordaz y bien diferenciado del radicalismo en 1848, su comprensión de los hechos —y, por consiguiente, la calidad de su periodismo— estaba limitada en su alcance por su tono dogmático y su concepción reduccionista de la política. La posición que ocupaba en un extremo del espectro político era en exceso marginal para tener demasiado impacto en el curso general de los acontecimientos durante la segunda mitad de 1848. Pero en la medida en que sí mostraba cierta habilidad de influir en la situación política, su impacto era híbrido. Cuando sobrevenían las oportunidades para ello, hacía más difícil el objetivo de asegurar un

frente unido. Cuando articulaba la hostilidad verdadera y ampliamente compartida contra el dominio prusiano y la ocupación militar que lo sustentaba, brindaba una expresión poderosa y nada conciliadora del sentir popular en Renania.

LAS SECUELAS

Desde Colonia, Karl y Engels siguieron rumbo a Baden y al Palatinado, donde esperaban toparse con una insurrección en marcha y persuadir a la izquierda de Frankfurt para que convocara a la ayuda armada a favor, precisamente, de Baden y el Palatinado. Solo que los representantes de Frankfurt eran renuentes a asumir la responsabilidad de una insurrección armada y las tropas en esas dos localidades estaban poco dispuestas a pelear más allá de sus fronteras. En torno al 3 de junio Karl se marchó, por tanto, a París, ahora como representante acreditado del Comité Democrático del Distrito del Palatinado.

París era para entonces una ciudad muy distinta a la que había dejado atrás catorce meses antes. La esperanza de la revolución había dado paso al miedo a la enfermedad. Alexander Herzen deja registro en sus *Memorias*: «El cólera causaba estragos en París; la atmósfera densa, el calor en ausencia del sol producían cierta languidez general; la visión de la población asustada e infeliz y las largas hileras de coches fúnebres que rivalizaban entre ellos cuando se aproximaban a los cementerios, todo esto se correspondía con lo que estaba ocurriendo. [...] Las víctimas de la pestilencia se desplomaban cerca de uno, a veces al lado». Sin embargo, Karl comprobó a su llegada que la excitación cundía entre los revolucionarios por lo que consideraban un hecho inminente y transformador. En mayo de 1849, para complacer a la Iglesia, Bonaparte había enviado al ejército francés a Roma para expulsar a Mazzini y a los republicanos y restaurar en su trono al papa exiliado. En la Asamblea Nacional Ledru-Rollin denunció a Bonaparte y a su Gabinete, alegando que debía acusárseles por violar los términos de la nueva Constitución. Él y el partido de La Montaña convocaron a una manifestación pública el 13 de

junio. La izquierda esperaba que esta protesta hiciera caer al Gobierno. El 12 de junio Sazonov, el amigo de Herzen, fue a visitar a Karl: «Estaba sumido en la mayor excitación: habló del estallido popular inminente, de la certeza de que tendría éxito, de la gloria que esperaba a quienes participaran en él, y me presionó urgentemente para que me sumara a cosechar los laureles».[741]

Al amanecer del 13 de junio el Gobierno estaba sobre aviso y el mitin solo convocó a unos pocos participantes. Los soldados ahuyentaron a los *montagnards* de las calles; algunos de sus diputados fueron arrestados, Ledru-Rollin pasó a la clandestinidad y luego huyó a Inglaterra. Karl fingió creer que este fracaso se debía a las deficiencias de la «pequeña burguesía». Probablemente, como ha sugerido Maurice Agulhon, las multitudes de París estaban menos preocupadas por los asuntos foráneos que por los temas relacionados con su bienestar económico.[742]

A raíz de ese fracaso del 13 de junio, el Partido del Orden se hizo con el control absoluto de la Asamblea Nacional y la represión se tornó incluso más intensa. Los alemanes en París eran objeto de particular vigilancia por la policía y era solo cuestión de tiempo que esta descubriera la nueva dirección de Karl en la capital gala. El 19 de julio se le advirtió que debía abandonar París y se le brindó la opción de trasladarse a Morbihan, una región poco recomendable para la salud en la costa de Bretaña. Así pues, el 24 de agosto de 1849 decidió que era mejor cruzar el canal de la Mancha hacia Inglaterra. Jenny y el resto de la familia lo siguieron el 15 de septiembre.

Durante el verano de 1849 fueron aplastados en toda Europa los últimos focos de resistencia revolucionaria. Los húngaros se rindieron a los rusos, y los ejércitos prusianos destruyeron los núcleos de resistencia que aún quedaban en la Confederación Germánica, siendo el más impresionante de ellos la insurrección ocurrida en Dresde entre el 3 y el 9 de mayo. Sin embargo, pese a esta concatenación de derrotas, Karl y la izquierda seguían muy animados. Como Herzen, Karl advirtió que París estaba *morne* (triste) y que «el cólera arremete con violencia». Pero su reacción general fue similar a la de Sazonov, el amigo de Herzen. «Pese a todo —escribía el 7 de

junio—, nunca como hoy ha sido en París tan inminente la erupción del volcán revolucionario.»[743]

A finales de julio Karl seguía inmovible en su entusiasmo y escribió a Freiligrath que «con cada nueva medida reaccionaria que adopta», el Gobierno francés «se enajena a un nuevo sector de la población», mientras que Cobden y «la actitud de la burguesía inglesa ante el despotismo que prevalece en el continente» brindaban otra fuente de esperanza.[744] Su propio júbilo parecía ser una de esas alegrías a costa del mal ajeno: por la misma fecha le escribió a Weydemeyer señalándole que estaba entre «los *satisfaits. Les choses marchent très bien* [«las cosas van muy bien»] y bien puede considerarse este Waterloo de la democracia oficial una victoria: los “gobiernos por la gracia de Dios” están asumiendo ellos mismos la tarea de vengarnos de la burguesía y castigarla».[745] Dos semanas después estaba atento al desalojo de «la camarilla Barrot-Dufaure» del Gabinete francés y «tan pronto como esto suceda, tendrás a tu alrededor una resurrección de la vía revolucionaria». En cuanto a Inglaterra, estaba esperanzado en que se consiguiera una alianza entre cartistas y libremercadistas: «Las consecuencias de esta campaña económica contra el feudalismo y la Santa Alianza [son] incalculables».[746]

En el periodo que va de principios de 1849 al verano de 1850 se ocupó de la estrategia y actividades de la Liga Comunista. La Liga había sido disuelta en el verano de 1848, pero cuando las fuerzas reaccionarias asumieron la iniciativa en el otoño e invierno de ese año, crecieron las presiones para reactivar la entidad. En el Segundo Congreso Democrático en Berlín, Ewerbeck, el representante de París, se había reunido con otros miembros de antaño y acordado llamar a una reunión en Berlín, en la cual podría designarse a nuevos dirigentes. La crisis de diciembre en la capital prusiana, a raíz de la disolución de la Asamblea por Brandenburg, impidió esta reunión, pero los acuerdos para relanzar la Liga siguieron de todas formas adelante. La iniciativa quedó en manos, principalmente, de la filial londinense, donde los antiguos miembros estaban aún activos, y de manera notoria Joseph Moll, tras huir de Colonia, Heinrich Bauer y Johann Georg Eccarius. A principios de 1849 Karl Schapper había creado una filial en Colonia y hubo intentos de persuadir a Karl y a otros integrantes del equipo

de la *Neue Rheinische Zeitung* para que se reincorporaran. Según un informe de la época, en la propia Colonia se celebró una reunión a principios de 1849 para analizar la cuestión, reunión a la que asistieron Karl, Engels y Wilhelm Wolff, junto a Joseph Moll y otros miembros. Karl continuaba oponiéndose a la idea, al considerar que una sociedad secreta era innecesaria en un escenario donde prevalecía la libertad de expresión y de prensa,^[747] pero en algún momento posterior de esa primavera —quizá alrededor del 16 de abril, cuando Karl renunció a la Sociedad Democrática— es evidente que él y Engels acabaron reincorporándose.

Algunos analistas consideran la actividad política desarrollada por Karl en la Liga Comunista entre 1849 y 1850 un error lamentable de juicio político de su parte, suscitado por «la quiebra de sus muy desmesuradas esperanzas previas».^[748] Tiene más sentido, sin embargo, evaluar su comportamiento no en términos psicológicos, sino en función de la volatilidad inherente a su postura teórica. Su empeño de combinar la actividad política con una noción preconcebida de su posible desarrollo conducía a una impresión permanente de zigzaguo por su parte, que lograba desconcertar por igual a sus amigos y enemigos. Considerando su apuesta por el «terror revolucionario», su enfático rechazo a la existencia de cualquier «fundamento legal» en la revolución «burguesa» y su denuncia de ella a finales de 1848, ¿en qué se diferenciaba su postura de la de ciertos insurrectos intransigentes como Willich?^[749] La principal diferencia radicaba en que Karl insistía en dividir la revolución en una serie de «etapas», lo que era de momento una cuestión puramente académica. Si él juzgaba imposible una «revolución burguesa» en Alemania, ¿por qué debían los trabajadores subordinarse a la «pequeña burguesía»? Karl estaba no solo dispuesto a reincorporarse al Comité Central de la revivida Liga Comunista, sino muy resuelto a llevar sus posturas aún más a la izquierda. Esto queda firmemente sugerido por su colaboración con August von Willich durante el otoño e invierno posteriores a su llegada a Londres, en agosto de 1849.

Willich era un antiguo oficial de artillería descendiente de una familia aristocrática que había sido degradado por escribirle al rey para defender a un oficial y colega suyo, Fritz Anneke, quien había proclamado en público

su apoyo al socialismo. Tras dejar el ejército y convertirse en carpintero, Willich se unió a la Liga Comunista de Colonia y conoció a Gottschalk, con quien entabló amistad y había encabezado una manifestación que irrumpió en la Cámara del Consejo de Colonia el 3 de marzo de 1848. Willich fue encarcelado y liberado al estallar la Revolución de Marzo, después se dirigió a Baden y participó allí en un intento fallido de insurrección. Entonces apeló a Anneke en busca de ayuda financiera para quienes habían tomado parte en la insurrección. Karl y la Sociedad Democrática rechazaron su petición, pero Gottschalk y la Asociación de Trabajadores se hicieron eco de ella. Durante la campaña relativa a la Constitución del Imperio, Engels había estado bajo su égida y, cuando Willich visitó Londres en el otoño de 1849, fue con una clara recomendación de Engels. Como presidente del Comité Central, Karl propuso que no solo Engels sino también Willich integraran el Comité. Más adelante Schapper fue a su vez incorporado a él, a su regreso de Alemania. Schapper era también proclive a una postura insurreccional.

Willich no era, por tanto, un elemento desconocido y el hecho de que fuese acogido por Karl sugiere una convergencia política significativa entre ambos, manifestada en tres claves de su comportamiento. La primera fue el papel que desempeñó en lo que llegó a conocerse como el Comité Socialdemocrático de Apoyo a los Refugiados Alemanes, una entidad creada por la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en el número 30 de Great Windmill Street, en el centro de un laberinto de calles vecinas a Leicester Square y el Soho. En 1849 la Asociación se convirtió en el destino habitual del gran número de exiliados políticos y refugiados alemanes que fluían hacia Londres. Muchos de ellos estaban en peligro, sin trabajo, lejos de sus familias y faltos de otros contactos, pero proporcionarles ayuda no era sencillo, no solo por la escasez de fondos disponibles, sino por los violentos desacuerdos políticos entre los propios exiliados y refugiados. En una reunión general de la Asociación Educativa de Trabajadores celebrada el 18 de septiembre para analizar los apuros de los refugiados, Karl fue elegido para un comité que debía brindar ese alivio caritativo, pero la colaboración entre comunistas y demócratas era difícil y esas divisiones se hicieron aún más agudas cuando, por iniciativa de Karl,

Engels y Willich, se sumaron todos al comité y cambiaron su nombre por Comité Socialdemocrático de Apoyo a los Refugiados Alemanes.

La segunda clave a considerar ha de rastrearse en la orientación que adoptó el Comité Central de la propia Liga Comunista. Esa autoridad se volvió a la vez compartida por Engels, Willich y Schapper, y luego siguió un empeño de reactivar en 1850 las filiales en Alemania. Con ese fin se envió al zapatero Heinrich Bauer a un recorrido por los núcleos afines existentes en Alemania y Karl remitió una carta al tabacalero Peter Röser urgiéndolo a reabrir una filial en Colonia y otras ciudades renanas.

El tercer y más evidente indicio de esta alianza emergente se encuentra en los pronunciamientos políticos de la Liga, que asumieron un tono llamativamente agresivo contra los demócratas. En las semanas finales en Colonia, la divergencia con los demócratas tuvo escasa relevancia en términos prácticos, pero en Inglaterra Karl y sus aliados se comportaban como si estos hubieran sido los únicos responsables del fracaso de la Revolución. La nueva postura fue claramente delineada en el «Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas» en marzo de 1850, firmado entre otros por Karl, Engels y Willich, y casi con certeza redactado por Karl. El texto empezaba con una crítica sin miramientos a la postura adoptada en 1848, argumentando que había sido un error suponer que la época de las sociedades secretas había concluido y, por ende, disolver la Liga. Otro error había sido no llevar candidatos independientes de los trabajadores en las elecciones de enero-febrero de 1849. Como resultado, la clase trabajadora estaba ahora bajo el dominio de la pequeña burguesía.

[\[750\]](#)

De cara al futuro, el proletariado de Francia y Gran Bretaña debía comprometerse en una lucha franca por alcanzar el control del Estado. En Alemania, por otra parte, debía completarse la revolución burguesa y continuarla con una segunda revolución encabezada por el proletariado y la pequeña burguesía. En esta segunda revolución, la pequeña burguesía acabaría muy probablemente triunfando, pero «mientras que los pequeñoburgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, [...] nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la

dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado» y «cese la competencia entre los proletarios de estos países».[751]

La visión del mensaje se volvía incluso más surrealista cuando decía que «al lado de los nuevos gobiernos oficiales [de los demócratas de la pequeña burguesía], los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios». Para ello, era preciso armar a esos trabajadores. En caso de resultar victoriosos, el Gobierno revolucionario no distribuiría a los campesinos las tierras feudales como propiedad libre. Esa tierra seguiría siendo propiedad del Estado y convertida «en colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola asociado». Los trabajadores debían oponerse a una república federal y luchar no solo «por una República alemana única e indivisible, sino luchar en esta república por la más resuelta centralización del poder en manos del Estado». Y añadía que si los demócratas proponían «impuestos progresivos moderados, los obreros debían insistir en un impuesto cuya tasa crezca en tales proporciones que provoque la ruina del gran capital». El «grito de guerra [de los obreros] ha de ser: la revolución permanente».[752]

Este mensaje se vio reforzado por otro emitido en junio que hacía hincapié en la necesidad de «una organización secreta fuerte del partido revolucionario». Una vez más, se hacían enérgicos esfuerzos por establecer límites muy claros entre la Liga y los demócratas «pequeñoburgueses», particularmente en Baden, el Palatinado y Suiza, y se pasaba revista a la situación en otros países. En cuanto a Inglaterra, el texto celebraba «la brecha» provocada entre «el partido de los trabajadores revolucionarios independientes» y «la facción más conciliadora liderada por O'Connor». Proclamaba, además, que «de entre los revolucionarios franceses, el partido auténticamente proletario y liderado por Blanqui ha unido fuerzas con nosotros». El discurso concluía con el augurio de que «el estallido de una nueva revolución no puede estar muy lejos».[753]

La referencia a las «sociedades secretas blanquistas» y «las tareas relevantes» confiadas a los miembros de la Liga «en preparación de la próxima Revolución francesa» quedó subrayada por la participación de la Liga en la formación futura de la Sociedad Universal de Comunistas

Revolucionarios. Dicha sociedad estaba dedicada a «la caída de todas las clases privilegiadas» y a «el sometimiento de tales clases a la dictadura de los proletarios, por la vía de mantener el progreso constante de la revolución hasta el logro del comunismo, que será la forma definitiva en que estará conformada la familia humana».[754] Esta asociación internacional de sociedades secretas fue posible gracias a los contactos establecidos en el seno de los Demócratas Fraternales. La declaración estaba firmada por los exiliados blanquistas Vidil y Adam, por Julian Harney en nombre de los cartistas y por Karl, Engels y Willich en nombre de la Liga Comunista.

A medida que para Karl era cada vez más claro que la perspectiva de una revolución estaba en fase de repliegue, retomó su énfasis previo en las «etapas». Ya a comienzos del verano habían llegado a oídos de los miembros de la Liga alemana rumores de las reyertas que abundaban en el Comité Central. Según la evidencia aportada por Röser, basada en una carta de Karl fechada en julio de 1850, este había impartido una serie de charlas a la Asociación de Trabajadores durante el invierno precedente y argüido allí que no habría posibilidad alguna de lograr el comunismo durante unos cuantos años y que, entretanto, la tarea principal de la Liga sería la educación y propaganda. La carta añadía que Willich se había opuesto de manera violenta a estas ideas, insistiendo en que la revolución por venir sería comunista. En torno a agosto Karl se burlaba abiertamente de las «ensoñaciones comunistas» que cundían entre los seguidores de Willich — que eran la mayoría dentro de la filial londinense— y atacaba a «los periodistas e individuos instruidos a medias», a cuyos ojos «los trabajadores son un cero a la izquierda». En un mitin de la Asociación de Trabajadores en el que Willich renunció al Comité para los Refugiados, los partidarios de ambas facciones casi llegaron a las manos, a la par que en la reunión del Comité Central de finales de agosto Willich acusó a Karl de estar mintiendo. Conrad Schramm, uno de los mayores admiradores de Karl en aquella época, desafió a Willich a un duelo, el cual se celebró en Bélgica y dejó a Schramm con heridas leves.[755]

Sabiendo que la mayoría de los miembros de la Liga Comunista de la filial de Londres apoyaba a Willich y que era inminente una asamblea

general, el 15 de septiembre Karl convocó apresuradamente a una reunión del Comité Central, donde tenía mayoría a su favor. Olvidándose muy convenientemente de sus interminables críticas a Camphausen por no haber exhibido una mayor voluntad revolucionaria durante el verano de 1848, declaró que a una minoría del Comité Central (Willich y Schapper) le parecía que la revolución «no era el producto de ciertas realidades apreciables en la situación, sino el fruto de la *voluntad*». En lugar de decir a los obreros «tenéis quince, veinte, cincuenta años de guerra civil por delante para modificar la situación y entrenaros para el ejercicio del poder», la minoría decía «tenemos que tomarnos el poder *de inmediato*». Karl y la mayoría votaron a favor de que el Comité Central fuera transferido de Londres a Colonia y que las Reglas de la Liga existentes hasta ese momento quedaran anuladas. Schapper manifestó que tales propuestas eran inconstitucionales, mientras Willich y Lehmann, partidario de Willich, abandonaron el lugar.[\[756\]](#) La brecha se hizo definitiva cuando la minoría eligió su propio Comité Central. Karl «suspendió de manera indefinida» su filial londinense y en noviembre de 1852 la disolvió. No cabe dedicar una atención desproporcionada a las disputas escolásticas libradas en el seno de lo que en la época era una agrupación sectaria muy reducida, incapaz de entender que el momento para la revolución había pasado en la realidad y que su visión de lo ocurrido estaba, en cualquiera caso, oscurecida por el mito. No es posible comparar a Karl con líderes revolucionarios prominentes de 1848 como Mazzini, Kossuth, Blanqui y otros. Más allá de Colonia, Karl era un virtual desconocido y siguió siéndolo durante las décadas de 1850 y 1860. Sus seguidores en dicho periodo no superan la docena. Fue únicamente en la década de 1870, después de su notable defensa de la Comuna de París y de que la gente comenzara a leer *El capital* en sus ediciones en alemán, francés o ruso, cuando Karl comenzó a adquirir notoriedad mundial.

En el otoño de 1850 su compromiso con el comunismo insurreccional llegó a su fin, pero ese no fue el término preciso de sus tratos con la Liga Comunista.

En mayo de 1851 la policía de Sajonia detuvo a un sastre apellidado Nothjung y lo sorprendió con documentos relativos a la Liga de Colonia.

Las redadas policiales en Colonia dejaron al descubierto más documentos. Particularmente valiosas fueron las cartas destempladas que Willich enviara a los comunistas de Colonia. La policía prusiana era entusiasta de los procesamientos desde el intento de asesinato de Federico Guillermo IV en la primavera de 1850. El temor gubernamental a los complots revolucionarios se había vuelto endémico y, especialmente en Londres, un verdadero ejército de espías —al servicio de los austriacos, los estados alemanes, los franceses, belgas, holandeses y daneses— rivalizaba para obtener información sobre la diáspora revolucionaria y sus planes reales o hipotéticos. El reducido «partido de Marx» era uno de sus blancos preferidos.

Para el verano de 1851 once de sus miembros estaban en prisión a la espera de ser juzgados. La evidencia de algún delito era muy endeble. Los acusados rechazaban, en su mayoría, los argumentos de Willich y compartían la postura expresada por Peter Röser al ser interrogado: que el propósito de la Liga era la enseñanza y la propaganda. A las autoridades les inquietaba que el caso, tal y como estaba planteado, fuese insustancial y que su admisión resultara poco probable para un jurado renano. Por tanto, entre finales de 1851 y la fecha de inicio del juicio el 4 de octubre de 1852, la policía se dedicó a falsificar documentos para incriminar al «partido de Marx». Karl se dedicó, inversamente, a la tarea de dejar en evidencia las falsificaciones, organizando comités de defensa, escribiendo a los diarios y reuniendo fondos. Jenny le brindó, en este propósito, una ayuda inestimable. A finales de octubre escribió ella misma a Adolf Cluss en Washington: «En nuestra casa hay ahora montada una oficina completa. Dos o tres personas escriben, otras llevan recados, otras reúnen unos cuantos peniques para que los autores puedan seguir viviendo y se demuestre que el anquilosado mundo de la burocracia es culpable del escándalo más indignante que imaginar se pueda. Y en los ratos de ocio mis tres alegres hijos silban y cantan, a menudo para ser reprendidos con aspereza por su papá. ¡Menuda jarana!». [\[757\]](#) Como fruto de estos esfuerzos, cuatro de los acusados fueron absueltos. El resto cumplió condenas de prisión que iban de tres a seis años. Karl escribió un polémico resumen del proceso en un panfleto titulado *El reciente proceso de Colonia*,

publicado en Basilea en enero de 1853, pero los ejemplares del escrito, excepto unos pocos, fueron confiscados en la frontera de Baden.

La otra preocupación de Karl en su primer año y medio en Londres fue echar a andar otra versión de la *Neue Rheinische Zeitung*. Reabrir el diario equivalía a mantener cohesionado a su «partido», especialmente mientras la Revolución estuviese en suspenso. En este periodo el término «partido» podía referirse a una entidad política —el «partido comunista», el «partido girondino», los *whigs*—, pero también, y es el sentido en que lo empleaba Karl, a algo más íntimo: a un grupo de individuos de ideas afines que operaban juntos en un diario y se forjaban algunos seguidores en el entorno social más vasto. Una vez más, Francia parecía ser el modelo a seguir, allí donde el republicanismo se dividía entre los seguidores de *Le National* y los de *La Réforme*. Era, a su vez, la forma en que Karl concebía a quienes trabajaron con él en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, *Vorwärts!* y *Neue Rheinische Zeitung*. Por esta razón, su primera prioridad en Londres fue reabrir de algún modo la *Neue Rheinische Zeitung*.

Justo antes de dejar París con rumbo a Londres, le escribió a Engels indicándole que «en Londres, hay la perspectiva muy *favorable* de que pueda crear un diario alemán. Me he *asegurado* ya una parte de los fondos».[758] Tan pronto como estuvo en la capital inglesa, le escribió también a Freiligrath empleando la dirección de Peterson's Coffee House, Grosvenor Square, diciéndole que había «excelentes perspectivas de que pueda crear aquí una revista mensual» y, en enero de 1850 aún hablaba de la conversión del proyecto «en una publicación quincenal o semanal y, si las circunstancias lo permiten, en un rotativo de circulación diaria».[759] Finalmente, a mediados de noviembre y con la ayuda de Theodor Hagen, un miembro de la Liga Comunista, se llegó a un acuerdo con un editor de Hamburgo, Schuberth, para una publicación mensual, la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue* (*Nueva Gaceta Renana. Revista de Economía Política*).

Como había ocurrido con otras publicaciones impulsadas por Karl, los mecanismos financieros y de gestión fueron muy ineficaces. Estaba planeado que Conrad Schramm viajara a Estados Unidos con el apoyo económico de los cartistas y blanquistas en Londres, para reunir allí fondos

entre los partidarios de la iniciativa, pero no llegó a hacerlo. La publicación debía iniciar su andadura el primer día de enero, pero en esa fecha los textos aún no estaban listos y Karl estaba enfermo, así que el lanzamiento se pospuso hasta principios de marzo de 1850. En mayo habían circulado ya tres números, pero luego no hubo más, hasta que se publicó un número doble y final en noviembre. Las ventas fueron pobres y los interesados en aportar dinero, relativamente pocos. Prueba evidente de las frustraciones que rodearon al proyecto es una carta de Jenny a Weydemeyer fechada en mayo de 1850, en la cual le solicitaba encarecidamente cualquier suma de dinero que hubiera entrado por las ventas de la *Revista*: «Tenemos *necesidad urgente* de dinero». Jenny les reprochaba a los amigos de Colonia que no ofrecieran su ayuda en pago a todos los sacrificios que Karl había hecho por la *Rheinische Zeitung*: «La empresa está en la ruina total por el descuido negligente con que se ha gestionado, y nadie podría determinar qué es lo que más daño ha generado: si la desidia del librero o la de los conocidos y quienes administran el asunto en Colonia, o una vez más la actitud de los demócratas en general».[760] El proyecto concluyó con un intento de Karl de demandar al editor y continuar con la revista desde Colonia o Suiza.

Una vez más, nada de ello ocurrió. La revista divulgó algunos ensayos relevantes, incluido el recuento de Engels sobre «La campaña alemana de la Constitución del Imperio» y una serie de ensayos de Karl titulados «De 1848 a 1849», más tarde publicados por Engels con el título de *La lucha de clases en Francia, 1848-1850*. También se incluyó un análisis crítico de la idea de una conspiración, de interés particular porque coincidió con la participación de Karl, Engels y Willich en la Sociedad Blanquista Universal de Comunistas Revolucionarios. Pero todo el proyecto estaba condenado al fracaso. La venta de la revista fue escasa, en buena parte por el belicoso tratamiento que daba a los demócratas. En vastas regiones de Alemania los demócratas y los comunistas eran ciertamente pocos y no veían ninguna razón para no seguir colaborando entre ellos. Un ejemplo singularmente desacertado fue el ataque burlón y despectivo de Karl al discurso hecho por Gottfried Kinkel ante una corte militar de Rastatt. Kinkel era un héroe de los sectores democráticos que había peleado en Baden bajo el mando de

Willich, y el público siguió su juicio dando muestras de gran simpatía con el acusado.[761]

Algo más positivo fue el espacio que la revista dedicó al tema del desarrollo económico global. El folleto anunciándola, difundido el 15 de diciembre de 1849, decía que la revista brindaría «una investigación abarcadora y de carácter científico de las condiciones *económicas* que conforman los cimientos de todo el movimiento político».[762] En el número final se daba una justificación al distanciamiento de la publicación con la línea revolucionaria de la Liga Comunista. Tras examinar el auge económico habido desde 1848, se decía:

Con esta prosperidad general, en la que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan de manera tan exuberante como les es posible dentro de las relaciones burguesas, no puede hablarse de ninguna revolución verdadera. Dicha revolución solo es posible en aquellos periodos en que *ambos factores mencionados*, las *fuerzas productivas modernas* y las *formas burguesas de producción*, entran en *colisión* las unas con las otras. [...] *Una nueva revolución solo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Es, sin embargo, algo tan cierto como esa crisis.*[763]

En junio de 1850 Karl se las ingenió para conseguir una tarjeta que le permitía usar la biblioteca del Museo Británico. Fue el inicio de los años de estudio conducentes a *El capital*. El 15 de noviembre Engels viajó a Manchester para emplearse en la empresa de su padre. El 30 de julio Karl había recibido una amistosa misiva de Charles Dana, editor de *The New-York Daily Tribune*, a quien había conocido en Colonia. Dana lo invitaba a escribir para la publicación.[764] El 17 de noviembre, a instancias de Karl, se disolvió la Liga Comunista. Su vida entraba en una nueva etapa.

EL SIGNIFICADO DE 1848

En dos trabajos escritos en Londres, Karl hacía el intento de brindar una interpretación de las revoluciones producidas a mediados de siglo enfocándose particularmente en el caso francés. «De 1848 a 1849», luego rebautizada por Engels como *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, fue escrito entre enero y octubre de 1850 y publicado en números

sucesivos de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*. El siguiente ensayo, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, lo escribió entre diciembre de 1851 y marzo de 1852.[765]

Mientras organizaba el material de *El Dieciocho Brumario*, escribió a Joseph Weydemeyer indicándole que «la existencia de las clases» iba unida a «*determinadas fases históricas en el desarrollo de la producción*».[766] ¿Cuán acertadamente se relacionaba este enfoque con lo sucedido en 1848? Durante todo el siglo xx hubo escasa atención crítica puesta en la noción de «lucha de clases» de Karl, que era tratada, en lo sustancial, como una suerte de dramatización o puesta en escena de los avatares socioeconómicos evidentes de la industrialización. Pero en los últimos treinta años se ha vuelto cada vez más claro que no había unos avatares económicos evidentes del tipo que suponía esta interpretación sociohistórica.[767] Aún más, los historiadores han entendido que la noción de clase no es la expresión de una simple realidad socioeconómica, sino una forma del lenguaje discursivo que genera identidad.[768] La conciencia de clase, en la medida en que existiera, era inseparable de la pluralidad de formas en la que se experimentaba y expresaba. No debería, pues, sorprendernos que el lenguaje de clase que Marx intentaba asumir entre 1845 y 1846, que era el de los socialistas y republicanos franceses, incluyera premisas y aspiraciones muy distintas de las que afloraban en el debate teórico emprendido por los radicales germanos entre 1843 y 1844.

En el enfoque de Karl al respecto subyacía un afán de entremezclar dos formas muy distintas de discurso. Por un lado, el recuento teleológico del papel que el trabajo tenía en la transformación del mundo, un subproducto del desarrollo de los Jóvenes Hegelianos y su movimiento en Alemania. Por otro, el léxico que hablaba de la «burguesía» y el «proletariado», tomado de la oposición republicana, socialista, y hasta legitimista, a la monarquía «burguesa» de Luis Felipe en Francia.

El lenguaje atribuido por Karl a la burguesía y al proletariado formaba parte de su intento de reformular su postura filosófica a la luz de la crítica de Stirner al humanismo de Feuebach. El «comunismo», como él y Engels lo presentaban entre 1845 y 1848, ya no daba cuenta de la realización del «hombre». Era ahora el «movimiento *real* que supera y anula el estado de

cosas actual», mientras los comunistas, como dice el *Manifiesto*, no hacen sino expresar en términos generales «Cómo está realmente una lucha de clases que existe».[769]

En sus primeros escritos de 1843 a 1844, Marx había puesto el énfasis en la enajenación de la actividad humana en un mundo engendrado por la propiedad privada. Su visión del proletariado se correspondía con una *deshumanización*, la del hombre bifurcado por la escisión posterior a la época clásica entre el «Estado político» y el mercado impulsado por intereses privados. Según el argumento planteado en los *Manuscritos de 1844*, al producir el proletariado, la propiedad privada producía una clase «impulsada por la contradicción entre su *naturaleza* humana y sus condiciones de vida, que son la negación clara, decidida y total de esa naturaleza. [...] El proletariado está obligado, como proletariado, a abolirse a sí mismo y, por ende, a su opuesto: la propiedad privada».[770]

Esta imagen, construida a partir de la degradación provocada por la propiedad privada, era ajena a la política. La hostilidad de Karl hacia el Estado representativo moderno seguía vigente, con el menosprecio consiguiente de la significación del voto masculino y la república democrática. La historia que Engels proponía sobre la formación de la clase proletaria en Inglaterra estaba teñida de una indiferencia similar ante las diversas modalidades políticas. En un análisis del sistema político y legal vigente en Inglaterra por aquella época, había concluido por su cuenta que la Constitución «no es más que una gran mentira». Por tanto, la lucha cartista contra el Estado democrático no era en realidad una lucha política, sino de carácter social y contra el imperio que ejerce la propiedad privada: «La lucha de la democracia contra la aristocracia es en Inglaterra la lucha de los pobres contra los ricos. La democracia hacia la cual Inglaterra se mueve es una democracia *social*».[771]

Persistía esa indiferencia ante las modalidades políticas y legales, pero a partir de 1845 la terminología cambió. En lugar de la propiedad privada, el proletariado estaba ahora involucrado en una lucha de clases contra la «burguesía», lo que era una concepción nueva de la significación histórica del trabajo, unida al principal objetivo de Karl en aquellos años: la crítica de la economía política. Un enfoque inspirado originalmente en la

aseveración de Engels de que la economía política era en buena medida «la elaboración de la propiedad privada». Pero con el cambio de énfasis de la actividad humana a la transformación material del mundo, los términos de esa crítica también variaron. La imagen no era ya la de una clase social sufriente y requerida de una iluminación por la filosofía, enfrentada a la propiedad privada como una entidad impersonal. Una crítica de la relación entre trabajo y capital dentro de la economía política se presentaba ya entreverada del léxico político con el que los franceses aludían a la burguesía y al proletariado, y esto produjo que se magnificara de una manera extraordinaria el papel atribuido en el *Manifiesto comunista* a esas clases.

Como ya argumentamos previamente (véase p. 278), el *Manifiesto comunista* liberó la imagen de la burguesía de las restricciones locales. Ahora esta encarnaba las supuestas habilidades políticas racionales de la *classe moyenne* de Guizot, al igual que la proclividad productiva de los *industriels* de Thierry, todo unido al dinamismo económico que se atribuía al dueño de las algodóneras de Lancashire.^[772] Asimismo, el *proletario* incorporaba la militancia «comunista» de los seguidores de Blanqui o Raspail en París junto a la pertenencia a un movimiento de masas como el cartismo. En suma, la convicción de Guizot de que el régimen de Julio había conducido a un Gobierno ejercido por la fracción más capaz y racional de la ciudadanía, la *classe moyenne*, denunciado todo ello por la oposición como el dominio de la «burguesía», fue transmutada ahora, por la alquimia de Karl, en el destino sociológico del capitalismo a nivel mundial, aunque por entonces solo se hubiera mencionado a una fracción de esa clase: «los reyes del mercado bursátil».^[773] La trayectoria política fantaseada del Tercer Estado francés acababa de fundirse con la trayectoria económica del capital industrial inglés.

El empeño de fusionar esta visión histórica global con el devenir empírico en el día a día explica lo muy extraña que resulta la crónica de la Revolución de 1848 ofrecida en *La lucha de clases en Francia*. Pese a la abundancia de detalles descriptivos, hay pocas referencias al contexto político en el que esa lucha se llevó a cabo. En particular, se menciona apenas la promesa enarbolada por la Revolución de Febrero de que la

«cuestión social» podía resolverse por la vía de «la república democrática y social», mediante su compromiso con «el derecho al trabajo» y el reconocimiento al valor de la «asociación».

Igualmente llamativa resulta la mera referencia superficial al contexto socioeconómico en el que se originó la Revolución de Febrero. El análisis que el socialismo francés hacía de la crisis capitalista se había concentrado en el fenómeno de la sobreproducción, que Sismondi había destacado originalmente, reaccionando a la crisis de posguerra de 1819.^[774] El análisis que Karl hacía de la crisis económica se ceñía a esta línea de razonamiento, pero la crisis de mediados de siglo no era de esa índole. La crisis comenzó, en rigor, con la plaga que arruinó la patata, las paupérrimas cosechas de trigo y el empobrecimiento en los cultivos de algodón, todo lo cual suscitó el desempleo masivo en Lancashire. Las escasas cosechas hicieron subir el precio del pan y descender la demanda de bienes industriales, no solo en los pueblos sino en vastas regiones de la Europa septentrional, donde la producción de lino, entendido como una industria rural subsidiaria, se enfrentó en muchos lugares a un colapso de carácter terminal. Todo ello precipitó la primera y gran oleada migratoria a América desde Irlanda, el sudoeste de Alemania y, en menor medida, Francia.^[775] La crisis de la década de 1840 no fue sencillamente una mezcla de recesión en la industria y escasez fuera de lo habitual: representó un viraje más duradero en la historia económica de Europa occidental. Inauguró la desindustrialización del campo y la conversión de vastas extensiones que hasta entonces combinaban la agricultura y la pequeña industria en terrenos de pastoreo. Aunque no disminuyó, ni en Inglaterra ni en otros sitios, la importancia de la producción en pequeños talleres rurales.^[776]

La conexión más nítida de esta crisis con las revoluciones de 1848 se da porque generó un paro masivo, exacerbado por una tasa sin precedentes de éxodo hacia las ciudades. Puede que este no fuera el factor primordial a la hora de generar el colapso del régimen preexistente en Francia en febrero de 1848, pero fue con seguridad el factor primordial en la generación de los Talleres Nacionales en París y del debate político respecto a su futuro.

El texto de Karl ignoraba en la práctica este escenario material y económico, incluso cuando se centraba en la insurrección de París en junio

de 1848, tras la decisión de la Asamblea Nacional de cerrar los Talleres Nacionales. Los participantes en este alzamiento fueron liderados, en su mayor parte, por individuos desalojados de los Talleres. Karl describía la insurrección de junio como la guerra de clases entre la burguesía y el proletariado: «La primera gran batalla entre las dos clases de la sociedad moderna». Pero ni el proletariado ni la burguesía eran bien definidos y su identidad en términos de la concepción marxiana de las «relaciones de producción» seguía siendo poco clara.^[777] Las referencias al «proletariado» eran ocasionalmente sustituidas por «el pueblo», mientras que las alusiones a la «burguesía», aunque ubicuas, eran fácilmente intercambiables por el término «república».

En rigor, el ejecutivo de la nueva República no se componía de empleadores industriales o de otra índole; ni el bando insurgente estaba, en ningún caso, integrado exclusivamente por trabajadores asalariados, pues había en sus filas muchos pequeños empleadores. De forma descarada, Karl reacomodaba su caracterización de los luchadores sociales involucrados en la insurrección para encubrir el hecho de que los involucrados en su represión no eran ni más ni menos «proletarios» que los propios luchadores. No había diferencias sociales significativas que justificaran la distinción que Karl hacía entre los insurgentes de junio (el proletariado) y la Garde Mobile (el *Lumpenproletariat*).^[778] Cabe a la vez recordar que la insurrección, aunque tuvo sin duda una repercusión mayor, solo movilizó a una minoría de las clases trabajadoras de París, de cuarenta mil a cincuenta mil trabajadores sobre un total de doscientos mil a trescientos mil.^[779]

Más fundamental aún fue que no abordara el factor decisivo que había precipitado la resistencia de los insurgentes —la amenaza de la indigencia que sobrevendría tras el cierre de los Talleres Nacionales— ni su queja política fundamental: el fracaso de la república para sostener su promesa del «derecho al trabajo». Lo que provocó la rebelión no fue el comportamiento de la clase empleadora, sino las resoluciones de algunos miembros de la Asamblea Nacional motivadas por un rechazo a lo que temían y entendían como «comunismo».

Karl tampoco hacía referencia alguna a las dificultades financieras y organizativas de la República, enfrentada a la necesidad concreta de

solventar la situación de ciento cincuenta mil desempleados y consciente de los peligros que suponía el alto número de trabajadores ociosos y políticamente volátiles reuniéndose en las calles. Durante los cuatro meses de existencia de los Talleres Nacionales, el 90 por ciento de sus integrantes —ciento cuarenta mil individuos— siguieron sin disponer de un trabajo estable; se dispersaban por toda la ciudad para matar el tiempo bebiendo, flirteando con mujeres o jugando a las cartas hasta las cuatro de la tarde, cuando lograban reunir una «limosna humillante». Si se les daba alguna ocupación, cundía el sentimiento que ilustraba uno de sus organizadores: «Ya veréis, vosotros los críticos con vuestras ínfulas, si solo somos *lazzaroni*(2) pidiendo vivir de los fondos públicos».[780] De manera poco sorprendente, el hecho de tener que apoyar a un tercio de la masa laboral parisina sin ningún resultado apreciable generó resentimiento, no solo el de «la burguesía», sino también el de buena parte de la población empleada de París.

Los insurgentes de Junio no tenían líderes reconocidos a nivel nacional, ni hacían otras demandas que su insistencia en que la república «democrática y social» honrara las promesas hechas durante la Revolución de Febrero. Karl no hacía un recuento específico de los factores causantes ni del carácter último de la batalla librada en junio. En lugar de ello, derivaba a una fantasía sin fundamentos sobre el proletariado parisino: «[En] sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería[n] arrancar[le] a la República de Febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz de la lucha revolucionaria: ¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!».[781]

Karl acertaba al percibir en los hechos que discurrieron entre 1789 y 1848 una sucesión de batallas sociales y políticas de naturaleza potencialmente revolucionaria. Ese fue un periodo excepcional en Inglaterra y Francia, ya que en ambos países las organizaciones políticas y los movimientos sociales buscaban, a veces a escala nacional, derrocar de hecho el orden político vigente en nombre de una *verdadera* república o una *verdadera* Constitución, surgida del sufragio universal masculino. Pero se

equivocaba en lo referente a las causas de esta fase excepcional de antagonismo político y a los remedios a aplicar.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la aparición en Inglaterra y Francia de movimientos y organizaciones que decían hablar en nombre de la «clase trabajadora» o «*las* clases trabajadoras» *no fue* el resultado del avance *económico* del capitalismo industrial moderno, sino más bien el efecto *político* de la demolición del *Ancien Régime* en Francia y, en Inglaterra, de la movilización política sin precedentes de la población tras las revoluciones estadounidense y francesa, las guerras prolongadas contra Francia y las angustias económicas que siguieron a la derrota de Napoleón.

En aquellos años ocurrió a la vez que la «burguesía» o las «clases medias» fueran invocadas y cobraran existencia política. El léxico alusivo a las clases que prevalecía en Francia en torno a 1830, y en Inglaterra alrededor de 1832, estaba relacionado íntimamente con la necesidad de reformar la Constitución y el sistema político de un modo racional y duradero, *sin* por ello abrirle la puerta a la *soberanía popular*, que suscitaba aún grandes temores por el recuerdo de Robespierre y el Terror. Lo que Karl y su «partido» no comprendían era que el carácter de la política no era, en dicho periodo, la simple manifestación del origen de clase. Igual de importante, en especial cuando se yuxtaponían los términos «burguesía» y «proletariado», o «clases medias» y «clases trabajadoras», era el hecho de que ese lenguaje de clases era el subproducto particular de la política del Estado representativo.

No fueron las actividades o la estrategia de una «burguesía» ficticia, sino el intento de forjar, alrededor de 1830, un sistema político basado en la *exclusión* política de los asalariados lo que generó la «lucha» entre la «clase trabajadora» y la «clase media». En Inglaterra el voto estaba definido en función de la propiedad, de ahí que los asalariados no pudieran ejercerlo. En gran medida, la conciencia de clase, ya fuese entre los cartistas de Inglaterra o los «republicanos democráticos y sociales» de Francia, no era el fruto de la *deshumanización* o proletarización del individuo, sino de la exclusión política. De hecho, los líderes de esos movimientos radicalizados de trabajadores veían la explotación como una consecuencia clara de esa exclusión. Considerando su hostilidad ante la representatividad y el «Estado

político», Karl estaba en mala posición para entender estos determinantes políticos de las acciones de la clase trabajadora.

En 1848 esta forma suya de miopía política era ampliamente compartida. Lejos de adelantarse a su época en su concepción de clase, Karl compartía la percepción general de las clases propietarias de Europa occidental. Las que, aun cuando pretendían simpatizar con ellos, no atendían al discurso de los propios trabajadores, ya fuera en Gran Bretaña o Francia, durante el periodo entre 1830 y 1850.[782]

A la luz de la distinción que Thomas Carlyle proponía entre la «encarnación desvitalizada e incoherente del cartismo» y «su esencia vital, el amargo descontento cada vez más fiero y airado», la tendencia a prescindir de lo que los trabajadores verdaderamente planteaban era general.[783] Los observadores que poseían propiedades y educación tenían dificultades para imaginar a los trabajadores o proletarios como algo más que una horda salvaje y predadora, dispuesta a arrasarlo todo. El asunto quedó claro en el discurso que Thomas Macaulay pronunció en el Parlamento al rechazar el Pliego de Peticiones cartista de 1842. Aceptar el pliego hubiera sido equivalente, para el Gobierno, a un compromiso con una clase social que se vería entonces inducida «a hacer incursiones sistemáticas y cada vez mayores contra las salvaguardas de la propiedad. [...] ¿Será acaso posible, teniendo en cuenta los principios que rigen la naturaleza humana, que una vez les hayáis concedido este poder no lo utilicen hasta las últimas consecuencias?». [784] Tocqueville manifestó igual temor al escribir sobre la Guardia Móvil, incluso después de que esta hubiera combatido por la República contra la insurrección: «Hubiera hecho falta muy poco para que la emprendieran en contra nuestra en lugar de a favor. [...] Iban a la guerra como quien va a un carnaval, pero era fácil apreciar que adoran la guerra en sí, mucho más que la causa por la cual peleaban». [785]

El recuerdo del Terror, las pesadillas góticas alusivas a las clases sociales peligrosas entre las que proliferaba el crimen, unido al «fantasma del comunismo», se combinaban obsesivamente en el imaginario político de 1848. Era una de las razones por las que las clases medias de Francia y Alemania insistían a rajatabla en mantenerse dentro de los límites de la

legalidad. En este sentido Karl era un caso inusual, aunque solo fuera por pensar en el conflicto de clases no como una categoría que temer sino como una fuente de esperanzas. Este miedo profundo era, según Daniel Stern, un motivo principal por el que la República de 1848 no descansaba sobre bases reales:

La causa principal ha de rastrearse en la ignorancia con la que las clases instruidas y opulentas han seguido considerando al pueblo y la falsa idea que se han hecho de las necesidades del proletariado. Inquietas a causa de una vaga conciencia de los deberes en los que han fallado durante los últimos dos reinados, le atribuyen un resentimiento inmisericorde y apetitos insaciables. El fantasma de 1793 asoma en el fondo de sus almas angustiadas.[\[786\]](#)

Los ideales y aspiraciones de las clases trabajadoras no eran ningún misterio en 1848 y apuntaban al deseo de inclusión política y de asociación, pero su discurso era dejado de lado, ignorado o sustituido por formas muy distintas, invocadas por la imaginación ferviente de autores de las clases propietarias.

Que en 1848 la exclusión y falta de reconocimiento, antes que la explotación, eran los principales impulsores del sentimiento insurreccional entre los pueblos se vio confirmado por la historia posterior de Europa occidental. Con el sufragio masculino y el sistema representativo instaurados en Francia tras la caída del Segundo Imperio, y con la discusión renovada de reformas en Inglaterra, las clases trabajadoras fueron gradualmente reincorporadas al sistema político.[\[787\]](#) Con ello se terminó desdibujando el sentido político y extraconstitucional de la «lucha de clases» tal como era invocada en el *Manifiesto*.

LONDRES

LOS PRIMEROS AÑOS. «ESTOY TAN ATORMENTADO COMO JOB, AUNQUE NO TAN TEMEROSO DE DIOS»

Dean Street, la calle en la que la familia Marx vivió con su criada Lenchen entre 1850 y 1856, estaba en el corazón del Soho. El 13 de mayo de 1850 se habían mudado a dos cuartos en el número 64 de esa calle, propiedad de un fabricante de cordones judío que había alquilado Heinrich Bauer, tesorero del Comité de Refugiados. A finales de ese año se mudaron de nuevo del número 64 al 28.

En un Londres que era, para entonces, «la gran ciudad de acogida de los exiliados provenientes de todas las naciones», el Soho era el sector preferido de los alemanes, en particular por los demócratas, republicanos y socialistas. Mientras los alemanes sin habilidades específicas vivían en el East End y los más refinados frecuentaban los salones de Saint John's Wood, para los radicales —especialmente los artesanos— el Soho era, con su Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes, el punto obvio de atracción. Según el periodista George Augustus Sala, esos alemanes solían encontrarse «en los alrededores de Oxford Street, cerca de Leicester Square, o en el centro de ese laberinto de calles sinuosas que hay entre Saint Martin's Lane y la iglesia de Saint Anne, en el Soho».[\[788\]](#)

En su breve sátira titulada «Herr Brutus Eselskopf» («Cabeza de asno»), personaje que era ahora tabernero y había sido alguna vez «general de brigada», Sala retrató los modos y el estilo de vida de esos alemanes. Eselskopf usaba «un bonete turco con borlas azules y lucía una barba y mostacho de magnitudes prodigiosas». Su «pequeño salón» estaba

«atestado de la mañana a la noche de extranjeros que vivían bajo nubarrones de variada intensidad y envueltos en otra nube de densidad homogénea y fuerte olor a tabaco, emitida en volutas multiformes por pipas de excéntricos diseños». Entre la clientela, «que leía junto al fuego el *Allgemeine Zeitung* o el *Ost-Deutsche Post*, complaciéndose en mascullar cada tanto invectivas contra las varias testas coronadas de Europa», Sala destacaba «al audaz republicano Spartacus Bursch, en primera instancia doctorado en la Universidad de Heidelberg», aunque ahora estaba «sin paga, en comisión de servicios tras montar una barricada con un autobús, dos carritos de agua y seis adoquines en Frankfurt [...] y luego otra en París. Republicano y rojo, fabricante de cerillas luciferinas, *affilié* de varias sociedades secretas, conferencista experto en química, contratista para asfaltar los caminos, conserje en un internado [...] y últimamente promotor de una patente para extraer vinagre del albayalde, dependiente en una tabacalera, profesor de esgrima, calistenia y literatura alemana y, en fecha más reciente, ausente de cualquier negocio u ocupación». Otros eran «abogados jóvenes y entusiastas, hijos exaltados de buenas familias, oficiales patrióticos que habían tirado por la borda sus deberes para combatir por la libertad, literatos amantes de esa misma libertad, periodistas republicanos, trabajadores socialistas, [...] cazados todos de una frontera a otra del continente como perros rabiosos».

Sala aludía también a los interminables conflictos entre los exiliados moderados y los intransigentes. Esos refugiados, o al menos la gran mayoría de ellos, eran «los retraídos», pero estaban también «los refugiados incandescentes, rugientes, furibundos, alborotadores, al rojo vivo; los aficionados al vitriolo, las botellas de vidrio llenas de pólvora y los cristales rotos al paso de los caballos; los que arrojaban pianos desde las ventanas de un primer piso sobre la cabeza de los soldados, los que hacían cortes en los pies a los soldados de caballería, los que empalaban a los artilleros». Estos no eran bienvenidos por herr Eselskopf y se reunían en el reducido *Gasthaus* de Whitechapel antiguamente conocido como el *Schinkenundbrot* («El emparedado de jamón») y ahora rebautizado como «Las tripas de los tiranos».

El Soho de la década de 1850 era un barrio hacinado, con un promedio de catorce residentes por vivienda, particularmente insalubre, ya que el suministro de agua estaba contaminado en varios sectores. Era, como Karl hacía notar, «el distrito preferido por el cólera» y fue el foco de un brote aislado en Londres en 1854: «La MULTITUD estira la pata a izquierda y derecha (esto es, a un promedio de tres habitantes por casa en Broad Street) y la “comida hervida” es la mejor defensa contra esta cuestión bestial».

[789]

Karl y Jenny no tenían previsto vivir en el Soho. Tras verse obligada a empeñar su platería en Frankfurt, a vender sus muebles en Colonia y luego a dejar París, Jenny había llegado a Londres con tres hijos y un cuarto en camino, que nacería un mes después. Fue recibida por Georg Weerth, miembro del grupo de la *Neue Rheinische Zeitung*, quien la hospedó en una casa de huéspedes de Leicester Square. Pero como hacía notar ella misma en su autobiografía, «se acercaba la época en que necesitaría un techo silencioso sobre mi cabeza», por lo que buscaron rápidamente un alojamiento más espacioso en Chelsea. El bebé nació el 5 de noviembre, «con la gente en el exterior dando vivas a Guy Fawkes (“¡Guy Fawkes por siempre!”)», mientras «los niños pequeños con antifaces montaban en las calles burritos hechos con gran astucia. [...] Llamamos al recién llegado “el pequeño Fawkes”, en honor al gran conspirador».

[790]

La familia había llegado a Inglaterra con la expectativa de una estancia breve. Esperaban que la revolución cobrara nuevo impulso; hasta que esto no ocurriera, la plantilla de la *Neue Rheinische Zeitung* se juntaría en Londres, siempre lista para regresar a Colonia. Era el objetivo que sostenía a la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*, lanzada a principios de 1850, pero la publicación se enfrentó desde un principio a continuas dificultades, nunca atrajo la cifra de lectores disfrutada por su antecesora y, al concluir el año, el proyecto en conjunto se había ido a pique.

La circulación a salto de mata y descorazonadora de la revista implicó imprevistas penurias para la familia Marx, cuyas urgencias se evidencian en la crispada misiva que Jenny le envió a Joseph Weydemeyer a Frankfurt el 20 de mayo. Tras excusarse por no haberlo contactado antes, le decía que

las «circunstancias» la «obligaban» a tomar la pluma: «Le ruego que nos envíe lo más pronto posible el dinero ingresado o por ingresar de la revista. Lo necesitamos mucho, muchísimo».[791]

Al igual que otros radicales, Karl y Jenny eran reacios a aceptar que la revolución había concluido. El fracaso de la revista era atribuido a «la demora del librero o a la de los gestores en Colonia», pero especialmente a «la conducta de los demócratas en general». Jenny le recordaba a Weydemeyer que, aun cuando su esposo no se rebajaría «a la mendicidad democrática», tenía pleno derecho «a esperar de sus amigos, en especial los de Colonia, [...] una actividad diligente y enérgica a favor de la revista. Podía esperar dicha actividad, sobre todo siendo conocidos sus sacrificios por la *Rh. Ztg* [*Rheinische Zeitung*]». Su esposo había sido casi «aplastado aquí por las más mezquinas preocupaciones de la vida cotidiana», mientras ella, incapaz de pagar una niñera, debía luchar con «constantes y terribles dolores de pecho y espalda», provocados por un niño que «se hallaba constantemente enfermo, padeciendo dolores día y noche».[792]

En tales circunstancias, el costo de vivir en Chelsea resultó insostenible y concluyó con el desalojo del grupo familiar. El 24 de marzo, a causa de su imposibilidad para ponerse al día en el alquiler de cinco libras, sus bienes fueron embargados por dos alguaciles:

Al día siguiente debimos abandonar la casa; el día era frío, lluvioso y encapotado, mi marido buscaba una casa para nosotros, pero nadie quería aceptarnos cuando hablaba de los 4 niños. Finalmente nos ayudó un amigo; pagamos, y yo vendí rápidamente todas mis camas para pagar al boticario, al panadero, al carnicero y al lechero, quienes habían comenzado a temer a causa del escándalo del embargo, y que súbitamente se abalanzaron sobre mí con sus cuentas. Las camas vendidas fueron llevadas ante la puerta y cargadas en un carro, y ¿qué sucedió entonces? Había pasado mucho tiempo desde que se pusiera el sol y la ley inglesa prohíbe eso: apareció el casero con agentes de policía afirmando que también podría haber objetos suyos entre ellos, y que nosotros queríamos fugarnos a algún país extranjero. En menos de cinco minutos había más de dos o tres centenares de personas observando atentamente frente a nuestra puerta, toda la chusma de Chelsea. Las camas volvieron, y se nos dijo que solo a la mañana siguiente, después de la salida del sol, podrían serles entregadas al comprador. Cuando de este modo, mediante la venta de todas nuestras pertenencias, estuvimos en condiciones de pagar hasta el último céntimo, me mudé con mis pequeños amores a nuestras actuales pequeñas dos habitaciones del hotel Alemán, 1 Leicester Street, Leicester Square, donde, por 5,5 libras semanales, hallamos una acogida humanitaria.[793]

Pero su estancia allí tampoco duró mucho. Según Jenny, «una mañana, nuestro muy digno anfitrión se negó a servirnos el desayuno y nos vimos obligados a buscar otro alojamiento».[794] Se trasladaron entonces a un apartamento del Soho, en el 28 de Dean Street, en el que vivieron desde diciembre de 1850 hasta 1856. Un espía describía todo ello muy vívidamente en un informe de 1853. El nuevo hábitat constaba de dos cuartos:

El salón da a la calle y el dormitorio está al fondo. No hay en todo el apartamento un solo mueble limpio y que no esté desvencijado. Todo está roto, deshilachado y torcido, todo cubierto de una media pulgada de polvo, poco más o menos, y sumido en el más absoluto desorden. En el centro del salón hay una gran mesa de estilo cubierta con un mantel de hule en la que descansan sus manuscritos [de Karl], libros y diarios, los juguetes de los niños y los trapos del canasto de costura de su esposa, varios vasos con el borde trizado, cuchillos, tenedores, lámparas, un tintero, un portavasos, pipas de arcilla holandesa, cenizas... En una palabra, todo revuelto y en la misma mesa.[795]

En los años que siguieron persistió el desequilibrio entre los ingresos y gastos del grupo familiar, ese que los había llevado a escoger en primera instancia un costoso apartamento en Chelsea. El 6 de enero de 1851 Karl le escribió a Engels para pedirle dinero: «Mi casera está MUY POBRE, esta es la segunda semana que no cobra y me lo reclama con pavorosa obstinación». Engels le mandó una libra. Fue incapaz de enviarle la suma total, pero le prometió el resto para comienzos de febrero.[796] De nuevo presionado por las deudas, en marzo de 1851 Karl le pidió a Jenny que consiguiera algún dinero de su suegra, pero se enteró de que «lo que quedaba del *dinero de Jenny*» le había sido enviado a México a su hermano Edgar. Entonces le escribió a su propia madre amenazándola con arreglar las cuentas, a lo que ella le respondió «embargada de indignación moral» y «en los términos más *insolentes*», «dejando *positivement* claro que respondería de cualquier cuenta pendiente que quisiera yo echarle en cara». En su carta, Karl se quejaba de que no había un céntimo en casa, de modo que «las cuentas de variados comerciantes —la del carnicero, el panadero y así sucesivamente— se siguen acumulando».[797] El problema pareció resolverse de manera transitoria con una remesa postal de Engels,[798] pero a finales de julio Karl volvía a lamentarse: «No he escrito nada en una

quincena ni he podido siquiera ir a la biblioteca, presionado por una u otra cosa». Había conseguido posponer de mes en mes la decisión de que le fuera descontada una factura, pero su petición fue ahora rechazada.[799] En octubre el tribunal del condado lo instó a devolver las cinco libras que Carl Göhringer, un amigo de Willich, le había prestado. Engels le envió dos libras, aconsejándole que pagara la deuda.[800]

En 1852, aun cuando había comenzado a colaborar con *The Tribune* y añadido un tercer cuarto al apartamento, la situación parecía aún más desesperada. El 20 de febrero le escribió a Weydemeyer indicándole que no podría enviarle la entrega prometida de *El Dieciocho Brumario* porque «llevo una semana o más tan asediado por problemas de dinero que no he podido seguir con mis estudios en la biblioteca, y no digamos ya con mis artículos».[801] La situación empeoró otro poco la semana siguiente: «Hace una semana llegué al agradable extremo de no poder salir por no disponer de los abrigo que he debido empeñar, y de no poder comer carne por falta de crédito». Tenía miedo de que en algún momento todo esto «estallara en un escándalo». La única esperanza consistía en que el «tío tan indestructible» de Jenny estaba enfermo. «Si el muy canalla se muere en breve, podré salir de este embrollo.»[802]

Posiblemente, el peor momento dentro de la situación general ocurrió el 14 de abril con la muerte de Franziska, su hija de un año, cuyo nacimiento no le había provocado un singular entusiasmo: «Mi esposa, ay de mí —le había escrito antes a Engels, el 2 de abril de 1851—, ha tenido una niña y no un *garçon*. Y, lo que es peor, es muy enfermiza».[803] Pero al escribirle el 14 de abril de 1852, sonaba bastante más afectado: «Solo unas breves líneas para contarte que nuestra hijita murió esta madrugada a la una y cuarto». Engels le escribió a Weydemeyer para decirle que la hija menor de Karl había muerto, «la segunda en lo que va de Londres. Como puedes imaginar, su esposa está muy afligida».[804] Jenny escribió que «la pequeña Franziska sufría de una severa bronquitis»:

Durante tres días estuvo entre la vida y la muerte, sufriendo terriblemente. Cuando murió, dejamos su cuerpecito sin vida en el cuarto del fondo, nos fuimos todos al otro cuarto y armamos nuestras camas en el suelo. Nuestros tres hijos sobrevivientes yacían junto a nosotros y lloramos todos por el angelito cuyo cuerpo ingravido y sin vida permanecía en el cuarto vecino. La muerte de nuestra amada niña ocurrió en esta época de las más duras privaciones, con nuestros amigos alemanes

impedidos de ayudarnos justo ahora. [...] Con el corazón devorado de angustia, corrí donde un inmigrante francés que vivía no lejos y solía venir a visitarnos y le supliqué que nos ayudara en esta situación de horrible necesidad. De inmediato me dio dos libras, con la mayor cordialidad. El dinero se usó para pagar el ataúd en el que mi hija descansa al fin en paz.[\[805\]](#)

El 8 de septiembre del mismo año Karl le escribió a Engels:

Tu carta de hoy nos ha sorprendido en mitad del máximo revuelo. [...] Mi esposa está enferma, la pequeña Jenny también. Lenchen sufre de una especie de fiebre de origen nervioso. Yo no he podido ni puedo llamar al doctor porque no tengo dinero para medicinas. En los últimos 8 o 10 días he estado alimentando a la FAMILIA solo de pan y patatas, pero no está claro que pueda disponer siquiera de eso para hoy. [...] No he escrito ningún artículo para Dana porque no tengo un PENIQUE.[\[806\]](#)

Al año siguiente se repitió el mismo patrón. El 27 de abril Jenny le escribió al «señor Engels» diciéndole que ya había escrito ella misma «a Hagen en Bonn, a Georg Jung, a Cluss, a mi suegra, a mi hermana en Berlín, ¡unas cartas terribles! Pero, hasta ahora, ni una palabra de ninguno de ellos. [...] No logro describir lo que son aquí las cosas». En agosto y octubre se quejaba de lo muy mezquina que se había vuelto la familia, de que habían tenido que empeñarlo prácticamente todo y que hacía «largo tiempo que no hay un céntimo en esta casa».[\[807\]](#) En 1854 y 1855 hubo más de lo mismo. En 1855 Karl le escribió a Moritz Elsner, del *Neue Oder Zeitung* (*Nuevo Diario del Oder*), de Breslau, disculpándose por no haber escrito la semana previa, explicándole que había tenido que dejar Londres para eludir al doctor Freund, el médico de Jenny, que andaba siguiéndole el rastro para exigir el pago de las facturas adeudadas, correspondientes todas al pasado año.[\[808\]](#) Primero se quedó en casa de Peter Imandt, en Camberwell, y luego viajó a Manchester, donde permaneció en casa de Engels durante todo diciembre.

En buena medida, las enfermedades crónicas de Karl y Jenny eran consecuencia de vivir hacinados en un apartamento en mal estado, en medio de calles estrechas e insalubres. Y los hábitos diarios de Karl lo hacían todo peor: «Cuando se entra al antro de Karl, el humo y las volutas del tabaco te hacen lagrimear, tanto que por un segundo parece uno ir entrando a tientas en una caverna, aunque a medida que se habitúa a la neblina logra discernir algunos objetos en la calina circundante. Todo está sucio y cubierto de

polvo y sentarse en cualquier parte se convierte en un ejercicio en extremo arriesgado».[809] En ese grupo familiar aquejado de una predisposición genética a dolencias del pulmón y respiratorias, esas condiciones de vida tuvieron devastadores efectos. Tres de los hijos murieron en Dean Street, dos en la primera niñez y uno antes de cumplir los diez años.[810] Fue la muerte por «convulsiones» del enfermizo Guido al año de edad —quien, al decir de Jenny a Weydemeyer, «desde que vino a este mundo, nunca ha dormido toda la noche»— lo que llevó a la familia a mudarse del 64 al 28 de la misma calle,[811] pero el cambio no trajo consigo demasiados progresos. Particularmente triste fue el caso del habitante más pequeñito del hogar, Edgar o Musch, como le llamaban. A principios de 1854 evidenció «los primeros síntomas de la dolencia incurable que iba a provocarle la muerte un año después».[812] En marzo Karl informaba a Engels de que «Musch ha tenido una peligrosa afección gástrica con fiebre incluida, de la que aún no se recupera (y eso es lo peor)».[813] Durante un par de semanas pareció que el niño estaba mejorando, pero el 16 de marzo Karl confesaba que «no creo que el buen Musch supere la enfermedad. [...] Mi esposa, una vez más, absolutamente POR LOS SUELOS».[814] El 27 de marzo Karl informaba una vez más de ciertos indicios de mejoría, pero que solo podía escribir unas pocas líneas: «Estoy rendido por las largas noches de vigilia, visto que ahora soy la enfermera de Musch».[815] Aun así, el 30 de marzo se había ya resignado a lo peor: «Hoy por hoy [...] la enfermedad ha adquirido el carácter, algo hereditario en mi familia, de una tisis abdominal y hasta el médico parece haber perdido toda esperanza».[816] El fin llegó una semana después: «El pobre Musch ya no está más. Hoy, entre las cinco y las seis de la mañana, se quedó dormido (en un sentido literal) en mis brazos».[817] En sus memorias, Jenny escribió: «Si hubiéramos podido abandonar entonces [en 1854] nuestro pequeño apartamento tan insalubre y nos hubiéramos llevado a los niños a la costa, quizá lo habríamos salvado. Pero lo hecho, hecho está».[818]

La propensión de Karl a las afecciones respiratorias y la tisis se había manifestado al quedar excluido del servicio militar. Desde 1849 sufrió además trastornos de hígado y de vesícula. Como Jenny indicaba a Lassalle en abril de 1858, su esposo fue incapaz de escribirle entonces porque «la

afección hepática que lo aquejaba —que por desgracia reaparece con cada primavera— había empeorado hasta tal punto que debía medicarse de continuo». [\[819\]](#) Cuando Karl se recuperó mínimamente para escribir al fin a Lassalle, en carta fechada el 31 de mayo le explicaba:

He sido absolutamente incapaz de escribir —en un SENTIDO NO SOLO LITERARIO, SINO LITERAL— durante semanas y luchado en vano por sobreponerme a la enfermedad. [...] En sí misma, la enfermedad no era ningún riesgo serio —una inflamación del hígado— pero en esta ocasión los síntomas asociados fueron particularmente rebeldes; además, en mi familia esto tiene implicaciones graves, porque fue el punto de partida de la enfermedad que provocó la muerte de mi padre. [\[820\]](#)

Los síntomas incluían jaquecas, inflamación ocular, neuralgia, hemorroides y dolores reumáticos. El estilo de vida sumamente desordenado de Karl contribuía a agravar el asunto. Según el informe del espía en 1852:

Lleva la vida de un intelectual bohemio arquetípico. Rara vez se lava y asea o se cambia de ropas, y le gusta emborracharse. Aunque está a menudo ocioso días enteros, trabaja día y noche con infatigable perseverancia cuando tiene mucho trabajo pendiente. No tiene horas fijas para irse a dormir o levantarse. A menudo se queda en pie la noche entera y luego se tiende por completo vestido en el sofá, normalmente al mediodía, y duerme hasta el atardecer, sin importarle el trajín del mundo a su alrededor.

Sus hábitos alimenticios eran también nocivos. Según Blumenberg, le gustaba la comida bien sazónada, el pescado ahumado, el caviar y los pepinos en escabeche, junto al vino del Mosela, la cerveza y licores varios. [\[821\]](#)

Más adelante en esa misma década de 1850 su rutina laboral se hizo más regular, aunque no más saludable. Siguió estudiando o escribiendo artículos para *The Tribune* durante el día y escribiendo otro poco por las noches, exigiéndose en exceso a partir de aproximadamente 1857, con miras a redactar al fin su economía política en respuesta a la irrupción de una nueva crisis económica. El 18 de diciembre indicaba a Engels: «Estoy trabajando una enormidad, como regla hasta las cuatro de la madrugada», y a Ferdinand Lassalle, el 21 de ese mes, le decía que: «Estoy obligado a malgastar [...] mis días para ganarme la vida. [Solo] me quedan las noches para el trabajo *real*, que suele verse interrumpido por mi mala salud». Y añadía: «La crisis mercantil en curso me ha impulsado a trabajar seriamente

en mi borrador acerca de la economía política y a preparar también algo sobre la crisis actual».[822]

No debe sorprendernos que su cuerpo fuera incapaz de tolerar el esfuerzo. A finales de abril de 1858 le escribía a Engels:

No había sufrido, hasta aquí, un *ataque* tan violento al hígado y POR UN TIEMPO hubo el temor de que fuera esclerosis hepática. El médico quería que viajara, pero *d'abord*, era incompatible con el ESTADO DE NUESTRAS FINANZAS y, por otra parte, no descartaba cada día la esperanza de volver al trabajo. La urgencia de ello, unida a la imposibilidad de retomarlo, solo sirvió para agravar mi condición. [...] Siempre que me siento y escribo un par de horas, debo luego permanecer recostado y en barbecho un par de días. Ruego al cielo que esto acabe la semana entrante, no podía haberme sobrevenido en un momento más inoportuno. Parece obvio que exageré mis horas nocturnas de labor durante el pasado invierno.[823]

En 1859 padeció de forma intermitente ese trastorno hepático y en los primeros tres meses de 1860 estuvo continuamente enfermo. Cerca de la Navidad, tras asistir a Lenchen en los cuidados a Jenny, que estaba afectada de viruela, informaba: «El pasado miércoles tuve un resfriado y tos acompañada de un dolor punzante, de modo que no solo toser sino dar vuelta a mi propia armazón en la cama me causaba auténticos DOLORES físicos». Vista la cuenta «espeluznante» del médico que vino luego, resolvió tratarse a sí mismo: «No fumar, ACEITE DE RICINO, solo limonada, comer poco, nada de bebidas espirituosas, quedarse en casa». Pero diez días después informaba de una «recaída» y estaba de nuevo bajo tratamiento médico. El facultativo le recomendó que practicara la equitación y «un CAMBIO DE AIRE. [...] La escritura me obliga a permanecer encorvado, lo que duele, así que sigo posponiéndolo. Como ves, estoy tan atormentado como Job, aunque no tan temeroso de Dios».[824]

En 1863 sufrió de abscesos en los pies, otro síntoma de su dolencia hepática. En noviembre de ese año Jenny Marx le escribió a Wilhelm Liebknecht en Berlín comentándole que su esposo había estado durante tres semanas «gravemente enfermo», con un absceso en la espalda, y que llevaba ya «con dolores varios meses», le resultaba muy difícil trabajar, «fumaba el doble de lo habitual y tomaba tres veces más pastillas de varios tipos». Había tenido un furúnculo en la mejilla, del que se libró con «los habituales remedios caseros», pero una vez que hubo desaparecido aquel, le

apareció otro en la espalda que no hubo manera de tratar con «emplastos». «Al final, cuando la hinchazón era del tamaño de mi puño y toda su espalda estaba atenazada, recurrí a[l doctor] Allen.» Con Lenchen sujetándolo, el médico «le hizo una punción muy muy profunda», de la que brotaba la sangre. Luego comenzó la aplicación de emplastos calientes día y noche, «a la vez que, por orden del doctor, debía beber de tres a cuatro vasos de oporto y media botella de vino tinto cada día, y comer cuatro veces más de lo acostumbrado. El objetivo era devolverle la fuerza perdida». Lenchen enfermó también por la preocupación y el esfuerzo.^[825] Karl complementaba la prescripción médica con un añadido diario de un galón y medio de «la CERVEZA NEGRA más fuerte de Londres» y combatía el dolor con grandes dosis de opio.^[826]

De ahí en adelante, los problemas al hígado ya no lo abandonaron nunca. El 30 de noviembre de 1863 murió su madre y se vio forzado a viajar a Tréveris para arreglar el tema de su herencia. El doctor Allen le dio «dos botellas enormes de medicinas» para que las llevara consigo. Tras ordenar sus asuntos en Tréveris, fue a visitar a su tío Lion Philips, en Zaltbommel. «Mi tío, un VIEJO espléndido, me aplica los emplastos y cataplasmas con sus propias manos, mientras mi ingeniosa y muy encantadora prima, la de los ojos peligrosamente negros, me mimó y atiende de manera ejemplar.»^[827] Pero el problema no desapareció y seguiría afligiéndolo de manera casi ininterrumpida durante todo 1864. «Afectado de un dolor aborrecible», y demasiado enfermo para trasladarse, permaneció en el hogar de los Philips hasta finales de febrero.

Las afecciones de Jenny eran tanto físicas como psicológicas. Vivir en Dean Street le ocasionaba continuas recaídas en la bronquitis, que la hacían guardar cama con frecuencia, y también era propensa a lo que entonces se denominaba «excitación nerviosa». Sus dolencias eran consecuencia tanto de la depresión o la desesperación como de dolencias físicas. Los remedios solían implicar la ingesta de alcohol. El 15 de julio de 1852 Karl informaba a Engels de que Jenny tenía mucha tos y estaba perdiendo peso. El médico le prescribió, además de algunas medicinas, «abundante oporto»,^[828] pero las cosas no mejoraron. El 18 de septiembre Karl informaba: «Físicamente, mi esposa está más decaída que nunca, es decir, extremadamente débil. Por

orden del doctor, ha estado bebiendo una cucharada de coñac cada hora durante los tres últimos días. Ha experimentado alguna mejoría y hoy al menos se pudo levantar».[829] En 1854 Jenny se había puesto de nuevo «muy mal», probablemente a causa de las noches en vela y de tener que atender al sufriente Musch. En esa ocasión ella misma se negó a consultar al médico: «Se está medicando ella sola, con el pretexto de que hace dos años, cuando estuvo igual de enferma, las medicinas del doctor Freund solo contribuyeron a hacerla sentir peor».[830] En el invierno de 1860 Jenny cayó víctima de la viruela, pese a haber sido vacunada dos veces; como escribía Karl: «Durante varias semanas, mi esposa ha estado excepcionalmente nerviosa debido a nuestras muchas DIFICULTADES y, por tanto, más expuesta a SUFRIR el contagio en un transporte público, una tienda o lugares parecidos». Una vez más, el alcohol parece haber sido el principal remedio administrado: «El doctor ha autorizado el vino tinto para mi mujer, en pequeñas dosis, por cuanto está excepcionalmente débil», y a comienzos de diciembre el facultativo canceló el vino tinto y aconsejó el oporto.[831]

La «condición nerviosa» de Jenny era un tema de constante inquietud. En junio de 1850 Karl se disculpaba con Weydemeyer por «las exaltadas cartas [de Jenny]. Tiene que atender ahora mismo a su hijo [Guido] y nuestra situación es aquí tan angustiosa que un estallido de impaciencia por su parte parece excusable».[832] En noviembre, tras la muerte de Guido, Karl escribió a Engels que «[Jenny] atraviesa un peligroso estado de nerviosismo y cansancio».[833] A los pocos meses, el 31 de marzo y tras nacer su hija Franziska, Karl escribió que, aunque el encierro ha sido llevadero, «[Jenny] está ahora muy enferma y en cama, por causas que parecen más domésticas [*bürgerlich*] que físicas».[834]

Con ello aludía, quizá, a la situación embarazosa y potencialmente explosiva que se vivía en el apartamento de Dean Street, y al coste que tuvo para la relación de Karl y Jenny. «A comienzos del verano de 1851 — escribe Jenny en su *Breve esbozo de una vida agitada*— sucedió algo que prefiero no referir aquí en detalle, aun cuando contribuyó muchísimo a aumentar nuestras preocupaciones personales y de las otras.»[835] Se refería al nacimiento en el 28 de Dean Street del hijo de Lenchen, Henry

Frederick Demuth, más tarde conocido como Freddy, que ocurrió el 23 de junio de 1851.[\[836\]](#) Hay pocas dudas, al parecer, sobre que el padre no reconocido de la criatura fuera Karl. Los nacimientos de Freddy y Franziska ocurrieron con tres meses de diferencia, por lo que solo queda imaginar el ambiente en un pequeño apartamento de dos cuartos, habitado por dos mujeres embarazadas, y las dos de hijos suyos. Freddy fue entregado a una nodriza y luego criado al este de Londres por unos padres adoptivos de clase obrera.[\[837\]](#)

No hay referencias explícitas a este asunto en la correspondencia que aún se conserva. A la familia se le hizo creer que el padre era Engels. A la muerte de este último, la hija de Karl, Laura, revisó puntiliosamente su correspondencia para expurgar cualquier material que pudiera resultar nocivo o perjudicial para Engels o Marx, pero unas pocas acotaciones tangenciales brindan ciertos indicios. Por la época en que Jenny dio a luz a Franziska, Karl le escribió a Engels hablándole de un *mystère* en curso que estaba a punto de revelar cuando fue convocado a atender a su esposa. A los dos días le indicaba que no le escribiría nada acerca del *mystère*, ya que iría a visitarlo al final de ese mes: «Debo irme de aquí durante una semana». [\[838\]](#) La llegada del hijo de Lenchen, cualesquiera que fuesen las razones que se dieron para aligerar las sospechas, contribuyó claramente a incrementar las tensiones en el hogar. A finales de julio Karl escribió a Engels disculpándose por la lentitud con que avanzaba en su economía política:

Debería haber concluido mi labor en la biblioteca hace mucho, pero ha habido demasiadas interrupciones y alteraciones a mi alrededor y en casa está todo siempre en estado de sitio. Durante noches interminables ando a punto de estallar y rabioso a causa de un diluvio de llantos en el entorno, así que no consigo hacer mucho. Siento pena por mi esposa. La carga mayor recae sobre ella y, *au fond*, tiene razón. *Il faut que l'industrie soit plus productive que le mariage*. Así, pues, recuerda que soy, por naturaleza, *très peu endurant* [muy impaciente] y hasta *quelque peu dur* [un poco brutal], y de vez en cuando pierdo mi ecuanimidad.[\[839\]](#)

Dos días después, abrumado tanto por la falta de recursos como por las murmuraciones en torno al apartamento y sus dos madres residentes, Karl escribió a Weydemeyer en un tono de resignada desesperanza: «Como podrás suponer, mis circunstancias son muy deprimentes. Si las cosas

siguen así por mucho tiempo más, mi esposa acabará hundiéndose»; no solo por «las constantes preocupaciones», sino ante todo por «las infamias de mis oponentes, [...] que arrojan sospechas sobre mi propio sentido del civismo». En la calle se decía que Marx estaba *perdu*, mientras «mi esposa, que está enferma y vive cercada de la mañana a la noche por urgencias domésticas aborrecibles, cuyo sistema nervioso está ya alterado, no logra precisamente revivir con las emanaciones provenientes de la pestilente cloaca democrática, que le suministra a diario sus estúpidos chismes».[840]

Jenny era una mujer inteligente. Cuesta creer que se dejara convencer por la fórmula salvadora de las apariencias que adjudicaba la paternidad a Engels. Pero cualquiera que haya sido el razonamiento, está claro que la relación entre Karl y ella siguió siendo suficientemente fuerte, a la par que la ayuda de Lenchen se siguió considerando indispensable.[841] En el caso de Karl, hubo cierta ansiedad palpable por su parte en el celo excesivo con que intentaba tranquilizar a Jenny, sugerido por las fantasías tan efusivas y en exceso románticas que afloraban en sus siguientes cartas a ella.[842] En el caso de Jenny, puede que la tensión se viera reflejada en sus frecuentes cambios de humor y la tendencia a quedarse en la cama, pero también parecía que, en esos años al menos, compartía plenamente la perspectiva política de su esposo y asumía plenamente su derecho a liderar al resto. Le gustaba en particular hacer de secretaria de Karl, pasando a limpio sus escritos ilegibles, al parecer desde la época del juicio por traición en Colonia. En primera instancia fue Wilhelm Pieper, el admirador tan entusiasta aunque resueltamente incompetente de Karl, quien realizó ese trabajo, pero muy pronto Jenny se hizo cargo de esta labor secretarial. En su *Breve esbozo de una vida agitada* decía que «el recuerdo de los días que pasé en su pequeño estudio transcribiendo sus enrevesados artículos están entre los más felices de mi vida».[843]

Fueran las que fuesen las tensiones existentes en el hogar, la documentación que se conserva sugiere una vida familiar sólida y feliz. Según «el espía prusiano» y su escrito de 1852, «como esposo y padre, Marx es, a pesar de su carácter brutal e implacable, el más suave y gentil de los individuos». Por entonces surgió una particular amistad entre la familia Marx y Wilhelm Liebknecht y su esposa.[844] Cuando Jenny cayó enferma

de viruela en el otoño de 1860 los Liebknecht cuidaron de los niños. Wilhelm Liebknecht brinda, en sus remembranzas posteriores, un vívido relato de las excursiones familiares dominicales a Hampstead Heath, en la época en que los Marx vivían en el Soho:

¡Ah, esos paseos hasta Hampstead Heath! Aunque viviera mil años, no podría olvidarlos. [...] Las niñas hablaban luego de ellos toda la semana y hasta los adultos, jóvenes o viejos, los esperaban con ansia. Incluso el viaje hasta allí era en sí un obsequio.

El paseo discurría del siguiente modo. Yo abría normalmente la marcha con las dos niñas, entreteniéndolas con historias o piruetas o parándonos los tres a recoger flores silvestres, que eran entonces bastante más abundantes que ahora. Detrás venían unos cuantos amigos y enseguida el grueso de la expedición: Marx y su esposa y uno de los visitantes dominicales, merecedor de alguna consideración especial. En la retaguardia, Lenchen y la facción más hambrienta dentro de la partida, que la ayudaba a acarrear el cesto.

Cuando llegábamos al brezal, lo primero era escoger un lugar para desplegar la tienda de campaña, dando absoluta prioridad al sector del té y la cerveza.

Una vez consumidos los víveres y las bebidas, ambos sexos partían en busca del sitio más cómodo para tenderse o quedarse un rato sentados. Entonces aquellos que no optaban por una siestecita extraían los diarios del domingo adquiridos en el camino y hablaban de política. Los niños enseguida encontraban compañeros de juegos y se entretenían jugando al escondite entre los matorrales de tojo.[\[845\]](#)

AL PIE DE LAS COLINAS DE HAMPSTEAD

A mediados de la década de 1850 la situación de la familia mejoró bastante. Jenny hacía constar orgullosamente que, a partir de 1853, Karl comenzó a disfrutar de un ingreso regular por escribir dos artículos semanales para *The New-York Daily Tribune*. «Este ingreso estable nos permitió, en cierta medida, pagar antiguas deudas y llevar una vida menos teñida de ansiedades. [...] La Navidad de ese año fue la primera festividad alegre que tuvimos en Londres.»[\[846\]](#)

Entre agosto de 1851 y septiembre de 1852 la supuesto contribución de Karl fue un extenso material sobre la revolución en Alemania: más específicamente, dieciocho artículos sobre «La revolución y contrarrevolución en Alemania», pero en realidad fueron escritos por Engels.[\[847\]](#) En 1852 Charles Dana le pidió a Karl que escribiera uno o varios artículos que arrojaran cierta luz sobre «la crisis revolucionaria que asomaba en el horizonte». El primero de esos textos apareció en agosto de

1852. Su inglés no era aún muy bueno, así que el artículo fue escrito en alemán y traducido por Engels, pero en febrero de 1853 era ya capaz de escribir directamente en inglés. Dana quedó impresionado por los textos y en 1853 aumentó la paga de Karl de una a dos libras por artículo.

Dana ejercitaba su prerrogativa de editor, a veces incorporando sus textos a los editoriales, otras editándolos para asegurarse de que estuvieran de acuerdo con la línea editorial de la publicación. A veces sus artículos llevaban firma, otras no, pero alrededor de 1855 llegaron a un acuerdo de que todas sus entregas irían sin firma.

La demanda por los artículos de Karl (y Engels) oscilaba según el interés que los estadounidenses tuvieran en los asuntos europeos. Entre 1853 y 1854 *The Tribune* publicó cerca de ochenta de sus artículos, que le implicaron un ingreso de ochenta libras esterlinas en 1853 y ciento sesenta libras en 1854. Aunque la cifra descendió entre 1855 y 1856 —visto que Dana publicó solo cuarenta y veinticuatro artículos en esos dos años, respectivamente—, el déficit fue paliado en buena medida con los ingresos de otras cincuenta libras esterlinas provenientes de la *Neue Oder Zeitung*. En 1857 Dana estuvo de acuerdo en pagarle a Karl por un artículo a la semana, independientemente de que se publicara o no.^[848]

El segundo factor que sirvió para mejorar la suerte de la familia Marx fue fruto de la prosperidad creciente de Engels, cuyo sueldo inicial en Manchester había sido de cien libras al año, junto a doscientas más de un bono para «gastos y diversión». A mediados de la década de 1850 se acordó otorgarle un 5 por ciento de las ganancias de la empresa, cifra que aumentó a un 7,5 por ciento en torno a 1860. En 1856 esta participación en los beneficios alcanzó la cifra de cuatrocientas ocho libras, y en 1860 llegó a novecientas setenta y ocho libras. Esto implicó que sus ingresos aumentaran, en 1860, hasta muy por encima de las mil libras anuales, o ciento diez mil libras al año en valores de hoy.^[849] Además, en 1860 murió su padre, lo que permitió a Friedrich disponer más libremente de sus fondos. La familia Marx pudo así descansar en el apoyo cada vez más regular y generoso procedente de la posición de Engels en la empresa textil Ermen & Engels.

Finalmente, en 1856 la familia se benefició de dos legados hereditarios. En mayo Jenny recibió una herencia de ciento cincuenta libras esterlinas de parte de un viejo tío suyo de noventa años y, después de morir su madre en Tréveris, una suma adicional de ciento veinte libras en septiembre.[\[850\]](#) Como consecuencia, el 29 de septiembre de 1856 la familia se mudó de Dean Street al 9 de Grafton Terrace, en Haverstock Hill, Kentish Town. Engels, que ayudó a pagar parte del mobiliario para el nuevo hogar, le escribió a Jenny que «estáis verdaderamente en las afueras y en el campo, al pie de las colinas de Hampstead [...] en un distrito muy romántico». La realidad era, sin embargo, algo más prosaica. Kentish Town, una localidad que era todavía medio rural en la década de 1840, fue objeto de rápidas edificaciones en las dos décadas siguientes debido a la ampliación del ferrocarril. Según Jenny, era difícil acceder a la nueva casa: «No había ningún camino llano que llevara hasta ella. A todo nuestro alrededor había edificaciones en curso y uno tenía que abrirse paso por entre montones de escombros; los días lluviosos, el suelo de arcilla y pegajoso se apelmazaba en nuestras suelas, así que llegar a casa era una batalla agotadora y con los pies pesados».[\[851\]](#)

Grafton Terrace, compuesta de ocho pequeñas habitaciones en sus cuatro plantas, era «una vivienda principesca en comparación con las pocilgas en las que vivimos antes».[\[852\]](#) Pero a pesar del progreso aparente en comodidades y recursos, pronto volvieron las enfermedades, las deudas y las penurias financieras. En diciembre de 1856 Jenny estaba de nuevo enferma. Karl informaba de que estaba «aun medicándose ella misma todo el tiempo» y que había en la casa «un desorden tal que me resulta difícil instalarme a escribir». En enero de 1857 escribió a Engels:

Así pues, heme aquí sin ninguna perspectiva por delante y con responsabilidades cada vez mayores, absolutamente varado en una casa en la que he puesto el poco efectivo de que disponía y donde es imposible ir tirando día a día como hacíamos en Dean Street. Estoy por completo extraviado respecto a qué hacer ahora, en una situación incluso más desesperada que hace cinco años. Yo pensaba que había probado ya la hez más amarga de la vida, *mais non!* Y lo peor de todo es que no se trata de una crisis pasajera. No veo, ahora mismo, cómo voy a librarme de ella.[\[853\]](#)

Jenny tampoco se sentía muy a gusto en el proceso de adaptación a la nueva casa: «Pasó largo tiempo antes de que me acostumbrara a la completa

soledad. [...] Echaba a menudo en falta las largas caminatas que solía hacer por las calles atestadas del West End, y las reuniones, los clubes o nuestra taberna preferida, las conversaciones sencillas que tan a menudo me habían ayudado a olvidar, por un rato, las preocupaciones cotidianas».[854]

Más adelante ese mismo año, en un despliegue de sus propias angustias, Karl envió a Engels una carta en la que le hacía un exhaustivo listado de sus ingresos y gastos, todo para demostrarle que su situación era «absolutamente insostenible». Argumentaba que su «pensamiento abstracto» no era ya contrincante para las «miserias domésticas», que «lo muy desagradable que es todo ha provocado una crisis nerviosa en mi esposa»; el doctor Allen no descarta «una fiebre cerebral o algo parecido, a menos que sea enviada a algún balneario costero por un periodo bastante largo». Alegaba que «a mí, por mi parte, me daría exactamente lo mismo vivir en Whitechapel», pero siempre que hubiera tenido paz para proseguir con su labor, aun cuando ello implicara «un alojamiento de clase obrera», desembarazarse de las criadas y vivir solo de patatas. Aun así, teniendo en cuenta la «condición» de su esposa, ello era imposible. «La FACHADA de RESPETABILIDAD hasta aquí mantenida ha sido la única forma de evitar el colapso.»[855] Engels hacía, por su parte, lo que estaba en su mano para evitarles el desastre, pero a finales del año la situación había empeorado de nuevo. El 11 de diciembre de 1858 Karl se quejaba de que «en este hogar, las cosas parecen MÁS TRISTES Y DESOLADORAS QUE NUNCA ANTES». Jenny vivía acosada por las deudas y dando «paseítos a la casa de empeños del pueblo. [...] Mi esposa está absolutamente en lo cierto cuando dice que, después de toda la *misère* que ha debido atravesar, la revolución solo contribuirá a empeorar las cosas y darle el placer de ver a todas las farsantes de por aquí celebrando de nuevo su victoria por allí. Cosas de mujeres».[856]

Con todo, aunque en la década de 1860 las circunstancias concretas de la familia Marx variaron y pudo al fin disfrutar de los aderezos que supone una vida dentro de la clase media —colegios privados, lecciones de piano, mejores vestimentas, dos sirvientas—, subsistió la desproporción entre sus ingresos y gastos. El inicio de dicha década fue de nuevo una época difícil, pues aunque el apoyo financiero de Engels aumentó gradualmente, otras

fuentes de ingresos desaparecieron. En abril de 1857 Dana había solicitado a Karl que contribuyera con algo a la *New American Cyclopaedia*. Contaba con él «para encargarse de los temas militares», a razón de dos libras la página, y hacía hincapié en que las entradas de política, religión y filosofía no debían revelar «tendencia partidista alguna, cualquiera que ella fuese». [857] Esto significó que las más de sesenta y siete entradas publicadas en la enciclopedia fueran escritas por Engels, quien contribuyó con cincuenta y un ítems. No queda claro por qué ese acuerdo llegó a su fin, pero lo cierto es que después de 1860 ya no se publicó ninguna contribución más.

Las colaboraciones destinadas a *The Tribune* llegaron también a su fin. En 1857 Dana había escrito a Karl diciéndole que «los temas europeos, en sí bastante aburridos, han comenzado a quedar desplazados en nuestro foco de atención por el interés superior de los acontecimientos en este país y el momento que atraviesa». A principios de la década de 1860, con el comienzo de la guerra civil en Estados Unidos y las presiones de Horace Greeley, el dueño del periódico, para que cesaran las colaboraciones de Karl, Dana pidió suspender la publicación de sus artículos durante unos meses, hasta que en marzo de 1862 le escribió a Karl para anunciarle su propio e inminente retiro de *The Tribune* y pedirle que no enviara más colaboraciones. [858]

Los altibajos anímicos de Jenny persistían. En diciembre de 1861 Karl informaba a Engels de que su esposa estaba «en un estado de nervios peligroso» y que durante unos días el doctor Allen se había mostrado «seriamente alarmado». [859] Diez días después, cuando Karl le informaba a Jenny de un intento de renegociar los préstamos de ambos, esto le provocó «una especie de paroxismo». [860] Le decía a Engels que no sabía «cómo haré para sortear esta crisis». A finales de febrero de 1862 su hija Jenny, de diecisiete años, alterada y madura en grado suficiente «para sentir todo el peso y el estigma asociado a nuestras circunstancias», había hecho indagaciones sobre la posibilidad de incorporarse a las tablas. «Globalmente considerado —le decía Karl a su amigo—, llevar esta vida de perros apenas si VALE LA PENA.» Pocos meses después la situación no había cambiado mucho. La familia esperaba un envío de vinos que Engels había anunciado: «De no ser por ello, la casa está muy triste». [861] Al cabo

de un mes Karl se disculpaba por «andar llorando mi *misère*», pero «*que faire?* Cada día que pasa mi esposa dice que estaría mejor ya a salvo y con sus hijos en la tumba, y verdaderamente no puedo culparla por ello, pues las humillaciones, tormentos y urgencias que uno debe pasar en esta situación son ciertamente indescriptibles».[862] A finales del año, a una desgracia siguió la otra. Con los acreedores clamando por su pago, Jenny partió de viaje para reunir fondos en París, solo para comprobar que el posible donante acababa de sufrir un infarto. El 7 de enero de 1863 Engels escribió para comunicar que su compañera Mary acababa de fallecer: «La pobre muchacha me amaba con todo el corazón». Karl estaba, por cierto, demasiado preocupado por sus cosas para reaccionar como era menester ante la gravedad del hecho. El 8 de enero, tras apenas una referencia de pasada a «esa naturaleza afable, ingeniosa y tan cercana a ti» que era Mary, continuó lamentándose de su propio «infortunio». Todo estaba, para entonces, empeñado; los niños no podían salir de casa porque no tenían zapatos ni ropas de abrigo. Se excusaba por su egocentrismo, indicando a Engels que era a causa de «un remedio homeopático» que le habían suministrado y pretendió consolarlo con la idea de que «en vez de Mary, ¿no tendría que haber sido mi madre [la que hubiera muerto], siendo presa hoy de tantos achaques y habiendo disfrutado ya de una buena parcela de vida?». Enseguida reconsideraba lo dicho: «Ya ves qué extrañas ideas se le vienen a la mente a los “hombres civilizados” cuando están bajo la presión de determinadas circunstancias».[863]

Engels quedó profundamente dolido por «la visión tan fría» que Karl había adoptado frente a su «desgracia» y señaló que incluso otros «amigos, incluso conocidos más reaccionarios [...] me dieron muestras de mayor empatía y amistad que la que esperaba». Explicaba que no estaba en posición financiera de «aumentar la cifra de que hablas» y le aconsejaba explorar la posibilidad de un préstamo, un seguro de vida o una letra de cierta cantidad limitada que estuviese en posición de firmar; de fallar todo eso, tendría que recurrir a su tío Lion Philips, en Holanda.[864] Al cabo de unos diez días Karl hizo un esfuerzo no del todo convincente para excusarse por su comportamiento, atribuyéndolo a un momentáneo arrebato de ira con su esposa y a la negativa de ella a aceptar que no era posible «mantener

indefinidamente las falsas apariencias». Él mismo proponía una declaración de quiebra; las dos hijas mayores podían convertirse en institutrices, Lenchen se emplearía como criada en cualquier otro lugar, y él y Jenny se irían a una «HOSPEDERÍA MODELO DE LA CIUDAD».[865] Quizá esa carta contribuía más a crear alarma en el receptor en lugar de constituir una declaración seria de intenciones. En cualquier caso, Engels se sintió aliviado de comprobar que, al perder a Mary, no había perdido a la par a su «mejor y más viejo amigo». Aun así, «esa carta, te digo, me obsesionó una semana entera».[866]

De marzo de 1863 en adelante, las presiones económicas sobre la familia Marx se atenuaron gracias a los empeños de Engels y Ernst Dronke y, durante gran parte de agosto, Karl pudo enviar a la familia de vacaciones a Ramsgate. El 30 de noviembre murió Henriette, la madre de Karl. Entonces pidió dinero a Engels para viajar a Tréveris y liquidar el tema de la herencia, añadiendo un comentario más bien críptico: «Yo mismo he estado con un pie en la tumba. Siendo las circunstancias las que son, yo la requería presuntamente más que mi madre».[867] Afectado una vez más de su dolencia hepática, se quedó con su tío de Zaltbommel y no regresó a Londres hasta finales de febrero. En mayo de 1864 Wilhelm Wolff —Lupus—, el íntimo amigo de Karl, murió en Manchester, dejándolo como principal beneficiario de su testamento.[868] Sumado a lo que acababa de heredar de su madre, Karl recibió un legado de aproximadamente mil quinientas libras esterlinas (unas ciento setenta mil libras de hoy).

Pero ni siquiera con el giro de su suerte, los hábitos de la familia Marx se modificaron. Al volver de Holanda, el núcleo familiar se trasladó, antes de que concluyera marzo, al número 1 de Modena Villas, en Maitland Park. El alquiler por tres años era de sesenta y cinco libras anuales más un reajuste de cuatro a ocho chelines: un 80 por ciento más elevado que lo que pagaban en Grafton Terrace. Jenny gastó quinientas libras en mobiliario y menaje, incluido un «asombroso CUCHILLO TALLADO, CON TENEDOR Y TODO», para Engels.[869] Pero alrededor de un año después, el patrón familiar se había hecho nuevamente presente y el 31 de julio de 1865 Karl escribió a Engels explicándole su prolongado silencio:

Durante dos meses he estado viviendo únicamente de empeños, lo cual significa que una hilera de acreedores ha venido a golpear mi puerta, haciéndose cada días más intolerable. Este HECHO no te sorprenderá en absoluto si consideras: 1. que he sido incapaz de ganar un céntimo en todo ese tiempo y 2. que solo el pago de las *deudas* y amueblar la casa me ha costado algo así como quinientas libras. [...] Yo mismo no logro entender cómo se va el dinero.[\[870\]](#)

¿Cómo se explica esta recaída recurrente en la pobreza? Los londinenses estaban habituados a tener ingresos irregulares e inciertos. En la década de 1850 Henry Mayhew concluía:

Para cuatro millones y medio de individuos que dependen de su propio afán para sustentarse ellos y su familia, hay [...] trabajo apenas suficiente para emplear *regularmente* a la mitad de esa población laboral, de modo que solo un millón y medio goza de empleo fijo y estable, mientras que un millón y medio está empleado solo a medio tiempo y el otro millón y medio sobrevive desempleado, gozando *ocasionalmente* de un día de labor por la vía de desplazar a algunos de los restantes competidores.[\[871\]](#)

No era este un problema al que se enfrentaran únicamente los oficios manuales y las clases trabajadoras: baste pensar en el capitán Hawdon o Nemo, el personaje de *La Casa lúgubre*, antiguo oficial del ejército que se gana la vida como redactor judicial.

Pero en el caso de la familia Marx no era esta una pobreza en el sentido clásico del término. En 1862 la bienintencionada sugerencia de Lassalle de que una de las hijas de Karl podía emplearse al servicio de su socia, la condesa Von Hatzfeldt, fue percibida como una falta de consideración inaceptable hacia su estatus social y provocó alguna de las diatribas racistas más detestables de Karl:[\[872\]](#) «¡Tú imagínatelo! Este tío, enterado como está del tema americano, etcétera [la pérdida de ingresos provenientes de *The Tribune*], y por ende de la circunstancia crítica en que me hallo, tuvo la insolencia de preguntarme si querría yo prestarle a una de mis hijas a *la* Hatzfeldt como “compañía”». Una justificación de su reacción y la de Jenny era que estaba inspirada en la necesidad de asegurar el futuro de sus hijos. En julio de 1865 Karl admitía que «es cierto que mi casa está por encima de lo que mis ingresos me permiten y que, además, hemos vivido mejor este año que antes. Pero es la única forma de que los niños se aseguren una posición social con miras a garantizar su futuro». Karl suponía que Engels coincidiría con él en que, «aunque solo sea desde un

punto de vista comercial, administrar un hogar al estilo proletario no sería lo apropiado en las actuales circunstancias, aunque ello estaría perfectamente bien si mi esposa y yo fuéramos únicamente los dos o si las niñas fueran varones».[873]

Cabe dudar del último punto. La idea de administrar «un hogar al estilo proletario» nunca había estado en mente. Cuando Jenny llegó a Londres la primera vez, la familia había alquilado un apartamento en Chelsea con un coste dos veces más caro que el que más tarde habitaron en Grafton Terrace. Igualmente, en 1854 y pese a sus muchas deudas, se gastaron una suma considerable en un nuevo vestido para Jenny cuando tuvo que ir a visitar a su madre, «visto que naturalmente no podía llegar a Tréveris vestida con harapos».[874] Luego se comprobó que por la época en que murió Marianne, la hermanastra de Lenchen, la familia Marx había estado empleando a dos sirvientas durante los últimos cinco años. No era solo Jenny quien insistía en preservar las apariencias de un estilo burgués de vida, si bien no su realidad. Según Werner Blumenberg, a Karl le gustaba dar a los visitantes, en especial si eran extranjeros, la impresión de que vivía en una situación burguesa en extremo comfortable.[875] Frente a sus parientes holandeses, y en particular ante su tío Lion Philips, le gustaba aparentar que, a pesar de sus creencias políticas, no era reacio a algunos devaneos habilidosos en el mercado bursátil. En el verano de 1864, en vez de reconocer que había recibido el legado de Wilhelm Wolff, declaró que había ganado cuatrocientas libras esterlinas en inversiones exitosas en fondos estadounidenses y acciones en Inglaterra.[876]

En el caso de Karl, este comportamiento no se explicaba únicamente por la insistencia en mantener las formas y apariencias. Había, a la vez, la dignidad que se presuponía, en los años oscuros que pasó en el Soho, al líder de un «partido». David McLellan calcula que, en el año previo a su labor para *The Tribune*, Karl recibió ciento cincuenta libras esterlinas en donaciones (el equivalente, según las estimaciones de McLellan, al ingreso de una familia de clase media baja) y que esa suma incluía solo las cifras específicamente mencionadas; probablemente fuera mucho más.[877] Los donativos y el apoyo provenían no solo de Engels, sino de sus amigos en

Colonia, Daniels y Weerth, de Lassalle y de un primo de Jenny, y al menos en la época en que ella vivió en Chelsea, de Caroline, su madre.

El fin de la Revolución de 1848 y el hecho de que no estallara ninguna otra dejó a Karl frustrado y rabioso. Su irascibilidad se veía agudizada por la sensación de que su importancia no era reconocida. Lo enfurecían las pretensiones de «los grandes hombres del exilio» —Mazzini, Kossuth, Ledru-Rollin— y los aplausos que ellos sí recibían, pero se sentía además singularmente crispado con sus compatriotas, Gottfried Kinkel, Karl Heinzen o Arnold Ruge, sobre quienes vertía toda su bilis. Después de 1852 se había retirado de toda agrupación organizada, pero «el partido», tal y como él lo concebía, seguía en pie y continuaría desempeñando un papel privilegiado en el drama histórico en curso. Con la expresión «el partido» no aludía a la Liga Comunista. «La “Liga”, al igual que la Société des Saisons en París y otro centenar de sociedades, fue simplemente un episodio en la historia de un partido que está brotando naturalmente en todos lados, en el terreno fértil de la sociedad moderna.»^[878] Era «el partido» en un sentido histórico y mundial lo que seguía en pie. En términos más mundanos, era un grupo —de posiblemente no más de una docena, o dos docenas, de individuos— que se mantenía cohesionado por deferencia a Karl, por lazos de amistad y solidaridad política, y por el compromiso de mantener a la familia Marx a flote.

BONAPARTE Y EL BONAPARTISMO

La Revolución se había visto frenada por la recuperación económica. Este había sido el veredicto en el número doble y final de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*, lanzado en noviembre de 1850. Pero al cabo de un año lo que aún faltaba explicar era por qué la revolución ocurrida en Francia había derivado en un final tan grotesco. El último acto no fue una novedosa polarización de las fuerzas opositoras: es decir, de un proletariado parisino recuperado de la derrota sufrida en junio y enfrentado al Partido del Orden, que ahora enjaezaba en su seno las fuerzas combinadas de orleanistas, legitimistas y republicanos conservadores. En

lugar de ello, se había producido el triunfo de un impostor, Luis Napoleón, capaz en apariencia de situarse por encima del derrotero prefijado de la lucha de clases. Así, lo que era preciso explicar era «el modo en que la lucha de clases en Francia acabó generando circunstancias y relaciones que hicieron posible que un individuo mediocre y grotesco se alzara con el papel del héroe». Este fue el tema de la serie de ensayos escritos por Karl entre diciembre de 1851 y marzo de 1852 analizando en detalle la secuencia conducente al golpe de Estado de Bonaparte.

Al igual que otros autores de la época, y de manera notoria Victor Hugo, a Karl le impresionaba el contraste ridículo entre el tío (Napoleón I) y el sobrino, Luis Bonaparte. En un afán de subrayar ese punto, Engels sugirió una comparación entre el golpe dado por Bonaparte el 2 de diciembre de 1851 y la toma del poder por Napoleón en 1799, en el «18 Brumario» original. El día siguiente al golpe escribió a Karl recordándole la idea de Hegel de que el Espíritu del Mundo hacía que «todo se escenifique dos veces, la primera como una gran tragedia y la segunda como una farsa abyecta». Karl resolvió aprovechar la idea; de ahí el título de su ensayo: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.[\[879\]](#)

El ensayo resultó un documento más acabado y puntilloso que *La lucha de clases en Francia*. El grueso del texto consistía en un resumen detallado punto por punto del conflicto entre Bonaparte y la Asamblea Nacional. Bonaparte había sido elegido presidente de Francia por el voto masculino, y por amplia mayoría, el 10 de diciembre de 1848. Las dos modalidades sucesivas de la Asamblea Nacional habían sido también elegidas sobre la base del sufragio masculino universal. La primera, la Asamblea Nacional Constituyente, había surgido en el periodo de conformación de la República, que iba del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849. La segunda, la de la República Constitucional o Asamblea Nacional Legislativa, abarcaba el periodo que iba del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, el momento del golpe de Estado de Bonaparte.

Las bien conocidas líneas iniciales del ensayo, que presentaban el contraste entre los episodios vividos por los dos Napoleones como una tragedia y una farsa, respectivamente, constituían una entrada notable, pero el tratamiento como una suerte de comedia de la crisis vivida a mediados

del siglo parecía en otros sentidos inapropiada. Pasaba por alto lo que era importante en la secuencia de los acontecimientos: ante todo, la emergencia de una modalidad novedosa de política democrática resultante de la participación directa del «pueblo» (o, al menos, de los varones adultos) en el proceso electoral. La creación de una Constitución basada no solo en el sufragio masculino para elegir la Asamblea Nacional, sino a la vez (siguiendo el ejemplo de Estados Unidos) en la elección de un Ejecutivo presidencial independiente, cambió por completo la forma y el contenido de la política francesa. En lugar de «la república burguesa» anticipada por la clase política, un electorado bisono eligió a un advenedizo cuyo poder y legitimidad no dependían de la Asamblea Nacional, sino directamente del voto. Además, el nuevo ordenamiento constitucional propuesto por la Asamblea requería que el presidente ocupara el cargo durante cuatro años y que no fuera reelegido al cabo de ese periodo.

Bonaparte fue hábil en explotar las posibilidades de su nuevo cargo. La Francia conservadora había vivido la República de Febrero como un trauma atemorizante; su retórica socialdemocrática parecía justificar todos los temores sobre el comunismo que venían reiterándose sin fin desde la Monarquía de Julio y que habían quedado en apariencia confirmados por la insurrección de junio en París. Las elecciones de mayo de 1848 habían generado una Asamblea moderada en términos generales, pero escindida entre legitimistas, orleanistas y republicanos conservadores. Como establecía Karl de manera enfática, solo la existencia de la «república parlamentaria» permitía a los partidarios de casas reales antagónicas unirse en el Partido del Orden, aunque la solución era inestable. Cuando la amenaza de la izquierda socialdemócrata —La Montaña— arreciaba, la presión a favor de la unidad dentro del Partido del Orden aumentaba. Cuando esa amenaza remitía, la Cámara tendía a fragmentarse entre sus componentes. Frente al mundo exterior, esas tensiones y antagonismos resultaban aburridos o peligrosos. El Partido del Orden perdió a su vez apoyos en la Asamblea Nacional al imponer restricciones sustanciales al derecho a voto.[\[880\]](#)

Como presidente, Bonaparte tenía acceso privilegiado al ejército y al vasto número de funcionarios de los gobiernos centrales y locales, que

habían aumentado durante la monarquía absolutista francesa y con Napoleón. Además, tenía considerables facultades ejecutivas y un amplio espacio ideológico en el cual maniobrar. Su innovación consistió en acatar la soberanía popular y restaurar el sufragio universal —hasta entonces, la pesadilla de todos los conservadores—, pero insertarlos en un marco fuertemente conservador y nacionalista. Apelaba, por encima de quienes lideraban la Asamblea Nacional, a todas las clases sociales: tanto a las clases medias como al campesinado, pidiendo orden y tranquilidad, y a las clases trabajadoras a través de restaurar el sufragio universal y su vaga promesa de abordar la cuestión social.^[881] La idea de que no solo el Gobierno representativo sino también la democracia política podían quedar en manos de una política populista de derechas era algo enteramente nuevo. Fue una de las formas en que 1848, lejos de constituir una reiteración farsesca o cómica, representó una innovación esencial en la política decimonónica.

La experiencia de 1848 no disminuyó en nada la aversión de Karl hacia la democracia política y el sufragio universal. En *La lucha de clases en Francia* se había refocilado con la idea de que «el sufragio universal no era la varita mágica que habían creído los probos republicanos». Su gran mérito era «desencadenar la lucha de clases» o arrebatarse «sus ilusiones» a las clases medias, y a los diversos segmentos de las clases explotadoras su «máscara engañosa».^[882] En *El Dieciocho Brumario* su postura permanecía intacta. Después de aludir al «Santo Grial del voto universal», escribía que «[e]l sufragio universal solo pareció sobrevivir un instante para hacer su testamento de puño y letra a los ojos del mundo entero y poder declarar, en nombre del propio pueblo: “Todo lo que existe merece perecer”».^[883]

En vez del enfoque que adoptaban los demócratas, en el sentido de que todo el periodo de la Asamblea Constituyente y de la Legislativa podía verse como «una simple lucha entre republicanos y realistas», Karl intentaba presentar la secuencia de los hechos como el resultado de la lucha de clases o la relación contradictoria de las fuerzas y relaciones de producción. Los frutos de su intento resultaron híbridos. Al considerar con más atención la situación, decía él, «se esfuma esta apariencia superficial,

que vela la lucha de clases y la peculiar fisonomía de este periodo». El ejemplo más claro era el conflicto entre legitimistas y orleanistas. Lo que dividía «a las flores de lis y la bandera tricolor» no era «eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. [...] Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes».[884]

Esto no era una propuesta singularmente controvertida, pues, como el propio Karl reconocía, la caracterización del nexo entre burguesía y aristocracia como una modalidad de la lucha de clases entre el campo y la ciudad había sido algo habitual entre los historiadores a partir de la obra de Guizot, Thierry, Thiers y otros autores de la década de 1820.[885] Pero ¿por qué debía un segmento de la burguesía apoyar una república en lugar de a un partido dinástico? Karl no tenía ninguna interpretación «materialista» que ofrecer, solo una tautología: «No se trata de una fracción de la burguesía cohesionada por grandes intereses comunes y deslindada por condiciones peculiares de producción, sino de una pandilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y funcionarios de ideas republicanas».[886] El proletariado no entraba en la discusión, por cuanto se lo había dejado presuntamente fuera de combate en la represión contra la insurrección de junio. En el caso de los demócratas y republicanos de la «pequeña burguesía», se planteaba que este grupo no quería «imponer un interés egoísta de clase» pero tendía a asociar las condiciones específicas de su propia emancipación con las condiciones generales de emancipación de la sociedad. Su principal preocupación era armonizar los intereses del trabajo y el capital. Dentro del término «pequeñoburgués» cabían y se combinaban categorías ocupacionales que diferían mucho entre sí: por una parte, los escritores democráticos, por otra los tenderos, por citar solo un ejemplo. Pero en un audaz intento de sugerir y explicar su postura compartida, se argumentaba que «pueden estar a un mundo de distancia [...] por su cultura

y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeñoburgueses en modo de vida».[887] Finalmente, en el caso de la burguesía en sí, la dificultad —se sugería— estaba en que ya no podía encubrir su dominio detrás de la Corona, como había hecho durante la Monarquía de Julio. La revolución había dado pie a una opción en la que el dominio burgués, entreverado con el Partido del Orden, había quedado en absoluta evidencia. «La revolución [...] había terminado la mitad de su labor preparatoria. [...] Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a [la] perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. [...]. [La burguesía] se rebeló, llevada del entusiasmo por su bolsa, contra sus propios políticos y literatos.»[888]

En su afán de explicar la razón por la que Francia parecía haber escapado del «despotismo de una clase para reincidir en el despotismo de un individuo y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad», Karl describía puntillosamente a dos supuestos grupos sociales. [889] El primero de ellos era el campesinado, del que decía que «la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional». Sus integrantes eran como patatas en «un saco de patatas». Eran «incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre. [...] No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su expresión última en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad».[890]

Lo que este recuento tan ingenioso sociológicamente omitía era, en primer lugar, el hecho de que la victoria electoral de Bonaparte en 1848 le debía tanto a París y a las ciudades como al campo.[891] En segundo lugar, y en una matización relevante, Karl concedía que «la dinastía de Bonaparte no representa al campesino revolucionario, sino al campesino conservador»;

«no representa la ilustración, sino la superstición del campesino».[892] Difícilmente podía no hacerlo, considerando que la única rebelión fundamental contra Bonaparte en el golpe de Estado de 1851 fue predominantemente una rebelión de campesinos y de la Francia pueblerina.

En su ensayo, el otro gran promotor de la causa bonapartista era el llamado *Lumpemproletariat*. Esta era una idea muy de su época. Durante la primera mitad del siglo XIX la ansiedad por las grandes dimensiones de las ciudades y el anonimato cultivado en ellas adoptó la forma de un temor — que se explicitaba con frecuencia— a los límites inciertos e invisibles entre pobreza y criminalidad; o en el lenguaje actual, entre *la classe laborieuse* y *la classe dangereuse*. En la década de 1940 estas preocupaciones habían generado un nutrido y popular género literario que incluía desde el *Oliver Twist* de Dickens hasta *Los misterios de París* de Eugène Sue y el estudio *London Labour and the London Poor* de Henry Mayhew.

Pareciera que Karl compartía este mito urbano, y su caracterización de los componentes de esta «clase» resultó bastante típica:

Junto a *roués* arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, [prolifera] vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman *la bohème*. [893]

Igual que otros autores, Karl consideraba a este grupo muy capaz de conspirar. En su versión, el *Lumpenproletariat* parisino estaba organizado en «secciones secretas» y a disposición de Bonaparte. «Este Bonaparte, que se erige en *jefe del Lumpenproletariat*, [894] que solo en este encuentra reproducidos en masa los intereses que él personalmente persigue, que reconoce en esta hez, desecho y escoria de todas las clases, la única clase en la que puede apoyarse sin reservas, es el auténtico Bonaparte.» [895]

Como este melodrama aludía a una realidad social, reflejaba el vasto alcance de la marginalidad y el subempleo no solo entre los trabajadores pobres, sino en el seno de cada clase social, desde la progenie ilegítima de la aristocracia hasta el soldado desmovilizado y los hombres de negocios en quiebra, y así hasta el tipo de Joe, el barrendero huérfano que Dickens

describe en *La Casa lúgubre*. En la década de 1850 Mayhew evocaba una imagen similar en su caracterización de los muelles de Londres:

Aquellos incapaces de ganarse la vida en el oficio para el cual fueron educados pueden ganársela sin ningún entrenamiento previo. De ahí que veamos a hombres de cualquier vocación trabajando en los muelles. Hay carniceros en decadencia y en la bancarrota, panaderos, taberneros, almaceneros, antiguos soldados, antiguos marineros, refugiados polacos, caballeros venidos a menos, secretarios de algún abogado despedidos, funcionarios sancionados, limosneros, pensionistas, criados, ladrones..., por cierto, cualquier hombre que quiera una hogaza de pan y esté dispuesto a trabajar por ella.^[896]

Aun así, no había una semejanza evidente entre los diez mil «miserables» o miembros de la denominada Sociedad del 10 de Diciembre que *El Dieciocho Brumario* describía y la Guardia Móvil, que se decía a su vez conformada por *Lumpenproletariats* y aparecía caracterizada en *La lucha de clases en Francia*. Sin duda, entre los seguidores de Bonaparte había una proporción de aventureros de toda laya, pero describir a esta variedad de individuos como una «clase» era bastante extravagante.

A causa de la insistencia de Karl en perfilar el triunfo de Bonaparte en términos de clase, pareciera que el punto fundamental era dejado de lado. Como él mismo lo percibía, «Bonaparte quisiera aparecer como el bienhechor patriarcal de todas las clases». Se las arreglaba para presentarse como un aliado de la clase media y un protector de los campesinos contra la amenaza de la burguesía. Al restaurar el sufragio masculino, que había sido abolido por el Partido del Orden en la Asamblea Nacional, podía a la vez presentarse como un amigo de la clase obrera. Practicaba lo que más adelante se denominaría «populismo». No era tanto el «entusiasmo por su bolsa» como un temor generalizado a la anarquía y la amenaza del triunfo socialista en las elecciones de 1852 lo que le permitía apelar a todas las clases sociales como un aliado del orden y de un Gobierno ejecutivo fuerte.

Tanto al comienzo como al final del texto, Karl recurría a Benjamin Constant para situar a Bonaparte en un contexto más amplio. Constant había escrito en las dos primeras décadas del siglo XIX sobre la revolución de 1789-1814, que «se adornaba ella misma, en forma alternativa, como la República romana y como el Imperio romano». Karl apelaba a la crítica que Constant hacía de los jacobinos por confundir la concepción antigua de la

libertad y la noción moderna. Con la moderna sociedad mercantil, decía Constant, venía la teoría de la libertad respectiva. El comercio y la paz habían sustituido a la antigua confianza en el saqueo, la esclavitud y la guerra. ¿Cómo era posible entonces que los imperativos pretendidamente pacíficos de la sociedad mercantil —el *doux commerce*, como lo designaban sus admiradores del siglo XVIII— hubiera hecho surgir a un déspota y un guerrero como Napoleón? Constant planteaba que «el ejercicio prolongado del despotismo es hoy imposible», que el despotismo, como la usurpación y la conquista, era «un anacronismo».[897]

Karl no atacaba a Luis Napoleón Bonaparte por su papel de guerrero, como había hecho Constant, pues el emperador no contaba para él con ningún prestigio militar que enarbolar. Pero al hacer hincapié en su relativo distanciamiento de las clases fundamentales dentro de la sociedad burguesa y en su relación con el ejército y el campesinado, seguía de cerca a Constant cuando lo acusaba de «anacronismo»: «Como vemos, *todas las idées napoléoniennes son las ideas de la parcela incipiente, juvenil*, pero constituyen un contrasentido para la parcela caduca. No son más que las alucinaciones de su agonía».[898]

Aun cuando para entonces Karl esperaba que la revolución resurgiera alguna vez solo por depender de los ciclos comerciales, persistía en su planteamiento una nota de optimismo apocalíptico: «La parodia del imperio era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y hacer que se destacase nítidamente la contraposición entre el Estado y la sociedad. Conforme avanza la ruina de la propiedad parcelaria, se derrumba el edificio del Estado construido sobre ella».[899] «Pero la revolución —se consolaba a sí mismo— es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. [...] Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: “¡Bien has hozado, viejo topo!”».[900]

Igual que en *La lucha de clases*, el rasgo más destacado en su nueva concepción de la historia pasaba por su negativa a conceder un espacio autónomo a las inquietudes políticas del pueblo. Consideraba el sufragio universal una ilusión parecida a la idea de equidad en los intercambios económicos, o a la otra ilusión que veía las categorías económicas como algo natural, eso que más tarde habría de denominar él mismo «el fetichismo de las mercancías». La ilusión de la democracia política era otro síntoma del poder enajenante de la sociedad mercantil. Solo que esa negativa suya a considerar el sufragio universal como poco más que un síntoma patológico imponía serias limitaciones a su comprensión de la secuencia que habían seguido los hechos. Lo hacía subestimar las formas en que el sufragio impulsaba la revolución en direcciones bien distintas a todo lo conocido entre 1789 y 1830.

Como fruto de ello, su lectura de la secuencia que había culminado con la implementación del sufragio universal, con la abrumadora mayoría electoral de Bonaparte y finalmente con su golpe de Estado era una lectura deliberada y obstinada. Planteaba que esos hechos se traducían en la maduración del «partido de la insurrección» y su transformación en «un verdadero partido revolucionario», y que la instauración del Segundo Imperio no era una derrota de la burguesía, sino una nueva forma del dominio ejercido por esa misma burguesía. Pero decía poco de la que era su consecuencia más obvia: que como fruto de la exigencia política del voto universal masculino en Francia en 1848, y de nuevo en Alemania en la década de 1860, tanto los liberales como los partidos del orden más tradicionalistas habían sido derrotados no por los demócratas radicales de izquierda, sino por las maniobras demagógicas de líderes poslegitimistas no ortodoxos y de derechas: Bonaparte y Bismarck.

Si Karl esperaba que *El Dieciocho Brumario* causara revuelo entre los exiliados alemanes de tendencias radicales y afincados en Londres o Nueva York, sufrió una decepción. El texto debía aparecer, originalmente, como una sucesión de artículos en *Die Revolution*, un nuevo semanario creado por Joseph Weydemeyer, el amigo de Karl en Nueva York, pero la publicación se fue a pique tras sus dos primeros números y el texto de Karl llegó demasiado tarde para ser incluido. Weydemeyer lo publicó como una

primera edición de otra revista «no periódica» también llamada *Die Revolution (La Revolución)*, en mayo de 1852. Pero, para mayor crispación de Karl, puso mal el título y lo llamó *El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón*, pese a que en el texto Karl se había referido en todo momento, enfáticamente, a «Luis Bonaparte» a secas, como parte de su determinación de negar a Bonaparte la legitimidad que le otorgaba el nombre Napoleón. Weydemeyer no pudo retirar la edición, pero a Europa llegaron de hecho muy pocas copias, así que el texto siguió siendo prácticamente desconocido. La primera edición asequible no apareció hasta 1869.[\[901\]](#)

Puede que ello contribuya a explicar el tono agrio y sardónico de *Los grandes hombres del exilio*, su próximo ensayo, coescrito con Engels, una parte en Londres y la otra en Manchester, entre mayo y junio de 1852. Si este ensayo se concibió como una ingeniosa ocurrencia contra los demócratas alemanes del exilio, la acritud que subyace asoma bastante pronto. Comienza con un texto satírico sobre Gottfried Kinkel, poeta y pastor, cuya búsqueda sentimental de su «auténtico ser interior» y de un compañero de verdad se mostraba en boca de un tal Heinrich von Ofterdingen en su pretensión de hallar «la flor azul».[\[902\]](#) Gracias al empecinamiento de su esposa Joanna, Kinkel había sido liberado de su cárcel prusiana, donde fue confinado tras ser capturado en Rastatt al final de la campaña de Baden. Una vez en Londres, fue tratado como un héroe y agasajado por la sociedad londinense y hasta invitado a conocer a Dickens. Era presentado alternativamente como «el Cristo democrático» o «el Lamartine alemán».

En esta primera parte, el tono de la publicación seguía siendo liviano, pero después la embestida se tornaba vulgar y destemplada.[\[903\]](#) He aquí la descripción que ofrece de Gustav Struve, uno de los líderes del alzamiento de Baden en 1848-1849: «Al primer vistazo de su aspecto correoso, sus ojos desorbitados y su expresión furtiva y estúpida, de las greñas brillosas residuales en su testa despojada de pelos, de sus rasgos medio esclavos medio calmulos, tras ese primer vistazo a uno no le cabe dudar de que se halla en presencia de un hombre inusual».[\[904\]](#) Pero a Arnold Ruge, su antiguo mentor, le tenía reservado un tratamiento incluso peor, describiéndolo como «el guardia suizo de la filosofía alemana»:

Sus colegas parisinos acostumbraban a resumir sus rasgos eslavo-pomeranos con la expresión «cara de hurón». [...] He aquí el vertedero en que se funden de manera extraña las contradicciones de la filosofía, la democracia y la fraseología; un hombre así está además dotado de todos los vicios, de las cualidades perversas y mezquinas, la malicia y la estupidez, la avaricia y la tosquedad, el servilismo y la arrogancia, la actitud poco confiable y la bonhomía del siervo emancipado y del campesino: filisteo e ideólogo, ateo y venerador de eslóganes, un ignorante absoluto y un filósofo absoluto, todo en uno: ese es el Arnold Ruge que Hegel predijo en 1806. [\[905\]](#)

Al igual que ocurriera con *El Dieciocho Brumario*, estaba planeado que *Los grandes hombres del exilio* apareciera en *Die Revolution* de Weydemeyer. Cuando esa publicación naufragó, fue necesario buscar alternativas. En julio de 1852 el coronel Bangya, un húngaro exiliado y confidente de Kossuth de quien Karl se había hecho amigo, le prometió que haría publicar el texto en Alemania y que le pagarían una cifra de veinticinco libras esterlinas. Bangya no cumplió su promesa y resultó ser un espía al servicio de la policía austriaca, francesa y prusiana. El ensayo no se publicaría hasta el siglo xx. [\[906\]](#)

THE NEW-YORK DAILY TRIBUNE Y SU LABOR PERIODÍSTICA EN LA DÉCADA DE 1850

De 1852 en adelante Karl logró ganarse la vida como corresponsal europeo de *The New-York Daily Tribune*. Se estima que *The Tribune* publicó cuatrocientos ochenta y siete artículos suyos, trescientos cincuenta escritos efectivamente por él, ciento veinticinco por Engels y doce por ambos. Esto superó con mucho a lo que escribió para la *Neue Rheinische Zeitung* o sus contribuciones en la década de 1850 para *The People's Paper*, la revista cartista de Ernest Jones, o el *Free Press*, la publicación turcófila de David Urquhart. Solo en 1855, en sus doscientas veinte o más colaboraciones para la *Neue Oder Zeitung* sobrepasó un poco su productividad con *The Tribune*. Su labor para este último fue a la vez excepcional porque duró un largo periodo: la primera colaboración tiene fecha de agosto de 1852, la última está datada a inicios de 1862, casi diez años en total. La labor destinada a

The Tribune fue valiosa no solo porque le proveía de una fuente de ingresos, sino porque en los largos años que siguieron a 1848 era una forma de abordar los nuevos desarrollos habidos en el mundo. Como Jenny escribía tras mudarse lejos del bullicio y la vitalidad del Soho, «por fortuna, aún tengo que pasar en limpio el artículo para *The Tribune* dos veces por semana, eso me mantiene en contacto con el acontecer mundial».[907]

En 1850 el editor de *The Tribune*, Charles Dana, que había quedado gratamente impresionado por Karl cuando se conocieron en Colonia en 1848, lo invitó a ser corresponsal de la publicación. Dana había sido previamente, junto a Nathaniel Hawthorne, Emerson y otros, miembro del «falansterio fourierista» de Brook Farm en 1842. Después de que un fuego arrasara el falansterio en 1846, derivó al periodismo bajo la égida de Horace Greeley y, en 1848, dio testimonio como corresponsal en Europa de la insurrección de junio en París y de los desarrollos revolucionarios en Berlín. Como fruto del interés estadounidense en las revoluciones europeas, la circulación de *The Tribune* se había disparado en la década de 1850 y alcanzado los doscientos mil ejemplares, la mayor circulación del mundo en aquella época. Bajo la dirección de Dana, la publicación conservó un interés por el fourierismo y se opuso a la esclavitud y la pena de muerte, a la vez que favorecía el proteccionismo y la prohibición.

Un número tan elevado de artículos en un periodo tan extenso sugiere que, a pesar de algunas diferencias políticas evidentes, las colaboraciones de Karl eran valoradas por *The Tribune* hasta tal punto que, durante algunos años, más de un tercio de sus entregas fueron publicadas en la página editorial del diario. El propio Dana brinda una perspectiva relevante del valor que el trabajo de Karl adquirió para *The Tribune*. En marzo de 1860 Karl le solicitó un testimonio de apoyo a su contencioso con Carl Vogt, el cientista y partidario del bonapartismo. Dana ensalzó en ese momento la labor de Karl: «Hace cerca de nueve años te enganché para que escribieras para *The New-York Tribune*, un compromiso que ha seguido su marcha desde entonces. Has escrito para nosotros de manera constante, sin ninguna interrupción, eso me consta, y eres no solo uno de los colaboradores más valorados de la publicación, sino de los mejor pagados». Pero lo que esa carta de Dana tiene de valioso es que sus halagos no carecían de algún

matiz: «El único fallo que podría mencionarte es que, ocasionalmente, has demostrado cierta sensibilidad y tono demasiado alemanes para una publicación estadounidense. Ha sido el caso en relación con Rusia y Francia. En los temas referidos al zarismo y al bonapartismo me ha parecido, a veces, que había de tu parte un excesivo interés y un exceso de ansiedad por el asunto de la unidad e independencia de Alemania».[908] Dana percibía correctamente cierta cualidad obsesiva en el análisis que Karl hacía para *The Tribune* en «Zarismo y bonapartismo», un rasgo que asomaba incluso con mayor intensidad en sus restantes escritos del periodo. Muchos revolucionarios arengaban en 1848 al pueblo a una guerra total contra Rusia, lo que posiblemente contribuiría a galvanizar las energías revolucionarias del pueblo. Por su lado, Rusia estaba decidida a preservar el arreglo de 1815 en Viena y fue muy activa, en nombre de ese acuerdo, en impulsar la contrarrevolución durante el bienio de 1848-1849. Esto había revertido la intervención en Schleswig-Holstein y en Posen, y los revolucionarios reparaban de manera acertada en que el monarca prusiano era cuñado del zar. Rusia había apuntalado al quebrado Imperio austriaco por la vía de intervenir masivamente contra la revolución en Hungría durante el verano de 1849. En la izquierda comenzaba a abrirse paso, a la vez, una postura eslavófila que atraía sobre todo a los sectores desencantados por la historia más bien decepcionante de la revolución en Occidente. Karl había reaccionado de frente, junto a otros revolucionarios, contra este fenómeno y denunciado las iniciativas paneslavistas de Bakunin, Herzen y Bruno Bauer.[909]

Entre los sectores políticos de Gran Bretaña y Francia había también preocupación por Rusia, vista no tanto como el protector de la contrarrevolución europea, sino más bien como una potencia militar expansionista con pretensiones sobre el fallido Imperio otomano y con la ambición de controlar el acceso al mar Negro. En la primavera de 1853 esas tensiones culminaron en la guerra de Crimea entre Rusia y los otomanos, quienes recibieron el apoyo de Gran Bretaña y Francia.

En Gran Bretaña la visceral rusofobia de Karl encontró su expresión local en las teorías conspirativas de David Urquhart, el romántico y poco ortodoxo parlamentario conservador. Urquhart, que alguna vez luchó por la

independencia griega y era ahora un ardiente partidario de los otomanos, había promovido durante años una campaña infatigable contra la política exterior de lord Palmerston. A principios de 1853 Karl se sintió atraído por los escritos de Urquhart cuando Engels llamó su atención sobre «el parlamentario medio loco que denuncia a Palmerston por estar a sueldo de Rusia».[910] Para el otoño de ese mismo año, en una serie de ocho artículos sobre Palmerston, Karl había asumido buena parte de la línea de pensamiento de Urquhart: «¿A quién le debía el zar la ocupación de Constantinopla con sus tropas y el hecho de haber podido transferir, en virtud del Tratado de Unkiar-Skelessi, el trono del Imperio otomano de su sede en Constantinopla a San Petersburgo? A nadie más que al honorable y recto Henry John, vizconde de Palmerston».[911] En diciembre, después de haber renunciado Palmerston, Karl declaraba que, como fruto de las revelaciones de Urquhart tanto en sus discursos pronunciados en mítines antirrusos como en sus textos, Palmerston había «quedado al descubierto».[912] Para entonces, la revista *Free Press* de Urquhart había impreso quince mil copias del panfleto de Karl titulado *Palmerston y Rusia*, mientras que el *Sheffield Free Press*, otra publicación de Urquhart, reimprimía cierto número de otros artículos suyos en torno al mismo tema.

En cuanto a la conexión entre Gran Bretaña y Rusia, Karl siempre intentó presentarse como un investigador imparcial que no compartía la obsesión unilateral de Urquhart. «Los escritos de Urquhart sobre Rusia y contrarios a Palmerston han conseguido interesarme pero no convencerme», declaraba. Pero si esa era su postura inicial, no duró mucho. Para verificar las denuncias de Urquhart, «me dediqué al laborioso análisis de las actas de los *Debates Parlamentarios* y las *Actas Azules* de la diplomacia entre 1807 y 1850». Supuestamente, esto «verificaba las relaciones de Palmerston con el Gabinete de Petrogrado, fundándome para ello en sus transacciones con Polonia, Turquía, Circasia, etcétera».[913] Ni siquiera el hecho de que Gran Bretaña estuviera ahora supuestamente en guerra con Rusia atenuaba la creencia en esta colusión detectada, pues la guerra que tenía lugar en Crimea era solo una fachada. El conjunto de la diplomacia británica entre 1830 y 1854 podía reducirse a un único principio: «Evitar a cualquier coste

la guerra con Rusia». «La guerra con Rusia —declaraba Karl a finales de 1854— nunca ha estado ni cerca de ocurrir.»[\[914\]](#)

Dos años después, en el bienio 1856-1857, examinó los documentos diplomáticos disponibles en el Museo Británico, que se remontaban a principios del siglo XVIII. Allí descubrió «la colaboración secreta y constante entre el Gabinete de Londres y el de Petrogrado», empezando por la época de Pedro el Grande, quien «unía a la habilidad política del esclavo mongol la orgullosa aspiración del amo mongol, y había heredado de Gengis Kan, en su última voluntad, la ambición de conquistar la tierra». [\[915\]](#) Como prefacio, incluía el texto *Revelaciones de la historia diplomática en el siglo XVIII*.

En la década de 1830, justo cuando la inquietud por las ambiciones expansionistas de la Rusia zarista se volvió algo habitual entre la clase política británica, cundió la misma ansiedad por la temeridad política de Napoleón III, y en ambos casos esas inquietudes se vieron ampliamente avaladas por la opinión pública. Las sospechas acerca de las pretensiones rusas sobre el Imperio otomano bastaron para provocar la guerra de Crimea entre 1853 y 1856, mientras que la hostilidad hacia Napoleón III provocó la caída del Gobierno de Palmerston en 1858, cuando intentó introducir, a instigación de los franceses, una ley que limitaba el derecho de asilo tras el intento de un nacionalista revolucionario, Felice Orsini, de asesinar al emperador galo con un explosivo hecho en Gran Bretaña.

Como en el caso de sus escritos sobre Rusia, hacia Bonaparte había a la vez una dimensión extra de hostilidad, alimentada por la amargura y desilusión que le habían provocado las derrotas de 1848 y 1851. Karl y otros autores caracterizaban permanentemente a Bonaparte como un aventurero o un apostador, y esto derivaba en continuas especulaciones acerca de cuál sería, hipotéticamente, su próxima y desesperada jugada. Desde la época del golpe dado por el propio Bonaparte en 1851 y en el transcurso de dicha década, la esperanza más inmediata era que su dependencia del ejército lo conduciría, probablemente en alianza con Rusia, a alguna aventura militar y ello quizá desataría una gran guerra europea. Contra quién se dirigiera Bonaparte era un tema secundario. Podía intentar complacer a los católicos franceses, como había hecho al lanzar la

expedición a Roma para restaurar al Papa en su trono. Podía buscar vengar la humillación de Waterloo, lo cual sugería un posible conflicto con Inglaterra. O podía intentar convertirse en adalid del «principio de nacionalidad» y así promover una guerra con Austria contra Italia. El punto fundamental era fortalecer su apoyo dentro del ejército. Como Engels escribió a Karl a las pocas semanas del golpe, «que el bueno de Luis Napoleón deba ir a la guerra parece claro como el agua y, si llega a un entendimiento con Rusia, probablemente escogerá una riña con Inglaterra». [916] En los años desoladores de la reacción posterior a 1848 y hasta el inicio de la guerra italiana en 1859, lo que alimentaba las esperanzas revolucionarias supervivientes de Karl, Engels y el «partido» era o bien la posibilidad de una guerra europea o bien la perspectiva de una crisis económica a nivel mundial.

En febrero de 1856 Karl especulaba con las dificultades económicas de Bonaparte, manifestando que «por primera vez en su historia, el pueblo francés se ha mostrado indiferente a su vieja afición a *la gloire*». Esto significaba «que el clímax de la época del bonapartismo ha pasado». [917] Pero en junio de ese año tuvo que conceder que, por el momento, Bonaparte había resuelto el problema. Su golpe se había inspirado en «dos pretensiones diametralmente opuestas, al proclamar que su misión era, por una parte, salvar a la *bourgeoisie* y al “orden material” de la anarquía roja que se desataría en [la elección] de mayo de 1852, y, por otra, salvar a la clase trabajadora del despotismo de la clase media concentrado en la Asamblea Nacional». Ahora había descubierto un medio para satisfacer simultáneamente estas dos demandas contradictorias. El éxito de los innovadores métodos alguna vez diseñados por los sansimonianos en el Crédit Mobilier había conducido, de momento, a la creencia de que «todo el antagonismo de clases deberá desaparecer antes de que se haya generado una riqueza universal, en virtud de algún nuevo invento, igual de inútil, en la forma de un crédito público». [918]

En 1858 Karl especulaba de nuevo en torno al fin inminente del régimen bonapartista, dado que la prosperidad en la que este descansaba había sido arrasada por la crisis mercantil de 1856 y 1857. Únicamente «otra aventura militar» podría posponer «el fin de su extraña, malévola y

perniciosa carrera». En todas partes, durante aquel verano de 1858, se pensaba que la guerra era inminente. «Luis Napoleón no tiene otra forma de rehuir su acelerada caída.»[\[919\]](#) Puesto en una situación cada vez más precaria y cada vez más dependiente del apoyo del ejército, decía el propio Karl a principios de 1859, «su última carta de triunfo, en caso de extremo peligro, es una guerra, y una guerra para reconquistar la orilla izquierda del Rin». Esta sería su última jugada, en una guerra que comenzaría en Italia.
[\[920\]](#)

Visiones aún más tenebrosas de una Europa dividida entre Rusia y Francia eran invocadas en *Herr Vogt* (del que hablaremos en el siguiente apartado) y otros escritos de 1860. «La frontera natural del reino eslavo», según se decía en *Herr Vogt*, abarcaría a Bohemia y Moravia.[\[921\]](#) Aún más, a la luz de un hipotético tratado secreto celebrado en Breslau en octubre de 1859, las relaciones entre Rusia y Francia habían progresado hasta volverse «visiblemente más estrechas». A consecuencia de ello, tras quedarse con Saboya, Bonaparte amenazaba a Suiza y daba indicios de querer una «rectificación [ineludible] de las fronteras renanas».[\[922\]](#) No debe sorprendernos que, enfrentado a versiones aún más extravagantes de estas especulaciones, Dana le hubiera devuelto catorce o quince artículos (de Engels) sobre paneslavismo a partir del primer semestre de 1856.[\[923\]](#) Pero mientras que en los temas del bonapartismo y el paneslavismo Dana desconfiaba claramente de la tendencia a sobrepasarse de Karl y otros europeos radicales, veía que en otras áreas acertaban de manera notoria.

En su cobertura de la política inglesa, Karl se apoyaba significativamente en los informes de los discursos parlamentarios incluidos en las actas oficiales y en *The Times*. Para lo relativo a la situación económica, recurría a *The Economist*, todo ello amplificado por los rumores empresariales provenientes de Manchester que Engels le aportaba, y en lo que respecta al desarrollo de la industria fabril y las condiciones de los trabajadores, consultaba los informes de los inspectores fabriles y las investigaciones médicas de *Lancet*. Cuando se embarcaba en una serie que requería conocer antecedentes históricos más vastos, como fue el caso de su serie sobre Russell, Palmerston, España, la India y el tráfico de opio, consultaba todo lo que podía encontrar en el Museo Británico. También

revisaba detenidamente un amplio espectro de periódicos. Además de *The Times*, hacía uso frecuente de *The Examiner*, de tendencia *whig*, *The Press* (favorable a Disraeli), y *The People's Paper* (cartista). Como fruto de todo ello, sus artículos para *The Tribune* acerca de la política británica, el desarrollo industrial y el comercio mundial estaban bien escritos y bien documentados, granjeándose en una ocasión las alabanzas sustanciales de John Bright en la Cámara de los Comunes.[\[924\]](#)

Previsiblemente, su elección y cobertura de los temas era similar a la que ofrecía el resto de la prensa. Por ejemplo, en las elecciones británicas de 1852, pensaba igual que otros columnistas que la batalla política en curso entre dos partidos aristocráticos apenas si conseguía encubrir el hecho de que ambos solo podrían sobrevivir complaciendo a las clases medias. De manera similar, la idea de que Napoleón III era una parodia de su tío solía encontrarse con frecuencia en la prensa inglesa, que desconfiaba de él como alguien que, para favorecer su propio avance, no tendría escrúpulos en violar la Constitución. La inquietud a raíz de los métodos de Bonaparte a mediados de la década de 1850 condujo a la sospecha de que las ambiciones y tácticas de Palmerston se parecían mucho a las del emperador galo. Como Bonaparte, entre 1855 y 1858 Palmerston apelaba, por encima de una Asamblea elegida por el voto, a la nación en conjunto. Además, el motín en la India le dio una excusa para incrementar sus facultades en pro del clientelismo, tanto civil como militar. En 1857 todo el mundo, de Gladstone al cartista Ernest Jones, pensaba que la elección de ese año podía considerarse un golpe de Estado con el que Inglaterra se convertiría en una dictadura palmerstoniana y el Parlamento en su dócil instrumento.[\[925\]](#)

Karl llegó a Inglaterra sabiendo muy poco del sistema de clases inglés aparte de lo que había leído en Guizot y Engels.[\[926\]](#) Ayudándose de los discursos en el Parlamento de Benjamin Disraeli y *The People's Paper* de Ernest Jones, llegó a elaborar una imagen algo más sutil de la política británica. Consideraba a Disraeli «el miembro más capaz» de la Cámara de los Comunes y lo secundaba en su despectiva valoración de los *whigs* y su «Constitución veneciana», demasiado patricia para entonces si se trataba de contener las aspiraciones democráticas de las clases medias septentrionales.

También adoptó el irónico rótulo de la «Escuela de Manchester» que Disraeli adjudicaba a los seguidores libremercadistas de Cobden y Bright.

Además, y a partir de la labor de Ernest Jones en *The People's Paper*, elaboró lo que creía era la forma emergente de la lucha de clases en la era industrial. En 1852 postulaba:

Mientras que los *tories*, los *whigs*, los seguidores de Peel [...] pertenecen todos más o menos al pasado, los libremercadistas (los hombres de la Escuela de Manchester, los reformadores parlamentarios y financieros) son los *representantes oficiales de la sociedad inglesa moderna*, los representantes de la Inglaterra que domina el mercado mundial. Representan al partido de la burguesía consciente de sus posibilidades, del capital industrial pujando por transformar su influencia social a la vez en poder político y por erradicar hasta la última gota de arrogancia de la sociedad feudal. [...] Con libre mercado quieren decir el movimiento sin restricciones del capital, libre de cualquier traba nacional o religiosa.[\[927\]](#)

El «crecimiento sin precedentes» del comercio y la industria en los años siguientes pareció reforzar esta conclusión. Considerando el desarrollo social en Gran Bretaña, Karl se sintió en posición de reiterar casi al dedillo su descripción del desarrollo de la industria moderna que ya había esbozado en el *Manifiesto comunista*:

En ningún otro país han sido igualmente barridos de la faz de la tierra los niveles intermedios, situados entre los ejércitos de industriales millonarios al mando y los esclavos asalariados que viven al día. Ya no hay aquí, como ocurre en los países del continente, grandes sectores de clase formados por campesinos y artesanos casi igualmente dependientes de sus propiedades y su trabajo. En Gran Bretaña ha ocurrido un divorcio total entre la propiedad y el trabajo. En consecuencia, en ningún otro país la guerra entre las dos clases que conforman la sociedad moderna ha adoptado unas dimensiones tan colosales y unos rasgos tan diferenciados y apreciables.[\[928\]](#)

En contraste con pasadas revoluciones, Karl se complacía en anunciar que «las llamadas revoluciones de 1848 no fueron más que pequeños hechos episódicos. [...] El vapor, la electricidad y el telar mecánico eran unos revolucionarios mucho más peligrosos que los ciudadanos Barbés, Raspail y Blanqui».[\[929\]](#)

Él mismo tuvo la agudeza de mostrar que el carácter brutal e impersonal del *laissez-faire* británico era apreciable tanto en el campo como en las ciudades. De particular interés para los lectores estadounidenses eran los desalojos, que estaban expulsando de sus tierras a muchos de los escoceses

e irlandeses que cruzaban el Atlántico. A diferencia del continente europeo, en el que los verdugos eran «seres concretos y ahorcables», en Inglaterra «opera [...] un déspota invisible, intangible y silencioso, condenando a los individuos, en casos extremos, a la más cruel de las muertes, y expulsando con su labor silenciosa y cotidiana a razas y categorías enteras de seres humanos de las tierras que eran de sus ancestros, como hizo el ángel con su fiera espada cuando ordenó a Adán que abandonara el Paraíso. En su forma final, la labor del déspota social invisible se autodenomina *emigración forzada*; en la inicial, se la denomina simplemente *hambre*».[930] Es más, la actividad de este «déspota silencioso» estaba plenamente legitimada por las enseñanzas de la economía política: «Empezad por depauperar a los habitantes de un país y, cuando no haya más ganancias que extraer de ellos, cuando se conviertan en una carga para vuestros beneficios, ¡expulsadlos y recolectad vuestra “ganancia neta”! He aquí la doctrina que nos ha legado Ricardo en su célebre *Principios de economía política*».[931]

Esta sociedad emergente era no solo implacable: estaba edificada sobre el contraste entre una riqueza inaudita y la pobreza sin límites, en el que «el tema de un millón de pobres en los asilos y hospederías británicas es tan inseparable de la prosperidad británica como lo es la existencia de dieciocho a veinte millones en oro en el Banco de Inglaterra». Es fruto de un ciclo mercantil que primero entraría en «la fase de *excitación*, para entonces pasar a las fases de sobreespeculación y convulsiones».[932] En 1852 Karl predecía que la crisis adoptaría un carácter mucho más peligroso que en 1847. Los efectos de «la sobreproducción industrial» golpearían a «los distritos *industriales*» y evocarían «el estancamiento sin parangón de 1838 a 1842».[933] Pero el advenimiento de esa crisis se vio luego aparentemente frenado por el descubrimiento de oro en California y Australia.

En mayo de 1853 Karl advertía una vez más de la ampliación sin precedentes de las fábricas en Inglaterra. En Francia toda la maquinaria estatal se había reconvertido en un fraude y en la preocupación de invertir en acciones, mientras que Austria estaba al borde de la bancarrota.[934] Dos años después él mismo volvió a poner sobre aviso a los lectores respecto a «*la crisis del comercio y la industria*, que desde el último

septiembre se vuelve cada día más violenta y más universal». Las primeras fábricas en sucumbir habían sido las de los hilanderos, seguidos de los propietarios de barcos, los comerciantes australianos y californianos, luego las fábricas chinas y finalmente las indias. «A los pocos meses la crisis en los distritos industriales llegará a los extremos de 1842.» Entonces, «el movimiento político» que ha permanecido «en estado latente en los últimos seis años» resurgirá.[\[935\]](#)

En 1856 Karl vislumbraba una crisis monetaria parecida a la de 1847, pero que se desplazaba de este a oeste en lugar de a la inversa. Lo que «todos los políticos con visión de largo plazo» temían era «una edición ampliada no solo de la crisis de 1847, sino también de las revoluciones de 1848»:

La ansiedad de las clases altas en Europa es tan intensa como su decepción. [...] Una bancarrota general las mira fijamente a los ojos, quiebra que ellas saben coincidió con la apertura en París de la gran casa de empeños. [...] En 1848 los movimientos que más inmediatamente provocaron la revolución eran de naturaleza puramente política, como la campaña de los banquetes en Francia, la guerra de los Sonderbunden en Suiza, los debates del Landtag Unificado en Berlín, las bodas españolas, las disputas por Schleswig-Holstein y así sucesivamente; y cuando sus soldados, los obreros de París, proclamaron el carácter social de la Revolución de 1848, ello tomó por sorpresa tanto a sus generales como al resto. Ahora, por el contrario, se entiende lo que es una revolución social incluso antes de que se proclame la revolución política; y una revolución social a cargo no de complots subterráneos de sociedades secretas en el seno de las clases trabajadoras, sino fruto de las estrategias públicas de los Crédits Mobiliers en manos de las clases dominantes. Así, la ansiedad de las clases altas europeas resulta más amarga, por la convicción de que han sido precisamente sus victorias sobre las revoluciones pasadas el factor instrumental a la hora de generar las condiciones materiales, en 1857, de las tendencias ideales de 1848.[\[936\]](#)

Para *The Tribune*, todo esto era agua para su molino. La política de Dana y de Horace Greeley, el propietario de la publicación, era proteccionista. El libre comercio promovido por Inglaterra —especialmente tras la derogación de las Leyes del Grano— era, según argumentaban ellos, la vía mediante la cual Inglaterra dominaba el comercio mundial y que, a través de su imposición del patrón oro, le permitía operar como banquero mundial. La base económica del proteccionismo de *The Tribune* quedaba mejor articulada por el economista estadounidense Henry Carey, quien, al igual que su progenitor, un exitoso editor de Filadelfia, había desarrollado el argumento de Alexander Hamilton a favor de proteger las industrias

embrionarias frente a la superioridad comercial británica. Carey embestía contra el patrón oro y propiciaba, en su lugar, una política fiscal de créditos blandos. Denunciaba el libre comercio porque inhibía el desarrollo económico nacional. El libre comercio propiciaba una división internacional del trabajo que privilegiaba el estatus de Gran Bretaña como la gran fábrica del mundo, obligando a otras naciones a seguir especializadas en la agricultura. Denunciaba a la vez los efectos sociales del libre comercio como dañinas. El libre comercio acentuaba la brecha entre riqueza y pobreza y no iba, en rigor, en beneficio del trabajador inglés. Carey argumentaba que la esclavitud fabril en Gran Bretaña fortalecía y perpetuaba la esclavitud de las plantaciones en Estados Unidos. Según él, «de un año para otro se veía al pequeño propietario pasar a la categoría de jornalero, y al pequeño empleador del sector mecánico o comercio pasar a convertirse en asalariado, y así ocurría que todo el mundo tendía cada vez más a quedar dividido entre dos grandes clases sociales, escindidas por una brecha insalvable, los muy ricos y los muy pobres, el amo y el esclavo».

[\[937\]](#)

Siendo esta la política que definía la línea editorial de *The Tribune* y el naciente Partido Republicano en la década de 1850, es fácil entender que Karl fuese considerado un corresponsal europeo tan valioso. El énfasis que él hacía en el carácter anacrónico de la política partidista británica, en las causas industriales de la crisis mercantil y en el fracaso del libre comercio, ya fuera para superar la crisis o mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, se derivaba de su concepción del fundamento «económico» de la «sociedad burguesa». A ojos de *The Tribune*, por otra parte, todos esos fenómenos eran los efectos múltiples del libre comercio. Pero aun con esas diferencias en su apreciación de lo que originaba supuestamente la ventajosa posición británica, la imagen que Karl postulaba de las circunstancias de la «sociedad inglesa moderna» convergía con la imagen que *The Tribune* proponía de las consecuencias del libre comercio.

La decisión de Dana de reclutar a Karl como corresponsal en Europa se basó también en sus simpatías personales y su familiaridad con las revoluciones europeas de 1848 y su interés personal por el socialismo. Dana había sido alguna vez fourierista, con afinidades sociales y políticas muy

claras. En la primera carta de la que tenemos constancia que escribió a Karl en julio de 1850 afirmaba que, aun cuando no podía «anticipar ninguna erupción inmediata del gran volcán [...], el drama no ha concluido aún, gracias a Dios».[938] En 1852, cuando la publicación de «Cartas sobre Alemania» (desconocidas para Dana, escritas por Engels) llegó a su fin, Dana quedó encantado con la propuesta de Karl de escribir sobre «la situación inglesa actual».[939]

Karl, por su parte, cuando se embarcó en su primer artículo propio para *The Tribune* a comienzos de agosto de 1852, parecía tener solo una vaga conciencia de la postura política de la publicación. En carta a Engels se mostraba inseguro respecto a si Dana podría tomar a mal su ataque contra los *whigs* británicos, dado el apoyo que *The Tribune* brindaba a los candidatos *whig* en Estados Unidos, en las elecciones estadounidenses en ciernes.[940] A los tres días lo asaltaron nuevas ansiedades. ¿Y qué había de la competencia de otros colaboradores europeos de *The Tribune*, incluidos viejos enemigos como Heinzen, Ruge y Bruno Bauer? Y «lo que es aún más desafortunado, veo por el *The Times* de hoy que *The Daily Tribune* es proteccionista. Así que me parece todo RESUELTAMENTE OMINOSO».[941] En los años previos a 1854 Karl había avalado paradójicamente el libre comercio como la modalidad más desarrollada de la sociedad burguesa, conducente a la senda de la revolución, mientras que en 1845, en un ensayo inédito, había escarnecido la postura proteccionista de Friedrich List en su *Sistema nacional de economía política*, en gran medida sobre la base de que la época del Estado-nación había concluido.[942]

Engels se mostró muy tranquilizador. No había que preocuparse de otros competidores europeos. Su presencia en la publicación era fruto del deseo de *The Tribune* de garantizar a sus lectores «el carácter de una publicación que incluya el “espectro completo”. [...] En lo que respecta al proteccionismo, eso no hace daño a nadie. Los *whigs* estadounidenses son todos proteccionistas en el frente industrial, pero esto en modo alguno implica que pertenezcan a la aristocracia terrateniente. Hay la misma variedad que en el *derby*. Y no son tan estúpidos como para no saber, tan bien como lo sabe List, que el LIBRE COMERCIO se acomoda mejor a la

industria inglesa que a ninguna otra. A propósito, yo mismo podría, en caso de apuro, insertar una frase por aquí y por allá a estos efectos, sobre los LIBREMERCADISTAS, que tú podrías tachar luego si no te gustan. Pero no hay, ciertamente, ninguna necesidad de ellas».[943] Karl tomó nota en serio de la carta de Engels. En uno de sus primeros artículos enviados a *The Tribune*, trataba a los «libremercadistas» como los representantes de «esa Inglaterra que domina el mercado mundial».[944] Pero el sentido pleno de todo ello solo le fue evidente en el mes junio siguiente después de que Henry Carey le enviara un ejemplar de *Slavery at Home and Abroad* en el que citaba repetidamente al propio Karl como «un autor inglés reciente» o corresponsal de *The Tribune*. En ese libro, según decía Karl en carta a Engels, «todos los males le son atribuidos al efecto centralizador de la gran industria, pero este efecto centralizador le es atribuido a la vez a Inglaterra, que se ha convertido ella misma en la FÁBRICA del mundo y forzado a todas las demás naciones a regresar al agro embrutecedor, divorciado de la industria». Así que «este LIBREMERCADISTA A ULTRANZA recomienda finalmente los *aranceles proteccionistas*». Irritado, advertía a la vez que *The Tribune* estaba «inflando el libro de Carey cuanto le era posible» y concluía que Carey y el propio *The Tribune* eran fácilmente identificables: «Bajo el disfraz del antiindustrialismo sismondiano-filantrópico-socialista, representan a la burguesía proteccionista, es decir industrial, de Norteamérica». Esa era la razón por la que «*The Tribune*, con todos sus “ismos” y sus florituras socialistas, se las ingenia para ser la “PUBLICACIÓN LÍDER” en Estados Unidos».[945]

A pesar de su irritación con Carey, nada sugiere que en sus siguientes artículos hiciera mucho por diferenciar su enfoque del de los republicanos proteccionistas. Si acaso, pareció ocurrir exactamente al revés, pues sus artículos aludían a partir de ahí bastante más al «libre mercado» que a la «sociedad burguesa». De modo similar, sus análisis de la crisis mercantil hacían frecuentes y explícitas referencias a las deficiencias del libre comercio y las interpretaciones monetaristas sobre las fluctuaciones en la economía. El 9 de septiembre de 1853 destacaba las falacias contenidas en la Ley de Cartera Bancaria de Peel promulgada en 1844, sosteniendo que la ley agravaría los severos efectos de la crisis inminente.[946] En 1855

argumentaba que la crisis del comercio y la industria había sido «un tapabocas para esos libremercadistas superficiales que, durante años, habían predicado que, desde la derogación de la Ley de Granos en 1846, la saturación de los mercados era imposible». Es más, «la saturación» se había agudizado por el intento de desembarazarse de las mercancías en mercados extraeuropeos recién desarrollados: «India y China, pese a lo muy saturadas que se encontraban, siguieron siendo utilizadas como desagüaderos, igual que California y Australia. Cuando los industriales ingleses no podían ya vender sus mercancías en casa, o se negaban a hacerlo si ello implicaba bajar los precios, recurrían al expediente absurdo de enviarlos al exterior en consignación, especialmente a la India, China, Australia y California».[947] En 1857, después de que la Ley de Cartera Bancaria quedara en suspenso por su inoperancia para aligerar la crisis del comercio, Karl observó una vez más que «se nos había dicho que el libre comercio británico cambiaría todo esto, pero si algo ha quedado claro es que los médicos libremercadistas no son más que charlatanes».[948] En un artículo señero de agosto de 1858 reiteraba su ataque contra el enfoque monetarista: «La idea de que los bancos habían aumentado indebidamente el circulante, produciendo de ese modo una inflación de los precios que sería violentamente corregida por un colapso final» resultaba «una fórmula demasiado gratuita para explicar cada crisis».[949] Una vez más, lo dicho: la raíz verdadera de la crisis era la sobreproducción industrial.

Dicho análisis ocupó un lugar preponderante en la campaña electoral republicana de 1857. No debe sorprendernos, pues, que Dana resolviera retener a Karl en *The Tribune*, pese a «la ruina sin precedentes que hoy permea el sistema mercantil en este país», que «nos impulsa a todos a moderarnos en los gastos» y a prescindir de todos los demás corresponsales extranjeros. Urgía a Karl a restringir sus artículos a «los temas más importantes, como la guerra en India y la explosión comercial que supongo va a tener lugar ahora en Inglaterra, como en todo el continente».[950]

En la práctica, la única área en la que su postura y la de *The Tribune* podrían haber diferido fue en la forma de tratar el caso de Asia. Pues aunque *The Tribune* consideraba que la India era, igual que Estados Unidos, una víctima del sistema de libre comercio mundial creado por los

británicos, Karl pensaba que la irrupción de los británicos en la India tradicional era un desarrollo histórico y mundial necesario. En junio de 1853 felicitó a Engels a raíz de su artículo sobre Suiza, por considerarlo «un golpe directo a los “LÍDERES” de *The Tribune* (anticentralización, etcétera) y a su hombre, Carey». Y añadía: «Continué con esta campaña clandestina en mi primer artículo sobre la India, donde la destrucción por parte de Inglaterra de las industrias nativas es descrita como *revolucionaria*. Esto les va a parecer MUY CHOCANTE. Dicho sea de paso, toda la administración británica de la India era detestable y lo sigue siendo hasta hoy».[951] En la década de 1850 los textos de Marx sobre la India se limitaban, en buena medida, a reiterar la crítica al Imperio que hacía el radicalismo inglés en la primera mitad del siglo xx.[952] La Administración imperial y la Compañía de las Indias Orientales eran severamente criticadas como una forma de la «vieja corrupción», pero la colonización en términos socioeconómicos era a menudo vista como un progreso. En uno de sus artículos más tempranos sobre la India, fechado en junio de 1853, se decía que la Compañía de las Indias Orientales se remontaba a un acuerdo tras la revolución de 1688 entre la monarquía constitucional y «el interés monopolista del sector adinerado». Originalmente sus tesoros se consiguieron no tanto por el comercio como por la «explotación directa», y se forjaron y exportaron a Inglaterra fortunas colosales. Después de la guerra de los Siete Años, «la oligarquía absorbió todo el poder [de la Compañía], que pudo asumir sin incurrir en ninguna responsabilidad».[953] En la India sometida a la Compañía de las Indias Orientales, había «un déficit financiero permanente, una sobreoferta regular de guerras y en absoluto ninguna oferta de cargos públicos, un sistema tributario abominable y un no menos abominable sistema de justicia y leyes».[954] Los tribunales ofrecían anualmente nombramientos por un valor cercano a las cuatrocientas mil libras esterlinas a las clases altas de Gran Bretaña. Eran asistidos a la vez por una burocracia enorme y lenta. Como Karl bien resumía la situación, «la oligarquía involucra a la India en sucesivas guerras para que sus hijos menores tengan empleo; la plutocracia los entrega al mejor postor, y una burocracia subordinada paraliza su

Administración y perpetúa sus abusos como condición vital de su propia perpetuación».[955]

A pesar de todo, la presencia británica en la India y las incursiones británicas en otros puntos de Asia eran percibidas, en última instancia, como un avance. Karl heredó de los autores de la primera mitad del siglo XIX, tan diversos como James Mill, Hegel y Jean Baptiste Say, una imagen de Asia como un continente estacionario y carente de historia. Sus escritos de las décadas de 1850 y 1860 reproducían tales imágenes de letargia y pasividad en el mundo extraeuropeo. En su primer artículo sobre la India, para *The Tribune*, escrito a principios de junio de 1853, decía que: «Por importantes que hubiesen sido los cambios políticos experimentados en el pasado por la India, sus condiciones sociales permanecieron intactas desde los tiempos más remotos. [...] La sociedad hindú carece por completo de historia, o por lo menos de historia conocida. Lo que llamamos “historia de la India” no es más que la historia de los sucesivos invasores que fundaron sus imperios sobre la base pasiva de esa sociedad inmutable que no les ofrecía ninguna resistencia».[956]

En el curso de la próxima década su visión de los imperios asiáticos no cambió en lo sustancial. En 1862 describía a China como «ese fósil viviente» y explicaba que «los imperios orientales dan muestras de una inmovilidad endémica en la subestructura social, con un oscilar incesante de las personas y clanes que se hacen con el control de la superestructura política».[957] En coincidencia con sus antecesores racionalistas e ilustrados, Karl manifestaba su disgusto ante las fantasías orientalistas de lo que Heine había designado como «la Escuela romántica»: «No debemos olvidar al mismo tiempo que esas idílicas comunidades rurales, por inofensivas que pareciesen, constituyeron siempre una sólida base para el despotismo oriental; que restringieron el intelecto humano a los límites más estrechos, convirtiéndolo en un instrumento sumiso de la superstición, sometiéndolo a la esclavitud de reglas tradicionales y privándolo de toda grandeza y de toda iniciativa histórica». No solo estaban esas pequeñas comunidades «contaminadas» por las diferencias de casta y por la esclavitud, sino que, como Karl hacía notar siguiendo a Hegel, la religión de la India era «a la vez una religión de una exuberancia sensualista y [...]

de un ascetismo mortificador de la carne». Ante todo, tales comunidades «sometían al hombre a las circunstancias exteriores en lugar de hacerle soberano de dichas circunstancias». Era este «culto embrutecedor de la naturaleza» lo que explicaba la adoración «al mono Kanumán y a la vaca Sabbala».[958] La única y verdadera cuestión a resolver era cómo se conciliaba el carácter presuntamente «inmutable» del «despotismo oriental» con la imagen que el propio Karl postulaba del desarrollo histórico como una secuencia progresiva de los varios «modos de producción». En 1853, alentado por Engels, elucubró que quizá el carácter inmutable de Asia podía explicarse, en primer lugar, por la práctica de dejar «en manos del Gobierno central el cuidado de las grandes obras públicas», especialmente las de regadío, y en segundo lugar, por un «sistema de comunidades rurales» basado en «la unión patriarcal entre la agricultura y la artesanía», aglutinadas en pequeños núcleos.[959] A finales de la década de 1850 comenzó a enfatizar la ausencia de propiedad privada de la tierra como un rasgo crucial y, apoyándose en sus investigaciones en el bienio de 1857-1858 sobre las «formaciones económicas precapitalistas», se sintió suficientemente confiado para escribir sobre un modo «asiático» de producción como una primera etapa en el «desarrollo económico de la sociedad».[960]

¿Cuál sería pues el papel del mundo extraeuropeo en la revolución resultante de la intrusión cada vez más vasta del capitalismo global? O como Marx lo veía en 1853, «de lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia».[961] Coincidía, por su parte, con los autores de la década de 1820 en que el cambio en Asia debía provenir del exterior. En el *Manifiesto comunista* depositaba su plena confianza en «la burguesía»: «Los bajos precios de sus productos son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas. [...] Obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir; las obliga a incorporar para ellas mismas la llamada civilización».[962] Fue la idea que elaboró en 1853 en uno de sus artículos sobre la India para *The Tribune*. El antiguo «sistema de comunidades rurales», basado en «la unión patriarcal entre la agricultura y la artesanía», estaba «desapareciendo», «no tanto por culpa de la brutal

intromisión del recaudador británico de contribuciones o del soldado británico como por la acción del vapor inglés y de la libertad de comercio inglesa». El dominio británico estaba incorporando las ventajas de la unidad política, la ciencia europea, un ejército entrenado por Europa, una prensa libre, funcionarios británicos, la abolición de la propiedad comunitaria de la tierra y un pasadizo más corto entre la India e Inglaterra. Si la revolución dependía de la transformación social de Asia, Inglaterra «fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución».[963]

Pese a lo que Dana designaba como «la guerra en India», el motín indio no influyó demasiado en el pensamiento de Karl. La revuelta india no comenzó con los *ryots* [campesinos y propietarios de tierra en la India], que fueron «torturados, deshonrados y despojados por los británicos», sino con «los cipayos, vestidos, alimentados, mimados, cebados y consentidos por ellos». Por tanto, comparaba la revuelta cipaya con la de la nobleza francesa contra la monarquía en vísperas de la caída del *Ancien Régime*. [964] Sus informes se explayaban sobre todo en torno a las crueldades infligidas por ambos bandos y los detalles de la lucha. Solo después de un discurso de Disraeli estuvo dispuesto a conceder que la insurrección podía no ser simplemente «un amotinamiento militar», sino «una revuelta nacional». [965] Su actitud ante la Rebelión Taiping fue incluso más lejana y estuvo peor documentada, calzando a la perfección con su creencia en las estructuras inmutables de los imperios orientales. En cuanto a los rebeldes, «no tienen otro objetivo que cambiar la dinastía. No tienen eslóganes, [...] parecen no tener otra vocación que generar, en oposición al estancamiento conservador, una gran destrucción de un modo grotescamente detestable, una destrucción en la que no hay un núcleo de algo nuevo a edificar».[966]

En sus primeras colaboraciones para *The Tribune*, en 1852-1854, Karl aceptaba el hecho de que las revoluciones de 1848 habían concluido, pero seguía confiando en que, en Gran Bretaña al menos, la moderna lucha de clases entre la «burguesía» y «la fracción políticamente activa de la clase obrera inglesa» era inminente. Era la batalla entre la Escuela de Manchester y los cartistas. Por el momento, la importancia primordial de esta batalla estaba oscurecida por las luchas partidistas en Westminster. Pero «los *tories*, los *whigs*, los partidarios de Peel» pertenecen todos «más o menos al

pasado». «Los *representantes oficiales de la sociedad inglesa moderna*» eran los libremercadistas, los hombres de la Escuela de Manchester, «encabezados por los segmentos más activos y enérgicos de la burguesía inglesa: los *industriales*». Enfrentados todos ellos a los cartistas, para quienes «el sufragio universal es el equivalente del poder político para la clase obrera de Inglaterra, donde el proletariado constituye la vasta mayoría de la población, donde, en una guerra civil prolongada aunque subterránea, ha adquirido plena conciencia de su posición como clase social, y donde hasta en los distritos rurales se desconoce hoy al campesino y solo hay terratenientes, capitalistas manufactureros (hacendados) y jornaleros a contrata».[967] Para los representantes de la Escuela de Manchester, desde su victoria en 1846 y la derogación de las Leyes del Grano, «la aristocracia» era «su oponente en vías de desaparición», y «la clase obrera», «su enemigo emergente». De momento, tal y como Karl admitía, preferían entrar en componendas con «el oponente en vías de desaparición»:

Pero la necesidad histórica y los *tories* los presionan a avanzar. No pueden eludir su misión de pulverizar a la Vieja Inglaterra, la Inglaterra del pasado; y en el preciso momento en que hayan conquistado el dominio político exclusivo, cuando ese dominio político y la supremacía económica estén fusionados en las mismas manos, cuando, en consecuencia, la lucha contra el capital no se diferencie de la lucha contra el Gobierno existente, de ahí en adelante quedará fechada la *revolución social de Inglaterra*.[968]

Al año siguiente hubo un movimiento huelguístico a gran escala en los distritos industriales. En 1853 Karl escribía en su inglés aún algo pomposo: «Han desaparecido las falsas pretensiones de los patrones y las ilusiones absurdas de los hombres. La guerra entre ambas clases se ha tornado implacable, franca, abiertamente reconocida y plenamente entendida». Lo que estaba en juego no eran ya los *salarios*, sino el *dominio*. «Los liberales manchesterianos se han sacudido al fin la piel de lobo. Lo que pretenden es: dominio del capital y esclavitud del trabajo.»[969] En septiembre de ese año estaba excitado por el pánico desatado en la Bolsa de Londres, y expectante ante la posibilidad de que, si la depresión derivada era duradera, la acción de la clase obrera «se transferirá prontamente a la *esfera política*».[970] En 1854 se mostraba optimista ante un resurgir del cartismo. Por iniciativa de Ernest Jones, el líder cartista, fue convocado un «Parlamento

Laboral» en Manchester y a ello siguió, en el verano, una de las giras de Jones arengando a los distritos industriales, gira que atrajo a vastas multitudes.

En 1885 la depresión acechaba. En marzo Karl predecía que, pocos meses después, «la crisis de los distritos fabriles alcanzará la profundidad de 1842. Una vez que los efectos de esta crisis comiencen a dejarse sentir entre las clases trabajadoras, el movimiento político que ha permanecido más o menos latente entre esos sectores durante los últimos seis años, dejando tras de sí únicamente a las facciones requeridas para una nueva forma de agitación, terminará resurgiendo. El conflicto entre el proletariado industrial y la burguesía estallará nuevamente, a la par que el conflicto entre la burguesía y la aristocracia llegará a su clímax. Entonces caerá la máscara que ha mantenido ocultos hasta aquí, ante los sectores foráneos, los auténticos rasgos de la fisonomía política británica».[971]

Más tarde ese mismo verano asistió entusiasmado a la protesta masiva en Hyde Park —que reunió entre cincuenta mil y doscientas mil personas— contra la ley propuesta por los evangélicos de prohibir el comercio dominical. Fue, según Karl, la manifestación más grande habida en Londres desde la muerte de Jorge IV en 1830. «La vimos de principio a fin y no me parece exagerado decir que *la revolución inglesa comenzó ayer en Hyde Park*.»[972]

La década de 1850 fue el periodo de máxima confianza de Karl en el despliegue global del «sistema burgués de producción». «Los devastadores efectos de la industria inglesa en la India [...] no son más que el resultado orgánico de todo el actual sistema de producción. [...] La industria y el comercio burgueses van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo del mismo modo en que las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra.»[973]

Nos hallamos en presencia de un gran hecho característico del siglo XIX que ningún partido se atreverá a negar. Por un lado, han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos síntomas de decadencia que superan en mucho a los horrores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio romano.

Sin embargo:

Por lo que a nosotros se refiere, no nos engañamos respecto a la naturaleza de ese espíritu maligno que se manifiesta constantemente en todas las contradicciones que acabamos de señalar. Sabemos que para hacer trabajar bien a las nuevas fuerzas de la sociedad se necesita únicamente que estas pasen a manos de hombres nuevos, y que tales hombres nuevos son los obreros.

Estos son igualmente un invento de la época moderna, como las propias máquinas. En todas las manifestaciones que provocan el desconcierto de la burguesía, de la aristocracia y de los pobres profetas de la regresión, reconocemos a nuestro buen amigo Robin Goodfellow, al viejo topo que sabe cavar la tierra con tanta rapidez, a ese digno zapador que se llama Revolución. Los obreros ingleses son los primogénitos de la industria moderna. Y no serán, naturalmente, los últimos en contribuir a la revolución social producida por esa industria, revolución que significa la emancipación de su propia clase en todo el mundo y que es tan universal como la dominación del capital y la esclavitud asalariada.

El momento de la gran redención social estaba al alcance de la mano. En la Edad Media había existido en Alemania un tribunal secreto llamado *Vehmgericht*, encargado de vengar las fechorías de la clase dominante, el cual había puesto una cruz roja en cada casa condenada por el *Vehm*: «Hoy en día, todas las casas de Europa están marcadas con la misteriosa cruz roja. La Historia es el juez; el agente ejecutor de su sentencia es el proletariado».

[\[974\]](#)

Por más surrealista que pudiera resultar esa imagen, era el fruto del espíritu inquieto que, durante casi una década, había bullido bajo la calma artificial generada por el entierro de la Revolución de 1848. No podía haber la menor duda de que la década de 1850 había inaugurado una nueva era en la economía. La energía extraordinaria del *boom* económico vivido no solo en Gran Bretaña, sino en regiones industriales relevantes de todo el continente europeo, no estaba ya refrenada por obstáculos institucionales y autoridades políticas reaccionarias. Ningún Estado podía prescindir de los ferrocarriles y las nuevas modalidades de empresa que venían con ellos.

Aun así, los desarrollos políticos subterráneos que salieron a flote al final de la década no fueron los que anticipaban los revolucionarios de la década de 1840. Cuando al fin sobrevino la crisis mercantil, no se parecía en nada a la de 1842. El cartismo no resurgió. Los líderes de la Escuela de Manchester, Cobden y Bright, fueron derrotados en las elecciones de 1857. Los *tories* dejaron de lado el proteccionismo y, bajo Disraeli, se redefinieron como un partido tanto urbano como rural. Los *whigs* y partidarios de Peel no se limitaron a desaparecer y, junto a los

parlamentarios irlandeses y los restos de la Escuela de Manchester, formaron en 1859 el Partido Liberal. Hasta Ernest Jones, el editor del *Notes to the People* y único aliado de Karl en el movimiento cartista, se alió con los radicales de clase media en 1857. De 1858 en adelante los textos de Karl para *The Tribune* tenían poco que decir sobre la política de la clase obrera inglesa. Se limitaban, principalmente, a referir los procedimientos parlamentarios o se enfocaban en las restantes noticias europeas. A finales de la década de 1850 Karl era una figura cada vez más aislada, incluso entre sus amigos alemanes del «partido». Comenzaban a hacerse evidentes las tensiones de sostener sin desmayo un frente común.

LA GUERRA EN ITALIA Y EL FIN DEL «PARTIDO»

Tras el juicio a los comunistas en Colonia y la disolución de la Liga Comunista en 1852, seguido todo ello de la ruptura dentro de la facción de Willich-Schapper —un embrollo de acusaciones mutuas y revelaciones de espionaje en su seno—, la actividad política de los revolucionarios alemanes exiliados en Londres entró en hibernación. En 1853 ni demócratas ni socialistas creían ya en la inminencia de la revolución. La pertenencia a los clubes políticos radicales decayó, a la par que un vasto número de ellos emigró a Estados Unidos o Australia.

Previsiblemente, el cambio en el clima político afectó a su vez al «partido» de Karl. El bando fraternal aglutinado alguna vez en torno a él —remontándose en algunos casos a *Vorwärts!* y al París de 1844— comenzó a mermar poco a poco, por razones tanto políticas como personales. De sus amigos de Colonia, el médico Roland Daniels, que había sido arrestado en 1851 pero absuelto en el juicio comunista de 1852, salió de prisión aquejado de una tuberculosis terminal y murió en 1855. Conrad Schramm, quien en 1850 había sobrevivido por milagro a un duelo con Willich en representación de Karl, murió de tisis en Jersey en 1858. Georg Weerth, que había sido el editor de suplementos en la *Neue Rheinische Zeitung* durante el bienio de 1848-1849, se convirtió en agente ambulante de una firma comercial alemana y murió de «fiebre de la selva» en La Habana en 1856.

Heinrich Bürgers, otro de los amigos de Karl en Colonia, debió cumplir seis años de prisión, lo cual tuvo según Karl «un claro efecto moderador sobre él», y en la década de 1860 apoyó el Nationalverein (la Asociación Nacional, de tendencia liberal y favorable a Prusia) y el Partido del Progreso.^[975] Wilhelm Pieper, una especie de secretario de Karl a comienzos de la década de 1850, se volvió cada vez más tedioso. Pasó con la familia Marx la Navidad de 1857 y, según Karl, «llegó en un estado de franco remordimiento alcohólico y estuvo más banal y aburrido que NUNCA».^[976] Según le escribiera Jenny a Louise Weydemeyer unos años después, Pieper se había convertido en profesor en Bremen, había «decaído muchísimo en su situación vital y se ha transformado en un charlatán desharrapado». Al igual que Bürgers, Pieper se había sumado a la Asociación Nacional. Peter Immand había dejado Camberwell en pos de una ocupación en Escocia, mientras que Ferdinand Wolff, Lobo Rojo, se empleó como maestro en «algún lugar dejado de la mano de Dios», se casó, tuvo tres hijos y «se volvió *aussi* un reaccionario».^[977] El Pequeño Ernst Dronke, como lo tildaban despectivamente Karl y Jenny, inició un negocio por su cuenta en Glasgow y en torno a 1865, según el testimonio de Jenny, se había transformado en «un reaccionario acérrimo, jactancioso y repulsivo».^[978] Ya a comienzos de 1858, cuando murió Conrad Schramm, Engels se lamentaba de que «¡nuestra vieja guardia se esté diluyendo a toda prisa en este prolongado interludio de paz!».^[979]

Cuando el interés en la política revivió alrededor de 1858, con el anuncio de una «nueva era» en boca del monarca prusiano, lo que definía el debate político no era ya la discusión entre exiliados.^[980] Las diferencias políticas entre los alemanes de Londres estaban ahora, a la inversa, perfiladas por el debate público en Alemania. La cuestión social no era ya el tema dominante, la política no se definía ya por la supuesta inminencia de la revolución, sino por cuestiones relativas al liderazgo prusiano y al futuro de Alemania. Las concepciones rivales sobre la unificación nacional condicionaban, a su vez, las diversas reacciones ante nuevas conflagraciones y conflictos generados por la temeridad oportunista de Napoleón III o por los temores al expansionismo ruso y, en términos generales, ante la «cuestión de Oriente» y el futuro del Imperio otomano.

Enfrentado a estos nuevos desarrollos, no es de extrañar que la idea que Karl tenía del «partido» no sobreviviera a la presión de los acontecimientos.

La prueba decisiva ocurrió en 1859 con la guerra de Italia. A pesar de librar una batalla que duraba ya veinte años, el movimiento nacional italiano fue incapaz de desalojar de Lombardía y Venecia al ocupante austriaco. Se requería la ayuda extranjera, y la más al alcance de la mano fue la de Francia. En 1858 Cavour, el primer ministro del Piamonte, firmó un tratado con Bonaparte en el que sus dos estados se comprometían a luchar contra Austria, que estaba en una posición vulnerable y aislada. Había perdido el apoyo de Prusia con el Tratado de Olmutz en 1850, al reconstituir la Confederación Germánica y forzar la retirada de las tropas prusianas de Schleswig-Holstein. Había perdido a su vez el apoyo de Rusia al alinearse contra ella en la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856.

Entre los radicales, particularmente en Alemania, la ayuda del emperador francés a Italia era vista como problemática. Existía la creencia general de que Bonaparte tenía planes para Renania y contaba con el apoyo de Rusia contra Austria. Bajo Bonaparte, Francia había ya intervenido en Italia en 1849, en esa ocasión para complacer a los católicos galos, restaurar al Papa en Roma y terminar con la República romana de Mazzini. Los alemanes se dividían entre una mayoría que creía que el apoyo debía ser para Austria frente a las ambiciones expansionistas de Francia, y una minoría influyente, incluido Bismarck, que creía que Prusia debía aprovechar la guerra para precipitar la exclusión de Austria de la Confederación Germánica. Los austriacos, deseosos de conseguir apoyos dentro de Alemania, jugaban con el temor a los planes expansionistas franceses, evocando al primer Napoleón y la ocupación de Renania por la Francia revolucionaria. Con este fin acuñaron el lema de que había que defender el Rin a lo largo del río Po —o más claramente, que el dominio austriaco en las tierras altas de Italia era un interés nacional vital para Alemania— y, por esta vía, se las ingeniaron para granjearse a la opinión pública de Alemania en apoyo de Austria y contra la amenaza francesa.

A comienzos de 1859 Engels intervino en la polémica con un panfleto titulado *El Po y el Rin*. Allí argumentaba que, aun cuando Austria no quisiera reclamar Lombardía y Venecia, en términos militares la ocupación

de las tierras altas de Italia por Austria era esencial para la seguridad de Alemania. El punto central era combatir la amenaza bonapartista, ya que, según Engels, la auténtica ambición de Napoleón era fijar la frontera gala en el Rin y así recuperar la gloria perdida por Francia en el Congreso de Viena. Karl consideró que el panfleto era «DEMASIADO ASTUTO», aun admitiendo que «el lado político» del asunto era «condenadamente difícil» de abordar.[\[981\]](#)

Lassalle no estuvo de acuerdo. En un panfleto de su autoría titulado *La guerra italiana y el deber de Prusia*, consideraba que la guerra en Italia no era una amenaza real para Alemania, que una conflagración entre Francia y Alemania era algo indeseable y que la democracia debía oponerse a ella. El apoyo alemán a la postura austriaca era un error que solo fortalecería la posición de Austria en Lombardía y Venecia; igualmente, si Alemania atacaba a Francia, se vería fortalecida la posición de Napoleón en Francia.

Karl reaccionó enfurecido. «El panfleto de Lassalle es un TREMENDO DISPARATE. La publicación de tu panfleto “anónimo” —le dijo a Engels— lo puso envidioso. [...] Debemos insistir, ahora más que nunca, en la disciplina partidaria.»[\[982\]](#) En noviembre de 1859 Karl intentó corregir a Lassalle en sus consideraciones de Bonaparte e Italia:

Como yo lo veo, la guerra italiana ha fortalecido temporalmente la postura de Francia; ha traicionado a la revolución italiana a manos de los doctrinarios piemonteses y sus secuaces; ha hecho a Prusia excepcionalmente popular entre el *vulgus* liberal en virtud de su política «haugwitziana»; ha aumentado la influencia de *Rusia* en Alemania; y, finalmente, ha propagado una desmoralización sin precedentes: una combinación decididamente repulsiva de bonapartismo y embustes acerca de las nacionalidades.[\[983\]](#)

¡Ahí quedaba el *Risorgimento*![\[984\]](#) Y seguía adelante regañando a Lassalle en nombre del «partido»: «O bien nadie habla por el partido sin consulta previa, o todo el mundo tiene derecho a plantear sus puntos de vista sin consideración alguna por los demás». La polémica pública, insistía él, no beneficiaría en ningún sentido a un partido tan reducido, «que, espero, tenga en fuerza propia lo que le falta en cifras».[\[985\]](#) Pero Lassalle no cambió su postura.

El asunto de lo que significaba un «partido» volvió a plantearse en 1860, esta vez en relación con la respuesta que Karl elaboró contra Carl

Vogt.^[986] El caso Vogt afloró por las diferencias entre los exiliados en Londres, de los cuales la mayoría estuvo dispuesta a sobrellevar el liderazgo prusiano en Alemania al menos hasta el conflicto constitucional de 1861-1862. Esta fue la postura adoptada por Gottfried Kinkel, quien fundó *Hermann*, la gaceta de habla alemana más exitosa de Londres. Bajo Kinkel, la publicación se alineó con la Asociación Nacional, pero en julio de 1859 la edición de *Hermann* cambió de manos y la publicación derivó a una postura fuertemente favorable a Austria. En conexión con esto último, brindó su apoyo a Karl Blind, quien había estado asociado con Struve en 1848. Blind se sentía inspirado por Mazzini, había atacado el paneslavismo y apoyado una postura republicana y antiprusiana en Alemania, y escribió a su vez un filoso artículo sobre el bonapartismo y sus ambiciones expansionistas, convencido de que el debate político estaba influido por agentes bonapartistas, y en particular por Carl Vogt, un profesor de Geología y Zoología de la Universidad de Ginebra.

El resurgir del interés en la política en 1858 y 1859 se manifestó no solo en el crecimiento del Nationalverein, de tendencia liberal, sino en la revitalización de la CABV (Communisticher Arbeiter-Bildungsverein, o Asociación Educativa de Trabajadores Comunistas). La mayoría de sus miembros eran seguidores de Weitling o Cabet y antiguos miembros de la facción Willich-Schapper, pero había en ella también seguidores de Karl, en particular Wilhelm Liebknecht, un graduado en Filosofía de Giessen y antiguo activista de la Liga Comunista,^[987] y los sastres Johann Georg Eccarius y Friedrich Lessner. Liebknecht se había vuelto relevante dentro de la organización, para la que hacía un resumen político de la semana y en la que era jefe de la filial en el West End londinense. Uno de los frutos del renovado interés en la política de la Asociación fue la fundación, en 1859, de un rival radicalizado de *Hermann*: *Das Volk (El Pueblo)*, cuyo primer número apareció el 7 de mayo de ese año.

Karl era ahora miembro de la Asociación y estaba molesto con Liebknecht por haber permitido que Edgar, el hermano de Bruno Bauer, se uniera a ella. Con todo, se mostraba ávido de renovar su prestigio político. En el otoño de 1859 dio varias «charlas particulares» de economía política inspiradas en las premisas de la CABV a «unos veinte o treinta hombres

escogidos». La entrega inicial de su *Contribución a la crítica de la economía política* acababa de aparecer en Alemania, pero hubo de resignarse a unas ventas escuálidas, ya que, como dijo a Lassalle, había sido «absolutamente ignorada» por los críticos.^[988] Había puesto a su vez algunas esperanzas en el impacto eventual de *El Po y el Rin* de Engels, viéndolo como una estocada a «esos tunantes demócratas y la chusma liberal, [...] cebados absurdamente por este fatal intervalo de paz».^[989] La esperanza primordial de Karl era que el resurgimiento de la Asociación y la aparición de *Das Volk* fueran una oportunidad para restablecer la hegemonía del «partido». Por este motivo, ofreció desde un comienzo su ayuda encubierta al periódico, pero su empeño de hacerse con el control de la política dentro de él resultó infructuoso, y cuando se conocieron esas ambiciones, provocaron un vasto resentimiento dentro de la CABV y la desaprobación de cualquier nexos con la publicación. A ello siguió una fuerte caída en la cifra de lectores y pese a los significativos esfuerzos de Karl y Engels por rescatarla, se fue a pique en el mes de agosto.

Las colaboraciones de Karl para *Das Volk* se centraron principalmente en combatir a Bonaparte, y su propio interés en la guerra italiana estuvo virtualmente constreñido a ese tema. Repetía su visión de que Bonaparte mantenía una alianza secreta con Rusia y que su involucramiento en las guerras de Crimea e Italia se debía a que «la guerra es la condición en la que se apoya para preservar el trono».^[990] Hasta especulaba con que «ninguna otra empresa del señor Bonaparte y sus hordas pretorianas podría resultar más popular en Francia, y en buena parte del continente europeo, que una invasión a Inglaterra». Y concluía que «el señor Bonaparte es justo el hombre para apostárselo todo a una invasión. Ha de apostar *va banque* [jugarse el pleno], más tarde o más pronto, pero no puede sino apostar».^[991] El compromiso de Karl con los avatares de *Das Volk* es relevante, porque condujo a su conflicto legal y político con Carl Vogt, una batalla que lo mantuvo ocupado desde el verano de 1859 hasta diciembre de 1860, cuando publicó *Herr Vogt*, su polémico ensayo de trescientas páginas.

En el mencionado texto, recordaba que en una reunión pública celebrada el 9 de mayo de 1859, convocada por David Urquhart para debatir la guerra en Italia, se le había acercado Karl Blind —un exmiembro

de la Liga Comunista y ahora un declarado mazzinista— para hablarle de sus sospechas de que Carl Vogt operaba a sueldo de Bonaparte. Vogt había formado parte del ala radical dentro de la Asamblea Nacional de Frankfurt en 1848-1849 y era suficientemente prominente para ser elegido uno de los cinco «regentes imperiales» cuando el Parlamento se disolvió. Había cultivado una postura decididamente contraria a Austria y, más recientemente, argumentado que el apoyo de Bonaparte era preciso para destruir la hegemonía austriaca y despejar el camino a un desarrollo liberal y nacional exitoso en Alemania.

Vogt fue uno de los científicos naturales más afamados de su época. Estudió con el famoso químico Liebig y se convirtió en docente en Geología, Fisiología y Zoología en la Universidad de Ginebra. En la primera etapa de su carrera cobró fama por su investigación del mecanismo de la apoptosis —la muerte programada de las células—, que identificó en su estudio sobre el desarrollo de los renacuajos. Fue reconocido por Darwin como uno de los adalides destacados de la teoría de la evolución en *El origen del hombre*.^[992] En su última fase profesional había desarrollado una variante de la teoría evolucionista bautizada como «poligenismo», enfoque que atribuía la existencia de diferentes razas al hecho de que cada raza había evolucionado a partir de un tipo de simio distinto. Esto significaba que la «raza blanca» pertenecía a una especie distinta a la del «negro».

Políticamente, lo que atrajo de manera particular las sospechas sobre Vogt fue un panfleto suyo publicado en 1859, *Estudios sobre la situación actual de Europa*. El objetivo de este artículo era reafirmar ante la opinión pública alemana que la actitud de Bonaparte ante la cuestión italiana respetaba por entero «la unidad y nacionalidad alemanas» y debía inspirar «la mayor sensación de seguridad en Alemania», pero algunas de las frases que empleaba parecían traducciones directas de la propaganda bonapartista y francesa. Como Karl afirmaba en su escrito, «sus ensayos no son más que la compilación traducida al alemán de artículos del *Moniteur*». ^[993] En un artículo anónimo en el *Free Press* de Urquhart, Blind dirigía las sospechas sobre Vogt sin nombrarlo, pero sí lo hacía en un volante anónimo, *Zur Warnung* (*La advertencia*).

Habiendo escuchado estos rumores por boca de Karl, Liebknecht y el editor de *Das Volk*, Elard Biscamp, reimprimieron el alegato en *Das Volk*, sosteniendo además que tenían pruebas de que Vogt había intentado sobornar a un demócrata de Baden en nombre de Francia. En respuesta, Vogt demandó no a *Das Volk*, sino a la proaustriaca *Allgemeine Zeitung* (*Gaceta General*) de Augsburgo, que informaba de la denuncia. Los editores de la *Allgemeine Zeitung* acudieron a *Das Volk* en busca de una evidencia que la respaldara, *Das Volk* acudió a Karl y Karl acudió a Karl Blind. Blind negó, sin embargo, la autoría de *Zur Warnung*. Eso hizo parecer que el asunto se había originado en Karl, quien hizo reiterados intentos de lograr que Blind admitiera su autoría, pero este se negó a ello.

De ahí en adelante la historia se complicó cada vez más. En la imprenta que sacaba *Das Volk* Liebknecht descubrió las pruebas originales de *Zur Warnung* con correcciones hechas a mano por Blind. Esto condujo a la admisión de que el autor de *Zur Warnung* era Karl Schaible, amigo de Blind. Karl quedó así en posición de rebatir la acusación de que había sido él el responsable de la afirmación primera, pero entretanto, en diciembre de 1859, Vogt había ya publicado su propia y extensa autodefensa, *Mi acción contra el Allgemeine Zeitung*, en la que atribuía la persecución de que era objeto no a Blind, sino a «la red de intrigas tejida por los comunistas de Londres». Como Karl hacía notar, Vogt había manipulado astutamente la evidencia para hacer parecer el asunto una disputa entre liberales y comunistas. Como le señaló a Lassalle, «fue muy astuto de parte de Vogt hacerme a un lado como fuente de la denuncia. [...] El señor Vogt sabía que los vulgares demócratas de Alemania me consideran su *bête noire*».[994]

Sus biógrafos han considerado habitualmente *Herr Vogt*, la extensa autodefensa de Karl en forma de libro, como un ejemplo adicional de su ineptitud para diferenciar entre lo importante y accesorio, o bien como una distracción poco afortunada de su labor en *El capital*, que supuestamente preparaba por esa época. Pero dada la gravedad de las acusaciones de Vogt, parece un reproche poco razonable. Vogt acusaba a los comunistas en Londres de vivir convocando a los trabajadores europeos, que al responder se ponían en evidencia; tras ello, eran o bien extorsionados o caían en manos de la policía. Esta actividad inescrupulosa se había originado

presuntamente en Suiza. Sus practicantes originales habían estado relacionados con el intento de un *putsch* republicano por parte de Gustave Struve en septiembre de 1848. Obligados a marcharse a Suiza tras la derrota de la Campaña en pro de la Constitución del Imperio, sus miembros formaron una o más camarillas, la «Banda del Azufre» o «de las Cerdas» (o quizá fueran dos denominaciones para una misma entidad), que se trasladaron a Londres, donde se volvieron muy activos en uno de los comités de refugiados. Vogt no prestaba atención a la escisión habida en 1850 en el seno de la Liga Comunista, entre la facción de Marx y la de Willich-Schapper. Ambas eran, según él, ramas de la Banda del Azufre.

Se decía que, con el resurgir de la actividad política en 1858 y 1859 y la fundación de *Das Volk*, la Banda del Azufre estaba de nuevo activa y empeñada en «reducir a fragmentos el Partido Democrático». Vogt señalaba que, según se rumoreaba, la banda era ahora liderada por Karl, Liebknecht y Biscamp, el editor de *Das Volk*. En un comienzo, Vogt había creído que ellos eran el instrumento inconsciente de la reacción, pero en ese momento en particular, «he llegado a la convicción de que lo hacen en forma deliberada, que las personas mencionadas son a sabiendas el instrumento de la reacción, que mantienen la más estrecha conexión con ella. [...] Cualquiera que entre en alguna forma de trato político con Marx y sus camaradas caerá tarde o temprano en manos de la policía». Claramente, las acusaciones principales —los cargos de extorsión y traición— eran absurdas. En respuesta a ello, Karl presentaba su propio recuento de la historia de la Liga Comunista, partiendo de sus actividades en 1848. Aun así, pese a sus ingentes esfuerzos, era prácticamente imposible brindar una opción alternativa clara y directa de la actividad comunista en las secuelas de 1848, dado el revoltijo de embustes, verdades a medias y hechos verdaderos que Vogt enumeraba. Era una época en que los rumores descabellados y las fantasías insurreccionales eran fácilmente digeridos en los círculos del exilio y en que cada organización y grupo eran vulnerables a las actividades de espías y provocadores. Edgar Bauer, que se había convertido él mismo en espía danés, alegaba que la emigración alemana y la policía política eran «dos ramas que brotaban del mismo árbol».[995] Dicha actividad de los espías y dobles agentes estaba en su apogeo en torno a la

época del juicio por traición de Colonia, en 1852, que incluyó la falsificación de evidencia en apoyo a la fiscalía. Esa actividad causó fisuras particularmente hondas en la credibilidad de la facción Willich-Schappel, en la que las acciones de agentes de la policía como Cherval, Gipperich, Hirsch y Fleury comprometieron seriamente la reputación de Willich. Pero también Karl se vio implicado en tales maniobras, al dejarse seducir para que escribiera *Los grandes hombres del exilio* por el agente secreto al que denominaban «coronel Bangya».

A la luz de esta historia algo penumbrosa, no debe sorprendernos que la lectura que el propio Karl hacía del exilio en la década de 1850 fuese inhabitualmente moderada: «A excepción de algunas pocas personas, únicamente puede reprochársele ilusiones a la emigración, ilusiones que, teniendo en cuenta las condiciones de la época, resultaban más o menos justificadas y tonterías que necesariamente tenían que surgir, debido a la situación a la que la emigración se veía abocada en forma inesperada».[996] El resto del libro recapitulaba su propia convicción de que existía una alianza poco santa entre el bonapartismo y el paneslavismo, y señalaba que los argumentos a favor de esa alianza podían rastrearse en los *Estudios* de Vogt. Resumía, a la vez, la lectura de la figura de Bonaparte que ya había hecho en *El Dieciocho Brumario* y los alegatos en sus *Revelaciones de la historia diplomática del siglo XVIII*, en cuanto a que había habido «una colaboración permanente y secreta entre los gobiernos de Londres y San Petersburgo» desde la época de Pedro el Grande. Lo que venía a constituir un bloque paralelo, y bastante más ampuloso, de teorías conspirativas que contraponer a las de Vogt. Según Karl, el «paneslavista ruso» que era Vogt apoyaba el establecimiento de la «frontera natural» de un reino eslavo y, en apoyo de este ambicioso afán, había sugerido que Rusia se anexara «Austria, Salzburgo, Estiria y las porciones alemanas de Carintia». En cuanto al bonapartismo, explicaba por qué resultaba necesario para Napoleón lanzar una guerra de alcances limitados en Italia, en respuesta al estado alarmante de la economía francesa y como una forma de reforzar la lealtad vacilante del ejército. Enseguida detallaba los planes del propio Bonaparte con Suiza, tras su adquisición de Saboya.[997]

Después de leer *Herr Vogt*, Engels escribió a Karl diciéndole que «este es, por cierto, el mejor ensayo polémico que has escrito hasta ahora; más simple en su estilo que el de Bonaparte [*El Dieciocho Brumario*] y, con todo, igual de efectivo cuando es preciso».[998] Liebknecht también consideraba *Herr Vogt*, junto a *El capital* y *El Dieciocho Brumario*, parte de una «trinidad», y cada uno de esos textos «la unidad dentro de una gran personalidad expresándose ella misma en diversos temas».[999] Edgar Bauer fue más comedido. Coincidió en que Karl había refutado las denuncias de Vogt en su contra, pero aun cuando había conformado un caso posible contra Vogt basándose en sus escritos, no había conseguido probar que era un agente bonapartista y se había limitado a repetir la denuncia original de Blind.[1000]

En la evaluación que el propio Karl hacía del episodio, la disputa con Vogt fue «crucial para la *reivindicación histórica* del partido y su posición posterior en Alemania».[1001] Pero si algo había, era que la discusión con Vogt y el argumento más general del papel de Bonaparte en Italia testimoniaban la importancia desfalleciente del «partido» a finales de la década de 1850 y el inicio de una «nueva era». El caso Vogt partió como una discusión entre los demócratas, con las denuncias hechas por Blind contra Vogt. El tema no era ya la revolución o el proletariado, sino el significado de las acciones de Bonaparte en Italia, en relación con las perspectivas de unificación alemana. Este no era un tema que enfrentara a socialistas y demócratas, sino algo que dividía a los socialistas tanto como a los demócratas. La incapacidad de alcanzar una postura consensuada del «partido» en el tema de Italia se hizo evidente en los enfoques distintos de Engels y Lassalle.

Esa relevancia desfalleciente del «partido» quedó a su vez clara cuando Karl intentó sumar el apoyo del poeta Freiligrath a la batalla legal contra Vogt. Aunque Freiligrath se mostró encantado de reiterarle su amistad a Karl y reafirmar su permanente dedicación, junto a Karl, a la «*classe la plus laborieuse et la plus misérable*», como la describía Saint Simon,[1002] se negó a verse involucrado en la contienda contra Vogt como un tema de «partido». Respondió a Karl que «cuando a finales de 1852, y como resultado de los juicios de Colonia, se disolvió la Liga, corté todos los lazos

que me vinculaban al partido como tal». Había sido «un poeta de la Revolución y el proletariado» desde mucho antes de unirse a la Liga o al comité editorial de la *Neue Rheinische Zeitung*, pero como poeta requería de su libertad y el partido le resultaba «una especie de jaula». Finalmente, otra consideración había reforzado su determinación y le permitía no lamentarse de su distanciamiento del partido: era la asociación de este con elementos falsos y de baja ralea —como Tellering, Bangya, Fleury, etcétera—, quienes, a pesar de todas las precauciones tomadas, habían conseguido imponerse en el partido. Freiligrath se sentía muy feliz al evocar la sensación de pureza que le suscitaba la no pertenencia a una organización que podía ponerlo de nuevo en contacto con esos elementos.[\[1003\]](#)

Las actividades del propio Freiligrath en la década de 1850 sirven para ejemplificar de manera acertada las fuerzas causantes de la ruptura del «partido» en la segunda mitad de esa década. Pese a sus convicciones radicales, la cultura poética y literaria de Alemania hacía que Freiligrath se sintiera más cómodo en el círculo literario más próspero que rodeaba a Gottfried Kinkel, el aspirante a poeta, y a su talentosa esposa Joanna, que era compositora, ambos residentes en el refinado barrio de Saint John's Wood. En 1858 la recién fundada publicación demócrata radical londinense *Die Neue Zeit*, que apuntaba a una audiencia obrera de tendencia radical, publicó un artículo anónimo de Karl burlándose de la propuesta de Kinkel de hacer una lectura de poesía alemana ante un selecto grupo que haría una gira por los lagos de Inglaterra. *Hermann*, el semanario liberal-nacionalista de Kinkel, parecía muy dispuesto a minimizar la política republicana y democrática con miras a favorecer un proceso de unificación nacional liderado por Prusia. En el verano de 1858 Kinkel había hecho renovadas apariciones para leer su poesía en la Asociación Educativa de Trabajadores, dando pie a lo que Karl calificó como el «renacer de Kinkel».

En el otoño de 1858 Joanna Kinkel se cayó por una ventana y murió. Freiligrath leyó un poema en su funeral alabando su fe en la libertad, el amor y la poesía, y ensalzándola como una mártir caída en el campo de batalla del exilio. Karl se puso furioso con la apostasía de Freiligrath, a quien se refería ahora en privado como «el filisteo obeso», por haber participado en el «melodramático» funeral organizado por Gottfried a raíz

de «la muerte de la arpía REPULSIVA y cáustica».[1004] Y se sintió además agraviado al año siguiente, cuando la atención mayoritaria de los alemanes residentes en Londres se centró en el Festival Schiller, a celebrarse en el Crystal Palace.[1005] Como poetas, Kinkel y Freiligrath fueron los miembros más prominentes dentro del comité organizador. Karl estaba enfadado con Freiligrath porque este no insistió lo más mínimo en que alguno de «sus amigos del partido» fuese invitado al comité («aunque sabía perfectamente que yo no asistiría»). *Hermann*, la publicación de Kinkel, dio extensa cobertura al evento y la práctica totalidad de la colonia alemana en Londres participó en el festival.

La carta de Freiligrath sobre el caso Vogt, recibida pocos meses después, obligó a Karl a renunciar a esa ambigüedad tan conveniente que él mismo asociaba a su concepto del «partido» en la década de 1850. Consciente de que no podía permitirse alejar de su lado a Freiligrath, su respuesta fue conciliadora. Con la idea de «partido», explicó, no aludía a la Liga Comunista o a la *Neue Rheinische Zeitung*, sino a «un partido en el sentido histórico más amplio del término».[1006]

ANEXO. FREDERICK DEMUTH

Es poco probable que en vida de Karl llegara a saberse gran cosa de Frederick Demuth, alias Freddy, aun cuando se dice de él que fue un asiduo visitante del hogar de los Marx una vez que Lenchen se convirtió en ama de llaves de Engels tras la muerte de Karl en 1883. Para entonces Freddy era un habilidoso experto en maquinarias y activo miembro de la filial en King's Cross de la Asociación Unida de Ingenieros. Las hijas de Karl lo conocían y todas consideraban que tenían una obligación para con él. La versión familiar aceptada era que Freddy era hijo de Engels pero, de ser aquello cierto, las hijas consideraban que el tratamiento que Engels le daba había sido en extremo mezquino. Por la época de la muerte de Lenchen en 1890, Eleanor Marx escribió a su hermana Laura indicándole que «Freddy se ha comportado en todos los sentidos de manera admirable y la crispación de Engels con él es tan injusta como entendible. A nadie le gusta, me

imagino, toparse con su pasado en carne viva. Yo misma sé que, siempre que me topo con Freddy, siento culpa y la sensación de algo hecho de manera incorrecta».[1007]

Pocos días antes de que muriera Engels, en agosto de 1895, Eleanor se enteró por su amigo Samuel Moore de que Karl era, en realidad, el padre de Freddy. Moore le reveló el asunto para desmentir el rumor de que Engels había renegado de su hijo. Es muy probable que Laura ya lo supiera o lo sospechara; en cuanto a Eleanor, quedó impactada y descompuesta con la revelación y acudió al propio Engels en busca de confirmación. Engels estaba agónico a causa de un cáncer esofágico y demasiado débil para hablar, pero escribió su respuesta en una pizarra. Antes le había dicho a Moore: «Tussy [Eleanor] quiere convertir a su padre en un ídolo».[1008]

Los detalles de esta escena junto a aquel lecho de muerte salieron por primera vez a la luz tras el hallazgo, hecho en Amsterdam por Werner Blumenberg en 1962, de una carta de Louise Freyburger, fechada el 2 de agosto de 1898 y dirigida a August Bebel. Freyburger, exmujer de Karl Kautsky, fue el ama de llaves de Engels desde 1890 hasta la muerte de este en 1895. Aunque aceptaba la paternidad de Karl, Yvonne Kapp cuestionó luego de manera resuelta, en su biografía de Eleanor Marx, la credibilidad de esta carta de Freyburger. Sostenía que fue escrita en «una vena de absoluto fantaseo» y demostró lo improbable de varias de las afirmaciones incluidas en ella.[1009] Dado que solo había una copia escrita a máquina de la misiva y que su descubrimiento proveía a quien fuese de abundantes municiones anticomunistas en el auge de la Guerra Fría, algunos autores como Terrell Carver piensan que fue una falsificación, «posiblemente obra de agentes del nazismo».[1010] En la entrada correspondiente a Engels en mi *Diccionario de biografías nacionales*, me hago eco de esta interpretación, que en fecha más reciente ha proseguido su andadura en el estudio de Paul Thomas.[1011]

Ahora pienso que, aun cuando la carta de Freyburger contenía cierto número de afirmaciones decididamente extravagantes, estas eran falsas reminiscencias de lo que tal vez escuchó de la boca de Engels y no embustes deliberados. En cuanto a la idea de que el documento fuese una falsificación, David Riazánov reunió evidencias que confirman que varios

socialdemócratas alemanes prominentes eran conscientes en la década de 1890 de la auténtica filiación de Freddy, pero esa recopilación quedó enterrada en los archivos comunistas soviéticos tras la purga contra Riazánov y solo vio la luz tras la caída del comunismo, en la década de 1990. De ella se colige que Freddy, que era para entonces un fabricante de herramientas y murió en 1929, era desde luego consciente de que Karl era su padre.[\[1012\]](#)

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

EL BIENIO DE 1857-1858. SU CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA, LOS GRUNDRISSE[[1013](#)]

En 1857, enfrentado a la perspectiva de una crisis económica global y la posibilidad de otro periodo revolucionario, Karl reunió al fin los componentes de la «crítica de la economía política» en la que se había embarcado en 1844, estando en París. «Estoy trabajando como loco toda la noche y cada noche, cotejando mis estudios económicos —informaba a Engels— para tener al menos claro el bosquejo antes del *déluge*». [[1014](#)] Y en febrero de 1858 escribía a Lassalle que había «estado trabajando en las últimas etapas durante unos meses» y estaba «al fin listo para ponerme a trabajar tras quince años de estudios». Deseaba publicar la obra en fascículos, sin ningún «plazo rígido» para las entregas, y esperaba que Lassalle lo ayudara a encontrar a «alguien en Berlín» dispuesto a asumir esta forma de publicación. Como él mismo describía la obra a Lassalle:

La labor en la que estoy ahora empeñado se refiere a una *Crítica de las categorías económicas* o, SI LO PREFIERES, a un desenmascaramiento crítico del sistema de la economía burguesa. Es un desenmascaramiento y, por la misma vía, una crítica del sistema. [...]

El todo esta dividido en seis libros: 1. Sobre el capital (incluye unos pocos CAPÍTULOS introductorios). 2. Sobre la propiedad de la tierra. 3. Sobre el trabajo asalariado. 4. Sobre el Estado. 5. Comercio internacional. 6. Mercado mundial. No puedo excluir, por cierto, las consideraciones críticas sobre otros economistas, en particular una polémica con Ricardo, ya que incluso él, *qua* burgués, no ofrece sino chapuzas, *incluso desde un punto de vista estrictamente económico*. Pero en términos generales, la crítica y la historia de la economía política y el socialismo serían tema de otra obra, y finalmente, un breve *resumen histórico* del desarrollo experimentado por las categorías y relaciones económicas, el tema de una tercera.[[1015](#)]

La historia narrada en lo que más tarde se conocería como *Grundrisse* era la del extravío y recuperación históricos del hombre, en relación con su «naturaleza social» o propiamente «humana». Dicha naturaleza había quedado encubierta por la forma externa y abstracta que adoptó en la sociedad burguesa. El intento de resumir el desarrollo en cuestión adquirió la forma de una «crítica de la economía política», puesto que las categorías económicas —el comercio, la competencia, el capital, el dinero, etcétera— eran «solo la expresión teórica, la abstracción, de las relaciones sociales de producción».[1016]

Pero el trabajo de Karl no fue bien. A los pocos meses de iniciarlo, preocupado por su demora en el envío del manuscrito, explicaba a Lassalle que el retraso se debía a una enfermedad; tenía que seguir, a la vez, con su «trabajo periodístico “para ganarme el pan”». Y añadía que «el estilo de todo cuanto escribo parece contaminado por problemas de hígado», aunque estaba decidido a que «el producto de quince años de investigación, es decir, los mejores años de mi vida», no quedara «estropeado por problemas médicos». Es más, reafirmando su idea de sí mismo como jefe del «partido», agregaba que «en la obra se brinda por vez primera, en términos científicos, una visión relevante de las relaciones sociales. Por ende, le debo al partido que el asunto no quede deformado por la clase de estilo denso y engorroso propio de un trastorno hepático».[1017]

El despliegue de su argumentación en los *Grundrisse* era, sin embargo, desmañado e inconexo, y la presentación de los temas, caótica. No se ceñía a los planes antes bosquejados para Lassalle y había poco o nada allí de los últimos tres libros anunciados. El manuscrito tenía ochocientas páginas; una introducción inconclusa y dos capítulos, el primero sobre el «Dinero», de ciento veinte páginas, el segundo sobre el «Capital», de unas seiscientas noventa páginas. La mayoría del texto era la Parte I, acerca del «Capital», y estaba a la vez subdividida en tres secciones: «El proceso de producción del capital», «El proceso de circulación del capital» y «El capital rinde frutos. Interés. Utilidades. (Costes de producción, etcétera)». Los temas fundamentales se entremezclaban a empellones con cuestiones relativas a los acontecimientos de 1848, o con sus intereses periodísticos ligados a *The New-York Tribune*. Pero aunque el texto abundaba en cuestiones

intelectuales irresueltas, sería un error interpretar de forma totalmente negativa esa desorganización. En parte, era el fruto de un periodo de intensa creatividad, marcado por el empeño desesperado de dejar enunciadas reflexiones que correspondían ya a etapas muy posteriores de la argumentación en torno a los temas que el volumen inicial debía supuestamente abarcar. Como Jenny indicaba en carta al «señor Engels» fechada en abril de 1858, «el hígado y la vesícula [de Karl] están de nuevo en estado de rebeldía. [...] El deterioro de su condición es en buena medida atribuible a la intranquilidad y agitación mental que ahora, tras firmar el contrato con el editor, es desde luego mayor que nunca y aumenta a diario, dada su absoluta imposibilidad de concluir la obra».[1018] Seis semanas después el propio Karl escribió a Engels para preguntarle si podía redactar algo muy general acerca de las fuerzas británicas en la India para *The Tribune*, «pues la lectura de mi propio manuscrito me tomará la mayor parte de la semana. La parte aborrecible de todo ello es que el manuscrito (que en letra impresa habrá de ser con seguridad un pesado volumen) es un absoluto batiburrillo, buena parte de él pensada para desarrollarla en secciones posteriores. Así que deberé hacer un índice indicándote brevemente en qué libreta de notas y qué página encontrar el material en que quiero que trabajes primero».[1019]

1844-1857. DESARROLLO DE SU CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Al iniciar en 1844 su crítica a los economistas políticos, no había habido en el intento de Karl ninguna crítica desde dentro a la economía política en sí, o un involucramiento en detalle con ella, ni algo que pudiera entenderse como una contradicción específica de la «economía burguesa». La única realidad descrita era la de la propiedad privada, cuya consecuencia palpable había sido volver al hombre dependiente de la competencia y convertir al trabajador en mercancía, cuya creación o destrucción dependían de las oscilaciones en la demanda. En esto, Karl seguía de cerca a Proudhon al sostener que allí donde prevalecía la propiedad privada, los objetos costaban más de lo que valían y los bienes se vendían a mayor precio que su

valor real. El intercambio, como decía Engels, era el resultado de la «usura recíproca» y su única ley era el «oportunismo». El contraste se planteaba, ante todo, entre las miserias atribuibles a la propiedad privada y el auténtico destino del «hombre». El «hombre» así definido no era el sujeto empírico invocado por la economía política, sino el ser humano en su esencia: «un ser humano natural», cuyo significado debía encontrarse no en sus orígenes naturales, sino en su destino histórico.

De igual manera, las «fuerzas» y «relaciones» de producción mencionadas en los escritos de 1845 y 1846 no lo eran en su relación con los procedimientos intrínsecos de ningún sistema económico específico. Aunque la terminología pueda haber resultado novedosa, las ideas en sí no eran originales. Estaban ya en circulación en el siglo XVIII ideas que vinculaban la propiedad privada con grados más elevados de productividad, o que sugerían una afinidad entre ciertas formas de producción y de gobierno: por ejemplo, al comparar la propiedad de la tierra en Europa con las prácticas cazadoras y nómadas de las tribus americanas, o los regímenes europeos basados en la propiedad con el «despotismo oriental».[1020]

Fue en *La miseria de la filosofía* cuando Karl comenzó a enfocarse en «la economía burguesa» e, incluso entonces, solo de manera superficial. [1021] Entregado a una denuncia de Proudhon, se basó en los *Principios de economía política y tributación* de Ricardo para ofrecer una teoría alternativa del valor.[1022] Proudhon había objetado que el supuesto de Ricardo de una equivalencia, en el intercambio, entre valor y precio era una pura idealización. El problema fundamental de la economía burguesa era que los productos no se vendían a su valor real. Para remediar este error, Proudhon proponía varias medidas, incluida la abolición del dinero, que él veía como el principal obstáculo para el establecimiento de relaciones de intercambio reales y justas.

Karl replicó a ello con una defensa de Ricardo: «La determinación del valor por el tiempo de trabajo, es decir, la fórmula que el señor Proudhon nos brinda como la fórmula regeneradora del porvenir» no era «sino la expresión científica de las relaciones económicas de la sociedad actual». Luego recurría a su lectura de los economistas políticos ingleses para argumentar que las sugerencias prácticas de Proudhon eran similares a las

de un John Francis Bray y otros autores, todas ellas formuladas veinte años antes. Aquellos socialistas afines a Owen habían imaginado, de hecho, que era posible resolver los problemas de la deflación y restricción crediticia introduciendo un sistema de cupones laborales que sustituyeran el dinero. [1023] Más allá de esos argumentos, no había habido ningún examen sostenido de la teoría económica de Ricardo. En *Miseria de la filosofía*, Karl había tratado la obra de Ricardo pura y simplemente como la «coronación» de la ciencia de la economía política en su momento de triunfo, como expresión de una época ya pasada.

Establecido en Londres en 1850-1851, en las secuelas de las revoluciones ocurridas a mediados de siglo, retomó sus estudios económicos y de nuevo consultó a Ricardo. [1024] Y empezó a considerar que la concepción del valor del propio Ricardo podía emplearse tanto como medida del bienestar burgués como para explicar la forma en que la «economía burguesa» —o lo que, de manera cada vez más reiterada, designaba él mismo como «el capital» o «la forma valor»— daba impulso a las fuerzas productivas. Esto reforzó el énfasis que ahora hacía en el poderío y protagonismo de las fuerzas productivas y su desarrollo. En 1847 había argumentado que lo que impulsaba a las «fuerzas productivas» era «un sistema de antagonismos de clase», especialmente aquel entre «el trabajo acumulado y el trabajo directo» (el capital y el trabajo), [1025] pero en los textos escritos hasta *La lucha de clases en Francia*, incluido este último, las fuerzas productivas desempeñaban un papel relativamente modesto e indeterminado en su pensamiento. Aun así, a comienzos de la década de 1850 ya no pudo eludir más su fuerza y dinamismo para generar el *boom* económico a nivel mundial y la vuelta a la prosperidad que habían puesto fin a la revolución en Europa. Y puso entonces todas sus esperanzas en el carácter cíclico del crecimiento verificable en las fuerzas productivas. El desarrollo volátil de la industria moderna, asociado a la maquinaria a vapor y al sistema fabril, se acompañaba de embestidas recurrentes de sobreproducción. Esto traería consigo, muy pronto, una nueva oleada de desempleo, la resurrección del movimiento obrero y la vuelta de la revolución.

Entonces intentó emplear el concepto de valor de Ricardo para construir una teoría muy alejada de cualquier cosa que preocupara al propio Ricardo, cuya teoría relacionaba el valor con el tiempo de trabajo socialmente necesario y pretendía ser válida solo como un agregado, planteándose él mismo ciertas reservas acerca de su validez. Su noción del valor no pretendía ser de aplicación general y su propósito era limitado: hacer posible un cálculo de la distribución variable, una vez que se dejaban de lado factores que complicaban ese cálculo, como la heterogeneidad de los productos resultantes.

A diferencia del propio Ricardo, Karl veía la noción del valor que este proponía tan solo como «la riqueza de la burguesía en su formulación más abstracta».[\[1026\]](#) Él quería hacer del valor del trabajo algo medible y aplicable a la empresa individual. Quería que esa noción explicara cuál era la fuente del trabajo no remunerado y mostrara por qué un sistema que descansaba, supuestamente, en un intercambio equitativo y justo podía generar una plusvalía tan consistente para una de las partes del intercambio. Si, como él creía, no había que rastrear la fuente de la desigualdad en el proceso de intercambio sino en el de producción, el foco en las horas de labor trabajadas y expresadas en términos del valor, contrastado con el número hipotético de horas requeridas para permitir que el trabajador subsistiera y reprodujera su categoría, brindarían una forma de respaldar esa argumentación.

En torno a 1857 Karl reunió en un único argumento cierto número de propuestas surgidas de fuentes no relacionadas entre sí previamente. De la literatura económica francesa de tendencia radical aparecida en las décadas de 1830 y 1840, tomó la idea de que eso que el trabajador vendía no era su trabajo, sino su aptitud para el trabajo, su «fuerza laboral». Una idea que ya estaba en Buret y Proudhon. Ahora intentó relacionar esta conclusión con su lectura de Ricardo, en quien el valor de la mercancía quedaba determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario, y el valor del trabajo era aquel necesario para sustentar y reproducir al trabajador. Karl abundó, a su vez, en la creencia muy popular entre radicales y socialistas de que el trabajo era la única fuente de riqueza («la teoría laboral del valor») y que, por ende, la ganancia solo podía derivarse del trabajo vivo.

Su enfoque brindaba una forma nueva de probar el carácter explotador del capital. Al disponer de la fuerza laboral del trabajador, de su capacidad de realizar efectivamente la labor, el capitalista se sentía movido a incrementar el valor generado por el trabajo más allá de lo que era estrictamente necesario para sustentar y reproducir al trabajador (la teoría del salario de subsistencia de Ricardo): en otras palabras, para extraer una «plusvalía» de los trabajadores. La forma en que esto se había implementado consistió en extender la jornada laboral, eso que Karl denominaba el «valor absoluto de la plusvalía». Pero con el empleo creciente de maquinarias y de la propulsión a vapor, el énfasis pasó a incrementar la productividad del trabajador por cada hora de labor, valiéndose de máquinas para determinar la velocidad a la que los trabajadores eran forzados a trabajar. A esto se lo denominó el «valor relativo de la plusvalía».

Según Karl, la gran ventaja de la teoría del valor era que permitía desarrollar una teoría referida a la crisis específica de la «economía burguesa». En lugar de hacer alusiones generales a la propiedad privada, la polarización y el empobrecimiento, él mismo apuntaba ahora a contradicciones específicas de la industria moderna y el capital, lo que era singularmente relevante para contrarrestar la opinión explícita de la burguesía que aún acataba el popular enfoque malthusiano, el cual atribuía el problema de la pobreza y el desempleo a la sobrepoblación y a la falta de contención de los trabajadores: «Como, por añadidura, la condición de la producción fundada en el capital es que él produzca cada vez más plustrabajo [trabajo excedente], se libera más y más *trabajo necesario*. Con lo cual aumentan las posibilidades de su pauperismo. Al desarrollo del plustrabajo corresponde el de la población excedente».[[1027](#)]

Con el desarrollo de la industria moderna y la inversión creciente en maquinaria que permitía ahorrar trabajo, la tendencia se veía acentuada de dos maneras. En primer lugar, aumentaba la productividad, y por ende se intensificaba la explotación del trabajador. Como al propio Karl se lo había revelado la lectura de las obras de Andrew Ure y Charles Babbage, el incremento de la productividad no era fruto exclusivo de la tecnología mecanizada; implicaba a su vez una reorganización en la división del

trabajo y el espacio fabril, de modo que la labor no estaba ya dividida entre los trabajadores, sino entre las máquinas y sus guardianes.[\[1028\]](#) En segundo lugar, estaba disminuyendo el número de trabajadores de los que podía extraerse plusvalía; o para ponerlo en los términos de Karl, aumentaba la razón entre «capital constante» (inversión en capital fijo) y «capital variable» (trabajo asalariado). Visto que, desde su perspectiva, la ganancia solo podía provenir del trabajo vivo, ello significaba que la tasa del beneficio estaba declinando:

La tasa del beneficio depende pues [...] de la proporción entre la parte del capital que se intercambia por trabajo vivo y la parte que existe bajo la forma de materias primas y medios de producción. Cuanto menor sea la parte intercambiada por trabajo vivo, tanto menor será la tasa del beneficio. En la misma proporción en que, en el proceso de producción, el capital como capital ocupe un espacio mayor en relación con el trabajo inmediato, es decir, cuanto más crezca el plusvalor relativo —la fuerza creadora de valor, propia del capital—, tanto más caerá la tasa del beneficio.[\[1029\]](#)

«Esta es, en todos los aspectos —insistía Karl—, la ley más importante de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas.» Una ley que, hasta entonces, nunca había sido bien comprendida y, «menos aún, expresada conscientemente»,[\[1030\]](#) pues lo que venía a probar, según él, era que había un mecanismo inherente y generador de crisis en el propio capital.

Enfrentado a esta amenaza, el capital «hará todos los esfuerzos para poner coto a la mengua de la proporción [...] entre la plusvalía, cuando queda expresada como beneficio, y el capital presupuesto». El fruto de ello sería que:

EL MAYOR DESARROLLO DE LA FUERZA PRODUCTIVA, JUNTO A LA EXPANSIÓN DE LA RIQUEZA EXISTENTE, COINCIDIRÁN CON LA DEPRECIACIÓN DEL CAPITAL, LA DEGRADACIÓN DEL TRABAJADOR Y UN DECIDIDO AGOTAMIENTO DE SUS FUERZAS VITALES.

Tales contradicciones conducirían a:

ESTALLIDOS, CATACLISMOS, CRISIS.

La supervivencia del capital podía quedar asegurada mediante una:

SUSPENSIÓN MOMENTÁNEA DEL TRABAJO.

y

LA ANIQUILACIÓN DE UNA VASTA PORCIÓN DEL CAPITAL. [...] PESE A LO CUAL, ESTA RECURRENCIA HABITUAL DE LAS CATÁSTROFES LLEVA A QUE SU REPETICIÓN OCURRA EN UNA ESCALA CADA VEZ MAYOR Y, FINALMENTE, A SU VIOLENTA CAÍDA.[\[1031\]](#)

La adopción de esta teoría del valor se combinaba con cierta visión del desarrollo humano, que era presentado como la relación cambiante entre materia y forma. La «materia» consistía en las personas y los objetos; la forma, en las relaciones singulares entre las personas y los objetos, junto a las concepciones inherentes al mundo. La ventaja de esta terminología, sobre la más habitualmente empleada de «fuerzas y relaciones de producción», era que venía a destacar la idea de que el valor y la producción de mercancías constituían una *forma* social. En cierto momento del desarrollo humano se había impuesto en las relaciones entre las sociedades humanas, y en el seno de ellas, una formación social particular. Ayudada por el crecimiento en las relaciones monetarias, el simple intercambio de productos útiles había dado paso, cada vez más, al intercambio de mercancías, entendidas como encarnación del valor de cambio. Así, el consiguiente incremento de las fuerzas productivas había tenido lugar bajo los auspicios de lo que Karl denominaba «la forma valor»: la actividad económica definida como la maximización del valor de cambio.

La historia consiguiente era, por tanto, el desarrollo de un proceso dual de producción material y valorización. Al comienzo, el proceso de producción material y el proceso de valorización se diferenciaban relativamente entre sí. Pero «mediante la incorporación del trabajo al capital, este se vuelve proceso de producción, pero inicialmente en proceso de producción *material*; proceso de producción en general, de tal suerte que el proceso de producción del capital no se diferencia del proceso de producción material en general. Su determinación formal queda completamente extinguida».[\[1032\]](#) Esto significaba que, al considerar el

concepto general del capital, «*esta unidad de producción y valorización* no es directa, sino solo como *proceso* sujeto a [ciertas] condiciones». [\[1033\]](#)

LOS ORÍGENES DE UNA FORMACIÓN SOCIAL

¿Por qué y cómo nació esta formación social? En la parte inicial de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith postulaba que la división del trabajo era «la consecuencia necesaria, aunque muy lenta y gradual, de cierta propensión de la naturaleza humana [...], la propensión a transportar, permutar o intercambiar una cosa por otra». [\[1034\]](#) Los manuales de economía política incluían supuestos similares, y Karl los refutaba al inicio de los *Grundrisse*. En esos manuales se solía imaginar que la vida económica había comenzado como lo hizo en *Robinson Crusoe*, con «el cazador o el pescador solos y aislados. [...] [Este individuo] se les aparece no como un resultado histórico, sino como punto de partida de la historia. Según la concepción que tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en cuanto puesto [allí] por la naturaleza y no como producto de la historia». [\[1035\]](#) Karl ponía en evidencia lo absurdo de esa creencia, difundida por los textos de economía política, de que la propiedad privada y el individuo eran puntos de partida apropiados: «Solamente al llegar el siglo XVIII, con la “sociedad civil”, las diferentes formas de conexión social aparecen ante el individuo como un simple medio para lograr sus fines privados, como una necesidad exterior. [...] La producción por parte de un individuo aislado, fuera de la sociedad, [...] no es menos burda que la idea de un desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan *juntos* y hablen entre sí». [\[1036\]](#)

Para establecer que el capital o la sociedad mercantil no eran una simple manifestación de la naturaleza humana, hacía falta demostrar que eran el fruto de una formación social en particular. Los *Grundrisse* trazaban una compleja historia para probar que «la forma valor» era el subproducto de cierto estadio en el desarrollo productivo, destinado a quedar superado una vez que se alcanzara un estadio superior. En la base del enfoque alternativo de Karl estaba el supuesto de un mundo regido por el gregarismo originario,

el que había sufrido la irrupción —pero había sido a la vez impulsado por ella en una dirección particular— de la propiedad privada y el desarrollo de relaciones de intercambio. El hombre «solo puede individualizarse en la sociedad». Originalmente era un ser genérico, un ser tribal, «un animal social». «Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo —y por consiguiente también el individuo productor— como dependiente y formando parte de un todo mayor: en primer lugar y de una manera todavía muy enteramente natural, de la familia y de esa familia ampliada que es la tribu; más tarde, de las comunidades en sus distintas formas, resultado del antagonismo y de la fusión de las tribus.»[\[1037\]](#)

El intercambio fue el principal agente de individualización humana. Hizo de «la existencia en manada [...] algo superfluo» y la disolvió. Si, como Karl argumentaba, «la tierra es el gran *laboratorium*, el arsenal, que proporciona tanto el medio de trabajo como el material de trabajo», entonces:

Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la *unidad* del hombre viviente y actuante, [por un lado,] con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza [por otro,] y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la *separación* entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajado asalariado y capital.[\[1038\]](#)

En términos históricos, la forma más frecuente en épocas tempranas era la propiedad comunitaria tal y como ha pervivido, por ejemplo, entre los nativos americanos, los eslavos y los antiguos celtas, pero incluso allí donde la tierra no era propiedad comunal, el individuo no era un propietario en el sentido moderno: «Así como un individuo aislado no podría tener lenguaje, tampoco podría tener propiedad del suelo». Su relación con las condiciones objetivas del trabajo estaba «mediada por su existencia como miembro de la comunidad».[\[1039\]](#)

Con el tiempo, el crecimiento de la población y los inicios del comercio destruyeron tales condiciones. El sistema comunitario decayó y murió junto con las relaciones de propiedad en las que se basaba, pero todo ello fue un proceso gradual: «La tierra, incluso donde se ha convertido en propiedad privada, [...] solo es valor de cambio en un sentido restringido. El valor de

cambio hace su aparición con el producto natural aislado, separado de la tierra e individualizado por la industria (o por la simple apropiación). Aquí también es donde, por vez primera, comparece el trabajo individual».[1040] El intercambio no empezó en las comunidades, sino en sus bordes. Los pueblos mercantiles, como los judíos y lombardos, eran «los intermundos del universo [antiguo]» y podían coexistir con las antiguas comunidades sin quebrantarlas. Pero, eventualmente, el impacto del comercio sobre las comunidades terminó subordinando «más y más la producción al valor de cambio y relegando cada vez más el valor de uso a un segundo plano, al hacer que la subsistencia dependa más de la venta que del uso inmediato del producto».[1041]

La rapidez con que todo esto ocurrió es variable. En Asia el sistema comunitario fue más persistente, estaba de hecho aún vigente, en parte por la pobreza de las comunicaciones, en parte porque descansaba en una unidad autosustentable de manufacturas y agricultura a nivel aldeano. En tales condiciones, el individuo no se independizaba de la comunidad. Por otra parte, en la antigua Roma y otros estados guerreros de pequeñas dimensiones, la supervivencia de la comunidad dependía de «la *reproducción* de las relaciones *presupuestas* entre el individuo y su comunidad», con todos sus integrantes operando como campesinos autosustentados, cuyo tiempo excedente pertenecía a la comunidad, a «la conquista, etcétera». En áreas habituadas a la producción comunitaria, donde la conquista militar implicaba que el productor era capturado junto con su tierra, se establecieron sistemas de esclavitud o servidumbre. «Por ello, esclavitud y servidumbre son tan solo desarrollos posteriores de la propiedad basada en la organización tribal».[1042] Esas condiciones fueron «el resultado de un estadio histórico [en el que había un] limitado [...] desarrollo de las fuerzas productivas; de la riqueza en sí como del modo de crearla. El objetivo de la entidad comunitaria, del individuo —así como la condición de la producción— era la *reproducción de estas determinadas condiciones de producción* y de los individuos, tanto aisladamente como en sus diferenciaciones y relaciones sociales, como portadores vivos de estas condiciones».[1043]

La historia de la Antigüedad clásica era «historia urbana, pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y la agricultura». La historia «asiática» era «una especie de unidad indiferenciada de ciudad y campo; las ciudades verdaderamente grandes deben ser consideradas meramente como un “campamento señorial”, como una “excrecencia” artificial sobre la estructura real económica». Una tercera forma de desarrollo ocurrió en la Edad Media, la «época germánica» de Hegel, cuando la tierra opera «como sede de la historia, historia cuyo desarrollo posterior se convierte en «una contraposición entre ciudad y campo». La historia moderna era la «urbanización del campo, no —como entre los antiguos— ruralización de la ciudad».[1044]

Los orígenes de la sociedad burguesa moderna eran explicados en función del quiebre de las formas comunitarias a la luz del desarrollo de las fuerzas productivas y la emergencia de la forma valor. El empeño consistía en contar una historia dual: por una parte, la del desarrollo de las capacidades esenciales del hombre (la industria, las fuerzas productivas) y, por otra, la de la secuencia de relaciones sociales que marcaban la expansión del capital y la forma valor.

En su manuscrito, Karl advertía que, en la primera parte, donde hacía alusión al valor de cambio, el dinero y el precio, «las mercancías se presentan siempre como ya existentes» y sugerían «las determinaciones de la producción social», aun cuando no se explicitara su papel determinante.[1045] Como fruto de ello, en la versión publicada de la obra con el título de *Contribución a la crítica de la economía política*, aparecida en 1859, Karl eligió empezar por la mercancía y conservó este punto de partida para la eventual publicación de *El capital* en 1867. Escogió la mercancía porque representaba tanto un objeto concreto y útil, un «valor de uso», como un componente abstracto de un sistema económico basado en la propiedad privada, un «valor de cambio».[1046]

A partir de la mercancía era posible rastrear la aparición del dinero. A diferencia de la mercancía, el dinero entendido como un valor de cambio abstracto carecía de conexión con la forma natural de la mercancía. Si el valor de cambio representaba las relaciones sociales exteriorizadas del hombre, el dinero encarnaba esa relación en su forma más abstracta; era una

pura abstracción de «cualidades sociales universales». En este punto Karl se vio obligado a modificar sin matices la condena del dinero que había hecho en 1844. El dinero en alguna de sus formas —como medida del valor o como un medio de intercambio— había coexistido con las comunidades de antaño. Por ende, no era el dinero como tal, sino el dinero en su «tercera determinación», como valor de cambio abstracto y dado el papel que desempeñaba en una relación social exteriorizada dentro de la sociedad burguesa, el que era incompatible con la existencia de las comunidades precapitalistas primitivas. La «comunidad antigua» se había desintegrado por «el desarrollo del dinero en su tercera determinación».[1047] La consecuencia había sido la disolución de las tribus, clanes y comunidades campesinas de antaño.

Así fue como el dinero posibilitó la emergencia del capital. Su aparición debía rastrearse hacia atrás, hasta el momento de transición entre ambos ciclos. Al primer ciclo, en el que el dinero funcionaba únicamente como un medio de intercambio —M-D-M (Mercancía-Dinero-Mercancía)— y que no presuponía la existencia del capital, Karl lo denominaba el de la «circulación simple». Pero el valor de cambio aparecía en el próximo ciclo, D-M-D (Dinero-Mercancía-Dinero), que Karl consideraba característico del capital mercantil, aun cuando su presencia en la periferia de la sociedad y su empleo por los lombardos y judíos no implicó la producción de mercancías ni descoyuntó —al menos en etapas tempranas— el funcionamiento de las antiguas comunidades.

Los efectos moralmente corruptores del dinero en su tercera determinación eran condenados con tanta vehemencia en 1857 como lo habían sido en 1844: «La cambiabilidad de todos los productos, actividades y relaciones por un tercer elemento, por [...] una cosa que puede a su vez ser cambiada *indistintamente* por todo, es decir, el desarrollo de los valores de cambio (y de las relaciones monetarias), se identifica con la venalidad y corrupción generales. La prostitución generalizada se presenta como una fase necesaria. [...] [Es] la equiparación de lo heterogéneo: así, magníficamente, caracteriza Shakespeare la naturaleza del dinero».[1048] Pero el papel del dinero quedaba ahora ligado, de una manera más comedida, al patrón más amplio del desarrollo económico. Aun cuando era

efectivo que «la prehistoria en el desarrollo de la moderna sociedad industrial» empezaba con una «sed universal de enriquecimiento» por parte del individuo y el Estado, ese apetito había suscitado a su vez innovaciones. La búsqueda de oro había creado nuevos anhelos y conducido al descubrimiento de rincones alejados del mundo. Es más, a diferencia de Roma, donde el dinero era acumulado por la vía del pillaje y la riqueza de los individuos era fortuita, el dinero «como elemento ya desarrollado» presuponía ahora la existencia del trabajado asalariado. Apuntaba a la existencia de «un supuesto elemental de la sociedad burguesa», el trabajo asalariado y el capital como «formas diversas del valor de cambio desarrollado y del dinero como su encarnación».[1049]

Esto era de particular importancia en el campo, donde la difusión de las relaciones monetarias y la formación del capital moderno quedaron señaladas por la transformación del antiguo señor feudal en receptor de las rentas en dinero. Dicha transición no podría haber ocurrido pura y simplemente con el nuevo flujo de valores de cambio dentro del proceso de circulación, sino que se acompañó de «una disolución de la vieja forma de propiedad de la tierra». Fueron despedidos los recaudadores y, como hacía notar Adam Smith, el terrateniente pudo, en lugar de ello, intercambiar su maíz y su ganado por valores de uso importados. La agricultura se convirtió en «agronomía industrial», y «los *cottiers*, siervos de la gleba, campesinos sujetos a prestaciones, enfiteutas, inquilinos, etcétera, se transforman por necesidad en jornaleros, en asalariados. Es decir, que el *trabajado asalariado* no es creado en plenitud sino por la acción del capital sobre la propiedad de la tierra».[1050]

Karl diferenciaba en su ensayo entre «la acumulación original [o “primitiva”] de capital» y la concentración de grandes recursos por medios no económicos, a partir del proceso de circulación regular. La inversión en nuevas formas de manufactura y la comercialización de la agricultura fueron posibles por la disponibilidad de grandes concentraciones de riqueza monetaria, adquirida esta a través de «la usura, el comercio, el régimen urbano y el fisco», junto al cercamiento y apropiación de las propiedades eclesiásticas.[1051] Al mismo tiempo, en Inglaterra, mediante la legislación salarial y otras medidas coercitivas, el Estado de los Tudor forzó la

expulsión de los menesterosos y «vagabundos tenaces» de sus tierras a la esfera del trabajo asalariado.

Una vez que fueron separados de su tierra, aquellos que vivían originalmente de una pequeña propiedad y de las actividades de hilandería o tejeduría, se hicieron cada vez más dependientes de la industria casera y la venta de tales productos. Enredados en un sistema de relaciones monetarias, dominados por los comerciantes y asentados fuera de las ciudades, y por tanto lejos del control de los gremios, esto condujo a espirales de endeudamiento y a la pérdida eventual de las posesiones que eran sus instrumentos de labor. Finalmente, hasta la ilusión de que estos trabajadores eran productores independientes que vendían sus productos se evaporó. El paso final fue desplazar la labor hecha en casa a los grandes talleres y eventualmente a las fábricas. Lo que había comenzado, ostensiblemente, como una forma de intercambio culminó en trabajo asalariado dentro de un sistema que descansaba en «la separación plena de trabajo y propiedad».

[1052]

El capital incluía ahora no tan solo un intercambio de valores, sino la producción de valores de cambio y esto suponía un proceso de labor que fusionaba el capital y el trabajo asalariado y generaba, a la par, un ciclo con su propia dinámica interna. Puesto que ahora, en el punto de partida,

la producción creadora de valores de cambio [...] presupone la circulación como momento ya desarrollado y aparece como proceso permanente que pone en marcha la circulación y vuelve continuamente de esta a sí misma, para ponerla en marcha nuevamente. El proceso que fija el valor de cambio se presenta aquí y ahora, así pues, bajo una forma harto más complicada, porque ya no es solo el movimiento de los valores de cambio presupuestos, o que establecía formalmente como precios, sino un proceso que al mismo tiempo los crea, los produce como supuestos.

[1053]

Ese ciclo autosustentado de producción-circulación se expandió a la propiedad de la tierra, en eso que iba a ser el tema del Libro III de Karl, e incrementó a la vez, ampliándola de manera constante, la esfera del trabajo asalariado, lo cual iba a ser el tema del Libro IV.

Aunque los ejemplos históricos de Karl provenían de forma abrumadora de Inglaterra, este país era únicamente citado como ejemplo del desarrollo de un sistema orgánico global; uno en el que cada entidad seguía a la otra en una senda predeterminada de desarrollo. O como Karl lo planteaba, «la

anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono».[1054] Cada circuito del capital implicaba la vuelta a su punto de partida; el capital creaba así las condiciones sociales para su permanente reproducción y expansión a través de la creciente subversión de las formas precapitalistas, ya fuesen las de la producción campesina o artesanal, e instalaba progresivamente, en lugar de ellas, la producción continuamente renovada de los capitalistas y trabajadores asalariados. De esta forma, el destino global del capital era «conquistar toda la tierra para su mercado». A través de procesos circulares de universalidad creciente, el propósito de la simple mercancía al inicio del proceso estaba ligado al final al desarrollo del mercado mundial. Pero al igual que sucedía con otros organismos, el devenir del capital era caracterizado como un ciclo vital, lo cual venía a significar que la conquista global definitiva marcaría al mismo tiempo el inicio de su disolución.

ENTRE HEGEL Y FEUERBACH

La mezcla de los elementos reunidos para enhebrar su primera «crítica [a gran escala] de la economía política» era fruto del contacto decisivo de Karl, años antes, con quienes más profundamente habían incidido en su formación filosófica: Hegel y Feuerbach. Está claro que, al intentar organizar sus materiales, el primero a quien recurría era Hegel. En ciertos momentos de los *Grundrisse*, se esforzaba de hecho por aplicar la organización dialéctica de los conceptos en juego a la manera de Hegel. [1055] Al mismo tiempo, se recordaba a sí mismo que era necesario «corregir la manera idealista de exponerlo, que da la impresión de tratarse de puras definiciones conceptuales y de la dialéctica de estos conceptos». [1056] Seguía siendo fiel a la intuición original, surgida con su lectura de la *Fenomenología* de Hegel en 1844, en el sentido de que era preciso entender la esencia del trabajo como una creación humana, como «el fruto de la *labor propia* del hombre». [1057] En torno a 1857 este énfasis original en el ser humano como productor se había convertido en una concepción más fundamentada del desarrollo histórico de las fuerzas productivas.

En su intento de vislumbrar este patrón global del desarrollo productivo, le atraía asimismo la imagen circular que había descubierto en la *Ciencia de la lógica* del propio Hegel. En carta a Engels fechada en 1858 postulaba que «lo que me fue de gran utilidad en lo referido al *método* de tratamiento de los temas fue la *Lógica* de Hegel, a la que había echado otra ojeada por MERA CASUALIDAD después de que Freiligrath diera con varios volúmenes de Hegel, que eran propiedad original de Bakunin, y me los obsequiara».[1058] En la *Ciencia de la lógica* Hegel había imaginado el desarrollo del pensamiento como un proceso circular o, más bien, como una espiral de conceptos de universalidad creciente. En los *Grundrisse* Karl presentaba de manera muy similar el crecimiento de la forma valor como una sucesión de varios ciclos o una gran espiral abarcadora de formas cada vez más universales de interacción humana. Así, al perfilar el desarrollo producido desde la etapa de simple circulación a la aparición del capital, hacía notar que «el valor de cambio [pro]puesto como unidad de la mercancía y el dinero es el *capital*, y [...] [esa propuesta en sí] se presenta como la circulación del capital. (La cual, empero, es una línea en espiral, una curva que se amplía, no un simple círculo)».[1059] De esta forma, la trayectoria circular de la mercancía iba desde el más sencillo de los principios hasta su apogeo en el mercado mundial.

Aun así, la dialéctica presente en los *Grundrisse* no era en rigor la de Hegel. Tanto en Hegel como en los *Grundrisse* se presenta una relación entre forma y materia, o contenido (los *Grundrisse* se refieren indistintamente a *Stoff*, *Inhalt* o *Materie*). Una relación que parte como un nexo aparentemente superficial e indiferenciado, pero encubre y se revela como otro de interdependencia recíproca. En el pensamiento de Hegel esta contradicción, encarnada en la exterioridad de la forma y la materia, quedaba superada tan pronto como se revelaban las relaciones internas y quedaba claro que la materia incluía la forma en ella contenida. En los *Grundrisse* el nexo entre valor de uso y de cambio era presentado igualmente como la inmanencia del uno en el otro pero, mientras que Hegel veía derivar esa relación contradictoria y exterior a una unidad y síntesis, en los *Grundrisse* la forma y la materia seguían estando separadas y siendo

irreducibles entre sí. La una estaba subordinada a la otra y su relación obedecía a una jerarquía en la que la producción era la instancia dominante.

En otras palabras, la forma valor —las relaciones económicas— quedaba unilateralmente condicionada por la dinámica de las fuerzas productivas encarnadas en el proceso laboral. En la introducción a los *Grundrisse*, Karl planteaba esta objeción a Hegel: «Nada más simple, entonces, para un hegeliano que identificar producción y consumo». La producción, distribución, intercambio y consumo no eran idénticos; eran «momentos [diversos] de un proceso». Pero la producción era «el punto de partida de la realización y, por lo tanto, su factor predominante, el acto en el que todo el proceso vuelve a repetirse».[1060] Más adelante Karl diferenciaba su propio enfoque del de Hegel: «Desde el punto de vista *ideal* bastaba con la disolución de determinada forma de conciencia para matar una época entera. En la realidad esta barrera de la conciencia corresponde a *determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas materiales* y en consecuencia por la riqueza».[1061] En la introducción, el «punto de partida» de Karl —«individuos que producen en sociedad, o sea, la producción de los individuos socialmente determinada»— contribuía a definir a la vez su oposición a la economía política convencional,[1062] cuyo mayor defecto era, según él, suponer la primacía de la circulación y las relaciones de intercambio. Esta era su objeción fundamental a la economía política francesa. Se burlaba de la que los radicales galos consideraban la promesa original de la Revolución francesa: que la igualdad ciudadana llevaría a una igualdad en el intercambio. Ciertos autores, como Frédéric Bastiat, sostenían que, con el advenimiento del libre comercio, esa promesa se estaba cumpliendo. Pero el blanco principal de Karl era Proudhon, quien, junto a otros socialistas, objetaba que los intercambios seguían siendo desiguales y que el proceso de intercambio había sido distorsionado por los bancos. Era el motivo por el que dedicaba las primeras veinticinco páginas de los *Grundrisse*, el capítulo uno, a una crítica de las propuestas a favor de una reforma bancaria que hacía Alfred Darimon, seguidor de Proudhon.[1063] La aceptación por Karl de la premisa ricardiana de que los productos se intercambiaban de hecho a su valor de cambio lo obligaba no solo a elaborar su propia concepción de la primacía

de la producción sobre el intercambio y la circulación, sino a explicar por qué la apariencia de todo el proceso era engañosa.

Además, era comprensible esta asociación del capital con la igualdad y la libertad. Para la sociedad burguesa no eran obstáculo las relaciones explícitas de jerarquía y subordinación del feudalismo y la esclavitud. La realización del trabajo venía precedida de un contrato celebrado libremente entre el trabajador y el capitalista, que se juntaban en condiciones de aparente igualdad. Además, las mercancías así producidas se vendían en un mercado regido por la libre competencia. En la sociedad burguesa el trabajador se enfrentaba a la vez al capitalista como consumidor: «Se convierte en uno de los innumerables centros de la circulación, con lo cual se disuelve su carácter determinado como obrero».[1064] La legitimidad del capital se construía a partir de estos hechos. El sistema de intercambio, de mercado, representaba la faceta pública de la sociedad burguesa; la sociedad estaba conformada, en apariencia, por sujetos que intercambiaban objetos. Como Karl habría de plantearlo más tarde en *El capital*, era «un Edén de los derechos innatos del hombre. Lo único que impera allí es Libertad, Igualdad, Propiedad y Bentham».[1065]

Pero si los intercambios eran igualitarios, ¿cómo se había producido la acumulación de capital? El intercambio igualitario implicaba el principio de identidad, o de no contradicción. Sin contradicción, no podía haber movimiento. El simple movimiento de los valores de cambio jamás generaría el capital: «La *circulación* [...] *no lleva en sí misma el principio de la autorrenovación*».[1066] La solución de Karl era que la circulación, vista como «lo inmediatamente existente en la superficie de la sociedad burguesa», era «apariencia pura». Era «*el fenómeno de un proceso que ocurre por detrás de ella*».[1067] Dicho proceso había comenzado cuando el comercio se hizo con el control de la producción y el comerciante se convirtió en productor, o el productor en comerciante. Karl lo había documentado ya en su ensayo sobre la transformación de la economía rural inglesa, con la expropiación de tierras, la emergencia del sistema de desalojo y, como resultado de ello, la consolidación progresiva de una relación entre trabajo asalariado y capital basada en «la carencia de propiedad de los trabajadores».[1068] La visión del intercambio que

Proudhon y otros socialistas postulaban era un anacronismo. Suponía aplicar las relaciones de propiedad y los vínculos legales característicos del intercambio simple a un estadio superior en el que dominaba el valor de cambio.[\[1069\]](#) Los socialistas se habían llamado a engaño con la apariencia superficial de esas relaciones. Era evidente que «este intercambio de equivalentes tiene lugar, [si bien es solo] la capa superficial de una producción que descansa sobre la apropiación del trabajo ajeno sin *intercambio*, pero bajo *la apariencia del intercambio*. Este sistema de intercambio descansa sobre el *capital* como su fundamento y si se lo considera tal como se muestra en la superficie, como sistema *autónomo*, lo que se da es una mera *apariencia*, pero una *apariencia necesaria*». [\[1070\]](#)

La alusión de Karl a las características ilusorias del intercambio le permitió replantear un argumento que había ya bosquejado por primera vez en 1844: que el efecto del ascenso del capital como una formación social nueva era análogo a la irrupción de la religión en el mundo. Un enfoque inspirado originalmente en su encuentro con Feuerbach entre 1843 y 1844. Durante sus años de Bruselas, entre 1846 y 1847, Karl había criticado a Feuerbach por la pasividad que subyacía en su visión del hombre, aunque sin marcar una distancia igual con la noción de abstracción o alienación que él planteaba. En la crítica que este hacía de la religión y la filosofía, las emociones y pensamientos (conceptos) humanos eran proyectados a Dios o, por extensión, a entidades impersonales igualmente ficticias, a las que se atribuía un dinamismo y comportamiento independientes. Con la irrupción del capital y la forma valor, había ocurrido un vaciamiento análogo de la actividad humana en el comportamiento cotidiano y dentro de la actividad económica. Como ocurría en la religión, en la que el hombre no aparecía como el creador de Dios sino a la inversa, en el devenir económico los seres humanos no se percibían ya a sí mismos como generadores de sus relaciones sociales, sino como criaturas resultantes de fuerzas económicas impersonales, dotadas estas de una voluntad y poder independientes. En la sociedad burguesa, «la dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social. Este nexo social se expresa en el *valor de cambio*. [...] La actividad, cualquiera que sea su forma fenoménica individual, y el producto de la actividad, cualquiera que

sea su carácter particular, son el *valor de cambio*, es decir, algo universal en lo cual toda individualidad, todo rasgo propio son negados y cancelados».

Tales condiciones superponen a las relaciones sociales una «ilusión objetiva» y, en particular, un proceso de inversión o abstracción análogo al que Feuerbach analizaba en su examen del cristianismo y de Hegel: «El intercambio general de actividades y de los productos, que se ha convertido en condición de vida para cada individuo particular y es su conexión recíproca [con los otros], se presenta ante ellos mismos como algo ajeno, independiente, como una cosa. En el valor de cambio el vínculo social entre las personas se transforma en relación social entre cosas; la capacidad personal, en la capacidad de las cosas».[1071] El capital entendido como «trabajo objetivado» seguía asomando como un monstruo funesto parecido al de Frankenstein: «[L]a fuerza creadora de su trabajo [el del obrero] en cuanto fuerza del capital se establece frente a él como [un] *un poder ajeno*» que se enfrenta a su creador.[1072]

En la superficie visible de la sociedad, bajo la cual el proceso de producción presionaba hacia arriba, el intercambio y la circulación representaban la frontera o límite del capital como formación social. El valor solo podía «realizarse» en un acto de intercambio y el dinero era el medio para ese intercambio, pero no había garantías de que esos intercambios se llevaran a cabo. La sobreproducción o desproporción entre los sectores podía interrumpir fácilmente en el proceso. El capital era la unidad dinámica «entre la producción y la circulación».[1073] La circulación era un «proceso esencial del capital», puesto que «[n]o es posible recomenzar el proceso de producción antes de la transformación de la mercancía en dinero». Así, «la *ininterrumpida continuidad* del proceso, la transición libre y fluida en la que el valor pasa de una forma a la otra, o de una fase del proceso a la otra, aparece como condición fundamental de la producción basada en el capital, y lo hace en un grado enteramente diferente del de todas las formas anteriores de la producción».[1074] La continuidad de ese proceso dependía del azar, aun cuando esa imprevisibilidad se viera reducida de manera creciente por las operaciones crediticias. Con la ampliación del crédito venían, sin embargo, la sobreoferta, la especulación y la sobreproducción. Las fuerzas que

impulsaban al capital eran también las que lo impulsaban a su disolución: «La universalidad a la que tiende sin cesar encuentra trabas en su propia naturaleza, las que en cierta etapa de [su] desarrollo [...] harán que se lo reconozca como la barrera mayor para esa tendencia y, por consiguiente, propenderán a la abolición del capital por [...] sí mismo».[1075] Lo que estaba cada vez más claro era que «hay un límite que no es inherente a la producción en un sentido amplio, sino a la producción basada en el capital».[1076]

Los indicios de una crisis inminente estaban, en sus efectos sobre el trabajador, por todos lados: «La actividad del obrero, reducida a una mera abstracción de la actividad, está determinada y regulada en todos los aspectos por el movimiento de la maquinaria, y no a la inversa». Aun así, lejos de disminuir la intensidad de la labor, la presión impuesta por la tasa decreciente de ganancia sobre los trabajadores con empleo significaba que «[l]a maquinaria más desarrollada [...] compele actualmente al obrero a trabajar más tiempo que el que trabaja el salvaje o que el que trabajaría el mismo obrero con las herramientas más sencillas y toscas».[1077] Estaba próximo el momento en que «la relación del capital se convierte en una barrera para las fuerzas laborales productivas». Una vez llegados a ese punto, el trabajo asalariado «entra en la misma relación con el desarrollo de la riqueza social y de las fuerzas productivas que el sistema corporativo, la servidumbre de la gleba y la esclavitud, y, en su calidad de traba, se le elimina necesariamente».[1078]

Había poco o nada en los *Grundrisse* que sugiriera el contenido eventual de los «libros» prometidos sobre el Estado, el comercio internacional y el mercado mundial. La mención del trabajo asalariado era a su vez inespecífica y vaga. Respecto al trabajo, «el reconocimiento de que los productos son de su propiedad y la condena a quedar separado de las condiciones de su realización —separación a la que considera ilícita y compulsiva— constituyen una conciencia inmensa, producto del modo de producción que se funda en el capital. Esa conciencia es el TOQUE DE DIFUNTOS QUE ANUNCIA SU CONDENA, así como al volverse conscientes los esclavos de que *no pueden ser propiedad de un tercero*, al volverse conscientes como personas, la esclavitud solo sigue ya vegetando

en una existencia artificial y no puede subsistir como base de la producción».[1079] La inminencia del fin del trabajo asalariado se hacía patente en la orientación asumida por las fuerzas productivas. Como bien había sugerido Robert Owen, «a partir de la introducción general de mecanismos inanimados en las manufacturas británicas se trató a los hombres como a una máquina secundaria y subalterna». El trabajador permanecía ahora «al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal».[1080]

Este nuevo cimiento de la producción generado por la industria a gran escala sugería por sí mismo una vía de escape a las «bases miserables» en las que se asentaba el sistema vigente, posibilitadas por «el *robo de tiempo de trabajo ajeno sobre el cual se funda la riqueza actual*». Una vez que el trabajo directo deja de constituir «la gran fuente de la riqueza», «el *plustrabajo de la masa*» ha dejado de ser la «condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el *no trabajo de unos pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de las facultades generales del intelecto humano». Entonces, la producción basada en el valor de cambio colapsa al fin y el proceso de producción material inmediato queda despojado «de la necesidad apremiante y el antagonismo».[1081] En tales condiciones, el hombre llegaría a «la comprensión de su propia historia como un *proceso* y [al] conocimiento de la naturaleza (el cual existe asimismo como control práctico sobre esta), como su cuerpo real».[1082] El trabajo se volvería placentero cuando ya no fuera «*trabajo forzado, impuesto desde el exterior*».[1083]

En este contexto Karl reflexionaba en torno a su propio humanismo neoclásico y a su amor por Shakespeare: «En lo concerniente al arte», ¿cómo podía ser que hubiera «ciertas épocas de florecimiento artístico», periodos que en ningún caso se correspondían «con el desarrollo general de la sociedad ni, por consiguiente, con la base material, con el esqueleto, por así decirlo, de su organización?». Había una respuesta obvia. El arte griego y la poesía épica presuponían la existencia de la mitología griega; y toda mitología «somete, domina, moldea las fuerzas de la naturaleza en la imaginación y mediante la imaginación, y desaparece por lo tanto cuando esas fuerzas resultan realmente dominadas». Pero la auténtica dificultad,

admitía enseguida él mismo, era «comprender que [los griegos] puedan aún proporcionarnos goces artísticos y valgan, en ciertos aspectos, como una norma y un modelo inalcanzable». Aquí se veía obligado a retrotraerse a un mito ya gastado, el de «la infancia de la humanidad», asumiendo que no todas las mitologías resultaban igual de atractivas. Había «niños mal educados y niños precoces». Pero los griegos eran «niños normales», de ahí que «el encanto que [aún] encontramos en su arte» no entrase en contradicción con «el débil desarrollo de la sociedad en la que maduró». ¿Y no disfrutaba acaso el adulto «de la ingenuidad de la infancia» y de la «verdad» peculiar del niño?[1084]

Sin embargo, en otro párrafo adoptaba una postura más resueltamente moderna y contrastaba «la antigua visión según la cual el hombre, cualquiera que sea la limitada determinación nacional, religiosa o política en que se presente, aparece siempre, igualmente, como objetivo de la producción», una visión que «parece tan excelsa frente al mundo moderno, donde la producción aparece como objetivo del hombre, y la riqueza como objetivo de la producción». De hecho, «si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etcétera, de los individuos, creada en el intercambio universal? [¿Qué, sino] el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza?».[1085] La relación entre hombre y naturaleza cambiaría. La humanización de la naturaleza con la que se soñaba en 1844 sería un hecho. Por primera vez, la naturaleza se convertiría «puramente en objeto para el hombre, en cosa puramente útil». Dejaría de «reconocérsele como un poder por sí mismo».[1086]

LA PRODUCCIÓN Y SUS LÍMITES

En un ensayo titulado «Bastiat y Carey», cuya inclusión estaba prevista en los *Grundrisse*, Karl escribía en tono condescendiente sobre los desarrollos registrados en la economía política durante los años que siguieron a Ricardo y Sismondi.[1087] A partir de la década de 1820, los textos económicos

habían conducido bien a «compendios eclécticos y sincréticos», como la obra de John Stuart Mill, bien a «la elaboración exhaustiva de ciertas ramas en particular», como la *Historia de los precios* de Thomas Tooke.[\[1088\]](#) Eran todos «un derivado de otros autores». En contraste, lo distintivo de la postura sustentada por Karl residía en el carácter prioritario que adjudicaba a la actividad productiva. Esto le permitió elaborar una modalidad del socialismo que asignaba un papel político activo a los productores [trabajadores], quienes ya no eran víctimas en la historia de «la clase sufriente», oprimida por la fuerza y el fraude, ni tampoco seres en estado natural —en lo que habría de convertirlos la era posdarwinista— luchando por erguirse desde sus orígenes simiescos y sus instintos más básicos, o agrupándose instintivamente en hordas para la lucha competitiva en el medio natural.

Pero este énfasis en la producción no había resultado una guía adecuada, ni para entender cabalmente la economía ni para elaborar una política defendible y basada en ella. Otras formas de radicalismo y socialismo estaban resultando más flexibles. En Inglaterra se daba mayor importancia a las inequidades en la distribución y al dominio político de la clase terrateniente. El objetivo de la Asociación de Reforma de Tenencia de la Tierra, de Mill, y de la Liga de la Tierra y el Trabajo, ambas fundadas en 1869, era contrarrestar ese dominio.[\[1089\]](#) En Francia los sansimonianos habían cuestionado ampliamente el derecho hereditario. Entre los socialistas, los seguidores de Owen y Proudhon hacían hincapié en los defectos del circulante, dentro de un sistema basado en «comprar barato y vender caro», y sugerían una variedad de medidas, que iban desde la producción en cooperativas hasta una moneda consistente en cupones laborales o, entre las opciones más moderadas y reformistas, en la plena legalización de los sindicatos, una expansión del crédito o la reforma de los bancos.

Por su parte, la política de los productores (trabajadores) hacía un énfasis particular en el derrocamiento o la toma del Estado. Inspirada originalmente en la política jacobina, aspiraba a recrear la sociedad y el Estado a su propia imagen y estaba dispuesta a emplear la violencia o medios autoritarios para alcanzar ese fin. Dicho enfoque era, en el caso de

Karl, muy perspicaz al intuir la naturaleza del trabajo y lo que ocurría dentro de las fábricas. Un énfasis compartido por los proteccionistas estadounidenses y los reformistas fabriles, quienes destacaban las consecuencias peligrosas a nivel local del libre comercio y hacían campaña a favor de limitar el trabajo infantil y las horas de trabajo. Pero ese énfasis en la producción corría el riesgo de sustituir una verdad a medias —el foco exclusivo en el intercambio— por otra. Los trabajadores no eran solo productores, sino también consumidores y, aún más relevante, también ellos aspiraban a convertirse en ciudadanos de pleno derecho. Este había sido el legado inspirador de la Revolución francesa y la estadounidense. Y era la razón por la que, más allá de los confines estrictos del socialismo, la exclusión de una participación activa en el gobierno —del cartismo, el republicanismo y el radicalismo— resultaba en la práctica un credo más poderoso y movilizador que el de la explotación, y una experiencia bastante más diversificada.

Cuando Karl formuló por primera vez su enfoque a mediados de la década de 1840, su gran fuerza había consistido en que ponía el foco en el poder y el dinamismo de la economía burguesa. Su intervención se produjo en un momento de derrota o de incertidumbre. El cartismo estaba en declive y los primeros sistemas socialistas —el owenismo, el fourierismo y el icarianismo— en crisis. El fracaso de las visiones utópicas más grandilocuentes, e inclusivas de una comunidad basada en la cooperación, se había hecho evidente para todos en Europa y Estados Unidos. Pero la historia no concluyó ahí.

A finales de la década de 1850 había comenzado a surgir una nueva modalidad política, en la que las ideas radicales y socialistas de la década de 1840 reaparecían en una versión más modesta y más práctica. Las nociones sobre la cooperación habían sido reformuladas; el sindicalismo estaba ampliándose y andaba en busca de una base legal más firme. Liberales y radicales habían empezado a colaborar con movimientos sufragistas de carácter reformista y había indicios de una renovación del movimiento feminista aparecido por primera vez en Gran Bretaña y Francia en la década de 1830. Así pues, quizá no resulte sorprendente que, en comparación con textos anteriores, los *Grundrisse* tuvieran tan poco que

decir sobre los movimientos obreros. Eran nuevos desarrollos que Karl se empeñó en ignorar.

La actitud de superioridad del propio Karl en relación con los desarrollos en la economía política parecía a su vez errónea, en especial si consideramos los déficits de sus propios argumentos centrales en los *Grundrisse*. Su enfoque se apoyaba de manera significativa en su lectura de la teoría del valor referida al trabajo que postulaba Ricardo, en primer lugar, por su empeño en demostrar la realidad de la explotación de los trabajadores detrás de la presunta equidad de los intercambios, y en segundo lugar, porque identificaba un tipo de crisis peculiar de lo que había comenzado a designar como «el modo de producción capitalista»: la de la tasa decreciente de ganancia. Su argumento contenía algunas grietas fundamentales que él mismo nunca pudo llenar. Los *Grundrisse* hacían un oscuro tratamiento del tema del valor. En el primer tomo de *El capital* evadió los asuntos más espinosos por la vía de rodear el tema y restringir su análisis a la producción, mientras que sus empeños renuentes de enfrentar el problema en los libros tercero y cuarto, aún inéditos, fueron infructuosos. Dado el volumen extraordinario de textos y la intensidad del debate académico que sobrevino y que comenzó a circundar a la noción del valor, merece la pena rastrear los orígenes del asunto.

La confusión sobre el tema del valor no empezó con Karl, sino que se remonta al debate que rodeó originalmente al argumento de Ricardo, tras la primera edición de sus *Principios de economía política y tributación* en 1817. Según Ricardo, el valor de cambio de una mercancía era su poder de ser intercambiada por otras mercancías. Ese poder se medía por el número de mercancías a cambio de las cuales se la podía intercambiar en condiciones de equilibrio. El valor de cambio era una magnitud relativa. Bajo el valor de cambio de una mercancía estaba su valor real. El valor era la magnitud absoluta y subyacente tras el relativismo del precio de equilibrio. Ricardo sugería que la magnitud del valor quedaba determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Según su argumentación, cuando las tasas de ganancia y los salarios eran constantes, las mercancías se vendían a su precio natural y su valor de cambio dependía de la cantidad de trabajo invertida en ellas, solo que esto no se sostenía cuando las

mercancías eran producidas con cantidades desiguales de capital fijo y circulante. Cuando ello ocurría, los precios relativos de tales mercancías variaban «en proporción a la cantidad y durabilidad del capital fijo empleado».

En el periodo que siguió a la publicación de los *Principios*, Ricardo se sintió halagado por la atención que recibió su libro y parece haberse relajado muy legítimamente ante el estatus del que gozaban sus argumentos, desatendiendo a las formas peculiares en que era posible entender sus hipótesis. Esto resultó singularmente efectivo en su reacción a una elogiosa crítica de los *Principios* escrita en 1818 por uno de sus admiradores, J. R. McCulloch. En su reseña, este ignoraba las matizaciones que Ricardo hacía a su propia argumentación.

La inclinación primera de Ricardo fue, sin embargo, a elogiar el artículo de McCulloch. Pero cuando su amigo Hutches Trower le señaló la omisión de sus matizaciones, Ricardo reconoció «la inexactitud del reseñista». [\[1090\]](#) La relevancia de todo esto estriba en que McCulloch se quedó con la versión inicial que Ricardo ofrecía de su teoría en la «Nota biográfica» incluida en el prólogo a la edición francesa de los *Principios*, que apareció en 1835. Fue la edición en la que Karl leyó por primera vez a Ricardo. En la «Nota biográfica» adjunta, McCulloch afirmaba que «el principio fundamental que Ricardo sustenta en su magna obra es que el valor de cambio, o el valor relativo de las mercancías al ser comparadas entre sí, depende exclusivamente de *las cantidades de trabajo requeridas necesariamente para producirlas*». [\[1091\]](#) McCulloch desestimaba la opinión de Adam Smith de que tales principios eran aplicables solamente «en las etapas más tempranas y rudimentarias de la sociedad humana», y argüía que Ricardo había demostrado que el mismo principio seguía siendo válido en el presente.

Cuando en 1850-1851 Karl volvió sobre sus estudios económicos, leyó la tercera edición en inglés de los *Principios*, pero aun entonces no mostró mayor interés en las matizaciones de Ricardo. Solo en los *Grundrisse* citaba finalmente el párrafo relevante de los *Principios*: «El principio de la determinación del valor por los cuantos relativos de trabajo contenidos en las mercancías se modifica sustancialmente por el empleo de la maquinaria

y demás capital fijo y duradero».[1092] Con todo, no aludía a ello como un desafío significativo a su propio enfoque. Acotaba que «este fenómeno nada tiene que ver con la determinación del valor. Forma parte del precio».[1093] Más adelante, en *El capital*, su respuesta a las matizaciones de Ricardo fue que el asunto no atañía a la desviación del valor a partir del tiempo de trabajo socialmente requerido, sino a la desviación del precio de equilibrio a partir del valor. Pero ya había definido él mismo el valor como el tiempo de trabajo socialmente requerido. En otras palabras, había hecho una concesión a Ricardo en sus puntos de vista sin dar la impresión de que lo hacía.

Buena parte del problema surgió de la mezcla que Karl hacía de dos propuestas derivadas de discursos muy distintos. La primera era la propuesta tentativa de Ricardo de que el tiempo de trabajo socialmente necesario determinaba el precio de equilibrio, una propuesta que el mismo Ricardo estuvo dispuesto a matizar de manera sustancial cuando tuvo en cuenta las variaciones en los periodos de producción. La segunda proposición —similar en la forma, pero sin ninguna relación— era la afirmación de que solo el trabajo creaba valor, una idea con evidente carga política que, por eso mismo, era reacia a las matizaciones.[1094]

Esta segunda propuesta había surgido a partir de una pregunta relativa a cómo operaban los mercados. Si las mercancías no se intercambiaban al azar sino en proporciones definidas y en el tiempo y el espacio, ¿cómo se explicaban, entonces, los precios de equilibrio? En 1867, en *El capital*, Karl descartó arbitrariamente la demanda relativa o utilidad de las mercancías, eso que él denominaba su «valor de uso». Los valores de uso constituían «el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de esta».[1095] Pero en la formación social particular que es el «modo capitalista de producción», los valores de uso eran a su vez «los portadores materiales del valor de cambio». Los valores de uso eran de calidad diversa, pero el valor de cambio es «solo una diferencia cuantitativa». Por tanto, si se dejaba de lado el valor de uso, era fácil para Karl optar por su solución, escogida de antemano, de que «la única propiedad común que quedaba en pie» era la de «ser productos del trabajo». El trabajo debía ser, así pues, la sustancia creadora de valor. La «magnitud de ese valor» se medía por «la

cantidad de sustancia creadora de valor, es decir de trabajo, incorporada al artículo». [\[1096\]](#)

El problema de proceder así era que la pregunta originalmente planteada —sobre los relativismos del precio de equilibrio en el intercambio mercantil— había desaparecido. Pues aun cuando se asumiera que en el intercambio mercantil todas las mercancías eran productos del trabajo, eso no implicaba que el tiempo de trabajo socialmente necesario fuera el único determinante del precio de equilibrio.

Y había una complicación añadida. La teoría de Ricardo deducía la magnitud del valor a partir del tiempo de trabajo socialmente necesario y asumía que esa magnitud quedaba determinada por el tiempo de trabajo necesario *en el presente*. En un sentido estricto, esto quería decir que el tiempo de trabajo socialmente requerido en el pasado no tenía ya ninguna incidencia en el valor presente. Esta postura contradecía la idea del discurso radical cuando postulaba que el trabajo era lo único que creaba valor, sin importar el lugar y la época. En un intento de superar la matización de Ricardo —dadas ciertas divergencias en los periodos de producción, los precios de equilibrio no quedaban *siempre* determinados por el tiempo de trabajo socialmente requerido—, Karl alternaba entre una postura y la otra sin demasiada consistencia ni mayor conciencia de su incompatibilidad.

Su fijación con la producción lo llevó a identificar, en los *Grundrisse*, el intercambio con solo una de las propiedades de una mercancía: la de ser producto del trabajo, el «trabajo objetivado». En su enfoque, como ocurría en el análisis original de Adam Smith, el valor de una mercancía se conocía antes de que fuera sometida al intercambio, pero Smith consideraba que esta situación solo había existido en la sociedad primitiva. Karl intentó transformarla en un proceso objetivo válido para el presente. Se ignoraba, sin embargo, el hecho de que en el intercambio mercantil las mercancías tenían solo un valor relativo, un valor relativo al de otras mercancías. En el enfoque de Karl el valor aparecía primero como una cantidad individual, como la objetivación de una cantidad determinada de trabajo. Esto no se deducía de la ley del valor, sino que antecedió a su manifestación como expresión relativa dentro de esa ley. La perspectiva de Karl tenía mayor sentido en una sociedad feudal, no en una mercantil. La explotación del

siervo era manifiesta. Lo que él producía no iba a sus manos, sino a las de su superior feudal. En la sociedad mercantil no había un proceso comparable pues el producto no estaba dividido entre el capitalista y el trabajador, sino que pertenecía en su totalidad al capitalista, pero enseguida había que ponerlo en el mercado.[\[1097\]](#)

Finalmente, y lo más extraordinario al considerar que se convirtió luego en artículo de fe para los partidarios de Marx, cabía preguntarse: ¿qué sucedía con el eje central del «modo de producción capitalista», qué era la «plusvalía»? Según los *Grundrisse*:

Si [...] solo se necesita media jornada de trabajo para mantener vivo a un obrero durante toda una jornada laboral, la plusvalía del producto surge de forma automática, ya que el capitalista en el precio [del trabajo] solo ha pagado media jornada de trabajo, mientras que en el producto conserva, objetivada, una jornada entera; de modo que por la segunda mitad de la jornada laboral no ha intercambiado *nada*. Únicamente puede convertirlo en capitalista, no el intercambio, sino un proceso en el cual, sin intercambio, recibe *tiempo de trabajo objetivado*, esto es, valor. La otra mitad de la jornada de trabajo al capital no le costó *nada*; o sea que recibe un valor por el cual no ha dado equivalente alguno. Y el aumento de los valores solo puede efectuarse recibiendo un valor por encima del equivalente, esto es, creándolo.[\[1098\]](#)

¿«Si [...]»? La idea de plusvalía, por más probable que pudiera resultar en la época, no era más que un párrafo especulativo sin fundamentos, un único párrafo en un manuscrito de ochocientas páginas.

«¿BUENO PARA QUÉ?»[\[1099\]](#) LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA DE 1859

A principios de 1858 Lassalle se ofreció a buscar en Berlín editor para los *Grundrisse*, pero el intento del propio Karl de publicar en 1859 sus hallazgos en *Contribución a la crítica de la economía política, primera parte* resultó poco menos que un desastre. Su dolencia de hígado, de la que Jenny le hablara a Engels, empeoró a causa «del estrés y la excitación», pero ante todo por «su absoluta imposibilidad de concluir la obra».[\[1100\]](#) Durante el verano de 1858 sus finanzas entraron de nuevo en una crisis en apariencia terminal, solo evitada por los rescates que Engels le enviaba. Las penurias de la familia Marx persistieron al año siguiente. En enero de 1859

«el condenado manuscrito» estaba listo, pero no pudo enviarlo «porque no tengo un cuarto de penique para el sello postal ni para enviarlo por correo certificado».[1101] La propia Jenny padeció «una crisis nerviosa», obsesionada «por el fantasma de la catástrofe última e ineludible». Su médico no descartaba que sufriera una «fiebre del cerebro» a menos que fuese enviada a algún balneario costero «para una estancia bastante larga».[1102]

Por si fuera poco, la autoridad política de Karl en Londres se veía crecientemente amenazada. Edgar Bauer llegó a la capital británica en 1858 como editor de *Die Neue Zeit*, y luego trabajó en *Hermann*, la publicación de Gottfried Kinkel. Wilhelm Liebknecht presentó a Bauer en la Asociación Educativa de Trabajadores. «¡Ojo con él!», le advirtió Karl. El «filisteo» de Freiligrath escribió un poema conmovedor a la muerte de la señora Kinkel: «Bien por Freiligrath eso de dar la voz de inicio a un renacer de Kinkel en Alemania. [...] La canalla pensaba que estábamos ambos por la labor: con mayor razón ahora que ese honorable payaso, “el señor Edgar Bauer” nos ha “suplantado” a “los ojos de los trabajadores”, como anda diciendo Gottfried Kinkel por toda la ciudad».[1103]

Cuando Karl comenzó a considerar la forma de publicar su *Crítica de la economía política*, apeló primero a Lassalle para que lo ayudara a encontrar un editor en Berlín. Esperaba «sacar la obra por fascículos, sin plazos rígidos para cada entrega» y dar así, más fácilmente, con un editor que se interesara.[1104] A las tres semanas le escribió a Lassalle proponiéndole un plan, idéntico al que luego adoptó para los tres tomos publicados de *El capital*: «Cualesquiera que sean las circunstancias, la primera entrega debiera constituir un todo relativo y, puesto que echa los cimientos de todo lo que viene a continuación, difícilmente podría quedar reducida a cinco o seis páginas. Pero eso es algo que veré cuando la haya terminado. Incluye: 1. Valor, 2. Dinero, 3. El capital en general (el proceso de producción del capital; el proceso de su circulación; la unidad de ambos, o el capital y la ganancia; el interés). Esto conforma un ensayo por derecho propio».[1105] En marzo de 1858 Lassalle se las ingenió para convencer al editor berlinés Franz Duncker de que accediera a la idea de Karl de publicar la obra en

fascículos.[\[1106\]](#) La intención era disponer del primer texto alrededor de mayo.

El 2 de abril Karl escribió a Engels bosquejándole el plan de la primera entrega, *El capital en general*, que estaría constituida de tres partes: i) Valor; ii) Dinero; iii) Capital. Cuando después de bosquejar con razonables detalles sus planes para el «valor» y el «dinero» y de llegar a la tercera parte del «capital», informó a Engels que esa era «verdaderamente la parte más importante de la primera entrega» y para la que necesitaba en particular su opinión, «pero hoy no puedo seguir escribiendo. Mi problema biliar me hace muy difícil coger la pluma». Prometió enviársela «la próxima vez».[\[1107\]](#)

La respuesta de Engels, fechada el 9 de abril, revelaba signos de alarma. Alababa la división en seis libros y «el desarrollo del tema monetario», pero «el estudio de tu ABSTRACT de la primera mitad de esa entrega me ha dado mucho que pensar; ES CIERTAMENTE MUY MUY MUY ABSTRACTA». Esperaba «tener una mejor idea del DEVENIR de la obra cuando haya recibido la última parte del capital en general» y confiaba en que «el tono dialéctico y abstracto de tu sinopsis habrá ciertamente desaparecido al desarrollarla».[\[1108\]](#)

Pero durante abril no llegó nada más y el 29 de ese mes Karl escribió para explicar su silencio. La enfermedad le había imposibilitado la escritura, incluso en términos físicos: de hecho, estaba dictando los artículos de *The Tribune* a Jenny. Tanto el doctor Allen como su familia coincidían en que debía irse a Manchester, donde tendría que «dejar de lado toda LABOR INTELECTUAL POR UN TIEMPO y retomar la equitación como terapia principal». Esperaba que Lassalle le explicara a Duncker el retraso.[\[1109\]](#)

Volvió luego a Londres diciendo estar «plenamente recuperado» pero, ya fuera por sus continuos problemas de salud, por las crisis nerviosas de su cónyuge o por sus urgencias financieras, no produjo ningún texto más durante el verano. Solo retomó la escritura en agosto y a finales de noviembre informaba a Engels que Jenny estaba ahora «transcribiendo el manuscrito», que «difícilmente saldrá antes de que concluya el mes». Explicaba que la primera sección era más larga porque los dos capítulos

iniciales, que no estaban contemplados en el borrador inicial, empezaban ahora con «La mercancía». Y también que había resuelto dar a la segunda sección, «El dinero o la circulación simple», un tratamiento más largo. Pero no mencionaba el decisivo tercer capítulo sobre «El capital».[1110]

No está claro si estaba engañando a todo el mundo o —más probablemente— engañándose a sí mismo respecto a la real existencia o la probabilidad de ese tercer capítulo. Justo dos semanas antes, cuando escribió a Lassalle explicando la demora en el envío del manuscrito y solicitándole que pusiera sobre aviso a Duncker, añadió: «Hay otra circunstancia que, sea como sea, no debieras plantearle hasta la llegada del manuscrito. Es probable que la primera sección, “Sobre el capital en general” se extienda a dos *fascículos*, ya que he descubierto al desarrollarla que es allí, en la coyuntura misma en que cabe analizar la faceta más abstracta de la economía política, allí, donde la brevedad indebida haría claramente indigesto todo el tema para el público lector». En otras palabras, el tercer capítulo, el de «El capital», no iría. Pero proseguía de manera confusa: «Esta segunda entrega debiera salir *al mismo tiempo* que la primera, algo requerido para su coherencia intrínseca, y todo el efecto depende de ello».[1111]

Finalmente, en una carta a Engels enviada aproximadamente a mediados de enero de 1859, divulgaba los contenidos del manuscrito que le estaba enviando a Duncker: «El manuscrito equivale a APROXIMADAMENTE doce pliegos de imprenta (tres fascículos), y —que esto no te desconcierte— aunque lleva por título *El capital en general*, estos fascículos no incluyen nada aún en torno al tema del capital, sino únicamente los dos capítulos: 1. *La mercancía*, 2. *El dinero o la circulación simple*».[1112]

El título del libro era *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (*Contribución a la crítica de la economía política*) y fue publicado en Berlín en una tirada de mil ejemplares en 1859. En el prólogo Karl anunciaba su plan de estudio «del sistema de la economía burguesa», organizado en seis encabezados y dividido en dos partes: la primera aludía a «las condiciones económicas de existencia de las tres grandes clases en las que está dividida la sociedad burguesa moderna»: «capital, propiedad

agraria y trabajo asalariado»; la segunda examinaba sus interconexiones con «el Estado, el comercio exterior, el mercado mundial». La primera parte del libro primero, «El capital», estaría dividida en tres capítulos: i) La mercancía; ii) El dinero o la circulación simple; iii) El capital en general. Pero ese libro en particular trataría solo los dos primeros temas. El libro era relativamente breve —de unas ciento treinta páginas— y podía leerse como un borrador inicial de lo que luego serían los capítulos iniciales de *El capital* en 1867. Esta división tripartita del libro se mantuvo en todos los planes y anuncios consiguientes de *El capital* y brindó la base para la publicación póstuma por Engels de los Libros II y III en 1885 y 1894.

El primer capítulo de la *Crítica* de 1859 analizaba en términos generales la mercancía, el valor de uso, el valor de cambio y el tiempo de trabajo, como habían sido ya abordados en los *Grundrisse* aunque sin tantos detalles. Un orden que habría de repetirse de forma algo más sistemática en el Libro II de *El capital*. Ese capítulo iba seguido de unas «Consideraciones históricas sobre el análisis de las mercancías», empezando por autores del siglo XVII como Petty y Boisguilbert y concluyendo con Smith y Ricardo. El segundo capítulo, «El dinero o la circulación simple», examinaba el valor de cambio de las mercancías en la forma de un equivalente universal y, como medida de ese equivalente, el precio. El precio representaba la relación entre las mercancías expresado en la forma valor, mientras que su «forma real» en el proceso de circulación quedaba incluida en su valor de uso. A ello seguía un análisis más detallado de las diversas funciones del dinero —como medida del valor y como medio de cambio— junto a las secciones sobre los medios de pago, la acumulación, las monedas, los metales preciosos y otros asuntos. No había un análisis del desarrollo posterior de las relaciones de intercambio. Como en el primer capítulo, una sección final ofrecía un resumen histórico de las modalidades del dinero, sección proveniente de la secuencia alusiva a la circulación simple descrita en los *Grundrisse*, M-D-M (Mercancía-Dinero-Mercancía). Y así se cerraba el libro, sin ningún resumen o argumento concluyentes.

Sin la tercera parte «Sobre el capital en general», que Engels consideraba esencial para tener una mejor idea de sus «flujos», el libro resultaba muy extraño. Aún más extraño fue lo muy impermeable que Karl

se mostró ante sus deficiencias y su fantaseo permanente con su importancia. Ya fuese por la enfermedad que sufría, ya por las penurias o la condición alarmante en las relaciones familiares, sus propios juicios eran entonces cada vez más caóticos y estaban incluso teñidos de cierta cualidad delirante, con cambios de humor que iban desde una euforia irreal, pasando por una paranoia descontrolada, hasta las fantasías de venganza. En su carta a Engels insistía en que la omisión del capítulo «sobre el capital» era una «buena» idea, primero porque «si la cosa es un éxito, el tercer capítulo sobre el capital puede venir enseguida y muy pronto», y en segundo lugar, porque la cobertura limitada del libro haría que «la jauría» restringiera «su crítica solo al vituperio tendencioso [...] y puesto que toda la cosa adopta un aire EXCESIVAMENTE serio y científico, la canalla se verá obligada, más adelante, a tomarse MÁS SERIAMENTE mis nociones del capital».

[1113]

Al cabo de dos semanas pulsaba una nota similar en una carta a Weydemeyer, que estaba por entonces en Milwaukee. Excusándose por haber tardado un año en responderle, aludía a su afección hepática y al hecho de que había estado «desbordado de trabajo». Pero «vamos ahora a lo esencial», añadía, describiéndole el índice de su *Crítica*, indicándole que «tú sabrás entender los motivos *políticos* que me han llevado a retener por ahora el tercer capítulo sobre el “capital” hasta que me haya estabilizado de nuevo».

[1114]

Tenía la esperanza de «lograr una victoria científica para nuestro partido». Como en los *Grundrisse*, una de sus ambiciones principales al publicar el texto parece haber sido asestar otro *knock-out* a Proudhon, su mayor antagonista de la década de 1840. «El socialismo proudhoniano, ahora TAN DE MODA en Francia —informaba a Weydemeyer—, es demolido hasta sus cimientos.»

[1115]

Igualmente, y más adelante ese mismo año de 1859, al intentar convencer a un Engels más bien renuente para que reseñara el libro, le pedía que enfatizara el hecho de que «viene a extirpar de raíz, y en todas sus ramas, el proudhonianismo».

[1116]

A estas alturas comenzaba a darse cuenta de que su publicación no le había asegurado el reconocimiento que esperaba. Wilhelm Liebknecht, un aliado habitual dentro de la política del exilio londinense y un amigo de la

familia que vivía justo a la vuelta de la esquina, decía que «nunca ningún libro lo había *desilusionado* tanto», mientras que Biscamp, el editor de *Das Volk*, no conseguía ver cuál era su sentido.[\[1117\]](#) La reacción del propio Karl fue encerrarse una vez más en una visión conspirativa al considerar los problemas del libro. El asunto empezaba por la demora en la entrega del manuscrito a Duncker, que Karl sospechaba era obra de Wilhelm Stieber, el conocido oficial de policía prusiano. Pero su actitud se agrió aún más cuando Duncker resolvió publicar, antes que la *Crítica*, el libro de Lassalle y demostró cierta pasividad a la hora de publicitar el de Karl. Este estaba furioso y, pese al hecho de ser Lassalle quien había conseguido que se publicara la *Crítica*, se apresuró a responsabilizarlo por la dilación: «No olvidaré esta treta que el pequeño judío me ha jugado».[\[1118\]](#)

Engels, que siempre mostraba su peor lado cuando sospechaba de un rival compitiendo por la atención de Karl, atribuyó los más oscuros motivos que cabía suponer a Lassalle, quien había tenido a su vez la osadía de adoptar un enfoque distinto en el tema de la guerra en Italia. Al comentar la oportunidad de la Paz de Villafranca, que había puesto fin a la guerra italiana en 1859, Engels escribía que todos excepto los rusos y los revolucionarios habían quedado desacreditados, pero que «Su Excelencia, Ephraim [Lassalle] *el Ingenioso*, es el más desacreditado de todos». Karl estuvo de acuerdo. A los pocos días escribió urgiendo a Engels para que reseñara su libro, pues eso fijaría «el tono de los corresponsales de por aquí», evitaría la posibilidad de que la reseña la hiciera Biscamp y a la par ayudaría «a frustrar el plan de Lassalle de ASESINARME».[\[1119\]](#)

Engels aceptó con lealtad el encargo de Karl, aun cuando claramente el asunto no le resultaba cómodo. El 3 de agosto le escribió que «por la falta de práctica, he perdido hasta tal punto el hábito en esta clase de textos que tu esposa se pondrá muy quisquillosa con mi torpeza. Si tú mismo puedes darle un toquecito al estilo, hazlo». También manifestaba el anhelo de que hubiera «unos pocos ejemplos convincentes de la que era la perspectiva materialista».[\[1120\]](#) Había que hacer todos los esfuerzos posibles para promover la *Crítica*. Engels lo urgía a asegurarse los derechos de traducción y Karl le había preguntado a Dana si podía dar con «algún yanqui» interesado en hacer una edición en inglés.[\[1121\]](#) Durante el otoño Karl

siguió persuadido del futuro que aguardaba a su libro. Señalaba que, tras publicarse el prólogo en *Das Volk*, varias publicaciones de habla germana que circulaban en Estados Unidos, desde Nueva Inglaterra hasta California, lo habían comentado; y, en fecha tan tardía como noviembre, le reiteraba el asunto a Lassalle, indicándole que esa primera entrega había sido ampliamente debatida de Nueva York a Nueva Orleans. Pero en lo referido a Alemania, admitió entonces ante Lassalle, «yo esperaba que me atacaran o criticaran, pero no que lo ignoraran por completo, lo que, dicho sea de paso, tendrá serios efectos en las ventas».[1122]

Hoy lo único que se recuerda de la *Crítica* es el prólogo, cinco páginas de introducción a un libro extraño, al que le falta el último capítulo y sin conclusiones. El prólogo le fue enviado a Duncker el 23 de febrero de 1859. Karl reimprimió una versión en *Das Volk* y Engels aludió a él en su reseña inconclusa, que apareció más tarde en esa misma publicación. Pero en lo que restaba de siglo, el prólogo no parece haber suscitado mayores comentarios.[1123] Como contrapartida, en el siglo xx, aunque el libro en sí era ignorado, el prólogo, o exactamente un párrafo extenso, adquirió un valor canónico. He aquí el inicio de ese párrafo clave:

En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. Estas relaciones de producción en conjunto constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se erige la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o bien —lo que no es más que la expresión jurídica de esto—, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales se han desenvuelto hasta entonces. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas. Y se abre así una época de revolución social.[1124]

Este párrafo llegó a ser considerado una síntesis magistral de los principios rectores de lo que más tarde sería denominado «materialismo histórico». De manera similar, entre los comentaristas de su obra se dio una tendencia creciente a separar temas como la enajenación o «el fetichismo de la mercancía» —vistos como reliquias de la postura filosófica de juventud de

Karl— de la formulación hecha en 1859, tomada como el anuncio de su teoría «madura» y «científica» de la historia. Pero esas lecturas no tenían en cuenta las circunstancias en las que fue elaborado el texto o la combinación particular de elementos presentes y ausentes que moldearon el lenguaje de este conocido párrafo. Este punto quedará bastante más claro al relacionarlo con los *Grundrisse*.

En los *Grundrisse* Karl había explorado retrospectivamente el nacimiento y evolución de la «forma valor». En el origen de la historia, lo que caracterizaba las relaciones sociales entre los seres humanos eran la propiedad común y las formas comunitarias, pero el comercio y el crecimiento demográfico condujeron a la difusión de las relaciones de intercambio y a un proceso de individualización. Los sistemas comunitarios se vieron resquebrajados y las relaciones entre las comunidades, al igual que entre los individuos en el seno de ellas, quedaron progresivamente subordinadas al dominio del valor de cambio.

Esta historia era concebida en términos de un complejo interjuego dialéctico entre materia y forma, entre los procesos de producción material y la «valorización». El capital, o la forma valor, era una formación social surgida como consecuencia del desarrollo productivo del hombre. Este dominio de la forma valor se difundía inicialmente a través de los sistemas de circulación y luego comenzaba a invadir el proceso laboral y los sistemas de producción. A medida que se difundía, deglutía a los seres humanos y conducía a la pérdida de un sentido humano de la propia destreza. Los sistemas más antiguos, la esclavitud o el feudalismo, en los que se concebía las relaciones sociales en términos jerárquicos y de subordinación, daban paso a un sistema en el que los productos se vendían en un mercado libre y los salarios eran el fruto de un contrato libremente asumido por los patrones y los individuos. Lo que surgía era una sociedad basada en la universalidad del intercambio privado. La dependencia no era ya más entre una persona y otra, sino respecto de un sistema percibido como ajeno y no en modo alguno como el subproducto de los esfuerzos de individuos asociados. Si la libertad y la igualdad asociadas al intercambio eran lo que proveía «el rostro visible y público de la sociedad», este intercambio en sí era solo una «fachada», la imagen de un «proceso que

ocurría a espaldas de ella». Era una sociedad en la que los seres humanos se concebían a sí mismos como criaturas a merced de las fuerzas económicas y en la que las relaciones interpersonales parecían quedar sustituidas por relaciones entre objetos.

El problema con el prólogo de 1859 era que, en ausencia del capítulo sobre el capital, Karl se empeñó en presentar el libro sin mencionar la forma valor. Esto vino a significar que la compleja relación dialéctica entre materia y forma quedó sustituida por una relación tosca y mecánica de determinación entre la base y la superestructura. Las ilusiones de una conciencia que traía consigo el intercambio libre e igualitario, o el sometimiento de la persona a las fuerzas económicas, todo lo cual le parecía a Karl comparable a lo que generaba la religión, quedaban reducidas a «la determinación de la conciencia por el ser social». La actividad y creatividad humanas, subsumidas en los términos «fuerzas productivas», se confundían con las relaciones sociales de producción coexistentes con ellas en el concepto de «modo de producción». La historia consistía en una sucesión de los diversos modos de producción, que la labor de la Escuela Histórica alemana había vuelto familiares, y en un sentido más general, toda la tradición del Derecho natural que partía del siglo XVII.^[1125] A su vez, afirmaba que era «el modo de producción de la vida material» el que condicionaba «el proceso general de la vida social, política e intelectual».

En los *Grundrisse*, el límite entre libertad y necesidad establecido por la división del trabajo era visto como un factor en retroceso a medida que progresaban la inventiva y productividad humanas. El avance productivo posibilitado por el advenimiento de la máquina a vapor y otra modalidad automatizada implicaba que el trabajo excedente de las masas dejaría de ser la condición de la riqueza total y ociosa de unos pocos. En el futuro, «el robo del tiempo enajenado», que era la base de la riqueza actual, llegaría a su fin y el trabajo quedaría libre al fin de la labor impuesta externamente y de manera forzada.

En el prólogo Karl declaraba que «las relaciones burguesas de producción» eran «la última formación antagonista en el proceso social de producción», pero no mencionaba el capital como un modo de producción, de la lucha entre las clases o del trabajo excedente involucrado en la

extracción de plusvalía. Tampoco, por ningún lado, la política ni el Estado. En ese contexto el significado de una «formación antagonista» resultaba abstracto y vago.

Es posible que el lenguaje empleado en el prólogo fuera deudor en parte de Engels. Karl se había alojado en su casa de Manchester en mayo de 1858 y es probable que Engels enfatizara ante él las diversas formas en que Alemania había dejado atrás todo interés en Hegel y se estaba ahora inclinando hacia una forma de materialismo inspirada en las ciencias naturales. En su reseña de *Das Volk* Engels decía que, mientras «el hegelianismo fue languideciendo [...], Alemania se lanzaba con una energía verdaderamente extraordinaria a las ciencias naturales», acompañando su comportamiento de un «nuevo materialismo», inspirado en particular en la química y la fisiología. «Esta economía política alemana se basa sustancialmente en *la concepción materialista de la historia*, cuyos rasgos fundamentales se exponen concisamente en el prólogo de la obra que comentamos.»

Presumiblemente, esta concepción materialista había sido ahora combinada de manera exitosa con la dialéctica hegeliana. Según postulaba Engels, Karl era «el único que podía entregarse a la labor de extraer de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico despojado de su ropaje idealista, en la sencilla desnudez en la que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento».[1126] Solo caben conjeturas respecto al grado en que Karl tuvo en cuenta la opinión de Engels al elegir la forma de presentar sus ideas en el prólogo. El clima intelectual cambiante le había ya demostrado la necesidad de cautela al recurrir a Hegel, especialmente al dirigirse a una generación nueva, posterior a 1848. Aun así, entre 1857 y 1859 no hubo un cambio fundamental en el punto de vista de Karl. Incluso en el párrafo citado de 1859, tuvo el cuidado de diferenciar entre «la transformación material —que se puede hacer constar con la exactitud propia de las ciencias naturales— de las condiciones de producción económicas y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, es decir, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres toman conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo».[1127]

La historia era aún el proceso a través del cual se realizaría la esencia gregaria del hombre, una vez hubiera logrado «despojarse de esa piel que es la restrictiva formación burguesa». Pero había quedado cada vez más claro que la simpleza aparente de esa trayectoria histórica del mundo, que había conducido desde la ruptura del gregarismo originario a su eventual restauración al final del proceso, no era tan directa como se la había percibido en un comienzo. Fue la razón por la que Karl pasó los siguientes ocho años dedicado a un intento de reformular ese tercer capítulo faltante: el del «capital en general».

LA ESCRITURA DE *EL CAPITAL*

En agosto de 1861 Karl retomó la labor en esa tercera sección, «Sobre el capital en general», en el punto donde la había dejado la *Crítica* en 1859 y trabajó en un segundo borrador de todo el texto hasta marzo de 1863. El manuscrito empezaba con un capítulo sobre «La transformación del dinero en capital» que explicaba con más detalle cómo el trabajo era «objetivado» y convertido en mercancía. Igual que en los *Grundrisse*, diferenciaba la producción material del proceso de valorización, pero fue ahora capaz de ofrecer un cuadro más preciso. Primero definía los componentes universales y básicos del «proceso laboral» presentes en cualquier modo de producción, y luego examinaba su apropiación particular por el capital, una vez que el dinero se convertía en capital al ser intercambiado por la capacidad laboral viva. El capital asumía el control, según Karl, no solo «del proceso laboral en términos generales», sino de «los procesos laborales específicos y reales» como verificaba «en la tecnología existente» y en la forma en que estos se habían desarrollado «a base de relaciones no capitalistas de producción». A este proceso lo designaba como «subsunción» (o subordinación) del trabajo al capital.[\[1128\]](#)

Recurrir a la noción de «subsunción» le permitió delinear los estadios a través de los cuales el capital era capaz de tomar progresivamente el control del proceso laboral y ejercer presión sobre la productividad del trabajo asalariado. Históricamente, esto se describía en términos de una transición

desde la «subsunción formal» del trabajo al capital hasta la «subsunción real». Describía tres estadios históricos en el incremento de la productividad laboral: la cooperación, la división del trabajo y la maquinaria. La cooperación, la forma más antigua de aumentar la productividad del trabajo, ya estaba presente en las sociedades antiguas y modernas. La división del trabajo, por otra parte, era más específica que la incubación del capital y la emergencia de la sociedad burguesa, puesto que la división del trabajo presuponía la «subsunción» formal del trabajo al capital y la difusión universal de la producción de mercancías. El tercer estadio, el de la maquinaria, correspondía al pleno desarrollo del modo de producción capitalista y a un incremento de la «subsunción real» del trabajo al capital.

La «subsunción formal» describía a su vez las condiciones en las que era aplicable la definición ricardiana del valor, pues «las leyes generales formuladas respecto a la mercancía, es decir, que el valor de la mercancía queda determinado por el trabajo socialmente necesario incorporado a ella, solo llegan a realizarse en plenitud con el desarrollo de la producción capitalista, esto es, del capital»;[1129] «el capitalista se asegurará de que el trabajador trabaje de verdad, de que trabaje todo el tiempo requerido y gaste *solo tiempo de trabajo necesario*, es decir, que haga la cantidad normal de trabajo en un tiempo dado». En esta fase, el capital únicamente incorporaba al proceso laboral «en términos *formales*, sin hacer ninguna modificación en su naturaleza tecnológica específica». Pero en el curso de esa evolución, el capital llegaba «a incorporar no solo de manera formal el proceso de trabajo sino a transformarlo, a otorgar al modo de producción en sí una nueva forma y crear así el modo de producción singular de él».[1130] Esta era la «subsunción real» del trabajo al capital, que acompañaba a la producción fabril y la tecnología mecanizada.

La «subsunción» formal vino acompañada de cambios sociales fundamentales. El carácter «obligatorio» del trabajo se modificó. El trabajador y el capitalista se reunían ahora «como dueños de una mercancía, como vendedor y comprador, por tanto, como personas formalmente libres». En la industria urbana se verificó un giro importante desde las jerarquías que diferenciaban al maestro artesano, al artesano formado y al aprendiz, hacia relaciones entre el capitalista y el trabajador asalariado. «La

forma de dominación y subordinación» no estaba ya «determinada política o socialmente». De singular importancia resultó el cambio de modalidad en la agricultura, donde los «antiguos siervos o esclavos» se convirtieron en trabajadores asalariados. Pero la misma transición, en el caso de los que eran formalmente «campesinos autosustentables» o granjeros, implicó que a una «relación de dominación y subordinación» siguió «la pérdida de la *independencia* previa».[1131]

La mayor parte del nuevo manuscrito estaba dedicada a una historia crítica de la economía política: las «Teorías de la plusvalía». Mientras los capítulos sobre «Transformación del dinero en capital» y sobre «Plusvalía absoluta» comprendían cerca de trescientas cincuenta páginas, las notas en borrador dedicadas a la historia de la economía política alcanzaban más de mil doscientas. Como en los *Grundrisse*, la principal línea de diferenciación era entre los hitos iniciales en el desarrollo de la economía política como ciencia —concluyendo con las intuiciones ligadas a Smith, Ricardo y Sismondi—, que Karl definía como «clásica», y los más recientes, que definía como «vulgares». Argumentaba que, tras la década de 1820, la economía política se había vuelto elusiva o apologética. Un giro atribuido a la incapacidad de resolver los problemas crecientes que planteaba la toma de conciencia de que existía la plusvalía y su definición, en un periodo en que el desarrollo de las fuerzas productivas condujo a aumentar los antagonismos de clase. Entre los exponentes de la economía política «vulgar» se incluían no solo propagandistas del libre comercio como Bastiat, sino teóricos significativos como Jean-Baptiste Say, John Stuart Mill, John McCulloch y William Nassau Senior. Con este recuento histórico, Karl aspiraba a configurar el volumen final de su crítica de la economía política, que sería finalmente publicado en tres tomos como *Teorías de la plusvalía*, entre 1905 y 1910, por Karl Kautsky.[1132]

Volver a trabajar en «El capital en general» resultó un proceso arduo. En abril de 1862 su avance era «muy lento» y seguía hundido en una depresión, preguntándose incluso si debía intentar algo más en su vida; ese otoño postuló de hecho a un empleo de oficinista en los ferrocarriles. Además de las preocupaciones hogareñas y los agudos problemas financieros, estaba la ansiedad que le provocó Lassalle en julio, cuando fue

a quedarse tres semanas con la familia Marx, y el temor a que pudiera utilizar algunas de sus ideas en una economía política de su autoría.[\[1133\]](#) Puede que sea esta la razón de que dedicara luego la mayor parte de su tiempo a trabajar en su historia de las ideas económicas en lugar de seguir adelante con su propia labor teórica. La enfermedad comenzaba a resultarle cada vez más invasiva, impidiéndole toda labor creativa en la primavera de 1863.

No obstante, a finales de 1862 le escribió al doctor Kugelmann, su admirador de Hannover, indicándole que la segunda parte del texto de 1859 estaba terminada, «salvo por la transcripción definitiva y la corrección final. [...] Es una secuela de la Primera Parte, pero aparecerá por sí sola con el título de *El capital* y, como simple subtítulo, *Contribución a la crítica de la economía política*».[\[1134\]](#) Por la misma época había bosquejado un plan para una versión nueva de la primera y tercera secciones de «El capital en general», lo cual sugiere que el orden sería en buena medida el del segundo borrador.[\[1135\]](#) Pese a ello, en julio de 1863 se embarcó en un nuevo borrador de la totalidad.

La única parte que sobrevivió de este tercer borrador fue el «Capítulo VI. Resultados del proceso inmediato de producción», un capítulo de particular relevancia, ya que estaba delineado como un resumen y conclusión de la historia previa de la producción y conducía a «El proceso de circulación del capital». El capítulo en cuestión partía por enfatizar el carácter central de «la mercancía» dentro de la producción capitalista. La «circulación de la mercancía» y la «circulación del dinero» eran «*premisa, punto de partida de la formación de capital* y del modo de producción capitalista». El modo de producción capitalista había sido el primero en hacer de la mercancía la «forma universalmente necesaria del producto».[\[1136\]](#)

El texto sobre la transición de las formas precapitalistas a la fase de «subsunción formal» vino a ampliar únicamente lo que ya estaba escrito en el segundo borrador. Uno de sus rasgos fundamentales era el énfasis en una mayor escala productiva. Lo que antes, en la producción artesanal, se consideraba un tope máximo de aprendices y artesanos desempeñando la labor «era considerado [ahora] apenas un mínimo en la relación del

capital». Dedicaba alguna atención, a su vez, a los efectos de la «subsunción» de las labores rurales y domésticas, limitadas originalmente «a satisfacer las necesidades familiares» y ahora transformadas «en ramas de trabajo autónomamente capitalistas».[1137]

Reiterando un asunto al que ya se había enfrentado en la década de 1840, afirmaba que la habilidad del «trabajo objetivado de transformarse en *capital*, es decir, de transformar los medios de producción en medios de dominio y explotación del trabajo vivo», aparecía en la producción capitalista como «algo inherente en sí, y para sí, a los medios de producción», «inseparable de ellos, y por consiguiente como una *cualidad* que les correspondía en *cuanto cosas* [...], del mismo modo que la forma social que el trabajo recibía en el dinero se presentaba como *cualidades de una cosa*». Desde esta perspectiva, el capitalista se convierte «en capital personificado, y el obrero en una simple personificación del trabajo para el capital». Así, el dominio del capitalista sobre el trabajador es [...] la «dominación del trabajo pasado y muerto sobre el trabajo vivo» o del producto sobre el productor. Según él, en «la producción material, en el verdadero proceso de la vida social —pues esto es el proceso de la producción—, se da exactamente la misma relación que en el terreno ideológico se da en la religión: la conversión del sujeto en el objeto y viceversa».[1138]

«Considerada históricamente», decía Karl, era «necesario pasar a través de esta forma antitética, así como en un principio el hombre debe atribuir una forma religiosa a sus facultades intelectuales, como poderes independientes que se le enfrentan». Esta «conversión» aparecía «como el momento de transición necesario para imponer por la violencia, y a expensas de la mayoría, la creación de la riqueza como tal, es decir, el desarrollo inexorable de las fuerzas productivas del trabajo social, que es lo único que puede constituir la base material de una sociedad humana libre». Visto en relación con este «proceso de enajenación de su propio trabajo [...], el obrero está desde un principio en un plano superior al del capitalista, por cuanto este último ha echado raíces en ese proceso de enajenación y encuentra en él su satisfacción absoluta, mientras que por el contrario el obrero, en su condición de víctima del proceso, se halla de

entrada en una situación de rebeldía y lo siente como un proceso de avasallamiento». [\[1139\]](#)

Igual que la producción de plusvalía absoluta podía considerarse la expresión material de la «subsunción» formal, la producción de plusvalía relativa podía ser vista como la «subsunción» real del trabajo al capital. Al efectuarse esta transición, ocurría «una revolución total (que se produce y repite continuamente) en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero». En el modo de producción capitalista ahora en plenitud,

se suscitan incesantemente —con el capital y el trabajo ahora disponibles— nuevas ramas productivas, en las cuales el capital puede trabajar nuevamente a pequeña escala y recorrer nuevamente los diversos estadios de desarrollo, hasta que también comienzan a explotarse a escala social esas nuevas ramas de la actividad. [Es] este un proceso continuo. Simultáneamente, la producción capitalista tiende a conquistar todas las ramas industriales de las que hasta ahora no se ha apoderado, y en las que aún [existe] la *subsunción formal*. Tan pronto como se ha enseñoreado de la agricultura, de la industria minera, de la manufactura de las principales materias textiles, etcétera, invade los otros sectores donde solo [hay] artesanos formalmente o incluso independientes aún. [\[1140\]](#)

En suma, «estaba ocurriendo una revolución total» en lo económico. Y el escenario regresaba al del *Manifiesto comunista*. El capital

no solo produce capital: produce una masa obrera creciente, la única sustancia merced a la cual puede funcionar como capital adicional. De modo que produce a una escala cada vez mayor los asalariados productivos que requiere. El trabajo produce sus condiciones de producción como capital, y el capital al trabajo como trabajo asalariado, como medio de su realización como capital. La producción capitalista no es solo reproducción de la relación; es su reproducción a una escala siempre creciente, y en la misma medida en que, con el modo de producción capitalista, se desarrolla la fuerza productiva social del trabajo, crece también frente al obrero la riqueza acumulada, como riqueza que lo domina, como capital, se extiende frente a él el mundo de la riqueza como un mundo ajeno y que lo domina, y en la misma proporción se desenvuelve por oposición su pobreza, indigencia y sujeción subjetivas. Su vaciamiento y esa plétora se corresponden, van a la par.

Pero la revolución había creado las condiciones reales de un nuevo modo de producción, «superando la forma antagónica del modo capitalista de producción» y sentando las bases de «un proceso de la vida social conformado de manera nueva». [\[1141\]](#)

El objetivo del Capítulo VI era tanto resumir los frutos de su estudio del proceso de producción de capital como brindar una transición al estudio del proceso de circulación, que sería analizado en la segunda parte del libro. Puesto que, hasta fecha tan tardía como octubre de 1866, Karl vislumbraba la obra como un todo, el texto debía tratar la producción y circulación de capital dentro de un mismo volumen. En carta dirigida al doctor Kugelman, esbozaba el siguiente plan:

Toda la obra está dividida en las siguientes partes:

Libro I: El proceso de producción del capital.

Libro II: El proceso de circulación del capital.

Libro III: Estructura del proceso como un todo.

Libro IV: Sobre la historia de la teoría.[\[1142\]](#)

El resumen del Capítulo VI se basaba en borradores anteriores. Los capítulos sobre «La transformación del dinero en capital», sobre «Plusvalía absoluta y relativa» y sobre «La acumulación de capital» se relacionaban más estrechamente con el análisis de la «subsunción» del trabajo al capital, al que ahora sumó sus consecuencias en la agricultura, su relación con la «alienación» de los productores y un análisis de su nexo con el trabajo productivo e improductivo. Las divagaciones históricas, que habían ocupado parte sustancial de la *Crítica* de 1859, se eliminaron para integrar un volumen distinto.

En varios momentos Karl mencionaba la relación entre producción y circulación. La circulación de la mercancía y el dinero eran «*premisa, punto de partida de la formación de capital* y del modo de producción capitalista»; «la *mercancía* es producto, resultado de la producción capitalista». [\[1143\]](#) Como en los *Grundrisse*, el análisis de la expansión del capital a través del proceso de circulación se centraba en su carácter circular: «Lo que inicialmente se presentaba como elemento de esta, aparece más tarde como su propio producto [...]. La mercancía singular — como producto del capital y, en realidad, como parte elemental del capital reproducido y valorizado— se diferencia de aquella mercancía singular de la cual habíamos partido como premisa para la formación del capital». [\[1144\]](#)

La producción capitalista había aniquilado las bases originales de la producción de mercancías: de la producción independiente y el intercambio entre los dueños de las mercancías respectivas, o el intercambio de equivalentes, que fue el origen de la asociación entre las nociones de capital, libertad e igualdad. Esto ya no era pertinente. Había ocurrido una transición desde la «circulación simple» (la conversión de las mercancías en dinero y su reconversión en mercancías) a una situación en la que las mercancías eran «las portadoras del capital» y, al mismo tiempo, «el capital valorizado, grávido de plusvalía».[1145]

La transformación constante e inversa de plusvalía en capital creaba nuevo capital y nuevos asalariados. Por tanto, el incremento del capital y el del proletariado estaban interconectados. A medida que las relaciones económicas adquirían un carácter crecientemente capitalista, se reproducía la relación trabajador-capitalista a una escala cada vez más abarcadora, incorporando más y más ramas de la producción. De esta forma, la escala del modo de producción capitalista estaba alcanzando proporciones globales. El capital se aproximaba ahora a su punto culminante, pero era solo un punto terminal en el que acabaría extralimitándose en su vocación de dominio creciente del mercado mundial.

Tras concluir el Capítulo VI en el verano de 1864, Karl volvió sobre el borrador en su totalidad y el plan que le presentaría al doctor Kugelmann en 1866. Comenzó a escribir el Libro III, «Variantes de todo el proceso», concebido como un volumen más sencillo y más descriptivo, en el que varias formas del capital —la ganancia, el interés, la renta del suelo— eran susceptibles de entenderse como vástagos de la plusvalía. El esquema general de los Libros I al III iba de lo más abstracto a lo concreto, en línea con sus ideas sobre el método contenidas en la introducción a los *Grundrisse* en 1857. El «Libro I. El proceso de producción del capital» desplegaría el esqueleto de conceptos abstractos requeridos para demostrar «las leyes del movimiento» del capital. El Libro III analizaría tales desarrollos en términos concretos y empíricos. El Libro II, sobre la «Circulación», relacionaría el comienzo y el final del análisis introduciendo las dimensiones de tiempo y espacio en el bosquejo abstracto del desarrollo y expansión del capital que había planteado el Libro I.

En torno a 1865 estaba al fin listo un borrador casi definitivo del Libro III. A este siguió una serie de notas y fragmentos, ya que Karl interrumpió su labor en ese Libro III para preparar un borrador del Libro II. El grueso de la escritura del inconcluso Libro III estaba listo antes de ese año y fue publicado más o menos sin correcciones por Engels en 1894. Dicho volumen analizaba la conversión de la plusvalía en ganancia e intentaba resolver el tema de la discrepancia entre precio y valor, argumentando que el valor constituía el centro de gravedad alrededor del cual fluctuaban los precios. El volumen reiteraba a su vez la concepción de Karl de la tasa decreciente de ganancia.

La edición publicada por Engels del Libro III en 1894 se encontró pronto con algunas críticas fundamentales, entre las que destacó la de Eugen von Böhm-Bawerk,[\[1146\]](#) que decía que la solución al tema de la conversión de plusvalía en ganancia era precipitada y superficial. Sin embargo, treinta años atrás el problema que parecía haber absorbido de verdad a Karl era cómo relacionar la producción de capital con su supuesta circulación y reproducción extensiva. Era la razón por la que había dejado el bosquejo para el último minuto.

Como en los *Grundrisse*, el punto de partida del bosquejo que Karl hacía de la circulación en el borrador del Libro II era una progresión circular o en espiral del capital, que con su propio impulso disolvía las formas económicas previas y producía trabajadores y capitalistas a una escala cada vez mayor. El propósito singular del análisis era conectar la aparición de la producción de mercancías en el Libro I con la transición desde la forma feudal, u otras formas precapitalistas de propiedad agraria, a la renta capitalista del suelo en el Libro III. Pero ¿cómo era posible establecer una conexión ineludible entre el bosquejo abstracto de la reproducción extensiva de capital y la expansión histórica real de las relaciones capitalistas? La versión del Libro II que Engels publicó en 1885 presentaba los escritos de Karl sobre este tema como una serie de capítulos consecutivos, pero el material en sí sugería reiterados empeños de bosquejar una solución satisfactoria al mismo problema. Pues el análisis de la circulación y la reproducción en fase de expandirse nunca fue más allá de las grandes abstracciones. Karl redactó ocho borradores de la sección sobre

circulación entre 1865 y 1880, lo cual sugiere que no había renunciado a la esperanza de dar con una solución al problema. Pero el hecho de que no llegara a ella en el momento de preparar *El capital* para su publicación, permite entender la forma peculiar del volumen I de la obra cuando fue publicada en 1867.

EL VOLUMEN PUBLICADO DE *EL CAPITAL*, 1867

El capital. Crítica de la economía política se publicó en 1867. No fue la obra en tres tomos que Karl había perfilado en su carta de finales de octubre de 1866 al doctor Kugelmann, sino un volumen único titulado *El proceso de producción del capital*. En marzo de 1863, con la ayuda de Wilhelm Strohn, antiguo miembro de la Liga Comunista y asiduo visitante suyo de Hamburgo, Karl se había asegurado un contrato con Meissner, un editor hamburgués de libros de texto y de medicina.^[1147] El plazo de entrega original había quedado fijado para mayo de 1865, pero en julio Karl le escribió a Engels diciéndole que aún debía escribir tres capítulos para completar la parte teórica: «No me hago a la idea de enviar nada hasta que no tenga la cosa entera ante mí. CUALESQUIERA QUE SEAN SUS DEFECTOS, la ventaja de mis escritos es que son un todo artístico y esto solo puede lograrse con mi práctica de exigir que las cosas no se impriman hasta tenerlas frente a mí EN SU TOTALIDAD».^[1148]

En su respuesta, Engels hizo evidentes bromas con «la obra de arte en camino», pero en agosto Karl seguía empeñado en publicar de forma simultánea toda su obra.^[1149] Solo cambió de parecer a principios de febrero de 1866. Engels le escribió aconsejándole que «dejes de trabajar un tiempo por las noches y lleves una vida más ordenada. [...] Si tu cerebro no está EN CONDICIONES de emprender la parte teórica, dale pues un descanso de los aspectos más complejos de la teoría. [...] ¿No te las puedes ingeniar para enviar al menos el primer volumen para imprimirlo y el segundo a los pocos meses?». A los pocos días Karl estuvo de acuerdo en «enviar a Meissner el primer volumen en cuanto estuviera listo».^[1150] A

la vista de su condición física, fue una decisión sensata. El 26 de febrero Jenny le escribió al doctor Kugelmann:

Hace cuatro semanas que mi pobre esposo recayó en su vieja y dolorosa y muy peligrosa dolencia. [...] Justo a principios de enero había comenzado a preparar su libro para la imprenta y avanzaba maravillosamente en la transcripción, y el manuscrito se iba apilando de manera impresionante. Su «ESPÍRITU» estaba elevadísimo y se sentía feliz de haber avanzado tanto. Entonces un grano le erupcionó de forma repentina, seguido muy pronto de otros dos. El último resultó especialmente nocivo y obstinado, y además estaba tan extrañamente situado que le impedía caminar o incluso moverse. Esta mañana ha estado sangrando abundantemente, lo que lo ha aliviado un poco. Hace dos días iniciamos la cura con arsénico, que Karl espera resulte provechosa. Le parece pavoroso tener que interrumpir de nuevo la conclusión de su libro y en sus delirios nocturnos siempre habla de los varios capítulos que tiene en mente.[\[1151\]](#)

La enfermedad era una amenaza bastante real. Lo que está menos claro es si era la causa o el efecto de sus dificultades para concluir el libro. Pues, como cabe deducir de sus propias acotaciones, los ataques más feroces del mal ocurrían siempre que se veía forzado a enfrentarse a «los aspectos más complejos de la teoría».

Evidentemente, la decisión de aplazar la publicación de los dos volúmenes siguientes fue beneficiosa. Para noviembre de 1866 le había enviado al fin al editor la primera serie de manuscritos a publicar y, a finales de marzo del año siguiente, el Libro I estaba completo. A mediados de abril Karl fue en barco hasta Hamburgo y, tras pasar tres o cuatro días corrigiendo y haciendo revisiones de última hora, siguió rumbo a Hannover para visitar al doctor Kugelmann, donde permaneció hasta el 14 de mayo. Las galeras iniciales no comenzaron a llegarle hasta el 5 de mayo. Diez días después había vuelto a Inglaterra y las pruebas finales le llegaron a finales de agosto. El libro se publicó a finales de septiembre.

El capital incluía ocho secciones:

- I. Mercancía y dinero, pp. 1-156.
- II. La conversión de dinero en capital, pp. 157-186.
- III. La producción de la plusvalía absoluta, pp. 187-316.
- IV. La producción de la plusvalía relativa, pp. 317-508.
- V. La producción de la plusvalía absoluta y relativa, pp. 509-534.
- VI. El salario del trabajo, pp. 535-563.
- VII. El proceso de acumulación del capital, pp. 564-703.
- VIII. La llamada acumulación originaria, pp. 704-761.

Estas ocho secciones eran versiones corregidas del material disponible en los *Grundrisse* y el segundo borrador de 1861-1863, pero con añadidos sustanciales de evidencias empíricas no utilizadas previamente. Había, a la vez, cambios significativos entre el volumen publicado y lo que quedaba del tercer borrador (el material resumido en el «Capítulo VI»).

La sección inicial, sobre «Mercancía y dinero», empezaba con la mercancía. Primero diferenciaba entre valor de uso y valor de cambio — una distinción que, en rigor, se remontaba hasta Aristóteles— y luego explicaba cómo una única mercancía podía volverse, en el curso del intercambio, equivalente a todas las demás; en otras palabras, cumplir la función del dinero. Se argumentaba que el dinero y la mercancía, al adoptar la forma de un valor de cambio, describían un círculo lógico cuya conclusión era la vuelta al punto de partida. En la «forma valor», los valores de uso aparecían como representaciones abstractas mediante el valor universal de cambio. Como un reflejo peculiar y distorsionado de las relaciones sociales en la base, la relación de valor era a su vez responsable de la ilusión objetiva, sintetizada por Karl en la noción de «fetichismo de la mercancía», una ilusión en la que las relaciones entre personas aparecían como nexos entre objetos.

Engels planteó la cuestión de lo oscuro que podía resultar a una generación poshegeliana el argumento sobre «la forma valor», incluido en la primera sección del libro: «Es que el *populus*, incluidos los académicos, no está ya habituado para nada a esta forma de reflexión y uno tiene que ponérselo tan fácil como le sea posible».[1152] Karl concordó en que su primer capítulo era de «la mayor dificultad» y, en respuesta a Engels y a Kugelmann, que había planteado similares reparos, escribió un anexo sobre la «forma valor» destinado al «lector no dialéctico», [1153] pero es dudoso que este anexo sirviera de algo y en ediciones posteriores quedó suprimido. Buena parte de la dificultad pudo evitarse si el argumento se hubiera iniciado simplemente con el intercambio, pero adoptar «la mercancía» como punto de partida equivalía, para Karl, a un avance respecto a su enfoque original, en el que el valor de cambio en la forma dinero había sido el agente corrosivo y responsable del arrasamiento de las antiguas

comunidades. Eso había quedado, a su vez, ligado a su propia noción de la transición habida desde el esquema «M-D-M» a «D-M-D». Sin embargo, ahora apenas si mencionaba la destrucción de las antiguas comunidades. En su lugar, albergaba la esperanza de poder inferir el surgimiento de la «forma valor» mediante un proceso deductivo. Esto vendría a demostrar que el dinero como tal no era el agente responsable de que se hubieran desarrollado valores de cambio y la producción de mercancías; cualquier otra mercancía podría haber desempeñado el papel de un equivalente universal.

En su proceder, hizo un magro intento de referirse a las dificultades asociadas a la teoría relativa al tiempo de trabajo socialmente requerido y tan solo atendió a una de las críticas, preocupación resumida en la siguiente frase: «Podría parecer que, si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo gastado en su producción, entonces, cuanto más perezoso o inhábil sea un hombre, tanto más valiosa será su mercancía, porque tanto más tiempo necesita para su elaboración».[1154] En su análisis descartaba de forma sumaria esta objeción, planteando que el trabajo en cuestión era «una misma fuerza de trabajo humana» y que la teoría se refería a «una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado», integrada, como de hecho lo estaba, por «innumerables fuerzas de trabajo individuales». Según decía, «[e]l misterio de toda forma valor» quedaba encubierto bajo la fórmula: veinte codos de lino = una levita. Una vez se revelaba este misterio, se manifestaba que «no es el intercambio lo que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino, a la inversa, la magnitud de valor de la mercancía la que regula sus relaciones de intercambio».[1155]

El problema seguía siendo, aun así, que «[l]a reflexión sobre las formas de la vida humana» no iba a la par de su evolución histórica. Esas daban comienzo por lo general *post festum* (después del evento), iniciándose cuando «las formas que estampan en los productos del trabajo la impronta de mercancías, y que por tanto son presupuestos de la circulación mercantil, poseen la solidez de formas naturales de la vida social». Por consiguiente, pese al hallazgo de los determinantes que subyacían tras la magnitud del valor, la práctica cotidiana y las creencias seguían siendo las de antes, pues

«esta forma consumada —la forma dinero— del mundo de las mercancías» encubría antes que revelaba «el carácter social de los trabajos privados y, por tanto, las relaciones sociales entre los trabajadores privados». Esas formas de encubrimiento o inversión eran el rasgo característico de «las categorías de la ciencia económica burguesa», constituida por «dichas formas mentales socialmente válidas, o sea objetivas, para las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado que es la producción mercantil». Pero «todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y toda la fantasmagoría que, sobre la base de la producción mercantil, envuelven en nieblas los productos del trabajo desaparecen inmediatamente en cuanto nos escapamos a otras formas de producción».[1156]

La segunda sección del libro, sobre «La conversión del dinero en capital», examinaba la forma en que la plusvalía era extraída del trabajador en el proceso de producción y luego transformada en capital circulante. Este argumento se ceñía a esquemas surgidos de los *Grundrisse* en adelante, presentando la diferencia entre venta de trabajo y venta de fuerza laboral como una solución al dilema que planteaba el hecho de que un proceso de intercambio equitativo redundara en la desigualdad. Al final de esa segunda sección, tanto el dilema como su solución eran revelados con gran floritura retórica, como si nadie más hubiera nunca pensado antes en la respuesta: «Nuestro poseedor del dinero, existente aún solo como oruga de capitalista, tiene que comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor y, sin embargo, sacar al final del proceso más valor del que metió en él. Su despliegue en forma de mariposa tiene que ocurrir en la esfera de la circulación, y no ocurrir [a la vez], en la esfera de la circulación. Estos son los datos del problema. *Hic Rhodus, hic salta!*».[1157] Pero, como ocurría en versiones previas del texto, una vez se había establecido la posibilidad de extraer plusvalía en la producción, se daba simplemente por sentada la división de la jornada laboral en periodos de trabajo necesario y trabajo de plusvalía: la tasa hipotética del plusvalor.

El cambio que habría de tener el mayor impacto en la comprensión de *El capital* fue la decisión de no incluir en el primer libro el análisis sobre la circulación y reproducción ampliada. En los *Grundrisse* había definido el

capital como la unidad dinámica de producción y circulación. En el Libro I, sin embargo, el «análisis detallado» quedaba reservado para el siguiente volumen, mientras se asumía, pura y simplemente y mientras tanto, «que el capital recorre de modo normal su proceso de circulación».[1158] Esta decisión no fue simple consecuencia de la imposibilidad de terminar a tiempo el texto. Era a su vez una forma de eludir preguntas planteadas en los *Grundrisse* por el enfoque allí adoptado sobre la circulación y la reproducción ampliada de capital. La ausencia de esa discusión dejaba sin respuesta algunas preguntas esenciales. ¿En qué sentido, por ejemplo, era el capital un fenómeno global? ¿Cuál era la conexión entre «el proceso de producción capitalista» y la crisis capitalista cuya inminencia se anunciaba? Las nociones de tasa decreciente de ganancia, así como las relativas al nexo entre la crisis capitalista global y los circuitos cada vez más extendidos del capital, quedaban para un volumen por venir y, de hecho, no fueron publicadas en vida de Karl.

Los efectos de este cambio fueron particularmente llamativos en las secciones tercera y cuarta del volumen editado. En la Sección III, sobre «La producción de la plusvalía absoluta», la distinción entre proceso productivo y proceso de valorización quedaba sin desarrollar, pero faltó poco para eliminar por completo la «subsunción» del trabajo al capital, que había desempeñado un papel tan prominente en el segundo borrador. De manera similar, en la parte que contrastaba la plusvalía «absoluta» y «relativa», solo se mencionaba brevemente la transición desde la «subsunción formal» a la «real», y las demás referencias a la «subsunción» fueron eliminadas. Así, la distinción entre los tres procedimientos para incrementar la productividad del trabajo —la cooperación, la división del trabajo y la maquinaria— no estaban ya presentes como fases progresivas en la «subsunción» del trabajo al capital.

En versiones tempranas de la obra, lo que llevaba adelante la narración era la evolución a partir de la «forma valor». Su difusión y desarrollo eran presentados como el factor responsable de arrasar las antiguas comunidades. En ese devenir, la evolución histórica y la expansión de la forma valor eran los componentes de un mismo y único proceso. El desarrollo general de la humanidad correspondía a una compleja dialéctica

entre materia y forma, entre la actividad humana y sus consecuencias indeliberadas. Los seres humanos entraban primero en un proceso de intercambio y luego de producción, que había llegado a dominar de manera creciente su actividad y sus relaciones mutuas. En ese derrotero, llegaban a concebirse a sí mismos como víctimas de un proceso en el que las relaciones entre individuos aparecían como nexos entre objetos. A consecuencia de ello, perdían de manera creciente la sensación de su propia soberanía en el momento de forjar esa situación a la que se veían ahora confrontados: «El producto del trabajo, el trabajo objetivado, recibe del trabajo vivo un alma propia y se establece ante este como un *poder ajeno*», el cual terminaba confrontando a su creador.[\[1159\]](#) El «fetichismo de la mercancía» era el fruto de la «forma valor».

Junto al anhelo de evitar los problemas que planteaba la circulación, había a la vez un evidente repliegue en la imagen del capital como una progresión continua e imparable, como un organismo que se desarrollaba desde su incubación en tiempos antiguos hasta su triunfo global en el mundo mercantil, seguido de su colapso y disolución. Igual que había, ahora, un intento de presentar el valor como una deducción lógica más que como un desarrollo orgánico, los capítulos siguientes eran yuxtapuestos en la forma de una taxonomía más que como una secuencia evolutiva. Así, aunque subsistía una lógica histórica en el ordenamiento del libro, esta no se explicitaba. Parecía que la intención del volumen publicado era evitar un ordenamiento del material que pudiera identificarse demasiado fácil con un esquema hegeliano.

Esto podría ayudar a explicar por qué, a diferencia de lo que sucedía en las versiones más tempranas de *El capital*, no había aquí un resumen general de la destrucción de las antiguas comunidades a través del proceso de «subsunción». En la versión final el único ejemplo de esa destrucción quedaba reservado a la Sección VIII —«La llamada acumulación originaria»—, que era de carácter explícitamente histórico y analizaba la expropiación de los campesinos y productores independientes en Gran Bretaña del siglo xv al xix. Pero tal y como se describía este proceso en *El capital*, esas comunidades eran arrasadas no por el capital, sino por la acción consciente de la autoridad real. Asimismo, la emancipación de los

siervos en Rusia, que Karl había visto originalmente como otro ejemplo del impacto corrosivo del capital sobre las comunidades agrarias tradicionales, habría de revelarse pronto, en el consiguiente debate ruso sobre el tema, como un subproducto de fuerzas políticas.

Bajo el nuevo ordenamiento del material, sobrevivieron fragmentos del diseño original pero en esta ocasión, sin el apoyo del análisis histórico o filosófico, tales fragmentos afloraban como meras afirmaciones dogmáticas. Así, se decía sin mayor elaboración que, «[en] cuanto [...] la producción capitalista se yergue ya sobre sus propios pies, no solo mantiene aquella separación [entre el trabajo y los medios de producción], sino que además la reproduce a escala constantemente ampliada».[1160] Asimismo, de la expansión global del capital se decía en el prólogo que «propiamente no se trata aquí del grado de desarrollo más elevado o más bajo de los antagonismos sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de esas leyes mismas, de esas tendencias que avanzan y se imponen con necesidad de bronce. El país más desarrollado industrialmente muestra al menos desarrollado la estampa de su propio futuro».[1161] Había demasiado poco en el texto precedente para justificar la conocida perorata, en la conclusión del libro, en la que «suena la última hora de la propiedad privada capitalista» y «[l]os expropiadores son expropiados».[1162] En su lugar, había solo una reiteración de los temas antes encontrados en el *Manifiesto comunista* y en los *Grundrisse*. Finalmente, el efecto de suprimir las secuencias evolutivas debilitó la dialéctica entre forma y materia. Aun cuando había una referencia a «la rebelión de la clase trabajadora», el cuadro general de cómo ocurriría el fin del capital se reducía a una conjunción de procesos impersonales e inevitables, desligados de la acción de los agentes humanos.

Esta diferencia de posturas entre la versión publicada de *El capital* y las versiones precedentes de la obra se vio realzada por el «Epílogo a la segunda edición», que el propio Karl redactó en 1873,[1163] en el cual aprobaba una reseña en ruso del libro aparecida en 1872. Según ella, lo relevante en la obra era «hallar la ley de los fenómenos de cuya investigación se ocupa» y, todavía más, «la ley de su alteración, de su desarrollo, esto es, de la transición de una forma a otra». A esa ley le

bastaba «con probar, al mismo tiempo que el orden presente, la necesidad de otro orden en el que tiene que desembocar inevitablemente el primero»; y esto era así «independientemente de que los hombres lo crean o no lo crean». Según el reseñista, «Marx considera el movimiento social como un proceso histórico-natural dirigido por leyes que no solo son independientes de la voluntad, la consciencia y la intención de los hombres, sino que, además y a la inversa, determinan la voluntad, la conciencia y las intenciones de aquellos». En la historia de la civilización, la «conciencia» desempeñaba «un papel tan subordinado» que no podía tener «su fundamento en ninguna forma o ningún resultado de la [propia] conciencia. Esto es: no la idea, sino solo la manifestación externa puede servirle de punto de partida. [...] Un análisis más profundo mostró que los organismos sociales se diferencian unos de otros tan profundamente como los organismos vegetales y animales. [...] El valor científico de tal investigación reside en la aclaración de las particulares leyes que regulan el nacimiento, la existencia, el desarrollo, la muerte de un organismo social dado y su sustitución por otro superior». A lo cual apostillaba el propio Karl: «¿Qué es lo que ha representado [el autor de la reseña] sino el método dialéctico?».[[1164](#)]

El cambio en su enfoque fue algo en principio necesario cuando hubo de descartar el proyecto original para dar paso a la publicación en un único volumen que tratara solo «del proceso de producción de capital», pero su decisión de posponer el análisis del proceso de circulación y expansión global del capital se vio con seguridad motivada no solo por su incapacidad de cumplir con plazos de entrega irreales, sino por la conciencia cada vez mayor de lo mucho que había cambiado el clima intelectual desde la década de 1840. En su preparación del único volumen, había eliminado tanto como le fue posible aquellos conceptos pensados para llenar la brecha entre producción, circulación y expansión del capital, sobre todo porque estas eran las áreas en las que la deriva filosófica desde su concepción original se hacía más evidente. Puede que en 1867 esta reducción en el espectro abarcador de la teoría le resultara una necesidad desafortunada, pero en 1872 pareció asumir la idea de un único volumen como expresión suficiente de su teoría como un todo.

Esto queda a la vez sugerido por el lugar cambiante asignado a la noción de «subsunción]», que ocupó un lugar destacado hasta la penúltima versión de *El capital* y fue luego desechada. La idea de «subsunción» había aparecido originalmente en la filosofía de Schelling y Hegel. En su intento de fusionar el Estado moderno y la sociedad mercantil, Hegel había contrastado en sus escritos tempranos la «vida ética» con la naturaleza inorgánica, entendidos ambos como componentes de un organismo. Los atributos de su concepción posterior del Estado eran también los de «un organismo». Tales atributos quedaban expuestos con claridad en la sección sobre «el ser vivo» del primer libro de su *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas. Lógica*. «El ser vivo», escribía, es «el silogismo cuyos momentos constitutivos son los sistemas y silogismos internos» o «el proceso de su propia “con-clusión” en sí mismo, que discurre en tres subprocesos». El primero y más relevante es el «del ser vivo dentro de sí»; «en este proceso, se divide a sí mismo y hace de la corporeidad su objeto o su naturaleza inorgánica». Adicionalmente, Hegel —al igual que Schelling— citaba al poeta y biólogo A. von Haller cuando dividía este proceso del «ser vivo dentro de sí» en las modalidades de «sensibilidad, irritabilidad y reproducción»; «en cuanto a la sensibilidad, el ser vivo es, instantáneamente, una simple relación consigo mismo, con el alma que está por todas partes presente en su cuerpo, de modo que la exterioridad recíproca de las partes corporales no tiene realidad alguna para él. En cuanto a la irritabilidad, el ser vivo aparece dividido en su interior. Y, como reproducción, está restableciéndose constantemente a partir de la diferenciación interior de sus miembros y sus órganos. Es solo en este proceso interior constantemente renovado que el ser vivo es».[1165] O como decía el propio Hegel en la primera versión de su *Filosofía del Derecho*, «un organismo vivo es el primero y último porque se tiene a sí mismo como producto de su actividad».[1166]

Por lejana que en principio nos parezca esta concepción del «ser vivo», sirvió de matriz para la imagen del Estado que Hegel proponía. Era el producto de la especulación filosófica que había acompañado a la fascinación protorromántica de finales del siglo XVIII al expandirse las ciencias relacionadas con la vida. El Estado era un organismo inclusivo de

una relación entre lo particular y lo universal, lo inorgánico y lo orgánico, la sociedad burguesa y el Estado, lo económico y lo político. La «subsunción» era el medio por el cual lo particular se relacionaba con lo universal, por la vía de renovar de manera constante el proceso de incorporación del uno en el otro.[\[1167\]](#) En versiones tempranas de sus textos, de los *Grundrisse* en adelante, Karl intentó adaptar este enfoque a sus propios objetivos.

La eliminación del tema de la «subsunción» hizo de *El capital* un texto mucho más descriptivo que antes, pues ahora se apoyaba mayormente en datos estadísticos y empíricos más que en la progresión dialéctica. La dialéctica original entre materia y forma había conservado la noción de la intervención del hombre, si bien los frutos de su actividad terminaban oponiéndosele en una modalidad enajenada. Como contrapartida, si «la vida del material se refleja idealmente, puede parecer como si se estuviera ante una construcción *a priori*», y como si la acción, «consciente o inconsciente», fuera fruto de la necesidad.[\[1168\]](#) La ambigüedad de estas formulaciones abrió la puerta de nuevo a la comprensión del hombre como un ser natural, regido por sus impulsos y los dictados de la naturaleza, y adelantaron la forma de entender convencionalmente el «marxismo» en el siglo xx.

No está del todo claro por qué Karl aceptó esta lectura interpretativa de su obra, pero parece probable que se impresionara bastante por el punto de vista de Engels de que una nueva generación sabría poco de Hegel y sería incapaz de aprehender —no digamos ya de aceptar— las premisas del razonamiento dialéctico. En su epílogo a la edición alemana de 1873 llama la atención el empeño de Karl de distanciarse de Hegel y su filosofía, y lo hacía declarando que «[m]i método dialéctico es por su fundamento no solo diferente al hegeliano, sino su contrario», y concediendo únicamente que, alguna vez, «hasta coqueteé aquí y allá [...] con el modo de expresión que le era característico».[\[1169\]](#)

Sin embargo, centrarse solo en el estatus filosófico y los problemas que circundan a *El capital* equivale a perder de vista sus cualidades más distintivas y perdurables. Dos tercios del libro estaban dedicados a un perfilamiento inspirado en los hechos del desarrollo y el presente de las relaciones entre capital y trabajo, principalmente en Inglaterra. La condición previa de la emergencia del modo capitalista de producción era «la expropiación del productor rural, el campesino». Este era «el fundamento de todo el proceso». Por eso se escogió a Inglaterra, aunque la historia de esta expropiación «adquiere tonos diferentes en diferentes países y atraviesa las diferentes fases en diferente sucesión y diferentes épocas históricas. Solo en Inglaterra —a la que por ello tomamos como ejemplo— posee [la] forma clásica».[1170]

La sección séptima de la obra, sobre «El proceso de acumulación del capital», brindaba detallados recuentos de la situación de los trabajadores asalariados en los distintos sectores de la economía británica durante la década de 1860. Describía las condiciones de la agricultura y las ramas de la industria. La abundancia extraordinaria de estadísticas, informes oficiales y reportajes en la prensa, con todo lo cual armaba Karl el cuadro general, sigue siendo hasta hoy impresionante. Hacía uso *in extenso* de los informes de los inspectores fabriles, los altos funcionarios médicos en el área de la salud y las comisiones de investigación, valiéndose de todo ello para demostrar ciertas facetas de esta economía singular, desde las presiones en pro de extender la jornada laboral o aumentar la velocidad del trabajo hasta el recurso general al trabajo infantil. Karl pasaba revista no solo a las fábricas del sector de los textiles de algodón, donde se habían librado las más feroces batallas por las horas de trabajo, sino también a las dedicadas a la producción de uniformes militares, alfarería, textiles de lana, panaderías, tintura y blanqueo. Ponía especial atención en la dieta, el albergue y la salud de los trabajadores en el campo. El desarrollo capitalista no solo había incrementado la proporción de capital «constante» sobre el «variable», sino que al hacerlo había eliminado del negocio a los pequeños capitalistas y generado un aumento de un «ejército industrial de reserva», cuyas fuerzas oscilaban entre la ocupación y la desocupación, según dictaminaran las fluctuaciones en el ciclo comercial.[1171]

Ajeno a las complejidades del valor y la tasa decreciente de ganancia, en esta parte era donde Karl más se aproximaba a una estimación concreta de las perspectivas de crisis y revuelta social. Se mostraba singularmente impresionado por la evolución del campo, donde la productividad creciente entreverada con la miseria de los trabajadores agrícolas estaba empujando a un éxodo cada vez mayor de la población rural hacia las ciudades: «La dispersión de los trabajadores rurales por grandes superficies rompe al mismo tiempo su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los trabajadores urbanos».[1172]

La sección final, sobre «La llamada acumulación originaria», brindaba un resumen histórico del desarrollo de la economía capitalista en Gran Bretaña, desde la disolución de las relaciones feudales a finales del siglo XIV hasta su triunfo a mitad de la era victoriana. Demostraba la ambigüedad de la noción de «libertad» en el caso de los primeros campesinos o artesanos modernos, liberados de la servidumbre, pero liberados a su vez en el sentido de quedar privados de cualquier acceso independiente a los medios de producción. Dueños, a partir de ahí, de nada —salvo de su fuerza de trabajo—, estos campesinos y artesanos, una vez independientes, se veían forzados de forma permanente a revender su fuerza laboral para sobrevivir. Karl trazaba la senda por la que la separación del trabajo y los medios de producción se mantuvo y se vio reforzada por el proceso de acumulación originaria: «La expoliación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de los dominios estatales, el robo de la propiedad comunal, la conversión usurpatoria de propiedad feudal y del clan en moderna propiedad privada, consumada con descarado terrorismo, fueron otros tantos métodos idílicos de acumulación originaria. Estos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron la tierra al capital y procuraron a la industria urbana el suministro necesario de proletariado despojado de todo».[1173] Y, una vez más, el relato se veía enriquecido por una multiplicidad de fuentes, desde Holinshed, Tomás Moro y Francis Bacon hasta Richard Price, William Cobbett, Thomas Macaulay y James Thorold Rogers.

Si *El capital* se transformó en un hito del pensamiento decimonónico, no fue porque hubiera tenido éxito en identificar las «leyes del

movimiento» del capital. Karl no había esbozado, en rigor, un cuadro definitivo ni de los comienzos del modo de producción capitalista ni de su hipotético final. Había hecho algunas críticas convincentes de los dogmas específicos de la economía política. Se burlaba de la defensa que Nassau Senior hacía de «la última hora» en contra de quienes abogaban por limitar el horario fabril, de la idea de un «fondo salarial» y la noción malthusiana de la sobrepoblación, que se probó más relacionada con los medios que daban empleo que con los medios de subsistencia.[\[1174\]](#) Pero no tuvo éxito en generar una crítica propiamente dicha de la economía política como un todo. Asimismo, aunque brindó una imagen poderosísima de la miseria y las desdichas del trabajo infantil, de las condiciones degradantes de los trabajadores agrícolas y de la dieta y albergues paupérrimos de una vasta proporción de los trabajadores ingleses, no logró establecer una conexión lógica y convincente entre el avance de la producción capitalista y el empobrecimiento de los productores.

Su gran logro ocurrió precisamente en el área en la que pretendía estar menos interesado: la de la labor desarrollada a partir de sus textos e indagaciones para *The New-York Daily Tribune* y las diversas conferencias dictadas a partir de la década de 1840. Aquí sí fue capaz de relacionar el análisis crítico de la actual economía capitalista con sus raíces históricas más antiguas. La puesta en primer plano de la producción lo condujo a desvelar tensiones conocidas dentro del taller moderno o la fábrica automatizada. En su determinación de rastrear el avance de la economía capitalista como un todo, y en particular las consecuencias de las nuevas fuerzas productivas, se convirtió en uno de los fundadores principales —si bien involuntario— de un área nueva y relevante de investigación histórica: el estudio sistemático de la historia social y económica.[\[1175\]](#) Inauguró un debate acerca de los principales hitos económicos y sociales de la historia moderna que transcurre desde entonces.

Cualquier análisis de la crítica de Karl a la economía política que se limite a considerar el libro resultante como una derrota intelectual resultará muy inexacto en lo que se refiere a la reformulación de sus esperanzas y expectativas en torno a 1867. Aunque fue incapaz de admitirlo, el enfoque original había fallado. No había sido capaz de sustentar su concepción

original del capital como un organismo cuya espiral de crecimiento permanente e imparable, desde unos orígenes modestos en la Antigüedad hasta la supremacía global, se toparía muy pronto con el colapso mundial. El examen en Gran Bretaña del desarrollo global de las relaciones capitalistas demostraba que ese desarrollo económico había sido impulsado decisivamente, en el periodo de «acumulación originaria», por la intervención política. Y, por la misma vía, lo que ese examen implicaba era que el triunfo de la producción capitalista en áreas alejadas de la Europa occidental podía ser resistido o evitado.

Más cerca de casa, los cambios realizados en la secuencia de los capítulos antes de la publicación podían ser vistos a la vez como respuesta a la nueva situación política en Inglaterra después de 1864. El crecimiento de las sociedades mercantiles, la fundación de la Internacional, el éxito del movimiento fabril, la fuerza creciente de la producción cooperativa y, por encima de todo, la agitación popular en aumento y a favor de una reforma (política) permitieron a Karl imaginar nuevas, y posiblemente no violentas, formas de precipitar el cambio revolucionario. En la década de 1850 el ejercicio de imaginar una crisis global en el horizonte había sido abstracto y remoto. Las imágenes de un cambio revolucionario se derivaban aún, en su abrumadora mayoría, de la gran Revolución ocurrida en Francia. Pero a mediados de la década de 1860, en lugar de la sustitución perentoria de un orden social por otro como había ocurrido en Francia en 1792-1793, otra visión de la transición había comenzado a tomar forma. En esa nueva imagen el cambio podía vislumbrarse no como una rápida sucesión de *journées* revolucionarias, sino como un proceso acumulativo compuesto por varios desarrollos políticos y sociales y que ocurría en un intervalo bastante más prolongado. En este sentido, la transición del capital al dominio de los «productores asociados entre sí» podía resultar más parecida a la transición desde el feudalismo al dominio del capital entre los siglos XIV y XIX. Contribuir a esa comparación fue una de las razones de que en 1867, en lugar del relato especulativo de los *Grundrisse* sobre el arrasamiento por la forma valor en las antiguas comunidades, Karl escogiera reemplazarlo en el capítulo final por la dilatada y más memorable historia medieval y de la

primera época moderna, en «La llamada acumulación originaria» del capital.

PRIMERA PARTE

ADAPTÁNDOSE A LA NUEVA ERA

Después de los fracasos de 1848 y del triunfo de la reacción a lo largo y ancho de la Europa continental durante la década de 1850, la siguiente década fue testigo no solo del resurgimiento de las esperanzas democráticas, sino de algunos logros democráticos reales. En Alemania se desarrolló, entre 1862 y 1863, un movimiento obrero independiente, y en Francia surgió una oposición velada a Bonaparte. En Inglaterra hubo tres desarrollos importantes, sin los cuales la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) nunca hubiera visto la luz, por no hablar del impacto que tendría luego. El primero fue la respuesta popular al internacionalismo republicano en una identificación con las agitadas y heroicas luchas libradas en Italia, Polonia y otros lugares contra la autocracia de los Habsburgo, la borbónica y la rusa.[\[1176\]](#) El segundo desarrollo, igualmente importante, fue el crecimiento del apoyo popular a la abolición de la esclavitud y la causa del Norte en la guerra civil estadounidense. El hecho de que los trabajadores de las algodoneras de Lancashire estuvieran dispuestos a resistir el desempleo y la «hambruna del algodón» provocados por la causa abolicionista y no abandonaran esta última, ayudó a persuadir a muchos individuos de las clases propietarias de que los trabajadores eran merecedores de plenos derechos como ciudadanos y contribuyó al éxito de la agitación en pro de la reforma política en 1867. Pero ninguna de esas

campañas habría tenido impacto alguno sin un tercer y fundamental desarrollo: la transformación de las capacidades y la presencia política de los sindicatos.

Karl tardó en percibir la importancia de estos desarrollos. Hasta 1863 parece haber vivido obsesionado con un resurgimiento eventual de 1848. Pero, una vez que comenzó a entender y aceptar la nueva forma que adoptaba la política, se sintió entusiasmado por las nuevas oportunidades que planteaba. Entre 1864 y 1869 fueron los años más provechosos y exitosos de su vida. En ese periodo hizo una contribución perdurable tanto a la comprensión de la historia y anatomía del capitalismo como al desarrollo del movimiento obrero europeo. *El capital* se publicó en 1867, mientras que su labor más duradera y valiosa en el Consejo General de la AIT se dio en los años previos a la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Esos logros trascendían al estrecho universo de los grupos de exiliados y la política sectaria y fueron reconocidos más allá de su círculo inmediato. También en esos años se hizo conocido a nivel personal entre un vasto espectro de radicales británicos de primera línea: owenistas, positivistas, pacifistas, excartistas, feministas, sindicalistas, nacionalistas irlandeses y otros.

La participación en la AIT y la publicación de *El capital* habían venido precedidas de cuatro o cinco años de ansiedades y frustraciones. Karl no había tenido éxito como teórico ni como líder político. Como teórico, las esperanzas exageradas que había puesto en su *Contribución a la crítica de la economía política* en 1859 habían probado ser muy poco realistas. En rigor, hubo mayor interés por su polémico *Herr Vogt* pero, como recurso para reafirmar la solidaridad política dentro de un grupo, el libro tampoco fue un éxito. Las reacciones diversas ante *Herr Vogt* venían a subrayar lo que ya se había hecho evidente en el desacuerdo respecto a Italia. El «partido», como a Karl le gustaba aún imaginarlo, ya no existía.

La única área en la que había dejado una huella perdurable había sido su labor periodística, que él mismo desdeñaba en ocasiones. La mayor audiencia de la que habían disfrutado sus escritos de finales de la década de 1850 había estado constituida por lectores anglófonos de *The New-York Daily Tribune*. *The Tribune* había brindado a la vez una tabla de salvación a la familia Marx. Había sido lo más cercano a un ingreso real que Karl tuvo

nunca, y para Jenny había constituido una fuente de orgullo sustancial. Pero con la irrupción de la Guerra Civil estadounidense, decayó la demanda de sus colaboraciones para *The Tribune*. En febrero de 1861 su empleo se redujo a un artículo a la semana, y en 1862 quedó interrumpido.

En esos años sus problemas de salud se agudizaron. Lo que es llamativo no es que Karl fallara en completar *El capital*, sino que se las arreglara para publicar siquiera una versión, y es que fue la ansiedad particular que le provocaba su empeño de redactar la crítica de la economía política lo que pareció exacerbar sus dolencias habituales. Escribiendo en noviembre de 1863, después de permanecer «amarrado al sofá» a causa de los furúnculos y granos, Jenny le decía al «señor Engels»: «Puede usted imaginar lo mucho que lo deprime este asunto. Parece como si el desdichado libro no fuera a acabarse nunca. Es una especie de pesadilla que planea sobre todos nosotros. ¡Ay, si al menos el GRAN LEVIATÁN fuera lanzado de una vez al mundo!». [\[1177\]](#) Los altibajos en su estado de salud durante el año siguiente fueron la norma. Tras la convalecencia en casa de su tío en Zaltbommel, desde diciembre de 1863 hasta finales de febrero de 1864, su estado mejoró un poco. Él y la familia se trasladaron a Modena Villas, en Maitland Park, Haverstock Hill, pero en junio y julio estaba enfermo de nuevo. Siendo «absolutamente incapaz de trabajar», leía libros de anatomía y fisiología. [\[1178\]](#) A finales de julio y principios de agosto intentó recuperarse en Ramsgate junto a sus hijas, pero la dolencia persistió durante el invierno. El 4 de noviembre le informó a Engels de que todo había marchado bien hasta un par de días antes, cuando le salió otro grano. «Si la cosa no desaparece rápido y aparecen otros, pretendo recurrir esta vez al remedio a base de arsénico de Gumpert.» El 14 de noviembre Karl le informaba de que, aun cuando el grano está «aclarándose», había debido quedarse en cama durante casi una semana. A los dos días Engels le respondió indicándole que se sentía feliz de que estuviera mejor. «Esperemos que sea el último. Pero bebe arsénico.» El 2 de diciembre Karl informaba de que le estaba apareciendo otro grano en la cadera. Estaba asustado ante la posibilidad de que su médico de cabecera, que desaprobaba la cura con arsénico, le echase «una terrible reprimenda» por estar automedicándose a sus espaldas. [\[1179\]](#)

La política de principios de la década de 1860 era a su vez decepcionante. Los desarrollos producidos en la década anterior no habían estado a la altura de las expectativas de Karl. La depresión mundial de 1857-1858 no había traído consigo una nueva concatenación de revoluciones. En Francia el Estado policial bonapartista había sofocado con éxito la manifestación en público de la oposición. Impulsado por el excepcional crecimiento económico, Bonaparte había tenido éxito en fortalecer los apoyos a su régimen, en particular en el sector rural. En un plebiscito celebrado ya en 1870, se las ingenió para granjearse 7,4 millones de votos, frente a los 1,6 millones de la oposición.

En el mismo París los desarrollos urbanos hacían que las posibilidades de la revolución parecieran cada vez más escasas. Durante las décadas de 1850 y 1860 la población casi se duplicó. Los trabajadores emigrantes, atraídos por un auge constructor espectacular, se aglomeraban en los nuevos suburbios industriales o en el centro arruinado y hacinado de la ciudad. Las autoridades eran muy conscientes de los peligros que encerraba una nueva y gran urbe, la cuarta parte de cuyos habitantes encajaba en la categoría de «indigentes». A partir de 1853 el emperador, con ayuda de su prefecto de París, el barón Haussmann, reconstruyó buena parte del centro de la capital, sustituyendo muchas de las avenidas estrechas y desbordantes de la antigua ciudad por amplios bulevares, en cuyas orillas se alineaban cafés brillantemente iluminados, bares y las primeras multitiendas, reduciendo las posibilidades de que fueran levantadas barricadas y se organizaran insurrecciones. Los avances complementarios en sanidad y transporte combatían el cólera y aceleraban la actividad económica.

Los despliegues de la oposición en París quedaron asimismo restringidos por una nueva estructura administrativa; la ciudad carecía de alcalde y los veinte consejos municipales eran más bien designados que elegidos. Además, la oposición estaba dividida. Pese a todos esos obstáculos, la amenaza al régimen no acababa de diluirse. La policía guardaba información relativa a unos ciento setenta mil subversivos potenciales en París, mientras que otro grupo pequeño, pero más visible, seguía identificándose con la política revolucionaria del encarcelado Auguste Blanqui.[\[1180\]](#)

Esto fue un alivio escaso para Karl. Con todo lo que se había empeñado en la década de 1840 para que sus concepciones fueran conocidas en Francia, su obra no había sido leída. *La miseria de la filosofía*, su crítica a Proudhon, publicada en Francia y escrita en francés, había pasado inadvertida incluso para los activistas políticos. Y sus escritos de 1848, *La lucha de clases en Francia* y *El Dieciocho Brumario*, seguían sin traducirse.

Karl pensaba que la dependencia del emperador galo de su ejército conduciría en última instancia a su caída y efectivamente ocurrió así, al final, pero no antes de que Francia hubiera sido provocada para entrar en guerra contra Prusia en el verano de 1870. Entretanto, de 1859 en adelante, el régimen empleó cierto número de estratagemas para trascender de la fase de represión flagrante ocurrida a principios de la década de 1850. En un esfuerzo por crear la imagen de un imperio más liberal, el emperador cortejaba a los trabajadores empleándolos como contrapeso a la oposición liberal. En 1859 proclamó una amnistía, en 1864 legalizó las huelgas y a finales de la década de 1860 relajó la censura de prensa.

Como parte de esa táctica, Bonaparte patrocinó una delegación escogida de trabajadores franceses para que visitara la Exposición de 1862 en Londres. El encuentro de esta delegación con los trabajadores londinenses tuvo verdadera significación en los hechos previos a la formación de la AIT en 1864, pero esto solo quedó claro luego, en retrospectiva. En esa época, y de manera poco sorprendente, el apoyo bonapartista a la delegación de trabajadores fue visto por los radicales en Gran Bretaña con grandes suspicacias.

En Inglaterra, a pesar del desarrollo a gran escala de la industria y el comercio —o quizá a causa de eso mismo—, el cartismo se había difuminado como movimiento de masas. A Karl le resultaba difícil adaptarse al nuevo ambiente político. El partido *tory* había dejado atrás el proteccionismo, pero la depresión de 1857 no había llevado de vuelta el cartismo, ni había redundado en una victoria de los miembros más radicalizados de la Escuela de Manchester. Por el contrario, en las elecciones generales de 1857 los antiguos líderes de la Liga contra las Leyes de Cereales, Cobden y Bright, perdieron sus escaños y en 1859 se

unieron con los *whigs*, los partidarios de Peel y los parlamentarios irlandeses, para fundar entre todos el Partido Liberal. En vez de la simplicidad radical de una lucha entre la burguesía de la Escuela de Manchester y los radicales proletarios del movimiento cartista, el reconstituido Partido Liberal incorporó una nueva alianza como una cuña para introducirla entre las clases medias y trabajadoras.[\[1181\]](#)

El impacto de estos virajes fue evidente en la trayectoria política de un amigo de Karl, el antiguo líder cartista Ernest Jones.[\[1182\]](#) A comienzos de la década de 1850 Jones había intentado en vano revivir el movimiento cartista. Valiéndose de *The People's Paper* (al que Karl había aportado varios artículos), había liderado sucesivas giras para dar charlas por el norte del país y presentado batalla, infructuosamente, en varias elecciones. Pero en 1857 abandonó su estrategia. Rompió con la mayoría de los líderes cartistas que aún quedaban y en febrero de 1858 convocó en el Saint Martin's Hall de Londres un congreso sobre la reforma parlamentaria, al cual invitó a toda clase de «reformistas», desde el veterano socialista Robert Owen hasta los líderes del radicalismo de clase media, como John Bright y J. A. Roebuck.

Ignorante al parecer de todos los fracasos previos de Jones en su intento de revivir el cartismo, Karl insistía en que «el cretino debiera empezar por *formar* un partido, para lo cual tiene que dirigirse a los distritos industriales. Entonces la burguesía radical irá a él en busca de un compromiso».[\[1183\]](#) Aunque seguía considerando a Jones «un hombre honesto», le parecía «vano» su nuevo papel de organizador. Se resistía aún a la idea de que el cartismo hubiera desaparecido y persistía en la creencia de que el resurgimiento de un partido proletario aún al de la década de 1840 era solo cuestión de tiempo. En abril de 1863 asistió a una reunión sindical presidida por John Bright: «Los propios trabajadores hablaron *ciertamente muy bien*, sin rastros de la retórica burguesa o el más leve intento de encubrir su oposición a los capitalistas (quienes, a propósito, fueron también atacados por *papá* Bright)». No estaba seguro «de cuándo se librarán los trabajadores ingleses de lo que parece ser un contagio burgués», pero tras hojear de nuevo el libro de Engels de 1844, *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, le dijo confidencialmente a su amigo que: «Dicho sea de paso,

en cuanto a las tesis fundamentales de tu libro, han sido corroboradas hasta el último detalle por los desarrollos siguientes a 1844».[1184] Engels no estuvo de acuerdo. Pensaba que una nueva edición de su libro no sería apropiada en ese momento: «Este no es el momento apropiado [...], ahora que la energía revolucionaria del proletariado inglés casi se ha evaporado y ese mismo proletariado inglés se ha declarado en total acuerdo con el dominio de la burguesía».[1185]

LASSALLE Y EL FIN DEL «PARTIDO»

En Alemania la «nueva era» abrió nuevas oportunidades políticas, una vez más tras una década de reaccionarismo. Solo que, para Karl, el resultado fue de nuevo frustrante y desencantante. A principios de la década de 1860 surgió una forma de actividad política independiente de la clase obrera, pero se desarrolló no como fruto del «partido» de Karl, sino a su pesar.

Al igual que el propio Karl, muchos de los revolucionarios activos en Alemania en 1848 se habían marchado al extranjero, a Estados Unidos, Inglaterra o Suiza. En la propia Alemania los escritos tempranos de Karl eran en su mayor parte desconocidos o bien habían sido olvidados. Como mucho, unos pocos centenares de veteranos de 1848 estaban familiarizados con el *Manifiesto comunista*, y fue solo al reeditarse en 1872, gracias a un resquicio legal, cuando se volvió un texto bien conocido.[1186]

Karl había montado en cólera no solo por la línea independiente que Lassalle adoptó en el tema de Italia —«nadie habla en nombre del partido sin consulta previa a los demás»—, sino por su comportamiento indebido en el caso Vogt.[1187] En el curso de esta disputa se volvió fastidiosamente impositivo, refiriéndose con vaguedad al mal comportamiento de Lassalle. A la vez que negaba cualquier interés personal en la denuncia, escribió sobre las «razones» para desconfiar de Lassalle y aludió a una carta sin fundamentos desde Baltimore denunciándolo. «Las denuncias oficiales en tu contra —proseguía— [...] se hallan en los archivos de la Liga, que no obran en mi poder ni tengo autoridad para utilizar.»[1188] Lassalle reaccionó airado. ¿De qué virtud estaba hablando Karl en su gesto

simultáneo de disociarse de esta «treta» evidentemente absurda? Para él, esta era la prueba precisa de la inclinación sin vacilaciones de Karl a pensar lo peor de cada cual, a la vez que consideraba una especie de virtud, en este caso particular, no haber dado crédito al asunto.[\[1189\]](#)

La conducta de Karl resultó particularmente perversa, visto que al concluir la década de 1850 Lassalle era su único contacto político relevante en Alemania. Había sido miembro de la Liga Comunista en 1848 y tenido la suerte de librarse de una sentencia de cárcel relativamente leve por haber arengado a los ciudadanos de Düsseldorf para que desplegaran una forma de resistencia armada ante la disolución de la Asamblea Nacional por el régimen prusiano. En la década de 1850 había adquirido fama por su defensa legal de la condesa Sophie von Hatzfeldt en un dilatado proceso de divorcio que concluyó en 1854, dejándole a Lassalle un cómodo ingreso anual de cinco mil táleros.

Si Karl había fantaseado alguna vez con su destino de gran poeta, de gran crítico o líder natural, en Lassalle encontró a su igual. Este buscaba no solo hacer un aporte sustancial a la teoría jurídica, sino ser reconocido como un académico al estilo clásico, como dramaturgo y como líder político. Entre sus múltiples proyectos se contaba el ambicioso anhelo de hacer su propia crítica de la economía política, una iniciativa que a Karl le resultaba profundamente amenazante.[\[1190\]](#) Como seguidor de Hegel y activista radical con «un anhelo de llegar a una concepción especulativa de las cosas», Lassalle era un declarado admirador de Karl. Según decía, ni siquiera su compañera, Sophie von Hatzfeldt, podía igualársele en sus preferencias. Karl era su «último amigo masculino»: «La condesa, aun siendo una dama excelente en todos los sentidos y por más valiosa que resulte su amistad, no es de todas formas, siendo mujer, capaz de seguir todos los misterios que encierra el pensamiento de un hombre y entenderlos de manera verdaderamente creativa».[\[1191\]](#)

La ambición extraordinaria de Lassalle, su inquietud permanente y la idea escasamente consciente que tenía de sí mismo como instrumento de algún designio superior quedaban patentes en una de las misivas que le envió a Karl en marzo de 1859, época en que se hallaba embarcado en una obra sobre la filosofía presocrática. La carta explicaba cómo, hacia el final

de la etapa que había dedicado a ese estudio en dos tomos, titulado *La filosofía de Heráclito*,[\[1192\]](#) una fuerza no prevista lo había obligado a componer un drama. La historia en cuestión trataría de Franz von Sickingen, el caballero imperial de principios del siglo XVI, defensor de Lutero y héroe nacional: «Quedarás asombrado cuando veas que te he enviado una obra teatral. Casi tan asombrado como quedé yo mismo cuando se me ocurrió la idea de escribirla o, para ser más precisos, cuando la idea vino a mí. Pues mi sensación de lo que pasó no es la de una decisión libre y voluntaria por mi parte de producir algo, sino más bien la de una fuerza que tomó posesión de mí y a la que fui incapaz de resistirme».[\[1193\]](#)

Como otros individuos que habían vivido los hechos de 1848 y se vieron frustrados por la paradoja que Hegel hizo famosa entre «lo gris de la teoría» y la vivacidad de la vida —«esas cuestiones prácticas que dan cada día su color a nuestras mejillas»—, le parecía difícil enfocarse únicamente en Heráclito: «Ah, cuán a menudo ocurre que alguna asociación peculiar de ideas me saca de ese mundo de las ideas en el que debo forzosamente rumiar, llevándome a nuestros asuntos contemporáneos tan quemantes, a las grandes interrogantes de la jornada, que aun cuando parezcan estar en reposo siguen bullendo dentro de mí. Cuán a menudo tuve que saltar de mi escritorio y arrojar lejos la pluma. Fue como si mi sangre hubiera estado hirviendo y solo después de luchar media hora o más conseguí recuperar el autocontrol y obligarme a regresar a mi silla, para abocarme a una mayor concentración, esa que esa obra exigía». Le había ocurrido, lo de esa obra, una noche cualquiera, cuando para descansar de Heráclito leía atentamente algunas obras sobre el medievo, la Reforma y en particular los libros de Ulrich von Hutten. Había comenzado a hojear «un muy desdichado drama moderno» cuando le sobrevino la idea de que necesitaba escribir una obra de teatro, no sobre Hutten, otra figura del universo de la «pura teoría», sino sobre Franz von Sickingen, «el gran héroe dramático»: «Y apenas si me había asaltado este pensamiento cuando, tal y como ocurrió, me sobrevino la intuición de todo el plan de la obra, al mismo tiempo que una fuerza irresistible me ordenaba: “Debes llevarla a cabo”». Ahora podía «escribirla de verdad desde el corazón». Tal y como admitía ante Karl, consideraba que

era «muy buena», pero no volvería a escribir ninguna más: « Me fue infligida desde las alturas como una orden fatal y ya no habrá más».[1194]

En el curso de 1860 la polémica por Italia quedó superada. Lassalle tenía aún la esperanza de trabajar con Karl, mientras que este buscaba la ayuda de Lassalle para que tratara con el editor sobre su *Contribución a la crítica de la economía política*. Durante lo que quedaba de ese año la correspondencia entre ambos fue cordial. Lassalle le hacía notar que los hechos habían probado que su lectura sobre Italia era correcta. Karl reiteraba su postura, pero decía que el pasado no era ya su problema y que lo más relevante era ahora «que *debemos* llegar a un consenso en torno a un programa». También le agradecía a Lassalle sus elogios a su libro de economía política.[1195] En otro terreno, intercambiaban impresiones sobre las dolencias de Karl, la viruela de Jenny y la gota de Lassalle.

El 11 de marzo de 1860 Lassalle volvió a preguntar si Karl y Engels considerarían regresar a Prusia cuando el viejo rey muriese y se decretara una amnistía.[1196] Un año después de eso el viejo rey Federico Guillermo IV, para entonces discapacitado y sumido en la demencia, murió y fue sucedido en el trono por su hermano Guillermo I, quien decretó de inmediato una amnistía política. En 1861 Lassalle reiteró su invitación y propuso revivir la *Neue Rheinische Zeitung*. La condesa estaba dispuesta a invertir entre veinte mil y treinta mil táleros en el diario y sería editado conjuntamente por Karl y Lassalle, y por Engels, si Karl insistía.

A Karl no le entusiasmaba demasiado regresar a Prusia. Como se lo hizo saber a Engels: «Me aferraría a esta tabla ínfima de salvación, siendo las circunstancias las que son, pero la marea no ha subido lo suficiente en Alemania para que nuestra barca pueda navegar. El asunto resultaría abortado desde un principio».[1197] Sin embargo, y en contraste con ello, le preocupaba la pérdida alarmante de los ingresos provenientes de *The Tribune*. Era de lleno, como le dijo a Lassalle, una «crisis financiera». Resolvió, pues, que tras visitar a su tío Lion Philips en Zaltbommel para «poner en orden sus finanzas», seguiría su viaje a Berlín «con miras a discutir contigo, personalmente, la posibilidad de esas empresas político-literarias conjuntas».[1198] Aprovechó esta oportunidad para pedirle a

Lassalle veinte libras que prometía reembolsarle desde Holanda antes del plazo acordado, o bien «llevar consigo y en persona a Berlín».[1199]

Entre aproximadamente el 16 de marzo y el 13 de abril de 1861 Karl estuvo con Lassalle en Berlín, una estancia que refirió con todo detalle a su prima holandesa, Antoinette Philips. Lassalle le brindó «una bienvenida en extremo amistosa» y en su casa conoció de inmediato a la condesa de Hatsfeldt, «quien, según me di cuenta al instante, cena cada día en casa de Lassalle a las cuatro de la tarde y pasa la tarde con él». Karl ofrecía una semblanza exhaustiva y no particularmente halagadora de su apariencia física, pero concedía que era «una dama muy refinada, no una literata aunque con un gran intelecto natural, muy vivaz, profundamente interesada en el movimiento revolucionario y con un *laissez aller* muy superior a las muecas pedantes de las *femmes d'esprit*».[1200]

La posibilidad de trabajar con Lassalle en un diario dependía de que a Karl le fuera devuelta la ciudadanía prusiana, puesto que, habiendo renunciado voluntariamente a ella, no quedaba cubierto por los términos de la amnistía. Lassalle intercedió vigorosamente ante los más altos cargos gubernamentales, y mientras discurrían las negociaciones, él y la condesa se encargaron de que Karl viera lo mejor que la ciudad podía ofrecer. Pero Karl no quedó muy impresionado: «El martes, al atardecer, Lassalle y la condesa me llevaron a un teatro berlinés donde se representaba una comedia berlinesa desbordante de exaltación prusiana, un asunto absolutamente repulsivo. El miércoles al atardecer me vi obligado por los dos a presenciar una función de ballet en la Ópera. Teníamos un palco para nosotros, al lado —*horribile dictu*— del “cubículo” real. El ballet es característico de Berlín y constituye, a diferencia de lo que pasa en París o Londres, un *entreju* o el final de una ópera, pero abarca la totalidad de la velada. [...] Es, de hecho, fatalmente aburrido».

Fue a la vez invitado de honor en una fiesta con cena que incluyó al general e historiador Von Pfuel, a Hofrath Förster y a Ludmilla Assing, la sobrina de Varnhagen von Ense y editora de la correspondencia de Varnhagen.[1201] La imagen que Karl ofrecía de Fräulein Assing, que estaba sentada a su lado, era gratuitamente maliciosa: «Esta Fräulein, que verdaderamente me abrumó con su benevolencia, es la criatura más fea que

he visto en mi vida, con una fisonomía desagradablemente judía, una nariz afilada y prominente con una eterna sonrisa, asintiendo todo el tiempo, hablando siempre en una especie de prosa poética, queriendo decir todo el tiempo algo extraordinario, jugando al falso entusiasmo y escupiendo a su auditorio en sus trances extáticos». Con todo, hubo momentos de auténtico relajo. Cuando, por ejemplo, buscó a su amigo de sus tiempos de estudiante, el orientalista Friedrich Köppen, y salió con él «de juerga dos veces, lo que fue un auténtico regalo para mí».[1202] Su intención última era quedarse en Berlín hasta que recibiera la contestación oficial a su petición de nacionalizarse.[1203]

Pero tuvo que irse antes de que hubiera ninguna resolución. Partió de Berlín en torno al 14 de abril e hizo la vuelta a Londres a través de Renania, quedándose dos días en Tréveris con su madre, quien resolvió algunas de las «cuentas pendientes» con su hijo.[1204] De allí siguió a Zaltbommel, donde la herencia de su tío le significó ciento cincuenta libras en efectivo para pagar a principios de mayo las cuentas que debía. El dinero era evidentemente la preocupación que lo abrumaba. De regreso en Londres, escribió a Lassalle que «las circunstancias en Estados Unidos» —queriendo decir con ello sus perspectivas de empleo— vendrán a implicar con toda probabilidad que, «aunque nada resulte de la empresa del diario, puede que vaya a Berlín por un semestre o algo así». Esto dependería de lo que resultara de su solicitud de nacionalidad pero, aun en ese caso, preferiría seguir en Londres: «Londres, NO PUEDO NEGARLO, posee una fascinación extraordinaria para mí, aunque hasta cierto punto llevo una vida de ermitaño en este lugar gigantesco».[1205]

El 18 de junio Karl recibió de la condesa Von Hatzfeldt la noticia de que su solicitud de nacionalidad había sido rechazada. Todo el plan había tenido un aire de irrealidad. Engels, cuya actitud ante Lassalle había sido desde un comienzo mucho más negativa, no tenía intención alguna de dejar su cargo en Manchester. Eso implicaría «graves pérdidas financieras» y «caer en los engranajes de la ley prusiana». También creía que las circunstancias «no estaban maduras para la creación de un periódico allí».[1206]

En cuanto a Jenny, simplemente le horrorizaba la idea. A principios de abril había escrito a Engels asegurándole que, a pesar de los rumores en

contra que circulaban en la prensa, «nunca se le había ocurrido a Karl que la familia pudiera trasladarse y vivir en Berlín». Era cierto que estaba interesado en volver a nacionalizarse pero, como admitía ella misma, no entendía por qué. Ni tampoco le tentaba mucho, a él, la posibilidad de crear un diario. «Vaya una empresa azarosa para Karl: un periódico, ¡y también en el terreno de la condesa!». Jenny sentía «escasa nostalgia de la patria, de la “querida”, amada y confiable Alemania» y, «¡en lo que respecta a las niñas, vaya! [...] La idea de dejar el país de su adorado Shakespeare las horroriza; se han vuelto inglesas hasta la médula y se aferran como lapas al suelo de Inglaterra».[1207]

La actitud de Karl seguía siendo un punto más errática. El 11 de junio escribió a Lassalle que, independientemente de que le devolvieran o no la nacionalidad prusiana, aún consideraba la opción de viajar a Berlín con su familia y un pasaporte extranjero y pasar allí el invierno. También animaba a Lassalle enviándole una opinión elogiosa de su última obra publicada, un estudio en dos tomos de la ley de herencia.[1208] Quizá aún creyera que una crisis en Prusia le permitiría dar a la vez con una nueva fuente de ingresos y recuperar algo de la preponderancia política de la que había gozado en 1848. Mientras estaba en Berlín, había asistido desde las gradas a una reunión de la Cámara Baja prusiana. Con pocas excepciones, era, como había dicho a Engels, «una reunión de pigmeos». Pero la situación política en Berlín no carecía de esperanzas: en los «círculos burgueses» había habido algún descontento por la exención tributaria a los terratenientes y la postura del ejército.[1209] Como le dijo a Antoinette Philips, «el estado de la cuestión aquí es la condición enfermiza de los poderes vigentes. El erario prusiano opera con déficit y todos los viejos partidos están en fase de disolución. Será preciso reelegir la Cámara de Diputados en esta legislatura y hay grandes probabilidades de que, en el proceso de reconstituirse, un gran movimiento se difunda por todo el país». También creía que «ese puede ser, como opina mi amigo Lassalle, el momento propicio para lanzar aquí, en la capital prusiana, un periódico. [...] No he llegado aún a ninguna decisión clara», concluía.[1210] Pese a la carta de la condesa, Karl aún creía en el mes de julio que el «caso Berlín» no «había llegado a una resolución definitiva» y que, durante el año siguiente, podría viajar con su

pasaporte disponible. Tras eso, «las cosas estarán quizá tan alteradas en Prusia que ya no querré su autorización».[1211]

Esas esperanzas eran, casi con seguridad, el fruto de sus angustias financieras. Fuera o no confiable, Lassalle era no solo su aliado más importante en Alemania, sino también uno de los pocos en situación de ayudarlo financieramente. De ahí el tono rayano en el pánico de su carta al propio Lassalle en abril de 1862. Pese a una promesa de un pronto reembolso que se remontaba a los meses previos a su visita a Berlín en 1861, aún no había sido capaz de reunir las diez libras adeudadas y ahora llamaba a la puerta un nuevo desastre. *The Tribune* había al fin despedido a todos sus corresponsales extranjeros: «Me hallo así, ahora mismo, en un vacío total. No tengo intención de contarte una historia de miserias de ningún tipo, pero es un milagro que no me haya vuelto *loco*. Si menciono este lío bestial, es sencillamente para que a mis restantes desgracias no se sume un malentendido contigo».[1212] Durante los meses siguientes, su desesperante situación financiera persistió, y fue el periodo en que Jenny planteó su deseo de estar ya, ella y las niñas, en la tumba. La brecha dejada por *The Tribune* se llenó en parte con artículos para el diario vienés *Die Presse* (*La Prensa*), pero el pago era escaso y solo una de cada tres colaboraciones, poco más o menos, era publicada. Además, las discrepancias políticas provocaron el fin del acuerdo y su última contribución vio la luz en noviembre.

La situación empeoró otro poco cuando Lassalle anunció su intención de visitar la Exposición Internacional en South Kensington y quedarse en casa de los Marx durante el verano de 1862.[1213] Tras haber sido tan obsequioso en su acogida del año anterior en Berlín, Karl no podía ser menos y quedar mal. Su respuesta a Lassalle fue desde luego la de acogerlo, postulando que, en términos políticos, eran «ciertamente pocos, y en ello radica nuestra fuerza», a la par que sugería de manera involuntaria el aislamiento que, en términos sociales, vivía la familia en su nuevo entorno suburbano: «Estaremos muy contentos de verte por aquí. Será un gran placer para mi familia, por no hablar de mí, pues rara vez nos topamos con un “ser humano”, ahora que todos mis conocidos ingleses, alemanes y franceses viven *fuera de Londres*».[1214] Las chicas estaban

particularmente deseosas de conocer a Lassalle tras recibir las finas capas que les enviara como obsequio desde Berlín, mientras que Jenny se declaró encantada con la impresión que esa nueva vestimenta de las chicas pudiera causar entre «los reaccionarios del vecindario, para granjearnos algo de respeto y credibilidad».[1215]

Pero hospedar a Lassalle fue una carga prácticamente insostenible para la vida familiar, en términos financieros y psicológicos. El invitado llegó el 9 de julio y sugirió de entrada que se quedaría varias semanas. «Para mantener ciertas *dehors* [apariencias] de cara al muchacho, mi esposa tuvo que empeñar todo lo que estuviera claveteado o atornillado.»[1216] Karl ya había escrito a Lassalle hablándole de la pérdida de sus ingresos procedentes de Estados Unidos, así que fue difícil encubrir la situación real de la familia. La respuesta bienintencionada de Lassalle resultó ofensiva. Karl escribió indignado que el invitado había tenido «la insolencia de preguntarme si estaría yo dispuesto a traspasar a una de mis hijas a *la* Hatzfeldt como “dama de compañía”». «El tipo me ha hecho perder el tiempo y, lo que es peor, el muy imbécil opinó que, puesto que no me hallo absorbido ahora mismo por mi “negocio” sino sencillamente por la labor teórica, bien podría matar el tiempo con él.» A medida que se calentaba con el tema, su sensación de agravio caía en lo que, para él, era la forma más baja de insulto racista: «Está muy claro para mí —como bien lo testimonian la forma de su cabeza y la forma en que le crece el cabello— que descende de los negros que acompañaban a Moisés en su huida de Egipto. [...] Lo muy inoportuno de su actitud es también muy propio de los negratos».[1217] En su propia *mémoire*, la descripción de Jenny venía erizada de sarcasmos: «La corona de laurel estaba aún marcada en su frente olímpica y su cráneo ambrosiano, o más bien en su cabello tieso y erizado, propio de un negro». Y también nos brinda ella misma una descripción memorable de su presencia en la casa: «Como traído por el viento irrumpió en nuestras habitaciones, perorando tan alto, gesticulando y alzando tanto la voz que nuestros vecinos se asustaron con el griterío y preguntaron qué pasaba. Era la lucha interior del “gran” hombre aflorando en disarmonías estridentes».[1218] La actitud maledicente de Karl y Jenny ante Lassalle se vio sin duda exacerbada, en 1862, por su condición financiera tan exasperante. Como

bien admitió Karl, «de no haber estado yo en esta situación abrumadora y molesto por la forma en que este advenedizo hacía ostentación de sus bolsas cargadas de dinero, me hubiera divertido muchísimo con él».[1219] Karl pensaba también que Lassalle había cambiado mucho desde que lo viera en Berlín. Había «enloquecido» bastante y le pareció intolerable tener que acoger su «charla incesante en su tono de falsete, los gestos de histrionismo esteticista, el tono dogmático». Le indignó saber que Lassalle, que había «perdido alegremente otros cinco mil táleros en un mal negocio especulativo», «prefería arrojar fácilmente su dinero por la borda antes que prestárselo a un amigo».[1220]

Cuando al final de su estancia Karl le contó sus apuros financieros, Lassalle le prestó quince libras y le adelantó otras sesenta, visto que Engels avalaba el préstamo. Karl aceptó el dinero pero reaccionó indignado cuando Lassalle insistió en contar con una garantía escrita de Engels y no hizo los arreglos requeridos para asegurar su reembolso. Lassalle le manifestó su molestia y también le reprochó a Karl no haberle enviado el ejemplar que le había prometido de *El sistema de economía política* de Wilhelm Roscher.[1221] En respuesta, Karl asumió su falta, ante el «encono» de Lassalle, y le ofreció una disculpa poco persuasiva por su comportamiento, pero de inmediato le reprochó no tener en cuenta su situación mental, parecida a la de «un hombre sentado en un barril de pólvora», que «no deseaba nada mejor que volarme los sesos». Esperaba que, a pesar de todo, su vieja relación «siga adelante sin problemas».[1222] De ahí en adelante, sin embargo, la correspondencia personal entre ambos cesó.

Había algo más en juego en esa ruptura que el histrionismo de Lassalle o la alarmante situación financiera de Karl. Hasta que fue a visitarlo, durante aquel verano de 1862, Lassalle no adquirió real conciencia de la distancia que lo separaba de Karl, tanto en política como en filosofía. Lo que había hecho aflorar sus discrepancias era el cambio en la situación de Prusia. En el invierno de 1861 Lassalle había viajado a Italia, donde había intentado convencer a Garibaldi de lanzar un ataque contra los austriacos, que esperaba provocara una situación revolucionaria en Alemania. El proyecto fue un fracaso, pero en diciembre de 1861, en las elecciones a la Asamblea prusiana, el Partido Constitucional fue derrotado por los

progresistas. El conflicto entre el Gobierno y la Asamblea sobre los impuestos y el papel del ejército llegó entonces a un punto crítico.

Lassalle pensaba que los progresistas eran demasiado tímidos para provocar una situación revolucionaria, al definir el conflicto como un choque entre la fuerza y el Derecho pero no tener ningún plan de acción. Según Lassalle, solo en un Estado de derecho podía haber una *apelación* al Derecho. En una interpretación cuasiacadémica del momento, argüía que la atención debía ponerse no en el papel de la Constitución, sino en la Constitución de verdad: en las relaciones de poder. Y marzo de 1848 había demostrado la fuerza mayor de la nación entera más que la del régimen y el ejército.^[1223] En la práctica esto significaba que la Asamblea debía desafiar al Gobierno por la vía de prorrogarse a sí misma de manera indefinida. En la primavera de 1862 llegó un punto más lejos, definiendo el sistema de votación a base de tres estratos sociales que aún regía en Prusia como un régimen burgués cuyos apoyos eran el libre mercado y la tributación indirecta. Pero argumentaba que la Revolución francesa había inaugurado una nueva era en la que la clase trabajadora estaba llamada a reorganizar la sociedad sobre bases nuevas. Y proseguía señalando que la auténtica misión del Estado no era, como creía la burguesía, actuar como un vigilante nocturno, sino conformar una unidad de todos los individuos en una totalidad de naturaleza ética.^[1224]

Igual que Karl, Lassalle había sido inspirado originalmente por Hegel, pero era siete años menor que Karl y, por tanto, no había presenciado gran parte de las radicales controversias mantenidas a mediados de la década de 1840 en torno a la concepción del Estado que enarbolaba el propio Hegel. En términos prácticos, esto venía a implicar que no creía, como Karl, que el Estado fuese un vástago de la sociedad burguesa. Como postulaba la *Filosofía del Derecho* de Hegel, Lassalle pensaba que la sociedad burguesa estaba subsumida en el Estado, entendido como el todo social, político y espiritual más vasto. El objetivo crucial era, entonces, transformar el carácter del Estado y perfeccionar así la sociedad. Un avance fundamental en la condición de los trabajadores provendría no de las prácticas de autoasistencia, del modo que proponían liberales como Schulze von Delitzsch, o ni siquiera a través de la actividad sindical. La mejora

fundamental solo podía venir de la actividad de un Estado transformado y edificado sobre el sufragio universal y capaz de sustituir los caprichos del mercado por la producción cooperativa asistida por el Estado.

Hasta que Lassalle no estuvo en casa de la familia Marx en julio de 1862 no se hizo patente el alcance de sus diferencias. En un determinado nivel, el programa de Lassalle representaba un compendio de la socialdemocracia radical tal y como existía en 1848. Como recordaba Karl, su programa vinculaba la demanda planteada por Buchez de asociaciones de productores al amparo del Estado, una demanda francesa que se remontaba a 1834, con la demanda cartista del sufragio universal masculino. Pero eso equivalía a ignorar las implicaciones singulares de ese programa en Prusia, pues, como apuntaba Karl, al hacer hincapié en el «carácter práctico» de su programa, el «Estado» se convertía, de hecho, en «el Estado prusiano». Según Karl, él le había «probado» a Lassalle el absurdo de «creer que el “Estado prusiano” podía ejercer una acción *socialista* directa».[1225] Ello habría implicado, como le escribió más tarde a Johann Baptist von Schweitzer, que Lassalle se viera forzado a hacer concesiones a la monarquía prusiana, a la reacción prusiana («el partido feudal») y hasta a «los sectores clericalistas».[1226] Según Karl, «todo esto se lo predije a Lassalle cuando vino a Londres en 1862 y me pidió que me pusiera, con él, a la cabeza del nuevo movimiento». Pero como le indicó al doctor Kugelmann, que era uno de sus partidarios, «en cuanto se convenció en Londres (a fines de 1862) de que *conmigo* no lograría hacer su juego, resolvió actuar como “dictador obrero” *contra mí* y contra el viejo partido».[1227]

En mayo de 1863, gracias a la inspirada campaña de Lassalle, entró en escena un partido independiente de los trabajadores, la Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein (Asociación General de Trabajadores Alemanes, de aquí en adelante la ADAV). Karl y Engels reiteraron la postura que habían adoptado en 1848. En un ensayo titulado «La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán», Engels argumentó que el conflicto constitucional entre los liberales y el Gobierno, ahora liderado por Bismarck, era solo una manifestación adicional de la lucha entre feudalismo aristocrático y liberalismo burgués. La ADAV debía impulsar a los liberales

a ir en vanguardia en la oposición al Gobierno y solo después volverse contra esas fuerzas burguesas, una vez que el feudalismo hubiera sido finalmente derrotado.[\[1228\]](#)

Lassalle adoptó, como contrapartida, una estrategia antiliberal centrada en la renuencia de los liberales a desafiar al Gobierno y su rechazo a apoyar el sufragio de los trabajadores manuales. El voto masculino, la principal demanda de la nueva Asociación, rebajaba claramente los objetivos del movimiento constitucional, pero a la vez sugería la posibilidad inquietante de una alianza implícita entre la Corona y los trabajadores en contra de la clase media. Karl asistió al éxito de Lassalle con una mezcla de admiración, irritación y desconfianza. Liebknecht advirtió a Karl sobre la vanidad de Lassalle y el peligro de mantenerse excesivamente próximo a él.[\[1229\]](#) Karl coincidió con la cautela sugerida por Liebknecht: «Aunque consideremos un asunto de política contingente darle rienda suelta por ahora a Lassalle, no podemos identificarnos con él en ningún sentido».[\[1230\]](#)

La actitud de Karl ante Lassalle había oscilado hasta entonces entre la paranoia y la admiración renuente, pero cuando a principios de septiembre de 1864 Freiligrath fue a comunicarle que Lassalle había muerto a causa de una peritonitis resultante de un duelo, quedó hondamente impactado. Sin importar lo muy maliciosas que sus acotaciones hubieran sido respecto a Lassalle, admitió ante Engels que «en los últimos días he estado condenadamente obsesionado con la mala suerte de Lassalle». Era «el mayor rival entre todos nuestros rivales. [...] Cuesta creer que una persona tan ruidosa, tan TURBULENTA, tan EMPRENDEDORA esté muerta», continuaba. Y se lamentaba de que su relación se hubiera «ensombrecido en años recientes», aunque «la culpa de ello fue suya».[\[1231\]](#) En su carta de condolencias a Sophie von Hatzfeldt se lamentaba por haber perdido el contacto con Lassalle en los últimos años y, haciendo gala de su diplomacia, lo atribuía a las consecuencias de su enfermedad, «que duró casi un año y de la que solo me he visto liberado hace unos pocos días».[\[1232\]](#) Pero la desconfianza no desapareció. Las relaciones iniciales con Johann von Schweitzer, editor de *Der Sozial-Demokrat* (*El Socialdemócrata*) y sucesor en la práctica de Lassalle, fueron cordiales. La revista publicó una traducción del discurso inaugural de Karl ante la AIT y

un obituario en homenaje a Proudhon. Pero a finales de enero de 1865 Karl y Engels concluyeron que sus peores sospechas se veían confirmadas. Basándose en un informe de Liebknecht de que Lassalle había planeado respaldar la anexión de Schleswig-Holstein por Bismarck a cambio de la introducción del sufragio universal, Karl escribió que «ahora sabemos que Izzy [Lassalle] planeaba vender el partido de los trabajadores a Bismarck». A las pocas semanas él y Engels suspendieron su colaboración con *Der Sozial-Demokrat* y redactaron una carta denunciando el «socialismo gubernamental prusiano de inspiración monárquica».[1233] Schweitzer replicó que, aun cuando estaba encantado de seguir a Karl en materias teóricas, no estaba dispuesto a aceptar sus instrucciones en asuntos prácticos.[1234]

La ruptura con Lassalle y su nuevo partido, seguida de la muerte repentina de Lassalle, profundizó la sensación de aislamiento de Karl, que se vio exacerbada aún más con su conciencia de que la generación de 1848 tendía a desaparecer de la escena. «Nuestras filas se van despoblando de manera endémica —se lamentaba— y no hay refuerzos a la vista».[1235]

EL INTERNACIONALISMO Y LA NUEVA POLÍTICA DE LA DÉCADA DE 1860

La renuencia a descartar sus esperanzas iniciales hizo a Karl subestimar, en principio, la importancia de las nuevas formas que adoptaban los movimientos sociales y políticos aparecidos en la década de 1860. Solo cuando estuvo de acuerdo en participar en la AIT adquirió plena conciencia, no solo de que la vida política había despertado nuevamente en Gran Bretaña, Europa y Norteamérica tras dos o tres lustros de aquiescencia política, sino de que su naturaleza y ambiciones eran significativamente distintas a las de 1848.

La manifestación más conspicua del nuevo clima político de dicha década radicaba en el apoyo generalizado y entusiasta a las luchas de los pueblos oprimidos en pro de su libertad e independencia y contra los *ancien régimes* de Europa, especialmente Rusia y Austria. Siendo una causa que se remontaba a principios de siglo, ese ardiente internacionalismo republicano

—inspirado en la idea del sacrificio y un *ethos* heroico— iba a ser la más seria alternativa al internacionalismo de clase perfilado por la visión de Karl en la Internacional.

Los orígenes del internacionalismo, como una dimensión de la política radical, se remitían a la transformación del sistema vigente de estados europeos durante la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. Lo más relevante había sido la forma en que Napoleón difundió la promesa de la revolución a lo largo y ancho de Europa. A consecuencia de ello, se había comenzado a pensar en los estados no ya en términos dinásticos, sino como naciones reales o en potencia. Los ejércitos napoleónicos habían sido responsables de transmitir un ideal internacionalista en el que la gestación de la república como encarnación de un pueblo libre y democrático era el destino de cada nación. Como muy bien lo había resumido Madame de Staël, Napoleón era «el Robespierre a caballo».

La fuerza tan persistente de este *ethos* republicano después de 1815 quedó clara con las conspiraciones y revueltas dirigidas contra la Europa restaurada de la Santa Alianza. La rebelión contra el dominio español redundó en la formación de repúblicas nuevas en toda América Latina, mientras que la guerra de independencia griega contra los otomanos acabó triunfando en 1832. En la década de 1820 hubo a la vez intentos de derrocar regímenes legitimistas en España, Nápoles, el Piamonte y Rusia. En Francia e Italia los Carbonari, una sociedad secreta abocada al derrocamiento de los Borbones y la anulación del Congreso de Viena, se involucraron en una serie de complots, el más famoso de los cuales, el de los «Cuatro sargentos de La Rochelle» en 1822, impulsó al joven Auguste Blanqui a dedicar el resto de su vida a la lucha revolucionaria.[\[1236\]](#)

Muchos de los líderes de estos complots y conspiraciones tempranos habían servido en la *Grande Armée* de Napoleón, no solo en Francia y España, sino también en Polonia, donde el alzamiento de noviembre de 1830 fue liderado por veteranos napoleónicos. A medida que se sucedían las conspiraciones y levantamientos, más y más conglomerados de activistas se veían forzados a emigrar de su tierra. La cifra de exiliados políticos comenzó a aumentar. Establecidos principalmente en las grandes capitales, viviendo al día y generalmente carentes de un empleo fijo, esos

exiliados conformaban grupos inestables y volátiles, muchos de los cuales estaban deseosos de luchar por la república dondequiera que esa batalla se diese. Por la época de la Revolución de Julio, en 1830, se estimaba que había más de cinco mil refugiados políticos en París. Ludwig Börne, un crítico radical de la habitual pasividad germana que llegó a París justo después de la Revolución, advertía en la escena la presencia de «ingleses, gente de los Países Bajos, españoles, portugueses, indios, polacos, griegos, estadounidenses, incluso negros, todos menos los alemanes», que «peleaban por la libertad de Francia, vista sin duda como la libertad de todos los pueblos».[1237] Fue con esos activistas con los que Godefroi Cavaignac pudo conformar su «batallón sagrado» de seiscientos hombres para luchar por la consecución de una República belga en 1830.

En las dos décadas que siguieron a 1830 Mazzini y otros líderes replantearon el republicanismo hasta cierto punto embrionario de la década de 1820 y lo convirtieron en formas diversas de ese internacionalismo que buscaba la consolidación de una Europa conformada por repúblicas libres. En el caso de Mazzini, la lucha por la república fue concebida como un movimiento providencial conducente a «una Santa Alianza de los Pueblos».[1238] El énfasis estaba puesto en el voluntarismo. Aun entre quienes no compartían la concepción sagrada de Mazzini de «los deberes del hombre», el logro de la república estaba asociado a un acto de voluntad. El propósito declarado de su líder era organizar «no el pensamiento, sino la acción». La acción se identificaba, a su vez, con la práctica activa de la virtud. En conformidad con el juramento prestado por los miembros de la Italia Joven de Mazzini, «la virtud consiste en acción y sacrificio».[1239]

Para 1848 el entusiasmo a favor de la república se había difundido también a los más de siete mil alemanes residentes en París, un surtido de exiliados políticos y artesanos inmigrantes. Con gente de este grupo, el poeta republicano y una vez amigo de Karl, Georg Herwegh, reunió una legión mal organizada de voluntarios que cruzaron el Rin a la altura de Estrasburgo para unirse al alzamiento en Baden y proclamar la República alemana. Como Karl advirtió en la época, la expedición resultó un desastre y la legión fue dispersada en su primer encuentro con las tropas de Württemberg a finales de abril.[1240]

En la propia Alemania el republicanismo causaba poco impacto en 1848.[\[1241\]](#) La imagen heroica de la república estaba asociada más bien a los polacos, los húngaros e italianos. El ejemplo más impresionante era el de la República romana, proclamada después de que el papa Pío IX huyera de Roma en febrero de 1849. Regida por un «triunvirato» que incluía a Mazzini, fue prontamente atacada por las potencias católicas de Europa — en respuesta a un llamamiento del pontífice—, los austriacos por el norte y los napolitanos por el sur. Más impactante fue la fuerza invasora enviada por Francia, supuestamente una república hermana. La República romana recibió el apoyo de incontables voluntarios de Italia y otros lugares, pero sucumbió al final a las tropas francesas, pese a la resistencia organizada por Garibaldi.

En la década de 1850 Garibaldi prosiguió su andadura como un héroe de proyecciones internacionales. Tras un breve interregno como capitán marino, incluida una famosa visita en 1854 a Tyneside, en 1859 se involucró activamente en la segunda guerra italiana por la independencia. En abril de 1860 hubo alzamientos en Messina y Palermo. Garibaldi y sus «mil» voluntarios desembarcaron en Sicilia y, tras algunas batallas muy arduas, tuvieron éxito en incorporar Nápoles y Sicilia al nuevo Reino de Italia. Aunque se vio obligado a comprometer su ideal republicano al reconocer a la monarquía piemontesa, Garibaldi encarnaba en muchos sentidos el ideal internacionalista y heroico de la república, tal y como había evolucionado desde los primeros años del siglo. Combatió no solo en Italia y Sudamérica, sino también, diez años después, por la República francesa, cuando junto a una fuerza de *francs-tireurs* montó en los Vosgos un foco de resistencia a los prusianos tras la derrota de Bonaparte en la guerra franco-prusiana. Como escribió en su *Autobiografía*, «el hombre que defiende su propio país o ataca el país de otros no es más que un soldado, digno de alabanza en el primer caso, injusto en el segundo; pero [...] el hombre que, volviéndose cosmopolita, adopta el otro país como propio y acude a brindar su espada y su sangre a cada pueblo que lucha contra la tiranía, es mucho más que un soldado: es un héroe».[\[1242\]](#)

En Gran Bretaña las hazañas «heroicas» de esos «mil» voluntarios hicieron presa del imaginario popular y, de 1863 en adelante, el entusiasmo

por los acontecimientos políticos que se desarrollaban en Europa y el resto del mundo alcanzó niveles sin precedentes. Karl seguía mostrándose suspicaz o directamente hostil ante las luchas nacionales o internacionales, salvo allí donde propiciaban su propia idea de la revolución. Las revueltas en Polonia e Irlanda podían contribuir a desestabilizar a Rusia y Gran Bretaña, pero consideraba menores las revueltas en Italia, España y otros territorios eslavos, especialmente cuando fueron lideradas por un siberiano retornado del exilio: Mijaíl Bakunin.

Esa desconfianza no hallaba eco en el sentir popular. En las secuelas de 1848, inspirados por la presencia en Londres de líderes exiliados de las naciones oprimidas como Mazzini o Kossuth, los republicanos, demócratas, socialistas y muchos liberales consideraban que radicalismo e internacionalismo iban de la mano.^[1243] Cuando en la primavera de 1864 Garibaldi, el héroe del *Risorgimento*, visitó Londres, medio millón de personas salió a las calles para conocerlo y un desfile masivo de los sindicatos lo escoltó al entrar en la ciudad. La respuesta a Garibaldi era expresión de un resurgir general del interés por la política y de un sentimiento de solidaridad con las naciones oprimidas. Garibaldi era aclamado no solo como el líder de una nación, sino a la vez como un «hombre del pueblo», y ese apoyo se transformó enseguida en una campaña de protesta, cuando quedó claro que un «Gobierno aristocrático» había hecho empeños por impedirle una gira por las provincias.^[1244] Esta denuncia fue uno de los factores que provocaron la campaña de reforma del sufragio, un movimiento que cobró plena fuerza con la creación en 1865 de la Liga por la Reforma.

El resurgir de un sentimiento progresista en 1863 fue también respuesta a la proclama del presidente Lincoln aboliendo la esclavitud en Estados Unidos a principios de ese año.^[1245] En reacción a la sospecha de que en los círculos ministeriales, aristocráticos y empresariales podía haber un apoyo a la tenencia de esclavos en el sur confederado, se formó un movimiento bajo el liderazgo de John Bright en apoyo del norte democrático. Los líderes sindicales fueron de nuevo prominentes en este movimiento, como lo habían sido en la campaña de bienvenida a Garibaldi. Karl declaró más tarde que «un mitin monstruoso» en Saint James's Hall,

presidido por Bright, había «impedido que Palmerston le declarara la guerra a Estados Unidos, algo que estaba en un brete de hacer». En el hogar de los Marx, la hija menor, Eleanor, por entonces de diez años, le escribió a Lincoln autonombrándose su asesora política.[\[1246\]](#)

En los primeros meses de 1863 hubo un alzamiento en Polonia contra el dominio ruso. Entre los radicales, la revuelta revivió una preocupación por la situación de ese país que se remontaba a la rebelión de 1830 y a las declaraciones de los Demócratas Fraternales en los años previos a 1848. Junto a la popularidad del *Risorgimento* y el entusiasmo por Lincoln, la revuelta polaca vino a intensificar las inquietudes internacionalistas de los trabajadores políticamente comprometidos y los radicales de clase media, tanto en Inglaterra como en Francia.

A raíz de los eventos en Polonia la visita originalmente inocua y con apoyo oficial de los trabajadores galos a la Exposición Internacional de 1862 rindió inesperados frutos. Cuando la delegación francesa ya había llegado, fue invitada a un té al atardecer por el comité de *Working Man*, una revista asociada al movimiento cooperativo. Convocada bajo los auspicios de Shaftesbury y Palmerston, la reunión no tenía otro sentido que constituir un gesto de interés cultural y filantrópico pero, aunque sus patrocinadores no lo sabían, incluyó a los trabajadores franceses más radicalizados y a los refugiados políticos —Tolain, Fribourg, Talandier y Bocquet—, quienes serían miembros activos de la futura Internacional. Igualmente, por parte inglesa, la reunión incluyó a G. E. Harris y Charles Murray, seguidores de la política feminista-cartista de Bronterre O'Brien. Durante la reunión, uno de los refugiados franceses, Bocquet, había propuesto que debía formarse «un comité análogo en Londres con el objetivo de intercambiar ideas con los trabajadores de Francia».[\[1247\]](#) En 1862 no había razón alguna para presumir que la propuesta tendría alguna consecuencia política.

Pero la significación de ese comité se vio transformada por el estallido de la revuelta polaca contra el dominio zarista a principios de 1863. Tras un intercambio postal entre los trabajadores ingleses y franceses, se convocó un mitin masivo en apoyo a los polacos en Saint James's Hall el 22 de julio de ese año. A él asistió una delegación de cinco miembros del Comité Polaco de Trabajadores Parisinos. Al día siguiente los trabajadores ingleses

y franceses se encontraron en Bell Inn y acordaron lanzar una campaña conjunta a favor de Polonia. El 5 de agosto esto redundó en la fundación de la Liga Nacional por la Independencia de Polonia, junto a un discurso a los trabajadores franceses redactado por George Odger, el presidente del Consejo Sindical de Londres. Una arenga que llamaba «a unirse a los representantes de Francia, Italia, Alemania, Polonia, Inglaterra y todos los países donde existiera la voluntad de cooperar por el bien de la humanidad».

La Liga Nacional representó un momento relevante en el resurgimiento de un movimiento independiente de trabajadores políticamente comprometidos. Como parte de su campaña de agitación, una delegación de trabajadores de Tower Hamlets se reunió con Palmerston y lo urgió, de ser necesario, a librar una guerra contra Rusia en apoyo de la «nacionalidad hoy oprimida» en Polonia. Igualmente, en la reunión de julio, George Odger declaró que «si el Gobierno no actúa en la materia, es deber del pueblo trabajador del país convocar a los suyos a adoptar un papel más activo en todo el asunto».[1248] La Liga recurría al apoyo de los antiguos cartistas, los principales sindicalistas y activistas radicales de clase media, incluidos John Stuart Mill y Frederic Harrison.

El tema de la cooperación internacional volvió a plantearse en abril de 1864, en una reunión del Comité Garibaldi de Trabajadores Ingleses, cuyos miembros también pertenecían a la Liga Nacional, y de nuevo incluyó a una delegación de trabajadores franceses. Allí se propuso que se celebrara un «congreso de trabajadores continentales e ingleses» en Londres, y el 27 de agosto la *Beehive*, la revista del Consejo Sindical de Londres, anunciaba que el siguiente 28 de septiembre tendría lugar esa reunión internacional, la primera de lo que habría de convertirse en la AIT. Alrededor del 19 de septiembre Karl fue invitado a la reunión como representante de Alemania. Se le pidió además que escogiera a un trabajador alemán para invitarlo y él propuso a su viejo aliado y antiguo miembro de la Liga Comunista, el sastre Johann Georg Eccarius.

La atestada reunión se celebró puntualmente en Saint Martin's Hall, Long Acre, y a ella asistió una delegación de París encabezada por el grabador Henri Tolain. Karl estuvo entre los elegidos para el Consejo

General pero, ya fuese por su mala salud o por la preocupación por su propia labor, le llevó semanas comenzar a apreciar en plenitud la importancia potencial de la Asociación. Habiendo sido elegido para el Consejo General y designado a la vez para el subcomité responsable de redactar una «Declaración de Principios» y normas provisionales, fue incapaz de asistir a la próxima reunión del Consejo General o a las primeras dos reuniones del subcomité. Solo cuando Eccarius le advirtió que era un riesgo seguir dilatando su aparición, citando para ello a Livy, «un caso de *periculum in mora*» (peligro en la demora), Karl resolvió asistir al subcomité.

Ya a principios de noviembre escribió a Engels con gran entusiasmo por lo ocurrido. La reunión del 28 de septiembre había estado «llena a reventar». Era un indicio, según Karl, de que «hay evidentemente un resurgimiento de la clase trabajadora» y «supe que esta vez apareció “la gente que verdaderamente cuenta”, tanto de Londres como de París, por lo cual resolví dejar de lado mi regla habitual de DECLINAR TALES INVITACIONES».[[1249](#)]

LAS ENTIDADES SINDICALES Y LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

Esa «gente que verdaderamente cuenta» eran los sindicalistas. Lo que diferenció a la AIT de otras asociaciones internacionales anteriores, como la de los Demócratas Fraternales, fue la presencia y participación de los líderes de las mayores entidades sindicales de Londres. La radicación de la Internacional en Londres en la década de 1860 no fue fruto de la gran concentración de exiliados políticos residentes en la ciudad, aunque esto ayudó a convertir la capital británica en una opción evidente para sus reuniones. Ni fue tampoco la reputación liberal de Gran Bretaña. Fue la consecuencia del resurgimiento de nuevas formas de sindicalismo que habían aparecido en Londres en la década previa. La incubación de la AIT se debió a las ambiciones crecientes de las nuevas entidades sindicales

londinenses, siendo ellas las responsables del incremento en la producción de Gran Bretaña y otros sitios después de 1848.

Entre 1850 y 1890 la producción industrial mundial se cuadruplicó y el comercio mundial se multiplicó por seis.[\[1250\]](#) Los aspectos más llamativos de este incremento se dieron en el crecimiento de la red ferroviaria, los barcos a vapor, la minería del carbón y las pequeñas ciudades fabriles. Pero también hubo cambios impactantes en las grandes ciudades, cuya acelerada expansión se vio marcada por el *boom* inmobiliario de las décadas de 1850 y 1860. Kentish Town, donde la familia Marx se instaló en cierto momento, era una de las nuevas áreas residenciales desarrolladas durante ese auge inmobiliario.

Y este se produjo junto a cambios aún más impresionantes en la producción de bienes de consumo. En las áreas del vestuario, calzado y mobiliario del hogar, al igual que en la edificación, ocurrió una revolución tecnológica durante la década de 1850. La invención de la máquina de coser en 1846 y de la sierra de cinta en 1858, y la introducción del corte y confección a gran escala a partir de 1850, proveyó las bases para el despegue de la industria de ropa confeccionada. La aplicación de la máquina de coser a la confección de zapatos en 1857 eliminó el embotellamiento en la producción que imponía el calzado hecho a mano. Al mismo tiempo, el uso de la propulsión a vapor en los aserraderos, ayudado por la utilización de maquinaria para trabajar la madera introducida desde finales de la década de 1840, aceleró en gran medida la producción mobiliaria. En el área de la construcción, la fabricación mecanizada de ladrillos, la cerrajería y otras innovaciones aceleraron de un modo similar el ritmo de producción.[\[1251\]](#)

Las tensiones que estos cambios generaron en el ritmo de trabajo, y la pérdida concomitante del control sobre dicho trabajo, llegaron a un punto crítico en 1859 entre los sindicatos de la construcción londinenses. Ese año los trabajadores metropolitanos del sector inmobiliario exigieron una jornada laboral de un máximo de nueve horas. Entonces los empleadores exigieron que los trabajadores firmaran un «documento» desautorizando a los sindicatos. La negativa a aceptarlo condujo a un cierre patronal de seis meses, que involucró a veinticuatro mil albañiles, estucadores, carpinteros y

peones. Los huelguistas apelaron al apoyo financiero de todo el país y, en respuesta, los representantes de otros sindicatos de Londres organizaron la ayuda a nivel nacional. La lucha terminó en empate. Los trabajadores retiraron su demanda de la jornada de nueve horas y los empleadores hicieron lo propio con su «documento».

Una de las razones por las que los trabajadores del sector inmobiliario habían sido capaces de sobrevivir sin capitular al cierre patronal fue el apoyo financiero sustancial (tres mil libras esterlinas) que recibieron de la Amalgamated Society of Engineers (Sociedad Unificada de Ingenieros, en adelante SUI). Este fue otro logro novedoso de la era poscartista. La SUI, fundada en 1850, encarnaba una nueva modalidad de sindicalismo. En lugar de las prácticas tradicionales de entidades sindicales reducidas y de ámbito local, la SUI se constituyó en una organización de alcance nacional, con veintiún mil miembros en sus filas. Contaba con una organización financiera centralizada y solucionaba las disputas según directrices estrictas y acordadas a nivel nacional. Los restantes sindicatos londinenses reformaron sus propias asociaciones sindicales siguiendo los planteamientos de los ingenieros. Mientras George Howell reorganizó la Operative Bricklayers' Society (Sociedad de Operadores de Albañilería), Randall Cremer y Robert Applegarth transformaron a los carpinteros en un sindicato «unificado» de cobertura nacional, cuya afiliación subió de 949 a 10.475 socios entre 1862 y 1871, contando con 207 filiales en total. Este «nuevo modelo de sindicato» fue capaz de brindar mayores beneficios a sus miembros. Su posición negociadora se vio enormemente fortalecida tanto por sus dimensiones como por la efectividad de su organización.[\[1252\]](#) Era el motivo por el cual, en los términos de Karl, sus líderes eran «la gente que verdaderamente cuenta».

La experiencia de la huelga condujo a los líderes de los sindicatos londinenses a considerar que eran necesarias formas nuevas y mejor coordinadas de organización laboral. En 1860 los representantes de los sindicatos de Londres constituyeron una entidad permanente, el London Trades Council (Consejo Sindical de Londres), cuyos integrantes incluían a una nueva generación de líderes sindicales: George Howell por parte de los albañiles, George Odger por los zapateros del West London, Randall

Cremer por los carpinteros y, un poco más tarde, Robert Applegarth, también por los carpinteros. Tales hombres, a quienes Sidney y Beatrice Webb designarían como «la Junta», (3) habrían de convertirse muy pronto en figuras señeras dentro de los movimientos de protesta por la guerra civil en Estados Unidos, y en Italia y Polonia.[1253] Alentaron la formación de consejos sindicales en otras ciudades y, en 1868, fundaron el Congreso de Sindicatos con la ambición de lograr avances en la política y objetivos sociales de la fuerza laboral. Todo esto quedó registrado en 1861 en la declaración de propósitos del Consejo Sindical de Londres, consistentes en «velar por el interés general de la fuerza de trabajo, en lo político y lo social, dentro y fuera del Parlamento; [y] emplear su influencia en apoyo de cualquier medida que tuviera beneficios probables para los sindicatos».[1254]

El Consejo podía recomendar su ayuda en huelgas específicas, convocar a los delegados y hacer pronunciamientos sobre asuntos de interés público. Su primer secretario fue George Howell, entre 1861 y 1862, sucedido por George Odger, que fue secretario hasta 1871.

Fueron los líderes sindicales quienes dieron a luz a la AIT. Fue el «Discurso a las clases trabajadores francesas», redactado por Odger y firmado conjuntamente por Cremer y otros, el que condujo a la fundación de la Internacional. En el «Discurso», publicado en *Beehive* el 5 de diciembre de 1863, se decía: «Se hace claramente necesaria una solidaridad de los pueblos a favor de la causa del trabajo, pues vemos que, cada vez que intentamos mejorar nuestras condiciones sociales por la vía de reducir las horas de trabajo o de subir el precio del trabajo, nuestros empleadores amenazan con traer franceses, belgas y otros ciudadanos para que hagan nuestro trabajo a un salario reducido». Todo ello había sido el fruto de «un anhelo de que haya comunicaciones regulares y sistemáticas entre las clases trabajadoras de todos los países, lo que esperamos ocurra en breve».[1255]

Igualmente, fue la carta abierta de George Odger a los sindicatos llamándolos al activismo en pro del sufragio, lo que llevó a la formación de la «Asociación del voto masculino y en pro de un voto por un voto», precursora de la Liga por la Reforma.

Los creadores de la AIT no hacían una distinción clara entre los objetivos económicos y políticos. Estaban tan inspirados como otros radicales por los movimientos republicanos internacionalistas. Así, su «primer esfuerzo unido» fue a favor de «la libertad de Polonia». Para Howell, Garibaldi era «un ídolo», y él y Cremer eran, a principios de la década de 1860, amigos de Mazzini. En el mitin fundacional de la Internacional, Odger pulsó igualmente una cuerda «mazzinista». Los trabajadores debían liderar una campaña en pro de una política exterior basada en la moralidad y la justicia y encabezar una alianza de los pueblos oprimidos —italianos, húngaros y polacos— contra Austria y Rusia.[\[1256\]](#) A nivel local, «la emancipación de las grandes masas había de ser el primer objetivo de la filial inglesa». Fue, de hecho, el objetivo establecido en la Ley de Reforma de 1867.[\[1257\]](#)

En la esfera económica, el objetivo de la Asociación era también grandilocuente. Su propósito no era pura y simplemente combatir el empleo de la fuerza laboral de la Europa continental como esquirols o rompehuelgas, un nuevo fenómeno resultante de la expansión mercantil y la facilidad creciente en los transportes entre Gran Bretaña y el continente.[\[1258\]](#) Los líderes del Consejo Sindical veían la práctica de los esquirols como el síntoma de una disparidad más profunda entre las condiciones de la fuerza laboral en Gran Bretaña y el resto de Europa. Por tanto, el objetivo fundamental de la AIT, tal y como fue concebida por los líderes del Consejo Sindical Inglés, era extender los beneficios de la legislación social británica (limitación de las horas de trabajo, restricciones al empleo juvenil) y los logros del nuevo modelo de sindicalismo «unificado» a las demás naciones de Europa y al resto del mundo.[\[1259\]](#)

La AIT era heterogénea en su organización interna y diversa en lo ideológico. Estaba regida por un Consejo General compuesto en su mayoría por ingleses: veintisiete representantes de un total de treinta y cuatro.[\[1260\]](#) En cambio, cada filial nacional, salvo la inglesa, estaba representada en el Consejo General; Karl y Eccarius habrían de representar a Alemania. La Asociación publicó un «Manifiesto inaugural» y unas «Normas provisionales» en noviembre de 1864. Sus fines generales eran promover la hermandad y el fin de la guerra.[\[1261\]](#) Sin embargo, la Asociación era, y

continuó siendo, una institución muy frágil. En contraposición a los rumores que circulaban en la época, prácticamente carecía de recursos y fue en algún momento desalojada de su sede por el impago del alquiler. Además, la pertenencia a ella a través de la afiliación era puramente nominal. Según George Howell, «todo el sistema de “afiliación”, es decir, la práctica de integrarse en una entidad o asociación, consistía sencillamente en la simple conformidad con ciertas premisas vagas surgidas de una resolución formal, el eje de la cual era la necesidad apremiante de una asociación que debía incluir a los trabajadores de todos los países». Por tanto, aun cuando se informaba de que el Consejo había recibido dieciocho mil adhesiones, los miembros que efectivamente cotizaban en Inglaterra no superaban los quinientos. Había más en Francia, Bélgica y Suiza, «pero en ningún país las cifras eran excepcionales».[1262] El Consejo General se reunía semanalmente en Greek Street, en el Soho, y su función primordial era aceptar las nuevas afiliaciones, ya fueran individuales o de otras asociaciones. La otra tarea del Consejo General era preparar los congresos anuales, que votaban sobre asuntos de política general. Karl desempeñó un papel relevante en la preparación de la agenda de cada congreso, pero solo asistió al de La Haya en 1872.

En una reunión preliminar celebrada en Londres en septiembre de 1865, la tarea consistió en preparar la agenda para el primer congreso, a desarrollarse en Ginebra en septiembre de 1866. El tema fundamental, que afloró allí y de nuevo en Ginebra, fue el de Polonia. Los franceses y los belgas no consideraban que la cuestión de Polonia fuese relevante para una conferencia «económica», ni quedaron conformes con la condena específica de la tiranía rusa; si había que aprobar alguna resolución, debía ser contra la tiranía en un sentido amplio. La cuestión se resolvió con una enmienda consensuada.

No es sorprendente que los sesenta delegados llegados a Ginebra procedieran fundamentalmente de Francia y Suiza. Aun así, pese a alguna oposición francesa a la intervención estatal, el congreso aprobó cierto número de resoluciones en concordancia con los fines de los sindicalistas ingleses y, en lugar destacado, la demanda de una jornada laboral de ocho horas y restricciones al trabajo juvenil. El sindicalista inglés Randall

Cremer rechazó una demanda francesa, propuesta por Tolain, para que solo fueran admitidos trabajadores como delegados a los congresos, pero se aprobó otra moción recomendando la prohibición del trabajo femenino.

En septiembre de 1867 se celebró un segundo congreso en Lausana. Una vez más, hubo una gran presencia francesa, pese a que, como había ocurrido el año anterior, las autoridades asediaban a los delegados de Francia. En Inglaterra la atención de los miembros del Consejo General estaba puesta en la agitación a favor de la Ley de Reforma, mientras Karl estaba ocupado en la publicación de *El capital*. Pero todo ello no llegó a impedir un mayor interés internacional en el congreso de 1867. La batalla por la reforma en Inglaterra y una serie de huelgas relevantes en Europa — los orfebres del bronce en Francia, el sector inmobiliario en Ginebra, los trabajadores de la seda en Basilea— hicieron que la atención internacional se enfocara de manera creciente en las aspiraciones de la clase trabajadora. Los procedimientos del congreso en Lausana fueron recogidos en *The Times* y reproducidos en el resto de la prensa europea. Un editorial de *The Times* planteaba que «será ni más ni menos que un mundo nuevo, verdaderamente lo creemos, cuando ingleses y extranjeros aprendan a trabajar mancomunadamente». Otras treinta y tres asociaciones se afiliaron a la Internacional y, para la primavera de 1868, su número alcanzaba un total de ciento veinte.

El congreso estuvo dominado por dos temas. El primero era la propiedad social. Los delegados belgas hicieron propuestas relativas a la responsabilidad estatal en la educación y la propiedad de los ferrocarriles, pero los franceses las rechazaron o introdujeron enmiendas. La cuestión de la propiedad de la tierra, si debía ser básicamente propiedad campesina o socializada, fue otra discrepancia entre franceses y belgas que quedó pospuesta para el próximo congreso.

El segundo tema planteado en Lausana fue la relación de la Internacional con la Liga por la Paz y la Libertad, cuyo congreso fundacional se celebró en la vecina Ginebra. La Liga tenía el aval de John Stuart Mill, Victor Hugo, Giuseppe Garibaldi, Louis Blanc, Alexander Herzen, Mijaíl Bakunin y otros. Seis mil adherentes asistieron al congreso y diez mil personas en toda Europa habían firmado una petición que

promovía sus objetivos. La Liga había cambiado la fecha de inicio de su congreso para que los delegados enviados a Lausana pudieran asistir a ella. El 13 de agosto de 1867, en una reunión del Consejo General, Karl había argumentado que, aun cuando «era deseable que tantos delegados como fuera conveniente asistieran al Congreso por la Paz a título individual [...], sería poco sensato que tomaran parte oficialmente en él como representantes de la Asociación Internacional. El Congreso Internacional de Trabajadores era en sí mismo un Congreso por la Paz, en la medida en que la unidad de las clases trabajadoras de los diferentes países haría imposible, en última instancia, las guerras».[1263] En Lausana la mayoría de los delegados propició la cooperación con la Liga, pero añadió una moción sugerida por Tolain de que solo era posible detener la guerra mediante la consecución de un nuevo sistema social, basado en la distribución justa de la riqueza. Esto no disminuyó el entusiasmo en el seno de la Liga, que aceptó alegremente la enmienda. Pese a ello, no se decidió realizar ninguna acción concreta.

El Congreso de Bruselas en 1868 reunió a noventa y un delegados, no solo de Gran Bretaña, sino también de España, Italia y Alemania. Asistió una gran delegación belga y el congreso arrancó con una resolución belga inspirada en la fallida intentona imperial de Bonaparte en México, declarando que la raíz de todas las guerras debía rastrearse en el sistema económico imperante, donde lo que operaba sin restricciones era una guerra entre los sectores productivos: en realidad, una guerra civil. Así, la forma de contrarrestar una declaración de guerra era la huelga general. Hubo acuerdo general en la necesidad de contribuir a las huelgas cuando eran justificadas. Había que apoyar a las asociaciones sindicales no por derecho propio, sino porque eran «un medio para alcanzar un ideal superior: la cooperación». Se rindió homenaje a *El capital*, la publicación reciente de Karl, y su análisis sirvió de base para un debate acerca de la industria automatizada conducido por Eccarius. A pesar del mayor número de delegados ingleses, se hizo notar que «en Inglaterra, la situación política de inestabilidad, la disolución de los viejos partidos y los preparativos de la campaña electoral en ciernes han absorbido a muchos de nuestros miembros más activos y retrasado, en algún sentido, nuestra propaganda».[1264] Fueron retomadas las propuestas

de libertad crediticia y educación estatal para ser debatidas más tarde. Se aprobó una resolución polémica que abogaba por la propiedad colectiva de la tierra, las minas y los bosques, pero solo por un margen escaso de nueve votos a favor, cuatro en contra y quince abstenciones.

El congreso final, previo al estallido de la guerra franco-prusiana, tuvo lugar en Basilea en septiembre de 1869. A él asistieron setenta y ocho delegados, incluida una delegación de doce miembros del nuevo Partido Socialista Democrático de Eisenach, con sede en Alemania, liderado por Wilhelm Liebknecht. En Gran Bretaña, con el éxito de la reforma y los indicios esperanzadores de mejoras en el estatus legal de los sindicatos, el interés por la Internacional había seguido decayendo y, en el informe anual, apenas si se mencionaba al país. En Basilea, a diferencia de lo ocurrido en Bruselas, el compromiso con la propiedad pública de la tierra se reafirmó con convicción, aun cuando las condiciones bajo las cuales sería gestionada esa tierra continuaron siendo materia de controversia. Hubo a la vez discrepancias respecto a las propuestas de los ingleses a favor de la enseñanza estatal obligatoria, laica y fiscalizada. Bakunin planteó de nuevo la demanda original de los sansimonianos a favor de la abolición de la herencia, pero fracasó a la hora de obtener la mayoría requerida de dos tercios.[\[1265\]](#) El próximo congreso estaba planeado para desarrollarse en París, pero dos semanas antes de ser inaugurado, Napoleón declaró la guerra a Prusia y el congreso se canceló.

El primer relato sobre la historia de la Internacional fue obra de Edward Beesly, un académico positivista del University College de Londres, que había presidido la reunión inicial de la Internacional en 1864. Allí decía que «un recuento de los principios políticos y económicos por los que abogaba la Internacional» era «de muy escasa importancia en comparación con la labor práctica desarrollada por la asociación».

A principios de febrero de 1867, cinco meses después del Congreso de Ginebra, cinco mil orfebres parisinos del bronce sufrieron un cierre patronal de sus empleadores. Hubo un llamamiento de ayuda al Consejo General, que trasladó a su vez la petición a sus asociaciones afiliadas, y ello generó suficientes promesas de ayuda para forzar la derrota de los empleadores. En los años siguientes la Asociación contribuyó a la resistencia a los cierres

patronales y apoyó un cierto número de huelgas, en forma destacada la de los encuadernadores y sastres londinenses. En la primavera de 1868 los «dueños de la construcción» en Ginebra hicieron un cierre empresarial contra sus trabajadores por la negativa de estos a renunciar a sus nexos con la Internacional, pero la ayuda internacional de los sindicatos relevantes obligó a los dueños a retirar la exigencia y hacer concesiones salariales y en las horas de trabajo. Esto redundó en un crecimiento sustancial del prestigio de la Internacional en Suiza. Entre 1868 y 1869 se decía que «una guerra industrial asolaba a Europa».[1266] La mayoría de esos conflictos no estaban, sin embargo, vinculados a la Internacional, pero la opinión pública los asociaba a ella.

A finales de la década de 1860 las disputas industriales directamente conectadas con la Internacional comenzaron a incluir a algunos trabajadores fabriles, de manera llamativa a los tejedores e hilanderos de Ruan y el distrito textil de Norman.[1267] Pero las luchas de la Internacional ocurrieron, en su mayoría, en talleres y solares donde se edificaba, y tenían relación con la preocupación de los artesanos calificados ante la posibilidad de que la mano de obra más barata e importada de la Europa continental se convirtiera en un procedimiento habitual. Un ejemplo característico de su éxito en dicho sector involucró a los cesteros de Bermondsey:

Durante la disputa con los cesteros de Londres en 1867, corrió la información de que seis belgas estaban trabajando bajo los arcos del ferrocarril en Blue Anchor Lane, Bermondsey, y que eran mantenidos bajo estricta vigilancia para que rehuyeran el contacto con el público, como si hubieran sido jovencitas secuestradas en un convento. Mediante alguna estratagema, un miembro flamenco del Consejo tuvo éxito en lograr una entrevista con ellos y, tras ser informados de la naturaleza de su acuerdo, renunciaron de inmediato al trabajo y volvieron a casa. Justo cuando iban a embarcarse, llegó un vapor con una remesa nueva de trabajadores. A los recién llegados se los contactó de inmediato y también ellos repudiaron su compromiso y regresaron a su hogar, prometiendo que se dedicarían a evitar cualquier remesa adicional.[1268]

Por limitados que fuesen los alcances económicos y la efectividad de la Asociación Internacional, su impacto y legado fueron mucho más vastos. Su mayor logro fue, de hecho, forjar y difundir a todo lo ancho de Europa y por las Américas un nuevo léxico de democracia en lo social. El socialismo europeo fue una invención de la década de 1860. Términos como «solidaridad», «huelga», «mitin» o «sindicato» se adoptaron en países

donde su utilización previa era desconocida. Los radicales y sindicalistas británicos eran percibidos como modelos a imitar en toda Europa. Algunos de sus líderes —George Odger, Benjamin Lucraft, George Howell— eran vistos como abanderados de lo que antes habían sido las ideas cartistas de participación política. La imagen de los nuevos sindicatos británicos como entidades establecidas y bien financiadas, contrastaba fuertemente con la situación de los sindicatos en Francia, fragmentados en las distintas regiones y despojados de derechos sindicales reconocidos o protegidos. Finalmente, el éxito de la Liga por la Reforma a la hora de propiciar la Ley de Reforma en 1867 se percibió como una demostración de que la emancipación política podía alcanzarse a través de «la presión externa».

LOS OBJETIVOS DE LA INTERNACIONAL. EL «MANIFIESTO INAUGURAL»

Cuando Karl se involucró en la Internacional, sus puntos de vista políticos eran prácticamente desconocidos, ya que su papel en la emergencia de la nueva política de la década de 1860 había sido menor, o ninguno. Es más, su propio relato de los hechos deja claro que la oportunidad de desempeñar dicho papel central, resaltando las condiciones de las clases trabajadoras y formulando los objetivos de la Asociación Internacional, ocurrió en buena medida por azar. De hecho, había sido designado en un subcomité encargado de redactar «una declaración de principios y normas provisionales». Los borradores preliminares de la «declaración» habían sido preparados por un manufacturero owenista, John Weston, a partir de las normas del secretario de Mazzini, el Comandante Luigi Wolff.

Según Karl, Weston había bosquejado «un programa en extremo confuso y de una amplitud insólita». Las normas de Wolff habían sido tomadas directamente de los estatutos de las Asociaciones de Trabajadores Italianos, que eran en realidad sociedades benéficas, en opinión de Karl. Él estuvo ausente en las dos primeras reuniones del subcomité; durante ese periodo, Victor Le Lubez, un refugiado republicano francés nacido en Jersey había preparado un borrador corregido de esos aportes iniciales. En la reunión siguiente, a la que Karl pudo finalmente asistir, se leyó el

borrador corregido ante el pleno del comité. Karl quedó auténticamente «abrumado». Era «un preámbulo absolutamente tosco, mal redactado y lastrado horrorosamente de clichés, que aspiraba a constituir una declaración de principios, con Mazzini asomando a lo largo de todo el texto, bajo una corteza hecha de los residuos más insustanciales del socialismo galo». Se mostró también desdeñoso por las normas de inspiración italiana, que apuntaban, según él, a «algo resueltamente imposible, una especie de gobierno central de las clases trabajadoras *européas* (con Mazzini en el trasfondo, por supuesto)».

Según su propia versión, él «protestó moderadamente» ante el resultado y, como fruto de ello, los borradores fueron remitidos de vuelta al subcomité para una corrección adicional, pero con instrucciones de que se preservaran «los sentimientos» expresados en la declaración de Le Lubez. A los dos días, el 20 de octubre, una reunión del subcomité en casa de Karl duró hasta la una de la madrugada, pero solo consiguió reformular una de las cuarenta normas mencionadas. Cremer cerró la reunión con la esperanza de que el 27 de octubre el subcomité pudiera consensuar un documento reformulado. Los «papeles» fueron «dejados a cargo» de Karl para su «examen concienzudo».[1269]

Con la intención de ajustar los «sentimientos» de Le Lubez, y a la vez despojarlos con delicadeza de su marco conceptual mazzinista, Karl reemplazó la «Declaración de principios» por un «Manifiesto inaugural» que pasaba revista al desarrollo producido entre las clases trabajadoras desde mediados de la década de 1840. El texto exponía que, a pesar del acelerado crecimiento de la economía mundial, la miseria de las masas trabajadoras no había disminuido entre 1848 y 1864. Basándose en los informes parlamentarios de salud pública, señalaba los salarios de hambre pagados a trabajadores tan diversos como los del sector agrícola, los de la seda y los tejedores, las costureras y otros.[1270] También citaba la proclama del ministro de Hacienda, William Gladstone, de que entre 1853 y 1861 el ingreso imponible del país había aumentado en un 20 por ciento. «Este aumento intoxicante de la riqueza y el poder», había añadido Gladstone, estaba «casi por entero restringido a las clases propietarias».[1271] De acuerdo con el «Manifiesto inaugural», en todas partes de Gran

Bretaña y Europa «la gran masa de las clases trabajadoras desciende cada vez más bajo, en la misma proporción, al menos, en que los que están por encima de ella suben más alto en la escala social». Solo una minoría había «obtenido cierto aumento de su salario real». Contrariando las promesas de la industrialización y el libre comercio, parecía ser que «ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el mejoramiento de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias, ni la emigración, ni la creación de nuevos mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas están en condiciones de suprimir la miseria de las clases trabajadoras».[1272] Pero no era una situación desesperanzada. El periodo daba cuenta, a su vez, de algunas «compensaciones». En primer lugar, el éxito de la Ley de Diez Horas (que limitaba el horario de las fábricas). «Por primera vez la economía política de la burguesía ha sido derrotada a pleno día por la economía política de la clase obrera.» En segundo lugar, estaba el movimiento cooperativo, «un triunfo más completo todavía sobre la economía política de la propiedad».

Desde luego, «los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos». Cabía recordar «las burlas con que lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión del Parlamento a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. «¡La Cámara de los Comunes —exclamó— es una cámara de propietarios territoriales!» De modo que «la conquista del poder político ha llegado a ser el gran deber de la clase obrera». Su «fraternal unión y colaboración» era asimismo requerida para combatir la política exterior de las clases dominantes en la consecución de sus planes criminales, ya fuera impidiendo la esclavitud transatlántica o apoyando a la «heroica Polonia» contra «esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa». En ese punto, el texto añadía un matiz inspirado en Mazzini: en política exterior, el objetivo era que «las sencillas leyes de la moral y de la justicia —que deben presidir las relaciones entre los individuos— sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones». Pero la frase de cierre reiteraba las palabras del *Manifiesto*: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».[1273]

La estrategia adoptada en las «Normas provisionales» fue la misma que la del «Manifiesto inaugural». Había concesiones al punto de vista mazzinista, pero «estas ocupan un lugar en que no puedan hacer daño». Los miembros de la Asociación Internacional debían «asumir la verdad, la justicia y la ética como bases de su comportamiento recíproco y su actitud hacia los demás hombres, con independencia de su color, credo o nacionalidad». Pero el punto primero y fundamental era que «la emancipación de las clases trabajadoras debía ser alcanzada por las propias clases trabajadoras». Karl quedó conforme por haber conseguido destacar la tiranía rusa y por hablar de «países» en lugar de «nacionalidades». Lamentaba no haber podido recurrir a «su vieja osadía con el lenguaje» y haberse visto obligado a «enmarcar la cuestión de manera que nuestra perspectiva aparezca de una manera ACEPTABLE en el panorama actual del movimiento obrero».[1274]

A decir verdad, era allí donde radicaba, en buena medida, la fuerza del documento. No solo conceptualizaba la emancipación de las clases trabajadoras como un proyecto global y articulaba una comunidad transnacional de intereses obreros, sino que lo hacía en un lenguaje con el cual los trabajadores políticamente conscientes de la época podían identificarse. Asimismo, el análisis de la situación de los trabajadores en los tres lustros precedentes tenía la cautela de reflejar lo que sindicalistas como Howell y Applegarth consideraban su propia forma de entender ese periodo. Aludía también a las nociones convencionales de justicia y respetabilidad al enfatizar que lo que estaba en discusión no era «la pobreza merecida de la holgazanería», sino «la pobreza de la población trabajadora».

Con una o dos enmiendas menores, la reformulación que hizo de los borradores de Weston, Wolff y Le Lubez fue aceptada por unanimidad en el Consejo General. Según dice Edward Beesly, «el discurso así enunciado es, con toda probabilidad, la afirmación más impactante y poderosa que haya habido alguna vez de la causa de los trabajadores, y contra la clase media, resumida en una docena de páginas».[1275] Lo que impresionó singularmente a sus contemporáneos fue el despliegue de fuentes oficiales y el hecho de que restringiera sus proclamas a los hechos históricos. Como bien lo resumió, con comprensible exageración, el secretario de la Liga por

la Reforma, George Howell, «un Gladstone o un Bright podrían, de buena fe, haberlo aceptado».[[1276](#)]

EL CAPITAL Y LA POLÍTICA EN LA DÉCADA DE 1860

Fue con su formulación de aquel nuevo léxico socialdemócrata a mediados de la década de 1860 cuando Karl hizo su mayor contribución a la Internacional, tanto al definir los objetivos de la Asociación como en su diagnóstico global de la situación de los trabajadores. Eran los años en que escribía a la vez *El capital*, y los pronunciamientos del «Manifiesto inaugural» y las «Normas» de la Internacional estaban estrechamente relacionados con el análisis que por entonces desarrollaba en su libro. Pero antes de establecer cabalmente esta proximidad, parece necesario dismantelar la lectura estándar que el siglo xx hizo de su teoría revolucionaria.

La turbulenta historia de ese siglo, esa que va de 1917 a la década de 1970, generó una asociación ineludible entre Karl y un léxico «marxista» de la revolución. Se identificó el «marxismo» con la abolición violenta del capitalismo y con el papel dirigente del partido revolucionario. Los líderes de esos diversos partidos revolucionarios elaboraron sus respectivas estrategias basándose en lo que entendían como una lectura correcta de un reducido número de textos marxistas prescritos con ese fin. El énfasis particular recayó en el *Manifiesto comunista*, el prólogo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, *La guerra civil en Francia* y la *Crítica al programa de Gotha*. De manera significativa, este listado canónico incluía poco más que la mención obediente de las obras desarrolladas por Karl en su periodo más fructífero, entre 1864 y 1869. El periodo incluía la publicación de *El capital* y su formulación de los objetivos de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Esas asociaciones que el siglo xx trajo consigo han oscurecido la concepción que Karl sustentaba sobre el cambio revolucionario en la década de 1860. Lo que entonces despertaba su entusiasmo no era la expectativa de un evento apocalíptico, una especie de Día del Juicio Final

revolucionario, cuando «suena la última hora de la propiedad privada capitalista» y «los expropiadores son expropiados».[1277] El supuesto era, más bien, que el proceso de transición del modo capitalista de producción a la sociedad de productores asociados ya había comenzado.

Dicho supuesto se vio oscurecido por su imposibilidad de publicar *El capital* en un solo tomo en 1867. Nunca se previó lo mucho que tardaría el segundo tomo en ver la luz. El 7 de mayo de 1867 el propio Karl escribía a Engels indicándole que Meissner, su editor, estaba exigiendo el segundo tomo para finales del otoño a más tardar: «Tendré, pues, que ponerme manos a la obra lo antes posible, visto el montón de nuevo material, relacionado específicamente con los capítulos sobre el crédito y la propiedad agraria, del que dispongo desde que organicé el manuscrito. El tercer tomo debiera completarse durante el invierno, para quitarme de encima todo el *opus* para la próxima primavera».[1278] A Engels le parecía «obvio» que, tras concluir el primer tomo, «debes tomarte un descanso de seis semanas». Pero en el siguiente mes de agosto, habiendo «leído el asunto de principio a fin», pensaba «definitivamente» que «el segundo tomo es también *indispensable*, y cuanto antes lo termines, mejor».[1279]

Al final, los manuscritos del tomo inconcluso no fueron publicados por Engels hasta 1885 y 1894, entre veinte y treinta años después de su redacción original. Además, los prefacios de Engels, centrados en preocupaciones propias de las décadas de 1880 y 1890 —el presunto plagio de Karl de la economía política de Rodbertus, y la solución sugerida por Engels al problema de relacionar la plusvalía con la ganancia— atenúan cualquier nexo que pudiera uno establecer con la intención política original de la obra. En particular, esta edición póstuma opacó toda sensación de que hubiera alguna conexión inmediata entre el «Manifiesto inaugural» y las alusiones a la transición de la sociedad burguesa hacia una sociedad de productores asociados que se hacen en la porción inédita de *El capital*. [1280]

El rasgo distintivo de la concepción revolucionaria de Karl en la década de 1860 era que ponía el foco, no en el acontecimiento, sino en el proceso conducente a él. Fue la razón por la que en 1867, en el prólogo a *El capital*, pudo escribir sobre la vigencia «del proceso de revolución» en Inglaterra.

[1281] La imagen del cambio revolucionario que allí brindaba no era la de la revolución como un evento teatral: la toma de la Bastilla, la irrupción en el Palacio de Invierno. La revolución triunfante implicaba más bien la ratificación, en lo político, de cambios que estaban ya ocurriendo o habían ocurrido en la sociedad burguesa.

Cuanto mayor fuese la amplitud de esos cambios sociales precedentes, menor sería la violencia que probablemente acompañaría al proceso de cambio político. Era el motivo por el cual Karl creía que los trabajadores de Inglaterra podían conquistar «por medios pacíficos» la «supremacía política con miras a consolidar la nueva organización del trabajo».[1282] En enero de 1867, en un discurso de apoyo a la independencia polaca, sugería que la lucha entre trabajadores y capitalistas podía resultar «menos feroz y sangrienta que lo que se sabía de las luchas entre el señor feudal y el capitalista en Inglaterra y Francia. Y esperemos que así sea».[1283] La imagen no era la de la toma violenta del poder que aparece siempre asociada al comunismo del siglo xx, sino la de un proceso socialdemócrata impulsado por la «presión externa».[1284] Fue el mismo espíritu con el que concluyó su capítulo sobre «La jornada de trabajo», incluido en *El capital*: «En el lugar del majestuoso catálogo de los “derechos inalienables del hombre” [de 1789] aparece la modesta Carta Magna de una jornada de trabajo legalmente limitada. [...] *Quantum mutatus ab illo!*».[1285]

La imagen de esa transición del capitalismo al socialismo era análoga a la transición ocurrida del feudalismo al capitalismo. El bosquejo de la emergencia y ascenso del modo de producción capitalista aludido en *El capital* mostraba que ciertos cambios cruciales en la evolución de la sociedad burguesa antecedian tanto al logro de un Estado burgués como a los aciertos tecnológicos de la Revolución Industrial. De acuerdo con su visión orgánica de la evolución del modo de producción, insistía en que «la estructura económica de la sociedad capitalista» había «nacido de la estructura económica de la sociedad feudal» y que «[l]a disolución de esta» había «liberado los elementos de aquella».[1286] En la época feudal, «[e]l capital monetario constituido por la usura y el comercio se vio obstaculizado en su conversión en capital industrial por la constitución feudal en el campo y por la constitución gremial en las ciudades. Esos

obstáculos se derrumbaron al disolverse los séquitos feudales, con la expropiación y la expulsión parcial de la población rural». Los desarrollos globales propiciaron asimismo este desarrollo capitalista: «El descubrimiento en los países americanos del oro y de la plata, el exterminio, la esclavización y la sepultura de la población indígena en las minas, la incipiente conquista y expoliación de las Indias Orientales, la conversión de África en coto de caza comercial de negros caracterizan la aurora de la era de producción capitalista. Estos idílicos procesos son un momento capital de la acumulación originaria».[1287] Anunciada por los movimientos comunales de las ciudades en la Baja Edad Media, y liberando a las asociaciones urbanas de las estructuras feudales, a todo lo cual se sumó la expansión del comercio internacional y el descubrimiento de nuevos continentes, la sociedad burguesa desarrolló a la par nuevas formas de producir mercancías. Ayudándose, entre los siglos XV y XVIII, de la «expropiación de sus tierras a la población agrícola», las nuevas disposiciones legales e institucionales hicieron posible la acumulación de capital. Este proceso de cambios tuvo su ratificación política y jurídica en la «revolución burguesa» de 1688, que eliminó las restricciones que quedaban a la herencia de la propiedad.[1288]

Había ejemplos paralelos de la transición de la propiedad burguesa a la de «productores asociados» en la imagen que Karl ofrecía de la década de 1860. En el volumen tercero e inédito de *El capital*, escribía sobre la transformación de las empresas accionarias: «Las sociedades anónimas marcan una fase de transición hacia la transformación de todas las funciones del proceso de reproducción aún relacionadas hasta aquí con la propiedad del capital en simples funciones de los productores asociados, en funciones sociales».[1289] Esto equivale «a la supresión del régimen de producción capitalista dentro del propio régimen de producción capitalista y, por tanto, a una contradicción que se anula a sí misma y aparece *prima facie* como simple fase de transición hacia una nueva forma de producción».[1290] Pero el más impresionante de esos ejemplos era el de las cooperativas fabriles, que «son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella [...], dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento,

solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo». Ello nos muestra «cómo al llegar a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas materiales productivas y de formas sociales de producción adecuadas a ellas, del seno de un régimen de producción surge y se desarrolla naturalmente otro nuevo».[1291]

En el «Manifiesto inaugural» desarrolló la misma reflexión pero con mayor agudeza política. Las cooperativas fabriles, «con hechos, no con simples argumentos», habían demostrado que «la producción a gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase [que dispone] de las “manos”; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo». Esto venía a demostrar que, «lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría». El advenimiento de la producción cooperativa realizada por el trabajo asociado había sido el tema central no solo en el desarrollo del owenismo en Inglaterra: era el núcleo racional de los distintos esquemas a favor de la emancipación del trabajo en 1848: «Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas, sino proclamadas en voz alta en 1848».[1292]

FORJANDO UNA POLÍTICA DE CLASE. LA ACTIVIDAD DE KARL EN EL CONSEJO GENERAL

Karl asistía regularmente a las reuniones semanales del Consejo General y desempeñó un papel de liderazgo intelectual en su seno. En una posición única para actuar como mediador entre las corrientes de pensamiento británicas y las continentales, fue capaz de dar forma y significado al

desarrollo de los acontecimientos a nivel local y en el extranjero. Fue también capaz de bosquejar respuestas coherentes a la evolución de esos acontecimientos. No es de sorprender, pues, que en los años previos a la guerra franco-prusiana sus servicios al Consejo fuesen altamente valorados. El sindicalista Randall Cremer dejó constancia de su valía en el Congreso de Ginebra al oponerse a una moción francesa que proponía que únicamente los trabajadores pudiesen postular a ser elegidos como delegados a los congresos de la Internacional. Cremer señaló que el movimiento en Gran Bretaña debía muchísimo a miembros del Consejo que no eran trabajadores manuales. «Entre esos miembros, mencionaré solo a uno, el ciudadano Marx, quien ha dedicado su vida entera al triunfo de las clases trabajadoras».[1293] Sus contemporáneos solían quedar singularmente impresionados por su erudición económica y estadística. Según Edward Beesly, «mientras que el espíritu pragmático del inglés le impide hacerse trizas desmenuzando las varias teorías económicas y políticas, los miembros extranjeros, en cuyas manos descansa necesariamente la correspondencia con el continente, son hombres de enorme capacidad y que poseen mucha información, dedicados a la Internacional desde su creación. En esa línea, con nadie está mayormente en deuda la Asociación que con el doctor Karl Marx, que no tiene rival en su conocimiento de la historia y las estadísticas del movimiento fabril en todas partes de Europa».[1294]

La autoridad intelectual de Karl en esta área quedó demostrada en un debate en curso dentro del Consejo General en la primavera y el verano de 1865, provocado por las «propuestas» del «ciudadano» Weston sobre los salarios. Weston vino a cuestionar el valor de los sindicatos, porque los aumentos salariales redundaban únicamente en alzas de precios; solo las cooperativas de productores podían generar mejoras en el estándar de vida de los trabajadores. Basándose en su labor de esos momentos en *El capital*, Karl argumentó en dos reuniones que las alzas salariales podían traer consigo una caída en la tasa de ganancia, pero dejar intacto el valor de las mercancías. La tendencia general de la producción era, aun así, a rebajar los salarios. Los sindicatos eran valiosos a la hora de contrarrestar, aunque solo fuese de manera temporal, las caídas en los índices salariales y en limitar la jornada laboral, pero su valor descansaba, ante todo, «en organizar a la

clase trabajadora como tal». Generalmente fallaban por «aceptar las presentes relaciones del capital y el trabajo como permanentes, en lugar de aplicarse a su abolición».[1295] En respuesta a Weston, Randall Cremer, que era en ese momento el secretario general del Consejo, reflexionó que «el ciudadano Marx ha brindado dos o tres ejemplos prácticos, o más bien algunos hechos, que destruyen por completo las posturas sustentadas por el ciudadano Weston».[1296]

La estrategia de Karl en el Consejo General fue alinearse tan estrechamente como le fuera posible con las posturas de los nuevos líderes sindicales. La Asociación, como escribía él mismo al doctor Kugelmann a finales de noviembre de 1864, era «importante porque los líderes de los sindicatos londinenses pertenecen a ella».[1297] Al cabo de un año su visión permanecía incólume: «Hemos tenido éxito en atraer hacia el movimiento a las únicas organizaciones laborales verdaderamente grandes, los “SINDICATOS INGLESES”, que antes se preocupaban *exclusivamente* del tema salarial».[1298] Los supuestos del siglo xx sobre el papel fundamental del Partido han oscurecido el hecho de que este *no* era, en buena medida, el supuesto del propio Karl en la década de 1860. Su confianza en los méritos de un partido para vehicular la revolución se había visto socavada por los desarrollos ocurridos en los últimos quince años, cuando hubo de abandonar finalmente sus esperanzas de que el cartismo fuera revivido, a la par que sus empeños de preservar su propio «partido» en el exilio fueron arrasados por la aparición en Alemania de lo que él denominaba «socialismo gubernamental», bajo la égida de Lassalle y Schweitzer. En el transcurso de la década de 1860 depositó su fe en los sindicatos como medios para la formación y consolidación de una identidad y un comportamiento de clase. En Hannover, en 1869, señaló a una delegación de trabajadores metalúrgicos seguidora de Lassalle que «todos los partidos políticos, cualesquiera que sean, sin excepción, solo consiguen inspirar a las masas trabajadoras temporalmente; los sindicatos, en cambio, cautivan a los trabajadores para bien, y solo ellos son capaces de constituirse en un partido de los trabajadores y un bastión contra el poder del capital». Los sindicatos eran, seguía diciendo, «las escuelas del socialismo». En los sindicatos, los trabajadores se formaban como

socialistas, pues «allí se desarrollaba diariamente y ante sus ojos la batalla contra el capital».[1299]

En carta al doctor Kugelmann fechada a comienzos de 1865, tras explicarle por qué le resultaba imposible ahora participar en la política prusiana, añadía que prefería «cien veces la agitación que llevo ahora a cabo a través de la *Asociación Internacional*. La influencia sobre el proletariado *inglés* es directa y de la mayor importancia».[1300] No era su inquietud primordial presionar a la Asociación Internacional en la dirección de una agenda socialista habitual. Como enfatizaba más adelante, el Consejo General no había sido «responsable» de la decisión del Congreso de Bruselas, en 1868, para exigir la nacionalización de las minas, los ferrocarriles y los bosques. Esa iniciativa había partido de los delegados de Bruselas. Como explicaba al doctor Kugelmann en relación con el programa del Congreso de Ginebra, celebrado en 1866, su objetivo personal se restringía más bien «a puntos que hacen posible un acuerdo inmediato para la acción conjunta de los obreros y que pueden satisfacer directamente las necesidades de la lucha de clases y fomentar la organización de los obreros como clase».[1301] La ambición de mantenerse alejado de temas que pudieran provocar batallas políticas divisionistas quedó clarísima en las «Instrucciones a los delegados del Consejo General Provisional», que redactó él mismo para el Congreso de Ginebra. Las «instrucciones» se centraban en investigaciones estadísticas de las condiciones que regían el trabajo, los límites de la jornada laboral, el trabajo juvenil e infantil, las cooperativas de productores y los sindicatos. Y recomendaba, en relación con las cuestiones polémicas sobre el crédito internacional o la religión, «dejar en ello la iniciativa a los franceses».[1302]

Para dar prioridad a la formación de clase y evitar reyertas sectarias que pudiesen distraerlo, estaba dispuesto a los compromisos que fuesen precisos. Su voluntad de incorporar las formulaciones mazzinistas al «Manifiesto inaugural» fue un buen ejemplo de su nuevo enfoque. Otro fue su disposición, frente a la oposición liberal y «no-conformista»,(4) a aceptar que su protegido, Johann Georg Eccarius, fuera apartado de la dirección editorial de *The Commonwealth*, que fue por un breve lapso el diario de la Internacional. En enero de 1866 Karl había albergado la esperanza de que el

nombramiento de Eccarius permitiera contrarrestar la influencia de los apoyos liberales y no conformistas al periódico, pero en marzo, mientras se hallaba en Margate en un prolongado viaje para restablecer su salud, el Comité de Supervisión Editorial despidió a Eccarius. Cualquiera que fuese el desaire implícito, Karl pensó que «el buen entendimiento con los ingleses debe ser, por cierto, más relevante para nosotros que satisfacer la ambición más o menos justificada de Eccarius».[1303] En los temas internacionales se esforzaba igualmente por evitar las disputas intrapartidarias y dedicó todos sus esfuerzos a permanecer neutral ante las reyertas entre republicanos y proudhonianos en Francia, y entre las facciones de Lassalle y Eisenach en Alemania.

En los primeros años de la Internacional hubo una coincidencia prácticamente absoluta entre Karl y los sindicalistas ingleses en los temas fundamentales, en el Consejo General y en los congresos anuales. En particular, en la Conferencia de Londres celebrada en 1865 y los congresos de Ginebra y Lausana, en 1866 y 1867, hubo consenso en oponerse a un sinnúmero de posturas francesas que incluían el rechazo a condenar las acciones de Rusia en Polonia (según los franceses, esto no era asunto de una asociación «económica»), la indiferencia ante el sindicalismo (el objetivo no debía ser alentar las huelgas, sino eliminar en conjunto el sistema de salarios), la oposición a la jornada laboral de ocho horas o la enseñanza estatal (que implicaría, según esos sectores, aprobar la interferencia estatal dentro de la libertad contractual) y la exigencia francesa de que las mujeres quedaran excluidas de la fuerza laboral.

El éxito del enfoque de Karl, particularmente en temas en los que la perspectiva de los ingleses se enfrentaba a algún desafío proveniente del exterior, lo llevó a una identificación cada vez más entusiasta con la Asociación. A principios de 1865, aludiendo ya a sí mismo como parte del Consejo General, informaba al doctor Kugelmann de que «ahora hacemos hincapié [aquí] en el problema del sufragio universal».[1304] Por la misma época le escribió a Engels sobre la creación de una nueva Liga por la Reforma, «cuyo *liderazgo* está *enteramente* en nuestras manos».[1305] El gran logro de la Asociación Internacional fue haber creado, con la Liga por la Reforma, un movimiento que podía transformar la política europea: «La

LIGA POR LA REFORMA es ahora NUESTRA TAREA. [...] Los TRABAJADORES son TODOS MIEMBROS DE NUESTRO CONSEJO. [...] HEMOS NEUTRALIZADO todos los intentos de la clase media de DESORIENTAR A LA CLASE TRABAJADORA. [...] Si tenemos éxito en reactivar el MOVIMIENTO POLÍTICO de la CLASE TRABAJADORA INGLESA, nuestra ASOCIACIÓN habrá hecho más, SIN DEMASIADO RUIDO, por la clase trabajadora de toda Europa que lo que hubiera sido posible DE CUALQUIER OTRA FORMA. Y hay grandes perspectivas de éxito en todo ello».[1306]

A principios de 1866 su confianza en la capacidad del Consejo General para canalizar la actividad de los trabajadores en la dirección correcta seguía siendo inamovible. En enero de ese año escribía al doctor Kugelmann que «la asociación inglesa que fundamos para lograr el SUFRAGIO UNIVERSAL (la mitad de su Comité Central está formado por miembros —obreros— de nuestro Comité Central) sostuvo un mitin gigantesco hace pocas semanas, en el que solo hablaron los trabajadores».[1307] Por entonces gustaba de creer que él mismo estaba desempeñando un papel fiscalizador, que es el fruto, decía, de «actuar entre bastidores, replegándose de la escena pública». Veía esto como un contraste con «el hábito de los demócratas» de «envanecerse en público SIN HACER NADA».[1308] El 9 de octubre de 1866 informaba al doctor Kugelmann de que «el movimiento que se desarrolla aquí a favor de la reforma, movimiento al que ha dado vida nuestro Consejo General (*quorum magna pars fui* [en el que mi papel ha sido significativo]) ha alcanzado ahora proporciones inmensas y se hace irresistible».[1309] El 13 de octubre anunciaba que el Consejo Sindical de Londres estaba considerando la opción de proclamarse como filial británica de la Internacional. «Si lo hace —le dijo a Kugelmann—, el control de la clase obrera local pasará EN CIERTO SENTIDO a nuestras manos y seremos capaces de darle al movimiento un gran “EMPUJÓN”.»[1310]

Durante el verano de 1867 estaba demasiado ocupado en la publicación de *El capital* para prestar mayor atención a los acontecimientos políticos locales. Seguía, sin embargo, embargado de optimismo. En el caso de Inglaterra seguía confiando en que «la presión desde fuera» podía redundar

en una transformación revolucionaria y en que esa revolución no tenía por qué ser violenta. En septiembre de ese año escribió a Engels: «Cuando la próxima revolución ocurra, y será quizá más pronto de lo que esperamos, nosotros (es decir, tú y yo) tendremos esta poderosa MAQUINARIA a nuestra disposición. ¡COMPARA ESTO CON LOS FRUTOS DE LAS OPERACIONES DESARROLLADAS POR MAZZINI, ETCÉTERA, DESDE HACE 30 AÑOS! ¡Y sin dinero para arrancar! ¡Y con las intrigas de los proudhonianos en París, de Mazzini en Italia y de los celosos Odger, Cremer y Potter en Londres, con los Schultze-Delitzsch y los partidarios de Lassalle en Alemania! Podemos estar muy satisfechos».[1311] Los éxitos anteriores habían llevado a Karl a sobrestimar la importancia de la AIT en la política radical británica y su propia importancia dentro de la Asociación. A estas alturas había comenzado a advertir que, a consecuencia de una preocupación creciente con el tema del sufragio y una necesidad paralela de defender la legalidad de los sindicatos en los conflictos dentro de las fábricas, los líderes sindicales estaban dedicando bastante más tiempo a la Liga por la Reforma y al cabildeo parlamentario. Su asistencia al Consejo General había menguado. En octubre de 1866 se quejaba de que debía administrar toda la Asociación él solo.[1312]

Asimismo, entre 1866 y 1867 comenzó a resultarle cada vez más difícil sostener una postura ecuménica. Habían empezado a aflorar distintas posturas dentro del Consejo, en particular respecto a la agitación en pro de una reforma política y el resurgimiento de un movimiento republicano independentista en Irlanda. Ambos asuntos planteaban interrogantes acerca del papel político de la AIT y de los principales líderes sindicales en su seno. ¿Debía la Asociación mantener una postura independiente? ¿O debía proponerse trabajar a la par con otras fuerzas políticas progresistas aliadas con el Partido Liberal, ahora bajo el carismático liderazgo del señor Gladstone?[1313]

LA SEGUNDA LEY DE REFORMA Y LA REBELIÓN EN IRLANDA

El prólogo a *El capital* fue escrito en julio de 1867, a punto de concluir un año de agitación política creciente en torno al tema del sufragio masculino. La campaña a favor de la reforma había sido el objetivo de la Liga por la Reforma, una organización radical y con predominio obrero, apoyada por los sindicatos y la Internacional. En su mejor momento llegó a contar con seiscientas filiales. La campaña se había iniciado en 1865 y había discurrido en paralelo a una Ley de Reforma parlamentaria de alcances modestos, propuesta por el Gobierno liberal de Russell y Gladstone, pero el interés popular en el tema solo comenzó a adquirir intensidad tras la caída de ese Gobierno y su reemplazo, en junio de 1866, por el Gabinete *tory* de Derby y Disraeli. Al mes siguiente una serie de mítines cada vez más nutridos a favor de la reforma, celebrados en Trafalgar Square, culminaron en la decisión de realizar una manifestación en Hyde Park, propiedad de la Corona y hasta entonces, en buena medida, un coto exclusivo para la práctica de la equitación por la gente pudiente de Rotten Row. Aun cuando se prohibió el mitin y la policía metropolitana, reforzada por el ejército, acordonó el parque, la muchedumbre derribó las vallas, irrumpió en Hyde Park y durante tres días libró pequeñas escaramuzas con las fuerzas de la ley. Finalmente, la Liga se reunió con el secretario de Interior, Spencer Walpole, y ofreció desalojar el parque siempre y cuando la policía y el ejército se retiraran. El secretario de Interior aceptó la oferta y se decía que lloró de gratitud. Esta presunta concesión del Gobierno aumentó de manera considerable el poder y prestigio de la Liga.

Pero por más risible que pareciera a primera vista la negativa de Walpole a emplear al ejército —Karl lo llamaba «el sauce llorón»—, esto era un signo de la fuerza del Gobierno inglés antes que de su presunta debilidad. Como acotaba el positivista Frederic Harrison:

Un sistema burocrático centralizado pone una fuerza de contención enorme en las manos del Ejecutivo. Nuestro Ejecutivo no tiene nada más a lo cual recurrir. [...] Puede convocarse a unos cuantos soldados para poner fin a una vulgar huelga, pero sabemos que a la primera gota de sangre popular vertida por las tropas, dentro de una causa verdaderamente popular, los británicos hierven de mala manera. [...]

El tema es que nuestro ordenamiento político-constitucional está basado en una teoría por completo distinta al uso de la fuerza en cualquier sentido. Las clases gobernantes nunca pretendieron apoyarse en la fuerza. Confiaban en mantener la supremacía mediante su poderío social y su habilidad de gestionar la maquinaria. El autogobierno local, la representación popular,

las libertades cívicas eran todo cuanto se esgrimía, hasta que el tono de la vida pública inglesa comenzó a quedar saturado de esas nociones del gobierno por consenso y no por la fuerza. [...] La más leve sugerencia de recurrir a la fuerza deja a las clases gobernantes en una posición terriblemente falaz y convoca en su contra todos los nobles sentimientos de libertad sobre los que ellas basan, precisamente, su derecho a gobernar.[\[1314\]](#)

Este era a la vez el sentimiento que refrenó a los líderes de la Liga por la Reforma a la hora de llevar su ventaja hasta el límite. En una reunión de los parlamentarios radicales y líderes de la Liga, John Stuart Mill urgió a esta última a no ocupar el parque y «provocar con ello un choque con el ejército», a la par que en los próximos meses John Bright, que estaba a la cabeza de una serie de manifestaciones por la Reforma en Glasgow, Leeds, Birmingham y Manchester, advertía sobre la posibilidad de que posteriores manifestaciones en Londres terminaran atrayendo a voluntarios armados: eso «pondría la paz de la nación en terreno caliente y volcánico».[\[1315\]](#)

No hay claridad respecto a cómo esperaba Karl que evolucionara la situación planteada. Tenía plena conciencia, él mismo, de que Gran Bretaña no era Francia. Ya en abril de 1866, en carta enviada desde Margate, se quejaba ante Engels de que «la odiosa tradición inherente a todos los movimientos ingleses comienza a manifestarse una vez más en el MOVIMIENTO DE REFORMA. Las mismas CONCESIONES que hace pocas semanas eran rechazadas con manifiesta indignación por el partido del pueblo —habían rechazado incluso el ultimátum de Bright relativo al SUFRAGIO FAMILIAR— son ahora consideradas un precio digno de pagar y por el cual luchar. ¿Y por qué? Porque, si no, los *tories* ponen el grito en el cielo». Pero el curso de los acontecimientos durante el verano logró animarlo un poco. El 7 de julio estaba entusiasmado de comunicar que las manifestaciones de «los trabajadores en Londres son fabulosas en comparación con cualquier otra cosa vista en Inglaterra desde 1849, y son el fruto único de la INTERNACIONAL. El señor Lucraft, imbécil redomado, comandante al mando en Trafalgar Square, es UNO MÁS DENTRO DE NUESTRO CONSEJO». Tenía sentimientos encontrados respecto al acuerdo de Walpole con la Liga en el asunto de las vallas arrancadas de su sitio en Hyde Park: «El Gobierno ha estado a un paso de provocar allí una revuelta». Pero insistía en que «nuestro inglés promedio va a requerir primero de cierta formación revolucionaria». Si el ejército hubiera tenido

que «entrar en el lugar en vez de simplemente desfilas por allí [...] las cosas habrían sido verdaderamente divertidas». Y proseguía: «Algo al menos es seguro: los típicos ingleses de cuello estirado [...] no conseguirán nunca nada sin un enfrentamiento verdaderamente sangriento con quienes ejercen el poder».[1316]

Todas las posibilidades seguían abiertas, pero desde que se inició la campaña de agitación, Karl había adquirido repentina conciencia de que las prioridades de los principales sindicalistas dentro del Consejo General no eran las suyas. Por la época del episodio de las vallas de Hyde Park, se había lamentado de que los líderes del movimiento por la reforma carecieran «del BRÍO de los viejos artistas».[1317] Su fracaso a la hora de consolidar a Eccarius en el directorio de *The Commonwealth* venía a demostrar que su propia hostilidad ante la participación de los radicales de clase media en la Asociación no era algo que todos compartieran. Estaba, por otra parte, lejos de quedar claro que los líderes de la Liga por la Reforma mantuvieran su exigencia original de «sufragio masculino» en lugar de aceptar alguna modalidad de sufragio familiar, lo que permitiría un acuerdo con los radicales de tendencia liberal. A finales de agosto de 1866 se quejaba ante Johann Philipp Becker, uno de los apoyos más enérgicos de la Internacional en Ginebra, de que «Cremer y Odger nos han *traicionado* ambos en la Liga por la Reforma, donde han llegado a un *compromiso con la burguesía* en contra de nuestros deseos».[1318]

Si había habido, en efecto, alguna posibilidad seria de una crisis política en Inglaterra, ya estaba en fase de repliegue en la primavera de 1867.[1319] Había sido apagada por el propio Parlamento. En los primeros meses de 1866 los *tories* y los llamados «adulamitas», que integraban las filas liberales, se opusieron a las moderadas propuestas reformistas de Russell y Gladstone. La nueva Administración *tory* de Derby y Disraeli no tenía en primera instancia ningún plan de llevar a cabo reforma alguna, pero en el invierno de 1866-1867, contra un fondo de recesión económica y con el cólera de vuelta en la ciudad, con manifestaciones en pro de la reforma cuya intensidad no disminuía y los riesgos de un levantamiento en Irlanda, las prioridades del Gobierno cambiaron significativamente.[1320] Como dijo el propio Disraeli, «podemos dar un paso que terminaría, ciertamente,

con la actual efervescencia y de paso extinguiría a Gladstone y compañía». [\[1321\]](#)

En enero de 1867 el mismo Disraeli introdujo ciertas propuestas de reforma y, ya fuera como resultado de un giro en los cálculos del partido o de la presión exterior continua, se mostró dispuesto a aceptar enmiendas cada vez más radicales a la ley. Esto culminó en la enmienda introducida por Hodgkinson que ampliaba el sufragio familiar para incluir a la enorme población de inquilinos urbanos. Una concesión difícil de imaginar unos meses antes, y hasta Ernest Jones se mostró ansioso por persuadir a Karl de que valía la pena apoyarla. El resultado fue un derecho a sufragio cuatro veces más amplio que el que se pretendía originalmente o, en los términos de Jonathan Parry, «la revolución más involuntaria que nunca ha habido en toda la historia de la política británica». [\[1322\]](#)

Uno de los motivos por los que ambos partidos deseaban resolver la cuestión de la reforma era la ansiedad creciente respecto al tema de Irlanda. [\[1323\]](#) La Hermandad Republicana Irlandesa o los «fenianos», como se los conocía popularmente, tuvieron su origen entre los expatriados irlandeses en Estados Unidos. Empezaron por planear una insurrección en 1865 y confiaron en que se viera reforzada por los veteranos de la guerra civil estadounidense. Los fenianos reunieron unas seis mil armas de fuego y decían tener el apoyo de cincuenta mil voluntarios, pero en septiembre de ese año el Gobierno clausuró el diario fenian, *The Irish People*, y arrestó a la mayoría de sus líderes. Pese a ello, los *fenians* intentaron lanzar una insurrección a comienzos de 1867, proclamando una república basada en el sufragio universal (masculino), el despojo de la oligarquía terrateniente en ascenso, la libertad de culto y la separación de la Iglesia y el Estado. Hubo una insurrección fallida en County Kerry, seguida de alzamientos infructuosos en Cork, Limerick y Dublín. Aún de peores augurios era el dato de que los organizadores contaban con lograr el apoyo de los irlandeses residentes en Inglaterra. Sus planes incluían la toma del arsenal en Chester Castle y la apropiación del ferrocarril y los puntos de embarque a Dublín, pero el levantamiento fue planificado de manera muy tosca y frustrado por informantes.

El 18 de septiembre de 1867 el furgón de la prisión que transportaba al tribunal de Manchester a dos de los líderes arrestados fue atacado por fenianos armados. Los prisioneros escaparon, dejando tras de sí un policía muerto en la refriega. Un juicio celebrado en noviembre condujo a la ejecución, el 23 de ese mismo mes, de tres de los fenianos implicados. El 13 de diciembre una bomba pensada para ayudar a la fuga de los líderes fenianos encarcelados en la prisión de Clerkenwell provocó doce muertos y ciento veinte heridos. En esta circunstancia, y de manera poco sorprendente, buena parte del apoyo a los fenianos acabó diluyéndose. Karl escribió a Engels que «esta última explosión feniana en Clerkenwell es una locura mayor. No cabe esperar que los proletarios londinenses se dejen volar en pedazos en beneficio de los emisarios fenianos. Las conspiraciones secretas y melodramáticas de esta índole suelen estar, en términos generales, más o menos condenadas al fracaso».[1324]

La intranquilidad en Irlanda y la violencia fenian en Manchester y Clerkenwell hicieron variar el carácter del debate político. A gran distancia del fenianismo, el descontento entre la clase media irlandesa había conducido a la formación de la Asociación Nacional, que exigía la separación de la Iglesia (anglicana) irlandesa y el Estado, el derecho de los inquilinos a la tierra y la creación de una universidad católica. Aunque hondamente perturbado por las acciones de los fenianos, Gladstone intentó responder a esas demandas de manera explícita en las elecciones generales de 1868. Su propuesta de separar la Iglesia y el Estado no apuntaba solo a satisfacer una pretensión relevante de los sectores católicos de Irlanda, sino que obtuvo a su vez el apoyo entusiasta de los disidentes ingleses. Durante el invierno de 1867-1868 la discusión estuvo dominada por el tema de Irlanda y la propuesta de Gladstone de separar la Iglesia irlandesa del Estado. Como Karl informaba al doctor Kugelmann en abril de 1868, «la cuestión irlandesa predomina por ahora y ha sido, como es natural, explotada únicamente por Gladstone y sus comparsas para tomar de nuevo el control y tener, en particular, alguna DIVISA ELECTORAL en las elecciones que se avecinan, la cual tendrá como base el SUFRAGIO FAMILIAR».[1325]

Como el resto del país, el núcleo familiar de los Marx también se involucró en el debate de la cuestión irlandesa. En el caso de Karl y Engels, el compromiso con la causa de Irlanda era ya antiguo, y el entusiasmo por los fenianos fue inmediato. Lizzie Burns había sido siempre una feroz partidaria de la independencia irlandesa. El propio Engels estaba profundamente comprometido con el asunto desde hacía tiempo y en el invierno de 1869-1870 iba a embarcarse en un plan muy ambicioso, pero nunca concluido, de escribir una *Historia de Irlanda*.[\[1326\]](#) Cinco días después del rescate armado feniano en Manchester, Engels llevó al compañero de Laura Marx, Paul Lafargue, a ver el arco del ferrocarril «donde se había escenificado la gran batalla de liberación feniana. [...] El asunto estuvo espléndidamente organizado y ejecutado», escribía al doctor Kugelmann, pero por desgracia «los cabecillas fueron capturados». [\[1327\]](#)

Karl debía ser, al respecto, bastante más cauteloso. Había buscado «por todos los medios a mi alcance incitar a los trabajadores ingleses a manifestarse a favor del FENIANISMO», y no guardaría «un total silencio» ante el tema. «Pero no deseo bajo ninguna circunstancia —expresaba— que, al criticar mi libro, los muchachos se limiten a decir que soy un demagogo.» [\[1328\]](#) La ejecución de los tres fenianos involucrados en el intento de rescate en Manchester se vivió como una tragedia en ambos hogares. «Jenny deriva a la negrura desde la ejecución de Manchester» —escribía Karl al respecto— y usa su cruz polaca sobre una cinta verde.» «No necesito decirte —respondió Engels al día siguiente— que el negro y verde son también los colores prevalecientes en mi casa.» [\[1329\]](#)

El sentimiento de indignación por las sentencias impuestas a los fenianos era compartido por el Consejo General de la Internacional. En su reunión del 19 de noviembre de 1867 para debatir precisamente acerca del fenianismo, Hermann Jung, un relojero suizo, estableció el tono arguyendo que, aun cuando él no era «un instigador de los movimientos inspirados en la fuerza, [...] los irlandeses no cuentan con otra opción para provocar algún impacto». La Liga por la Reforma había logrado muchísimo con su «fuerza moral», pero solo «bajo la amenaza del recurso eventual a la fuerza, con ocasión de los mítines en Hyde Park, el Gobierno cedió. [...] Garibaldi es tenido por un gran patriota, ¿y no se han sacrificado vidas acaso en los

movimientos de Garibaldi? Los irlandeses tienen el mismo derecho que los italianos a rebelarse. [...] *[Fuertes aplausos]*». [\[1330\]](#) En las reuniones de la Liga por la Reforma los sentimientos eran igualmente intensos. Odger llegó a declarar que, de haber nacido irlandés, hubiera sido él mismo un feniano. [\[1331\]](#)

Karl llegó con retraso a la reunión del Consejo General celebrada el 19 de noviembre. Aún sufría de un cuadro febril y se sintió aliviado de no tener que hablar, visto que la prensa estaba presente. Luego preparó un discurso para la siguiente reunión, a realizarse el 26 de noviembre, pero al final estuvo encantado de ceder la palabra a otro miembro, Peter Fox, para que hablara en su lugar. Pensaba que el tratamiento dado por el Gobierno a los irlandeses debía ser ante todo, y en primer lugar, condenado por los ingleses y no solo por los miembros de la Europa continental dentro del Consejo. Las embestidas recurrentes de la enfermedad implicaron que no pudiera asistir a las reuniones entre enero y el verano de 1868. El 16 de diciembre pronunció en un escenario más discreto, el de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes, el discurso que había pensado leer ante el Consejo. [\[1332\]](#)

Sin duda, tal y como ya había indicado, no deseaba permitir que sus puntos de vista sobre Irlanda desviarán la atención de nadie respecto a la edición de *El capital*, pero había otras razones para su cautela. La visión que había desarrollado de Irlanda formaba también parte de una revisión más básica de su idea sobre las posibilidades de la política británica en conjunto. Respecto a Irlanda, daba a entender lo esencial de su nuevo enfoque en un par de cartas a Engels en noviembre. El 2 de ese mes aludía a métodos forzados para «expulsar a miles de personas de sus hogares», incluidos «los granjeros que viven holgadamente», y a la confiscación de sus «mejoras e inversiones de capital. [...] En ningún otro país de Europa —escribió— ha adoptado el dominio foráneo esta modalidad de expropiación directa sobre la población nativa». Y concluía: «Alguna vez creí que la separación de Irlanda e Inglaterra era imposible. Ahora la creo inevitable, aunque a la separación le siga una *Federación*». [\[1333\]](#) En otra carta a Engels, fechada el 30 de noviembre, elaboró más este argumento indicando que desde 1846 el contenido económico y el objetivo político del

dominio inglés había «entrado en una fase absolutamente nueva». Irlanda se había quedado sin su monopolio del mercado inglés del grano, cambiando la labranza por el pastoreo. Esto implicó «el vaciamiento de las fincas de Irlanda» y la expulsión de los irlandeses «mediante las ovejas, los cerdos y los bueyes». Por estas razones, pensaba que «el fenianismo se caracteriza por sus proclividades socialistas (en el sentido negativo, dirigidas contra la APROPIACIÓN del SUELO) y por ser un MOVIMIENTO DE LOS ÓRDENES INFERIORES». Concluía que los trabajadores ingleses debían proclamar su apoyo al Rechazo de la Unión (la Unión de los Parlamentos inglés e irlandés en 1801). Lo que los irlandeses precisaban era «el autogobierno y la independencia», «la revolución agraria» y los aranceles proteccionistas contra Inglaterra.[\[1334\]](#)

Su nueva visión de Irlanda iba a la par del desvanecimiento de las esperanzas que inicialmente había puesto en la Liga por la Reforma y en los sindicalistas londinenses. En abril de 1868 escribió al doctor Kugelman que «*por el momento*, este giro de los acontecimientos va en detrimento del partido de los trabajadores, porque los intrigantes en su seno, como Odger, Potter, etcétera, que desean entrar en el próximo Parlamento, han dado ahora con una nueva excusa para asociarse con la burguesía de tendencia liberal». [\[1335\]](#) Estaba particularmente indignado con el entusiasmo que mostraban hacia míster Gladstone, un individuo que les había negado su clemencia a los insurgentes fenianos y que, en fecha tan tardía como 1862, había manifestado su apoyo a Jefferson Davis y la causa confederada.

Las posibilidades de los obreros de desarrollar una acción política independiente se vieron asimismo menguadas por el curso que tomaron las elecciones de 1868. La Liga por la Reforma no presentó candidatos propios e independientes. No es solo que careciera de los medios financieros para hacerlo, es que además hubo escaso apoyo popular a la iniciativa. Estaba en decidido ascenso una alianza liberal-laboralista. Como argüía Beesley, «ningún trabajador emitiría un voto contra hombres como Mister Bright, Mister Mill o Mister Gladstone, independientemente de lo que prometiera el candidato opositor». [\[1336\]](#) Además, la campaña proseparación de la Iglesia irlandesa gozaba de popularidad; incluso Karl pensaba que «a largo plazo» beneficiaría a la clase trabajadora inglesa, pues «la defenestración de la

Iglesia establecida de Irlanda significaría su caída en Inglaterra, y a las dos las seguiría (en irse a pique) el SEÑORÍO AGRARIO, primero en Irlanda y después en Inglaterra. Y siempre he estado convencido de que la revolución social debe partir *seriamente* por el suelo, es decir, por la propiedad terrateniente». [\[1337\]](#)

En 1869 el tema de Irlanda afloró de nuevo a la superficie con la aparición de un movimiento con base en Irlanda que presionaba por una amnistía a favor de los líderes fenianos encarcelados en 1867. El movimiento se anotó un triunfo singular con la victoria del encarcelado Jeremiah O'Donovan Rossa en la elección regional de Tipperary en 1869. El fenianismo capturó brevemente el imaginario no solo de los activistas, sino de irlandeses moderados deseosos de apoyar la campaña de amnistía y un espectro más amplio de simpatizantes en Inglaterra, que iban desde la familia Marx hasta el cardenal Newman. En septiembre Tussy [Eleanor Marx] recorrió Irlanda en compañía de Engels y Lizzy Burns y, a principios del año siguiente, empleando el seudónimo de J. Williams, su hermana Jenny escribió una serie de artículos en apoyo de los fenianos para *La Marseillaise*. En octubre escribió ella misma al doctor Kugelmann describiéndole una manifestación multitudinaria a favor de la liberación de los prisioneros fenianos: «Visto que Tussy ha vuelto de Irlanda más incondicionalmente irlandesa que nunca, no descansó hasta que no nos hubo persuadido a Moor, Mama y a mí de ir con ella a Hyde Park. [...] El parque [...] era una sola masa humana de hombres, mujeres y niños, había gente hasta en la parte más alta de los árboles». [\[1338\]](#)

Karl esperaba valerse de la campaña proamnistía para realizar una embestida frontal contra Gladstone. Consideraba imperativo cambiar la actitud de la clase obrera de Inglaterra hacia Irlanda, pero para que ello ocurriera, antes había que plantear un desafío a la infatuación que vivían los sindicalistas con los liberales. El 16 de noviembre abrió en el Consejo General la discusión relativa a «la actitud del Gabinete británico en el tema de la amnistía irlandesa». Habló durante una hora y quince minutos. Argumentó que en su réplica a las demandas irlandesas de «liberación de los patriotas irlandeses encarcelados, míster Gladstone ofende deliberadamente a la nación irlandesa». En apoyo de su resolución, señaló

que «durante la elección, Gladstone justificó la insurrección feniana y dijo que cualquier nación en circunstancias similares se hubiera rebelado». Contrastó el apoyo de Gladstone a «la rebelión de los dueños de esclavos» con su prédica de la «violencia pasiva» al pueblo irlandés.[\[1339\]](#) En la siguiente reunión del Consejo General, celebrada el 23 de noviembre, Odger planteó, en defensa de Gladstone, la pregunta de si no era «políticamente imprudente» emplear un lenguaje tan subido de tono cuando el objetivo era asegurar la liberación de los prisioneros, mientras que Thomas Mottershead, miembro del sindicato de hilanderos, no solo rechazó cualquier demanda irlandesa de independencia sobre la base de que Irlanda era necesaria como defensa ante Francia, sino que defendió fervientemente la trayectoria política de Gladstone. Finalmente, Odger sugirió que era posible aprobar por unanimidad la resolución siempre y cuando se omitiera el término «deliberadamente».[\[1340\]](#)

«He atacado hace poco a Gladstone», escribió Karl al doctor Kugelman el 29 de noviembre. La intención oculta tras su actitud resuelta «tenía naturalmente otros motivos que el puro y simple afán de alzar la voz con decisión y con fuerza a favor de los oprimidos irlandeses. [...] Estoy cada vez más convencido», proseguía, de que «la cuestión pasa ahora por remarcar esta convicción en la mente de la clase trabajadora inglesa: la de que jamás logrará hacer nada decisivo aquí en Inglaterra si no se distancia de manera definitiva, en su actitud ante Irlanda, de la que mantienen las clases dominantes, y si no hace causa común con los irlandeses hasta el extremo de asumir la iniciativa en la disolución de la Unión».[\[1341\]](#) Pero tal y como se dieron las cosas, Karl fue luego incapaz de asistir a la reunión del 7 de diciembre, en la que debía abrir la discusión sobre Irlanda y la clase trabajadora inglesa: «Mi familia no me permitió salir con esta NIEBLA y DADO MI ACTUAL ESTADO DE SALUD».[\[1342\]](#)

En dicha ocasión no solo no trataron la resolución de Karl sobre Irlanda y la clase trabajadora inglesa, sino que no volvieron a debatir el asunto. El Consejo General estaba dichoso de apoyar las demandas irlandesas de independencia, pero no dispuesto a ir más allá. Sindicalistas como Odger regularon ante cualquier forma de avalar el uso de la fuerza por los fenianos, y se mostraron a la vez renuentes a participar en cualquier ataque

sin fundamentos contra Gladstone, ante todo porque apoyaban no solo su Ley de la Iglesia, sino también su Ley de la Tierra, que eran las dos centrales dentro del programa legislativo de gobierno.^[1343] Además, en 1870 la visibilidad del fenianismo comenzó a decrecer. Los propios fenianos, en su mayoría, abandonaron la línea política de la rebelión armada y, en 1874, variaron su apoyo hacia una campaña parlamentaria a favor del gobierno local.

En la década de 1870 el Consejo General estuvo encantado de dejar de lado el asunto. La única evidencia que sugería un compromiso por su parte fue una «Circular» supuestamente enviada por el Consejo General al Consejo Federal de la Suiza Romance, circular cuyo propósito era responder a un ataque a su comportamiento institucional aparecido en *Egalité*, publicación con base en Ginebra que simpatizaba con Bakunin.

El principal objetivo de la Circular era oponerse a la propuesta de separar el Consejo General de un Consejo Federal, que actuaría como la filial inglesa de la Asociación. En defensa de la posición vigente del Consejo General, la Circular desarrollaba un ambicioso análisis de carácter especulativo sobre la caída del Imperio británico y el mercado mundial. Se decía que, aun cuando podía ocurrir que la revolución comenzara en Francia, «solo Inglaterra podía constituir la palanca para una revolución *económica* seria», siendo un país en el que la gran mayoría de la población eran trabajadores asalariados y donde la lucha de clases y la organización sindical de la clase trabajadora «ha adquirido cierto grado de madurez y universalidad». Inglaterra dominaba el mercado mundial; era el centro mundial del señorío de la tierra y el capitalismo. Su punto débil era Irlanda.

La primera preocupación de la Asociación era «hacer avanzar la revolución social en Inglaterra. Con este fin, hay que dar un fuerte golpe a Irlanda». El poder del señorío agrario inglés dependía, en gran medida, de la ausencia de propiedad agraria en Irlanda, ya que la burguesía inglesa había afianzado su poder allí forzando la inmigración de los trabajadores irlandeses pobres. Esto había escindido al proletariado en dos campos hostiles entre sí en Gran Bretaña: «El trabajador inglés promedio odia al trabajador irlandés por ser un competidor que hace descender los salarios y la CALIDAD DE VIDA. Experimenta antipatías nacionales y religiosas

hacia él. Lo considera en alguna medida como veían los BLANCOS POBRES del sur de Estados Unidos a los esclavos negros». Por la vía de propiciar la independencia irlandesa y resquebrajar el poder del señorío agrario, sería posible un colapso de la clase dominante. Por tanto, era imperativo movilizar a la clase trabajadora inglesa en pro de un rechazo de la Unión, pues ese rechazo era una «*condición previa de la emancipación de la clase trabajadora inglesa* para transformar la *unión forzada* hoy vigente (es decir, la esclavización de Irlanda) en una *confederación libre*, de ser posible, o una *separación total*, si fuera preciso».

Redactada en francés y definida como un «documento confidencial», la circular escapaba a las precauciones elementales que normalmente se toma con la documentación oficial. Y cualesquiera fuesen los méritos de la lectura que hacía de la relación entre la clase trabajadora británica e Irlanda en conjunto, el análisis de cómo era posible alcanzar ese objetivo político conducía a un vuelo incontenible de la imaginación, presente por lo general solo en la correspondencia privada. La revolución no podía confiarse a los ingleses: «El Consejo General estaría ahora en la *feliz posición de tener directamente en su mano esa gran palanca de la revolución proletaria*, menudo disparate, hasta podríamos decir ¡menudo crimen si dejamos que esa palanca caiga solo en manos inglesas! [...] Los ingleses —proseguía el texto— tienen la base *material* requerida para la revolución social. Lo que les falta es el *espíritu de universalización y el ardor revolucionario*». El Consejo General podía proveerles de todo ello, lo cual podía «acelerar el auténtico movimiento revolucionario en este país y, consiguientemente, *en todos lados*».[1344] La circular pretendía haber surgido del Consejo General y en su parte inicial decía: «En su reunión extraordinaria del 1 de enero de 1870, el *Consejo General* ha resuelto...». Pero no hay pruebas de que esa reunión hubiera ocurrido[1345] ni es probable que los integrantes del Consejo hubieran aprobado un documento semejante.

Desde la perspectiva de Karl, las complejidades de la situación irlandesa eran dejadas normalmente de lado. Su análisis se basaba en la premisa, por lo demás irreal, de que las divisiones religiosas y sectarias habrían de remitir pronto. Una vez se hubiera apartado de la escena a la Iglesia irlandesa, escribió al doctor Kugelmann en 1868, «los inquilinos irlandeses

de confesión protestante y residentes en la provincia del Ulster harán causa común con los inquilinos católicos y su movimiento en las otras tres provincias irlandesas, donde, hasta aquí, el SEÑORÍO AGRARIO se ha mostrado capaz de explotar ese antagonismo *religioso*».[1346] En el curso de 1870 Karl perseveró en esta lectura de Irlanda como la clave para el advenimiento de la revolución social, primero en Inglaterra y luego, por extensión, en el mundo. En marzo de ese año escribía a los Lafargue: «Para acelerar el desarrollo social en Europa, uno ha de propiciar la catástrofe de la Inglaterra oficial. Para ello, uno ha de atacar por Irlanda. Ese es su punto más débil. Perdida Irlanda, el “Imperio” británico desaparece, y la guerra de clases en Inglaterra, que ha discurrido hasta aquí con somnolencia y en fase crónica, asumirá sus formas más agudas. Pero Inglaterra es la metrópolis del señorío agrario y el capitalismo en todo el mundo».[1347] Solo que, sin mayores evidencias de una «presión desde fuera», que había dado sustancia a las esperanzas de 1866 y 1867, el análisis resultaba abstracto y doctrinario.

El foco puesto en Irlanda era, en parte, el resultado de la frustración que trajo consigo la ausencia de nuevos desarrollos críticos en Inglaterra, junto con la decepción ante la renuencia de los sindicalistas a ir más allá de sus posturas iniciales. Hasta 1871 Karl siguió siendo una figura respetada, si bien algo aislada, dentro del Consejo General. Más allá de las tradiciones radicales autóctonas, estaban los mazzinistas, pero no los marxistas. Estaban también los comtianos, o positivistas comtianos, como Edward Beesly o Frederic Harrison. Karl se convirtió en una figura notable tras la Comuna de París y la publicación en 1871 de *La guerra civil en Francia*, pero no hubo ningún interés más amplio en las ideas marxistas hasta que *El capital* apareció en Francia a finales de la década de 1870. Es probable, como decía George Howell más adelante, que poco y nada se supiera de su visión más vasta, fuera de las cuestiones prácticas relacionadas con la Asociación. La visión de Karl y de los sindicalistas había convergido en cierto número de cuestiones relevantes, como la limitación del horario en las fábricas y del trabajo juvenil, la enseñanza laica y la propiedad de la tierra, pero el lenguaje de clase articulado por los sindicalistas ingleses difería sustancialmente del que imaginaba Karl.

Karl, y Engels antes que él, solo entendían a medias ese lenguaje tal y como era articulado por el radicalismo y el cartismo. Mientras Karl concebía la clase como un fenómeno puramente social, para los ingleses de tendencias radicales la clase era inseparable de la opresión política que resultaba de una Constitución desequilibrada. En términos sociales, había buenos y malos empleadores; siempre que se había producido hostilidad contra los empleadores, había sido de índole política: fruto de la conspiración en un Estado dominado por la aristocracia agraria. Los sindicalistas estaban felices de colaborar con quienes apoyaban la reforma, con los «liberales avanzados» como Miall. Los sindicalistas aprobaban los arbitrajes allí donde eran posibles, secundando las huelgas solo donde eran necesarias. Si había una modalidad más visceral de hostilidad entre las clases, iba dirigida contra la aristocracia agraria, cuya posición se basaba no en el trabajo sino en la conquista. La reforma de la tierra —ya fueran la abolición de la primogenitura recomendada por la Asociación de Reforma de la Propiedad Agraria, de Mill, o la propiedad pública de la tierra como la propiciada por la Liga de la Tierra y el Trabajo— se inscribía desde hacía mucho tiempo en de la tradición radical.

Los líderes sindicales con los que Karl hubo de tratar en la Internacional —George Odger, George Howell, William Cremer, Robert Applegarth, Thomas Mottershead, John Hales y otros— pertenecían todos a una generación particular y su actitud ante el conflicto en el ámbito industrial se había forjado en el clima político de la década de 1850. El punto de inflexión había sido la gran oleada huelguista de 1853-1854: en especial, la huelga en Preston, un evento de importancia suficiente para inspirar a Dickens a escribir *Tiempos difíciles*. La oleada había determinado el primer resurgimiento de las acciones en masa de la clase trabajadora después de 1848, pero los empeños de conectar este movimiento con el cartismo fracasaron. Tanto la prensa radical como su homóloga defensora de los propietarios hablaban de esta lucha en términos nuevos. Trataban de la armonía o conflicto de intereses entre el «capital» y el «trabajo», que era una nueva retórica económica, bien distinta a la de la agitación cartista entre 1837 y 1842.[\[1348\]](#) Todo ello marcó el primer paso en el proceso por el que las clases trabajadoras pasaron a ser reconocidas como legítimos

negociadores dentro del Estado. La prensa de las clases propietarias habló por primera vez del «Cuarto Estado» y sus legítimos intereses y aflicciones. [\[1349\]](#)

La nueva actitud ante las relaciones industriales era fruto del nuevo clima político surgido tras la derrota del cartismo en 1848. Tras la drástica reestructuración que había sufrido en las décadas de 1830 y 1840, el Estado se replegó del papel tan destacado que había desempeñado hasta entonces dentro del mercado laboral. El conflicto entre «capital» y «trabajo» ya no tenía connotaciones políticas inmediatas. El cartismo había sido una lucha no contra el sistema salarial en sí, sino más bien contra sus abusos, que eran instigados y facilitados por un Estado corrupto. El cambio en la postura del Estado en las décadas de 1850 y 1860 estuvo acompañado por un cambio de actitud en las clases trabajadoras.

A la vez que prestaba mucha atención a los desarrollos de la economía inglesa entre 1850 y 1870, Karl apenas si había reparado en la naturaleza cambiante del Estado y el sistema político. En 1844 Engels había subestimado muy seriamente la importancia de los «derechos de nacimiento» en Inglaterra y Karl no cuestionó, de hecho, esa postura de su amigo. Como bien sugería el año 1848, la libertad de prensa y de asociación eran rasgos legitimizadores nada irrelevantes del sistema político inglés en una época en que no existían en ningún otro sitio de Europa.

En los próximos veinte años la legitimidad moral del Estado y del sistema político se incrementó de manera significativa. Los excesos de la «antigua corrupción» se redujeron, los «no conformistas» fueron capaces de quebrar el monopolio anglicano del empleo estatal y la enseñanza superior, se puso límites a las horas de trabajo, los fondos sindicales fueron legalmente protegidos, las huelgas comenzaron a ser cada vez más toleradas y, en 1867, una proporción significativa de las clases trabajadoras tenía derecho a voto. Las diferencias en el clima político de Gran Bretaña y el resto del continente europeo fueron destacadas por Robert Applegarth, el líder de la Sociedad Unificada de Carpinteros y Ensambladores, al señalar en el Congreso de la Internacional en Basilea, en 1869, que «por fortuna, en Inglaterra no tenemos necesidad de arrastrarnos a los agujeros y rincones para que no nos vea un policía». [\[1350\]](#)

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

El congreso de 1870 de la Internacional estaba programado en París, pero el constante asedio a la Asociación en Francia llevó a la decisión de realizarlo en Mainz. Sin embargo, el 19 de julio de 1870, dos semanas antes de que se inaugurara, Francia declaró la guerra a Prusia y el congreso debió cancelarse. La guerra fue el subproducto de ambiciones dinásticas entreveradas con el frenesí nacionalista. El apoyo de Bismarck a la pretensión de los Hohenzollern al trono de España hizo aflorar los temores galos a una encerrona. Al alimentar un ánimo belicoso en Francia (pero no iniciar él mismo la guerra), el objetivo de Bismarck era acercar a la Alemania del Sur a la Confederación Germánica del Norte, dominada por Prusia. La demanda de los Hohenzollern fue retirada, pero la opinión pública francesa había sido ya enervada por el presunto desaire del monarca prusiano a Francia al retirar su demanda (el famoso telegrama de Ems). Dado el trivial motivo esgrimido para ir a la guerra y la reputación de Bonaparte como proclive a la temeridad bélica, las simpatías iniciales estaban con los prusianos, que se habían visto supuestamente obligados a una guerra defensiva. Como Jenny, la hija de Karl, escribió al doctor Kugelmann: «No acabamos de recobrarnos de la sorpresa e indignación ante el giro que han adoptado los acontecimientos. [...] En vez de pelear por destruir el Imperio, el pueblo francés se sacrifica por su engrandecimiento. Este resurgir súbito del chovinismo en el siglo XIX es ciertamente una farsa horrenda».[\[1351\]](#) El apoyo inicial de Karl a los prusianos fue enfático: «Los franceses se merecen una buena paliza. Si ganan los prusianos, la centralización consiguiente del PODER DEL ESTADO será beneficiosa para una centralización de la clase trabajadora alemana. Entonces, el predominio alemán hará desplazarse el centro de gravedad del movimiento obrero en Europa occidental de Francia a Alemania». A partir de 1866, decía, la clase obrera alemana ha sido «superior a la de Francia en términos teóricos y organizativos». La victoria

prusiana aseguraría «el predominio de *nuestra* teoría sobre la de Proudhon». Creía asimismo que la derrota de Bonaparte desencadenaría muy probablemente una revolución en Francia, mientras que una derrota de Alemania «contribuiría únicamente a prolongar por otros veinte años la situación actual».[1352]

El 23 de julio el Consejo General dio a Karl la facultad de redactar un «Manifiesto» sobre la guerra. Según ese «Manifiesto», Bonaparte estaba embarcado en una guerra puramente «dinástica», que sería «el toque de difuntos para el Segundo Imperio». Los alemanes, por su parte, estaban embarcados en «una guerra defensiva». Sería un desastre si la clase trabajadora alemana permitía que esa guerra perdiera «su carácter estrictamente defensivo», pero «los principios de la Internacional» estaban «demasiado arraigados, y con firmeza, entre la clase trabajadora alemana como para temer que se consumara algo tan triste». En contraste con la «vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus delirios políticos», concluía el documento, estaba naciendo una «nueva sociedad», cuya «norma internacional» sería *Paz y Trabajo*.[1353] En Gran Bretaña, el «Manifiesto» fue muy bien recibido. En la reunión del Consejo General celebrada el 2 de agosto, se informó de que John Stuart Mill estaba «muy complacido con él. No había en sus líneas ni una palabra que no deba estar; no se podría haber reducido a menos palabras».[1354]

La movilización francesa fue lenta y la superioridad militar alemana fue evidente enseguida. Ya en la primera semana de agosto estaba claro para Karl, quien no entendía «nada de los temas militares», que los franceses se encaminaban a una derrota. «Rara vez se ha conducido una campaña de forma más irreflexiva, no planificada y mediocre, que esta campaña en particular.» Pero las esperanzas de la influencia moderadora que pudiera tener el movimiento obrero se vieron pronto defraudadas. La evaluación de Engels había sido bastante más sombría, desde un comienzo: «Luis Bonaparte se da cuenta de lo mal que ha calculado todo». La campaña no podía terminar bien para él. Toda esperanza de que los prusianos hicieran solo un «alarde bélico» era un absurdo. «*On ira au fond*» (Será librada hasta sus consecuencias más amargas).[1355] Esto quedó claro muy pronto

con las exigencias de posguerra prusianas: el pago de una indemnización de cinco mil millones de francos y la pérdida de Alsacia y Lorena.

Karl atribuía este giro en las ambiciones germánicas a la «camarilla prusiana» y «los patriotas cerveceros del sur de Alemania». Veía además, con suficiente claridad, que «la avidez lujuriosa de Alsacia y Lorena [...] será la mayor desgracia que pueda recaer sobre Europa y toda Alemania». [1356] La guerra provocó a su vez la caída del Segundo Imperio, como Karl había previsto. El 2 de septiembre Bonaparte se rindió con un ejército de ciento veinte mil hombres en Sedán. El 4 de septiembre el *Corps Législatif* declaró el fin del Imperio, mientras un grupo de diputados republicanos proclamaba la República. La guerra le fue atribuida a Bonaparte, aunque las exigencias de Bismarck seguían en pie. La guerra implicaba ahora la defensa de la nación y la república.

En respuesta a lo ocurrido, el Consejo General emitió el 9 de septiembre un «Segundo Manifiesto», también redactado por Karl. En él, el viraje de Alemania hacia una «política de conquista» era atribuido a la clase media liberal alemana —«con sus profesores, sus capitalistas, sus concejales y tinterillos»—, desde 1846 indecisa en su lucha por las libertades cívicas, pero «verdaderamente encantada ahora de cabalgar sobre la escena europea como el león rugiente del patriotismo alemán». El texto se burlaba de los argumentos militares germanos para justificar la anexión, las así llamadas «garantías materiales». Francia debería convertirse en «instrumento *declarado* del engrandecimiento ruso o, tras un breve respiro», se prepararía para una nueva guerra, «no una de esas novedosas guerras “localizadas”, sino una *guerra de razas*: una guerra en que se entrecruzarían las razas eslava y romana». [1357]

En carta dirigida por Karl en la misma época a Friedrich Sorge, era más explícito al respecto: «Lo que los chacales prusianos no ven es que la guerra actual está conduciendo igual de inevitablemente a una guerra entre Alemania y Rusia, igual que la guerra de 1866 condujo a la guerra entre Prusia y Francia». El «mejor resultado» de una guerra así sería el fin de «Prusia», visto que el «prusianismo» solo podía existir «en alianza con Rusia y sometido a ella». Por otra parte, esa guerra actuaría como «la partera de la revolución social inevitable en Rusia». [1358]

El «Segundo Manifiesto» proseguía con un saludo al «advenimiento de la República en Francia», a la vez que advertía contra la posibilidad de que el nuevo Gobierno galo, conformado por orleanistas y republicanos de clase media, pudiera servir como «recurso provisional» en la senda hacia a una restauración orleanista. Pero los «trabajadores franceses» no debían intentar bloquear la nueva Administración: «Cualquier intento de entorpecer al nuevo Gobierno en la crisis actual, cuando el adversario está prácticamente a las puertas de París, sería una locura de carácter desesperado». Esto parecía un riesgo en ciernes, dada la probabilidad creciente de una derrota gala. Incluso antes de la derrota de Bonaparte en Sedán, el ejército francés se había mostrado desmoralizado. Tras una secuela de derrotas en agosto, el sitio prusiano de París parecía inevitable. El nombramiento del conservador Louis-Jules Trochu como gobernador militar de la región de París y la negativa a traer de vuelta al ejército galo al mando de Bazaine para defender la capital, llevó a la creencia de que la principal preocupación del emperador no era proteger París, sino controlar el descontento cívico en la ciudad.

Con el fin del Imperio y los ejércitos prusianos avanzando hacia París, la única fuerza seria que quedaba para proteger la capital era la Guardia Nacional, armada y en posesión de los cañones que serían utilizados en la defensa de la ciudad. A diferencia de los ejércitos imperiales y de la Guardia Móvil de Trochu, compuesta de quince mil efectivos, la Guardia Nacional se había convertido en un cuerpo cada vez más organizado durante la guerra y en una fuerza republicana militante. Había aumentado a ciento treinta y cuatro batallones e incluía entre ciento setenta mil y doscientos mil hombres y, durante la primera semana de septiembre, con el añadido de nuevos batallones, la cifra total de efectivos llegó a trescientos cuarenta mil. Los guardias nacionales elegían ellos mismos a los comandantes de cada compañía. Eran, predominantemente, trabajadores u hombres del segmento inferior de la clase media, desconocidos fuera de sus *quartiers* específicos, y a los que se pagaba un franco y medio al día, con una cantidad extra cuando tenían esposa e hijos. Este salario era de crucial importancia, pues con el cese de la actividad en tiempos de paz, los

parisinos empobrecidos se habían vuelto progresivamente dependientes de los «30 sous» diarios para sostener a sus familias.

Los alemanes decidieron no bombardear la ciudad, sino reducirla por el hambre. El sitio comenzó el 18 de septiembre de 1870 y duró hasta el armisticio del 28 de enero de 1871. Los parisinos esperaban ser rescatados por el ejército de Bazaine en Metz, pero el 31 de octubre Metz cayó y el ejército de ciento cincuenta mil hombres se rindió. A la par de ello, parece ser que hubo intentos, por parte de un veterano conservador, Adolphe Thiers, de negociar un armisticio con los prusianos. Todo era cuestión de lograr que los parisinos aceptaran la derrota.

Pero no era así como los mismos parisinos entendían la situación. Habían votado contra Bonaparte desde 1863 y estaban resentidos porque se les hubiera negado el autogobierno municipal. El auge inmobiliario de Haussmann había redundado en una enorme migración hacia la ciudad, causando alarma entre sus residentes más acaudalados. Los obreros de la construcción eran ya el 20 por ciento de la población en una economía cada vez más inestable. A una recesión económica en el bienio de 1867-1868 le había seguido una oleada de huelgas en el de 1869-1870, fruto de lo cual un gran número de pequeños patrones había ido a la quiebra.

La población trabajadora era republicana y anticlerical. La alianza de Bonaparte con la Iglesia católica causaba un singular disgusto. Después de 1848 la Iglesia había bloqueado la unificación italiana al aferrarse a sus posesiones temporales con la ayuda francesa y promovido a nivel oficial los episodios supuestamente milagrosos en Lourdes, además su «Syllabus de Errores» de 1864 rechazaba de manera perentoria cualquier compromiso con el liberalismo o la Ilustración.[\[1359\]](#) En París este viraje reaccionario de la Iglesia ocurrió a la vez que el aumento de un laicismo radical y militante, articulado por una generación de estudiantes radicales inspirados en el ateísmo de Proudhon, el positivismo de Auguste Comte y la crítica religiosa de Renan, junto a los argumentos darwinistas y de otros naturalistas materialistas.

Así que, al menos hasta el armisticio con Prusia, el estado de ánimo general en París no era revolucionario. Cuando cayó Metz, un intento blanquista de derrocar al Gobierno fracasó por falta de apoyo y, poco

después, este vio reforzada su posición al realizar un plebiscito que ganó por amplia mayoría (221.374 votos contra 53.585). El Gobierno celebró además elecciones municipales, en las que fueron derrotados claramente los sectores revolucionarios, aun cuando obtuvieran apoyos significativos en algunos distritos de clase obrera.

Dentro de un París aislado del resto del mundo por el cerco prusiano, la confianza en las capacidades de la ciudad para resistir el sitio y romperlo en pos de la victoria final seguía siendo muy firme. Entre los sectores radicales el sitio había engendrado un nuevo léxico de patriotismo revolucionario, con el que se hacían crecientes llamamientos a la *Comunne*, en referencia a la Comuna Revolucionaria de París de 1792, momento en que una Francia sitiada se había abierto paso hacia la victoria en un arrebato excepcional de patriotismo. Esa Comuna había propiciado un giro crucial en medio de la Revolución. Había derrocado a la monarquía, transformado la defensa nacional al introducir la *levée en masse* (reclutamiento universal) y provocado el asesinato de los presuntos enemigos de la Revolución en las «masacres de septiembre». La potencia enorme del término «Comuna» venía del hecho de que englobaba, en una sola palabra, las ideas de defensa nacional, democracia local y revolución. Dicho lenguaje alentaba la creencia de que ciudadanos republicanos empeñados en el propósito podían superar a los desmoralizados ejércitos de la monarquía. Los líderes revolucionarios y comandantes de la Guardia Nacional manifestaban «prácticamente a diario, en discursos, poemas, panfletos, afiches y artículos, su determinación resuelta de desarrollar *la résistance à outrance*, a morir antes que a rendirse, a armar una *sortie torrentielle*».[1360]

El 30 de noviembre una incursión de sesenta mil hombres, pensada para unirse al ejército del Loira, no logró romper las líneas alemanas y sufrió diez mil bajas. En enero de 1871 Bismarck intentó bombardear la ciudad hasta su rendición, pero no tuvo éxito. En respuesta, Trochu accedió a los argumentos de los patriotas republicanos, empleando unidades de combate de la Guardia Nacional en otra incursión cuya intención era atacar el cuartel general prusiano en Versalles, pero el ataque de noventa mil franceses de tropa, incluidos cuarenta y dos mil guardias nacionales, fue pronto rechazado, dejando tras de sí cuatro mil hombres muertos o heridos.

Humillados y rabiosos, los batallones radicales de la Guardia Nacional presionaban a favor de seguir resistiendo, pero el Gobierno, apoyado por la mayoría de la población de fuera de París, buscó un armisticio, acordado el 28 de enero de 1871.

París había soportado en vano un sitio de cuatro meses. El Gobierno fue culpado de la derrota. El 8 de febrero se celebró una elección a nivel nacional para aprobar los términos de la paz. Los conservadores, apoyados por votantes rurales, hicieron campaña por la paz. Los republicanos, con fuerza en las áreas urbanas y sobre todo en París, presionaban a favor de continuar la guerra. El resultado fue una Asamblea Nacional con cuatrocientos diputados conservadores, en su mayoría realistas, y ciento cincuenta republicanos. La hostilidad parisina a esta Asamblea, dominada por *les ruraux* (los campesinos), era extrema. Su fanatismo y hostilidad hacia la República eran, según se decía, propiciados por la Iglesia valiéndose del confesionario.

Nuevos acontecimientos amenazaron aún más el estatus y la posición de París. El Gobierno de Defensa Nacional, republicano y moderado, y ahora por completo desacreditado, se sustituyó por un nuevo Gobierno conservador designado por la Asamblea Nacional y encabezado por Adolphe Thiers. El 10 de marzo la Asamblea Nacional se trasladó de Burdeos, no a París, sino a Versalles, donde estaría a distancia segura de «la chusma». La Asamblea decidió implementar el pago de las letras de cambio comerciales, una medida que provocó alarma entre los pequeños comerciantes, sobre todo de los parisinos. Se temió que a esa medida siguiera una legislación destinada a imponer el pago de los alquileres atrasados y a terminar con el salario diario de treinta *sous* que se pagaba a la Guardia Nacional. Se sospechaba, a la vez, que la Asamblea Nacional intentaría restablecer una monarquía tan pronto como le fuera posible.

El 1 de marzo los prusianos realizaron un desfile de la victoria en los Champs Élysées. En respuesta a la vergüenza y amenaza percibida en el paso de los soldados prusianos por la ciudad, la Guardia Nacional restableció por sí misma una Federación Republicana con miras a resistir el desarme y prepararse para reiniciar la guerra. Para ello había convocado grandes manifestaciones patrióticas y republicanas desde el 24 de febrero,

el aniversario del comienzo de la Revolución de 1848. Empezó asimismo a reunir fusiles y municiones para evitar que cayeran en manos de los alemanes. Finalmente desplazó entre trescientos y cuatrocientos cañones (que declaró pertenecientes al pueblo de París y no al Gobierno) lejos de los arsenales oficiales y hasta los altos de Montmartre, Belleville y la zona este de París.

La hostilidad contra París que las medidas de la Asamblea Nacional evidenciaban obstaculizó los empeños gubernamentales de negociar la entrega de la artillería, pero esa entrega era esencial, ya que si la Guardia Nacional continuaba en posesión de suficientes medios de defensa, no podía imponerse el control gubernamental de la ciudad. Para resolver este *impasse*, Thiers decidió hacerse con el armamento por sorpresa. El 18 de marzo, antes del amanecer, se enviaron tropas regulares a escalar los altos de Montmartre y hacerse con la artillería, pero miles de guardias nacionales, de hombres y de niños salieron a la calle para obstaculizar la maniobra. Al comprobar que su avance estaba bloqueado, los soldados ignoraron las órdenes de sus oficiales para que dispersaran a los manifestantes por la fuerza y confraternizaron con la multitud. Dos generales muy impopulares, uno de ellos designado para comandar la Guardia Nacional, el otro responsable de ordenar a las tropas que abrieran fuego contra los manifestantes, fueron llevados aparte y fusilados. En toda la ciudad se organizaron barricadas, París estaba fuera de control. El Gobierno y el alto mando del ejército se replegaron con todas las tropas disponibles a Versalles. París quedó en manos de la Guardia Nacional, cuyo Comité Central de la Federación Republicana se proclamó el Gobierno *de facto* de París en el Hôtel de Ville.

LA COMUNA Y LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

Es imposible entender la Comuna a menos que se la considere un efecto resultante de las circunstancias únicas generadas por el sitio de París y la guerra. Que una ciudad cualquiera del mundo se viera obligada o habilitada repentinamente a forjar sus propias leyes y gobierno desde cero, era un

hecho sin precedentes e inimitable. Fue, a la vez, una libertad enmarcada por la tragedia. La Comuna concluyó con una de las masacres más notorias del siglo XIX. Esto ocurrió, en buena medida, porque ambas facciones estaban armadas y la carnicería fue entendida como un acto de guerra. La acritud provocada por la polarización de las posturas en los meses que siguieron al colapso del Imperio se fundaba en un antagonismo bastante más antiguo. La Federación Republicana aumentó su apoyo con festejos conmemorativos del 24 de febrero de 1848 y la fundación de *La République démocrate et sociale*. Versalles y la Francia rural eran, por otra parte, viejos partidarios de Bonaparte, quien había accedido al poder en la elección presidencial de diciembre de 1848, como líder del resto del país contra los revolucionarios parisinos, y refrendado triunfalmente ese mandato en el plebiscito de 1870.

En los días inmediatamente posteriores al 18 de marzo había cierta reticencia a emplear el término «Comuna». La evacuación repentina y absoluta de París por el Gobierno fue recibida con asombro. El Comité Central de la Guardia Nacional tenía escasos deseos de aferrarse al poder que le había caído en las manos. La esperanza de la prensa y entre la Guardia Nacional era que se llegara a un acuerdo con el Gobierno y la mejor forma de asegurar esto, en lo que coincidían los alcaldes locales, los diputados parisinos en la Asamblea Nacional y el propio Comité Central, era convocar elecciones para conformar un Consejo de la ciudad que pudiera negociar ese acuerdo.

Las elecciones se celebraron el 26 de marzo, pero el plan falló de entrada: el Gobierno de Versalles no reconocería la legitimidad de la convocatoria, lo cual significó que muchos conservadores dejaran la ciudad o boicotearan las elecciones. En consecuencia, hubo un incremento masivo del apoyo electoral a la izquierda republicana y radical. El nuevo Consejo, compuesto de setenta y tres radicales y solo diecinueve moderados, adoptó de inmediato el nombre de «Comuna de París». Lo que había comenzado como una defensa de la Guardia Nacional había desembocado en una revolución, pero, como bien lo expresó Benoît Malon, «nunca antes logró una revolución sorprender tanto a los propios revolucionarios».[1361] Las elecciones, cuya intención era preparar el camino a las negociaciones,

habían derivado en una confrontación aún más aguda, aun cuando desde un principio estaba poco claro a qué clase de compromiso se podía llegar. Las demandas de autonomía municipal y reconocimiento de la República por la Asamblea Nacional eran equivalentes a la demanda de un Estado dentro del otro. Thiers insistía en que la Comuna no tenía legitimidad alguna y que, por tanto, no había nada que negociar. Los *communards* debían sencillamente entregar las armas y rendirse.

Al encontrarse de repente en el Gobierno, los integrantes de la Comuna sacaron tardíamente «Una declaración al pueblo de Francia» con fecha 19 de abril, estableciendo el llamado «Programa de París». Las demandas incluían «el reconocimiento y consolidación de la República» y la ampliación de «la autonomía absoluta de la Comuna» a todas las localidades de Francia. El país se convertiría en una Federación de Comunas, cada una de las cuales tendría control absoluto sobre la economía, la Administración, la seguridad y la enseñanza. Esto marcaría el inicio de «una nueva era de política experimental, positiva y científica. [...] Es el fin del viejo orden gubernamental, un mundo lastrado de curas, militarismo, burocracia, explotación, manipulación del mercado, monopolios, privilegios, al que el proletariado debe su servidumbre y la madre patria sus sufrimientos y desastres».[\[1362\]](#)

Las pocas opciones de negociación que quedaban con Versalles se agotaron con las primeras escaramuzas militares en los suburbios al oeste de París el 2 de abril. Las tropas de Thiers chocaron con una concentración de guardias nacionales en Courbevoie y resultaron victoriosas. Treinta *communards* fueron hechos prisioneros y condenados a ejecución sumaria. En respuesta, la Comuna reunió a veinte mil hombres y envió cuatro columnas contra Versalles, una de ellas al mando de Gustave Flourens, amigo de Jenny. Un coronel observó a los guardias nacionales cuando abandonaban París, advirtiendo el desorden imperante entre ellos: cada uno llevaba trozos de chorizo y pan y un litro de vino. Muchos iban borrachos y cantando, mientras algunos comerciantes astutos se infiltraban entre sus filas para venderles un fuerte aguardiente.[\[1363\]](#)

Los líderes de la Comuna habían asegurado a los guardias nacionales que los soldados de Versalles no pelearían, que apuntarían sus fusiles al

suelo, como habían hecho el 18 de marzo, pero esto resultó falso. La incursión recibió una lluvia incesante de disparos y solo una de las columnas tuvo algún éxito en su cometido, aunque hubo de replegarse por falta de apoyos. Flourens, un comandante habilidoso y enérgico, fue capturado y brutalmente masacrado por un gendarme. Otros comandantes que ya se habían rendido fueron también fusilados, pese al anuncio original de que serían perdonados. El 4 de abril las tropas de Versalles lanzaron un contraataque, capturando varios puntos fuertes alrededor de la ciudad. La Comuna había perdido cerca de tres mil combatientes, que resultaron muertos o capturados, pero el ánimo general dentro de la ciudad fortificada seguía siendo optimista.

La tarea de improvisar un nuevo sistema de gobierno en pocos días dejó múltiples cuestiones sin resolver, en particular la de los límites entre las distintas autoridades y la división de funciones. El Comité Central de la Guardia Nacional traspasó supuestamente el poder a los elegidos para formar el Consejo de la Comuna el 26 de marzo, pero de hecho el Comité Central no solo continuó existiendo durante el tiempo que duró la Comuna, sino que siguió ejerciendo una autoridad independiente, como «guardián de la revolución». Esta era una de las muchas instancias en las que la superposición de funciones entre las autoridades obstruyó la eficacia global. El Consejo de la Comuna se reunía a diario en el Hôtel de Ville, pero su autoridad se veía limitada por las *mairies* de cada *arrondissement* que la integraban. En vez de una distinción convencional entre legislativo y ejecutivo, la Comuna estableció «comisiones» ejecutivas, cada una encabezada por un «delegado». Tales «comisiones» se reunían dos veces al día en el Hôtel de Ville, pero el efecto de esta idea de democratizar las responsabilidades fue incesantes y prolongadas sesiones a menudo improductivas, en las que el tiempo se iba en gran medida en la discusión de asuntos irrelevantes.

La aplicación de las resoluciones era otro problema. El Consejo dependía de la buena voluntad de los alcaldes, tenientes de alcalde, policías y guardias nacionales de cada *arrondissement*. Aunque la mayoría de esos funcionarios cooperaba, algunos resultaban ineficientes u obstruccionistas. Pese a estos obstáculos, la Comuna contaba con el apoyo de la gran

mayoría de la población y fue capaz de actuar con efectividad a favor de los intereses de los parisinos de a pie. Prohibió el desalojo de los inquilinos que no lograban ponerse al día en sus alquileres, reorganizó las etapas de reembolso de la deuda en un plazo de tres años (en lugar de los tres meses decretados por la Asamblea Nacional) y suspendió la venta de objetos que no eran rescatados de las casas municipales de empeño. Prohibió asimismo el trabajo nocturno en las panaderías, una medida vista por muchos como «socialista», pero que apenas resultaba un poco más radical que las restricciones impuestas por los parlamentarios ingleses al horario de las fábricas. Finalmente, sobre la base de un préstamo negociado con el Banco de Francia, la Comuna fue capaz de mantener el pago diario de treinta *sous* a los guardias nacionales.

La mayoría de los *communards* eran trabajadores capacitados en industrias artesanales de larga tradición y a pequeña escala, junto a pequeños empleadores, empleados de cuello blanco, mujeres (muy activas como *ambulancières* y *cantinières*) y estudiantes radicales. Eran todos «proletarios», de acuerdo al empleo contemporáneo del término en francés: aquellos que trabajan por su sustento. La distinción política fundamental no era entre «burguesía» y «proletariado», sino entre «productores» y «holgazanes». Tal y como declaraban los documentos republicanos y revolucionarios de 1871, «mientras que el Segundo Imperio había fomentado el odio» entre «nuestros bravos proletarios» y «nuestra buena burguesía», bajo la República, «el pueblo y la burguesía laboriosa son uno solo». La fracción de la burguesía que no se consideraba parte del pueblo eran aquellos individuos que habían aprovechado el sistema político corrupto del Segundo Imperio, los especuladores y explotadores del pueblo.

Ante todo, los *communards* eran adalides de *La République démocrate et sociale*. El año 1789 había emancipado a la burguesía, 1848 había contribuido a emancipar al proletariado. El enemigo había sido el Estado, en especial el Estado autoritario del Segundo Imperio: el soldado, «el policía juramentado y convencido», el recaudador impositivo, el funcionario irresponsable y el «magistrado impresentable».[\[1364\]](#) El ideal era la «federación». El poder político volvería a manos de las comunidades; se aboliría la explotación dejando la producción en manos de cooperativas

de trabajadores. Pero también habría espacio para los pequeños patrones y empleadores de París, que constituían parte importante del apoyo a la Comuna.

Tales ideales estaban, ante todo, vinculados al nombre de Proudhon, quien, según el pintor Gustave Courbet, era «el Cristo» del socialismo *communard*. Pero sería un equívoco demarcar con excesiva precisión los límites supuestos entre las distintas modalidades de republicanismo, mutualismo y socialismo que surgieron en la década de 1860. Los líderes de la Comuna, generalmente aquellos que habían manifestado alguna forma de compromiso político en los tres o cuatro años previos a la guerra, eran eclécticos en sus creencias. Autorizados a retirarse, de los setenta y nueve integrantes del Consejo de la Comuna, veinticinco eran francmasones, treinta y cuatro pertenecían a la Internacional y cuarenta y tres eran miembros pretéritos o actuales del Comité Central de la Guardia Nacional. [\[1365\]](#) Aunque el nombre de Proudhon era reverenciado por muchos activistas, a finales de la década de 1860 la mayoría de los líderes rechazaba la exclusión propiciada por Proudhon del trabajo femenino fuera de casa, su oposición a las huelgas y su negativa a aceptar la eficacia de la revolución política. Muy típico al respecto era el *ethos* de la filial parisina de la Internacional, que en los años previos a la guerra se había convertido en una mezcla de ideas socialistas, sindicales y cooperativas. Pero un punto de acuerdo compartido era la declaración incluida en el preámbulo a los Estatutos de la Internacional, en el sentido de que «la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los propios trabajadores». Basándose en esto, la confianza estaba puesta en las organizaciones controladas por los trabajadores (cooperativas, *chambres syndicales*), junto al rechazo general al Estado centralizado y autoritario. [\[1366\]](#)

A finales de la década de 1860 los distintos grupos (mutualistas, colectivistas, comunistas antiautoritarios y hasta blanquistas) habían convergido, pero durante el mes de abril de 1871 la posición cada vez más amenazada de la Comuna generó una escisión entre jacobinos y blanquistas, por una parte, y federalistas, socialistas democráticos y proudhonianos, por otra. El 2 de abril los *versillais* habían iniciado un bombardeo de París y los ataques ganaron intensidad a partir de entonces. A finales de abril la

situación se volvió más desesperada. Cuando Clusteret fracasó en su objetivo de reorganizar la Guardia Nacional, se propuso crear un Comité de Salvación Pública: era, una vez más, un intento de replicar los logros de 1793. Mientras que la mayoría de la Comuna apoyó esta propuesta jacobino-blanquista por treinta y cuatro votos contra veintiocho, la minoría de federalistas, secularistas y activistas de clase media la denunció como dictatorial y, a partir del 15 de mayo, esa minoría dejó de asistir a los mítines de la Comuna. De nuevo el curso de los acontecimientos les recordó a los *communards* que 1871 no era 1793 y, tras poco más de una semana, el Comité tuvo que ser sustituido.

La razón de que Thiers hubiera retirado tan dramáticamente el Gobierno y las fuerzas armadas lejos de París era su clara conciencia de que carecía de fuerzas suficientes para aplastar la insurrección. Más de trescientos mil soldados y oficiales que se habían rendido en Sedán y Metz estaban recluidos en fincas alemanas. A principios de abril las tropas a disposición de Versalles se incrementaron en cincuenta y cinco mil hombres, pero Thiers estimaba que se necesitarían cuando menos cien mil para retomar París. Entretanto, no podía hacer otra cosa que intimidar a varias zonas de la ciudad mediante la artillería y recapturar algunos puestos avanzados fuera de los muros urbanos. Fue solo después del 10 de mayo, y tras la firma del Tratado de Frankfurt con Prusia, cuando el derrotado ejército francés quedó libre para regresar. Sus tropas iban a conformar un cuarto de los ciento treinta mil hombres que Thiers empleó en el asalto final a la ciudad.

En el ínterin, durante las diez semanas que duró la Comuna, la mayoría de los parisinos disfrutó de una sensación irreal de libertad. El cambio más apreciable en la vida diaria tenía relación con el lugar concedido a la religión. La enseñanza fue secularizada y en las calles se representaban piezas teatrales anticlericales. Se constituyeron clubes femeninos y las propias mujeres se trataban entre sí como *citoyenne* en lugar de *madame*. Había mucha música ejecutándose en el aire, incluidos grandes conciertos en las Tullerías y la lectura pública de poemas en ayuda de los heridos. Goncourt refiere con desagrado el ambiente dominante en las calles: «No cabe imaginar el dolor ocasionado por el despotismo que ejerce en las calles la chusma disfrazada de soldados». Pero aun cuando había ocasiones

festivas en las que las clases trabajadoras de Belleville y Montmartre «descendían» a la ciudad, y quejas por desmanes alcohólicos de la Guardia Nacional, el comportamiento general parece haber sido más que bueno, incluso remilgado. Los conciertos eran muy decorosos: no más Offenbach. Y no más delincuencia callejera: en lugar de ello, una cultura de autodesarrollo y severo control de las prostitutas.

La ciudad se perdió entre el atardecer del 22 y el 23 de mayo. Las tropas *versaillais* la invadieron por el suroeste, a través de los terraplenes abandonados por la Guardia Nacional. La Comuna llamó a una *levée en masse*, pero obtuvo escasa respuesta. La mayoría solo estaba dispuesta a defender las calles de su vecindario y generalmente se retiraba nada más producirse los primeros disparos. Los *communards* prendieron fuego a los edificios públicos e intentaron desembarazarse de las armas, uniformes y cualquier otro material incriminante, pero pronto fueron envueltos en la carnicería masiva que acompañó a lo que sería conocido como *La semaine sanglante* (La semana sangrienta). Los soldados eran a menudo campesinos ignorantes a los que sus oficiales habían dicho que los *communards* eran insurgentes y criminales fuera de la ley. Muchos fueron, por tanto, alentados a creer que podían matar a los insurgentes capturados con la bendición de sus oficiales. Cualquiera que fuera detenido portando armas o sospechoso de haber combatido era fusilado en el acto, como lo fueron las llamadas *pétroleuses*: mujeres sospechosas de haber incendiado las casas. Por el lado *communard*, los pocos actos de masacre fueron principalmente responsabilidad de los blanquistas. Darboy, el arzobispo de París, fue arrestado, y tras fracasar los intentos de intercambiarlo por el encarcelado Blanqui, él y otros tres capturados fueron ejecutados el 24 de mayo. El 25 hubo una masacre de curas dominicos, y el 26 cincuenta rehenes fueron fusilados en Belleville, de nuevo por iniciativa de los blanquistas. Contra estas cifras, sin embargo, se estima que entre mil quinientos y cuatro mil combatientes *communards* fueron ejecutados.[\[1367\]](#) Cuarenta mil más fueron cercados y luego llevados a Nueva Caledonia.

En el seno del Consejo General de la AIT, el tema de la Comuna se debatió el 21 de marzo, cuando Engels y un zapatero francés, Auguste Serrailier, se empeñaron en corregir distorsiones aparecidas en la prensa

sobre la batalla por la artillería.[1368] De ahí en adelante se hizo cada vez más evidente que el Consejo debía hacer una declaración pública acerca de la situación, pero la dificultad estribaba, como explicó el 18 de abril el presidente Hermann Jung, que «faltos como estamos de comunicaciones directamente provenientes de París, solo tenemos los falsos reportajes de los periódicos».[1369] Karl coincidía en ello: solo era posible una resolución de carácter general, una declaración que se emitiera con posterioridad. En privado era pesimista respecto a las opciones de sobrevivencia de la Comuna. En carta al doctor Kugelmann del 12 de abril, había alegado que se habían cometido errores cruciales al principio. El Comité Central había subordinado demasiado pronto su poder a la Comuna y había perdido un tiempo precioso eligiendo a sus miembros. Fustigaba a los *communards* por su «decencia» y sostenía que «deberían haber marchado de inmediato contra Versalles».[1370]

En la reunión del Consejo celebrada el 25 de abril Karl volvió a quejarse por la falta de cartas y textos actualizados, y una semana después, el 2 de mayo, estuvo ausente de la reunión. Engels anunció que la declaración, *La guerra civil en Francia*, no estaba lista y que a Karl se le había aconsejado dejar la ciudad por motivos de salud. Su ausencia persistió el 9 y el 16 de mayo, pero el 23 de ese mes reapareció. Temía que «el fin estaba cerca», pero informó de que la declaración debía estar lista a la semana siguiente. Finalmente, el 30 de mayo el propio Karl la terminó y leyó ante el Consejo, y fue aprobada por unanimidad. Solo que, para entonces, la Comuna había concluido.

La guerra civil en Francia, un panfleto de unas cuarenta páginas, fue redactado con cierta cautela. Además de la versión publicada, aún sobreviven dos borradores de la obra. Estaba dividida en cuatro secciones. La primera incluía un perfil del Gobierno de Thiers, presentado como una galería de truhanes, una camarilla de villanos que presuntamente dirigía la guerra contra Alemania, pero cuyo compromiso prioritario era aniquilar a la clase obrera parisina. Thiers mismo era descrito como un «enano monstruoso» que ha sido durante cincuenta años «la expresión intelectual más acabada de su propia corrupción como clase» de la burguesía francesa. Igualmente degradante era el retrato de Jules Favre, el ministro de

Exteriores responsable del tratado de paz con Alemania y de la cruzada contra la Internacional. Otros ministros retratados incluían a Ernest Picard, el ministro de Finanzas, presentado como un colega cercano de su hermano Arthur, convicto de robo y estafas financieras.

En conformidad con la segunda sección, que examinaba las circunstancias inmediatamente previas a la Comuna, la batalla de Versalles contra París estaba inspirada no solo en el odio, sino impulsada por la corruptela. El Gobierno republicano había negociado un préstamo de dos mil millones. De dicho empréstito, los periódicos informaban de que los ministros iban a recibir trescientos millones de francos en concepto de comisión, pero solo cuando fuera un hecho que la resistencia en París había sido aplastada.^[1371] Karl argumentaba que las insinceras declaraciones de Thiers, en el sentido de que la artillería parisina era propiedad estatal, brindaron el pretexto requerido para restablecer el control sobre la ciudad.

En la tercera parte del ensayo se hacía un intento de delimitar el carácter político de la Comuna. No se la concebía como una mera reacción contra el poder estatal en un sentido amplio, sino contra el Estado francés, cuyo origen se remontaba a «los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo». Obviamente, esa «máquina del Estado tal como está [concebida]» era de una índole tal que la clase trabajadora no podía simplemente hacerse con ella y «servirse de ella para sus propios fines». Así, «el poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura», fue eliminado.^[1372] El ejército permanente se transformó en un ejército del pueblo; el legislativo y el ejecutivo se fusionaron en un único organismo que sería elegido mediante sufragio universal y sus integrantes recibirían un salario de trabajadores, «concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos». La Iglesia estaría separada del Estado; la enseñanza sería libre y no estaría ya más sujeta a la interferencia clerical. Los jueces y magistrados serían elegidos por el pueblo.

Sería erróneo considerar este listado como una descripción *de facto* de la estructura constitucional de la Comuna o sus procedimientos rutinarios. Este no era un recuento de lo que fue la Comuna, sino de lo que podría

haber sido. Las discrepancias entre lo acontecido y las intenciones nominales quedaban suficientemente claras en el empleo del modo condicional.[\[1373\]](#) De paso, ni los delegados ni los funcionarios recibieron salarios de trabajadores, ni los jueces y magistrados fueron elegidos por el pueblo. Ni era la intención establecida de ninguno de sus participantes reales que la Comuna sirviera «de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase».[\[1374\]](#)

El listado era en parte un bosquejo real de la Comuna, en parte una proyección imaginaria de los cambios eventualmente asociados a una transición hacia el dominio de los productores asociados, en el que «cada hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser el atributo de una clase».[\[1375\]](#) En cuanto a las medidas «sociales» identificadas con la Comuna (por ejemplo, la a menudo citada prohibición del trabajo nocturno de los panaderos) eran, como Karl indicaba en uno de los borradores, de las que implementaba cualquier Gobierno sitiado y estaban «principalmente limitadas a la defensa militar de París y su *approvisionnement*».[\[1376\]](#)

Las páginas finales completaban el resumen de Karl de «[l]a conspiración de la clase dominante para aplastar la revolución por medio de una guerra civil montada bajo el patronato del invasor extranjero». Concluía con «la entrada de los pretorianos de MacMahon por la puerta de Saint Cloud» y «la carnicería de París» que siguió a todo ello. Rememoraba las dificultades con las que Thiers se había topado, en todo el país, al intentar movilizar a una Guardia Nacional provinciana contra París, y los resultados decepcionantes que las nuevas elecciones supusieron para la Asamblea Nacional. Finalmente, describía la «infamia indescriptible» de Thiers, una versión moderna de Sila, cuya «gloriosa civilización» tuvo que primero «desprenderse de los montones de cadáveres provocados por ella después de haber cesado la batalla».[\[1377\]](#)

La guerra civil en Francia no solo fue escrito en inglés, sino para un público inglés. Fue el empeño más significativo de Karl de utilizar un lenguaje coloquial. Los traductores serios de finales del siglo deben haber quedado intrigados al buscar el equivalente preciso de *ticket-of-leave men*

[«reos en libertad condicional»], *gentlemen's gentlemen* [«el caballero que sirve a un caballero»], *parson-power* [«poder parroquial»], *natural superiors* [«mandamases naturales»], *shoddy men* [«gente de baja estofa»], y se habrán preguntado quién era Joe Miller [personaje de un libro de chistes de John Mottley]. De haber ahondado en los borradores, puede que también se preguntaran qué significaban las expresiones *turtle-soup guzzling aldermen* [«concejales habituados a sorber su sopa de tortuga»], *the circumlotion office* [«la sección rodeos»], *the upper ten thousand* [«los miembros de la casta superior»], *servant's hall* [«el salón de la servidumbre»] o Billingsgate [«lenguaje tosco y ofensivo»]. Su ambición no era simplemente captar la cadencia del habla popular, sino yuxtaponer, en términos éticos, el París de Versalles y del Imperio con el de la Comuna. El París imperial era presentado como el *otro* inmoral de la Inglaterra victoriana. Puede que a Karl le disgustara Jules Favre por ser uno de los «burgueses» republicanos responsables de haber neutralizado el alzamiento en junio de 1848, pero en el texto era escarnecido por vivir «en concubinato con la mujer de un borracho residente en Argel» y por asegurarle el futuro a las crías resultantes de su adulterio. A Thiers lo impugnaba de manera similar por hacer el papel «de espía ministerial y luego de partero carcelario de la duquesa de Berry». De Jules Ferry como alcalde de París, se decía que había reunido «una fortuna amasada a costa del hambre colectiva». El París de esos individuos era un «París fantasma»:

[El] París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista; el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versalles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su *bohème* literaria y sus *cocottes*. El París para el que la guerra civil no era más que un agradable pasatiempo, el que veía las batallas por un anteojo de larga vista, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en Porte Saint Martin. Allí, los que caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, ¡todo era tan intensamente histórico![\[1378\]](#)

Pero con el advenimiento de la Comuna, mientras las *cocottes* seguían el rastro de sus protectores —«hombres fugitivos de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad»—, aparecieron en lugar de ellas «las

auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la Antigüedad».[1379]

Desde la caída del Imperio, Karl había temido que hubiese algún intento desquiciado de derrocar la República recién instaurada. El 6 de septiembre advirtió que la filial gala de la Internacional con base en Londres estaba partiendo en su totalidad a París «para cometer allí toda clase de locuras en nombre de la Internacional». «Todos ellos» aspiraban «a derribar al Gobierno provisional» y a «establecer una *commune de Paris*».[1380] En Lyon, Bakunin y sus partidarios intentaban algo similar. Al describir el asunto por carta a Edward Beesly, Karl escribía que en Lyon «iba todo muy bien» al principio y allí se proclamó una República antes que en París, pero entonces llegaron «los cretinos de Bakunin y Cluseret», y «lo estropearon todo. [...] Ocuparon —por un breve periodo— el Hôtel de Ville y emitieron los decretos más estúpidos que quepa imaginar sobre la *abolition de l'état* y absurdos parecidos. Usted entenderá que el solo hecho de que un ruso —presentado por los diarios de clase media como un agente de Bismarck— pretendiera imponerse como líder de un Comité du Salut de la France bastó para desequilibrar la balanza en la opinión pública».[1381] La Comuna real había sido fruto de la casualidad —«la presencia de los prusianos a las puertas de París»—, «una “casualidad” resueltamente desfavorable» que había planteado a París «la alternativa de dar la batalla o sucumbir sin pelear». Las perspectivas de la ciudad se veían sombrías, y en carta enviada a Viena pocos días después, Karl consideraba que el curso adoptado «excluye toda posibilidad de éxito». Lo mejor que cabía esperar era una paz honorable entre París y Versalles.[1382] Solo que, un mes después, su tono había cambiado. Entonces escribió que, cualquiera que fuese el resultado inmediato, «la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de esta ha entrado en una nueva fase» y «se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo».[1383] ¿Cómo se explicaba este cambio de actitud?

No fue por el contenido social de la insurrección. La Comuna siguió siendo un evento puramente político. Había sido provocada tanto por las ansiedades y la ira de los tenderos y pequeños empleadores, amenazados

con tener que reasumir los pagos de sus deudas, como por los trabajadores. [1384] Tales grupos fueron, a través de la intervención de la Union Républicaine, igualmente activos en el liderazgo del movimiento. Aunque *La guerra civil en Francia* sostenía que la Comuna era, «esencialmente, un Gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora», esto solo era efectivo en el sentido no marxista de que, tanto en Inglaterra como en Francia, la distinción política fundamental no era entre trabajadores y empleadores, sino entre productores y holgazanes. [1385] Se aludía a «las clases trabajadoras» en este sentido amplio, cuyo propósito era, como en 1848, alcanzar *La République démocratique et sociale*. Esto era claramente reconocido por Karl. Tal y como le escribiera a la socialista holandesa Domela Nieuwenhuis en 1881, «la mayoría de la Comuna no era en ningún sentido socialista, ni podría haberlo sido. [...] Un Gobierno socialista no llega al poder en un país a menos que las condiciones hayan alcanzado tal grado de desarrollo que pueda adoptar de inmediato las medidas necesarias para intimidar suficientemente a la gran masa de la burguesía y ganar tiempo —es el primer *desideratum*— para las acciones permanentes». [1386]

Lo que excitaba a Karl de la Comuna era «su mera existencia». Esta era su «gran significación social». [1387] En términos prácticos, esto implicaba una revolución no solo *para* las masas trabajadoras, sino *por* las masas trabajadoras. Como bien explicaba en el «primer borrador»:

Que la revolución se hace en *nombre de* y, confesadamente, *para* las masas populares, esto es, la masa de los productores, es un rasgo que esta Revolución comparte con todas sus predecesoras. Su novedad radica en que, tras el primer alzamiento, el pueblo no se ha desarmado ni ha rendido su poder en las manos de los saltimbanquis republicanos de las clases dominantes; en que, por la constitución de la Comuna, ha asumido en sus propias manos la administración real de su Revolución y encontrado al mismo tiempo, en caso de tener éxito, los medios de mantenerla en manos del Pueblo, desplazando a la maquinaria estatal, la maquinaria gubernamental de las clases dominantes, y sustituyéndola por una maquinaria gubernamental propia. [1388]

La Comuna entusiasmó a Karl porque ofrecía una demostración anticipada del que había sido el punto de partida de su crítica política: la prioridad que él mismo atribuía, en fecha tan temprana como 1843-1844, a la actividad autodirigida como rasgo distintivo de la historia de la humanidad. La teoría

de la historia de Karl había empezado por lo que él consideraba el mayor logro de Hegel en la *Fenomenología del espíritu*: haber captado «la autocreación del Hombre como un proceso». El hombre no era pura y simplemente un ser natural sino «un ser natural humano», cuyo origen no estaba en la naturaleza sino en la historia; un ser capaz de hacer de su actividad «el objeto de su voluntad». Pero Hegel había oscurecido la fuerza de esta intuición al alejarse de una visión de la *polis*, en la que se manifestaban en plenitud las facultades humanas, hacia una concepción del Estado moderno basada en la división entre Estado y sociedad civil. Fue en un desafío a esta división hegeliana por lo que Karl se embarcó en su primera obra de crítica política a gran escala: la *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, publicada en 1843.

La situación irreal creada por la retirada transitoria de París, en 1871, del ejército, la policía, la burocracia, el clero y la judicatura, le permitió volver al punto de partida e imaginar un gobierno en el que la distinción entre Estado y sociedad civil hubiera desaparecido. Particularmente excitante le resultaba el hecho de que la Comuna no hubiese surgido meramente por omisión. Había irrumpido por su propio accionar. Como decía Karl en su «primer borrador», «cualesquiera que fuesen los méritos singulares de la Comuna, su mayor logro fue su propia organización, improvisada con el enemigo foráneo en una puerta y el enemigo de clase en la otra, probando con su existencia su propia vitalidad, conformando su tesis en la acción». En esta situación era posible imaginar la abolición eventual de la distinción habitual entre legislativo y ejecutivo, y que el papel desempeñado previamente por el Parlamento fuera asumido por un cuerpo en funciones democráticamente elegido, cumpliendo su cometido a bajo coste y con eficiencia, cobrando un salario propio de trabajadores. Una idea que elaboró así:

La Comuna: la reabsorción del poder estatal por la sociedad, transformado en sus propias fuerzas vivas en lugar de las fuerzas que la controlan y someten; con las masas populares conformando su propia fuerza en lugar de la fuerza organizada para suprimirla; una modalidad política para su emancipación social, en lugar de la fuerza artificial (apropiada por sus opresores); (la propia fuerza de la sociedad —esgrimida por sus enemigos para su opresión— oponiéndose ahora a estos y organizada contra ellos). Era una modalidad muy simple, como todas las grandes cosas.[\[1389\]](#)

El carácter de la Comuna le permitió hacer también una contribución distintiva al debate posterior a 1848 sobre la forma de sociedad y de gobierno a alcanzar en el futuro. No se limitó a reiterar las propuestas del *Manifiesto comunista*, que podían confundirse fácilmente con las formas de gobierno autoritario asociadas al Segundo Imperio, ni reprodujo la estrategia del parlamentarismo que, al menos en el caso de Bismarck, mantenía la subordinación de un legislativo débil a un ejecutivo todopoderoso.^[1390] Recorrió un largo camino para acomodar los ideales federalistas expuestos por los líderes de la Comuna: «En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país. [...] Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de Delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el *mandat impératif* [instrucciones formales] de sus electores».^[1391] Pero se cuidaba, a la vez, de hacer hincapié en que las «pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un Gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando intencionadamente la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales que, gracias a esta condición, serían estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación sino, por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal».^[1392]

Como en sus textos de la década de 1860, estaba ávido de enfatizar que la transición de una situación en la que las «sociedades cooperativas unidas» serían las que regularían «la producción nacional con arreglo a un plan común» —lo que él denominaba el «comunismo realizable»— era un proceso de larga duración. «La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro.» No tenía «ninguna utopía lista para implantar». Los obreros sabían «que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas

luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y a los hombres».[1393]

En términos editoriales, *La guerra civil en Francia* fue un gran éxito. Alcanzó tres ediciones en dos meses, y la segunda de ellas vendió ocho mil ejemplares.[1394] De pronto, Karl se había convertido en una celebridad. Como él mismo informaba al doctor Kugelmann por carta el 18 de junio, «*La guerra civil* está teniendo una resonancia demencial y tengo el honor de ser en este momento el hombre más calumniado y más amenazado de Londres. Algo que le hace mucho bien a uno después del tedioso idilio de veinte años en la soledad de los bosques».[1395] Su fama, o más bien su notoriedad, habían precedido ambas a la publicación de *La guerra civil*. El 19 de marzo, un día después de que fuera proclamada la Comuna, un diario derechista de Versalles, el *Journal de Paris*, había informado de una presunta carta enviada por Karl —el Doctor Rojo— a los miembros de la Internacional en París, instruyéndolos para que iniciaran una insurrección. Karl pensaba que esta falsificación era obra de Wilhelm Stieber, el jefe de la policía política prusiana, consejero alemán de Versalles y, veinte años antes, testigo principal de la fiscalía en el juicio comunista de Colonia.

Buena parte de la prensa europea del continente y la de Gran Bretaña se hicieron eco de esta denuncia, acompañándola de espeluznantes condimentos. *The Times* confundió en sus páginas la Internacional con la «Alianza» de Bakunin, citándola como una entidad que exigía la abolición de la religión y el matrimonio.[1396] Como contrapartida, la prensa bonapartista suponía que el verdadero gestor de la Comuna había sido Bismarck, y Karl, su agente. El 2 de abril *Le Soir* anunciaba que Karl Marx, uno de los líderes de la Internacional, había sido en 1857 secretario del conde Bismarck y que continuaba a su servicio, pero el Gobierno de Versalles prefirió quedarse con la historia de Stieber. El 6 de junio Jules Favre, el ministro de Exteriores de Versalles, envió una carta-circular a los gobiernos extranjeros en la que declaraba que la Comuna era obra de la Internacional y les solicitaba su colaboración para erradicarla. De ahí en adelante, la historia fue interpretada de diversas formas por los gobiernos francés, austriaco y alemán.

A la luz de estas denuncias, cuando la autoría de Karl se hizo pública el 20 de junio, algunas de las formulaciones más vulnerables o cuestionables dentro de *La guerra civil* fueron objeto de un ataque concertado. Quizá la más frágil de entre ellas era la referencia, al final del texto, al nexo entre la Comuna y la propia Internacional. Decía: «Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en las que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia».[1397] En los borradores previos el llamamiento al papel que debía desempeñar la Internacional era incluso más altisonante, y fue luego perpetuado por Engels. Pero, de hecho, el papel de los miembros de la Internacional había sido apenas marginal: la eficacia de la policía bonapartista había conducido, en 1869, al cierre de la filial parisina de la Asociación; y como Karl se empeñaba en hacer notar una y otra vez, la Internacional no era una sociedad secreta con una jerarquía al mando.[1398] Pero considerando las afirmaciones de Favre y la hostilidad de la mayor parte de la prensa, resultó prácticamente imposible rebatir la imagen de que la Comuna había sido un complot de la Internacional. Como señaló Karl al doctor Kugelmann, «la prensa diaria y el telégrafo, que en cierto momento difunden sus invenciones por toda la tierra, fabrican más mitos en un solo día (y el rebaño burgués se los cree y los propaga) que los que antes podían generarse en un siglo entero».[1399]

El segundo punto en el que *La guerra civil en Francia* se exponía singularmente a la crítica fue su forma de tratar la violencia *communard*. Vistos los centenares, o incluso miles, de personas que las tropas de Versalles mataron, no era demasiado razonable que los comentaristas hostiles al texto armaran tanto barullo con las atrocidades *communards*, pero la defensa que Karl proponía de las acciones *communards* era, a este respecto, algo torpe. En un párrafo sobre el conflicto suscitado sobre el tema de los cañones el 18 de marzo, y sobre el fusilamiento posterior de los generales Thomas y Lecomte, hacía de hecho una defensa singularmente inviable de estos crímenes extrajudiciales. La Comuna no era la auténtica responsable de ellos, o más bien, «el Comité Central y los trabajadores parisinos eran tan responsables del asesinato de Clément Thomas y Lecomte como lo era la princesa de Gales del destino sufrido por la gente

que murió aplastada el día de su entrada en Londres».[1400] Análogamente, dado que la ejecución del arzobispo Darboy ocurrió tras el rechazo de Versalles a intercambiarlo por el ya veterano líder revolucionario Auguste Blanqui, *La guerra civil* proponía que «el verdadero asesino del arzobispo Darboy es Thiers».[1401] No se mencionaba el fusilamiento de otros sacerdotes, y el recurso de provocar incendios era justificado como una defensa necesaria de la ciudad. Cualquiera que sea la opinión respecto de estos argumentos, no convencieron a nadie. Habría sido preferible disculparse por las acciones indefendibles y haber provocado así que el escrutinio fuera redirigido hacia la carnicería mucho más vasta e indiscriminada que había llevado a cabo el bando de Versalles.

Los positivistas como Frederic Harrison y Edward Beesly hicieron un valeroso intento de defender la Comuna. También hubo trabajadores que simpatizaban con los *communards*, no «por sus principios estrictamente comunistas», sino porque «los percibían como patriotas cabales y auténticos republicanos», que apoyaban el objetivo de la Internacional de asegurar «la unidad de intereses entre las clases trabajadoras del mundo».[1402] Pero estos sectores eran una minoría. Incluso entre los radicales, el tema produjo divisiones. Para citar solo a los más eminentes, la Comuna fue criticada por Tolain, Mazzini, Holyoake y Bradlaugh. En un irascible intercambio de pareceres sostenido en la reunión del Consejo General del 20 de junio, George Odger, uno de los más destacados entre los sindicalistas que fundaron la Internacional, dijo que él no había estado presente cuando se leyó el texto y que este debía haberse sometido a la consideración de todos aquellos cuya firma estaba involucrada. Después de que Karl le recordara cuáles eran las normas internas vigentes, Odger dijo que «él no aceptaba imposiciones, si los satélites del doctor Marx así lo preferían, allá ellos, pero él no las aceptaría». Señaló que no había ido allí a renunciar, pero dado que «la razón no predominaba en el Consejo», lo haría. Siendo un destacado activista republicano, él mismo identificaba la causa republicana con el Gobierno orleanista de Favre y Thiers. En segundo lugar, como hizo saber en todos lados, el principal objetivo de la Internacional era promover la paz y las mejoras salariales en toda Europa. Otro miembro destacado del Consejo General, Benjamin Lucraft, un ebanista y miembro de la Junta

Escolar de Londres, también renunció. Al aludir a *La guerra civil* en esa reunión del 20 de junio, afirmó que «había muchas cosas en el texto que él objetaba. La Internacional defendía a unos rufianes que habían cometido tropelías a su juicio aborrecibles, los rufianes no pertenecían a la Internacional, él no aprobaba el asesinato y la piromanía».[1403]

La guerra civil en Francia no consiguió restañar la oleada de hostilidad surgida entre la opinión pública. Alrededor de veinte años después, Eleanor Marx, la hija de Karl, recordaba el clima imperante: «La circunstancia de un furor perfectamente calificable de frenético entre toda la clase media y contra la Comuna». La animosidad contra la Comuna y los *communards* era tan intensa que la reserva de un salón para conmemorar su primer aniversario fue cancelada por el propietario del lugar. «Prefirió devolver la garantía y pagar una multa por incumplimiento de contrato a permitir que una caterva de “rufianes” ocupara su muy respetable salón.» Y continuaba Eleanor: «Lo más triste de todo» era «el hecho de que en Inglaterra los trabajadores eran, salvo contadas excepciones (igual que había algunas excepciones a la clase media entre los comtianos), tan hostiles a la Comuna como sus explotadores».[1404]

LA BATALLA POR LA FEDERACIÓN Y EL FIN DE LA INTERNACIONAL

El Gobierno de Inglaterra no tomó medida alguna contra los refugiados *communards*, aunque la hostilidad hacia la Comuna era generalizada. Entre los radicales, se evidenció en la renuncia de algunos de los principales miembros al Consejo General y la ausencia de manifestaciones en apoyo de la Comuna. Seis meses después de ocurrida, Jenny Marx, la hermana de Eleanor que había estado ayudando a los refugiados *communards*, informaba de sus condiciones de vida miserables en Londres:

Los empleadores no quieren saber nada con ellos y los que logran un contrato bajo nombres falsos son despedidos tan pronto como se descubre quiénes son.

Como no hay empleo para los refugiados, podrá imaginarse usted las estrecheces a que están expuestos. Sus penurias superan toda descripción: se mueren literalmente de hambre en las calles de esta gran ciudad, la ciudad que ha llevado el principio del *chacun pour soi* [cada uno a su aire] a la perfección. No debe sorprender que los ingleses, que consideran los casos de inanición como

una parte integral de su gloriosa Constitución [...] no se impresionen mayormente ante la miseria innombrable de unos extranjeros por los que no sienten, en todo caso, la menor simpatía.[1405]

En la acera contraria, para los republicanos y socialistas desde España hasta Italia, pasando por Suiza y Bélgica, el desafío que la Comuna planteó a uno de los regímenes más centralizados y fuertemente policiales de la Europa posterior a 1848 fue una fuente de inspiración. La Europa imaginada por los *communards* era una Europa de varias federaciones, liberada de la carga opresiva de la policía y la burocracia. La república propuesta en París había implicado «la autonomía absoluta de la Comuna, ampliada a todas las regiones de Francia, garantizando a cada una la integridad de sus derechos. [...] La autonomía de la Comuna, solo limitada por el derecho equivalente a la autonomía de todas las restantes comunas que se adherían al contrato, cuya asociación aspira a asegurar la unidad de Francia».[1406] A primera vista, *La guerra civil en Francia* había aparecido para dar pleno apoyo a la postura federalista: «La Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país». Ello dio pie a una presunción de James Guillaume, aliado de Bakunin y líder de los artesanos locales en el Jura: «Marx parece haber abandonado su propio programa para unirse a la marcha de las ideas federalistas».[1407] En rigor, Karl tuvo no solo cuidado de preservar en su relato la existencia del «gobierno central», sino la cautela de no emplear, en su recuento del gobierno comunal galo, el término «federación».[1408]

Era Proudhon el que había articulado de manera influyente, en sus últimos escritos, el ideal de una federación, especialmente en su *La capacidad política de la clase obrera*, publicado en 1865.[1409] En dicha obra había complementado la postura «mutualista» que adelantara en su *Idea general de la revolución del siglo XIX*: libertad crediticia, una reducción drástica de las funciones políticas del Estado galo y su eventual reemplazo por acuerdos económicos y sociales. Su experiencia del Segundo Imperio lo había llevado a concluir que las Constituciones democráticas y el sufragio universal eran preferibles a los decretos arbitrarios y el sufragio; y, al menos en un futuro inmediato, un Estado federal le parecía la solución más viable. En sus escritos finales había también abogado, en protesta contra el régimen bonapartista, por la abstención electoral. Los trabajadores

debían formar sus propias cooperativas y sociedades de ayuda mutua, adquirir el predominio ya fuera en los talleres, las fábricas o las granjas, y en el futuro sustituir el sistema político y económico existente por una federación democrática de ellos mismos. Pero sus seguidores en París, aunque se sentían inspirados por su enfoque global, disentían de su argumento a favor de la abstención electoral, considerando que la autoemancipación de la clase obrera implicaba una participación activa en dicho proceso electoral.[1410]

En los primeros congresos de la Internacional casi un tercio de sus asistentes eran, en buena medida, seguidores de Proudhon, pero ya en 1867, en el Congreso de Lausana, comenzaron a surgir divisiones en las filas proudhonianas. Un grupo liderado por el encuadernador parisino Eugène Varlin y por un compositor belga que luego se convirtió en médico, llamado César de Paepe,[1411] planteó un desafío a la postura irrestrictamente proudhoniana que Tolain representaba (contraria a la legislación social, contraria a los sindicatos, contraria al compromiso político). Pese a que aún suscribían los ideales «mutualistas», los líderes de ese grupo habían derivado hacia la adopción de eso que De Paepe fue uno de los primeros en denominar «colectivismo»: la propiedad colectiva de los medios de producción y el aval a los sindicatos.[1412] Mientras Varlin seguía coincidiendo con Tolain en que las huelgas eran una forma de autoderrota en lo económico, ahora sostenía que podían, a la par, contribuir a la solidaridad entre los trabajadores y brindar los medios para escenificar una protesta moral.[1413]

En 1869 la postura rigurosamente proudhoniana asociada a Tolain y sus partidarios fue derrotada en el Congreso de Basilea. Las resoluciones colectivistas, antes planteadas en Bruselas, fueron aprobadas de manera abrumadora, junto a una moción que llamaba a la inmediata colectivización social de la tierra. Las resoluciones tuvieron cuidado en especificar la propiedad «social» o «pública» y no hablaban de «propiedad estatal». La victoria del grupo francés y belga de Varlin y De Paepe sobre Tolain y sus partidarios se vio amplificada por la enérgica defensa que de ella hizo Bakunin y una docena de sus seguidores. Durante el debate Bakunin había surgido como uno de los principales exponentes del colectivismo dentro del

congreso. Tolain y Fribourg se quejaron de que el ruso y los aliados de Karl en el Consejo General les habían arrebatado el control a los «mutualistas» de París y provocado un triunfo del «comunismo ruso-germano».[1414]

Pero aun cuando el congreso rechazó la postura hostil de Proudhon ante el compromiso político y el sindicalismo y dio con ello un paso adelante de importancia, el involucramiento de Bakunin planteó una amenaza distinta, y en última instancia más ominosa, de la visión que Karl tenía de la Internacional. A finales de 1861 el propio Bakunin había huido de Siberia tras permanecer doce años encarcelado por el zar. De allí viajó a San Francisco y luego de vuelta a Europa, alojándose en la casa de Herzen en Londres a principios de 1862. Herzen escribió de ese encuentro en su diario:

Un nuevo elemento, o más bien un viejo elemento, quizá una sombra surgida de la década de 1840, y sobre todo de 1848, se había incorporado a nuestra labor, a nuestro reducido taller de dos integrantes. Bakunin era el mismo de siempre; había envejecido solo del cuerpo, su espíritu era tan joven y entusiasta como en esos días de largas discusiones que duraban la noche entera, con Khomyakov en Moscú. Era tan devoto como entonces de su idea, tan capaz de dejarse llevar por ella y ver en cualquier cosa el cumplimiento de sus deseos e ideales. Estaba incluso más dispuesto que antes a cualquier experiencia, a cualquier sacrificio, sintiendo que no le quedaba mucho tiempo por delante y que, consiguientemente, debía darse prisa y no dejar escapar la menor oportunidad. [...] Conservaba las fantasías e ideales por los que había sido encarcelado en Königstein en 1849, y los había llevado intactos consigo a través de Japón y California en 1861. Incluso su lenguaje evocaba los mejores artículos de *La Réforme* y *La Vraie République*, los discursos impresionantes en *La Constituante* y el club de Blanqui. El espíritu de los militantes de aquella época, su talante excluyente, sus simpatías y antipatías personales, y ante todo su fe en un segundo advenimiento de la revolución; todo estaba aún en pie.[1415]

Mijaíl Bakunin, cuatro años mayor que Karl, había nacido en el seno de una familia aristocrática rusa. Fue inicialmente oficial de artillería, se convirtió en un entusiasta de Hegel a mediados de la década de 1830 y cursó estudios en Berlín en la siguiente. En esa ciudad frecuentaba los círculos hegelianos y se hizo cercano a Arnold Ruge. Hegel era y continuó siendo una influencia formadora en su pensamiento. Entre sus contemporáneos rusos, se decía de él que tenía «una facilidad superlativa para la dialéctica, tan indispensable si uno ha de infundir vida a formulaciones abstractas y lógicas y extraer de ellas conclusiones aplicables a la vida».[1416] Como le ocurrió a otros en la década de 1840, quedó honda y duraderamente

impresionado por la crítica a la religión formulada por Feuerbach, entendiéndola como la fuente de la alienación humana; la verdadera libertad debía buscarse en el Estado orgánico de Hegel, entendido a su vez como la formación de una comunidad ética inclusiva, y no en «el Estado tutelar» de la vieja Prusia, por no mencionar la autocracia opresiva de Nicolás I en Rusia. En su ensayo de 1842, «La reacción en Alemania», Bakunin abogaba por una «religión de la democracia», una traducción laica del ideal cristiano de fraternidad sugerido por el socialista francés Pierre Leroux.

El segundo momento en la formación del pensamiento político de Bakunin fue su experiencia de 1848. Su entusiasmo por la revolución democrática durante la primavera de 1848 dio paso, en el otoño, a la desilusión. Entonces llegó a asociar a la burguesía con la política reaccionaria, representada por la experiencia del Parlamento de Frankfurt, que venía a demostrar que la democracia por sí sola no bastaba. En torno a 1849 había llegado a apoyar una segunda revolución popular con miras a instaurar una «república roja». En la insurrección de Dresde combatió en las barricadas junto a Richard Wagner. Allí fue capturado y encarcelado, primero en Königstein, Sajonia, de donde fue transferido a Rusia.

Antes de eso, en el verano de 1848 había participado en el primer Congreso Esloveno en Praga. La eslavofilia conservadora, que exaltaba el pasado ruso anterior a las reformas de Pedro el Grande, sufrió un giro radical a la luz de los fracasos verificados en 1848. Basándose en las observaciones de August von Haxthausen en 1846, contenidas en sus *Estudios del interior de Rusia*, argumentaba que la *comuna* rural poseía en Rusia una moralidad natural y era intrínsecamente «socialista» en sus supuestos. Considerando los fracasos revolucionarios en Occidente, las esperanzas de un cambio revolucionario se depositaron cada vez más en Rusia. El gesto de avalar una versión radical de la postura eslavófila trajo consigo la creencia en la autosuficiencia de la comuna rural y un rechazo del comportamiento centralizado del poder estatal zarista inaugurado por Pedro el Grande. En el caso de Bakunin, se atribuía a la comuna campesina una concepción de la naturaleza orgánica del Estado de signo hegeliano y de izquierdas, que fueron las raíces rusas del federalismo del propio Bakunin.[\[1417\]](#)

Estando de vuelta en Europa en 1861-1862, tras perderse más de una década de su desarrollo intelectual y político, recomenzó, como indicaba Herzen, exactamente donde se había quedado en 1849. Su objetivo era preparar, por sí mismo, una insurrección en Polonia. Tal como le escribió a Herzen desde San Francisco, cuando iba camino a Europa en octubre de 1861, «tan pronto como llegue, me pondré manos a la obra; deberé trabajar con usted en la cuestión polaco-eslava, que ha sido mi *idée fixe* desde 1846 y fue, en términos prácticos, mi especialidad en 1848 y 1849».[1418] En 1862 aún creía que el socialismo natural eslavo era una promesa mayor que la del francés o el alemán, o la del comunismo utópico de las clases trabajadoras, pero el fracaso de la revuelta polaca en el verano de 1863 lo condujo a reconsiderar su postura. En ese momento rompió con el paneslavismo y comenzó a criticar la comuna rural como una institución patriarcal, basada en la injusticia y la desigualdad. En 1864, en sus *Cartas de un demócrata*, sus esperanzas se centraban una vez más en Europa, a la vez que volvió, en su pensamiento político, a su crítica hegeliana y radical del Estado «tutelar» con la religión como su fundamento. Su programa concluía en una visión utópica de la abolición del derecho de herencia, el matrimonio libre, la igualdad de derechos para la mujer y la crianza de los hijos por la sociedad. Pero la abolición del Estado «tutelar» no implicaba la abolición de la política. Las comunas constituirían las provincias, y la nación estaría conformada por provincias, mientras las propias naciones se unirían en una federación internacional de carácter voluntario. En 1865 escribía de todo ello en términos más prácticos, contrastando la moral oficial inspirada en la religión con la «libertad real» existente en Gran Bretaña y Estados Unidos, y citando a este último país como un modelo posible de gobierno federal.

Esa postura se vio reforzada en su *Catecismo revolucionario* de 1866. Allí llamaba a «la disolución radical del Estado centralizado, tutelar y autoritario, junto a las instituciones militares, burocráticas, gubernamentales, administrativas, judiciales y civiles».[1419] En textos precedentes había ensalzado la «democracia real» como un sentimiento primordial que surgía «del seno del pueblo». Ahora agregó el trabajo, no solo como el componente primario de la dignidad humana, sino como la

base de esa misma solidaridad que previamente identificaba con la comuna rural. Un año después, en un texto en el que explicaba su desacuerdo con los paneslavistas, afirmaba que estos asociaban la emancipación eslava con la expansión del imperio zarista, y él en cambio lo asociaba a su destrucción. Añadía que había otra «gran diferencia»: «Son unitarios cualquiera que sea el precio a pagar, siempre prefiriendo el orden público a la libertad, mientras que yo soy anarquista y prefiero la libertad antes que el orden público o, más bien, para no contribuir tan fácilmente al caso de mis adversarios, soy un federalista de la cabeza a los pies».[\[1420\]](#)

Bakunin era, desde su aspecto físico hasta su personalidad, una figura carismática, como sugiere el testimonio de tantos de sus contemporáneos. Medía 1,95 metros y se dice que era vigoroso y robusto. Como un activista irredento cuyas expectativas políticas se habían forjado en los años previos a 1848, era uno de los principales representantes del republicanismo internacionalista que había acompañado la evolución de Europa entre la era napoleónica y la guerra franco-prusiana. Pero la experiencia de 1848 y los desaciertos del paneslavismo lo habían persuadido de que las repúblicas, las Constituciones democráticas, los gobiernos representativos o los procesos de liberación nacional no bastaban. El único medio por el que los pueblos oprimidos de Europa alcanzarían su emancipación era la revolución social. No hacía falta decir, como él mismo hizo hincapié hasta 1864, que la libertad del continente exigía el descalabro del despotismo militarista de Austria, Prusia y Rusia, pero había quedado a la vez claro que la unificación nacional no traía consigo, en modo alguno ni necesariamente, la liberación social o política. A principios de 1864 Bakunin se había trasladado a Italia, donde la decepción de la población con la liberalización mercantil y la tributación piemontesa, particularmente en el sur del país, había crecido de manera vertiginosa. En Italia fue uno de los primeros en reaccionar al desencanto general criticando la concepción que Mazzini planteaba de una república política moderada.[\[1421\]](#)

En 1867, tras desplazarse de Italia a Suiza, asistió al congreso inaugural de la Liga por la Paz y la Libertad celebrado en Ginebra. Para entonces era ya una celebridad en toda Europa. Al ponerse de pie para hablar, «corrió la voz como un reguero: “¡Bakunin!”. Garibaldi, que presidía la sesión, se

levantó de su asiento, avanzó unos pasos y lo abrazó. Este solemne encuentro de dos viejos y probados combatientes y baluartes de la revolución provocó gran impacto. [...] Todo el mundo se puso de pie y hubo un aplauso prolongado y entusiasta».[1422] Bakunin hizo un conmovedor discurso ensalzando el internacionalismo, el socialismo, el antiestatismo y el federalismo, y al año siguiente hizo un intento de persuadir a la Liga para que adoptara un programa socialista y se vinculara a la Internacional, a cuya filial en Ginebra acababa de unirse él mismo. En el segundo congreso, celebrado en Berna en 1868, cuando Bakunin intentó abrir una discusión sobre la «igualdad de las clases», fue acusado de «comunismo». En respuesta, argumentó que la defensa de la «propiedad colectiva», junto con el congreso de «los trabajadores» en Bruselas, no era «comunismo» sino «colectivismo»: «Yo detesto el comunismo porque es la negación de la libertad. [...] No soy comunista porque el comunismo concentra todos los poderes dentro de la sociedad y lleva a que sean absorbidos por el Estado. [...] Yo quiero la abolición del Estado. [...] Quiero que la organización de la sociedad y la organización colectiva o de la propiedad social ocurran desde la base hacia arriba, por la vía de la libre asociación, y no desde la cúpula hacia abajo, por medio de la autoridad que sea».[1423]

Al ser rechazados por la Liga, Bakunin y sus seguidores fundaron la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. La Alianza se consideró a sí misma, desde un principio, una rama de la Internacional y acató sus normas y estatutos. En diciembre de 1868 pidió su ingreso formal. La solicitud fue rechazada con el argumento (en decisión redactada por Marx) de que el Consejo General no aceptaba como filiales a ninguna otra «Internacional» y que «la presencia de una segunda entidad designada como Internacional, operando dentro y fuera de la Internacional» sería «el medio infalible para propender a su desorganización».[1424] En febrero de 1869 la Alianza hizo un segundo intento, también infructuoso, de ser aceptada como miembro. Entonces se mostró de acuerdo en disolverse como «entidad internacional», mientras sus filiales de Suiza, España e Italia se inscribirían como secciones individuales. En otras palabras, se autorizó una modalidad de doble militancia, una concesión arriesgada dada la

ambición que Bakunin mostraba desde 1864 de formar una sociedad secreta, considerando que una organización de esa índole, instalada en el nicho de asociaciones más amplias y con mayor base social, podía acelerar el cambio social. Lo que se requería, como él mismo explicaba en 1872, era «una sociedad secreta en el corazón de la Internacional, para brindarle una organización revolucionaria, para transformarla, a ella y a la totalidad de las masas populares que existan fuera de ella aglutinadas en un poder suficientemente organizado para destruir a la reacción político-clerical-burguesa y las instituciones económicas, judiciales, religiosas y políticas del Estado».[1425] Es improbable que este plan fuese alguna vez algo más que una simple fantasía, pero eran innegables el poder y la influencia crecientes de la visión revolucionaria de Bakunin, del federalismo y el colectivismo, dentro de la Internacional. Una sexta parte del Congreso de Basilea estaba formada por la delegación de Bakunin y él mismo había logrado imponerse al Consejo General en el tema de la herencia, si bien no por la mayoría requerida de dos tercios.

En términos más amplios, tras 1867 en Inglaterra y Alemania la pertenencia a la Internacional y la participación en ella eran estables o estaban disminuyendo, mientras diversas publicaciones de Ginebra, Le Locle, Lyon, Nápoles y Barcelona se dedicaban a difundir las ideas de Bakunin. A comienzos de 1870 dos mil miembros se habían sumado a la Internacional de Madrid y, en torno a junio, ciento cincuenta secciones de treinta y seis territorios habían constituido una federación regional y adoptado un programa bakuninista en España.[1426] Su poder de convocatoria no quedaba restringido a lo que Engels consideraba zonas campesinas «atrasadas»; era a la vez significativo en Francia y la región industrializada de Bélgica. La guerra franco-prusiana y sus secuelas, que desestabilizaron las relaciones dentro de Francia y en los países vecinos a ella, llevaron a un aumento significativo del apoyo a Bakunin en España, donde fue uno de los factores responsables de una oleada general de huelgas en 1871. Su impacto se dejó sentir asimismo en Italia, donde la condena que Mazzini hizo de la Comuna fue vigorosamente combatida por Bakunin y Garibaldi.

No es de sorprender el atractivo que el federalismo y el colectivismo de Bakunin tenían en la Europa meridional, en territorios donde la libertad de expresión y asociación estaba ausente, donde no había organizaciones laborales y donde, por tanto, no se toleraba la propaganda abierta. En esas áreas se consideraba que los Carbonari, los francmasones u otras sociedades secretas eran más eficaces, lo cual no deja de ser llamativo. Pero el atractivo de Bakunin no estaba confinado al sur supuestamente atrasado y no industrializado. El imán del federalismo era una expresión de la hostilidad, hondamente arraigada en toda Europa, hacia los estados militarizados y no democráticos que habían asumido el poder tras la supresión de las revoluciones de 1848.

Karl tenía escasas simpatías y no mostraba mayor entendimiento con estos desarrollos. Para él, desde un principio, el gran objetivo al involucrarse en los asuntos de la Internacional había sido la posibilidad de operar como un pivote frente a la clase obrera inglesa, en el único país en el que una transición a una sociedad de productores asociados parecía una posibilidad realista. Lo que sucediera en España o Italia era de interés marginal para él.

En 1864, tras haberse encontrado con Bakunin por primera vez desde 1848, quedó impresionado: «Debo decir que me gusta mucho, más incluso que antes, [...] una de las pocas personas de las que, después de transcurridos dieciséis años, puedo decir que ha avanzado en lugar de retroceder». Pocos meses después, estuvieron de acuerdo en la necesidad de combatir el intento de Mazzini para controlar la Internacional.^[1427] Pero una vez que Bakunin abandonó Italia y se fue a Ginebra para unirse a la Liga por la Paz y la Libertad, las suspicacias de Karl —que databan de 1848— resurgieron.^[1428] La paz y el desarme dejarían a Europa a merced de los ejércitos rusos. Por tanto, como escribió a Engels, «el Congreso de la Paz en Ginebra fue, por cierto, un invento de los rusos, que es el motivo por el cual enviaron allí a Bakunin, su AGENTE MÁS RECURRIDO».^[1429] Bakunin prefirió, en el tema de la Alianza y frente a Karl, echar mano de la adulación y alegó que él era un «discípulo» suyo y que ahora entendía «la mucha razón que tenía al seguir, e invitarnos a todos a seguir, el gran camino de la revolución económica».^[1430] Pero Karl se mostró

inconmovible y le envió a Engels las Normas de la Alianza con el siguiente comentario: «El señor Bakunin se muestra muy condescendiente, lo suficiente para cumplir su anhelo de dejar el movimiento obrero bajo el liderazgo *ruso*».[1431]

En aquellas regiones donde el mensaje federalista y colectivista de Bakunin había encontrado eco y aumentaba por tanto el apoyo a la Internacional, ese mensaje era simplemente motivo de burla. Y es que el giro en el carácter político de Europa a finales de la década de 1860 había sido en gran medida soslayado por Karl. Aludiendo a un documento generado por los miembros de la Alianza, ironizaba al respecto:

Su programa «revolucionario» había surtido mayor efecto en unas pocas semanas en Italia, España, etcétera, que el que tuvo en años el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores. Si rechazáramos su «programa revolucionario», [provocaríamos] una *escisión* entre los países con un *movimiento revolucionario de los trabajadores* (este listado incluye a *Francia*, donde cuentan con los dos corresponsales, a *Suiza* (!), a *Italia* —donde los trabajadores marchan a la cola de Mazzini, salvo los que pertenecen a nuestra entidad— y a *España*, donde suele haber más clérigos que trabajadores, y a los países que tienen un *mayor desarrollo gradual* de la clase obrera (a saber, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Bélgica). [...]

Que los suizos representen ahora el arquetipo del revolucionario es verdaderamente muy gracioso.[1432]

Pero no era posible ignorar el problema que Bakunin planteaba, visto que el crecimiento de la Internacional en estas regiones tenía grandes probabilidades de generar una mayoría bakuninista en el siguiente congreso y ello podía implicar el abandono de la estrategia basada en el crecimiento social-democrático en Inglaterra y otras áreas avanzadas de Europa occidental. Además, el problema se agudizaba en la medida en que el interés por la Internacional se diluía entre los sindicatos y líderes sindicales ingleses.

Después de que el Consejo General permitiera que se inscribieran secciones individuales de la Alianza, la sección de Ginebra hizo un intento de unirse, pero el gesto fue impedido por la Federación de Ginebra preexistente, que era hostil a ella y había rechazado su solicitud. Por este motivo, en el Congreso de Basilea Bakunin votó a favor de ampliar los poderes del Consejo General, incluido el derecho a aceptar o rechazar la

admisión de nuevas secciones. El Consejo General podría entonces anular el veto de la Federación de Ginebra.

Pero para cuando el asunto fue sometido a resolución, la actitud del Consejo General había cambiado. Al presionar al Congreso de Basilea para que votara a favor de abolir la herencia, Bakunin se había asegurado un rechazo mayoritario a la postura de Karl, lo cual marcó el inicio de la batalla que confrontó al ruso con Karl y sus aliados. Poco después de la cita en Basilea, Liebknecht denunció a Bakunin como «eslavófilo» y enemigo de la Internacional, a la vez que Moses Hess informaba del conflicto entre Bakunin y el Consejo General como una contienda entre civilización y barbarie. El propio Bakunin abandonó Ginebra, pero la revista ginebrina y bakuninista *L'Égalité* prosiguió con su ataque al Consejo General, que Karl atribuyó a «la insolencia» de Bakunin, especialmente a la forma en que él y sus «cosacos» posaban como los «guardianes del verdadero proletariado». A instigación de Karl, el Consejo General continuó con la ofensiva y en marzo de 1870 envió una circular confidencial a las secciones alemanas, denunciando a Bakunin como «este intrigante en extremo peligroso».

En la primavera de 1870 la sección ginebrina de la Alianza bakuninista postuló una vez más a la Fédération Romande, que era la sección local del Consejo Federal de Ginebra. En conformidad con las normas de la Internacional, esto fue concedido en el congreso anual de la Fédération en Chaux-les-Fonds, pero solo por una mayoría de tres votos, lo cual hizo que la minoría contraria al bakuninismo se separara de la entidad y celebrara su propio congreso. Cada facción decía ahora ser la verdadera representante de la Fédération Romande, pero en junio de 1870 el Consejo General resolvió a favor de la minoría contraria a los bakuninistas, decretando en clara violación de sus facultades constitucionales que la mayoría debía adoptar otra denominación.

En el verano los bakuninistas de Ginebra cambiaron su nombre por el de Federación del Jura, pero la federación suiza y otras reaccionaron igualmente indignadas ante esta arbitraria medida del Consejo General, visto sobre todo que en marzo había admitido a otra sección ginebrino-rusa organizada por Nikolái Utin, aliado de Karl y líder de los rusos contrarios a Bakunin. El apoyo al federalismo y a Bakunin —o al menos, la hostilidad

ante los procedimientos discrecionales del Consejo General— aumentaron, particularmente entre las secciones «latinas» de España, Italia, el sur de Francia y Suiza. Enfrentado a esta resistencia en alza, Karl planeó celebrar el siguiente congreso en Mainz, lejos de estas presiones, pero la guerra frustró esos planes.

La guerra civil en Francia fue un intento de Karl por atraer a los partidarios del federalismo a una postura más cercana al Consejo General, pero su consecuencia no deseada fue acentuar el declive de la participación inglesa en la Internacional. Para el verano de 1871 la «apatía» política entre las clases obreras de Inglaterra era evidente. En una reunión del Consejo General celebrada el 8 de agosto, Engels ventiló su frustración al respecto: «Las clases trabajadoras de Inglaterra se han comportado de manera vergonzosa. Pese a que los hombres de París han arriesgado su vida, los trabajadores de Inglaterra no han hecho el menor esfuerzo por simpatizar con ellos o ayudarlos. No hay entre ellos la menor vitalidad política».[1433] En un empeño de evitar que la organización cayera en manos de una mayoría bakuninista, el 25 de julio de 1871 el mismo Engels había urgido a la convocatoria de un «congreso privado de la Asociación» en Londres, a celebrarse un poco más tarde ese mismo verano, mientras Karl especificaba que «quedaría restringido a cuestiones de organización y política general».[1434] Ese congreso se celebró en un pub cercano a Tottenham Court Road a mediados de septiembre y no incluyó a nadie de Alemania, tan solo a dos representantes de Inglaterra, algunos refugiados *communards* de Francia, dos antiguos partidarios de Bakunin provenientes de Suiza (incluido Utin) y una delegación de seis representantes llegados desde Bélgica. No se invitó a la Federación del Jura, basándose en motivos tan arbitrarios como que nunca había renunciado al nombre de *Fédération Romande*.

El congreso se propuso transformar la Asociación Internacional de un foro de debate en un partido político. Fueron aprobadas resoluciones vinculantes para todas las secciones. La acción política, que era originalmente un «medio de emancipación social», se volvió ahora obligatoria, visto que es en la actividad militante de la clase trabajadora «donde se funden indisolublemente su dinamismo económico y su acción política». Esa acción se daría «pacíficamente donde ello fuera posible y por

la fuerza de las armas cuando fuera necesario».[1435] Se autorizó al Consejo General a escoger la fecha y el lugar del siguiente congreso, y las nuevas facultades que le habían sido concedidas en Basilea para afiliar o desafiliar secciones de la Internacional se utilizaron ahora para negar la afiliación a los bakuninistas de Suiza, por la vía de equiparar la decisión del congreso a una opinión del Consejo General. Mediante este subterfugio, el bakuninismo fue transformado en una herejía. Karl hizo además un intento, aunque infructuoso, de vincular a Bakunin con las actividades criminales de Necháiev. Se esforzó en lograr una condena de la Alianza, pero alguien le recordó que era innecesaria, pues la Alianza ya se había disuelto por propia iniciativa. En ambos casos fue la delegación belga, liderada por De Paepe, la que cumplió la función de refrenarlo. A pesar de todo esto, Karl consideró el congreso un gran éxito y le escribió a Jenny que «fue una labor ardua [...] pero se consiguió hacer más que en todos los congresos previos reunidos, porque no había una audiencia enfrente ante la que fuera necesario escenificar comedias retóricas».[1436]

Por cierto que los federalistas acertaban al considerar ese congreso como una encerrona. En noviembre de 1871 la Federación del Jura convocó un congreso propio en Sonvilliers y emitió una circular dirigida a las restantes federaciones exigiendo que se llamara a otro congreso, visto que la reunión de Londres era ilegítima. Dicha reunión se había arrogado facultades inconstitucionales y sus decisiones no eran representativas. [1437] Las normas de la Internacional no permitían ningún «congreso secreto» como el celebrado en Londres. La Asociación Internacional de Trabajadores había nacido como «una federación libre de secciones autónomas», no como una organización jerárquica y autoritaria, integrada por secciones bien disciplinadas bajo el control del Consejo General. Este debía retomar su propósito original, que era actuar como «un simple corresponsal y centro estadístico». La circular concluía preguntándose: «¿Cómo podría surgir una sociedad libre e igualitaria a partir de una organización autoritaria?».

Escrita nominalmente en representación del Consejo General, la respuesta de Karl, elaborada en conjunto con Engels, apareció en marzo de 1872 y llevaba el título de *Les prétendus scissions dans l'Internationale*.

Este documento buscaba trazar históricamente «la persistencia de un puñado de intrigantes en fomentar que se confunda a la Internacional con una asociación hostil a ella desde su origen». Dicha asociación (la Alianza) había sido engendrada por «el ruso Mijaíl Bakunin», cuya gran ambición, se decía, era valerse de su instrumento y sustituir al Consejo General por su dictadura personal.^[1438] Una vez más los autores se esforzaban en desacreditar a Bakunin, revelando que dos de sus seguidores eran espías bonapartistas y vinculándolo además a las actividades criminales de Necháiev.

Serguéi Necháiev era hijo de un cura aldeano y conocido por dos motivos en particular.^[1439] El primero, porque había intentado crear una sociedad revolucionaria secreta en Rusia, integrada por grupos de cinco personas cuyo único vínculo entre sí era el que mantenían con el propio Necháiev. En Moscú un estudiante apellidado Ivánov perteneciente a uno de esos grupos había cuestionado la autoridad de Necháiev. Entonces, para reprimir cualquier posibilidad de rebelión y unir al grupo mediante la complicidad en la comisión de un delito común, Necháiev había organizado el asesinato de Ivánov con el pretexto de que este estaba a punto de denunciarlos a las autoridades. Fue este asesinato, cometido el 21 de noviembre de 1869, el que brindó el argumento a Dostoyevski para su novela *Los demonios*.

En segundo lugar, en enero de 1870 Necháiev se había encontrado en Locarno con Bakunin cuando este se hallaba dedicado a una traducción al ruso de *El capital*. Siempre escaso de fondos, Bakunin había firmado un contrato para traducir el libro a cambio de mil doscientos rublos, de los que ya había recibido trescientos como adelanto, solo que muy pronto se cansó de la tarea y se alegró de que Necháiev le prometiera convencer al editor para que lo liberara del contrato. A continuación Necháiev exigió al editor que dejara a Bakunin en paz amenazándolo, en nombre del comité secreto de Justicia Popular, para que retirara su exigencia de devolución del adelanto o se vería enfrentado a consecuencias desagradables. Quizá enterado del destino sufrido por Ivánov, el editor se avino a ello.

Durante algún tiempo, a finales de la década de 1860, Bakunin se había sentido claramente cautivado por la imagen que Necháiev tenía de sí mismo

como revolucionario, pero no hay evidencia, ni era en modo alguno probable, que estuviera involucrado en los crímenes de Necháiev o estuviese siquiera enterado de ellos. Así las cosas, las alusiones reiteradas que Karl hacía a la creación por parte de Bakunin y Necháiev de una «sociedad secreta entre los estudiantes» rusos era una calumnia sin fundamentos.^[1440]

La principal debilidad de esta contracircular era que no respondía al punto central planteado en Sonvilliers: que el Consejo General de 1871 se había arrogado ciertas facultades *no* incluidas entre sus «normas» originales.^[1441] A consecuencia de ello, la iniciativa «organizativa» de Engels, lejos de aplacar a los oponentes federalistas, exacerbó aún más las divisiones dentro de la Asociación Internacional.

El siguiente congreso estaba planeado del 1 al 7 de septiembre de 1872 en La Haya, una ciudad a la que a Bakunin le resultaría difícil, si no imposible, acudir. Además, el veto a los delegados asistentes quedó en manos de los aliados de Karl. En una carta dirigida a César de Paepe, Karl hacía una estimación de las fuerzas alineadas con él y en su contra:

Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Dinamarca, Holanda, Austria, la mayor parte de los grupos franceses, los italianos del norte, Sicilia y Roma, la gran mayoría de la Suiza romance y los rusos en Rusia (distintos de ciertos rusos del exterior ligados a Bakunin) marchan al compás del Consejo General.

Como contrapartida, estará la Federación del Jura en Suiza (en otras palabras, los hombres de la Alianza que se ocultan detrás de ese nombre), Nápoles, posiblemente España, parte de Bélgica y ciertos grupos de refugiados franceses [...], que habrán de conformar todos ellos el bando opositor.^[1442]

Justo antes del congreso, Karl emplazó urgentemente al doctor Kugelmann para que asistiera a él, arguyendo que era un «asunto de vida o muerte» para la Internacional y que el objetivo era preservarla de los «elementos disolventes».^[1443] Ambas facciones compitieron para enviar delegados, pero los partidarios de Bakunin se privaron innecesariamente de un vital apoyo cuando los italianos, indignados por los planteamientos hechos en «Les Prétendues Scissions», decidieron boicotear el evento de La Haya y celebrar un congreso rival en Neuchâtel.

Ya en el congreso, tras el escrutinio de las credenciales de los delegados, en particular las de los partidarios potenciales de Bakunin, Karl se aseguró de contar desde un principio con un respaldo mayoritario y no vaciló en explotar su ventaja. El congreso derrotó la propuesta bakuninista de que el Consejo General se convirtiera pura y simplemente en una oficina central de correspondencia y estadísticas. También logró que se incorporaran las resoluciones del Congreso de Londres dentro de las normas de la Asociación. Además, un comité investigador presidido por Theodor Cuno, amigo de Engels, desveló que Bakunin era el cabecilla de una organización secreta y recomendó que él y Guillaume fueran expulsados. Ávido de difamar un poco más a Bakunin, Karl escribió una carta que supuestamente implicaba a este en la intimidación de su editor.

Finalmente, con el respaldo de Karl, Charles Longuet y otros, Engels sometió a votación la sorprendente propuesta de que el Consejo General se trasladara a Nueva York. Se produjo un silencio y un momento de confusión, particularmente entre los alemanes y blanquistas galos, quienes se habían mostrado hasta entonces encantados de apoyar la batalla contra Bakunin. La propuesta salió adelante por veintiséis votos a favor contra veintitrés, y nueve abstenciones. La justificación fue que, de no fructificar y ser aprobado ese traslado, la Asociación Internacional habría terminado en manos o bien de los blanquistas o de los bakuninistas. Se hubiera convertido en una organización conspirativa y desacreditada, sin mayor relevancia social o política.

Un año después, en *Estatismo y anarquía* Bakunin planteó su propia visión del conflicto en la Internacional. Su libro daba buena cuenta del impacto provocado en Europa por las guerras victoriosas de Bismarck contra Dinamarca, Austria y Francia, y por la proclamación del nuevo Imperio germánico en el Salón de Espejos de Versalles. Desde la época de Luis XIV y hasta las guerras napoleónicas, se consideraba a Francia el Estado más poderoso de la Europa continental. *Estatismo y anarquía* se explayaba en torno al aplastamiento de «la hegemonía histórica de la Francia estatista en Europa, reemplazándola por la hegemonía aún más detestada del pangermanismo estatista».[1444] Su análisis del año 1848 en Alemania prefiguró de algún modo el libro de Lewis Namier, 1848. *La*

revolución de los intelectuales.^[1445] Hacía hincapié en el carácter instruido de la Asamblea de Frankfurt, en su injusto tratamiento de los polacos y los checos, y en la incapacidad de Frankfurt y del Parlamento prusiano de desafiar al Estado. Para Bakunin, eso estaba influido en gran medida por «la aspiración que domina en la conciencia y en el instinto de todo alemán. [...] *El deseo de ensanchar todo lo posible las fronteras del imperio alemán.*»^[1446]

Según Bakunin, era la propagación «de esa idea germánica la que forma hoy la principal aspiración de Marx, que, como hemos observado, había intentado renovar en su beneficio, en el seno de la Internacional, las hazañas y victorias del príncipe de Bismarck».^[1447] No mencionaba el lugar central que Inglaterra ocupaba en la teoría de Karl o su labor en el Consejo General, ni la importancia otorgada al federalismo en *La guerra civil en Francia*. En vez de eso, equiparaba el enfoque de Karl únicamente con el del *Manifiesto comunista*. Reconocía sus dones como teórico y coincidía en su crítica de Proudhon, pero los alemanes no podían hacer revoluciones, les faltaba «carácter». No iban de la vida al pensamiento sino, como el propio Hegel, del pensamiento a la vida. Ni siquiera «los materialistas o realistas», como el propio Karl o el naturalista materialista Ludwig Büchner, «pudieron ni pueden aún desembarazarse de la hegemonía del pensamiento metafísico abstracto».^[1448]

El pensamiento de Karl era burdamente aparejado con el de Lassalle. No solo abogaban los dos por la democracia representativa, sino que Lassalle fundaba su práctica en la teoría de Karl. El punto fundamental en el programa de Lassalle era «la emancipación (imaginaria) del proletariado *por el único medio del Estado*». Eso era lo que había tomado de «la teoría comunista creada por el señor Marx». Se sugería a la vez que el propio Karl era un «discípulo directo de (Louis) Blanc» y, por tanto (equivocadamente), que él, como Lassalle y el mismo Blanc, abogaban por brindar «crédito ilimitado a las asociaciones obreras de producción y de consumo».^[1449]

Desde el punto de vista teórico, *Estatismo y anarquía* era más bien débil y consistía en buena parte en afirmaciones discrecionales más que en evidencias razonadas. Argumentaba que «la pasión por la revolución social» solo quedará satisfecha cuando el poder coercitivo del Estado, el

último baluarte de los intereses burgueses, colapse. Puesto que todo Estado implicaba «inevitablemente la dominación, por consiguiente la esclavitud»:

Es la razón por la cual somos enemigos del Estado. [...] Ningún Estado, por democráticas que sean sus formas [...] tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir la organización libre de sus propios intereses de abajo arriba, sin ninguna injerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado seudopopular inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba abajo por intermedio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe mejor los intereses reales del pueblo que el pueblo mismo. [\[1450\]](#)

Más adelante en el mismo texto, se preguntaba: si el proletariado ha de ser la clase dominante, ¿a quién va a dominar? Él mismo especulaba que, si era un asunto de «nivel inferior de cultura», podía ser a «la masa campesina», y si se consideraba el asunto desde la perspectiva de las naciones, podían ser los esclavos. Finalmente, planteaba la pregunta surgida a partir de una frase incluida en el *Manifiesto comunista*: «el proletariado elevado a clase gobernante». «¿Sería el proletariado entero el que se pondrá a la cabeza del Gobierno? [...] ¿Se imagina uno a todos esos cuarenta millones como miembros del Gobierno?» La respuesta de Karl y otros autores, en el sentido de que habría un «Gobierno del pueblo, un Gobierno de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo», era una mentira tras la cual se «encubría» el «despotismo de la minoría dominante, [...] tanto más peligrosa por cuanto aparece como la expresión de la llamada voluntad del pueblo». [\[1451\]](#)

Previsiblemente, arremetía a su vez contra el carácter de Karl:

Nervioso hasta la cobardía, según algunos, es excesivamente ambicioso y vanidoso, pendenciero, intolerante y absoluto como Jehová, el dios de sus antepasados, y, como él, vindicativo hasta la demencia. No hay mentira ni calumnia que no sea capaz de inventar y de difundir contra el que ha tenido la desgracia de suscitar en él la envidia o, lo que viene a ser lo mismo, el odio. Y no hay intriga innoble ante la cual pueda detenerse si, en su opinión, por lo demás casi siempre errónea, esa intriga puede servir para reforzar su posición, su influencia o para la difusión de su fuerza. En este sentido, es un político consumado. [\[1452\]](#)

Pero siendo «un político» que aspiraba a liderar la Internacional, Karl era presentado como un Lassalle fallido. Aunque fuerte en lo teórico, perdía «al

contrario, la fuerza y la significación en la arena pública». Según Bakunin, «[l]o había demostrado en la infortunada campaña en la Asociación Internacional que tuvo por fin el establecimiento de su dictadura en la Internacional y por medio de la Internacional en todo el movimiento revolucionario del proletariado de Europa y de América». Igual que había ocurrido en Basilea, cuando la «pureza» del programa de la Internacional había sido defendida contra los alemanes y su intento de introducir en su seno «la política burguesa», en 1872 «el señor Marx ha sufrido [...] una derrota completa y merecida». Así era, según Bakunin, como se había iniciado el cisma dentro de la Internacional.[\[1453\]](#)

Entre abril de 1874 y enero de 1875 Karl escribió algunas notas y comentarios acerca del libro de Bakunin. Notas que fueron tomadas directamente en ruso o traducidas al alemán. Su crítica fundamental tenía relación con la incapacidad de su adversario de entender que «[una] revolución social radical está sujeta a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico; estas son su premisa». Según él, Bakunin «no comprende nada de la revolución social; solo conoce su fraseología política». Por consiguiente, imaginaba que en «todas las formas económicas [...] es igualmente posible la *revolución radical*». En común con otros representantes románticos de la tradición radical internacionalista, para Bakunin «[l]a base de su revolución social es la voluntad y no las condiciones económicas».[\[1454\]](#)

Karl se enfrentaba a él también por su crítica al principio representativo. En respuesta a la pregunta de Bakunin de si era «la totalidad del proletariado la que encabezaría el Gobierno», replicaba que «en un sindicato, por ejemplo, ¿es que todo el sindicato forma parte de su comité ejecutivo?». De igual modo, en respuesta a la pregunta de si cuarenta millones de alemanes podían llegar a ejercer el gobierno, respondía: «¡Ciertamente! Pues el sistema empieza por el autogobierno a nivel de las comunidades». Y proseguía explicando que, solo cuando el proletariado resultara triunfante en su lucha por «abolir su propia definición como trabajo asalariado» se convertiría «la distribución de las funciones generales» en «un asunto de rutina que implicaría la no dominación», y las elecciones «dejarían de tener el carácter político actual».[\[1455\]](#) En dicha

situación, la asignación de funciones, como sucede en una cooperativa fabril, sería sencillamente acorde a la idoneidad; y todas las «fantasías [de Bakunin] sobre la dominación se irán al demonio». Remontándose a sus propias divergencias de hacía treinta años, concluía que «el señor Bakunin se ha limitado a traducir la anarquía de Proudhon y Stirner a la lengua bárbara de los tártaros».[1456]

Tanto Bakunin como Karl planteaban lo que ellos mismos concebían como críticas al «parlamentarismo», pero ninguno acertó del todo a la hora de ofrecer una alternativa convincente. La mayor dificultad de Bakunin en su crítica al principio representativo, y de su concepción del poder «desde la base», era el problema de cómo encarnarlos en cualquier forma institucional estable o sostenible. Por este motivo, la creencia en el federalismo, tan poderosa a finales de la década de 1860, se difuminó en el curso de la década siguiente, siendo desplazada por el atractivo creciente de los partidos socialdemócratas, que defendían principios representativos.

La síntesis del Estado y la sociedad burguesa perfilada por Karl en *La guerra civil en Francia* adoptaba la forma de una Asamblea elegida, formada sobre principios democráticos y representativos, argumentando que, una vez que el proletariado resultara triunfante, habría una «distribución de las funciones generales, asignadas como sucede en una cooperativa fabril, según la idoneidad». Esta imagen de los representantes elegidos según sus habilidades, igual que un empleador puede buscar al mejor trabajador para que haga una tarea en particular, era algo recurrente en los escritos de Karl posteriores a 1840. Lo que faltaba en esta concepción era un espacio social y político en el que una pluralidad no solo de funciones, sino también de opiniones, pudiera expresarse. En este sentido, todo quedaba sujeto a una interpretación autoritaria. El gran desafío del socialismo en los años ulteriores a 1848 era, según argüía John Stuart Mill, «unir la mayor libertad de acción individual con la propiedad igualitaria de todos de las materias primas del orbe y una participación equitativa en los beneficios del trabajo combinado».[1457] A este respecto, Karl no tenía nada que decir.

Es difícil hacer un balance equilibrado del comportamiento de Karl respecto a Bakunin en los años que siguieron al Congreso de Basilea. El

intento de opereta de Bakunin durante la revolución de Lyon en el otoño de 1870 y su predilección por las sociedades secretas eran dos buenas razones para desconfiar de él. Además, sin importar cuán apropiadas fuesen tales organizaciones en territorios donde la libertad de asociación estaba ausente, los estatutos de la Asociación Internacional marcaban su compromiso con la organización y propaganda abiertas. Por otro lado, estaba claro que la convocatoria del congreso secreto en Londres en el otoño de 1871, y su aprobación de nuevas normas y objetivos, fue una violación de los estatutos originarios y que el Congreso de Londres no tenía la potestad constitucional de enmendarlos.

El principal motivo político para terminar de manera tan precipitada y poco gloriosa con la Asociación Internacional en el Congreso de La Haya era que Karl no veía ya ningún apoyo significativo de los sindicalistas ingleses en el Consejo General. Su reemplazo por refugiados franceses no contribuyó en nada a fortalecer la postura de la Asociación como una entidad representativa. Karl temía que acabara transformada en una mera secta desligada de la política inglesa y escindida por una batalla esotérica entre blanquistas y bakuninistas. Dos años antes, a comienzos de 1870, había experimentado una confianza enorme en los potenciales de la Internacional. Al empeñarse en movilizar a sus secciones continentales en contra de las denuncias bakuninistas de *L'Égalité*, le había parecido vital mantener la representación inglesa en manos del Consejo General. Inglaterra, argüía, era el único país donde «la gran mayoría de la población consiste en trabajadores asalariados y donde la lucha de clases y la organización de la clase trabajadora por los sindicatos han adquirido cierto grado de madurez y universalidad. [...] Los ingleses cuentan con todas las condiciones materiales para la revolución social. Lo que les falta es el espíritu de universalización y el ardor revolucionario». Por fortuna, el Consejo General estaba en «la feliz posición de tener entre sus manos esta gran palanca de la revolución proletaria».[\[1458\]](#) Por esta razón, era vital mantener la representación inglesa en manos del Consejo General.

Pese a ello, menos de dos años después había abandonado esta idea y en el Congreso de Londres de 1871 no puso objeciones a la separación eventual del Consejo Federal inglés del Consejo General. Había llegado a

pensar, a principios de ese año, que el Gobierno de Gladstone estaba a punto de caer y que otro periodo de crisis era inminente. Basaba su optimismo en sus esperanzas de un conflicto con Rusia. Según el Tratado de París, que había puesto fin a la guerra de Crimea en 1856, el mar Negro debía convertirse en un área desmilitarizada, cerrada a las naves de guerra rusas, solo que, durante la guerra franco-prusiana, Rusia se aprovechó — con la connivencia de Prusia— de la postración en la que cayó Francia para remilitarizar el mar Negro. Las clases medias londinenses, guiadas por la *Pall Mall Gazette*, se mostraron indignadas por la violación del tratado y exigieron la declaración de guerra. Gladstone había sido miembro del Gobierno combinado de *whigs* y liberales que en 1854 declaró la guerra a Rusia, aunque no tenía ahora intenciones de ir de nuevo a la guerra con los rusos, especialmente en ausencia de los aliados europeos. De todas formas, no podía ignorar la violación del tratado. La indecisión del Gobierno fue interpretada por muchos como una humillación nacional que no hubiera sucedido en la época de Palmerston. El Gobierno liberal era, al parecer, incapaz de defender los intereses nacionales. Karl tenía razón al suponer que la incapacidad de Gladstone para obligar a los rusos a dar marcha atrás sería uno de los factores que precipitarían su derrota en las elecciones de 1874, pero eso no provocó que las clases trabajadoras salieran a las calles, y menos aún algún tipo de crisis como la que Karl imaginaba.

Las clases trabajadoras, se lamentaba Engels, habían permanecido porfiadamente sumidas en la «apatía». No solo no se involucraron en alguna forma de agitación por lo de Rusia, sino que brindaron escaso o ningún apoyo a la Comuna de París. Por la época del Congreso de Londres, en septiembre de 1871, Karl explotó de ira contra aquellos a quienes había considerado previamente sus aliados: «Los sindicatos [...] son una minoría aristocrática: los trabajadores pobres no pueden pertenecer a ellos; la gran masa de trabajadores a quienes el desarrollo económico está desplazando cada día del campo a las ciudades ha estado siempre fuera de los sindicatos, y la porción más desdichada de esas masas nunca ha pertenecido a ellos; lo mismo vale para los trabajadores nacidos en el East End de Londres; uno de cada diez pertenece a algún sindicato. Los campesinos, los jornaleros nunca están dentro de esas asociaciones». Y añadía en tono desafiante: «Los

sindicatos no pueden hacer nada por sí mismos —seguirán siendo una minoría— ni tienen poder sobre la gran masa de los proletarios, mientras que la Internacional opera directamente sobre ellos».[1459]

En el Congreso de La Haya en 1872 su ira no se atenuó. Unió sus fuerzas con el periodista conservador disidente Maltman Barry, quien de algún modo se las arregló para que lo designaran representante de una sección germanófona de Chicago. Cuando Thomas Mottershead, el sindicalista inglés y antiguo cartista, cuestionó con razón las credenciales de Barry como representante de los trabajadores ingleses, Karl se embarcó en una diatriba. Puede que Barry no fuera, en efecto, «un líder reconocido de los trabajadores ingleses [...] pero eso era más bien un honor, visto que casi todo líder reconocido de los trabajadores ingleses estaba vendido a Gladstone, Morley, Dilke y otros».[1460] Seis años después su acritud contra «los Gladstone, los Bright, los Mundella, los Morley y esa caterva de dueños de fábricas» seguía en pie. El 11 de febrero de 1878 le escribía a Liebknecht: «La clase trabajadora inglesa se había desmoralizado gradual y progresivamente como fruto del periodo de corrupción posterior a 1848 y había llegado, finalmente, a la etapa en que ya no era otra cosa que un apéndice del gran Partido Liberal, es decir, de sus *opresores*, los capitalistas. Su dirección había pasado entera a manos de los venales líderes sindicales y los agitadores profesionales».[1461]

Era mucho mejor, por tanto, poner fin a la Internacional, o cuando menos a su propio compromiso con ella. El último día del Congreso de La Haya, el informe de Barry explicaba por qué era preciso desplazar de Londres al Consejo General: «El tiempo y reflexiones que los asuntos del Consejo General exigieron de Marx, unidos a su labor de traducir las distintas ediciones de su gran libro y la supervisión general de la Asociación, han resultado agotadores y perjudiciales para su salud. Durante el último año, poco más o menos desde que accedieran al Consejo algunos “representantes” ingleses, ello ha lastrado adicionalmente sus empeños (más de una vez infructuosos) de hacer que el Consejo se ciñera a su legítimo propósito».[1462]

Para Karl, el fin de la Internacional fue una liberación. Tres meses antes del Congreso de La Haya escribió a De Paepe: «Espero con ansias el

próximo congreso. Será el fin de mi esclavitud. Tras eso volveré a ser un hombre libre; no aceptaré más funciones administrativas de nuevo, ya sean en el Consejo General o el Consejo Federal Británico».[1463] En todo ese periodo en que la Internacional había intentado involucrarse en el tema de la guerra franco-prusiana y el de la Comuna, había continuado cercado por sus problemas de salud. El 17 de agosto de 1870 se quejaba a Engels: «No he pegado ojo en cuatro noches seguidas a causa del reumatismo y, en todo ese lapso, las fantasías sobre París, etcétera, revolotean en mi mente. Deberé pedirle a Gumpert que me prepare la poción somnífica para hoy al atardecer».[1464] El 21 de enero de 1871 le escribió a su aliado Sigfrid Meyer en Nueva York: «Mi salud ha pasado de nuevo por un estado abominable durante meses, ¡pero quién puede ponerse a pensar en esas banalidades en un momento de tan trascendentales acontecimientos históricos!». [1465] La enfermedad interrumpió su asistencia regular al Consejo General durante la Comuna y demoró la conclusión de *La guerra civil en Francia*. Pero el 13 de junio pudo decir a sus hijas que «tras seis semanas enfermo, estoy bien de nuevo, en la medida en que ello sea posible en las actuales circunstancias».[1466]

A la Comuna vinieron asociadas otras ansiedades, esta vez por la familia. El 1 de mayo Jeanny y Eleanor habían viajado a Burdeos para ayudar a Laura, cuyo tercer bebé había nacido en febrero y estaba gravemente enfermo. Paul Lafargue, el marido de Laura, había regresado de París con «plenos poderes» para organizar un ejército revolucionario en Burdeos, pero una vez que Versalles arrasó a la Comuna, Paul se transformó en un individuo buscado y la familia hubo de mudarse a Bagnères-de-Luchon, un remoto pueblito en los Pirineos donde mantenían un bajo perfil, con la esperanza de no llamar la atención. El 13 de junio Karl le escribió una carta en clave advirtiéndole a Paul de su arresto inminente. La carta aconsejaba a la familia trasladarse a vivir en un clima más favorable, del lado español de los Pirineos, y avisaba que la salud de Paul en particular «se verá deteriorada y puede incluso correr serio peligro si vacila otro poco en seguir el consejo de los médicos».[1467] Paul permaneció otras seis semanas en Luchon a causa de la enfermedad del bebé, pero el 26 de julio el bebé falleció y Paul cruzó poco después la frontera española. El 6 de

agosto las tres hermanas y el hijo pequeño de Laura, Schnappy, fueron a visitarlo. Enseguida Jenny y Eleanor intentaron regresar a Inglaterra, pero fueron detenidas en la frontera francesa, registradas e interrogadas. Jenny corrió un riesgo singular, pues llevaba consigo una carta de Gustave Flourens, el *communard* asesinado. Por fortuna, en la comisaría de policía logró ocultar la misiva y las dos hermanas volvieron el 26 de agosto.^[1468]

En otros sentidos, Karl siguió mostrándose sorprendentemente exultante durante aquel verano de 1871. Disfrutó del escándalo provocado por *La guerra civil en Francia* y saboreó su reputación como «el hombre más calumniado y amenazado de todo Londres». A finales de julio su ánimo era aún entusiasta y escribía al doctor Kugelmann: «La labor para la Internacional es inmensa y, además, Londres está lleno de refugiados por los que debemos velar. Además, me veo asediado por otra gente —periodistas y otros individuos de variada ralea— que desea ver al “MONSTRUO” con sus propios ojos».^[1469]

Existía también la posibilidad de relajarse saludablemente lejos del hollín y la contaminación de la ciudad y junto al mar. A Karl le gustaba Brighton, pero su balneario predilecto era Ramsgate. Engels, por su parte, describía Ramsgate a su madre como «el balneario más importante que conozco, en extremo informal, con una playa hermosa y muy consistente, ubicada inmediatamente debajo de los pronunciados acantilados de cal; la playa está repleta de falsos juglares de raza negra, magos, tragafuegos, guiñoles que se dan tortazos entre sí y otras cosas absurdas. El lugar no es muy elegante, pero sí barato y sencillo. Muy bueno para bañarse».^[1470] En el verano de 1870, pese a su reumatismo y las noches de insomnio, Karl había escrito acerca de Ramsgate: «La familia se esta divirtiendo magníficamente aquí. Tussy y Jennychen nunca salen del agua, acumulando una buena dosis de vigor».^[1471]

Esta vena optimista persistió durante el Congreso de Londres, que Engels había organizado para la segunda mitad de septiembre. Pero en el otoño e invierno siguientes se hizo cada vez más evidente que las victorias aparentemente alcanzadas en Londres eran más bien vanas. Los seguidores de Bakunin no habían aceptado su derrota. Este contrató con la acusación de que el Consejo General estaba dominado por el «pangermanismo (o

bismarckismo)». Sus partidarios publicaban un periódico en Ginebra e intentaron constituir una sección francesa en Londres y una sección alemana en Nueva York.^[1472] Se manifestaban tensiones paralelas entre el Consejo General y el Consejo Federal Inglés. Antiguos aliados, como Johann Georg Eccarius y John Hales, se volvieron rivales implacables.

A la luz de estos acontecimientos, el tono de Karl se volvió más y más fatigado y comenzó a quejarse de manera creciente por el exceso de trabajo. Se lamentaba con Liebknecht de que él y Engels estaban «desbordados de trabajo con la Internacional» y que no se había hecho esfuerzo alguno para garantizar la presencia de los delegados alemanes, dando credibilidad así a rumores difundidos de que «¡Marx ha perdido su influencia en Alemania!». ^[1473] El 24 de noviembre le escribió a De Paepe refiriéndose por primera vez en público a la posibilidad de renunciar, como una respuesta medio en broma al cargo del «pangermanismo». ^[1474] En la primavera de 1872, «sobrepasado de trabajo» hasta el punto de que no había podido escribirle a Laura o a su «querido Schnappy», le explicaba a Paul Lafargue que «ciertamente, la Internacional absorbe demasiado de mi tiempo y, si no estuviera yo convencido de que mi presencia en el Consejo es aún necesaria en este periodo de lucha, me debería haber retirado hace mucho». ^[1475] La fórmula para retirarse sería el traslado del Consejo General a Nueva York, asunto que no fue anunciado sino hasta el Congreso de La Haya. Pero ya podía decir, a finales de mayo, tanto a su traductor al ruso, Nikolái Danielsón, como a César de Paepe, que su retiro de la Asociación era inminente y que su «esclavitud» estaba a punto de concluir.

La Asociación Internacional de 1872 era muy distinta a la organización fundada ocho años antes, pero también lo era el mundo donde le tocaba operar. Las agitaciones constitucionales de la década de 1860 habían concluido. Muchas de las tropas de republicanos internacionalistas que habían peleado por la Comuna habían muerto en combate. La campaña guerrillera de Garibaldi en nombre de la República francesa tuvo que ser abandonada. La era de las barricadas había concluido, considerando su escasa utilidad para evitar la masacre ejecutada por los soldados de Versalles, algunos equipados con ametralladoras. Con la caída de la Comuna, el legado republicano internacionalista tocaba a su fin.

El internacionalismo perdió mucho de su sentido original una vez que la formación de nuevos estados dejó de ser sinónimo de instaurar repúblicas. El nacionalismo y el republicanismo discurrían ahora por carriles separados. Los estados-nación constituidos en Italia y Alemania trajeron consigo monarquías hereditarias y poderosas aristocracias. También el libre comercio había comenzado a ser desafiado, culminando en Alemania en la fijación de aranceles proteccionistas y propiciando una alianza de la tierra y la industria en un «matrimonio del hierro y el centeno» de inspiración antiliberal. La consolidación de los estados había comenzado a involucrar a su vez, más directamente, a los ciudadanos en su vida diaria, ya fuese en la enseñanza básica o el reclutamiento militar. Inversamente, la base económica de la solidaridad sindical transfronteriza se había encogido al verse enfrentada a la depresión.

En Inglaterra el clima político también había variado. Según *La forma en que ahora vivimos*, la muy cáustica descripción que Trollope ofrecía de Inglaterra en torno a 1872, la confianza en sí misma y la liberalidad de la era de Palmerston había concluido. Las «honorables» tradiciones del campo se habían subsumido en un mundo dominado por la sórdida maquinación de las finanzas internacionales. Los aventureros cosmopolitas de origen incierto, una plutocracia personificada por Augustus Melmotte, dominaban en la sociedad londinense.

También las prioridades de Karl habían cambiado. A mediados de la década de 1860 había albergado la sólida esperanza de que ambos tomos de *El capital* aparecieran juntos, pero un puñado de dificultades, tanto prácticas como teóricas, había obstaculizado ese proyecto. Era cierto que su labor al servicio de la Internacional había ocupado gran parte de su tiempo, pero también daba la impresión de que la naturaleza misma del proyecto cambió significativamente entre 1867 y 1872. Aunque todavía decía que «después de todo, debía haber terminado al fin con *Das Kapital*», no mencionaba el segundo tomo. En parte esto se debía a que no le era ya posible sostener el argumento como lo había concebido originalmente, pero también a que sus reflexiones en torno al carácter global del capitalismo estaban variando. Quizá el desarrollo del capitalismo en Europa occidental fuese un caso especial. Quizá su expansión al resto del globo pudiera

evitarse. Ese parecía ser, cuando menos, el pensamiento que dominaba su interés creciente en lo que podía ocurrir en Rusia y otros lugares del mundo que estaban aún en la fase precapitalista.

EL SEGUNDO TOMO DE *EL CAPITAL* [\[1476\]](#)

Concluido el movimiento de reforma política en Gran Bretaña y consolidada una alianza entre liberales y sindicalistas, la presión por sacar el segundo tomo cedió. Los problemas en Irlanda amainaron. La respuesta a la publicación del primer tomo fue lenta y la única reacción verdaderamente entusiasta provino de Rusia y de los partidarios de Chernyshevski, que no estaban demasiado interesados en la crisis de Occidente. En Francia, tras el desastre de la Comuna, Karl tuvo la agudeza de limar, en la traducción al francés de *El capital*, las asperezas de la *Crítica* basadas en el caso de Inglaterra. Asimismo se sintió bastante aliviado de que la edición del segundo tomo pudiera posponerse, por cuanto los problemas intelectuales que lo habían inhibido de lanzar la obra en conjunto en su edición original no habían hecho más que aumentar.

En 1870 logró refundir casi la mitad del manuscrito de lo que luego fue el segundo tomo de *El capital*, pero el tratamiento seguía muy constreñido a cuestiones abstractas y, de ahí en adelante, añadió poco más, aparte de algunas revisiones menores. [\[1477\]](#) En noviembre de 1871 Meissner, su editor de Hamburgo, le informó de que el primer tomo estaba casi agotado y le solicitó que preparara una segunda edición más sencilla. Entre esa fecha y 1873 Karl solo se dedicó a eso, invirtiendo la mayor parte del tiempo en preparar una segunda edición revisada, incluido un intento de simplificar la argumentación del primer capítulo. En 1872 sus admiradores de San Petersburgo emprendieron una edición en ruso. Hermann Lopatin empezó la traducción, que fue completada por Nikolái Danielsón y resultó un gran

éxito. De forma simultánea, Karl firmó contrato con Maurice Lachâtre para publicar la edición en francés, que habría de aparecer por entregas. De ese modo, Karl pensaba que resultaría «más asequible a la clase trabajadora» y «para mí esa consideración está por encima de cualquier otra».[1478] La tarea fue asumida por Joseph Roy, el traductor de Feuerbach, y Karl escribió a su hija indicándole que lo consideraba «un hombre perfectamente apropiado a mi objetivo». Pero el proceso discurrió muy lentamente; Roy se vio forzado a trabajar con el borrador de la segunda edición alemana del manuscrito y al propio Karl muchos párrafos le parecían insatisfactorios. Entonces escribió a su traductor al ruso, Nikolái Danielsón, en mayo de 1872, indicándole que «aun cuando la edición francesa (la traducción es del señor Roy, el traductor de Feuerbach) ha quedado a cargo de un gran experto en los dos idiomas, ha traducido a menudo muy literalmente ciertas cosas. Me he visto, por tanto, obligado yo mismo a reescribir pasajes enteros en francés para hacerlos digeribles a una audiencia francófona. Será mucho más fácil después traducir el libro del francés al inglés y a las lenguas romances».[1479] Durante los dos años siguientes Karl pasó mucho tiempo reescribiendo pasajes para la traducción francesa, que no comenzó a aparecer hasta 1875. La morosidad en la corrección de la traducción, junto a cuestiones pendientes relacionadas con el traslado de la Internacional a Nueva York, habrían de provocar constantes retrasos en el lanzamiento de esa edición en francés. Problemas que se combinaron en la primavera de 1873 con un serio quebrantamiento de la salud de Karl.

La alarma por su estado de salud se hizo pública a finales de junio de ese año, cuando Maltman Barry, un conservador de tendencia radical y partidario de Karl, informó en el *Standard* que este se encontraba gravemente enfermo. Engels hubo de asegurar al doctor Kugelmann, otro de sus admiradores que había leído la noticia en el *Frankfurter Zeitung* (*Gaceta de Frankfurt*), que era una exageración. Aun así, la situación parecía seria. Como explicaba el mismo Engels, «de cuando en cuando, pero en intervalos cada vez más extensos de unos años a esta parte, Marx ha padecido de insomnio, que él mismo ha intentado explicar siempre con toda suerte de razones poco convincentes, esto es, como una tos persistente y una afección de garganta. [...] No fue posible convencerlo de que dejara de

trabajar en exceso hasta que, finalmente, una grave presión en la región superior de la cabeza y el insomnio aumentaron hasta un grado insoportable, punto en que ni siquiera dosis muy poderosas de cloral tenían algún efecto».[1480] Fue una vuelta frustrante a la condición de enfermo crónico tras un periodo en que parecía encaminarse a su recuperación. Remontándose a abril de 1871, Engels había intentado también persuadir a Kugelmann de que no había que considerar globalmente la situación de Karl «bajo un prisma demasiado sombrío». En lo referido al insomnio, la tos y su hígado, el mismo Engels había escrito por entonces que «entenderá usted que no pueda haber una cura demasiado rápida para una enfermedad que, hasta donde yo sé, ha sido más o menos persistente durante los últimos veintiséis años». Pero se alegraba de saber que la causa de la tos de Karl estaba «solo en la laringe» y no en sus pulmones.

En 1871 Engels dio muestras de cierto optimismo, ya que Karl estaba cambiando su estilo de vida. Mientras persistía a su alrededor la excitación generada por la guerra y la Comuna, Engels escribía que Karl «ha dejado de lado su labor en temas teóricos densos y está viviendo bastante racionalmente». Hasta dedicaba entre una hora y media y dos horas al día para dar caminatas «sin que deba yo obligarlo a ello» y a veces «no bebe una gota de cerveza durante semanas». Una caminata por Highgate hasta Hampstead, concluía Engels, «es alrededor de una milla y media alemana y supone subir y bajar varias colinas con mucha pendiente. Y en las partes altas hay más ozono que en todo Hannover».[1481]

Parece evidente que no era tanto la falta de ejercicio como la necesidad de enfrentarse a las dificultades teóricas que sus escritos le planteaban lo que le provocaba a Karl jaquecas, insomnio y las consabidas dolencias hepáticas.[1482] Como él mismo escribió al francés Sorge el 4 de agosto de 1874: «Esta condenada dolencia del hígado ha ganado tanto terreno que fui decididamente incapaz de continuar con la revisión de la traducción francesa (que a estas alturas implica una reescritura casi total)».[1483] Y el 12 de agosto, al escribir a Nikolái Danielsón, añadía: «He sufrido graves padecimientos durante meses y me he visto, incluso, peligrosamente enfermo durante un lapso, todo a consecuencia del exceso de trabajo. Mi cabeza estuvo tan seriamente afectada que hasta se temió un accidente

vascular e incluso ahora no puedo trabajar más que unas pocas horas al día».[1484] La mayoría de los testimonios existentes asume que la enfermedad impidió a Karl completar la obra de su vida. No se puede negar que, durante la última década de esta, pasó la mayor parte del tiempo en busca de una cura tras otra para recuperarse, pero lo que no se considera, a pesar de todo, es la auténtica pesadilla que fue para él el deseo de fundamentar una teoría que, sin los puntales hegelianos de los que se había valido en la década de 1850, resultaba imposible de probar.

En los *Grundrisse*, durante la década de 1850, había planteado la idea de «la tasa decreciente de ganancia» en términos relativamente simples, pero cuando intentó formular la teoría en torno a 1864-1865 (estos fueron los manuscritos empleados por Engels para su edición del tercer tomo en 1894), estaba ya sumido en dudas. El funcionamiento presuntamente simple de esta «ley» estaba tan cercado por «tendencias contrapuestas» que no estaba claro cómo podía tener alguna consecuencia definitiva. Todo cuanto podía alegarse era que la ley y sus tendencias contrapuestas «alienta[n] la superproducción, la especulación, las crisis, la existencia de capital sobrante junto a una población sobrante».[1485] Parecía, a la vez, que no era posible ya valerse, sin fundamentarlo, del proceso de circulación y reproducción ampliada que él mismo había concebido originalmente como parecido a los dinamismos circulares y en espiral que refiere la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Tampoco había tenido demasiado éxito al reformular e insertar dichos dinamismos dentro de un relato empírico.

Ese fracaso atañía de manera fundamental a la pregunta que los primeros lectores serios de *El capital* comenzaban a formularse. ¿Era *El capital* el enunciado de una teoría universal del desarrollo humano, que afectaría a todas las naciones, o más bien un recuento histórico cuya relevancia quedaba ante todo restringida a Gran Bretaña y la Europa occidental?[1486] Karl no llegó a encontrar la forma de reiterar su postura teórica original, pero se resistió a admitir con franqueza que había cambiado de opinión. Por este motivo, sus cambios subrepticios de postura han de ser desenterrados de entre las matizaciones que hizo al texto de la segunda edición alemana o en la traducción francesa.

Karl se sentía aliviado de poder evadir o posponer la discusión explícita de estas cuestiones tanto como le fuera posible, pero eran cosas a las que tendría que referirse cuando se publicara el segundo tomo. Se diría, incluso, que el problema empeoró con el tiempo. Cuando *El capital* estaba en su fase de elaboración original, en la década de 1860, le hubiera bastado con señalar las formas en que el modo de producción capitalista estaba siendo ya superado y confiar en que era inminente cierto momento político, que pareció desarrollarse por un breve lapso a mediados de esa década. Pero ahora ese momento había pasado ya y sería preciso hacer hincapié en alguna contradicción estructural de gran magnitud dentro del funcionamiento global del modo de producción capitalista. Durante la década de 1870 prefirió dedicarse a revisar el texto del primer tomo o ayudar a Eleanor en su traducción de la *Historia de la Comuna de 1871*, escrita por Lissagaray. Sin duda, sus dolencias eran genuinas, pero está claro que le dieron una cobertura para dilatar el momento en que debería ajustar cuentas consigo mismo.

Esto queda también sugerido por la irritación de que daba muestras siempre que se le preguntaba directamente por los contenidos del segundo tomo, como ocurrió con su admirador más persistente, el doctor Kugelmann. Karl había estado de visita en casa de Kugelmann, en Hannover, cuando el primer tomo estaba en preparación para ser publicado en 1867. La hija de Kugelmann, Franziska, recordaba que su padre consideraba a Karl «un adelantado en cien años a su época», por lo que no es sorprendente su afán de saber qué habría en el segundo tomo. La reacción de Karl ante ello se había vuelto cada vez más defensiva. Por ejemplo, en mayo de 1874, tras agradecerle a Kugelmann y su familia el interés en sus progresos, añadió: «Pero no sois justos conmigo cuando atribuíis mis déficits de escritura a otra causa que no sea un estado de salud oscilante, que interrumpe continuamente mi labor, luego me aguijonea para que recupere el tiempo perdido dejando de lado cualquier otra tarea (incluidas las cartas) y finalmente logra desanimar a cualquiera y hacerlo renuente a toda actividad». Karl ansiaba encontrarse con Kugelmann en Carlsbad, donde su médico de Manchester, el doctor Gumpert, le había recomendado que acudiera a curarse, pero entretanto, respecto al tema de su

libro, escribió que «aunque era incapaz de escribir, trabajé en un montón de material importante para el segundo tomo. Pero no puedo iniciar su elaboración definitiva hasta que la edición francesa no esté concluida y mi salud por completa recuperada».[1487]

Más tarde, ese mismo verano, Kugelman dispuso todo para que Karl y su hija Eleanor se unieran a él y su familia en el hotel Germania de Carlsbad, pero las vacaciones no resultaron precisamente un éxito. A Karl le pareció «insoponible» la forma en que Kugelman «vierte incesantemente sus muy solemnes y prolijos galimatías en su tono de voz grave», y se sintió indignado ante este «archipedante» que arremetía constantemente contra su mujer porque ella «no acierta a comprender la naturaleza faustiana de su marido, unida a su ambición de gozar de una perspectiva elevada del universo». En términos más prosaicos, Eleanor quedó impresionada por la forma en que el marido reprendía a cada minuto a Gertrude Kugelman por no disponer ella de dinero y ser tan ingrata con todas sus *Wohltaten* (bondades) hacia ella. Según el relato de Eleanor, Karl «escuchó de manera involuntaria una escena de lo más abominable (pues los cuartos están separados solo por una puerta)» y se vio obligado a pedir que lo cambiaran a la planta inferior.[1488] No hay motivos para dudar de este testimonio, pero la historia tenía otro elemento, digno de traerlo a colación si consideramos el interés de Kugelman en los avances de *El capital*. Al evocar esas vacaciones, de cuando ella tenía solo diecisiete años, Franziska Kugelman escribió en 1926 que, durante un largo paseo, Karl y su padre habían discutido en términos «que nunca pudieron luego atenuarse». Kugelman había pretendido convencerlo de abstenerse de hacer cualquier forma de propaganda política y completar antes que nada el tercer tomo de *El capital*. [1489]

Un año después, en octubre de 1875, Engels escribió a Wilhelm Bracke indicándole que Karl había vuelto de Carlsbad «absolutamente cambiado, fuerte, vigoroso, animado y saludable, y muy pronto será capaz de ponerse a trabajar seriamente de nuevo».[1490] Al año siguiente Engels informaba al doctor Kugelman de que «la labor en el segundo tomo se retomará en los próximos días».[1491] En 1878 Karl escribió a Danielsón, su traductor al ruso, prometiéndole el manuscrito del segundo tomo tan pronto como

estuviera listo, pero le indicaba que eso «difícilmente será antes de que concluya 1879».[1492] Sin embargo, en abril de 1879 las leyes antisocialistas de Bismarck le proporcionaron una razón oficial para posponer indefinidamente el objetivo: «Estoy obligado a advertirle (*cela est tout à fait confidentiel* [esto en tono estrictamente confidencial]) que me han informado desde Alemania que mi segundo tomo *no podría publicarse* mientras el régimen vigente mantenga su actual severidad».[1493] De vez en cuando, Karl intentaba volver sobre el segundo tomo. En julio de 1878, inició una versión en limpio, pero luego de siete páginas desistió y, según parece, nunca más volvió sobre la tarea.

En los últimos siete años de su vida se volvió cada vez más reservado en lo relativo a sus preocupaciones intelectuales. Dejó de hablar con Engels sobre su obra, aunque su amigo se había trasladado a Londres y vivía a la vuelta de la esquina. En 1883, justo antes de la muerte de Karl, Engels se quedó impactado al descubrir lo poco que había avanzado en el segundo tomo. A finales de agosto de ese mismo año escribió a Bebel indicándole que «tan pronto como esté de vuelta deberé ponerme a trabajar en el volumen 2 en serio, una tarea enorme. Junto a algunas partes que han sido totalmente redondeadas, hay otras que solo están bosquejadas, siendo el conjunto un *brouillon* [boceto], a excepción tal vez de dos capítulos». Engels proseguía quejándose del enjambre caótico de citas y la letra manuscrita, «que nadie más que yo puede descifrar, ciertamente, y con grandes dificultades». Luego planteaba la pregunta obvia: «Se preguntará usted si yo, entre todos, no debiera haber sido informado el primero de cómo iba el asunto. Es muy simple; de haberlo sabido, lo hubiese importunado día y noche hasta que estuviese todo concluido e impreso. Y Marx sabía eso mejor que nadie».[1494]

LOS AVATARES DE UNA FAMILIA

En 1874 concluyó el compromiso de Karl en la Internacional con el cierre de esta. Por la misma época Engels informaba de que no había motivos adicionales para preocuparse por los refugiados franceses provenientes de la

Comuna: «A estas alturas, nos hemos desembarazado de la práctica totalidad de ellos».[1495] El hogar de los Marx no era ya un refugio o punto de reunión de los exiliados radicales. En 1875 la familia se mudó a una casa más pequeña en el 41 de Maitland Park Road, en Kentish Town. Los domingos seguían siendo, de todas formas, un día en que los amigos eran bienvenidos.

El propio Karl se restringía ahora, ante todo, a sus estudios en curso. La vida era más apacible y estaba menos cargada de tensiones políticas. El cambio sobrevino como un gran alivio para Jenny. Tres años antes, en carta dirigida a Liebknecht y su esposa, manifestaba su admiración por la «fortaleza, el tacto y la habilidad» de todos ellos para enfrentarse a la protesta pública clamorosa ante su rechazo a la guerra franco-prusiana y su reconocimiento de la Comuna de París. Entonces describía su propia experiencia y manifestaba sus frustraciones por el hecho de ser una mujer políticamente comprometida:

En toda esta lucha, las mujeres llevamos la peor parte, porque es la parte menor. Un hombre extrae su fuerza de su lucha contra el mundo externo y se ve robustecido a la vista del enemigo, cualquiera que sea la cifra de sus legiones. Nosotras permanecemos en casa tejiendo calceta, lo que no ayuda en nada a diluir nuestros miedos y las preocupaciones mezquinas que nos corroen día a día muy lentamente, minando nuestro espíritu. Digo esto tras una experiencia acumulada de treinta años, y no soy, por cierto, de las que se descorazonan fácilmente. Estoy muy vieja ya para esperar demasiado de nada y los recientes y terribles acontecimientos han hecho añicos mi paz espiritual.

La Comuna de París había supuesto una tensión colosal en sus vidas:

No te puedes imaginar lo que hemos debido soportar aquí en Londres desde la caída de la Comuna. ¡La miseria innumerable, un dolor sin fin! Y, por encima de todo eso, la labor casi intolerable en nombre de la Internacional.

Demostraba su amargura ante el sino de Karl y lo que había debido afrontar. En la medida en que él mismo se había esforzado por encubrir las disputas entre las distintas secciones y contenerlas, le ahorró a la Internacional el ridículo, se mantuvo él mismo fuera de las candilejas y, por consiguiente, «la canalla guardó silencio».

Pero ahora que sus enemigos lo han traído de nuevo a la luz del día, ahora que han convertido su nombre en foco de atención, toda la pandilla ha unido fuerzas, y policías y demócratas aúllan por

igual el mismo refrán alusivo a su «naturaleza despótica, ¡a su avidez de poder y su ambición!». Cuánto mejor hubiera sido todo, y cuánto más feliz se hubiera sentido él, de haber seguido trabajando calladamente y desarrollando la teoría de nuestras luchas a favor de aquellos que son parte de ella.[\[1496\]](#)

Con toda esta tensión a sus espaldas, Jenny fue aún capaz de dar con su propia voz. Su pasión personal era el teatro y en octubre de 1874 se mostró singularmente entusiasta de Henry Irving y su producción de *Hamlet*, y de la de *Macbeth* en septiembre de 1875. Sus reseñas y cierto número de textos breves aparecieron, a partir de 1875, en la *Frankfurter Zeitung*. El interés de Jenny por el melodrama encontró a su vez una vía de expresión en el Dogberry, un club de lectura privado de las obras de Shakespeare, a cuyos abonados se les brindaban asientos en primera fila en los estrenos de Irving. El club se reunía a menudo en casa de los Marx, donde sus miembros se dedicaban a lecturas dramatizadas. En ocasiones, Karl y Engels también participaban de ellas.

Aun cuando las relaciones de Jenny y Engels siempre fueron tirantes, como queda sugerido por los términos formales en que seguían dirigiéndose el uno al otro, en forma paralela surgió una amistad que parecía muy improbable entre Jenny y la poco instruida Lizzie Burns, después de que los Engels se trasladaran a Londres. La salud de Lizzie estaba decayendo — murió de un tumor en 1878— y la solución fundamental que Engels ideó fue exponerla cuanto fuera posible al aire marítimo y a múltiples destinos. Jenny propuso que ella y Lizzie pasaran juntas unas vacaciones a orillas del mar en 1873, y en 1875 fueron las dos a Shanklin, en la isla de Wight, y luego a Ramsgate. Cada mañana Engels llevaba a las dos damas al bar de la estación del ferrocarril, donde él bebía un pequeño vaso de oporto antes de dejarlas a su aire el resto del día.[\[1497\]](#)

En 1877 la salud de Jenny comenzó a decaer. Entonces viajó a Manchester, se quedó en casa de Sam Moore, amigo de Engels, y consultó al doctor Gumpert, que le diagnosticó un carcinoma. En el invierno de 1878-1879 su estado empeoró. Pero quizá porque en ese periodo se sentía a la vez más plena y satisfecha, los testimonios sobre ella en sus años finales hacen hincapié en su capacidad de reírse de sí misma, su «espíritu luminoso y su gran corazón».[\[1498\]](#)

La relación entre Jenny y sus hijas, particularmente con Eleanor, parece haber sido intensa pero intermitente. Buena parte del funcionamiento cotidiano del hogar había quedado en manos de Lenchen. Jenny estaba preocupada del hecho de que todos sus yernos vigentes o eventuales fueran franceses y, además, porque a consecuencia del radicalismo estudiantil surgido en los últimos años del imperio de Napoleón III, seguido de la guerra y la Comuna, había muchas fuentes de conflicto potencial entre ellos. Laura se había casado con Paul Lafargue en abril de 1868. Jenny se comprometió con Charles Longuet en marzo de 1872 y se casaron el 9 de octubre. En carta a Liebknecht, fechada en mayo de 1872, Jenny admitía que «no puedo ver su unión si no es con gran inquietud y verdaderamente hubiera preferido que Jenny escogiera (para variar un poco) a un inglés o un alemán en vez de un francés, que obviamente ostenta todas esas encantadoras cualidades de su nación, pero no está libre de sus debilidades e insuficiencias. [...] Me obsesiona el temor de que, siendo Jenny una mujer dedicada a la política, se verá expuesta a todas las ansiedades y tormentos que vienen inseparablemente asociadas con esa vocación».[1499] De todas formas, añadía, «es un hombre muy talentoso y bueno, honesto y decente». Y consideraba que «la avenencia de opiniones y convicciones en la joven pareja (es decir, su falta mutua de una afiliación religiosa) es garantía cierta de su futura felicidad».[1500] Engels coincidió en que el novio era «una compañía muy beneficiosa».[1501]

Longuet había sido compañero de estudios de Lafargue, aunque era tres años mayor. Nacido en Caen en 1839, en el seno de una familia conservadora y burguesa con propiedades agrarias, había sido un activo participante en la filial francesa de la Internacional y editor de la publicación estudiantil antibonapartista *La Rive Gauche*, y había estado encarcelado durante ocho meses en 1866. Tradujo al francés el «Manifiesto inaugural» de Karl ante la AIT y *La guerra civil en Francia*. Durante la Comuna había sido parte de su Comité Laboral y, como editor de la revista oficial, había escapado por poco de la represión que siguió. Llegado a Londres como refugiado y sin un céntimo, no tuvo éxito en su intento de dar clases particulares en Oxford, pero en 1874 fue nombrado profesor asistente de francés en el King's College de la Universidad de Londres.

Jenny, a pesar de su embarazo, trabajaba en 1873 como institutriz para la familia Manning y ponía anuncios para impartir clases de canto y oratoria. Su salud había sido siempre débil y su primer hijo murió en 1874, pero en los años siguientes tuvo otros cinco vástagos, el último nacido apenas un año antes de su temprana muerte a la edad de treinta y ocho años, en 1883.

Durante sus años de exilio en Londres la relación entre la familia Marx y Paul y Laura Lafargue fue una fuente de relativa ansiedad, pero en este caso la carga la sobrellevó principalmente Engels. En los primeros años de su matrimonio en París, Laura había dado a luz a tres hijos, pero solo Étienne («Schnaps») había llegado a los tres años, los otros dos murieron en su primer año de vida. Pese a su formación relevante como médico, Paul se negó a practicar la medicina. Para mayor decepción de sus suegros, una vez en Inglaterra tras su actividad en Burdeos en nombre de la Comuna y en España a nombre de la Internacional, se dedicó a una serie de aventuras empresariales que fracasaron en buena medida por su impaciencia y por su escasa atención a los detalles. En varias de esas sociedades intentó crear un negocio de litografías empleando nuevas técnicas. En carta de 1877 a Sorge, Jenny Marx indicaba que mejor hubiera sido que Lafargue trabajara como médico: «Su negocio, de impresión por el *procédé* de Gillot, no ha ido muy bien». Hubo algunos progresos, pero «Lafargue, que siempre lo ve todo color de rosa, está ahora a la espera de su gran TRABAJO».[1502] No hace falta decir que, una vez más, el negocio se fue a pique y que Engels hubo de sacarlos de apuros. El mismo Engels había dirigido sus críticas dos años antes —tal vez con los Lafargue en mente— hacia los refugiados galos: «Los refugiados franceses viven sumidos en el caos total. Se han peleado entre sí y con todo el mundo por *razones muy personales*, asuntos de dinero en su mayor parte, y estamos todos ahora deseando librarnos por completo de ellos. Buscan todos vivir sin hacer ningún trabajo de verdad, con la cabeza llena de invenciones mágicas que ciertamente les aportarían millones si alguien los ayudara a explotar sus hallazgos, todo cuestión de unas pocas libras. Pero quienquiera que sea tan ingenuo para confiar en su palabra perderá su dinero y será denunciado por burgués en el curso de la negociación».[1503] Sin hijos y siempre muy indulgente con los miembros de la familia Marx, Engels nunca se negó a sus peticiones, que habrían de

prolongarse hasta el fin de su propia vida. Entre 1874 y 1880 respondió de hecho a casi cuarenta solicitudes de ayuda por parte de Lafargue, que se volvieron cada vez más frecuentes en el curso de los próximos años,[1504] quedando Engels pasmado en ocasiones ante su carácter tan inoportuno. «¿Cómo puedo aconsejarte en los negocios —le escribía al peticionario en 1880— si me das la información después de hacerlos?»[1505]

Si hubo una crisis mayor en la familia Marx en los dos años posteriores al fin de la Internacional, no fue a causa de las dos hijas mayores, sino de su hermana menor. Parece claro también que fue esta crisis familiar en lugar de la simple sobrecarga de trabajo lo que provocó jaquecas e insomnio a Karl, junto a su perenne dolencia del hígado, en la primavera de 1873. La crisis tuvo relación con las ambiciones y anhelos de la hija menor, Eleanor o Tussy, de solo dieciocho años por entonces, y la determinación de sus padres de oponerse a esas intenciones conyugales. Fueran las que fuesen sus reservas ante los enlaces matrimoniales de Laura y Jenny, los Marx no se habían opuesto de manera activa a sus uniones.

Su actitud fue distinta en el caso de Tussy, quien en torno a la primavera de 1872 se había comprometido con Prosper-Olivier Lissagaray, otro exiliado francés en Londres. Lissagaray era un periodista radical y ardiente partidario de la república democrática y social. Habiendo cumplido los treinta y tres, era conocido por haber combatido heroicamente en la Comuna de París y ser una personalidad algo extravagante. No estaba, pese a ello, adscrito a ningún partido ni veía razón alguna para estarlo. Esta puede haber sido una de las razones por las que él y Paul Lafargue se detestaban mutuamente.[1506] Eleanor se quejó ante Jenny Longuet de que, al coincidir los Lafargue con los Lissagaray en una visita a casa de los Marx, los Lafargue se negaron a estrecharles la mano.[1507] Karl y Jenny desaprobaban la confrontación. Jenny evitaba aludir a Lissagaray en su correspondencia, mientras que Karl lo mencionó solo en una ocasión, en relación con su *Historia de la Comuna*, publicada en 1877.

En la primavera de 1873 Karl y Eleanor pasaron tres semanas en Brighton. Al volver Karl a Londres, Eleanor se quedó en Brighton y, con la ayuda de Arnold Ruge, el viejo antagonista de Karl que aún vivía allí, obtuvo una ocupación en un «seminario» para señoritas administrado por

las señoritas Hall. A Jenny Marx le preocupaba que Eleanor no fuera lo suficientemente fuerte para «esa noria que es un internado», vista su debilidad crónica del pecho, los dolores de espalda que la aquejaban y debido a que su apetito era «un desastre». Entretanto, Karl había viajado a Manchester por consejo de Engels, a consultar al doctor Gumpert. El médico diagnóstico su problema como «una cierta elongación del hígado» y le sugirió que hiciera una visita a Carlsbad como la mejor forma de sanarse.

Estando Karl en Manchester, Jenny fue a Brighton y comprobó que Lissagaray había estado allí visitando a Eleanor. Decidió que era mejor no contárselo a Karl. Desde Manchester, Karl les escribió a Eleanor y a Lissagaray. Se desconoce lo que les decía, pues muchas de esas cartas fueron luego destruidas, pero en una carta a Engels el propio Karl concluía que «por el momento, Mr. L. tendrá que sacar lo mejor de lo malo que le toca».[1508] Entretanto, Engels enseñó a Jenny Marx la carta de Karl a Eleanor. Estaba claro que, en lo relativo al destino de Eleanor, los dos esposos no se tenían absoluta confianza. Karl manifestaba su inquietud indicando que «la peor maldición es que, por el bien de la niña, debo hilar muy fino y con la máxima cautela». Por otra parte, la señora Marx había escandalizado a la señorita Hall al proponerle que Eleanor dejara su labor pedagógica a mitad del periodo de clases y acompañara a Lenchen a Alemania para visitar a su hermana agónica.

Eleanor se resistió a la presión y continuó en Brighton hasta el final del curso, pero en septiembre volvió a Londres y en noviembre el padre y la hija viajaron juntos, para una cura de tres semanas, en lo que Jenny describía como «un aristocrático Harrogate alemán». A Eleanor se le prescribió reposo absoluto y recurrir al «agua de Kissingen», mientras Karl debía hacer vigorosos ejercicios. Visto que Gumpert le había prohibido toda labor adicional, llenaba sus horas de inactividad jugando ajedrez con Tussy y leyendo el libro de Sainte-Beauve sobre Chateaubriand, «un autor que nunca me ha gustado».[1509]

Al año siguiente resurgieron las tensiones. El 19 de enero de 1874, mencionando su «dolencia ocasional», Karl informaba a Kugelmann de que los granos habían reaparecido.[1510] Esto unido a las jaquecas y al insomnio lo obligó a pasar tres semanas en Ramsgate en abril y mayo.

[1511] Paralelamente, el anhelo de Eleanor de ver a Lissagaray seguía siendo tan intenso como siempre. El 23 de marzo de 1874 le escribió a su padre solicitándole su autorización para ver a «L.» de nuevo. «Cuando estuve tan enferma en Brighton (durante una semana sufrí desmayos dos o tres veces al día), L. vino a verme y en cada ocasión me dejó más fuerte y feliz, y bastante más capaz de tolerar la pesada carga sobre mis hombros.»[1512] En julio de 1874 Tussy estuvo una vez más gravemente enferma durante tres semanas y fue atendida por Elizabeth Garret Anderson, la primera mujer que obtuvo el título de doctora en Gran Bretaña. En torno al 14 de agosto Karl informaba que su hija estaba «mucho mejor; su apetito ha aumentado en PROPORCIÓN geométrica». Añadía que «es algo característico de estos padecimientos femeninos, en los que la histeria desempeña algún papel; uno debe hacer como que no advierte que la inválida está de nuevo en pie y dependiendo del sustento terrenal. Lo cual se hace luego innecesario, cuando la recuperación es completa».[1513]

Se organizó un viaje a Carlsbad y se hicieron complejos preparativos, incluida una solicitud (infructuosa) de Karl de la nacionalidad británica. Luego, desde mediados de agosto hasta el 21 de septiembre, él y Tussy permanecieron en el hotel Germania de Carlsbad. La estancia se vio estropeada por la disputa de Karl con Kugelman, pero él quedó de todos modos muy complacido con Carlsbad y repitió el viaje a solas al año siguiente, esta vez para quedarse un mes entero. En dicha ocasión tuvo la buena fortuna de conocer a un aristócrata ruso e historiador del campo, Maxim Kovalevski. Este vivía en Londres y siguió en contacto habitual con Karl de ahí en adelante. En 1876 Karl viajó de nuevo a Carlsbad con Eleanor. El viaje se vio jalonado por un sinnúmero de contratiempos, en particular la noche que hubieron de pasar en Nuremberg, con la ciudad no solo desbordada de delegados a una convención de molineros y banqueros, sino a causa de «la gente de todo el mundo en camino al Festival Callejero de Wagner, el músico oficial, en Bayreuth». Karl informaba de que «Tussychen» se había sentido bastante mal durante el viaje, pero que ahora estaba visiblemente recuperada.[1514]

En 1877 la opción fue Neuenahr, un balneario algo más económico en la Selva Negra. Karl le explicaba a Engels que, «como bien sabes, mi esposa sufre de serios trastornos digestivos y, como debo en cualquier caso llevar a Tussy, que ha sufrido otro ataque horrendo, mi esposa se ofendería muchísimo si no la lleváramos también a ella».[1515] A su llegada, se pusieron al cuidado del doctor Schmitz, quien le aseguró a Karl que su hígado no estaba ya inflamado: «Hay un ligero desorden del aparato digestivo, pero el problema actual es de tipo nervioso». A Jenny se le exigió que tomara alguna medicina antes de que «su problema empeore», mientras que «el apetito de Tussychen está mejorando, lo que es el mejor indicio en su caso».[1516]

Cuando el decaimiento de su madre se hizo patente en el verano de 1881, Tussy sufrió una recaída. Sola en Londres, puesto que Karl había llevado a su esposa enferma a visitar a sus nietos del matrimonio Longuet en Argenteuil, Tussy era incapaz de dormir y también dejó de alimentarse. La situación se volvió tan alarmante que su amiga Dollie Maitland avisó a Karl para que volviera desde Francia. Karl informó a Jenny Longuet, en Argenteuil, de que Tussy estaba «pálida y delgada, dado que no come nada desde hace semanas». Su «sistema nervioso» estaba «sumido en un completo abatimiento; de ahí todo lo demás, el insomnio crónico, el temblor de manos, las convulsiones neurálgicas del rostro, etcétera».[1517] La muerte inminente de su madre provocó a la hija menor un derrumbe absoluto. Tenía por entonces veintisiete años, ninguna certeza de hacer una carrera de actriz, y ya no tenía pareja, pues Lissagaray había vuelto a Francia tras la amnistía de 1880. Como ella misma informaba en carta dirigida a su amigo Olive Schreiner, este punto de inflexión en su vida la impulsó, finalmente, a romper un vínculo que, tras «largos y dolorosos años», se le había convertido en una carga. La había distanciado de su progenitor y se sentía culpable ante la posibilidad de que su progenitora muriera pensando que ella misma era una persona «dura y cruel». Su pena se mezclaba con la rabia de pensar que su madre no hubiera jamás adivinado que «para salvarla a ella y a mi padre del dolor, yo había sacrificado los mejores y más vitales años de mi vida».[1518]

Un mes después de la muerte de Jenny Marx, Karl y Tussy fueron a descansar una temporada en Ventnor, pero la visita no fue en ningún caso exitosa. Karl escribió a Laura que «mi acompañante (dicho sea esto *estrictamente entre nosotros*) no come prácticamente nada; sufre una enormidad de sus tics nerviosos; lee y escribe todo el día. [...] Es muy taciturna y, POR CIERTO, parece tolerar su estancia conmigo pura y simplemente por sentido del deber, como una mártir que va al sacrificio». [1519] Muchas facetas de esta triste saga siguen estando poco claras, pues gran parte de la correspondencia relevante acerca de ella fue luego eliminada. ¿Por qué reprobaban los Marx a Lissagaray? ¿Era solo por su edad? Eso podría explicar la prohibición de Karl en 1873, cuando Tussy tenía solo dieciocho años, pero no la razón de que el veto continuara luego, en apariencia, y que la medida fuera, al parecer, aceptada por Eleanor (aunque no podemos saberlo con certeza).

Las diferencias políticas tampoco brindan una solución. En realidad, Karl no se sentía cómodo con ninguno de sus yernos. En noviembre de 1882 exclamó: «Longuet es el último proudhoniano y Lafarge el último bakuninista. *Que le diable les emporte!* [¡Que se los lleve el diablo!].» [1520] Longuet nunca abandonó sus adhesiones proudhonianas, pero las complementó con ideas «marxistas». En el decenio de 1880, cuando volvió a Francia tras la amnistía, se unió a su amigo Clemenceau y trabajaron juntos en *La Justice*, la publicación radical republicana. Consciente, por su historial previo, de la fuerza y conservadurismo del campesinado en Francia, su socialismo se volvió cada vez más moderado y reacio a la necesidad de un partido independiente de los trabajadores.

Lafargue parecía mucho más cercano a Karl en su enfoque y se autoproclamaba «marxista». [1521] Aun así, la fusión que hacía de un materialismo anticlerical al estilo de la *rive gauche*, del *Manifiesto comunista* y el *Anti-Dühring* de Engels, era solo nominalmente parecida a la visión de Karl. Como Engels escribía a Bernstein en 1882, el «marxismo» era en Francia, en conjunto, «un subproducto muy singular». En ese contexto Karl le dijo una vez a Lafargue que «si hay algo cierto, es que yo mismo no soy marxista». [1522]

Sin embargo, Karl no solo admiraba el libro de Lissagaray sobre la Comuna, sino que dedicó mucho tiempo, entre 1877 y 1878, a ayudar a Tussy en su traducción del texto al inglés, supervisando luego su traducción y publicación en alemán. Tussy accedió en apariencia a esta especie de apropiación de la que era su relación y, en la edición inglesa del texto, afirmaba que estaba «poco dispuesta a alterar la obra en ningún sentido», pues «fue enteramente revisada y corregida por mi padre. Quiero que siga siendo como él la conoció».[1523]

Cualesquiera que fuesen los deseos iniciales de Lissagaray, él también acató, como Tussy, las presiones de Karl y por la época en que volvió a Francia en 1880 la relación entre ambos había concluido. Eleanor no solo fue incapaz de enfrentarse a su padre, sino que continuó siendo su admiradora absolutamente acrítica. Fue la razón por la que le resultó tan molesto descubrir al final que Freddy Demuth era el hijo no reconocido de Karl, negándose a creerlo y sosteniendo que Engels mentía. Solo que el moribundo Engels se aferró a su afirmación y ella quedó hecha trizas, llorando amargamente ante la revelación. Engels recurrió entonces a su amigo Sam Moore y le dijo aquello de que «Tussy quiere convertir a su padre en un ídolo».[1524]

EL ADVENIMIENTO DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ALEMANIA

Durante la década de 1870 el prestigio intelectual de Karl como autor de *El capital* creció de forma exponencial. El argumento de que el capital se fundaba en la compra y venta de la fuerza laboral venía a aclarar la forma en que la equidad del intercambio, exaltada a voces por los apologistas de la sociedad mercantil, resultaba perfectamente compatible con la explotación de los trabajadores asalariados y un aumento de la desigualdad. *El capital* ofrecía un análisis ilustrativo y muy austero del conflicto dentro de las fábricas y una imagen abrumadora de la condición de los trabajadores en las diferentes industrias. Todo estaba respaldado además por un recuento bien documentado del desarrollo histórico del modo de producción capitalista. Por fin parecía que la condena socialista de las condiciones económicas

prevalecientes dependía de algo más que de la denuncia moral o de la especulación utópica sin más; ahora tenía sus bases en el análisis económico y la predicción histórica. En Alemania la primera edición se vendió bien; una segunda edición apareció en 1872, y en 1883 se preveía una tercera. La edición francesa y la rusa aparecieron en 1872 y 1875, respectivamente. La rusa, en una tirada de tres mil ejemplares, se vendió excepcionalmente bien. Según Karl, fue «un éxito extraordinario» y esperaba que apareciera una segunda edición en 1873.[\[1525\]](#)

A muy pocos les atraía, sin embargo, la política seguida por Karl. Su fijación inicial con las actividades de la Convención Revolucionaria del bienio de 1792-1793 casaba mejor con las décadas previas a 1848. Aún soñaba con una batalla maniquea entre emancipación y reacción que envolviera a toda Europa; en dicha guerra, alguno de entre los estados fundamentales del continente, obligado a izquierdizarse en una confrontación con Rusia, se vería inmerso en un torbellino revolucionario y daría comienzo al proceso de emancipación. Hasta las postrimerías de la década de 1870 Karl siguió albergando la esperanza de una guerra a nivel europeo. En agosto de 1874 le escribía a Friedrich Sorge en Hoboken: «Las condiciones generales en el continente son tales que, cada día que pasa, podrían provocar una *guerra generalizada en Europa*. Tendremos que pasar, quizá, por eso antes de que podamos siquiera pensar en una actividad abierta de la clase trabajadora europea».[\[1526\]](#) Entre las demás agrupaciones políticas, las únicas que aún aspiraban a escenificar de nuevo las luchas políticas de la Revolución francesa eran los sectores blanquistas, muchos de ellos exiliados en Londres. Pero una vez que la República francesa otorgó, en 1880, una amnistía a los antiguos *communards*, el apoyo a la postura de estos declinó de forma acelerada.[\[1527\]](#) A los activistas revolucionarios más jóvenes no los convocaba ya la idea de un Estado centralizado, aunque fuese de carácter revolucionario. Se sentían atraídos, en lugar de ello, por la visión asociada a Proudhon o Bakunin de un socialismo comunitario, federalista o antiestatista.

En la década de 1870 la reputación de Karl como analista del capital convivía de manera incómoda con su notoriedad como defensor de lo que se consideraba una modalidad política pasada de moda e inaceptable.

Cualesquiera que fuesen sus posteriores aclaraciones, estaba atrapado por la fama adquirida como supuesto «jefe» de la Internacional e instigador de la Comuna, y esa fama tuvo sus costes. Henry Hyndman recordaba que en 1880 no era «en absoluto exagerado afirmar que Marx era, en la práctica, un desconocido para la opinión pública inglesa, salvo como un peligroso y hasta desesperado defensor de la revolución, cuya propia organización, la llamada “Internacional”, había sido una de las causantes de la horrenda Comuna de París, ante la cual toda persona decente y respetable se estremecía y en la que pensaba con horror».[1528] En su libro *Inglaterra para todos*, Hyndman, que había leído *El capital* en francés y hecho suya la imagen que este ofrecía de los sufrimientos del pueblo trabajador «bajo nuestro actual sistema de señorío y capitalismo», no aludía a Karl por su nombre. Escribía sobre «la obra de un gran pensador y un autor en extremo original que muy pronto estará, es lo que espero, al alcance de la mayoría de mis compatriotas».[1529] De manera parecida, en Francia y en ese mismo año de 1880, cuando Paul Lafargue, el yerno de Karl, recurrió a él en compañía de Jules Guesde para redactar el prólogo al programa fundacional de la Fédération du Parti des Travailleurs Socialistes, Guesde le pidió a Benoît Malon que asumiera la responsabilidad de su autoría.[1530]

En *El Dieciocho Brumario*, Karl había desestimado las revoluciones de 1848 por considerarlas una «comedia», no ya como las verdaderas revoluciones burguesas de una época pasada o la revolución proletaria del futuro. Se le antojaban una réplica farsesca del pasado. Así pues, tardó bastante en reconocer la forma en que 1848 había modificado, en la Europa continental, el carácter de la participación popular en la esfera política. Recelaba de las demandas del sufragio masculino y parecía escasamente consciente del potencial de esta medida para movilizar nuevas formas de compromiso político. Era esta otra faceta de su propia dificultad para conceder alguna autonomía a lo político, salvo allí donde había una mayoría de población obrera. Era aún proclive a descartar el sufragio universal como una ilusión comparable a —o hasta generada por— la idea de la equidad en los intercambios económicos.

Vivir en Londres, escribir para *The New-York Daily Tribune* e interactuar con los sindicalistas británicos de la AIT fueron tres factores que

lo condujeron a revisar finalmente su postura, especialmente en lo relacionado con Inglaterra después de 1867. En una entrevista concedida en 1871 a una revista estadounidense, había afirmado que el sufragio universal permitiría quizá a los trabajadores ingleses alcanzar el poder político sin necesidad de una revolución violenta.^[1531] Igualmente, en la clausura del Congreso de la Internacional en La Haya, en septiembre de 1872, declaraba que «[sabemos] que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos». Pero esto no era aplicable en «la mayoría de los países del continente». Allí «será la fuerza la que deberá servir de palanca de nuestras revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo».^[1532]

Tras la «comedia» de 1848 se había mostrado a la vez suspicaz frente a la evolución política verificada en la Europa central y meridional a finales de la década de 1850. En esa línea, desestimaba el *Risorgimento* italiano y se mostraba escéptico ante el presunto inicio de una «nueva era» en Alemania. Con todo, la «nueva era» indicaba en qué medida 1848 había modificado las expectativas políticas del continente. El punto de partida en Alemania no fue ninguna sociedad secreta nacida en el exilio, como la Liga de los Justos, ni un partido revolucionario perfilado claramente, como la Liga Comunista. En su lugar, el nuevo movimiento había surgido del seno de las Arbeiterbildungsvereine (Asociaciones Educativas de Trabajadores), que habían florecido en 1848 y fueron revividas después de 1858 junto a múltiples organizaciones liberales y democráticas, de la Nationalverein (Asociación Nacional) al Deutsche Volkspartei (Partido del Pueblo Alemán).

La Asociación Nacional, liberal y favorable a Prusia, había contado con la adhesión de estas asociaciones de trabajadores, pero no estaba dispuesta a ceder ante sus exigencias de representación política. En respuesta a ese rechazo, Ferdinand Lassalle llamó urgentemente a las asociaciones educativas de trabajadores, en 1862-1863, para que se negaran a colaborar

con los partidos liberales e incluso democráticos y constituyeran, en su lugar, un partido propio: este fue la Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein (Asociación General de Trabajadores Alemanes), el primer partido de los trabajadores con carácter independiente en toda Europa.

Fuera de Prusia, y particularmente al sur de Alemania, la mayoría de las asociaciones sentía mayor afinidad con el Deutsche Volkspartei en su oposición a la unificación alemana bajo el dominio prusiano, y presionaba a favor de un Estado federal y democrático. Para ello formaron la Verband Deutscher Arbeitervereine (Unión de Asociaciones Educativas de Trabajadores Alemanes), que continuó siendo una aliada estrecha del Partido del Pueblo. Aun así, en 1868 Wilhelm Liebknecht y August Bebel urgieron al congreso de la Unión a afiliarse a la Asociación Internacional de Trabajadores. Esto llevó a una ruptura con el Partido del Pueblo y a la formación en 1869 del Sozialdemokratische Arbeiterpartei (Partido Socialdemocrático del Trabajo) en Eisenach. Hacia finales de la década de 1860, por tanto, había dos partidos de los trabajadores que rivalizaban entre sí —los seguidores de Lassalle y los de Eisenach—, ambos de orientación socialista. Ambos compartían los principios liberales y democráticos de 1848, incluido el régimen parlamentario, el sufragio universal, una milicia popular, la libre asociación y la separación de la Iglesia y el Estado. Un indicio de este giro doctrinario fue la desaparición en el uso de la palabra «comunismo» y su reemplazo por los términos «socialismo» o «socialdemocracia».

Lassalle era siete años más joven que Karl, y su experiencia formativa en lo político provenía de las revoluciones alemanas de 1848, en las que había estado encarcelado seis meses. Mientras que Karl se burlaba de la Revolución de Febrero, Lassalle proclamaba que el 24 de febrero de 1848 era el amanecer de una nueva era histórica.[\[1533\]](#) Había habido tres épocas en la historia del mundo, argüía él, cada una regida por una idea dominante, manifestada en todas las disposiciones sociales y políticas del periodo y encarnada en una clase o Estado particular. En la Edad Media la idea de poseer la propiedad agraria había sido la condición previa del dominio feudal y esto había permeado la totalidad de sus instituciones. Esa época

había concluido en 1789, siendo reemplazada por la supremacía de la propiedad burguesa y el dominio del capital.

1789 había sido el año de la revolución del Tercer Estado, pero 1848 marcaba la del «Cuarto Estado». El Tercer Estado se había autoproclamado como representante de las demandas de la humanidad, pero representaba de hecho las ambiciones políticas de la burguesía, satisfechas por la libre competencia y «el Estado actuando como una especie de vigilante nocturno». Toda pretensión de universalidad de la nobleza feudal o el Tercer Estado quedaba desmentida por sus propios y parciales intereses. Las demandas de los trabajadores sí eran, como contrapartida, universales. Lassalle se inspiraba en el *Manifiesto comunista* (para mayor irritación de Karl): los trabajadores, a diferencia de las clases altas, no tenían privilegios singulares que defender, pero el significado de esto no era tanto que no tuvieran «nada que perder excepto sus cadenas» como que los trabajadores encarnaban un principio moral a la vez que material. Las preocupaciones de los trabajadores eran las de la humanidad en un sentido amplio. Era, de hecho, la razón por la que el principio fundamental en la formación de un partido independiente de los trabajadores consistía en la exigencia del sufragio masculino *universal*, acompañado de elecciones directas y secretas.

En su idea de formar un partido independiente de los trabajadores, Lassalle se veía impulsado por su desconfianza hacia las clases medias de orientación liberal. En 1848 las clases medias habían traicionado al «Cuarto Estado»; en 1862, en la refriega constitucional por el control del ejército, se habían mostrado de nuevo incapaces de quebrar el poderío del régimen absolutista prusiano. Pese a los llamamientos de los economistas políticos y reformadores sociales como Frédéric Bastiat y Hermann Schulze-Delitzsch, el argumento económico y político a favor de una alianza liberal de clase media era débil. Los intereses de los trabajadores y empleadores no eran idénticos. Ayudados por las cajas de ahorro, las cooperativas de consumidores y asociaciones benéficas, los individuos podían valerse por sí mismos, pero esto no era la realidad de las clases trabajadoras como un todo. A nivel colectivo, los esfuerzos de las clases trabajadoras por mejorar su situación se verían siempre frustrados por lo que Lassalle denominaba

«la ley de hierro de los salarios»: un argumento tomado de Ricardo que decía que los salarios no podrían nunca superar demasiado el nivel de mera subsistencia.

Era otra razón para pensar que ningún logro por debajo del sufragio universal sería suficiente, y era algo que podía alcanzarse si era impulsado mediante una campaña vigorosa y a gran escala como la desarrollada por la Liga contra las Leyes de Cereales en Inglaterra. Una vez llegados a ese punto, un Estado sustentado en el sufragio universal y dependiente del apoyo de los trabajadores podría liderar la marcha conducente a su emancipación, implementada por cooperativas de productores con apoyo estatal. Un Estado así eliminaría la distinción entre empleadores y empleados y abriría las compuertas de la enseñanza universal y el florecimiento cultural. El sufragio *universal* sería el medio para dar a luz a ese Estado singular. Cualquier cosa por debajo de ese logro era una «mentira», una forma de «pseudoconstitucionalismo, en el que el Estado se definiría a sí mismo como un Estado constitucional pero seguiría siendo, en rigor, absolutista».[1534] Lassalle fue elegido líder de la ADAV por un periodo de cinco años y el partido reclutó a cuatro mil seiscientos miembros, pero en agosto de 1864 su líder fue herido mortalmente en un duelo.

A pesar de la animosidad que Karl sentía hacia Lassalle (una mezcla de aprehensión, envidia y desdén), no pudo menos que reconocer lo hecho por su rival. En 1868 escribió al sucesor de Lassalle, Johann Baptist von Schweitzer, para decirle que la Asociación de Lassalle «se constituyó en un periodo de reacción. [...] Después de tres lustros de inactividad —y esta sigue siendo su contribución inmortal— hizo que el movimiento de los trabajadores volviera a despertar en Alemania». Pero enseguida criticaba en su trayectoria la ruptura con Schulz-Delitzsch, la defensa de las cooperativas subvencionadas por el Estado, la confusión del «Estado» en general con el Estado prusiano existente y el hecho de haber adoptado la reivindicación cartista del sufragio universal.[1535]

El Partido de Eisenach resultaba más aceptable tanto porque era resueltamente antiprusiano como porque Wilhelm Liebknecht, amigo en Londres de la familia Marx desde la década de 1850, era uno de sus líderes.

Pero ni siquiera en Londres Liebknecht resultaba, políticamente hablando, un aliado del todo confiable. En 1865 Engels se lamentaba ante Karl de que «Liebknecht no puede simplemente no meter la pata» siempre que debía actuar por iniciativa propia, aunque admitía que «gruñir no ayuda en nada». Ello considerando que «de momento, es el único vínculo fiable que tenemos con Alemania».[1536]

En otras palabras, en el curso de las décadas de 1860 y 1870 los contactos germanos de Karl eran escasos y su influencia en el desarrollo interno de cualquiera de esos partidos, muy menor. El Partido de Eisenach se había afiliado a la AIT tras escindirse en 1868 del Partido del Pueblo de Sajonia, pero eso no alteró su permanente compromiso con los ideales del *Volkstaat* (el Estado popular). Tanto los seguidores de Lassalle como los militantes de Eisenach creían que la emancipación de los trabajadores sobrevendría con la democratización del Estado y que esto se lograría mediante las urnas. Igualmente, aunque los de Eisenach no compartían la «ley de hierro de los salarios» de Lassalle, ambos partidos abogaban por cooperativas subvencionadas por el Estado.

El mayor desacuerdo se daba entre los partidarios y oponentes de un Reich bismarckiano hegemonizado por Prusia. Al apoyo de los seguidores de Lassalle a la política nacional de Bismarck se contraponía la política acendradamente antiprusiana de la gente de Eisenach. Las discrepancias llegaron a un punto crítico durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871. ¿Era esa verdaderamente una guerra de autodefensa? En el Reichstag de la Confederación Germánica del Norte, Schweitzer por los de Lassalle y Fritzsche por los de Eisenach votaron a favor del empréstito de guerra, mientras que Liebknecht y August Bebel, el futuro líder del Partido Socialdemócrata, se abstuvieron.

Sin embargo, el curso de la guerra supuso una gradual declinación de las hostilidades entre ambos partidos y preparó la senda a su unificación en Gotha cinco años después, visto que, cualquiera que fuese la postura inicial de ambos, tras la derrota y abdicación de Napoleón III y la anexión propuesta de Alsacia y Lorena, tanto los de Eisenach como los seguidores de Lassalle se posicionaron contra la guerra.

Ambos partidos declararon el 18 de marzo de 1871 su solidaridad con la Comuna de París, convergiendo brevemente al respecto con la postura de Karl, quien, más allá de sus reservas, declaró en su condición de secretario de la AIT que la Comuna era «la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo».[1537] A finales de mayo de 1871, en reacción a la semana entera de masacres que acompañó a la eliminación de la revuelta parisina, August Bebel proclamó en el Reichstag su solidaridad con los *communards* y declaró que «sin que sea preciso que transcurran muchas décadas más, el grito de batalla del proletariado parisino —“¡Guerra a los palacios, paz a las chozas, muerte a la pobreza y la holgazanería!”— será el grito de batalla de todo el proletariado europeo».[1538] Como fruto del apoyo socialista a la Comuna, se amplió la distancia entre los partidos socialdemócratas y liberales dentro del nuevo Reich. Las imágenes espeluznantes de los excesos cometidos durante la Comuna impresionaban a las clases propietarias y fueron convenientemente explotadas por Bismarck para fortalecer su alianza con los Liberales Nacionales. Pero la solidaridad con la Comuna de París en el momento de su eliminación —por más chocante que resultara a las clases propietarias— no incidió automáticamente en la estrategia local del socialismo alemán. La cuestión de la unificación de ambos partidos fue planteada por los seguidores de Lassalle en 1872, pero las discrepancias entre ellos en la cuestión nacional y el papel del Estado seguían siendo enormes. Sin embargo, como bien puso Bebel por escrito, «lo que no se consiguió como fruto de negociaciones amistosas fue al fin alcanzado por obra de las persecuciones».[1539]

La instauración del Reich bismarckiano era ahora un *fait accompli*. La intensidad de la represión a los socialistas, ya fueran los de Lassalle o Eisenach, aumentó sustancialmente y las esperanzas abrigadas por el sector seguidor de Lassalle de un socialismo estatal disminuyó en igual proporción. La fricción potencial entre los dos partidos se vio más reducida por la renuncia de Schweitzer, el sucesor de Lassalle, como presidente de la ADAV. Finalmente, con la depresión económica de 1873, aumentó la presión entre los militantes a favor de una acción concertada en las huelgas

y la agitación casa a casa. A consecuencia de todo ello, en mayo de 1875 les fue posible a ambos partidos unirse tras un programa común en Gotha.

Karl reaccionó indignado ante el acuerdo, que él consideraba una rendición abyecta ante los seguidores de Lassalle. Era cierto que algunos párrafos cruciales del programa no estaban claramente resueltos o eran explicitados de manera ambigua, pero esto se debió más a Liebknecht que a los propios seguidores de Lassalle. Karl atacó la formulación vaga de una teoría laboral del valor y su empleo del término «trabajo» en vez de «fuerza de trabajo», y formuló interrogantes respecto a la ambigüedad que el programa evidenciaba en el empleo de los términos «Estado libre» y su designación de las clases no proletarias como «una sola masa reaccionaria». A la vez reiteró sus objeciones a las monsergas conocidas de Lassalle: las cooperativas de productores subvencionadas por el Estado, la «ley de hierro» de los salarios y la no mención de los sindicatos. Sobre este punto escribió a Wilhelm Bracke indicándole que, una vez que el Congreso de la Unión de Asociaciones Educativas de Trabajadores Alemanes hubiera concluido, él y Engels harían «una breve declaración haciendo saber que nos es del todo ajeno dicho programa de principios y que nada tenemos que ver con él».[1540]

Eran objeciones razonables de parte de ambos pero, en términos políticos más amplios, ninguno de los dos percibía el factor clave del procedimiento, que no era ya enunciar la doctrina de una secta revolucionaria como la Liga Comunista, sino elaborar un programa electoral creíble para un partido socialdemócrata de masas que estuviera dentro del arco parlamentario. Karl no hacía el menor esfuerzo por entender las aspiraciones de la socialdemocracia en la Europa continental posterior a 1848. En lugar de ello, descalificaba el debate de «la vieja y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo, etcétera», como si en el Reich de Bismarck tales demandas hubieran «estado ya realizadas».

Finamente, en vez de analizar la transformación democrática del Estado, daba un salto adelante en el tiempo a un periodo hipotético de transición revolucionaria entre las sociedades capitalista y comunista, «cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*».[1541]

Más tarde, Engels hizo un intento similar de redefinir la república democrática como «la forma específica de la dictadura del proletariado», propuesta que sugería a la vez una ambición muy alejada de los ideales socialdemócratas o realidades políticas de las décadas de 1860 y 1870. [\[1542\]](#) De manera poco sorprendente, tanto las duras críticas formuladas como las amenazas de retirarse fueron ignoradas. [\[1543\]](#)

LA EXTRAÑA GÉNESIS DEL «MARXISMO» EUROPEO

Todo ello solo contribuía a subrayar el carácter marginal de las ideas de Karl sobre la política y el partido en la nueva constelación socialdemócrata de la década de 1870. Con todo, diez años después, el discurso dominante entre los líderes del Partido Socialdemócrata se había transformado en una forma de «marxismo». Es más, entre finales de la década de 1880 y principios de la siguiente, brotaron en cada uno de los principales países de Europa grupos y partidos embrionarios que seguían el modelo del Partido Socialdemócrata Alemán y se identificaban con las ideas del «marxismo»: el Parti Ouvrier Français en 1879, el Grupo de Emancipación del Trabajo en Rusia en 1883, la Federación Socialdemócrata Inglesa en 1884, el Parti Ouvrier Belge en 1885, los partidos socialdemócratas Suizo y Austriaco en 1888 y el Partido Socialista Italiano en 1892. En 1888 Engels postulaba con comprensible exageración que «la concepción marxista del mundo ha encontrado adeptos mucho más allá de las fronteras de Alemania y de Europa y en todos los idiomas cultos del mundo». [\[1544\]](#) ¿Qué era lo que había provocado este cambio notable?

La razón más obvia de la fundación en otros países de partidos socialdemócratas al estilo del surgido en Alemania fue el deseo de replicar el asombroso éxito electoral del Partido Socialdemócrata Alemán. En las elecciones al Reichstag de 1871, 124.000 personas votaron por los dos partidos socialistas. En 1877 el partido unificado obtuvo 493.000 votos. En 1881, con el impacto de la represión desatada por Bismarck, el voto decayó a 312.000, pero en 1884 había subido de nuevo a 550.000. En 1887 alcanzó la cifra de 763.000 votos y en 1890, la de 1.429.000.

Parecían logros aún más notables si se comparaban con los cambios ocurridos en el Reich alemán entre mediados de las décadas de 1870 y 1880. Hacia finales de la década de 1870 las dos estrategias ensayadas originalmente por el Partido Socialdemócrata habían terminado en nada. La visión de Lassalle de una senda conducente al sufragio universal y la abolición de la «ley de hierro», visión sustentada en la oposición a la burguesía liberal y una alianza táctica con la monarquía y la aristocracia, dejó de funcionar. En 1863 Bismarck jugó por un breve lapso con la idea como una forma de rehuir la crisis constitucional, pero el asunto dejó de interesarle tras el triunfo prusiano sobre Austria en la batalla librada en Sadowa en 1866 y, tras la Comuna de 1871, se volvió una opción sencillamente impensable. El discurso de Bebel, proclamó Bismarck, lo había alertado sobre los peligros del socialismo y la necesidad de leyes antisocialistas para combatir a la socialdemocracia, entendida como un peligro social y una amenaza contra el Estado.

La estrategia del grupo de Eisenach pareció en principio más prometedora. Bismarck fundó el Segundo Reich en alianza con la fracción más poderosa de la burguesía liberal, los Liberales Nacionales. Había tenido cuidado de asegurarse de que la constitución política del Imperio dejara en pie los mecanismos esenciales del absolutismo, incluido el control del ejército y la burocracia en manos de la Corona, la ausencia de responsabilidad ministerial ante el Reichstag, la preservación del sufragio en tres categorías en toda Prusia y el control prusiano del sistema federal a través del Bundestag. Pero también incorporó, a los fundamentos económicos del régimen, las principales demandas de los liberales: ante todo, la libertad de comercio junto a la libertad de desplazamiento, el fin de las leyes de usura y la abolición de la reglamentación gremial y la regulación estatal de las sociedades anónimas.

Los liberales se oponían al sufragio universal, pero su identificación con la *Kulturkampf* de Bismarck (el ataque legislativo contra los católicos alemanes) encontró apoyo en muchos socialdemócratas. En particular, entre aquellos que podían identificarse con la promoción de la enseñanza laica, la centralización y el racionalismo, sobre el clericalismo, el particularismo, las opciones ultramontanas y la superstición de carácter «medieval». Los

propios liberales conservaban la esperanza de que una alianza con Bismarck contra los *Reichsfeinde* (enemigos del Reich) podía conducir eventualmente a un Estado constitucional. Esta fue también la esperanza que vino a justificar el compromiso de los socialdemócratas con el *Freistaat* (Estado libre) en el Programa de Gotha.

Cualquiera que fuese la base real de esas expectativas, los acontecimientos de finales de la década de 1870 frustraron las esperanzas de cambio constitucional hasta la Primera Guerra Mundial. En lugar destacado estuvieron los efectos políticos y económicos de la Gran Depresión de 1873 a 1896. Tras el auge, a principios de la década de 1870, vino el desplome espectacular de 1873, con una caída dramática en los precios de las ventas al por mayor, los del carbón, el acero y los textiles. La situación empeoró con la anexión de Alsacia y Lorena, a raíz de lo cual surgieron, en dichos sectores industriales, las primeras asociaciones proteccionistas, en el bienio de 1873-1874.

En 1876 la caída de los precios afectó también a la agricultura. El grano barato procedente de Estados Unidos comenzó a inundar Inglaterra, privando a los productores prusianos de su mercado tradicional de exportaciones. A la par, el grano barato de Rusia y Hungría comenzó a verterse en el mercado local. Para horror de los granjeros, las malas cosechas de 1875 y 1876 no detuvieron la caída sistemática de los precios agrícolas, lo que trajo consigo una oleada de quiebras. El proteccionismo se granjeó el apoyo de todo el «círculo prusiano del grano», y se fijaron los términos para implementar los aranceles de 1879, basados en el célebre «matrimonio entre el hierro y el centeno»: lo que algunos historiadores han designado como «la segunda fundación del Imperio».

Estos acontecimientos tuvieron repercusiones mucho más allá de la esfera económica. El abandono del libre comercio supuso el fin de la alianza liberal. La base social del liberalismo se había visto ya resquebrajada en virtud de la distancia creciente entre los valores y el estilo de vida de la clase media tradicional (maestros, pequeños comerciantes, funcionarios menores) y los de una élite industrial nueva y espectacularmente acaudalada, ávida de asimilarse a la clase dominante tradicional. La consolidación de un nuevo bloque conservador formado por

el ejército, la burocracia, los terratenientes e industriales se vio a su vez enormemente reforzada por la alarma que provocó la Comuna de París y el miedo al movimiento de los trabajadores. Bismarck estaba particularmente inquieto ante «la amenaza roja»; ya a comienzos de la década de 1870 había hecho un intento de cambiar las leyes de prensa y el código penal para facilitar el procesamiento de los socialistas. En 1878, con el pretexto de dos intentos de asesinato del emperador, disolvió el Reichstag, libró una campaña antisocialista y consiguió la aprobación de una ley antisocialista que proscribía de hecho al Partido Socialdemócrata.[\[1545\]](#)

Una vez seguro de que la amenaza de una alianza católica franco-austriaca había quedado neutralizada con la proclamación de la muy anticlerical Tercera República en Francia, el régimen desechó su campaña anticatólica. Los parámetros básicos de la nueva orientación adoptada incluían aranceles proteccionistas contra Inglaterra y la Europa oriental, la introducción de políticas de seguridad social, una alianza con Austria, un acercamiento al Papa y la aceptación del Partido Católico de Centro (el otro partido masivo aparte de los socialdemócratas). El liberalismo nunca se recuperó de lo ocurrido en 1879. Había surgido un régimen autoritario abiertamente conservador y la senda constitucional al poder estaba permanentemente bloqueada para liberales, demócratas y socialistas.

En las nuevas circunstancias, las esperanzas de una batalla constitucional a favor de un *Volkstaat* o *Freistaat*, por remotas que hubieran sido siempre, se volvieron por completo faltas de realismo, visto que para el Partido Socialdemócrata el reconocimiento del Reich de Bismarck era algo impensable y, como contrapartida, una estrategia de activismo extraconstitucional o revolucionario solo serviría para incitar a la represión absoluta. Estas fueron las circunstancias en las que cierta modalidad de «marxismo» vino a ofrecer una solución oportuna a los problemas del partido.

El punto de inflexión data de la aparición, en 1878, del polémico texto de Engels titulado *La revolución científica de Herr Eugen Dühring*, conocido popularmente como el *Anti-Dühring*. Dühring fue un *Privatdozent* (profesor no titulado) en la Universidad de Berlín y había sido despedido a causa de una disputa con la institución. Gozaba de gran predicamento entre

los jóvenes socialistas, entre ellos Eduard Bernstein, Johann Most y, por un breve periodo, August Bebel. Su situación generaba particular empatía, ya que se había quedado ciego en el desarrollo de su labor. Dühring escribía *in extenso* de filosofía, y en economía era partidario de los argumentos proteccionistas de List y Carey. Karl había considerado «muy decente» su reseña crítica, pero muy respetuosa, de *El capital*; era «el primer experto que no ha dicho nada en absoluto».[1546] Solo que Dühring, además, aceptaba el ideal del «Estado libre», rechazaba el principio darwinista de la lucha por la existencia y, siguiendo a Carey, creía en la armonía última entre los intereses del capital y el trabajo.

La ofensiva de Engels contra Dühring, iniciada a petición de Liebknecht, encontró al principio considerable resistencia entre los socialdemócratas. El congreso del partido en Gotha, en mayo de 1877, hizo esfuerzos por impedir la aparición por entregas del libro de Engels en *Vorwärts!*, el diario del partido. Pero un indicio de lo mucho que había cambiado el clima político en unos pocos años fue el impacto que el texto generó después. Según David Riazánov, el *Anti-Dühring* «hizo época en la historia del marxismo. Fue con este libro con el que la generación más joven inició su actividad durante la segunda mitad de la década de 1870, aprendió lo que era el socialismo científico, cuáles eran sus premisas filosóficas, cuál su método, [...] todos los marxistas jóvenes que saltaron a la arena pública a comienzos de la década de 1880 —Bernstein, Kautsky, Plejánov— crecieron con este libro».[1547] O como lo planteó Karl Kautsky, «a juzgar por la influencia que el *Anti-Dühring* tuvo en mí, ningún otro libro puede haber contribuido tanto como este al entendimiento del marxismo. *El capital* de Marx es, ciertamente, la obra fundamental dentro del proceso, pero fue a través del *Anti-Dühring* como aprendimos a entender *El capital* y a leerlo de manera apropiada».[1548]

Los argumentos de Engels eran destilados en tres capítulos, de los que se eliminó la detallada polémica contra Dühring, que fueron publicados luego como *Socialismo utópico y científico*. El libro apareció en Francia en 1880, seguido de una edición alemana en 1882. De ahí en adelante, este panfleto se convirtió en la fuente más popular para entender el «marxismo» durante los siguientes veinte años.

El *Anti-Dühring* tuvo éxito en buena medida porque transformaba el «marxismo» en una *Weltanschauung*, una filosofía del universo, pero también porque respondía a la necesidad de una nueva estrategia del partido a finales de la década de 1870. En su visión de las cosas, el texto se las ingeniaba para mantener la actividad del partido alejada de los acontecimientos eventualmente conducentes al colapso revolucionario del Reich bismarckiano, junto al desmantelamiento de su régimen represivo. En lugar de ello, eran presentados como parte de la evolución, cada vez más propensa a sucesivas crisis, del capitalismo en sí, como postulaba el «socialismo científico». Esta nueva «ciencia» se edificaba, según Engels, sobre «dos grandes descubrimientos» hechos por Karl Marx: «la concepción materialista de la historia y la desvelación de los secretos de la producción capitalista».[1549] Analizado en estos términos, «el socialismo no aparecía ya como el descubrimiento casual de tal o cual intelecto de genio, sino como el producto necesario de la lucha entre dos clases formadas históricamente: el proletariado y la burguesía».[1550]

Según Engels, el análisis incluido en *El capital* había revelado cómo, «por una parte, la gran industria moderna ha creado un proletariado, una clase que puede formular por vez primera en la historia la exigencia de suprimir [...] las clases como tales, y que se encuentra en tal situación que tiene que imponer esa exigencia». «Y, por otra parte, a que esa misma gran industria ha creado con la burguesía una clase que posee el monopolio de todos los instrumentos de producción y todos los medios de vida, pero que en todos los periodos de loca exaltación, y en todos los cracs que siguen a esos periodos, prueba ser ya incapaz de seguir dominando las fuerzas productivas que han crecido más de lo que su poder abarca; una clase bajo cuya dirección la sociedad corre hacia la ruina como una locomotora cuyo maquinista fuera demasiado débil para abrir la bloqueada válvula de escape.» La caída del Reich y otros estados represivos de Europa sobrevendría no como resultado de la actividad de este o aquel partido subversivo, sino porque las fuerzas productivas generadas por el modo de producción capitalista habían entrado en «hiriente contradicción» con el modo de producción en sí, «y ello hasta tal punto que tiene que producirse una subversión de los modos de producción y distribución que elimine

todas las diferencias de clase, si es que toda la sociedad moderna no quiere perecer».[1551]

Engels ofrecía a la vez una oportuna crítica de la muy «definitiva insuficiencia científica» latente en la ambición de crear «un Estado libre popular».[1552] La burguesía, con su transformación de las fuerzas productivas, había sustituido los medios de producción individuales por medios sociales de producción solo operables por «una colectividad de seres humanos». De hecho, los medios de producción habían comenzado ya a ser socializados en un grado tal que el Estado había empezado, a su vez, a asumir «las grandes organizaciones del tráfico [humano]: los correos, el telégrafo, los ferrocarriles».[1553] De esta forma, la burguesía, habiendo transformado a «la mayoría de la población en proletarios», estaba indicando «el camino para realizar aquella transformación». Como fruto de ello, «[e]l proletariado toma el poder del Estado y transforma primero los medios de producción en propiedad estatal».[1554] Pero «[e]l primer acto en el cual el Estado aparece realmente como representante de la sociedad entera —la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad— es al mismo tiempo su último acto independiente como Estado. La intervención de un poder estatal en [las] relaciones sociales va haciéndose progresivamente superflua en un terreno tras otro, y acaba por inhibirse por sí misma. En lugar del gobierno sobre [las] personas aparece la administración de cosas y la dirección de procesos de producción». El Estado, proclamaba Engels, «no “se suprime”, sino que se extingue». O como decían las traducciones anteriores [al inglés], «*se marchita*».[1555]

El impacto de los argumentos de Engels quedó claro en el caso de August Bebel, el líder más destacado del Partido Socialdemócrata. En la edición original de *La mujer y el socialismo*, su obra tan conocida y publicada en 1879, Bebel aún empleaba la idea del *Volkstaat*, pero en la edición de 1883 la sustituyó con un resumen de la doctrina de Engels sobre el proceso de «marchitación» eventual del Estado. Más impactante fue el giro suscitado en el imaginario de la revolución. Una forma de acabar con el ambiente de amenazas que el mundo percibía a su alrededor era asociar esta última con el gradualismo y la evitación de la violencia. Este era el enfoque cada vez más utilizado por Liebknecht. Otra forma era que el

partido desarrollara una concepción un punto más «pasiva» de su papel en caso de ocurrir una revolución. Un ejemplo llamativo de esta idea se dio en un informe de los miembros radicales del partido en el Congreso del Partido celebrado en Copenhague en 1883. El informe en cuestión empezaba por declararse fiel a «los principios de su gran maestro, Marx», lo cual implicaba que «no somos un partido parlamentario [...] aunque tampoco somos propiciadores de revoluciones, [...] somos un partido revolucionario [...] pero la forma en que ella se logre no depende de nosotros».[1556]

Bebel creía también que el capitalismo se derrumbaría como fruto de sus contradicciones internas. La tarea del partido era iluminar a las masas sobre la inevitabilidad de ese derrumbe. Cuando ese momento llegara, el partido debía estar preparado para entrar en escena y asumir la tarea de la reconstrucción social. Desde su perspectiva, no parecía que fuese a ocurrir una lucha de clases violenta, pues una vez ocurrida la catástrofe las clases dominantes sucumbirían a una especie de «estado hipnótico» y se someterían a todo casi sin resistencia.[1557] Esta visión de la crisis revolucionaria quedó también incorporada al nuevo programa del partido, el Programa de Erfurt, redactado por Karl Kautsky en 1891. En la primera parte se ofrecía una visión marxista del capitalismo: «La cifra de proletarios aumenta cada día, el ejército de trabajadores excedentes se hace cada vez más masivo, el contraste entre explotadores y explotados se torna cada vez más agudo y la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que divide a la sociedad moderna en dos bandos hostiles y es el rasgo compartido por todos los países industrializados, se vuelve cada vez más vehemente».[1558] Esta lucha de la clase trabajadora contra la explotación capitalista era una «lucha política»; no podía librarse «sin derechos políticos». Lo que seguía a continuación, en la segunda parte del programa, era por consiguiente una reiteración de las demandas políticas que ya había en los programas de Eisenach y Gotha.

El «marxismo» de la década de 1880 no era una simple imagen de la lucha de clases y del fin del modo de producción burgués. En el *Anti-Dühring*, Engels ofrecía una visión omnicomprendensiva de la naturaleza y la existencia: «En la naturaleza, en el torbellino de infinitos cambios que tienen lugar, las mismas leyes dialécticas del movimiento se abren paso

como las que, en el dominio de la historia, rigen el azar aparente de los acontecimientos: las mismas leyes que conforman, de modo similar, el hilo conductor en la evolución histórica del pensamiento humano y que gradualmente afloran a la conciencia de los hombres pensantes».[1559] Ahora la naturaleza era una «prueba de la dialéctica» y lo que nos proveía de esa prueba era la «ciencia moderna».[1560] La irrupción de Karl en las ciencias humanas había sido paralela a la de Charles Darwin en las ciencias de la naturaleza. En su discurso ante la tumba de Marx, en marzo de 1883, Engels declaró que «[así] como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana». Una ley tan simple y evidente por sí misma, decía en un borrador previo del discurso, que casi bastaba con su mero enunciado para garantizar su aceptación.[1561] La frontera entre humanidad y animalidad había sido abatida. En 1844 Karl había empezado por diferenciar entre el «ser natural» y el «ser humano natural»; a diferencia de un «ser natural» a secas, el hombre poseía una historia. Pero en el *Anti-Dühring*, el hombre y la naturaleza estaban sujetos a la lucha darwinista, que solo llegaba a su fin con la desaparición de la sociedad de clases: «Termina la lucha por la existencia individual. Con esto el hombre se separa definitivamente, en cierto sentido, del reino animal, y pasa de las condiciones de existencia animales a otras realmente humanas».[1562]

Karl Kautsky promovió con más énfasis el maridaje entre la teoría marxista y la de Darwin. Kautsky era editor de *Die Neue Zeit*, publicación fundada en 1883 como revista teórica del partido y que, entre 1889 y 1914, era la publicación fundamental de la Segunda Internacional. Inspirándose en los escritos de Thomas Buckle, Kautsky pensaba que la historia podía convertirse en una ciencia parecida a las ciencias del mundo natural. A partir de los textos de Darwin, infería que el hombre era «un animal social» y que los instintos sociales eran la base de la solidaridad grupal, ya fuera entre los grupos, las clases o las naciones. Unía esto al supuesto de que la historia era una historia de la lucha de clases y que todos los estados eran estados de clase, regidos por «la clase económicamente dominante». En los textos de Kautsky no se planteaba ninguna separación de las leyes de la naturaleza, pues el socialismo era, precisamente, la creación de un nuevo

sistema social en conformidad con esas leyes, todo ello basado en su premisa de que el instinto social se había concentrado cada vez más en el movimiento de la clase oprimida. Porque, en los términos en que el mismo Kautsky lo planteó después, los instintos e impulsos orgánicos subyacían tras lo que los filósofos habían definido hasta entonces como la ética. «Lo que a un Kant se le aparecía como la creación de un mundo más elevado del espíritu es producto del reino animal. [...] La ley moral no es más que un impulso animal y solo eso. [...] La ley moral es algo de igual naturaleza que el instinto de reproducción.»[\[1563\]](#)

EL LUGAR DE KARL EN LA IRRUPCIÓN DEL «MARXISMO»

¿En qué medida fue la teoría de Karl responsable de lo que a partir de la década de 1880 llegó a ser conocido como «marxismo»? ¿En qué medida fue el «marxismo» un subproducto conjunto de Karl y Engels en los años posteriores a 1867? La contribución de Karl fue desde luego sustancial, pero fue solo una de las fuentes en las que se inspiró la nueva doctrina. En 1867, y hasta en el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, Karl pareció abrirse a una visión mucho más determinista del hombre que la que resultaba evidente hasta entonces; y esto pareció verse reforzado por la significativa enunciación teórica con la que estaba dispuesto a que se lo asociara en su epílogo a la segunda edición alemana de *El capital* en 1873.[\[1564\]](#)

Karl publicó muy poco en la década de 1870. Tras la campaña de Gladstone contra las atrocidades búlgaras entre 1875 y 1876, y la senda conducente a la guerra ruso-turca, formuló con la ayuda de Maltman Barry algunas críticas anónimas en la prensa conservadora a la política rusa de Gladstone. En 1877 aprobó aparentemente la totalidad del *Anti-Dühring*, que Engels le leyó en voz alta, y hasta contribuyó con un capítulo erudito en el que criticaba la *Kritische Geschichte der Nationalökonomie* (*Historia crítica de la economía nacional*).[\[1565\]](#)

¿Significa esto que, en la última década de su vida, se dio una convergencia de hecho entre las visiones de Karl y Engels? No del todo. La

evidencia sugiere que, en su delicado estado de salud y con sus energías menguadas, Karl estuvo dispuesto a permitir que Engels actuara por él. Al mismo tiempo, su imposibilidad de encontrar soluciones satisfactorias a los problemas planteados por el segundo tomo de *El capital* redundó en una divergencia creciente, aunque no reconocida, en sus intereses mutuos.

Karl no hablaba ya demasiado de su labor con Engels, aun cuando manifestar sus discrepancias durante aquellos años le hubiera resultado cada vez más arduo. Ya incapaz de desarrollar la actividad periodística que alguna vez hizo por encargo de *The New-York Daily Tribune* y sin expectativas de recibir ninguna herencia adicional, la dependencia que la familia Marx tenía de la generosidad de Engels se hizo cada vez más aguda. Y no era una dependencia limitada al propio Karl: Engels también proveía a las hijas, especialmente a Laura, como ya se ha mencionado. No hay muchas pruebas de esa dependencia, dada especialmente la revisión que Laura hizo de la correspondencia de sus padres tras su muerte, con miras a eliminar cualquier referencia a Engels que pudiera resultarles nociva. Aun así, sobreviven algunos indicios. No hay motivos para desconfiar, por ejemplo, del testimonio de Hyndman, que veía con frecuencia a Karl y su familia en el bienio de 1880-1881, un testimonio sugestivo de que «Marx tenía, para decirlo de la manera habitual, “considerables obligaciones pecuniarias” con Engels. Era algo en lo que la señora Marx no toleraba pensar. No es que no reconociera los servicios prestados por Engels a su marido, sino que se resentía de la influencia de este último sobre su gran amigo, y la deploraba. En más de una ocasión aludió a él, ante mi esposa, como el “genio maligno” de Marx, siempre deseosa de liberar ella misma a su marido de la dependencia de este coadjutor tan capaz y leal, pero no demasiado simpático».[1566]

Hay al menos tres temas en los que se detecta una diferencia significativa entre los supuestos del «marxismo» en novedoso desarrollo en la década de 1880 y los puntos de vista del propio Karl. El primero de ellos se relaciona con las ideas de Karl sobre el derrumbe del capitalismo. Desde esa década y hasta las de 1920 y 1930 se generalizó entre los socialistas de la Segunda Internacional, y especialmente en el caso de Bebel, la idea de que el capitalismo llegaría a su fin no tanto a consecuencia de una revuelta

de la clase trabajadora y una «época de revoluciones», sino más bien como resultado de un fracaso económico de carácter sistémico. Estas nociones del *Anti-Dühring* y de Bebel se reiteraban en el Programa de Erfurt de 1891, que afirmaba que «las fuerzas productivas han quedado fuera del control de la sociedad actual» y que «la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado» se estaba tornando «cada vez más vehemente».[1567] ¿Qué había, si hemos de ser rigurosos, en la teoría de Karl que autorizara a pensar en la idea de un colapso? El primer tomo de *El capital* era decepcionante al respecto y no brindaba ningún indicio de cuándo y cómo habría de derrumbarse el capital, excepto un párrafo florido que hablaba de «la negación de la negación» y «la expropiación de los expropiadores». Bebel y otros esperaban que el segundo tomo incluyera una denuncia concreta al respecto. Tras morir Karl, Engels, a cargo entonces de editar su obra, hizo lo que pudo para alimentar las expectativas y el entusiasmo de Bebel. En abril de 1885 le escribió para decirle:

Se han impreso 25 pliegos (de un total de 38) del Libro II de *El capital*. El Libro III está al alcance de la mano y es de una brillantez extraordinaria, una refutación absoluta, verdaderamente asombrosa, de toda la economía precedente. Nuestra teoría quedará así provista, por primera vez, de ciertos fundamentos inexpugnables, y nosotros quedaremos en posición de parapetarnos con éxito ante todos los eventuales contendientes. Pareciera, francamente, que los reaccionarios dentro del partido recibirán nuevamente un mazazo que les dará que pensar, pues una vez más pondrá ciertas interrogantes económicas generales en el primer plano de la controversia.[1568]

Evidentemente, Engels quedó frustrado por la ausencia en el manuscrito (intacto desde 1864) de alguna frase clave como la que esperaba el Partido. El lugar donde rastrearla era el capítulo final de «La ley de descenso creciente de la cuota de ganancia». En los *Grundrisse* y en todo el material de la década de 1850, este había sido el núcleo de las expectativas sustentadas por el propio Karl de una caída inminente del capitalismo, pero en los manuscritos del tercer tomo, a la par que enumeraba varios factores que podían conducir a una caída en la tasa de ganancia, asomaban en cada caso complejos factores en sentido contrario que no llevaban a ningún fin claro del fenómeno. Lo que Karl había reunido era, a lo sumo, una panoplia de circunstancias antagónicas en las que el capital podía verse *erschüttert* (perturbado). Engels era, por lo general, un editor escrupuloso o incluso

tímido, pero en este caso sustituyó el término por *zusammengebracht* (colapsado).^[1569] Este fue, en rigor, el origen de lo que llegaría a conocerse, entre las décadas de 1890 y 1930, como la *Zusammenbruchstheorie*.

El segundo tema en el que había a la vez una diferencia apreciable entre los puntos de vista de Karl y los de Engels se refería a la significación última de Darwin. Ante la tumba de Karl, en 1883, Engels puso lo mejor de su parte para asociar la obra de Karl con la del padre de evolucionismo. Allí proclamó, como queda dicho, que «[así] como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana».^[1570] Y Edward Aveling, la extravagante pareja de Eleanor Marx, hasta se permitió inventar la historia de que Karl había querido dedicar *El capital* a Darwin.^[1571]

Este argumento era forzado. La objeción de Karl a Darwin era que este consideraba el progreso como un asunto «puramente accidental».^[1572] Darwin no creía que la historia tuviera ningún sentido unidireccional: «No creo en ninguna ley fija de la evolución».^[1573] Por su parte, Karl sostenía que el hombre no era simplemente una criatura resultante de su medio ambiente, como los owenistas y más adelante los «marxistas» creyeron. El punto de origen del hombre como «ser *humano* natural» era la historia, y la historia era «un acto original consciente y trascendente, [...] la verdadera historia natural del Hombre».^[1574] La historia era el proceso de humanización de la naturaleza a través de la «actividad vital consciente» del hombre.^[1575]

No hay evidencias sugestivas de que Karl abandonara alguna vez esta visión. Aunque sus admiradores posteriores preferían creer que su reflexión había partido precisamente del punto en que Darwin había dejado el problema, él mismo no aceptaba una continuidad fundamental entre la historia natural y humana tal y como la concebían los darwinistas. Karl consideraba que el libro de Darwin «sirve a mi propósito en cuanto nos provee de un fundamento dentro de las ciencias naturales para la lucha de clases de carácter histórico».^[1576] Pero la teoría darwinista no podía incluir la convicción de Karl de que la primera modalidad de sociedad humana antecedió a la propiedad privada y el patriarcado y, por tanto, a la

lucha de clases. La lucha de clases y la competencia no eran fruto de una necesidad asociada a un impulso natural, sino consecuencia de que el hombre viviera su propia historia en circunstancias alienantes. El hombre seguía siendo no solo un «ser natural», sino un «ser *humano* natural», cuyo involucramiento en la lucha social era el producto de instituciones sociales y culturales modeladas por él mismo. Por tanto, no cabía considerar la lucha de clases y la competencia como resultado de la animalidad inherente a los seres humanos, sino de su heteronomía, de la determinación de su comportamiento por fuerzas alienantes. Eran la propiedad privada y el patriarcado, reforzados por la religión, los que habían reducido al hombre a la condición animal, de la que la lucha de clases y la competencia eran la expresión.

Como otros autores, Karl asumía la gran relevancia de Darwin. Enfrentado al entusiasmo de Engels, difícilmente podía no hacerlo. Pero su reconocimiento era en cierto sentido ambiguo. Lo impresionaban, fundamentalmente, las semejanzas entre la visión que Darwin proponía del reino animal y el universo de la lucha competitiva que pintaban Malthus y otros economistas políticos.^[1577] Es más, siempre que había ocasión, se mostraba muy dispuesto a cuestionar el aprecio que Darwin suscitaba; por ejemplo, en 1864 descubrió «una obra importantísima» de Pierre Trémaux, *El origen y transformación del hombre y otros entes*, que recomendó a Engels como «un avance *muy significativo* respecto a Darwin».^[1578] Engels la desestimó en los términos más tajantes, como «absolutamente carente de valor, pura teorización que contradice los hechos a la mano».^[1579] Karl no quedó del todo convencido y, tras recibir los juicios críticos de Engels, escribió al doctor Kugelmann, su habitual admirador, para recomendarle también el texto de Trémaux a pesar de sus déficits, como «un progreso en relación con Darwin».^[1580]

LA COMUNIDAD RURAL. UNA ILUSIÓN DEL SIGLO XIX

Karl respetaba la obra de Darwin, pero esta no le provocaba mayor entusiasmo. La que sí lo entusiasmaba —y este era el tercer tema en el que

sus intereses y supuestos divergían de los del «marxismo» de la década de 1880— era la novedosa investigación desarrollada en las décadas de 1850 y 1860 sobre la historia del hombre no como aparecía en la biología, sino en la antropología, la filología y la prehistoria global. Esos intereses salieron a flote en las secuelas de la publicación del primer tomo de *El capital* en 1867.

En el *Manifiesto comunista* Karl había depositado plena confianza en «la burguesía», que «obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir».[1581] En el caso particular de la India, había celebrado el efecto que, según creía, tendrían la maquinaria a vapor y el libre comercio para suscitar la disolución del antiguo «sistema rural», basado en «la unión patriarcal entre la agricultura y la artesanía».[1582]

Sobre esta base, en 1859 había arremetido a la vez contra «un prejuicio ridículo según el cual la propiedad comunal primitiva es una forma de propiedad específicamente eslava, o incluso exclusivamente rusa». Señalaba que esa modalidad se podía encontrar «entre los romanos, los germanos y los celtas» y que aún subsistía en una modalidad fragmentaria en la India. El párrafo se repetía, casi textual y con los mismos ejemplos, en la primera edición de *El capital*. [1583] Tal y como le escribiera a Engels en 1868, las instituciones campesinas rusas, lejos de ser únicas, eran lo que sobrevivía de un modo de producción alguna vez encontrable en toda Europa y Asia: «Todo el asunto es, *hasta el último detalle*, absolutamente idéntico al sistema comunal *germánico primitivo*». Y proseguía hasta alinear específicamente «el caso ruso» como «parte de los sistemas comunitarios de la India», destacando en particular «el carácter *no democrático*, sino *patriarcal*, del liderazgo comunal» y «la *responsabilidad colectiva* de pagar tributos al Estado».[1584]

El blanco al que apuntaba era la teoría esclavófila que identificaba el espíritu eslavo con la Iglesia, las tradiciones populares y la *obschina* (las instituciones de propiedad comunitaria en la aldea rusa). Le parecía singularmente alarmante el hecho de que esta teoría pareciera gozar de la aceptación no solo de los nacionalistas románticos y los conservadores, sino también de liberales y socialistas. De ahí su arrebató en contra de Herzen al

final de la primera edición alemana de *El capital*, acusándolo de profetizar el rejuvenecimiento de Europa mediante «el knut» y «la mezcla forzosa con la sangre de los calmulos. [...] Este folletín profesional ha descubierto el comunismo “ruso” no dentro de Rusia sino en la obra de Haxthausen, un consejero del régimen prusiano».[1585]

Pero desde mediados de la década de 1870 hubo un giro notable en su visión general, acompañado de cambios sutiles, pero apreciables, en su teoría como un todo, el fruto aparente de una serie de dificultades tanto conceptuales como empíricas. Hemos analizado ya los cambios teóricos ocurridos. Podremos detectar los problemas teóricos crecientes con los que se topó si confrontamos el carácter inequívocamente inconcluso del tomo publicado en 1867 con los diversos planes y manuscritos en borrador que lo habían precedido.

La inclusión de la «circulación» hubiera requerido de un análisis de la expansión de las relaciones capitalistas a lo largo y ancho del mundo, lo que el propio Karl denominaba la «reproducción ampliada», y este proceso era supuestamente distinto al de la «acumulación originaria» (los orígenes del capitalismo). ¿Cómo era, entonces, que la «reproducción ampliada» «disolvía» los modos tempranos de producción, y cómo remodelaba las sociedades preexistentes en conformidad con los planteamientos capitalistas? En particular, ¿cómo ocurría la subordinación de la agricultura al capital? Era el tópico que habría de abordar en eso que Karl denominaba «la génesis de la renta capitalista de la tierra», el tema fundamental del segundo tomo de *El capital*. Además, igual que Inglaterra había sido la base para el análisis de la producción capitalista, la Rusia posterior a la emancipación de los siervos en 1861 sería la base —era lo planeado— para el análisis de la génesis de «la renta capitalista de la tierra».[1586]

Solo que estos planes no se cumplieron. El tomo de *El capital* publicado en 1867 no incluía el proyectado análisis de la circulación. Concluía, en cambio, en el tema de la «acumulación originaria», un resumen histórico de «la expropiación de sus tierras llevada a cabo contra la población rural» mediante el cercado y la «legislación sanguinaria» en la Gran Bretaña medieval y el inicio de los tiempos modernos.[1587] Surgía, pues, la pregunta: ¿había que entender esta historia referida a Gran Bretaña como

parte de un proceso global inevitable y de carácter universal en el que la propiedad comunitaria fenecía? Muchos lectores de la primera edición de *El capital* lo dieron efectivamente por sentado, pero el propio Karl había comenzado a recular de esta postura. Las instancias en las que la producción rural de carácter comunitario se «diluía» en un proceso puramente económico habían resultado en extremo difíciles de rastrear. Inversamente, las investigaciones en la historia de la tenencia de la tierra sugerían que la propiedad rural comunitaria era bastante más resiliente de lo que se había creído previamente, y en algunas áreas había incluso sobrevivido hasta tiempos recientes. La propiedad rural comunitaria no se limitaba, al parecer, a «disolverse» en presencia de las relaciones de intercambio capitalistas; más bien, como en Gran Bretaña, era arrasada por la fuerza o por formas destructivas de tributación diseñadas por el Estado.

Si esto era así, venía a sugerir la necesidad de adoptar un enfoque distinto ante la sobrevivencia de la comuna rural en Rusia y al efecto que sobre ella había tenido la emancipación de los siervos decretada por el régimen ruso en 1861. Sugería, a la par, la necesidad de examinar la historia de la comuna rural o comunidad aldeana en otros lugares, especialmente la presunta universalidad de su existencia como una formación social primitiva. Por este motivo, en los años posteriores a la publicación del primer tomo de *El capital* Karl comenzó a interesarse en las obras de Georg von Maurer. La obra de Von Maurer fue una de las mayores contribuciones al debate iniciado en Alemania durante la segunda mitad del siglo XIX, difundido a otros países de la Europa septentrional después de 1815 y que, a través de la obra de Henry Maine, fue ampliado en la década de 1860 al sistema aldeano en Asia.

La aldea comunitaria era una noción germánica asociada, en sus modalidades decimonónicas, a lo que se denominaba el *mark* teutón. Se remontaba a los escritos del siglo XVIII del patriota conservador Justus Möser, quien en su afamada historia de Osnabrück argüía que el sistema agrario de su Westfalia natal, un modelo de granjas aisladas, era «todavía como el de los primeros tiempos», con lo cual quería decir los tiempos de César y Tácito.^[1588] En el recuento de Möser, ese periodo temprano era una edad «dorada» de granjeros alemanes libres, asociados entre sí con

fines de autogobierno bajo un pretor elegido por ellos, una organización que pervivió hasta la época de Carlomagno.[\[1589\]](#) Cada granja por separado, señalaba Möser, era propiedad privada, pero el «aprovechamiento común del bosque, de las tierras de pastoreo, los brezales y montañas, en los que nadie podía cercar su propia parcela, unían originalmente a unos pocos individuos en nuestra región del mundo. Llamamos a esos terrenos comunitarios un *mark*; y quizá las tribus más antiguas que allí se instalaron, en comunidades aisladas, eran integrantes de una asociación de *marken* (*Markgenossen*)». [\[1590\]](#) La división del campo en *marken* —era lo que se decía— venía dictada por la naturaleza; el *mark* era, por tanto, la modalidad de asociación más antigua en Westfalia.

En la Alemania de la Restauración de 1815, recién salida de la derrota final de Napoleón y dedicada a extirpar las ideas jacobinas de la esfera pública, los atractivos de esta mezcla patriótica y conservadora de libertad, democracia y antigüedad resultaban irresistibles. Las supuestas costumbres del *mark* enseguida se incorporaron a las historias del Derecho y ampliadas más allá de Westfalia al resto de Alemania. Karl Friedrich Eichhorn, un historiador del Derecho que resultó gravemente herido cuando participó como voluntario en la Batalla de Leipzig en 1813, asumió la iniciativa. Su fundación de la *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft* (*Revista de Historia de la Jurisprudencia*), junto a Karl Savigny y otros representantes de la Escuela Histórica del Derecho alemana, surgió en parte como una celebración patriótica de la expulsión y derrota de los franceses. En 1815 declaró que era un hecho «sabido y probado» que, «en conformidad con ciertas nociones germanas, todo el Derecho provenía en su totalidad del corpus de la plena ciudadanía, y que mediante él preservaba su existencia, su honor y su propiedad». [\[1591\]](#)

Pero era posible situar a la vez el *mark* en un contexto más liberal y cosmopolita. Tras su propuesta de que la familia de las lenguas indoeuropeas incluía afinidades no solo lexicales y gramaticales entre sus componentes, sino además en el área de la mitología y la cultura, Jacob Grimm derivó al caso del antiguo *mark* alemán, el cual quedó ahora identificado con lo que alguna vez habría sido una forma comunitaria y rural de ámbito europeo: la unidad aldeana original, patriarcal y a la vez

democrática, en la que la tierra era propiedad común y trabajada en común y donde surgieron los gérmenes de la forma de gobierno.[\[1592\]](#)

No se requirió mucho tiempo para que la antigua comunidad rural se descubriera en otras naciones aparte de Alemania. En 1849 John Mitchell Kemble, traductor de *Beowulf* que había estudiado a Jacob Grimm, introdujo el *mark* en la historiografía inglesa. En su estudio en dos volúmenes, *Los sajones en Inglaterra*, Kemble lo consideraba «la base original en que se asienta toda la sociedad teutona»[\[1593\]](#) y que había llegado a Inglaterra con las invasiones de los anglos, los sajones y los jutos.

Algunos historiadores destacados de la época victoriana se apresuraron a hacer suya la idea. Según el obispo Stubbs, las libertades teutonas del *mark* constituían «el gobierno primitivo de la madre patria común» y en 1866 elaboró más este asunto cuando, siendo profesor regio en Oxford, impartió su curso inaugural en torno a la «Historia constitucional de Tácito a Enrique II».[\[1594\]](#) Edward Freeman, un entusiasta de las tradiciones democráticas de «la raza aria», expresó la idea con su habitual extravagancia. Al conmemorar la antigua victoria germánica sobre los romanos en el bosque de Teutoburgo, proclamaba que Arminio, el líder germánico, no era sino «el primero de un listado que llega hasta Hampden y Washington».[\[1595\]](#) Según Freeman, los indicios de la antigua costumbre teutona eran apreciables en todas partes, y en grado no menor en «lo que es indudablemente un rasgo del *comitatus* teutón: el deterioro de nuestras escuelas públicas».[\[1596\]](#) Como en Alemania, gran parte del atractivo de esta tradición de libertades teutonas —que en palabras de J. R. Green se extendían desde Westminster hasta «las pequeñas asambleas en las que los aldeanos se reunían para organizar la vida de la aldea y las labores manufactureras rurales»— surgía por contraste con las ideas absolutistas de los legisladores romanos o con las abstracciones revolucionarias de jacobinos y socialistas.[\[1597\]](#)

Los historiadores ingleses se mostraban más interesados en la evidencia de antiguas libertades y un antiguo gobierno democrático que en la forma de propiedad y cultivo de la tierra en el seno del *mark*. Pero ya había habido una identificación creciente del *mark* con la propiedad comunitaria. Ya en la obra tardía de Eichhorn, la propiedad privada de la tierra cultivable, un

rasgo esencial dentro de la concepción originaria de Möser, quedaba restringida al derecho de usufructo, el cual era regulado por la comunidad. [\[1598\]](#) El hincapié que Möser hacía en las unidades individuales y en la propiedad privada dentro de su texto sobre los orígenes de la propiedad agraria, había sido cuestionado desde diversos flancos en las décadas de 1820 y 1830. En 1821 un estudio danés de Olufsen criticaba su visión basándose en las divisiones del campo existentes. En 1835 Georg Hanssen había argumentado que la propiedad individual de la tierra no había existido nunca entre las tribus germanas. Y elaboraba su argumentación sobre la base de un estudio de J. Schwarz de 1831, en torno a las comunidades domésticas (*Gehöferschaften*) del distrito de Hunsrück en Tréveris, sosteniendo que estas eran las sobrevivientes del antiguo sistema comunitario que alguna vez había existido entre las tribus germanas. [\[1599\]](#)

El enfoque de Hanssen era muy cercano al empleado en 1829 por August von Haxthausen, en *Über die Agrarverfassung in den Fürstenthümern Paderborn und Corvey* (*Sobre la constitución agraria en los principados de Paderborn y Corvey*), [\[1600\]](#) su estudio del sistema de campos comunitarios (*Gewannflur*) en esa región, presentado como una reliquia de una comunidad agraria que se remontaba a Carlomagno y «llegaba hasta una era mítica» de asignaciones equivalentes de los bienes entre compañeros (*Genossen*) y redivisiones periódicas de la tierra. El monarca prusiano homenajeó a Haxthausen por su labor y él siguió adelante para descubrir el carácter de la denominada *mir* (comunidad rural) rusa, o más bien proyectar el mismo sistema de base sobre ella. Esa comunidad era, según decía, el legado de una época preagrícola cuyas raíces se remontaban mucho más allá de la fijación de un usufructo común de la tierra (*Gemeindeweise*) hasta la comunidad patriarcal familiar más antigua de uso comunitario de los prados. [\[1601\]](#)

Este cambio de perspectiva contribuyó, a su vez, a inspirar la obra de Georg von Maurer, antiguo y crucial asesor en la instauración del reino independiente de Grecia con un miembro de la familia bávara de los Wittelsbach como su primer monarca. Su libro más citado era la *Einleitung zur Geschichte der mark-Hof-, Dorf- und Stadtverfassung und der öffentlichen Gewalt* (*Introducción a la historia de la constitución del mark,*

la granja, la aldea y el pueblo, y el poder público), que apareció en 1854. [1602] En oposición a Möser, Maurer postulaba que «el cultivo inicial de la tierra en Alemania no había sido obra de individuos, sino de familias y tribus enteras». Originalmente nómadas, «un poco como [las tribus] del África hasta hoy», las tribus germanas vagaban de un lado a otro, estableciéndose de manera permanente solo cuando dejaban de ser atacadas, y persistiendo en los elementos de su estructura tribal, como podía comprobarse en las comunidades campesinas de Dithmarsch en Schleswig-Holstein hasta el presente. [1603] Maurer citaba a la vez, como ejemplos, «ciertas muestras de antiguas costumbres agrícolas teutonas y antiguas formas de propiedad agraria» encontradas en «las regiones más atrasadas de Alemania». [1604] Sus seguidores sostenían que «el *mark* se había implantado claramente en una buena parte de Alemania a través del derecho-de-tierras, en las costumbres del agro y en el reparto territorial de la propiedad agrícola». [1605]

En la década de 1860 la credibilidad del *mark* teutón como punto de partida universal de una cultura indoeuropea compartida se vio amplificada aún más con planteamientos formulados en nombre de lo que se denominaba el «método comparativo», una extensión de la nueva ciencia decimonónica de la «filología comparada». A partir del descubrimiento de que las lenguas germánicas estaban relacionadas con el griego, el latín y el sánscrito, la filología comparada asumió que era posible establecer una relación genética entre todo ello, un nexo conducente a la posibilidad de reconstruir la forma original de la cual habían evolucionado dichas variantes. Esto hizo posible, a la vez, que se desplegara el espectro de las sociedades indoeuropeas en una secuencia evolutiva. El ejemplo más audaz de aplicación de este enfoque habría de surgir en los textos de sir Henry Maine, siendo el más notable de ellos *El Derecho antiguo*, publicado en 1861. Según Maine, «tomamos cierto número de hechos, ideas y costumbres contemporáneos e inferimos la forma pretérita de esos hechos, ideas y costumbres, no solo a partir de los registros históricos de esa forma pretérita, sino de ejemplos de ella que aún subsisten en el mundo actual y que aún es posible detectar». [1606] Para corroborar este punto, Maine citaba la investigación sobre el terreno de Freeman —la «cacería

democrática del fósil», como la llamó John Burrow— en Suiza en el periodo de 1863 y 1864.[\[1607\]](#) Freman había descubierto que la comunidad del *mark* identificada por Kemble, y de manera notable el «*Ding* o tribunal» del *GÐ*, o condado, en el que «tres veces al año los hombres del *mark* se reunían sin necesidad de ser convocados», era uno de «los fragmentos de la sociedad teutona organizado según el modelo primitivo, [...] una institución *política* arcaica que ha sobrevivido hasta nuestros días», que estaba perfectamente viva y que podía aún encontrarse en los «cantones boscosos de Suiza».[\[1608\]](#) Maine buscaba enfatizar que, evidentemente, los teóricos europeos «no eran conscientes de la forma en que estos fenómenos provenientes del este ratificaban su referencia a los grupos primitivos de cultivadores teutones y servían incluso para ampliar esa referencia». Las causas que habían transformado el *mark* en un señorío feudal en Occidente habían incidido apenas en «la comunidad rural india», que seguía siendo, por tanto, «una institución viva y no fenecida».[\[1609\]](#)

Maine no participaba de la celebración nostálgica que los historiadores ingleses hacían del pasado teutón. Su obra *El Derecho antiguo* describía la transición de la sociedad antigua a la moderna como «un movimiento de las sociedades progresistas, [...] un movimiento *desde el estatus al contrato*».[\[1610\]](#) Veía la comunidad aldeana como lo contrario del moderno individualismo, una advertencia sombría de lo que la renovada amenaza del comunismo y la tiranía de la costumbre presagiaban. El Estado territorial moderno, basado en la propiedad privada, las leyes escritas, la libertad individual y la innovación económica, era comparado con una comunidad arcaica, estática y limitada por la costumbre, basada en la propiedad colectiva y la imputación de parentesco.

El *mark* teutónico era solo un pequeño paso adelante respecto a la condición aborigen de la humanidad, en la que grupos corporativos regidos por patriarcados despóticos habían ocupado la tierra. Era, originalmente, una asamblea de copropietarios, de familias interconectadas por lazos de parentesco reales o imaginarios. Era posible inferir la existencia histórica de esta comunidad a partir del carácter del señorío feudal que la sucedió, pues el señorío incluía «características y marcas curiosamente persistentes» que podían rastrearse «hacia atrás, a una formación social más temprana, un

cuerpo de hombres regidos democráticamente, o más bien aristocráticamente, donde los inquilinos libres no tenían aún un señor». [\[1611\]](#)

Maine consideraba positivo que la comunidad del *mark* hubiera sido desplazada por el señorío feudal, pues solo era posible alcanzar la modernidad por la diferenciación social implicada en la ruptura del *mark*. En dicho proceso, una familia cultivadora se volvía dominante; la propiedad comunitaria de la tierra agrícola se transformaba en posesiones feudales permanentes mediante el cercado de las posesiones comunes; los aldeanos libres se convertían en villanos feudales; la asamblea villana se transformaba en la corte del barón. A consecuencia de ello, el estatus atribuido por el parentesco o los lazos de sangre era sustituido por señoríos feudales registrados en contratos. El individuo, ya fuera como señor o inquilino, se veía progresivamente liberado de las leyes de la costumbre y las formas arcaicas de propiedad colectiva. Y era esta relajación de los lazos sociales lo que hacía posible el incremento de la libertad individual y la innovación económica.

Igual que la Escuela Histórica del Derecho se había preocupado de combatir las propuestas racionalistas a favor de una codificación legal en Alemania, en el periodo posterior a las guerras napoleónicas Maine elaboró *El Derecho antiguo* como una estocada en respuesta a los esquemas, inspirados en Bentham, de racionalización jurídica en la India posterior a la sublevación. [\[1612\]](#) Maine consideraba que la concepción del Derecho de Bentham, como un mandato del soberano, ignoraba la porfiada existencia de la antigua costumbre en el interior de la India. Arremetía contra el supuesto que consideraba posible la evolución de un orden social perfecto a partir de la consideración pura y simple del Estado natural. Asociaba esta idea a Bentham y Rousseau, una idea de «un orden social absolutamente prescindente de la condición real del mundo y por completo distinto a él». Maine proponía, en lugar de ello, aplicar «el Método Histórico de Indagación» para establecer «los rudimentos del Estado social». [\[1613\]](#)

En esa indagación, Maine consideraba de capital importancia la obra de Maurer. «Desde hace ya muchos años —escribía en *Comunidades aldeanas*— se ha acumulado evidencia suficiente para garantizar la afirmación de

que las formas más antiguas de propiedad que se han descubierto eran formas de propiedad colectiva.» En el mundo occidental «se creía que las únicas formas de propiedad colectiva que habían sobrevivido y eran susceptibles de un examen real se encontraban exclusivamente en países habitados por la raza eslava». Hasta que Maurer publicó una serie de trabajos, insistía Maine, no «se estableció plenamente la estrecha correspondencia entre la historia antigua de la propiedad teutona y los hechos adscribibles al disfrute de la propiedad en la Alemania de nuestros días».[1614] Además, Erwin Nasse había dejado registro de similares hallazgos «concernientes a vestigios nítidos y abundantes de propiedad colectiva teutona rastreables en Inglaterra».[1615] Por tanto, en torno a 1875 Maine se sintió suficientemente confiado para afirmar que «la propiedad colectiva del suelo por hombres unidos de hecho por lazos de sangre, o que se convencían y suponían que lo estaban, puede hoy considerarse un fenómeno primitivo comprobado que alguna vez caracterizó universalmente a aquellas comunidades humanas entre cuya civilización y la nuestra hay una conexión o analogía inconfundibles».[1616]

Al igual que Maine, Karl quedó impresionado por la relevancia de la obra de Maurer. El 14 de marzo de 1868 le escribió a Engels sobre la posibilidad de estudiar sus textos. «Los libros del viejo Maurer (de 1854 a 1856, etcétera) están escritos a base de auténtica erudición germana.» Alababa a Maurer por refutar absolutamente «la estúpida opinión de los terratenientes westfalianos», asociada a Möser, de que «los alemanes se establecieron cada uno por sí mismo y solo después crearon aldeas, distritos, etcétera [...] Resulta interesante justo ahora que el estilo *ruso* de redistribución de la tierra por intervalos (en Alemania, era originalmente en forma anual) debió persistir en algunas regiones de Alemania incluso hasta el siglo XVIII». En esta carta en particular las alusiones de Karl estaban aún eclipsadas por el ajuste de viejas cuentas. Aunque el propio Maurer lo desconocía, sus estudios brindaban, pura y simplemente, una prueba de «la visión que yo mismo adelanté», en el sentido de que «las formas de propiedad asiáticas o indias diseminadas por todas partes sugieren los orígenes de Europa». Igualmente, en relación con la antigua irritación

provocada por las propuestas de Herzen y Haxthausen sobre la comuna rural de Rusia, la obra de Maurer había venido a reivindicar la postura del propio Karl.[\[1617\]](#) «En lo que respecta a los rusos, aquí desaparece su último vestigio DE ORIGINALIDAD, incluso en ESTA LÍNEA.»[\[1618\]](#)

Karl volvió a escribirle a Engels diez días después, el 25 de marzo, con consideraciones adicionales sobre Maurer, esta vez de índole más reveladora y de más vasto alcance. La misiva contenía una nueva evaluación de su obra: «Sus libros son en extremo significativos. No tan solo la era primitiva sino también el desarrollo ulterior en su totalidad [...] adquieren un carácter por completo nuevo. [...] La historia de la humanidad es como la paleontología. Debido A CIERTA CEGUERA DE TIPO JUDICIAL, incluso las mentes más lúcidas pasan por alto, al principio, lo que está frente a sus narices. Más tarde, cuando llega la hora, nos sorprendemos de que los rastros de eso que pasamos por alto estén por todos lados». Tras admitir que «todos estamos en gran medida en las garras de esta CEGUERA DE TIPO JUDICIAL», citaba el ejemplo del Hunsrück: «Justo en *mi propio* vecindario en el Hunsrück, el viejo sistema germánico sobrevivía hasta hace *pocos años*. Me acuerdo ahora de que mi padre me hablaba de todo ello desde *el punto de vista de un abogado*». Enseguida, tras responsabilizar a Grimm por traducir mal los párrafos relevantes de Tácito al estar bajo el influjo de Möser, añadía que «esas aldeas primitivas germánicas en la forma en que las describe [Tácito], aún existen aquí y allá en Dinamarca». Escandinavia se haría «tan importante para la jurisprudencia y la economía como para la mitología alemana. [...] Solo a partir de ella seremos capaces, una vez más, de descifrar nuestro pasado».[\[1619\]](#)

Esa carta no fue flor de un día. Trece años después, en uno de los borradores de su respuesta a Vera Zasúlich sobre el futuro de la comuna rural en Rusia, ampliaba con cierto detalle sus implicaciones. La antigua comuna, especulaba allí, «pereció en medio de incesantes conflagraciones externas e internas; probablemente sufrió una muerte violenta. Cuando las tribus germánicas llegaron a conquistar Italia, España, la Galia, etcétera, la comuna de tipo arcaico ya no existía». Pero «su *viabilidad natural* queda demostrada por dos hechos». El primero es que hubo «ejemplos esporádicos

que sobrevivieron a las vicisitudes de la Edad Media y han sido preservadas hasta nuestros días», específicamente en Tréveris, «mi tierra natal». En segundo lugar, proponía su propia versión de filología comparada y «el método comparativo». Porque, «lo que es más importante», esta formación social anterior «imprimió tan efectivamente sus rasgos a la comuna que la sustituyó —una comuna en la que la tierra cultivable se ha convertido en propiedad privada, mientras que los bosques, tierras de pastoreo, terrenos comunes, etcétera, siguen siendo propiedad comunitaria—, de modo que, al analizar esta comuna de formación secundaria, Maurer fue capaz de reconstruir el prototipo arcaico». En última instancia, Karl, como todos los demás admiradores del *mark* teutón, reiteraba su conexión con una tradición de libertad y democracia que se remontaba a tiempos antiguos: «Gracias a los rasgos característicos» que tomó prestados «del prototipo arcaico», «la nueva comuna introducida por los pueblos germanos en todos los países que invadieron fue el único foco de libertad popular y de vida en el curso de la Edad Media».[1620]

A diferencia de su adhesión al comunismo o su ambición de fundir el Estado y la sociedad burguesa, el entusiasmo de Karl por Maurer y la comunidad rural primitiva era parte de un desarrollo fundamental ocurrido en Alemania y la cultura anglosajona, alcanzando el auge de su atractivo durante las décadas de 1960 y 1970. En las décadas centrales del siglo XIX los académicos, políticos y ensayistas daban gran importancia a preguntas acerca de la existencia histórica y el carácter social de la antigua comuna rural por una multiplicidad de razones. En el caso de Karl, su mayor preocupación en los últimos años de vida se relacionaba con su intento de hallar otro punto de partida menos vulnerable desde el cual defender su visión de la historia y la naturaleza humana.

Podemos considerar la correspondencia que Karl sostuvo en marzo de 1868 como un serio punto de inflexión en su postura. ¿Por qué consideraba «en extremo significativos» los textos de Maurer? Era cierto que Maurer había avalado el comunismo de la antigua comunidad rural germana, pero ante todo en una comuna similar a la de Grimm y los historiadores constitucionalistas ingleses. Él mismo escribió que el conocimiento de la historia de un pueblo y sus instituciones era indispensable para quienes

dirigen los estados: «Pues quien ha de conducir un Estado debe conocer ante todo el suelo en el que habrá de operar, [...] no tan solo las propiedades físicas de la tierra, sino sobre todo sus propiedades espirituales y, por ende, sus cimientos históricos». Las implicaciones de dar la espalda al pasado —de romper completamente con él— quedaban manifestadas en el «abismo» al que hoy se enfrentaba «un gran Estado vecino del otro lado del Rin».[1621]

Como aspirante a poeta, Karl se había sentido tocado alguna vez por esta clase de romanticismo. Aun así, a partir de 1838 había derivado al antirromanticismo de Hegel y aplaudido *Romantische Schule*, la sátira de Heine, y la polémica antirromántica sostenida por Ruge en los *Hallische Jahrbücher*. Sus ensayos desde principios de la década de 1840 y hasta la publicación de *El capital* en 1867 eran resueltamente modernistas y antirrománticos en su tono, de una sola pieza con su crítica de la economía política y su identificación del socialismo con un futuro poscapitalista que sería anunciado por la rebelión de la nueva clase obrera industrial. Solo que en su carta de 1868 modificó esos juicios: «La primera reacción ante la Revolución francesa y la Ilustración a ella asociada fue, naturalmente, considerarlo todo en algún sentido medieval, romántico, e incluso personas como Grimm no se liberaban de eso». Pero «la segunda reacción es mirar más allá de la Edad Media y hacia la etapa primitiva de cada pueblo, y esto sí se corresponde con una propensión socialista, aunque estos individuos tan instruidos no tengan la menor idea de aquello con lo que están conectando. Entonces quedan sorprendidos de encontrar lo más novedoso en lo más antiguo, y hasta les ocurre a los IGUALITARIOS HASTA CIERTO PUNTO que hubiera hecho temblar a Proudhon».[1622] En un contexto en el que no funcionaban los supuestos previos de cómo fueron desplazadas las tradiciones comunitarias del campo u otras formas tradicionales, los nuevos argumentos que apuntaban a la viabilidad y longevidad de la comunidad aldeana —y, en particular, a los incluidos en la obra de Maurer— parecían en extremo atractivos. Partiendo del propio Maurer, no era difícil que el entusiasmo de Karl ante el descubrimiento de «lo más novedoso en lo más antiguo» se viera reforzado por su argumentación política a favor del *mir*

ruso: la propiedad comunitaria y la redivisión periódica de la tierra en la comunidad rural rusa.

En esta línea —como había ocurrido con el redescubrimiento por Freeman del *mark* en los cantones boscosos de Suiza, así como con la imagen que Maine brindaba de la «comunidad aldeana en la India», «una institución viva, no fenecida»—, el *mir* vino a sugerir un ejemplo adicional de la regeneración futura, forjada sobre los vestigios del pasado comunal y arcaico. Muy parecidas eran las propuestas de Haxthausen, quien concedía que, por espacio de mil quinientos años, con la introducción de la agricultura, el cristianismo, el concepto europeo de monarquía y la civilización moderna, Rusia había adquirido «un organismo político» casi idéntico al de «otros pueblos agrícolas de Europa», pero «los principios fundamentales de la sociedad nómada originaria están aún presentes en el carácter, las costumbres y la historia completa de los “gran rusos”».[1623]

Hasta mediados de la década de 1870 a Karl le parecía difícil hallar algo de valor en la obra de Haxthausen, pero cuando eso mismo se reformuló en términos radicales y desde una perspectiva socialista —sin homilías al zar y la Iglesia rusa— por Nikolái Chernyshevski, el argumento le pareció irresistible, visto que el propio Chernyshevski había argumentado en 1858 que la propiedad privada era solo una fase intermedia en el desarrollo de las relaciones de propiedad, que la fase definitiva habría de implicar la vuelta a la producción comunitaria y, por tanto, en el intervalo, había que hacer lo posible para garantizar la supervivencia de la comunidad rural existente.

Pareciera que las loas de Karl a Maurer y el comienzo de su interés en el debate ruso sobre la comunidad rural ocurrieron a la par en torno a 1868. Supo de Chernyshevski en 1867, a través de N. A. Serno-Solovievich, uno de sus admiradores en Ginebra. Luego escribió sus reflexiones en torno a Maurer en marzo de 1868. En septiembre de ese mismo año contactó con él Nikolái Danielsón, el líder de un grupo de entusiastas de Chernyshevski en San Petersburgo y futuro traductor de la edición rusa de *El capital*. [1624]

En los textos de Karl de las décadas de 1850 y 1860 esta forma de propiedad comunitaria aparecía como algo inseparable del dominio despótico. En ninguna parte había indicios de que la cultura o la política de estas regiones contuvieran —aunque camuflaran su forma— algún germen

de un futuro diferente. Al contrario, lo más destacado fue el confinamiento de esas modalidades en un pasado irracional y despótico. Como escribió Karl en *El capital* acerca de los «modos de producción del Asia antigua, de la Antigüedad clásica, etcétera», «aquellos antiguos organismos sociales de producción son extraordinariamente más sencillos y transparentes que los burgueses, pero se basan o bien en la inmadurez del hombre individual, que todavía no se ha desligado del cordón umbilical de su cohesión animal con otros hombres, o bien en relaciones directas de dominio y servidumbre». [\[1625\]](#) Si en las sociedades asiáticas y otras sociedades precapitalistas la propiedad comunitaria venía aparejada al despotismo, al «señorío y la esclavitud», obviamente no tenía lugar en un futuro comunista. [\[1626\]](#)

Pero después de 1870 Karl descartó ese supuesto de que propiedad comunitaria y gobierno despótico iban necesariamente de la mano. Se hizo patente en sus alusiones a Rusia. En 1881 Vera Zasúlich, integrante del grupo de Ginebra organizado en torno a Plejánov, le pidió a Karl que les aclarara su postura respecto a la comuna rural rusa. [\[1627\]](#) Le preguntaba si, una vez ocurrida la emancipación de los siervos en 1861, la comuna desaparecería inevitablemente en la medida en que el capitalismo ruso evolucionara. ¿O podía transformarse, antes de que el desarrollo capitalista se volviera irrefrenable, en «el punto de partida o «el elemento de regeneración de la sociedad rusa»? En respuesta, Karl concedía que el «aislamiento», aunque no fuese un «rasgo inmanente», era una debilidad de la comuna, que, «donde sea que haya surgido, ha venido acompañada de un despotismo más o menos centralizado». Con todo, y pese a ello, ahora argüía que este era «un obstáculo muy fácil de eliminar [...] tan pronto como se haya liberado de los grilletes estatales». O que acabaría incluso «desvaneciéndose en el torbellino general de la sociedad rusa». [\[1628\]](#)

Una vez más, este giro en su evaluación de la comuna rural se remontaba a la obra de Nikolái Chernyshevski, en particular a un ensayo suyo sobre la propiedad comunitaria de la tierra en Rusia y su crítica de Haxthausen. Chernyshevski argumentaba que el misticismo eslavófilo era un síntoma del retraso de la nación, pero que este retraso podía ser ahora una ventaja, pues «el desarrollo de ciertos fenómenos sociales en naciones atrasadas puede, gracias a la influencia de naciones más avanzadas, saltarse

un estadio intermedio e ir directamente de un estadio inferior a otro superior».[1629] Si esto era correcto, y era lo que pensaba Chernyshevski, sería posible que Rusia pasara directamente de la comuna rural al socialismo.

A Karl le pareció aceptable la propuesta de Chernyshevski. En 1873, en la segunda edición de *El capital*, dejaba de lado la burlona referencia a Herzen e incluía, en lugar de ella, un tributo entusiasta a Chernyshevski, «el gran sabio y crítico».[1630] Aceptar esta propuesta equivalía, a su vez, a abandonar los términos universales en los que había enmarcado originalmente su argumentación en *El capital*. De la primera edición de 1867 destacaba una frase en particular: decía —y añadía un signo de exclamación para enfatizarlo— que «¡el país que está industrialmente más desarrollado se limita a mostrar a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro!». En la década de 1870 Karl reuló subrepticamente en esta postura. En la segunda edición alemana de 1873 se descartó el signo de exclamación y en la traducción francesa de 1875 el capítulo sobre «El secreto de la acumulación originaria» fue enmendado para implicar que la historia del despojo de sus tierras sufrido por el campesinado inglés era aplicable solo a un derrotero seguido por la Europa occidental. Esto le permitió, dos años después, poner distancia con su propia idea de que el proceso de «acumulación originaria» bosquejado en *El capital* era necesariamente aplicable a Rusia.[1631]

Con este cambio vino a avalar además la política del populismo. Es decir, Karl se *mostraba ahora de acuerdo en que, tras la emancipación de los siervos en 1861, era precisa una revolución socialista antes de que el desarrollo capitalista en el campo destruyera la comunidad rural*. En uno de los borradores de la carta dirigida a Vera Zasúlich en 1881 declaraba que «[para] salvar la comunidad rusa hace falta una revolución rusa», y continuaba argumentando que, «[si] la revolución se produce en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas para asegurar el libre desarrollo de la comunidad rural, esta se erigirá pronto en elemento regenerador de la sociedad rusa y en elemento de superioridad sobre los países sojuzgados por el régimen capitalista».[1632] Al mismo tiempo, repudiaba con vehemencia a aquellos de entre sus seguidores

socialdemócratas que creían que una revolución socialista solo sería posible en las secuelas del desarrollo capitalista. En otro de sus borradores de la carta a Zasúlich, presumiblemente aludiendo a otros miembros del grupo de Plejánov, escribió: «Los “marxistas” rusos de los que me habla me resultan por completo desconocidos. Los rusos que conozco ostentan “visiones diametralmente opuestas”».[1633]

La visión de la comunidad rural en la década de 1870 implicó algo más que un viraje en su postura respecto a Rusia.[1634] Este se produjo junto a otros cambios, tanto políticos como teóricos. Políticamente, la perspectiva de una revolución anticapitalista en las naciones industrializadas parecía remota. Esto había quedado claro en las secuelas de la guerra franco-prusiana, en la derrota de la Comuna y en el crecimiento de movimientos laborales moderados y orientados constitucionalmente tanto en Europa occidental como Norteamérica. Por el contrario, el futuro de la Rusia zarista se mostraba cada vez más inestable. Esto parecía singularmente efectivo al comienzo de la guerra ruso-turca en 1877, cuando, intoxicado por la perspectiva de una derrota y consiguiente revolución en Rusia, un Karl excitadísimo le escribió a Sorge en septiembre de 1877: «Esta crisis es un *nuevo punto de inflexión* en la historia de Europa. [...] Esta vez la revolución comenzará en el este, hasta ahora el bastión inexpugnable y el ejército de reserva de la contrarrevolución».[1635] Solo que en esa guerra en particular los rusos resultaron victoriosos.

En términos generales, Karl había comenzado a adoptar una actitud diferente hacia la idea de un imperio y el destino del mundo extraeuropeo. En 1853 le había confiado a Engels que estaba librando una campaña «clandestina» contra la línea editorial de *The New-York Daily Tribune*, que describía como «el antiindustrialismo sismondiano-filantrópico-socialista» del espíritu «proteccionista, esto es, la burguesía industrial de Estados Unidos». Por entonces ensalzaba «la destrucción por Inglaterra de las industrias nativas» en la India como una medida «revolucionaria».[1636] Pero a finales de la década de 1870 ya no alababa la ruptura, por parte de los comerciantes y colonizadores europeos, de las estructuras sociales tradicionales y a menudo comunitarias. La principal diferencia entre Rusia e India, o China, era que «Rusia no vive aislada del mundo moderno [y]

tampoco es presa de ningún conquistador extranjero, como ocurre con las Indias Orientales».[1637] Ahora parecía creer que, tal y como sucedía en Rusia, las primitivas estructuras comunitarias, cuando eran dejadas a su arbitrio, resultaban suficientemente resilientes para sobrevivir en el mundo moderno. En condiciones políticas propicias, podían hasta desarrollarse.

India, África y China se habían visto impedidas de hacerlo por la colonización europea. Coincidió con buena parte del resumen acerca del impacto de la colonización en las formas de propiedad comunitaria que ofrecía su amigo Maxim Kovalevski, particularmente en el caso de la conquista francesa de Argelia. Subrayando el análisis de Kovalevski, hacía notar que «en la medida en que la ley no europea y foránea sea “rentable” para ellos, los europeos la reconocen, como aquí reconocen —¡de inmediato!— no solo la ley musulmana, sino que la “malinterpretan” únicamente en su beneficio».[1638] De manera análoga, en el caso de las Indias Orientales no era efectivo, como señalaba Maine, que la destrucción de las comunidades fuera fruto de «las fuerzas espontáneas asociadas a las leyes económicas. [...] Todo el mundo, excepto sir Henry Maine y otros autores de su calaña, se da cuenta de que la eliminación de la propiedad comunitaria de la tierra en esos parajes fue solo un acto de vandalismo inglés, conduciendo a los pueblos nativos no al progreso sino a un retroceso».[1639]

La decepción política se mezclaba con sus dificultades teóricas. La crítica de la economía política de Karl había redundado en un recuento inconcluso de la crisis capitalista. Igualmente, su teoría no incluía nada que diera cuenta de los diferentes regímenes en los diferentes estados capitalistas.[1640] Su mala salud tenía sin duda parte de la culpa, pero eso no impidió que crecieran en su interior otros intereses, y de manera llamativa su estudio del caso ruso y una preocupación creciente por la historia antigua del hombre.[1641] La índole de esos nuevos intereses sugiere, a la vez, un distanciamiento de su perspectiva anterior. Las referencias a la sociedad burguesa, tan vastas en la década de 1850, se volvieron pasajeras y hasta desdeñosas. La comuna rural rusa podía sortear el modo capitalista de producción, era lo que ahora argüía, «incorporar a la comunidad todos los adelantos positivos logrados por el sistema capitalista

sin pasar por sus Horcas Caudinas». Pero los mencionados «adelantos» eran puramente tecnológicos: la ingeniería industrial, la maquinaria a vapor, los ferrocarriles, el «mecanismo de intercambio».[1642] No mencionaba los cambios en la productividad y la división del trabajo que esta tecnología suponía. La producción capitalista era «simplemente la más reciente» de una serie de revoluciones económicas y procesos evolutivos que habían ocurrido desde «la muerte de la propiedad comunitaria». Aun cuando esto hubiera redundado en «un maravilloso desarrollo de las fuerzas sociales productivas», «había revelado al mundo entero, salvo a aquellos cegados por su propio interés, su naturaleza puramente transitoria».[1643]

A la inversa, el ancestro comunitario del capitalismo aparecía dotado ahora de una «viabilidad natural». Había sobrevivido en ciertos lugares, como el área alrededor de Tréveris, y había «impreso sus propios rasgos [...] a la comuna que lo había sustituido». Por consiguiente, como se hiciera notar previamente (véase p. 662), cuando Maurer, el historiador de la antigua Alemania, procedió a «investigar esta comunidad de formación secundaria, pudo reconstituir el prototipo arcaico».[1644] «[L]a vitalidad de las comunidades primitivas —decía Karl— es incomparablemente superior a la de las sociedades semitas, griegas, romanas, etcétera, y tanto más a la de las sociedades capitalistas modernas.»[1645] O como hacía notar respecto de la obra del antropólogo estadounidense Lewis Henry Morgan, tanto en el *gens* [agrupación por parentesco] griego como entre los iroqueses, «el salvaje nos mira [...] de manera inequívoca».[1646] Karl se sentía inspirado por la imagen que Morgan brindaba del *gens* como un tipo de comunidad primitiva antecesora del patriarcado, la propiedad privada, las clases y el Estado. Morgan infería la existencia del *gens* a partir de sus investigaciones contemporáneas entre las tribus de Norteamérica, en especial de los iroqueses, así como de su estudio clásico de Grecia y Roma. [1647]

Excitado por el nuevo mundo que la prehistoria había descubierto, Karl gozaba ahora de una visión que abarcaba no «tan solo» a la sociedad burguesa, sino la trayectoria completa de la «civilización», desde la caída de la comunidad originaria. De manera llamativa había llegado a concordar con el «utopista» francés Charles Fourier en que «la época civilizada se

caracteriza por la monogamia y la propiedad privada de la tierra» y que «la familia moderna incluía en su seno, en miniatura, todos los antagonismos que más adelante se difundieron a la sociedad y al Estado respectivo». [1648] «Siendo la entidad más antigua de todas», señalaba, la comunidad originaria incluía «la existencia de la horda y la promiscuidad; nada de familias; aquí solo podía desempeñar algún papel el derecho de madre». [1649]

Uno de los rasgos más interesantes del novedoso foco de atención de Karl en la permanencia y «viabilidad» de la comunidad rural originaria era que proponía una reformulación del concepto de naturaleza humana tan elocuentemente planteado por él mismo en 1843 y 1844, durante su estancia en París. Dicho concepto no había sido, como asumen muchos analistas, meramente descartado como un gesto juvenil indeseado del «joven Marx». Se había tornado prácticamente invisible durante los veinte años que median entre sus escritos de 1844, redactados en París, y la publicación del primer tomo de *El capital* en 1867, al enfocarse en el carácter alienado de la interacción humana bajo la hegemonía de la propiedad privada y las relaciones vigentes de intercambio. Si era evidente, como sostenía en 1844, que la naturaleza humana solo podía expresarse de esa forma alienada una vez que las relaciones humanas eran «invertidas» con el advenimiento de la propiedad privada, entonces —*inversamente*— las formas comunales arcaicas, en la fase que antecedió a la propiedad privada, daban cuenta del verdadero carácter de la naturaleza humana en su forma espontánea y prealienada. [1650] He ahí la razón por la que sus escritos y cuadernos de notas tardíos incluyen un mayor número de pronunciamientos relativamente simples acerca de la naturaleza humana y los atributos de lo humano.

Ello explica, a su vez, que diera muestras de tal enervamiento ante la figura de sir Henry Maine, «el asno» o «clásico alcornoque inglés», considerado entonces el sumo representante de la «civilización», y de la civilización inglesa en particular. La sociedad comunista de épocas arcaicas no podía equipararse en modo alguno al primitivo despotismo patriarcal. Le recriminaba a Maine su escaso conocimiento de la descendencia matrilineal en la «sociedad gentil» y su tendencia a extrapolar, «a partir de su propia familia romana y “patriarcal”, los orígenes de todo el mundo». [1651] Había

leído para entonces *El derecho de madre* de Bachofen, publicado en 1861, una lectura luego reforzada por *El matrimonio primitivo* de McLennan, publicado en 1865, y *La sociedad antigua* de Morgan, impresa en 1877. [1652] Maine concebía lo primitivo únicamente como «el despotismo de los grupos sobre sus componentes individuales». [1653] No advertía, como sí lo hacía Karl, que la comunidad originaria había antecedido al sometimiento de la mujer y encarnado la «igualdad económica y social». El parentesco y la propiedad privada de la tierra —el ámbito político como tal— afluían ambos de la disolución gradual de «la propiedad tribal y el ente colectivo tribal». [1654] Maine no comprendía que el Estado era «una excrecencia de la sociedad». Igual que solo había aparecido en determinado estadio del desarrollo social, alguna vez desaparecería, cuando se llegara a un estadio aún no alcanzado: «Primero fue la ruptura de la individualidad con sus cadenas originarias no despóticas (aunque el alcornoque de Maine pretenda que sí lo eran), es decir, con los lazos grupales más satisfactorios y acogedores de la comuna originaria; luego vino la difusión unilateral de la individualidad». [1655] Pero la «civilización» se hallaba ahora próxima a su fin. El capitalismo atravesaba una «crisis» que solo acabaría con su «supresión» y «la vuelta de las sociedades modernas al tipo “arcaico” de propiedad comunitaria». [1656]

Las acuciantes, si bien no deseadas, expectativas políticas de Karl no giraban ya en torno al momento en que la clase obrera urbana e industrial de Europa occidental forzaría una revolución contra la sociedad burguesa; ni franceses ni británicos, ni tampoco los alemanes, daban muestras de querer embarcarse en un curso agresivo de confrontación entre las clases. [1657] Su atención estaba ahora enfocada en el punto en que los primitivos sistemas comunitarios de cultivo podían ser desplazados por alguna forma de transición hacia la propiedad privada. En la respuesta que envió finalmente a Vera Zasúlich respecto al futuro de la comunidad rural en Rusia, Karl hacía hincapié en que «la base de toda esta evolución es la expropiación de los campesinos», que «no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra», y en que «[la] «fatalidad histórica» de este movimiento está, pues, expresamente restringida a los países de Europa occidental». Aquí «[la] propiedad privada, fundada en el trabajo personal»

estaba siendo reemplazada por «el sistema asalariado»: en otras palabras, una forma de propiedad privada estaba siendo sustituida por otra. Pero, y esto era lo que él enfatizaba, «[entre] los campesinos rusos, por el contrario, habría que transformar su propiedad común en propiedad privada».[1658]

EL FINAL DE UNA VIDA

Los últimos tres años de vida de Karl se vieron ensombrecidos no solo por su propia e incurable bronquitis, sino por la muerte de su esposa y su hija mayor, Jenny Longuet. Fue un periodo enteramente dominado por las ansiedades relacionadas con la salud, la suya y la de varios miembros de la familia. A partir de 1879 quedó claro que la señora Marx tenía un cáncer de hígado. Karl la llevó a Manchester para consultar al doctor Gumpert, pero ya no había mucho que hacer y en junio de 1881 Jenny Marx agonizaba. Con todo, aún fue capaz de tolerar una salida al teatro y en julio Karl la llevó a Eastbourne, donde estuvo tres semanas deambulando por delante de la casa en silla de ruedas. La vida se había vuelto algo más solitaria sin la presencia de los nietos, una vez que la familia Longuet volvió a Argenteuil, en Francia, en febrero de 1881. Paralelamente, una aguda depresión hizo presa de Eleanor, mientras Jenny Longuet sufría de prolongados ataques de asma.

El otoño y el invierno de aquel año fueron especialmente crueles. La bronquitis de Karl se agravó de tal manera que era incapaz de abandonar el lecho, ni siquiera para ver a su esposa en la habitación vecina. Eleanor y Lenchen los atendían a ambos, pero los dolores de Jenny se hicieron cada vez más agudos y pasó sus últimos días bajo los efectos de la morfina, hasta que el 2 de diciembre de 1881 murió mientras dormía. Karl quedó devastado con su pérdida, pero estaba demasiado enfermo para asistir al funeral. Como bien dijo Engels, «Moor también ha muerto» (Moor era el apelativo que la familia daba a Karl).

En 1882 la salud de Karl experimentó una leve mejoría y fue capaz, durante un breve intervalo, de atender a los asuntos políticos, mostrándose de acuerdo en escribir, en coautoría con Engels, un breve prólogo a la

edición rusa del *Manifiesto comunista* a comienzos de ese año. El prólogo incluyó una formulación ambivalente que encubría el grado de sus discrepancias mutuas sobre la comuna rural rusa: «Si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista».[1659]

Tras esto, él y Eleanor se fueron a Ventnor, en la isla de Wight, pero la estancia no supuso demasiado alivio para ninguno. La tos de Karl seguía siendo irreductible y Eleanor parecía estar aún en el umbral de una crisis mayor, relacionada con el fin de su relación con Lissagaray, pero también con su desesperación por no haber logrado el éxito en las tablas. Su amiga Dolly Maitland vino a ayudarla, pero eso consiguió irritar bastante a Karl, quien no lograba entender cuál era el problema de su hija y por qué debía buscar la ayuda de una amiga. De vuelta en Londres, con ninguna de sus otras hijas en situación de acogerlo, fue persuadido para pasar diez semanas en Argel, pero este intento de rehuir el invierno europeo resultó a la vez un fracaso. Argel era frío y húmedo en esa época: «Me congelé hasta los huesos. [...] Desembarco en Argel el 20 de febrero. [...] Febrero muy frío, cuando no también húmedo. Me tocaron los tres días más fríos del último mes, según dicen. [...] Nada de sueño, nada de apetito, una tos muy fea».[1660]

De Argel viajó a Montecarlo, aún aquejado de bronquitis y pleuresía. En junio fue a pasar tres meses con Jenny en Argenteuil. Aunque fue placentero ver a los nietos, no resultó una opción muy descansada. Jenny estaba encinta y su esposo andaba de mal humor y no muy dispuesto a colaborar con ella. En septiembre Karl se impuso a Laura para acompañarla a Vevey, en Suiza. Allí la instó a asumir la traducción al inglés de *El capital* y le prometió los archivos de la Internacional para que pudiera escribir la historia de la entidad. En octubre Karl volvió a su casa en Londres, donde no solo estaban Lenchen y Eleanor, sino también su nieto Johnny, el hijo de Jenny Longuet. Y una vez más partió a Ventnor, esta vez solo.

La propia Jenny no andaba nada bien. A partir de abril de 1882 desarrolló un cáncer a la vejiga. Con cuatro hijos auestas, un marido resentido y poco colaborador y una suegra que la culpaba por las deudas

familiares, el declive de Jenny fue acelerado. Cuando los Lafargue fueron a verla a principios de enero de 1883, la encontraron «sumida en el letargo, asediada por pesadillas y ensoñaciones».[1661] Luego comenzó a delirar. Murió el 11 de enero de 1883, a los treinta y ocho años.

Para Karl, cuyos pensamientos del último año eran solo recuerdos obsesivos de su esposa muerta, el fallecimiento de «la hija que él más quería» fue un golpe intolerable.[1662] Afectado de bronquitis crónica y confinado en su habitación por las heladas, la nieve y un viento desapacible del noreste, no era capaz de leer a excepción de alguna novelita ocasional de Paul de Kock. Lenchen velaba por él con sus habituales y amorosos cuidados, pero su salud fue empeorando y desarrolló una úlcera del pulmón, hasta que el 14 de marzo de 1883 murió de una hemorragia.

EPÍLOGO

Los temas históricos y filosóficos que tanto preocupaban a Karl en los últimos años no lo sobrevivieron demasiado tras su muerte. Ni las eruditas propuestas a favor de la comunidad rural arcaica ni la política asociada a ellas llegaron tampoco hasta el siglo xx.

En el periodo que siguió a la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, los franceses demostraban escasas simpatías por cualquier propuesta que sugiriera los orígenes teutones de la libertad. Su preferencia era, no por la tribu de los francos, aristocráticos y militaristas, sino por los muy laboriosos galos, los ancestros del Tercer Estado. En sus *Ensayos de historia de Francia* de 1823, Guizot no hacía referencia alguna al *mark*, pero se explayaba en torno a la aversión al trabajo de los francos y a su disfrute de la bebida y el juego.[\[1663\]](#) Previsiblemente, el curso de la guerra franco-prusiana agudizó esta hostilidad y condujo a un ataque implacable de Fustel de Coulanges contra las credenciales académicas de Maurer en 1899.[\[1664\]](#)

El ataque de Fustel fue devastador. No había confirmación alguna de la teoría del *mark* en los textos de César o Tácito. Sin la menor justificación, Maurer había entendido el término *ager* como *ager publicus*, aunque la palabra *publicus* no aparece en el texto de Tácito. Dentro del Derecho germano antiguo, el término *mark* significaba simplemente «límite» (del latín *terminus*) y solía aludir a la propiedad privada, sobre todo a las villas. De hecho, el Derecho germano se basaba en el supuesto previo de la propiedad privada de la tierra, que estaba en manos de individuos o familias, pero jamás de grupos más amplios. La única evidencia de redistribución periódica de la tierra era fruto de las chapuzas de un copista. El término «común» se refería a un Derecho consuetudinario de usufructo

del que disfrutaban los inquilinos sobre las tierras pertenecientes a un señor. No había evidencia alguna de que tales inquilinos hubieran sido alguna vez *propietarios* conjuntos de la tierra. Ni había tampoco pruebas de las asambleas o los tribunales del *mark*. En lugar de eso, los códigos legales germanos sugerían una tierra ocupada en gran medida por vastas haciendas y cultivada por esclavos o inquilinos cuasiserviles.

La evidencia respecto a Inglaterra, reunida por Frederic Seebohm, William Ashley y Paul Vinogradoff, apuntaba en la misma dirección.[\[1665\]](#) En 1883 el texto *La comunidad rural inglesa* de Seebohm demostró la distribución homogénea del sistema feudal en la mayor parte de Inglaterra. Argumentaba que no debían rastrearse los orígenes del señorío feudal en la desintegración de la comunidad libre del *mark*, sino en la villa trabajada por esclavos a finales del Imperio romano. Los anglo-sajones que invadieron el territorio habían ya adoptado el sistema romano de haciendas o hicieron suyo lo que encontraron a su llegada. La obra de Seebohm demolió efectivamente la existencia del *mark*. El economista Alfred Marshall intentó desarrollar, en la década de 1870, la visión que Maine sustentaba de la aldea «aria» original y la comunidad del *mark* teutón, concibiéndolos como puntos de partida de una filosofía de la historia que acompañara a sus *Principios económicos*. Ese empeño hubiera perfilado el progreso desde una comunidad vinculada por la costumbre hasta llegar a la innovación moderna y la libertad individual, pero tras leer la demostración de Seebohm, en el sentido de que muy a menudo las comunidades rurales «no eran “libres” ni las propietarias últimas de la tierra», relegó lo que quedaba en pie de la parte histórica de su libro a un anexo y desechó toda mención del *mark*.[\[1666\]](#)

Nuevas evidencias aportadas por Fustel de Coulanges socavaron las propuestas relativas al *mark* en Suiza, Serbia y Escocia.[\[1667\]](#) Incluso de la prueba atesorada por Karl, alusiva a la sobrevivencia en Tréveris de una organización de propiedad comunitaria —el *Gehöferschaften* de Tréveris y Hunsrück—, se demostró más tarde que eran una disposición comunitaria impuesta a la gente de la localidad y cuyos orígenes eran señoriales.[\[1668\]](#) Finalmente, las credenciales históricas del *mir* ruso fueron a su vez descartadas. Chicherin demostró que la existencia del *mir* databa solo de

1592 y que fue instaurado mediante «un acto despótico del Gobierno», un ucase del zar Fiódor Ivánovich. Como el propio Fustel de Coulanges admitía en 1889, «el tema es aún pasto de un febril debate», pero con base en la evidencia reunida hasta aquí, el *mir* nació en el periodo feudal y «lejos de ser una forma de propiedad colectiva, es una forma de servidumbre colectiva».[1669]

La longevidad política de la nueva concepción de Karl no resultó mucho mayor. Él mismo había sido todo menos claro al hacer público su cambio de postura tras la publicación del primer tomo de *El capital*, así que no debe sorprendernos que la mayoría de sus seguidores continuaran asociándolo con la visión modernizadora del *Manifiesto comunista*. Fueron a su vez alentados a ello por Engels, quien nunca había sido muy entusiasta de ese interés de última hora que Karl manifestaba por la comunidad rural. En 1882 el propio Engels había criticado a Maurer por su «hábito de aducir pruebas indiscriminadamente y yuxtaponer ejemplos documentados de cualquier periodo y de todos ellos juntos».[1670] En 1894 cuestionó de manera similar los méritos de Chernyshevski por alentar «una creencia en el poder milagroso de la comuna rural para suscitar el renacimiento social». El hecho era que la comuna rusa había existido durante centenares de años «sin aportar jamás los ímpetus para la evolución hacia una forma superior de propiedad comunitaria a partir de ella; no más, en este sentido, que el caso del sistema germano del *mark*, los clanes celtas, los habitantes de la India y otras comunidades con instituciones primitivas comunistoides».[1671] Engels se alegró mucho de enviar todo el material ruso de Karl a su amigo Lavrov y no hizo ningún intento de integrar las reflexiones finales de Marx a su edición de los tomos segundo y tercero de *El capital*, ni puso objeciones cuando, en la década de 1890, Plejánov, Struve y Lenin, su seguidor, definieron el marxismo ruso como una batalla entre el «materialismo histórico» y el «narodismo», una creencia romántica en la unicidad de Rusia y su comuna campesina: por tanto, una reiteración de las batallas anteriores entre occidentalistas y eslavófilos. Esto garantizó que las visiones de Karl fueran olvidadas en el único lugar donde la significación de la comuna rural era un tema político inmediato.

Engels siguió siendo hostil a la investidura romántica de la *obshchina* y negando que las antiguas creencias comunitarias tuvieran mucho peso en las instituciones colectivas modernas. En 1894 sacó una nueva edición de la crítica que había hecho veinte años antes al populista y bakuninista Petr Tkatchev. En apariencia, el ensayo fue escrito para «todos los rusos preocupados por el futuro económico de su país». Señalaba que en Rusia «los pocos miles de personas» conscientes de lo que era «la sociedad capitalista occidental con todos sus antagonismos y conflictos irreconciliables» no vivían en las comunas, mientras que «cincuenta millones o más que aún conviven con la propiedad comunitaria de la tierra [...] no tienen la menor idea de todo eso. [...] Son cuando menos tan ajenos a esos pocos miles y sienten tan escasa simpatía por ellos como la que sentían los proletarios ingleses entre el 1800 y 1840 hacia los planes que Robert Owen diseñó para salvarlos». Y, como él mismo hacía hincapié, la mayoría empleada en la fábrica del propio Owen en New Lanark también «consistía en gente criada en las instituciones y costumbres de una sociedad gentil comunistoide en decadencia, el clan celta-escocés. [...] Pero en ningún lado», enfatizaba, «ocurre que [Owen] brinde siquiera un indicio de que esa gente mostraba un aprecio mayor por sus ideas. [...] Es una imposibilidad histórica», concluía, «que un estadio inferior del desarrollo económico resuelva los enigmas y conflictos que no surgirán, ni podrían surgir, sino hasta haber alcanzado un estadio muy superior dentro de ese desarrollo».[[1672](#)]

Había además razones más profundas para que la postura de Karl, en esta discusión acerca de la comunidad rural, no sobreviviera hasta el siglo xx e incluso para que comenzara a resultar pasada de moda en la época de su muerte, ocurrida en 1883. Karl pertenecía a una generación de autores cuya obra de la transición desde la sociedad antigua a la moderna precedió al impacto de Darwin. Maine, Bachofen, Morgan, McLennan y el mismo Karl habían nacido todos entre 1818 y 1827. Todos eran abogados para quienes el estudio de la sociedad antigua o primitiva no era una rama de la historia natural, sino de los estudios legales, de los que en el siglo xix se consideraban a menudo parte la economía política. Las instituciones en las que se centraban —la propiedad privada, el Estado, el matrimonio y la

familia— eran a su vez, y ante todo, jurídicas. No eran escritores viajeros ni antropólogos sociales en el sentido ulterior del término, aunque Morgan hubiera contactado con los iroqueses y Maine formara parte de la Administración en la India. Sus fuentes eran principalmente clásicas o bíblicas, y se inspiraban fundamentalmente en el Pentateuco, el Derecho romano y la mitología griega: desde el despotismo patriarcal de Abraham, pasando por los Diez Mandamientos y las Doce Tablas de la Ley, a Prometeo y las hazañas de los dioses del Olimpo, el rapto de las sabinas y el paso bajo las Horcas Caudinas. Fundamental entre sus inquietudes era una ecuación entre historia, desarrollo y progreso, ya fuese el progreso «del estatus al contrato», de la propiedad privada al fin de la «prehistoria humana», o de la *societas* a la *civitas*. Todos creían, a su modo peculiar, que la historia era un medio por el cual era posible medir el progreso, un movimiento de avance desde estadios de desarrollo inferiores a otros superiores en las formas que adoptaban la propiedad, los modos de producción, los tipos de parentesco o el matrimonio, la costumbre y el Derecho. El llamado «método comparativo» era empleado de diferentes maneras para complementar el bosquejo de estas secuencias evolutivas.

El estadounidense Lewis Henry Morgan, a quien Karl ensalzaba en sus últimos escritos por profetizar «el resurgimiento, en una modalidad superior, de la libertad, igualdad y fraternidad de las antiguas *gentes*», era un buen ejemplo de esta combinación de formación jurídica e inspiración clásica.[\[1673\]](#) Se educó como abogado en Rochester, Nueva York, y se fascinó con las prácticas de los cercanos iroqueses, a quienes representó en varias disputas por sus territorios. Aunque no era cristiano practicante, compartía muchos de los valores de la liberal congregación calvinista de la localidad, guiada por su amigo cercano, el reverendo J. S. McIlvaine. Aunque McIlvaine y su congregación dieron la bienvenida a la evolución, que solo podían entender como el despliegue del plan divino, fueron incapaces de aceptar la idea de Darwin de la mutabilidad de las especies, para muchos la esencia «materialista» inaceptable del darwinismo.[\[1674\]](#)

Morgan compartía su postura y en su estudio titulado *El castor americano y sus obras* intentó demostrar la superioridad de la noción de Cuvier, alusiva a la creación por separado de especies fijas.[\[1675\]](#) Las

especies podían mutar en el sentido embrionario en el que los renacuajos mutaban hasta llegar a sapos o, a largo plazo, para alcanzar todo su potencial. Morgan dedicó a su vez mucho tiempo a clasificar los grupos de maridaje, parentesco e idioma, en apoyo a la idea de que, además de las lenguas indoeuropeas y semitas, existían los «turanianos», un grupo constituido por pueblos nómadas que iban de los finlandeses a los tamiles. [1676] Como otros autores de su generación, combinaba su conocimiento etnográfico especializado de las tribus de Norteamérica con un modelo histórico elaborado a partir de los estudios clásicos, en su caso, la *Historia de Grecia* de George Grote. [1677] Ya en el año 1851 Morgan creía que había fuertes similitudes entre las instituciones políticas de los iroqueses y las de las tribus de la antigua Grecia. Ciertamente, las prácticas democráticas de las *gentes* griegas y los iroqueses parecían no muy distintos de las vinculadas al *mark* indoeuropeo. Según Morgan, todo el proceso de evolución de «un salvaje a un bárbaro, y de un hombre civilizado a partir de este bárbaro», había sido «parte del plan de una Inteligencia Suprema». [1678]

Pese a lo muy antojadizo que pueda sonar, merece la pena señalar una afinidad entre la postura de Morgan y el enfoque de Karl. Es cierto que este último no hubiese aprobado ninguna concepción alusiva a «una Inteligencia Suprema» pero, al igual que Morgan, no se conformaba con la visión darwiniana de que el «progreso» era puramente «accidental». Y al igual que Morgan, tenía en alta consideración a Cuvier. Cuvier era «un gran geólogo y, para ser un naturalista, un crítico histórico-literario excepcional». Karl aplaudía la burla que Cuvier hacía de las nociones cultivadas por los «idólatras germanos de la naturaleza», que planteaban la mutabilidad de las especies, pero al final accedía a regañadientes a reconocer que los darwinistas estaban en lo cierto. [1679] Bien puede ser que sopesara, en su fuero interior, el estatus definitivo que habría de adquirir su teoría de la historia si la concepción darwinista resultaba acertada. Pero no caben dudas del entusiasmo que sentía por los hallazgos de Morgan en *La sociedad antigua*.

Para resaltar la brecha intelectual entre la generación de Karl y la que vino a hegemonizar el movimiento socialista *marxista* en las décadas de

1880 y 1890, basta con citar a Gueorgui Plejánov, uno de los miembros más conspicuos del Grupo de Emancipación del Trabajo, y aludir a su más conocido trabajo teórico, *En defensa del materialismo. El desarrollo de la visión monista de la historia*, publicado en 1895. Según este estudio, lejos de humanizar la naturaleza mediante su propia actividad, había que considerar la capacidad del hombre de «fabricar herramientas» como «una magnitud constante», «en tanto las condiciones externas que lo circundan debían considerarse una magnitud que variaba de forma constante».[1680] En otras palabras, la variable crucial no era la actividad humana sino el medio externo. Para resumir su teoría: «Darwin tuvo éxito en resolver el problema de cómo allí se originan las especies vegetales y animales en la lucha por la existencia. Marx tuvo éxito en resolver el problema de cómo allí surgen diversos tipos de organización social en la lucha de los hombres por su existencia. En términos lógicos, la investigación de Marx comienza precisamente en el punto donde concluye la de Darwin».[1681] Una generación criada en el contexto de la biología evolucionista no podía habitar los sueños de otra generación criada en el dominio de los textos clásicos, la mitología antigua y la filosofía idealista radical. La naturaleza no era ya el pasivo y repetitivo «cuerpo inorgánico del hombre». Se había transformado ahora en la amenaza activa y el agente disruptor, forzando al hombre, en cada nuevo giro, a adaptar las condiciones de su lucha por la existencia a las demandas siempre cambiantes del medio externo. En el nuevo léxico del socialismo del siglo xx los sueños de aquellos cuyo pensamiento se había constituido en el decenio previo a 1848 se habían transformado, en grado cada vez mayor, en algo incomprensible.

Para concluir, un episodio muy sugerente: en el *Archivo Marx-Engels* publicado en Frankfurt en 1928, David Riazánov (desaparecido más tarde en las purgas estalinistas), el académico pionero en la obra de Marx y primer editor del *Marx-Engels Gesamtausgabe*, informaba de que, al examinar en 1911 los documentos de Paul Lafargue, el yerno de Karl, se encontró con varios borradores repletos de inserciones y tachaduras de una carta escrita por Karl en francés el 8 de marzo de 1881.[1682] Era una respuesta a una carta con fecha 16 de febrero que le enviara Vera Zasúlich, miembro del Grupo para la Emancipación del Trabajo, la entidad de los

exiliados rusos en Ginebra.[\[1683\]](#) En línea con los borradores previos hallados en 1911, la carta que Karl envió finalmente a Zasúlich sobre el tema de la comuna era una respuesta positiva. ¿Qué impacto tuvo?

Riazánov escribió a todos los miembros sobrevivientes del grupo para preguntarles si habían recibido alguna respuesta de Karl. Plejánov, Zasúlich y probablemente Axelrod respondieron todos que no; aun así, como recordaba el propio Riazánov, él mismo pasó algún tiempo en Ginebra en 1883 y escuchó detalles acerca de ese intercambio y hasta rumores de una confrontación personal entre Plejánov, del que se decía que había negado la propiedad comunitaria, y Karl, del que se decía que la había defendido. [\[1684\]](#) En 1923 la carta perdida de Karl apareció entre los papeles de Axelrod pero, según Riazánov, los editores de entonces fueron incapaces de explicar «las verdaderas razones por las que esta carta de Marx, que trataba de un asunto tan provocativo y apasionante para los círculos revolucionarios, cayó en el olvido». Como el propio Riazánov hacía notar, «advertimos que Plejánov y hasta Zasúlich, la destinataria, se habían olvidado completamente de esta carta. Uno no puede sino admitir, dado el especial interés que esta carta habría suscitado, la cualidad sumamente extraña de ese olvido, que hubiera servido con seguridad a los profesionales de la psicología para ilustrar de manera llamativa los muy excepcionales déficits atribuibles a nuestra memoria». [\[1685\]](#)

No podemos saber por qué en 1923 los antiguos líderes del Grupo para la Emancipación del Trabajo *olvidaron* la carta enviada por Karl en 1881, en la cual les urgía a apoyar la comunidad rural en lugar de ceñirse a la estrategia supuestamente «ortodoxa» de forjar en el ámbito urbano un movimiento socialdemócrata de los trabajadores. Esto solo reafirma el punto de que el Marx forjado en el siglo xx guardaba solo una semejanza aleatoria con el Karl que vivió efectivamente en el siglo xix.

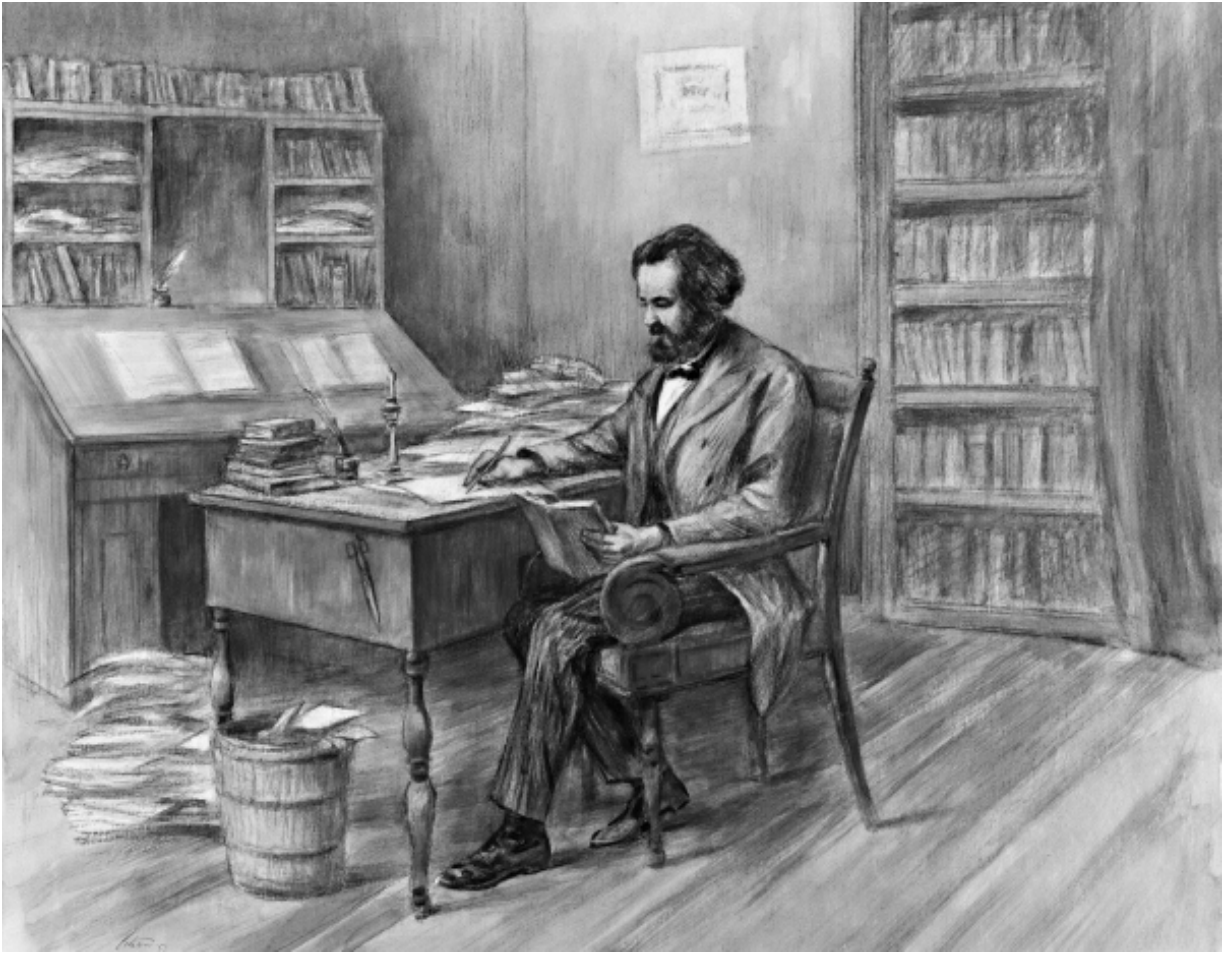
ILUSTRACIONES



1. Retrato del joven Karl en su época de estudiante.



2. Retrato de juventud de Jenny von Westphalen.



3. Karl, editor de la *Rheinische Zeitung*, 1842-1843.



4. Heinrich Heine con Jenny y Karl, c. 1844.



5. Eleanor «Tussy» Marx a los dieciocho años con un posado prerrafaelita, 1873.



6. Jenny y Laura Marx, c. 1865.



7. Karl y Jenny, c. 1850.



8. Helene Demuth, sirviente de la familia Marx y madre de Freddy.



9. Friedrich Engels, 1870.



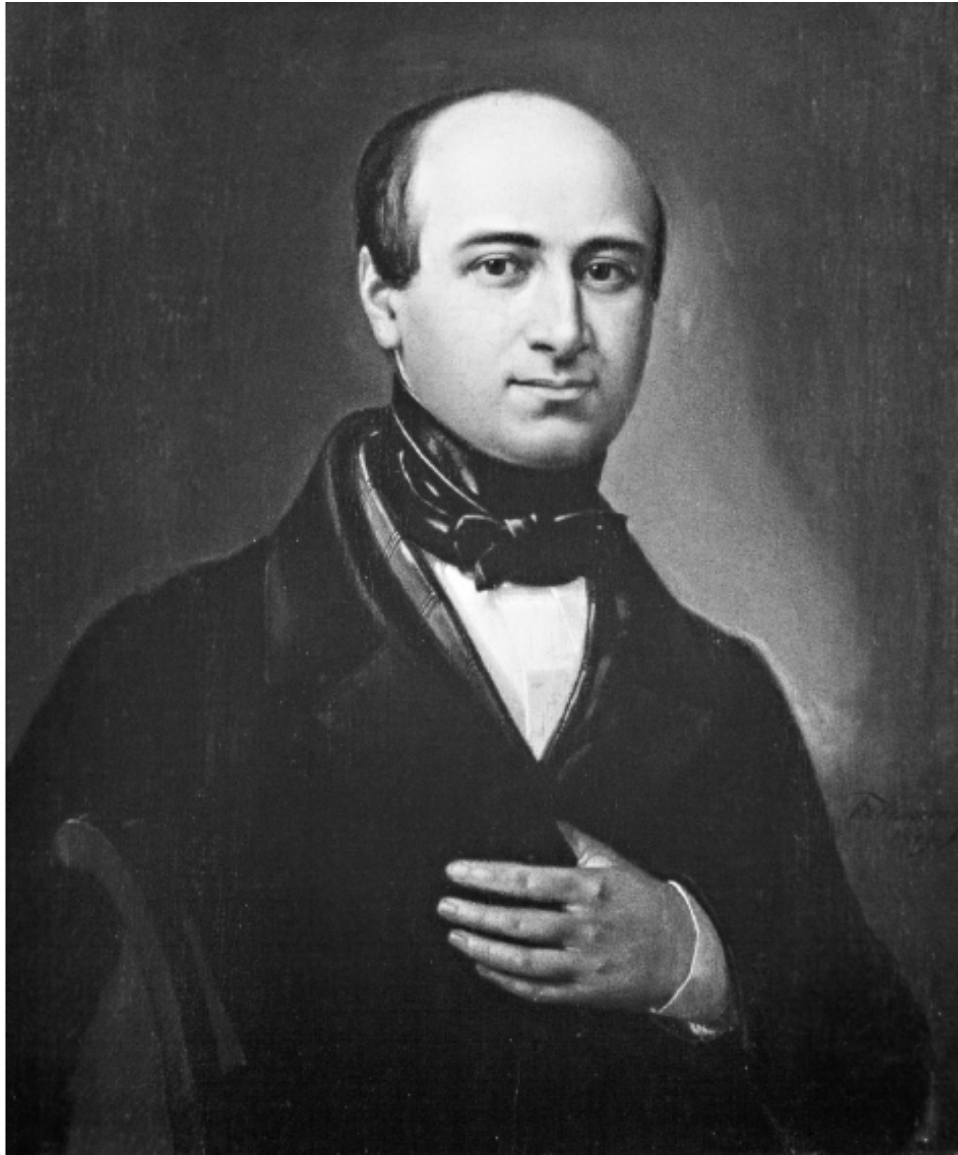
10. Moses Hess, 1847.



11. Mijaíl Bakunin.



12. Pierre-Joseph Proudhon.



13. Andreas Gottschalk, retrato de Wilhelm Kleinenbroich, 1849.



14. Ferdinand Lassalle, c. 1860.



15. Doctor Eduard Gumpert, el médico de Karl en Manchester.



16. Wilhelm Wolff, amigo y compañero de Karl y Engels.



17. *Vista de la ciudad de Tréveris.*

DEUTSCH-FRANZÖSISCHE

JAHRBÜCHER

herausgegeben

VON

Arnold Ruge und Karl Marx.

1ste und 2te Lieferung.

PARIS,

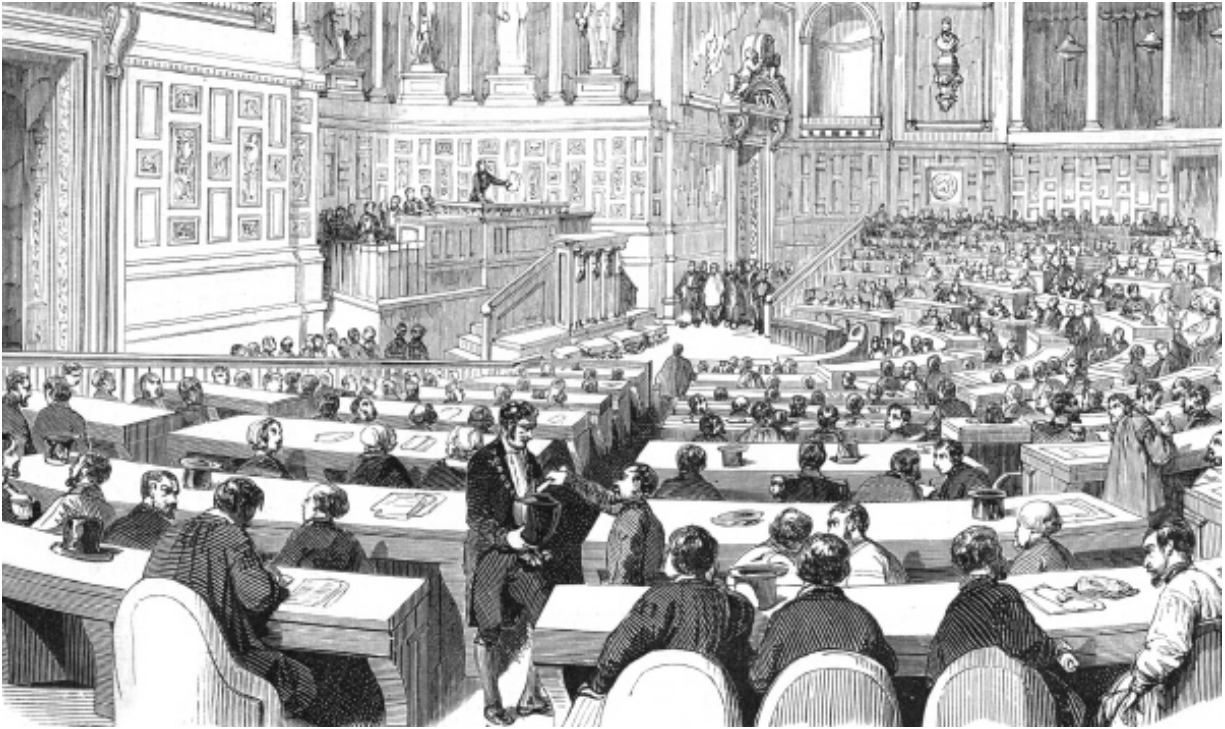
IM BUREAU DER JAHRBÜCHER. }
AU BUREAU DES ANNALES. } RUE VANNEAU, 22.

1844

18. Portada de la primera edición de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844.



19. Los cuerpos de los caídos en las refriegas callejeras en febrero de 1848 en procesión, bajo la luz de las antorchas, por las calles de París.



20. Sesión de la Comisión de Luxemburgo, durante la primavera de 1848, en el palacio de Luxemburgo, París.



21. Barricada en el ayuntamiento de Colonia, 19 de marzo de 1848.



22. Escena de la plaza del Palacio en Berlín en marzo de 1848, con los cadáveres de las disputas presentados a Federico Guillermo IV, rey de Prusia.



23. El mitin cartista en Kennington Common, 10 de abril de 1848.



25. La barricada en la rue Saint-Maur-Popincourt tras el ataque de las tropas del general Lamoricière, lunes 26 de junio de 1848.



26. Insurgentes bajo arresto, París, julio-agosto de 1848.



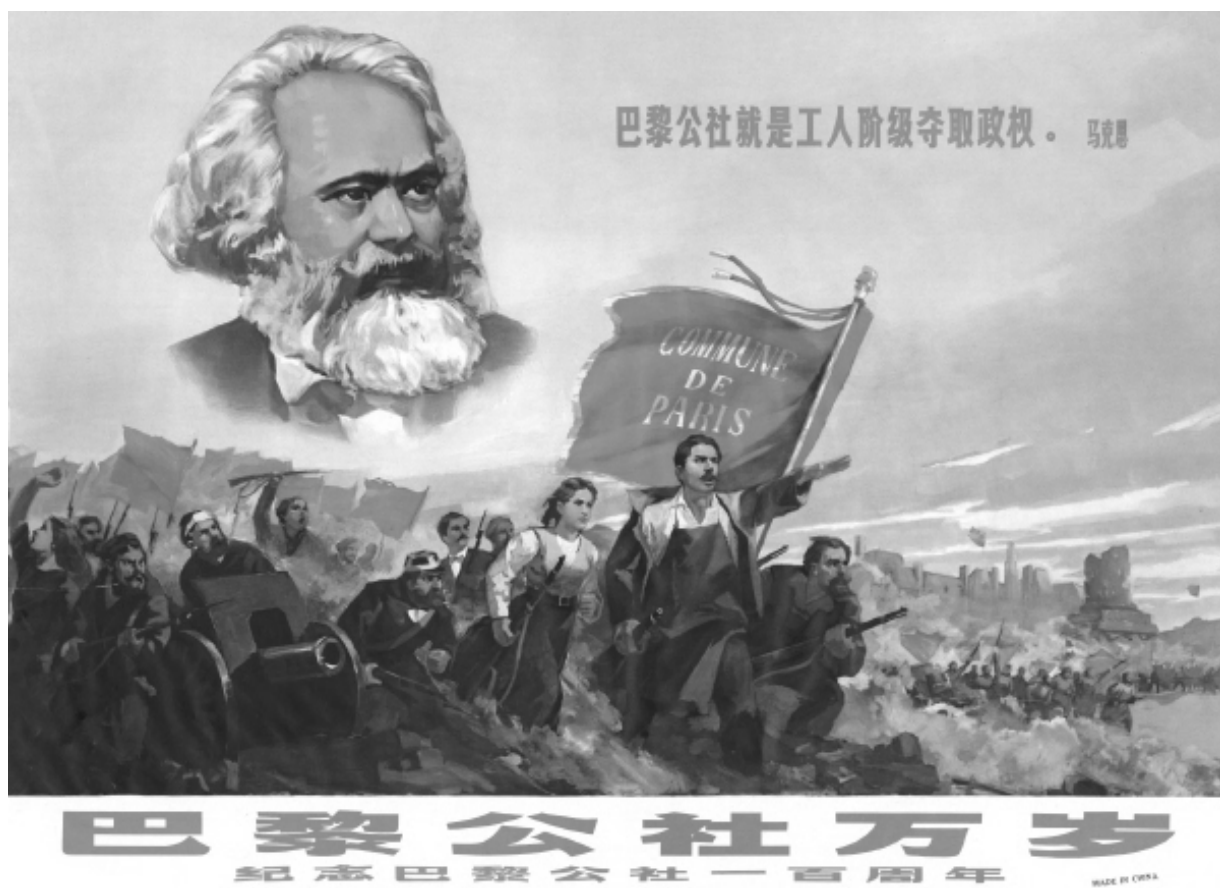
27. Ceremonia inaugural de la Exposición Internacional en South Kensington, Londres, 1862.



28. *Ramsgate Sands (Life at the Seaside)*, de William Powell Frith, 1851-1854.



29. *Guerra Civil, Barricada*, de Édouard Manet, 1871.



30. Cartel de la Revolución Cultural china de 1971, en conmemoración del centenario de la Comuna de París.

BIBLIOGRAFÍA

Las referencias del original en inglés a las obras de Marx y Engels corresponden a las siguientes ediciones:

Ediciones académicas

Karl Marx-Friedrich Engels Historisch-Kritische Gesamtausgabe (MEGA), Berlín, 1927-1935.

Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe, Berlín, 1977.

Ediciones de difusión masiva

Karl Marx and Friedrich Engels, *Werke (MEW)*, 43 vols., Berlín, 1956-1990.

Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works (MECW), 50 vols., Moscú, Londres y Nueva York, 1975-2005.

La historia de los archivos legados por Marx y Engels y su publicación durante el siglo xx dista bastante de ser una historia sencilla. Tras la muerte de Marx en 1883, sus documentos fueron heredados por Engels, quien los legó a su vez a las hijas de Marx, primero a Eleanor, hasta la muerte de esta en 1898, y luego a Laura Lafargue, hasta su muerte en 1910. En 1895 Engels legó sus propios documentos al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), con August Bebel y Eduard Bernstein actuando como albaceas. Después de 1910 el grueso de los papeles de Marx fueron añadidos a los de Engels y depositados en los archivos del Partido Socialdemócrata en Berlín.

La idea de publicar las obras de Marx (y posiblemente las de Engels) fue debatida en una reunión de austro-marxistas celebrada en 1910, de la cual no resultó nada concreto. Tras la Revolución rusa, la labor fue asumida en Moscú, en la década de 1920, por David Riazánov, quien fue autorizado a hacer copias de los documentos conservados en Berlín. Él planificó la publicación original del *Historisch-Kritische Gesamtausgabe (MEGA)*, una

edición en cuarenta y dos volúmenes que sería publicada en Frankfurt y Berlín. Entre 1927 y 1941 se publicaron doce de esos volúmenes, pero la colaboración entre el SPD y Moscú había cesado ya en 1928, después de que el comunismo soviético entrara en una fase de ultraizquierda. El ascenso de Hitler al poder y la escalada del terror estalinista en la década de 1930 condujeron a la ejecución de Riazánov y la clausura del proyecto. Los papeles de Marx y Engels fueron llevados a Holanda y, durante la Segunda Guerra Mundial, a Inglaterra. Habían sido vendidos a una compañía aseguradora holandesa que los donó al Instituto Internacional de Historia Social (IIHS), con sede en Amsterdam.

Tras la muerte de Stalin en 1956, los Institutos de Marxismo-Leninismo respectivos en Moscú y Berlín manifestaron renovado interés en proseguir con el proyecto *MEGA*. Se volvió necesaria, entonces, la cooperación con el Instituto de Amsterdam, pues dos tercios del material de archivo eran conservados en la capital holandesa y el resto en Moscú. Aun así, el asunto se volvió imposible en la práctica, visto que el Partido Comunista insistía en tener el control político del proyecto. También surgió una modalidad algo más modesta y extraoficial de cooperación que, entre 1972 y 1991, dio pie a treinta y seis volúmenes.

Pese a estos desalentadores comienzos, buena parte de la labor académica que acompañó a la edición de estos volúmenes fue de alta calidad y adquirió un valor canónico. Solo que la publicación de cada tomo permaneció en un marco de referencia marxista-leninista. Esto sugiere cautela a la hora de considerar la totalidad de la serie *MEGA* anterior a la década de 1990. No solo hubo en ella omisiones por razones políticas, sino que, en algunas instancias relevantes —por ejemplo, en el caso de los *Manuscritos de 1844* o de *La ideología alemana*—, los volúmenes publicados sufrieron distorsiones a la hora de organizar y definir la intención y el estatus de los textos respectivos.

La *Marx-Engels-Werke (MEW)* se publicó en Berlín, en cuarenta y tres volúmenes, entre 1956 y 1990, y estaba pensada para una audiencia más amplia. Igualmente, la edición inglesa designada como *Karl Marx and Friedrich Engels Collected Works (MECW)*, publicada en Moscú, Londres y Nueva York entre 1975 y 2005, en cincuenta volúmenes, apuntaba a un

público lego, pero dado que tales ediciones fueron también publicadas bajo el control editorial del Partido Comunista, su confiabilidad es tan limitada como la del proyecto *MEGA*.

Tras la caída del Muro de Berlín y el cierre en 1990 de los Institutos de Marxismo-Leninismo en Berlín y Moscú, la labor de continuar la publicación de las obras le fue confiada al recién creado Internationale Marx-Engels-Stiftung de Amsterdam. Durante algún tiempo el futuro del proyecto estuvo en peligro a causa de la falta de financiación, pero de 1993 en adelante le fue confiado a varios grupos apoyados por el Instituto de Amsterdam, a la Karl-Marx-Haus de Tréveris y al Consejo Europeo de Investigación, la producción de algunos volúmenes específicos. En la propia Alemania, gracias a una decisión tomada por el canciller alemán Helmut Kohl, se otorgó financiación a la producción del proyecto *MEGA* bajo los auspicios de la Berlín-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften.

La conclusión del proyecto está planificada para el año 2025, un siglo después de que fuera concebido. De los ciento quince volúmenes planificados, sesenta y dos ya han sido producidos.

OTROS DOCUMENTOS BÁSICOS

KARL MARX, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Hildesheim, Gerstenberg, 1980. [Meissner, Hamburgo, 1867 (Urausgabe, primera edición).]

KARL MARX, *Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy (Rough Draft)*, Martin Nicolaus, trad., Londres, Allen Lane and New Left Review, 1973.

H. GERTH, ed., *The First International. Minutes of the Hague Congress of 1872*, Madison, University of Wisconsin Press, 1958.

Deutsch-Französische Jahrbücher, Arnold Ruge y Karl Marx, eds., Leipzig, Verlag Philipp Reclam jun., 1973 [1844].

Vorwärts! Parise Signale aus Kunst, Wissenschaft, Theater, Musik und geselligen Leben, publicado por Heinrich Börnstein con la colaboración de L. F. C. Bernays, A. Ruge, H. Heine, K. Marx y F. Engels, 1844-1845 (Zentralantiquariat der Deutschen Demokratischen Republik, reed., Leipzig, 1975).

Neue Rheinische Zeitung, Organ der Demokratie, 2 vols., 1848-1849 (director editorial Karl Marx; Heinrich Bürgers, Ernst Dronke, Friedrich Engels, Ferdinand Freiligrath, Georg Weerth, Ferdinand Wolff, Wilhelm Wolff, eds.), Glashütten im Taunus, Verlag Detlev Auvermann KG, 1973).

FUENTES PRIMARIAS

- ANNENKOV, PAVEL V., *The Extraordinary Decade. Literary Memoirs*, Arthur P. Mendel, ed., Ann Arbor, University of Michigan Press, 1968 [1881].
- BABBAGE, CHARLES, *On the Economy of Machinery and Manufactures*, Londres, Charles Knight, 1832.
- BACHOFEN, JOHANN JAKOB, *Das Mutterrecht*, Stuttgart, Kraus y Hoffman, 1861.
- BAKUNIN, MIJAÍL, *Statism and Anarchy*, Marshall S. Shatz, trad. y ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1990 [1873].
- BAUER, BRUNO, *Briefwechsel zwischen Bruno Bauer und Edgar Bauer während der Jahre 1839-1842 aus Bonn und Berlin*, Charlottenburg, Egbert Bauer, 1844.
- , *The Trumpet of the Last Judgement against Hegel the Atheist and Anti-Christ. An Ultimatum*, Lawrence Stepelevich, Lewiston, trad., Nueva York, Edwin Mellen Press, 1989 [1841].
- BAUER, EDGAR, *Bruno Bauer und seine Gegner*, Berlín, Jonas, 1842.
- BEBEL, AUGUST, *My Life*, Londres, T. F. Unwin, 1912.
- BEBEL, AUGUST, y EDUARD BERNSTEIN, eds., *Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx*, 4 vols., Stuttgart, Dietz, 1913.
- BERNIER, FRANÇOIS, *Voyages contenant la description des États du Grand Mogol*, París, Imprimé aux frais du gouvernement, 1830.
- BLANC, LOUIS, *The History of Ten Years 1830-1840*, 2 vols., Londres, Chapman and Hall, 1844-1845.
- , *Révolution Française. Histoire de dix ans, 1830-1840*, 5 vols., París, Pagnerre, 1841-1844.
- BLUMENBERG, WERNER, ed., *August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, La Haya, Mouton, 1965.
- BLUNTSCHLI, JOHANN CASPAR, ed., *Die Kommunisten in der Schweiz nach den bei Weitling vorgefundenen Papieren*, Zurich, Druck von Orell, 1843 (Glashütten im Taunus, Auvermann, reed. 1972).
- BÖHM-BAWERK, EUGEN VON, *Karl Marx and the Close of His System. A Criticism*, Alice M. Macdonald, trad., con pról. de James Bonar, Londres, T. Fisher Unwin, 1898.
- , *Zum Abschluss des Marx'schen Systems*, Berlín, Haering, 1896.
- BORN, STEFAN, *Erinnerungen eines Achtundvierzigers*, Leipzig, G. H. Meyer, 1898.
- BÖRNE, LUDWIG, *Lettres écrites de Paris pendant les années 1830 et 1831*, F. Guiran, trad., París, Paulin, 1832.
- BÖRNSTEIN, HEINRICH, *Fünfundsiebzig Jahre in der alten und neuen Welt. Memoiren eines Unbedeutenden*, 2 vols., Leipzig, Otto Wigand, 1884.
- BUCHEZ, PHILIPPE JOSEPH B. y PIERRE CÉLESTIN M. ROUX-LAVERGNE, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, 40 vols., París, Paulin, 1833-1838.
- BURET, EUGÈNE, *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*, París, Paulin, 1840.
- CAREY, HENRY CHARLES, *The Slave Trade, Domestic and Foreign. Why It Exists, and How It May be Extinguished*, Londres, Sampson Low, Son and Co., 1853.
- CARLYLE, THOMAS, *Chartism*, Londres, James Fraser, 1839.
- , *The French Revolution. A History*, Londres, James Fraser, 1837.
- , *Le Problème des origines de la propriété foncière*, Bruselas, Alfred Vromant, 1889.
- DARIMON, ALFRED, *De la réforme des banques*, París, Guillaumin, 1856.

- DARWIN, CHARLES, *The Descent of Man*, Londres, 2 vols., J. Murray, 1871.
- DE STAËL, MADAME, *De l'Allemagne*, París, Firmin Didot Frères, 1860.
- DRONKE, ERNST, *Berlin*, Darmstadt, Neuwied Luchterhand, 1974 [Frankfurt, J. Rütten, 1846].
- Correspondence of Frederick Engels and Paul and Laura Lafargue*, 3 vols., Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1959-1960.
- Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Viena, Danubia-Verlag, 1955.
- FEUERBACH, LUDWIG, *The Essence of Christianity [Das Wesen des Christentums]*, Marian Evans, trad., Londres, J. Chapman, 1854.
- , *Sämmtliche Werke*, Leipzig, Otto Wigand, 1846.
- FLAUBERT, GUSTAVE, *A Sentimental Education*, Douglas Parmée, trad. y ed., Oxford, Oxford University Press, 1989.
- FREEMAN, EDWARD A., *Chief Periods of European History. Six Lectures Read in the University of Oxford in Trinity Term*, 1885, Londres, Macmillan, 1886.
- FUSTEL DE COULANGES, NUMA DENYS, *The Origin of Property in Land*, Margaret Ashley, trad., con un capítulo introductorio de W. J. Ashley acerca del señorío inglés, Londres, Swan Sonnenschein, 1891.
- GARIBALDI, GIUSEPPE, *Autobiography of Giuseppe Garibaldi*, Alice Werner, trad., Londres, W. Smith and Innes, 1889.
- GREEN, JOHN RICHARD, *A Short History of the English People with Maps and Tables*, Londres, Macmillan, 1874.
- GREVILLE, CHARLES, *The Greville Memoirs. Second Part. A Journal of the Reign of Queen Victoria from 1837 to 1852*, vol. 3, Londres, Longmans, 1885.
- GROTE, GEORGE, *History of Greece*, 3.a ed., Londres, John Murray, 1851.
- GRÜN, KARL, *Ausgewählte Schriften in Zwei Bänden*, Manuela Köppe, ed., Berlín, Akademie Verlag, 2005.
- GUILLAUME, JAMES, *L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878)*, vols. 1 y 2, París, Société nouvelle de librairie et d'édition, 1905.
- GUIZOT, FRANÇOIS, *Essais sur l'histoire de France, pour servir de complément aux Observations sur l'histoire de France de l'Abbé Mably*, París, J. L. J. Brière, 1823.
- HAXTHAUSEN, AUGUST VON, *Studies on the Interior of Russia*, S. Frederick Starr, comp., Chicago, University of Chicago Press, 1972.
- , *Über die Agrarverfassung in den Fürstenthümern Paderborn und Corvey und deren Conflict in der gegenwärtigen Zeit nebst Vorschlägen, die den Grund und Boden belastenden Rechte und Verbindlichkeiten daselbst aufzulösen*, Berlín, Reimer, 1829.
- , *Über den Ursprung und die Grundlagen der Verfassung in den ehemals slavischen Ländern Deutschlands im Allgemeinen und des Herzogthums Pommern im Besondern*, Berlín, Krause, 1842.
- HEGEL, G. W. F., *Elements of the Philosophy of Right*, A. W. Wood, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1991 [1821].
- , *The Encyclopaedia. Logic*, T. F. Garaets, W. F. Suchting y H. S. Harris, trads., Indianápolis, Hackett, 1991.
- , *Lectures on the History of Philosophy*, 3 vols., E. S. Haldane y Frances H. Simson, trads., Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- , *Lectures on Natural Right and Political Science. The First Philosophy of Right*, J. Michael Stewart y Peter C. Hodgson, comps., Berkeley, University of California Press, 1996.
- , *Phenomenology of Spirit*, A. V. Miller, trad., Oxford, Clarendon Press, 1979.
- , *The Science of Logic*, George di Giovanni, trad. y ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

- HEINE, HEINRICH, *Ludwig Börne. Recollections of a Revolutionist*, Thomas S. Egan, trad., Londres, Newman, 1881.
- , *On the History of Religion and Philosophy in Germany and Other Writings*, T. Pinkard, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- HERWEGH, MARCEL, ed., *Briefe von und an Georg Herwegh*, 2.a ed., Munich, A. Langen, 1898.
- HERZEN, ALEXANDER, *My Past and Thoughts. Memoirs of Alexander Herzen*, vol. II, Nueva York, A. A. Knopf, 1968.
- , *My Past and Thoughts. Memoirs of Alexander Herzen*, vol. III, Londres, Chatto and Windus, 1968.
- HESS, MOSES, *Briefwechsel*, Edmund Silberner, ed., La Haya, Mouton, 1959.
- , *The Holy History of Mankind and Other Writings*, Shlomo Avineri, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- HUNDT, MARTIN, comp., *Der Bund der Kommunisten 1836-1852*, Berlín, Akademie-Verlag Dietz, 1988.
- HYNDMAN, HENRY MYERS, *The Record of an Adventurous Life*, Londres, Macmillan, 1911.
- KANT, IMMANUEL, *Kant's Political Writings*, Hans Reiss, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1970.
- , *On History*, Lewis White Beck, ed., Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1980.
- , *Religion within the Boundaries of Mere Reason and Other Writings*, Allen G. Wood y George di Giovanni, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1998 [1793].
- KAUTSKY, KARL, *Ethics and the Materialist Conception of History*, Chicago, C. H. Kerr and Company, 1914 [1906].
- KAUTSKY JR., K., ed., *August Bebel's Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Assen, Van Gorcum & Co., 1971.
- KEMBLE, JOHN MITCHELL, *Saxons in England. A History of the English Commonwealth till the Period of the Norman Conquest*, Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, 1849.
- KÖPPEN, KARL FRIEDRICH, *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, Heinz H. Pepperle, comp., vol. 1, Berlín, Akademie Verlag, 2003.
- LAMPRECHT, KARL, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter*, 4 vols., Leipzig, A. Dürr, 1885-1886.
- LASSALLE, FERDINAND, *Nachgelassene Briefe und Schriften*, 3 vols., Gustav Meyer, ed., Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1921-1925.
- , *Die Philosophie Herakleitos des Dunkeln von Ephesos*, Berlín, F. Duncker, 1858.
- , *Reden und Schriften. Aus der Arbeiteragitation 1862-1864*, Friedrich Jenaczek, ed., Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1970.
- , *Die Theorie der erworbenen Rechte und der Collision der Gesetz. Unter besonderer Berücksichtigung des römischen, französischen und preussischen Rechts*, Leipzig, Brochhaus, 1861.
- LIEBKNECHT, WILHELM, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, Londres, Journeyman Press, 1975 [1901].
- , *Wilhelm Liebknecht. Briefwechsel mit Karl Marx und Friedrich Engels*, Georg Eckert, ed., La Haya, Mouton, 1963.
- MAINE, HENRY SUMNER, *Ancient Law. Its Connection with the Early History of Society and Its Relation to Modern Ideas*, Londres, J. Murray, 1895 [1861].
- , *Lectures on the Early History of Institutions*, Londres, J. Murray, 1875.
- , *Village-Communities in the East and West. Six Lectures Delivered at Oxford*, Londres, J. Murray, 1871.
- Marksizma-Leninzma Institut, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1957.

- MARX, ELEANOR, *History of the Commune of 1871 from the French of Lissagaray*, Nueva York, International Publishing Company, 1898.
- MARX, KARL, *Love Poems of Karl Marx*, Reinhard Lettau y Lawrence Ferlinghetti, eds., San Francisco, City Light Books, 1977.
- , *Value, Price and Profit*, E. Aveling, ed., Londres, Sonnenschein, 1898.
- MARX-ENGELS-LENIN INSTITUTE, *Karl Marx. Chronik seines Lebens in Einzeldaten. Zusammengestellt vom Marx-Engels-Lenin-Institut Moskau*, Moscú/Glashütten, Auvermann, 1971 [1931].
- MAURER, GEORG LUDWIG VON, *Einleitung zur Geschichte der Mark-, Hof-, Dorfund Stadtverfassung und der öffentlichen Gewalt*, Viena, Brand, 1896.
- MAYER, GUSTAV, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, 2 vols., Berlín, Dietz, 1970 [1919, 1932], reed.
- , *Radikalismus, Sozialismus und bürgerliche Demokratie*, Frankfurt, Suhrkamp, 1969.
- MAZZINI, GIUSEPPE, *A Cosmopolitanism of Nations. Giuseppe Mazzini's Writings on Democracy, Nation Building, and International Relations*, Stefano Recchia y Nadia Urbinati, eds., Princeton, Princeton University Press, 2009.
- MCLENNAN, JOHN FERGUSON, *Primitive Marriage. An Enquiry into the Origin of the Form of Capture in Marriage Ceremonies*, Edimburgo, Black, 1865.
- MEIER, OLGA, ed., *The Daughters of Karl Marx. Family Correspondence 1866-1898*, Londres, Deutsch, 1982.
- MENGER, ANTON, *The Right to the Whole Produce of Labour. The Origin and Development of the Theory of Labour's Claim to the Whole Product of Industry*, M. E. Tanner, trad., Londres, Macmillan, 1889 [1886].
- MERCIER, LOUIS SÉBASTIEN, *Néologie ou Vocabulaire de mots nouveaux*, París, Moussard, 1803.
- MEYEN, EDUARD, *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst*, Leipzig, Verlag von Otto Wigand, n.º 193, 12 de agosto de 1840.
- MONEYPENNY, WILLIAM FLAVELLE, y GEORGE EARLE BUCKLE, *The Life of Benjamin Disraeli*, Earl of Beaconsfield, 2 vols., Londres, John Murray, 1929.
- MÖNKE, WOLFGANG, ed., *Moses Hess. Philosophische und Sozialistische Schriften 1837-1850*, Vaduz, Topos Verlag, 1980.
- MONZ, HEINZ, *Karl Marx. Grundlagen der Entwicklung zu Leben und Werk*, Tréveris, Verlag Neu, 1973.
- , *Karl Marx und Trier. Verhältnisse, Beziehungen, Einflüsse*, Tréveris, Verlag Neu, 1964.
- , *Zur Persönlichkeit von Marx' Schwiegervater Johann Ludwig von Westphalen*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1973, n.º 9.
- MORGAN, LEWIS. H., *The American Beaver and His Works*, Filadelfia, J. B. Lippincott y Co., 1868.
- , *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*, comp. Eleanor Burke Leacock, Cleveland, World Pub. Co., 1963 [1877].
- MÖSER, JUSTUS, *Osnabrückische Geschichte*, 2.a ed., Berlín, 1780.
- NASSE, ERWIN, *On the Agricultural Community of the Middle Ages, and Inclosures of the Sixteenth Century in England*, Coronel H. A. Ouvry, trad., Londres, Macmillan, 1871.
- PLEJÁNOV, G. (N. Beltov), *The Development of the Monist View of History*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1956 [1895].
- RIAZÁNOV, DAVID, *Karl Marx and Friedrich Engels. An Introduction to Their Lives and Work*, Londres, Monthly Review Press, 1973 [1927].

- , ed., *Marx-Engels-Archiv. Zeitschrift des Marx-Engels-Instituts in Moskau*, Frankfurt, Marx-Engels-Archiv Verlags-Gesellschaft, 1928.
- RICARDO, DAVID, *Des Principes de l'Économie Politique et de l'Impôt*, Paris, J. P. Aillaud, 1835.
- , *The Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, John Murray, 1817.
- ROUSSEAU, J. J., *The Social Contract and Other Later Political Writings*, Victor Gourevitch, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- RUGE, ARNOLD, *Arnold Ruges Briefwechsel und Tagebuchblätter aus den Jahren 1825-1880*, Paul Nerrlich, ed., Berlín, Weidmann, 1886.
- , *Zwei Jahre in Paris. Studien und Erinnerungen*, 2 vols., Leipzig, W. Jurany, 1846.
- RUMOHR, CARL FRIEDRICH VON, *Italienische Forschungen*, Berlín y Stettin, Nicolai'sche Buchhandlung, 1827.
- SASS, FRIEDRICH, *Berlin in seiner neuesten Zeit und Entwicklung*, Leipzig, Koffka, 1846.
- SAVIGNY, FRIEDRICH KARL VON, *The History of the Roman Law in the Middle Ages*, E. Cathcart, trad., Edimburgo, A. Black, 1829.
- , *Of the Vocation of Our Age for Legislation and Jurisprudence*, Abraham Hayward, trad., Londres, Littlewood and Co., 1828.
- , *Von Savigny's Treatise on Possession or the Jus Possessionis of the Civil Law*, Erskine Perry, trad., Londres, Sweet, 1848.
- SCHLEGEL, FRIEDRICH VON, *Kritische-Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, vol. V I, Munich, F. Schöningh, 1961.
- SEEBOHM, FREDERIC, *The English Village Community. Examined in Its Relation to the Manorial and Tribal Systems and the Common or Open Field System of Husbandry. An Essay in Economic History*, Londres, Longman, Green and co., 1883.
- SEILER, SEBASTIAN, *Das Komplott vom 13. Juni 1849, oder der letzte Sieg der Bourgeoisie in Frankreich*, Hamburgo, Joffman und Campe, 1850.
- SISMONDI, J. C. L. SIMONDE DE, *Nouveaux principes d'économie politique, ou, De la richesse dans ses rapports avec la population*, 2 vols., París, Chez Delaunay, 1819.
- SMITH, ADAM, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Edwin Cannan, ed., Chicago, University of Chicago Press, 1976 [1776].
- STEIN, LORENZ VON, *Der Socialismus und Communismus des heutigen Frankreichs. Ein Beitrag zur Zeitgeschichte*, 2.^a ed., Leipzig, Otto Wigand, 1848.
- STEKLOFF, G. M., *History of the First International*, Londres, M. Lawrence, 1928.
- STERN, DANIEL, *Histoire de la Révolution de 1848*, París, André Balland, 1985 [1850-1852].
- STIRNER, MAX, *The Ego and Its Own*, David Leopold, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1995 [1845].
- STUBBS, WILLIAM, *Constitutional History of England, in Its Origins and Development*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1875.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE, *Recollections*, J. P. Mayer y A. P. Kerr, eds., G. Lawrence, trad., Londres, Macdonald, 1970.
- TOUSSENEL, ALPHONSE, *Les Juifs, rois de l'époque. Histoire de la féodalité financière*, París, G. de Gonet, 1845.
- TOYNBEE, ARNOLD, *Lectures on the Industrial Revolution in England*, Londres, Rivingtons, 1884.
- URE, ANDREW, *The Philosophy of Manufactures or an Exposition of the Scientific, Moral and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*, Londres, Charles Knight, 1835.
- VINOGRADOFF, PAUL, *Villainage in England. Essays in English Medieval History*, Oxford, Clarendon Press, 1968 [1892].

VIZETELLY, HENRY, *Berlin under the New Empire. Its Institutions, Inhabitants, Industry, Monuments, Museums, Social Life, Manners, and Amusements*, Londres, Tinsley, 1879.
 WEBB, SIDNEY AND BEATRICE, *A History of Trade Unionism*, Londres, Longmans, 1902.
 WRIGHT, THOMAS, *Our New Masters*, Londres, Strahan and Co., 1873.

FUENTES SECUNDARIAS

AGULHON, MAURICE, *1848, ou L'Apprentissage de la République 1848-1852*, París, Éditions du Seuil, 1973.
 ALEXANDRIAN, SARANE, *Le Socialisme Romantique*, París, Éditions du Seuil, 1979.
 ANCHEL, ROBERT, *Napoléon et les Juifs*, París, Presses Universitaires de France, 1928.
 ANDERSON, KEVIN B., *Marx at the Margins. On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 2010.
 ARCHER, JULIAN P. W., *The First International in France 1864-1872. Its Origins, Theories and Impact*, Lanham, University Press of America, 1997.
 ASHTON, ROSEMARY, *Little Germany. Exile and Asylum in Victorian England*, Oxford, Oxford University Press, 1986.
 AVINERI, SHLOMO, *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.
 BAKER, KEITH, «Fixing the French Constitution», en *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
 BARCLAY, DAVID E., *Frederick William IV and the Prussian Monarchy 1840-1861*, Oxford, Clarendon Press, 1995.
 BARCLAY, DAVID E., y ERIC D. WEITZ, eds., *Between Reform and Revolution. German Socialism and Communism from 1840 to 1990*, Nueva York, Berghahn, 1998.
 BAYLY, C. A., y E. S. BIAGINI, eds., *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism 1830-1920*, Londres, Proceedings of the British Academy, n.º 152, 2008.
 BEISER, FREDERICK C., *The Fate of Reason. German Philosophy from Kant to Fichte*, Cambridge, Harvard University Press, 1987.
 BEISER, FREDERICK C., *The Romantic Imperative. The Concept of Early German Romanticism*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.
 BEECHER, JONATHAN, *Victor Considérant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism*, Berkeley, University of California Press, 2001.
 BELL, DUNCAN, ed., *Victorian Visions of Global Order. Empire and International Relations in Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
 BERENSON, EDWARD, *Populist Religion and Left-Wing Politics in France, 1830-1852*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
 BERLIN, ISIAH, *Karl Marx. His Life and Environment*, 4.a ed., Oxford, Oxford University Press, 1978 [1939].
 BERNSTEIN, ÉDOUARD, *Ferdinand Lassalle. Le Réformateur social*, París, Rivière, 1913.
 BLUMENBERG, WERNER, *Portrait of Marx. An Illustrated Biography*, Douglas Scott, trad., Nueva York, Herder and Herder, 1972.
 BLUMENKRANZ, B., ed., *Histoire des Juifs en France*, Toulouse, E. Privat, 1972.

- BRECKMAN, WARREN, *Marx, the Young Hegelians, and the Origins of Radical Social Theory. Dethroning the Self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- BRUNNER, OTTO, WERNER CONZE, y REINHART KOSELLECK, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur Politisch-Sozialen Sprache in Deutschland* (vol. 1), 8 vols., Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997.
- BURROW, J. W., *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- BUSH, M. L., ed., *Social Orders and Social Classes in Europe since 1500. Studies in Social Stratification*, Londres, Longman, 1992.
- CAMPBELL, DUNCAN A., *English Public Opinion and the American Civil War*, Londres, Royal Historical Society/Boydell Press, 2003.
- CARR, EDWARD HALLET, *Michael Bakunin*, Londres, Macmillan Press, 1975 [1937].
- , *The Romantic Exiles. A Nineteenth-Century Portrait Gallery*, Londres, V. Gollancz, 1933.
- CARVER, TERRELL, y DANIEL BLANK, *Marx and Engels's «German Ideology» Manuscripts. Presentation and Analysis of the «Feuerbach Chapter»*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.
- Catholic World*, The, 6/34 (1868).
- CLAEYS, GREGORY, *Imperial Sceptics. British Critics of Empire, 1850-1920*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- CLARK, CHRISTOPHER, *Iron Kingdom. The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006.
- COHEN, G. A., *History, Labour and Freedom. Themes from Marx*, Oxford, Oxford University Press, 1988.
- COLLINS, HENRY, y CHIMEN ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement. Years of the First International*, Londres, Macmillan, 1965.
- CONZE, WERNER, ed., *Staat und Gesellschaft im deutschen Vormärz 1815-1848*, Stuttgart, E. Klett, 1962 (vol. 1).
- COOK, SIMON J., *The Intellectual Foundations of Alfred Marshall's Economic Science. A Rounded Globe of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- CORNU, AUGUSTE, *Karl Marx et Friedrich Engels. Leur vie et leur oeuvre*, vol. 1, París, Presses Universitaires de France, 1955.
- COTTIER, GEORGES, *L'Athéisme du jeune Marx. Ses origines hégéliennes*, París, Vrin, 1969.
- DAUMARD, ADELIN, *Les Bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815*, París, Flammarion, 1987.
- DAVIS, JOHN A., y PAUL GINSBORG, eds., *Society and Politics in the Age of the Risorgimento. Essays in Honour of Denis Mack Smith*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- DEMETZ, PETER, *Marx, Engels and the Poets. Origins of Marxist Literary Criticism*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- DERFLER, LESLIE, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism 1842-1882*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.
- DOPSCH, ALFONS, *The Economic and Social Foundations of European Civilisation*, Londres, Kegan Paul, 1937 [1923-1924].
- DOWE, DIETER, *Aktion und Organisation. Arbeiterbewegung, Sozialistische und Kommunistische Bewegung in der Preussischen Rheinprovinz 1820-1852*, Hannover, Verlag für Literatur und Zeitgeschehen, 1970.
- DOWE, DIETER, HEINZ-GERHARD HAUPT, DIETER LANGEWIESCHE, y JONATHAN SPERBER, eds., *Europe in 1848. Revolution and Reform*, Nueva York/Oxford, Berghahn, 2001.
- DRAPER, HAL, *«The Dictatorship of the Proletariat» from Marx to Lenin*, Nueva York, Monthly Review Press, 1987.

- DROZ, JACQUES, *L'Allemagne et la Révolution française*, París, Presses Universitaires de Paris, 1949.
- DUVEAU, GEORGES, 1848. *The Making of a Revolution*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1967.
- ELSTER, JOHN, *Making Sense of Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- EVANS, DAVID OWEN, *Le Socialisme Romantique. Pierre Leroux et ses contemporains*, París, M. Rivière, 1948.
- FINN, MARGOT C., *After Chartism. Class and Nation in English Radical Politics, 1848-1874*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- FLOUD, RODERICK, y PAUL JOHNSON, eds., *The Cambridge Economic History of Modern Britain*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- FOSTER, ROBERT FITZROY, *Modern Ireland 1600-1972*, Londres, Allen Lane, 1988.
- FRIED, ALBERT, y RONALD SANDERS, eds., *Socialist Thought. A Documentary History*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1964.
- FURET, FRANÇOIS, *Marx et La Révolution française*, París, Flammarion, 1986.
- GABRIEL, MARY, *Love and Capital. Karl and Jenny Marx and the Birth of a Revolution*, Boston, Little Brown, 2011.
- GIELKENS, JAN, *Karl Marx und seine niederländischen Verwandten. Eine kommentierte Quellenedition*, Schriften aus dem Karl-Marx Haus, Tréveris, 1999, n.º 50.
- GILLIS, JOHN R., *The Prussian Bureaucracy in Crisis, 1840-1860. Origins of an Administrative Ethos*, Stanford, Stanford University Press, 1971.
- GOUREVITCH, ALEX, *From Slavery to the Cooperative Commonwealth. Labour and Republican Liberty in the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- GRANDJONC, JACQUES, *Marx et les Communistes allemands à Paris, Vorwärts 1844. Contribution à l'étude de la naissance du Marxisme*, París, F. Maspero, 1974.
- GRUNER, SHIRLEY M., *Economic Materialism and Social Moralism. A Study in the History of Ideas in France from the Latter Part of the 18th Century to the Middle of the 19th Century*, La Haya, Mouton, 1973.
- GUILLEMIN, HENRI, *La Première Résurrection de la République. 24 février 1848*, París, Gallimard, 1967.
- HALL, PETER, *The Industries of Londres since 1861*, Londres, Hutchinson University Library, 1961.
- HAMMEN, OSCAR J., *The Red '48^{ers}. Karl Marx and Friedrich Engels*, Nueva York, Scribner, 1969.
- HANFI, ZAWAR, ed., *The Fiery Brook. Selected Writings of Ludwig Feuerbach*, Nueva York, Doubleday, 1972.
- HARRIS, HENRY SILTON, *Hegel's Development. Toward the Sunlight, 1770-1801*, Oxford, Clarendon Press, 1972.
- HARRISON, ROYDEN, *Before the Socialists. Studies in Labour and Politics 1861-1881*, Londres, Routledge and K. Paul, 1965.
- HARSTICK, HANS-PETER, *Karl Marx und die Zeitgenössische Verfassungsgeschichtsschreibung*, Munster, 1974.
- HAUBTMANN, PIERRE, *Proudhon, Marx et la pensée allemande*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1981.
- HEALEY, EDNA, *Wives of Fame. Mary Livingstone, Jenny Marx, Emma Darwin*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1986.
- HELLMAN, ROBERT J., *Berlin, the Red Room and White Beer. The «Free» Hegelian Radicals in the 1840s*, Washington, Three Continents Press, 2006.

- HODENBERG, CHRISTINA VON, *Aufstand der Weber. Die Revolte von 1844 und ihr Aufstieg zum Mythos*, Bonn, Dietz, 1997.
- HOFFHEIMER, MICHAEL H., *Eduard Gans and the Hegelian Philosophy of Law*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1995.
- HOLMES, RACHEL, *Eleanor Marx. A Life*, Londres, Bloomsbury, 2014.
- HONT, ISTVAN, *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 2005.
- HONT, JACQUES D', *De Hegel à Marx*, París, Presses Universitaires de Paris, 1972.
- HUNT, RICHARD N., *The Political Ideas of Marx and Engels*, 2 vols., Londres, Macmillan, 1974 y 1984.
- HUNT, TRISTRAM, *The Frock-Coated Communist. The Revolutionary Life of Friedrich Engels*, Londres, Allen Lane, 2009.
- HUTTON, PATRICK, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquists in French Politics, 1864-1893*, Berkeley, University of California Press, 1981.
- INWOOD, MICHAEL, *A Hegel Dictionary*, Oxford, Blackwell, 1992.
- JAESCHKE, W., *Reason in Religion. The Foundations of Hegel's Philosophy of Religion*, J. Michael Stewart y Peter C. Hodgson, trads., Berkeley, University of California Press, 1990.
- JOHNSON, CHRISTOPHER H., *Utopian Communism in France, 1839-1851*, Ithaca, Cornell University Press, 1974.
- JOLL, JAMES, *The Anarchists*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1964.
- JONES, THOMAS, «George Odger, Robert Applegarth, and the First International Working Men's Association», tesis para optar al grado de Master of Arts, King's College, Londres, 2007.
- KADISH, ALON, *Apostle Arnold. The Life and Death of Arnold Toynbee, 1852-1883*, Durham, Duke University Press, 1986.
- KANT, INMANUEL, *Religion within the Boundaries of Mere Reason and Other Writings*, Allen Wood y George di Giovanni, comps., Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- KAPP, YVONNE, *Eleanor Marx*, 2 vols., Londres, Lawrence and Wishart, 1972.
- KATZNELSON, IRA, y GARETH STEDMAN JONES, eds., *Religion and the Political Imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- KOCKA, JÜRGEN, ed., *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, 3 vols., Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995.
- KOSELLECK, REINHART, y KLAUS SCHREINER, *Bürgerschaft. Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit vom Hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1994.
- KRADER, LAWRENCE, *The Asiatic Mode of Production. Sources, Development and Critique in the Writings of Karl Marx*, Assen, Van Gorcum, 1975.
- KRIEDTE, PETER, HANS MEDICK, y JÜRGEN SCHLUMBOHN, *Industrialisierung vor der Industrialisierung. Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1977.
- KUPER, ADAM, *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*, Londres, Routledge, 1988.
- LANGE, ERHARD, *Die Promotion von Karl Marx. Jena 1841. Eine Quellenedition*, Berlín, Dietz Verlag, 1983.
- LATTEK, CHRISTINE, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, Routledge, 2006.
- LAUFNER, RICHARD, «Die Familie Marx und die Trierer Judenschaft», *Schriften aus dem Karl-Marx-Haus*, n.º 14, Tréveris, 1975.
- LEOPOLD, DAVID, *The Young Karl Marx. German Philosophy, Modern Politics and Human Flourishing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

- LEVENTHAL, F. M., *Respectable Radical. George Howell and Victorian Working-Class Politics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971.
- LEWIS, HANNA BALLIN, ed., *A Year of Revolutions. Fanny Lewald's Recollections of 1848*, Providence, Berghahn, 1997.
- LIDTKE, VERNON, *The Outlawed Party. Social Democracy in Germany, 1878-1890*, Princeton, Princeton University Press, 1966.
- LIFSHITZ, MIKHAIL, *The Philosophy of Art of Karl Marx*, Ralph B. Winn, trad., Londres, Pluto Press, 1973 [Moscú, 1933].
- LINDENFELD, DAVID, *The Practical Imagination. The German Sciences of State in the Nineteenth Century*, Chicago, Chicago University Press, 1997.
- LÖWY, MICHAEL, *The Theory of Revolution in the Young Marx*, Leiden, Brill, 2003.
- MAGUIRE, JOHN M., *Marx's Theory of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.
- MANTENA, KARUNA, *Alibis of Empire. Henry Maine and the Ends of Liberal Imperialism*, Princeton, Princeton University Press, 2010.
- MASTELLONE, SALVO, *Mazzini and Marx. Thoughts upon Democracy in Europe*, Londres, Praeger, 2003.
- MATTHEWS, R. C. O., *A Study in Trade-Cycle History. Economic Fluctuations in Great Britain 1833-1842*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.
- MAZA, SARAH, *The Myth of the French Bourgeoisie. An Essay on the Social Imaginary, 1750-1850*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.
- MCLELLAN, DAVID, *Karl Marx. His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973.
- , ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, Londres, Barnes and Noble, 1981.
- MCMANNERS, JOHN, *The French Revolution and the Church*, Londres, SPCK, 1969.
- MEIER, OLGA, ed., *The Daughters of Karl Marx. Family Correspondence 1866-1898*, Harmondsworth, Penguin, 1982.
- MEHRING, FRANZ, *Karl Marx. The Story of His Life*, Edward Fitzgerald, trad., Londres, John Lane, 1936 [1918].
- MERRIMAN, JOHN M., *The Life and Death of the Paris Commune of 1871*, New Haven, Yale University Press, 2014.
- MILLER, SUSANNE, y HEINRICH POTHOFF, *A History of German Social Democracy from 1848 to the Present*, Leamington Spa, Berg, 1986.
- MOGGACH, DOUGLAS, *The Philosophy and Politics of Bruno Bauer*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- , ed., *The New Hegelians. Politics and Philosophy in the Hegelian School*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.
- , ed., *Politics, Religion and Art. Hegelian Debates*, Evanston, Northwestern University Press, 2011.
- MORGAN, ROGER, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965.
- NABULSI, KARMA, *Traditions of War, Occupation, Resistance, and the Law*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- NAMIER, LEWIS BERNSTEIN, 1848. *The Revolution of the Intellectuals*, Londres, Oxford University Press, 1971 [1944].
- NICHOLLS, JULIA CATHERINE, «French Revolutionary Thought after the Paris Commune, 1871-1885», tesis de doctorado, Queen Mary University of London, 2015.
- NICOLAIEVSKY, BORIS, y OTTO MÖNKE, *Karl Marx, Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933].
- NICOLIN, GÜNTHER, *Hegel in Berichten seiner Zeitgenossen*, Hamburgo, F. Meiner, 1970.

- NISBET, H. B., ed., *Lessing. Philosophical and Theological Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- PARRY, JONATHAN, *The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1993.
- PEACH, TERRY, *Interpreting Ricardo*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- PILBEAM, PAMELA M., *The Middle Classes in Europe 1789-1914; France, Germany, Italy and Russia*, Basingstoke, Macmillan Education, 1990.
- PINKARD, TERRY, *Hegel. A Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- PRAWER, SIEGBERT SALOMON, *Karl Marx and World Literature*, Oxford, Clarendon Press, 1976.
- PUHLE, H. J., ed., *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit*, Gotinga, Vanhoeck & Ruprecht, 1991.
- REID, ALASTAIR, *United We Stand. A History of Britain's Trade Unions*, Londres, Penguin Books, 2005.
- RIALL, LUCY, *Garibaldi, Invention of a Hero*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2007.
- RIEDEL, MANFRED, *Between Tradition and Revolution. The Hegelian Transformation of Political Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- ROSANVALLON, PIERRE, *Le Moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.
- , *Le Sacré du Citoyen. Histoire du Suffrage Universel in France*, París, Gallimard, 1992.
- ROSDOLSKY, ROMAN, *The Making of Marx's «Capital»*, Londres, Pluto Press, 1977.
- ROSE, MARGARET, *Marx's Lost Aesthetic. Karl Marx and the Visual Arts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- ROWE, MICHAEL, *From Reich to State. The Rhineland in the Revolutionary Age, 1780-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- RUBEL, MAXIMILIEN, *Karl Marx devant le Bonapartisme*, París, Mouton, 1960.
- , *Marx. Life and Works*, Londres, Macmillan, 1980.
- SASSOON, DONALD, *One Hundred Years of Socialism. The Western European Left in the Twentieth Century*, Londres, I. B. Tauris, 1996.
- SCHULZE, HAGEN, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1837*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- SEPINWALL, ALYSSA GOLDSTEIN, *The Abbé Grégoire and the French Revolution. The Making of Modern Universalism*, Berkeley, University of California Press, 2005.
- SHANIN, TEODOR, ed., *The Late Marx and the Russian Road*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983.
- SICLOVAN, DIANA, «Lorenz Stein and German Socialism, 1835-1872», tesis de doctorado, Cambridge, 2014.
- , «Mikhail Bakunin and the Modern Republic 1840-1867», tesis de Historia presentada en Cambridge University, 2009.
- , «The Project of Vergesellschaftung, 1843-1851», tesis para optar al grado de máster en Filosofía, Cambridge, 2010.
- SOMERHAUSEN, LUC, *L'Humanisme agissant de Karl Marx*, París, Richard-Masse, 1946.
- SORKIN, DAVID, *The Transformation of German Jewry 1780-1840*, Oxford, Oxford University Press, 1987.
- SPERBER, JONATHAN, *Rhineland Radicals. The Democratic Movement and the Revolution of 1848-1849*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- SPERBER, JONATHAN, *Karl Marx. A Nineteenth Century Life*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2013.
- SPLITZER, ALAN BARRIE, *Old Hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.

- , *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, Nueva York, Columbia University Press, 1957.
- STEARNS, PETER N., *The Revolutions of 1848*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974.
- STEDMAN JONES, GARETH, *An End to Poverty. A Historical Debate*, Londres, Profile Books, 2004.
- , *Languages of Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- , *Outcast Londres. A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971 [4.a ed., Verso, 2013].
- , ed., *Karl Marx and Friedrich Engels. The Communist Manifesto*, Londres, Penguin Books, 2002.
- STEDMAN JONES, GARETH, y GREGORY CLAEYS, eds., *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- STEDMAN JONES, GARETH, e IAN PATTERSON, eds., *Charles Fourier. The Theory of the Four Movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- STEPELEVICH, LAWRENCE S., ed., *The Young Hegelians. An Anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- SWEEZY, PAUL M., *The Theory of Capitalist Development. Principles of Marxian Political Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968.
- TACKETT, TIMOTHY, *Becoming a Revolutionary. The Deputies of the French National Assembly and the Emergence of a Revolutionary Culture (1789-1790)*, Princeton, Princeton University Press, 1996.
- TAYLOR, MILES, *The Decline of British Radicalism 1847-1860*, Oxford, Clarendon Press, 1995.
- , *Ernest Jones, Chartism and the Romance of Politics 1819-1869*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- THOMAS, PAUL, *Karl Marx and the Anarchists*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980.
- TOEWS, JOHN E., *Hegelianism. The Path toward Dialectical Humanism, 1805-1841*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
- TOMBS, ROBERT, *The Paris Commune 1871*, Londres, Longman, 1999.
- TRAUGOTT, MARK, *Armies of the Poor. Determinants of Working-Class Participation in the Parisian Insurrection of June 1848*, Princeton, Princeton University Press, 1985.
- TRIBE, KEITH, *The Economy of the Word. Language, History and Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- , *Governing Economy. The Reformation of German Economic Discourse 1750-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- TSUZUKI, CHUSHICHI, *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898. A Socialist Tragedy*, Oxford, Clarendon Press, 1967.
- TUCHINSKY, ADAM, *Horace Greeley's New York Tribune. Civil War Era Socialism and the Crisis of Free Labour*, Ithaca, Cornell University Press, 2009.
- TUDOR, HENRY, y J. M., eds., *Marxism and Social Democracy. The Revisionist Debate 1896-1898*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- VAN DER LINDEN, MAURICE, *Transnational Labour History. Explorations, Studies in Labour History*, Aldershot, Ashgate, 2003.
- VINCENT, K. STEVEN, *Between Marxism and Anarchism. Benoît Malon and French Reformist Socialism*, Berkeley/Oxford, University of California Press, 1992.
- WALKER, JOHN, ed., *The Impact of Idealism. The Legacy of Post-Kantian German Thought*, vol. II, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- WATANABE-O'KELLY, HELEN, *The Cambridge History of German Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

- WEHLER, HANS-ULRICH, ed., *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1973.
- WHEEN, FRANCIS, *Karl Marx*, Londres, Fourth Estate, 1999.
- WHITE, JAMES D., *Karl Marx and the Intellectual Origins of Dialectical Materialism*, Londres, Macmillan, 1996.
- WHITHAM, WILLIAM P., «Anarchism and Federalism in the International Working Men's Association 1864-1877», tesis para optar al título Bachelor of Arts en Harvard, 2014.
- , «César de Paepe and the Politics of Collective property», Cambridge, tesis para optar al título de máster en Filosofía, 2015.
- WHITMAN, JAMES Q., *The Legacy of Roman Law in the German Romantic Era. Historical Vision and Legal Change*, Princeton, Princeton University Press, 1990.
- WILKINSON, ELIZABETH M., y L. A. WILLOUGHBY, eds., *F. Schiller. On the Aesthetic Education of Man, in a Series of Letters*, Oxford, Clarendon Press, 1982.
- WINCH, DONALD, y PATRICK K. O'BRIEN, eds., *The Political Economy of British Historical Experience, 1688-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- WOLFF, HORST-PETER, *Eduard Gumpert (1834-1893). Ein deutscher Arzt in Manchester*, Liebenwalde, Selbstverlag, 2015.
- WRIGLEY, E. A., *Continuity, Chance and Change. The Character of the Industrial Revolution in England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

REVISTAS

- BEECHER JONATHAN, y VALERII N. FORMICHEV, «French Socialism in Lenin's and Stalin's Moscow. David Riazanov and the French Archive of the Marx-Engels Institute», *Journal of Modern History*, 78/1 (marzo de 2006), pp. 119-143.
- BRECKMAN, WARREN, «Ludwig Feuerbach and the Political Theology of Restoration», *History of Political Thought*, 13/3 (1992), pp. 437-462.
- CARVER, TERRELL, «The German Ideology Never Took Place», *History of Political Thought*, vol. 31, primavera de 2010, pp. 107-127.
- COOK, SIMON J., «The Making of the English. English History, British Identity, Aryan Villages, 1870-1914», *Journal of the History of Ideas*, 75/4 (octubre de 2014), pp. 629-649.
- DENNISON, TRACY, y A. W. CARUS, «The Invention of the Russian Rural Commune. Haxthausen and the Evidence», *Historical Journal*, 46/3 (septiembre de 2003).
- EICHHORN, KARL FRIEDRICH, «Über den Ursprung der städtischen Verfassung in Deutschland», *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft* (1), 1815.
- FAY, MARGARET, «The Influence of Adam Smith on Marx's Theory of Alienation», *Science and Society*, 47/2 (verano de 1983), pp. 129-151.
- GRUNER, SHIRLEY, «The Revolution of July 1830 and the Expression "Bourgeoisie"», *Historical Journal*, 11/3 (1968), pp. 462-471.
- HARRISON, FREDERIC, «The Transit of Power», *Fortnightly Review*, Londres, Chapman and Hall, abril de 1868.
- HIRSCH, HELMUT, «Karl Friedrich Köppen. Der intimste Berliner Freund Marxens», *International Review of Social History*, vol. 1 (1936).
- HOWELL, GEORGE, «The History of the International Association», *Nineteenth Century*, vol. IV (julio de 1878), pp. 19-39.

- KELLEY, DONALD, «The Metaphysics of Law. An Essay on the Very Young Marx», *American Historical Review*, 83/2 (1978), pp. 350-367.
- , «The Science of Anthropology. An Essay on the Very Old Marx», *Journal of the History of Ideas*, 4/2 (1984), pp. 245-263.
- LEVINE, NORMAN, «The German Historical School of Law and the Origins of Historical Materialism», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), pp. 431-451.
- LIBERLES, ROBERT, «From *Toleration* to *Verbesserung*. German and English Debates on the Jews in the Eighteenth Century», *Central European History*, 22/1 (1989).
- LIDTKE, VERNON, «German Socialism and Social Democracy 1860-1900», en Gareth Stedman Jones y Gregory Claeys, eds., *Cambridge History of Nineteenth Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- MAH, HAROLD, «The French Revolution and the Problem of German Modernity. Hegel, Heine, and Marx», *New German Critique*, n.º 50 (primavera-verano de 1990).
- MAINE, HENRY SUMNER, «The Decay of Feudal Property in France and England», *Fortnightly Review*, vol. 21, abril de 1877.
- NABULSI, KARMA, «Patriotism and Internationalism in the “Oath of Allegiance” to “Young Europe”», *European Journal of Political Theory*, 5/61 (enero de 2006).
- O'BOYLE, LEONORE, «The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850», *Journal of Modern History*, 42 (1970), pp. 471-495.
- ROJAHN, JÜRGEN, «Marxismus. Marx. Geschichtswissenschaft. Der Fall der sog. “Ökonomisch-philosophischen Manuskripte aus dem Jahre 1844”», *International Review of Social History*, 28/1 (abril de 1983), pp. 2-49.
- SHIPLEY, STAN, *Club Life and Socialism in mid-Victorian London*, History Workshop Pamphlets, n.º 5, Oxford, 1973.
- STEDMAN JONES, GARETH, «The Mid-Century Crisis and the 1848 Revolutions», *Theory and Society*, 12/4 (julio de 1983).
- , «Some Notes on Karl Marx and the English Labour Movement», *History Workshop*, n.º 18 (otoño de 1984).
- , «Voir sans entendre. Engels, Manchester et l'observation sociale en 1844», *Genèses*, 22/1 (1996), pp. 4-17.
- STOMMEL, KARL, «Der Armenarzt, Dr. Andreas Gottschalk, der erste Kölner Arbeiterführer, 1848», *Annalen des Historischen Vereins für den Niederrhein* 166, Colonia, 1964.
- TOMBS, ROBERT, «How bloody was *La Semaine sanglante* of 1871?», *Historical Journal*, 55/3 (2012), pp. 679-704.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

1. El joven Marx. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / Biblioteca conmemorativa de Marx)
2. Retrato de Jenny Marx, sin fecha. (Museo de Karl Marx y Friedrich Engels / AKG Images)
3. Karl Marx, editor de la *Rheinische Zeitung* 1842-1843, de Ernst Schaumann. (Museo Histórico Alemán, Berlín / S. Ahlers)
4. Heinrich Heine con Jenny y Karl Marx. Boceto, 1848 (AKG Images)
5. Eleanor Marx a los dieciocho años, 1873. (Roger-Viollet, París / Bridgeman Images)
6. Las hermanas mayores de Karl Marx, Jenny y Laura, c. 1865. Daguerrotipo. (Alfortville, Colección de Frédéric Longuet / AKG Images)
7. Karl Marx y su esposa Jenny, c. década de 1850. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / Biblioteca conmemorativa de Marx)
8. Helene Demuth. (AKG Images)
9. Friedrich Engels, 1870. (AKG Images)
10. Moses Hess, 1847. (Museo histórico de la ciudad de Dusseldorf / AKG Images)
11. Mijaíl Aleksandrovich Bakunin. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / Iberfoto)
12. Pierre Joseph Proudhon. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015)
13. Dr. Andreas Gottschalk, retrato de Wilhelm Kleinenbroich, 1849 (Museo público de Colonia, HM 1916 / 221; © Archivo de imágenes de Renania, rba_c024059)
14. Ferdinand Lassalle, c. 1860. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / Imagno)
15. Dr. Eduard Gumpert. (Cortesía del Dr. Karl Kollman, Archivos de la ciudad de Eschwege, Archivo de imágenes)
16. Wilhelm Wolff (Museo de Karl Marx y Friedrich Engels, Moscú / AKG Images)
17. *Tréveris*, vista de la ciudad desde el río Mosela. Grabado en acero, sin fecha (¿c. 1850?), de Johann Poppel, sobre un dibujo de Ludwig Lange (1808-1868). (Berlín, Colección del archivo de arte e historia / AKG Images)
18. Portada de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, París, 1844. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / INTERFOTO / Colección Rauch)
19. Cuerpos de los muertos en las refriegas callejeras de febrero desfilan por París. (Grabado de J. Gaildrau en una historia de Francia)
20. Sesión de la *Comisión de Luxemburgo*, París, 1948. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015)
21. Refriega en barricadas de Colonia, 1848. (Archivo gráfico patrimonial de Prusia. © Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / INTERFOTO / Colección Rauch)
22. Berlín, 1848, ilustración incluida en *Reminiscences* de Carl Schurz, volumen 1 (Ed. McClure, 1907). (Biblioteca Bodleian, Universidad de Oxford. 23351 d. 43 (V.1))
23. El mitin cartista en Kennington Common, 10 de abril de 1848, incluida en F. Diamond y R. Taylor, *Crown & Camera: The Royal Family and Photography 1842-1910* (Harmondsworth, 1987)

24. Primera edición del «Neue Rheinische Zeitung», 1 de junio de 1848. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015 / INTERFOTO)
25. Thibault: Barricada de Saint-Maur-Popincourt, 26 de junio de 1848. ((PHO 2002 4 2). París, Musée d'Orsay, adquirida por el Museo Nacional con apoyo de Fotográfica Heritage, © RMN-Grand Palais (musée d'Orsay))
26. Insurgentes bajo arresto. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2015)
27. Ceremonia inaugural de la Exposición Internacional. (© Biblioteca de imágenes de Mary Evans, 2008)
28. William Powell Frith, *Ramsgate Sands* (Vida a la orilla del mar), 1851-1854. (Fondo de la colección real / © Su Majestad la Reina Isabel II, 2016)
29. Secuelas de la Comuna. (© BnF, Dist. RMN-Grand Palais / imagen BnF)
30. Cartel chino de la Revolución Cultural en conmemoración del centenario de la Comuna de París. (Colección de Stefan R. Landsberger, Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam)

ÍNDICE ALFABÉTICO

Aachen

abstracción, Feuerbach sobre la

ADAV véase Asociación General de Trabajadores Alemanes (Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein -ADAV)

Agoult, Marie D' («Daniel Stern»), condesa

Agulhon, Maurice

Albert «el trabajador» (Alexandre Martin)

Alemania

Asamblea Nacional de Frankfurt

Asociación Nacional (Nationalverein)

Asociaciones Educativas de Trabajadores

nacimiento de

«nueva era» en

Revolución de 1848

y el comunismo

y el *mark* teutón

y el socialismo

y la revolución

véase también Prusia

Alemania Joven

Alianza Internacional de la Socialdemocracia

alienación del hombre respecto de su naturaleza social

Allgemeine Literatur-Zeitung (Revista de Literatura)

Allgemeine Zeitung (Gaceta General)

Altenstein, Karl von

Amigos de Polonia

Anderson, Elizabeth Garret

Anekdotas

Anneke, Fritz

Annenkov, Pavel

Anrooij, Henriette

antisemitismo

«Anuarios del Ateísmo»

Applegarth, Robert

Aristóteles

Arndt, Ernst Moritz

Arnim, Bettina von

Arnim, conde Heinrich von

Ashley, William

Asociación de Reforma de la Propiedad Agraria

Asociación de Reforma de Propiedad de la Tierra

Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en Bruselas

Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes en Londres

Asociación Educativa de Trabajadores Comunistas (CABV)

Asociación General de Trabajadores Alemanes (Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein, ADAV)

Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)

Comuna de París y

Congreso de Basilea (1869)

Congreso de Bruselas (1868)

Congreso de Ginebra (1865)

Congreso de La Haya (1872)

Congreso de Lausana (1867)

Congreso de Londres (1865)

cuestión irlandesa y

divisiones en y decadencia de la

Influencia de Proudhon en la

Mijaíl Bakunin y

Asociación Nacional (Nationalverein)

Asociaciones de Trabajadores Alemanes

Assing, Ludmilla

Athenäum

Augsburg Allgemeine Zeitung (*Gaceta general de Augsburgo*)

Austria

Revolución de 1848

y la guerra italiana (1859)

autoconciencia, filosofía de la

Aveling, Edward

Axelrod, Pavel

Babbage, Charles

Babeuf, François-Noël («Graco»)

babuvismo

Bachofen, Johann Jakob

El derecho de madre (1861)

Bacon, Francis

Baden (Alemania)

Bakunin, Mijaíl

Alianza Internacional de la Socialdemocracia y

antecedentes y pensamiento político

Asociación Internacional de Trabajadores y

ataque al carácter de KM

conflicto con KM

en París con KM (1845)

escribe para *Vorwärts!*

intento de crear una comuna en Lyon

Liga por la Paz y la Libertad y

paneslavismo y
rasgos personales
su rechazo del «comunismo»
y *Egalité*
Cartas de un demócrata (1864)
Catecismo revolucionario (1866)
Estatismo y anarquía (1873)
Banda del Azufre
Bangya, coronel
banquetes en Francia, campaña de
Barbès, Armand
Barrot, Odilon
Barry, Maltman
Basnage, Jacques
Bastiat, Frédéric
Bauer, Bruno
 Club de Doctores y
 crítica a Hess
 crítica a KM
 crítica a Spinoza
 crítica religiosa de
 despido de la Universidad de Bonn
 divergencias de KM con
 escribe para *The New-York Daily Tribune*
 grupo Hombres Libres (agrupación política) y
 influencia sobre KM
 sobre la Universidad de Bonn
 Crítica de los Evangelios Sinópticos
 Crítica del Evangelio de san Juan
 El cristianismo al desnudo
 La religión del Antiguo Testamento
 La trompeta del Juicio Final contra Hegel el ateo y el anticristo
Bauer, Edgar
Bauer, Heinrich
Bavay, Charles de
Bayle, Pierre
Bazaine, François Achille
Bebel, August
 La mujer y el socialismo (1879)
Becker, Johann Philipp
Beesly, Edward
Bélgica
 véase también Bruselas
Bentham, Jeremy
Berend, Julius
Berlin, Isaiah
Berlín, vida política e intelectual en
Bernays, Carl

Bernkastel, Lion
Bernstein, Eduard
Beust, Friedrich von
Bewegungspartei (Partido del Movimiento)
Biblioteca del Museo Británico
Biscamp, Elard
Bismarck, Otto von
Blanc, Louis
 defensa del cristianismo
 encuentro con KM en París (1843)
 Grupo de Bruselas de KM y
 Liga por la Paz y la Libertad y
 Revolución de 1848 y
 sobre la burguesía
 y *La Réforme*
 La organización del trabajo (1840)
Blanqui, Auguste
blanquistas
Blervacq, Frédéric
Blind, Karl
Blum, Robert
Blumenberg, Werner
Bluntschli, Johann Caspar
Bodelschwingh, Ernst von
Böhm-Bawerk, Eugen von
Boiguillebert, Pierre
Boitzenberg, Arnim
Bonald, Louis de
Bonaparte, Luis Napoleón
 véase Napoléon III
Bonaparte, Napoleón
 véase Napoléon Bonaparte
Born, Stefan
Börne, Ludwig
Bornstedt, Adalbert von
Börnstein, Heinrich
Bossuet, Jacques-Bénigne
Böttiger, Karl
Botzaris, Markos
Bracke, Wilhelm
Bradlaugh, Charles
Brandenburg, conde Friedrich Wilhelm von
Bray, John Francis
Bright, John
Brissot, Jacques Pierre
Brosses, Charles de
Bruselas
 Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes de

Association Démocratique
Comité de Corresponsales Comunistas
Grupo de Bruselas de KM y
periodo anterior a 1848
Buche, Philippe
Büchner, Ludwig
Buckle, Thomas
Bugeaud, mariscal
Bülow, Heinrich von
Buonarroti, Philippe
Buret, Eugène
Bürgers, Heinrich
burguesía
Engels sobre la
Heinrich Bürgers sobre la
KM sobre la
Louis Blanc sobre la
Burke, Edmund
Burns, Lizzie
Burns, Mary
Burrow, John
Burschenschaft, movimiento estudiantil

Cabet, Étienne
«Cameralística»
campesinado, KM sobre el
Camphausen, Ludolf
capital, El (1867)
crítica rusa de (1872)
división del trabajo y
«Epílogo a la segunda edición alemana» (1873)
escritura y publicación de
«fetichismo de la mercancía» y
investigación y fuentes para
legado de
Libros Segundo y Tercero
modo capitalista de producción y
nexo entre industrialización y empobrecimiento en
producción y
recepción de
relaciones entre trabajo y capital en Inglaterra dentro de
reputación de KM y
revolución como un proceso y
segunda edición revisada de (1873)
sociedad burguesa y
sociedades anónimas y
subtítulo de una «Crítica de la economía política»
teorías de la plusvalía en

trabajo incorporado y
traducción al inglés de Laura Lafargue (Marx de soltera)
traducción al ruso de
traducción francesa de
valor de uso y valor de cambio en
Carbonari, sociedad secreta
Carey, Henry
Carlos X, rey de Francia
Carlsbad, Decretos de
Carlyle, Thomas
cartismo
 Asociación Universal de Comunistas Revolucionarios y
 contactos de Engels con el
 declive del
 Escuela de Manchester y
 orígenes del
 Pliego de Peticiones (1842)
 visiones de KM del
Carver, Terrell
Cavaignac, Eugène
Cavaignac, Godefroi
Cavour, conde Camillo Benso di
Chamisso, Adalbert
Champion de Cicé, obispo de Burdeos
Chernyshevski, Nikolái
Chicherin, Gueorgui
Cloots, Anacharsis
Club de Doctores (Berlín)
Cluseret, Gustave Paul
Cluss, Adolph
Cobbett, William
Cobden, Richard
Código Napoleónico
colectivismo
Colonia
 Asociación de Trabajadores de
 «Juicio Comunista» en (1852)
 Liga Comunista en
 Neue Rheinische Zeitung y
 Revolución de 1848 y
Comité de Corresponsales Comunistas
 en Bruselas
 filial en Londres
Comité Garibaldi de Trabajadores Ingleses
Comte, Augusto
comtianos
Comuna de París
 entusiasmo europeo ante la

hostilidad inglesa ante la
socialismo alemán y
comunidad aldeana / campesina / rural, teoría de la
comunidades primitivas, teorías sobre las
comunismo
Bakunin sobre el
Cabet sobre el
cristianismo y
Deutsche-Französische Jahrbücher y
distinción de Stein entre comunismo y socialismo
emergencia en Francia del
en Alemania
en Suiza
Engels y
giro de KM al
KM sobre el
Manifiesto comunista y
realización individual y
revoluciones del siglo xx y
Confederación Germánica
Congreso de Sindicatos
Conradi, Jacob
Consejo Sindical de Londres
Considérant, Victor
Constant, Benjamin
Courbet, Gustave
Cremer, Randall
Cremer, William
Crimea (1853-1856), guerra de
cristianismo
crítica religiosa de Bauer
en Francia después de la Revolución
Feuerbach y
Hegel y
«nuevo cristianismo»
racionalismo y
resurgimiento evangélico
sociedad burguesa y
Cuno, Theodor
Custoza, batalla de
Cuvier, Georges

D'Alton, Eduard
Dana, Charles
Daniels, Roland
Danielsón, Nikolái
Danton, Georges

Darboy, Georges, arzobispo de París
Darimon, Alfred
Darwin, Charles
 El origen de las especies
Daumier, Honoré
Davis, Jefferson
Declaración de los Derechos del Hombre (1789)
 denuncia por KM de la
Delacroix, Eugène: *La Libertad guiando al pueblo*
Demagogenverfolgen («persecución de los demagogos»)
Demócratas Fraternales
Demuth, Helene
Demuth, Henry Frederick, hijo ilegítimo de KM
derecho, y política prusiana
Destutt de Tracy, Antoine
Deutsche Jahrbücher (*Anuarios Alemanes*)
 véase también *Hallische Jahrbücher*
Deutsche-Brüsseler-Zeitung (*Gaceta Alemana de Bruselas*)
Deutscher Bote (*Correo Alemán*)
Deutsches Bürgerbuch (*Cuaderno del Ciudadano Alemán*)
Deutsch-Französische Jahrbücher (*Anuarios Franco-Alemanes*)
Dézamy, Théodore
D'Holbach, Paul-Henri Thiry, barón
Dickens, Charles
Diderot, Denis
Dinamarca
 y la crisis de Schleswig-Holstein
Disraeli, Benjamin
Dohm, Christian
Dostoyevski, Fiódor
Dresde, Revolución de 1849 en
Dronke, Ernst
Droste-Vischering, Clemens August von, arzobispo de Colonia
Dühring, Eugen
Duncker, Franz, editor

Eccarius, Johann Georg
Echtermeyer, Theodor
Economist, The, 407
Eichhorn, Johann
Eichhorn, Karl Friedrich
Eisenach, Partido Social Democrático de
Elberfeld, Renania
Eliot, George
Elsner, Moritz
Emerson, Ralph Waldo
Enfantin, Père
Engels, Friedrich

antecedentes y evolución política
apoyo financiero a la familia Marx
Asociación Internacional de Trabajadores y
Association Démocratique y
atribución de paternidad de Freddy Demuth a
compromiso con el Grupo de Bruselas de KM
Comuna de París y
conflicto con Moses Hess
contribución a *La Sagrada Familia* de KM
creencia en la transformación revolucionaria de Europa
cualidad mujeriega de
cuestión irlandesa y
discurso junto a la tumba de KM (1883)
discursos sobre comunismo en Barmen y Elberfeld
divergencia de enfoques con KM
encuentro con KM en París (1844)
escritos para *Vorwärts!*
expectativas de una revolución social en Inglaterra
inspiración para *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de KM
invitado por Lassalle a revivir la *Neue Rheinische Zeitung*
Jóvenes Hegelianos y
legado de KM y
Liga Comunista y
Manifiesto comunista y
marxismo y
Neue Rheinische Zeitung y
rasgos personales
relación con KM
relación con Mary Burns
Revolución de 1848 y
sobre artículos de KM para *The New-York Daily Tribune*
sobre desaparición del «partido» de KM
sobre el desarrollo social y político en Inglaterra
sobre el Partido Democrático en Alemania
sobre el socialismo como ciencia
sobre *El único y su propiedad* de Max Stirner
sobre Eleanor Marx
sobre *Herr Vogt* de KM
sobre la clase trabajadora inglesa
sobre los refugiados *communards* en Londres
sobre Ramsgate
sobre religión y socialismo
trabajos en fábrica textil de Manchester
y *El capital* de KM
y la *Crítica de la economía política* de KM
Escritos
Anti-Dühring (1878)
«Bosquejos para una crítica de la economía política»

«Cartas sobre Alemania» para *The New-York Daily Tribune*
Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas (1885)
El Po y el Rin
«La campaña alemana de la Constitución del Imperio»
«La revolución y contrarrevolución en Alemania»
La situación de la clase obrera en Inglaterra
Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (1886)
«Principios del comunismo»
Socialismo utópico y científico
Engels, Laura
Epicuro
Erfurt, Programa de (1891)
Ermen & Engels, empresa textil
esclavitud, abolición de la
Escuela Histórica del Derecho alemana
España
Estados Unidos de América
abolición de la esclavitud en los
Bakunin sobre los
Constitución de Pensilvania (1776)
guerra civil
y el proteccionismo
y la religión
véase también guerra civil estadounidense; Revolución americana
Ester, Karl D'
Europa Joven
evangelismo
Ewerbeck, Hermann, doctor
Examiner, The

falansterio fourierista
falansterios
Favre, Jules
Febronius
Federación Socialdemócrata Inglesa
Federico el Grande
Federico Guillermo III
Federico Guillermo IV
conservadurismo de
intento de asesinato en 1850
intentos de asesinato en 1844 contra
muerte en 1861 de
respuesta a la rebelión de los trabajadores en Silesia
Revolución de 1848 y
feminista, movimiento
fenianos (Fraternidad Republicana Irlandesa)
Fernando, príncipe de Brunswick-Lüneburg
Ferry, Jules

Feuerbach, Ludwig

acceso negado a un cargo académico

crítica de KM a

crítica de la abstracción

crítica de Stirner a

crítica del cristianismo

influencia en Bakunin

influencia en KM

y el proletariado

y el «ser gregario»

y los *Deutsche-Französische Jahrbücher*

y los Jóvenes Hegelianos

La esencia del cristianismo (1840)

Principios de la filosofía del futuro (1843)

«Tesis preliminar sobre la reforma de la filosofía»

Fichte, Johann Gottlieb

Flaubert, Gustave

La educación sentimental

Flocon, Ferdinand

Florencourt, Louise von

Flourens, Gustave

Förster, Hofrath

Fourier, Charles

fourierismo

Fox, Peter

Francia

comunismo y

Constitución francesa de 1791

cristianismo y

Gobierno provisional (1848)

Monarquía de Julio

Revolución de 1848 y

Revolución de Julio (1830)

socialismo y

véase también Comuna de París; París; Revolución francesa

Frankfurt, Congreso Democrático Alemán de

Fraternidad Republicana Irlandesa *véase* fenianos

Free Press

Freeman, Edward A.

Freiligrath, Ferdinand

Freyburger, Louise

Fribourg, Édouard

Fritzsche, Friedrich Wilhelm

Froebel, Julius

Fustel de Coulanges, Numa Denis

Gans, Eduard

Garibaldi, Giuseppe

Gassendi, Pierre
Gerlach, Leopold von
Gesellschaftsspiegel (Grupo del Espejo)
Gibbon, Edward
Gigot, Philippe
Gladstone, William Ewart
Gluck, Christoph Willibald, «Armide»
Goethe, Johann Wolfgang von
Göhringer, Carl
Goncourt, Edmund de
Görres, Joseph
Göschel, Carl Friedrich
Gotha, Congreso de (1875)
Gottschalk, Andreas
Gran Bretaña
 boom económico de (en la década de 1850)
 disturbios de las clavijas
 KM sobre la política británica
 Ley de Cartera Bancaria (1844) en
 Ley de Reforma de 1832
 Ley de Reforma de 1867
 libre comercio y
 Liga por la Reforma⁷
 movimiento cartista en
 Partido Liberal de
 rechazo de las leyes de cereales (1846)
 sindicalismo y
Grecia, guerra de independencia de
Greeley, Horace
Green, John Richard
Grégoire, abate
Greville, Charles
Grimm, Jacob
Grote, George
Grün, Karl
 El movimiento social en Francia y Bélgica
Grund, J. J.
Gruner, Justus von
Grupo de Emancipación del Trabajo en Rusia
guerra civil estadounidense
Guerra de Independencia griega
Guerra de la Independencia italiana (1859-1861)
guerra franco-prusiana (1870)
guerras napoleónicas
Guesde, Jules
Guillaume, James
Guillermo de Prusia, príncipe heredero (más tarde, Guillermo I)
Guizot, François

Gumpert, doctor Eduard

Habsburgo, Imperio de los

Hagen, Theodor

Hales, John

Haller, Albrecht von

Haller, Karl Ludwig von

Hallische Jahrbücher (Anuarios de Halle)

véase también Deutsche Jahrbücher

Hambach, Festival de (1832)

Hamilton, Alexander

Hansemann, David

Hanssen, Georg

Hardenberg, Karl von

Harney, Julian

Harris, G. E.

Harrison, Frederic

Hatzfeldt, Sophie von, condesa

Hauranne, Duvergier de

Hausmann, Georges-Eugène, barón

Hawthorne, Nathaniel

Haxthausen, August von

Estudios en el interior de Rusia (1846)

Haya, Congreso de la Internacional de La (1872)

Hébert, Jacques

Hecker, Friedrich

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich

compatibilidad del cristianismo con la filosofía y

crítica de Feuerbach a

crítica de Heine a

crítica de Hess a

crítica de KM a

crítica de Ruge a

crítica de Schelling a

crítica satírica de KM a

«Espíritu Absoluto» y

influencia sobre KM

interpretación según Bauer

sociedad burguesa y

«vida ética» y

Ciencia de la lógica (1816)

Fenomenología del espíritu (1807)

Filosofía de la historia

Filosofía del Derecho

Lecciones de filosofía de la religión

Lecciones de historia de la filosofía

Heine, Heinrich

conversión al cristianismo

escritos para *Vorwärts!*
influencia sobre KM
sobre Berlín
sobre la «Escuela romántica»
sobre la Revolución de Julio (París0)
sobre Spinoza
sospechas respecto a Bornstedt de ser un espía prusiano
y la Alemania Joven
y los *Deutsche-Französische Jahrbücher*
y los intentos literarios de KM
«Los tejedores de Silesia»
Sobre la historia de la religión y la filosofía alemanas (1834)

Heinzen, Karl

Hengstenberg, Ernst

Herder, Johann Gottfried

Hermann

Hermes, Georg

Herwegh, Emma

Herwegh, Georg

Herwegh, Marcel

Herzen, Alexander

Hess, Moses

Andreas Gottschalk y

compromiso con el Grupo de Bruselas

comunismo y

conflicto con Engels

«convierte» a Engels al comunismo

discursos sobre comunismo en Barmen y Elberfeld

Manifiesto comunista y

reunión con KM en Bruselas

sobre Bakunin y la Internacional

sobre *El único y su propiedad* de Stirner

y la *Rheinische Zeitung*

y los *Deutsche-Französische Jahrbücher*

«De la esencia del dinero»

«Filosofía de la acción»

La historia sagrada de la humanidad por un discípulo de Spinoza

La triarquía europea

Heubel, Caroline

véase también Westphalen, Caroline

Heubel, Christiane

Hodgskin, Thomas

Hody, barón

Hoffmann, E. T. A.

Höfken, Gustav

Hölderlin, Friedrich

Holinshed

Holyoake, George

Hombres Libres, grupo radical en Berlín
Hompesch, conde de
Howell, George
Hugo, Gustav
Hugo, Victor
humanismo
Humboldt, Wilhelm
Hungria, Revolución de 1848 en
Hyndman, Henry Mayers

icarianismo
idealismo
Imandt, Peter
India
individualismo
 sobre el
 y Engels
 y Feuerbach
 y Hegel
 y la crítica de KM a Hegel
 y protestantismo
Inglaterra véase Gran Bretaña
internacionalismo
Irlanda
 fenianismo
 y la emancipación de los católicos
Italia
 Revolución de 1848
 Risorgimento

jacobinos
Jahn, Friedrich
Jaucourt, Louis de
Jean Paul véase Richter, Jean Paul
Jellačić, general
Jena, batalla de
Jones, Ernest
Jottrand, Lucien-Léopold
Jóvenes Hegelianos
 crítica a Hegel
 divisiones respecto al comunismo
 origen de los
 republicanismo y
 socialismo y
judíos
 en Renania
 Napoleón y
 política prusiana hacia los

Revolución francesa y
Jung, Georg
Jung, Hermann
Jura, Federación del

Kant, Immanuel
 Crítica de la razón práctica (1786)
 Crítica de la razón pura (1781)
 Crítica del juicio (1789)
 La religión dentro de los límites de la mera razón (1793)

Kapp, Yvonne

Kautsky, Karl
 Teorías de la plusvalía

Kemble, John Mitchell

Kierkegaard, Søren

Kinkel, Gottfried

Kinkel, Johanna

Kircheisen, Friedrich Leopold von

Kock, Paul de

Kölnische Zeitung (*Gaceta de Colonia*)

Köppen, Friedrich

Köppen, Karl

Koscielsky, Vladimir

Kossuth, Lajos

Kotzebue, August von, asesinato de

Kovalevsky, Maxim

Krefeld, en Renania

Kreuznach

Kriege, Hermann

Kugelman, Franziska

Kugelman, Ludwig, doctor
 polémicas de KM con el

laborales, movimientos

Lachâtre, Maurice

Lafargue, Laura (Marx de soltera)

Lafargue, Paul

Lamartine, Alphonse de

Lamennais, Félicité de

Lancet

Laponneraye, Alphonse

Lassalle, Ferdinand

 ambición de

 apoyo financiero a la familia Marx

 Bakunin sobre

 desacuerdo con KM por guerra en Italia

 encuentra editor para la *Crítica de la economía política* de KM

 envidia de KM hacia

intentos de encontrarle editor a los *Grundrisse*
quiebra en la relación de KM con
socialismo alemán y
La guerra en Italia y el deber de Prusia
Lavater, Johann Kaspar
Le Lubez, Víctor
Lecomte, Claude
Ledru-Rollin, Alexandre
Leibniz, Gottfried
Leipziger Allgemeine Zeitung (*Diario de Leipzig*)
Lenchen (criada de KM y Jenny)
 nacimiento del hijo ilegítimo de KM
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov
Leo, Heinrich
Leopoldo, rey de los belgas
Leroux, Pierre
Leske, Karl
Lessing, Gotthold Ephraim
Lessner, Friedrich
Lewald, Fanny
libre comercio
 crítica francesa al
 Engels sobre el
 KM sobre el
 visión estadounidense del
Liebknecht, Ernestine
Liebknecht, Wilhelm
 Asociación Educativa de Trabajadores Comunistas y
 conflicto de KM con Carl Vogt y
 desconfianza de Ferdinand Lassalle
 desilusión por la *Crítica de la economía política* de KM
 Mijaíl Bakunin y
 Partido Socialdemócrata Alemán y
 sobre Edgar, el hijo de KM
 sobre la conversión al cristianismo de Heinrich Marx
 sobre las excursiones dominicales a Hampstead Heath con la familia Marx
Liga Comunista
 conflicto de KM con Carl Vogt y
 disolución por KM de la (1848)
 resurgimiento en Londres (1849-1850)
 revolución en Alemania y
Liga de la Tierra y el Trabajo
Liga de los Justos (*Bund der Gerechten*)
 filial londinense
 rebautizada como Liga Comunista
Liga Nacional por la Independencia de Polonia
Liga por la Paz y la Libertad
Lincoln, Abraham

Lissagaray, Prosper-Olivier
List, Friedrich
Locke, John
Loers, Vitus
Londres
 Comité Comunista de Correspondencia
 exiliados alemanes en
 Exposición Internacional de (1862)
 Liga Comunista en
 Liga de los Justos en
 manifestación por la reforma en Hyde Park (1866)
Longuet, Charles
Longuet, Jean («Johnny»)
Longuet, Jenny Caroline (Marx de soltera, «Jennychen»)
 enfermedad y muerte
 registrada en su visita a Francia (1871)
 sobre los refugiados *communards* en Londres
Lopatin, Hermann
Lucas, Betty
lucha de clases
 Engels y los efectos de la industria moderna
 KM sobre la
 marxismo y
Lucraft, Benjamin
Luis Felipe I, rey de Francia
Lumpenproletariat
Lutero, Martín
Lyon

Macaulay, Thomas
MacMahon, Patrice de
Maine, Henry
Mainz
Maitland, Dollie
Malmo, Tratado de
Malon, Benoît
Malouet, Pierre-Victor
Malthus, Thomas Robert
Manchester
 descripción de Engels de las condiciones laborales
 Escuela de
 KM y Engels en viaje de investigación a (1845)
 labores de Engels en fábrica textil
 visita de KM a Engels en (1855)
Manifiesto comunista (1848)
 burguesía y
 concepción del marxismo en el siglo XX y
 crítica de Bakunin a

- desarrollo industrial en Gran Bretaña y
- estructura y contenido de
- origen como el «Credo» comunista
- prólogo a la edición rusa
- realización individual y
- reedición en 1782 de
- Mannheimer Abendzeitung (Gaceta Vespertina de Mannheimer)*
- Marheineke, Philip
- Marrast, Armand
- Marshall, Alfred
- Marx, Caroline, hermana de KM
- Marx, Edgar, hijo de KM
- Marx, Eduard, hermano de KM
- Marx, Eleanor (Tussy)
 - ambiciones teatrales
 - sobre Freddy Demuth
 - sobre Heinrich Marx
 - conversión de KM en un ídolo
 - mala salud de
 - sobre KM de niño
 - sobre amistad de KM con Heine
 - sobre amor de KM por la literatura
 - sobre la Comuna de París
 - en Ramsgate
 - relación con Lissagaray
 - registrada en su visita a Francia (1871)
 - apoyo a la causa feniana
 - traduce la *Historia de la Comuna de 1871* de Lissagaray
 - sobre visita al doctor Kugelmann
 - sobre la familia Westphalen
 - trabajos en colegio en Brighton
 - escribe a Abraham Lincoln
- Marx, Emilie, hermana de KM
- Marx, Heinrich, padre de KM
 - cambia su nombre y desecha el de Herschel
 - se convierte al protestantismo
 - carrera legal
 - propiedad de viñedo en el Mosela
 - concepciones políticas y religiosas
 - y el Club Casino de Tréveris
 - consejo a KM
 - y compromiso de KM con Jenny von Westphalen
 - ansiedades por el carácter de KM
 - muerte de
- Marx, Henriette (Jettchen), hermana de KM
- Marx, Henriette (Pressburg de soltera), madre de KM
 - antecedentes y carácter
 - hijos de

preocupación por salud de KM
relación con KM
accede al matrimonio de KM
se niega a ayudar financieramente a KM
muerte de

Marx, Hermann, hermano de KM

Marx, Jenny véase Westphalen, Jenny von

Marx, Jennychen véase Longuet, Jenny Caroline (Marx de soltera)

Marx, Karl

Primeros años y formación

nacimiento y antecedentes familiares
hermanos
asiste al *Gymnasium* de Tréveris
excluido del servicio militar
asiste a la Universidad de Bonn
estudios legales
involucrado en un duelo
como poeta
asiste a la Universidad de Berlín
compromiso con Jenny von Westphalen
carta a su padre desde Berlín (1837)
opta por la Filosofía
tesis doctoral sobre Epicuro
ruptura con su familia
planea tratado sobre «El arte cristiano»
influencias clásicas en
deriva al periodismo
y la *Rheinische Zeitung*
sobre religión
y el republicanismo
se casa con Jenny von Westphalen
crítica de Hegel
primera actitud ante el comunismo

París 1843-1845

abandona Prusia rumbo a París (octubre 1843)
abraza el comunismo y la revolución social
denuncia la Declaración de los Derechos del Hombre
crea los *Deutsche-Französische Jahrbücher*
amistad con Heinrich Heine
escribe para *Vorwärts!*
nace su primera hija, Jennychen (1844)
encuentro con Engels (1844)
primer encuentro con proletarios
sobre la revuelta de los tejedores de Silesia
crítica de *El único y su propiedad* de Stirner
expulsado de París

Bruselas 1845-1848

renuncia a la nacionalidad prusiana

nace su segunda hija, Laura (1845)
primer acercamiento al tema de la economía política
desarrolla ideas sobre el trabajo y la sociedad burguesa
trabaja en la crítica de la economía política
viaje de investigación a Manchester (1845)
vida hogareña
nacimiento de su hijo Edgar (1846)
Liga Comunista y
Association Démocratique y
arresto bajo sospechas de haber contribuido a la insurrección belga (1848)
breve regreso a París (1848)
refunda la Liga Comunista en París (1848)

Colonia 1848-1849

KM se traslada a
se une a la Sociedad Democrática
rivalidad con Andreas Gottschalk
disuelve la Liga Comunista
y la *Neue Rheinische Zeitung*
petición rechazada de recuperación de ciudadanía prusiana
elegido al Comité de Salvación Pública (1848)
Revolución alemana de 1848 y
expulsado de Prusia (1849)
abandona Colonia rumbo a París y luego a Londres

Londres 1850-1853

Liga Comunista y
acusado de la conspiración revolucionaria en Colonia
publica la *Neue-Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*
obtiene credencial para la biblioteca del Museo Británico
escribe para *The New-York Daily Tribune*
viviendas y alojamientos en
muerte de tres de sus hijos
nacimiento de su hija Franziska y su hijo ilegítimo Freddy
vida familiar
y el «partido»
escribe sobre Bonaparte (Napoleón III)
ensayos sobre política inglesa
ensayos sobre la India y Asia
affaire Vogt y
escritura de los *Grundrisse*
desarrollo de la crítica de la economía política
escritura de *Contribución a la crítica de la economía política*
escritura y publicación de *El capital*
colabora en el Consejo General de la AIT
éxito como periodista
intenta recuperar la ciudadanía prusiana
y el movimiento de reforma inglés
y la cuestión irlandesa
y la guerra franco-prusiana

defiende la Comuna de París
adquiere fama tras la publicación de *La guerra civil en Francia* (1871)
conflicto con Bakunin
vacaciones en Ramsgate
hostilidad hacia su política revolucionaria
solicitud infructuosa de la nacionalidad británica
relación con hijas y yernos
ve aumentar su prestigio intelectual
dependencia financiera de Engels
interés en la comunidad rural primitiva
muerte de su esposa y de su hija Jenny
muerte de

Carácter y rasgos

ajedrecista
amor a Londres
amor a Shakespeare y la literatura inglesa
antisemitismo
apariencia física
arrogancia
ataques de Bakunin
autoridad
cambios de humor y pensamiento alterado
consideración personal por Engels
desdén por las opiniones de otros
ensimismamiento
gentileza como marido y padre
habilidad con el inglés
hábitos al beber y comer
hábitos desordenados
indiferencia ante la familia de origen
influencias clásicas
irascibilidad
irritabilidad
preocupación por el estatus social
racismo
sensación de estar destinado a algo
tabaquismo
uso de opio
voz estridente

Finanzas

apoyo en obsequios de amigos y la familia
apoyo financiero de Engels
como estudiante
ingresos provenientes de *The New-York Daily Tribune*
legados familiares
penurias en Londres

Salud

afectado por las condiciones insalubres y los hábitos personales

dolencias del hígado
efecto en su obra
enfermedades respiratorias
furúnculos
inquietud de Engels por su
insomnio
reumatismo

Escritos

artículos en la *Rheinische Zeitung* (1842)
«Bastiat y Carey» (ensayo)
«Comentarios a *El capital*»
Contribución a la crítica de la economía política (1859)
«Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel»
Crítica al programa de Gotha
El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)
El rey de Prusia y la reforma social
Escorpión y Félix (novela)
Grundrisse
Herr Vogt
«La cuestión del libre comercio» (discurso8)
«La cuestión judía» (1844)
La guerra civil en Francia (1871)
La ideología alemana (con Friedrich Engels)
La lucha de clases en Francia8-1850 (1850)
La miseria de la filosofía (1847)
La Sagrada Familia. Crítica de la crítica crítica contra Bruno Bauer y consortes
Los grandes hombres del exilio
«Manifiesto inaugural» de la AIT
Manuscritos económicos y filosóficos de 1844
Oulanem (tragedia en verso)
Palmerston y Rusia (panfleto)
poesía
«Reflexiones de un joven al elegir una profesión» (ensayo escolar5)
Revelaciones de la historia diplomática del siglo XVIII
Tesis sobre Feuerbach» (1845)
«Trabajo asalariado y capital» (conferencias7)
véase también *capital, El* (1867); *Manifiesto comunista* (1848)
Marx, Laura véase Lafargue, Laura (Marx de soltera)
Marx, Louise, hermana de KM
Marx, Mauritz, hermano de KM
Marx, Meier Halevi, abuelo de KM
Marx, Samuel, hermano de KM
Marx, Sophie, hermana de KM
Marx-Engels, documentos
marxismo
divergencias del pensamiento del propio KM con el
influencia de Engels en el
génesis del

materialismo dialéctico
materialismo histórico
Maurer, Georg von
Mayhew, Henry
 London Labour and the London Poor (1851)
Mazzini, Giuseppe
McCulloch, John Ramsay
McIlvaine, J. S.
McLellan, David
McLennan, John Ferguson
 El matrimonio primitivo (1865)
Mehring, Franz
Meissner, editor
Melmotte, Augustus
Mendelssohn, Moses
Metternich, Klemens von
Metz
Mevissen, Gustav von
Meyen, Eduard
Meyer, Sigfrid
Meyerbeer, Giacomo
Mill, James
 Elementos de economía política
Mill, John Stuart
Moll, Joseph
montagnards
Montesquieu, Charles Louis de Scondat, barón de
Moore, Samuel
Morgan, Lewis Henry
Moro, Tomás *Utopía*
Mosela, río
Möser, Justus
Most, Johann
Mottershead, Thomas
Mounier, Jean-Joseph
mujeres
 Jenny von Westphalen sobre el papel de las
 y la Comuna de París
Müllner, Adolf
Murray, Charles

nacionalismo romántico
Namier, Lewis: *La revolución de los intelectuales*
Napoleón Bonaparte
 actitud ante los judíos
 campana rusa de (1812)
 Código Napoleónico y
 promesa de una revolución en Europa y

véase también Código Napoleónico
Napoleón III (Luis Napoleón Bonaparte)
guerra en Italia (1859) y
guerra franco-prusiana y
imagen liberal de
invasión de México
KM sobre
Nápoles
Nassau, William, padre
National, Le
Necháiev, Serguéi
Neue Oder Zeitung (Nuevo diario del Oder)
Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue (Nueva Gaceta Renana. Revista de
Economía Política)
Neue Zeit, Die (Tiempo Nuevo)
New American Cyclopaedia
Newman, John Henry, cardenal
New-York Daily Tribune, The
Nicolás I, zar
Nieuwenhuis, Domela
Northern Star, The
Nothjung, Peter
Novalis

O'Brien, Bronterre
Odger, George
Olmütz, Tratado de
Oppenheim, Dagobert
orientalismo
Orsini, Felice
otomano, Imperio
Owen, Robert

Paepe, César de
Palermo
Palmerston, Henry John Temple, tercer vizconde de
panteísmo
Parée, Louis
París
epidemia de cólera (1849)
exiliados políticos en
insurrección de junio (1848)
manifestación *montagnard* (1849)
población alemana residente en la década de 1840
rediseñado por Haussmann
Revolución de Febrero (1848)
Revolución de Julio (1830)
sitio prusiano de (1870-1871)

París, Tratado de (1856)
Parti Ouvrier Belge
Parti Ouvrier Français
Partido Comunista de Alemania
Partido del Movimiento
Partido del Pueblo Alemán (Deutsche Volspartei)
Partido Democrático Alemán (1848)
Partido Republicano (Estados Unidos)
Partido Socialdemócrata Alemán
Partido Socialdemócrata Austriaco
Partido Socialdemócrata Suizo
Partido Socialista Democrático de Eisenach
Partido Socialista Italiano
Pasado y presente (Carlyle)
Peel, Robert
People's Paper, The
Perthes, Friedrich
Pfuel, Ernst von, general
Philips, Antoinette
Philips, Lion
Philips, Sophie, tía de KM
Philosophes
piamonteses
Picard, Arthur
Picard, Ernest
Pieper, Wilhelm
pietismo
Pillot, Jean-Jacques
Pío IX, papa
Platón
Plejánov, Gueorgui
 En defensa del materialismo (1895)
población, aumento de la
Polonia
 rebelión contra el dominio zarista (1863)
positivismo
Praga, rebelión de (1848)
Presse, Die (La Prensa)
Price, Richard
Prinz, Wilhelm
proletariado
 KM sobre el
 Revolución Industrial en Inglaterra y
 revuelta de los tejedores de Silesia y
 surgimiento del
propiedad privada
 KM sobre la
 Proudhon sobre la

y el «Bosquejo de una crítica de la economía política» de Engels
y el proletariado
y la Constitución
y la Declaración de los Derechos del Hombre

Proudhon, Pierre-Joseph

Comuna de París y
crítica de la economía política
críticas de
Karl Grün y
y la federación
capacidad política de la clase obrera, La
filosofía de la miseria, La
Idea general de la revolución del siglo XIX
¿Qué es la propiedad? (1840)

Prusia

antes de 1848
década de 1860 en
Dieta Unificada (Landtag)
«era de la reforma»
Renania y
Revolución de 1848
revuelta de tejedores de Silesia
véase también Alemania

Ramsgate

Raspail, François-Vincent

Raveaux, Franz

Reforma en Alemania

Réforme, La

Renania

bajo dominio francés
bajo dominio prusiano
guerra italiana (1859) y
población católica en
Revolución de 1848 y
sistema judicial en

Revolución americana

Revolución de Julio (París0)

Revolución francesa

babuvismo y
Bauer sobre la
Hegel sobre la
KM sobre la
proletariado y
reacción a los valores de la Ilustración y
religión y
Schiller sobre la
y el alza de los movimientos de clase trabajadora

véase también Revolución de Julio (1830)
Revolución Industrial
Revolución rusa (1917)
Revolution, Die
Rheinische Allgemeine Zeitung (Gaceta General Renana)
Rheinische Zeitung (Gaceta Renana)
 cierre de la
 círculo de estudio en la
 KM se retira de la
Riazánov, David
ricardiana, escuela
Ricardo, David
 influencia en KM
 Principios de Economía política y tributación (1817)
Richter, Jean Paul
Robespierre, Maximilien
Rochow, Gustav von
Roebuck, John Arthur
Rogers, James Thorold
romanticismo
Roscher, Wilhelm: *El sistema de economía política*
Röser, Peter
Rossa, Jeremiah O'Donovan
Rossi, Pellegrino
Rousseau, Jean-Jacques
 El contrato social
Roy, Joseph
Ruge, Arnold
 ayuda a Eleanor Marx a encontrar trabajo
 Bakunin y
 crítica de Hegel
 escribe para *The New-York Daily Tribune*
 escribe para *Vorwärts!*
 hostilidad de KM hacia
 Jóvenes Hegelianos y
 ruptura con KM
 sobre el giro de KM hacia el comunismo
 sobre la revuelta de los tejedores de Silesia
 sobre la sociedad burguesa
 sobre París
 y *Anekdotas*
 y el *Hallische Jahrbücher* (luego denominado *Deutsche Jahrbücher*)
 y los *Deutsche-Französische Jahrbücher*
 y los Hombres Libres (agrupación política)
Rumohr, Carl Friedrich
Rusia
 emancipación de los siervos (1861)
 guerra de Crimea (1853-1856)

guerra ruso-turca
hostilidad de KM hacia
KM sobre la comuna campesina en
mir (comunidad campesina)
rebelión en la década de 1820
Tratado de París (1856)
Russell, John, primer conde de
Rutenberg, Adolf

Sack, Johann
Sacro Imperio Romano-Germánico
Saint-Paul, Wilhelm von
Saint-Simon, Claude Henri de Rouvroy, conde de
Sala, George Augustus
Sand, George
Sand, Karl
sansimonianos
Sass, Friedrich
Savigny, Friedrich Karl von
Say, Jean-Baptiste
Sazonov, Nikolai
Schaible, Karl
Schapper, Karl
 Association Démocratique y
 atraído por el movimiento cartista de Londres
 en Colonia
 Liga Comunista en Londres y
 «Partido Comunista en Alemania»
 Revolución de 1848 y
 sobre el comunismo y la autorrealización individual
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph
Schiller, Friedrich
Schlegel, Augustus
Schlegel, Friedrich
Schleiermacher, Friedrich
Schleswig-Holstein, crisis de
Schmalhausen, Robert
Schmalhausen, Wilhelm
Schneemann, J. G.
Schneider II, Karl
Schölcher, Victor
Schramm, Conrad
Schreiner, Olive
Schuckmann, Friedrich von
Schulz, Wilhelm
Schulze, Johannes
Schulze-Delitzsch, Hermann
Schurz, Carl

Schwarz, J.
Schwarzenberg, Félix zu, príncipe
Schweitzer, Johann Baptist von
Seebohm, Frederic
Seiler, Sebastian
Serno-Solovevich, N. A.
Serrailier, Auguste
Sethe, Christoph von
Shaftesbury, Anthony Ashley-Cooper, octavo conde de
Shakespeare, William
Sheffield Free Press
Sièyes, abate: *¿Qué es el Tercer Estado?*
Silesia (Prusia), rebelión de los tejedores
Simons, Theodor
sindicatos
Sismondi, J. C. L. Simonde de
 Nuevos principios de economía política
Skarbek, Fryderyk
Smith, Adam
 La riqueza de las naciones
socialismo
 crítica de KM al
 en Alemania
 en el siglo XX
 en Francia
 John Stuart sobre el
 owenista
 racionalismo y
 revuelta proletaria y
 y la Internacional
sociedad burguesa
 en la filosofía de Hegel
 KM sobre la
 Lassalle sobre la
Sociedad Democrática de Colonia
Sociedad Unificada de Carpinteros y Ensambladores
Sociedad Unificada de Ingenieros
Sociedad Universal de Comunistas Revolucionarios
Société des Droits de l'Homme
Société des Saisons
Soho, en Londres
Sorge, Freidrich
Sozial-Demokrat, Der (El Socialdemócrata)
Spinoza, Baruch
Staël, Germaine, Madame de
Stahl, Friedrich Julius
Stehely, café de Berlín
Stein, Freiherr vom

Stein, Julius
Stein, Lorenz von
 Socialismo y comunismo en la Francia contemporánea (1842)
Stern, Daniel, véase Agoult, Marie D', condesa
Sterne, Laurence
 Tristram Shandy
Stieber, Wilhelm
Stirner, Max
 El único y su propiedad
Stralau
Strauss, David
 La vida de Jesús examinada críticamente (1835)
Strohn, Wilhelm
Struve, Gustav
Stubbs, obispo
Sue, Eugène
sufragio universal, hostilidad de KM hacia el
sufragistas, movimientos
Suiza

Talleres Nacionales (Francia)
Talleyrand, Charles Maurice de
Tedesco, Victor
tenderos en Alemania
Thibaut, Anton
Thierry, Augustin
Thiers, Adolphe
Thomas, Clément
Thomas, Émile
Thomas, Paul
Thompson, William
Times, The
Tkatchev, Petr
Tocqueville, Alexis de
Tolain, Henri
Toland, John
Tooke, Thomas
 Historia de los precios
trabajo
 Bruno Bauer sobre el
 KM sobre el
Trémaux, Pierre
Tréveris
 comunidad judía en
 Demokratische Verein zu Trier (Asociación Democrática de Tréveris)
 Gymnasium de
 historia y significación de
 Jenny von Westphalen sobre

Sociedad del Casino
Universidad de
viticultura en
y la familia Westphalen
Trier'sche Zeitung (Gaceta de Tréveris)
Tristán, Flora
Trochu, Louis-Jules
Trollope, Anthony
Trower, Hutches
Tschech, Heinrich

ultramontanismo
Unión de Asociaciones Educativas de Trabajadores Alemanes (Verband Deutscher Arbeitervereine)
Unión de Trabajadores Alemanes (París)
Universidad de Berlín
 facultad de Derecho
Universidad de Bonn
Universidad de Erlangen
Ure, Andrew
 Filosofía de la manufactura
Urquhart, David
Utin, Nikolái

Varlin, Eugène
Varnhagen von Ense, Karl
Vatke, Wilhelm
Veltheim, Elizabeth von
Veltheim, Wermer von
Viaje a Icaria (1840)
Vidil, Jules
Viena
 Revolución de 1848 en
Viena, Congreso de
Vinogradoff, Paul
Vizetelly, Henry
Vogt, Carl
Volk, Das (El Pueblo)
Voltaire
Vormärz Alemania (1815-1848)
Vorwärts! (¡Adelante!)

Wade, John
Wagner, Richard
Wallau, Karl
Walpole, Spencer
Wartburg, Festival de (1817)
Waterloo, batalla de
Watts, John: *Facts and Fictions of Political Economists* (1842)

Weber, Georg
Weerth, Georg
Weitling, Wilhelm
Welcker, Carl
Werner, Zacharias
Weston, John
Westphalen, Carl von
Westphalen, Caroline von (Heubel de soltera)
Westphalen, Christian Philipp Heinrich von
Westphalen, Edgar von
Westphalen, Ferdinand von
Westphalen, Franziska von
Westphalen, Jenny von (más tarde Marx)
Westphalen, Johann, Ludwig von
 antecedentes, carrera y familia
 compromiso de KM con su hija y
 muerte de
 relación de KM con
 sobre la boda de Jettchen, hermana de KM
 poemas de KM a
 compromiso con KM
 apariencia y carácter
 antecedentes familiares
 relaciones con familia de KM
 primeras relaciones con KM
 matrimonio con KM
 en París con KM
 nace su primera hija, Jennychen (1844)
 sobre la posibilidad de una revolución en Alemania
 traslado a Bruselas y nacimiento de Laura
 sobre el destino de las mujeres alemanas
 aliento a la labor de KM
 sobre Wilhelm Weitling
 nacimiento de su hijo Edgar (1846)
 compromiso con la política de KM en Bruselas
 desagrado ante Mary Burns, compañera de Engels
 sobre la fuga de los Marx de Bruselas
 arresto en Bruselas
 estancia temporal en Tréveris (1848)
 se reúne con KM en Londres
 sobre el hogar de los Marx durante la conspiración comunista en Colonia
 sobre la necesidad urgente de apoyo financiero
 nacimiento de su cuarto hijo, Guido
 sobre expulsión de la familia Marx de la vivienda en Chelsea
 muerte de hija Franziska
 mala salud de
 muertes de hijos Guido y Edgar
 sobre la salud de KM

y el nacimiento de hijo ilegítimo de KM
preocupación por el estatus social
colaboración como secretaria de KM
sobre miembros del «partido» de KM
sobre la escritura de *El capital*
renuencia a dejar Inglaterra
frustraciones por papel tradicional de la mujer
sobre compromiso de KM con la Internacional y la Comuna de París
interés en el teatro y Shakespeare
amistad con Lizzie Burns
relación con sus hijas
resentimiento por influencia de Engels sobre KM
enfermedad final y muerte
Breve esbozo de una vida agitada (1865-1866)
Westphalen, Laura von
Westphalen, Louise von (Lisette)
Westphälische Dampfboot (*Vapor de Westfalia*)
Weydemeyer, Joseph
 y *Die Revolution*
Weydemeyer, Louise
Wigand, Otto
Willich, August von
Winckelmann, Johann
Windischgrätz, Alfred, príncipe
Wishart, Jenny
Wolff, Christian
Wolff, Ferdinand
Wolff, Luigi
Wolff, Oskar
Wolff, Wilhelm
 deja herencia a KM
Working Man
Wrangel, Friedrich Graf von, general
Wytttenbach, Johann Hugo

Zaltbommel
Zasulich, Vera
Zollverein, unión aduanera prusiana
Zusammenbruchstheorie (teoría del colapso)

NOTAS

PRÓLOGO. LA FORJA DE UN SÍMBOLO

- [1] Eugen von Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of His System. A Criticism*, Alice M. Macdonald, trad., Londres, T. Fisher Unwin, 1898.
- [2] Sobre la forma en que se desarrolló el debate revisionista, véase H. y J. M. Tudor, eds., *Marxism and Social Democracy. The Revisionist Debate. 1896-1898*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Sobre el ataque de Bernstein contra la «teoría del colapso», véanse especialmente pp. 159-173.
- [3] Werner Blumenberg, *Portrait of Marx. An Illustrated Biography*, Douglas Scott, trad., Nueva York, Herder & Herder, 1972, p. 2. [Hay trad. cast.: *Marx*, Barcelona, Salvat, 1984]; August Bebel y Eduard Bernstein, eds., *Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx*, 4 vols., Stuttgart, Dietz, 1913; «August Bebel to Karl Kautsky, 7 de febrero de 1913», en K. Kautsky Jr., ed., *August Bebel's Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Assen, Van Gorcum & Co., 1971, pp. 278-279.
- [4] Isaiah Berlin, *Karl Marx. His Life and Environment*, Oxford, Oxford University Press, 4.a ed., 1978 [1939], pp. 4, 14. [Hay trad. cast.: *Karl Marx, su vida y su entorno*, Madrid, Alianza, 2000.]

PADRES E HIJOS

- [5] Véase Michael Rowe, *From Reich to State. The Rhineland in the Revolutionary Age, 1780-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 158-159, 188.
- [6] Heinz Monz, *Karl Marx und Trier. Verhältnisse, Beziehungen, Einflüsse*, Tréveris, Verlag Neu, 1964, pp. 38-39.
- [7] Heinz Monz, *Karl Marx. Grundlagen der Entwicklung zu Leben und Werk*, Tréveris, Verlag Neu, 1973, pp. 221-232; también Jan Gielkens, *Karl Marx und seine niederländischen Verwandten. Eine kommentierte Quellenedition*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1999, n.º 50.
- [8] Timothy Tackett, *Becoming a Revolutionary. The Deputies of the French National Assembly and the Emergence of a Revolutionary Culture (1789-1790)*, Princeton, Princeton University Press, 1996, p. 120.
- [9] Keith Michael Baker, «Fixing the French Constitution», en *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 303.
- [10] *Ibidem*, p. 265.
- [11] *Ibidem*, p. 305.

- [12] Véase François Delpech, «La Révolution et l'Empire», en B. Blumenkranz, ed., *Histoire des Juifs en France*, Toulouse, E. Privat, 1972, pp. 265-304.
- [13] Rowe, *From Reich to State*, pp. 21-23.
- [14] R. Liberles, «From Toleration to Verbesserung. German and English Debates on the Jews in the Eighteenth Century», *Central European History*, 22/1, 1989, pp. 1-32.
- [15] Véase David Sorkin, *The Transformation of German Jewry 1780-1840*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. 25-27; Christopher Clark, *Iron Kingdom. The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006, pp. 331-338. [Hay trad. cast.: *El reino de hierro*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]
- [16] Sobre la concepción de Grégoire de la regeneración, véase Alyssa Goldstein Sepinwall, *The Abbé Grégoire and the French Revolution. The Making of Modern Universalism*, Berkeley, California University Press, 2005, pp. 56-136. En 1769 Lavater había intentado convertir a Mendelssohn al cristianismo enviándole la protoevolucionista *Palingénésie Philosophique* de Charles Bonnet, y urgiéndolo a refutar el argumento de Bonnet o bien convertirse.
- [17] Sobre la familia de Karl, véase Jonathan Sperber, *Karl Marx. A Nineteenth-Century Life*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2013, cap. 1, pp. 5-25. [Hay trad. cast.: *Karl Marx, una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.]
- [18] Delpech, «La Révolution et l'Empire», pp. 282-285.
- [19] Véase Rowe, *From Reich to State*, Segunda Parte.
- [20] Citado en John McManners, *The French Revolution and the Church*, Londres, SPCK, 1969, p. 142.
- [21] Delpech, «La Révolution et l'Empire», p. 287; véase también Robert Anchel, *Napoléon et les Juifs*, París, Presses Universitaires de France, 1928, pp. 62-75.
- [22] Véase Albert Rauch, «Der Grosse Sanhedrin zu Paris und sein Einfluss auf die jüdische Familie Marx in Trier», en Richard Laufner y Albert Rauch, eds., *Die Familie Marx und die Trierer Judenschaft*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1975, n.º 14, pp. 18-22; Anchel, *Napoléon et les Juifs*, pp. 187-226; Delpech, «La Révolution et l'Empire», pp. 286-301.
- [23] Heinz Monz, «Der Religionswechsel der Familie Heinrich Marx», en Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, cap. 19, pp. 239-240.
- [24] Laufner y Rauch, «Vorbemerkung», en *Die Familie Marx und die Trierer Judenschaft*.
- [25] Rowe, *From Reich to State*, pp. 253-254.
- [26] Clark, *Iron Kingdom*, p. 311.
- [27] Hagen Schulze, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 48-56; véase también Clark, *Iron Kingdom*, cap. 11.
- [28] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, pp. 245-248.
- [29] *Ibidem*, p. 247.
- [30] *Ibidem*, p. 248.
- [31] Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, Londres, Journeyman Press, 1975 [1901], pp. 13-14; «Eleanor Marx to Wilhelm Liebknecht», en David McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections* Londres, Macmillan, 1981, p. 163.
- [32] «Heinrich Marx to Karl Marx», 12 de agosto de 1837, *Karl Marx-Friedrich Engels Collected Works*, 50 vols., de aquí en adelante MECW, Moscú, Londres y Nueva York, 1975-2005, vol. 1, p. 674.
- [33] «Edgar von Westphalen to Friedrich Engels», 15 de junio de 1883, *International Institute of Social History Amsterdam, Karl Marx-Friedrich Engels Papers*, Inv. nr. L 6312-6319 [L IX 233-240]. Sobre Lessing y su concepción del cristianismo como una etapa en la formación progresista de la humanidad, véase «The Education of the Human Race», en H. B. Nisbet, ed., *Lessing*.

Philosophical and Theological Writings, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 217-240; sobre Kant, véase «Religion within the Boundaries of Mere Reason», en I. Kant, *Religion within the Boundaries of Mere Reason and Other Writings*, Allen Wood y George di Giovanni, comps., Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 31-191. [Hay trad. cast.: *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Madrid, Alianza, 2001.]

[34] «Heinrich Marx to Karl Marx», 18 de noviembre de 1835, *MECW*, vol. 1, p. 647.

[35] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 252.

[36] «Heinrich Marx to Henriette Marx», 12-14 de agosto de 1837, *Karl Marx. Friedrich Engels Historisch. Kritische Gesamtausgabe*, de aquí en adelante *MEGA*, Berlín, 1927-1935, III, I, p. 313.

[37] Véanse Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, cap. 4; Rowe, *From Reich to State*, p. 274.

[38] Karl Marx, «Proceedings of the Sixth Rhine Province Assembly. Third Article. Debates on the Law on Thefts of Wood» (1842), *MECW*, vol. 1, pp. 224-263. [Hay trad. cast. de este y otros primeros escritos de Marx, incluida su tesis doctoral: *Obras fundamentales de Marx y Engels*, de aquí en adelante *OFME*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1982.] Jonathan Sperber, *Rhineland Radicals. The Democratic Movement and the Revolution of 1848-1849*, Princeton, Princeton University Press, 1991, p. 77.

[39] Véase Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 52.

[40] Los estamentos eran categorías sociales muy amplias en una sociedad concebida jerárquicamente y la forma estandarizada de representación política hasta 1789. Aun cuando los conservadores siguieron propiciándolos durante todo el siglo XIX, la Revolución francesa desafió de manera radical su legitimidad cuando se declaró que el Tercer Estado equivalía a la «nación» y que los otros dos, el clero y la nobleza, quedaban abolidos.

[41] Rowe, *From Reich to State*, pp. 270-271.

[42] H. Heine, *Ludwig Börne. Recollections of a Revolutionist*, Thomas S. Egan, trad., Londres, Newman, 1881, p. 51.

[43] Rowe, *From Reich to State*, pp. 276-278.

[44] Discurso citado en Monz, *Karl Marx und Trier*, p. 88.

[45] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 135.

[46] *Ibidem*, pp. 135-136.

[47] «Heinrich Marx to Karl Marx», 18-29 de noviembre de 1835, *MECW*, vol. 1, pp. 647-648.

[48] *Ibidem*, 2 de marzo de 1837, pp. 672-673.

[49] McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 163.

[50] Rowe, *From Reich to State*, pp. 247-249; Sperber, *Rhineland Radicals*, pp. 47-49.

ABOGADO, POETA Y AMANTE

[51] Franz Mehring, *Karl Marx. The Story of His Life*, Edward Fitzgerald, trad., Londres, John Lane, 1936, p. 2. [Hay trad. cast.: *Carlos Marx, historia de su vida*, México D. F., Grijalbo, 1973.] La edición original en alemán apareció en Berlín en 1918.

[52] Citado en Jan Gielkens, *Karl Marx und seine niederländischen Verwandten. Eine kommentierte Quellenedition*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1999, n.º 50, p. 33.

[53] Heinz Monz, *Karl Marx. Grundlagen der Entwicklung zu Leben und Werk*, Tréveris, Verlag Neu, 1973, p. 251.

[54] «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de abril de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 24.

[55] «Henriette Marx to Karl Marx», principios de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 652.

- [56] «Henriette Marx to Henriette van Anrooij», 18 de noviembre de 1851; citado en Gielkens, *Karl Marx*, p. 143.
- [57] «Henriette Marx to Sophie Philips», 14 de abril de 1853; Gielkens, *Karl Marx*, p. 154.
- [58] «Henriette Marx to Karl Marx», 29 de noviembre de 1836, *MECW*, vol. 1, pp. 648-649.
- [59] «Heinrich and Henriette Marx to Karl Marx», principios de 1836, *MECW*, vol. 1, pp. 651-652.
- [60] «Henriette Marx to Karl Marx», 16 de septiembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 683; *ibidem*, 10 de febrero de 1838, p. 693.
- [61] Sobre Hermann, que era aprendiz de un comerciante en Amsterdam, Heinrich escribió: «De su arduo trabajo espero muchísimo, de su inteligencia bastante menos». «Heinrich Marx to Karl Marx», 9 de noviembre de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 663.
- [62] *Ibidem*, 12 de agosto de 1837, p. 674.
- [63] «Jenny Westphalen to Karl Marx», 11-18 de agosto de 1844, *MEGA*, III, I, p. 441.
- [64] Citado en Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 235.
- [65] Véase, por ejemplo, Mehring, *Karl Marx*, p. 5.
- [66] Karl Marx, «Reflections of a Young Man on the Choice of a Profession», ensayo para el *Gymnasium*, agosto 1835, *MECW*, vol. 1, p. 7. [OFME, pp. 2-3.]
- [67] «Heinrich Marx to Karl Marx», principios de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 650.
- [68] *Ibidem*, mayo-junio de 1836, p. 654.
- [69] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 18.
- [70] «Henriette Marx to Karl Marx», 15-16 de febrero de 1838, *MEGA*, II, I, p. 330.
- [71] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 233.
- [72] Del hermano menor de Karl nadie esperaba lo mismo. Hermann nació el 12 de agosto de 1818. En 1836, según su padre, se trasladó a Bruselas para recibir formación en el área del comercio. Su padre escribió: «Espero mucho de su laboriosidad; de su inteligencia un mínimo». Hermann murió en Tréveris en 1842 a causa de la tuberculosis. Véase Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, pp. 233-234.
- [73] Institut Marksizma-Leninizma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Editorial en Lengua Extranjera, 1957, p. 251. Según el relato de Eleanor, las hermanas toleraban este tratamiento porque les gustaban las historias que él les contaba a cambio.
- [74] «Heinrich Marx to Karl Marx», 28 de diciembre de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 664.
- [75] *Ibidem*, 9 de noviembre de 1836, p. 661; *ibidem*, 12 de agosto de 1837, p. 675.
- [76] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, pp. 297-319.
- [77] «Karl Marx to Friedrich Engels», 17 de septiembre de 1878, *MECW*, vol. 45, p. 322.
- [78] Véase Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, pp. 147, 153, 161-162.
- [79] Sobre el Festival de Hambach, véase cap. 1, pp. 44-45.
- [80] En 1835, por presiones de Metternich, se prohibieron las obras de cierto número de escritores, incluidos Heinrich Heine, Ludwig Börne y Karl Gutzkow, con el pretexto de que los autores eran presuntos miembros de Alemania Joven, una rama de la sociedad secreta revolucionaria mazziniana Europa Joven. De hecho, la Confederación había confundido a dos grupos distintos que compartían el mismo nombre (aunque es dudoso que Metternich fuese, en realidad, así de ingenuo). La entidad literaria Alemania Joven nunca fue algo más que una vaga asociación de escritores reunidos por aventuradas empresas periodísticas y la defensa de un punto de vista literario y político similar. Su alianza como tal solo existió entre 1833 y 1835. La persecución no tardó en quebrantar los nexos entre ellos y el movimiento concluyó en una nebulosa de recriminaciones mutuas, apostasías y revanchismos, la más notoria de las cuales fue un ataque indigno de Heine a la memoria de Börne. Con todo, Metternich no andaba muy descaminado cuando olfateó en Alemania Joven una erupción nada bienvenida en la, hasta entonces, calma superficie de la literatura alemana del siglo XIX, pues Alemania Joven fue claramente una reacción literaria a las revoluciones de la década de 1830 y un ataque explícito tanto contra el conservadurismo medievalista como contra el movimiento romántico

y la actitud indiferente en política de Goethe y el clasicismo alemán. Tanto Friedrich Engels como Jenny von Westphalen mostraron un entusiasmo momentáneo por ella.

[81] Sobre las tensiones sociales y políticas en Tréveris en las secuelas que siguieron a las revoluciones de la década de 1830, véase cap. 1, pp. 44-46.

[82] «Certificado de Madurez del Pupilo en el *Gymnasium* de Tréveris», *MECW*, vol. 1, pp. 643-644; Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 314.

[83] Marx, «Reflexiones de un hombre joven sobre la elección de una profesión», pp. 3-9. [*OFME*, vol. 1, pp. 1-4.]

[84] «Johann Hugo Wyttenbach to Karl Marx», agosto de 1835, *MECW*, vol. 1, p. 733.

[85] La dotación financiera del Gobierno prusiano a la facultad de Teología Protestante en Bonn era el doble de la otorgada a la facultad católica, aunque la primera contara con muchos menos estudiantes. Véase Michael Rowe, *From Reich to State. The Rhineland in the Revolutionary Age, 1780-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 251.

[86] Habiendo apoyado alguna vez a los franceses, Joseph Görres, un prominente publicista católico, fue despedido como director de Enseñanza en Coblenza y escribió un influyente denuesto contra la Administración burocrática prusiana en Renania en *Deutschland und die Revolution*, Coblenza, 1819; Ernst Moritz Arndt era un declarado nacionalista que, en 1814, había sido secretario del anterior primer ministro prusiano, Von Stein, en la época en que este se hallaba a la cabeza de la Administración Central Interaliada en Renania. Nombrado profesor de Historia en Bonn, Arndt atacó a la policía y en 1819 fue suspendido por sus supuestos nexos con las actividades subversivas del *Burschenschaften*, y solo rehabilitado en 1840 por el nuevo rey prusiano Federico Guillermo IV.

[87] «Bruno Bauer to Karl Marx», 1 de marzo de 1840, *MEGA*, III, I, p. 340.

[88] «Certificado de Graduación de la Universidad de Bonn», *MECW*, vol. 1, p. 658; *MEGA*, III, I, p. 727; «Heinrich Marx to Karl Marx», mayo-junio de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 653.

[89] «Certificado de Término», *MECW*, vol. 1, pp. 657-658; dos de los cursos del trimestre de verano no pudieron ser evaluados por la repentina muerte de quien los dictaba.

[90] Véase David Lindenfeld, *The Practical Imagination. The German Sciences of State in the Nineteenth Century*, Chicago, Chicago University Press, 1997, pp. 11-17, 60-64, 70-80, 90-91.

[91] «Heinrich Marx to Karl Marx», principios de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 650.

[92] Bajo el canciller Hardenberg, a comienzos de la década de 1820, se había llegado al acuerdo de que no era posible ningún alza en los impuestos sin el consentimiento de una asamblea representativa. Esto implicaba que, pese al gran crecimiento demográfico de Prusia, la cifra de empleados públicos permaneció estática. Véase Lenore O'Boyle, «The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850», *Journal of Modern History*, 42 (1970), 471-495; Reinhart Koselleck, «Staat und Gesellschaft in Preußen 1815-1848», en H. U. Wehler, ed., *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, 2.a ed., Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1968, pp. 55-85; Reinhart Koselleck, «Staat und Gesellschaft in Preußen 1815-1848», en Werner Conze, ed., *Staat und Gesellschaft im deutschen Vormärz 1815-1848*, Stuttgart, E. Klett, 1962 (*Industrielle Welt*, vol. 1).

[93] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 20.

[94] Institut Marksizma-Leninizma, *Reminiscences of Marx and Engels*, p. 130; Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, Londres, Journeyman Press, 1975 [1901], p. 14.

[95] «Heinrich Marx to Karl Marx», 18 de noviembre de 1835, *MECW*, vol. 1, p. 647.

[96] *Ibidem*. En noviembre de 1837 Karl quemó su obra poética temprana, véase pp. 63, 68. En 1977 se publicó una selección de sus poemas de amor: véase R. Lettau y L. Ferlinghetti, eds., *Love Poems of Karl Marx*, City Lights Books, San Francisco, 1977.

[97] «Heinrich Marx to Karl Marx», principios de 1836, *MECW*, vol. 1, pp. 650-651.

[98] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 11.

[99] Véase *MECW*, vol. 1, pp. 22-24 y pp. 517-616.

- [100] Véase en particular S. S. Prawer, *Karl Marx and World Literature*, Oxford, Clarendon Press, 1976; Mikhail Lifshitz, *The Philosophy of Art of Karl Marx*, Londres, Pluto Press, 1973 [Moscú, 1933]; P. Demetz, *Marx, Engels and the Poets. Origins of Marxist Literary Criticism*, Chicago, Chicago University Press, 1967 [Stuttgart, 1959].
- [101] Una excepción especialmente significativa en Renania fue el ataque a la heredad y la primogenitura que vemos en *Escorpión y Félix*, cap. 29. «El derecho de primogenitura —sostenía él— es el cuarto trastero de la aristocracia», *MECW*, vol. 1, pp. 624-625.
- [102] Demetz, *Marx, Engels and the Poets*, p. 50.
- [103] *I can never pursue calmly / What seizes the soul so powerfully, / I can never remain comfortably at rest: / Ceaselessly tempestuously, I rush on.* «Feelings», citado en Prawer, *Karl Marx and World Literature*, p. 12.
- [104] *In ample glowing raiment bravely wrapped, / With pride-lifted heart illumined, / Constraints and ties imperiously renounced / With firm step great spaces I traverse, / In thy presence I shatter pain, / Towards the tree of life my dreams radiate!* «Concluding Sonnet to Jenny», citado en Lifshitz, *Philosophy of Art*, p. 16.
- [105] *Jenny! Do I dare avow / That in love we have exchanged our souls / That as one they throb and glow / And that through their waves one current rolls? // Then the gauntlet do I fling / Scornful in the World's wide-open face. / Down the giant She-Dwarf, whimpering, / Plunges, cannot crush my happiness. // Like unto a God I dare / Through that ruined realm in triumph roam / Every word is Deed and Fire / And my bosom like the Maker's own.* «Human Pride», *MECW*, vol. 1, p. 586.
- [106] «Sir (G)luck's Armide», *MECW*, vol. 1, p. 540.
- [107] *Words I teach all mixed up into a devilish muddle, / Thus anyone may think just what he chooses to think.* «Epigrams», *MECW*, vol. 1, pp. 576-577, 579.
- [108] *Scorpion and Felix*, *MECW*, vol. 1, pp. 624-625, 628.
- [109] *Oulanem*, *MECW*, vol. 1, pp. 593, 600, 606.
- [110] *This pigmy universe collapses. / Soon I shall clasp Eternity and howl / Humanity's giant curse into its ear. / Eternity! It is eternal pain, / Death inconceivable, immeasurable! / An evil artifice contrived to taunt us, / Who are but clockwork, blind machines wound up / To be the calendar-fools of Time.* *Ibidem*, p. 599.
- [111] Demetz, *Marx, Engels and the Poets*, pp. 55-56; véase también Nicholas Saul, «Aesthetic Humanism (1790-1830)», en Helen Watanabe-O'Kelly, ed., *The Cambridge History of German Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 248-250.
- [112] Primera estrofa: *Oh, if my heart might speak, if it might only / Pour forth what you have quickened in its depths, / The words would all be flames of melody, / And every breath a whole eternity, / A heaven, and Empire infinitely vast, / In which all lives would sparkle bright with thoughts / Full of soft yearning, full of harmonies, / Locking the world so sweetly in its breast, / Streaming with radiance of pure loveliness, / Since every word would only bear your name!* Segunda estrofa: *You will not take it in bad part, young lady, / If I explain to you that he is German / And always raves of melody and soul.* *Oulanem*, *MECW*, vol. 1, p. 601.
- [113] *Ibidem*.
- [114] «Heinrich Marx to Karl Marx», 28 de diciembre de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 666.
- [115] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, pp. 17-19.
- [116] «Heinrich Marx to Karl Marx», 16 de septiembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 680.
- [117] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, p. 18. La cita proviene del ciclo poético, *El mar del Norte* de Heine.
- [118] *MEGA*, I, I (2), pp. 92-96. La colección fue extraída en su mayor parte de la más famosa colección en aquella época, *El cuerno mágico de la juventud (Des Knaben Wunderhorn)*, de Arnim y Brentano, pero también de una colección menos retocada de Erlach, Kretschmer y Zuccalmaglio. Es

interesante, a la vez, que Karl incluyera un ítem utilizado por Byron en *Las peregrinaciones de Childe Harold*. Véase Prawer, *Karl Marx and World Literature*, p. 20.

[119] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 324. Sobre la historia familiar de los Westphalen, véase Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], pp. 23-27.

[120] El topónimo Westfalia era equívoco. Westfalia alude a la región de Alemania situada entre los ríos Rin y Weser, al norte y al sur del río Ruhr. El Reino de Westfalia, por otra parte, se creó en 1807 al fusionarse los territorios cedidos por Prusia en la Paz de Tilsit, que incluían la región occidental del río Elba y algunas partes de Brunswick, Hannover y Hesse.

[121] El Estado contaba con una Constitución escrita, juicios con jurados e iguales derechos ante la ley, además de una Administración central al estilo galo. En 1808 fue el primer estado germano en garantizar la igualdad de derechos a los judíos.

[122] Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, pp. 325-327.

[123] Véase Heinz Monz, «Politische Anschauung und gesellschaftliche Stellung von Johann Ludwig von Westfalen», en *Schriften aus dem Karl-Marx-Haus*, Tréveris, 1973, n.º 9, *Zur Persönlichkeit von Marx' Schwiegervater Johann Ludwig von Westphalen*, pp. 5-19. Resulta significativo el hecho de que urgiera a su sobrino a quemar la carta después de leerla.

[124] Konrad von Krosigk, «Ludwig von Westphalen und seine Kinder. Bruchstücke familiärer Überlieferungen», en *Schriften aus dem Karl-Marx-Haus*, Tréveris, n.º 9, *Zur Persönlichkeit von Marx' Schwiegervater*, p. 47.

[125] El testimonio de Lutz Graf Schwerin von Krosigk, citado en Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 345.

[126] «Karl Marx to Friedrich Engels», 15 de diciembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 499.

[127] Carta de Fernando a su suegro, 10 de abril de 1831, citado en Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 344.

[128] Testimonio de Lutz Graf Schwerin von Krosigk, p. 345.

[129] *Ibidem*.

[130] Von Krosigk, «Ludwig von Westphalen und seine Kinder», pp. 71-72.

[131] «Karl Marx to Friedrich Engels», 16 de agosto de 1865, *MECW*, vol. 42, pp. 180-181.

[132] El Diccionario de Inglés de Oxford define *auscultator* como: «Título dado en Alemania a un joven abogado que ha superado su primer examen público y es, por consiguiente, empleado por el Gobierno, pero sin salario fijo ni nombramiento oficial (ahora llamado *Referendar*)». *Ausser Diensten* significa «jubilado».

[133] «Jenny von Westphalen to Friedrich Engels», 23-24 de diciembre de 1859, *MECW*, vol. 40, pp. 574-575. El conflicto empeoró por la sospecha de Jenny de que todo ello era parte de un plan destinado a arrebatarle su parte del legado en vida de la familia Westphalen.

[134] «Eleanor Marx-Aveling a Wilhelm Liebknecht», 15 de abril de 1896, citado en Monz, *Karl Marx. Grundlagen*, p. 342.

BERLÍN Y EL CREPÚSCULO INMINENTE DE LOS DIOSES

[135] Ernst Dronke (1822-1891), originario de Coblenza, estudió en Bonn, Marburgo y Berlín. A raíz de su libro sobre Berlín, en 1847 fue sentenciado a dos años de reclusión, pero se las arregló para escapar a Bruselas, donde conoció a Engels y a Marx y se unió a la Liga Comunista. En 1848 los acompañó a Colonia, donde desempeñó un papel significativo en el equipo editorial que produjo la

Neue Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta Renana). Participó en el alzamiento de 1849 y luego escapó primero a Suiza y después a Inglaterra, donde pasó el resto de su vida. En 1852 se retiró de la actividad política y se convirtió en representante de una compañía minera explotadora de cobre.

[136] Ernst Dronke, *Berlin*, Darmstadt, Neuwied Luchterhand, 1974 [Frankfurt, J. Rütten, 1846], p. 67; Friedrich Sass, *Berlin in seiner neuesten Zeit und Entwicklung*, Leipzig, Koffka, 1846, pp. 12, 134; véase Robert J. Hellman, *Berlin, the Red Room and White Beer. The 'Free' Hegelian Radicals in the 1840s*, Washington D. C., Three Continents Press, 1990, pp. 5-25.

[137] Henry Vizetelly, *Berlin under the New Empire. Its Institutions, Inhabitants, Industry, Monuments, Museums, Social Life, Manners, and Amusements*, 2 tomos, Londres, Tinsley, 1879, vol. 1, pp. 14-16, citado en Hellman, *Berlin*, p. 22.

[138] Edgar Bauer, *Bruno Bauer und seine Gegner*, Berlín, Jonas, 1842, pp. 80-81, citado en Hellman, *Berlin*, p. 14.

[139] Vizetelly, *Berlin*, vol. 2, p. 314; Hellman, *Berlin*, p. 9.

[140] A causa de su derrota en Jena y Auerstedt, Prusia perdió la mitad de su territorio y fue obligada a pagar una enorme indemnización. Para afrontarla, el Estado se vio obligado a emprender un proceso radical de racionalización en su seno, y esto alimentó la avidez de los principales reformadores por implementar un programa de reformas inspirado en los ideales ilustrados. Se abolió la servidumbre, se eliminaron los monopolios gremiales, el sistema militar y el educativo sufrieron transformaciones y se concedió la parcial emancipación a los judíos, a la vez que se reorganizó el gobierno de la ciudad sobre una base representativa. La dirección de las reformas recayó en Von Stein (1807-1810) y enseguida en Von Hardenberg (1810-1822). El periodo de reformas concluyó en 1819 con una reacción conservadora subrayada por los Decretos de Carlsbad.

[141] La Universidad de Berlín y otras entidades universitarias prusianas se beneficiaron de la notable expansión de la financiación a la educación en la «era de la reforma» (1807-1822). Entre 1816 y 1846 el porcentaje de niños que asistían a la escuela entre los seis y los catorce años subió del 61 al 82 por ciento. La población de las escuelas básicas aumentó en un 108 por ciento, la de los *Gymnasiums* en un 73 por ciento y la universitaria en un 40 por ciento. Además, hubo un notable incremento en la movilidad social. En la década de 1830, por ejemplo, se estimaba que un tercio de los estudiantes matriculados en Halle eran hijos de campesinos, artesanos y funcionarios menores; véase John R. Gillis, *The Prussian Bureaucracy in Crisis, 1840-1860. Origins of an Administrative Ethos*, Stanford, Stanford University Press, 1971.

[142] Eduard Meyen, en *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst*, Leipzig, Verlag von Otto Wigard, n.º 193, 12 de agosto de 1840, p. 1542, citado en Hellman, *Berlin*, p. 10.

[143] «Karl Marx to Heinrich Marx», 10-11 de noviembre de 1837, *MECW*, vol. 1, pp. 10-21. Las citas a continuación provienen todas de la misma fuente.

[144] Eventualmente llenó ciento sesenta y ocho cuadernos de notas, suministrando a los académicos futuros una guía invaluable para determinar su desarrollo intelectual y sus fuentes.

[145] «Heinrich Marx to Karl Marx», 28 de diciembre de 1836, *MECW*, vol. 1, p. 664; *ibid.*, 12 de agosto de 1837, p. 674; *ibid.*, 16 de septiembre de 1837, pp. 682-683; *ibid.*, 17 de noviembre de 1837, p. 684; *ibid.*, 9 de diciembre de 1837, p. 689.

[146] *Ibidem*, 28 de diciembre de 1836, pp. 664-665, 666; *ibid.*, 3 de febrero de 1837, p. 668.

[147] *Ibidem*, 28 de diciembre de 1836, p. 664; *ibid.*, 2 de marzo de 1837, pp. 670, 671.

[148] *Ibidem*, pp. 675, 691.

[149] *Ibidem*, p. 688.

[150] *Ibidem*, pp. 680, 690, 692.

[151] *Ibidem*, pp. 674, 678, 691-693, 694.

[152] Dronke, *Berlin*, pp. 19, 21.

[153] Hellman, *Berlin*, pp. 11, 18-22.

[154] La Escuela Histórica del Derecho adquirió preeminencia en Alemania como parte de la reacción conservadora al lenguaje universal de los Derechos del Hombre asociado a la Revolución francesa. Su origen estuvo en Gotinga antes de 1789, como respuesta a los recuentos cuasihistóricos y tan poco realistas del derecho romano, que asumían que la propiedad privada era correlativa a la naturaleza humana y la historia del hombre. Tras 1815 se volvió un tema central en el debate sobre la futura elaboración de un código legal homogéneo en la Confederación Germánica. Savigny atacaba la noción (racionalista e ilustrada) de un código universal y propiciaba, en su lugar, una senda gradual, en paz y ajena a la política, conducente a la emancipación del campesinado respecto de la tradición feudal. Gans, por oposición, consideraba que la validez del derecho se derivaba de su coherencia como sistema de relaciones y obligaciones. En 1838 refutó el enfoque de Savigny abogando por la codificación como un medio de reforzar la universalidad de la ley y de reducir a los márgenes el papel discrecional de una élite conservadora y profesoral.

[155] Ahora llamada Stralau, es una lengua de terreno entre el río Spree y el mar de Rummelsburger. Desde 1920 es parte del Gran Berlín pero a mediados del siglo XIX era una ciudad distinta, cuya población alcanzaba en 1855 los ciento cuarenta y tres habitantes.

[156] Hegel se ocupaba fundamentalmente de la mente consciente. No tenía tiempo para esos devaneos simbólicos y poéticos en torno al Absoluto que supuestamente posibilitaba la noción de «intuición intelectual» acuñada por Schelling. Esa fue, quizá, la razón de que Karl se sintiera inicialmente repelido por «la grotesca y pedregosa melodía» de sus ideas. En años posteriores Hegel llegó a considerar, a la vez, que el arte era algo de importancia subordinada, incapaz de reflejar la libertad o la divinidad como había hecho una vez, cuando el arte griego había engendrado, a través de los dioses, una visión única de la libertad humana. Con el advenimiento de Jesús, un ser humano más que un dios mítico, la religión suplantó al arte, mientras que en la era moderna, con el incremento de la libertad y las instituciones racionales, las pinturas flamencas de la vida y la cotidianidad burguesas eran «la mayor verdad de la que el arte era capaz».

[157] A medida que términos como «idealismo» y «materialismo» invadían los límites de la perspectiva adoptada por los sectores laicos cultivados en el siglo XVIII y principios del XIX, el materialismo quedó, al menos dentro de la tradición anglo-francesa, asociado a múltiples formas del naturalismo, ante todo con la noción de que el hombre era un animal que buscaba el placer y evitaba el dolor y, por tanto, debía propender a generar un ambiente que maximizara las posibilidades de felicidad. Era la postura sustentada por Helvétius, Bentham y los acólitos del socialismo de Owen. Era particularmente relevante como réplica al énfasis que el cristianismo evangélico hacía en el pecado original. Su desventaja era la concepción pasiva del hombre como una criatura gobernada por los instintos y el propio interés. Por otra parte, el idealismo en un sentido amplio enfatizaba la habilidad del hombre para valerse de la razón y resistirse a las pasiones e impulsos instintivos. En Kant era posible universalizar el uso de la razón valiéndose de un mandato ético exigible a cada individuo: el imperativo categórico («obra según aquella máxima que puedas desear que resulte de validez universal»). En Hegel el progreso de la ética racional estaba unido a una noción de progreso histórico, en el que los mandatos éticos se institucionalizan progresivamente en sistemas legales y credos religiosos, posibilitando de ese modo concepciones aún más adecuadas de una «vida ética». Sobre el desarrollo del idealismo en Kant, véanse más adelante pp. 95 y ss. Para un análisis más detallado de un intento de actualizar estas diferentes posturas en los enfoques teóricos respectivos de Marx y Engels a mediados de la década de 1840, véase capítulo 6, subapartado «¿Una concepción materialista de la historia?», p. 230.

[158] Friedrich Karl von Savigny, *The History of the Roman Law in the Middle Ages*, E. Cathcart, trad., Edimburgo, A. Black, 1829, pp. VI, XV.

[159] Friedrich Karl von Savigny, *Von Savigny's Treatise on Possession, or The Jus Possessionis of the Civil Law*, Erskine Perry, trad., Londres, Sweet, 1848, p. 3.

[160] Savigny, *Roman Law*, p. XII.

[161] La postura de Herder se deriva originalmente de J. G. Hamann, quien había refutado en 1783 la concepción kantiana de la razón. La razón, argüía, no tenía existencia autónoma, excepto en la medida en que estuviese encarnada en el lenguaje y los actos. Por tanto, no era posible tratar la razón como si hubiera existido antes de los constreñimientos del tiempo y el espacio. La razón tenía una historia y esta se encarnaba en el lenguaje y la cultura. Los lenguajes y la cultura se modificaban en el tiempo y diferían en el espacio. Así, no se podía tratar la razón como un supercriterio de juicio, sino más bien como algo encarnado, de una forma más o menos evolucionada, en el espíritu que inspiraba a una comunidad en particular. Aun así, en contraposición a Savigny, Herder también creía que las comunidades nacionales discurrían una junto a otra, en una armonía prestablecida, y en este sentido miraba hacia atrás al racionalismo de Leibniz. Véase Frederick Beiser, *The Fate of Reason. German Philosophy from Kant to Fichte*, Cambridge, Harvard University Press, 1987.

[162] Friedrich Karl von Savigny, *Of the Vocation of Our Age for Legislation and Jurisprudence*, Abraham Hayward, trad., Londres, Littlewood & Co., 1828, p. 24.

[163] Savigny, *Roman Law*, p. XIV.

[164] Se da a menudo por sentado que Gans ha de haber ejercido un impacto considerable en el joven Karl. La base de este supuesto es que, a comienzos de la década de 1830, Gans había visitado París interesado en la pobreza de la modernidad y «la cuestión social», y había escrito sobre los seguidores de Saint-Simon, pero esta idea ha sido luego refutada. Aun cuando es evidente que Gans fue uno de los primeros en hacer una lectura progresista de Hegel y que editó póstumamente tanto la *Filosofía del Derecho* como la *Filosofía de la Historia*, la trayectoria de su pensamiento fue muy distinta a la de los Jóvenes Hegelianos más destacados. Mientras que era afín a la crítica de la competencia que planteaban los acólitos de Saint-Simon, era a la vez hostil a sus ideas sobre la religión y la noción de *Enfantin* de «la rehabilitación de la carne». Cuestionaba el supuesto de Saint-Simon de la primacía que la sociedad tenía sobre el Estado. Gans consideraba que, al mezclarse con el eslogan de los seguidores de Saint-Simon de «a cada quien según sus capacidades», existía el riesgo verdadero de crear una nueva forma de «esclavitud», una «esclavitud de la vigilancia». Aunque es probable que Karl respetara a Gans como un contrapeso a los argumentos de Savigny, ni siquiera en sus primeros años en Berlín hay referencias a Gans en la correspondencia o los escritos de Karl; y hay pocos rastros bien definidos del influjo de sus ideas. En torno a 1842-1843 está claro que (de haber estado vivo Gans) habría habido una gran divergencia entre las ideas de Gans y las del propio Karl. Este último criticaba la *Filosofía del Derecho* de Hegel precisamente sobre la base de la primacía de la sociedad sobre el Estado. Reformuló el lema de Saint-Simon de «a cada quien según sus capacidades» por el de «a cada quien según sus necesidades», y empleó ambos en *Miseria de la filosofía* (1847) y, mucho después, en *Crítica del programa de Gotha* (1875). Pero esta variación en el fraseo, aunque relevante en otros sentidos, no debiera haber bastado para obviar la objeción de Gans, que se refería a las implicaciones autoritarias de la propuesta de Saint-Simon. Sobre la crítica de Gans's al sansimonismo, véase Myriam Bienenstock, «Between Hegel and Marx. Eduard Gans on the “Social Question”», en Douglas Moggach, ed., *Politics, Religion and Art. Hegelian Debates*, Evanston, III, Northwestern University Press, 2011, pp. 164-179.

[165] La denominación Partido del Movimiento era corriente en las décadas de 1830 y 1840. Resulta singularmente útil porque sugiere el hecho de que, en esa época, no se distinguía claramente entre liberales, radicales, republicanos y, hasta cierto punto, los socialistas. Sobre la pertenencia de Gans a los Amigos de Polonia, véase Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels. Leur vie et leur oeuvre*, París, Presses Universitaires de France, 1955, vol. 1, p. 87.

[166] Saint-Simon (1760-1825), considerado a menudo como uno de los fundadores del socialismo, pensaba que la Revolución francesa había fracasado por «no combinar los intereses de los hombres [...] abriendo una senda compartida al interés particular y el general». Dicha senda era la de la

ciencia. Concordaba con los críticos conservadores de la Revolución en que esta no había podido establecer una nueva forma de *pouvoir spirituel* (poder espiritual), capaz de desplazar a la Iglesia católica. La religión era algo esencial, ya que era la fuente última del Derecho que podía mantener cohesionada a una comunidad. En sus primeros escritos sostenía que la cristiandad no podía ya desempeñar ese papel, al estar científicamente obsoleta. Había pues sugerido «la religión de Newton», pero con la restauración de la monarquía gala después de 1815, modificó su argumento y, en su última obra importante, *La nueva cristiandad*, argumentaba que era posible conciliar la religión cristiana con la ciencia, reduciendo el asunto a dos premisas: que todos los hombres han de tratarse entre sí como hermanos y que todos han de ocuparse de una mejora en la situación de la muy vasta y más numerosa categoría social de los más pobres. Tras su muerte en 1825 sus acólitos se agruparon en una entidad colectiva y en 1829 produjeron *La doctrina de Saint-Simon* con la ambiciosa pretensión de fundar una Iglesia sansimoniana. Esto generó un impacto sensacional entre la intelectualidad europea y, en teoría al menos, fue una de las fuentes que definieron todo el pensamiento sobre la «cuestión social» después de 1830.

[167] El debate de la «cuestión social» se hizo habitual en la Europa occidental a principios de la década de 1840. Tuvo su origen en los debates habidos en la secuela de la Revolución de 1830 en Francia y la Ley de Reforma de 1832 en Gran Bretaña. La participación destacada de los trabajadores en las barricadas de París durante los tres días que llevaron a la abdicación de Carlos X, y en la crisis de la reforma en Gran Bretaña, planteó la cuestión tanto de su estatus constitucional permanentemente subordinado como de las nuevas formas de pobreza que los afligían. En Alemania la discusión se complicó aún más por la dificultad de situar a los nuevos trabajadores urbanos e inmigrantes rurales en las categorías oficiales de la sociedad de propietarios. Sismondi, en sus *Nuevos principios de economía política* de 1819, había introducido el término «proletariado» para describir este novedoso fenómeno. Hegel, en la *Filosofía del Derecho*, había aludido a su agrupamiento como *das Pöbel* (la multitud). Gans había aceptado originalmente esta terminología, pero a la luz de sus visitas a Francia e Inglaterra, adoptó el término «proletariado». Véase Norbert Waszek, «Eduard Gans on Poverty and on the Constitutional Debate», en D. Moggach, ed., *The New Hegelians. Politics and Philosophy in the Hegelian School*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006, pp. 24-50.

[168] Sobre la postura de Gans respecto a la historia y filosofía del derecho, véase Michael H. Hoffheimer, *Eduard Gans and the Hegelian Philosophy of Law*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1995.

[169] Savigny, *Of the Vocation*, pp. IV, 9, 18, 20, 22.

[170] Véase Hoffheimer, *Gans*, pp. 35, 46. Es importante hacer notar, sin embargo, que la postura de Savigny era más la de un «reformista conservador» que la de un reaccionario de tomo y lomo. En relación con el giro gradual desde las relaciones feudales a los intereses de los propietarios en el campo, postulaba que era posible adaptar el derecho romano a las nuevas situaciones. En su perspectiva, la reforma gradual de las relaciones de propiedad en el campo debía guiarse por el saber jurídico de la Academia antes que por la legislación. Véase James Q. Whitman, *The Legacy of Roman Law in the German Romantic Era. Historical Vision and Legal Change*, Princeton, Princeton University Press, 1990, pp. 183-185.

[171] Véase Hoffheimer, *Gans*, pp. 42-46.

[172] *Ibidem*, pp. 19-21.

[173] Véase Donald Kelley, «The Metaphysics of Law. An Essay on the Very Young Marx», *American Historical Review*, 83/2 (1978), pp. 350-367; Warren Breckman, *Marx, the Young Hegelians, and the Origins of Radical Social Theory. Dethroning the Self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 261.

[174] *MECW*, vol. 1, p. 679.

[175] Dentro de la Administración del Estado en sí misma, reformas políticas que alguna vez se consideraron inminentes, como la promesa de convocar una Asamblea representativa, no se llevaron a cabo. Uno de los consejeros más próximos al rey, el predicador hugonote Jean Pierre Ancillon, estaba persuadido de que la convocatoria de esa Asamblea provocaría una serie de eventos que replicarían los actos de la Asamblea Nacional francesa en 1789 y concluirían en la abolición de la monarquía. En lugar de ello, el Gobierno había establecido una serie de Dietas provinciales, convocadas según los planteamientos de los estamentos tradicionales y a las que se negaba cualquier facultad impositiva. Véase Christopher Clark, *Iron Kingdom. The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006, pp. 402-403. [Hay trad. cast.: *El reino de hierro*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]

[176] G. W. F. Hegel, *Elements of the Philosophy of Right*, en A. W. Wood, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1991 [1821], p. 20. [Hay trad. cast.: *Hegel 1 y Hegel 2*, Madrid, Gredos, 2010.] Para una exposición menos cautelosa de su filosofía política anterior a los Decretos de Carlsbad, véase G. W. F. Hegel, *Lectures on Natural Right and Political Science. The First Philosophy of Right*, J. Michael Stewart y Peter C. Hodgson, trads., Berkeley, California University Press, 1995. La posición de Hegel siguió siendo ambivalente. Según Heine, habiendo escuchado las conferencias de la *Filosofía del Derecho* y, tras quedar estupefacto ante la infame propuesta de Hegel de una identidad entre lo «racional» y lo «actual», él mismo se levantó de su asiento y le pidió que explicara el sentido de su afirmación. Se dice que Hegel esbozó una sonrisa furtiva y dijo en un murmullo: «Puede expresarse de este modo: todo lo que es racional debe ser». Véase G. Nicolín, *Hegel in Berichten seiner Zeitgenossen*, Hamburgo, F. Meiner, 1970, p. 235.

[177] En el análisis de Kant en la primera *Crítica*, las intuiciones sensoriales humanas se volvían representaciones de objetos de la naturaleza cuando se combinaban con formas conceptuales no intuitivas (categorías del pensamiento). Esas representaciones adoptaban la forma de juicios, estructurados por reglas que seguían todos los agentes racionales. Los objetos de los que nos hacemos conscientes debían ser objetos posibles de experimentar. Debían tener una existencia en el espacio y el tiempo. Esto dejaba fuera a las entidades no sensibles como Dios o el alma inmortal, pues no tenían posibilidad de ser ninguna forma de posible intuición.

[178] La teoría de Kant acerca de la autonomía de la moral exigía someternos solo a esas leyes que hemos hecho nosotros mismos. La moral, el *derecho moral*, se articulaban como un imperativo categórico en virtud del cual solo aplicábamos a otros eso que aplicaríamos a nosotros mismos como un acto legislativo de carácter universal. El problema generado por esta postura era: si, como entidades naturales, nuestra conducta está únicamente determinada por nuestros intereses (la búsqueda de la «felicidad»), ¿cómo puede haber en todo ello sitio para la moral?

[179] Immanuel Kant, *Religion within the Boundaries of Mere Reason and Other Writings*, Allen Wood y George di Giovanni, comps., Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 105-112.

[180] El propósito final se introdujo como una extensión de la ley moral, traído a colación por «el rasgo natural del hombre de que, para cualquiera de sus actos, ha de concebir un fin por encima de la ley». Véase W. Jaeschke, *Reason in Religion. The Foundations of Hegel's Philosophy of Religion*, J. Michael Stewart y Peter C. Hodgson, trads., Berkeley, California University Press, 1990, p. 80; véanse también pp. 72-73, 76-77.

[181] *Ibidem*, p. 82.

[182] Esta fue la postura adoptada por Fichte, el más inmediato sucesor de Kant. A consecuencia de ella, en 1798 fue acusado de ateísmo. Véase Yolanda Estes, ed., y Curtis Bowman, ed. y trad., *J. G. Fichte and the Atheism Dispute (1798-1800)*, Farnham, Ashgate, 2010.

[183] Hölderlin era a la vez poeta, filósofo y el responsable de algunas de las primeras formulaciones de la idea del Absoluto. Schelling era el pionero más precoz y prolífico del idealismo poskantiano. Tras Tubinga, abandonó la localidad rumbo a Jena, donde se transformó en guía de un famoso círculo

de escritores románticos que incluía a los hermanos Schlegel y Schleiermacher. En 1800 invitó a Hegel a unírsele y durante algunos años editaron juntos una revista filosófica. Su amistad concluyó por la publicación, en 1807, de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, en la que este criticaba agudamente la concepción intuitiva del Absoluto de Schelling. En las décadas de 1830 y 1840 los radicales conservaron su asombro ante el panteísmo de juventud de Schelling y su filosofía de la naturaleza, pero se mostraban muy críticos sobre su retorno a una modalidad cristiana y su renuncia a su pasado filosófico.

[184] En *La educación de la raza humana*, publicada en 1780, Lessing incorporaba la historia revelada de la cristiandad en un capítulo sobre la historia más vasta del progreso de la humanidad hacia una condición de perfección moral. Véase H. B. Nisbet, ed., *Lessing. Philosophical and Theological Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 217-240. Como Kant, Lessing había anticipado el advenimiento de una forma nueva y más ilustrada de religión en la que la moral no estaba ya ligada a los cálculos prudentes respecto a la vida después de la muerte. La concepción de un «credo cívico» de Rousseau quedó desarrollada en *El contrato social*. Véase J. J. Rousseau, *The Social Contract and Other Later Political Writings*, Victor Gourevitch, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 150-151. [Hay trad. cast.: *El contrato social*, Barcelona, Altaya, 1993.] Sobre la concepción de Hegel de la armonía ética en la antigua Grecia, véase G. W. F. Hegel, *Phenomenology of Spirit*, A. V. Miller, trad., Oxford, Clarendon Press, 1979, párrs. 699-704. [*Ibidem*, *Hegel 1* y *Hegel 2*, Madrid, Gredos, 2010.]

[185] «The Earliest System-programme of German Idealism» (Berne, 1796), H. S. Harris, *Hegel's Development. Toward the Sunlight, 1770-1801*, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 511-512.

[186] La autoconciencia no significaba autoconciencia individual sino la conjunción de la conciencia particular y universal en el desarrollo del espíritu. Para el uso del término por Marx y Bruno Bauer, véase capítulo 4, pp. 119-120.

[187] Hegel insistía en que su concepción del Absoluto era diferente a la de la «substancia» de Spinoza, *Deus sive Natura* (Dios o la Naturaleza). Ya fuera que se la concibiera en términos mecánicos o, siguiendo a Herder, en términos orgánicos, la substancia de Spinoza no era, a diferencia del Dios cristiano, una persona o un sujeto. El Dios de Hegel, como contrapartida, era en el nivel de la religión una persona, y en el filosófico, «el Concepto». Por tanto, a diferencia de la noción de substancia de Spinoza, el Absoluto de Hegel no era algo subyacente tras el mundo fenoménico, sino el sistema conceptual imbricado dentro de él. Este sistema conceptual no era estático; se desarrolló con los avances del conocimiento y desarrollo humanos. Por este motivo, el Absoluto de Hegel se postulaba como un avance desde la «substancia» al «sujeto».

[188] Véase Warren Breckman, «Ludwig Feuerbach and the Political Theology of Restoration», *History of Political Thought*, vol. 13/3, 1992, pp. 437-462; también Breckman, *Marx, the Young Hegelians*, caps. 2 y 3.

[189] La concepción que Hegel proponía del mundo empezaba por el pensamiento (la lógica). La refutación de Schelling se consideró como la primera proclama de lo que sería la propuesta existencialista de Jean-Paul Sartre, en el sentido de que «la existencia precede a la esencia». O como lo argumentaba Kierkegaard, Schelling había situado en el paso original de la nada al ser la incapacidad de «todos los sistemas puramente racionales» de incluir «lo empírico, lo existente, lo real».

[190] Véase Breckman, «Ludwig Feuerbach», pp. 445-451.

[191] El libro de Strauss fue un punto de inflexión, no solo en la historia intelectual prusiana sino en la historia de la Europa decimonónica. Su impacto sobre la fe cristiana fue tan transcendental como el que causó después Darwin con *El origen de las especies*. En 1846 apareció una edición en inglés en tres tomos, traducida por Mary Ann Evans (más tarde conocida como George Eliot). Según el conde

de Shaftesbury, un reformador social evangélico, este libro era «el libro más pestilente de cuantos han vomitado las fauces del infierno».

[192] La idea de los Evangelios como estructuras míticas compuestas y creadas por una tradición posterior de manifestaciones pertenecientes a distintas épocas y circunstancias no le debía nada a Hegel y era, de hecho, más cercana a las obras tempranas de Schelling.

[193] Clark, *Iron Kingdom*, pp. 419-422.

[194] Heinrich Marx, el padre de Karl, hizo su último intento en una intervención pública, mediante el borrador resumido de un breve artículo suyo en el que defendía los actos del Estado frente a la Iglesia. Su punto era que los actos de la Corona eran un tema político y no legal. Cualquier gobernante, confrontado a una amenaza seria a la seguridad del reino, actuaría por encima de la ley y esto no tenía nada que ver con la diferencia entre las modalidades constitucional y absolutista de gobierno. Confrontado a una amenaza análoga, un ministro inglés no hubiera dudado en actuar de manera similar. Karl editó luego el manuscrito. Véase «Entwurf einer Broschüre über den Kölner Kirchenstreit zur Verteidigung der Haltung des Königs von Preußen», *MEGA*, I, I (2), 1927, pp. 231-233.

[195] Véase Hegel, *Elements of the Philosophy of Right*, párr. 270, pp. 290-304.

[196] Arnold Ruge (1802-1880) fue un activista del movimiento estudiantil *Burschenschaft* a comienzos de la década de 1820, motivo por el cual pasó seis años en la cárcel. En la década de 1830 enseñó como *Privatdozent* en la Universidad de Halle, donde en 1837 fundó los *Hallische Jahrbücher*, seguido entre 1841 y 1843 de los *Deutsche Jahrbücher*, una vez que la censura lo obligó a trasladarse a Sajonia. Tras la clausura forzosa de esta revista en 1843, por mandato del Gobierno prusiano, se desplazó a París. Rompió con Marx por la cuestión del socialismo. En 1848 era un miembro radical de la Asamblea de Frankfurt, después de lo cual permaneció en el exilio en Inglaterra, estableciéndose en Brighton. En años posteriores fue, sin embargo, un resuelto partidario de la unificación bismarckiana de Alemania.

[197] Para un recuento del desarrollo político de los *Hallische Jahrbücher* hacia finales de la década de 1830, véase especialmente James D. White, *Karl Marx and the Intellectual Origins of Dialectical Materialism*, Basingstoke, Macmillan, 1996, cap. 3.

[198] El pietismo fue un movimiento de reforma alemán dentro del luteranismo, particularmente influyente en los siglos XVII y XVIII. Tenía afinidades con el metodismo del siglo XVIII en Inglaterra.

[199] Sobre Köppen, véase especialmente Helmut Hirsch, «Karl Friedrich Köppen: Der intimste Berliner Freund Marxens», *International Review of Social History*, vol. 1, 1936, pp. 311-370; y también Hellman, *Berlin*, pp. 121-131.

[200] Karl Friedrich Köppen, «Friedrich der Grosse und seine Widersacher. Eine Jubelschrift», en Heinz Pepperle, ed., *Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, Berlín, Akademie Verlag, 2003, vol. 1, pp. 156-157.

[201] Friedrich von Schlegel, *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, Munich, F. Schöningh, 1961, vol. VI, pp. 252-253, citado en White, *Karl Marx*, pp. 122-123.

[202] Karl Marx, tesis doctoral: «Difference between the Democritean and Epicurean Philosophy of Nature» [La diferencia entre la filosofía de la naturaleza democritana y epicúrea], marzo de 1841, *MECW*, vol. 1, p. 30. La filosofía epicúrea, la estoica y la escéptica representaban «el sistema nervioso, muscular e intestinal del organismo antiguo, cuya unidad inmediata, natural, condicionaba la belleza y la moral de la Antigüedad, y que se desintegró con la declinación de la última»; *ibidem*, p. 735. [OFME, p. 17.]

[203] *Ibidem*, pp. 30, 52-3. [*Ibidem*, p. 53.]

[204] *Ibidem*, p. 106. [*Ibidem*, p. 70.]

- [205] Karl Marx, «Notebooks on Epicurean Philosophy», *MECW*, vol. 1, pp. 491, 492. [*Ibidem*, pp. 131, 132.]
- [206] Marx, tesis doctoral, p. 86. [*Ibidem*, p. 61.]
- [207] *Ibidem*, pp. 29, 52, 58, 71. [*Ibidem*, pp. 36, 52.]
- [208] *Ibidem*, pp. 50-52, 70-73; Marx, «Notebooks on Epicurean Philosophy», p. 414. [*Ibidem*, pp. 52, 36, 40.]
- [209] Marx, tesis doctoral, pp. 66-67, 70, 30, 73. [*Ibidem*, p. XXIX.]
- [210] G. W. F. Hegel, *Lectures on the History of Philosophy*, Lincoln, Nebraska University Press, 1995, vol. 2, p. 234. [*Idem*, *Hegel 1 y Hegel 2*, Madrid, Gredos, 2010.]
- [211] Marx, tesis doctoral, pp. 45, 51, 62. [*OFME*, vol. 1, p. 44.]
- [212] *Ibidem*, pp. 73, 74-76, 417-418; sobre el desafío que Schelling y Stahl representaban, véase Breckman, «Ludwig Feuerbach», pp. 438-442. [*Ibidem*, p. 53.]
- [213] Marx, tesis doctoral, pp. 85, 86; Marx, «Notebooks on Epicurean Philosophy», p. 498. [*Ibidem*, pp. 60, 61, 137.]

RECONSTRUYENDO LA *POLIS*

- [214] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», 24 de junio de 1838, *MEGA*, III, I, pp. 332-333.
- [215] «Henriette Marx to Karl Marx», 29 de mayo de 1840, *MEGA*, III, I, pp. 347-348.
- [216] «Sophie Marx to Karl Marx», marzo de 1841, *MEGA*, III, I, p. 351.
- [217] «Bruno Bauer to Karl Marx», 12 de abril de 1841, *MEGA*, III, I, pp. 358-359.
- [218] «Karl Friedrich Köppen to Karl Marx», 3 de junio de 1841, *MEGA*, III, I, p. 361.
- [219] «Bruno Bauer to Karl Marx», principios de abril de 1841, *MEGA*, III, I, p. 356.
- [220] Su muerte, unida al fallecimiento de Ludwig, dejó a la familia expuesta a severas presiones financieras y, como resultado de ello, Jenny y su madre se trasladaron por un tiempo a Kreuznach.
- [221] «Karl Marx to Arnold Ruge», 9 de julio de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 389. En medio de estas dificultades, su hermana Sophie se casó (12 de julio de 1842). Sophie había sido cercana a Jenny y había actuado como una especie de mediadora, a la vez que siguió siendo muy próxima a su propia madre, a quien describía como «menuda, delicada y muy inteligente». Puede que el traslado de Sophie a Maastricht en medio de estos problemas familiares contribuyera a empeorar el conflicto. Véase Jan Gielkens, *Karl Marx und seine niederländischen Verwandten. Eine kommentierte Quellenedition*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1999, n.º 50, p. 33.
- [222] «Karl Marx to Arnold Ruge», 25 de enero de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 397.
- [223] Véase Gielkens, *Karl Marx*, pp. 36-37. La única concesión que estaba dispuesta a hacer era permitir a Karl que pagara sus antiguas deudas. En 1861 informaba a Lassalle de que una visita a Tréveris le había permitido eliminar algunos pagarés a su nombre. Pese a la distancia entre ambos, algunas vías de comunicación recíproca permanecieron abiertas. Henriette vivió la última parte de su vida en la calle Fleisch con la hermana de Karl, Emilie Conradi, y su familia. Pareciera, por las condolencias que Eleanor recibió a la muerte de su padre, que la familia de Emilie siguió en contacto regular con la de Karl. Véase Heinz Monz, *Karl Marx. Grundlagen der Entwicklung zu Leben und Werk*, Tréveris, Verlag Neu, 1973, p. 237.
- [224] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 8 de mayo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 283.
- [225] Absorbido por sus problemas financieros, Karl había dado tan solo superficiales condolencias a Friedrich Engels por la muerte de su compañera, Mary Burns, antes de proseguir con sus quejas por su falta de dinero, pero en un intento algo bizarro de manifestarle su empatía, añadió: «En vez de

Mary, ¿no tendría que haber sido mi madre [la que muriera], siendo presa hoy de tantos achaques y habiendo disfrutado ya de una buena cuota de vida? Ya ves qué extrañas ideas se vienen a la mente de los “hombres civilizados” cuando están bajo la presión de ciertas circunstancias». «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, pp. 442-443.

[226] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», s.f., 1839, *MECW*, vol. 1, pp. 697-698.

[227] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», 13 de septiembre de 1841, *MEGA*, III, I, p. 368.

[228] *Ibidem*, fecha posterior al 10 de mayo de 1838, p. 331.

[229] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», s.f., 1839, *MECW*, vol. 1, pp. 696-697.

[230] *Ibidem*, p. 696.

[231] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», 13 de septiembre de 1841, *MEGA*, III, I, p. 366.

[232] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», s.f., 1839, *MECW*, vol. 1, p. 698.

[233] *Ibidem*, 10 de agosto de 1841, pp. 707-708.

[234] *Ibidem*, p. 708.

[235] «Bruno Bauer to Karl Marx», 11 de diciembre de 1839, *MEGA*, III, I, pp. 335-336; 1 de marzo de 1840, *MEGA*, III, I, p. 341.

[236] *Ibidem*, 12 de abril de 1841, pp. 357-358.

[237] La Universidad de Jena tenía aún gran prestigio intelectual tras quedar asociados a ella nombres como Goethe, Schiller, Fichte y los primeros románticos, pero seguía siendo una entidad pequeña y estaba pobremente financiada y, por tanto, seguía obligada a cobrar tasas como una forma de complementar sus ingresos. Según los estatutos de 1829, los interesados en una carrera docente en una universidad o *Gymnasium* debían pasar un examen presencial ante el claustro en pleno y hacer una presentación en latín, mientras a los aspirantes al logro mayor, *Magister der freyen Künste* (maestría en Humanidades), se les exigía además que se sometieran a un examen público. Pero si el candidato no solicitaba este estatus más alto, era posible que se lo examinara *in absentia*, siempre que entregara junto a la tesis un *curriculum vitae* detallado con un listado de las asignaturas universitarias previamente cursadas y un certificado de competencia en latín y de buena conducta, junto a una tasa de doce luises de oro. Pese a las críticas frecuentes por parte de las autoridades prusianas, los estándares de funcionamiento en el estado conjunto de Saxe-Weimar-Eisenach seguían siendo elevados. En los años previos a Marx, Robert Schumann se aseguró un grado de doctorado por medios similares. Luego Marx intentó conseguir la segunda calificación más alta para obtener un cargo académico en Bonn. Véase Erhard Lange, *Die Promotion von Karl Marx, Jena 1841. Eine Quellenedition*, Berlín, Dietz Verlag, 1983, pp. 185 y ss.; Joachim Bauer et al., «Ich präsentiere Ihnen Herrn Carl Heinrich Marx aus Trier...», Kabinettausstellung an der Friedrich-Schiller-Universität Jena, 13-19 de abril de 2011 (ítem en exhibición).

[238] Karl Marx, tesis doctoral: «Difference between the Democritean and Epicurean Philosophy of Nature», marzo de 1841, *MECW*, vol. 1, p. 30. [*OFME*, p. 18.]

[239] Habiendo formado parte, originalmente, del círculo romántico inicial y siendo amigo de Friedrich Schlegel, en 1810 Friedrich Schleiermacher se convirtió en profesor de Teología en la recién fundada Universidad de Berlín y continuó en su labor hasta su muerte en 1834. Políticamente, era un liberal, con una noción teológica basada en que no era posible aprehender racionalmente la religión. Lo importante no eran el credo, las Escrituras o la racionalización filosófica, sino el sentimiento. El sentimiento religioso representaba una sensación de absoluta dependencia de Dios, comunicada a la Iglesia a través de Jesús. El antagonismo entre Hegel y Schleiermacher era ya evidente en la fase que siguió al asesinato de Kotzebue y a la persecución de los «demagogos» desatada en 1819, pero se volvió irremediable con la introducción que Hegel hizo en 1822 al texto de Hinrich, *Religion in Its Inner Relation to Science*. Allí Hegel observaba con sarcasmo que asociar la religión a un sentimiento de dependencia absoluta —una postura conocida por todo el que estuviera asociado a Schleiermacher— hacía que un perro pudiera ser el cristiano ideal; incluso añadía que «un

perro experimentaba con seguridad sentimientos de redención cuando su hambre se veía satisfecha con un hueso». El propio Schleiermacher quedó profundamente ofendido y sus amigos nunca le perdonaron a Hegel este agravio. Véase Terry Pinkard, *Hegel. A Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 500-502. En las décadas de 1830 y 1840 hubo considerables rivalidades, en ocasiones muy ácidas, entre los seguidores de Hegel y los de Schleiermacher. Para Bauer fue, por tanto, un hecho desafortunado que se lo transfiriera de Berlín a Bonn en 1839, visto que Bonn era una plaza fuerte de los partidarios de Schleiermacher, quienes no tenían la menor intención de garantizarle allí la obtención de una plaza académica permanente.

[240] Citado en John E. Toews, *Hegelianism. The Path toward Dialectical Humanism, 1805-1841*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, pp. 292-293.

[241] Bruno Bauer, *The Trumpet of the Last Judgement against Hegel the Atheist and Anti-Christ. An Ultimatum*, Lawrence Stepelevich, trad., Lewiston, Edwin Mellen Press, 1989 [1841], pp. 189-190.

[242] Bauer se vio obligado a vender su biblioteca y vivió la humillación de tener que pedir a la viuda de Hegel una remuneración por su labor editorial con las *Lecciones de filosofía de la religión*. La frustración lo llevó a quemar su correspondencia con Altenstein y Schulze; y cuando, en 1840, murió Federico Guillermo III, hubo de aceptar que sus posibilidades de lograr un cargo académico remunerado habían concluido. Toews, *Hegelianism*, pp. 308-309; Douglas Moggach, *The Philosophy and Politics of Bruno Bauer*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 63.

[243] Véase especialmente Moggach, *Bruno Bauer*, cap. 3.

[244] Sobre Federico Guillermo IV, véase David E. Barclay, *Frederick Wilhelm IV and the Prussian Monarchy 1840-1861*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

[245] Carta 22, *Briefwechsel zwischen Bruno Bauer und Edgar Bauer während den Jahren 1839-1842 aus Bonn und Berlín*, Charlottenburg, Verlag von Egbert Bauer, 1844, citado en Gustav Mayer, «Die Anfänge des politischen Radikalismus im vormärzlichen Preussen», en Gustav Mayer, *Radikalismus, Sozialismus und bürgerliche Demokratie*, Frankfurt, Suhrkamp, 1969, p. 20.

[246] También es cierto que, como seguidor de Schleiermacher, no tenía motivos para prolongar la política de Altenstein. Véase Moggach, *Bruno Bauer*, pp. 80-82, 234.

[247] Mayer, *Radikalismus*, pp. 54-56.

[248] «Bruno Bauer to Karl Marx», 11 de diciembre de 1839, *MEGA*, III, I, p. 336; *ibidem*, 1 de marzo de 1840, p. 341; *ibidem*, 5 de abril de 1840, pp. 345-346; *ibidem*, 31 de marzo de 1841, p. 354.

[249] *Ibidem*, 28 de marzo de 1841, p. 353.

[250] *Ibidem*, 31 de marzo de 1841, p. 354.

[251] «Bruno Bauer to Arnold Ruge», 6 de diciembre de 1841, en A. Ruge, *Arnold Ruges Briefwechsel und Tagebuchblätter aus den Jahren 1825-1880*, Paul Nerrlich, ed., vol. 1, Berlín, Weidmann, 1886, p. 239.

[252] Bauer, *Trumpet*, p. 62.

[253] *Ibidem*, pp. 61, 94, 114.

[254] Moggach, *Bruno Bauer*, pp. 114-115, 107-112.

[255] Bauer, *Trumpet*, pp. 136, 137, 140.

[256] Karl Marx, «Comments on the Latest Prussian Censorship Instruction», enero-febrero de 1842, *MECW*, vol. 1, pp. 116, 117. [OFME, 155, 157.]

[257] «Karl Marx to Arnold Ruge», 10 de febrero de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 381; «Arnold Ruge to Karl Marx», 25 de febrero de 1842, *MEGA*, III, I, p. 370.

[258] «Karl Marx to Arnold Ruge», 5 de marzo de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 382.

[259] *Ibidem*, 27 de abril de 1842, p. 387.

[260] Sobre las notas preparatorias de Karl para su «Tratado», véase *MEGA*, I, II, pp. 114-118.

[261] Véase el libro de poemas que Karl envió a su padre en 1837, que incluía «la primera elegía de Tristezas libremente desplegada», *MECW*, vol. 1, pp. 548-557; Loers había escrito un tratado sobre

Ovidio.

[262] Karl Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858 (Grundrisse)*, MECW, vol. 28, pp. 47, 48. [Hay trad. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, de aquí en adelante *Grundrisse*, México D. F., Siglo XXI, 2007, 20.a ed., vol. 1, p. 33.]

[263] Bauer, *Trumpet*, pp. 155-156.

[264] Johann Winckelmann (1717-1768) fue un pionero de la historia del arte y arqueólogo que, en su *Historia del arte en la Antigüedad*, distinguía por primera vez y con claridad entre el arte griego, grecorromano y romano, además del egipcio y etrusco. El arte era tratado como expresión de una civilización particular (de su clima, su grado de libertad, su artesanía). Su obra fue decisiva para el auge del movimiento neoclásico a finales del siglo XVIII y su exaltación del arte y la civilización de la antigua Grecia. Entre sus admiradores se contaban Lessing, Goethe, Herder y Heine.

[265] Sobre la forma radical en que Bauer reformula la postura de Hegel, véase Margaret Rose, *Marx's Lost Aesthetic. Karl Marx and the Visual Arts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 59-60.

[266] Bauer, *Trumpet*, p. 157.

[267] Carl Friedrich von Rumohr, *Italienische Forschungen*, Berlín y Stettin, Nicolai'sche Buchhandlung, 1827, p. 124, citado en Mijaíl Lifshitz, *The Philosophy of Art of Karl Marx*, Londres, Pluto Press, 1973 [Moscú, 1933], p. 35.

[268] Véase Charles de Brosses, *Du culte des dieux fétiches*, París, 1760; citas de De Brosses en Lifshitz, *Philosophy of Art*, pp. 36-38. Charles de Brosses (1709-1777) nació en Dijon y fue amigo del naturalista Buffon. De Brosses escribió numerosos ensayos sobre historia, filología y lingüística antiguas, algunos de los cuales fueron incorporados por Diderot y D'Alembert a la *Encyclopédie*. Sus 1.760 obras ofrecen una teoría materialista de los orígenes de la religión basada en una comparación entre el credo del antiguo Egipto y esa misma corriente en la región del Níger.

[269] Véase Rose, *Lost Aesthetic*, pp. 65-68.

[270] J. J. Grund, *Die Malerei der Griechen*, vol. 1, Dresde, 1810, p. 15, citado en Lifshitz, *Philosophy of Art*, p. 37.

[271] Véase Rose, *Lost Aesthetic*, pp. 1-34.

[272] En su tesis Karl describía el intento de Gassendi de reconciliar el catolicismo con la filosofía pagana de Epicuro, «como si alguien hubiese hecho el intento de poner el hábito de una monja cristiana en torno al cuerpo felizmente lujurioso del griego Laius». Marx, «Prólogo» a la tesis doctoral, p. 29. [OFME, vol. 1, pp. 385-386.] Véase S. S. Prawer, *Karl Marx and World Literature*, Oxford, Clarendon Press, 1976, pp. 30-31.

[273] «Karl Marx to Arnold Ruge», 20 de marzo de 1842.

[274] *Ibidem*, p. 386. A principios de abril Karl intentó trasladarse a Colonia, visto que la cercanía a los profesores de Bonn le resultaba «intolerable»; *ibidem*, p. 385. Solo que allí el ambiente le distraía en exceso y se volvió a Bonn.

[275] «Bruno Bauer to Edgar Bauer», en *Briefwechsel zwischen Bruno Bauer und Edgar Bauer*, p. 192.

[276] *The Catholic World*, vol. 6, n.º 34, 1868, p. 504.

[277] Daniel O'Connell (1775-1847) era conocido habitualmente como «el Liberador» o «el Emancipador». Hizo campaña por la emancipación católica —el derecho de los católicos a ocupar un escaño en el Parlamento de Westminster— y por el rechazo del Acta de Unión, que formalizó la unidad de Gran Bretaña e Irlanda. Debido a la crítica situación en Irlanda, en 1829 se concedió la emancipación católica, poniendo fin a la Constitución protestante. No era aventurado hacer paralelos entre la Renania católica y la Prusia protestante.

[278] Sobre detalles de este conflicto, Véase capítulo 3, pp. 103-104.

[279] Friedrich List (1789-1846) fue uno de los principales economistas alemanes del siglo XIX. En su *Sistema nacional de economía política* (1841), presentó una estrategia de desarrollo económico nacional basada en la protección de las industrias en fase embrionaria, opuesta a la política económica «cosmopolita» de Adam Smith. Karl escribió, pero nunca publicó, un artículo acerca del libro de List en torno a 1845.

[280] Sobre la discusión entre miembros del Gobierno respecto a cómo manejar el caso de la *Rheinische Zeitung*, véase Mayer, *Radikalismus*, pp. 35-52.

[281] «Karl Marx to Arnold Ruge», 27 de abril de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 387.

[282] *Ibidem*, 5 de marzo de 1842, pp. 382-383. *Res publica* significa literalmente «cosa pública» y la expresión se originó en referencia a la antigua República romana.

[283] Este era un tema fundamental en las regiones boscosas empobrecidas en torno al Mosela y la región de Hunsrück.

[284] Karl Marx, «Debates on Freedom of the Press», 12 de mayo de 1842. [*OFME*, vol. 1, pp. 154, 193.]

[285] Karl Marx, «The Leading Article in n.º 179 of *Kölnische Zeitung*», 14 de julio de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 195.

[286] Pero el proceso era parcial y vacilante, especialmente en los años de la «era de la reforma». La experiencia del padre de Karl, Heinrich, y de su profesor de Derecho en Berlín, Eduard Gans, demuestra cuán contradictorio podía llegar a ser el proceso en el caso del Derecho y la Academia.

[287] Véase capítulo 1, pp. 42-43.

[288] Karl Ludwig von Haller (1768-1854) era un jurista suizo de Berna y el autor de *Restauración de la ciencia del Estado*, un tratado contrarrevolucionario que no hacía concesiones. Por este motivo, fue uno de los blancos centrales de Hegel en su *Filosofía del Derecho*. Su libro fue también quemado en el Festival de Hambach en mayo de 1832.

[289] Según Warren Breckman, Prusia se caracterizaba en esta época no tanto por sus «vestigios feudales» como por su «extrema fragmentación social» y esto era racionalizado por una filosofía que Breckman designa como «personalismo» y «atomismo». Véase Warren Breckman, *Marx, the Young Hegelians and the Origins of Radical Social Theory. Dethroning the Self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, cap. 7.

[290] Este era el punto que el propio Karl establecía en sus «Comentarios sobre el último Instructivo de Censura prusiano», pp. 109-131. [*OFME*, vol. 1, pp. 149-172.]

[291] Marx, «Leading Article in n.º 179 of the *Kölnische Zeitung*», 10 de julio de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 189.

[292] Marx, «Debates on the Freedom of the Press», 10 de mayo de 1842, *MECW*, vol. 1, pp. 145, 151. [*OFME*, vol. 1, p. 186.]

[293] Karl Marx, «Proceedings of the Sixth Rhine Province Assembly. Third Article. Debates on the Law on Thefts of Wood», 3 de noviembre de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 262. [*Ibidem*, pp. 173-221.]

[294] «Karl Marx to Arnold Ruge», 20 de marzo de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 384.

[295] Marx, «Debates on the Law on Thefts of Wood», 25 de octubre de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 231. [*OFME*, vol. 1, pp. 248-283.]

[296] *Ibidem*, 3 de noviembre de 1842, p. 262.

[297] Gustav Hugo (1764-1844) fue profesor de Derecho en Gotinga, en el Electorado Anglófilo de Hannover. En la década de 1780, como reacción al tratamiento estilizado de la historia del derecho romano, publicó una traducción y comentario sobre el capítulo de derecho romano en *Auge y caída del Imperio romano* de Gibbon. En lugar de su tratamiento como un corpus inmutable de leyes en Heineccius y otros analistas jurídicos, Gibbon mostraba cómo el derecho se adaptaba a los cambios de la sociedad romana.

- [298] Karl Marx, «The Philosophical Manifesto of the Historical School of Law», 9 de agosto de 1842, *MECW*, vol. 1, pp. 204, 206. [*OFME*, pp. 239-243.]
- [299] *Ibidem*, p. 209. [*Ibidem*.]
- [300] Marx, «Leading Article in n.º 179 of the *Kölnische Zeitung*», pp. 199, 192, 193; «Debates on Freedom of the Press», p. 155. [*Ibidem*, pp. 173-219.]
- [301] «Debates on Freedom of the Press», pp. 155, 162. [*Ibidem*.]
- [302] Marx, «Leading Article in n.º 179 of the *Kölnische Zeitung*», p. 202.
- [303] Karl Marx, «On the Commissions of the Estates in Prussia», 20 de diciembre de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 299.
- [304] *Ibidem*, 31 de diciembre de 1842, p. 306.
- [305] *Ibidem*.
- [306] Véase capítulo 6, apartado «La “crítica” de la economía política», p. 207.
- [307] El término «sociedad civil» existía antes de Hegel, pero referido a la sociedad como un todo. Sobre la redefinición que Hegel hizo del concepto, véase Manfred Riedel, *Between Tradition and Revolution. The Hegelian Transformation of Political Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, cap. 7.
- [308] En los inicios de los tiempos modernos, la visión de Aristóteles sobrevivió en el supuesto contraste entre la virtud política encarnada en el propietario independiente de tierras en oposición y, por otra parte, el interés egocéntrico que probablemente moldeaba las búsquedas del individuo común; y estaba aún presente en la distinción implícita entre el hombre y el ciudadano que estableció la Declaración de Derechos de la Revolución francesa en 1789.
- [309] Breckman, *Marx, the Young Hegelians*, pp. 204-205.
- [310] Karl Marx, «Renard’s letter to Oberpräsident von Schaper», 17 de noviembre 1842, *MECW*, vol. 1, pp. 282-286.
- [311] «Karl Marx to Arnold Ruge», 9 de julio de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 391.
- [312] *Ibidem*, 30 de noviembre de 1842, pp. 393-394.
- [313] «Karl Marx to Dagobert Oppenheim», 25 de agosto de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 392.
- [314] Marx, «Debates on the Law on Thefts of Wood», p. 262. [*OFME*, vol 1, pp. 247-283.]
- [315] «Karl Marx to Dagobert Oppenheim», 25 de agosto de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 392.
- [316] «Karl Marx to Arnold Ruge», 9 de julio de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 390.
- [317] «Georg Herwegh to the *Rheinische Zeitung*», 22 de noviembre de 1842, *MEGA*, III, I, p. 379. Herwegh era el más popular de los poetas radicales de la época, especialmente por sus *Gedichte eines Lebendigen* [*Poemas de un hombre vivo*].
- [318] «Karl Marx to Arnold Ruge», 30 de noviembre de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 381.
- [319] Ruge se quejó a la vez de informes que denunciaban grescas y borracheras que involucraban a los Hombres Libres. Tildó todo el asunto de una «calamidad» que comprometería a Bauer y su causa; *ibidem*, 4 de diciembre de 1842, pp. 381-383.
- [320] «Bruno Bauer to Karl Marx», 13 de diciembre de 1842, *MEGA*, III, I, p. 386.
- [321] El repliegue hacia la moderación que Strauss evidenció en su postura a partir de 1835 implicó que pudiera absorber concepciones trascendentes en su enfoque, como las de Dios y humanidad.
- [322] «Bruno Bauer to Karl Marx», 16 de marzo de 1842, *MEGA*, III, I, p. 371; «Karl Marx to Arnold Ruge», 20 de marzo de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 383.
- [323] «The Insolently Threatened Yet Miraculously Rescued Bible or the Triumph of Faith», 1842, *MECW*, vol. 2, pp. 313-352.
- [324] «Karl Marx to Arnold Ruge», 30 de noviembre de 1842, *MECW*, vol. 1, p. 394.
- [325] Véase Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], pp. 62-64.
- [326] Mayer, *Radikalismus*, pp. 50-52.

[327] «Karl Marx to Arnold Ruge», 25 de enero de 1843, *MECW*, vol. 1, pp. 397-398.

LA ALIANZA DE LOS QUE PIENSAN Y LOS QUE SUFREN

[328] Sobre una definición del «comunismo» durante los años de la «monarquía de julio», véase pp. 167-171.

[329] Georg Herwegh (1817-1875), nacido en Stuttgart, cursó estudios de Teología en la Universidad de Tubinga, luego se trasladó un breve periodo al área del Derecho y luego al periodismo. Llamado al servicio militar, se vio obligado por su insubordinación a huir a Suiza. En Zurich, entre 1841 y 1843, publicó *Gedichte eines Lebendigen*, combinando el estilo popular con el sentimiento revolucionario, y se convirtió en un ídolo para la juventud radical de la década de 1840. Su viaje por Alemania en 1842 atrajo mucha atención sobre él y culminó en una audiencia con el rey de Prusia. En 1848, en París, fue uno de los líderes de la Legión Alemana, romántica y desastrosamente *amateur* en su concepción, agrupación que luego intentó marchar dentro del Odenwald y proclamó la República Alemana (véase capítulo 8, p. 296). En 1842 se casó con Emma Siegmund, la hija de un comerciante judío de Berlín, pero en 1848, tras abandonar la Legión, se involucró apasionadamente con la esposa de Herzen, Natalie. (Véase E. H. Carr, *The Romantic Exiles. A Nineteenth-Century Portrait Gallery*, Londres, Victor Gollancz, 1933.) En una etapa ulterior de su vida apoyó al Partido Socialdemócrata Alemán y escribió canciones para él, además de dedicarse a la traducción de Shakespeare.

[330] «Karl Marx to Arnold Ruge», 25 de enero de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 397; *ibidem*, 13 de marzo de 1843, p. 399. Lo de los «parientes tan beatos y aristocráticos» de Jenny aludía claramente a su hermano Fernando y sus hermanas. La identidad de esos «sacerdotes y otros enemigos míos» no ha sido establecida, pero está claro a su vez que la familia no había cejado, finalmente, en su intento de llevar a Karl de vuelta a una vida más segura en lo económico. En Kreuznach recibió la visita de Esser, un amigo del padre de Karl y un *Revisionsrat* (funcionario del Estado), con una oferta de trabajo en el Gobierno. Véase Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 71.

[331] Véase Heinz Monz, *Karl Marx. Grundlagen der Entwicklung zu Leben und Werk*, Tréveris, Verlag Neu, 1973, p. 349. Jenny se quejaba de que Bettina le había robado a su prometido para pasear por la región desde muy temprano por la mañana hasta bien tarde por la noche y eso a pesar de que ella y Karl no se habían visto en seis meses.

[332] Jenny Marx, «A Short Sketch of an Eventful Life», en Institut Marksizma-Leninzma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Casa de las Ediciones en Lengua Extranjera, 1957, p. 19.

[333] «Arnold Ruge to Karl Marx», 1 de febrero de 1843, *MEGA*, III, I, pp. 390-391.

[334] *Anekdoten zur neuesten deutschen Philosophie und Publicistik* fue publicado en dos tomos. La colección incluía también un ensayo no firmado de Karl sobre el instructivo de la censura, así como contribuciones de todas las principales figuras dentro de los Jóvenes Hegelianos: Bruno Bauer, Köppen, Nauwerck y el propio Ruge.

[335] Ludwig Feuerbach, *The Essence of Christianity (Das Wesen des Christentums)*, Marian Evans, trad. (más tarde conocida como George Eliot), Londres, J. Chapman, 1854. [Hay trad. cast.: *La esencia del cristianismo*, Madrid, Trotta, 2013.]

[336] Ludwig Feuerbach, «Preliminary Theses on the Reform of Philosophy», en *The Fiery Brook. Selected Writings of Ludwig Feuerbach*, Zawar Hanfi, trad. y pról., Nueva York, Doubleday, 1972, p. 157.

- [337] Véase Ludwig Feuerbach, *Sämmtliche Werke*, vol. 2, Leipzig, Otto Wigand, 1846, pp. 280, 304. En alemán, esto equivalía a *entäussert und entfremdet*, términos cuyo significado fue a menudo tema de los debates sostenidos en el siglo XX sobre la «alienación».
- [338] Arnold Ruge, «Hegel's *Philosophy of Right* and the Politics of our Times», en Lawrence S. Stepelevich, ed., *The Young Hegelians. An Anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 211-236.
- [339] Ruge, «Hegel's *Philosophy of Right*», pp. 215, 223-224. En una imagen que evocaba la crítica de Heine a la complacencia política de Goethe, Ruge se burlaba de la «calma olímpica» de Hegel, con lo cual traía a colación, a su vez, el relato de la creación del mundo por Dios en el Génesis: «Contempló todo lo que había hecho la razón, y le pareció bueno».
- [340] *Ibidem*, pp. 211-236.
- [341] «Karl Marx to Arnold Ruge», 13 de marzo de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 400.
- [342] Esta continuó siendo una de las deudas más perdurables que Karl reconocía hacia Feuerbach. La empleó en la sección sobre «El fetichismo de la mercancía» en *El capital* y en el análisis que sus cartas hacían, en 1868, sobre Maurer y la interpretación del «mark». Véase «Karl Marx to Friedrich Engels», 25 de marzo de 1868, *MECW*, vol. 42, pp. 558-559.
- [343] Feuerbach, «Preliminary Theses», p. 154. [Hay trad. cast.: *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*, Barcelona, Folio, 2002.]
- [344] Karl Marx, «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», 1843, *MECW*, vol. 3, pp. 21-22. En *MECW* se traduce *Recht* como «Ley» en lugar de «Derecho». Ambas posibilidades sirven, pero la opción habitual es «Derecho». [*OFME*, vol. 1, p. 335.]
- [345] *Ibidem*, pp. 29, 61, 75. [*Ibidem*, p. 343.]
- [346] *Ibidem*, pp. 14, 39, 10. Aunque es discutible, quizá se entienda mejor la *Ciencia de la lógica* de Hegel, aparecida entre 1812 y 1816, como un afán de ampliar lo que ya había ensayado Kant en la *Crítica de la razón pura*, con su «deducción trascendental de las categorías», el intento de enumerar esos conceptos no empíricos —las categorías— que, a su entender, dan por supuestos todos los conocedores finitos, discursivos, como somos nosotros mismos. Bien se entienda esas categorías como ontológicas (vinculadas a la estructura del ser), a la manera de Aristóteles, o bien como reveladoras de la estructura requerida por el pensamiento, a la manera del propio Kant, es materia de controversia entre los filósofos. Para una discusión ampliada del tema, véase el prólogo de George di Giovanni, trad. y ed., en G. W. F. Hegel, *The Science of Logic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. XI-LXII; véase también Stanford Encyclopaedia of Philosophy, 2015, <<http://plato.stanford.edu/>>.
- [347] Karl Marx, «Afterword to the Second German Edition», 24 de enero de 1873, en *Capital*, vol. I, *MECW*, vol. 35, p. 19. [Hay trad. cast.: *El capital. Crítica de la economía política*, de aquí en adelante *Capital*, Barcelona, Grijalbo, 1976, L. I, vol. 1, p. 11.]
- [348] Marx, «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», pp. 63, 33, 49, 31. [*OFME*, vol. 1, pp. 375, 346, 362, 345.]
- [349] *Ibidem*, pp. 32, 79-80. [*Ibidem*, pp. 345, 392.]
- [350] *Ibidem*, p. 29. [*Ibidem*, pp. 396, 343.]
- [351] *Ibidem*, pp. 32, 110-111. [*Ibidem*, pp. 346, 344.]
- [352] *Ibidem*, p. 31. [*Ibidem*, p. 344.]
- [353] *Ibidem*, pp. 42, 50, 98, 108, 106, 45. [*Ibidem*, pp. 363, 414, 420, 418.]
- [354] *Ibidem*, pp. 115-116. [*Ibidem*, pp. 345, 428.]
- [355] *Ibidem*, pp. 117-119. [*Ibidem*, pp. 430, 431.]
- [356] *Ibidem*, p. 121. [*Ibidem*, pp. 432.]
- [357] «Karl Marx to Arnold Ruge», 13 de marzo de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 400.

- [358] Karl Marx, «On the Jewish Question», 1844, *MECW*, vol. 3, pp. 154, 151, 156. [*OFME*, vol. 1, pp. 466, 470, 482, 472, 468.]
- [359] *Ibidem*, pp. 155, 152, 158. [*Ibidem*, pp. 482, 471, 469, 475.]
- [360] *Ibidem*, pp. 163, 164. [*Ibidem*, pp. 479, 480.]
- [361] *Ibidem*, p. 168. [*Ibidem*, pp. 484.]
- [362] El republicanismo se granjeó a su vez algún apoyo entre las organizaciones de trabajadores de la seda en Lyon, donde la lucha entre los comerciantes del producto y los *canuts* —los tejedores (tanto patrones como jornaleros)— derivó en su etapa culminante en huelgas insurreccionales en 1831 y 1834.
- [363] A los seguidores de Cabet se los llamaba «icarianos» en honor a la novela en cuestión, y fueron la mayor agrupación de «comunistas» existente en Francia. En noviembre de 1847 Cabet anunció la migración de los icarianos a la Tierra Prometida, vecina al río Rojo en Texas; y en febrero de 1848 un grupo en vanguardia partió desde Francia, pero esa comunidad concluyó en el caos a finales de 1848. Hubo, sin embargo, otras filiales de ella en Nauvoo, Illinois; Cheltenham, Saint Louis; Corning, Iowa, y otros lugares. Sobre la historia de los icarianos en Francia en la década de 1840, véase Christopher H. Johnson, *Utopian Communism in France. Cabet and the Icarians, 1839-1851*, Ithaca, Cornell University Press, 1974.
- [364] Thomas Carlyle, *Chartism*, Londres, James Fraser, 1839, cap. 1.
- [365] Véanse las colaboraciones anónimas de Friedrich Engels, «The Internal Crises», 9-10 de diciembre de 1842, *MECW*, vol. 2, p. 374.
- [366] Johann Caspar Bluntschli, *Die Kommunisten in der Schweiz nach den bei Weitling vorgefundenen Papieren*, Glashütten im Taunus, Auvermann, 1973 [Zurich, Druck von Orell, 1843], p. 5.
- [367] Sobre Stein y la reacción a su libro, véase Diana Siclovan, «Lorenz Stein and German Socialism, 1835-1872», tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2014; véase también David Lindenfeld, *The Practical Imagination. The German Sciences of State in the Nineteenth Century*, Chicago, Chicago University Press, 1997; Keith Tribe, *Governing Economy. The Reformation of German Economic Discourse 1750-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- [368] Moses Hess, «Sozialismus und Kommunismus» (1843), en Wolfgang Mönke, ed., *Moses Hess. Philosophische und sozialistische Schriften 1837-1850. Eine Auswahl*, Vaduz, Topos Verlag, 1980, pp. 197-210.
- [369] La significación histórica del libro de Stein ha sido generalmente mal entendida. Se lo ha descrito como un pionero de la «sociología» y a veces se ha sugerido que Karl pudo haber adoptado su concepción del proletariado a partir del libro de Stein. Esto es extremadamente improbable, dada la hostilidad creciente de Karl hacia «el Estado político». Es mucho más probable que compartiera la hostilidad manifestada por Hess.
- [370] Moses Hess, «Die europäische Triarchie», en Mönke, ed., *Philosophische und sozialistische Schriften*, pp. 159-160.
- [371] Karl Marx, «Communism and the *Augsburg Allgemeine Zeitung*», 15 de octubre 1842, *MECW*, vol. 1, pp. 220-221. [*OFME*, vol. 1, pp. 246, 247.]
- [372] *Ibidem*. [*Ibidem*, p. 247.]
- [373] Feuerbach, «Preliminary Theses», p. 165.
- [374] «Karl Marx to Ludwig Feuerbach», 3 de octubre de 1843, *MECW*, vol. 3, p. 349.
- [375] Moses Hess, «The Philosophy of the Act» (1843), en Albert Fried y Ronald Sanders, eds., *Socialist Thought. A Documentary History*, Edimburgo, Edimburgh University Press, 1964, pp. 261, 264, 266.
- [376] «Karl Marx to Arnold Ruge», 13 de marzo de 1843, *MECW*, vol. 1, pp. 398-399. [*OFME*, vol. 1, p. 692.]

- [377] «Jenny von Westphalen to Karl Marx», marzo de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 728.
- [378] «Arnold Ruge to Karl Marx», 11 de agosto de 1843, *MEGA*, III, I, pp. 409-410.
- [379] «*Letters from the Deutsch-Französische Jahrbücher*», marzo-septiembre de 1843, *MECW*, vol. 3, pp. 133-134.
- [380] «Arnold Ruge to Karl Marx», marzo de 1843, *MEGA*, III, I, pp. 402-405. [*OFME*, vol. 1, p. 442.]
- [381] *Ibidem*. [*Ibidem*, pp. 443-444.]
- [382] En el siglo XIX el término «filisteo» (originalmente, los enemigos bíblicos de los israelitas) aludía en boca de Matthew Arnold a «personas ignorantes, de mal comportamiento, faltas de cultura o gusto estético y solo preocupadas por los valores materialistas». Su empleo en la era moderna se derivaba del alemán *der Philister*, y empezó con reyertas callejeras entre los sectores bien vestidos y los que iban más relajados en la Universidad de Jena en 1689. [*Ibidem*, p. 446.]
- [383] «*Letters from the Deutsch-Französische Jahrbücher*», marzo-septiembre de 1843, *MECW*, vol. 3, pp. 134, 137, 140, 141. [*Ibidem*, pp. 449-450.]
- [384] *Ibidem*, pp. 141, 143, 144. [*Ibidem*, pp. 459, 460.]
- [385] Para más detalles sobre la fuerza laboral parisina en la década de 1840, véase Mark Traugott, *Armies of the Poor. Determinants of Working-Class Participation in the Parisian Insurrection of June 1848*, Princeton, Princeton University Press, 1985, cap. 1. Para más detalles sobre la población alemana emigrada residente en París, véase Jacques Grandjonc, *Marx et les Communistes allemands à Paris, Vorwärts 1844. Contribution à l'étude de la naissance du Marxisme*, París, F. Maspero, 1974, pp. 9-18.
- [386] «*Letters from the Deutsch-Französische Jahrbücher*», marzo-septiembre de 1843, *MECW*, vol. 3, p. 142. [*OFME*, vol. 1, p. 457.]
- [387] Arnold Ruge, *Zwei Jahre in Paris. Studien und Erinnerungen*, Leipzig, W. Jurany, 1846, primera parte, pp. 48-49.
- [388] *Le Globe* fue fundado en 1824, derivó a la oposición liberal en 1828, y en 1830 se convirtió en la voz oficial de los sansimonianos. Era el periódico francés más conocido en torno a la época de la Revolución de 1830.
- [389] P. Leroux, «De l'Individualisme et du Socialisme», *Revue encyclopédique*, vol. LX, pp. 94-117, París, octubre de 1833, reimpresso en David Owen Evans, *Le Socialisme romantique. Pierre Leroux et ses contemporains*, París, M. Riviere, 1948, pp. 223-238.
- [390] Véase Edward Berenson, *Populist Religion and Left-Wing Politics in France, 1830-1852*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- [391] Ruge era un admirador de Louis Blanc y estaba preparando una edición de su *Historia de diez años*; véase Lucien Calvié, «Ruge and Marx. Democracy, Nationalism and Revolution in Left Hegelian Debates», en Douglas Moggach, ed., *Politics, Religion and Art. Hegelian Debates*, Evanston, III, Northwestern University Press, 2011, pp. 301-320. Karl, por su parte, dejó intrigado a uno de sus admiradores de Colonia, Georg Jung, al manifestar su desaprobación de Blanc. Puede que se sintiera ofendido por la alusión de Blanc a Ruge como el «maestro» de Karl en la *Revue indépendante*. Véase «Georg Jung to Karl Marx», 31 de julio de 1844, *MEGA*, III, I, p. 438.
- [392] Hess, «Philosophy of the Act», pp. 262-264.
- [393] Ruge, *Zwei Jahre in Paris*, pp. 137-138.
- [394] A pesar de su entusiasmo por Feuerbach, Karl nunca se mostró proclive a ningún intento de concebir el humanismo en términos religiosos. A este respecto, su actitud hacia la religión seguía siendo mucho más cercana a Bauer que a Feuerbach.
- [395] «Arnold Ruge», en McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 9.
- [396] F. Engels, «Progress of Social Reform on the Continent», *New Moral World*, 4 de noviembre 1843, *MECW*, vol. 3, p. 399. Citando el relato de una visita suya a un club comunista parisino casi un

año después, escribió que los miembros de ese club, reaccionando a los intentos que se hacían de persuadirlos acerca de los méritos de Feuerbach, habían proclamado que el tema de Dios era un asunto secundario, que «en todos los empeños prácticos, [ellos] coincidían con nosotros, y concluido con la frase: “*Enfin, l’Athéisme, c’est votre religion*” [en fin, el ateísmo es vuestra religión]». F. Engels, «Continental Socialism», 20 de septiembre de 1844, *MECW*, vol. 4, p. 213.

[397] Véase Marcel Herwegh, ed., *Briefe von und an Georg Herwegh*, 2.a ed., Munich, A. Langen, 1898, p. 328.

[398] «Ludwig Feuerbach to Karl Marx», 6-25 de octubre de 1843, *MEGA*, III, I, pp. 416-417.

[399] M. Hess, «Über das Geldwesen», en Mönke, ed., *Philosophische und sozialistische Schriften*, pp. 331-345.

[400] Marx, «On the Jewish Question», p. 174. [*OFME*, vol. 1, p. 485.]

[401] La hostilidad hacia los judíos era habitual entre los socialistas franceses en la década de 1840. Tanto Fourier como Proudhon sospechaban que el endeudamiento y el pauperismo habían empeorado con la emancipación de los judíos durante la Revolución francesa. Había quejas frecuentes sobre el poder financiero de los judíos pese a que su emancipación no se hubiera completado, y su comunidad fue objeto de los comentarios de Karl y Bruno Bauer. Esta modalidad de antisemitismo socialista llegó a su cénit en el libro de Alphonse Toussenel, *Les Juifs, rois de l’époque. Histoire de la féodalité financière*, París, G. de Gonet, 1845. Toussenel fue el editor por entonces de la principal revista fourierista, *La Démocratie pacifique*, y su libro arremetía con igual fiereza contra ingleses, holandeses y genoveses: «Pues el que dice judío, dice protestante». El ataque iba dirigido contra los grandes centros financieros, que el autor comparaba con una congregación de vampiros. Después de 1848 aplicó el fourierismo al mundo animal. En su obra más conocida, *Le Monde des oiseaux*, desarrolló su teoría de que «los pájaros son los precursores y los que nos revelan la armonía universal»; véase Sarane Alexandrian, *Le Socialisme romantique*, París, Éditions du Seuil, 1979, pp. 226-235. [*Ibidem*, p. 486.]

[402] Marx, «On the Jewish Question», p. 172. [*Ibidem*, p. 488.]

[403] *Ibidem*, p. 173. [*Ibidem*, p. 489.]

[404] *Ibidem*, p. 174. [*Ibidem*, p. 489, 485.]

[405] Karl Marx, «Introducción» a Contribution to the Critique of Hegel’s Philosophy of Law», 1844, *MECW*, vol. 3, pp. 175, 176, 178, 182. [*Ibidem*, pp. 491, 497.]

[406] *Ibidem*, pp. 176, 178, 179, 185. [*Ibidem*, pp. 494, 495, 500.]

[407] *Ibidem*, pp. 186-187. [*Ibidem*, pp. 499, 501, 502, 498, 502.]

[408] *Ibidem*, pp. 183, 187; la distinción entre «corazón» y «cabeza» estaba tomada de las «Tesis provisionales» de Feuerbach, p. 165. [*Ibidem*, pp. 497, 498, 502.]

[409] A. Ruge, *Arnold Ruges Briefwechsel und Tagebuchblätter aus den Jahren 1825-1880*, P. Nerrlich, ed., Berlín, Weidmann, 1886, p. 350.

[410] Anónimo, «Berichte über Heines Verhältnis zu Marx», *Die Neue Zeit*, XIV, primera parte (1895-1896). El autor era probablemente Mehring o Kautsky; véase McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 10.

[411] *Ibidem*.

[412] Ruge, *Arnold Ruges Briefwechsel und Tagebuchblätter*, p. 343, citado en McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 8.

[413] Ruge, *Zwei Jahre in Paris*, pp. 138-140.

[414] Ruge, *Arnold Ruges Briefwechsel und Tagebuchblätter*, p. 346.

[415] «Karl Marx to Ludwig Feuerbach», 11 de agosto de 1844, *MECW*, vol. 3, p. 354. [*OFME*, vol. 1, p. 679.]

[416] Para un recuento de *Vorwärts!* y de la relación de Karl con la publicación, véase Grandjonc, *Marx et les Communistes allemands*.

[417] Adalbert von Bornstedt (1807-1851) nació en una familia de tradición militar. En 1831 se unió a la comunidad exiliada en París y tomó parte en la conquista de Argelia, donde fue herido de gravedad. En París trabajó como editor o periodista en múltiples publicaciones, *Vorwärts!* en lugar destacado, pero fue expulsado de Francia en 1845. De París se marchó a Bruselas, donde en 1846 fundó la *Deutsche-Brüsseler-Zeitung*. En 1848 volvió a París, convirtiéndose en uno de los líderes de la Legión Alemana con Georg Herwegh. Heinrich Börnstein (1805-1892) nació en Lemberg (hoy Lvov, Ucrania). Después de cursar con escaso entusiasmo estudios en Lemberg y Viena, se volvió actor ambulante en Alemania junto a su esposa, y enseguida un exitoso empresario teatral. En 1842 intentó llevar la Compañía de Ópera alemana a París; luego administró una compañía de ópera italiana. Fue amigo de Franz Liszt, Alejandro Dumas y Giacomo Meyerbeer. En 1844-1845 lanzó *Vorwärts!*, pensada originalmente como una revista cultural, pero las autoridades la clausuraron a principios de 1845. Fue corresponsal de *The New-York Tribune* y en 1848 ayudó a organizar la Legión Alemana de Herwegh. En 1849 emigró a Estados Unidos, donde se mostró muy activo como periodista en Saint Louis, como un prominente partidario de Lincoln y, durante la guerra civil estadounidense, como cónsul de Estados Unidos en Bremen.

[418] Heinrich Börnstein, *Fünfundsiebzig Jahre in der Alten und Neuen Welt. Memoiren eines Unbedeutenden*, citado en Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 89.

[419] Véase Ruge, *Zwei Jahre in París*, pp. 142-146.

[420] «Jenny Marx to Karl Marx», c. 21 de junio de 1844, *MECW*, vol. 3, pp. 574-575, 577-578.

[421] *Ibidem*, pp. 574-577.

[422] Tras la insurrección de París y la Toma de las Tullerías el 10 de agosto de 1792, la Asamblea Legislativa decidió elegir una Convención que habría de redactar una Constitución sobre la base de abolir la monarquía. La Convención se reunió desde el 21 de septiembre de 1792 hasta el 26 de octubre de 1795. Un periodo que incluyó la revuelta en la Vendée, la defensa organizada de las fronteras nacionales y el «Terror» en el interior del país. El Gobierno revolucionario estaba en manos del Comité de Salvación Pública.

[423] Philippe-Joseph-Benjamin Buchez y Pierre-Célestin Roux-Lavergne, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, 40 vols., París, Libraire Paulin, 1833-1838. Este era el recuento izquierdista estándar de los acontecimientos revolucionarios durante este periodo. Fue a su vez una de las fuentes principales de *La Revolución francesa* de Thomas Carlyle, Londres, James Fraser, 1837. Véase François Furet, *Marx et la Révolution française*, París, Flammarion, 1986, cap. 1.

[424] Analizamos estos manuscritos en el próximo capítulo.

[425] Esta obra, concluida a finales de noviembre, se publicó como *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes*. Excepto unas pocas páginas, fue escrita por Karl. Los motivos de esa continua preocupación de Karl con Bauer se analizan en el siguiente capítulo.

[426] Para un recuento de los acontecimientos en Silesia, véase Christina von Hodenberg, *Aufstand der Weber. Die Revolte von 1844 und ihr Aufstieg zum Mythos*, Bonn, Dietz, 1997.

[427] *Vorwärts!*, n.º 54, 6 de julio de 1844, y n.º 55, 10 de julio de 1844. La maldición que Heine arrojaba contra Dios, el rey y la nación era una reversión del eslogan nacional prusiano durante la guerra patriótica de 1813: «Con Dios por el rey y la madre patria»; véase Grandjonc, *Marx et les Communistes allemands*, pp. 44-48, 131-135.

[428] «A Prussian», «The King of Prussia and Social Reform», *Vorwärts!*, n.º 60, 27 de julio de 1844.

[429] «Jenny Marx to Karl Marx», 4-10 de agosto de 1844, *MECW*, vol. 3, p. 580.

[430] «Moses Hess to Karl Marx», 3 de julio de 1844, *MEGA*, III, I, p. 434.

[431] «Karl Marx to Ludwig Feuerbach», 11 de agosto de 1844, *MECW*, vol. 3, p. 355. *OFME*, vol. 1, pp. 679-680.

- [432] Karl Marx, «Critical Marginal Notes on the Article “The King of Prussia and Social Reform. By a Prussian”», *Vorwärts!*, n.º 63, 7 de agosto de 1844, *MECW*, vol. 3, pp. 189-206. [*Ibidem*, pp. 507-509.]
- [433] «Karl Marx to Arnold Ruge», 13 de marzo de 1843, *MECW*, vol. 1, p. 400.
- [434] Marx, «On the Jewish Question», pp. 173-174. *OFME*, vol. 1, p. 488.
- [435] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 282; «Karl Marx to Antoinette Philips», 24 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 271.
- [436] «Karl Marx to Jenny Longuet», 7 de diciembre de 1881, *MECW*, vol. 46, pp. 157-158.

EL EXILIO EN BRUSELAS

- [437] «Jenny Marx to Karl Marx», *MEGA*, I, V, p. 449.
- [438] Heinrich Bürgers, «Erinnerungen an Ferdinand Freiligrath», *Vossische Zeitung*, 1876, citado en Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 105.
- [439] Jenny Marx, «A Short Sketch of an Eventful Life», en Institut Marksizma-Leninizma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1957, p. 222; «Jenny Marx to Karl Marx», 24 de agosto de 1845, *MECW*, vol. 38, p. 528.
- [440] «Jenny Marx to Karl Marx», 24 de agosto de 1845, *MECW*, vol. 38, pp. 527-528. Claramente, el texto de Max Stirner, *El único y su propiedad*, que proponía sustituir el deber o la vocación por la búsqueda de los anhelos individuales, era tema de guasa en el hogar. Sobre el libro de Stirner y la respuesta de Karl, Hess y Engels a su aparición, véanse pp. 188-190.
- [441] Caroline murió el 13 de enero de 1847.
- [442] «Sophie Schmalhausen to Karl Marx», 25 de septiembre de 1846, *MEGA*, III, II, pp. 311-312.
- [443] Sobre el debate entre Say y Sismondi acerca de la globalización y «la revolución industrial» en la década de 1820, véase Gareth Stedman Jones, *An End to Poverty? A Historical Debate*, Londres, Profile Books, 2004, cap. 4.
- [444] J. C. L. Simonde de Sismondi, *Nouveaux principes d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, 2 vols., París, Chez Delaunay, 1819, vol. 2, p. 262.
- [445] Véase M. Hess, «Über das Geldwesen», en Wolfgang Mönke, ed., *Moses Hess. Philosophische und sozialistische Schriften 1837-1850. Eine Auswahl*, Vaduz, Topos Verlag, 1980, pp. 329-348.
- [446] Karl Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, *MECW*, vol. 4, p. 297. [*OFME*, vol. 1, p. 618.]
- [447] El concepto de «economía política» apareció por primera vez en 1615. «Economía» era un derivado del griego *oikos*, que significaba «perteneciente al hogar», y de *nomos*, que significaba «ley». Con la expresión «economía política» se exploraba inicialmente el paralelo entre la administración de una casa y la de un gobierno (la *polis* griega) o un Estado. Hacia finales del siglo XVIII, ciñéndose a la acepción de Adam Smith, el concepto aludía en particular a las leyes o regularizaciones de la sociedad mercantil. Los críticos de la primera mitad del siglo XIX, como Engels, objetaban la teoría de la naturaleza humana implícita en los análisis prevalecientes de la sociedad mercantil.
- [448] Friedrich Engels, «Outlines of a Critique of Political Economy», *MECW*, vol. 3, p. 421.
- [449] *Ibidem*, pp. 434, 436-437.
- [450] Robert Owen (1771-1858) fue el fundador y pionero en Gran Bretaña de lo que en la primera mitad del siglo XIX llegó a denominarse «socialismo». Cobró fama inicialmente por las inspiradas e

innovadoras reformas que introdujo en la administración de una fábrica textil de la que era copropietario con David Dale en New Lanark, justo en las afueras de Glasgow. En particular, redujo las horas laborales, brindó nuevas posibilidades de enseñanza a los niños allí empleados y transformó la atención sanitaria y las viviendas de los empleados. En 1817, en respuesta a la depresión y el desempleo de la posguerra, propuso el establecimiento de «aldeas cooperativas», que él creía habrían de inaugurar la transición hacia el fin del milenio. En la década de 1820 gastó la mayor parte de su fortuna en crear la comunidad de New Harmony en Indiana. El proyecto fracasó, pero entretanto había surgido un movimiento de apoyo a sus principios, granjeándose un vasto respaldo entre los artesanos y algunos segmentos de la clase media. A comienzos de la década de 1830 el movimiento fue pionero en impulsar las negociaciones laborales, el sindicalismo y la producción cooperativa. En 1839-1845 hizo un último intento, de nuevo fallido, de crear una comunidad socialista en Queenwood Farm, en la localidad de Hampshire. Buena parte de las prácticas inspiradas en Owen se basaban en una teoría ambientalista del comportamiento humano. Admiraba la visión optimista del desarrollo asociada a William Godwin y defendía su enfoque contra los ataques de Malthus. En las principales ciudades del país, los acólitos de Owen crearon Salones de la Ciencia que impartían servicios laicos los domingos. En Manchester se daban regularmente conferencias alusivas a los avances científicos, a las que asistió Engels, incluyendo una demostración de las posibilidades de la química de suelos realizada por Justus Liebig. Los owenistas atacaban el aval de la competencia asociado a la economía política, desarrollaron una crítica sistemática de la economía política articulada por John Watts y elaboraron, a la vez, ciertos preceptos críticos en torno a los aportes de Thomas Hodgskin, William Thompson y John Francis Bray.

[451] Engels, «*Outlines of a Critique of Political Economy*», pp. 420-424.

[452] Friedrich Engels y Karl Marx, *The Holy Family, or, Critique of Critical Criticism against Bruno Bauer and Company*, MECW, vol. 4, p. 31. [Hay trad. cast.: *La Sagrada Familia. O crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, Claridad, 1971, en adelante LSF.] Sieyes atacaba las categorías empleadas al ser convocados los Estados Generales en 1789. Proponía la abolición de los dos primeros estados —el clero y la nobleza— a la vez que redefinía el Tercer Estado como «la Nación», visto que la «Nación» se componía de quienes trabajaban de manera efectiva.

[453] Karl Marx, MEGA, IV, II, pp. 301-480. Para mi descripción y análisis de la forma en que Karl se involucró con la literatura económica, debo hacer constar aquí mi deuda sustancial con Keith Tribe, «Karl Marx's "Critique of Political Economy". A Critique», en *The Economy of the Word. Language, History and Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2015, cap. 6.

[454] Marx, MEGA, IV, II, pp. 318-319. Estas reflexiones las escribió en alemán; las notas en francés.

[455] Sobre el debate relativo a Ricardo y sus propias variaciones en respuesta a él, en relación con la teoría del valor, véase Terry Peach, *Interpreting Ricardo*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, caps. 1, 4 y 5.

[456] Marx, MEGA, IV, II, p. 405; véase Tribe, *Economy of the Word*, p. 263.

[457] Marx, MEGA, IV, II, p. 453; Karl Marx, «Comments on James Mill, *Éléments d'économie politique*», MECW, vol. 3, p. 217, adviértase que MECW traduce erróneamente *fixiert* como «define» en lugar de «fija». [OFME, vol. 1, p. 528.]

[458] Marx, «Comments on James Mill», p. 219. [*Ibidem*, pp. 535, 644.]

[459] En MECW, vol. 3, pp. 235-270, y en otras ediciones de los *Manuscritos de 1844*, las columnas relativas a los salarios, el capital y la renta son erróneamente presentadas como capítulos consecutivos. La falacia de este despliegue se manifestó por primera vez en el texto de Margaret Fay, «The Influence of Adam Smith on Marx's Theory of Alienation», *Science and Society*, 47/2 (verano de 1983), pp. 129-151; sobre la enrevesada historia de la publicación de los manuscritos, véase Jürgen Rojahn, «Marxismus. Marx. Geschichtswissenschaft. Der Fall der sog. "Ökonomisch-

philosophischen Manuskripte aus dem Jahre 1844”», *International Review of Social History*, 28/01 (abril de 1983), pp. 2-49.

[460] Véase Tribe, *Economy of the Word*, pp. 192-193. Antoine-Eugène Buret (1810-1842) era un seguidor de Simonde de Sismondi, el primer autor que llamó la atención sobre las vastas implicaciones nacionales e internacionales de la industrialización y proletarianización en los años posteriores a 1815. Su estudio de las condiciones de las clases trabajadoras en Inglaterra y Francia (2 vols., 1840) fue el primero en destacar muchos de los temas desarrollados por Engels en 1844 en su estudio de las clases trabajadoras en Inglaterra. El capítulo 10 de este libro, «*Crítica de la economía política*» analiza también sus obras teóricas.

[461] Eugène Buret, *De la misere des classes laborieuses en Angleterre et en France*, París, Paulin, 1840, vol. 1, pp. 49-50, citado en Tribe, *Economy of the Word*, p. 193.

[462] Marx, *MEGA*, IV, II, pp. 551-579. Como señala Keith Tribe, se pasó las primeras cien páginas de Buret examinando enfoques del contrato salarial, pero en casi treinta páginas de notas, tales asuntos merecen menos de una nota por su parte. Véase Tribe, *Economy of the Word*, 2015, cap. 6.

[463] Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, p. 270. [OFME, vol. 1, pp. 594-595.]

[464] Engels and Marx, *The Holy Family*, p. 31; Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, p. 241. [LSF, p. 62; OFME, vol. 1, p. 565.]

[465] Marx, «Comments on James Mill», p. 220.

[466] Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, pp. 275, 276, 278, 280. [OFME, vol. 1, pp. 596, 598, 600, 602.]

[467] Lo que se incluyó como «Prefacio» a eso que las ediciones del siglo XX publicaron como *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844* (MECW, vol. 3, pp. 231-234) aparecía originalmente sin título en el tercer cuaderno de notas. Sin embargo, es razonable suponer que, a finales del verano de 1844, Karl comenzaba a pensar en esta obra como un libro por derecho propio. En este párrafo (p. 232) anunciaba que «en contraste con el *teólogo crítico* de nuestros días» (Bruno Bauer), su objetivo era que los «capítulos finales de esta obra» pudieran incluir «un análisis crítico de la *dialéctica hegeliana* y la filosofía como un todo». Lo que no queda claro es si los cuadernos de notas eran borradores de ese libro o simplemente notas preparatorias. Véase Tribe, *Economy of the Word*, pp. 216-217. [*Ibidem*, p. 558.]

[468] El título en alemán era *Kritik der Politik und National Ökonomie*. Sobre los detalles, véase MECW, vol. 4, p. 675. Karl recibió un anticipo de tres mil francos, de los que el 50 por ciento se pagaría cuando el volumen estuviera impreso. En marzo de 1846, inquieto ante la probabilidad de que actuara la censura, Leske le sugirió a Karl que buscara otro editor y que, en caso de encontrar uno, le devolviera el anticipo. Karl fue incapaz de encontrar otro editor o de entregar el libro. El contrato con Leske quedó así anulado en febrero de 1847, pero el anticipo no fue devuelto.

[469] Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, pp. 231-234. [OFME, vol. 1, p. 558.]

[470] *Ibidem*, p. 272. El origen de este motivo ha de rastrearse en la definición luterana del término *Entäußerung*. Karl escribía que «el ser humano ha de ser reducido a su absoluta pobreza para que pueda proyectar su riqueza interior en el mundo exterior» (*ibidem*, p. 300). Su empleo original proviene de la traducción que Lutero hizo de las Cartas de san Pablo a los filipenses (2, 6-9), en las que Jesús, «aunque en su forma divina, no consideraba la igualdad con Dios un factor a alcanzar, sino que se vaciaba él mismo [*sich geäußert*], adoptando la forma de un servidor, naciendo en una figura semejante a la de los hombres. Y al hallarse en esa forma humana, se volvía humilde y obediente hasta la muerte, incluso hasta la muerte en la cruz». Véase Georges Cottier, *L'athéisme du jeune Marx. Ses origines hégéliennes*, París, Vrin, 1969. [*Ibidem*, p. 596.]

[471] Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, pp. 317, 217, 276, 307. [*Ibidem*, pp. 636, 595.]

[472] *Ibidem*, pp. 322, 219. [*Ibidem*, pp. 641, 529, 636, 643.]

[473] Sobre las dificultades que salían al paso de este argumento, véase Gareth Stedman Jones, «Introduction», en Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Londres, Penguin Books, 2002, pp. 120-139.

[474] Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, pp. 303, 293-294. [OFME, pp. 615, 627.]

[475] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 36. [LSF, p. 15.]

[476] Este era el significado de lo que Engels, siguiendo a algunos analistas franceses como Jean-Baptiste Say y Adolphe Blanqui, denominaba «la revolución industrial»; véase Gareth Stedman Jones, «National Bankruptcy and Social Revolution. European Observers on Britain, 1813-1844», en Donald Winch y Patrick K. O'Brien, eds., *The Political Economy of British Historical Experience, 1688-1914*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 61-92; Stedman Jones, *An End to Poverty?*, pp. 133-199. Prolongando el debate entre Say y Sismondi en la década de 1820, un número creciente de críticos sociales, incluidos Robert Owen, Charles Fourier, Thomas Carlyle, Moses Hess y el propio Engels señalaban, cada uno a su modo, que las viejas circunstancias de hambruna y escasez habían dado pie a un nuevo tipo de crisis. Era lo que Fourier denominaba la «crisis pletórica», la crisis de «sobreproducción». Para los comunistas esto se convirtió en un signo de la discordancia entre las nuevas posibilidades de abundancia y las formas arcaicas de propiedad. Durante las décadas de 1820 y 1830, por primera vez, los contemporáneos de la época tomaron a su vez conciencia de la relación existente entre la producción industrial y el ciclo del comercio. La inversión en producción industrial y maquinaria automatizada creó la posibilidad de una crisis por exceso de capacidad. Las crisis del comercio en 1825, 1837 y 1842 se acompañaron cada una de la notoria presencia de grandes cantidades de mercancías no vendidas. Véase R. C. O. Matthews, *A Study in Trade-Cycle History. Economic Fluctuations in Great Britain 1833-1842*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.

[477] Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England. From Personal Observation and Authentic Sources*, MECW, vol. 4, pp. 295-584.

[478] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 36. [LSF, p. 15.]

[479] Sobre la vida de Engels, véase Tristram Hunt, *The Frock-Coated Communist. The Revolutionary Life of Friedrich Engels*, Londres, Allen Lane, 2009; y también el recuento aún clásico de Gustav Mayer, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, 2 vols., Berlín, Dietz, 1970 [1919, 1932].

[480] F. Oswald, «Siegfried's Home Town», diciembre de 1840, MECW, vol. 2, pp. 132-136. Durante este periodo Engels utilizó el seudónimo de Frederick Oswald.

[481] Los *Freien* (Hombres Libres) eran un grupo reunido en torno a Bruno Bauer tras su vuelta a Berlín en 1842. Frecuentaban cafés específicos, llevaban el argumento anticristiano a sus extremos y estaban asociados a un estilo de vida bohemio. El grupo incluía a Max Stirner y al hermano de Bruno, Edgar Bauer.

[482] Friedrich Engels, «Über eine in England bevorstehende Katastrophe», *Rheinische Zeitung*, n.º 177, 26 de junio de 1842, en W. Mönke, ed., *Moses Hess. Philosophische und sozialistische Schriften 1837-1850. Eine Auswahl*, Vaduz, Topos Verlag, 1980, pp. 183-185; Friedrich Engels, «The Internal Crises», *Rheinische Zeitung*, n.º 343, 9 de diciembre de 1842, MECW, vol. 2, pp. 370-372.

[483] Friedrich Engels, «The Progress of Social Reform on the Continent», octubre-noviembre de 1843, MECW, vol. 3, 406.

[484] *Ibidem*, pp. 393, 407.

[485] Engels, «Outlines of a Critique of Political Economy», pp. 418-444.

[486] Friedrich Engels, «The Condition of England. The Eighteenth Century», MECW, vol. 3, pp. 475-476.

[487] Engels, «Outlines of a Critique of Political Economy», pp. 423, 424; Engels, «The Condition of England. The Eighteenth Century», pp. 476, 485.

- [488] Friedrich Engels, «The Condition of England. The English Constitution», *MECW*, vol. 3, p. 513.
- [489] Engels, «The Condition of England. The Eighteenth Century», pp. 475-476.
- [490] *Ibidem*, p. 464; Friedrich Engels, «The Condition of England. *Past and Present* by Thomas Carlyle», *MECW*, vol. 3, p. 487.
- [491] Engels, *The Condition of the Working Class in England*, p. 526.
- [492] «Karl Marx to Friedrich Engels», 18 de abril de 1863, *MECW*, vol. 41, pp. 468-469. Y proseguía diciendo: «La relectura de tu obra me ha hecho infelizmente consciente de los cambios que trae la edad. ¡Con cuánto brío y pasión, con qué audacia en el enfoque y sin las restricciones luego adquiridas o científicas, se sigue abordando el tema en estas páginas!».
- [493] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 7. [LSF, p. 19.] Eugène Sue (1804-1857) era uno de los novelistas más populares del siglo XIX, conocido ante todo por *Los misterios de París*, publicada como un folletín semanal entre 1842 y 1843. Sue se inspiraba en los textos socialistas y resaltaba el lado oscuro de la vida urbana. La novela se construía sobre el contraste entre la vida regalada de la nobleza y los ricos y la dura existencia de los sectores desposeídos. El simpatizante cartista y editor G. W. M. Reynolds hizo una versión inglesa del texto: *The Mysteries of Londres*. Sue continuó los *Misterios* con otro éxito global, *El judío errante*, que apareció en diez volúmenes entre 1844 y 1845.
- [494] «Georg Jung to Karl Marx», 18 de marzo de 1845, *MEGA*, III, I, pp. 458-459.
- [495] «Friedrich Engels to Karl Marx», 17 de marzo de 1845, *MECW*, vol. 38, p. 28.
- [496] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 41. [LSF, p. 56.]
- [497] Friedrich Engels, «The Rapid Progress of Communism in Germany», *MECW*, vol. 4, p. 235.
- [498] Friedrich Engels, «Speeches in Elberfeld», *MECW*, vol. 4, pp. 243-265.
- [499] Max Stirner, *The Ego and Its Own*, David Leopold, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1995 [1845], p. 323.
- [500] «Friedrich Engels to Karl Marx», 19 de noviembre de 1844, *MECW*, vol. 38, pp. 11-12.
- [501] Moses Hess, «The Recent Philosophers» (1845), en Lawrence S. Stepelevich, ed., *The Young Hegelians. An Anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 359-360, 373.
- [502] En 1844 había escrito en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* que «la crítica de la religión» concluía en «la enseñanza de que *el hombre es el ser supremo para el hombre* y, por tanto, con el imperativo categórico de arrojar por la borda todas las relaciones en las que el hombre fuera un ente degradado, esclavizado, abandonado y despreciado». Karl Marx, «Introduction» to «Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law», 1844, *MECW*, vol. 3, p. 182.
- [503] «Karl Marx to Heinrich Börnstein», finales de diciembre de 1844, *MECW*, vol. 38, p. 14; véase Jacques Grandjonc, *Marx et les Communistes allemands à Paris, Vorwärts 1844. Contribution à l'étude de la naissance du Marxisme*, París, F. Maspero, 1974, p. 94.
- [504] «Friedrich Engels to Karl Marx», c. 20 de enero de 1845, *MECW*, vol. 38, p. 16. Moses Hess le había ya escrito a Karl haciéndole ver su acuerdo con la crítica del libro el 17 de enero de 1845; véase *MEGA*, III, I, p. 450.
- [505] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 222.
- [506] Por ejemplo, ya en 1801 Louis-Sébastien Mercier había hecho notar, en su *Néologie, ou Vocabulaire de mots nouveaux* (París, Moussard), aludiendo a los «proletarios»: «Vaya pesar el de una nación dividida entre dos sectores necesariamente enemigos de clase, el de los propietarios y los proletarios». Citado en Pierre Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992, p. 257. El propio Karl no hacía alarde de ninguna originalidad al recurrir a las nociones de clase y lucha de clases. Tal y como le escribiera a Joseph Weydemeyer en 1852, «mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de la lucha entre las clases, como habían hecho los economistas burgueses en su anatomía económica». Donde sí decía ser original era en «mostrar que la *existencia de las clases* está simplemente

imbricada con *ciertas fases históricas en el desarrollo de la producción*. «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 5 de marzo de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 62.

[507] Karl Marx, «Development of the Productive Forces as a Material Premise of Communism», 1845-1847, *MECW*, vol. 5, p. 49. Estaba previsto que este párrafo formara parte de lo que se llamó *La ideología alemana*, pero hoy existen serias razones para dudar de la existencia de dicho texto. Véase más adelante, n. 80.

[508] Véase Frederick Beiser, «Max Stirner and the End of Classical German Philosophy», en Douglas Moggach, ed., *Politics, Religion and Art: Hegelian Debates*, Evanston, Ill., Northwestern University Press, 2011, pp. 281-301. Por cierto que Stirner no respondió directamente a las críticas de Karl, pues la polémica propiciada por el mismo Karl nunca vio la luz.

[509] Friedrich Engels, «On the History of the Communist League», octubre de 1885, *MECW*, vol. 26, p. 318. [Hay trad. cast.: *Karl Marx y Friedrich Engels, Obras escogidas (tomos I, II y III)*, de aquí en adelante *OE*, I, II y III, Moscú, Progreso, 1980, versión en línea: Marxists Internet Archive, <<http://www.marxists.org>>, III, p. 123.]

[510] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 7. [*LSF*, p. 19.]

[511] Las insuficiencias teóricas de Engels no pasaban inadvertidas en la época. Según Heinrich Bürgers, el amigo de Karl en Colonia, «la aversión [de Engels] a la filosofía y a la especulación no es tanto porque intuya algo acerca de su naturaleza, sino más bien por la incomodidad que provocan en su mente no demasiado perseverante». Bürgers decía que probablemente había resuelto protegerse de esa incomodidad mediante «el exorcismo del desprecio», y fijándose a sí mismo una tarea de índole descriptiva. «Heinrich Bürgers to Karl Marx», febrero de 1846, *MEGA*, III, I, pp. 506-507.

[512] Friedrich Engels, «Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy», 25 de febrero de 1886, *MECW*, vol. 26, p. 366. [*OE*, III, pp. 228-229.]

[513] G. Plejánov [N. Beltov], *The Development of the Monist View of History*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1956 [1895], cap. 1.

[514] «Conocido» porque Karl aprovechó su investigación para la tesis doctoral, sobre las «Diferencias entre la filosofía democritana y epicúrea de la naturaleza», para desafiar los hallazgos de Bruno Bauer.

[515] Sobre David Riazánov, véase «Epílogo», n. 20, p. 824.

[516] Véase Terrell Carver, «The German Ideology Never Took Place», *History of Political Thought*, 31 (primavera de 2010), pp. 107-127; véase además Terrell Carver y Daniel Blank, *A Political History of the Editions of Marx and Engels's «German Ideology Manuscripts»*, Londres, Palgrave Macmillan, 2014. El texto cuyo título fue *La ideología alemana*, tal y como fue publicado en 1932, consiste en una variedad de manuscritos inéditos o parcialmente editados, algunos de los cuales iban destinado a otros escritos. Buena parte de los primeros fragmentos fue escrita o transcrita por Karl o Engels; algunos de los ensayos posteriores (como el segundo volumen) fueron originalmente elaborados o transcritos por Joseph Weydemeyer o Moses Hess. Por estas razones he evitado deliberadamente toda cita que sugiera implícitamente que existió, en efecto, un libro o texto integral con el título de *La ideología alemana*.

[517] Publicadas por Engels como un apéndice a la edición de su ensayo en 1888, donde hizo varios cambios y le dio el título más ampuloso de «Tesis sobre Feuerbach».

[518] Karl Marx, «Ad Feuerbach», *MECW*, vol. 5, p. 3.

[519] *Ibidem*, pp. 39-40.

[520] No todas las observaciones formuladas por Karl eran exactas. Mientras que la crítica del vínculo entre «sensualidad» y pasividad estaba justificada, criticar el enfoque que Feuerbach proponía del ser humano, entendido como «una abstracción inherente a cada individuo aislado» en lugar de «un conjunto de relaciones sociales» —un punto que Louis Althusser debatió ampliamente alguna vez—, no tenía mucho sentido, visto que uno de los alegatos fundamentales de Feuerbach era

haber sustituido «el ego solitario» como punto de partida de la filosofía por «la unidad del Yo y el Tú». De paso, es a la vez erróneo inferir de las críticas de Karl que Feuerbach fuera en algún sentido apolítico. Feuerbach declaraba que «en el área de la filosofía práctica» seguía siendo un idealista. Su modelo de una república no era el de la antigua Grecia, sino una versión alemana de Estados Unidos. Y estuvo comprometido en términos prácticos con la política durante toda la vida, desde su asociación juvenil con el *Burschenschaften* hasta su pertenencia al Congreso Democrático en junio de 1848. Véase David Leopold, *The Young Karl Marx. German Philosophy, Modern Politics and Human Flourishing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 203-218.

[521] Marx, «Ad Feuerbach», p. 3.

[522] Karl Marx, «The Fetishism of Commodities and the Secret Thereof», en *Capital*, vol. I, *MECW*, vol. 35, pp. 81-94. Sobre la abstracción, véase más adelante y también p. 239.

[523] «Karl Marx to Pavel Annenkov», 28 de diciembre de 1846, *MECW*, vol. 38, pp. 100, 102. [OE, I, pp. 286, 287.]

[524] Karl Marx, «Direct Results of the Production Process», *MECW*, vol. 34, p. 398.

[525] «Karl Marx to Friedrich Engels», 25 de marzo de 1868, *MECW*, vol. 42, p. 558.

[526] Al hacer hincapié en la relación de Karl con la tradición idealista, debo reconocer mi deuda sustancial con las conclusiones de Douglas Moggach y su idea del «perfeccionismo poskantiano». Véase D. Moggach, «Post-Kantian Perfectionism», en D. Moggach, ed., *Politics, Religion and Art*, pp. 179-203; y sobre la relación de Marx con esta tradición, véase en particular el ensayo de Douglas Moggach, «German Idealism and Marx», en John Walker, ed., *The Impact of Idealism. The Legacy of Post-Kantian German Thought*, vol. II: *Historical, Social and Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

[527] Karl Marx, «Critique of the Hegelian Dialectic and Philosophy as a Whole», *MECW*, vol. 3, pp. 332-333. Hegel había llegado a esta postura en sus años de Jena (1800-1807). A partir de sus conferencias de 1803 revirtió la prioridad clásica de la actividad (*praxis*) sobre el trabajo (*poiesis*); el trabajo no era ya presentado como un componente subordinado de la filosofía práctica, confinado al «relativismo de una clase trabajadora», sino que se convirtió en un momento central dentro de la conformación del Espíritu. El comportamiento práctico no estaba ya confinado al concepto de interacción con otros o, como ocurría en Kant y Fichte, a los procedimientos interiores de la subjetividad moral en interacción con su propia sensualidad como objeto. Según Hegel, esta interacción entre el yo y el no yo se ampliaba ahora, a través del nuevo concepto del trabajo, para incorporar la totalidad de la lucha de la humanidad contra la naturaleza. El trabajo y el desarrollo eran amalgamados en una historia transcendental de la conciencia, la actividad era objetivada en el trabajo. Véase Manfred Riedel, *Between Tradition and Revolution. The Hegelian Transformation of Political Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, caps. 1 y 5.

[528] Karl Marx, «Estranged Labour», *MECW*, vol. 3, p. 280.

[529] Immanuel Kant, «Conjectural Beginning of Human History» (1786), en Lewis White Beck, ed., *Kant. On History*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1980, pp. 59-60.

[530] Como Karl escribió después en sus borradores iniciales de *El capital*, los llamados *Grundrisse*, «la medida misma del trabajo se presenta como dada exteriormente, por medio del objetivo a alcanzar y de los obstáculos que el trabajo debe superar para su ejecución. Pero que esta superación de obstáculos es de por sí ejercicio de la libertad —y que además a los objetivos exteriores se les haya despojado de la apariencia de necesidad natural meramente exterior, y se les haya puesto como objetivos que no es sino el individuo mismo el que pone, o sea como autorrelación, objetivación del sujeto, por ende libertad real cuya acción es precisamente el trabajo—. [De todo esto] A. Smith no abriga tampoco la menor sospecha». Karl Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858 (Grundrisse)*, *MECW*, vol. 28, p. 530. [*Grundrisse*, vol. 2, p. 119.]

[531] La «vida ética» es una traslación imperfecta del alemán *Sittlichkeit*, pues este término se refiere no solo a la moral sino también a la costumbre. La palabra alemana *Sitte* significa «costumbre». Así, *Sittlichkeit* alude a un modelo de conducta habitualmente practicado por un grupo social, como una nación, una clase o una familia, y equivale a una norma de comportamiento decente. Véase Michael Inwood, *A Hegel Dictionary*, Oxford, Blackwell, 1992, pp. 91-93.

[532] Marx, «Ad Feuerbach», p. 4. [OE, I.]

[533] *Ibidem*, pp. 294-297.

[534] G. Plejánov, *Development of the Monist View*, p. 166.

[535] Karl Kautsky, *Ethics and the Materialist Conception of History*, Chicago, C. H. Kerr & Company, 1914 [1906], pp. 96-97, 102.

[536] G. W. F. Hegel, *The Science of Logic*, en George di Giovanni, trad. y ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 657-669. La aplicación que Karl hacía del tratamiento hecho por Hegel de la «teleología externa» a su análisis del proceso laboral en los *Manuscritos de 1844* ha sido debatida por Douglas Moggach en «German Idealism», pp. 19-21.

[537] Moggach, «German Idealism», pp. 21-23.

[538] Karl Marx, «Production and Intercourse. Division of Labour», *MECW*, vol. 5, pp. 33-34. Aparte del «modo asiático de producción», este listado era muy similar al utilizado por Karl en 1859 en su prólogo a *A Contribution to the Critique of Political Economy*, *MECW*, vol. 29, p. 263. Sobre el empleo de estudios históricos y legales de la Escuela Histórica del Derecho germana —Savigny, Niebuhr, Hugo y Pfister—, véase Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 153-157. Véase también N. Levine, «The German Historical School of Law and the Origins of Historical Materialism», *Journal of the History of Ideas*, 48/3 (julio-septiembre de 1987), pp. 431-451.

[539] Karl Marx, *MECW*, vol. 5, p. 50.

[540] *Ibidem*, p. 50.

[541] «Karl Marx to Pavel Annenkov», 28 de diciembre de 1846, *MECW*, vol. 38, pp. 96-97. [OE, I, Carta a Pavel Pannenkov.]

[542] En *La miseria de la filosofía* Karl escarnece a Proudhon por intentar aplicar mecánicamente las categorías hegelianas. «Una vez que [la razón] ha conseguido posicionarse ella misma como una tesis, dicha tesis, dicho pensamiento opuesto a sí mismo, se divide en dos pensamientos contradictorios: el positivo y el negativo. [...] La lucha entre estos dos elementos antagónicos comprendidos en la antítesis constituye el movimiento dialéctico». Karl Marx, *La miseria de la filosofía*, *MECW*, vol. 6, p. 164. Esto sugiere indicios de la inspiración dialéctica subyacente tras el enfoque del propio Karl en los *Manuscritos de 1844*, en el que el trabajo entendido como propiedad y no propiedad se desarrolla en el antagonismo entre la burguesía y el proletariado.

[543] Marx, *Poverty of Philosophy*, p. 132. [Hay trad. cast.: *Miseria de la filosofía*, de aquí en adelante *MF*, versión en línea, Marxists Internet Archive, <<http://www.marxists.org>>, p. 39.]

[544] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 222-223. [Hay trad. cast.: *Manifiesto comunista*, de aquí en adelante *MC*, Pedro Ribas, intr. y trad., Madrid, Alianza, 2.^a ed., 6.^a reimp., 2017, pp. 53, 54.]

[545] *Ibidem*, p. 226.

[546] Marx, «Critique of the Hegelian Dialectic», pp. 332-333.

[547] Engels y Marx, *The Holy Family*, p. 37. [LSF, p. 51.]

[548] *Ibidem*. [*Ibidem*, p. 51.]

[549] Los primeros encuentros de Karl con trabajadores de carne y hueso, precisamente con *Handwerker* (artesanos) «comunistas», ocurrieron tras su llegada a París en octubre de 1843. Allí asistió a reuniones de obreros y quedó profundamente conmovido. En los así llamados *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* escribió: «La hermandad del hombre no es una frase hueca, sino una realidad, y la nobleza del hombre resplandece sobre nosotros desde sus cuerpos fatigados y gastados», *MEGA*, I, II, p. 289; *MECW*, vol. 3, p. 313. Pero esta alusión no iba más lejos que una

generalización estilística; no había, tras ella, la sensación de un encuentro personal con trabajadores individuales, del modo en que lo hizo célebre Henry Mayhew en *London Labour and the London Poor*, entre 1848 y 1851. El único trabajador con quien profundizó un poco fue el sastre Wilhelm Weitling. Tras elogiarlo profusamente en *Vorwärts!*, en agosto de 1844 —como parte del «brillante debut literario de los trabajadores alemanes», *MECW*, vol. 3, p. 20— rápidamente comenzó a sentirse crispado con él y, en marzo de 1846, estando en Bruselas, denunció enfadado su enfoque. Véase capítulo 7, pp. 214-215.

[550] Douglas Moggach, *The Philosophy and Politics of Bruno Bauer*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 44-45.

[551] *Ibidem*.

LA PROXIMIDAD DE LA REVOLUCIÓN

[552] *Vormärz* significa literalmente «antes de marzo», es decir, el periodo anterior a la Revolución de Marzo de 1848 en el seno de la Confederación Germánica (incluidos tanto el Imperio austriaco como la actual Alemania). El periodo del *Vormärz* alude a los años entre 1815 y 1848, un intervalo dominado por la restauración conservadora que siguió a la derrota de Napoleón. Durante ese periodo los estados de la Confederación Germánica se resistieron a las reformas liberales y lograron sortear la marea de alzamientos revolucionarios surgidos en Francia y Bélgica en 1830. Las políticas de represión interna de la actividad política se acompañaban de una dura política contrarrevolucionaria en el exterior, encabezada por Metternich, el canciller del Imperio austriaco.

[553] Para un análisis impresionantemente amplio de este tema, véase Warren Breckman, «Diagnosing the “German Misery”. Radicalism and the Problem of National Character, 1830 to 1848», en David E. Barclay y Eric D. Weitz, eds., *Between Reform and Revolution. German Socialism and Communism from 1840 to 1990*, Nueva York/Oxford, Berghahn, 1998, pp. 33-61. Véase también Dieter Langewiesche, «Revolution in Germany. Constitutional State. Nation State. Social Reform», en D. Dowe, H. G. Haupt, D. Langewiesche y J. Sperber, eds., *Europe in 1848. Revolution and Reform*, Nueva York/Oxford, Berghahn, 2001, cap. 5.

[554] I. Kant, «On the Common Saying. “This may be true in theory, but it does not apply in practice”» [1793], en Hans Reiss, ed., *Kant’s Political Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pp. 61-93; véase también Jacques Droz, *L’Allemagne et la Révolution française*, París, Presses Universitaires de Paris, 1949.

[555] Elizabeth M. Wilkinson y L. A. Willoughby, eds., *F. Schiller. On the Aesthetic Education of Man, in a Series of Letters*, Oxford, Clarendon Press, 1982, p. 25.

[556] Véase Michael Rowe, *From Reich to State. The Rhineland in the Revolutionary Age 1780-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

[557] Madame de Staël, *De l’Allemagne*, París, Firmin Didot Freres, 1860, p. 18. Sobre el alejamiento de la política que vivieron los primeros románticos, véase Frederick C. Beiser, *The Romantic Imperative. The Concept of Early German Romanticism*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

[558] Sobre la naturaleza del sentimiento democrático nacionalista durante el periodo del *Vormärz*, véase Hagen Schulze, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

[559] Heinrich Heine, *On the History of Religion and Philosophy in Germany and Other Writings*, Terry Pinkard, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 111, 116; véase también Harold Mah, «The French Revolution and the Problem of German Modernity. Hegel, Heine and Marx», *New German Critique*, n.º 50 (primavera-verano de 1990), pp. 3-20.

[560] Citado en Breckman, «Diagnosing the “German Misery”», p. 39. Ludwig Börne, un autor de convicciones democráticas y judío no practicante, partió al exilio en París por la misma época que Heine. Era uno de los héroes del Friedrich Engels joven, especialmente a causa de su ataque contra el nacionalismo germano antigalo de Wolfgang Menzel, manifestado en su *Menzel der Franzosenfresser*, publicado en 1837. Heine se decepcionó con él y lo denunció después de su muerte en *Ludwig Börne. Eine Denkschrift* (1840), un libro que Engels consideraba «despreciable».

[561] Véase Christina von Hodenberg, *Aufstand der Weber. Die Revolte von 1844 und ihr Aufstieg zum Mythos*, Bonn, Dietz, 1997, tercera parte.

[562] Es importante no confundirse con las connotaciones que la palabra «comunismo» adquirió en el siglo XX. Según Stefan Born, uno de los organizadores de la *Arbeiterverbrüderung* en Berlín en 1848 y colega cercano de Karl en el periodo 1845-1848, «el comunismo y los comunistas no eran

términos vinculantes. De hecho, la gente casi no hablaba de ellos». A la izquierda extrema del espectro político, la frontera entre comunismo y democracia era muy borrosa. Stefan Born, *Erinnerungen eines Achtundvierzigers*, Leipzig, G. H. Meyer, 1898, p. 72.

[563] Karl Grün, *Ausgewählte Schriften*, 2 vols., Manuela Köppe, ed., Berlín, Akademie Verlag, 2005, vol. 1, p. 100.

[564] Véase Diana Siclovan, «The Project of *Vergesellschaftung*, 1843-1851», tesis de máster en Filosofía, Cambridge, Universidad de Cambridge, 2010, p. 21.

[565] Véase Pierre Hauptmann, *Proudhon, Marx et la pensée allemande*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1981, pp. 70-73.

[566] *Ibidem*, pp. 32, 33, 41.

[567] Karl Marx, «Statement», 18 de enero de 1846, *MECW*, vol. 6, p. 34.

[568] «Karl Marx to Pierre-Joseph Proudhon», 5 de mayo de 1846, *MECW*, vol. 38, pp. 39-40.

[569] Karl Marx, «Critical Marginal Notes on the Article “The King of Prussia and Social Reform. By a Prussian”», *Vorwärts!*, n.º 60, 7 de agosto de 1844, *MECW*, vol. 3, p. 201.

[570] Sobre los cambios en la postura de la Liga de los Justos de Londres, véase Christine Lattek, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, Routledge, 2006, cap. 2. Sobre el humanismo comunista de Hess, véase Moses Hess, «A Communist Credo: Questions and Answers», en Shlomo Avineri, ed. y trad., *Moses Hess. The Holy History of Mankind and Other Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 116-127.

[571] «Jenny Marx to Karl Marx», 24 de marzo de 1846, *MEGA*, III, I, p. 518.

[572] Citado en Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, trad. al inglés de G. David y E. Mosbacher, Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 125.

[573] Pavel V. Annenkov, *The Extraordinary Decade. Literary Memoirs*, Arthur P. Mendel, comp., Ann Arbor, Michigan University Press, 1968, pp. 169-171.

[574] «Wilhelm Weitling to Moses Hess», 31 de marzo de 1846, en Edmund Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, La Haya, Mouton, 1959, p. 151.

[575] «Karl Marx and Friedrich Engels, Circular against Kriege», 11 de mayo de 1846, *MECW*, vol. 6, p. 35. En la época no había todavía ningún partido comunista.

[576] «Hermann Kriege to Karl Marx», 9 de junio de 1845, *MEGA*, III, I, pp. 470-472.

[577] «Hermann Ewerbeck to Karl Marx», junio de 1845, *MEGA*, III, I, p. 477; «George Julian Harney to Friedrich Engels», 30 de marzo de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 537.

[578] «P. J. Proudhon to Karl Marx», 17 de mayo de 1846, *MEGA*, III, II, pp. 203-205.

[579] «Communist Correspondence Committee in London to Karl Marx», 6 de junio de 1846, *MEGA*, III, II, p. 223; «Joseph Weydemeyer to Karl Marx», 14 de mayo de 1846, *MEGA*, III, II, p. 193.

[580] «Hermann Ewerbeck to Karl Marx», 15 de mayo de 1846, *MEGA*, III, II, pp. 202-203.

[581] Véase Siclovan, «*Vergesellschaftung*», pp. 42-43.

[582] «Hermann Ewerbeck to Karl Marx», 31 de agosto de 1845, *MEGA*, III, I, pp. 482-483.

[583] Pierre-Joseph Proudhon, *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère*, 2 vols., París, Guillaumin, 1846, vol. 1, p. 164, 166. [Hay trad. cast.: *Filosofía de la miseria*, versión en línea, Madrid, Espasa, s.f.]

[584] Citado en Keith Tribe, *The Economy of the Word. Language, History and Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 227.

[585] Karl Grün, «Einführung», en *Ausgewählte Schriften*, vol. 1, p. 508; véase también Siclovan, «*Vergesellschaftung*», pp. 42-43.

[586] «Karl Marx to C. J. Leske», 1 de agosto de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 51.

[587] «C. J. Leske to Karl Marx», 2 de febrero de 1847, *MEGA*, III, II, p. 329.

- [588] Karl Marx, «Karl Grün. *Die Soziale Bewegung in Frankreich und Belgien* Darmstadt 1845», o «The Historiography of True Socialism», *MECW*, vol. 5, pp. 484-530. Buena parte del ensayo estaba dedicada al listado de presuntos plagios y malas traducciones que Grün hacía de las referencias al socialismo que se podían encontrar en Lorenz von Stein y Louis Reybaud. El punto de mayor interés era el contraste que hacía entre empezar por el «consumo», como hacían Grün y Proudhon, o por la producción, como hacía él, y el análisis de las consecuencias tan distintas que tenía; *ibidem*, pp. 516-519.
- [589] «Karl Schapper to Karl Marx», 6 de junio de 1846, en *Der Bund der Kommunisten*, Berlín, Dietz, 1983, vol. 1, p. 348.
- [590] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Gareth Stedman Jones, ed., Londres, Penguin Books, 2002, p. 244. [MC, p. 79.]
- [591] Pareciera que los círculos radicales y socialistas suscribían ampliamente este enfoque. El líder cartista Julian Harney escribió a Engels: «Escucho decir que vosotros [los personajes instruidos de Bruselas] *habéis* formado una sociedad confinada a vosotros mismos, en la que no admitís a ningún trabajador». Era algo ya sabido y «ha promovido los prejuicios entre hombres por lo demás buenos». «George Julian Harney to Friedrich Engels», 30 de marzo de 1846, *MEGA*, III, I, p. 526.
- [592] «A Circular of the First Congress of the Communist League to the League Members», 9 de junio de 1847, *MECW*, vol. 6, p. 590.
- [593] Born, *Erinnerungen*, p. 49.
- [594] «Friedrich Engels to Karl Marx», 25 de octubre de 1847, *MECW*, vol. 18, pp. 138-139.
- [595] Sobre el carácter general de los argumentos de Karl en el *Manifiesto*, véase el recuento detallado de cómo se forjó el texto y su prehistoria en Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 3-185.
- [596] El siguiente capítulo ofrece un análisis más completo del *Manifiesto*.
- [597] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 251 y 248-251. [MC, p. 88.]
- [598] «Demands of the Communist Party in Germany», 21-24 de marzo de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 3.
- [599] Véase Siclovan, «Vergesellschaftung», pp. 50-51.
- [600] «Joseph Weydemeyer to his fiancée», 2 de febrero de 1846, citado en Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, pp. 140-141.
- [601] *Deutsche-Brüsseler-Zeitung*, 6 de enero de 1848, citado en Luc Somerhausen, *L'Humanisme agissant de Karl Marx*, París, Richard-Masse, 1946, p. 157.
- [602] Born, *Erinnerungen*, p. 68.
- [603] Wilhelm Liebknecht, «Reminiscences of Karl Marx», en David McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1981, p. 115; Jenny Marx, «A Short Sketch of an Eventful Life», en Institut Marksizma-Leninizma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Foreign Languages Publishing House 1957, p. 229.
- [604] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 222.
- [605] Quizá Engels pasaba al francés para transmitir con exactitud el estatus que se atribuía a sí mismo en este diálogo. En castellano quiere decir: «Puede usted considerar al señor Marx la cabeza de nuestro partido (esto es, la fracción más avanzada de la democracia alemana, que yo represento por él) y su libro reciente contra Proudhon como nuestro programa». «Friedrich Engels to Karl Marx», 25-26 de octubre de 1847, *MECW*, vol. 38, p. 143.
- [606] Annenkov, *Extraordinary Decade*, pp. 167-168.
- [607] «Friedrich Engels to Karl Marx», 17 de marzo de 1845, *MECW*, vol. 38, p. 29.
- [608] Con «frau» H. se refiere a la compañera de Hess, Sybille. El empleo sarcástico de comillas alude al hecho de que no estaban casados. Según informes de la policía de Colonia, Sybille, apellidada Pesch de soltera, era una antigua prostituta que se volvió costurera, a quien Hess rescató

en un gesto de filantropía. A ello puede deberse que Engels se refiriera a ella en un lenguaje tan ofensivo. Para un relato de este vínculo y su nexa con las actividades del propio Engels en la década de 1840, véase Tristram Hunt, *The Frock-Coated Communist. The Revolutionary Life of Friedrich Engels*, Londres, Allen Lane, 2009, pp. 143-146 y ss.

[609] «Roland Daniels to Karl Marx», 7 de marzo de 1846, *MEGA*, III, I, pp. 513-514.

[610] «Heinrich Bürgers to Karl Marx», finales de febrero de 1846, *MEGA*, III, I, pp. 506-507.

[611] *Ibidem*.

[612] «Jenny Marx to Karl Marx», 24 de marzo de 1846, *MECW*, vol. 38, pp. 529-532. Al escribir que «todos los gatos son iguales», Jenny parafraseaba el famoso reproche de Hegel a la concepción del Absoluto de Schelling, incluida en el prólogo a la *Fenomenología*, cuando mencionaba que «en la noche todas las vacas son negras».

[613] «Moses Hess to Karl Marx», 29 de mayo de 1846, *MEGA*, III, I, p. 211.

[614] «Friedrich Engels to Karl Marx», 19 de agosto de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 56.

[615] «Friedrich Engels to Karl Marx», 27 de julio de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 46; «Engels to the Correspondence Committee», 16 de septiembre de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 65; *ibidem*, 23 de octubre de 1846, p. 81; «Friedrich Engels to Karl Marx», 15 de enero de 1847, *MECW*, vol. 38, p. 108.

[616] «Friedrich Engels to Karl Marx», 14 de enero de 1848, *MECW*, vol. 38, p. 153.

[617] «Friedrich Engels to Karl Marx», noviembre-diciembre de 1846, *MECW*, vol. 38, p. 91.

[618] *Ibidem*, 9 de marzo de 1847, p. 115.

[619] «Jenny Marx to Karl Marx», en fecha posterior al 24 de agosto de 1845, *MECW*, vol. 38, p. 529; «Hermann Ewerbeck to Karl Marx», 31 de octubre de 1845, *MEGA*, III, I, pp. 489-490.

[620] «Georg Jung to Karl Marx», 18 de marzo de 1845, *MEGA*, III, I, pp. 458-459.

[621] «Joseph Weydemeyer to Karl Marx», 30 de abril de 1846, *MEGA*, III, I, p. 532.

[622] «Moses Hess to Karl Marx», 28 de julio de 1846, en Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, p. 165.

[623] Un enfoque archivado y luego modificado, aunque nunca del todo descartado. Siguió considerando siempre «lo económico» una distorsión de «lo humano», asumiendo que la «abstracción» era el medio a través del cual la humanidad se aherrajaba a objetivos inhumanos. Estos temas reaparecieron de manera explícita en los *Manuscritos económicos de 1857-1858*, los llamados *Grundrisse*.

[624] Karl Marx, *The Poverty of Philosophy*, *MECW*, vol. 6, p. 125. [MF, p. 44.]

[625] *Ibidem*, p. 138. [*Ibidem*, p. 25.]

[626] Sobre estas teorías, que tenían generalmente poca relación con las de Ricardo, véase Gareth Stedman Jones, «Rethinking Chartism», en *Languages of Class. Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 128-145.

[627] Marx, *Poverty of Philosophy*, pp. 189-190.

[628] Karl Marx, «Wages», *MECW*, vol. 6, p. 419. Estas eran notas que hizo para las charlas dictadas ante la Asamblea Educativa de Trabajadores Alemanes en el otoño de 1847.

[629] Karl Marx, «Wage Labour and Capital», *MECW*, vol. 9, pp. 212-213. La intención de Karl de publicar sus conferencias de 1847 se vio interrumpida por el estallido de la revolución. La mayor parte de ellas se publicaron en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1849. [Hay trad. cast.: *Trabajo asalariado y capital*, de aquí en adelante TAC, versión en línea, Marxists Internet Archive, <<http://www.marxists.org>>, pp. 17-21.]

[630] *Ibidem*, p. 214. [*Ibidem*, p. 23.]

[631] *Ibidem*, pp. 219-220. [*Ibidem*, p. 23.]

[632] *Ibidem*, pp. 215, 225-226. [*Ibidem*, pp. 23-24, 38.]

[633] Marx, «Wages», p. 432.

- [634] «From our German Correspondent [Karl Marx], the Free Trade Congress at Brussels», septiembre de 1847, *MECW*, vol. 6, p. 290; Karl Marx, «Speech on the Question of Free Trade», 9 de enero de 1848, *MECW*, vol. 6, p. 465.
- [635] Louis Blanc, *The History of Ten Years, 1830-1840*, 2 vols., Londres, 1845, vol. 1, pp. 27 y 33.
- [636] Alexis de Tocqueville, *Recollections*, J. P. Mayer y A. P. Kerr, eds., G. Lawrence, trad., Londres, Macdonald, 1970, pp. 52, 92.
- [637] Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England. From Personal Observation and Authentic Sources*, *MECW*, vol. 4, p. 304. Sobre comparaciones internacionales, véase M. Riedel, «Bürger, Staatsbürger, Bürgertum», en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, vol. 1, pp. 672-725; R. Koselleck, U. Spree y W. Steinmetz, «Drei bürgerliche Welten? Zur Vergleichenden Semantik der bürgerlichen Gesellschaft in Deutschland, England und Frankreich», en Hans-Jürgen Puhle, ed., *Bürger in der Gesellschaft der Neuzeit. Wirtschaft, Politik, Kultur*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1991, pp. 14-58; Reinhart Koselleck y Klaus Schreiner, *Bürgerschaft. Rezeption und Innovation der Begrifflichkeit vom Hohen Mittelalter bis ins 19. Jahrhundert*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1994; Jürgen Kocka, «Das europäische Muster und der deutsche Fall», en Jürgen Kocka, ed., *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, 3 vols., Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995, vol. 1, pp. 9-75; Pamela M. Pilbeam, *The Middle Classes in Europe 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia*, Basingstoke, Macmillan Education, 1990.
- [638] Véase Engels, *The Condition of the Working Class in England*, pp. 295-596.
- [639] Véase John M. Maguire, *Marx's Theory of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, p. 203.
- [640] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 28 de diciembre de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 435; y véase mi análisis en «The Young Hegelians, Marx and Engels», en Gareth Stedman Jones y Gregory Claeys, eds., *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 579-585.
- [641] «George Julian Harney to Friedrich Engels», 30 de marzo de 1846, *MEGA*, III, I, p. 523.
- [642] «Hermann Kriege to Karl Marx», 9 de junio de 1845, *MEGA*, III, I, p. 470.
- [643] «Carl Bernays to Karl Marx», 7 de abril de 1846, *MEGA*, III, I, p. 529.
- [644] «Heinrich Burgers to Karl Marx», 30 de agosto de 1847, *MEGA*, III, II, p. 351.
- [645] Friedrich Engels, «The Movements of 1847», *Deutsche-Brüsseler-Zeitung*, 23 de enero de 1848, *MECW*, vol. 6, pp. 521-529.
- [646] Para una biografía de Von Bornstedt, Véase n. 90, pp. 722-723.
- [647] Véase este capítulo, pp. 262-264.
- [648] Véase este capítulo, pp. 251-264.
- [649] «Friedrich Engels to Karl Marx», 23-24 de noviembre de 1847, *MECW*, vol. 38, pp. 146-149.
- [650] «New Year's Eve Celebration», 31 de diciembre de 1847, *Deutsche-Brüsseler-Zeitung*, *MECW*, vol. 6, p. 639.
- [651] *Le Débat social*, 6 de febrero de 1848, citado en Somerhausen, *L'Humanisme agissant*, pp. 172-174.
- [652] Karl Marx, «The *Débat social* of 6 February on the Democratic Association», *MECW*, vol. 6, pp. 536-539.
- [653] Karl Marx, «Speech on the Question of Free Trade», pp. 463, 465.
- [654] Karl Marx, «Speech on Poland», 29 de noviembre de 1847, *MECW*, vol. 6, pp. 388-389.
- [655] Karl Marx, «On the Polish Question», 22 de febrero de 1848, *MECW*, vol. 6, p. 546.
- [656] Friedrich Engels, «Speech on Poland», 29 de noviembre de 1847, *MECW*, vol. 6, p. 389.
- [657] Somerhausen, *L'Humanisme agissant*, pp. 183-200.

[658] Karl Marx, «Letter to the Editor of *La Réforme*», 6 de marzo de 1848, *MECW*, vol. 6, p. 565.

LAS REVOLUCIONES A MEDIADOS DEL SIGLO

[659] Sobre los acontecimientos de la Revolución de Febrero, véase la nota siguiente.

[660] Hanna Ballin Lewis, ed., *A Year of Revolutions. Fanny Lewald's Recollections of 1848*, Providence/Oxford, Berghahn, 1997, p. 41.

[661] Por esta época Engels pensaba que Ledru-Rollin y Flocon y «los hombres de la *Réforme* [...] son comunistas sin saberlo». «Friedrich Engels to Emil Blank», 28 de marzo de 1848, *MECW*, vol. 38, p. 168. En una carta a su abogado escrita en 1860, en la cual resumía su carrera política en respuesta a las acusaciones de Karl Vogt, Karl escribía: «Flocon ofreció ayudarme a mí y Engels con financiación para crear la *N. Rh. Z.* Lo rechazamos porque, como *alemanes*, no queremos ser subsidiados por un *gobierno francés*, aunque sea uno *amistoso*». «Karl Marx to J. M. Weber», 3 de marzo de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 102.

[662] Gustave Flaubert, *A Sentimental Education*, comp. y trad. al inglés por Douglas Parmée, Oxford, Oxford University Press, 1989, p. 317. [Hay trad. cast.: *La educación sentimental*, Barcelona, Mondadori, 2005.]

[663] Sebastian Seiler, *Das Komplott vom 13 Juni 1849, oder der letzte Sieg der Bourgeoisie in Frankreich*, Hamburgo, Joffman und Campe, 1850, p. 21, citado en Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 160.

[664] «Report of the Speeches made by Marx and Engels at the General Meeting of the Democratic Committee in Cologne on 4 August 1848», *MECW*, vol. 7, p. 556.

[665] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 5 de marzo de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 62.

[666] Alexis de Tocqueville, *Recollections*, J. P. Mayer y A. P. Kerr, eds., G. Lawrence, trad., Londres, Macdonald, 1970, p. 18.

[667] El sufragio bajo el régimen de Julio era de alcances muy menores, ciento sesenta y seis mil electores en 1831, que aumentaron a doscientos cuarenta y un mil en 1846. Pero la propuesta de ampliar el voto era insignificante si se la comparaba con el sufragio masculino decretado por la Revolución de Febrero. ocho millones doscientos veintiún mil electores quedaron autorizados a votar en la elección a la Asamblea Constituyente del 23 de abril de 1848.

[668] Citado en Georges Duveau, *1848. The Making of a Revolution*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967, p. 8.

[669] Habitualmente aludido como «el trabajador Albert», enfatizando la novedad de un Gobierno que incluía a un trabajador, su verdadero nombre era Alexandre Martin. Era el líder de una sociedad secreta, mecánico y uno de los integrantes de la Comisión de Luxemburgo (creada para analizar las soluciones al problema laboral), y fue elegido a la Asamblea Nacional. Luego se vio involucrado en el conato golpista del 15 de mayo y fue arrestado.

[670] Christopher Clark, *Iron Kingdom. The Rise and Downfall of Prussia 1600-1947*, Londres, Allen Lane, 2006, p. 469. [Hay trad. cast.: *El reino de hierro*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]

[671] Los riesgos de un malentendido o una reacción excesiva de las fuerzas del orden, al verse confrontadas por las multitudes urbanas, y la elevada mortandad que suscitaron las refriegas callejeras en Francia, Austria y Alemania, sugerían los riesgos de dejar la cuestión crucial del control de las multitudes en manos del ejército. En Gran Bretaña, por el contrario, existía una fuerza policial civil desde la década de 1820.

- [672] «Roland Daniels to Karl Marx», 21 de marzo de 1848, *MEGA*, III, II, pp. 403-404. Según Daniels, «solo los banqueros y comerciantes reciben cartas privadas, y Camphausen declaró anteayer en el Consejo Ciudadano que no estaba autorizado a divulgar detalles a partir de sus boletines, puesto que suscitarían demasiada inquietud entre el pueblo».
- [673] «Georg Weerth to Karl Marx», 25 de marzo de 1848, *MEGA*, III, II, p. 414.
- [674] Véase Oscar J. Hammen, *The Red '48ers. Karl Marx and Friedrich Engels*, Nueva York, Scribner, 1969, p. 218.
- [675] «Andreas Gottschalk to Hess», 26 de marzo de 1848, en Edmund Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, La Haya, Mouton, 1959, pp. 175-176.
- [676] «Gottschalk to Hess», en Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, p. 175; véase Karl Stommel, «Der Armenarzt, Dr. Andreas Gottschalk, der erste Kölner Arbeiterführer, 1848», *Annalen des Historischen Vereins für den Niederrhein*, 166 (diciembre de 1964), p. 81.
- [677] El amigo de Karl, Georg Weerth, había expresado la misma idea al escribir desde Colonia en marzo: «Aunque todo lo logrado aquí sea muy democrático, la gente igual tiembla ante la sola mención del término república». Como contrapartida, hacía notar que, no obstante, del lado de Coblenza y el Alto Rin «se dice que la opinión es favorable a una república». «Georg Weerth to Karl Marx», 25 de marzo de 1848, *MEGA*, III, II, p. 414.
- [678] Friedrich Engels, «Revolution and Counter-Revolution in Germany», agosto de 1851-marzo de 1853, *MECW*, vol. 11, p. 37. Esta colección de ensayos fue originalmente escrita para *The New-York Daily Tribune* y firmada por Karl.
- [679] Stommel, «Der Armenarzt», pp. 84, 91.
- [680] «Minutes of the Meeting of the Cologne Community of the Communist League», 11 de mayo de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 542.
- [681] «Friedrich Engels to Karl Marx», 25 de abril de 1848, *MECW*, vol. 38, p. 173.
- [682] Véase anuncio editorial, *Neue Rheinische Zeitung* (de aquí en adelante abreviado a *NRhZ*), 1 de junio de 1848, n.º 1, p. 1.
- [683] Queda la duda de cuánto aportó Karl de su herencia en el diario. Las referencias tradicionales señalan que puso el total de seis mil táleros; para una estimación más confiable, véase Hammen, *The Red '48ers*, p. 269.
- [684] «The First Trial of the *Neue Rheinische Zeitung*», un discurso de Karl Marx, 7 de febrero de 1849, *MECW*, vol. 8, p. 316. Véase también más adelante, pp. 341-342.
- [685] «Statement of the Editorial Board», 1 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 15.
- [686] Karl Marx, «Camphausen's Statement at the Session of 30 May», *NRhZ*, n.º 3, 2 de junio de 1848, p. 2, *MECW*, vol. 7, p. 33.
- [687] Friedrich Engels, «The Assembly at Frankfurt», *NRhZ*, n.º 1, 1 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 16.
- [688] Karl Marx, «The Programmes of the Radical-Democratic Party and of the Left at Frankfurt», *NRhZ*, n.º 7, 7 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, pp. 49, 50.
- [689] «Deutschland», *NRhZ*, n.º 18, 18 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 89.
- [690] «The Downfall of the Camphausen Government», *NRhZ*, suplemento n.º 22, 22 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 106. No hay razón alguna para suponer que el Gobierno de Auerswald-Hansemann, que sucedió al defenestrado Camphausen, fuese más prorruso que su antecesor, pero los radicales germanos tenían mucha razón al sospechar de las intenciones rusas, considerando especialmente que el zar estaba casado con la hermana de Federico Guillermo.
- [691] Charles Greville, *The Greville Memoirs. Second Part. A Journal of the Reign of Queen Victoria from 1837 to 1852*, Londres, Longmans, Green and Co., 1885, vol. 3, pp. 202-203. Mark Traugott argumenta que fue el empleo de una modalidad cuasimilitar de jerarquías y organización que habían sido desarrolladas en el seno de los Talleres Nacionales la responsable del carácter tan disciplinado

del alzamiento. Véase Mark Traugott, *Armies of the Poor. Determinants of Working-Class Participation in the Parisian Insurrection of June 1848*, Princeton, Princeton University Press, 1985, esp. caps. 5 y 6.

[692] Véase Henri Guillemin, *La Première Résurrection de la République. 24 février 1848*, París, Gallimard, 1967, pp. 346-347. Aloysius Huber, quien declaró disuelta la Asamblea, era un agente secreto.

[693] Maurice Agulhon, *1848, ou L'Apprentissage de la République, 1848-1852*, París, Éditions du Seuil, 1973, p. 64.

[694] Aproximadamente quinientos insurgentes y unos mil soldados y guardias perdieron la vida en la refriega, pero en sus secuelas otros tres mil insurgentes fueron cazados en toda la ciudad y asesinados a sangre fría, doce mil fueron arrestados y cerca de cuatro mil quinientos fueron encarcelados o deportados a campos de labor en Argelia. Peter N. Stearns, *The Revolutions of 1848*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1974, p. 92.

[695] Karl Marx, «The June Revolution», *NRhZ*, n.º 29, 29 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, pp. 144, 147-148. [Hay trad. cast.: *Las revoluciones de 1848. Selección de artículos de la «Nueva Gaceta Renana»*, de aquí en adelante *LR-1848*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 165-168.]

[696] *Ibidem*, p. 149. [*Ibidem*, p. 170.]

[697] «Report of the Speeches made by Marx and Engels at the General Meeting of the Democratic Society in Cologne on 4 August 1848», pp. 556-557.

[698] Respecto al intento de Karl de apelar a esta resolución, véase «The Conflict between Marx and Prussian Citizenship», *NRhZ*, n.º 94, 5 de septiembre 1848, *MECW*, vol. 7, pp. 407-410.

[699] Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), sobrino de Napoleón, se creía destinado él mismo a reinstaurar las glorias del Primer Imperio. Criado en buena medida en Suiza, en 1836 y 1840 hizo dos intentos fallidos de hacerse con el poder. Los principios del bonapartismo se basaban, tal y como él los entendía, en dos ideas: el sufragio masculino universal y la primacía del interés nacional. Estando en prisión, escribió su libro más famoso, *L'Extinction du pauperisme* (1844), ensalzando las virtudes de la clase trabajadora de Francia y proponiendo múltiples reformas inspiradas en las nociones de asociación, enseñanza y disciplina. En 1846 escapó de la cárcel y vivió en Londres hasta el verano de 1848. Su popularidad no se basaba pura y simplemente en su nombre. Su programa combinaba un fuerte compromiso con el orden, la familia y la Iglesia, junto a ideas supuestamente progresistas en el tema de la cuestión social. El alcance de su atractivo se evidenció en la elección presidencial de diciembre de 1848, en la que obtuvo 5.572.834 votos o un 74,2 por ciento de los sufragios emitidos. La política de Bonaparte, de invocar al ejército y la nación y tomar ideas tanto de la derecha como de la izquierda, era un fenómeno nuevo e inauguró lo que se llegaría a denominar «populismo», que mezclaba la democracia con un Gobierno autoritario, desconcertó a radicales y socialistas y tuvo imitadores importantes en la derecha poslegitimista.

[700] *La Montagne* aludía a quienes se sentaban en los escaños de la parte alta a la izquierda de la tribuna en la recién elegida Convención de 1792. Tras la caída de la monarquía y la proclamación de una república, el asunto que dividió inicialmente a los *montagnards* y los *girondins* fue el eventual destino de Luis XVI. Fue la presión de los *montagnards* la que redundó en el juicio y ejecución del rey.

[701] La ley marcial fue suspendida el 3 de octubre, pero sus dificultades financieras impidieron que el rotativo saliera hasta el 12 de octubre.

[702] «German Foreign Policy and the Latest Events in Prague», *NRhZ*, n.º 42, 12 de julio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 212. [*LR-1848*, pp. 186, 187.]

[703] «En lo que hace al desarrollo social, los alemanes hemos llegado solo al punto al que los franceses habían ya llegado en 1789.» «Report of the Speeches made by Marx and Engels at the

General Meeting of the Democratic Society in Cologne on 4 August 1848», p. 556.

[704] Karl Marx, «The Crisis and the Counter-Revolution», *NRhZ*, n.º 102, 14 de septiembre de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 432. La Vendée era la región al oeste de Francia donde ocurrió la más seria rebelión contra la Revolución a raíz de la convocatoria a filas de trescientos mil hombres por la Convención en 1793. [*LR-1848*, p. 316.]

[705] «Friedrich Engels to Karl Marx», 8 de marzo de 1848, *MECW*, vol. 38, p. 160.

[706] Karl Marx, «The Crisis and the Counter-Revolution», *NRhZ*, n.º 101, 13 de septiembre de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 428. [*LR-1848*, p. 310.]

[707] Karl Marx, «The Government of the Counter-Revolution», *NRhZ*, n.º 110, 23 de septiembre de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 448. [*Ibidem*, pp. 310, 329.]

[708] Karl Marx, «The Downfall of the Camphausen Government», *NRhZ*, n.º 23, 23 de junio de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 107. [*Ibidem*, pp. 124.]

[709] Marx, «The Crisis and the Counter-Revolution», *NRhZ*, n.º 102, 14 de septiembre de 1848, *MECW*, vol. 7, p. 431. [*Ibidem*, p. 314.]

[710] Clark, *Iron Kingdom*, p. 479.

[711] Karl Marx, «The Counter-Revolution in Berlin», *NRhZ*, n.º 142, 14 de noviembre de 1848, *MECW*, vol. 8, p. 19. [*LR-1848*, p. 357.]

[712] Tras la convocatoria, en mayo de 1789, de los Estados Generales por el Gobierno francés (sumido en la bancarrota), hubo frecuentes disputas entre los dos primeros estados (el clero y la nobleza) y el Tercer Estado (comuneros), particularmente respecto al procedimiento de la votación. El 17 de junio el Tercer Estado decidió romper con los Estados Generales y redactar su propia Constitución. Como resultado, el 20 de junio le fue impedida la entrada al lugar de reuniones, punto en que se abrió paso hacia una cancha de tenis vecina, se autodenominó Asamblea Nacional y resolvió no dispersarse hasta no haber instaurado una nueva Constitución para Francia.

[713] Karl Marx, «The Counter-Revolution in Berlin», *NRhZ*, n.º 142, 12 de noviembre de 1848, *MECW*, vol. 8, p. 15. [*LR-1848*, p. 351.]

[714] En relación con la campaña de negarse a pagar impuestos, en una «Convocatoria» difundida en nombre del Comité de Demócratas del Distrito Renano y firmado por Karl Marx, Karl Schapper y Schneider II el 18 de noviembre de 1848, se decía que «había que resistir en todas partes y de cualquier forma» a la «recaudación de impuestos por la fuerza». Y ordenaba «organizar en todos lados una milicia popular». «Appeal», 18 de noviembre 1848, *MECW*, vol. 8, p. 41. Pero tres días después el mismo comité llamaba a «actuar con calma». Véase la «Convocatoria» difundida por el Comité de Demócratas del Distrito Renano, representado por «Karl Marx, Karl Schapper y Schneider II», *NRhZ*, n.º 148, 21 de noviembre de 1848, *MECW*, vol. 8, p. 46.

[715] Karl Marx, «The Counter-Revolution in Berlin», *NRhZ*, n.º 142, 12 de noviembre de 1848, *MECW*, vol. 8, p. 17. [*LR-1848*, p. 354.]

[716] Karl Marx, «The Victory of the Counter-Revolution in Vienna», *NRhZ*, n.º 136, 7 de noviembre de 1848, *MECW*, vol. 7. [*Ibidem*, p. 346.]

[717] Karl Marx, «The Bourgeoisie and the Counter-Revolution», *NRhZ*, n.º 183, 31 de diciembre de 1848, *MECW*, vol. 8, p. 178. [*Ibidem*, p. 401.]

[718] Jonathan Sperber, *Rhineland Radicals. The Democratic Movement and the Revolution of 1848-1849*, Princeton, Princeton University Press, 1991, p. 383.

[719] Friedrich Engels, «From París to Berne», inédito en vida de su autor, *MECW*, vol. 7, pp. 519, 528-529.

[720] «August Ewerbeck a Moses Hess», 14 de noviembre de 1848, en Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, p. 209.

[721] Citado en Hammen, *The Red '48ers*, p. 316.

[722] Stommel, «Der Armenarzt», p. 99.

- [723] Karl Marx, «Montesquieu LVI», *NRhZ*, n.º 202, 22 de enero de 1849, *MECW*, vol. 8, p. 266; en este ensayo, Karl parecía de una vez por todas dispuesto, como los cartistas en Inglaterra o los *Demo-Socs* en Francia, a diferenciar entre los distintos componentes sociales y políticos de «la burguesía» en lugar de reiterar indefinidamente su denuncia contra ella. Aparte de «los segmentos comercial y fabril de la burguesía», que «se arrojaban en brazos de la contrarrevolución por miedo a la revolución», estaban además «los magnates financieros, grandes deudores del Estado, banqueros y rentistas, cuya riqueza aumentaba en proporción a la pobreza del pueblo, y, finalmente, hombres cuyo negocio dependía de las viejas estructuras políticas», *ibidem*, p. 267.
- [724] «Gottschalk to Hess», 22 de marzo de 1849, en Silberner, ed., *Moses Hess. Briefwechsel*, pp. 216-217.
- [725] «The First Trial of the *Neue Rheinische Zeitung*», discurso de Karl Marx, 7 de febrero de 1849, *MECW*, vol. 8, pp. 304-317.
- [726] «The Trial of the Rhenish District Committee of Democrats», discurso de Karl Marx, 8 de febrero de 1849, *MECW*, vol. 8, pp. 323-339.
- [727] Karl Marx, «The Revolutionary Movement», *NRhZ*, n.º 184, 1 de enero de 1849, *MECW*, vol. 8, pp. 214-215. [*LR-1848*, p. 415.]
- [728] Friedrich Engels, «The Mgyar Struggle», *NRhZ*, n.º 194, 13 de enero de 1849, *MECW*, vol. 8, pp. 230, 238.
- [729] Marx, «The Bourgeoisie and the Counter-Revolution», p. 178.
- [730] Marx, «Revolutionary Movement», p. 213. [*LR-1848*, pp. 412-413.]
- [731] Karl Marx, «Stein», *NRhZ*, n.º 225, 18 de febrero de 1849, *MECW*, vol. 8, p. 390.
- [732] Karl Marx, «The Frankfurt March Association and the *Neue Rheinische Zeitung*», *NRhZ*, n.º 248, 17 de marzo de 1848, *MECW*, vol. 9, pp. 84-85.
- [733] Dieter Dowe, *Aktion und Organisation. Arbeiterbewegung, sozialistische und kommunistische Bewegung in der preussischen Rheinprovinz 1820-1852*, Hannover, Verlag für Literatur und Zeitgeschehen, 1970, pp. 221-224.
- [734] Sperber, *Rhineland Radicals*, pp. 351-353.
- [735] «Report of the Speeches made by Marx and Engels at the General Meeting of the Democratic Society in Cologne on 4 August 1848», pp. 556-557.
- [736] «Report on the Convocation of the Congress of Workers' Associations», *NRhZ*, n.º 282, 26 de abril de 1849, *MECW*, vol. 9, p. 502.
- [737] «The 18th of March», *NRhZ*, n.º 249, 18 de marzo de 1849, *MECW*, vol. 9, p. 108.
- [738] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de junio de 1849, *MECW*, vol. 38, p. 200.
- [739] David McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1981, p. 15.
- [740] Flaubert, *Sentimental Education*, p. 322.
- [741] Alexander Herzen, *My Past and Thoughts. The Memoirs of Alexander Herzen*, C. Garnett, trad., Nueva York, A. A. Knopf, 1968, vol. 2, pp. 671-672.
- [742] Karl Marx, *The Class Struggles in France, 1848 to 1850*, *MECW*, vol. 10, p. 106; lo que sí es cierto es que, por su papel ambivalente en febrero y junio de 1848, Ledru-Rollin no era enteramente confiable como líder popular en París. Véase Agulhon, 1848, pp. 93-95.
- [743] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de junio de 1849, *MECW*, vol. 38, p. 199.
- [744] «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 31 de julio de 1849, *MECW*, vol. 38, pp. 205-206.
- [745] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», finales de julio de 1849, *MECW*, vol. 38, p. 209.
- [746] «Karl Marx to Friedrich Engels», 17 de agosto de 1849, *MECW*, vol. 38, p. 211.
- [747] Esta conclusión se basa en el testimonio del tabacalero Peter Röser, miembro de la Liga Comunista de Colonia, pero se debe considerar su testimonio con cautela, por cuanto fue establecido

en una indagación policial, contexto en el que Röser tenía desde luego mayor interés en enfatizar el hincapié que el propio Karl hacía en la educación y la propaganda, antes que en la acción propiamente revolucionaria. Véase Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, pp. 414-417 (apéndice III).

[748] Nicolaievsky y Maenchen-Helfen, *Karl Marx*, p. 223.

[749] Marx, «Victory of the Counter-Revolution in Vienna», p. 506; Marx, «Bourgeoisie and the Counter-Revolution», pp. 154, 178.

[750] Karl Marx y Friedrich Engels, «Address of the Central Authority to the League», March 1850, *MECW*, vol. 10, p. 277.

[751] *Ibidem*, p. 281. [OE, I, 98.]

[752] *Ibidem*, pp. 283, 284, 285-287. [*Ibidem*, pp. 99-101.]

[753] Karl Marx y Friedrich Engels, «Address of the Central Authority to the League», junio de 1850, *MECW*, vol. 10, pp. 371-372, 377. A diferencia del Discurso de Marzo, se ha cuestionado la posibilidad de que este nuevo discurso fuera escrito por Karl. Véase Christine Lattek, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, Routledge, 2006, p. 60.

[754] «Universal Society of Revolutionary Communists», mediados de abril de 1850, *MECW*, vol. 10, p. 614.

[755] Véase la carta de Friedrich Engels y el relato de Henryk Miskowsky (padrino de Schramm), en Karl Marx, «The Knight of the Noble Consciousness» (un panfleto atacando a Willich), 28 de noviembre 1853, *MECW*, vol. 12, pp. 489-496; hay un vívido recuento del duelo en Francis Wheen, *Karl Marx*, Londres, Fourth Estate, 1999, pp. 164-165.

[756] «Meeting of the Central Authority», 15 de septiembre de 1850, *MECW*, vol. 10, pp. 625-630. Normalmente, las posturas adoptadas por Willich y Schapper se han tratado como una sola. Esto es falso, ya que, a diferencia de Willich, Schapper era generalmente muy cauteloso respecto a la política insurreccional. La principal preocupación de Schapper en la reunión del Comité Central fue el intento de mediar entre los dos flancos. Pero incluso más importante era, según creía él, la necesidad de mantener unida a la Asociación de Trabajadores; véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, pp. 72-80.

[757] «Jenny Marx to Adolf Cluss», 30 de octubre de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 578.

[758] «Karl Marx to Friedrich Engels», 23 de agosto de 1849, *MECW*, vol. 38, p. 213.

[759] «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 5 septiembre 1849, *MECW*, vol. 38, p. 216; «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 11 de enero de 1850, *MECW*, vol. 38, p. 224.

[760] «Jenny Marx to Joseph Weydemeyer», 20 de mayo de 1850, *MECW*, vol. 38, p. 555. La vida familiar de Karl en estos primeros años en Londres es analizada en el capítulo 9.

[761] Karl Marx y Friedrich Engels, «Gottfried Kinkel», *NRhZ. Politisch-Ökonomische Revue*, n.º 4, 1850, *MECW*, vol. 10, pp. 345-347; véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, pp. 59-60.

[762] «Announcement of the *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*», 15 de diciembre de 1849, *MECW*, vol. 10, p. 5.

[763] Karl Marx y Friedrich Engels, «Review, May to October 1850», *MECW*, vol. 10, p. 510.

[764] McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 25.

[765] Este texto es analizado con detalle en el capítulo 9.

[766] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 5 de marzo de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 62.

[767] Véase E. A. Wrigley, *Continuity, Chance and Change. The Character of the Industrial Revolution in England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; Roderick Floud y Paul Johnson, eds., *The Cambridge Economic History of Modern Britain*, vol. 1: *Industrialisation, 1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

[768] Véase Gareth Stedman Jones, *Languages of Class. Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 1-25, 90-179.

[769] Karl Marx, «The German Ideology», *MECW*, vol. 5, p. 49; Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Gareth Stedman Jones, ed., Londres, Penguin Books, 2002, p. 235. [MC, p. 68.]

[770] Karl Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, *MECW*, vol. 3, p. 241.

[771] Friedrich Engels, «The Condition of England. The English Constitution», marzo de 1844, *MECW*, vol. 3, pp. 512, 513.

[772] Para un análisis comparativo de las visiones dominantes entre los *industriels* o la *classe moyenne*, véase Shirley M. Gruner, *Economic Materialism and Social Moralism. A Study in the History of Ideas in France from the Latter Part of the 18th Century to the Middle of the 19th Century*, La Haya, Mouton, 1973, tercera parte; Sarah Maza, *The Myth of the French Bourgeoisie. An Essay on the Social Imaginary, 1750-1850*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

[773] Sobre la confianza inicial de Guizot en las presuntas capacidades racionales de la *classe moyenne*, véase Pierre Rosanvallon, *Le Moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.

[774] Véase J. C. L. Simonde de Sismondi, *Nouveaux principes d'économie politique, ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, 2 vols., París, Chez Delaunay, 1819. La sobreproducción era percibida como el resultado de la mecanización y el crecimiento del mercado mundial. Véase Gareth Stedman Jones, *An End to Poverty? A Historical Debate*, Londres, Profile Books, 2004, cap. 4.

[775] Gareth Stedman Jones, «The Mid-Century Crisis and the 1848 Revolutions. A Critical Comment», en *Theory and Society*, 12-14 de julio de 1983; Mark Traugott, *Armies of the Poor. Determinants of Working-Class Participation in the Parisian Insurrection of June 1848*, Princeton, Princeton University Press, 1985, cap. 1.

[776] Véase Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohn, *Industrialisierung vor der Industrialisierung. Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1977, esp. cap. 6.

[777] Marx, *Class Struggles in France*, p. 66. [OE, I, p. 124.]

[778] La *Garde Mobile* fue una fuerza especial creada por la República, tanto para crear empleos como para resguardar al propio régimen. Estaba integrada por trabajadores jóvenes desempleados, exactamente del mismo estrato social que los trabajadores de los Talleres Nacionales. *Lumpen* quiere decir «harapos» o «desechos y harapos». *Lumpenproletariat*, el proletariado que hurgaba en los desechos, era un término peyorativo y alusivo a la *classe dangereuse*, un sector social cuasicriminal: la chusma o los menesterosos. Sobre el uso del término en torno a 1850, véase en el capítulo 9 el análisis del ensayo de Karl titulado *El Dieciocho Brumario* y la discusión sobre el bonapartismo, pp. 334-344 en adelante.

[779] Citado en Traugott, *Armies of the Poor*, p. 30.

[780] *Ibidem*, pp. 150-151.

[781] Marx, *Class Struggles in France*, p. 69. [OE, I, p. 125.]

[782] En el caso de Engels, véase Gareth Stedman Jones, «Voir sans entendre. Engels, Manchester et l'observation sociale en 1844», *Geneses*, vol. 22 (1996), pp. 4-17.

[783] Thomas Carlyle, *Chartism*, Londres, James Fraser, 1839, cap. 1.

[784] Hansard, 3rd Series, vol. 63, 3 de mayo de 1842.

[785] Tocqueville, *Recollections*, p. 199.

[786] Daniel Stern, *Histoire de la Révolution de 1848*, París, André Balland, 1985 [1850-1852], p. 241. Daniel Stern era el seudónimo de la condesa D'Agoult. Nacida en el seno de una familia aristocrática franco-germana, perdió sus privilegios de casta al huir con el compositor Franz Liszt, con quien vivió algunos años. Abandonada por Liszt, se sustentó convirtiéndose en periodista y

escribiendo con el alias de Daniel Stern. Su *Histoire* ha sido habitualmente considerada uno de los mejores relatos de la Revolución de 1848 en París.

[787] Inversamente, la permanente exclusión o discriminación de las clases trabajadoras mediante el voto de los tres estamentos fue un motivo importante por el que en Alemania los trabajadores siguieron constituyendo una clase aparte.

LONDRES

[788] G. A. Sala, *Gaslight and Daylight with Some London Scenes They Shine Upon*, Londres, Chapman & Hall, 1859, pp. 88-91. Sobre el carácter político de la «emigración» alemana, véase la descripción de Karl en 1852: «Una mezcla de antiguos miembros del Parlamento de Frankfurt, la Asamblea Nacional de Berlín y la Cámara de Diputados, de caballeros participantes en la campaña de Baden, titanes de esa comedia que fue la Constitución del Imperio, escritores sin una audiencia, bocazas de los clubes y congresos democráticos, periodistas de quinto enjuague y así sucesivamente». Karl Marx y Friedrich Engels, *The Great Men of the Exile*, MECW, vol. 11, p. 259. [Hay trad. cast.: *Los grandes hombres de exilio*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2015.] Para una visión más global de los exiliados y refugiados alemanes de 1848, véase Rosemary Ashton, *Little Germany. Exile and Asylum in Victorian England*, Oxford, Oxford University Press, 1986; y para un recuento centrado específicamente en las organizaciones y agrupaciones socialistas revolucionarias, véase Christine Lattek, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, Routledge, 2006.

[789] «Karl Marx to Friedrich Engels», 13 septiembre de 1854, MECW, vol. 39, p. 481.

[790] Jenny Marx, «A Short Sketch of an Eventful Life», en Institut Marksizma-Leninzma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Casa de las Ediciones en Lengua Extranjera, 1957, p. 225.

[791] «Jenny Marx to Joseph Weydemeyer», 20 de mayo de 1850, MECW, vol. 38, p. 555. [Hay trad. cast.: Jenny von Westphalen Marx. *Correspondencia*, versión en línea, Marxists Internet Archive, Archivo Jenny von Westphalen Marx, de aquí en adelante MIA-JM <<http://marxists.org>>]

[792] *Ibidem*, pp. 555, 556.

[793] *Ibidem*, p. 557. Hacer una «escapada a la luz de la luna» era una treta bien conocida para evadir el pago de la renta atrasada. Una de las canciones más célebres de la famosa actriz de cabaré Marie Lloyd: «My Old Man (Said Follow the Van)» aludía a una «fuga a la luz de la luna».

[794] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 226.

[795] «Prussian Spy», en Institut Marksizma-Leninzma, *Reminiscences of Marx and Engels*, p. 35.

[796] «Karl Marx to Friedrich Engels», 6 de enero de 1851, MECW, vol. 38, p. 257; «Friedrich Engels to Karl Marx», 8 de enero de 1851, MECW, vol. 38, p. 263.

[797] «Karl Marx to Friedrich Engels», 31 de marzo de 1851, MECW, vol. 38, pp. 323-324.

[798] *Ibidem*, 2 de abril de 1851, p. 325; «Friedrich Engels to Karl Marx», 15 de abril de 1851, MECW, vol. 38, p. 335; *ibidem*, 6 de mayo de 1851, p. 346.

[799] «Karl Marx to Friedrich Engels», 31 de julio de 1851, MECW, vol. 38, p. 397.

[800] «Friedrich Engels to Karl Marx», 15 de octubre de 1851, MECW, vol. 38, p. 477.

[801] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 20 de febrero de 1852, MECW, vol. 39, p. 40.

[802] «Karl Marx to Friedrich Engels», 27 de febrero de 1852, MECW, vol. 39, p. 50.

[803] *Ibidem*, 2 de abril de 1851, vol. 38, p. 326.

- [804] *Ibidem*, 14 de abril de 1852, vol. 39, p. 78; «Friedrich Engels to Joseph Weydemeyer», 16 de abril de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 79.
- [805] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 228.
- [806] «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de septiembre de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 181.
- [807] «Jenny Marx to Friedrich Engels», 27 de abril de 1853, *MECW*, vol. 39, p. 581; «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de octubre de 1853, *MECW*, vol. 39, p. 385.
- [808] «Karl Marx to Moritz Elsner», 11 de septiembre de 1855, *MECW*, vol. 39, p. 550; se decía que el doctor Freund terminó en la bancarrota con una cifra total de tres mil libras en deudas. En 1858 Karl le contaba a Engels que «del doctor Freund se dice que ha caído tan bajo en su infortunio que, supuestamente, anda mendigándole un chelín a la gente en las calles»; «Karl Marx to Friedrich Engels», 29 de noviembre de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 357.
- [809] «Prussian Spy», en D. McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1981, p. 36.
- [810] Jenny, la hija mayor, sobrevivió hasta la edad madura y se casó con Charles Longuet. Murió de tuberculosis en 1883, a los treinta y ocho años.
- [811] «Jenny Marx to Joseph Weydemeyer», 20 de mayo de 1850, *MECW*, vol. 38, p. 556.
- [812] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 229.
- [813] «Karl Marx to Friedrich Engels», 3 de marzo de 1855, *MECW*, vol. 39, p. 524.
- [814] *Ibidem*, 16 de marzo de 1855, p. 528.
- [815] *Ibidem*, 27 de marzo de 1855, p. 529.
- [816] *Ibidem*, 30 de marzo de 1855, p. 529.
- [817] *Ibidem*, 6 de abril de 1855, p. 530.
- [818] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 229.
- [819] «Jenny Marx to Ferdinand Lassalle», 9 de abril de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 570.
- [820] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 31 de mayo de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 315.
- [821] «Prussian Spy», p. 35. Werner Blumenberg, *Portrait of Marx. An Illustrated Biography*, Douglas Scott, trad., Nueva York, Herder & Herder, 1972, pp. 112-113.
- [822] «Karl Marx to Friedrich Engels», 18 de diciembre de 1857, *MECW*, vol. 40, p. 224; «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 21 de diciembre de 1857, *MECW*, vol. 40, p. 226.
- [823] «Karl Marx to Friedrich Engels», 29 de abril de 1858, *MECW*, vol. 40, pp. 309-310.
- [824] «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de enero de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 243; *ibidem*, 18 de enero de 1861, p. 247.
- [825] «Jenny Marx to Wilhelm Liebknecht», c. 24 de noviembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 587.
- [826] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de diciembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 497. Según Yvonne Kapp, la afección de hígado y los abscesos de Karl pueden haber tenido relación con una infección masiva de estafilococos que resultaba imposible diagnosticar como tal hasta finales de la década de 1880. Ambas dolencias se vieron agravadas por el alcohol. Yvonne Kapp, *Eleanor Marx*, 2 vols., Londres, Lawrence & Wishart, 1972, vol. 1, p. 49.
- [827] «Karl Marx to Friedrich Engels», 27 de diciembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 503.
- [828] *Ibidem*, 15 de julio de 1852, vol. 39, p. 131.
- [829] *Ibidem*, 18 de septiembre de 1852, p. 186.
- [830] *Ibidem*, 3 de junio de 1854, p. 457.
- [831] *Ibidem*, 23 de noviembre de 1860, vol. 41, p. 216; *ibidem*, 12 de diciembre de 1860, p. 228.
- [832] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 17 de junio de 1850, *MECW*, vol. 38, p. 238.
- [833] «Karl Marx to Friedrich Engels», 23 de noviembre de 1850, *MECW*, vol. 38, p. 242.
- [834] *Ibidem*, 31 de marzo de 1851, p. 324.
- [835] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 227.

[836] Helene Demuth (1820-1890) era el ama de llaves y la criada de Jenny y Karl. Nacida en el seno de una familia campesina de Saarland, en su adolescencia fue adoptada en el hogar de los Von Westphalen para trabajar como sirvienta. Después de que Karl y Jenny se casaran y trasladaran a Bruselas, en abril de 1845, la madre de Jenny, Caroline, envió a Helene para ayudarlos. La chica se quedó con la familia Marx hasta la muerte de Karl en 1883 y, durante unos años, a comienzos de la década de 1860, se le unió su hermana en el cometido (véanse pp. 385 y 387). Después de morir Karl, ella se trasladó al hogar de Engels, hasta morir de cáncer en 1890. Todo indica que era considerada por todos los integrantes del hogar de Marx y el de Engels como un miembro indispensable de la familia. Por deseo de Jenny, fue enterrada en la tumba de la familia Marx.

[837] Véase el anexo a este capítulo, pp. 434-435.

[838] «Karl Marx to Friedrich Engels», 31 de marzo de 1851, *MECW*, vol. 38, p. 324; *ibidem*, 2 de abril de 1851, p. 325. Karl se quedó en casa de Engels, en Manchester, entre el 17 y el 26 de abril aproximadamente. Y solía hablar en francés cuando aludía a la sexualidad femenina o a los aspectos fisiológicos de la mujer.

[839] *Ibidem*, 31 de julio de 1851, p. 398.

[840] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 2 de agosto de 1851, *MECW*, vol. 38, pp. 402-403.

[841] En una carta a Louise Weydemeyer de 1861, Jenny escribió: «En el plano doméstico, Lenchen sigue siendo mi compañera incondicional y más diligente. Pregunte a su querido esposo por ella y él le dirá la clase de tesoro que ha sido para mí. En dieciséis años, ha capeado, a estas alturas, toda clase de vientos y mareas junto a nosotros»; «Jenny Marx to Louise Weydemeyer», 11 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 572.

[842] Véase, por ejemplo, la carta que le envió cuando estaba visitando a su achacosa progenitora en Tréveris. La carta concluía declarando que no es el amor «por el Hombre de Feuerbach o por la entidad metabólica de Moleschott, y ni tan siquiera por el proletariado, sino el amor por la amada y ante todo por ti, eso que hace que un hombre vuelva a ser un hombre»; «Karl Marx to Jenny Marx», 21 de junio de 1856, *MECW*, vol. 40, p. 55. Según el cuestionado testimonio de Louise Freyburger, para Marx «el miedo a que su esposa, que era terriblemente celosa, se divorciase estaba siempre presente». Véase el apéndice a este capítulo, pp. 434-435.

[843] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 228.

[844] Pero Karl no confiaba del todo en Liebknecht, porque este había permanecido en el *Communistischer Arbeiter-Bildungsverein* (Asociación Educativa de Trabajadores Comunistas), pese a que la facción dominante dentro de la entidad era ahora la de Willich y Schapper.

[845] Tomado de Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, Londres, Journeyman Press, 1975 [1901].

[846] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 229.

[847] Que Engels era el verdadero autor de estos artículos no se supo hasta principios del siglo XX. Eleanor Marx los había atribuido a su padre en el compendio que hizo de sus artículos, *The Eastern Question*, publicado en Londres en 1897. Véase Chushichi Tsuzuki, *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898. A Socialist Tragedy*, Oxford, Clarendon Press, 1967, pp. 269-270.

[848] Véase David McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973, pp. 286-287.

[849] Tristram Hunt, *The Frock-Coated Communist. The Revolutionary Life of Friedrich Engels*, Londres, Allen Lane, 2009, pp. 193-194.

[850] Véase McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, pp. 264-265, 277-278.

[851] Jenny Marx, «Short Sketch», pp. 229-230.

[852] «Jenny Marx to Louise Weydemeyer», 11 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 570.

[853] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de diciembre de 1856 y 20 de enero de 1857, *MECW*, vol. 40, pp. 85, 94.

- [854] Jenny Marx, «Short Sketch», pp. 230.
- [855] «Karl Marx to Friedrich Engels», 15 de julio de 1858, *MECW*, vol. 40, pp. 328-331.
- [856] *Ibidem*, p. 360.
- [857] «Charles Dana to Karl Marx», 6 de abril de 1857, *MEGA*, III, VIII, p. 384. Engels fue quien aportó el lote inicial de artículos relativos a temas militares, dejando a Karl la embarazosa tarea de dar largas a Dana hasta que el propio Engels se hubiera recuperado de una enfermedad; véase «Karl Marx to Friedrich Engels», 11 de julio de 1857, *MECW*, vol. 40, p. 145. Karl simuló que el grueso de las contribuciones se había «extraviado». Véase *ibidem*, 26 de agosto de 1857, pp. 159-160.
- [858] «Charles Dana to Karl Marx», 6 de abril de 1857, *MEGA*, III, VIII, p. 384. «Charles Dana to Jenny Marx», 28 de marzo de 1862, *MEGA*, III, XII, p. 47. Dana explicaba que «lo hacían pura y simplemente porque, a esas alturas, les era imposible hacerles un espacio en el diario, visto que cada segmento iba ahora dedicado a las noticias locales relacionadas con la guerra». Véase también «Friedrich Engels to Karl Marx», 5 de mayo de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 359.
- [859] «Karl Marx to Friedrich Engels», 9 de diciembre de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 333.
- [860] *Ibidem*, 19 de diciembre de 1861, p. 335.
- [861] *Ibidem*, 26 de febrero de 1862, pp. 340-341; *ibidem*, 19 de mayo de 1862, p. 365.
- [862] *Ibidem*, 18 de junio de 1862, p. 380.
- [863] «Friedrich Engels to Karl Marx», 7 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 441; «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, pp. 442-443.
- [864] «Friedrich Engels to Karl Marx», 13 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, pp. 443-444.
- [865] «Karl Marx to Friedrich Engels», 24 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, pp. 445-446.
- [866] «Friedrich Engels to Karl Marx», 26 de enero de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 447.
- [867] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de diciembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 495.
- [868] Sobre la personalidad de Wolff y su vida en Manchester, véase Ashton, *Little Germany*, pp. 117-121.
- [869] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de julio de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 546.
- [870] *Ibidem*, 31 de julio de 1865, vol. 42, p. 172.
- [871] Henry Mayhew, *London Labour and the London Poor*, Londres, Griffin, Bohn, and Company, 1861, vol. 2, p. 323; véase Gareth Stedman Jones, *Outcast Londres. A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971 (4.a ed., Londres, Verso, 2013), primera parte.
- [872] «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de julio de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 389. Karl lo tildó de «negrata judío» por su cabello y especulaba con la idea de que era un descendiente de los negros que acompañaban a Moisés en su huida de Egipto. «Lo muy inoportuno del tipo es también muy propio de los negratos», *ibidem*, p. 390.
- [873] *Ibidem*, 31 de julio de 1865, vol. 42, pp. 172-173.
- [874] *Ibidem*, 22 de julio de 1854, vol. 39, p. 469.
- [875] Blumenberg, *Portrait of Marx*, p. 121.
- [876] «Karl Marx to Lion Philips», 25 de junio de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 543.
- [877] McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, pp. 264-266.
- [878] «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 29 de febrero de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 82.
- [879] «Friedrich Engels to Karl Marx», 3 de diciembre de 1851, *MECW*, vol. 38, p. 505.
- [880] Atentos a las derrotas electorales de marzo de 1850, los conservadores se pusieron ansiosos ante la posibilidad de perder apoyo entre las masas. Por tanto, introdujeron una nueva ley electoral en mayo de 1850, la cual eliminó a un tercio de los votantes más pobres de los registros, con porcentajes mucho más elevados de ellos en las grandes ciudades y los centros industriales. En París el electorado se vio reducido de 225.192 votantes a 80.894; citado en Roger Price, *The French Second Empire. An Anatomy of Political Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 20.

[881] En sus *Idées Napoléoniennes* de 1839, escribía acerca de una «noción social» en reemplazo de la guerra. En *L'Extinction du pauperisme* of 1844, abogaba por la reforma social.

[882] Karl Marx, *The Class Struggles in France, 1848 to 1850*, MECW, vol. 10, p. 65. [OE, I, p. 123.]

[883] Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, 1852, MECW, vol. 11, p. 108. [OE, I, pp. 220.] En la reseña de los textos sobre el golpe de Estado, aparecida en *People's Paper*, Karl citaba un texto de Eccarius: «No debe confundirse la democracia francesa con la inglesa. En Francia, representa a los pequeños propietarios e inquilinos, pero menos sus anhelos reales que los imaginarios. En Inglaterra la democracia se aplica directamente al movimiento de la clase trabajadora», véase «A Review of the Literature on the *Coup d'État*», MECW, vol. 11, p. 598.

[884] Marx, *Eighteenth Brumaire*, pp. 127-128. [OE, I, 230-231.]

[885] En términos generales, el enfoque de Karl de la historia francesa moderna había quedado perfilado por los historiadores galos del periodo entre 1815 y 1830, especialmente por el prolífico historiador y primer ministro orleanista François Guizot. Para explicar el desarrollo de la revolución en Francia y el desplazamiento del dominio semifeudal por una sociedad mercantil de nuevo cuño, basada en el mérito y la riqueza monetaria, esos historiadores se habían valido del modelo inglés, estableciendo un paralelo histórico entre, por una parte, el año de 1640, la figura de Cromwell y 1688, y, por la otra, el año de 1789, la figura de Napoleón y 1830. En ambos casos, las dos secuencias revolucionarias podían presentarse como sendos conflictos entre la tierra y el capital circulante, o entre feudalismo y sociedad mercantil. Dicho enfoque había funcionado bien para los historiadores de la Restauración, pero servía de poco para distinguir a una facción política de otra en 1848.

[886] Marx, *Eighteenth Brumaire*, pp. 112-113. [*Ibidem*, p. 223.]

[887] *Ibidem*, p. 130. [*Ibidem*, p. 232.]

[888] *Ibidem*, pp. 183, 182. [*Ibidem*, p. 258.]

[889] *Ibidem*, p. 185. [*Ibidem*, p. 259.]

[890] *Ibidem*, pp. 187-188. [*Ibidem*, p. 260.]

[891] En la elección presidencial del 10 de diciembre de 1848 Bonaparte obtuvo un 58 por ciento de los votos y, en Lyon, el 62 por ciento. Tuvo mayor apoyo en los *quartiers* populares, donde el bonapartismo registró un gran apoyo incluso durante los días de junio. Véase Price, *French Second Empire*, p. 18.

[892] Marx, *Eighteenth Brumaire*, p. 188. Las actitudes políticas campesinas diferían significativamente según la región. En el Macizo Central, Alpes, Rhône-Saône, Alsacia y los núcleos de pobreza a lo largo y ancho del *Midi*, el apoyo fue predominantemente a los *Demo-Socs*. [OE, I, p. 261.]

[893] *Ibidem*, p. 149. [*Ibidem*, pp. 241-242.]

[894] *Ibidem*. [*Ibidem*, p. 242.]

[895] *Ibidem*. [*Ibidem*, p. 242.]

[896] Mayhew, *London Labour and the London Poor*, vol. 3, p. 301.

[897] Benjamin Constant, *The Spirit of Conquest and Usurpation and Their Relation to European Civilization* (1814), en B. Fontana, trad. y ed., *Constant. Political Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 54, 101, 105.

[898] Marx, *Eighteenth Brumaire*, p. 193. [OE, I, p. 263.]

[899] *Ibidem*. [*Ibidem*.]

[900] *Ibidem*, p. 185. Karl era singularmente afín a esta metáfora shakesperiana. La imagen del «viejo topo» está tomada de *Hamlet*, primer acto, quinta escena. [*Ibidem*, p. 263.]

[901] En Inglaterra, Karl y Engels intentaron difundir el texto apelando a una reseña de un seguidor de Karl y antiguo miembro de la Liga Comunista, el sastre Johann Georg Eccarius. Véase «A

Review of the Literature on the *Coup d'État*», aparecido en la publicación cartista *People's Paper*, entre septiembre y diciembre de 1852 (MECW, vol. 11, pp. 592-620). La reseña sigue de cerca los argumentos de *El Dieciocho Brumario* y fue claramente editada, al detalle, por el propio Karl.

[902] Heinrich von Ofterdingen era un poeta y trovador cuasificcional que se mencionaba en el texto épico del siglo XIII, *Der Sängerkrieg* (*El certamen del trovador*). En 1799-1800 Novalis rescató la leyenda en una novela romántica inconclusa publicada por Ludwig Tieck en 1801, un relato simbólico en el que se fusionaban poesía y vida. En el primer capítulo el héroe refiere un sueño, la visión de una flor azul, que Heinrich arranca en última instancia de su sitio. En el siglo XIX la flor azul se volvió un símbolo de la añoranza romántica y la reunificación del mundo onírico y el real. Richard Wagner empleó a su vez el nombre en *Tannhäuser*. Sobre la corta vida de Novalis, véase la novela de Penelope Fitzgerald *The Blue Flower*, 1997.

[903] El tratamiento de Kinkel puede haber sido comparativamente más suave porque el ataque previo que habían hecho en la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-Ökonomische Revue*, n.º 4, abril de 1850, había sido mal recibido incluso entre sus seguidores; véase «Gottfried Kinkel», MECW, vol. 10, pp. 345-347.

[904] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Great Men of the Exile*, MECW, vol. 11, p. 261.

[905] *Ibidem*, pp. 265, 267, 268.

[906] McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, p. 287.

[907] Jenny Marx, «Short Sketch», p. 230.

[908] «Charles Dana to Karl Marx», 8 de marzo de 1860, MEGA, III, IX, p. 362.

[909] El paneslavismo, como el nacionalismo alemán y el italiano, se originó como una reacción cultural y política ante el desafío de la Europa dinástica que resultó de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. El primer Congreso Paneslavo se celebró en Praga en junio de 1848, después de que los checos se negaran a enviar representantes a la Asamblea de Frankfurt, convencidos de que los intereses de los eslavos eran distintos. En parte por el desengaño con los frutos de las revoluciones en Europa occidental, la idea atrajo durante algunos años el apoyo de Herzen y Bakunin, pero los partidarios liberales y socialistas se cuidaban siempre de diferenciar su posición de las versiones zarista y conservadora de la iniciativa. Algunas de las denuncias más encendidas del movimiento las escribió Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*.

[910] «Friedrich Engels to Karl Marx», 10 de marzo de 1853, MECW, vol. 39, pp. 284-285.

[911] Karl Marx, «Lord Palmerston. Fourth Article», *People's Paper*, 12 de noviembre de 1853, MECW, vol. 12, pp. 372-373.

[912] Karl Marx, «Palmerston's Resignation», 16 de diciembre de 1853, MECW, vol. 12, p. 545.

[913] Karl Marx, *Herr Vogt*, 1860, MECW, vol. 17, p. 117. [Hay trad. cast.: *Herr Vogt*, de aquí en adelante HV, Buenos Aires, Lautaro, 1947, versión en línea, Marxists Internet Archive, <<http://www.marxists.org>>, p. 85.]

[914] Karl Marx, «In Retrospect», 29 de diciembre de 1854, MECW, vol. 13, p. 556.

[915] Marx, *Herr Vogt*, p. 117; Karl Marx, *Revelations of the Diplomatic History of the 18th Century*, MECW, vol. 15, p. 87. [HV, p. 85.]

[916] «Friedrich Engels to Karl Marx», 22 de enero de 1852, MECW, vol. 39, pp. 11-12.

[917] Karl Marx, «The American Difficulty. Affairs of France», MECW, vol. 14, p. 604.

[918] Karl Marx, «The French Crédit Mobilier», 24 de junio de 1856, MECW, vol. 15, pp. 14-15.

[919] Karl Marx, «The Attempt on the Life of Bonaparte», 5 de febrero de 1858, MECW, vol. 15, p. 458; Karl Marx, «Political Parties in England. Situation in Europe», 11 de junio de 1858, MECW, vol. 15, p. 569.

[920] Karl Marx, «The Money Panic in Europe», 1 de febrero de 1859, MECW, vol. 16, p. 164. En relación con Bonaparte e Italia, Dana le escribió a Karl en 1860: «Tenía tan poca confianza como tú

en la sinceridad del emperador francés y creo tan poco como tú en que quepa esperar de él la libertad de Italia; pero no creía que Alemania tuviera ninguna razón para alarmarse como tú y otros patriotas alemanes creían»; «Charles Dana to Karl Marx», 8 de marzo de 1860, *MEGA*, III, X, p. 362.

[921] Marx, *Herr Vogt*, p. 150. [HV, p. 111.]

[922] Karl Marx, «Preparations for Napoleon's Coming War on the Rhine», 2 de mayo de 1860, *MECW*, vol. 17, p. 377.

[923] «Charles Dana to Karl Marx», 26 de junio de 1856, *MEGA*, III, VIII, p. 281; puede inferirse el tono de estas colaboraciones a partir de un artículo de Engels sobre «Alemania y el paneslavismo», publicado en la *Neue Oder Zeitung*, el 21 de abril de 1855: «El paneslavismo ha evolucionado desde un credo a un programa político, con ochocientas mil bayonetas a su servicio. Deja a Europa una sola alternativa: someterse a los eslavos o a la destrucción permanente por el corazón de su fuerza ofensiva: Rusia», *MECW*, vol. 14, p. 157.

[924] Sobre el discurso de John Bright en relación con el «impuesto al conocimiento», es decir, el impuesto sobre sellos y publicidad en los periódicos, véase Karl Marx, «The Turkish War Question. The New-York Tribune in the House of Commons. The Government of India», 5 de julio de 1853, *MECW*, vol. 12, pp. 175-176.

[925] Véase Miles Taylor, «The English Face of Karl Marx, 1852-1862», *Journal of Victorian Culture*, 1/2 (1996), 2.a ed. Este ensayo me ha parecido especialmente esclarecedor, al incluir un detallado examen de la relación de Karl con la política y la prensa inglesas, en particular con su cobertura para *The Tribune*.

[926] Inicialmente, por ejemplo, y con base en lo que había escuchado de Harney, asumió que entre las clases medias había un rechazo republicano generalizado hacia la monarquía. Véase Karl Marx, «The Chartists», *People's Paper*, 10 de agosto de 1852, *MECW*, vol. 11, p. 334.

[927] *Ibidem*, 25 de agosto de 1852, p. 333.

[928] Karl Marx, «Letter to the Labour Parliament», 9 de marzo de 1854, *MECW*, vol. 13, p. 57.

[929] Karl Marx, «Speech at the Anniversary of *The People's Paper*», *People's Paper*, 14 de abril de 1856, *MECW*, vol. 14, p. 655. [OE, I, p. 274.]

[930] Karl Marx, «Parliamentary Debates. The Clergy against Socialism. Starvation», *The New York Daily Tribune*, 25 de febrero de 1853, *MECW*, vol. 11, p. 527.

[931] Karl Marx, «Forced Emigration», 4 de marzo de 1853, *MECW*, vol. 11, p. 529.

[932] Karl Marx, «Pauperism and Free Trade. The Approaching Commercial Crisis», 15 de octubre 1852, *MECW*, vol. 11, pp. 359, 360.

[933] *Ibidem*, p. 361.

[934] Karl Marx, «Revolution in China and in Europe», 20-21 de mayo de 1853, *MECW*, vol. 12, pp. 99-100.

[935] Karl Marx, «The British Constitution», 2 de marzo de 1855, *MECW*, vol. 14, pp. 54-56.

[936] Karl Marx, «The Monetary Crisis in Europe», 3 de octubre de 1856, *MECW*, vol. 15, pp. 113-114.

[937] Henry Charles Carey, *The Slave Trade, Domestic and Foreign. Why It Exists, and How It May be Extinguished*, Londres, Sampson Low, Son & Co., 1853, p. 214. [938] «Charles Dana to Karl Marx», 15 de julio de 1850, *MEGA*, III, III, p. 591.

[939] *Ibidem*, 20 de abril de 1852, V, p. 327.

[940] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de agosto de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 145; la escasa familiaridad de Karl con *The Tribune* es menos sorprendente de lo que podría parecer. La publicación no circulaba en Londres salvo entre suscriptores privados, y él mismo se vio obligado a recurrir a Weydemeyer, que estaba en Nueva York, para conseguir varios números atrasados.

[941] *Ibidem*, 5 de agosto de 1852, p. 146.

- [942] Karl Marx, «Draft of an Article on Friedrich List's Book, *Das Nationale System der politischen Ökonomie*», *MECW*, vol. 4, pp. 265-295.
- [943] «Friedrich Engels to Karl Marx», 6 de agosto de 1852, *MECW*, vol. 39, p. 147.
- [944] Marx, «The Chartists», p. 333.
- [945] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de junio de 1853, *MECW*, vol. 39, pp. 345-346. Esto equivalía a subestimar o ignorar que el proteccionismo era, en cierto grado, no solo una postura asociada a la «burguesía industrial», sino un asunto que interesaba a su vez al republicanismo dentro del movimiento laboral estadounidense de la época. Véase Adam Tuchinsky, *Horace Greeley's New-York Tribune. Civil War-Era Socialism and the Crisis of Free Labor*, Ithaca, Cornell University Press, 2009. Véase también Alex Gourevitch, *From Slavery to the Cooperative Commonwealth. Labor and Republican Liberty in the Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015. La posición que *The Tribune* adoptaba sobre el proteccionismo era parte importante de la postura de «territorio libre-trabajo libre», enarbolada por los republicanos estadounidenses radicales. En los *Grundrisse* Karl se expresa en torno al carácter ahistórico del contraste que Carey hacía entre el desarrollo armónico en Estados Unidos de las relaciones burguesas *per se*, y los efectos distorsionadores que en Inglaterra había provocado la irrupción de relaciones burguesas de producción a partir del antagonismo con el orden feudal y de su proyección al resto del mundo a través del dominio del mercado mundial. Pero a la vez lo elogiaba como «el único economista original entre los estadounidenses» y reconocía «el valor científico de sus indagaciones», Karl Marx, «Bastiat and Carey», en *Economic Manuscripts of 1857-1858 (Grundrisse)*, *MECW*, vol. 28, pp. 5-11. [*Grundrisse*, vol. 2, p. 277 y ss.] La afinidad entre la semblanza marxiana del mercado mundial y la de los proteccionistas se hizo evidente en la única reseña afín a *El capital* cuando el libro apareció, una reseña destacada por Karl. La escribió el académico berlinés Eugen Dühring, que era discípulo de Carey (véase p. 642). En la década de 1870 el análisis social proteccionista de Dühring se hizo popular entre los socialdemócratas alemanes, en una época en que la industria alemana se enfrentaba a la competencia en aumento de Estados Unidos. Cabe la posibilidad de que el objetivo parcial de Engels en su *Anti-Dühring* fuese atenuar el atractivo del enfoque de Dühring bajo una elaboración grandilocuente que aspiraba a inscribirse dentro del «socialismo científico».
- [946] Karl Marx, «The Vienna Note. The United States and Europe. Letters from Shumla. Peel's Bank Act», 9 de septiembre de 1853, *MECW*, vol. 12, pp. 296-297.
- [947] Karl Marx, «The Crisis in England», 2 de marzo de 1855, *MECW*, vol. 14, pp. 60-61.
- [948] Karl Marx, «The British Revulsion», 13 de noviembre de 1857, *MECW*, vol. 15, p. 387.
- [949] Karl Marx, «Commercial Crises and Currency in Britain», 10 agosto de 1858, *MECW*, vol. 16, p. 8.
- [950] «Charles Dana to Karl Marx», 13 de octubre de 1857, *MEGA*, III, VIII, p. 496.
- [951] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de junio de 1853, *MECW*, vol. 39, p. 346.
- [952] Para un estudio detallado de los textos de Marx sobre el Imperio y el mundo extraeuropeo, véase Gareth Stedman Jones, «Radicalism and the Extra-European World. The Case of Karl Marx», in Duncan Bell, ed., *Victorian Visions of Global Order. Empire and International Relations in Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 186-214; véase también Kevin. B. Anderson, *Marx at the Margins. On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 2010.
- [953] Karl Marx, «The East India Company. Its History and Results», 24 de junio de 1853, *MECW*, vol. 12, pp. 149, 151, 154.
- [954] Marx, «The Turkish War Question. *The New-York Tribune* in the House of Commons. The Government of India», p. 178.
- [955] *Ibidem*, pp. 181, 184.

- [956] Karl Marx, «The British Rule in India», 10 de junio de 1853, *MECW*, vol. 12, p. 128; Karl Marx, «The Future Results of British Rule in India», 22 de julio de 1853, *MECW*, vol. 12, p. 217. [OE, I, pp. 267, 270.]
- [957] Karl Marx, «Chinese Affairs», 7 de julio de 1862, *MECW*, vol. 19, p. 216.
- [958] Marx, «British Rule in India», pp. 125-126, 132. [OE, I, pp. 268, 266, 269.]
- [959] *Ibidem*, p. 128. [*Ibidem*, p. 268.]
- [960] «En líneas generales, podemos designar los modos asiático, antiguo, feudal y moderno-burgués de producción como épocas que marcan el progreso en el desarrollo económico de la sociedad.» Karl Marx, «Preface» a *A Contribution to the Critique of Political Economy*, *MECW*, vol. 29, p. 263. [Hay trad. cast.: *Contribución a la crítica de la economía política*, en adelante *CCEP*, Moscú, Progreso, 1989, pp. 30, 32]. Con todo, la búsqueda de elementos comunes a las sociedades y estados presuntamente definidos por este modo de producción resultó vana; y es muy llamativo que, con posterioridad a 1859, Marx nunca más volviera a aludir explícitamente al concepto.
- [961] Marx, «British Rule in India», p. 132. [OE, I, p. 269.]
- [962] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Gareth Stedman Jones, ed., Londres, Penguin Books, 2002, p. 224. [MC, p. 55.]
- [963] Marx, «British Rule in India», p. 131-132. [OE, I, pp. 268-269.]
- [964] Karl Marx, «The Indian Revolt», 16 de septiembre de 1857, *MECW*, vol. 15, p. 353.
- [965] Karl Marx, «The Indian Question», 14 agosto de 1857, *MECW*, vol. 15, p. 313.
- [966] Marx, «Chinese Affairs», p. 216.
- [967] Marx, «Chartists», pp. 333, 335.
- [968] *Ibidem*.
- [969] Karl Marx, «War. Strikes. Dearth», 1 de noviembre de 1853, *MECW*, vol. 12, p. 437.
- [970] Karl Marx, «Panic on the Londres Stock Exchange. Strikes», 27 de septiembre de 1853, *MECW*, vol. 12, p. 334.
- [971] Marx, «British Constitution», pp. 55-56.
- [972] Karl Marx, «Anti-Church Movement. Demonstration in Hyde Park», 25 de junio de 1855, *MECW*, vol. 14, p. 303.
- [973] Marx, «Future Results of British Rule in India», p. 222. [OE, I, p. 273.]
- [974] Marx, «Speech at the Anniversary of *The People's Paper*», pp. 655-656. [*Ibidem*, pp. 273-274.]
- [975] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 15 de septiembre de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 194.
- [976] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de enero de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 242.
- [977] «Jenny Marx to Louise Weydemeyer», 16 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 576.
- [978] *Ibidem*, p. 575.
- [979] «Friedrich Engels to Karl Marx», 25 de enero de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 253. Para un texto acerca de las vidas posteriores de quienes integraban el círculo de Karl, véase Ashton, *Little Germany*, pp. 112-128.
- [980] En octubre de 1858 Guillermo, el príncipe heredero de Prusia, se convirtió en regente en lugar de su achacoso hermano, Federico Guillermo IV. El mismo Guillermo que, en 1848, había abogado por retirarse de Berlín y enseguida bombardear la ciudad para reconquistarla militarmente. A finales de la década de 1850 la influencia de su consorte, Augusta, y una temporada en el exilio de Inglaterra lo habían llevado a modificar su postura. Ahora proclamaba una «nueva era» de liberalismo en ciernes y designó un Gabinete en el que había tanto liberales como conservadores de línea dura. Sobre el nuevo clima político entre los exiliados germanos en Londres, véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, caps. 7 y 8.
- [981] «Karl Marx to Friedrich Engels», 10 de marzo de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 400.
- [982] *Ibidem*, 18 de mayo de 1859, *MECW*, vol. 40, pp. 435-436.
- [983] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 22 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 537.

[984] *Risorgimento* (el Resurgimiento) fue el rótulo asignado al proceso de unificación italiana, fruto de un movimiento político y social que buscaba transformar los diversos estados de la península italiana en un único Estado (o Reino) de Italia. El proceso comenzó en 1815, después de la caída de Napoleón y tras el Congreso de Viena, y concluyó en 1871, cuando Roma se transformó en la capital del Reino de Italia.

[985] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 22 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 538.

[986] Para una excelente referencia a este complicado episodio, véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, cap. 8.

[987] Wilhelm Liebknecht, que sería junto a August Bebel el líder del Partido Socialdemócrata Alemán, había crecido en Giessen y estudiado Filosofía, Teología y Filología en las universidades de Giessen, Berlín y Marburgo. Después de verse envuelto en problemas cuando era todavía un estudiante de ideas radicales, decidió emigrar a Estados Unidos, pero varió su destino inicial a raíz de una invitación a enseñar en un colegio progresista de Suiza, donde se convirtió en periodista e informaba de la Guerra Civil de 1847 en Suiza para el *Mannheimer Abendzeitung*. En 1848 emigró a París y se unió a la Legión Alemana de Herwegh, tras lo cual fue arrestado en Baden. Liberado por una acción multitudinaria, participó en la campaña por la Constitución Federal en Baden como adjunto de Gustav Struve. Escapó luego a Suiza, donde conoció a Engels. Más tarde, al ser expulsado del país helvético, huyó a Londres, donde vivió con su familia desde 1850 hasta 1862, año este último en el que una amnistía a favor de los participantes en la revolución de 1848 le permitió regresar a Alemania. Para entonces se había convertido en miembro de la Liga Comunista y él y su esposa eran amigos cercanos de la familia Marx, alojando con ellos a sus hijos cuando Jenny cayó víctima de viruela en 1860. Pese a ello, Karl no confiaba del todo en él, por su espíritu en exceso independiente. Con la desaprobación de Karl, se había integrado de nuevo a la CABV tras la escisión de 1850, manteniendo su «derecho a servir al partido de una forma que a mí me parezca la más apropiada». Liebknecht había considerado como «tácticas desquiciadas para un partido de los trabajadores lo de aislarse y ubicarse por encima de los trabajadores en un castillo teórico de aire; sin los trabajadores, no hay partido de los trabajadores, y a los obreros debemos absorberlos cuando los encontremos». Véase Liebknecht, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, p. 72.

[988] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 6 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 518.

[989] «Karl Marx to Friedrich Engels», 12 de febrero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 393.

[990] Karl Marx, «The French Disarmament», *Das Volk*, 30 de julio de 1859, *MECW*, vol. 16, p. 443.

[991] Karl Marx, «Invasion!», *Das Volk*, 30 de julio de 1859, *MECW*, vol. 16, p. 441.

[992] Charles Darwin, *The Descent of Man*, 2 vols., Londres, J. Murray, 1871, vol. 1, pp. 1, 4, 230. [Hay trad. cast.: *El origen del hombre*, Madrid, EDAF, 1989.]

[993] Marx, *Herr Vogt*, p. 134. [HV, p. 99.]

[994] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 14 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 525.

[995] Citado en Lattek, *Revolutionary Refugees*, p. 211.

[996] Marx, *Herr Vogt*, p. 26. [HV, p. 9.]

[997] Marx, *Herr Vogt*, pp. 117, 152, 178. [*Ibidem*, p. 111.]

[998] «Friedrich Engels to Karl Marx», 19 de diciembre de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 231.

[999] Liebknecht, *Karl Marx. Biographical Memoirs*, p. 75.

[1000] Véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, p. 212; Marx, *Herr Vogt*, p. 117. [HV, p. 111.] Cuando cayó el Segundo Imperio, el Gobierno republicano francés publicó en 1871 documentos probatorios de que, en agosto de 1859, Vogt había recibido cuarenta mil francos provenientes de los fondos privados del emperador. Véase Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 266.

[1001] «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 23 de febrero de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 54.

[1002] Uno de los eslóganes fundamentales de los sansimonianos, tomado de *El nuevo cristianismo* (1825), la obra del propio Saint-Simon, era «el progreso más rápido posible en lo moral, físico e intelectual de la clase más pobre y numerosa».

[1003] «Ferdinand Freiligrath to Karl Marx», 28 de febrero de 1860, *MEGA*, III, X, p. 320. Eduard von Müller-Telling, un abogado y demócrata, fue el corresponsal en Viena de la *Neue Rheinische Zeitung*. Los temas recurrentes de sus artículos eran el antieslavismo y el antisemitismo. Tras la revolución emigró primero a Inglaterra y luego a Estados Unidos, criticando a Marx y su partido en la prensa. Charles Fleury (de nombre real Carl Krause) era un comerciante de Londres, espía prusiano y agente de la policía.

[1004] «Karl Marx to Friedrich Engels», 11 de diciembre de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 359.

[1005] Sobre la política del Festival Schiller, véase Lattek, *Revolutionary Refugees*, pp. 215-217.

[1006] «Karl Marx to Ferdinand Freiligrath», 29 de febrero de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 87.

[1007] Kapp, *Eleanor Marx*, vol. 1, p. 291.

[1008] *Ibidem*, pp. 289-297.

[1009] *Ibidem*.

[1010] Terrell Carver, *Friedrich Engels. His Life and Thought*, Basingstoke, Macmillan, 1991, pp. 164-165.

[1011] Paul Thomas, *Karl Marx*, Londres, Reaktion Books, 2012, pp. 120-122.

[1012] Heinrich Gemkow y Rolf Hecker, «Unbekannte Dokumente über Marx Sohn Friedrich Demuth», *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, 4/1994, pp. 43-59. Para algunas consideraciones actualizadas en torno a la evidencia disponible, véanse Francis Wheen, *Karl Marx*, Londres, Fourth Estate, 1999, pp. 170-177; Jonathan Sperber, *Karl Marx. A Nineteenth-Century Life*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2013, pp. 262-263.

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

[1013] El término *Grundrisse* significa «bocetos» o «borradores».

[1014] «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de diciembre de 1857, *MECW*, vol. 40, p. 217.

[1015] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 22 de febrero de 1858, *MECW*, vol. 40, pp. 270-271; *ibidem*, p. 27.

[1016] Karl Marx, *Foundations of the Critique of Political Economy, Grundrisse*, *MECW*, pássim. [*Grundrisse*, pássim.]

[1017] *Ibidem*, 12 de noviembre de 1858, p. 354.

[1018] «Jenny Marx to Friedrich Engels», 9 de abril de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 569.

[1019] «Karl Marx to Friedrich Engels», 31 de mayo de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 318.

[1020] Véase la comparación de Locke entre la situación del jornalero en Inglaterra y la de las tribus americanas, citada en Gareth Stedman Jones, *An End to Poverty? A Historical Debate*, Londres, Profile Books, 2004, pp. 11-12; véase Istvan Hont, «An Introduction», en *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 2005. Sobre el «despotismo oriental», véase François Bernier, *Voyages contenant la description des états du Grand Mogol*, París, 1830. Lo que más adelante era percibido como el estancamiento económico de los regímenes «orientales» se atribuía, en particular, a la falta de instituciones mediadoras entre Gobierno y súbdito y a un déficit asociado en el adecuado reconocimiento legal de la propiedad privada.

[1021] He preferido ceñirme a la terminología del propio Karl —«economía burguesa» o «sociedad burguesa»— para conservar la ambigüedad de los términos alemanes *bürgerliche Gesellschaft*, que pueden significar sociedad «burguesa» o «civil» y fueron los términos utilizados por Hegel en la *Filosofía del Derecho*. La separación de Hegel entre la sociedad burguesa y el Estado había sido el foco inicial de la crítica formulada por Karl en 1843. La voz «capitalismo» —en alemán, *Kapitalismus*— era un neologismo que vio la luz en torno a 1900 y se asociaba con Georg Simmel.

[1022] David Ricardo, *The Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, John Murray, 1817. [Hay trad. cast.: *Principios de economía política y tributación*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2010.] Ricardo había argumentado que los precios relativos quedaban determinados por la cuota de trabajo a ellos incorporada.

[1023] Karl Marx, *The Poverty of Philosophy*, MECW, vol. 6, pp. 138 y 139-144. [MF, p. 44.]

[1024] Las notas de Karl sobre Ricardo, hechas en 1850-1851, se hallan en MEGA, IV, VII, pp. 316-328 (relacionadas principalmente con el dinero); MEGA, IV, VIII, pp. 17, 40, 190-199, 326-332, 350-373, 381-396, 402-405, 409-426 (estas incluían una relectura sustancial de los *Principios* y extractos relativos ante todo al valor, la renta y los salarios y la maquinaria), y MEGA, IV, IX, pp. 159-163 (sobre el bajo precio del maíz y el proteccionismo agrícola). Keith Tribe observa que la forma en que Marx avanza y retrocede en sus notas sugiere claramente que «está buscando material para sustentar una línea de pensamiento que ya se ha configurado en su interior»; Keith Tribe, «Karl Marx's "Critique of Political Economy": A Critique», en *The Economy of the Word. Language, History and Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2015, p. 208.

[1025] Marx, *Poverty of Philosophy*, p. 132. [MF, p. 39.]

[1026] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de abril de 1858, MECW, vol. 40, p. 298.

[1027] Karl Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858 (Grundrisse)*, MECW, vol. 28, p. 523. [Grundrisse, vol. 2, p. 110.]

[1028] Andrew Ure, *The Philosophy of Manufactures or An Exposition of the Scientific, Moral and Commercial Economy of the Factory System of Great Britain*, Londres, Charles Knight, 1835; Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufactures*, Londres, Charles Knight, 1832.

[1029] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, p. 131. Grundrisse, vol. 2, p. 279.

[1030] *Ibidem*, p. 133. [Ibidem, p. 281.]

[1031] *Ibidem*, p. 134 (mayúsculas en el original). [Ibidem, pp. 283-284.]

[1032] *Ibidem*, vol. 28, p. 230. [Grundrisse, vol. 1, pp. 244-245.]

[1033] *Ibidem*, p. 334. [Ibidem, p. 359.]

[1034] Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Edwin Cannan, comp., Chicago, University of Chicago Press, 1976 [1776], l. 1, cap. 11, p. 17. [Hay trad. cast.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1958.]

[1035] Marx, «Introduction» to *Economic Manuscripts of 1857-1858*, pp. 17-18. Grundrisse, vol. 1, pp. 3-4.

[1036] *Ibidem*, p. 18. [Ibidem, p. 4.]

[1037] *Ibidem*. [Ibidem.]

[1038] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, pp. 413, 420. [Ibidem, pp. 434, 449.]

[1039] *Ibidem*, pp. 409-410. [Ibidem, p. 445.]

[1040] *Ibidem*, vol. 29, p. 126. [Grundrisse, vol. 2, p. 270.]

[1041] *Ibidem*, p. 233. [Ibidem, p. 433.]

[1042] *Ibidem*, vol. 28, pp. 410, 417. [Grundrisse, vol. 1, pp. 446-447, 453.]

[1043] *Ibidem*, p. 465. [Grundrisse, vol. 2, pp. 32-33.]

[1044] «En el caso de los germanos, entre quienes los cabeza de familia se establecen en los bosques, separados por grandes distancias, la comunidad solamente existe considerada [...] externamente, en

virtud de cada acto de reunión de sus miembros, aun cuando su unidad, *existente* en sí [misma] está puesta en la ascendencia, la lengua, el pasado y la historia comunes, etcétera», *Grundrisse*, vol. 1, p. 442. En este punto, Karl reiteraba la interpretación de la historia antigua de Alemania que encontramos en Justus Möser. Pero a finales de la década de 1860, tras leer la obra de Maurer, cambió su postura de manera radical. Véase capítulo 12.

[1045] En palabras de Karl, aunque la determinación formal (de la mercancía) era simple, «ellas, sin embargo, no son puestas en tal determinación». *Grundrisse*, vol. 1, p. 162.

[1046] La elección de «la mercancía» como punto de partida de su análisis, tanto en 1859 como en 1867, fue la forma práctica de resolver el dilema de cómo iniciar su ensayo en 1857-1858. Si las varias nociones en juego surgían, en principio, de actividades apreciables en la vida cotidiana, ¿era lícito ordenar su exposición de los diversos conceptos en función de su importancia dentro de la sociedad burguesa? ¿O debía hacerlo en el orden en que aparecían históricamente? En la «Introducción», aunque la reflexión apuntaba a problemas concretos y empíricos, como los relacionados con los estados y poblaciones del siglo XVII, postulaba que empezar con relaciones abstractas generales, como las de división del trabajo, el dinero, el valor, etcétera —una modalidad que habría de convertirse en práctica habitual durante la próxima centuria— era «el método científico apropiado». Marx, «Introducción» a *ibidem*, p. 21.

[1047] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, p. 158. [*Ibidem*, p. 161.]

[1048] *Ibidem*, pp. 99-100. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 90.]

[1049] *Ibidem*, pp. 156-158. [*Ibidem*, pp. 158-161.]

[1050] *Ibidem*, pp. 430-434. [*Ibidem*, pp. 217-218.]

[1051] *Ibidem*, pp. 185, 206-207, 431, 433. [*Ibidem*, p. 472.]

[1052] *Ibidem*, pp. 433-434. [*Ibidem*.]

[1053] *Ibidem*, pp. 186-187. [*Ibidem*, p. 194.]

[1054] Marx, «Introducción» a *ibidem*, p. 42. Dicho sea de paso, esto enfatiza la mayor afinidad de Karl con Hegel que con Darwin. Con seguridad, los darwinistas hubieran revertido la afirmación: la anatomía del mono es la clave de la anatomía del hombre. *Ibidem*, p. 26.

[1055] Véase, por ejemplo, su organización conceptual del capital en términos de su «generalidad», «particularidad» y «singularidad», Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, pp. 205-206. [*Ibidem*, pp. 216-217.]

[1056] *Ibidem*, p. 89. [*Ibidem*, p. 77.]

[1057] Karl Marx, «Critique of the Hegelian Dialectic and Philosophy as a Whole», *MECW*, vol. 3, pp. 332-333.

[1058] «Karl Marx to Friedrich Engels», 16 de enero de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 249.

[1059] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, p. 197. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 206.]

[1060] *Ibidem*, pp. 31, 36. [*Ibidem*, p. 14.]

[1061] *Ibidem*, p. 464. [*Grundrisse*, vol. 2, p. 32.]

[1062] *Ibidem*, p. 17. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 3.]

[1063] Alfred Darimon, *De la réforme des banques*, París, Guillaumin, 1856; Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, pp. 51-78. [*Ibidem*, pp. 37-48.]

[1064] *Ibidem*, p. 349. [*Ibidem*, p. 375.]

[1065] Karl Marx, *Capital. A Critique of Political Economy*, vol. I, 1867, *MECW*, vol. 35, p. 186 *Capital*, L. I, vol. 1, p. 136.]

[1066] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, p. 185. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 193.]

[1067] *Ibidem*, p. 186. [*Ibidem*, p. 194.]

[1068] *Ibidem*, p. 438; *ibidem*, vol. 29, p. 233. [*Ibidem*, p. 477.]

[1069] *Ibidem*, vol. 28, p. 245. [*Ibidem*, p. 260.]

[1070] *Ibidem*, p. 433. [*Ibidem*, p. 472.]

- [1071] *Ibidem*, p. 94. [*Ibidem*, pp. 84-85.]
- [1072] *Ibidem*, pp. 381-382. [*Ibidem*, p. 248.]
- [1073] *Ibidem*, pp. 131-133; *ibidem*, vol. 29, p. 8. [*Ibidem*, p. 275; *Grundrisse*, vol. 2, p. 130.]
- [1074] *Ibidem*, vol. 28, p. 459. [*Ibidem*, p. 25.]
- [1075] *Ibidem*, p. 337. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 362.]
- [1076] *Ibidem*, p. 342. [*Ibidem*, p. 367.]
- [1077] *Ibidem*, vol. 29, pp. 82-83, 94. [*Grundrisse*, vol. 2, p. 219, 232.]
- [1078] *Ibidem*, p. 133. [*Ibidem*, p. 282.]
- [1079] *Ibidem*, vol. 28, pp. 390-391. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 424.]
- [1080] *Ibidem*, vol. 29, pp. 91, 97. [*Grundrisse*, vol. 2, pp. 235, 228.]
- [1081] *Ibidem*, p. 91. [*Ibidem*, pp. 228-229.]
- [1082] *Ibidem*, vol. 28, p. 466. [*Ibidem*, p. 33.]
- [1083] Aun cuando concedía que «los trabajos verdaderamente libres, como por ejemplo la composición musical, son al mismo tiempo condenadamente serios [y] exigen el más intenso de los esfuerzos»; *ibidem*, p. 530. [*Ibidem*, pp. 119-120.]
- [1084] Marx, «Introducción» a *ibidem*, pp. 46-48. Pero se mostró incapaz de dar una explicación análoga de la relación entre el Derecho civil romano y la producción moderna; *ibidem*, p. 46. [*Grundrisse*, vol. 1, pp. 31-33.]
- [1085] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, vol. 28, p. 411. [*Ibidem*, p. 447.]
- [1086] *Ibidem*, p. 337. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 362.]
- [1087] La importancia de Carey era hasta cierto punto mayor que lo que daba a entender el análisis de los *Grundrisse*. Véase capítulo 9.
- [1088] Los *Principios de economía* política de John Stuart Mill, cuya primera edición data de 1848, fue el tratado económico más influyente de la época, destacándose en particular por su argumentación de que el debate político ha de ocuparse de la distribución antes que de la producción, y por su tratamiento crítico, pero afín, del socialismo. Thomas Tooke (1774-1858) fue conocido por sus seis volúmenes de la *Historia de los precios*, que aparecieron entre 1838 y 1857, en los cuales hacía un recuento de la historia financiera y comercial de Gran Bretaña entre 1793 y 1856. Originalmente partidario del «bullionismo» [doctrina económica británica que definía la riqueza de las naciones en función de los lingotes de oro acumulados por ellas] y la teoría del control central del circulante —la línea de pensamiento básica de la Ley de Cartera Bancaria de Peel, promulgada en 1844—, luego apoyó la convertibilidad inmediata del papel moneda según la demanda.
- [1089] El fin de la Asociación de Reforma de Propiedad de la Tierra era abolir la primogenitura y la herencia por parentesco. El de la Liga de la Tierra y el Trabajo, que buscaba la nacionalización de las tierras, estaba íntimamente ligado a la Internacional.
- [1090] Véase Terry Peach, «Interpreting Ricardo», Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 173-174.
- [1091] David Ricardo, «Des principes de l'économie politique et de l'impôt», París, J. P. Aillaud, 1835, pp. 17-19, citado en *Tribe, Economy of the Word*, cap. 6, pp. 25, 28. Esta edición incluía una traducción de la nota biográfica de McCulloch, referida a la «Vida y escritos de David Ricardo, Esq. M. P.», que apareció originalmente en Londres en 1825.
- [1092] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, MECW, vol. 28, p. 483. [*Grundrisse*, vol. 2, p. 54.]
- [1093] *Ibidem*, p. 484. [*Ibidem*.]
- [1094] Para un análisis clarificador del tema, véase G. A. Cohen, «The Labour Theory of Value and the Concept of Exploitation», en G. A. Cohen, *History, Labour and Freedom. Themes from Marx*, Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 209-239. Para un análisis decimonónico y contemporáneo del tema, véase Anton Menger, *The Right to the Whole Produce of Labour. The*

Origin and Development of the Theory of Labour's Claim to the Whole Product of Industry, M. E. Tanner, trad., Londres, Macmillan, 1899 [1886]. Menger pensaba que, a diferencia de su rival germano Rodbertus, quien se había limitado a reiterar las ideas de los socialistas franceses, los sansimonianos y Proudhon, «Marx está bajo la influencia absoluta de los primeros socialistas ingleses, y en particular de William Thompson. Dejando de lado la fórmula matemática mediante la cual Marx enturbia más que aclara su argumento, la teoría completa de la plusvalía, su concepción, su denominación y las estimaciones de su cuantía están tomadas en lo sustancial de los textos de Thompson»; Menger, «Right to the Whole Produce of Labour», p. 101.

[1095] Marx, *Capital*, vol. I, p. 46 [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 44.]

[1096] *Ibidem*, p. 48. [*Ibidem*, pp. 44, 51.]

[1097] Como observaba Gerry Cohen, «si hay un paradigma de la explotación para Marx, este es la explotación del siervo feudal, ya que, según el propio Marx, no produce valor, por cuanto su producto no es puesto en el mercado y no es, por tanto, una mercancía»; Cohen, *History, Labour and Freedom*, p. 231.

[1098] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858, MECW*, vol. 28, pp. 249-250. [*Grundrisse*, vol. 1, pp. 265-266.] La pregunta no fue abordada con mayor profundidad tampoco en *El capital*, véase capítulo 11.

[1099] «Karl Marx to Friedrich Engels», 22 de julio de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 473. Karl atribuía el comentario original en francés, *A quoi bon?*, a Elard Biscamp, el editor de *El Pueblo*, la revista fundada como órgano oficial de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes. Biscamp era un periodista republicano y radical vinculado originalmente a Kinkel y Ruge; véase Christine Lattek, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, Routledge, 2006, pp. 203-206. La revista circuló desde el 7 de mayo hasta 20 de agosto de 1859 y, en sus últimas seis semanas, estuvo bajo la dirección de Karl.

[1100] «Jenny Marx to Friedrich Engels», 9 de abril de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 569.

[1101] «Karl Marx to Friedrich Engels», 21 de enero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 369.

[1102] *Ibidem*, 15 de julio de 1858, p. 328.

[1103] *Ibidem*, 11, 16 y 17 de diciembre de 1858, 21 de enero de 1859, pp. 359, 361, 363, 369.

[1104] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 22 de febrero de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 270.

[1105] *Ibidem*, 11 de marzo de 1858, p. 287.

[1106] «Karl Marx to Friedrich Engels», 29 de marzo de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 295.

[1107] *Ibidem*, 2 de abril de 1858, pp. 303-304.

[1108] «Friedrich Engels to Karl Marx», 9 de abril de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 304.

[1109] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 31 de mayo de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 315.

[1110] «Karl Marx to Friedrich Engels», 29 de noviembre de 1858, *MECW*, vol. 40, p. 358.

[1111] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 12 de noviembre de 1858, *MECW*, vol. 40, pp. 354-345.

[1112] «Karl Marx to Friedrich Engels», 13-15 de enero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 368.

[1113] *Ibidem*.

[1114] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 1 de febrero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 376.

[1115] *Ibidem*, p. 377.

[1116] «Karl Marx to Friedrich Engels», 22 de julio de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 473.

[1117] *Ibidem*, p. 473.

[1118] *Ibidem*, 25 de mayo de 1859, p. 450.

[1119] «Friedrich Engels to Karl Marx», 15 de julio de 1859, *MECW*, vol. 4, p. 465; «Karl Marx to Friedrich Engels», 19 de julio de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 471.

[1120] «Friedrich Engels to Karl Marx», 3 de agosto de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 478.

[1121] *Ibidem*, 14 de febrero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 386; «Karl Marx to Friedrich Engels», 22 de febrero de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 389.

- [1122] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 6 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 518.
- [1123] No se mencionaba en «La quintaesencia del socialismo», el texto de Albert Schäffle publicado en 1874, ni en «Marx el estudiante», publicado en 1892 por Edward Aveling.
- [1124] Karl Marx, «Prólogo» a *A Contribution to the Critique of Political Economy*, 1859, *MECW*, vol. 29, p. 263. [CCEP, pp. 7-8].
- [1125] Sobre la importancia de la Escuela Histórica del Derecho y su relevancia para la obra de Karl, véase Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Gareth Stedman Jones, ed., Penguin Books, Londres, 2002, pp. 148-161.
- [1126] Friedrich Engels, «Karl Marx, A Contribution to the Critique of Political Economy», *MECW*, vol. 16, pp. 469, 473-475. [CCEP, pp. 19, 4, 12.]
- [1127] Marx, «Prólogo» a *Contribution to the Critique*, p. 263. [*Ibidem*, p. 8.]
- [1128] Karl Marx, *Economic Manuscripts of 1861-1863. A Contribution to the Critique of Political Economy*, *MECW*, vol. 30, cap. 3, p. 93.
- [1129] *Ibidem*, p. 313.
- [1130] *Ibidem*, pp. 92-93.
- [1131] *Ibidem*, pp. 95-96.
- [1132] Kautsky reorganizó el orden que seguía el análisis de las varias teorías. El manuscrito original e inédito fue publicado en 1977 como parte del *Marx-Engels-Gesamtausgabe*. Las traducciones al inglés, que aparecieron en los volúmenes 30, 31 y 33 de *Marx-Engels Collected Works*, se hicieron a partir de la edición *MEGA*.
- [1133] Sobre Lassalle, véase capítulo 11, pp. 504-517.
- [1134] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 28 de diciembre de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 435. Fue Freiligrath quien puso a Kugelmann en contacto con Marx.
- [1135] Puede verse el plan en la última sección de las «Teorías de la plusvalía» en *MEGA*, XI, III.V, pp. 1861-1862.
- [1136] Karl Marx, «Chapter Six. Results of the Direct Production Process», *MECW*, vol. 34, pp. 359, 362. [Hay trad. cast.: *El capital*. L. I, cap. VI (inédito), de aquí en adelante *CAP-VI*, México D. F., Siglo XXI, 2009, pp. 63, 113.]
- [1137] *Ibidem*, pp. 427, 431. [*Ibidem*, p. 62.]
- [1138] *Ibidem*, p. 398. [*Ibidem*, pp. 18, 20, 17, 19.]
- [1139] *Ibidem*, p. 399. [*Ibidem*, pp. 19-20.]
- [1140] *Ibidem*, pp. 429, 439, 440. [*Ibidem*, pp. 72-74.]
- [1141] *Ibidem*, pp. 463, 460. [*Ibidem*, pp. 103, 106.]
- [1142] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 13 de octubre de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 328.
- [1143] Marx, «Chapter Six. Results of the Direct Production Process», pp. 362, 375. [*CAP-VI*, pp. 108, 109.]
- [1144] *Ibidem*, pp. 362-363. [*Ibidem*, pp. 109, 127.]
- [1145] *Ibidem*, p. 384. [*Ibidem*, p. 137.]
- [1146] Eugen von Böhm-Bawerk, *Karl Marx and the Close of His System. A Criticism*, Alice M. Macdonald, trad., Londres, T. Fisher Unwin, 1898.
- [1147] Véase David McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973, pp. 337-338.
- [1148] «Karl Marx to Friedrich Engels», 31 de julio de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 173.
- [1149] *Ibidem*, 5 de agosto de 1865, p. 175.
- [1150] «Friedrich Engels to Karl Marx», 10 de febrero de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 226; «Karl Marx to Friedrich Engels», 13 de febrero de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 228.
- [1151] «Jenny Marx to Ludwig Kugelmann», 26 de febrero de 1866, *MECW*, vol. 42, pp. 573-574.
- [1152] «Friedrich Engels to Karl Marx», 22 de junio de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 382.

[1153] «Karl Marx to Friedrich Engels», 27 de junio de 1867, *MECW*, vol. 42, pp. 390-391; «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 13 de julio de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 396; Marx, «Preface to the First German Edition», en *Capital*, vol. I, p. 7. El anexo fue publicado en la primera edición. Véase Karl Marx, «Anhang zu Kapital I, 1. Die Werthform», en *Das Kapital, Kritik der politischen Oekonomie*, vol. I, Hildesheim, Gerstenberg, 1980 (esta es una edición facsímil de la primera edición alemana, Hamburgo, Verlag von Otto Meissner, 1867), pp. 764-784.

[1154] Marx, *Capital*, vol. I, p. 49. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 47.]

[1155] *Ibidem*, pp. 58, 74. [*Ibidem*, pp. 47, 56, 72-73.]

[1156] *Ibidem*, pp. 86-87. [*Ibidem*, p. 86.]

[1157] *Ibidem*, pp. 176-177. («¡Aquí está Rodas, salta aquí y AHORA!»). La cita proviene de una fábula de Esopo y era la respuesta a alguien que decía haber hecho alguna vez en Rodas un inmenso salto. [*Capital*, L. I, vol. 1, pp. 180-181.]

[1158] *Ibidem*, parte VII, p. 564. [*Capital*, L. I, vol. 2, p. 205.]

[1159] Marx, *Economic Manuscripts of 1857-1858*, *MECW*, vol. 28, pp. 381-382. [*Grundrisse*, vol. 1, p. 414.]

[1160] Marx, *Capital*, vol. I, p. 705. [*Capital*, L. I, vol. 2, p. 360.]

[1161] Marx, «Preface to the First German Edition», en *Capital*, vol. I, p. 9. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 6.]

[1162] Marx, *Capital*, vol. I, p. 750. [*Capital*, L. I, vol. 2, p. 409.]

[1163] Marx, «Afterword to the Second German Edition», 1873, en *Capital*, vol. I, pp. 12-20. [*Capital*, L. I, vol. 1, pp. 11-20.]

[1164] *Ibidem*, pp. 18-19. [*Ibidem*, pp. 17-18.]

[1165] G. W. F. Hegel, *The Encyclopaedia. Logic*, T. F. Geraets, W. A. Suchting y H. S. Harris, trads., Indianápolis, Hackett, 1991, párrs. 217-218, p. 292. [Hay trad. cast.: *Hegel 1* y *Hegel 2*, Madrid, Gredos, 2010.]

[1166] G. W. F. Hegel, *Lectures on Natural Right and Political Science. The First Philosophy of Right*, J. Michael Stewart y Peter C. Hodgson, trads., Berkeley, University of California Press, 1995, párr. 123, p. 222 [*Ibidem*.]

[1167] Hegel se vale de la noción de «incorporación» para su argumento sobre la identidad del sujeto y el predicado. «La incorporación [...] es solo la aplicación de lo universal a lo particular, o lo singular puesto bajo él en conformidad con una representación indeterminada, una de menor cantidad.» G. W. F. Hegel, *The Science of Logic*, George di Giovanni, trad. y ed., Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 555.

[1168] Marx, «Afterword to the Second German Edition», en *Capital*, vol. I, p. 19. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 19.]

[1169] *Ibidem*. [*Ibidem*.]

[1170] Marx, *Capital*, vol. I, p. 707. [*Capital*, L. I, vol. 2, pp. 362.]

[1171] *Ibidem*, pp. 623-634. [*Capital*, L. I, vol. 2, pp. 274-285.] El concepto «ejército industrial de reserva» fue usado primero por los cartistas.

[1172] *Ibidem*, p. 507. [*Capital*, L. I, vol. 2, p. 141.]

[1173] *Ibidem*, p. 723. [*Ibidem*, p. 379.]

[1174] Nassau Senior, en sus *Cartas sobre la Ley Industrial de 1837*, sostenía que el total de la ganancia neta provenía de la última hora de trabajo diario, basándose en el supuesto erróneo de que el periodo de facturación era invariable. La doctrina del fondo salarial asumía que la suma del capital disponible para pagar salarios durante un año era inamovible. Por tanto, si la población variaba, también lo hacían los salarios de los trabajadores. Si la población aumenta pero el dinero disponible para pagar salarios sigue igual, puede que los trabajadores ganen menos.

[1175] Uno de los efectos inmediatos del impacto causado por su obra fue su papel fundamental en iniciar un debate sobre los orígenes y la naturaleza de la Revolución Industrial en Gran Bretaña. Fue tras leer *El capital* en la traducción francesa cuando Arnold Toynbee se inspiró para comenzar su labor en lo que fue póstumamente publicado como *Lectures on the Industrial Revolution in England*, Londres, Rivingtons, 1884. Respecto a la formación intelectual de Toynbee, véase Alon Kadish, Apostle Arnold, *The Life and Death of Arnold Toynbee*, 1852-1883, Durham, Duke University Press, 1986.

EL CAPITAL, LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA INTERNACIONAL

[1176] Empleo el término «transnacional» siguiendo el uso que hace Marcel van der Linden en su obra *Transnational Labour History. Explorations, Studies in Labour History*, Aldershot, Ashgate, 2003, cap. 2, como un término antecedente a la consolidación del nuevo Estado-nación en Europa a partir de la década de 1870.

[1177] «Jenny Marx to Friedrich Engels», principios de noviembre de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 585.

[1178] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de julio de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 546.

[1179] *Ibidem*, 4 de noviembre de 1864, vol. 42, p. 12; *ibidem*, 14 de noviembre de 1864, p. 22; «Friedrich Engels to Karl Marx», 16 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, p. 23; «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de diciembre de 1864, *MECW*, vol. 42, p. 51.

[1180] La presunta semejanza entre la postura blanquista y la expuesta por Karl era más imaginaria que real. A los blanquistas les preocupaban bastante más las divisiones de 1792-1793 entre los hebertistas y partidarios de Robespierre, que la concepción de Karl de la moderna lucha de clases. El único contacto del que se tienen noticias entre Karl y Blanqui ocurrió en 1864, cuando a petición de Blanqui su seguidor, el doctor Watteau, le envió a Karl un ejemplar de «Les hébertistes» de Gustave Tridon, editada en París en 1864. Véase Alan B. Spitzer, «The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui», Nueva York, Columbia University Press, 1957, pp. 114-115.

[1181] Sobre el declive del cartismo, véase Margot C. Finn, «After Chartism. Class and Nation in English Radical Politics, 1848-1874», Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Miles Taylor, «The Decline of British Radicalism 1847-1860», Oxford, Clarendon Press, 1995; Jonathan Parry, «The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain», New Haven/Londres, Yale University Press, 1993, tercera parte.

[1182] Sobre las oscilaciones políticas de Ernest Jones, véase Miles Taylor, Ernest Jones, «Chartism and the Romance of Politics 1819-1869», Oxford, Oxford University Press, 2003, pp. 137-210.

[1183] «Karl Marx to Friedrich Engels», 24 de noviembre de 1857, *MECW*, vol. 40, p. 210.

[1184] *Ibidem*, 9 de abril de 1863, vol. 41, p. 468.

[1185] «Friedrich Engels to Karl Marx», 8 de abril de 1863, *MECW*, vol. 41, p. 465.

[1186] Su reedición fue posible porque la fiscalía se valió de él en el juicio contra los líderes socialdemocráticos Wilhelm Liebknecht y August Bebel, por su oposición «traicionera» a la guerra de Prusia contra Francia. La fiscalía alegó que su traición había sido impulsada por la propuesta del *Manifiesto* de que «los trabajadores no tienen patria». Con todo, en esa fase, nadie —ni siquiera los autores— veía ya el *Manifiesto* como un factor polémico para la política contemporánea de entonces, sino más bien como un «documento histórico». Fue solo en el siglo XX, como resultado de la Revolución rusa en 1917 y la fundación del Comintern, cuando los pronunciamientos del *Manifiesto* adquirieron una actualidad que nunca habían tenido en el siglo previo.

[1187] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 22 de noviembre de 1859, *MECW*, vol. 40, p. 538.

[1188] *Ibidem*, 23 de febrero de 1860, vol. 41, pp. 58-59. El rumor sugería que Lassalle había traicionado a los trabajadores de Düsseldorf y malversado fondos. La desconfianza fue avalada por Engels, quien parecía temer a Lassalle tanto por su independencia de criterio como porque su simpatía podía ganarse a Karl para su causa.

[1189] «Ferdinand Lassalle to Friedrich Engels and Karl Marx», 26-29 de febrero de 1860, *MEGA*, III, IX, p. 162.

[1190] Karl estaba obsesionado con el temor a que Lassalle plagiera su labor, pero en realidad el enfoque de Lassalle era muy distinto. Su pensamiento económico se inspiraba en el trabajo de Karl, pero combinado con la concepción hegeliana del Estado, una defensa afrancesada de las cooperativas subvencionadas por el Estado y cierto escepticismo ante la acción de los sindicatos, derivado de lo

que él mismo conceptualizaba como «las leyes de hierro sobre los salarios» de Ricardo. Se nutría a su vez de la tradición prusiana del *Staatswissenschaft*, particularmente de los textos de Johann Karl Rodbertus y su visión del capitalismo como un sistema explotador e implacable. Véase David Lindenfeld, *The Practical Imagination: The German Sciences of State in the Nineteenth Century*, Chicago, Chicago University Press, 1997, pp. 186-187.

[1191] «Ferdinand Lassalle to Karl Marx», 6 de marzo de 1859, *MEGA*, III, IX, pp. 336-338.

[1192] Ferdinand Lassalle, *Die Philosophie Herakleitos des Dunkeln von Ephesos*, Berlín, F. Duncker, 1858.

[1193] «Ferdinand Lassalle to Karl Marx», 6 de marzo de 1859, *MEGA*, III, IX, pp. 336-338.

[1194] *Ibidem*.

[1195] *Ibidem*, 11 de septiembre de 1860, *MEGA*, III, XI, p. 147; «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 15 de septiembre de 1860, *MECW*, vol. 41, p. 193.

[1196] «Ferdinand Lassalle to Karl Marx», 11 de marzo de 1860, *MEGA*, III, X, p. 372.

[1197] «Karl Marx to Friedrich Engels», 29 de enero de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 252.

[1198] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 15 de febrero de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 263; *ibidem*, 7 de marzo de 1861, pp. 267-268.

[1199] *Ibidem*, 15 de febrero de 1861, p. 263.

[1200] «Karl Marx to Antoinette Philips», 24 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, pp. 269-272.

[1201] Pfuel había sido primer ministro de Prusia en 1848 y responsable de la dura supresión de la revuelta en Posen. Pese a ello, y desde entonces, había radicalizado su postura. Según Karl, Pfuel tenía ahora ochenta y dos años, «pero estaba aún mentalmente alerta y se había vuelto muy radical. Dicho sea de paso, había caído en desgracia y la Corte lo incluye entre los jacobinos, ateos, etcétera»; «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de mayo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 280.

[1202] *Ibidem*, 10 de mayo de 1861, pp. 286-287.

[1203] «Karl Marx to Antoinette Philips», 24 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, pp. 271-272.

[1204] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 8 de mayo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 283. Por una vez, Karl aludía a ella en términos generosos: «La anciana [...] lograba intrigarme con su espíritu en extremo sutil y su ecuanimidad tan incommovible».

[1205] *Ibidem*, pp. 283-284.

[1206] *Ibidem*, 29 de mayo de 1861, p. 291.

[1207] «Jenny Marx to Friedrich Engels», principios de abril de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 579.

[1208] Ferdinand Lassalle, *Die Theorie der erworbenen Rechte und der Collision der Gesetze. Unter besonderer Berücksichtigung des Römischen, Französischen und Preussischen Rechts*, Leipzig, Brochhaus, 1861; «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 11 de junio de 1861, *MECW*, vol. 41, pp. 293-294.

[1209] «Karl Marx to Friedrich Engels», 10 de mayo de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 289; *ibidem*, 7 de mayo de 1861, p. 280.

[1210] «Karl Marx to Antoinette Philips», 24 de marzo de 1861, *MECW*, vol. 41, pp. 271-272.

[1211] *Ibidem*, 17 de julio de 1861, p. 313.

[1212] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 28 de abril de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 356.

[1213] La Exposición, una feria comercial internacional en la que hubo treinta y seis países representados, se celebró en el solar que ahora alberga al Museo de Ciencias Naturales en South Kensington. Estuvo abierta desde el 1 de mayo hasta el 1 de noviembre de 1862. Después de concluida la muestra, la estructura de hierro y cristal fue desmontada y buena parte del material reutilizado en la construcción del Palacio Alexandra.

[1214] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 16 de junio de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 379.

[1215] «Jenny Marx to Ferdinand Lassalle», 5 de mayo de 1861, en Ferdinand Lassalle, *Nachgelassene Briefe und Schriften*, 3 vols., Gustav Mayer, ed., Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt,

1921-1925, vol. 3, pp. 358-359.

[1216] «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de julio de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 389.

[1217] *Ibidem*, p. 390.

[1218] Jenny Marx, «A Short Sketch of an Eventful Life», en Institut Marksizma-Leninizma, *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1957.

[1219] «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de julio de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 390.

[1220] *Ibidem*, p. 389.

[1221] «Ferdinand Lassalle to Karl Marx», 6 de noviembre de 1862, *MEGA*, III, XII, p. 264.

[1222] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 7 de noviembre de 1862, *MECW*, vol. 41, pp. 424-425.

[1223] Ferdinand Lassalle, «Über Verfassungswesen», abril de 1862, en *Reden und Schriften. Aus der Arbeiteragitation 1862-1864*, F. Jenaczek, ed., Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1970, p. 80.

[1224] Édouard Bernstein, *Ferdinand Lassalle. Le Réformateur social*, París, Rivière, 1913, p. 121.

[1225] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 23 de febrero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 101.

[1226] «Karl Marx to Johann von Schweitzer», 13 de octubre de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 133.

[1227] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 23 de febrero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 102.

[1228] Friedrich Engels, «The Prussian Military Question and the German Workers' Party», febrero de 1865, *MECW*, vol. 20, pp. 77-79; véase Roger Morgan, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965, pp. 1-12.

[1229] «Karl Liebknecht to Karl Marx», 3 de junio de 1864, en Georg Eckert, ed., *Wilhelm Liebknecht. Briefwechsel mit Karl Marx und Friedrich Engels*, La Haya, Mouton, 1963, pp. 33-34.

[1230] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de junio de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 537.

[1231] «Karl Marx to Sophie von Hatzfeldt», 12 de septiembre de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 563.

[1232] *Ibidem*, p. 560.

[1233] «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de enero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 71; *ibidem*, 18 de febrero de 1865, p. 97.

[1234] «Johann von Schweitzer to Karl Marx», 11 de febrero de 1865, *MEGA*, III, XIII, p. 229. Con todo, para 1867 sus diferencias se habían atenuado a la luz de la alianza de Bismarck con los liberales.

[1235] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de septiembre de 1864, *MECW*, vol. 41, p. 561.

[1236] Véase Alan B. Spitzer, *Old Hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, caps. 2 y 3.

[1237] Ludwig Börne, *Lettres écrites de Paris pendant les années 1830 et 1831*, F. Guiran, trad., París, Paulin, 1832, p. 19.

[1238] Sobre las bases religiosas del anticlericalismo de Mazzini y su cercanía a las tradiciones inglesas del «disenso racional», véase Eugenio Biagini, «Mazzini and Anticlericalism. The English Exile», en C. A. Bayly y E. F. Biagini, eds., *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism 1830-1920*, Proceedings of the British Academy, n.º 152, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 145-166.

[1239] Véase Karma Nabulsi, «Patriotism and Internationalism in the “Oath of Allegiance” to Young Europe», *European Journal of Political Theory*, 5/1 (enero de 2006), pp. 61-70; Karma Nabulsi, *Traditions of War. Occupation, Resistance, and the Law*, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 177-241; Stefano Recchia y Nadia Urbinati, eds., *A Cosmopolitanism of Nations. Giuseppe Mazzini's Writings on Democracy, Nation Building, and International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 2009.

[1240] E. H. Carr, en *The Romantic Exiles. A Nineteenth-Century Portrait Gallery*, Victor Gollancz, 1933, Londres, describe memorablemente las secuelas de esta debacle.

[1241] Dieter Langewiesche, «Revolution in Germany. Constitutional State. Nation State. Social Reform», en D. Dowe, H. G. Haupt, D. Langewiesche y J. Sperber, eds., *Europe in 1848. Revolution and Reform*, Nueva York/Oxford, Berghahn, 2001, pp. 120-143.

[1242] Giuseppe Garibaldi, *An Autobiography*, William Robson, trad., Londres, Routledge, Warne and Routledge, 1861, p. 37; Garibaldi derivó su propio nacionalismo de inspiración republicana y cosmopolita de una mezcla en la que se fundían las ideas de la Italia Joven de Mazzini y el evangelio universalmente difundido en *La doctrina de Saint-Simon*. Su postura respecto a la República era inestable. Tras 1860 se alejó de una solución monárquica y piamontesa para Italia, volviéndose cada vez más anticlerical y socialista. Véase Lucy Riall, *Garibaldi. Invention of a Hero*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2007, p. 2.

[1243] Las visiones negativas del papel del nacionalismo en el siglo XX condujeron a menoscabar sus dimensiones transnacionales en el siglo XIX y a reducir su importancia como parte de un sentimiento republicano y socialista. Durante la década de 1860, aparte de Karl y sus amigos, el único grupo radical que adoptó una actitud hostil hacia la política de las naciones subordinadas fue el de Cobden, Bright y la Escuela de Manchester. Véase Finn, *After Chartism*, cap. 1; Derek Beales, «Garibaldi in England. The Politics of Italian Enthusiasm», en John A. Davis and Paul Ginsborg, eds., *Society and Politics in the Age of the Risorgimento. Essays in Honour of Denis Mack Smith*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 184-216.

[1244] Finn, *After Chartism*, pp. 217-224.

[1245] Véase Duncan A. Campbell, *English Public Opinion and the American Civil War*, Londres, Royal Historical Society/Boydell Press, 2003.

[1246] «Karl Marx to Joseph Weydemeyer», 29 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, p. 44; Yvonne Kapp, *Eleanor Marx*, 2 vols., Londres, Lawrence & Wishart, 1972, vol. 1, p. 34.

[1247] Henry Collins y Chimen Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement. Years of the First International*, Londres, Macmillan, 1965, p. 24. Sobre los seguidores de O'Brien, véase Stan Shipley, «Club Life and Socialism in mid-Victorian Londons», *History Workshop Pamphlets*, n.º 5, Oxford, 1973.

[1248] Citado en Finn, *After Chartism*, p. 214.

[1249] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, pp. 16, 17.

[1250] Véase Van der Linden, *Transnational Labour History*, cap. 1.

[1251] Véase Peter Hall, *The Industries of London since 1861*, Londres, Hutchinson University Library, 1962; Gareth Stedman Jones, *Outcast Londres. A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971 (4.a ed., Londres, Verso, 2013), primera parte.

[1252] Sobre la importancia de los nuevos sindicatos «unificados», véase Thomas Jones, «George Odger, Robert Applegarth, and the First International Working Men's Association», tesis inédita para optar al título de máster, King's College, Londres, 2007; Alastair Reid, *United We Stand. A History of Britain's Trade Unions*, Londres, Penguin Books, 2005, pp. 95-101.

[1253] Sidney and Beatrice Webb, *The History of Trade Unionism*, Londres, Longmans, 1902, caps. 4 y 5.

[1254] «Rules of the London Trades Council», citado en F. M. Leventhal, *Respectable Radical. George Howell and Victorian Working Class Politics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971, p. 37.

[1255] Citado en George Howell, «The History of the International Association», *Nineteenth Century*, vol. IV, julio de 1878, p. 24.

[1256] Collins y Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, pp. 18, 35. Con todo, para mayor disgusto de Mazzini, la admiración por sus propias nociones acerca del deber y la «unidad del trabajo y el capital» no fue obstáculo para la entusiasta acogida que el Consejo General de la Internacional dio al «Manifiesto inaugural», ni para propiciar esa mezcla, en la organización, de un

sentimiento mazzinista y una convocatoria específica a la clase de los «proletarios». Véase más adelante, pp. 533-535.

[1257] Howell, «History of the International Association», p. 25.

[1258] Compárese la facilidad y mayor velocidad del viaje en tren y barcos a vapor con las dificultades que suponía la travesía entre Londres y París en el siglo XVIII, tan bien descritas en *Historia de dos ciudades* de Dickens.

[1259] La magnitud y alcance de las ambiciones cosmopolitas de los líderes de la Asociación Sindical Inglesa, en términos sociales y políticos, es resaltada en Jones, «George Odger, Robert Applegarth». Su tesis viene a corregir algunas interpretaciones previas que tendían a categorizar la visión de los sindicalistas ingleses como limitadas, ignorantes o requeridas de la guía teórica de Karl.

[1260] David McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973, p. 363. La minoría consistía en tres franceses, dos italianos y dos alemanes.

[1261] Edward Spencer Beesly, «The International Working Men's Association», *Fortnightly Review*, 1 de noviembre de 1870, reeditado en *MEGA*, I, XXI, p. 1069.

[1262] Howell, «History of the International Association», p. 31. Según Howell, «su fuerza enorme era una ficción que solo discurría en la mente de algunos sectores aterrados ante la convicción de su vasto poder y recursos, sus presuntas ramificaciones en todo el mundo y sus agentes pagados y preparados para cualquier emergencia».

[1263] «Meeting of the General Council of the International Working Men's Association», 20 de agosto de 1867, *MEGA*, I, XX, p. 587. Su inquietud primordial era que el desarme en el resto de Europa «dejaría tan solo a Rusia en posesión de los medios para hacer la guerra en el resto de Europa»; *ibidem*, p. 586.

[1264] «The Fourth Annual Report of the General Council», 1868, *MEGA*, I, XXI, p. 86.

[1265] Sobre Bakunin, véase más adelante, pp. 587-607.

[1266] Beesly, «International Working Men's Association», p. 1078; *ibidem*.

[1267] Véase Julian P. W. Archer, *The First International in France 1864-1872. Its Origins, Theories and Impact*, Lanham, University Press of America, 1997, pp. 96-97.

[1268] Beesly, «International Working Men's Association», p. 1072; Van der Linden, *Transnational Labour History*, cap. 1.

[1269] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, pp. 16-19.

[1270] Esta parte del «Manifiesto» se basaba ampliamente en las fuentes que estaba consultando por entonces, con miras a utilizar esa información en la sección 5 del capítulo XXV de *El capital*, «Ejemplos de la Ley General de Acumulación Capitalista», *MECW*, vol. 35, pp. 642-703.

[1271] El anuncio de Gladstone era algo menos monstruoso de lo que el «Discurso inaugural» hacía pensar, pues Gladstone alegaba a su vez que «el aumento» iba «en beneficio indirecto del trabajador» y que «la condición promedio del trabajador británico [...] ha mejorado en los últimos veinte años a un grado que sabemos es extraordinario». Luego surgió una controversia respecto a si Karl había citado mal la fuente. El primer ataque ocurrió en 1872 y fue obra de Lujo Brentano, un partidario de la Escuela Histórica de Economía alemana, y el asunto resurgió en 1883, en una disputa entre William Sedley Taylor, un cientista de Cambridge y entusiasta de la participación en los beneficios, y Eleanor, la hija de Karl.

[1272] Karl Marx, «Address of the International Working Men's Association» («Inaugural Address»), octubre de 1864, *MEGA*, I, XX, pp. 8-9. [OE, II, p. 8.]

[1273] *Ibidem*, pp. 4-12. [*Ibidem*, pp. 11-14.]

[1274] *Ibidem*; «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, p. 18.

[1275] Beesly, «International Working Men's Association», p. 1068.

[1276] Citado en Leventhal, *Respectable Radical*, p. 53.

- [1277] Karl Marx, *Capital*, vol. I, p. 750. [*Capital*, L. I, vol. 2, p. 409.] Este conocido vuelo retórico, enunciado en un par de crípticas frases al estilo hegeliano, guarda escasa relación con el resto del volumen. Vino a sustituir lo que podría haber sido una conclusión más sustancial, de haber tenido Karl la posibilidad de publicar la obra completa en 1867.
- [1278] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de mayo de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 371.
- [1279] «Friedrich Engels to Karl Marx», 29 de enero de 1867, 15 de agosto de 1867, *MECW*, vol. 42, pp. 344, 402.
- [1280] La importancia de esos párrafos es destacada en Shlomo Avineri, *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, pp. 176-182.
- [1281] En la primera edición de 1867 se dice: «In England ist der Umwälzungsprozess mit Händen greifbar», Karl Marx, «Vorwort», en *Das Kapital, Kritik der politischen Oekonomie*, vol. I, Hildesheim, Gerstenberg, 1980 (esta es una edición facsímil de la primera edición en alemán, Hamburgo, Verlag von Otto Meissner, 1867), p. XI. La traducción hecha veinte años después por Samuel Moore y Edward Aveling dice: «In England the progress of social disintegration is palpable» [«En Inglaterra es palpable la desintegración social cada vez mayor»], *El capital. A Critique of Political Economy*, vol. I, *MECW*, vol. 35, p. 9. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 7.] Esto hace que se pierda el sentido de inmediatez del derrumbe que había en el texto original.
- [1282] Karl Marx, «Speech at the Hague Congress of the International», 18 de septiembre de 1872, en H. Gerth, comp., *The First International. Minutes of the Hague Congress of 1872*, Madison, University of Wisconsin Press, 1958, p. 236.
- [1283] Karl Marx, «Speech at the Polish Meeting», 22 de enero de 1867, *MECW*, vol. 20, pp. 200-201.
- [1284] Karl atribuía «las limitaciones de la jornada laboral» a la «interferencia legislativa», pero esto jamás hubiera ocurrido «sin la presión continua de los trabajadores desde el exterior». Karl Marx, «Draft for Value, Price and Profit», *MEGA*, I, xx, p. 184.
- [1285] Marx, *Capital*, vol. I, pp. 306-307. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 326.] La cita en latín es de la *Eneida* de Virgilio: «¡Cuántos cambios habidos desde entonces!».
- [1286] *Ibidem*, p. 706. [*Capital*, L. I, vol. 2, pp. 360-361.]
- [1287] *Ibidem*, p. 739. [*Ibidem*, pp. 396-397.]
- [1288] «Karl Marx to Ferdinand Lassalle», 11 de junio de 1861, *MECW*, vol. 41, p. 294.
- [1289] Karl Marx, *Capital*, vol. III. *The Process of Capitalist Production as a Whole*, *MECW*, vol. 37, pp. 434-435. [*Capital*, L. III, p. 368.]
- [1290] *Ibidem*, p. 436. [*Ibidem*, p. 369.]
- [1291] *Ibidem*, p. 438. [*Ibidem*, p. 370.]
- [1292] Marx, «Address of the International Working Men's Association», p. 10. [*OE*, II, p. 11.]
- [1293] Citado en Collins y Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, p. 123.
- [1294] Beesly, «International Working Men's Association», p. 1078.
- [1295] Karl resumía su argumento en «Notes for the Report on Value, Price and Profit», *MECW*, vol. 20, p. 338. El texto fue publicado póstumamente en 1898 por Edward Aveling y Eleanor Marx como *Value, Price and Profit*. véase *MECW*, vol. 20, pp. 101-149.
- [1296] «Central Council Meeting», 20 de junio de 1865, *MEGA*, I, xx, p. 334.
- [1297] «Karl Marx to Dr. Kugelman», 29 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, p. 45.
- [1298] *Ibidem*, 15 de enero de 1866, p. 221.
- [1299] Karl Marx, «Marx über Gewerksgenossenschaften», *MEGA*, I, xxi, p. 906; véase pp. 2141-2143. La descripción del encuentro de cuatro trabajadores del metal era un texto original de uno de ellos, Johann Hamann, publicado en una revista sindical, *Allgemeine Deutsche Metallarbeiterschaft*, y luego reproducido en *Volksstaat*. La importancia de este análisis, que siempre se ha omitido en ediciones previas de las Obras de Marx y Engels, ha quedado resaltada por Jürgen Herres, editor de

las MEGA de 2009, I, XXI, que cubren el periodo que va de septiembre de 1867 a marzo de 1871; véase la publicación de la Conferencia de París a raíz del 150.º Aniversario de la Internacional (*150 Years Ago. The First International*, París, 19-20 de junio de 2014).

[1300] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 23 de febrero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 105.

[1301] *Ibidem*, 9 de octubre de 1866, p. 326.

[1302] Karl Marx, «Instructions for the Delegates of the Provisional General Council. The Different Questions», agosto de 1866, *MECW*, vol. 20, pp. 185-194.

[1303] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de abril de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 253. Esos apoyos incluían al socialista cristiano Thomas Hughes, que era un activista de base y el autor de *Tom Brown's Schooldays*, y al editor del *Nonconformist*, Alfred Miall.

[1304] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 23 de febrero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 105.

[1305] «Karl Marx to Friedrich Engels», 25 de febrero de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 108.

[1306] *Ibidem*, 1 de mayo de 1865, p. 150.

[1307] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 15 de enero de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 221.

[1308] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de julio de 1866, *MECW*, vol. 42, pp. 289-290.

[1309] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 9 de octubre de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 327.

[1310] *Ibidem*, 13 de octubre de 1866, pp. 328-329.

[1311] «Karl Marx to Friedrich Engels», 11 de septiembre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 424.

[1312] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 13 de octubre de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 328.

[1313] Cabe recordar que Max Weber elaboró su concepto del carisma teniendo en mente a Gladstone.

[1314] Frederic Harrison, «The Transit of Power», *Fortnightly Review*, abril de 1868, pp. 384-385.

[1315] Citado en Royden Harrison, *Before the Socialists. Studies in Labour and Politics 1861-1881*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965, pp. 86-87.

[1316] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de abril de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 253; *ibidem*, 27 de julio de 1866, p. 300.

[1317] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de abril de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 253.

[1318] «Karl Marx to Johann Philipp Becker», 31 de agosto de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 314.

[1319] El 6 de mayo de 1867 hubo otro acontecimiento que bordeó el estallido, cuando una manifestación de más de cien mil personas se reunió en el parque a pesar de la prohibición gubernamental, y Walpole se vio obligado a dimitir. Pero esto parece haberse olvidado rápidamente. Karl estaba fuera del país por entonces y su correspondencia no menciona el evento. Véase Harrison, *Before the Socialists*, pp. 97-99.

[1320] Véase *ibidem*, pp. 78-137.

[1321] W. F. Money Penny y G. E. Buckle, *The Life of Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield*, 2 vols., Londres, John Murray, 1929, vol. 2, p. 274.

[1322] Parry, *Rise and Fall of Liberal Government*, p. 216.

[1323] Sobre los antecedentes del fenianismo [que incluía genéricamente todo lo que fuera en apoyo de Irlanda y su identidad], véase R. F. Foster, *Modern Ireland. 1600-1972*, Londres, Allen Lane, 1988, cap. 16.

[1324] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de diciembre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 501.

[1325] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 6 de abril de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 3.

[1326] Véanse sus notas preparatorias al respecto, *MECW*, vol. 21, pp. 212-317.

[1327] «Friedrich Engels to Laura Marx», 23 de septiembre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 431; «Friedrich Engels to Dr Kugelmann», 12 de octubre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 444.

[1328] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de noviembre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 460; *ibidem*, 28 de noviembre de 1867, p. 478.

- [1329] *Ibidem*, p. 479; «Friedrich Engels to Karl Marx», 29 de noviembre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 483.
- [1330] «Meeting of the General Council and of Members and Friends of the Association», 19 de noviembre de 1867, *MEGA*, I, XXI, p. 526.
- [1331] Citado en Harrison, *Before the Socialists*, p. 141.
- [1332] Compárese Marx «Draft of a Speech on the “Fenian Question” for the Meeting of the General Council of the International Working Men’s Association», 26 de noviembre de 1867, y «Entwurf des Vortrags über den Fenianismusim Deutschen Arbeiterbildungsverein Londres am 16. Dezember 1867», *MEGA*, I, XXI, pp. 15-32.
- [1333] «Karl Marx to Friedrich Engels», 2 de noviembre de 1867, *MECW*, vol. 42, pp. 460-461.
- [1334] *Ibidem*, 30 de noviembre de 1867, pp. 486-487.
- [1335] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 6 de abril de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 3.
- [1336] E. S. Beesly, 1867, citado en Harrison, *Before the Socialists*, p. 143.
- [1337] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 6 de abril de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 4.
- [1338] «Jenny Marx to Dr. Kugelmann», 30 de octubre de 1869, *MECW*, vol. 43, p. 546.
- [1339] «Meeting of the General Council», 16 de noviembre de 1869, *MEGA*, I, XXI, pp. 727-730.
- [1340] *Ibidem*, 23 de noviembre de 1869, pp. 728-729, 731-734.
- [1341] «Karl Marx to Dr Kugelmann», 29 de noviembre de 1869, *MECW*, vol. 43, p. 390.
- [1342] «Karl Marx to Friedrich Engels», 10 de diciembre de 1869, *MECW*, vol. 43, p. 397.
- [1343] Collins and Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, p. 169.
- [1344] «The General Council to the Federal Council of Romance Switzerland», 1 de enero de 1870, *MECW*, vol. 1, pp. 84-91.
- [1345] Karl Marx, «Circulaire du Conseil Général de l’Association Internationale des Travailleurs au Conseil Fédéral de la Suisse Romande du 1^{er} janvier 1870», Entstehung und Überlieferung, *MEGA*, I, XXI (Apparat), pp. 1465-1470.
- [1346] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 10 de abril de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 4; apuntando a la elección de O’Donovan Rossa al año siguiente, Jenny hacía similares presunciones. «El fanatismo religioso está muriendo de muerte natural, la hostilidad entre católicos y protestantes está por concluir, hay una escisión en la facción de Orange, y los orangistas, los *ribbonmen* y los *fenians* comienzan a unirse contra su enemigo común, el Gobierno británico. Por consiguiente, la influencia de los sacerdotes se desvanece, el movimiento irlandés ha dejado de estar en sus manos»; «Jenny Marx to Dr. Kugelmann», 27 de diciembre de 1869, *MECW*, vol. 43, p. 549.
- [1347] «Karl Marx to Laura and Paul Lafargue», 5 de marzo de 1870, *MECW*, vol. 43, p. 449.
- [1348] Los huelguistas y sus portavoces solían justificar cada vez más sus demandas en los términos popularizados de la economía política, hablando de la oferta y la demanda. También de manera significativa, el Estado se había replegado discretamente, evitando en la medida de lo posible el uso de las tropas y los arrestos. Ya no había juicios espectaculares o deportaciones de sindicalistas, como había ocurrido en el caso de los «mártires de Tolpuddle» veinte años antes, ni amenazas sustanciales de endurecer la legislación antihuelga. Además, las ventajas obtenidas por los operarios textiles de Lancashire en 1853-1854 se habían ampliado al final de la década y transformado en procedimientos de negociación entre los empleadores y los operarios a todo lo ancho de la región algodonera, e inaugurado formas varias de arbitraje en la industria fabricante de medias de Nottingham.
- [1349] Para referencias, véase Gareth Stedman Jones, «Some Notes on Karl Marx and the English Labour Movement», *History Workshop*, 18 (otoño de 1984), pp. 124-137.
- [1350] «Report of the Fourth Annual Congress of the International Working Men’s Association», p. 18, citado en Collins y Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, p. 98.
- [1351] «Jenny Marx to Ludwig Kugelmann», 17 de julio de 1870, *MECW*, vol. 43, p. 563.

[1352] «Karl Marx to Friedrich Engels», 20 de julio de 1870, *MECW*, vol. 44, pp. 3-4, 13; Karl Marx to Paul and Laura Lafargue, 28 de julio de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 14.

[1353] «First Address of the General Council of the International Working Men's Association on the Franco-Prussian War», 23 de julio de 1870, *MECW*, vol. 22, pp. 3-8.

[1354] «Meeting of the General Council», 2 de agosto de 1870, *MEGA*, I, XXI, p. 814; el énfasis en la paz fue algo especialmente valorado. La Sociedad por la Paz apoyó la impresión de treinta mil copias del «Discurso».

[1355] «Friedrich Engels to Karl Marx», 22 de julio de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 6.

[1356] «Karl Marx to Friedrich Engels», 17 de agosto de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 51.

[1357] «Second Address on the Franco-Prussian War», 9 de septiembre de 1870, *MECW*, vol. 22, pp. 264, 267.

[1358] «Karl Marx to Friedrich Sorge», 1 de septiembre de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 57.

[1359] Véase Christopher Clark, «From 1848 to Christian Democracy», en Ira Katznelson y Gareth Stedman Jones, eds., *Religion and the Political Imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 190-213.

[1360] Robert Tombs, *The Paris Commune 1871*, Londres, Longman, 1999, p. 57.

[1361] Citado en John Merriman, *Massacre. The Life and Death of the Paris Commune of 1871*, New Haven, Yale University Press, 2014, p. 45.

[1362] Tombs, *Paris Commune*, Appendix 1, pp. 219 y 78-79.

[1363] Véase Merriman, *Massacre*, p. 63.

[1364] Citado en Tombs, *Paris Commune*, p. 117.

[1365] *Ibidem*, pp. 114-115.

[1366] Véase K. Steven Vincent, *Between Marxism and Anarchism. Benoît Malon and French Reformist Socialism*, Berkeley/Oxford, California University Press, 1992, pp. 14-16.

[1367] Las denuncias del siglo XIX que mencionan cifras de entre diez mil y cuarenta mil muertos son desde luego excesivas. Las estimaciones de hoy se basan en los registros de los depósitos de cadáveres existentes por entonces y otras fuentes oficiales. Véase Robert Tombs, «How Bloody was La Semaine sanglante of 1871?», *Historical Journal*, 55/3 (2012), pp. 679-704.

[1368] «Meeting of the General Council», 21 de marzo de 1871, *MEGA*, I, XXII, pp. 522-523.

[1369] «Meeting of the General Council», 18 de abril de 1871, *MEGA*, I, XXII, p. 537.

[1370] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 12 de abril de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 132. Este juicio era similar al propuesto por Engels ante el Consejo General el 11 de abril, pero él no tenía en consideración el hecho de que, en la semana previa a las elecciones del 26 de marzo, la Guardia Nacional mantenía la esperanza de que fuera aún posible negociar con Versalles. Secundariamente, visto el fracaso de todas sus incursiones previas fuera de la ciudad, no está en absoluto claro que los parisinos hubieran tenido éxito en superar a Versalles.

[1371] Karl Marx, *The Civil War in France. Address of the General Council of the International Working Men's Association*, *MECW*, vol. 22, p. 320.

[1372] *Ibidem*, p. 328. [OE, II, pp. 68-69.] Más exacto sería decir que esas instituciones se habían autoeliminado con su retirada hacia Versalles. Se argüía, asimismo, que «después de cualquier revolución que señalaba un avance en la lucha de clases, el carácter puramente represivo del poder estatal» se ponía «cada vez más de relieve». Presentada como un hecho empírico, esta premisa resultaba cuando menos discutible, pero sugerida como parte de una tendencia asociada al desarrollo de la industria moderna, era errónea. El poder estatal durante la Tercera República fue menos represivo que bajo el Segundo Imperio. Por este motivo, el argumento de que el Imperio de Bonaparte era «la única forma de gobierno posible en un momento en que la burguesía había ya perdido la batalla y en que la clase trabajadora no había aún adquirido la facultad de gobernar la nación» (*ibid.*, p. 330) también resultaba infundado.

- [1373] Este punto queda bien delineado en Avineri, *Social and Political Thought*, pp. 241-242.
- [1374] Marx, *Civil War in France*, pp. 334-335. [OE, II, p. 77.]
- [1375] *Ibidem*. [Ibidem, pp. 77-78.]
- [1376] Karl Marx, «First Draft of The Civil War in France», *MECW*, vol. 22, p. 499.
- [1377] Marx, *Civil War in France*, pp. 348, 353. [OE, II, pp. 102, 65, 65-66.]
- [1378] *Ibidem*, pp. 342-343. [Ibidem, pp. 46, 49, 48, 90.]
- [1379] *Ibidem*, p. 341. [Ibidem, pp. 87-88.]
- [1380] «Karl Marx to Friedrich Engels», 6 de septiembre de 1870, *MECW*, vol. 44, pp. 64-65.
- [1381] «Karl Marx to Edward Beesly», 19 de octubre de 1870, *MECW*, vol. 44, pp. 88-89.
- [1382] Esto era lo que informaba el socialista austriaco Heinrich Oberwinder, que después se convirtió en agente de la policía, en sus *Mémoires* de 1887, citado en Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 347.
- [1383] «Karl Marx to Dr. Kugelman», 17 de abril de 1871, *MECW*, vol. 44, pp. 136-137.
- [1384] Durante el sitio de la ciudad, Thiers había autorizado una moratoria en el pago de las cuentas y alquileres hasta el 13 de marzo, pero luego se negó a renovarla. Entre el 13 y el 18 de marzo fueron presentadas ciento cincuenta mil quejas por el pago del alquiler y las cuentas. La Comuna renovó la moratoria. Véase Avineri, *Social and Political Thought*, p. 247.
- [1385] Marx, *Civil War in France*, p. 337. [OE, II, p. 77.] En el «Primer borrador» escribió que «por primera vez la clase media tan mezquina y *moyenne* se ha alineado en torno a la Revolución de los trabajadores y proclamado que ella es la única vía conducente a su propia emancipación y la de Francia. Conforman con ellos el grueso de la Guardia Nacional y se reúne con ellos en la Comuna, a la vez que media entre ellos y la Union Républicaine»; Marx, «First Draft», p. 496.
- [1386] Marx, *Ibidem*.
- [1387] Marx, *Civil War in France*, p. 339. [OE, II, p. 76.]
- [1388] Marx, «First Draft», p. 498.
- [1389] *Ibidem*, p. 487.
- [1390] Él consideraba que «el imperio y el imperialismo, con su burla del Parlamento, es el régimen que ahora florece en la mayoría de los grandes estados militaristas del continente». Karl Marx, «Second Draft of The Civil War in France», *MECW*, vol. 22, p. 533.
- [1391] Marx, *Civil War in France*, p. 332. [OE, II, p. 74.]
- [1392] *Ibidem*. [Ibidem.]
- [1393] *Ibidem*, p. 335. Véase también «Primer borrador», donde la transición al trabajo asociado es equiparada «al largo proceso de desarrollo de las nuevas condiciones» resultantes en la transición de la esclavitud a la servidumbre y de la servidumbre al trabajo liberado. «La clase trabajadora sabe que ha de pasar por diferentes etapas de la lucha de clases. Sabe que la sustitución de las condiciones económicas de esclavitud del trabajo por condiciones de trabajo libre y asociado solo puede ser obra gradual del tiempo»; Marx, «First Draft», p. 491.
- [1394] McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, p. 400. [OE, II, pp. 78, 79.]
- [1395] «Karl Marx to Dr. Kugelman», 18 de junio de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 158.
- [1396] Collins y Abramsky, *Karl Marx and the British Labour Movement*, pp. 211, 215.
- [1397] Marx, *Civil War in France*, p. 355. [OE, II, p. 105.]
- [1398] «El ciudadano Marx» indicó al Consejo General «que la prensa inglesa operaba como la policía y los sabuesos de Thiers. [...] La prensa conocía muy bien los objetivos y los principios de la Internacional [...] y aun así hacía circular informes para demostrar que la Asociación incluía a la Hermandad Feniana, los Carbonari, que habían dejado de existir en 1830, los Marianne, la misma cosa en 1854, y otras sociedades secretas». «Meeting of the General Council», 6 de junio de 1871, *MEGA*, I, XXII, p. 560.

- [1399] «Karl Marx to Dr. Kugelmann», 27 de julio de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 177.
- [1400] Marx, *Civil War in France*, p. 324. [OE, II, pp. 62-63.]
- [1401] *Ibidem*, p. 352. [*Ibidem*, p. 164]
- [1402] Thomas Wright, *Our New Masters*, Londres, Strahan, 1873, pp. 194-199
- [1403] «Meeting of the General Council», 20 de junio de 1871, *MEGA*, I, XXII, pp. 565-566.
- [1404] «Eleanor Marx to the Aberdeen Socialist Society», 17 de marzo de 1893, citado en Kapp, *Eleanor Marx*, pp. 134-136.
- [1405] «Jenny Marx to Ludwig and Gertrud Kugelmann», 21-22 de diciembre de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 566. En un tono algo más alegre, comentaba los esfuerzos de su padre por ayudarlos. No solo había tenido que «batallar contra todos los gobiernos de las clases dominantes»; «por añadidura, ha debido librar combates cuerpo a cuerpo con caseras “gordas, rubias y cuarentonas” que lo critican porque tal o cual *communeux* no ha pagado el alquiler. Igual que se pierde a veces en el *abstrakten Gedanken*, ahora se pierde entre los juncos de las señoras Smith o Brown. Si al menos el *Figaro* lo supiera, ¡menudo folletín podría ofrecerle a sus lectores!»; *ibidem*.
- [1406] «Declaration to the French People», Tombs, *Paris Commune*, pp. 217-218.
- [1407] James Guillaume, *L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878)*, París, Société nouvelle de librairie et d'édition, 1905, vol. 1, parte II, p. 192.
- [1408] La única alusión era crítica e histórica. La «constitución comunal», argüía, «había sido confundida con una tentativa de fragmentarse en una federación de pequeños estados, como esa con la que soñaban Montesquieu y los girondinos». Marx, *Civil War in France*, p. 333. [OE, II, p. 151.]
- [1409] De ahí la hostilidad de Karl frente al término; menos de un año antes, le había confiado a Engels que esperaba una victoria prusiana en la guerra, porque «la centralización del PODER ESTATAL» sería «beneficiosa para la centralización de la clase trabajadora alemana» y «también supondría el predominio de nuestra teoría sobre la de Proudhon». «Karl Marx to Friedrich Engels», 20 de julio de 1870, *MECW*, vol. 44, pp. 3-4.
- [1410] Archer, *First International in France*, p. 43.
- [1411] César de Paepe (1841-1890) era un médico licenciado en la Université Libre de Bruxelles. Tras alinearse inicialmente con los Federalistas del Jura, en el contexto de la escisión de 1872 dentro de la Internacional, proclamaba la necesidad de un Estado socialdemócrata que proveyera de servicios sociales, y en particular un servicio de salud. En 1877 ayudó a crear *Le Socialisme progressif*, una revista que hacía hincapié en el papel de los sindicatos y una modalidad gradual de socialismo. Sobre la significación de sus actividades en el seno de la Primera Internacional, véase William Whitham, «César de Paepe and the Politics of Collective Property», tesis para optar al título de máster en Filosofía, Cambridge University, 2015.
- [1412] Paul Thomas, *Karl Marx and the Anarchists*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980, p. 278.
- [1413] William Whitham, «Anarchism and Federalism in the International Working Men's Association 1864-1877», tesis para optar al grado de BA, Harvard University, 2014, pp. 48-49; Archer, *First International in France*, p. 196.
- [1414] Whitham, «Anarchism and Federalism», p. 29; G. M. Stekloff, *History of the First International*, Londres, M. Lawrence, 1928, pp. 141-142.
- [1415] Alexander Herzen, *My Past and Thoughts. The Memoirs of Alexander Herzen*, C. Garnett, trad., Nueva York, A. A. Knopf, 1968, vol. 3, pp. 1351-1352. Alexéi Jomiakov cobró fama entre la *intelligentsia* moscovita de la década de 1840 por su escepticismo respecto a la Europa occidental y su reivindicación de la historia y la cultura bizantinas; véase Pavel V. Annenkov, *The Extraordinary Decade. Literary Memoirs*, Arthur P. Mendel, ed., Ann Arbor, University of Michigan Press, 1968 [1881], pp. 92-101.
- [1416] Annenkov, *Extraordinary Decade*, p. 21.

[1417] Debo gran parte de mi aproximación a Bakunin a la investigación de Diana Siclovan, que hace hincapié en la relevancia perdurable de las creencias bakuninistas previas a 1848, reformuladas, pero sin alteraciones sustanciales, en la década de 1860. Véase Diana Siclovan, «Mikhail Bakunin and the Modern Republic 1840-1867», tesis de Historia, Cambridge University, 2009.

[1418] Herzen, *My Past and Thoughts*, vol. 3, p. 1351.

[1419] M. Bakunin, *Le Catéchisme révolutionnaire*, marzo de 1866, citado en Siclovan, «Mikhail Bakunin and the Modern Republic», p. 44.

[1420] Mikhail Bakunin, «La Question slave», agosto de 1867, p. 3, citado en Siclovan, «Mikhail Bakunin and the Modern Republic», p. 44. Como bien lo demuestra este párrafo, «anarquista» no era un término al que deba otorgársele mucho peso en ese periodo, puesto que «anarquista», en los textos de Bakunin, quería decir sencillamente «federalista», o en otros sitios, «socialista».

[1421] Véase Whitham, «Anarchism and Federalism».

[1422] Vyrubov, citado por E. H. Carr en *Michael Bakunin*, Londres, Macmillan Press, 1975 [1937], p. 343; James Joll, *The Anarchists*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1964, p. 98.

[1423] Citado en Thomas, *Marx and the Anarchists*, pp. 303-304.

[1424] *Ibidem*, p. 306.

[1425] Texto de una carta escrita por Bakunin en 1872, citada en *ibidem*, p. 305.

[1426] *Ibidem*, pp. 318-319.

[1427] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de noviembre de 1864, *MECW*, vol. 42, pp. 18-19; *ibidem*, 11 de abril de 1865, p. 140.

[1428] Véase la *NRhZ*, 5 de julio de 1848. Estas denuncias fueron retiradas cuando intervino George Sand y declaró que no tenían fundamento.

[1429] «Karl Marx to Friedrich Engels», 4 de octubre de 1867, *MECW*, vol. 42, p. 434.

[1430] «Mikhail Bakunin to Karl Marx», 22 de diciembre de 1868, en Guillaume, *L'Internationale*, vol. 1, pp. 103, 170-79.

[1431] «Karl Marx to Friedrich Engels», 15 de diciembre de 1868, *MECW*, vol. 43, p. 190.

[1432] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de marzo de 1869, *MECW*, vol. 43, p. 240.

[1433] «Meeting of the General Council», 8 de agosto de 1871, *MEGA*, I, XXII, p. 591

[1434] «Meeting of the General Council», 25 de julio y 15 de agosto de 1871, *MEGA*, I, XXII, pp. 582, 594.

[1435] *Ibidem*.

[1436] «Karl Marx to Jenny Marx», 23 de septiembre de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 220.

[1437] Para un recuento de primera mano de los procedimientos seguidos en Sonvilliers, véase Guillaume, *L'Internationale*, vol. 2, 1907, cuarta parte, pp. 232-244.

[1438] Karl Marx y Friedrich Engels, «Fictitious Splits in the International», 5 de marzo de 1872, *MECW*, vol. 23, p. 89. [OE, II.]

[1439] Para un ensayo fascinante acerca de la relación de Bakunin con Necháiev y, en términos más amplios, de los nexos entre los exiliados después de 1848, véase Carr, *Romantic Exiles*, cap. 14.

[1440] Véase, por ejemplo, Marx y Engels, «Fictitious splits in the International», p. 89.

[1441] *Ibidem*, pp. 79-123. El panfleto no consiguió silenciar a los oponentes y, en Italia, Carlo Cafiero acusó a sus autores de «lavar la ropa sucia en público», mientras que el propio Bakunin consideró que «el señor Marx» ha recurrido a su «arma habitual, un montón de basura». Véase Thomas, *Marx and the Anarchists*, pp. 324-325.

[1442] «Karl Marx to César de Paepe», 24 noviembre de 1871, *MECW*, vol. 44, pp. 263-264.

[1443] «Karl Marx to Dr Kugelmann», 29 de julio de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 413.

[1444] Mijaíl Bakunin, *Statism and Anarchy*, Marshall Shatz, ed. y trad., Cambridge, Cambridge University Press, 1990 [1873], p. 3. [Hay trad. cast.: *Estatismo y anarquía*, de aquí en adelante *E-A*, Buenos Aires, Utopía Libertaria, s.f., p. 7.]

- [1445] L. B. Namier, 1848. *The Revolution of the Intellectuals*, Londres, Oxford University Press, 1971 [1944].
- [1446] Bakunin, *Statism and Anarchy*, p. 194. [E-A, p. 228.]
- [1447] *Ibidem*. [Ibidem, p. 228.]
- [1448] *Ibidem*, pp. 130-31, 140. [Ibidem, p. 156.]
- [1449] *Ibidem*, pp. 181, 180, 142, 176. [Ibidem, pp. 213, 169, 207.]
- [1450] *Ibidem*, pp. 177-178, 23-24. [Ibidem, pp. 209, 31.]
- [1451] *Ibidem*, pp. 23-24, 177-178. [Ibidem, p. 31, 210.]
- [1452] *Ibidem*, p. 141. [Ibidem, p. 167.]
- [1453] *Ibidem*, pp. 177, 182, 189. [Ibidem, pp. 208, 214, 222.]
- [1454] Karl Marx, «Notes on Bakunin's Statehood and Anarchy», abril de 1874-enero de 1875, *MECW*, vol. 24, p. 518. [OE, II, p. 287.]
- [1455] *Ibidem*, p. 519.
- [1456] *Ibidem*, pp. 520-521.
- [1457] John Stuart Mill, *Autobiography*, Londres, Longmans, Green, Reader and Dyer, 1873, p. 694.
- [1458] «General Council to the Federal Council», pp. 86-88.
- [1459] «(On Trade Unions) Minutes of London Conference of the International», 20 de septiembre 1871, *MECW*, vol. 22, p. 614.
- [1460] Gerth, ed., *First International*, p. 262; pero adoptó una línea incluso más dura ante la exclusión de la «Sección Doce», la única instancia de encuentro posible entre la Internacional y las representantes del feminismo estadounidense. Karl la consideraba una organización «surgida ante todo para promover las opciones de la señora Victoria Woodhull» y propagar «esas tiernas doctrinas de su partido, como la del amor libre, el espiritismo, etcétera». Denunciaba que se «componía exclusivamente de falsos reformadores, charlatanes de clase media y políticos mercantilistas». *Ibidem*, p. 264.
- [1461] «Karl Marx to Wilhelm Liebknecht», 11 de febrero de 1878, *MECW*, vol. 45, p. 299.
- [1462] Gerth, ed., *First International*, p. 285.
- [1463] «Karl Marx to César de Paepe», 28 de mayo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 387.
- [1464] «Karl Marx to Friedrich Engels», 17 de agosto de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 51.
- [1465] «Karl Marx to Sigfrid Meyer», 21 de enero de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 102.
- [1466] «Karl Marx to his Daughters Jenny, Laura and Eleanor», 13 de junio de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 153.
- [1467] *Ibidem*.
- [1468] Para un relato detallado de las experiencias de las dos hermanas en los Pirineos, véase Kapp, *Eleanor Marx*, vol. 1, pp. 126-132.
- [1469] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 27 de julio de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 176.
- [1470] «Friedrich Engels to Elizabeth Engels», 21 de octubre de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 229.
- [1471] «Karl Marx to Friedrich Engels», 15 de agosto de 1870, *MECW*, vol. 44, p. 45.
- [1472] «Karl Marx to Frederick Bolte», 23 de noviembre de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 256.
- [1473] «Karl Marx to Karl Liebknecht», 17 de noviembre de 1871, *MECW*, vol. 44, pp. 247-248.
- [1474] «Karl Marx to César de Paepe», 24 de noviembre de 1871, *MECW*, vol. 44, p. 263.
- [1475] «Karl Marx to Paul Lafargue», 21 de marzo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 347.

[1476] La idea que Karl tenía del segundo tomo incluía el Libro II, sobre «El proceso de circulación del capital», y el Libro III, sobre «El proceso de producción capitalista como un todo». Un tercer tomo habría de lidiar con la historia de la teoría económica. Engels publicó póstumamente el Libro II y el III como volúmenes separados, en tanto Kautsky hizo lo propio con el hipotético tercer tomo, bajo el título de «Teorías de la plusvalía».

[1477] Véase Engels, «Preface to the First German Edition of *Capital*, Book II. The Process of Circulation of Capital», *MECW*, vol. 36, pp. 6-9; según Eleanor Marx, «se suponía que [Engels] hiciera algo más» con el material para el Libro II; *ibidem*, pp. 9-10.

[1478] «Karl Marx to Maurice Lachâtre», 18 de marzo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 344.

[1479] «Karl Marx to Laura Lafargue», 28 de febrero de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 327; «Karl Marx to Nikolai Danielson», 28 de mayo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 385. Karl no solo hizo cambios estilísticos para volver el libro más legible en francés, sino que intentó hacerlo más ameno políticamente, por la vía de hacer pequeños pero significativos cambios en su visión del capitalismo, la fábrica y la naturaleza del trabajo. Véase Julia Catherine Nicholls, «French Revolutionary Thought after the Paris Commune, 1871-1885», tesis de doctorado, Queen Mary University of Londres, 2015, cap. 3.

[1480] «Friedrich Engels to Ludwig Kugelmann», 1 de julio de 1873, *MECW*, vol. 44, pp. 515-516.

[1481] *Ibidem*, 28 de abril de 1871, pp. 142-143. Kugelmann vivía en Hannover.

[1482] Las tensiones eran también fruto de la negativa de Karl y Jenny a reconocer el compromiso de Eleanor (Tussy) con el *communard* francés Lissagaray.

[1483] «Karl Marx to Friedrich Sorge», 4 de agosto de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 28. Friedrich Sorge (1828-1906) participó en la Revolución alemana de 1848 y después emigró, primero a Suiza, luego a Bélgica y finalmente, en 1852, a Estados Unidos. Fue quien organizó la sección estadounidense de la Internacional.

[1484] «Karl Marx to Nikolai Danielson», 12 de agosto de 1874, *MECW*, vol. 44, p. 522.

[1485] Karl Marx, *Capital*, vol. III: *The Process of Capitalist Production as a Whole*, *MECW*, vol. 37, p. 240. [*Capital*, L. III, p. 208.]

[1486] Esta pregunta es analizada en los apartados «El lugar de Karl en la irrupción del “marxismo”», p. 647, y «La comunidad rural. Una ilusión del siglo XIX», p. 651, de este capítulo. La teoría del desarrollo universal está claramente implícita en el inicial «Prólogo a la primera edición alemana de *El capital*», p. 9.

[1487] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 18 de mayo de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 17.

[1488] «Karl Marx to Friedrich Engels», 18 de septiembre de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 46; «Eleanor Marx to Jenny Longuet», 5 de septiembre de 1874, citado en Olga Meier, ed., *The Daughters of Karl Marx. Family Correspondence 1866-1898*, Harmondsworth, Penguin Books, 1982, p. 117.

[1489] Este párrafo de Franziska Kugelmann, *Reminiscences*, 1926, es reproducido en David McLellan, ed., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, Londres, Macmillan, 1981, pp. 286-287. Marx no toleraba, al parecer, esta «postura demasiado entusiasta» en «un hombre tanto más joven que él y lo tomó como una intromisión en su libertad personal».

[1490] «Friedrich Engels to Wilhelm Bracke», 11 de octubre de 1875, *MECW*, vol. 45, p. 96.

[1491] «Friedrich Engels to Ludwig Kugelmann», 20 de octubre de 1876, *MECW*, vol. 45, p. 162.

[1492] «Karl Marx to Nikolai Danielson», 15 de noviembre de 1878, *MECW*, vol. 45, p. 343.

[1493] «Karl Marx to Nikolai Danielson», 10 de abril de 1879, *MECW*, vol. 45, p. 354.

[1494] «Friedrich Engels to August Bebel», 30 de agosto de 1883, *MECW*, vol. 47, p. 53.

[1495] «Friedrich Engels to Friedrich Sorge», 12 de septiembre de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 44; se estima que, en el momento álgido, hubo entre mil y mil doscientos refugiados galos.

[1496] «Jenny Marx to Karl Liebknecht», 26 de mayo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 580.

- [1497] Yvonne Kapp, *Eleanor Marx*, 2 vols., Londres, Lawrence & Wishart, 1972, vol. 1, p. 184; aunque este libro sigue siendo el estudio definitivo en torno a la vida de la familia Marx, véase también la reciente y desafiante biografía de Rachel Holmes, *Eleanor Marx. A Life*, Londres, Bloomsbury, 2014.
- [1498] *Ibidem*, p. 217.
- [1499] «Jenny Marx to Wilhelm Liebknecht», 26 de mayo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 581.
- [1500] *Ibidem*.
- [1501] «Friedrich Engels to Laura Lafargue», 11 de marzo de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 339.
- [1502] «Jenny Marx to Friedrich Sorge», 20-21 de enero de 1877, *MECW*, vol. 45, pp. 447-448.
- [1503] «Friedrich Engels to Friedrich Sorge», 12-17 de septiembre de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 44.
- [1504] Véase Leslie Derfler, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism 1842-1882*, Cambridge, Harvard University Press, 1991, pp. 154-155; véase también *Correspondence of Friedrich Engels and Paul and Laura Lafargue*, 3 vols., Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1959-1960.
- [1505] «Friedrich Engels to Paul Lafargue», 12 de septiembre de 1880, *MECW*, vol. 46, p. 32.
- [1506] Lafargue escribió más tarde que «el manifiesto de la guerra civil esbozado por Marx para el Consejo General invistió a la Comuna de un carácter socialista que ciertamente no tuvo en su efímera existencia. A partir de ahí, los refugiados comunistas se consideraban muy seriamente a sí mismos los representantes de un socialismo del que no tenían idea». Paul Lafargue, «Socialism in France from 1876 to 1896», *Fortnightly Review*, septiembre de 1897, citado en Chushichi Tsuzuki, *The Life of Eleanor Marx, 1855-1898. A Socialist Tragedy*, Oxford, Clarendon Press, 1967, pp. 33-34.
- [1507] «Eleanor Marx to Jenny Longuet», 7 de noviembre de 1872, en Meier, ed., *Daughters of Karl Marx*, p. 113; al parecer, de ahí en adelante, Eleanor y Laura dejaron de hablarse.
- [1508] «Karl Marx to Friedrich Engels», 23 de mayo de 1873, *MECW*, vol. 44, p. 496.
- [1509] *Ibidem*, 30 de noviembre de 1873, pp. 342-343.
- [1510] «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 19 de enero de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 3.
- [1511] *Ibidem*, 18 de mayo de 1874, p. 17.
- [1512] Bottigelli Archives, citado en Kapp, *Eleanor Marx*, vol. 1, pp. 153-154.
- [1513] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de agosto de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 34. Véase también Rachel Holmes, *Eleanor Marx. A Life*, Londres, Bloomsbury, 2014, pp. 119-124. Los síntomas de Eleanor parecen muy similares a los de la anorexia nerviosa, analizados plenamente y por primera vez como un cuadro clínico en *Anorexia Nervosa*, el estudio de sir William Gull publicado en 1873. Pero no fue sino hasta la década de 1930 cuando los médicos comenzaron a entender que los trastornos del apetito eran en parte psicológicos y en parte emocionales, más que físicos.
- [1514] *Ibidem*, 19 de agosto de 1876, p. 136.
- [1515] *Ibidem*, 23 de julio de 1877, p. 245.
- [1516] *Ibidem*, 17 de agosto de 1877, p. 268.
- [1517] «Karl Marx to Jenny Longuet», 18 de agosto de 1881, *MECW*, vol. 46, p. 134.
- [1518] «Eleanor Marx to Olive Schreiner», 16 de junio de 1884, citado en Kapp, *Eleanor Marx*, vol. 1, p. 221.
- [1519] «Karl Marx to Laura Lafargue», 4 de enero de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 169.
- [1520] «Karl Marx to Friedrich Engels», 11 de noviembre de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 375.
- [1521] Derfler, *Paul Lafargue*, pp. 158-159.
- [1522] «Friedrich Engels to Eduard Bernstein», 2-3 de noviembre de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 356.
- [1523] Eleanor Marx, «Introducción» a *History of the Commune of 1871 from the French of Lissagaray*, Nueva York, International Publishing Company, 1898.
- [1524] Citado en Werner Blumenberg, *Portrait of Marx. An Illustrated Biography*, Douglas Scott, trad., Nueva York, Herder & Herder, 1972, p. 123.

- [1525] «Karl Marx to Maurice Lachâtre», 12 de octubre de 1872, *MECW*, vol. 44, p. 438.
- [1526] «Karl Marx to Friedrich Sorge», 4 de agosto de 1874, *MECW*, vol. 45, p. 30.
- [1527] Véase Patrick Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquists in French Politics, 1864-1893*, Berkeley, University of California Press, 1981, caps. V-VII.
- [1528] Henry Mayers Hyndman, *The Record of an Adventurous Life*, Londres, Macmillan, 1911, p. 272.
- [1529] *Ibidem*, p. 285; Hyndman escribió su libro para la Federación Democrática, entidad de carácter radical que fundó él mismo en 1881. En 1884 la federación se cambió el nombre por el de Federación Socialdemocrática, la primera organización política explícitamente socialista en Gran Bretaña.
- [1530] Guesde tuvo que rebatir las denuncias de que él y sus colegas estaban «sometidos a la voluntad de un hombre que vivía en Londres, fuera del control de cualquier partido»; véase Boris Nicolaievsky y Otto Maenchen-Helfen, *Karl Marx. Man and Fighter*, G. David y E. Mosbacher, trads., Londres, Allen Lane, 1973 [1933], p. 402. Hubo a la vez alusiones frecuentes a los orígenes prusianos de Karl; véase «Karl Marx to Friedrich Engels», 30 de octubre de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 339.
- [1531] *Woodhull and Claflin's Weekly*, 12 de agosto de 1871, y véase Shlomo Avineri, *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, pp. 202-220.
- [1532] Karl Marx, «On the Hague Congress. A Correspondent's Report of a Speech Made at a Meeting in Amsterdam on September 8 1872», *MECW*, vol. 23, p. 255. [OE, II, p. 209.]
- [1533] Ferdinand Lassalle, «Arbeiterprogramm», en *Reden und Schriften. Aus der Arbeiteragitation 1862-1864*, Friedrich Jenaczek, ed., Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1970, p. 48.
- [1534] Lassalle, «Was Nun?», en *Reden und Schriften*, pp. 104, 110.
- [1535] «Karl Marx to Johann Baptist von Schweitzer», 13 de octubre de 1868, *MECW*, vol. 43, pp. 132-133.
- [1536] «Friedrich Engels to Karl Marx», 7 de agosto de 1865, *MECW*, vol. 42, p. 178.
- [1537] Karl Marx, *The Civil War in France*, *MECW*, vol. 22, p. 334. [OE, II, p. 152.]
- [1538] Citado en Susanne Miller and Heinrich Potthoff, *A History of German Social Democracy from 1848 to the Present*, Leamington Spa, Berg, 1986, p. 31.
- [1539] August Bebel, *My Life*, Londres, T. Fisher Unwin, 1912, p. 278.
- [1540] «Karl Marx to Wilhelm Bracke», 5 de mayo de 1875, *MECW*, vol. 24, p. 77. [OE, III, p. 6.]
- [1541] Karl Marx, «Marginal Notes on the Programme of the German Workers' Party», 1875, *MECW*, vol. 24, p. 95. Lo de «dictadura del proletariado» era un concepto muy empleado por los comunistas del siglo XX. Lenin lo proclamó «la esencia misma de las enseñanzas de Marx» y se convirtió en la principal justificación del Estado de partido único. Solo que el uso que Karl hizo de él fue muy infrecuente —de hecho, solo hizo dos referencias públicas a él, ambas en 1850— y se relacionaba principalmente con el tema de la soberanía. Esto queda mejor representado por el uso que hacía de la noción de dictadura en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1848: «Desde un principio le reprochamos al [primer ministro liberal] Camphausen que no actuara dictatorialmente, que no aplastara y eliminara los remanentes de las viejas instituciones» (*NRhZ*, 14 de septiembre 1848, n.º 102, *MECW*, vol. 7, p. 431). Aludía a la situación generada por el levantamiento berlinés del 18 de marzo, que obligó al monarca a convocar a una nueva Asamblea prusiana, elegida mediante el voto universal masculino. El tema era por entonces si la soberanía residía en la Asamblea o seguía siendo privilegio de la monarquía, que aún descansaba en el Derecho Divino y el apoyo concreto, e intocado, del ejército y la burocracia. En septiembre de 1848 este asunto derivó en una crisis ministerial: el Gabinete en pleno renunció después de que la Asamblea le exigiera que pusiera freno a las represalias del ejército contra la milicia constituida popularmente. Los ministros protestaron alegando que esto era una intromisión del Legislativo en un ámbito que era prerrogativa del

Ejecutivo y una violación del principio constitucional de la separación de poderes. Pero Karl, en su labor periodística, protestó a su vez alegando que «aún pisamos terreno revolucionario y la pretensión de que hemos llegado ya a una fase de monarquía constitucional, de una monarquía constitucional establecida, solo puede conducir a enfrentamientos. Toda circunstancia provisional de un Estado tras haber ocurrido en su seno una revolución», añadía, «requiere una dictadura, y una bastante enérgica, si vamos a ello». Karl tenía una claridad singularmente bien documentada de las opciones que planteaba esta situación extralegal, como fruto de su estudio de la Convención gala de 1792. El conflicto que enfrentaba el Gabinete de Camphausen no era muy distinto al que se había vivido en los primeros años de la Revolución francesa, en particular al debate sobre el «veto suspensivo», facultad que quedó en manos del rey pese a la elección de la Asamblea Nacional. Pero en el caso francés el propio rey había resuelto el problema. En junio de 1791, cumplidos dos años de la Revolución, Luis XVI había intentado escapar, renegando de todas las medidas promulgadas por la Asamblea Nacional a partir de la Toma de la Bastilla. Una vez que la monarquía perdió el poder y su legitimidad, la soberanía del pueblo ya no fue cuestionada de nuevo. La acción de la muchedumbre redundó en la masacre de prisioneros, la proclamación de una República, el juicio y ejecución del monarca, y la convocatoria a una Convención para aprobar una nueva Constitución. En carta privada (solo publicada por Engels en 1891, tras la muerte de Karl) en la que planteaba su objeción a la idea contenida en el Programa de Gotha sobre el Estado popular (*Volksstaat*), su visión insistía en la tradición de 1848: «Entre la sociedad capitalista y comunista hay un periodo de transformación revolucionaria de la una en la otra. Allí hay, a la vez, un periodo de transición política que se corresponde con esto, en que el Estado no puede ser nada más que una dictadura revolucionaria del proletariado». [OE, III, p. 16.]

[1542] Friedrich Engels, «A Critique of the Draft Social-Democratic Programme of 1891», *MECW*, vol. 27, p. 227; véase Vernon Lidtke, «German Socialism and Social Democracy 1860-1900», en Gareth Stedman Jones y Gregory Claeys, eds., *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 804-805. [OE, III, p. 22.]

[1543] Como Bebel hacía notar, ciertamente que el programa «dejaba mucho que desear, [...] aun así, era todo lo que podía lograrse en aquella época». Y proseguía diciendo que «se podrá apreciar que no era fácil dejar satisfechos a los dos viejos señores residentes en Londres. Lo que en rigor era, por nuestra parte, un movimiento táctico y astuto y el resultado de cálculos prudentes, ellos dos lo veían como mera debilidad». Bebel, *My Life*, pp. 286-287.

[1544] Friedrich Engels, «Prólogo» a *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy*, 21 de febrero de 1888, *MECW*, vol. 26, pp. 519-520. [OE, III, p. 222.]

[1545] Paradójicamente, las leyes antisocialistas reforzaron el protagonismo del partido como un órgano electoral. Mientras que los principales dirigentes hubieron de trasladar diarios o revistas al exterior, los socialdemócratas fueron aún capaces de afrontar las elecciones generales y regionales al Reichstag.

[1546] «Karl Marx to Friedrich Engels», 8 de enero de 1868, *MECW*, vol. 42, p. 513; «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 6 de marzo de 1846, *MECW*, vol. 42, p. 544.

[1547] David Riazánov, *Karl Marx and Friedrich Engels. An Introduction to Their Lives and Work*, Londres, Monthly Review Press, 1973 [1927], p. 210.

[1548] Benedikt Kautsky, ed., *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, Viena, Danubia-Verlag, 1955, p. 477.

[1549] Friedrich Engels, *Herr Eugen Dühring's Revolution in Science*, *MECW*, vol. 25, p. 27. [Hay trad. cast.: *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring* («Anti-Dühring»), de aquí en adelante AD, Moscú, Progreso, versión en línea, Archivo Chile, Historia Político-Social, Movimiento Popular, Centro de Estudios Miguel Enríquez, CEME, <<http://www.archivochile.com>> o <<http://www.archivochile.cl>>, p. 13.]

[1550] Friedrich Engels, *Socialism. Utopian and Scientific*, MECW, vol. 24, p. 304. [Hay trad. cast.: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, versión en línea, Marxists Internet Archive, <<https://www.marxists.org/espanol>>, p. 31.]

[1551] Engels, *Herr Eugen Dühring*, pp. 145-146. [AD, pp. 149-150.]

[1552] *Ibidem*, p. 268. [*Ibidem*, p. 278.]

[1553] *Ibidem*, p. 265. [*Ibidem*, pp. 275.]

[1554] *Ibidem*, p. 267. [*Ibidem*, p. 277.]

[1555] *Ibidem*, p. 268. Como Shlomo Avineri ha señalado, había una diferencia considerable entre la idea de Engels del *Absterben des Staates*, una noción biológica, y el uso por Karl de *Aufhebung des Staates*, un concepto hegeliano que implicaba la abolición y el proceso de trascender de la distinción entre el Estado y la sociedad burguesa. Esto no significaba que el Estado habría de despojarse de una función tras otra, sino que «el poder público perdería su carácter político». La elección de ciertas personas para que cumplan funciones particulares no sería muy distinta a la elección de un artesano para que haga una determinada tarea, como hacer un par de zapatos. Véase Avineri, *Social and Political Thought*, pp. 202-220. La idea de que «el gobierno de las personas» sería sustituido por «la administración de objetos» era original de Saint-Simon. [*Ibidem*, p. 278.]

[1556] Citado en Lidtke, «German Socialism and Social Democracy», p. 799.

[1557] «August Bebel to Friedrich Engels», 28 de marzo de 1881, en Werner Blumenberg, ed., *August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, La Haya, Mouton, 1965, p. 106.

[1558] «Programme of the Social Democratic Party of Germany, Erfurt 1891», en Miller y Potthoff, *History of German Social Democracy*, p. 240.

[1559] Friedrich Engels, «Second Preface to *Herr Dühring*», 23 de septiembre de 1885, MECW, vol. 25, p. 11.

[1560] *Ibidem*, p. 23.

[1561] Friedrich Engels, «Draft of a Speech at the Graveside of Karl Marx», 14-17 de marzo de 1883, MECW, vol. 24, p. 463.

[1562] Engels, *Herr Eugen Dühring*, p. 270. [AD, p. 280.]

[1563] Karl Kautsky, *Ethics and the Materialist Conception of History*, Chicago, C. H. Kerr y Company, 1914 [1906], pp. 96-97, 102. La «concepción materialista de la historia» brindaba una idea de «las leyes que rigen el desarrollo y movimiento de los organismos sociales, de sus fuerzas y sus órganos»; *ibidem*, p. 201.

[1564] Karl Marx, «Afterword to the Second German Edition», en *Capital. A Critique of Political Economy*, vol. I, MECW, vol. 35, pp. 18-19. [*Capital*, L. I, vol. 1, pp. 18-19.] Entre otras afirmaciones citadas aprobatoriamente en ese pasaje, una de ellas decía: «Marx considera el movimiento social como un proceso histórico-natural dirigido por leyes que no solo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, además y a la inversa, determinan la voluntad, la conciencia y las intenciones de aquellos. [...] Esto es: no la idea, sino solo la manifestación externa puede servirle de punto de partida».

[1565] Engels, *Herr Eugen Dühring*, segunda parte, cap. X, MECW, vol. 25, pp. 211-244. Aparte de criticar su tratamiento de los griegos, Karl se ocupó fundamentalmente de defender su propia visión de la importancia de William Petty e ironizar a costa de los argumentos de David Hume.

[1566] Hyndman, *Record of an Adventurous Life*, p. 279.

[1567] «Programme of the Social Democratic Party of Germany, Erfurt 1891», p. 240.

[1568] «Friedrich Engels to August Bebel», 4 de abril de 1885, MECW, vol. 47, p. 271.

[1569] Marx, *Capital*, vol. III, p. 245.

[1570] Friedrich Engels, «Karl Marx's Funeral», MECW, vol. 24, p. 467.

[1571] El asunto se originó por una carta mal archivada de Darwin en los archivos de su hogar en Down. La carta, en la que rechazaba cortésmente la dedicatoria, fue escrita no a Karl, sino a Edward

Aveling (la pareja de Eleanor Marx). Karl efectivamente envió a Darwin un ejemplar de la segunda edición de *El capital*, aparecida en 1873, posiblemente a instancias de Engels.

[1572] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de agosto de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 304.

[1573] Charles Darwin, *The Descent of Man*, 2 vols., Londres, J. Murray, 1871, vol. 1, pp. 96-97. [Hay trad. cast.: *El origen del hombre*, Madrid, EDAF, 1989.]

[1574] Karl Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, *MECW*, vol. 3, p. 337.

[1575] *Ibidem*, pp. 275-276.

[1576] «Karl Marx to Friedrich Engels», 18 de enero de 1861, *MECW*, vol. 41, pp. 246-247.

[1577] *Ibidem*, 18 de junio de 1862, p. 381.

[1578] *Ibidem*, 7 de agosto de 1866, *MECW*, vol. 42, pp. 304-305.

[1579] «Friedrich Engels to Karl Marx», 2 de octubre de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 320; véase también *ibidem*, 5 de octubre de 1866, pp. 323-324.

[1580] «Karl Marx to Dr Kugelmann», 9 de octubre de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 327.

[1581] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Gareth Stedman Jones, ed., Londres, Penguin Books, 2002, p. 224. [MC, p. 55.]

[1582] Karl Marx, «The British Rule in India», 10 de junio de 1853, *MECW*, vol. 12, p. 128. [OE, I, p. 268.]

[1583] Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, 1859, *MECW*, vol. 29, p. 275; Karl Marx, *Capital. A Critique of Political Economy*, vol. I, *MECW*, vol. 35, p. 88.

[1584] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de noviembre de 1868, *MECW*, vol. 35, p. 9.

[1585] Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*, vol. I, Hildesheim, Gerstenberg, 1980 (esta es una edición facsímil de la primera edición alemana, Hamburgo, Verlag von Otto Meissner, 1867), p. 763. Incluso en 1870, cuando había comenzado a leer por primera vez en ruso, su actitud hacia esta visión populista de la comunidad rural en Rusia seguía siendo la misma. En una anotación crítica al margen de sus apuntes sobre «La reforma campesina y la propiedad comunitaria de la tierra», de Flerovski, escribía: «De esta basura se deduce que la propiedad comunitaria rusa es compatible con la barbarie rusa, pero no con la civilización burguesa». Citado en H. Wada, «Marx and Revolutionary Russia», en Teodor Shanin, ed., *Late Marx and the Russian Road*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1983, p. 45.

[1586] Para un análisis detallado de los cambios en los planes para los sucesivos borradores y su crítica de la economía política, véase James D. White, *Karl Marx and the Intellectual Origins of Dialectical Materialism*, Basingstoke, Macmillan, 1996, cap. 4.

[1587] Karl Marx, «The So-Called Primitive Accumulation», en *Capital*, vol. I, part VIII, *MECW*, vol. 35, pp. 704-761. [*Capital*, L. I, vol. 2, pp. 359-387.]

[1588] Justus Möser, *Osnabrückische Geschichte*, 2.a ed, Berlín/Stettin, Nicolai, 1780, vol. 1, p. 10; para una exposición de las teorías decimonónicas germanas y francesas acerca de la propiedad temprana de la tierra, véase Alfons Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civilization*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner, 1937 [Viena, 1923-1924], cap. 1.

[1589] Justus Möser, «Prefacio» a *Osnabrückische Geschichte*, Osnabrück, Schmid, 1768, pp. [IX-X].

[1590] Möser, *Osnabrückische Geschichte*, 2.a ed, vol. 1, p. 13.

[1591] K. F. Eichhorn, «Über den Ursprung der städtischen Verfassung in Deutschland», *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft*, 1 (1815), p. 172, citado en Dopsch, *Economic and Social Foundations*, p. 7.

[1592] Véase Adam Kuper, *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*, Londres, Routledge, 1988, p. 22.

[1593] John Mitchell Kemble, *The Saxons in England. A History of the English Commonwealth till the Period of the Norman Conquest*, Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, 1849, vol. 1,

pp. 53-54.

[1594] William Stubbs, *The Constitutional History of England, in Its Origins and Development*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1874, vol. 1, p. 11; J. W. Burrow, *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 110.

[1595] Edward A. Freeman, *The Chief Periods of European History. Six Lectures Read in the University of Oxford in Trinity Term*, 1885, Londres, Macmillan, 1886, p. 64.

[1596] Citado en Burrow, *Liberal Descent*, p. 176, n.º 106.

[1597] John Richard Green, *A Short History of the English People, with Maps and Tables*, Londres, Macmillan, 1874, p. 4.

[1598] Este giro en la postura al respecto quedó incluido en las sucesivas ediciones de *Deutsche Staats-Und Rechtsgeschichte* de Eichhorn. Dopsch sostenía que el estudio de Eichhorn, que tuvo numerosas ediciones, se convirtió gradualmente en el recuento histórico estándar del Derecho alemán, y que «esta teoría del *mark* quedó destinada a convertirse en piedra angular de toda la historia constitucional y legal de ese país». Dopsch, *Economic and Social Foundations*, p. 8.

[1599] Sobre los hallazgos de Olufsen y Hanssen, véase Hans-Peter Harstick, *Karl Marx und die zeitgenössische Verfassungsgeschichtsschreibung*, Münster, 1974, pp. XXXVIII-XLII.

[1600] August von Haxthausen, *Über die Agrarverfassung in den Fürstenthümern Paderborn und Corvey und deren Conflict in der gegenwärtigen Zeit. Nebst Vorschlägen, die den Grund und Boden belastenden Rechte und Verbindlichkeiten daselbst aufzulösen*, Berlín, Reimer, 1829. Haxthausen provenía de la nobleza católica de Westfalia y era un entusiasta del paternalismo aristocrático y de una teoría «orgánica» de la sociedad, del tipo por el que abogaba Adam Müller. Era crítico de la difusión de las relaciones mercantiles al campo. En la década de 1830 su obra suscitó gran admiración en el príncipe heredero Federico Guillermo, quien encargó con carácter urgente al Ministerio de Justicia que le brindara apoyo financiero para que hiciera un informe acerca de las relaciones agrarias en las provincias prusianas. Su obra fue fuertemente criticada en las provincias occidentales, especialmente en Renania, donde se lo acusó de ignorar la ley. El ministro de Interior, Von Schuckmann, consideraba que su obra era, en lo fundamental, propaganda apoyada en poco más que lo anecdótico. En 1842 el Ministerio retiró el apoyo a su labor. Visto que comenzó a toparse con una recepción cada vez más gélida en Prusia, redirigió su atención hacia una conformación eslava del sector agrario de origen presuntamente arcaico y que, hipotéticamente, replicaba patrones aún existentes en las regiones más alejadas de Alemania, incluidas las tierras altas de Tréveris (aun cuando, como él mismo admitía, sus propuestas se basaban únicamente en rumores). Véase August von Haxthausen, *Über den Ursprung und die Grundlagen der Verfassung in den ehemals slavischen Ländern Deutschlands, im Allgemeinen und des Herzogthums Pommern im Besondern. Eine Einladungsschrift zur Erörterung und litterarischen Besprechung*, Berlín, Krause, 1842. Por la resonancia de estos hallazgos, fue invitado por el Gobierno de la Rusia imperial a recorrer el país e informar de las condiciones del campesinado, y realizó dicha gira en el invierno de 1843-1844. Puesto que no hablaba ruso, se valió de un intérprete y se alojó principalmente en las ciudades, especialmente en Moscú, donde los intelectuales rusos eslavófilos aceptaron previsiblemente sus propuestas. Publicó los primeros dos volúmenes de *Studien über die inneren Zustände, das Volksleben und insbesondere die ländlichen Einrichtungen Russlands* en 1846, y un volumen final en 1852. Fue traducido al francés, al inglés y al ruso. Pese a sus antojadizos supuestos y su débil sustento en los hechos, el estudio fue de inmediato aceptado no solo por los eslavófilos, sino también por la *intelligentsia* radical, y de manera llamativa por Alexander Herzen y Nikolái Chernyshevski. Véase Tracy Dennison y A. W. Carus, «The Invention of the Russian Rural Commune. Haxthausen and the Evidence», *Historical Journal*, 46/03 (septiembre de 2003), pp. 561-582.

[1601] Harstick, *Karl Marx und die zeitgenössische Verfassungsgeschichtsschreibung*, pp. XXXVIII-XLII.

- [1602] Georg Ludwig von Maurer, *Einleitung zur Geschichte der mark-Hof-, Dorf- und Stadtverfassung und der öffentlichen Gewalt*, Viena, Brand, 1896 [1854].
- [1603] Dithmarsch, al noreste de Hamburgo, exhibía un alto grado de autonomía. Era famosa por sus diques y por haberle ganado tierra al mar; también por su resistencia al feudalismo y por el establecimiento de una República campesina independiente en el siglo XV.
- [1604] Maurer, *Mark-, Hof-, Dorf- und Stadtverfassung*, pp. 1-6.
- [1605] Henry Sumner Maine, *Village-Communities in the East and West. Six Lectures Delivered at Oxford*, Londres, J. Murray, 1871, p. 11.
- [1606] Maine, *Village-Communities*, pp. 6-7.
- [1607] Burrow, *Liberal Descent*, p. 169.
- [1608] Kemble, *Saxons in England*, vol. 1, p. 74; Maine, *Village-Communities*, p. 9.
- [1609] *Ibidem*, p. 12.
- [1610] Henry Sumner Maine, *Ancient Law. Its Connection with the Early History of Society and Its Relation to Modern Ideas*, 1861, Londres, J. Murray, p. 170.
- [1611] Henry Sumner Maine, «The Decay of Feudal Property in France and England», *Fortnightly Review*, vol. 21 (nuevas series), abril de 1877, pp. 465, 467.
- [1612] Véase Kuper, *Invention of Primitive Society*, pp. 29-32; Karuna Mantena, *Alibis of Empire. Henry Maine and the Ends of Liberal Imperialism*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 98-107.
- [1613] Maine, *Ancient Law*, pp. 89, 120.
- [1614] Maine, *Village-Communities*, pp. 76, 77.
- [1615] Véase Erwin Nasse, *On the Agricultural Community of the Middle Ages, and Inclosures of the Sixteenth Century in England*, coronel H. A. Ouvry, trad., Londres, Macmillan, 1871.
- [1616] Henry Sumner Maine, *Lectures on the Early History of Institutions*, Londres, J. Murray, 1875, pp. 1-2.
- [1617] Las obras en las que Herzen desarrollaba su postura eran *Desde la otra orilla*, escrita entre 1848 y 1849, cuya primera edición alemana apareció en 1855, y *El pueblo ruso y el socialismo. Carta abierta a Jules Michelet*, escrita en francés y publicada en 1851.
- [1618] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de marzo de 1868, *MECW*, vol. 42, p. 547.
- [1619] *Ibidem*, 25 de marzo de 1868, pp. 557-558.
- [1620] Karl Marx, borradores de la carta a Vera Zasúlich, «Primer borrador», febrero-marzo de 1881, *MECW*, vol. 24, p. 350. Vera Zasúlich, en nombre de los miembros de Repartición Negra, había escrito a Karl el 16 de febrero de 1881, preguntándole por el futuro de la comuna rural. Karl escribió cuatro borradores de respuesta, enviando finalmente su contestación el 8 de marzo de 1881.
- [1621] Maurer, *Mark-Hof-, Dorf- und Stadtverfassung*, pp. XXXVII-XXXVIII.
- [1622] «Karl Marx to Friedrich Engels», 25 de marzo de 1868, *MECW*, vol. 42, p. 557.
- [1623] August von Haxthausen, *Studies on the Interior of Russia*, S. Frederick Starr, ed., Chicago, University of Chicago Press, 1972, p. 281.
- [1624] White, *Karl Marx*, p. 224.
- [1625] Marx, *Capital*, vol. I, p. 90. [*Capital*, L. I, vol. 1, pp. 89-90.] Lo que se traduce como «relaciones directas de sometimiento» corresponde en el original alemán a *unmittelbaren Herrschafts- und Knechtschafts-verhältnissen*, términos que convencionalmente aluden al señorío y la esclavitud; véase Marx, *Kapital*, vol. I, p. 40. Esto vendría a sugerir que Karl incluía la servidumbre rusa en el listado de «modos de producción asiáticos de la Antigüedad y otros modos antiguos de producción».
- [1626] Incluso en 1870, cuando comenzó a leer en ruso, su actitud hacia la visión populista de la comuna aldeana rusa siguió siendo la misma. En una nota crítica añadida a su apunte acerca de «La reforma campesina y la propiedad comunal de la tierra», de Flerovski, escribió: «De esta basura se

deduce que la propiedad comunal rusa es compatible con la barbarie rusa, pero no con la civilización burguesa». Citado en Wada, «Marx and Revolutionary Russia», p. 45.

[1627] Gueorgui Plejánov (1856-1918), uno de los fundadores del movimiento socialdemócrata en Rusia. Originalmente fue un activo populista, tras lo cual se volvió contra las tácticas terroristas del populismo y formó un grupo disidente, Chernyi Peredel (Repartición Negra). En 1880 se vio obligado a dejar Rusia y pasó los siguientes treinta y siete años en su exilio de Ginebra. Fue allí, tras un periodo de estudio desarrollado entre 1882 y 1883, cuando se proclamó «marxista». En septiembre de 1883 se unió a Axelrod, Lev Dutsch, Vasily Ignatiev y Vera Zasúlich para fundar la primera agrupación política rusa de tendencia marxista, el llamado Grupo de Emancipación del Trabajo. Entre quienes se sintieron atraídos por el grupo estuvieron Peter Struve, Yuli Martov y Vladimir Uliánov (*Lenin*). En 1878 Vera Zasúlich (1849-1919), originalmente partidaria de Bakunin y conocida de Necháiev, disparó contra el coronel Fiódor Trépov, el gobernador de San Petersburgo, y lo hirió gravemente. Absuelta en el juicio, huyó a Ginebra, donde ayudó a cofundar el Grupo de Emancipación del Trabajo.

[1628] Marx, Borradores de la carta a Vera Zasúlich, febrero-marzo de 1881, pp. 353, 354, 363, 368.

[1629] Citado en Wada, «Marx and Revolutionary Russia», p. 48. Este ensayo es invaluable en su meticuloso rastreo de la postura cambiante de Karl sobre Rusia en la década de 1870.

[1630] Marx, «Afterword to the Second German Edition», en *Capital*, vol. I, p. 15. [*Capital*, L. I, vol. 1, p. 14.] Por el contrario, Engels no estaba preparado para desechar el emparejamiento de la comuna aldeana con el despotismo. En el *Anti-Dühring* afirmaba: «Allí donde las antiguas comunidades han subsistido, han conformado durante miles de años la base de la modalidad más cruel de Estado que se conoce, el despotismo oriental, que va desde la India hasta Rusia. Fue únicamente en aquellos lugares donde estas comunidades acabaron disolviéndose donde los pueblos lograron hacer progresos por sí mismos»; Engels, *Herr Eugen Dühring*, p. 168.

[1631] Karl redactó pero no envió el borrador de una carta a Nikolái Mijailovski, el editor de *Otechestvenniye Zapiski*. Mijailovski describía *El capital* como «una teoría histórico-filosófica del progreso universal» que argumentaba que cada país atravesaría el mismo proceso de expropiación al campesinado que el vivido en Inglaterra, y asumía que la actitud de Karl hacia el populismo quedaba resumida en su denuncia de Herzen. Karl lo remitía a la edición francesa de 1875 y a su alabanza de Chernyshevski, implicando con ello que compartía el análisis de los populistas. Véase Wada, «Marx and Revolutionary Russia», pp. 57-60. Sobre la carta en cuestión, véase *MECW*, vol. 24, pp. 196-201.

[1632] Marx, Borradores de la carta a Vera Zasúlich, «First Draft», pp. 357, 360. [*OE*, III, Borrador de carta a Vera Zasúlich, 14, 15.]

[1633] *Ibidem*, «Second Draft», p. 361. Pero no debe olvidarse que este borrador de la carta nunca se envió.

[1634] En el siglo XX la historia de las visiones cambiantes de Karl sobre la revolución en Rusia y lo de «saltarse un paso» fue generalmente considerada como una respuesta singular a la situación rusa y el interés de Rusia en *El capital*. Fue algo de particular interés, puesto que el «marxismo» de finales del siglo XIX estaba asociado al rechazo de la postura populista. Esto era efectivo, a su vez, en el caso de Plejánov, el así llamado «padre del marxismo ruso» y su Grupo de Emancipación del Trabajo con base en Ginebra, y de Lenin, cuyo *Desarrollo del capitalismo en Rusia* había aparecido en 1899.

[1635] «Karl Marx to Friedrich Adolf Sorge», 17 de septiembre de 1877, *MECW*, vol. 45, p. 278.

[1636] «Karl Marx to Friedrich Engels», 14 de junio de 1853, *MECW*, vol. 24, p. 352.

[1637] Marx, Borradores de la carta a Vera Zasúlich, «First Draft», p. 352. [*OE*, III, Borrador de carta a Vera Zasúlich, p. 3.]

[1638] Karl Marx, «Excerpts from M. M. Kovalevsky, *Obščinnoe Zemlevladienie. Pričiny, khod i posledstviya ego razloženiya*, primera parte, Moscú 1879», en Lawrence Krader, *The Asiatic Mode of*

Production. Sources, Development and Critique in the Writings of Karl Marx, Assen, Van Gorcum, 1975, p. 406.

[1639] Marx, Borradores de la carta a Vera Zasúlich, «First Draft» y «Third Draft», pp. 359, 365.

[1640] En 1862 Karl había escrito a Kugelmann acerca de su enfoque teórico, que «sobre esta base [...] otros podrían adherir fácilmente a su argumentación [...] exceptuando probablemente la relación entre las varias formas del Estado y las diversas estructuras económicas de la sociedad». «Karl Marx to Ludwig Kugelmann», 28 de diciembre de 1862, *MECW*, vol. 41, p. 435.

[1641] Véase Donald Kelley, «The Science of Anthropology. An Essay on the Very Old Marx», *Journal of the History of Ideas*, 45 (1984), pp. 245-263.

[1642] Marx, Borradores de la carta a Vera Zasúlich, «First Draft», p. 349. [OE, III, Borrador de carta a Vera Zasúlich, p. 8.]

[1643] *Ibidem*, «Second Draft», pp. 361, 362.

[1644] *Ibidem*, «First Draft», p. 360. [OE, III, Borrador de carta a Vera Zasúlich, p. 5.]

[1645] *Ibidem*, pp. 358-359. [*Ibidem*, p. 4.]

[1646] El comentario de Karl en el original decía: «Dch. d. Grecian gens gukt d. Wilde (Iroquois z.B.) aber auch unverkennbar durch». Karl Marx, «Excerpts from Lewis Henry Morgan, *Ancient Society*», en Lawrence Krader, comp., *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*, Assen, Van Gorcum, 1974, p. 198.

[1647] Lewis Henry Morgan, *Ancient Society or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilisation*, Londres, Macmillan, 1877.

[1648] Marx, «Excerpts from Lewis Henry Morgan», en Krader, ed., *Ethnological Notebooks*, p. 120. Sobre la teoría de Fourier, véase Gareth Stedman Jones e Ian Patterson, eds., *Charles Fourier. The Theory of the Four Movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 56-74.

[1649] Marx, «Excerpts from Lewis Henry Morgan», en Krader, ed., *Ethnological Notebooks*, p. 102. Aquí había un resuelto contraste con el enfoque de Darwin. La única intervención directa de este último en el debate sobre la sociedad primitiva fue para manifestar su desacuerdo con McLennan respecto a «la promiscuidad» de «la horda» y argumentar que los celos motivados por el sexo entre los salvajes habían provocado que se inculcara desde un inicio la castidad de la hembra como una virtud y se propendiera a la instauración de relaciones sexuales sujetas a un orden; Darwin, *Descent of Man*, vol. 1, pp. 96-97.

[1650] Respecto a la postura que había adoptado en 1844, véase especialmente *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, *MECW*, vol. 3, pp. 229-349.

[1651] Karl Marx, «Excerpts from Henry Sumner Maine, Lectures on the Early History of Institutions», en Krader, ed., *Ethnological Notebooks*, p. 324.

[1652] Johann Jakob Bachofen, *Das Mutterrecht*, Stuttgart, Kraus & Hoffmann, 1861; John Ferguson McLennan, *Primitive Marriage. An Inquiry into the Origin of the Form of Capture in Marriage Ceremonies*, Edimburgo, Adam and Charles Black, 1865; Morgan, *Ancient Society*.

[1653] Marx, «Excerpts from Henry Sumner Maine», en Krader, ed., *Ethnological Notebooks*, p. 326.

[1654] *Ibidem*, p. 292.

[1655] *Ibidem*, p. 329.

[1656] Marx, borradores de la carta a Vera Zasúlich, «First Draft», p. 350. Karl citaba el argumento de Morgan, «un autor estadounidense libre de toda sospecha de cultivar tendencias revolucionarias», sugestivo de que «“el nuevo sistema” hacia el cual tiende la sociedad moderna “será el RESURGIMIENTO de un tipo social arcaico EN UNA VARIANTE SUPERIOR”. Así que no debemos alarmarnos ante el término “arcaico”».

[1657] Ello se debía en buena parte a que el periodo de la «Gran Depresión» fue a su vez un lapso en que los asalariados experimentaron una mejora sustancial de su estándar de vida. Según Karl

Borchardt, entre 1880 y 1895, los trabajadores alemanes experimentaron su mayor alza en los salarios reales durante todo el siglo XIX.

[1658] «Karl Marx to Vera Zasulich», 8 de marzo de 1881, *MECW*, vol. 46, p. 71. [OE, III, Carta a Vera Zasulich, p. 1.] Esta misiva era esencialmente la misma que el cuarto borrador de su carta: véase *MECW*, vol. 24, pp. 370-371. Para ahondar en este tema, véase Gareth Stedman Jones, «Radicalism and the Extra-European World. The Case of Karl Marx», en Duncan Bell, ed., *Victorian Visions of Global Order. Empire and International Relations in Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 186-214.

[1659] Marx y Engels, «Preface to the Russian Edition of 1882», en *Communist Manifesto*, p. 196. [OE, I, pp. 54-55.]

[1660] «Karl Marx to Friedrich Engels», 1 de marzo de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 213.

[1661] David McLellan, *Karl Marx. His Life and Thought*, Londres, Macmillan, 1973, p. 450.

[1662] Eleanor Marx, «Illness and Death of Marx», en McLellan, comp., *Karl Marx. Interviews and Recollections*, p. 128.

EPÍLOGO

[1663] François Guizot, *Essais sur l'histoire de France... pour servir de complément aux observations sur l'histoire de France de l'Abbé Mably*, París, J. L. J. Brière, 1823, p. 111.

[1664] Fustel de Coulanges, *Le Problème des origines de la propriété foncière*, Bruselas, Alfred Vromant et Cie, 1889; poco después apareció una traducción al inglés. Véase Fustel de Coulanges, *The Origin of Property in Land*, Margaret Ashley, trad., con un capítulo introductorio sobre el señorío inglés a cargo de W. J. Ashley, Londres, Swan Sonnenschein, 1891.

[1665] Frederic Seebohm, *The English Village Community. Examined in Its Relations to the Manorial and Tribal Systems and the Common or Open Field System of Husbandry. An Essay in Economic History*, Londres, Longmans, Green & Co., 1883; Ashley, «Introductory Essay», en De Coulanges, *Origin of Property in Land*; Paul Vinogradoff, *Villainage in England. Essays in English Medieval History*, Oxford, Clarendon Press, 1968 [1892].

[1666] Simon J. Cook, «The Making of the English. English History, British Identity, Aryan Villages, 1870-1914», *Journal of the History of Ideas*, 75/4 (octubre de 2014), pp. 629-649; para un estudio más global de la formación temprana de Marshall, véase Simon J. Cook, *The Intellectual Foundations of Alfred Marshall's Economic Science. A Rounded Globe of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

[1667] De Coulanges, *Origin of Property in Land*, pp. 122, 127.

[1668] Véase Karl Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter*, 4 vols., Leipzig, A. Dürr, 1885-1886, vol. 1, pp. 451 y ss.; A. Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civilization*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner, 1937 [Viena, 1923-1924], p. 27.

[1669] De Coulanges, *Origin of Property in Land*, pp. 110-111.

[1670] «Friedrich Engels to Karl Marx», 15 de diciembre de 1882, *MECW*, vol. 46, p. 400. Esta carta en particular contiene una demolición más o menos global del enfoque de Maurer.

[1671] Friedrich Engels, «Epílogo» (1894) a «On Social Relations in Russia», 1875, *MECW*, vol. 27, pp. 424, 431. Este fue un escrito para reeditar el ataque de Engels a Petr Tkatchev, un seguidor de Herzen, Haxthausen y Bakunin.

[1672] *Ibidem*, pp. 425-426.

- [1673] Lewis Henry Morgan, *Ancient Society or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilisation*, Eleanor Burke Leacock, ed., Cleveland, World Pub. Co., 1963 [1877], p. 462.
- [1674] Sobre McIlvaine y su liberal congregación calvinista, véase Adam Kuper, *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*, Londres, Routledge, 1988, pp. 43-46.
- [1675] Lewis Henry Morgan, *The American Beaver and His Works*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1868.
- [1676] Kuper, *Invention of Primitive Society*, pp. 51-58.
- [1677] George Grote, *History of Greece*, 3.^a ed., Londres, John Murray, 1851.
- [1678] Morgan, *Ancient Society*, p. 554.
- [1679] «Karl Marx to Friedrich Engels», 7 de agosto de 1866, *MECW*, vol. 42, p. 304; *ibidem*, 3 de octubre de 1866, p. 322.
- [1680] G. Plejánov [N. Beltov], *The Development of the Monist View of History*, Moscú, Casa de las Ediciones en Lengua Extranjera, 1956 [1895], pp. 129-130.
- [1681] *Ibidem*, p. 218.
- [1682] David Riazánov, ed., *Marx-Engels Archiv. Zeitschrift des Marx-Engels-Instituts in Moskau*, Frankfurt, Marx-Engels Archiv Verlags-gesellschaft, 1928, vol. 1, pp. 309-345. Todos los estudios serios sobre Marx le deben muchísimo a la obra pionera de David Riazánov a la hora de recolectar y editar sus escritos y correspondencia. El primer volumen del *Marx-Engels Gesamtausgabe* apareció en 1927 y, a partir de 1991, la Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften ha proseguido con la labor. Siendo un abierto crítico de Stalin, Riazánov se negó a ceder en sus principios académicos, fue despedido del Instituto Marx-Engels, que fundó él mismo en Moscú en 1921, y fusilado en la capital soviética en 1938. Sobre un ensayo acerca de los logros y la trayectoria académica de Riazánov, véase Jonathan Beecher y Valerii N. Formichev, «French Socialism in Lenin's and Stalin's Moscow. David Riazanov and the French Archive of the Marx-Engels Institute», *Journal of Modern History*, 78/1 (marzo de 2006), pp. 119-143.
- [1683] Como ya ha sido analizado donde Karl hacía consideraciones en torno a la idea de que la comuna aldeana rusa podía brindar un punto de partida inmediato o constituir un elemento regenerador de la sociedad rusa. Véase también Vera Zasúlich a Karl Marx, 16 de febrero de 1881. «Esta es una cuestión de vida o muerte, en mi opinión, especialmente para nuestro partido socialista. Incluso el destino personal de nuestros revolucionarios socialistas dependerá de la forma en que decidáis responder a ella.» «Vera Zasúlich to Karl Marx», 16 de febrero de 1881, *Marx-Engels Archiv*, vol. 1, p. 316.
- [1684] *Ibidem*, p. 309. Según los rumores circulantes en Ginebra en aquella época y durante varios años después, en 1879 se decía que Karl había incluso ofrecido escribir un manifiesto sobre el tema.
- [1685] Una de las razones para argumentar que la carta había sido olvidada es el hecho de que, por ejemplo, Axelrod, quien en el invierno de 1880 (cuando se considera la recepción de la carta) estaba en Rumanía, no recordaba nada acerca de ella o de ninguna conversación que sin duda dicha carta recibida por Vera Zasúlich habría motivado. *Ibidem*, p. 310.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) En ciertas traducciones al castellano de la obra de Marx, el concepto de «sociedad civil» pasó a equivaler al de «sociedad burguesa». Hemos optado por conservar aquí la opción de Hegel («sociedad civil») cuando el concepto aparece más vinculado a su filosofía, y aceptar la opción de «sociedad burguesa» cuando el contexto de la frase lo sugiere, habitualmente en los textos del propio Marx.

(2) Término que a mediados del siglo XIX aludía a los ociosos pobres y sin hogar de Nápoles.

(3) En castellano en el original.

(4) Facción religiosa inglesa opuesta a la Iglesia anglicana oficial.

La biografía definitiva del hombre más influyente de los últimos 200 años.

«Stedman Jones desmonta la doctrina sin desestimar al pensador, cortando los cables que unen a ambos con la delicadeza de un experto en desactivación de explosivos. Un logro extraordinario e incomparable.»

Ferdinand Mount, *The Times Literary Supplement*



El siglo XIX fue una época de cambios sin precedentes: las ciudades crecieron, una ola tras otra de invenciones dio lugar a monstruosas fábricas y se plantearon grandes retos intelectuales y debates sobre sistemas políticos, religión y, sobre todo, el futuro. En el centro de estas discusiones estaba Marx, quien dedicó su vida a dar sentido a los rompecabezas y paradojas de la nueva era.

En esta espléndida biografía intelectual, Stedman Jones recoloca a Marx en su contexto, antes de que emergieran la mitología marxista y las elaboraciones póstumas de su personalidad. Su relato da cuenta de las grandes diferencias entre el propio Marx —quién era, cómo se comportó y qué pensó— y su representación en el discurso político. Este libro permite al lector comprender cómo se forjó del ideario de Marx y, al tiempo, el modo en que Marx forjó nuestro mundo.

Reseñas:

«Imponente, denso y formidable.»

Dominic Sandbrook, *The Sunday Times*

«Rich and deeply researched.»

John Gray, *Literary Review*

«Magnífico. Mientras insistamos en nuestra tendencia a separar la economía de la política, la filosofía y el periodismo, Marx seguirá siendo el ejemplo sobresaliente de cómo superar esa fragmentación del pensamiento social moderno y pensar en el mundo como un todo en aras de su mejora. Y este libro será una guía admirable de cómo lo hizo.»

Financial Times

«Una historia intelectual fruto de una investigación impecable. Excelente. Para cualquier persona interesada en el pensamiento de Marx, este libro es una joya.»

The Telegraph

«No hay mejor guía para entender a Marx que Gareth Stedman Jones.»

The Economist

«Un relato profundamente original y esclarecedor de viaje de Marx a través de la historia intelectual del siglo XIX. Stedman Jones explora con elegancia y brillantez analítica las amistades, las afinidades, las rivalidades y los odios que dieron forma a la vida de Marx. Una reevaluación profunda y una lectura apasionante.»

Christopher Clark, autor de *Sonámbulos*

«Una biografía intelectual exhaustiva y asombrosamente bien documentada.»

Oliver Bullough, *The Guardian*

«En este libro rica y profundamente investigado, Stedman Jones ofrece una imagen novedosa de Marx.»

John Gray, *Literary Review*

«El análisis que hace Stedman Jones de los diagnósticos económicos y sociológicos de Marx perdurará. El libro sitúa a Marx en el contexto del siglo XIX precisamente para demostrar la paradoja de lecturas interpretativas y lecturas erróneas que generaron su impacto global.»

George Steiner, *The Times Literary Supplement*

«Importante. Aporta excepcionales enseñanzas a la tarea de situar a Marx en la vida intelectual y política de la Europa del siglo XIX.»

Louis Menand, *The New Yorker*

«Una biografía sorprendente, brillante y de agradable lectura.»

Steve Donoghue, *Open Letters Monthly*

«Un libro magnífico e importante sobre un intelectual en su lucha por dar sentido a un mundo en pleno desarrollo. Es también un fascinante retrato de ese mundo visto a través de la mirada de ese intelectual.»

Jeremy Adelman, *Public Books*

«Una lúcida biografía del fundador teórico del comunismo. En este retrato tan bien trazado, Marx resulta una figura poco atractiva. La crítica de Jones a la filosofía de Marx es aguda pero equilibrada, y despeja parte de la mitología que rodea a este polémico icono y a su pensamiento.»

Publishers Weekly

«Un libro de innumerables virtudes. La biografía definitiva de Marx.»

Peter E. Gordon, *The New York Times Book Review*

SOBRE EL AUTOR

Gareth Stedman Jones es catedrático de Historia de las Ideas en el Queen Mary, de la Universidad de Londres, además de miembro del King's College de Cambridge. Durante años enseñó Historia en esa universidad hasta que, en 1997, obtuvo la cátedra de Ciencia Política. Formó parte del consejo editorial de la *New Left Review*, y cofundó el *History Workshop Journal*. Ha escrito, entre otras obras, *Outcast London*, *Languages of Class* y *An End to Poverty?*, y estuvo a cargo de la edición de Penguin Classics del *Manifiesto comunista*.

Título original: *Karl Marx. Greatness and Illusion*
© 2016, Gareth Stedman Jones
© 2018, Jaime Collyer, por la traducción
© 2018, András Bereznay, por los mapas
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1974-0

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, basado en el diseño original de Jim Stoddart para Penguin Books

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

[Karl Marx](#)

[Mapas](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo. La forja de un símbolo, 1883-1920](#)

[1. Padres e hijos. La ambigüedad de convertirse en prusiano](#)

[2. Abogado, poeta y amante](#)

[3. Berlín y el crepúsculo inminente de los dioses](#)

[4. Reconstruyendo la *polis*. La razón frente al Estado cristiano](#)

[5. La alianza de los que piensan y los que sufren. París, 1844](#)

[6. El exilio en Bruselas. 1845-1848](#)

[7. La proximidad de la revolución. El problema de Alemania](#)

[8. Las revoluciones a mediados del siglo](#)

[9. Londres](#)

[10. *Crítica de la economía política*](#)

[11. *El capital*, la socialdemocracia y la Internacional](#)

[12. Volver al futuro](#)

[Epílogo](#)

[Ilustraciones](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos de las ilustraciones](#)

[Índice alfabético](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)